





**2017**

**Enero**

---

**Febrero**

---

**Marzo**

---

**Abril**

---

**Mayo**

---

**Junio**

---

**Julio**

---

**Agosto**

---

**Septiembre**

---

**Octubre**

---

**Noviembre**

---

# **SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2017. Enero.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

# **ENERO**

**1 de enero de 2017.** Homilía en la Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

**1 de enero de 2017.**

**ÁNGELUS.**

**1 de enero de 2017.** Mensaje para la celebración de la 50 jornada mundial de la paz.

**4 de enero de 2017.**

**Audiencia general. Secar una lágrima del rostro de quien sufre.**

**6 de enero de 2017.** Homilía en la Santa misa en la

solemnidad de la Epifanía del Señor.

**6 de enero de 2017.**

ÁNGELUS.

**8 de enero de 2017.** Homilía y celebración de la Santa Misa y bautismo de algunos niños en la fiesta del Bautismo del Señor.

**8 de enero de 2017.**

ÁNGELUS.

**9 de enero de 2017.** Discurso del Santo Padre Francisco con ocasión de las felicitaciones del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede.

**11 de enero de 2017.**

Audiencia general. Contra las falsas esperanzas que ofrece el mundo.

**14 de enero de 2017.**

Discurso a una delegación de la Global Foundation.

**15 de enero de 2017.** Homilía del Santo Padre Francisco.

**15 de enero de 2017.**

ÁNGELUS.

**15 de enero de 2017.**

Mensaje para la jornada mundial del migrante y del refugiado 2017.

**18 de enero de 2017.**

Audiencia general. La oración te lleva adelante en la

esperanza.

**21 de enero de 2017.** Homilía en la clausura del jubileo 800 de la orden de los predicadores.

**21 de enero de 2017.**

Discurso con ocasión de la inauguración del año judicial del tribunal de la Rota Romana.

**22 de enero de 2017.**

ÁNGELUS.

**23 de enero de 2017.**

Discurso a los miembros de la dirección antimafia y antiterrorismo de Italia.

**24 de enero de 2017.**

Mensaje para la 51 jornada mundial de las comunicaciones



sociales.

**25 de enero de 2017.**

Audiencia general. Que la  
esperanza venza a nuestros  
temores.

**25 de enero de 2017.** Homilía  
en la celebración de las  
vísperas en la solemnidad de la  
Conversión de san Pablo  
apóstol.

**28 de enero de 2017.**

Discurso a los participantes en  
la plenaria de la Congregación  
para los Institutos de vida  
consagrada y las sociedades de  
vida apostólica.

**29 de enero de 2017.**

ÁNGELUS.

1 de enero de 2017. Homilía en la Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

L jornada mundial de la paz.

Domingo.

«Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19). Así Lucas describe la actitud con la que María recibe todo lo que estaban viviendo en esos días. Lejos de querer entender o adueñarse de la situación, María es la mujer

que sabe conservar, es decir proteger, *custodiar* en su corazón el paso de Dios en la vida de su Pueblo. Desde sus entrañas aprendió a escuchar el latir del corazón de su Hijo y eso le enseñó, a lo largo de toda su vida, a descubrir el palpitar de Dios en la historia. Aprendió a ser madre y, en ese aprendizaje, le regaló a Jesús la hermosa experiencia de saberse Hijo. En María, el Verbo Eterno no sólo se hizo carne sino que aprendió a reconocer la ternura maternal de Dios. Con María, el Niño-

Dios aprendió a escuchar los anhelos, las angustias, los gozos y las esperanzas del Pueblo de la promesa. Con ella se descubrió a sí mismo Hijo del santo Pueblo fiel de Dios. En los evangelios María aparece como mujer de pocas palabras, sin grandes discursos ni protagonismos pero con una mirada atenta que sabe custodiar la vida y la misión de su Hijo y, por tanto, de todo lo amado por Él. Ha sabido custodiar los albores de la primera comunidad cristiana, y así aprendió a ser madre de

una multitud. Ella se ha acercado en las situaciones más diversas para sembrar esperanza. Acompañó las cruces cargadas en el silencio del corazón de sus hijos. Tantas devociones, tantos santuarios y capillas en los lugares más recónditos, tantas imágenes esparcidas por las casas, nos recuerdan esta gran verdad. María, nos dio el calor materno, ese que nos cobija en medio de la dificultad; el calor materno que permite que nada ni nadie apague en el seno de la Iglesia la revolución de la ternura

inaugurada por su Hijo. Donde hay madre, hay ternura. Y María con su maternidad nos muestra que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, nos enseña que no es necesario maltratar a otros para sentirse importantes (cf. Exhort.

ap. *Evangelii gaudium*, 288). Y desde siempre el santo Pueblo fiel de Dios la ha reconocido y saludado como la Santa Madre de Dios.

Celebrar la maternidad de María como Madre de Dios y madre nuestra, al comenzar un

nuevo año, significa recordar una certeza que acompañará nuestros días: somos un pueblo con Madre, no somos huérfanos.

Las madres son el antídoto más fuerte ante nuestras tendencias individualistas y egoístas, ante nuestros encierros y apatías.

Una sociedad sin madres no sería solamente una sociedad fría sino una sociedad que ha perdido el corazón, que ha perdido el «sabor a hogar».

Una sociedad sin madres sería una sociedad sin piedad que ha dejado lugar sólo al cálculo y a



la especulación. Porque las madres, incluso en los peores momentos, saben dar testimonio de la ternura, de la entrega incondicional, de la fuerza de la esperanza. He aprendido mucho de esas madres que teniendo a sus hijos presos, o postrados en la cama de un hospital, o sometidos por la esclavitud de la droga, con frío o calor, lluvia o sequía, no se dan por vencidas y siguen peleando para darles a ellos lo mejor. O esas madres que en los campos de refugiados, o incluso en

medio de la guerra, logran abrazar y sostener sin desfallecer el sufrimiento de sus hijos. Madres que dejan literalmente la vida para que ninguno de sus hijos se pierda. Donde está la madre hay unidad, hay pertenencia, pertenencia de hijos.

Comenzar el año haciendo memoria de la bondad de Dios en el rostro maternal de María, en el rostro maternal de la Iglesia, en los rostros de nuestras madres, nos protege de la corrosiva enfermedad de «la orfandad espiritual», esa

orfandad que vive el alma cuando se siente sin madre y le falta la ternura de Dios. Esa orfandad que vivimos cuando se nos va apagando el sentido de pertenencia a una familia, a un pueblo, a una tierra, a nuestro Dios. Esa orfandad que gana espacio en el corazón narcisista que sólo sabe mirarse a sí mismo y a los propios intereses y que crece cuando nos olvidamos que la vida ha sido un regalo —que se la debemos a otros— y que estamos invitados a compartirla en esta casa común.

Tal orfandad autorreferencial fue la que llevó a Caín a decir: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (*Gn 4,9*), como afirmando: él no me pertenece, no lo reconozco. Tal actitud de orfandad espiritual es un cáncer que silenciosamente corroe y degrada el alma. Y así nos vamos degradando ya que, entonces, nadie nos pertenece y no pertenecemos a nadie: degrado la tierra, porque no me pertenece, degrado a los otros, porque no me pertenecen, degrado a Dios porque no le pertenezco, y finalmente

termina degradándonos a nosotros mismos porque nos olvidamos quiénes somos, qué «apellido» divino tenemos. La pérdida de los lazos que nos unen, típica de nuestra cultura fragmentada y dividida, hace que crezca ese sentimiento de orfandad y, por tanto, de gran vacío y soledad. La falta de contacto físico (y no virtual) va cauterizando nuestros corazones (cf. Carta enc. Laudato si', 49) haciéndolos perder la capacidad de la ternura y del asombro, de la piedad y de la compasión. La

orfandad espiritual nos hace perder la memoria de lo que significa ser hijos, ser nietos, ser padres, ser abuelos, ser amigos, ser creyentes. Nos hace perder la memoria del valor del juego, del canto, de la risa, del descanso, de la gratuidad.

Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos vuelve a dibujar en el rostro la sonrisa de sentirnos pueblo, de sentir que nos pertenecemos; de saber que solamente dentro de una comunidad, de una familia, las personas podemos

encontrar «el clima», «el calor» que nos permita aprender a crecer humanamente y no como meros objetos invitados a «consumir y ser consumidos». Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos recuerda que no somos mercancía intercambiable o terminales receptoras de información. Somos hijos, somos familia, somos Pueblo de Dios. Celebrar a la Santa Madre de Dios nos impulsa a generar y cuidar lugares comunes que nos den sentido de pertenencia, de arraigo, de hacernos sentir

en casa dentro de nuestras ciudades, en comunidades que nos unan y nos ayudan (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 151). Jesucristo en el momento de mayor entrega de su vida, en la cruz, no quiso guardarse nada para sí y entregando su vida nos entregó también a su Madre. Le dijo a María: aquí está tu Hijo, aquí están tus hijos. Y nosotros queremos recibirla en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestros pueblos. Queremos encontrarnos con su mirada



maternal. Esa mirada que nos libra de la orfandad; esa mirada que nos recuerda que somos hermanos: que yo te pertenezco, que tú me perteneces, que somos de la misma carne. Esa mirada que nos enseña que tenemos que aprender a cuidar la vida de la misma manera y con la misma ternura con la que ella la ha cuidado: sembrando esperanza, sembrando pertenencia, sembrando fraternidad. Celebrar a la Santa Madre de Dios nos recuerda que tenemos Madre; no somos huérfanos,

tenemos una Madre.

Confesemos juntos esta verdad.

Y los invito a aclamarla de pie

*(todos se alzan)* tres veces

como lo hicieron los fieles de

Éfeso: Santa Madre de Dios,

Santa Madre de Dios, Santa

Madre de Dios.

1 de enero de 2017. ÁNGELUS.

Solemnidad de Santa María,  
Madre de Dios.

L jornada mundial de la paz.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Durante los días pasados  
hemos puesto nuestra mirada  
adorante sobre el Hijo de Dios,  
nacido en Belén; hoy,  
Solemnidad de María Santísima  
Madre de Dios, dirigimos  
nuestros ojos a la Madre, pero

recibiendo a ambos con su estrecho vínculo. Este vínculo no se agota en el hecho de haber generado y en haber sido generado; Jesús ha «nacido de mujer» (*Gal 4, 4*) para una misión de salvación y su madre no está excluida de tal misión, es más, está asociada íntimamente. María es consciente de esto, por lo tanto no se cierra a considerar sólo su relación maternal con Jesús, sino que permanece abierta y primorosa en todos los acontecimientos que suceden a su alrededor: conserva y

medita, observa y profundiza, como nos recuerda el Evangelio de hoy (cf *Lc 2, 19*). Ha dicho ya su «sí» y ha dado su disponibilidad para ser incluida en la aplicación del plan de salvación de Dios, que «dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada» (*Lc 1, 51-53*). Ahora, silenciosa y atenta, intenta comprender qué quiere Dios de ella día a día. La visita de los

pastores le ofrece la ocasión para percibir algún elemento de la voluntad de Dios que se manifiesta en la presencia de estas personas humildes y pobres. El evangelista Lucas nos narra la visita de los pastores a la gruta con un rápido sucederse de verbos que expresan movimiento. Dice así: ellos van sin demora, encuentran al Niño con María y José, lo ven, y cuentan lo que les ha sido dicho por Él, y al final glorifican a Dios (cf *Lc 2, 16-20*). María sigue atentamente esta escena, qué

dicen los pastores, qué les ha ocurrido, por qué en ello ya se discierne el movimiento de salvación que surgirá de la obra de Jesús, y se adapta, preparada ante toda petición del Señor. Dios pide a María no sólo ser la madre de su Hijo unigénito, sino también cooperar con el Hijo y por el Hijo en su plan de salvación, para que en ella, humilde sierva, se cumplan las grandes obras de la misericordia divina. Por ello, mientras, así como los pastores, contemplan el icono del Niño en brazos de su

Madre, sentimos crecer en nuestro corazón un sentido de inmenso agradecimiento hacia quien ha dado al mundo al Salvador. Por ello, en el primer día de un año nuevo, le decimos:

Gracias, oh Santa Madre del Hijo de Dios, Jesús, ¡Santa Madre de Dios!

Gracias por tu humildad que ha atraído la mirada de Dios;  
gracias por la fe con la cual has acogido su Palabra;  
gracias por la valentía con la cual has dicho «aquí estoy»,  
olvidada de si misma, fascinada



por el Amor Santo, convertida en una única cosa junto con su esperanza.

Gracias, ¡oh Santa Madre de Dios!

Reza por nosotros, peregrinos del tiempo; ayúdanos a caminar por la vía de la paz.

Amén.

**Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas,*

¡Feliz Año!

Y el Año será bueno en la medida en que cada uno de nosotros, con la ayuda de Dios, intente hacer el bien día a día.

Así se construye la paz,  
diciendo «no» —con los hechos—  
al odio y a la violencia, y  
«sí» a la fraternidad y a la  
reconciliación. Hace ya 50  
años, el Beato Papa Pablo  
VI comenzó a celebrar en esta  
fecha la Jornada Mundial de la  
Paz, para fortalecer el  
compromiso común de construir  
un mundo pacífico y fraterno.  
En el Mensaje de este año he  
propuesto asumir la no  
violencia como estilo de una  
política para una política de  
paz. Desgraciadamente, la  
violencia ha golpeado también

en esta noche de felicitaciones y de esperanza. Apenado, expreso mi cercanía al pueblo turco, rezo por las numerosas víctimas y por los heridos y por toda la nación en luto, y pido al Señor que sostenga a todos los hombres de buena voluntad que se arremangan valientemente las mangas para afrontar la plaga del terrorismo y esta mancha de sangre que envuelve al mundo con una sombra de miedo y desorientación. Deseo dar las gracias al Presidente de la República Italiana por las

felicitaciones que me dirigió ayer por la tarde, durante su mensaje a la nación. Se las devuelvo de corazón, invocando la bendición del Señor sobre el pueblo italiano para que, con la aportación responsable y solidaria de todos, pueda mirar al futuro con confianza y esperanza. Os saludo también a todos los que estáis aquí presentes, a las familias, asociaciones, los grupos de jóvenes, deseando un feliz y sereno año nuevo. Expreso mi gratitud por las muchas iniciativas de oración y

de compromiso por la paz que se llevan a cabo en cada lugar del mundo. Recuerdo en particular la marcha nacional de ayer por la tarde en Bolonia, promovida por la CEI, Cáritas, Acción Católica y Pax Christi, con el apoyo de la diócesis y del ayuntamiento de Bolonia. Saludo a los participantes en la manifestación «Paz en todas las tierras», promovida por la Comunidad de «Sant'Egidio» ¡Gracias por vuestra presencia y vuestro testimonio!. Y a todos deseo un año de paz en la gracia del Señor y con la

protección materna de María,  
Madre de Dios. Feliz fiesta y,  
por favor, no os olvidéis de  
rezar por mí. ¡Buen almuerzo y  
adiós!

1 de enero de 2017. Mensaje para la celebración de la 50 jornada mundial de la paz.

«La no violencia: un estilo de política para la paz»

1. Al comienzo de este nuevo año formulo mis más sinceros deseos de paz para los pueblos y para las naciones del mundo, para los Jefes de Estado y de Gobierno, así como para los responsables de las comunidades religiosas y de los diversos sectores de la sociedad civil. Deseo la paz a cada hombre, mujer, niño y niña, a

la vez que rezo para que la imagen y semejanza de Dios en cada persona nos permita reconocernos unos a otros como dones sagrados dotados de una inmensa dignidad.

Especialmente en las situaciones de conflicto, respetemos su «dignidad más profunda» [\[1\]](#) y hagamos de la no violencia activa nuestro estilo de vida.

Este es el Mensaje para la 50 Jornada Mundial de la Paz. En el primero, el beato Papa Pablo VI se dirigió, no sólo a los católicos sino a todos los



pueblos, con palabras inequívocas: «Ha aparecido finalmente con mucha claridad que la paz es la línea única y verdadera del progreso humano (no las tensiones de nacionalismos ambiciosos, ni las conquistas violentas, ni las represiones portadoras de un falso orden civil)». Advirtió del «peligro de creer que las controversias internacionales no se pueden resolver por los caminos de la razón, es decir de las negociaciones fundadas en el derecho, la justicia, la equidad, sino sólo por los de las

fuerzas espantosas y mortíferas». Por el contrario, citando Pacem in terris de su predecesor san Juan XXIII, exaltaba «el sentido y el amor de la paz fundada sobre la verdad, sobre la justicia, sobre la libertad, sobre el amor»[\[2\]](#). Impresiona la actualidad de estas palabras, que hoy son igualmente importantes y urgentes como hace cincuenta años.

En esta ocasión deseo reflexionar sobre la no violencia como un estilo de política para la paz, y pido a

Dios que se conformen a la no violencia nuestros sentimientos y valores personales más profundos. Que la caridad y la no violencia guíen el modo de tratarnos en las relaciones interpersonales, sociales e internacionales. Cuando las víctimas de la violencia vencen la tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles en los procesos no violentos de construcción de la paz. Que la no violencia se transforme, desde el nivel local y cotidiano hasta el orden mundial, en el estilo

característico de nuestras decisiones, de nuestras relaciones, de nuestras acciones y de la política en todas sus formas.

Un mundo fragmentado

2. El siglo pasado fue devastado por dos horribles guerras mundiales, conoció la amenaza de la guerra nuclear y un gran número de nuevos conflictos, pero hoy lamentablemente estamos ante una terrible guerra mundial por partes. No es fácil saber si el mundo actualmente es más o

menos violento de lo que fue en el pasado, ni si los modernos medios de comunicación y la movilidad que caracteriza nuestra época nos hace más conscientes de la violencia o más habituados a ella.

En cualquier caso, esta violencia que se comete «por partes», en modos y niveles diversos, provoca un enorme sufrimiento que conocemos bien: guerras en diferentes países y continentes; terrorismo, criminalidad y ataques armados

impredicibles; abusos contra los emigrantes y las víctimas de la trata; devastación del medio ambiente. ¿Con qué fin? La violencia, ¿permite alcanzar objetivos de valor duradero? Todo lo que obtiene, ¿no se reduce a desencadenar represalias y espirales de conflicto letales que benefician sólo a algunos «señores de la guerra»?

La violencia no es la solución para nuestro mundo fragmentado. Responder con violencia a la violencia lleva, en el mejor de los casos, a la

emigración forzada y a un enorme sufrimiento, ya que las grandes cantidades de recursos que se destinan a fines militares son sustraídas de las necesidades cotidianas de los jóvenes, de las familias en dificultad, de los ancianos, de los enfermos, de la gran mayoría de los habitantes del mundo. En el peor de los casos, lleva a la muerte física y espiritual de muchos, si no es de todos.

La Buena Noticia

3. También Jesús vivió en

tiempos de violencia. Él enseñó que el verdadero campo de batalla, en el que se enfrentan la violencia y la paz, es el corazón humano: «Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos» (Mc 7,21). Pero el mensaje de Cristo, ante esta realidad, ofrece una respuesta radicalmente positiva: él predicó incansablemente el amor incondicional de Dios que acoge y perdona, y enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos (cf. Mt 5,44) y a



poner la otra mejilla  
(cf. Mt 5,39). Cuando impidió  
que la adúltera fuera lapidada  
por sus acusadores (cf. Jn 8,1-  
11) y cuando, la noche antes  
de morir, dijo a Pedro que  
envainara la espada  
(cf. Mt 26,52), Jesús trazó el  
camino de la no violencia, que  
siguió hasta el final, hasta la  
cruz, mediante la cual  
construyó la paz y destruyó la  
enemistad (cf. Ef 2,14-16). Por  
esto, quien acoge la Buena  
Noticia de Jesús reconoce su  
propia violencia y se deja curar  
por la misericordia de Dios,

convirtiéndose a su vez en instrumento de reconciliación, según la exhortación de san Francisco de Asís: «Que la paz que anunciáis de palabra la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones»[\[3\]](#).

Ser hoy verdaderos discípulos de Jesús significa también aceptar su propuesta de la no violencia. Esta —como ha afirmado mi predecesor Benedicto XVI— «es realista, porque tiene en cuenta que en el mundo hay demasiada violencia, demasiado, por tanto, sólo se puede

superar esta situación contraponiendo un plus de amor, un plus de bondad. Este "plus" viene de Dios»[\[4\]](#). Y añadía con fuerza: «para los cristianos la no violencia no es un mero comportamiento táctico, sino más bien un modo de ser de la persona, la actitud de quien está tan convencido del amor de Dios y de su poder, que no tiene miedo de afrontar el mal únicamente con las armas del amor y de la verdad. El amor a los enemigos constituye el núcleo de la "revolución cristiana"»[\[5\]](#).

Precisamente, el evangelio del amado a vuestros enemigos (cf. Lc 6,27) es considerado como «la carta magna de la no violencia cristiana», que no se debe entender como un «rendirse ante el mal [...], sino en responder al mal con el bien (cf. Rm 12,17-21), rompiendo de este modo la cadena de la injusticia»[\[6\]](#).

Más fuerte que la violencia

4. Muchas veces la no violencia se entiende como rendición, desinterés y pasividad, pero en

realidad no es así. Cuando la Madre Teresa recibió el premio Nobel de la Paz, en 1979, declaró claramente su mensaje de la no violencia activa: «En nuestras familias no tenemos necesidad de bombas y armas, de destruir para traer la paz, sino de vivir unidos, amándonos unos a otros [...]. Y entonces seremos capaces de superar todo el mal que hay en el mundo»[\[7\]](#). Porque la fuerza de las armas es engañosa. «Mientras los traficantes de armas hacen su trabajo, hay pobres constructores de paz

que dan la vida sólo por ayudar a una persona, a otra, a otra»; para estos constructores de la paz, Madre Teresa es «un símbolo, un icono de nuestros tiempos» [\[8\]](#). En el pasado mes de septiembre tuve la gran alegría de proclamarla santa. He elogiado su disponibilidad hacia todos por medio de «la acogida y la defensa de la vida humana, tanto de la no nacida como de la abandonada y descartada [...]. Se ha inclinado sobre las personas desfavorecidas, que mueren abandonadas al borde de las

calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes —i ante los crímenes!— de la pobreza creada por ellos mismos»[\[9\]](#).

Como respuesta —y en esto representa a miles, más aún, a millones de personas—, su misión es salir al encuentro de las víctimas con generosidad y dedicación, tocando y vendando los cuerpos heridos, curando las vidas rotas.

La no violencia practicada con

decisión y coherencia ha producido resultados impresionantes. No se olvidarán nunca los éxitos obtenidos por Mahatma Gandhi y Khan Abdul Ghaffar Khan en la liberación de la India, y de Martin Luther King Jr. contra la discriminación racial. En especial, las mujeres son frecuentemente líderes de la no violencia, como, por ejemplo, Leymah Gbowee y miles de mujeres liberianas, que han organizado encuentros de oración y protesta no violenta (pray-ins), obteniendo



negociaciones de alto nivel para la conclusión de la segunda guerra civil en Liberia. No podemos olvidar el decenio crucial que se concluyó con la caída de los regímenes comunistas en Europa. Las comunidades cristianas han contribuido con su oración insistente y su acción valiente. Ha tenido una influencia especial el ministerio y el magisterio de san Juan Pablo II. En la encíclica *Centesimus annus* (1991), mi predecesor, reflexionando sobre los sucesos de 1989, puso en evidencia que

un cambio crucial en la vida de los pueblos, de las naciones y de los estados se realiza «a través de una lucha pacífica, que emplea solamente las armas de la verdad y de la justicia»[\[10\]](#). Este itinerario de transición política hacia la paz ha sido posible, en parte, «por el compromiso no violento de hombres que, resistiéndose siempre a ceder al poder de la fuerza, han sabido encontrar, una y otra vez, formas eficaces para dar testimonio de la verdad». Y concluía: «Ojalá los hombres aprendan a luchar por

la justicia sin violencia, renunciando a la lucha de clases en las controversias internas, así como a la guerra en las internacionales»[\[11\]](#).

La Iglesia se ha comprometido en el desarrollo de estrategias no violentas para la promoción de la paz en muchos países, implicando incluso a los actores más violentos en un mayor esfuerzo para construir una paz justa y duradera.

Este compromiso en favor de las víctimas de la injusticia y de la violencia no es un patrimonio exclusivo de la

Iglesia Católica, sino que es propio de muchas tradiciones religiosas, para las que «la compasión y la no violencia son esenciales e indican el camino de la vida» [\[12\]](#). Lo reafirmo con fuerza: «Ninguna religión es terrorista» [\[13\]](#). La violencia es una profanación del nombre de Dios [\[14\]](#). No nos cansemos nunca de repetirlo: «Nunca se puede usar el nombre de Dios para justificar la violencia. Sólo la paz es santa. Sólo la paz es santa, no la guerra» [\[15\]](#). La raíz doméstica de una política no violenta

5. Si el origen del que brota la violencia está en el corazón de los hombres, entonces es fundamental recorrer el sendero de la no violencia en primer lugar en el seno de la familia. Es parte de aquella alegría que presenté, en marzo pasado, en la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, como conclusión de los dos años de reflexión de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia. La familia es el espacio indispensable en el que los cónyuges, padres e hijos,

hermanos y hermanas aprenden a comunicarse y a cuidarse unos a otros de modo desinteresado, y donde los desacuerdos o incluso los conflictos deben ser superados no con la fuerza, sino con el diálogo, el respeto, la búsqueda del bien del otro, la misericordia y el perdón[16]. Desde el seno de la familia, la alegría se propaga al mundo y se irradia a toda la sociedad[17]. Por otra parte, una ética de fraternidad y de coexistencia pacífica entre las personas y entre los pueblos no

puede basarse sobre la lógica del miedo, de la violencia y de la cerrazón, sino sobre la responsabilidad, el respeto y el diálogo sincero. En este sentido, hago un llamamiento a favor del desarme, como también de la prohibición y abolición de las armas nucleares: la disuasión nuclear y la amenaza cierta de la destrucción recíproca, no pueden servir de base a este tipo de ética[18]. Con la misma urgencia suplico que se detenga la violencia doméstica y los abusos a mujeres y niños.

El Jubileo de la Misericordia, concluido el pasado mes de noviembre, nos ha invitado a mirar dentro de nuestro corazón y a dejar que entre en él la misericordia de Dios. El año jubilar nos ha hecho tomar conciencia del gran número y variedad de personas y de grupos sociales que son tratados con indiferencia, que son víctimas de injusticia y sufren violencia. Ellos forman parte de nuestra «familia», son nuestros hermanos y hermanas. Por esto, las políticas de no violencia deben



comenzar dentro de los muros de casa para después extenderse a toda la familia humana. «El ejemplo de santa Teresa de Lisieux nos invita a la práctica del pequeño camino del amor, a no perder la oportunidad de una palabra amable, de una sonrisa, de cualquier pequeño gesto que siembre paz y amistad. Una ecología integral también está hecha de simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo» [\[19\]](#).

## Mi llamamiento

6. La construcción de la paz mediante la no violencia activa es un elemento necesario y coherente del continuo esfuerzo de la Iglesia para limitar el uso de la fuerza por medio de las normas morales, a través de su participación en las instituciones internacionales y gracias también a la aportación competente de tantos cristianos en la elaboración de normativas a todos los niveles. Jesús mismo nos ofrece un «manual» de

esta estrategia de construcción de la paz en el así llamado Discurso de la montaña. Las ocho bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-10) trazan el perfil de la persona que podemos definir bienaventurada, buena y auténtica. Bienaventurados los mansos —dice Jesús—, los misericordiosos, los que trabajan por la paz, y los puros de corazón, los que tienen hambre y sed de la justicia. Esto es también un programa y un desafío para los líderes políticos y religiosos, para los responsables de las

instituciones internacionales y los dirigentes de las empresas y de los medios de comunicación de todo el mundo: aplicar las bienaventuranzas en el desempeño de sus propias responsabilidades. Es el desafío de construir la sociedad, la comunidad o la empresa, de la que son responsables, con el estilo de los trabajadores por la paz; de dar muestras de misericordia, rechazando descartar a las personas, dañar el ambiente y querer vencer a cualquier precio. Esto exige estar dispuestos a «aceptar

sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso»[\[20\]](#).

Trabajar de este modo significa elegir la solidaridad como estilo para realizar la historia y construir la amistad social. La no violencia activa es una manera de mostrar verdaderamente cómo, de verdad, la unidad es más importante y fecunda que el conflicto. Todo en el mundo está íntimamente interconectado[\[21\]](#). Puede suceder que las diferencias generen choques:

afrontémoslos de forma constructiva y no violenta, de manera que «las tensiones y los opuestos [puedan] alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida», conservando «las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna» [\[22\]](#).

La Iglesia Católica acompañará todo tentativo de construcción de la paz también con la no violencia activa y creativa. El 1 de enero de 2017 comenzará su andadura el nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral,

que ayudará a la Iglesia a promover, con creciente eficacia, «los inconmensurables bienes de la justicia, la paz y la protección de la creación» y de la solicitud hacia los emigrantes, «los necesitados, los enfermos y los excluidos, los marginados y las víctimas de los conflictos armados y de las catástrofes naturales, los encarcelados, los desempleados y las víctimas de cualquier forma de esclavitud y de tortura»[\[23\]](#).

En conclusión

7. Como es tradición, firmo este Mensaje el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. María es Reina de la Paz. En el Nacimiento de su Hijo, los ángeles glorificaban a Dios deseando paz en la tierra a los hombres y mujeres de buena voluntad (cf. Lc 2,14). Pidamos a la Virgen que sea ella quien nos guíe.

«Todos deseamos la paz; muchas personas la construyen cada día con pequeños gestos; muchos sufren y soportan pacientemente la fatiga de



intentar edificarla»[\[24\]](#). En el 2017, comprometámonos con nuestra oración y acción a ser personas que aparten de su corazón, de sus palabras y de sus gestos la violencia, y a construir comunidades no violentas, que cuiden de la casa común. «Nada es imposible si nos dirigimos a Dios con nuestra oración. Todos podemos ser artesanos de la paz»[\[25\]](#). Vaticano, 8 de diciembre de 2016.

**Francisco**

[1] Exhort. ap. Evangelii gaudium, 228.

[2] Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1968.

[3] «Leyenda de los tres compañeros»: Fonti Francescane, n. 1469.

[4] Ángelus (18 febrero 2007).

[5] Ibíd.

[6] Ibíd.

[7] Discurso al recibir el Premio Nobel de la Paz (11 diciembre 1979).

[8] Homilía en Santa Marta, «El camino de la paz» (19 noviembre 2015).

[9] Homilía en la canonización de la beata Madre Teresa de Calcuta (4 septiembre 2016).

[10] N. 23.

[11] *Ibíd.*

[12] Discurso, Audiencia interreligiosa (3 noviembre 2016).

[13] Discurso a los participantes al tercer Encuentro Mundial de los

Movimientos Populares (5 noviembre 2016).

[14] Cf. Discurso en el Encuentro interreligioso con el Jeque de los musulmanes del Cáucaso y con representantes de las demás comunidades religiosas del país, Bakú (2 octubre 2016).

[15] Discurso, Asís (20 septiembre 2016).

[16] Cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 90-130.

[17] *Ibíd.*, 133.194.234.

[18] Cf. Mensaje con ocasión de la Conferencia sobre el impacto humanitario de las armas atómicas (7 diciembre 2014).

[19] Carta Enc. *Laudato si'*, 230.

[20] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 227.

[21] Cf. Carta Enc. *Laudato si'*, 16.117.138.

[22] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 228.

[23] Carta apostólica en forma de «*Motu Proprio*» con la que

se instituye el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (17 agosto 2016).

[24] Regina Coeli, Belén (25 mayo 2014).

[25] Llamamiento, Asís (20 septiembre 2016).

4 de enero de 2017. Audiencia general. Secar una lágrima del rostro de quien sufre.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En la catequesis de hoy querría contemplar con vosotros una figura de mujer que nos habla de la esperanza vivida en el llanto. La esperanza vivida en el llanto. Se trata de Raquel, la esposa de Jacob y madre de José y Benjamín, quien, como nos narra el Libro del Génesis,

muere dando a la luz a su segundo hijo, Benjamín. El profeta Jeremías hace referencia a Raquel dirigiéndose a los Israelitas exiliados para consolarles, con palabras llenas de emoción y de poesía; es decir, toma el llanto de Raquel pero da esperanza: Así dice el Señor: «En Ramá se escuchan ayes, lloro amarguísimo. Raquel que llora por sus hijos, que rehúsa consolarse, —por sus hijos— porque no existen» (*Jer* 31, 15). En estos versículos, Jeremías



presenta a esta mujer de su pueblo, la gran matriarca de su tribu, en una realidad de dolor y llanto, pero junto a una perspectiva de vida impensada. Raquel, que en la narración del Génesis murió dando a luz y había tomado esa muerte para que el hijo pudiera vivir, ahora sin embargo, representada por el profeta como viva en Ramá, allí donde se reunían los deportados, llora por los hijos que en un cierto sentido han muerto yendo al exilio; hijos que, como ella misma dice, «no existen», han desaparecido

para siempre.

Y por esto Raquel no quiere ser consolada. Este rechazo suyo expresa la profundidad de su dolor y la amargura de su llanto. Ante la tragedia de la pérdida de los hijos, una madre no puede aceptar palabras o gestos de consolación, que son siempre inadecuados, nunca capaces de mitigar el dolor de una herida que no puede y no quiere ser curada.

Un dolor proporcional al amor. Cada madre sabe todo esto; y, hoy también, son muchas las madres que lloran, que no se

resignan a la pérdida de un hijo, inconsolables ante una muerte imposible de aceptar. Raquel encierra en sí el dolor de todas las madres del mundo, de todos los tiempos, y las lágrimas de todo ser humano que llora pérdidas irreparables. Este rechazo de Raquel que no quiere ser consolada nos enseña además cuánta delicadeza se requiere ante el dolor ajeno. Para hablar de esperanza a quien está desesperado, es necesario compartir su desesperación; para secar una lágrima del

rostro de quien sufre, es necesario unir al suyo nuestro llanto. Sólo así nuestras palabras pueden ser realmente capaces de dar un poco de esperanza.

Y si no puedo decir palabras así, con el llanto, con el dolor, mejor el silencio; la caricia, el gesto y nada de palabras.

Y Dios, con su delicadeza y su amor, responde al llanto de Raquel con palabras verdaderas, no fingidas; así prosigue efectivamente el texto de Jeremías:

Dice el Señor - responde a ese

llanto:

«Reprime tu voz del lloro,  
y tus ojos del llanto,  
porque hay paga para tu  
trabajo, —oráculo de Yahveh  
—:

volverán de tierra hostil,  
y hay esperanza para tu futuro  
—oráculo de Yahveh—:  
volverán los hijos a su  
territorio» (*Jer* 31, 16-17).

Precisamente por el llanto de la madre, hay todavía esperanza para los hijos, que volverán a vivir.

Esta mujer, que había aceptado morir, en el momento del parto,

para que el hijo pudiese vivir, con su llanto es ahora principio de vida nueva para los hijos exiliados, prisioneros, lejanos de la patria. Al dolor y al llanto amargo de Raquel, el Señor responde con una promesa que ahora puede ser para ella motivo de verdadera consolución: el pueblo podrá volver del exilio y vivir en la fe, libre, su propia relación con Dios. Las lágrimas han generado esperanza. Y esto no es fácil de entender, pero es verdad. Muchas veces, en nuestra vida, las lágrimas

siembran esperanza, son semillas de esperanza.

Como sabemos, este texto de Jeremías es retomado más tarde por el evangelista Mateo y aplicado en la matanza de los inocentes (cf. *Mt 2, 16-18*). Un texto que nos pone ante la tragedia de la matanza de seres humanos indefensos, ante el horror del poder que desprecia y suprime la vida. Los niños de Belén murieron a causa de Jesús. Y Él, Cordero inocente, habría muerto después, a su vez, por todos nosotros. El Hijo de Dios entró

en el dolor de los hombres. Es necesario no olvidar esto.

Cuando alguien se dirige a mí y me hace preguntas difíciles, como por ejemplo: «Padre, dígame: por qué sufren los niños?», de verdad, yo no sé qué responder. Solamente digo: «mira el Crucifijo: Dios nos ha dado a su Hijo, Él ha sufrido, y quizás ahí encontrarás una respuesta».

Pero repuestas de aquí [indica la cabeza] no hay.

Solamente mirando el amor de Dios que da a su Hijo el cual ofrece su vida por nosotros,



puede indicar algún camino de consolación. Y por esto decimos que el Hijo de Dios ha entrado en el dolor de los hombres; ha compartido y ha acogido la muerte; su Palabra es definitivamente palabra de consolación, porque nace del llanto.

Y sobre la cruz será Él, el Hijo moribundo, quien done una nueva fecundidad a su madre, dejándola en manos del discípulo Juan y haciéndola madre del pueblo de los creyentes. La muerte ha sido vencida, y así llega al

cumplimiento de la profecía de Jeremías. También las lágrimas de María, como las de Raquel, han generado esperanza y nueva vida. Gracias.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a la Virgen María que nos ayude a tener siempre viva nuestra esperanza en medio del dolor, y que con nuestra delicadeza y ternura sepamos ser instrumentos de la presencia y cercanía de Dios para el que sufre. Les deseo un

feliz año. Muchas gracias.

6 de enero de 2017. Homilía en la Santa misa en la solemnidad de la Epifanía del Señor.

Viernes.

«¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella y hemos venido a adorarlo»  
(Mt 2, 2).

Con estas palabras, los magos, venidos de tierras lejanas, nos dan a conocer el motivo de su larga travesía: adorar al rey recién nacido. Ver y adorar, dos acciones que se destacan en el relato evangélico: vimos una

estrella y queremos adorar. Estos hombres *vieron una estrella* que los puso en movimiento. El descubrimiento de algo inusual que sucedió en el cielo logró desencadenar un sinfín de acontecimientos. No era una estrella que brilló de manera exclusiva para ellos, ni tampoco tenían un ADN especial para descubrirla. Como bien supo decir un padre de la Iglesia, «los magos no se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino» (cf.

San Juan Crisóstomo). Tenían el corazón abierto al horizonte y lograron ver lo que el cielo les mostraba porque había en ellos una inquietud que los empujaba: estaban abiertos a una novedad.

Los magos, de este modo, expresan el retrato del hombre creyente, del hombre que tiene nostalgia de Dios; del que añora su casa, la patria celeste. Reflejan la imagen de todos los hombres que en su vida no han dejado que se les anestesie el corazón.

La santa nostalgia de Dios

brota en el corazón creyente pues sabe que el Evangelio no es un acontecimiento del pasado sino del presente. La santa nostalgia de Dios nos permite tener los ojos abiertos frente a todos los intentos reductivos y empobrecedores de la vida. La santa nostalgia de Dios es la memoria creyente que se rebela frente a tantos profetas de desventura. Esa nostalgia es la que mantiene viva la esperanza de la comunidad creyente la cual, semana a semana, implora diciendo: «Ven, Señor Jesús».

Precisamente esta nostalgia fue la que empujó al anciano Simeón a ir todos los días al templo, con la certeza de saber que su vida no terminaría sin poder acunar al Salvador. Fue esta nostalgia la que empujó al hijo pródigo a salir de una actitud de derrota y buscar los brazos de su padre. Fue esta nostalgia la que el pastor sintió en su corazón cuando dejó a las noventa y nueve ovejas en busca de la que estaba perdida, y fue también la que experimentó María Magdalena la mañana del domingo para



salir corriendo al sepulcro y encontrar a su Maestro resucitado. La nostalgia de Dios nos saca de nuestros encierros deterministas, esos que nos llevan a pensar que nada puede cambiar. La nostalgia de Dios es la actitud que rompe aburridos conformismos e impulsa a comprometerse por ese cambio que anhelamos y necesitamos. La nostalgia de Dios tiene su raíz en el pasado pero no se queda allí: va en busca del futuro. Al igual que los magos, el creyente «nostalgioso» busca a Dios, empujado por su fe, en

los lugares más recónditos de la historia, porque sabe en su corazón que allí lo espera el Señor. Va a la periferia, a la frontera, a los sitios no evangelizados para poder encontrarse con su Señor; y lejos de hacerlo con una postura de superioridad lo hace como un mendicante que no puede ignorar los ojos de aquel para el cual la Buena Nueva es todavía un terreno a explorar. Como actitud contrapuesta, en el palacio de Herodes —que distaba muy pocos kilómetros de Belén—, no se habían

percatado de lo que estaba sucediendo. Mientras los magos caminaban, Jerusalén dormía. Dormía de la mano de un Herodes quien lejos de estar en búsqueda también dormía. Dormía bajo la anestesia de una conciencia cauterizada. Y quedó desconcertado. Tuvo miedo. Es el desconcierto que, frente a la novedad que revoluciona la historia, se encierra en sí mismo, en sus logros, en sus saberes, en sus éxitos. El desconcierto de quien está sentado sobre la riqueza sin lograr ver más allá. Un

desconcierto que brota del corazón de quién quiere controlar todo y a todos. Es el desconcierto del que está inmerso en la cultura del ganar cueste lo que cueste; en esa cultura que sólo tiene espacio para los «vencedores» y al precio que sea. Un desconcierto que nace del miedo y del temor ante lo que nos cuestiona y pone en riesgo nuestras seguridades y verdades, nuestras formas de aferrarnos al mundo y a la vida. Y Herodes tuvo miedo, y ese miedo lo condujo a buscar seguridad en

el crimen: «*Necas parvulos corpore, quia te necat timor in corde*» (San Quodvultdeus, *Sermo 2 sobre el símbolo: PL, 40, 655*). Matar los niños en el cuerpo porque a ti el miedo te mata el corazón. *Queremos adorar*. Los hombres de Oriente fueron a adorar, y fueron a hacerlo al lugar propio de un rey: el Palacio. Y esto es importante, allí llegaron ellos con su búsqueda, era el lugar indicado: pues es propio de un rey nacer en un palacio, y tener su corte y súbditos. Es signo de poder, de éxito, de

vida lograda. Y es de esperar que el rey sea venerado, temido y adulado, sí; pero no necesariamente amado. Esos son los esquemas mundanos, los pequeños ídolos a los que le rendimos culto: el culto al poder, a la apariencia y a la superioridad. Ídolos que solo prometen tristeza, esclavitud, miedo.

Y fue precisamente ahí donde comenzó el camino más largo que tuvieron que andar esos hombres venidos de lejos. Ahí comenzó la osadía más difícil y complicada. Descubrir que lo

que ellos buscaban no estaba en el palacio sino que se encontraba en otro lugar, no sólo geográfico sino existencial. Allí no veían la estrella que los conducía a descubrir un Dios que quiere ser amado, y eso sólo es posible bajo el signo de la libertad y no de la tiranía; descubrir que la mirada de este Rey desconocido —pero deseado— no humilla, no esclaviza, no encierra. Descubrir que la mirada de Dios levanta, perdona, sana. Descubrir que Dios ha querido nacer allí donde no lo

esperamos, donde quizá no lo  
queremos. O donde tantas  
veces lo negamos. Descubrir  
que en la mirada de Dios hay  
espacio para los heridos, los  
cansados, los maltratados,  
abandonados: que su fuerza y  
su poder se llama misericordia.  
Qué lejos se encuentra, para  
algunos, Jerusalén de Belén.  
Herodes no puede adorar  
porque no quiso y no pudo  
cambiar su mirada. No quiso  
dejar de rendirse culto a sí  
mismo creyendo que todo  
comenzaba y terminaba con él.  
No pudo adorar porque buscaba



que lo adorasen. Los sacerdotes tampoco pudieron adorar porque sabían mucho, conocían las profecías, pero no estaban dispuestos ni a caminar ni a cambiar.

Los magos sintieron nostalgia, no querían más de lo mismo. Estaban acostumbrados, habituados y cansados de los Herodes de su tiempo. Pero allí, en Belén, había promesa de novedad, había promesa de gratuidad. Allí estaba sucediendo algo nuevo. Los magos pudieron adorar porque se animaron a caminar y

postrándose ante el pequeño,  
postrándose ante el pobre,  
postrándose ante el indefenso,  
postrándose ante el extraño y  
desconocido Niño de Belén, allí  
descubrieron la Gloria de Dios.

6 de enero de 2017. ÁNGELUS.

Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Viernes.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy, celebramos la Epifanía del Señor, es decir, la manifestación de Jesús que brilla como luz para todas las gentes. Símbolo de esta luz que resplandece en el mundo y quiere iluminar la vida de cada uno es la estrella, que guió a los Magos a Belén.

Ellos, dice el Evangelio, vieron «su estrella» (*Mt 2, 2*) y decidieron seguirla: decidieron dejarse guiar por la estrella de Jesús.

También en nuestra vida existen diversas estrellas, luces que brillan y orientan. Depende de nosotros elegir cuáles seguir. Por ejemplo, hay luces intermitentes, que van y vienen, como las pequeñas satisfacciones de la vida: que aunque buenas, no son suficientes, porque duran poco y no dejan la paz que buscamos. Después están las

luzes cegadoras del primer plano, del dinero y del éxito, que prometen todo y enseguida: son seductoras, pero con su fuerza ciegan y hacen pasar de los sueños de gloria a la oscuridad más densa. Los Magos, en cambio, invitan a seguir una luz estable, una luz amable, que no se oculta, porque no es de este mundo: viene del cielo y resplandece... ¿Dónde? En el corazón.

Esta luz verdadera es la luz del Señor, o mejor dicho, es el Señor mismo. Él es nuestra

luz: una luz que no deslumbra, sino que acompaña y dona una alegría única. Esta luz es para todos y llama a cada uno: podemos escuchar así la actual invitación dirigida a nosotros por el profeta Isaías: «arriba, resplandece, que ha llegado tu luz» (*Is 60, 1*). Así decía Isaías, profetizando esta alegría de hoy en Jerusalén: «arriba, resplandece, que ha llegado tu luz». Al inicio de cada día podemos acoger esta invitación: arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, sigue hoy, entre tantas estrellas

fugaces en el mundo, la estrella luminosa de Jesús! Siguiéndola, tendremos alegría, como ocurrió a los Magos, que «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (*Mt 2, 10*); porque donde está Dios hay alegría. Quien ha encontrado a Jesús ha experimentado el milagro de la luz que rasga las tinieblas y conoce esta luz que ilumina y aclara. Querría, con mucho respeto, invitar a todos a no tener miedo de esta luz y a abrirse al Señor. Sobre todo querría decir a quien ha perdido la fuerza de buscar,

está cansado, a quien, superado por las oscuridades de la vida, ha apagado el deseo: «¡Levántate, ánimo, la luz de Jesús sabe vencer las tinieblas más oscuras; levántate, ánimo!».

Y ¿cómo encontrar esta luz divina? Sigamos el ejemplo de los Magos, que el Evangelio describe siempre en movimiento. Quien quiere la luz, efectivamente, sale de sí y busca: no permanece cerrado, quieto a ver qué cosa sucede al su alrededor, sino pone en juego su propia vida; sale de sí.



La vida cristiana es un camino continuo, hecho de esperanza, hecho de búsqueda; un camino que, como aquel de los Magos, prosigue incluso cuando la estrella desaparece momentáneamente de la vista. En este camino hay también insidias que hay que evitar: las charlas superficiales y mundanas, que frenan el paso; los caprichos paralizantes del egoísmo; los agujeros del pesimismo, que atrapa a la esperanza. Estos obstáculos bloquearon a los escribas, de los que habla el Evangelio de

hoy. Ellos sabían dónde estaba la luz, pero no se movieron. Cuando Herodes les pregunto: «¿Dónde nacerá el Mesías?» — «¡En Belén!». Sabían dónde, pero no se movieron. Su conocimiento fue en vano: sabían muchas cosas, pero para nada, todo en vano. No basta saber que Dios ha nacido, si no se hace con Él Navidad en el corazón. Dios ha nacido, sí, pero ¿Ha nacido en tú corazón? ¿Ha nacido en mí corazón? ¿Ha nacido en nuestro corazón? Y así le encontraremos, como los Magos, con María, José, en el

establo.

Los Magos lo hicieron: encontraron al Niño, «postrándose, le adoraron» (*Mt 2, 11*). No le miraron solamente, dijeron solo una oración circunstancial y se fueron, no, sino que le adoraron: entraron en una comunión personal de amor con Jesús. Después le regalaron oro, incienso y mirra, es decir, sus bienes más preciados. Aprendamos de los Magos a no dedicar a Jesús sólo los ratos perdidos de tiempo y algún pensamiento de vez en cuando,

de lo contrario no tendremos su luz. Como los Magos, pongámonos en camino, revistámonos de luz siguiendo la estrella de Jesús, y adoremos al Señor con todo nuestro ser.

### **Después del Ángelus:**

Mañana las comunidades eclesiales de Oriente que siguen el Calendario Juliano celebran la Santa Navidad. Con el espíritu de alegre fraternidad deseo que el nuevo nacimiento del Señor Jesús les llene de luz y de paz.

La Epifanía es la Jornada de la Infancia Misionera. Animo a

todos los niños y jóvenes que en muchas partes del mundo se esfuerzan en llevar el Evangelio y ayudar a sus coetáneos con dificultades. Saludo a los que hoy han venido aquí desde Lazio, Abruzzo y Molise, y doy las gracias a la Pontificia Obra de la Infancia Misionera por este servicio educativo vuestro. Saludo a los participantes en el cortejo histórico-folclórico, que este año está dedicado a las tierras de Umbría meridional y que se propone difundir los valores de solidaridad y

fraternidad. Saludo a los grupos venidos desde Malta, California y Polonia; e incluyo en mi bendición a los participantes del gran Cortejo de los Reyes Magos que tiene lugar en Varsovia con tantas familias y niños.

Los Magos ofrecen a Jesús sus regalos, pero en realidad Jesús mismo es el verdadero don de Dios: Él, efectivamente es el Dios que se dona a nosotros, en Él nosotros vemos el rostro misericordioso del Padre que nos espera, nos acoge, nos perdona siempre; el rostro de

Dios que no nos trata nunca según nuestras obras o según nuestros pecados, sino únicamente según la inmensidad de su inagotable misericordia. Y hablando de dones, también yo he pensado haceros un pequeño regalo... faltan los camellos, pero os daré el regalo. El librito «iconos de misericordia». El don de Dios es Jesús, misericordia del Padre; y por esto, para recordar este don de Dios, os daré este don que os será distribuido por los pobres, por los sintecho y por los

refugiados junto a muchos voluntarios y religiosos a quienes saludo cordialmente y agradezco de corazón.

Os deseo un año de justicia, de perdón, de serenidad pero sobre todo un año de misericordia. Os ayudará leer este libro: es de bolsillo, podéis llevarlo con vosotros.

Por favor, no os olvidéis de hacerme también vosotros el don de vuestra oración. Que el Señor os bendiga. Feliz fiesta, ¡buen almuerzo y adiós!



8 de enero de 2017. Homilía y celebración de la Santa Misa y bautismo de algunos niños en la fiesta del Bautismo del Señor.

Domingo.

*Queridos padres:*

Vosotros habéis pedido para vuestros niños la fe, la fe que será dada en el Bautismo. La fe: eso significa vida de fe, porque la fe es vivida; caminar por el camino de la fe y dar testimonio de la fe. La fe no es recitar el «Credo» el domingo, cuando vamos a misa: no es

solo esto. La fe es creer lo que es la Verdad: Dios Padre que ha enviado a su Hijo y al Espíritu que nos vivifica. Pero la fe es también encomendarse a Dios, y esto vosotros se lo tenéis que enseñar a ellos, con vuestro ejemplo, con vuestra vida. Y la fe es luz: en la ceremonia del Bautismo se os dará una vela encendida, como en los primeros tiempos de la Iglesia. Y por esto el Bautismo, en esos tiempos, se llamaba «iluminación», porque la fe ilumina el corazón, hace ver las cosas con otra luz. Vosotros

habéis pedido la fe: la Iglesia da la fe a vuestros hijos con el Bautismo, y vosotros tenéis el deber de hacerla crecer, cuidarla, y que se convierta en testimonio para todos los demás. Este es el sentido de esta ceremonia. Y solamente quería deciros esto: cuidar la fe, hacerla crecer, que sea testimonio para los demás. Y después... ¡ha comenzado el concierto! [los niños lloran]: es porque los niños se encuentran en un lugar que no conocen, se han despertado antes de lo normal. Comienza uno, da la

nota y después otros «imitan»... Algunos lloran solamente porque ha llorado el otro... Jesús hizo lo mismo, ¿sabéis? A mí me gusta pensar que la primera predicación de Jesús en el establo fue un llanto, la primera... Y después, como la ceremonia es un poco larga, alguno llora por hambre. Si es así, vosotras madres amamantadles también, sin miedo, con toda normalidad. Como la Virgen amamantaba a Jesús...

No olvidéis: habéis pedido la fe, a vosotros la tarea de cuidar la

fe, hacerla crecer, que sea testimonio para todos nosotros, para todos nosotros: también para nosotros sacerdotes, obispos, todos. Gracias.

8 de enero de 2017. ÁNGELUS.

Fiesta del Bautismo del Señor.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy, fiesta del Bautismo de Jesús, el Evangelio (Mt 3, 13-17) nos presenta la episodio ocurrido a orillas del río Jordán: en medio de la muchedumbre penitente que avanza hacia Juan Bautista para recibir el Bautismo también se encuentra Jesús —

hacía fila—. Juan querría impedirselo diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti» (*Mt 3, 14*). En efecto, el Bautista es consciente de la gran distancia que hay entre él y Jesús. Pero Jesús vino precisamente para colmar la distancia entre el hombre y Dios: si Él está completamente de parte de Dios también está completamente de parte del hombre, y reúne aquello que estaba dividido. Por eso pide a Juan que le bautice, para que se cumpla toda justicia (cf. *Mt 3, 15*), es decir, se realice el

proyecto del Padre, que pasa a través de la vía de la obediencia y de la solidaridad con el hombre frágil y pecador, la vía de la humildad y de la plena cercanía de Dios a sus hijos. ¡Porque Dios está muy cerca de nosotros, mucho!

En el momento en el que Jesús, bautizado por Juan, sale de las aguas del río Jordán, la voz de Dios Padre se hace oír desde lo alto: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (*Mt 3, 17*). Y al mismo tiempo el Espíritu Santo, en forma de paloma, se posa sobre Jesús,



que da públicamente inicio a su misión de salvación; misión caracterizada por un estilo, el estilo del siervo humilde y dócil, dotado sólo de la fuerza de la verdad, como había profetizado Isaías: «no vociferará ni alzaré el tono, [...] la caña quebrada no partirá, y la mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia» (*Is 42, 2-3*). Siervo humilde y manso, he aquí el estilo de Jesús, y también el estilo misionero de los discípulos de Cristo: anunciar el Evangelio con docilidad y

firmeza, sin gritar, sin regañar a alguien, sino con docilidad y firmeza, sin arrogancia o imposición. La verdadera misión nunca es proselitismo sino atracción a Cristo. ¿Pero cómo? ¿Cómo se hace esta atracción a Cristo? Con el propio testimonio, a partir de la fuerte unión con Él en la oración, en la adoración y en la caridad concreta, que es servicio a Jesús presente en el más pequeño de los hermanos. Imitando a Jesús, pastor bueno y misericordioso, y animados por su gracia, estamos

llamados a hacer de nuestra vida un testimonio alegre que ilumina el camino, que lleva esperanza y amor.

Esta fiesta nos hace redescubrir el don y la belleza de ser un pueblo de bautizados, es decir, de pecadores —todos lo somos— de pecadores salvados por la gracia de Cristo, inseridos realmente, por obra del Espíritu Santo, en la relación filial de Jesús con el Padre, acogidos en el seno de la madre Iglesia, hechos capaces de una fraternidad que no conoce confines ni barreras.

Que la Virgen María nos ayude a todos nosotros cristianos a conservar una conciencia siempre viva y agradecida de nuestro Bautismo y a recorrer con fidelidad el camino inaugurado por este Sacramento de nuestro renacimiento. Y siempre humildad, docilidad y firmeza.

## **Después del Ángelus:**

*¡Queridos hermanos y hermanas!*

Dentro del contexto de la fiesta del Bautismo del Señor, esta mañana he bautizado a un

buen grupo de neonatos: 28. Recemos por ellos y sus familias. También ayer por la tarde bauticé a un joven catecúmeno. Y querría incluir en mis oraciones a todos los padres que en este periodo se están preparando para el bautismo de su hijo, o lo acaban de celebrar. Invoco al Espíritu Santo sobre ellos y sobre los niños, para que este Sacramento, tan sencillo y al mismo tiempo tan importante, sea vivido con fe y alegría. Además querría invitaros a que os unáis a la Red Mundial de

Oración del Papa, que difunde, también a través de las redes sociales, las intenciones de oración que propongo cada mes a toda la Iglesia. Así se lleva adelante el apostolado de la oración y se hace crecer la comunión.

Durante estos días de tanto frío pienso y os invito a pensar en todas las personas que viven por la calle, golpeadas por el frío y muchas veces por la indiferencia.

Desgraciadamente, algunos no lo han conseguido. Recemos por ellos y pidamos al Señor

que nos caliente el corazón para poder ayudarles.

Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos italianos y de varios países, en particular al grupo de jóvenes de Cagliari, a quienes animo a seguir por el camino iniciado con el Sacramento de la Confirmación. Y les doy las gracias porque me ofrecen la ocasión de subrayar que la Confirmación no es sólo un punto de llegada, como dicen algunos, el «sacramento del adiós», ¡no no!, es sobre todo un punto de partida en la vida

cristiana. ¡Adelante, con la  
alegría del Evangelio!

Deseo a todos un feliz domingo.

Por favor, no os olvidéis de  
rezar por mí.

¡Buen almuerzo y adiós!



9 de enero de 2017. Discurso del Santo Padre Francisco con ocasión de las felicitaciones del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede.

Lunes.

*Excelencias,  
estimados Embajadores,  
Señoras y Señores:*

Les doy la bienvenida y les agradezco su presencia tan numerosa y fiel a esta cita tradicional, que nos permite manifestar recíprocamente el deseo de que el año apenas

iniciado sea para todos un tiempo de alegría, de prosperidad y de paz. Me dirijo con un sentimiento de especial reconocimiento al Decano del Cuerpo Diplomático, el Excelentísimo Señor Armindo Fernandes do Espírito Santo Vieira, Embajador de Angola, por las deferentes palabras que me ha dirigido en nombre de todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, que ha aumentado recientemente con el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la

República Islámica de Mauritania, hace apenas un mes. Deseo igualmente agradecer a los numerosos Embajadores residentes en la Urbe, cuyo número ha aumentado a lo largo del último año, así como a los Embajadores no residentes, que con su presencia en el día de hoy pretenden subrayar los vínculos de amistad que unen a sus pueblos con la Santa Sede. Igualmente, quiero dirigir de modo especial un mensaje de pésame al Embajador de Malasia, recordando a su

predecesor, Dato' Mohd Zulkephli Bin Mohd Noor, fallecido el pasado mes de febrero.

Durante el año transcurrido, las relaciones entre sus Países y la Santa Sede han tenido ocasión de profundizarse aún más gracias a las cordiales visitas de numerosos Jefes de Estado y de Gobierno, a veces en concomitancia con los diversos encuentros que han marcado el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, recientemente concluido. Han sido también varios los Acuerdos bilaterales

firmados o ratificados, unos de carácter general, dirigidos a reconocer el estatuto jurídico de la Iglesia con la República Democrática del Congo, la República Centroafricana, Benín y con Timor Oriental; otros de carácter más específico, como el *Avenant* firmado con Francia, o la Convención en materia fiscal con la República Italiana, que ha entrado recientemente en vigor, a los que hay que añadir el *Memorandum* de Acuerdo entre la Secretaría de Estado y el Gobierno de los

Emiratos Árabes Unidos.  
Además, en línea con el  
compromiso de la Santa Sede  
de cumplir con las obligaciones  
asumidas en los acuerdos  
subscritos, se ha dado también  
la plena actuación  
al *Comprehensive  
Agreement* con el Estado de  
Palestina, que entró en vigor  
hace un año.

*Estimados Embajadores.*  
Hace un siglo, el mundo se  
encontraba en medio del  
primer conflicto mundial.  
Una *inútil matanza*[\[1\]](#), en la  
que las nuevas técnicas de

combate sembraban muerte y causaban enormes sufrimientos a una población civil inerme. En 1917, el rostro del conflicto cambió profundamente, adquiriendo una fisonomía cada vez más mundial mientras surgían en el horizonte aquellos regímenes totalitarios que durante mucho tiempo fueron causa de lacerantes divisiones. Cien años después, muchas zonas del mundo pueden decir que se han beneficiado de prolongados períodos de paz, que han favorecido unas oportunidades

de desarrollo económico y formas de bienestar sin precedentes. Si hoy para muchos la paz les parece de alguna manera un bien que se da por descontado, casi un derecho adquirido al que no se le presta demasiada atención, para demasiadas personas esa paz es todavía una simple ilusión lejana. Millones de personas viven hoy en medio de conflictos insensatos. Incluso en aquellos lugares que en otro tiempo se consideraban seguros se advierte un sentimiento general de miedo.



Con frecuencia nos sentimos abrumados por las imágenes de muerte, por el dolor de los inocentes que imploran ayuda y consuelo, por el luto del que llora un ser querido a causa del odio y de la violencia, por el drama de los refugiados que escapan de la guerra o de los emigrantes que perecen trágicamente.

Por eso quisiera dedicar el encuentro de hoy al tema de la seguridad y de la paz, porque en el clima general de preocupación por el presente y de incertidumbre y angustia

por el futuro, en el que nos encontramos inmersos, considero importante dirigir una palabra de esperanza, que nos señale también un posible camino para recorrer.

Hace tan sólo unos días hemos celebrado la 50 Jornada Mundial de la Paz, instituida por mi predecesor el beato Pablo VI, «como presagio y como promesa, al principio del calendario que mide y describe el camino de la vida en el tiempo, de que sea la Paz con su justo y benéfico equilibrio la que domine el

desarrollo de la historia futura» [2]. Para los cristianos, la paz es un don del Señor, aclamada y cantada por los ángeles en el momento del nacimiento de Cristo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,14). Es un bien positivo, «el fruto del orden asignado a la sociedad humana» [3] por Dios y «no es la mera ausencia de la guerra» [4]. No se «reduce sólo al establecimiento de un equilibrio de las fuerzas adversarias» [5], sino que más

bien exige el compromiso de personas de buena voluntad «sedientos de una justicia más perfecta» [\[6\]](#).

En esa línea, manifiesto la viva convicción de que toda expresión religiosa está llamada a promover la paz. Lo he podido experimentar de manera significativa en la Jornada Mundial de Oración por la Paz, que se celebró en Asís el pasado mes de septiembre, durante la cual los representantes de las diversas religiones se han encontrado para «dar voz a los que sufren,

a los que no tienen voz y no son escuchados» [\[7\]](#), así como en mi visita al Templo Mayor de Roma o a la Mezquita de Bakú. Sabemos que se ha cometido violencia por razones religiosas, comenzando precisamente por Europa, donde las divisiones históricas entre cristianos han durado mucho tiempo. En mi reciente viaje a Suecia, quise recordar que tenemos una urgente necesidad de sanar las heridas del pasado y de caminar juntos hacia metas comunes. En la base de ese camino ha de estar

el diálogo auténtico entre las diversas confesiones religiosas. Es un dialogo posible y necesario, como he tratado de atestiguar en el encuentro que he tenido en Cuba con el Patriarca Cirilo de Moscú, así como en los viajes apostólicos a Armenia, Georgia y Azerbaiyán, donde he percibido la aspiración de aquellos pueblos a solucionar los conflictos que desde hace años perjudican la concordia y la paz.

Al mismo tiempo, no debemos olvidar las muchas iniciativas,

inspiradas en la religión, que contribuyen, incluso a menudo con el sacrificio de los mártires, a la construcción del bien común por medio de la educación y la asistencia, sobre todo en las regiones más desfavorecidas y en las zonas de conflicto. Tales obras contribuyen a la paz y dan testimonio concreto de que, cuando se coloca en el centro de la propia actividad la dignidad de la persona humana, es posible vivir y trabajar juntos, a pesar de pertenecer a pueblos, culturas

y tradiciones diferentes. Desgraciadamente, somos conscientes de que todavía hoy, la experiencia religiosa, en lugar de abrirnos a los demás, puede ser utilizada a veces como pretexto para cerrazones, marginaciones y violencias. Me refiero en particular al terrorismo de matriz fundamentalista, que en el año pasado ha segado la vida de numerosas víctimas en todo el mundo: en Afganistán, Bangladesh, Bélgica, Burkina Faso, Egipto, Francia, Alemania, Jordania, Irak,



Nigeria, Pakistán, Estados Unidos de América, Túnez y Turquía. Son gestos viles, que usan a los niños para asesinar, como en Nigeria; toman como objetivo a quien reza, como en la Catedral copta de El Cairo, a quien viaja o trabaja, como en Bruselas, a quien pasea por las calles de la ciudad, como en Niza o en Berlín, o sencillamente celebra la llegada del año nuevo, como en Estambul.

Se trata de una locura homicida que usa el nombre de Dios para sembrar muerte,

intentando afirmar una voluntad de dominio y de poder. Hago por tanto un llamamiento a todas las autoridades religiosas para que unidos reafirmen con fuerza que nunca se puede matar en nombre de Dios. El terrorismo fundamentalista es fruto de una grave miseria espiritual, vinculada también a menudo a una considerable pobreza social. Sólo podrá ser plenamente vencido con la acción común de los líderes religiosos y políticos. A los primeros les corresponde la

tarea de transmitir aquellos valores religiosos que no admiten una contraposición entre el temor de Dios y el amor por el prójimo. A los segundos les corresponde garantizar en el espacio público el derecho a la libertad religiosa, reconociendo la aportación positiva y constructiva que ésta comporta para la edificación de la sociedad civil, en donde la pertenencia social, sancionada por el principio de ciudadanía, y la dimensión espiritual de la vida no pueden ser concebidas

como contrarias. A quien gobierna le corresponde, además, la responsabilidad de evitar que se den las condiciones favorables para la propagación de los fundamentalismos. Eso requiere adecuadas políticas sociales que combatan la pobreza, y que requieren de una sincera valorización de la familia, como lugar privilegiado de la maduración humana, y de abundantes esfuerzos en el ámbito educativo y cultural. En este sentido, acojo con interés la iniciativa del Consejo

de Europa sobre la dimensión religiosa del diálogo intercultural, que el año pasado se ha centrado en el papel de la educación en la prevención de la radicalización, que conduce al terrorismo y al extremismo violento. Se trata de una oportunidad para profundizar en el papel que tiene el fenómeno religioso y la educación en la pacificación real del tejido social, necesaria para la convivencia en una sociedad multicultural. A este respecto, deseo expresar la convicción de que la

autoridad política no sólo debe garantizar la seguridad de sus propios ciudadanos —concepto que puede ser fácilmente reducido al de un simple «vivir tranquilo»—, sino que también está llamada a ser verdadera promotora y constructora de paz. La paz es una «*virtud activa*», que requiere el compromiso y la cooperación de cada persona y de todo el cuerpo social en su conjunto. Como advertía el Concilio Vaticano II, «la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo

quehacer» [\[8\]](#), salvaguardando el bien de las personas y respetando su dignidad.

Construirla requiere en primer lugar renunciar a la violencia en la reivindicación de los propios

derechos [\[9\]](#). Precisamente a este principio he dedicado

el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2017,

titulado: «*La no violencia: un estilo de política para la paz*»,

para recordar sobre todo cómo la no violencia es un estilo político basado en la primacía del derecho y de la dignidad de

toda persona.

Construir la paz requiere también que «se desarraiguen las causas de discordia entre los hombres, que son las que alimentan las guerras»[\[10\]](#), empezando por las injusticias. Existe, de hecho, una íntima relación entre la justicia y la paz[\[11\]](#). «Pero, —observaba san Juan Pablo II— puesto que la justicia humana es siempre frágil e imperfecta, expuesta a las limitaciones y a los egoísmos personales y de grupo, debe ejercerse y en cierto modo completarse con el



*perdón, que cura las heridas y restablece en profundidad las relaciones humanas*

*truncadas* (...). El perdón en modo alguno se contrapone a la justicia, [sino] tiende más bien a esa plenitud de la justicia que conduce a la tranquilidad del orden y que (...) pretende una profunda recuperación de las heridas abiertas. Para esta recuperación, son esenciales ambos, la justicia y el perdón» [\[12\]](#). Estas palabras, hoy más actuales que nunca, se han encontrado con la disponibilidad de algunos Jefes

de Estado o de Gobierno para acoger mi invitación a tener un gesto de clemencia a favor de los encarcelados. A ellos, como también a quienes trabajan para crear condiciones de vida digna para los detenidos y favorecer su reinserción en la sociedad, deseo expresarles mi especial reconocimiento y gratitud.

Estoy convencido de que para muchos el Jubileo extraordinario de la Misericordia ha sido una ocasión particularmente propicia para descubrir también

la «incidencia importante y positiva de la misericordia como *valor social*»[\[13\]](#). Cada uno puede contribuir a dar vida a «una *cultura de la misericordia*, basada en el redescubrimiento del encuentro con los demás: una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos»[\[14\]](#). Sólo así se podrán construir sociedades abiertas y hospitalarias para los extranjeros y, al mismo tiempo, seguras y pacíficas internamente. Esto es aún más

necesario hoy en día en que siguen aumentando, en diferentes partes del mundo, los grandes flujos migratorios. Pienso sobre todo en los numerosos refugiados y desplazados en algunas zonas de África, en el Sudeste asiático y en aquellos que huyen de las zonas de conflicto en Oriente Medio.

El año pasado, la comunidad internacional se vio interpelada por dos importantes eventos convocados por las Naciones Unidas: la primera Cumbre Humanitaria Mundial y la

Cumbre sobre los grandes Desplazamientos de Refugiados y Migrantes. Es necesario un compromiso común en favor de los inmigrantes, los refugiados y los desplazados, que haga posible el darles una acogida digna. Esto implica saber conjugar el derecho de «cada hombre (...) a emigrar a otros países y fijar allí su domicilio» [\[15\]](#) y, al mismo tiempo, garantizar la posibilidad de una integración de los inmigrantes en los tejidos sociales en los que se insertan, sin que éstos sientan

amenazada su seguridad, su identidad cultural y sus propios equilibrios políticos y sociales. Por otra parte, los mismos inmigrantes no deben olvidar que tienen el deber de respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los países que los acogen.

Un enfoque prudente de parte de las autoridades públicas no comporta la aplicación de políticas de clausura hacia los inmigrantes, sino que implica evaluar, con sabiduría y altura de miras, hasta qué punto su país es capaz, sin provocar

daños al bien común de sus ciudadanos, de proporcionar a los inmigrantes una vida digna, especialmente a quienes tienen verdadera necesidad de protección. No se puede de ningún modo reducir la actual crisis dramática a un simple recuento numérico. Los inmigrantes son personas con nombres, historias y familias, y no podrá haber nunca verdadera paz mientras quede un solo ser humano al que se le vulnere la propia identidad personal y se le reduzca a una mera cifra estadística o a

objeto de interés económico. El problema de la inmigración es un tema que no puede dejar indiferentes a algunos países mientras que otros sobrellevan, a menudo con un esfuerzo considerable y graves dificultades, el compromiso humanitario de hacer frente a una emergencia que no parece tener fin. Todos deberían sentirse constructores y corresponsables del bien común internacional, incluso a través de gestos concretos de humanidad, que son requisitos fundamentales para la paz y el



desarrollo que naciones enteras y millones de personas siguen aún esperando. Por eso, estoy agradecido a todos los países que acogen generosamente a los necesitados, comenzando por algunas naciones europeas, especialmente Italia, Alemania, Grecia y Suecia.

Me quedará grabado para siempre el viaje que hice a la isla de Lesbos, junto a mis hermanos el Patriarca Bartolomé y el Arzobispo Jerónimo, donde vi y toqué con la mano la dramática situación de los campos de refugiados,

así como la humanidad y el espíritu de servicio de muchas personas comprometidas en su asistencia. Tampoco se debe olvidar la hospitalidad ofrecida por otros países europeos y de Oriente Medio, como Líbano, Jordania y Turquía, así como el compromiso de diferentes países de África y Asia. También en mi viaje a México, donde pude experimentar la alegría del pueblo mexicano, me sentí cerca de los miles de inmigrantes centroamericanos que sufren terribles injusticias y peligros en su intento de

alcanzar un futuro mejor, y que son víctimas de extorsión y objeto de ese despreciable comercio —horrible forma de esclavitud moderna— que es la trata de personas.

Enemiga de la paz es una «visión reductiva» del hombre, que abre el camino a la propagación de la iniquidad, las desigualdades sociales y la corrupción. Justo con relación a este último fenómeno, la Santa Sede ha asumido nuevos compromisos, depositando formalmente, el 19 de septiembre, el instrumento de

adhesión a la *Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción*, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 31 de octubre de 2003.

En la encíclica *Populorum Progressio*, que este año celebra su cincuenta aniversario, el beato Pablo VI recordó cómo estas desigualdades provocan discordias. «El camino de la paz pasa por el desarrollo» [\[16\]](#) que las autoridades públicas tienen la obligación de estimular y fomentar, creando las

condiciones para una distribución más equitativa de los recursos e incentivando oportunidades de trabajo, sobre todo para los más jóvenes. En el mundo hay todavía muchas personas, especialmente niños, que aún sufren por causa de una pobreza endémica y viven en situaciones de inseguridad alimentaria —más bien, de hambre— mientras que los recursos naturales son objeto de la ávida explotación de unos pocos, desperdiciándose cada día enormes cantidades de alimentos.

Los niños y los jóvenes son el futuro, se trabaja y se construye para ellos. No podemos descuidarlos y olvidarlos egoístamente. Por esta razón, como he advertido recientemente en una carta enviada a todos los obispos, considero prioritaria la defensa de los niños, cuya inocencia ha sido frecuentemente rota bajo el peso de la explotación, del trabajo clandestino y esclavo, de la prostitución o de los abusos de los adultos, de los pandilleros y de los mercaderes de muerte[17]. Durante mi

viaje a Polonia, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, me encontré con miles de jóvenes llenos de entusiasmo y ganas de vivir. He visto, en cambio, el dolor y el sufrimiento de muchos otros. Pienso en los chicos y chicas que sufren las consecuencias del terrible conflicto en Siria, privados de la alegría de la infancia y de la juventud: desde la posibilidad de jugar libremente a la oportunidad de ir a la escuela. A ellos, y a todo el querido pueblo sirio, dirijo constantemente mi

pensamiento, a la vez que hago un llamamiento a la comunidad internacional para que trabaje con diligencia para poner en marcha una seria negociación, que ponga definitivamente fin a un conflicto que está provocando un verdadero desastre humanitario. Cada una de las partes implicadas ha de tener como prioridad el respeto del derecho humanitario internacional, asegurando la protección de la población civil y la necesaria ayuda humanitaria. El deseo común es que la tregua que se



ha firmado recientemente sea para todo el pueblo sirio un signo de la esperanza que tanto necesita.

Esto requiere también que se hagan esfuerzos para erradicar el despreciable tráfico de armas y la continua carrera para producir y distribuir armas cada vez más sofisticadas. Causan un gran desconcierto las pruebas llevadas a cabo en la Península coreana, que desestabilizan a la región y plantean a la comunidad internacional unos inquietantes interrogantes acerca del riesgo

de una nueva carrera de armamentos nucleares. Siguen siendo actuales las palabras de san Juan XXIII en la *Pacem in terris* cuando afirmaba que «la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que, de un lado y de otro, las naciones que los poseen los reduzcan simultáneamente; que se prohíban las armas atómicas» [\[18\]](#). En tal sentido, y también en vista de la próxima Conferencia de Desarme, la Santa Sede trabaja

por promover una ética de la paz y de la seguridad que supere a la del miedo y de la «cerrazón» que condiciona el debate sobre las armas nucleares.

También por lo que respecta a las armas convencionales, hay que señalar que la facilidad con la que a menudo se puede acceder al mercado de las armas, incluso las de pequeño calibre, además de agravar la situación en las diversas zonas de conflicto, produce una sensación muy extendida y generalizada de inseguridad y

temor, que es más peligrosa en los momentos de incertidumbre social y de profunda transformación como el que vivimos.

La ideología, que se sirve de los problemas sociales para fomentar el desprecio y el odio y ve al otro como un enemigo que hay que destruir, es enemiga de la paz.

Desafortunadamente, nuevas formas de ideología aparecen constantemente en el horizonte de la humanidad. Haciéndose pasar por portadoras de beneficios para el pueblo, dejan

en cambio detrás de sí pobreza, divisiones, tensiones sociales, sufrimiento y con frecuencia incluso la muerte. La paz, sin embargo, se conquista con la solidaridad. De ella brota la voluntad de diálogo y de colaboración, del que la diplomacia es un instrumento fundamental. La misericordia y la solidaridad es lo que mueve a la Santa Sede y a la Iglesia Católica en su compromiso decidido por solucionar los conflictos o seguir los procesos de paz, de reconciliación y la búsqueda de soluciones

negociadas a los mismos. Llena de esperanza ver que algunos de los intentos realizados se deben a la buena voluntad de tantas personas diferentes que se empeñan de modo activo y eficaz en favor de la paz.

Pienso en los esfuerzos realizados en los últimos dos años para un nuevo acercamiento entre Cuba y los Estados Unidos. También pienso en el esfuerzo llevado a cabo con tenacidad, a pesar de las dificultades, para terminar con años de conflicto en Colombia. Este planteamiento busca

fomentar la confianza mutua, mantener caminos de diálogo y hacer hincapié en la necesidad de gestos valientes, que son muy urgentes también en la vecina Venezuela, donde las consecuencias de la crisis política, social y económica, están pesando desde hace tiempo sobre la población civil; o en otras partes del mundo, empezando por Oriente Medio, no sólo para poner fin al conflicto sirio, sino también para promover una sociedad plenamente reconciliada en Irak y en Yemen. La Santa

Sede renueva también su urgente llamamiento para que se reanude el diálogo entre israelíes y palestinos, para que se alcance una solución estable y duradera que garantice la convivencia pacífica de dos Estados dentro de fronteras reconocidas internacionalmente. Ningún conflicto ha de convertirse en un hábito del que parece que nadie se puede librar. Israelíes y palestinos necesitan la paz. Todo el Oriente Medio necesita con urgencia la paz. También espero que se cumplan



plenamente los acuerdos destinados a restablecer la paz en Libia, donde es más urgente que nunca sanar las divisiones de los últimos años. Del mismo modo, animo todos los esfuerzos que en ámbito local e internacional estén destinados a restaurar la convivencia civil en Sudán y en Sudán del Sur, en la República Centroafricana, atormentados por continuos enfrentamientos armados, masacres y devastaciones, así como en otras naciones del Continente marcadas por tensiones e inestabilidad

política y social. En particular, espero que el reciente acuerdo firmado en la República Democrática del Congo contribuya a hacer que los que tienen responsabilidades políticas se esfuercen diligentemente para promover la reconciliación y el diálogo entre todos los miembros de la sociedad civil. Mi pensamiento se dirige también a Myanmar, de modo que se promueva una convivencia pacífica y, con la ayuda de la comunidad internacional, no se deje de atender a aquellos que están

en grave y urgente necesidad. También en Europa, donde no faltan las tensiones, la disponibilidad al diálogo es la única manera de garantizar la seguridad y el desarrollo del Continente. Por tanto, celebro las iniciativas destinadas a promover el proceso de reunificación de Chipre, que hoy precisamente ve una reanudación de las negociaciones, mientras espero que en Ucrania se sigan buscando con determinación soluciones viables para la plena aplicación de los compromisos

asumidos por las partes y, sobre todo, para que se le dé una pronta respuesta a una situación humanitaria que sigue siendo grave.

Toda Europa está atravesando un momento decisivo de su historia, en el que está llamada a redescubrir su propia identidad. Para ello es necesario volver a descubrir sus raíces con el fin de plasmar su propio futuro. Frente a las fuerzas disgregadoras, es más urgente que nunca actualizar la «idea de Europa» para dar a luz un nuevo humanismo

basado en la capacidad de integrar, de dialogar y de generar [\[19\]](#) que han hecho grande al así llamado Viejo Continente. El proceso de unificación europea, que comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido y sigue siendo una oportunidad única para la estabilidad, la paz y la solidaridad entre los pueblos. Aquí sólo puedo reiterar el interés y la preocupación de la Santa Sede por Europa y su futuro, consciente de que los valores que han animado y

fundado este proyecto, del que este año se cumple el sexagésimo aniversario, son comunes a todo el Continente y se extienden más allá de la misma Unión Europea.

*Excelencias, señoras y señores.*

Construir la paz significa también trabajar activamente para el cuidado de la Creación. El Acuerdo de París sobre el clima, que ha entrado recientemente en vigor, es un signo importante de nuestro compromiso común por dejar a los que vengan después de nosotros un mundo hermoso y

habitable. Espero que los esfuerzos realizados en los últimos tiempos para abordar el cambio climático cuenten con una cooperación más amplia por parte de todos, ya que la Tierra es nuestra casa común, y es necesario tener en cuenta que las decisiones de cada uno repercuten sobre la vida de todos.

Sin embargo, es evidente también que hay fenómenos que sobrepasan la capacidad de la acción humana. Me refiero a los numerosos terremotos que han golpeado a algunas

regiones del mundo. Pienso sobre todo en los que se produjeron en Ecuador, Italia e Indonesia, que han provocado numerosas muertes y donde todavía muchas personas viven en condiciones muy precarias. Pude visitar personalmente algunas zonas afectadas por el terremoto en el centro de Italia, donde he comprobado las heridas que el terremoto ha causado en una tierra rica en arte y cultura, he podido compartir el dolor de tanta gente, junto con su valor y determinación para



reconstruir todo lo que se ha destruido. Espero que la solidaridad que ha unido al querido pueblo italiano en las horas siguientes al terremoto, siga animando a toda la Nación, especialmente en estos delicados momentos de su historia. La Santa Sede e Italia están particularmente ligadas por obvias razones históricas, culturales y geográficas. Ese vínculo se ha apreciado con claridad en el año jubilar y agradezco a todas las Autoridades italianas por su ayuda en la organización de

este evento, también para garantizar la seguridad de los peregrinos que llegaron de todo el mundo.

*Estimados Embajadores.*

La paz es un don, un desafío y un compromiso. Un don porque brota del corazón de Dios; un desafío, porque es un bien que no se da nunca por descontado y debe ser conquistado continuamente; un compromiso, ya que requiere el trabajo apasionado de toda persona de buena voluntad para buscarla y construirla. No existe, por tanto, la verdadera

paz si no se parte de una visión del hombre que sepa promover su desarrollo integral, teniendo en cuenta su dignidad trascendente, ya que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz»[\[20\]](#), como recordaba el beato Pablo VI. Por tanto, este es mi deseo para el próximo año: que crezcan en nuestros países y sus pueblos las oportunidades para trabajar juntos y construir una paz verdadera. Por su parte, la Santa Sede, y en particular la Secretaría de Estado, estarán siempre dispuestas a cooperar

con todos los que trabajan para poner fin a los conflictos abiertos y para dar apoyo y esperanza a las poblaciones que sufren.

En la liturgia pronunciamos el saludo «la paz esté con vosotros». Con esta expresión, prenda de abundantes bendiciones divinas, les renuevo a ustedes, distinguidos miembros del cuerpo diplomático, a sus familias, a los países que representan, mis mejores deseos para el Año Nuevo.

Gracias.

---

[1] Benedicto XV, *Carta a los jefes de los pueblos beligerantes*, 1 agosto 1917: AAS IX (1917), 423.

[2] Pablo VI, *Mensaje para la celebración de la I Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 1968.

[3] Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (GS), 7 diciembre 1965, 78.

[4] *Ibíd.*

[5] *Ibíd.*

[6] *Ibíd.*

[7] *Discurso en la Jornada Mundial de Oración por la Paz, Asís, 20 septiembre 2016.*

[8] *GS, 78.*

[9] *Cf. Ibíd.*

[10] *Ibíd., 83.*

[11] *Cf. Sal 85, 11 e Is 32, 17.*

[12] *Juan Pablo II, Mensaje para la XXXV Jornada Mundial de la Paz: No hay paz sin justicia, no hay justicia sin*

perdón, 1 enero 2002.

[13] Carta apostólica Misericordia et misera, 20 noviembre 2016, 18.

[14] Ibíd., 20.

[15] Juan XXIII, Carta encíclica Pacem in terris, 11 abril 1963, 25.

[16] Pablo VI, Carta Encíclica Populorum Progressio, 26 marzo 1967, 83.

[17] Cf. Carta a los Obispos en la fiesta de los Santos

Inocentes, 28 diciembre 2016.

[18] N. 112.

[19] Cf. Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno, 6 mayo 2016.

[20] Pablo VI, Populorum Progressio, 87.



11 de enero de 2017.

Audiencia general. Contra las falsas esperanzas que ofrece el mundo.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En el pasado mes de diciembre y en la primera parte de enero hemos celebrado el tiempo de Adviento y después el de Navidad: un periodo del año litúrgico que despierta en el pueblo de Dios la esperanza. Esperar es una necesidad

primaria del hombre: esperar en el futuro, creer en la vida, el llamado «pensar positivo». Pero es importante que tal esperanza sea puesta de nuevo en lo que verdaderamente puede ayudar a vivir y a dar sentido a nuestra existencia. Es por esto que la Sagrada Escritura nos pone en guardia contra las falsas esperanzas que el mundo nos presenta, desenmascarando su inutilidad y mostrando la insensatez. Y lo hace de varias formas, pero sobre todo denunciando la falsedad de los ídolos en los

que el hombre está continuamente tentado de poner su confianza, haciéndoles el objeto de su esperanza. En particular, los profetas y sabios insisten en esto, tocando un punto focal del camino de fe del creyente. Porque fe es fiarse de Dios —quien tiene fe, se fía de Dios— pero viene el momento en el que, encontrándose con las dificultades de la vida, el hombre experimenta la fragilidad de esa confianza y siente la necesidad de certezas diferentes, de seguridades

tangibles, concretas. Yo me fío de Dios, pero la situación es un poco fea y yo necesito de una certeza un poco más concreta. ¡Y allí está el peligro! Y entonces estamos tentados de buscar consuelos también efímeros, que parecen llenar el vacío de la soledad y calmar el cansancio del creer. Y pensamos poder encontrar en la seguridad que puede dar el dinero, en las alianzas con los poderosos, en la mundanidad, en las falsas ideologías. A veces las buscamos en un dios que pueda doblarse a nuestras

peticiones y mágicamente intervenir para cambiar la realidad y hacer como nosotros queremos; un ídolo, precisamente, que en cuanto tal no puede hacer nada, impotente y mentiroso. Pero a nosotros nos gustan los ídolos, nos gustan mucho! Una vez, en Buenos Aires, tenía que ir de una iglesia a otra, mil metros, más o menos. Y lo hice, caminando. Había un parque en medio, y en el parque había pequeñas mesas, pero muchas, muchas, donde estaban sentados los videntes. Estaba

lleno de gente, que también hacía cola. Tú le dabas la mano y él empezaba, pero el discurso era siempre el mismo: hay una mujer en tu vida, hay una sombra que viene, pero todo irá bien... Y después pagabas. ¿Y esto te da seguridad? Es la seguridad de una —permítidme la palabra— de una estupidez. Ir al vidente o a la vidente que leen las cartas: ¡esto es un ídolo! Esto es un ídolo, y cuando nosotros estamos muy apegados: compramos falsas esperanzas. Mientras que de la que es la esperanza de la

gratuidad, que nos ha traído Jesucristo, gratuitamente dando la vida por nosotros, de esa a veces no nos fiamos tanto.

Un Salmo lleno de sabiduría nos dibuja de una forma muy sugestiva la falsedad de estos ídolos que el mundo ofrece a nuestra esperanza y a la que los hombres de cada época están tentados de fiarse. Es el Salmo 115, que dice así:  
«Plata y oro son sus ídolos, obra de mano de hombre. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen

oídos y no oyen, tienen nariz, y no huelen. Tienen manos y no palpan, tienen pies y no caminan; ni un solo susurro en su garganta. Como ellos serán los que los hacen, cuantos en ellos ponen su confianza» (*Sal 115, 4-8*). El salmista nos presenta, de forma un poco irónica, la realidad absolutamente efímera de estos ídolos. Y tenemos que entender que no se trata solo de representaciones hechas de metal o de otro material, sino también de esas construidas con nuestra mente, cuando nos



fiamos de realidades limitadas que transformamos en absolutas, o cuando reducimos a Dios a nuestros esquemas y a nuestras ideas de divinidad; un dios que se nos parece, comprensible, previsible, precisamente como los ídolos de los que habla el Salmo. El hombre, imagen de Dios, se fabrica un dios a su propia imagen, y es también una imagen mal conseguida: no siente, no actúa, y sobre todo no puede hablar. Pero, nosotros estamos más contentos de ir a los ídolos que ir al Señor.

Estamos muchas veces más contentos de la efímera esperanza que te da este falso ídolo, que la gran esperanza segura que nos da el Señor. A la esperanza en un Señor de la vida que con su Palabra ha creado el mundo y conduce nuestras existencias, se contraponen la confianza en ídolos mudos. Las ideologías con sus afirmaciones de absoluto, las riquezas —y esto es un gran ídolo—, el poder y el éxito, la vanidad, con su ilusión de eternidad y de omnipotencias, valores como la

belleza física y la salud, cuando se convierten en ídolos a los que sacrificar cualquier cosa, son todo realidades que confunden la mente y el corazón, y en vez de favorecer la vida conducen a la muerte. Es feo escuchar y duele en el alma eso que una vez, hace años, escuché, en la diócesis de Buenos Aires: una mujer buena, muy guapa, presumía de belleza, comentaba, como si fuera natural: «Eh sí, he tenido que abortar porque mi figura es muy importante». Estos son los ídolos, y te llevan por el camino

equivocado y no te dan felicidad.

El mensaje del Salmo es muy claro: si se pone la esperanza en los ídolos, te haces como ellos: imágenes vacías con manos que no tocan, pies que no caminan, bocas que no pueden hablar. No se tiene nada más que decir, se convierte en incapaz de ayudar, cambiar las cosas, incapaces de sonreír, de donarse, incapaces de amar. Y también nosotros, hombres de Iglesia, corremos riesgo cuando nos «mundanizamos». Es necesario

permanecer en el mundo pero defenderse de las ilusiones del mundo, que son estos ídolos que he mencionado.

Como prosigue el Salmo, es necesario confiar y esperar en Dios, y Dios donará bendiciones. Así dice el Salmo: «Casa de Israel, confía en el Yahveh [...], casa de Aarón, confía en Yahveh [...], los que teméis a Yahveh, confiad en Yahveh [...] Yahveh se acuerda de nosotros, él bendecirá» (*Sal 115*, 9.10.11.12). El Señor se acuerda siempre. También en los momentos feos. Él se

acuerda de nosotros. Y esta es nuestra esperanza. Y la esperanza no decepciona nunca. Nunca. Nunca. Los ídolos decepcionan siempre: son fantasías, no son realidad. Esta es la estupenda realidad de la esperanza: confiando en el Señor nos hacemos como Él, su bendición nos transforma en sus hijos, que comparten su vida. La esperanza en Dios nos hace entrar, por así decir, en el radio de acción de su recuerdo, de su memoria que nos bendice y nos salva. Y entonces puede brotar el aleluya, la alabanza al

Dios vivo y verdadero, que para nosotros ha nacido de María, ha muerto en la cruz y resucitado en la gloria. Y en este Dios nosotros tenemos esperanza, y este Dios —que no es un ídolo— no decepciona nunca.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a poner plenamente su confianza en el Señor para que de su vida brote la alabanza al Dios vivo y verdadero, que por

nosotros nació de María, murió sobre la cruz y ha resucitado en la gloria. Muchas gracias.



14 de enero de 2017. Discurso a una delegación de la Global Foundation.

Sábado.

Me complace estar con vosotros en esta nueva edición de la Mesa redonda en Roma de la *Global Foundation*, en la que os habéis reunido inspirados en el lema de la fundación —«Juntos nos comprometemos por el bien común global» («Together we strive for the global common good») — para identificar los caminos

adecuados, capaces de conducir a una globalización

“cooperativa”, es decir positiva, opuesta a la globalización de la indiferencia. La finalidad es asegurar que la comunidad global, formada por las instituciones, las empresas y los representantes de la sociedad civil, pueda alcanzar efectivamente los objetivos y las obligaciones internacionales declaradas y asumidas solemnemente como, por ejemplo, las de la Agenda 2030 para el desarrollo sostenible y los Objetivos de desarrollo

sostenible.

En primer lugar quisiera reiterar que es inaceptable, porque es inhumano, un sistema económico mundial que descarta a hombres, mujeres y niños, por el hecho de que no parezcan útiles según los criterios de rentabilidad de las empresas u otras organizaciones. Precisamente este descartar a las personas comporta la regresión y la deshumanización de cualquier sistema político y económico: los que causan o permiten el descarte de los demás —los

refugiados, los niños abusados o esclavos, los pobres que mueren en la calle cuando hace frío— se convierten en máquinas sin alma, aceptando implícitamente el principio de que ellos también, tarde o temprano, serán descartados. ¡Esto es un boomerang! Pero es verdad: antes o después ellos serán descartados, cuando ya no sean útiles a una sociedad que ha puesto en el centro al dios dinero.

En 1991, san Juan Pablo II, frente a la caída de los sistemas políticos opresivos y a

la integración gradual de los mercados que ahora habitualmente llamamos globalización, advertía del riesgo de propagación por todos lados de la ideología capitalista. Esta habría llevado aparejada la poca o nula consideración por los fenómenos de la marginación, de la explotación y de la alienación humana, ignorando a las multitudes que siguen viviendo en la pobreza material y moral, y confiando ciegamente la solución únicamente al libre desarrollo de las fuerzas del mercado. Mi

predecesor, preguntándose si tal sistema económico era el modelo a proponer a los que estaban buscando el camino del verdadero progreso económico y social, llegó a una respuesta claramente negativa. Este no es el camino (cf. *Centesimus annus*, 42).

Por desgracia, los riesgos descritos por san Juan Pablo II se han verificado ampliamente. Sin embargo, al mismo tiempo se han desarrollado y realizado muchos esfuerzos de individuos e instituciones para remediar los males producidos por una

globalización irresponsable. La Madre Teresa de Calcuta, a quien tuve la alegría de proclamar santa hace unos meses y que es un símbolo y un icono de nuestro tiempo, de alguna manera representa y resume estos esfuerzos. Ella se inclinó sobre las personas moribundas, abandonadas a su suerte en el borde de la carretera, reconociendo en cada una de ellas la dignidad dada por Dios. Acogió cada vida humana, la no nacida y la abandonada y descartada, e hizo oír su voz a los poderosos

de la tierra para que reconocieran los crímenes de la pobreza creada por ellos mismos (cf. Homilía para la canonización de la Madre Teresa de Calcuta, 4 de septiembre de 2016).

Esta es la primera actitud que puede conducir a una globalización solidaria y cooperativa. Es necesario, en primer lugar, que cada uno, personalmente, no sea indiferente a las heridas de los pobres, sino que aprenda a “compadecer” con los que sufren por las persecuciones, la



soledad, el desplazamiento forzado o la separación de sus familias; con aquellos que no tienen acceso a los cuidados sanitarios; con los que padecen el hambre, el frío o el calor. Esta compasión llevará a los agentes económicos y políticos a utilizar su inteligencia y sus recursos no sólo para controlar y supervisar los efectos de la globalización, sino también para ayudar a los responsables de los diversos ámbitos políticos —regionales, nacionales e internacionales— a corregir la orientación cada

vez que sea necesario. La política y la economía, de hecho, deberían incluir el ejercicio de la virtud de la prudencia.

La Iglesia tiene siempre confianza, porque conoce el gran potencial de la inteligencia humana que se deja ayudar y guiar por Dios y también la buena voluntad de los pequeños y los grandes, de los ricos y los pobres, de los empresarios y los trabajadores. Por lo tanto os animo a continuar vuestros esfuerzos, siempre guiados por la Doctrina

social de la Iglesia,  
promoviendo una globalización  
cooperativa junto con todos los  
actores involucrados —la  
sociedad civil, los gobiernos, los  
organismos internacionales, las  
comunidades académicas y  
científicas y otros— y os deseo  
éxito en vuestro trabajo.

Os agradezco vuestra atención  
y os aseguro mi oración; y os  
pido que llevéis mis saludos  
personales, junto con mi  
bendición, a vuestras familias y  
a vuestros colaboradores.

Gracias.

15 de enero de 2017. Homilía  
del Santo Padre Francisco.

Visita pastoral a la parroquia  
romana de «Santa María a  
Setteville»

Domingo.

El Evangelio nos presenta a  
Juan [el Bautista] en el  
momento en el que nos da  
testimonio de Jesús. Viendo a  
Jesús venir hacia él, dijo: «He  
aquí el Cordero de Dios que  
quita el pecado del mundo. Este  
es por quien yo dije: “Detrás de

mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí"»

(*Juan 1, 29-30*). Este es el Mesías. Da testimonio. Y algunos discípulos, escuchando este testimonio —discípulos de Juan— siguieron a Jesús; fueron detrás de Él y se quedaron contentos: «Hemos encontrado al Mesías» (*Juan 1, 41*). Han escuchado la presencia de Jesús. ¿Pero por qué han encontrado a Jesús? Porque ha sido un testigo, porque ha habido un hombre que ha dado testimonio de Jesús.

Así sucede en nuestra vida. Hay muchos cristianos que profesan que Jesús es Dios; hay muchos sacerdotes que profesan que Jesús es Dios, muchos obispos... ¿Pero todos dan testimonio de Jesús? ¿O ser cristianos es como... una forma de vivir como otra, como ser hincha de un equipo? "Pero sí, soy cristiano...". O como tener una filosofía: "Yo cumplo los mandamientos, soy cristiano, tengo que hacer esto...". Ser cristiano, en primer lugar, es dar testimonio de Jesús. Lo primero. Y esto es lo

que han hecho los Apóstoles: los Apóstoles han dado testimonio de Jesús, y por esto el cristianismo se ha difundido en todo el mundo. Testimonio y martirio: lo mismo. Se da testimonio en lo pequeño, y algunos llegan a lo grande, a dar la vida en el martirio, como los Apóstoles. Pero los Apóstoles no habían hecho un curso para convertirse en testigos de Jesús; no habían estudiado, no fueron a la universidad. Habían escuchado al Espíritu dentro y han seguido la inspiración del Espíritu

Santo; han sido fieles a esto. Pero eran pecadores, ¡todos! Los doce eran pecadores. “¡No, Padre, solamente Judas!”. No, pobrecillo... Nosotros no sabemos qué ha sucedido después de su muerte, porque la misericordia de Dios está también en el momento. Pero todos eran pecadores, todos. Envidiosos, tenían celos entre ellos: “No, yo tengo que ocupar el primer lugar y tú el segundo...”; y dos de ellos hablan con la madre para que vaya a hablar con Jesús y que les dé el primer lugar a sus



hijos... Eran así, con todos los pecados. También eran traidores, porque cuando Jesús fue capturado, todos se escaparon, llenos de miedo; se escondieron: tenían miedo. Y Pedro, que sabía que era el jefe, sintió la necesidad de acercarse un poco a ver qué sucedía; y cuando la asistente del sacerdote dijo: "Pero tú también eres...", dijo: "¡No, no, no!". Renegó de Jesús, traicionó a Jesús. ¡Pedro! El primer Papa. Traicionó a Jesús. ¡Y estos son los testigos! Sí, porque eran testigos de la salvación que

Jesús lleva, y todos, por esta salvación se han convertido, se han dejado salvar. Es bonito cuando, en la orilla del lago, Jesús hace ese milagro [la pesca milagrosa] y Pedro dice: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (*Lucas 5, 8*). Ser testigo no significa ser santo, sino ser un pobre hombre, una pobre mujer que dice: «Sí, soy pecador, pero Jesús es el Señor y yo doy testimonio de Él, y yo busco hacer el bien todos los días, corregir mi vida, ir por el camino correcto».

Solamente quisiera dejaros un mensaje. Esto lo entendemos todos, lo que he dicho: testigos pecadores. Pero, leyendo el Evangelio, yo no encuentro un cierto tipo de pecado en los Apóstoles. Algunos violentos había, que querían incendiar un pueblo que no les había acogido... Tenían muchos pecados: traidores, cobardes... Pero no encuentro uno: no eran chismosos, no hablaban mal de los otros, no hablaban mal uno de otro. En esto eran buenos. No se "desplumaban". Yo pienso en nuestras

comunidades: cuántas veces, este pecado, de quitarse la piel el uno al otro, de hablar mal, de creerse superior al otro y hablar mal a escondidas! Esto, en el Evangelio, ellos no lo han hecho. Han hecho cosas feas, han traicionado al Señor, pero esto no. También en una parroquia, en una comunidad donde se sabe... este ha engañado, este ha hecho esa cosa..., pero después se confiesa, se convierte... Todos somos pecadores. Pero una comunidad donde hay chismosos y chismosas, es una

comunidad incapaz de dar testimonio.

Yo diré solamente esto:

¿queréis una parroquia perfecta? Nada de chismes.

Nada. Si tú tienes algo contra uno, vas a decírselo a la cara, o

dilo al párroco; pero no entre vosotros. Este es el signo de

que el Espíritu Santo está en una parroquia. Los otros

pecados, todos los tenemos.

Hay una colección de pecados:

uno toma este, uno toma ese otro, pero todos somos

pecadores. Pero eso que

destruye, como el gusano, a

una comunidad son los chismorreos, a la espalda. Yo quisiera que en este día de mi visita esta comunidad hiciera el propósito de no chismorrear. Y cuando te vienen ganas de decir un chisme, muérdete la lengua: se hinchará, pero os hará mucho bien, porque en el Evangelio estos testigos de Jesús — pecadores: ¡también han traicionado al Señor!— nunca han chismorreado uno del otro. Y esto es bonito. Una parroquia donde no hay chismes es una parroquia perfecta, es una

parroquia de pecadores, sí,  
pero de testigos. Y este es el  
testimonio que daban los  
primeros cristianos: «¡Cómo se  
aman, cómo se aman!».

Amarse al menos en esto.

Comenzad con esto. El Señor  
os dé este regalo, esta gracia:  
nunca, nunca hablar mal uno  
del otro.

Gracias.

15 de enero de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas:*

En el centro del Evangelio de hoy (*Juan 1, 29-34*) está la palabra de Juan Bautista: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (*Juan 1, 29*). Una palabra acompañada por la mirada y el gesto de la mano que le señalan a Él, Jesús.

Imaginamos la escena. Estamos



en la orilla del río Jordán. Juan está bautizando; hay mucha gente, hombres y mujeres de distintas edades, venidos allí, al río, para recibir el bautismo de las manos de ese hombre que a muchos les recordaba a Elías, el gran profeta que nueve siglos antes había purificado a los israelitas de la idolatría y les había reconducido a la verdadera fe en el Dios de la alianza, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Juan predica que el Reino de los cielos está cerca, que el Mesías va a manifestarse y es

necesario prepararse, convertirse y comportarse con justicia; e inicia a bautizar en el Jordán para dar al pueblo un medio concreto de penitencia (cf. *Mateo 3, 1-6*). Esta gente venía para arrepentirse de sus pecados, para hacer penitencia, para comenzar de nuevo la vida. Él sabe, Juan sabe, que el Mesías, el Consagrado del Señor ya está cerca, y el signo para reconocerlo será que sobre Él se posará el Espíritu Santo; de hecho Él llevará el verdadero bautismo, el bautismo en el Espíritu Santo

(cf. *Juan* 1, 33).

Y el momento llega: Jesús se presenta en la orilla del río, en medio de la gente, de los pecadores —como todos nosotros—. Es su primer acto público, la primera cosa que hace cuando deja la casa de Nazaret, a los treinta años: baja a Judea, va al Jordán y se hace bautizar por Juan.

Sabemos qué sucede —lo hemos celebrado el domingo pasado—: sobre Jesús baja el Espíritu Santo en forma de paloma y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto

(cf. *Mateo* 3, 16-17). Es el signo que Juan esperaba. ¡Es Él! Jesús es el Mesías. Juan está desconcertado, porque se ha manifestado de una forma impensable: en medio de los pecadores, bautizado como ellos, es más, por ellos. Pero el Espíritu ilumina a Juan y le hace entender que así se cumple la justicia de Dios, se cumple su diseño de salvación: Jesús es el Mesías, el Rey de Israel, pero no con el poder de este mundo, sino como Cordero de Dios, que toma consigo y quita el pecado del mundo.

Así Juan lo indica a la gente y a sus discípulos. Porque Juan tenía un numeroso círculo de discípulos, que lo habían elegido como guía espiritual, y precisamente algunos de ellos se convertirán en los primeros discípulos de Jesús. Conocemos bien sus nombres: Simón, llamado después Pedro, su hermano Andrés, Santiago y su hermano Juan. Todos pescadores, todos galileos como Jesús.

Queridos hermanos y hermanas: ¿Por qué nos hemos detenido mucho en esta

escena? ¡Porque es decisiva! No es una anécdota, es un hecho histórico decisivo. Es decisiva por nuestra fe; es decisiva también por la misión de la Iglesia. La Iglesia, en todos los tiempos, está llamada a hacer lo que hizo Juan el Bautista, indicar a Jesús a la gente diciendo: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Él es un el único Salvador, Él es el Señor, humilde, en medio de los pecadores. Pero es Él. Él, no es otro poderoso que viene. No, no. Él.

Y estas son las palabras que nosotros sacerdotes repetimos cada día, durante la misa, cuando presentamos al pueblo el pan y el vino convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Este gesto litúrgico representa toda la misión de la Iglesia, la cual no se anuncia a sí misma. Ay, ay cuando la Iglesia se anuncia a sí misma. Pierde la brújula, no sabe dónde va. La Iglesia anuncia a Cristo; no se lleva a sí misma, lleva a Cristo. Porque es Él y solo Él quien salva a su pueblo del pecado, lo libera y lo guía a

la tierra de la vida y de la libertad.

La Virgen María, Madre del Cordero de Dios, nos ayude a creer en Él y a seguirlo.

**Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas,*

Hoy se celebra la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, dedicada al tema «Menores migrantes, vulnerables y sin voz». Estos nuestros hermanos pequeños, especialmente si no están acompañados, están expuestos a muchos peligros. Y os digo,



¡hay muchos! Es necesario adoptar toda medida posible para garantizar a los menores migrantes la protección y la defensa, como también su integración.

Dirijo un saludo especial a la representación de distintas comunidades étnicas aquí reunidas. Queridos amigos, os deseo vivir serenamente en las localidades que os acogen, respetando las leyes y las tradiciones y, al mismo tiempo, custodiando los valores de vuestras culturas de origen. ¡El encuentro de varias culturas es

siempre un enriquecimiento para todos! Doy las gracias a la oficina Migrantes de la diócesis de Roma y a los que trabajan con los migrantes para acogerlos y acompañarlos en sus dificultades, y animo a continuar esta obra, recordando el ejemplo de santa Francisca Javier Cabrini, patrona de los migrantes, de la cual se celebra este año el centenario de su muerte. Esta religiosa valiente dedicó su vida a llevar el amor de Cristo a los que estaban lejos de la patria y de la familia. Que su testimonio

nos ayude a cuidar del hermano forastero, en el cual está presente Jesús, que a menudo sufre, es rechazado y humillado. Cuántas veces en la Biblia el Señor nos ha pedido acoger a migrantes y forasteros, recordándonos que también nosotros somos forasteros.

Saludo con afecto a todos vosotros, queridos fieles procedentes de distintas parroquias de Italia y de otros países, como también a las asociaciones y a los distintos grupos. En particular, los

estudiantes del Instituto  
Meléndez Valdés de Villafranca  
de los Barros, España.

A todos os deseo un feliz  
domingo y buen almuerzo. Y no  
os olvidéis de rezar por mí.

¡Hasta pronto!

15 de enero de 2017. Mensaje para la jornada mundial del migrante y del refugiado 2017.

*«Emigrantes menores de edad, vulnerables y sin voz»*

*Queridos hermanos y hermanas:*

*«El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado» (Mc 9,37; cf. Mt 18,5; Lc 9,48; Jn 13,20).*

Con estas palabras, los evangelistas recuerdan a la

comunidad cristiana una enseñanza de Jesús que apasiona y, a la vez, compromete. Estas palabras en la dinámica de la acogida trazan el camino seguro que conduce a Dios, partiendo de los más pequeños y pasando por el Salvador. Precisamente la acogida es condición necesaria para que este itinerario se concrete: Dios se ha hecho uno de nosotros, en Jesús se ha hecho niño y la apertura a Dios en la fe, que alimenta la esperanza, se manifiesta en la cercanía

afectuosa hacia los más pequeños y débiles. La caridad, la fe y la esperanza están involucradas en las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales, que hemos redescubierto durante el reciente Jubileo extraordinario. Pero los evangelistas se fijan también en la responsabilidad del que actúa en contra de la misericordia: *«Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al fondo del mar»*

(Mt 18,6; cf. Mc 9,42; Lc 17,2).  
¿Cómo no pensar en esta  
severa advertencia cuando se  
considera la explotación  
ejercida por gente sin  
escrúpulos, ocasionando daño a  
tantos niños y niñas, que son  
iniciados en la prostitución o  
atrapados en la red de la  
pornografía, esclavizados por el  
trabajo de menores o  
reclutados como soldados,  
involucrados en el tráfico de  
drogas y en otras formas de  
delincuencia, obligados a huir  
de conflictos y persecuciones,  
con el riesgo de acabar solos y



abandonados?

Por eso, con motivo de la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, que se celebra cada año, deseo llamar la atención sobre la realidad de los emigrantes menores de edad, especialmente los que están solos, instando a todos a hacerse cargo de los niños, que se encuentran desprotegidos por tres motivos: porque son menores, extranjeros e indefensos; por diversas razones, son forzados a vivir lejos de su tierra natal y separados del afecto de su

familia.

Hoy, la emigración no es un fenómeno limitado a algunas zonas del planeta, sino que afecta a todos los continentes y está adquiriendo cada vez más la dimensión de una dramática cuestión mundial. No se trata sólo de personas en busca de un trabajo digno o de condiciones de vida mejor, sino también de hombres y mujeres, ancianos y niños que se ven obligados a abandonar sus casas con la esperanza de salvarse y encontrar en otros lugares paz y seguridad. Son

principalmente los niños quienes más sufren las graves consecuencias de la emigración, casi siempre causada por la violencia, la miseria y las condiciones ambientales, factores a los que hay que añadir la globalización en sus aspectos negativos. La carrera desenfrenada hacia un enriquecimiento rápido y fácil lleva consigo también el aumento de plagas monstruosas como el tráfico de niños, la explotación y el abuso de menores y, en general, la privación de los derechos

propios de la niñez sancionados por la *Convención Internacional sobre los Derechos de la Infancia*.

La edad infantil, por su particular fragilidad, tiene unas exigencias únicas e irrenunciables. En primer lugar, el derecho a un ambiente familiar sano y seguro donde se pueda crecer bajo la guía y el ejemplo de un padre y una madre; además, el derecho-deber de recibir una educación adecuada, sobre todo en la familia y también en la escuela, donde los niños puedan crecer

como personas y protagonistas de su propio futuro y del respectivo país. De hecho, en muchas partes del mundo, leer, escribir y hacer cálculos elementales sigue siendo privilegio de unos pocos. Todos los niños tienen derecho a jugar y a realizar actividades recreativas, tienen derecho en definitiva a ser niños. Sin embargo, los niños constituyen el grupo más vulnerable entre los emigrantes, porque, mientras se asoman a la vida, son invisibles y no tienen voz: la

precariedad los priva de documentos, ocultándolos a los ojos del mundo; la ausencia de adultos que los acompañen impide que su voz se alce y sea escuchada. De ese modo, los niños emigrantes acaban fácilmente en lo más bajo de la degradación humana, donde la ilegalidad y la violencia quemar en un instante el futuro de muchos inocentes, mientras que la red de los abusos a los menores resulta difícil de romper.

¿Cómo responder a esta realidad?

En primer lugar, siendo conscientes de que el fenómeno de la emigración no está separado de la historia de la salvación, es más, forma parte de ella. Está conectado a un mandamiento de Dios: «No oprimirás ni vejarás al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en Egipto» (*Ex 22,20*); «Amaréis al forastero, porque forasteros fuisteis en Egipto» (*Dt 10,19*). Este fenómeno es *un signo de los tiempos*, un signo que habla de la acción providencial de Dios en la historia y en la

comunidad humana con vistas a la comunión universal. Sin ignorar los problemas ni, tampoco, los dramas y tragedias de la emigración, así como las dificultades que lleva consigo la acogida digna de estas personas, la Iglesia anima a reconocer el plan de Dios, incluso en este fenómeno, con la certeza de que nadie es extranjero en la comunidad cristiana, que abraza «todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7,9). Cada uno es valioso, las personas son más importantes que las cosas, y el



valor de cada institución se mide por el modo en que trata la vida y la dignidad del ser humano, especialmente en situaciones de vulnerabilidad, como es el caso de los niños emigrantes.

También es necesario centrarse en la *protección*, la *integración* y en *soluciones estables*.

Ante todo, se trata de adoptar todas las medidas necesarias para que se asegure a los niños emigrantes *protección y defensa*, ya que «estos chicos y chicas terminan con frecuencia

en la calle, abandonados a sí mismos y víctimas de explotadores sin escrúpulos que, más de una vez, los transforman en objeto de violencia física, moral y sexual» (Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado 2008*).

Por otra parte, la línea divisoria entre la emigración y el tráfico puede ser en ocasiones muy sutil. Hay muchos factores que contribuyen a crear un estado de vulnerabilidad en los emigrantes, especialmente si

son niños: la indigencia y la falta de medios de supervivencia —a lo que habría que añadir las expectativas irreales inducidas por los medios de comunicación—; el bajo nivel de alfabetización; el desconocimiento de las leyes, la cultura y, a menudo, de la lengua de los países de acogida. Esto los hace dependientes física y psicológicamente. Pero el impulso más fuerte hacia la explotación y el abuso de los niños viene a causa de la demanda. Si no se encuentra el

modo de intervenir con mayor rigor y eficacia ante los explotadores, no se podrán detener las numerosas formas de esclavitud de las que son víctimas los menores de edad. Es necesario, por tanto, que los inmigrantes, precisamente por el bien de sus hijos, cooperen cada vez más estrechamente con las comunidades que los acogen. Con mucha gratitud miramos a los organismos e instituciones, eclesiales y civiles, que con gran esfuerzo ofrecen tiempo y recursos para proteger a los niños de las

distintas formas de abuso. Es importante que se implemente una cooperación cada vez más eficaz y eficiente, basada no sólo en el intercambio de información, sino también en la intensificación de unas redes capaces que puedan asegurar intervenciones tempestivas y capilares. No hay que subestimar el hecho de que la fuerza extraordinaria de las comunidades eclesiales se revela sobre todo cuando hay unidad de oración y comunión en la fraternidad

En segundo lugar, es necesario

trabajar por la *integración* de los niños y los jóvenes emigrantes. Ellos dependen totalmente de la comunidad de adultos y, muy a menudo, la falta de recursos económicos es un obstáculo para la adopción de políticas adecuadas de acogida, asistencia e inclusión. En consecuencia, en lugar de favorecer la integración social de los niños emigrantes, o programas de repatriación segura y asistida, se busca sólo impedir su entrada, beneficiando de este modo que se recurra a redes ilegales; o

también son enviados de vuelta a su país de origen sin asegurarse de que esto corresponda realmente a su «interés superior».

La situación de los emigrantes menores de edad se agrava más todavía cuando se encuentran en situación irregular o cuando son captados por el crimen organizado.

Entonces, se les destina con frecuencia a centros de detención. No es raro que sean arrestados y, puesto que no tienen dinero para pagar la fianza o el viaje de vuelta,

pueden permanecer por largos períodos de tiempo recluidos, expuestos a abusos y violencias de todo tipo. En esos casos, el derecho de los Estados a gestionar los flujos migratorios y a salvaguardar el bien común nacional se tiene que conjugar con la obligación de resolver y regularizar la situación de los emigrantes menores de edad, respetando plenamente su dignidad y tratando de responder a sus necesidades, cuando están solos, pero también a las de sus padres, por el bien de todo el núcleo



familiar.

Sigue siendo crucial que se adopten adecuados procedimientos nacionales y planes de cooperación acordados entre los países de origen y los de acogida, para eliminar las causas de la emigración forzada de los niños.

En tercer lugar, dirijo a todos un vehemente llamamiento para que se busquen y adopten *soluciones permanentes*. Puesto que este es un fenómeno complejo, la cuestión de los emigrantes

menores de edad se debe afrontar desde la raíz. Las guerras, la violación de los derechos humanos, la corrupción, la pobreza, los desequilibrios y desastres ambientales son parte de las causas del problema. Los niños son los primeros en sufrirlas, padeciendo a veces torturas y castigos corporales, que se unen a las de tipo moral y psíquico, dejándoles a menudo huellas imborrables.

Por tanto, es absolutamente necesario que se afronten en los países de origen las causas

que provocan la emigración. Esto requiere, como primer paso, el compromiso de toda la Comunidad internacional para acabar con los conflictos y la violencia que obligan a las personas a huir. Además, se requiere una visión de futuro, que sepa proyectar programas adecuados para las zonas afectadas por la inestabilidad y por las más graves injusticias, para que a todos se les garantice el acceso a un desarrollo auténtico que promueva el bien de los niños y niñas, esperanza de la

humanidad.

Por último, deseo dirigir una palabra a vosotros, que camináis al lado de los niños y jóvenes por los caminos de la emigración: ellos necesitan vuestra valiosa ayuda, y la Iglesia también os necesita y os apoya en el servicio generoso que prestáis. No os canséis de dar con audacia un buen testimonio del Evangelio, que os llama a reconocer y a acoger al Señor Jesús, presente en los más pequeños y vulnerables. Encomiendo a todos los niños emigrantes, a sus familias, sus

comunidades y a vosotros, que estáis cerca de ellos, a la protección de la Sagrada Familia de Nazaret, para que vele sobre cada uno y os acompañe en el camino; y junto a mi oración os imparto la Bendición Apostólica.

*Vaticano, 8 de septiembre de 2016.*

**Francisco**

18 de enero de 2017.

Audiencia general. La oración  
te lleva adelante en la  
esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas, buenos días.*

En la Sagrada Escritura, entre  
los profetas de Israel, despunta  
una figura un poco anómala, un  
profeta que intenta evadirse de  
la llamada del Señor  
rechazando ponerse al servicio  
del plan divino de salvación. Se  
trata del profeta Jonás, de

quién se narra la historia en un pequeño libro de sólo cuatro capítulos, una especie de parábola portadora de una gran enseñanza, la de la misericordia de Dios que perdona.

Jonás es un profeta "en salida" y también un profeta en fuga!, es un profeta en salida que Dios envía "a la periferia", a Nínive, para convertir a los habitantes de esa gran ciudad. Pero Nínive, para un israelita como Jonás, representa una realidad amenazante, el enemigo que ponía en peligro

la misma Jerusalén, y por tanto para destruir, ciertamente no para salvar. Por eso, cuando Dios manda a Jonás a predicar en esa ciudad, el profeta, que conoce la bondad del Señor y su deseo de perdonar, trata de escapar de su tarea y huye. Durante su huida, el profeta entra en contacto con unos paganos, los marineros de la nave en la que se había embarcado para alejarse de Dios y de su misión. Y huye lejos, porque Nínive estaba en la zona de Irak y él huye a España, huye de verdad. Y es



precisamente el comportamiento de estos hombres paganos, como después será el de los habitantes de Nínive, que hoy nos permite reflexionar un poco sobre la esperanza que, ante el peligro y la muerte, se expresa en oración.

De hecho, durante la travesía en el mar, se desencadena una gran tormenta, y Jonás baja a la bodega del barco y se duerme. Los marineros sin embargo, viéndose perdidos, «se pusieron a invocar cada uno a su dios»: eran paganos

(Jonás 1, 5).

El capitán del barco despierta a Jonás diciéndole: «Qué haces aquí dormido? ¡Levántate e invoca a tu dios! Quizás Dios se preocupe de nosotros y no perezcamos» (Jonás 1, 6).

Las reacciones de estos "paganos" es la justa reacción ante la muerte, ante el peligro; porque es entonces que el hombre hace experiencia completa de la propia fragilidad y de la propia necesidad de salvación. El horror instintivo de morir desvela la necesidad de esperar en el Dios de la

vida. «Quizás Dios se preocupe de nosotros y no perezcamos»: son las palabras de la esperanza que se convierten en oración, esa súplica llena de angustia que sale de los labios del hombre ante un inminente peligro de muerte.

Demasiado fácilmente desdeñamos dirigirnos a Dios ante la necesidad como si fuera sólo una oración interesada, y por eso imperfecta. Pero Dios conoce nuestra debilidad, sabe que nos acordamos de Él para pedir ayuda, y con la sonrisa indulgente de un padre

responde benévolamente. Cuando Jonás, reconociendo las propias responsabilidades, se hace echar al mar para salvar a sus compañeros de viaje, la tempestad se calma. La muerte inminente ha llevado a esos hombres paganos a la oración, ha hecho que el profeta, a pesar de todo, viviera la propia vocación al servicio de los otros aceptando sacrificarse por ellos, y ahora conduce a los supervivientes al reconocimiento del verdadero Señor y a su alabanza. Los marineros, que habían rezado

con miedo dirigiéndose a sus dioses, ahora, con sincero temor del Señor, reconocen al verdadero Dios y ofrecen sacrificios y hacen promesas. La esperanza, que les había llevado a rezar para no morir, se revela aún más poderosa y obra una realidad que va incluso más allá de lo que ellos esperaban: no solo no perecen durante la tempestad, sino que se abren al reconocimiento del verdadero y único Señor del cielo y de la tierra.

Sucesivamente, también los habitantes de Nínive, ante la

perspectiva de ser destruidos, rezarán, impulsados por la esperanza en el perdón de Dios. Harán penitencia, invocarán al Señor y se convertirán a Él, empezando por el rey, que, como el capitán de la nave, da voz a la esperanza diciendo: «¡Quizás vuelva Dios y se arrepienta, [...] y no perezcamos» (*Jonás 3, 9*). También para ellos, como para la tripulación durante la tormenta, haber afrontado la muerte y haber resultado salvados les ha llevado a la verdad. Así, bajo la

misericordia divina, y aún más a la luz del misterio pascual, la muerte puede convertirse, como ha sido para San Francisco de Asís, en “nuestra hermana muerte” y representar, para cada hombre y para cada uno de nosotros, la sorprendente ocasión de conocer la esperanza y de encontrar al Señor. Que el Señor nos haga entender esta unión entre oración y esperanza. La oración te lleva adelante en la esperanza y cuando las cosas se vuelven oscuras, ise necesita más

oración! Y habrá más  
esperanza. Gracias.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. En la oración, nuestra esperanza no se ve defraudada. En esta Semana de oración que hoy iniciamos pidamos insistentemente al Padre por la unidad de todos los cristianos. Que Dios los bendiga.



21 de enero de 2017. Homilía en la clausura del jubileo 800 de la orden de los predicadores.

Sábado.

La Palabra de hoy nos presenta dos escenarios humanos opuestos: por una parte el "carnaval" de la curiosidad mundana, por otra la glorificación del Padre mediante las obras buenas. Y nuestra vida se mueve siempre entre estos dos escenarios.

Efectivamente son de todas las épocas, como demuestran las

palabras de san Pablo dirigidas a Timoteo (cf. 2 *Timoteo* 4, 1-5). Y también santo Domingo con sus primeros hermanos, hace ochocientos años, se movía entre estos dos escenarios.

Pablo advierte a Timoteo que deberá anunciar el Evangelio en un contexto en el cual la gente busca siempre nuevos "maestros", "fábulas", doctrinas diversas, ideologías...

«Prurientes auribus»

(2 *Timoteo* 4, 3). Es el "carnaval" de la curiosidad mundana, de la seducción. Por

ello el apóstol instruye a su discípulo usando también verbos fuertes: «insiste», «advierte», «regaña», «exhorta» y además «vigila», «soporta los sufrimientos» (2 *Timoteo* 4, 2.5).

Es interesante ver como ya entonces, hace dos milenios, los apóstoles del Evangelio se encontraban ante este escenario, que en nuestros días se ha desarrollado mucho y globalizado a causa de la seducción del relativismo subjetivo.

La tendencia a la búsqueda de

novedades propia del ser humano encuentra el ambiente ideal en la sociedad del aparentar, del consumo, en el cual a menudo se reciclan cosas viejas, pero lo importante es hacerlas aparecer como nuevas, atractivas, cautivadoras. También la verdad está trucada.

Nos movemos en la llamada "sociedad líquida", sin puntos fijos, que ha perdido el norte, sin referencias sólidas y estables; en la cultura de lo efímero, del usar y tirar.

Ante este "carnaval" mundano

resalta netamente el escenario opuesto, que encontramos en las palabras de Jesús que acabamos de escuchar:

«glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»

(*Mateo 5, 16*). ¿Y cómo ocurre este pasaje de la superficialidad pseudo-festiva a la glorificación, que es verdadera fiesta? Sucede gracias a las obras buenas de los que, convirtiéndose en discípulos de Jesús, se han convertido en "sal" y "luz". «Brille así vuestra luz delante de los hombres — dice Jesús— para que vean

vuestras buenas obras»

(*Mateo 5, 16*).

En medio del “carnaval” de ayer y de hoy, esta es la respuesta de Jesús y de la Iglesia, este es el apoyo sólido en medio del ambiente

“líquido”: las obras buenas que podemos cumplir gracias a Cristo y a su Santo Espíritu, y que hacen nacer en el corazón el agradecimiento a Dios Padre, la alabanza, o al menos la maravilla y el interrogante: “¿Por qué”, “¿por qué esa persona se comporta así?”: es decir la inquietud del mundo

ante el testimonio del Evangelio. Pero para que ocurra esta "sacudida" es necesario que la sal no pierda el sabor y la luz no se esconda (cf. *Mateo* 5, 13-15). Jesús lo dice muy claramente: si la sal pierde el sabor ya no sirve para nada. ¡Cuidado con la sal que pierde su sabor! ¡Cuidado con la Iglesia que pierde su sabor! ¡Cuidado con un sacerdote, con un consagrado, con una congregación que pierde su sabor!

Hoy nosotros damos gracias al Padre por la obra que santo

Domingo, lleno de la luz y de la sal de Cristo, cumplió hace ochocientos años; una obra al servicio del Evangelio, predicado con la palabra y con la vida; una obra que, con la gracia del Espíritu Santo, ha hecho que muchos hombres y mujeres hayan sido ayudados a no perderse en medio del "carnaval" de la curiosidad mundana, sino que por el contrario hayan sentido el gusto de la sana doctrina, el gusto del Evangelio, y se hayan convertido, a su vez, en luz y sal, artesanos de obras



buenas... y verdaderos  
hermanos y hermanas que  
glorifican a Dios y enseñan a  
glorificar a Dios con las buenas  
obras de la vida.

21 de enero de 2017. Discurso con ocasión de la inauguración del año judicial del tribunal de la Rota Romana.

Sábado.

*Queridos jueces,  
oficiales, abogados y  
colaboradores del Tribunal  
Apostólico de la Rota Romana:*  
Dirijo a cada uno de vosotros mi cordial saludo, empezando por el Colegio de los prelados auditores con el decano, Mons. Pío Vito Pinto, a quien agradezco sus palabras, y el

pro-decano, quien recientemente fue nombrado para este puesto. Os deseo a todos que trabajéis con serenidad y con férvido amor a la Iglesia en este Año judicial que hoy inauguramos.

Hoy me gustaría volver al tema de la relación entre la fe y el matrimonio, en particular, sobre las perspectivas de fe inherentes en el contexto humano y cultural en que se forma la intención matrimonial. San Juan Pablo II explicó muy bien, a la luz de la enseñanza de la Sagrada Escritura, «el

vínculo tan profundo que hay entre el conocimiento de fe y el de la razón [...]. La peculiaridad que distingue el texto bíblico consiste en la convicción de que hay una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y el de la fe» (Enc. *Fides et ratio*, 16). Por lo tanto, cuanto más se aleja de la perspectiva de la fe, tanto más, «el hombre se expone al riesgo del fracaso y acaba por encontrarse en la situación del “necio”. Para la Biblia, en esta necesidad hay una amenaza para

la vida. En efecto, el necio se engaña pensando que conoce muchas cosas, pero en realidad no es capaz de fijar la mirada sobre las esenciales. Esto le impide poner orden en su mente (cf. Pr 1, 7) y asumir una actitud adecuada para consigo mismo y para con el ambiente que le rodea. Cuando llega a afirmar: «Dios no existe» (cf. *Salmo* 14 [13], 1), muestra con claridad definitiva lo deficiente de su conocimiento y lo lejos que está de la verdad plena sobre las cosas, sobre su origen y su

destino» (ibid., 17).

Por su parte, el Papa Benedicto XVI, en el último discurso que os dirigió recordaba que «sólo abriéndose a la verdad de Dios [...] se puede entender, y realizar en lo concreto de la vida, también en la conyugal y familiar, la verdad del hombre como hijo suyo, regenerado por el bautismo [...]. El rechazo de la propuesta divina, de hecho conduce a un desequilibrio profundo en todas las relaciones humanas [...], incluyendo la matrimonial» (26 de enero de 2013, 2). Es más

que nunca necesario profundizar en la relación entre amor y verdad. «El amor tiene necesidad de verdad. Sólo en cuanto está fundado en la verdad, el amor puede perdurar en el tiempo, superar la fugacidad del instante y permanecer firme para dar consistencia a un camino en común. Si el amor no tiene que ver con la verdad, está sujeto al vaivén de los sentimientos y no supera la prueba del tiempo. El amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en

una luz nueva hacia una vida grande y plena. Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al «yo» más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto» (Enc. *Lumen fidei*, 27 ).

No podemos ignorar el hecho de que una mentalidad generalizada tiende a oscurecer el acceso a las verdades eternas. Una mentalidad que afecta, a menudo en forma amplia y generalizada, las actitudes y el comportamiento



de los cristianos (cfr. Exhort. ap *Evangelii gaudium*, 64), cuya fe se debilita y pierde la propia originalidad de criterio interpretativo y operativo para la existencia personal, familiar y social. Este contexto, carente de valores religiosos y de fe, no puede por menos que condicionar también el consentimiento matrimonial. Las experiencias de fe de aquellos que buscan el matrimonio cristiano son muy diferentes. Algunos participan activamente en la vida parroquial; otros se acercan

por primera vez; algunos también tienen una vida de intensa oración; otros están, sin embargo, impulsados por un sentimiento religioso más genérico; a veces son personas alejadas de la fe o que carecen de ella.

Ante esta situación, tenemos que encontrar remedios válidos. Un primer remedio lo indico en la formación de los jóvenes, a través de un adecuado proceso de preparación encaminado a redescubrir el matrimonio y la familia según el plan de Dios.

Se trata de ayudar a los futuros cónyuges a entender y disfrutar de la gracia, la belleza y la alegría del amor verdadero, salvado y redimido por Jesús. La comunidad cristiana a la que los novios se dirigen está llamada a anunciar el Evangelio cordialmente a estas personas, para que su experiencia de amor pueda convertirse en un sacramento, un signo eficaz de la salvación. En esta circunstancia, la misión redentora de Jesús alcanza al hombre y a la mujer en lo concreto de su vida de amor.

Este momento se convierte para toda la comunidad en una ocasión extraordinaria de misión. Hoy más que nunca esta preparación se presenta como una ocasión verdadera y propia de evangelización para los adultos y, a menudo, de los llamados lejanos. De hecho, son muchos los jóvenes para los que el acercarse de la boda representa una ocasión para encontrar de nuevo la fe, relegada durante mucho tiempo al margen de sus vidas; por otra parte se encuentran en un momento particular, a menudo

caracterizado por una disposición a analizar y cambiar su orientación existencial.

Puede ser así un momento favorable para renovar su encuentro con la persona de Jesucristo, con el mensaje del Evangelio y la doctrina de la Iglesia.

Por lo tanto, es necesario que los operadores y los organismos encargados de la pastoral familiar estén motivados por la fuerte preocupación de hacer cada vez más eficaces los itinerarios de preparación para el sacramento del matrimonio,

para el crecimiento no solamente humano, sino sobre todo de la fe de los novios. El propósito fundamental de los encuentros es ayudar a los novios a realizar una inserción progresiva en el misterio de Cristo, en la Iglesia y con la Iglesia. Esto lleva aparejada una maduración progresiva en la fe, a través de la proclamación de la Palabra de Dios, de la adhesión y el generoso seguimiento de Cristo. El fin de esta preparación es ayudar a los novios a conocer y vivir la

realidad del matrimonio que quieren celebrar, para que lo hagan no sólo válida y lícitamente, sino también fructuosamente, y para que estén dispuestos a hacer de esta celebración una etapa de su camino de fe. Para lograrlo, necesitamos personas con competencias específicas y adecuadamente preparadas para ese servicio, en una sinergia oportuna entre sacerdotes y parejas de cónyuges.

Con este espíritu, quisiera reiterar la necesidad de un

“nuevo catecumenado”, en preparación al matrimonio. Acogiendo los deseos de los Padres del último Sínodo Ordinario, es urgente aplicar concretamente todo lo ya propuesto en la *Familiaris consortio* (n. 66), es decir, que así como para el bautismo de los adultos el catecumenado es parte del proceso sacramental, también la preparación para el matrimonio debe convertirse en una parte integral de todo el procedimiento de matrimonio sacramental, como un antídoto para evitar la proliferación de



celebraciones matrimoniales nulas o inconsistentes.

Un segundo remedio es ayudar a los recién casados a proseguir el camino en la fe y en la Iglesia también después de la celebración de la boda. Es necesario identificar, con valor y creatividad, un proyecto de formación para las parejas jóvenes, con iniciativas destinadas a aumentar la toma de conciencia sobre el sacramento recibido. Se trata de animarles a considerar los diversos aspectos de su vida diaria como pareja, que es un

signo e instrumento de Dios, encarnado en la historia humana. Pongo dos ejemplos. En primer lugar, el amor con que vive la nueva familia tiene su raíz y fuente última en el misterio de la Trinidad, de la que lleva siempre este sello a pesar de las dificultades y las pobrezaas con que se deba enfrentar en su vida diaria. Otro ejemplo: la historia de amor de la pareja cristiana es parte de la historia sagrada, ya que está habitada por Dios y porque Dios nunca falta al compromiso asumido con los

cónyuges el día de su boda; Él de hecho es «un Dios fiel y no puede negarse a sí mismo» (2 *Timoteo* 2, 13).

La comunidad cristiana está llamada a acoger, acompañar y ayudar a las parejas jóvenes, ofreciendo oportunidades apropiadas y herramientas — empezando por la participación en la misa dominical— para fomentar la vida espiritual, tanto en la vida familiar, como parte de la planificación pastoral en la parroquia o en las agregaciones. A menudo, los recién casados se ven

abandonados a sí mismos, tal vez por el simple hecho de que se dejan ver menos en la parroquia; como sucede sobre todo cuando nacen los niños. Pero es precisamente en estos primeros momentos de la vida familiar cuando hay que garantizar más cercanía y un fuerte apoyo espiritual, incluso en la tarea de la educación de los hijos, frente a los cuales son los primeros testigos y portadores del don de la fe. En el camino de crecimiento humano y espiritual de la joven pareja es deseable que existan

grupos de referencia donde llevar a cabo un camino de formación permanente: a través de la escucha de la Palabra, el debate sobre cuestiones que afectan a la vida de las familias, la oración, el compartir fraterno.

Estos dos remedios que he mencionado están encaminados a fomentar un contexto apropiado de fe en el que celebrar y vivir el matrimonio. Un aspecto tan crucial para la solidez y la verdad del sacramento nupcial llama a los párrocos a ser cada vez más

conscientes de la delicada tarea que se les ha encomendado en la guía del recorrido sacramental de los novios, para hacer inteligible y real en ellos la sinergia entre *foedus* y *fides*. Se trata de pasar de una visión puramente jurídica y formal de la preparación de los futuros cónyuges a una fundación sacramental *ab initio*, es decir, de camino a la plenitud de su *foedus-consenso* elevado por Cristo a sacramento. Esto requerirá la generosa contribución de cristianos adultos, hombres y mujeres,

que apoyen al sacerdote en la pastoral familiar para la construcción de la «obra maestra de la sociedad, la familia, el hombre y la mujer que se aman» (Catequesis, 29 abril 2015) según «el luminoso plan de Dios (Palabras al Consistorio Extraordinario, 20 febrero 2014).

El Espíritu Santo, que guía siempre y en todo al pueblo santo de Dios, ayude y sostenga a todos aquellos, sacerdotes y laicos, que se comprometen y se comprometerán en este campo,

para que no pierdan nunca el impulso y el valor de trabajar por la belleza de las familias cristianas, a pesar de las ruinosas amenazas de la cultura dominante de lo efímero y lo provisional.

Queridos hermanos, como ya he dicho varias veces, hace falta mucho valor para casarse en el momento en el que vivimos. Y cuantos tienen la fuerza y la alegría de dar este paso importante deben sentir a su lado el amor y la cercanía concreta de la Iglesia. Con esta esperanza, renuevo mis



mejores deseos de buen trabajo para el nuevo año, que el Señor nos da. Os aseguro mi oración y cuento con la vuestra mientras os imparto de corazón la bendición apostólica.

22 de enero de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy (cf. *Mateo* 4, 12-23) narra el inicio de la predicación de Jesús en Galilea. Él deja Nazaret, una aldea de las montañas, y se establece en Cafarnaúm, un centro importante a orillas del lago, habitado en su mayor parte por paganos, punto de cruce entre el Mediterráneo y

el interior mesopotámico. Esta elección indica que los destinatarios de su predicación no son sólo sus compatriotas, sino todos los que llegan a la cosmopolita «Galilea de los gentiles» (*Mateo* 4, 15; cf. *Isaías* 8, 23): así se llamaba. Vista desde la capital Jerusalén, aquella tierra es geográficamente periférica y religiosamente impura, porque estaba llena de paganos, por la mezcla con quienes no pertenecían a Israel. Ciertamente de Galilea no se esperaban grandes cosas para

la historia de la salvación. Y sin embargo, justamente desde allí — justo desde allí— se difunde aquella “luz” sobre la cual hemos meditado los domingos pasados: la luz de Cristo. Se difunde precisamente desde la periferia. El mensaje de Jesús reproduce el del Bautista, proclamando el «Reino de los Cielos» (*Mateo 4, 17*). Este Reino no conlleva la instauración de un nuevo poder político, sino el cumplimiento de la alianza entre Dios y su pueblo, que inaugurará un periodo de paz y de justicia.

Para estrechar este pacto de alianza con Dios, cada uno está llamado a convertirse, transformando su propio modo de pensar y de vivir. Esto es importante: convertirse no solo es cambiar la manera de vivir, sino también el modo de pensar. Es una transformación del pensamiento. No se trata de cambiar la ropa, isino las costumbres! Lo que diferencia a Jesús de Juan Bautista es el estilo y el método. Jesús elige ser un profeta itinerante. No se queda esperando a la gente, sino que se dirige a su

encuentro. ¡Jesús está siempre en la calle! Sus primeras salidas misioneras tienen lugar alrededor del lago de Galilea, en contacto con la muchedumbre, en particular con los pescadores. Allí Jesús no sólo proclama la llegada del Reino de Dios, sino que busca compañeros que se asocien a su misión de salvación. En este mismo lugar encuentra dos parejas de hermanos: Simón y Andrés, Santiago y Juan; les llama diciendo: «Venid conmigo y los haré pescadores de hombres» (*Mateo 4, 19*). La

llamada les llega en plena actividad de cada día: el Señor se nos revela no de manera extraordinaria o asombrosa, sino en la cotidianidad de nuestra vida. Ahí debemos encontrar al Señor; y ahí Él se revela, hace sentir su amor a nuestro corazón; y ahí —con este diálogo con Él en la cotidianidad de nuestra vida— cambia nuestro corazón. La respuesta de los cuatro pescadores es rápida e inmediata: «al instante, dejando las redes, le siguieron» (*Mateo 4, 20*). Sabemos

efectivamente que habían sido discípulos del Bautista y que, gracias a su testimonio, ya habían empezado a creer en Jesús como el Mesías (cf. *Juan* 1, 35-42).

Nosotros, cristianos de hoy en día, tenemos la alegría de proclamar y testimoniar nuestra fe, porque hubo ese primer anuncio, porque existieron esos hombres humildes y valientes que respondieron generosamente a la llamada de Jesús. A orillas del lago, en una tierra impensable, nació la primera



comunidad de discípulos de Cristo. Que la conciencia de estos inicios suscite en nosotros el deseo de llevar la palabra, el amor y la ternura de Jesús a todo contexto, incluso a aquel más dificultoso y resistente.

¡Llevar la Palabra a todas las periferias! Todos los espacios del vivir humano son terreno al que arrojar las semillas del Evangelio, para que dé frutos de salvación.

Que la Virgen María nos ayude con su maternal intercesión a responder con alegría a la llamada de Jesús, a ponernos al

servicio del Reino de Dios.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Estamos en la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Este año tiene como tema una expresión tomada de San Pablo, que nos indica el camino a seguir. Y dice así: «El amor de Cristo nos empuja a la reconciliación” (cf *2 Corintios 5, 14*).

El próximo miércoles concluirá la Semana de Oración con la celebración de las Vísperas en

la Basílica de San Pablo Extramuros, en la que participarán los hermanos y las hermanas de otras Iglesias y Comunidades cristianas presentes en Roma. Os invito a perseverar en la oración, con el fin de que se cumpla el deseo de Jesús: «Para que todos sean uno» (*Juan 17, 21*).

Durante los días pasados, el terremoto y las fuertes nevadas han puesto nuevamente a dura prueba a muchos de nuestros hermanos y hermanas del centro de Italia, especialmente en Abruzzo, Marche y Lazio.

Con la oración y el afecto estoy cerca de las familias que han tenido víctimas entre sus seres queridos. Animo a todos los que están ocupados con gran generosidad en las tareas de rescate y asistencia; así como a las Iglesias locales, que están trabajando para aliviar los sufrimientos y las dificultades. Muchas gracias por esta cercanía, por vuestro trabajo y la ayuda concreta que lleváis. ¡Gracias! Y os invito a rezar junto a la Virgen por las víctimas y también por los que con gran generosidad se

esfuerzan en las operaciones de rescate.

En el lejano Oriente y en varias partes del mundo, millones de hombres y mujeres se preparan para celebrar la conclusión del Año lunar el 28 de enero. Que mi cordial saludo llegue a todas sus familias, con el deseo de que se conviertan cada vez más en una escuela donde se aprende a respetar al otro, a comunicar y a cuidar los unos de los otros de un modo desinteresado. Que la alegría del amor pueda propagarse dentro de las familias y que se

irradie a toda la sociedad.  
Y a todos os deseo un buen  
domingo. Y por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí.

23 de enero de 2017. Discurso a los miembros de la dirección antimafia y antiterrorismo de Italia.

Lunes.

*Estimados señores y señoras:*

Me complace recibirlos a vosotros que representáis a la Dirección Nacional Antimafia y Antiterrorismo. Os saludo cordialmente y doy las gracias al Doctor Franco Roberti por sus palabras.

Las funciones que os han sido encomendadas por el Estado

consisten en la persecución de los delitos de las tres grandes organizaciones criminales de tipo mafioso: mafia, camorra y `ndrangheta. Las cuales, aprovechándose de las carencias económicas, sociales y políticas, encuentran terreno fértil para realizar sus deplorables proyectos. Entre vuestras competencias se encuentra además la lucha contra el terrorismo, que está asumiendo cada vez más un aspecto cosmopolita y devastador. Deseo expresaros mi aprecio y transmitir mi



ánimo por vuestra labor, difícil y arriesgada, pero más que nunca indispensable para el rescate y la liberación del poder de las asociaciones criminales, que se hacen responsables de violencias y opresión manchadas de sangre humana. La sociedad necesita ser sanada de la corrupción, de las extorsiones, del tráfico ilícito de estupefacientes y de armas, de la trata de seres humanos, entre los que hay muchos niños, reducidos a la esclavitud. Son auténticas plagas sociales y, al mismo tiempo, desafíos

globales que la colectividad internacional está llamada a afrontar con determinación. Desde esta perspectiva, he tenido conocimiento de que vuestra actividad de lucha contra el crimen es oportunamente desarrollada en colaboración con los colegas de otros Estados. Tal labor, realizada en sinergia y con medios eficaces, constituye un freno eficaz y un presidio de seguridad para la colectividad. La sociedad deposita gran confianza en vuestra profesionalidad y en vuestra

experiencia de jueces de instrucción dedicados a combatir y a erradicar el crimen organizado. Os exhorto a dedicar cada esfuerzo especialmente en la lucha contra la trata de personas y del contrabando de los migrantes: iestos son reatos gravísimos que se ceban con los más débiles entre los débiles! Para ello, es necesario incrementar las actividades de tutela de las víctimas, previendo asistencia legal y social para estos hermanos y hermanas en busca de paz y de

futuro. Los cuales huyen de los propios países a causa de la guerra, de las violencias, de las persecuciones tienen derecho a encontrar una adecuada acogida e idónea protección en los países que se definen civiles.

Para completar y reforzar vuestra preciosa obra de represión, son necesarias intervenciones educativas de amplias miras, dirigidas especialmente a las nuevas generaciones. Con ese objetivo, las diversas agencias educativas, entre las cuales

familias, colegios, comunidades cristianas, realidades deportivas y culturales, están llamadas a favorecer una conciencia de moralidad y de legalidad orientada hacia modelos de vida honestos, pacíficos y solidarios que poco a poco venzan al mal y allanen el camino al bien. Se trata de empezar por las conciencias, para resanar los propósitos, las elecciones, las actitudes individuales, de tal forma que el tejido social se abra a la esperanza de un mundo mejor. Hay que oponerse y combatir el

fenómeno mafioso, como expresión de una cultura de muerte. Este se opone radicalmente a la fe y al Evangelio, que están siempre a favor de la vida. Los que siguen a Cristo tienen pensamientos de paz, de fraternidad, de justicia, de acogida y de perdón. Cuando la savia del Evangelio fluye en el discípulo de Cristo, maduran frutos buenos bien reconocibles también en el exterior, con comportamientos correspondientes, que el apóstol Pablo identifica con

«amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí»  
(*Gal 5,22*).

Pienso en las muchas parroquias y asociaciones católicas que son testigos de estos frutos. Ellos desarrollan una encomiable labor en el territorio, dirigida a la promoción de la gente, una promoción cultural y social dirigida a extirpar progresivamente desde la raíz la mala hierba de la criminalidad organizada y de la corrupción. En estas iniciativas,

se manifiesta también la proximidad de la Iglesia a los que viven situaciones dramáticas y necesitan ser ayudados para salir de la espiral de la violencia y regenerarse en la esperanza. Queridos hermanos y hermanas, que el Señor os dé siempre la fuerza para ir adelante, para no desanimaros, sino para continuar luchando contra la corrupción, la violencia, la mafia y el terrorismo. Soy consciente del hecho de que el trabajo que vosotros realizáis conlleva



también el riesgo de la vida, esto lo sé; y el riesgo de otros peligros para vosotros y para vuestras familias. El modo mafioso de actuar hace estas cosas. Por esto requiere un suplemento de pasión, de sentido del deber y de fuerza de ánimo, y también, por nuestra parte, de todos los ciudadanos que nos beneficiamos de vuestro trabajo, [un suplemento] de apoyo, de oración y de cercanía. Yo os aseguro que estoy muy cerca de vosotros, en vuestro trabajo, y rezo por

vosotros.

Al mismo tiempo, que el Señor justo y misericordioso toque el corazón de los hombres y de las mujeres de las distintas mafias, para que se detengan, dejen de hacer el mal, se conviertan y cambien de vida. El dinero de los negocios sucios y de los delitos mafiosos es dinero manchado de sangre y produce un poder inicuo. Todos sabemos que el diablo "entra por el bolsillo": está allí, la primera corrupción.

Para vosotros, vuestras familias y vuestro trabajo invoco la

ayuda del Señor. Repito: estoy cerca de vosotros. Y mientras os pido también a vosotros que recéis por mí, de corazón os bendigo.

El Señor os bendiga a vosotros y a vuestras familias.

24 de enero de 2017. Mensaje para la 51 jornada mundial de las comunicaciones sociales.

**«No temas, que yo estoy contigo» (Is 43,5)**

**Comunicar esperanza y confianza en nuestros tiempos.**

Gracias al desarrollo tecnológico, el acceso a los medios de comunicación es tal que muchísimos individuos tienen la posibilidad de compartir inmediatamente noticias y de difundirlas de

manera capilar. Estas noticias pueden ser bonitas o feas, verdaderas o falsas. Nuestros padres en la fe ya hablaban de la mente humana como de una piedra de molino que, movida por el agua, no se puede detener. Sin embargo, quien se encarga del molino tiene la posibilidad de decidir si moler trigo o cizaña. La mente del hombre está siempre en acción y no puede dejar de «moler» lo que recibe, pero está en nosotros decidir qué material le ofrecemos. (cf. Casiano el Romano, *Carta a Leoncio*)

*Igumeno*).

Me gustaría con este mensaje llegar y animar a todos los que, tanto en el ámbito profesional como en el de las relaciones personales, «muelen» cada día mucha información para ofrecer un pan tierno y bueno a todos los que se alimentan de los frutos de su comunicación.

Quisiera exhortar a todos a una comunicación constructiva que, rechazando los prejuicios contra los demás, fomente una cultura del encuentro que ayude a mirar la realidad con auténtica confianza.

Creo que es necesario romper el círculo vicioso de la angustia y frenar la espiral del miedo, fruto de esa costumbre de centrarse en las «malas noticias» (guerras, terrorismo, escándalos y cualquier tipo de frustración en el acontecer humano). Ciertamente, no se trata de favorecer una desinformación en la que se ignore el drama del sufrimiento, ni de caer en un optimismo ingenuo que no se deja afectar por el escándalo del mal. Quisiera, por el contrario, que todos tratemos

de superar ese sentimiento de disgusto y de resignación que con frecuencia se apodera de nosotros, arrojándonos en la apatía, generando miedos o dándonos la impresión de que no se puede frenar el mal.

Además, en un sistema comunicativo donde reina la lógica según la cual para que una noticia sea buena ha de causar un impacto, y donde fácilmente se hace espectáculo del drama del dolor y del misterio del mal, se puede caer en la tentación de adormecer la propia conciencia o de caer en



la desesperación.

Por lo tanto, quisiera contribuir a la búsqueda de un estilo comunicativo abierto y creativo, que no dé todo el protagonismo al mal, sino que trate de mostrar las posibles soluciones, favoreciendo una actitud activa y responsable en las personas a las cuales va dirigida la noticia. Invito a todos a ofrecer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo narraciones marcadas por la lógica de la «buena noticia».

**La buena noticia**

La vida del hombre no es sólo una crónica aséptica de acontecimientos, sino que es historia, una historia que espera ser narrada mediante la elección de una clave interpretativa que sepa seleccionar y recoger los datos más importantes. La realidad, en sí misma, no tiene un significado unívoco. Todo depende de la mirada con la cual es percibida, del «cristal» con el que decidimos mirarla: cambiando las lentes, también la realidad se nos presenta distinta. Entonces, ¿qué hacer

para leer la realidad con «las lentes» adecuadas?

Para los cristianos, las lentes que nos permiten descifrar la realidad no pueden ser otras que las de la buena noticia, partiendo de la «Buena Nueva» por excelencia: el «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (*Mc 1,1*). Con estas palabras comienza el evangelista Marcos su narración, anunciando la «buena noticia» que se refiere a Jesús, pero más que una información sobre Jesús, se trata de *la buena noticia que es Jesús mismo*. En efecto,

leyendo las páginas del Evangelio se descubre que el título de la obra corresponde a su contenido y, sobre todo, que ese contenido es la persona misma de Jesús.

Esta buena noticia, que es Jesús mismo, no es buena porque esté exenta de sufrimiento, sino porque contempla el sufrimiento en una perspectiva más amplia, como parte integrante de su amor por el Padre y por la humanidad. En Cristo, Dios se ha hecho solidario con cualquier situación humana,

revelándonos que no estamos solos, porque tenemos un Padre que nunca olvida a sus hijos. «No temas, que yo estoy contigo» (*Is 43,5*): es la palabra consoladora de un Dios que se implica desde siempre en la historia de su pueblo. Con esta promesa: «estoy contigo», Dios asume, en su Hijo amado, toda nuestra debilidad hasta morir como nosotros. En Él también las tinieblas y la muerte se hacen lugar de comunión con la Luz y la Vida. Precisamente aquí, en el lugar donde la vida experimenta la

amargura del fracaso, nace una esperanza al alcance de todos. Se trata de una esperanza que no defrauda —porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5)— y que hace que la vida nueva brote como la planta que crece de la semilla enterrada. Bajo esta luz, cada nuevo drama que sucede en la historia del mundo se convierte también en el escenario para una posible buena noticia, desde el momento en que el amor logra encontrar siempre el camino de la proximidad y

suscita corazones capaces de conmoverse, rostros capaces de no desmoronarse, manos listas para construir.

## **La confianza en la semilla del Reino**

Para iniciar a sus discípulos y a la multitud en esta mentalidad evangélica, y entregarles «las gafas» adecuadas con las que acercarse a la lógica del amor que muere y resucita, Jesús recurría a las parábolas, en las que el Reino de Dios se compara, a menudo, con la semilla que desata su fuerza vital justo cuando muere en la

tierra (cf. *Mc* 4,1-34). Recurrir a imágenes y metáforas para comunicar la humilde potencia del Reino, no es un manera de restarle importancia y urgencia, sino una forma misericordiosa para dejar a quien escucha el «espacio» de libertad para acogerla y referirla incluso a sí mismo. Además, es el camino privilegiado para expresar la inmensa dignidad del misterio pascual, dejando que sean las imágenes —más que los conceptos— las que comuniquen la paradójica



belleza de la vida nueva en Cristo, donde las hostilidades y la cruz no impiden, sino que cumplen la salvación de Dios, donde la debilidad es más fuerte que toda potencia humana, donde el fracaso puede ser el preludio del cumplimiento más grande de todas las cosas en el amor. En efecto, así es como madura y se profundiza la esperanza del Reino de Dios: «Como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece» (Mc 4,26-27).

El Reino de Dios está ya entre nosotros, como una semilla oculta a una mirada superficial y cuyo crecimiento tiene lugar en el silencio. Quien tiene los ojos límpidos por la gracia del Espíritu Santo lo ve brotar y no deja que la cizaña, que siempre está presente, le robe la alegría del Reino.

## **Los horizontes del Espíritu**

La esperanza fundada sobre la buena noticia que es Jesús nos hace elevar la mirada y nos impulsa a contemplarlo en el marco litúrgico de la fiesta de la Ascensión. Aunque parece

que el Señor se aleja de nosotros, en realidad, se ensanchan los horizontes de la esperanza. En efecto, en Cristo, que eleva nuestra humanidad hasta el Cielo, cada hombre y cada mujer puede tener la plena libertad de «entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne» (*Hb 10,19-20*). Por medio de «la fuerza del Espíritu Santo» podemos ser «testigos» y

comunicadores de una humanidad nueva, redimida, «hasta los confines de la tierra» (cf. *Hb* 1,7-8).

La confianza en la semilla del Reino de Dios y en la lógica de la Pascua configura también nuestra manera de comunicar. Esa confianza nos hace capaces de trabajar —en las múltiples formas en que se lleva a cabo hoy la comunicación— con la convicción de que es posible descubrir e iluminar la buena noticia presente en la realidad de cada historia y en el rostro de cada persona.

Quien se deja guiar con fe por el Espíritu Santo es capaz de discernir en cada acontecimiento lo que ocurre entre Dios y la humanidad, reconociendo cómo él mismo, en el escenario dramático de este mundo, está tejiendo la trama de una historia de salvación. El hilo con el que se teje esta historia sacra es la esperanza y su tejedor no es otro que el Espíritu Consolador. La esperanza es la más humilde de las virtudes, porque permanece escondida en los pliegues de la vida, pero es

similar a la levadura que hace fermentar toda la masa. Nosotros la alimentamos leyendo de nuevo la Buena Nueva, ese Evangelio que ha sido muchas veces «reeditado» en las vidas de los santos, hombres y mujeres convertidos en iconos del amor de Dios. También hoy el Espíritu siembra en nosotros el deseo del Reino, a través de muchos «canales» vivientes, a través de las personas que se dejan conducir por la Buena Nueva en medio del drama de la historia, y son como faros en la oscuridad de

este mundo, que iluminan el camino y abren nuevos senderos de confianza y esperanza.

*Vaticano, 24 de enero de 2017*

**Francisco**

25 de enero de 2017.

Audiencia general. Que la esperanza venza a nuestros temores.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Entre las figuras de mujeres que el Antiguo Testamento nos presenta, destaca la de una gran heroína del pueblo: Judit. El libro bíblico que lleva su nombre narra la imponente campaña militar del rey Nabucodonosor, quien, reinando



en Nínive, extiende las fronteras del imperio derrotando y esclavizando a todos los pueblos de los alrededores. El lector entiende que se encuentra delante de un grande, invencible enemigo que está sembrando muerte y destrucción y que llega hasta la Tierra Prometida, poniendo en peligro la vida de los hijos de Israel. El ejército de Nabucodonosor, de hecho, bajo la guía del general Holofernes, asedia a una ciudad de Judea, Betulia, cortando el suministro de agua y minando así la

resistencia de la población. La situación se hace dramática, hasta tal punto que los habitantes de la ciudad se dirigen a los ancianos pidiendo que se rindan a los enemigos. Las suyas son palabras desesperadas: «Ya no hay nadie que pueda auxiliarnos, porque Dios nos ha puesto en manos de esa gente para que desfallezcamos de sed ante sus ojos y seamos totalmente destruidos». Llegaron a decir esto, "Dios nos ha vendido", y la desesperación de esa gente era grande. «Llamadles ahora

mismo y entregad toda la ciudad al saqueo de la gente de Holofernes y de todo su ejército» (*Judit* 7, 25-26). El final parece casi ineluctable, la capacidad de fiarse de Dios ha desaparecido, la capacidad de fiarse de Dios ha desaparecido. Y ¡cuántas veces nosotros llegamos a situaciones límite donde no sentimos ni siquiera la capacidad de tener confianza en el Señor!, es una tentación fea. Y, paradójicamente, parece que, para huir de la muerte, no queda otra cosa que entregarse a las manos de quien mata.

Pero ellos saben que estos soldados entrarán y saquearán la ciudad, tomarán a las mujeres como esclavas y después matarán a todos los demás. Esto es precisamente "el límite".

Y ante tanta desesperación, el jefe del pueblo trata de proponer un punto de esperanza: resistir aún cinco días, esperando la intervención salvífica de Dios. Pero es una esperanza débil, que le hace concluir: «Pero si pasan estos días sin recibir ayuda cumpliré vuestros deseos» (*Judit* 7, 31).

Pobre hombre, no tenía salida. Cinco días vienen concedidos a Dios —y aquí está el pecado— cinco días vienen concedidos a Dios para intervenir; cinco días de espera, pero ya con la perspectiva del final. Conceden cinco días a Dios para salvarles, pero saben, no tienen confianza, esperan lo peor. En realidad, nadie más, entre el pueblo, es todavía capaz de esperar. Estaban desesperados. Es en esta situación que aparece en escena Judit. Viuda, mujer de gran belleza y sabiduría, ella habla al pueblo

con el lenguaje de la fe,  
valiente, regaña a la cara al  
pueblo: «¡Así tentáis al Señor  
Omnipotente, [...]. No,  
hermanos; no provoquéis la  
cólera del Señor, Dios nuestro.  
Porque si no quiere socorrernos  
en el plazo de cinco días, tiene  
poder para protegernos en  
cualquier otro momento, como  
lo tiene para aniquilarnos en  
presencia de nuestros  
enemigos [...]. Pidámosle más  
bien que nos socorra, mientras  
esperamos confiadamente que  
nos salve. Y ÉL escuchará  
nuestra súplica, si le place

hacerlo» (*Judit* 8, 13.14-15.17).

Es un lenguaje de la esperanza. Llamamos a las puertas del corazón de Dios, Él es Padre, Él puede salvarnos. ¡Esta mujer, viuda, corre el riesgo también de quedar mal delante de los otros! ¡Pero es valiente! ¡Va adelante! Y esto es algo mío, esta es una opinión mía: ¡las mujeres son más valientes que los hombres!

Con la fuerza de un profeta, Judit llama a los hombres de su pueblo para llevarles de nuevo a la confianza en Dios; con la

mirada de un profeta, ella ve más allá del estrecho horizonte propuesto por los jefes y que el miedo hace todavía más limitado. Dios actuará realmente —ella afirma—, mientras la propuesta de los cinco días de espera es un modo para tentarlo y para escapar de su voluntad. El Señor es Dios de salvación, y ella lo cree, sea cual sea la forma que tome. Es salvación liberar de los enemigos y hacer vivir, pero, en sus planes impenetrables, puede ser salvación también entregar a la



muerte. Mujer de fe, ella lo sabe. Después conocemos el final, como ha terminado la historia: Dios salva.

Queridos hermanos y hermanas, no pongamos nunca condiciones a Dios y dejemos que la esperanza venza a nuestros temores. Fiarse de Dios quiere decir entrar en sus diseños sin pretender nada, también aceptando que su salvación y su ayuda lleguen a nosotros de forma diferente de nuestras expectativas. Nosotros pedimos al Señor vida, salud, afectos, felicidad; y es justo

hacerlo, pero en la conciencia de que Dios sabe sacar vida incluso de la muerte, que se puede experimentar la paz también en la enfermedad, y que puede haber serenidad también en la soledad y felicidad también en el llanto. No somos nosotros los que podemos enseñar a Dios lo que debe hacer, es decir lo que necesitamos. Él lo sabe mejor que nosotros, y tenemos que fiarnos, porque sus caminos y sus pensamientos son muy diferentes a los nuestros. El camino que Judit nos indica

es el de la confianza, de la espera en la paz, de la oración en la obediencia. Es el camino de la esperanza. Sin resignaciones fáciles, haciendo todo lo que está en nuestras posibilidades, pero siempre permaneciendo en el camino de la voluntad del Señor, porque Judit —lo sabemos— ha rezado mucho, ha hablado mucho al pueblo y después, valiente, se ha ido, ha buscado el modo de acercarse al jefe del ejército y ha conseguido cortarle la cabeza, ha degollarlo. Es valiente en la fe y en las obras.

El Señor busca siempre. Judit, de hecho, tiene su plan, lo realiza con éxito y lleva al pueblo a la victoria, pero siempre en la actitud de fe de quien acepta todo de la mano de Dios, segura de su bondad. Así, una mujer llena de fe y de valentía da de nuevo fuerza a su pueblo en peligro mortal y lo conduce en los caminos de la esperanza, indicándole también a nosotros. Y nosotros, si hacemos un poco de memoria, cuántas veces hemos escuchado palabras sabias, valientes, de personas

humildes, de mujeres humildes que uno piensa que —sin despreciarlas— son ignorantes... ¡Pero son palabras de la sabiduría de Dios, eh! Las palabras de las abuelas.

Cuántas veces las abuelas saben decir la palabra justa, la palabra de esperanza, porque tienen la experiencia de la vida, han sufrido mucho, se han encomendado a Dios y el Señor da este don de darnos el consejo de esperanza.

Y, yendo por esos caminos, será alegría y luz pascual encomendarse al Señor con las

palabras de Jesús: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»

(*Lucas 22, 42*). Y esta es la oración de la sabiduría, de la confianza y de la esperanza.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Hoy celebramos la fiesta de la Conversión de san Pablo y se concluye la semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, los

invito a todos a que,  
conscientes de que el amor de  
Cristo nos apremia, no dejen  
nunca de rezar para que los  
cristianos trabajemos, con  
respeto fraterno y caridad  
activa, por llegar a la tan  
deseada unidad. Que Dios los  
bendiga.

25 de enero de 2017. Homilía  
en la celebración de las  
vísperas en la solemnidad de la  
Conversión de san Pablo  
apóstol.

Miércoles.

El encuentro con Jesús en el  
camino de Damasco transformó  
radicalmente la vida de Pablo.  
A partir de entonces, el  
significado de su existencia no  
consiste ya en confiar en sus  
propias fuerzas para observar  
escrupulosamente la Ley, sino  
en la adhesión total de sí



mismo al amor gratuito e inmerecido de Dios, a Jesucristo crucificado y resucitado. De esta manera, él advierte la irrupción de una nueva vida, la vida según el Espíritu, en la cual, por la fuerza del Señor Resucitado, experimenta el perdón, la confianza y el consuelo. Pablo no puede tener esta novedad sólo para sí: la gracia lo empuja a proclamar la buena nueva del amor y de la reconciliación que Dios ofrece plenamente a la humanidad en Cristo.

Para el Apóstol de los gentiles, la reconciliación del hombre con Dios, de la que se convirtió en embajador (cf. 2 Co 5,20), es un don que viene de Cristo. Esto aparece claramente en el texto de la Segunda Carta a los Corintios, del que se toma este año el tema de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos: «*Reconciliación. El amor de Cristo nos apremia*» (cf. 2 Co 5,14-20). «El amor de Cristo»: no se trata de nuestro amor *por* Cristo, sino del amor que Cristo tiene *por nosotros*. Del mismo modo, la

reconciliación a la que somos urgidos no es simplemente una iniciativa nuestra, sino que es ante todo *la reconciliación que Dios nos ofrece en Cristo*. Más que ser un esfuerzo humano de creyentes que buscan superar sus divisiones, es un don gratuito de Dios. Como resultado de este don, la persona perdonada y amada está llamada, a su vez, a anunciar el *evangelio de la reconciliación* con palabras y obras, a vivir y dar testimonio de una existencia reconciliada. En esta perspectiva, podemos

preguntarnos hoy: ¿Cómo anunciar el evangelio de la reconciliación después de siglos de divisiones? Es el mismo Pablo quien nos ayuda a encontrar el camino. Hace hincapié en que la reconciliación en Cristo *no puede darse sin sacrificio*. Jesús dio su vida, muriendo por todos. Del mismo modo, los embajadores de la reconciliación están llamados a dar la vida en su nombre, a no vivir para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos (cf. 2 Co 5,14-15). Como

nos enseña Jesús, sólo cuando perdemos la vida por amor a él es cuando realmente la ganamos (cf. *Lc 9,24*). Es esta la revolución que Pablo vivió, y es también la revolución cristiana de todos los tiempos: no vivir para nosotros mismos, para nuestros intereses y beneficios personales, sino a imagen de Cristo, *por él y según él, con su amor y en su amor.*

Para la Iglesia, para cada confesión cristiana, es una invitación a no apoyarse en programas, cálculos y ventajas,

a no depender de las oportunidades y de las modas del momento, sino a buscar el camino con la mirada siempre puesta en la cruz del Señor; allí está nuestro único programa de vida. Es también una invitación a salir de todo aislamiento, a superar la tentación de la auto-referencia, que impide captar lo que el Espíritu Santo lleva a cabo fuera de nuestro ámbito. Una auténtica reconciliación entre los cristianos podrá realizarse cuando sepamos reconocer los dones de los demás y seamos

capaces, con humildad y docilidad, de aprender unos de otros —aprender unos de otros—, sin esperar que sean los demás los que aprendan antes de nosotros.

Si vivimos este morir a nosotros mismos por Jesús, nuestro antiguo estilo de vida será relegado al pasado y, como le ocurrió a san Pablo, entramos en una nueva forma de existencia y de comunión. Con Pablo podremos decir: «*Lo antiguo ha desaparecido*» (2 Co 5,17). Mirar hacia atrás es muy útil y necesario para

purificar la memoria, pero detenerse en el pasado, persistiendo en recordar los males padecidos y cometidos, y juzgando sólo con parámetros humanos, puede paralizar e impedir que se viva el presente. La Palabra de Dios nos anima a sacar fuerzas de la memoria para recordar el bien recibido del Señor; y también nos pide dejar atrás el pasado para seguir a Jesús en el presente y vivir una nueva vida en él. Dejemos que Aquel que hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap 21,5*) nos conduzca a un



futuro nuevo, abierto a la esperanza que no defrauda, a un porvenir en el que las divisiones puedan superarse y los creyentes, renovados en el amor, estén plena y visiblemente unidos.

Este año, mientras caminamos por el camino de la unidad, recordamos especialmente el quinto centenario de la Reforma protestante. El hecho de que hoy católicos y luteranos puedan recordar juntos un evento que ha dividido a los cristianos, y lo hagan con esperanza, haciendo

énfasis en Jesús y en su obra de reconciliación, es un hito importante, logrado con la ayuda de Dios y de la oración a través de cincuenta años de conocimiento recíproco y de diálogo ecuménico.

Mientras imploro a Dios el don de la reconciliación con él y entre nosotros, saludo cordial y fraternalmente a Su Eminencia el Metropolita Gennadios, representante del Patriarcado Ecuménico, a Su Gracia David Moxon, representante personal en Roma del Arzobispo de Canterbury, y a todos los

representantes de las distintas Iglesias y comunidades eclesiales aquí presentes. Me complace saludar particularmente a los miembros de la Comisión mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales, a quienes deseo un trabajo fructífero en la sesión plenaria que está teniendo lugar en estos días. Saludo también a los estudiantes del *Ecumenical Institute of Bossey* —los he visto muy contentos esta mañana—, que están de visita

en Roma para profundizar en su conocimiento de la Iglesia Católica, y a los jóvenes ortodoxos y ortodoxos orientales que estudian en Roma, gracias a las becas del Comité de Cooperación Cultural con las Iglesias ortodoxas, que opera en el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los cristianos. A los superiores y a todos los colaboradores de ese Dicasterio expreso mi estima y agradecimiento.

Queridos hermanos y hermanas, nuestra oración por

la unidad de los cristianos participa en la oración que Jesús dirigió al Padre antes de la pasión, «*para que todos sean uno*» (Jn 17,21). No nos cansemos nunca de pedir a Dios este don. Con la esperanza paciente y confiada de que el Padre concederá a todos los creyentes el bien de la plena comunión visible, sigamos adelante en nuestro camino de reconciliación y de diálogo, animados por el testimonio heroico de tantos hermanos y hermanas que, tanto ayer como hoy, están

unidos en el sufrimiento por el nombre Jesús. Aprovechemos todas las oportunidades que la Providencia nos ofrece para rezar juntos, anunciar juntos, amar y servir juntos, especialmente a los más pobres y abandonados.

28 de enero de 2017. Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Es para mí un motivo de alegría recibirlos hoy, mientras estáis reunidos en Sesión Plenaria para reflexionar sobre el tema de la fidelidad y de los abandonos. Saludo al cardenal Prefecto y le agradezco sus

palabras de presentación; y os saludo a vosotros expresando mi agradecimiento por vuestro trabajo al servicio de la vida consagrada de la Iglesia.

El tema que habéis elegido es importante. Podemos decir que en este momento la fidelidad está a prueba; las estadísticas que habéis examinado lo demuestran. Estamos ante una "hemorragia" que debilita la vida consagrada y la vida misma de la Iglesia. Los abandonos dentro de la vida consagrada nos preocupan. Es verdad que algunos abandonan



por un acto de coherencia, porque reconocen, después de un discernimiento serio, que no han tenido nunca vocación; pero otros con el pasar del tiempo dejan de ser fieles, muchas veces tan sólo pocos años después de la profesión perpetua. ¿Qué ha ocurrido? Como bien habéis señalado, muchos son los factores que condicionan la fidelidad en esto que es un cambio de época y no sólo una época de cambio, en la cual resulta difícil asumir compromisos serios y definitivos. Me contaba un

obispo, hace tiempo, que un buen chico con licenciatura universitaria, que trabajaba en la parroquia, fue a verle y le dijo: "quiero hacerme sacerdote, pero durante diez años". La cultura de lo provisional.

El primer factor que no ayuda a mantener la fidelidad es el contexto social y cultural en el cual nos movemos. Vivimos inmersos en la llamada cultura de lo fragmentario, de lo provisional, que puede llevar a vivir a "a la carta" y a ser esclavos de las modas. Esta

cultura induce a la necesidad de tener siempre las "puertas laterales" abiertas hacia otras posibilidades, alimenta el consumismo y olvida la belleza de la vida simple y austera, provocando muchas veces un gran vacío existencial. Se ha difundido también un fuerte relativismo práctico, según el cual todo es juzgado en función de una autorrealización muchas veces extraña a los valores del Evangelio. Vivimos en sociedades donde las reglas económicas sustituyen las morales, dictan leyes e

imponen los propios sistemas de referencia a expensas de los valores de la vida; una sociedad donde la dictadura del dinero y del provecho propugna una visión de la existencia por la cual quien no rinde es descartado. En esta situación, está claro que uno debe antes dejarse evangelizar para luego comprometerse con la evangelización.

A este factor del contexto socio-cultural debemos añadir otros. Uno de ellos es el mundo juvenil, un mundo complejo, al mismo tiempo rico y que

desafía. Hay jóvenes maravillosos y no son pocos. Pero también entre los jóvenes hay muchas víctimas de la lógica de la mundanidad, que se puede sintetizar así: búsqueda del éxito a cualquier precio, del dinero fácil y del placer fácil. Esta lógica seduce también a muchos jóvenes. Nuestro esfuerzo no puede ser otro que estar cerca de ellos para contagiarles con la alegría del Evangelio y de la pertenencia a Cristo. Esta cultura va evangelizada si queremos que los jóvenes no

sucumban.

Un tercer factor condicionante proviene del interior de la misma vida consagrada, donde junto a la santidad —¡hay mucha santidad en la vida consagrada!— no faltan situaciones de contrastimonio que hacen difícil la fidelidad. Tales situaciones, entre otras, son: la rutina, el cansancio, el peso de la gestión de las estructuras, las divisiones internas, la búsqueda de poder —los “trepas”—, una manera mundana de gobernar los

institutos, un servicio de la autoridad que a veces se convierte en autoritarismo y otras veces en "un dejar hacer". Si la vida consagrada quiere mantener su misión profética y su fascinación, continuando en su ser escuela de fidelidad para los cercanos y para los lejanos (cf. *Efesios 2, 17*), debe mantenerse la frescura y la novedad de la centralidad de Jesús, el atractivo de la espiritualidad y la fuerza de la misión, mostrar la belleza de la secuela de Cristo e irradiar esperanza y alegría. Esperanza

y alegría. Esto nos hace ver cómo va una comunidad, qué hay por dentro. ¿Hay esperanza, hay alegría? Va bien. Pero cuando falta la esperanza y no hay alegría, la cosa es fea.

Un aspecto que se deberá cuidar de manera particular es la vida fraterna en comunidad. La cual es alimentada por la oración comunitaria, por la lectura orante de la Palabra, por la participación activa en los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, por el diálogo



fraterno y por la comunicación sincera entre sus miembros, por la corrección fraterna, por la misericordia hacia el hermano o la hermana que peca, por la "condivisión" de responsabilidades. Todo esto acompañado por un elocuente y alegre testimonio de vida simple junto a los pobres y por una misión que privilegie las periferias existenciales. De la renovación de la vida fraterna en comunidad depende mucho el resultado de la pastoral vocacional, el poder decir «venid y veréis»

(cf. *Juan* 1,39) y la perseverancia de los hermanos y de las hermanas jóvenes y menos jóvenes. Porque cuando un hermano o una hermana no encuentra apoyo a su vida consagrada dentro de la comunidad, irá a buscarlo fuera, con todo lo que eso conlleva (cf. *La vida fraterna en comunidad*, 2 de febrero de 1994, 32).

La vocación, como la misma fe, es un tesoro que llevamos en vasijas de barro (cf. 2 *Corintios* 4,7); por esto tenemos que cuidarla, como se

cuidan las cosas más preciosas, para que nadie nos robe este tesoro, ni pierda su belleza con el pasar del tiempo. Tal cuidado es tarea en primer lugar de cada uno de nosotros, que estamos llamados a seguir a Cristo más de cerca con fe, esperanza y caridad, cultivar cada día en la oración y reforzada por una buena formación teológica y espiritual, que defienda de las modas y de la cultura de lo efímero y permite caminar firmes en la fe. Sobre este fundamento es posible practicar

los consejos evangélicos y tener los mismos sentimientos de Cristo (cf. *Filipenses* 2,5). La vocación es un don que hemos recibido del Señor, el cual ha posado su mirada sobre nosotros y nos ha amado (cf. *Marcos* 10, 21) llamándonos a seguirlo en la vida consagrada, y es al mismo tiempo una responsabilidad de quien ha recibido este don. Con la gracia del Señor, cada uno de nosotros está llamado a asumir con responsabilidad en primera persona el compromiso del propio crecimiento humano,

espiritual e intelectual y, al mismo tiempo, a mantener viva la llama de la vocación. Esto conlleva que a la vez nosotros tengamos fija la mirada en el Señor, estando siempre atentos a caminar según la lógica del Evangelio y no ceder a los criterios de la mundanidad. Muchas veces las grandes infidelidades inician con pequeñas desviaciones o distracciones. También en este caso es importante hacer nuestra la exhortación de san Pablo: «Porque es ya hora de levantaros del sueño»

(*Romanos 13,11*).

Hablando de fidelidad y de abandonos, tenemos que dar mucha importancia al acompañamiento. Y esto quisiera subrayarlo. Es necesario que la vida consagrada invierta en el preparar acompañantes cualificados para este ministerio. Y digo la vida consagrada, porque el carisma del acompañamiento espiritual, digamos de la dirección espiritual, es un carisma "laical". También los sacerdotes lo tienen; pero es "laical".

Cuántas veces he encontrado monjas que me decían: “Padre, ¿usted no conoce un sacerdote que me pueda dirigir?” — “Pero, dime, ¿en tu comunidad no hay una monja sabia, una mujer de Dios?” — “Sí, está esta viejita que... pero...” - “¡Ve con ella!”. Cuidad vosotros de los miembros de vuestra congregación. Ya en la Plenaria precedente habéis constatado tal exigencia, como resulta también en vuestro documento precedente “Para vino nuevo odres nuevos” (cf. nn. 14-16). No insistiremos nunca lo

suficiente en esta necesidad. Es difícil mantenerse fieles caminando solos, o caminando con la guía de hermanos y hermanas que no sean capaces de escucha atenta y paciente, o que no tengan una experiencia adecuada de la vida consagrada. Necesitamos hermanos y hermanas expertos en los caminos de Dios, para poder hacer lo que hizo Jesús con los discípulos de Emaús: acompañarlos en el camino de la vida y en el momento de la desorientación y encender de nuevo en ellos la fe y la



esperanza mediante la Palabra y la Eucaristía (cf. *Lucas* 24,13-35). Esta es la delicada y comprometida tarea de un acompañante. No pocas vocaciones se pierden por la falta de acompañantes válidos. Todos nosotros consagrados, jóvenes y menos jóvenes, necesitamos una ayuda adecuada para el momento humano, espiritual y vocacional que estamos viviendo. Mientras debemos evitar cualquier modalidad de acompañamiento que cree dependencias. Esto es importante: el

acompañamiento espiritual no debe crear dependencias. Mientras que debemos evitar cualquier modalidad de acompañamiento que cree dependencias, que proteja, controle o haga infantiles; no podemos resignarnos a caminar solos, es necesario un acompañamiento cercano, frecuente y plenamente adulto. Todo esto servirá para asegurar un discernimiento continuo que lleva a descubrir la voluntad de Dios, a buscar en todo esto qué agrada más al Señor, como diría san Ignacio o —con las

palabras del san Francisco de Asís— a “querer siempre lo que a Él le gusta” (cf. *FF* 233). El discernimiento requiere, por parte del acompañante y de la persona acompañada, una delicada sensibilidad espiritual, un ponerse de frente a sí mismo y de frente al otro “*sine proprio*”, con completo desapego de prejuicios y de intereses personales o de grupo. Además, es necesario recordar que en el discernimiento no se trata solamente de elegir entre el bien y el mal, sino entre el bien y el mejor, entre lo que es

bueno y lo que lleva a la identificación con Cristo. Y continuaría hablando, pero terminamos aquí.

Queridos hermanos y hermanas, os doy las gracias una vez más e invoco sobre vosotros y sobre vuestro servicio como miembros y colaboradores de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica la continua asistencia del Espíritu Santo, mientras os bendigo de corazón. Gracias.



29 de enero de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La liturgia de este domingo nos hace meditar sobre las Bienaventuranzas (cf. *Mateo 5, 1-12a*), que abren el gran discurso llamado “de la montaña”, la “carta magna” del Nuevo Testamento. Jesús manifiesta la voluntad de Dios de conducir a los hombres a la felicidad. Este mensaje estaba ya presente en la predicación

de los profetas: Dios está cerca de los pobres y de los oprimidos y les libera de los que les maltratan. Pero en esta predicación, Jesús sigue un camino particular: comienza con el término “bienaventurados”, es decir felices; prosigue con la indicación de la condición para ser tales; y concluye haciendo una promesa. El motivo de las bienaventuranzas, es decir de la felicidad, no está en la condición requerida —“pobres de espíritu”, “afligidos”, “hambrientos de justicia”,

“perseguidos”...— sino en la sucesiva promesa, que hay que acoger con fe como don de Dios. Se comienza con las condiciones de dificultad para abrirse al don de Dios y acceder al mundo nuevo, el “Reino” anunciado por Jesús. No es un mecanismo automático, sino un camino de vida para seguir al Señor, para quien la realidad de miseria y aflicción es vista en una perspectiva nueva y vivida según la conversión que se lleva a cabo. No se es bienaventurado si no se convierte, para poder apreciar



y vivir los dones de Dios.

Me detengo en la primera bienaventuranza:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos»

(*Mateo 5, 4*). El pobre de espíritu es el que ha asumido los sentimientos y la actitud de esos pobres que en su condición no se rebelan, pero saben que son humildes, dóciles, dispuestos a la gracia de Dios. La felicidad de los pobres en espíritu tiene una doble dimensión: en lo relacionado con los bienes y en

lo relacionado con Dios.  
Respecto a los bienes materiales esta pobreza de espíritu es sobriedad: no necesariamente renuncia, sino capacidad de gustar lo esencial, de compartir; capacidad de renovar cada día el estupor por la bondad de las cosas, sin sobrecargarse en la monotonía del consumo voraz. Más tengo, más quiero; más tengo, más quiero. Este es el consumo voraz y esto mata el alma. El hombre y la mujer que hace esto, que tiene esta actitud, "más tengo, más quiero", no es

feliz y no llegará a la felicidad. En lo relacionado con Dios es alabanza y reconocimiento que el mundo es bendición y que en su origen está el amor creador del Padre. Pero es también apertura a Él, docilidad a su señoría, es Él el Señor, es Él el grande. No soy yo el grande porque tengo muchas cosas. Es Él el que ha querido que el mundo perteneciera a los hombres, y lo ha querido así para que los hombres fueran felices.

El pobre en espíritu es el cristiano que no se fía de sí

mismo, de las riquezas materiales, no se obstina en las propias opiniones, sino que escucha con respeto y se remite con gusto a las decisiones de los otros. Si en nuestras comunidades hubiera más pobres de espíritu, ¡habría menos divisiones, contrastes y polémicas! La humildad, como la caridad, es una virtud esencial para la convivencia en las comunidades cristianas. Los pobres, en este sentido evangélico, aparecen como aquellos que mantienen viva la meta del Reino de los cielos,

haciendo ver que esto viene anticipado como semilla en la comunidad fraterna, que privilegia el compartir antes que la posesión. Esto quisiera subrayarlo: privilegiar el compartir antes que la posesión. Siempre tener las manos y el corazón así [el Papa hace un gesto con la mano abierta], no así [hace un gesto con puño cerrado]. Cuando el corazón está así [cerrado] es un corazón pequeño, ni siquiera sabe cómo amar. Cuando el corazón está así [abierto] va sobre el camino del

amor.

La Virgen María, modelo y primicia de los pobres en espíritu porque es totalmente dócil a la voluntad del Señor, nos ayude a abandonarnos en Dios, rico en misericordia, para que nos colme de sus dones, especialmente de la abundancia de su perdón.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Como veis ihan llegado los invasores, están aquí! [se refiere a los niños de Acción

Católica].

Se celebra hoy la Jornada mundial de los enfermos de lepra. Esta enfermedad, aun estando en retroceso, está todavía entre las más temidas y afecta a los más pobres y marginados. Es importante luchar contra esta enfermedad, pero también contra las discriminaciones que ésta genera. Animo a los que están comprometidos en la asistencia y en la reinserción social de las personas afectadas por la lepra, a quienes aseguramos nuestra oración.

Os saludo con afecto a todos vosotros, venidos de distintas parroquias de Italia y de otros países, como también a las asociaciones y a los grupos. En particular, saludo a los estudiantes de Murcia y Badajoz, y jóvenes de Bilbao y los fieles de Castellón. Saludo a los peregrinos de Reggio Calabria, Castelliri, y el grupo siciliano de la Asociación Nacional de Padres. Quisiera también renovar mi cercanía a la población de Italia central que todavía sufren las consecuencias del terremoto y



de las difíciles condiciones atmosféricas. Que no les falte a estos nuestros hermanos y hermanas el constante apoyo de las instituciones y la solidaridad común. Y por favor, que cualquier tipo de burocracia no les haga esperar y ulteriormente sufrir.

Me dirijo ahora a vosotros, chicos y chicas de Acción Católica, de las parroquias y de las escuelas católicas de Roma. También este año, acompañados por el cardenal vicario, habéis venido al finalizar la «Caravana de la

Paz», cuyo eslogan es «Rodeados de Paz». Bonito el eslogan. Gracias por vuestra presencia y por vuestro generoso compromiso en el construir una sociedad de paz. Escuchamos el mensaje que vuestros amigos, aquí junto a mí, nos leerán.

*[Lectura del mensaje]*

Ahora se lanzan los globos, símbolo de paz. Os deseo a todos un feliz domingo. Deseo paz, humildad, compartir en vuestras familias. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!



# SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2017. Febrero.



*Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)  
Compuestos por:*

*alphonsus2002@gmail.com*

## **FEBRERO.**

**1 de febrero de 2017.** La  
esperanza de la salvación.

**2 de febrero de 2017.**

Homilía en la fiesta de la  
Presentación del Señor. XXI  
jornada mundial de la vida  
consagrada.

**4 de febrero de 2017.**

Discurso a los participantes en  
la reunión de economía de  
comunidad, organizado por el  
movimiento de los Focolares.

**5 de febrero de 2017.**

ÁNGELUS.

**6 de febrero de 2017.**

Discurso a una delegación ecuménica de la iglesia evangélica en Alemania.

**8 de febrero de 2017.**

Audiencia general. El hogar natural de la esperanza cristiana, es la Iglesia.

**1 de marzo de 2017.** Mensaje para la cuaresma 2017.

**10 de febrero de 2017.**

Mensaje con ocasión del encuentro de movimientos populares en Modesto, California. [16-19 DE FEBRERO DE 2017]

**11 de febrero de 2017.**

Mensaje para la XXV jornada mundial del enfermo 2017.

**12 de febrero de 2017.**

ÁNGELUS.

**15 de febrero de 2017.**

Audiencia general. La esperanza no decepciona.

**15 de febrero de 2017.**

Discurso a los participantes en el III foro de los pueblos indígenas convocado por el fondo internacional de desarrollo agrícola (FIDA)

**18 de febrero de 2017.**

Discurso a los participantes en el capítulo general de la congregación de los Clérigos

Marianos.

**19 de febrero de 2017.**

ÁNGELUS.

**19 de febrero de 2017.**

Homilía en la visita a la parroquia de Santa María Josefa del Corazón de Jesús, en Castelverde.

**22 de febrero de 2017.**

Audiencia general. La creación entera espera de la manifestación de Dios.

**23 de febrero de 2017.**

Discurso a una representación del Villarreal CF.

**23 de febrero de 2017.**

Discurso al rabino Abraham



Skorka, con motivo de la presentación de una edición especial de la Torah.

**24 de febrero de 2017.**

Discurso a los participantes en el seminario "derecho humano al agua" organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias.

**25 de febrero de 2017.**

Discurso a los participantes en un curso sobre el proceso matrimonial.

**26 de febrero de 2017.**

Encuentro del Papa Francisco con la comunidad anglicana en la iglesia de "All Saints" de

Roma.

**26 de febrero de 2017.**

ANGELUS.

**27 de febrero de 2017.**

Mensaje para la XXXII jornada mundial de la juventud 2017.

1 de febrero de 2017.  
Audiencia general. La  
esperanza de la salvación.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En las catequesis pasadas  
hemos empezado nuestro  
recorrido sobre el tema de la  
esperanza relejendo en esta  
perspectiva algunas páginas del  
Antiguo Testamento. Ahora  
queremos pasar a dar luz a la  
extraordinaria importancia que  
esta virtud asume en el Nuevo

Testamento, cuando encuentra la novedad representada por Jesucristo y por el evento pascual.

Es lo que emerge claramente desde el primer texto que se ha escrito, es decir, la Primera Carta de san Pablo a los Tesalonicenses. En el pasaje que hemos escuchado, se puede percibir toda la frescura y la belleza del primer anuncio cristiano. La de Tesalónica era una comunidad joven, fundada desde hacía poco; sin embargo, no obstante las dificultades y las muchas pruebas, estaba

enraizada en la fe y celebraba con entusiasmo y con alegría la resurrección del Señor Jesús. El Apóstol entonces se alegra de corazón con todos, en cuanto que renacen en la Pascua se convierten realmente en "hijos de la luz e hijos del día" (*Tesalonicenses 5, 5*), en fuerza de la plena comunión con Cristo.

Cuando Pablo les escribe, la comunidad de Tesalónica ha sido apenas fundada, y solo pocos años la separan de la Pascua de Cristo. Por esto, el Apóstol trata de hacer

comprender todos los efectos y las consecuencias que este evento único y decisivo supone para la historia y para la vida de cada uno. En particular, la dificultad de la comunidad no era tanto reconocer la resurrección de Jesús, sino creer en la resurrección de los muertos. En tal sentido, esta Carta se revela más actual que nunca. Cada vez que nos encontramos frente a nuestra muerte, o a la de un ser querido, sentimos que nuestra fe es probada. Surgen todas nuestras dudas, toda nuestra

fragilidad, y nos preguntamos: "¿Pero realmente habrá vida después de la muerte...? ¿Podré todavía ver y abrazar a las personas que he amado...?". Esta pregunta me la hizo una señora hace pocos días en una audiencia, manifestando una duda: "¿Me encontraré con los míos?". También nosotros, en el contexto actual, necesitamos volver a la raíz y a los fundamentos de nuestra fe, para tomar conciencia de lo que Dios ha obrado por nosotros en Jesucristo y qué significa nuestra muerte. Todos tenemos

un poco de miedo por esta incertidumbre de la muerte. Me viene a la memoria un viejecito, un anciano, bueno, que decía: "Yo no tengo miedo de la muerte. Tengo un poco de miedo de verla venir". Tenía miedo de esto.

Pablo, frente a los temores y a las perplejidades de la comunidad, invita a tener firme en la cabeza como un yelmo, sobre todo en las pruebas y en los momentos más difíciles de nuestra vida, "la esperanza de la salvación". Es un yelmo. Esta es la esperanza cristiana.



Cuando se habla de esperanza, podemos ser llevados a entenderla según la acepción común del término, es decir en referencia a algo bonito que deseamos, pero que puede realizarse o no. Esperamos que suceda, es como un deseo. Se dice por ejemplo: "¡Espero que mañana haga buen tiempo!", pero sabemos que al día siguiente sin embargo puede hacer malo... La esperanza cristiana no es así. La esperanza cristiana es la espera de algo que ya se ha cumplido; está la puerta allí, y

yo espero llegar a la puerta.

¿Qué tengo que hacer?

¡Caminar hacia la puerta! Estoy seguro de que llegaré a la puerta. Así es la esperanza cristiana: tener la certeza de que yo estoy en camino hacia algo que es, no que yo quiero que sea.

Esta es la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana es la espera de algo que ya ha sido cumplido y que realmente se realizará para cada uno de nosotros. También nuestra resurrección y la de los seres queridos difuntos, por tanto, no

es algo que podrá suceder o no, sino que es una realidad cierta, en cuanto está enraizada en el evento de la resurrección de Cristo. Esperar por tanto significa aprender a vivir en la espera. Cuando una mujer se da cuenta que está embarazada, cada día aprende a vivir en espera de ver la mirada de ese niño que vendrá. Así también nosotros tenemos que vivir y aprender de estas esperas humanas y vivir la espera de mirar al Señor, de encontrar al Señor. Esto no es fácil, pero se aprende: vivir en la espera.

Esperar significa y requiere un corazón humilde, un corazón pobre. Solo un pobre sabe esperar. Quien está ya lleno de sí y de sus bienes, no sabe poner la propia confianza en nadie más que en sí mismo. Escribe san Pablo: "Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con él" (*1 Tesalonicenses 5, 10*). Estas palabras son siempre motivo de gran consuelo y paz. También para las personas amadas que nos han dejado, estamos por tanto llamados a rezar para

que vivan en Cristo y estén en plena comunión con nosotros. Una cosa que a mí me toca mucho el corazón es una expresión de san Pablo, dirigida a los Tesalonicenses. A mí me llena de seguridad de la esperanza. Dice así: "permaneceremos con el Señor para siempre" (1 *Tesalonicenses* 4, 17). Una cosa bonita: todo pasa pero, después de la muerte, estaremos para siempre con el Señor. Es la certeza total de la esperanza, la misma que, mucho tiempo antes, hacía exclamar a Job:

“Yo sé que mi Defensor está vivo [...] y con mi propia carne veré a Dios”. (*Job* 19, 25-27). Y así para siempre estaremos con el Señor. ¿Creéis esto? Os pregunto: ¿creéis esto? Para tener un poco de fuerza os invito a decirlo conmigo tres veces: “Y así estaremos para siempre con el Señor”. Y allí, con el Señor, nos encontraremos.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes

de España y Latinoamérica. Que el Señor Jesús eduque nuestros corazones en la esperanza de la resurrección, para que aprendamos a vivir en la espera segura del encuentro definitivo con él y con todos nuestros seres queridos. Nos acompañe en este camino la presencia amorosa de María, Madre de la esperanza. Muchas gracias.

2 de febrero de 2017. Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor. XXI jornada mundial de la vida consagrada.

Jueves.

Cuando los padres de Jesús llevaron al Niño para cumplir las prescripciones de la ley, Simeón «conducido por el Espíritu» (*Lc 2,27*) toma al Niño en brazos y comienza un canto de bendición y alabanza: «Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los



pueblos; luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,30-32). Simeón no sólo pudo ver, también tuvo el privilegio de abrazar la esperanza anhelada, y eso lo hace exultar de alegría. Su corazón se alegra porque Dios habita en medio de su pueblo; lo siente carne de su carne.

La liturgia de hoy nos dice que con ese rito, a los 40 días de nacer, el Señor «fue presentado en el templo para cumplir la ley, pero sobre todo para encontrarse con el pueblo

creyente» (*Misal Romano*, 2 de febrero, *Monición a la procesión de entrada*). El encuentro de Dios con su pueblo despierta la alegría y renueva la esperanza.

El canto de Simeón es el canto del hombre creyente que, al final de sus días, es capaz de afirmar: Es cierto, la esperanza en Dios nunca decepciona (cf. *Rm* 5,5), Él no defrauda. Simeón y Ana, en la vejez, son capaces de una nueva fecundidad, y lo testimonian cantando: la vida vale la pena vivirla con esperanza porque el

Señor mantiene su promesa; y será, más tarde, el mismo Jesús quien explicará esta promesa en la Sinagoga de Nazaret: los enfermos, los detenidos, los que están solos, los pobres, los ancianos, los pecadores también son invitados a entonar el mismo canto de esperanza. Jesús está con ellos, él está con nosotros (cf. *Lc 4,18-19*).

Este canto de esperanza lo hemos heredado de nuestros mayores. Ellos nos han introducido en esta «dinámica». En sus rostros, en

sus vidas, en su entrega cotidiana y constante pudimos ver como esta alabanza se hizo carne. Somos herederos de los sueños de nuestros mayores, herederos de la esperanza que no desilusionó a nuestras madres y padres fundadores, a nuestros hermanos mayores. Somos herederos de nuestros ancianos que se animaron a soñar; y, al igual que ellos, hoy queremos nosotros también cantar: Dios no defrauda, la esperanza en él no desilusiona. Dios viene al encuentro de su Pueblo. Y queremos cantar

adentrándonos en la profecía de Joel: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones» (Jl 3,1).

Nos hace bien recibir el sueño de nuestros mayores para poder profetizar hoy y volver a encontrarnos con lo que un día encendió nuestro corazón.

Sueño y profecía juntos.

Memoria de cómo soñaron nuestros ancianos, nuestros padres y madres y coraje para llevar adelante, proféticamente, ese sueño.

Esta actitud nos hará fecundos a los consagrados, pero sobre todo nos protegerá de una tentación que puede hacer estéril nuestra vida consagrada: *la tentación de la supervivencia*. Un mal que puede instalarse poco a poco en nuestro interior, en el seno de nuestras comunidades. La actitud de supervivencia nos vuelve reaccionarios, miedosos, nos va encerrando lenta y silenciosamente en nuestras casas y en nuestros esquemas. Nos proyecta hacia atrás, hacia las gestas gloriosas —pero

pasadas— que, lejos de despertar la creatividad profética nacida de los sueños de nuestros fundadores, busca atajos para evadir los desafíos que hoy golpean nuestras puertas. La psicología de la supervivencia le roba fuerza a nuestros carismas porque nos lleva a domesticarlos, hacerlos «accesibles a la mano» pero privándolos de aquella fuerza creativa que inauguraron; nos hace querer proteger espacios, edificios o estructuras más que posibilitar nuevos procesos. La tentación de supervivencia nos

hace olvidar la gracia, nos convierte en profesionales de lo sagrado pero no padres, madres o hermanos de la esperanza que hemos sido llamados a profetizar. Ese ambiente de supervivencia seca el corazón de nuestros ancianos privándolos de la capacidad de soñar y, de esta manera, esteriliza la profecía que los más jóvenes están llamados a anunciar y realizar. En pocas palabras, la tentación de la supervivencia transforma en peligro, en amenaza, en tragedia, lo que el Señor nos



presenta como una oportunidad para la misión. Esta actitud no es exclusiva de la vida consagrada, pero de forma particular somos invitados a cuidar de no caer en ella.

Volvamos al pasaje evangélico y contemplemos nuevamente la escena. Lo que despertó el canto en Simeón y Ana no fue ciertamente mirarse a sí mismos, analizar y rever su situación personal. No fue el quedarse encerrados por miedo a que les sucediese algo malo. Lo que despertó el canto fue la esperanza, esa esperanza que

los sostenía en la ancianidad. Esa esperanza se vio recompensada en el encuentro con Jesús. Cuando María pone en brazos de Simeón al Hijo de la Promesa, el anciano empieza a cantar, hace una verdadera "liturgia", canta sus sueños. Cuando pone a Jesús en medio de su pueblo, este encuentra la alegría. Y sí, sólo eso podrá devolvernos la alegría y la esperanza, sólo eso nos salvará de vivir en una actitud de supervivencia. Sólo eso hará fecunda nuestra vida y mantendrá vivo nuestro

corazón. Poniendo a Jesús en donde tiene que estar: en medio de su pueblo.

Todos somos conscientes de la transformación multicultural por la que atravesamos, ninguno lo pone en duda. De ahí la importancia de que el consagrado y la consagrada estén insertos con Jesús, en la vida, en el corazón de estas grandes transformaciones. La misión —de acuerdo a cada carisma particular— es la que nos recuerda que fuimos invitados a ser levadura de esta masa concreta. Es cierto

podrán existir «harinas» mejores, pero el Señor nos invitó a leudar aquí y ahora, con los desafíos que se nos presentan. No desde la defensiva, no desde nuestros miedos sino con las manos en el arado ayudando a hacer crecer el trigo tantas veces sembrado en medio de la cizaña. Poner a Jesús en medio de su pueblo es tener un corazón contemplativo capaz de discernir como Dios va caminando por las calles de nuestras ciudades, de nuestros pueblos, en nuestros barrios.

Poner a Jesús en medio de su pueblo, es asumir y querer ayudar a cargar la cruz de nuestros hermanos. Es querer tocar las llagas de Jesús en las llagas del mundo, que está herido y anhela, y pide resucitar.

¡Ponernos con Jesús en medio de su pueblo! No como voluntaristas de la fe, sino como hombres y mujeres que somos continuamente perdonados, hombres y mujeres ungidos en el bautismo para compartir esa unción y el consuelo de Dios con los

demás.

Nos ponemos con Jesús en medio de su pueblo porque «sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que [con el Señor], puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. [...] Si pudiéramos seguir ese camino, sería algo tan bueno, tan

sanador, tan liberador, tan  
esperanzador! Salir de sí  
mismo para unirse a otros»  
(Exhort. ap. *Evangelii gaudium*,  
87) no sólo hace bien, sino que  
transforma nuestra vida y  
esperanza en un canto de  
alabanza. Pero esto sólo lo  
podemos hacer si asumimos los  
sueños de nuestros ancianos y  
los transformamos en profecía.  
Acompañemos a Jesús en el  
encuentro con su pueblo, a  
estar en medio de su pueblo,  
no en el lamento o en la  
ansiedad de quien se olvidó de  
profetizar porque no se hace

cargo de los sueños de sus mayores, sino en la alabanza y la serenidad; no en la agitación sino en la paciencia de quien confía en el Espíritu, Señor de los sueños y de la profecía. Y así compartamos lo que no nos pertenece: el canto que nace de la esperanza.



4 de febrero de 2017. Discurso a los participantes en la reunión de economía de comunión, organizado por el movimiento de los Focolares.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra acogerlos como representantes de un proyecto en el cual estoy sinceramente interesado desde hace tiempo. A cada uno de vosotros dirijo mi saludo cordial, y doy las gracias en particular al

coordinador, prof. Luigino Bruni, por sus amables palabras. Y doy las gracias también por los testimonios. Economía y comunión. Dos palabras que la cultura actual tiene bien separadas y a menudo consideradas opuestas. Dos palabras que vosotros sin embargo habéis unido, recogiendo la invitación que hace veinticinco años os dirigió Chiara Lubich, en Brasil, cuando frente al escándalo de la desigualdad en la ciudad de San Pablo, pidió a los empresarios convertirse en

agentes de comunión.  
Invitándoos a ser creativos,  
competentes, pero no sólo esto.  
El empresario es visto por  
vosotros como agente de  
comunión. Al introducir dentro  
de la economía el buen germen  
de la comunión, habéis iniciado  
un cambio profundo en el modo  
de ver y vivir la empresa. La  
empresa no sólo puede no  
destruir la comunión entre las  
personas, sino que puede  
edificarla, puede promoverla.  
Con vuestra vida mostráis que  
economía y comunión se hacen  
más bellas cuando están una

junto a la otra. Más bella la economía, ciertamente, pero más bella también la comunión, porque la comunión espiritual de los corazones es aún más plena cuando se convierte en comunión de bienes, de talentos, de beneficios.

Pensando en vuestro compromiso, quisiera deciros hoy tres cosas.

La primera se refiere al dinero. Es muy importante que en el centro de la economía de comunión esté la comunión de vuestras ganancias. La economía de comunión es

también comunión de los provechos, expresión de la comunión de la vida. Muchas veces he hablado del dinero como ídolo. La Biblia nos lo dice de distintas maneras. No es casualidad que la primera acción pública de Jesús, en el Evangelio de Juan, sea la expulsión de los mercaderes del templo (cf. *Jn* 2, 13-21). No se puede comprender el nuevo Reino traído por Jesús si no nos liberamos de los ídolos, de los cuales uno de los más poderosos es el dinero. ¿Cómo poder ser de los mercaderes

que Jesús no expulsa? El dinero es importante, sobre todo cuando no hay y de eso depende la comida, la escuela, el futuro de los hijos. Pero se convierte en ídolo cuando se convierte en el fin. La avaricia, que no es por casualidad un pecado capital, es pecado de idolatría porque la acumulación de dinero en sí se convierte en el fin del propio actuar. Ha sido Jesús, precisamente Él, quien dio categoría de "señor" al dinero: "Nadie puede servir a dos señores, dos patronos". Son dos: Dios o el dinero, el anti-

dios, el ídolo. Esto lo ha dicho Jesús. Al mismo nivel de opción. Pensad en esto.

Cuando el capitalismo hace de la búsqueda del beneficio su único fin, corre el riesgo de convertirse en una estructura idolátrica, una forma de culto. La "dea fortuna" es cada vez más la nueva divinidad de una cierta finanza y de todo ese sistema del juego que está destruyendo millones de familias del mundo, y a lo que vosotros os oponéis justamente. Este culto idolátrico es un sustituto de la

vida eterna. Los productos (los coches, los teléfonos...) envejecen y se consumen, pero si tengo el dinero o el crédito puedo adquirir inmediatamente otros, con la ilusión de vencer a la muerte.

Se entiende, entonces, el valor ético y espiritual de vuestra elección de poner los beneficios en común. La mejor forma y más concreta para no hacer del dinero un ídolo es compartirlo, compartirlo con otros, sobre todo con los pobres, o para hacer estudiar y trabajar a los jóvenes, venciendo a la



tentación idolátrica con la comunión. Cuando compartís y donáis vuestros beneficios, estáis haciendo un acto de alta espiritualidad, diciendo con los hechos al dinero: ¡tú no eres Dios, tú no eres señor, tú no eres patrón! Y no olvidar tampoco esa alta filosofía y esa alta teología que hacía decir a nuestras abuelas: "El diablo entra por el bolsillo". ¡No olvidéis esto!

La segunda cosa que quiero deciros es sobre la pobreza, un tema central en vuestro movimiento.

Hoy se realizan múltiples iniciativas, públicas y privadas, para combatir la pobreza. Y todo eso, por una parte, es un crecimiento en humanidad. En la Biblia, los pobres, los huérfanos, las viudas, los "descartados" de la sociedad de ese tiempo eran ayudados con el diezmo y la recogida del grano. Pero la gran parte del pueblo permanecía pobre, esas ayudas no eran suficientes para quitar el hambre y cuidar a todos. Los "descartados" de la sociedad eran muchos. Hoy hemos inventado otros modos

de cuidar, quitar el hambre, educar a los pobres, y algunas de las semillas de la Biblia han florecido en instituciones más eficaces que aquellas antiguas. La razón de los impuestos está también en esta solidaridad, que es negada por la evasión fiscal, que, antes de ser actos ilegales son actos que niegan la ley básica de la vida: el socorro recíproco.

Pero —y esto no se dirá nunca lo suficiente— el capitalismo continúa produciendo descartados que después quisiera cuidar. El principal

problema ético de este capitalismo es la creación de descartados para después tratar de esconderlos o cuidarlos para hacerles ver más.

Una grave forma de pobreza de una civilización es no conseguir ver más a sus pobres, que antes son descartados y después escondidos.

Los aviones contaminan la atmósfera, pero con una pequeña parte del dinero del billete plantarán árboles, para compensar parte del daño creado. Las empresas del juego

financian campañas para cuidar a los jugadores patológicos que ellas crean. Y el día en el que las empresas de armas financien hospitales para curar a los niños mutilados por sus bombas, el sistema habrá llegado a su culmen. ¡Esta es la hipocresía!

La economía de comunión, si quiere ser fiel a su carisma, no debe solamente cuidar a las víctimas, sino construir un sistema donde las víctimas sean cada vez menos, donde posiblemente no haya más. Mientras que la economía

produzca todavía una víctima y haya una sola persona descartada, la comunión no se realiza todavía, la fiesta de la fraternidad universal no es plena.

Por lo tanto es necesario ir hacia el cambio de las reglas del juego del sistema económico-social. Imitar al buen samaritano del Evangelio no es suficiente. Ciertamente, cuando el empresario o una persona cualquiera se tropieza con una víctima, está llamado a cuidarla, y quizá, como el buen samaritano, asociar también al

mercado (el posadero) a su acción de fraternidad. Sé que vosotros tratáis de hacerlo desde hace 25 años. Pero es necesario actuar sobre todo antes de que el hombre se encuentre con los ladrones, combatiendo las estructuras de pecado que producen ladrones y víctimas. Un empresario que es sólo buen samaritano hace la mitad de su deber: cura a las víctimas de hoy, pero no reduce las de mañana. Para la comunión es necesario imitar al Padre misericordioso de la parábola del hijo pródigo y

esperar en casa a los hijos, los trabajadores y colaboradores que se han equivocado, y allí abrazarlos y hacer fiesta con y por ellos –y no bloquearse por la meritocracia invocada por el hijo mayor y por muchos, que en nombre del mérito niegan la misericordia. Un empresario de comunión está llamado a hacer de todo para que también esos que se equivocan y dejan su casa, puedan esperar un trabajo y un sueldo digno, y no verse comiendo con los cerdos. Ningún hijo, ningún hombre, ni siquiera el más rebelde, merece



las bellotas.

Finalmente, la tercera cosa se refiere al futuro. Estos 25 años de vuestra historia dicen que la comunión y la empresa pueden estar y crecer juntas. Una experiencia que por ahora está limitada a un pequeño número de empresas, pequeñísimo si se comparan con el gran capital del mundo. Pero los cambios en el orden del espíritu y, por tanto, de la vida no están unidos a los grandes números. El pequeño rebaño, la lámpara, una moneda, un cordero, una perla, la sal, la levadura: son

estas las imágenes del Reino que encontramos en los Evangelios. Y los profetas nos han anunciado la nueva época de salvación indicándonos el signo de un niño, el Emmanuel, y hablándonos de un "resto" fiel, un pequeño grupo.

No es necesario ser muchos para cambiar nuestra vida: basta que la sal y la levadura no se estropeen. El gran trabajo a desarrollar es tratar de no perder el "principio activo" que les anima: la sal no hace su trabajo creciendo en cantidad, es más, demasiada

sal hace la masa salada; sino salvando su "alma", es decir su calidad. Todas las veces que las personas, los pueblos e incluso la Iglesia han pensando en salvar el mundo creciendo en números, han producido estructuras de poder, olvidando a los pobres. Salvemos nuestra economía, permaneciendo sencillamente sal y levadura: un trabajo difícil, porque todo decae con el pasar del tiempo. ¿Cómo hacer para no perder el principio activo, la "enzima" de la comunión?

Cuando no había frigoríficos

para conservar la levadura madre del pan se regalaba a la vecina un poco de la propia masa de la levadura, y cuando tenían que hacer de nuevo el pan recibían un puñado de la masa de la levadura de esa mujer o de otra que la había recibido su vez. Es la reciprocidad. La comunión no es sólo división sino también multiplicación de los bienes, creación de nuevo pan, de nuevos bienes, de nuevo Bien con mayúscula. El principio del Evangelio permanece activo sólo si lo regalamos, porque es

amor, y el amor es activo cuando amamos, no cuando escribimos novelas o cuando vemos telenovelas. Sin embargo, si lo tenemos celosamente todo y sólo para nosotros, se enmohece y muere. Y el Evangelio puede enmohecerse. La economía de comunión tendrá futuro si la regaláis a todos y no permanece sólo dentro de vuestra "casa". ¡Regaladla a todos, y primero a los pobres y a los jóvenes, que son los que más la necesitan y saben hacer fructificar el don recibido! Para

tener vida en abundancia es necesario aprender a regalar: no sólo los beneficios de las empresas, sino vosotros mismos. El primer regalo del empresario es la propia persona: vuestro dinero, aunque también importante, es demasiado poco. El dinero no salva si no está acompañado del don de la persona. La economía de hoy, los pobres, los jóvenes necesitan antes que nada vuestra alma, vuestra fraternidad respetuosa y humilde, de vuestras ganas de vivir y sólo después vuestro

dinero.

El capitalismo conoce la filantropía, no la comunión. Es sencillo donar una parte de los beneficios, sin abrazar y tocar a las personas que reciben esas "migajas". Sin embargo, también sólo cinco panes y dos peces pueden quitar el hambre a las multitudes si son el compartir de toda nuestra vida. En la lógica del Evangelio, si no se dona todo no se dona nunca suficiente.

Estas cosas vosotros las hacéis ya. Pero podéis compartir más los beneficios para combatir la

idolatría, cambiar las estructuras para prevenir la creación de las víctimas y de los descartados; donar más vuestra levadura para fermentar el pan de muchos. Que el "no" a una economía que mata se convierta en un "sí" y a una economía que hace vivir, porque comparte, incluye a los pobres, usa los beneficios para crear comunión. Os deseo continuar por vuestro camino «Dios ama al que da con alegría» (2 Cor 9, 7). Dios ama vuestros beneficios y talentos donados con alegría. Lo hacéis



ya; podéis hacerlo todavía más. Os deseo continuar siendo semilla, sal y levadura de otra economía: la economía del Reino, donde los ricos saben compartir sus riquezas, y los pobres son llamados beatos. Gracias.

5 de febrero de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En estos domingos la liturgia nos propone el llamado Discurso de la montaña, en el Evangelio de Mateo. Después de haber presentado el domingo pasado las Bienaventuranzas, hoy destaca las palabras de Jesús que describe la misión de sus discípulos en el mundo (cf. *Mateo* 5, 13-16). Él utiliza

las metáforas de la sal y de la luz y sus palabras son dirigidas a los discípulos de cada época, por lo tanto también a nosotros.

Jesús nos invita a ser un reflejo de su luz, a través del testimonio de las buenas obras. Y dice: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (*Mateo 5, 16*). Estas palabras subrayan que nosotros somos reconocibles como verdaderos discípulos de Aquel que es la

Luz del mundo, no en las palabras, sino de nuestras obras. De hecho, es sobre todo nuestro comportamiento que — en el bien y en el mal— deja un signo en los otros. Tenemos por tanto una tarea y una responsabilidad por el don recibido: la luz de la fe, que está en nosotros por medio de Cristo y de la acción del Espíritu Santo, no debemos retenerla como si fuera nuestra propiedad. Sin embargo estamos llamados a hacerla resplandecer en el mundo, a donarla a los otros mediante

las buenas obras. ¡Y cuánto necesita el mundo de la luz del Evangelio que transforma, sana y garantiza la salvación a quien lo acoge! Esta luz debemos llevarla con nuestras buenas obras.

La luz de nuestra fe, donándose, no se apaga sino que se refuerza. Sin embargo puede disminuir si no la alimentamos con el amor y con las obras de caridad. Así la imagen de la luz se encuentra con la de la sal. La página evangélica, de hecho, nos dice que, como discípulos de Cristo,

somos también «la sal de la tierra (*Mateo 5, 13*)». La sal es un elemento que, mientras da sabor, preserva la comida de la alteración y de la corrupción — ien la época de Jesús no había frigoríficos!—. Por lo tanto, la misión de los cristianos en la sociedad es la de dar “sabor” a la vida con la fe y el amor que Cristo nos ha donado, y al mismo tiempo tiene lejos los gérmenes contaminantes del egoísmo, de la envidia, de la maledicencia, etc. Estos gérmenes arruinan el tejido de nuestras comunidades, que

deben, sin embargo, resplandecer como lugares de acogida, de solidaridad, de reconciliación. Para unirse a esta misión, es necesario que nosotros mismos seamos los primeros liberados de la degeneración que corrompe de las influencias mundanas, contrarias a Cristo y al Evangelio; y esta purificación no termina nunca, se hace continuamente, se hace cada día!

**Después del Ángelus:**  
*Queridos hermanos y*

*hermanas,*

Hoy, en Italia, se celebra la Jornada por la Vida, sobre el tema "Mujeres y hombres para la vida en la línea de santa Teresa de Calcuta". Me uno a los obispos italianos en el desear una valiente acción educativa a favor de la vida humana. ¡Toda vida es sagrada! Llevemos adelante la cultura de la vida como respuesta a la lógica del descarte y a la caída demográfica; estemos cercanos y juntos rezamos por los niños que están en peligro de interrupción del embarazo,



como también por las personas que están en el final de su vida — ¡toda vida es sagrada! — para que nadie sea dejado solo y el amor defienda el sentido de la vida. Recordemos las palabras de Madre Teresa: « ¡La vida es belleza, admírala; la vida es vida, defiéndela! », tanto el niño que va a nacer, como la persona que está cerca de morir: ¡cada vida es sagrada! Saludo a todos aquellos que trabajan por la vida, los profesores de las Universidades romanas y los que colaboran con la formación de las nuevas

generaciones, para que sean capaces de construir una sociedad acogedora y digna para cada persona. En particular, saludo a los fieles de Viena, Granada, Melilla, Acquaviva delle Fonti y Bari; así como a los estudiantes de Penafiel (Portugal) y Badajoz (España).

Os deseo a todos feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

6 de febrero de 2017. Discurso  
a una delegación ecuménica de  
la iglesia evangélica en  
Alemania.

Lunes.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Con gusto os doy la bienvenida  
y os saludo cordialmente. Doy  
las gracias al Obispo regional  
de Bedford-Strohm por sus  
amables palabras —*ein Mann  
mit Feuer im Herzen*—; y estoy  
contento por la presencia del  
cardenal Marx: que el  
Presidente de la Conferencia

Episcopal Alemana acompañe a la delegación de la Iglesia Evangélica en Alemania es fruto de una colaboración de larga duración y expresión de una relación ecuménica madurada durante años. Os deseo que sigáis adelante por este camino bendecido con la comunión fraternal, prosiguiendo con valor y decisión hacia una unidad cada vez más plena. Tenemos el mismo bautismo: debemos caminar juntos, ¡sin cansarnos! Es significativo que con ocasión del 500º aniversario de la

Reforma, cristianos evangélicos y católicos aprovechen la ocasión de la conmemoración común de los eventos históricos del pasado para poner nuevamente a Cristo en el centro de sus relaciones. Precisamente «la cuestión sobre Dios», sobre «cómo poder tener un Dios misericordioso» era «la pasión profunda, el centro de la vida y del entero camino» de Lutero (cf. Benedicto XVI, Encuentro con los representantes de la Iglesia evangélica en Alemania, el 23 de septiembre 2011). Lo

que animaba e inquietaba a los reformadores era, en el fondo, indicar el camino adecuado hacia Cristo. Es lo que nos debe preocupar también hoy en día, después de haber tomado nuevamente, gracias a Dios, un camino común. Este año de conmemoración nos ofrece la oportunidad de dar un ulterior paso adelante, mirando al pasado sin rencores, sino según Cristo y en comunión con Él, para volver a proponer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo la novedad radical de Jesús, la misericordia

sin límites de Dios:  
precisamente lo que los  
reformadores en su tiempo  
querían estimular. El hecho de  
que su llamada a la renovación  
haya suscitado un desarrollo de  
acontecimientos que han  
llevado a divisiones entre los  
cristianos, ha sido ciertamente  
trágico. Los creyentes no se  
han vuelto a sentir hermanos y  
hermanas en la fe, sino  
adversarios y rivales; durante  
demasiado tiempo han  
alimentado hostilidad y se han  
ensañado con luchas,  
fomentadas por intereses

políticos y de poder, en alguna ocasión sin tener ni siquiera escrúpulos en usar la violencia los unos contra los otros, hermanos contra hermanos. Hoy, sin embargo, damos gracias a Dios porque finalmente, «sacudimos todo lastre», fraternamente «corremos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús» (*Heb 12, 1-2*).

Os estoy agradecido porque, con esta mirada, tenéis la intención de acercaros juntos, con humildad y franqueza, a un



pasado que nos duele, y de compartir pronto un importante gesto de penitencia y de reconciliación: una función ecuménica, titulada “Sanar la memoria — testimoniar a Jesucristo”. Católicos y evangélicos en Alemania, podréis así responder, con la oración, a la fuerte llamada que juntos advertís en el país originario de la Reforma: purificar en Dios la memoria para ser renovados interiormente y enviados por el Espíritu a llevar a Jesús al hombre de hoy. Con esta señal

y con otras iniciativas ecuménicas previstas este año —como el peregrinaje común a Tierra Santa, el congreso bíblico conjunto para presentar juntos las nuevas traducciones de la Biblia y la jornada ecuménica dedicada a la responsabilidad social de los cristianos— tenéis el ánimo de dar una configuración concreta a la “fiesta de Cristo” que, con ocasión de la conmemoración de la Reforma, pretendéis celebrar juntos. Que el redescubrir los manantiales comunes de la fe, el

resaneamiento de la memoria con la oración y la caridad, y la colaboración concreta en el difundir el Evangelio y servir a los hermanos, sean impulsos para proceder más rápidamente aún por el camino.

Es gracias a la comunión espiritual que se ha unido durante estas décadas de camino ecuménico, que podemos hoy deplorar juntos el fracaso de ambos respecto a la unidad en el contexto de la Reforma y de los avances sucesivos. Al mismo tiempo, en la realidad de un único

bautismo que nos hace  
hermanos y hermanas y en la  
común escucha del Espíritu,  
sabemos, en una diversidad ya  
reconciliada, apreciar los dones  
espirituales y teológicos que de  
la Reforma hemos recibido. En  
Lund, el 31 del pasado mes de  
octubre, agradecí al Señor  
sobre esto y pedí perdón por el  
pasado; para el futuro deseo  
confirmar nuestra llamada sin  
retorno a dar testimonio juntos  
del Evangelio y a proseguir por  
el camino hacia la plena  
unidad. Haciéndolo juntos, nace  
también el deseo de adentrarse

por recorridos nuevos. Cada vez más aprendemos a preguntarnos: ¿esta iniciativa, podemos compartirla con nuestros hermanos y nuestras hermanas en Cristo? ¿Podemos recorrer juntos otro tramo del camino?

Las diferencias en cuestiones de fe y de moral, que todavía subsisten, permanecen como desafíos a lo largo del recorrido hacia la visible unidad, la cual anhelan nuestros fieles. El dolor es padecido especialmente por los esposos que pertenecen a confesiones

diferentes. Es necesario que nos esforcemos con cautela, con la oración insistente y con todas nuestras fuerzas, en superar los obstáculos todavía existentes, intensificando el diálogo teológico y reforzando la colaboración entre nosotros, sobre todo en el servicio a quienes mayormente sufren y en la custodia de la Creación amenazada. La llamada urgente de Jesús a la unidad (cf. *Jn* 17,21) nos interpela, como también a la entera familia humana en un periodo en el cual experimenta graves

laceraciones y nuevas formas de exclusión y de marginación. ¡También por esto nuestra responsabilidad es grande! Con la esperanza de que este encuentro aumente ulteriormente la comunión entre nosotros, pido al Espíritu Santo, artífice y renovador de unidad, que nos fortalezca en el camino común con la consolación que viene de Dios (cf. *2 Cor 1, 4*) y nos indique sus vías proféticas y audaces. Invoco de corazón la bendición de Dios sobre todos vosotros y sobre vuestras comunidades y

os pido, por favor, que me recordéis en vuestras oraciones.

Os lo agradezco mucho y os querría invitar ahora a rezar juntos el Padre Nuestro.



8 de febrero de 2017.

Audiencia general. El hogar natural de la esperanza cristiana, es la Iglesia.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El miércoles pasado vimos que san Pablo en la primera Carta a los Tesalonicenses exhorta a permanecer radicados en la esperanza de la resurrección (cf. Ts 5, 4-11), con esa bonita palabra «estaremos siempre

con el Señor» (Ts 4, 17). En el mismo contexto, el apóstol muestra que la esperanza cristiana no tiene solo una respiración personal, individual, sino comunitaria, eclesial. Todos nosotros esperamos; todos nosotros tenemos esperanza, incluso comunitariamente. Por esto, la mirada se extiende enseguida desde Pablo a todas las realidades que componen la comunidad cristiana, pidiéndolas que recen las unas por las otras y que se apoyen mutuamente. Ayudarnos

mutuamente. Pero no solo ayudarnos ante las necesidades, en las muchas necesidades de la vida cotidiana, sino en la esperanza, ayudarnos en la esperanza. Y no es casualidad que comience precisamente haciendo referencia a quienes ha sido encomendada la responsabilidad y la guía pastoral. Son los primeros en ser llamados a alimentar la esperanza, y esto no porque sean mejores que los demás, sino en virtud de un ministerio divino que va más allá de sus

fuerzas. Por ese motivo, necesitan más que nunca el respeto, la comprensión y el apoyo benévolo de todos. La atención se centra después en los hermanos que mayormente corren el riesgo de perder la esperanza, de caer en la desesperación. Nosotros siempre tenemos noticias de gente que cae en la desesperación y hace cosas feas... La desesperación les lleva a muchas cosas feas. Es una referencia a quien ha sido desanimado, a quien es débil, a quien ha sido abatido por el

peso de la vida y de las propias culpas y no consigue levantarse más. En estos casos, la cercanía y el calor de toda la Iglesia deben hacerse todavía más intensos y cariñosos, y deben asumir la forma exquisita de la compasión, que no es tener lástima: la compasión es padecer con el otro, sufrir con el otro, acercarme a quien sufre; una palabra, una caricia, pero que venga del corazón; esta es la compasión. Para quien tiene necesidad del confort y la consolación. Esto es importante

más que nunca: la esperanza cristiana no puede prescindir de la caridad genuina y concreta. El mismo Apóstol de las gentes, en la Carta a los Romanos, afirma con el corazón en la mano: «Nosotros, los fuertes — que tenemos la fe, la esperanza, o no tenemos muchas dificultades— debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no buscar nuestro propio agrado» (*Rom 15, 1*). Llevar, llevar las debilidades de otros. Este testimonio después no permanecerá cerrado dentro de los confines de la comunidad

cristiana: resuena con todo su vigor incluso fuera, en el contexto social y civil, como un llamamiento a no crear muros sino puentes, a no recambiar el mal con el mal, a vencer al mal con el bien, la ofensa con el perdón —el cristiano nunca puede decir: ¡me la pagarás!, nunca; esto no es un gesto cristiano; la ofensa se vence con el perdón—, a vivir en paz con todos. ¡Esta es la Iglesia! Y esto es lo que obra la esperanza cristiana, cuando asume las líneas fuertes y al mismo tiempo tiernas del amor.

El amor es fuerte y tierno. Es bonito.

Se comprende entonces que no se aprenda a esperar solos.

Nadie aprende a esperar solo.

No es posible. La esperanza, para alimentarse, necesita un "cuerpo", en el cual los varios miembros se sostienen y se dan vida mutuamente. Esto

entonces quiere decir que, si esperamos, es porque muchos de nuestros hermanos y hermanas nos han enseñado a esperar y han mantenido viva nuestra esperanza. Y entre estos, se distinguen los



pequeños, los pobres, los simples, los marginados. Sí, porque no conoce la esperanza quien se cierra en el propio bienestar: espera solamente su bienestar y esto no es esperanza: es seguridad relativa; no conoce la esperanza quien se cierra en la propia gratificación, quien se siente siempre bien... quienes esperan son en cambio los que experimentan cada día la prueba, la precariedad y el propio límite. Estos son nuestros hermanos que nos dan el testimonio más bonito,

más fuerte, porque permanecen firmes en su confianza en el Señor, sabiendo que, más allá de la tristeza, de la opresión y de la ineluctabilidad de la muerte, la última palabra será suya, y será una palabra de misericordia, de vida y de paz. Quien espera, espera sentir un día esta palabra: “ven, ven a mí, hermano; ven, ven a mí, hermana, para toda la eternidad”.

Queridos amigos, si —como hemos dicho— el hogar natural de la esperanza es un “cuerpo”

solidario, en el caso de la esperanza cristiana este cuerpo es la Iglesia, mientras el soplo vital, el alma de esta esperanza es el Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo no se puede tener esperanza. He aquí entonces por qué el apóstol Pablo nos invita al final a invocarle continuamente. Si no es fácil creer, mucho menos lo es esperar. Es más difícil esperar que creer, es más difícil. Pero cuando el Espíritu Santo vive en nuestros corazones, es Él quien nos hace entender que no debemos

temer, que el Señor está cerca y cuida de nosotros; y es Él quien modela nuestras comunidades, en un perenne Pentecostés, como signos vivos de esperanza para la familia humana. Gracias.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los animo a invocar la presencia del Espíritu Santo en sus vidas, como también en medio de sus familias y comunidades, para que se avive en nosotros la

llama de la caridad y nos haga signos vivos de la esperanza para toda la familia humana. Gracias.

## **LLAMAMIENTOS**

Ayer, en Osaka en Japón, fue proclamado beato Justo Takayama Ukon, fiel laico japonés, muerto mártir en Manila en 1615. En vez de aceptar concesiones renunció a honores y comodidades aceptando la humillación y el exilio. Permaneció fiel a Cristo y al Evangelio; por esto

representa un admirable ejemplo de fortaleza en la fe y de dedicación en la caridad. Hoy se celebra la Jornada de oración y reflexión contra la trata de personas, este año dedica en particular a los niños y adolescentes. Animo a todos aquellos que de diferentes maneras ayudan a los menores esclavizados y abusados a liberarse de tal opresión. Deseo que los que tienen responsabilidad de gobierno combatan con decisión esta plaga, dando voz a nuestros hermanos más pequeños,

humillados en su dignidad. Debemos hacer todo lo posible para erradicar este crimen vergonzoso e inaceptable. El próximo sábado, memoria de la Beata Virgen María de Lourdes, se celebra la 25ª Jornada Mundial del Enfermo. La celebración principal tendrá lugar en Lourdes y será presidida por el cardenal Secretario de Estado. Invito a rezar, por intercesión de nuestra Santa Madre, por todos los enfermos, especialmente por los más graves y que están más solos, y también por todo

aquellos que los cuidan.

Vuelvo a la celebración de hoy, la Jornada de oración y reflexión contra la trata de personas, que se celebra hoy porque hoy es la fiesta de santa Josefina Bakhita [muestra un folleto que habla de ella]. Esta chica esclavizada en África, explotada, humillada, no perdió la esperanza y llevó adelante la fe, y terminó llegando como migrante a Europa. Y allí ella sintió la llamada del Señor y se hizo religiosa. Recemos a santa Josefina Bakhita por todos los migrantes, los refugiados, los



explotados que sufren mucho,  
mucho.

Y hablado de migrantes  
expulsados, explotados, yo  
quisiera rezar con vosotros,  
hoy, de forma especial por  
nuestros hermanos y hermanas  
rohinyás: expulsados de  
Myanmar, van de una parte a  
otra porque no les quieren... Es  
gente buena, gente pacífica.  
¡No son cristianos, son buenos,  
son hermanos y hermanas  
nuestros! Sufren desde hace  
años. Han sido torturados,  
asesinados, sencillamente  
porque llevan adelante sus

tradiciones, su fe musulmana. Rezamos por ellos. Os invito a rezar por ellos a nuestro Padre que está en los Cielos, todos juntos, por nuestros hermanos y hermanas rohinyás. [Oración del Padre Nuestro] Santa Josefina Bakhita – reza por nosotros. ¡Y un aplauso a santa Josefina Bakhita!

1 de marzo de 2017. Mensaje  
para la cuaresma 2017.

**La Palabra es un don. El otro  
es un don.**

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

La Cuaresma es un nuevo  
comienzo, un camino que nos  
lleva a un destino seguro: la  
Pascua de Resurrección, la  
victoria de Cristo sobre la  
muerte. Y en este tiempo  
recibimos siempre una fuerte  
llamada a la conversión: el  
cristiano está llamado a volver

a Dios «*de todo corazón*» (Jl 2,12), a no contentarse con una vida mediocre, sino a crecer en la amistad con el Señor. Jesús es el amigo fiel que nunca nos abandona, porque incluso cuando pecamos espera pacientemente que volvamos a él y, con esta espera, manifiesta su voluntad de perdonar (cf. *Homilía*, 8 enero 2016).

La Cuaresma es un tiempo propicio para intensificar la vida del espíritu a través de los medios santos que la Iglesia nos ofrece: el ayuno, la oración

y la limosna. En la base de todo está la Palabra de Dios, que en este tiempo se nos invita a escuchar y a meditar con mayor frecuencia. En concreto, quisiera centrarme aquí en la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro (cf. *Lc 16,19-31*). Dejémonos guiar por este relato tan significativo, que nos da la clave para entender cómo hemos de comportarnos para alcanzar la verdadera felicidad y la vida eterna, exhortándonos a una sincera conversión.

## **1. El otro es un don**

La parábola comienza

presentando a los dos personajes principales, pero el pobre es el que viene descrito con más detalle: él se encuentra en una situación desesperada y no tiene fuerza ni para levantarse, está echado a la puerta del rico y come las migajas que caen de su mesa, tiene llagas por todo el cuerpo y los perros vienen a lamérselas (cf. *Lc 16, 20-21*). El cuadro es sombrío, y el hombre degradado y humillado. La escena resulta aún más dramática si consideramos que el pobre se llama *Lázaro*: un

nombre repleto de promesas, que significa literalmente «*Dios ayuda*». Este no es un personaje anónimo, tiene rasgos precisos y se presenta como alguien con una historia personal. Mientras que para el rico es como si fuera invisible, para nosotros es alguien conocido y casi familiar, tiene un rostro; y, como tal, es un don, un tesoro de valor incalculable, un ser querido, amado, recordado por Dios, aunque su condición concreta sea la de un desecho humano (cf. *Homilía*, 8 enero 2016).

Lázaro nos enseña que *el otro es un don*. La justa relación con las personas consiste en reconocer con gratitud su valor. Incluso el pobre en la puerta del rico, no es una carga molesta, sino una llamada a convertirse y a cambiar de vida. La primera invitación que nos hace esta parábola es la de abrir la puerta de nuestro corazón al otro, porque cada persona es un don, sea vecino nuestro o un pobre desconocido. La Cuaresma es un tiempo propicio para abrir la puerta a cualquier necesitado y



reconocer en él o en ella el rostro de Cristo. Cada uno de nosotros los encontramos en nuestro camino. Cada vida que encontramos es un don y merece acogida, respeto y amor. La Palabra de Dios nos ayuda a abrir los ojos para acoger la vida y amarla, sobre todo cuando es débil. Pero para hacer esto hay que tomar en serio también lo que el Evangelio nos revela acerca del hombre rico.

## **2. El pecado nos ciega**

La parábola es despiadada al mostrar las contradicciones en

las que se encuentra el rico (cf. *Lc 16, 19*). Este personaje, al contrario que el pobre Lázaro, no tiene un nombre, se le califica sólo como «rico». Su opulencia se manifiesta en la ropa que viste, de un lujo exagerado. La púrpura, en efecto, era muy valiosa, más que la plata y el oro, y por eso estaba reservada a las divinidades (cf. *Jr 10,9*) y a los reyes (cf. *Jc 8,26*). La tela era de un lino especial que contribuía a dar al aspecto un carácter casi sagrado. Por tanto, la riqueza de este

hombre es excesiva, también porque la exhibía de manera habitual todos los días:

«Banqueteaba espléndidamente cada día» (Lc 16,19). En él se vislumbra de forma patente la corrupción del pecado, que se realiza en tres momentos sucesivos: el amor al dinero, la vanidad y la soberbia (cf. *Homilía*, 20 septiembre 2013).

El apóstol Pablo dice que «la codicia es la raíz de todos los males» (1 Tm 6,10). Esta es la causa principal de la corrupción y fuente de envidias, pleitos y

recelos. El dinero puede llegar a dominarnos hasta convertirse en un ídolo tiránico (cf. Exh. ap. *Evangelii gaudium*, 55). En lugar de ser un instrumento a nuestro servicio para hacer el bien y ejercer la solidaridad con los demás, el dinero puede someternos, a nosotros y a todo el mundo, a una lógica egoísta que no deja lugar al amor e impide la paz.

La parábola nos muestra cómo la codicia del rico lo hace vanidoso. Su personalidad se desarrolla en la apariencias, en hacer ver a los demás lo que él

se puede permitir. Pero la apariencia esconde un vacío interior. Su vida está prisionera de la exterioridad, de la dimensión más superficial y efímera de la existencia (cf. *ibíd.*, 62).

El peldaño más bajo de esta decadencia moral es la soberbia. El hombre rico se viste como si fuera un rey, simula las maneras de un dios, olvidando que es simplemente un mortal. Para el hombre corrompido por el amor a las riquezas, no existe otra cosa que el propio yo, y por eso las

personas que están a su alrededor no merecen su atención. El fruto del apego al dinero es una especie de ceguera: el rico no ve al pobre hambriento, llagado y postrado en su humillación.

Cuando miramos a este personaje, se entiende por qué el Evangelio condena con tanta claridad el amor al dinero: «Nadie puede estar al servicio de dos amos. Porque despreciará a uno y querrá al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis

servir a Dios y al dinero»  
(Mt 6,24).

### **3. La Palabra es un don**

El Evangelio del rico y el pobre Lázaro nos ayuda a prepararnos bien para la Pascua que se acerca. La liturgia del Miércoles de Ceniza nos invita a vivir una experiencia semejante a la que el rico ha vivido de manera muy dramática. El sacerdote, mientras impone la ceniza en la cabeza, dice las siguientes palabras: *«Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás»*. El rico y el pobre, en efecto,

mueren, y la parte principal de la parábola se desarrolla en el más allá. Los dos personajes descubren de repente que «sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él» (*1 Tm 6,7*).

También nuestra mirada se dirige al más allá, donde el rico mantiene un diálogo con Abraham, al que llama «padre» (*Lc 16,24.27*), demostrando que pertenece al pueblo de Dios. Este aspecto hace que su vida sea todavía más contradictoria, ya que hasta ahora no se había dicho nada



de su relación con Dios. En efecto, en su vida no había lugar para Dios, siendo él mismo su único dios.

El rico sólo reconoce a Lázaro en medio de los tormentos de la otra vida, y quiere que sea el pobre quien le alivie su sufrimiento con un poco de agua. Los gestos que se piden a Lázaro son semejantes a los que el rico hubiera tenido que hacer y nunca realizó.

Abraham, sin embargo, le explica: «Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por

eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces» (Lc 16, 25). En el más allá se restablece una cierta equidad y los males de la vida se equilibran con los bienes. La parábola se prolonga, y de esta manera su mensaje se dirige a todos los cristianos. En efecto, el rico, cuyos hermanos todavía viven, pide a Abraham que les envíe a Lázaro para advertirles; pero Abraham le responde: «Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen» (Lc 16, 29). Y, frente a la objeción del rico, añade: «Si no

escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto» (Lc 16, 31).

De esta manera se descubre el verdadero problema del rico: la raíz de sus males está en *no prestar oído a la Palabra de Dios*; esto es lo que le llevó a no amar ya a Dios y por tanto a despreciar al prójimo. La Palabra de Dios es una fuerza viva, capaz de suscitar la conversión del corazón de los hombres y orientar nuevamente a Dios. Cerrar el corazón al don de Dios que

habla tiene como efecto cerrar el corazón al don del hermano. Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma es el tiempo propicio para renovarse en el encuentro con Cristo vivo en su Palabra, en los sacramentos y en el prójimo. El Señor —que en los cuarenta días que pasó en el desierto venció los engaños del Tentador— nos muestra el camino a seguir. Que el Espíritu Santo nos guíe a realizar un verdadero camino de conversión, para redescubrir el don de la Palabra de Dios, ser

purificados del pecado que nos ciega y servir a Cristo presente en los hermanos necesitados. Animo a todos los fieles a que manifiesten también esta renovación espiritual participando en las campañas de Cuaresma que muchas organizaciones de la Iglesia promueven en distintas partes del mundo para que aumente la cultura del encuentro en la única familia humana. Oremos unos por otros para que, participando de la victoria de Cristo, sepamos abrir nuestras puertas a los débiles y a los

pobres. Entonces viviremos y daremos un testimonio pleno de la alegría de la Pascua.

*Vaticano, 18 de octubre de 2016.*

*Fiesta de san Lucas Evangelista.*

**Francisco**

10 de febrero de 2017.  
Mensaje con ocasión del  
encuentro de movimientos  
populares en Modesto,  
California.

[16-19 DE FEBRERO DE 2017]

*Queridos Hermanos:*

Quisiera, ante todo, felicitarlos por el esfuerzo de reproducir a nivel nacional el trabajo que vienen desarrollando en los Encuentros Mundiales de Movimientos Populares. Quiero, a través de esta carta, animar y fortalecer a cada uno de

ustedes, a sus organizaciones y a todos los que luchan por las tres T: "tierra, techo y trabajo". Los felicito por todo lo que hacen.

Quisiera agradecer a la Campaña Católica para el Desarrollo Humano, a su presidente Mons. David Talley y a los Obispo anfitriones Stephen Blaire, Armando Ochoa y Jaime Soto, por el decidido apoyo que han prestado a este encuentro. Gracias Cardenal Turkson por seguir acompañando a los movimientos populares desde



el nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. ¡Me alegra tanto verlos trabajar juntos por la justicia social! Cómo quisiera que en todas las diócesis se contagie esta energía constructiva, que tiende puentes entre los Pueblos y las personas, puentes capaces de atravesar los muros de la exclusión, la indiferencia, el racismo y la intolerancia. También quisiera destacar el trabajo de la Red Nacional PICO y las organizaciones promotoras de este encuentro.

Supe que PICO significa "personas mejorando sus comunidades a través de la organización". Qué buena síntesis de la misión de los movimientos populares: trabajar en lo cercano, junto al prójimo, organizados entre ustedes, para sacar adelante nuestras comunidades.

Hace pocos meses, en Roma, hemos hablado de los muros y del miedo; de los puentes y el amor. No quiero repetirme: estos temas desafían nuestros valores más profundos. Sabemos que ninguno de estos

males comenzó ayer. Hace tiempo enfrentamos la crisis del paradigma imperante, un sistema que causa enormes sufrimientos a la familia humana, atacando al mismo tiempo la dignidad de las personas y nuestra Casa Común para sostener la tiranía invisible del Dinero que sólo garantiza los privilegios de unos pocos. “La humanidad vive un giro histórico”[\[1\]](#).

A los cristianos y a todas las personas de buena voluntad nos toca vivir y actuar en este momento. Es “una

responsabilidad grave, ya que algunas realidades del mundo presente, si no son bien resueltas, pueden desencadenar procesos de deshumanización difíciles de revertir más adelante". Son los "signos de los tiempos" que debemos reconocer para actuar. Hemos perdido tiempo valioso sin prestarles suficiente atención, sin resolver estas realidades destructoras. Así los procesos de deshumanización se aceleran. De la participación protagónica de los pueblos y en gran medida de ustedes, los

movimientos populares,  
depende hacia dónde se dirige  
ese giro histórico, cómo se  
resuelve esta crisis que se  
agudiza.

No debemos quedar paralizados  
por el miedo pero tampoco  
quedar aprisionados en el  
conflicto. Hay que reconocer el  
peligro pero también la  
oportunidad que cada crisis  
supone para avanzar hacia una  
síntesis superadora. En el  
idioma chino, que expresa la  
ancestral sabiduría de ese gran  
pueblo, la palabra crisis se  
compone de dos

ideogramas: *Wēi* que representa el peligro y *Jī* que representa la oportunidad. El peligro es negar al prójimo y así, sin darnos cuenta, negar su humanidad, nuestra humanidad, negarnos a nosotros mismos, y negar el más importante de los mandamientos de Jesús. Esa es la deshumanización. Pero existe una oportunidad: que la luz del amor al prójimo ilumine la Tierra con su brillo deslumbrante como un relámpago en la oscuridad, que nos despierte y la verdadera

humanidad brote con esa empecinada y fuerte resistencia de lo auténtico.

Hoy resuena en nuestros oídos la pregunta que el abogado le hace a Jesús en el Evangelio de Lucas «¿Y quién es mi prójimo?» ¿Quién es aquel al cual se debe amar como a sí mismo? Tal vez esperaba una respuesta cómoda para poder seguir con su vida “¿serán mis parientes? ¿Mis connacionales? ¿Aquellos de mi misma religión?...”. Tal vez quería llevar a Jesús a exceptuarnos de la obligación de amar a los

paganos o los extranjeros considerados impuros en aquel tiempo. Este hombre quiere una regla clara que le permita clasificar a los demás en "prójimo" y "no prójimo", en aquellos que pueden convertirse en prójimos y en aquellos que no pueden hacerse prójimos[2].

Jesús responde con una parábola que pone en escena a dos figuras de la élite de aquel entonces y a un tercer personaje, considerado extranjero, pagano e impuro: el samaritano. En el camino de



Jerusalén a Jericó el sacerdote y el levita se encuentran con un hombre moribundo, que los ladrones han asaltado, robado, apaleado y abandonado. La Ley del Señor en situaciones símiles preveía la obligación de socorrerlo, pero ambos pasan de largo sin detenerse. Tenían prisa. Pero el samaritano, aquel despreciado, aquel sobre quien nadie habría apostado nada, y que de todos modos también él tenía sus deberes y sus cosas por hacer, cuando vio al hombre herido, no pasó de largo como los otros dos, que

estaban relacionados con el Templo, sino «lo vio y se conmovió» (*Lc 10, 33*). El samaritano se comporta con verdadera misericordia: vendar las heridas de aquel hombre, lo lleva a un albergue, lo cuida personalmente, provee a su asistencia. Todo esto nos enseña que la compasión, el amor, no es un sentimiento vago, sino significa cuidar al otro hasta pagar personalmente. Significa comprometerse cumpliendo todos los pasos necesarios para “acercarse” al otro hasta

identificarse con él: «amaras a tu prójimo como a ti mismo». Este es el mandamiento del Señor[3].

Las heridas que provoca el sistema económico que tiene al centro al dios dinero y que en ocasiones actúa con la brutalidad de los ladrones de la parábola, han sido criminalmente desatendidas. En la sociedad globalizada, existe un estilo elegante de mirar para otro lado que se practica recurrentemente: bajo el ropaje de lo políticamente correcto o las modas

ideológicas, se mira al que sufre sin tocarlo, se lo televisa en directo, incluso se adopta un discurso en apariencia tolerante y repleto de eufemismos, pero no se hace nada sistemático para sanar las heridas sociales ni enfrentar las estructuras que dejan a tantos hermanos tirados en el camino. Esta actitud hipócrita, tan distinta a la del samaritano, manifiesta la ausencia de una verdadera conversión y un verdadero compromiso con la humanidad.

Se trata de una estafa moral

que, tarde o temprano, queda al descubierto, como un espejismo que se disipa. Los heridos están ahí, son una realidad. El desempleo es real, la violencia es real, la corrupción es real, la crisis de identidad es real, el vaciamiento de las democracias es real. La gangrena de un sistema no se puede maquillar eternamente porque tarde o temprano el hedor se siente y, cuando ya no puede negarse, surge del mismo poder que ha generado este estado de cosas la manipulación del miedo, la

inseguridad, la bronca, incluso la justa indignación de la gente, transfiriendo la responsabilidad de todos los males a un "no prójimo". No estoy hablando de personas en particular, estoy hablando de un proceso social que se desarrolla en muchas partes del mundo y entraña un grave peligro para la humanidad. Jesús nos enseña otro camino. No clasificar a los demás para ver quién es el prójimo y quién no lo es. Tú puedes hacerte prójimo de quien se encuentra en la necesidad, y lo serás si en

tu corazón tienes compasión, es decir, si tienes esa capacidad de sufrir con el otro. Tienes que hacerte samaritano. Y luego, también, ser como el hotelero al que el samaritano confía, al final de la parábola, a la persona que sufre. ¿Quién es este hotelero? Es la Iglesia, la comunidad cristiana, las personas solidarias, las organizaciones sociales, somos nosotros, son ustedes, a quienes el Señor Jesús, cada día, confía a quienes tienen aflicciones, en el cuerpo y en el espíritu, para que podamos

seguir derramando sobre ellos, sin medida, toda su misericordia y la salvación. En eso radica la auténtica humanidad que resiste la deshumanización que se nos ofrece bajo la forma de indiferencia, hipocresía o intolerancia.

Sé que ustedes han asumido el compromiso de luchar por la justicia social, defender la hermana madre tierra y acompañar a los migrantes. Quiero reafirmarlos en su opción y compartir dos reflexiones al respecto.



La crisis ecológica es real. “Hay un consenso científico muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático”[\[4\]](#). La ciencia no es la única forma de conocimiento, es cierto. La ciencia no es necesariamente “neutral”, también es cierto, muchas veces oculta posiciones ideológicas o intereses económicos. Pero también sabemos qué pasa cuando negamos la ciencia y desoímos la voz de la naturaleza. Me hago cargo de lo que nos toca a

los católicos. No caigamos en el negacionismo. El tiempo se agota. Actuemos. Les pido, nuevamente, a ustedes, a los pueblos originarios, a los pastores, a los gobernantes, que defendamos la Creación. La otra es una reflexión que ya la hice en nuestro último encuentro pero me parece importante repetir: ningún pueblo es criminal y ninguna religión es terrorista. No existe el terrorismo cristiano, no existe el terrorismo judío y no existe el terrorismo islámico. No existe. Ningún pueblo es

criminal o narcotraficante o violento. "Se acusa de la violencia a los pobres y a los pueblos pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión"[\[5\]](#). Hay personas fundamentalistas y violentas en todos los Pueblos y religiones que, además, se fortalecen con las generalizaciones intolerantes, se alimentan del odio y la xenofobia. Enfrentando el terror con amor

trabajamos por la paz.

Les pido firmeza y mansedumbre para defender estos principios; les pido no intercambiarlos como mercancía barata y, como San Francisco de Asís, demos todo de nosotros para que: "allí donde haya odio, que yo ponga el amor, allí donde haya ofensa, que yo ponga el perdón; allí donde haya discordia, que yo ponga la unión; allí donde haya error, que yo ponga la verdad"[\[6\]](#).

Sepan que rezo por ustedes, que rezo con ustedes y quiero

pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los proteja. Les pido por favor que recen por mí y sigan adelante.

*Ciudad del Vaticano, 10 de febrero de 2017.*

**Francisco**

[1] Papa Francisco, Evangelii Gaudium, 52

[2] Papa Francisco, Audiencia general del miércoles 27 de abril de 2016.

[3] Ibid.

[4] Papa Francisco, *Laudato si'*,  
23

[5] Papa Francisco, *Evangelii  
Gaudium*, 52

[6] Oración de San Francisco  
de Asís (Fragmento)

11 de febrero de 2017.

Mensaje para la XXV jornada mundial del enfermo 2017.

**El asombro ante las obras que Dios realiza:  
«El Poderoso ha hecho obras grandes por mí...» (Lc 1,49)**

*Queridos hermanos y hermanas:*

El próximo 11 de febrero se celebrará en toda la Iglesia y, especialmente, en Lourdes, la XXV Jornada Mundial del Enfermo, con el tema: *El*

*asombro ante las obras que Dios realiza: «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí...» (Lc 1,49).* Esta

Jornada, instituida por mi predecesor san Juan Pablo II, en 1992, y celebrada por primera vez precisamente en Lourdes el 11 de febrero de 1993, constituye una ocasión para prestar especial atención a la situación de los enfermos y de todos los que sufren en general; y, al mismo tiempo, es una llamada dirigida a los que se entregan en su favor, comenzando por sus familiares,



los agentes sanitarios y voluntarios, para que den gracias por la vocación que el Señor les ha dado de acompañar a los hermanos enfermos. Además, esta celebración renueva en la Iglesia la fuerza espiritual para realizar de la mejor manera posible esa parte esencial de su misión que incluye el servicio a los últimos, a los enfermos, a los que sufren, a los excluidos y marginados (cf. Juan Pablo II, *Motu proprio Dolentium hominum*, 11 febrero 1985, 1). Los encuentros de oración, las

liturgias eucarísticas y la unción de los enfermos, la convivencia con los enfermos y las reflexiones sobre temas de bioética y teológico-pastorales que se celebrarán en aquellos días en Lourdes, darán una aportación nueva e importante a ese servicio.

Situándome ya desde ahora espiritualmente junto a la Gruta de Massabielle, ante la imagen de la Virgen Inmaculada, en la que *el Poderoso ha hecho obras grandes* para la redención de la humanidad, deseo expresar mi

cercanía a todos vosotros, hermanos y hermanas, que vivís la experiencia del sufrimiento, y a vuestras familias; así como mi agradecimiento a todos los que, según sus distintas ocupaciones y en todos los centros de salud repartidos por todo el mundo, trabajan con competencia, responsabilidad y dedicación para vuestro alivio, vuestra salud y vuestro bienestar diario. Me gustaría animar a todos los enfermos, a las personas que sufren, a los médicos, enfermeras, familiares

y a los voluntarios a que vean en María, *Salud de los enfermos*, a aquella que es para todos los seres humanos garante de la ternura del amor de Dios y modelo de abandono a su voluntad; y a que siempre encuentren en la fe, alimentada por la Palabra y los Sacramentos, la fuerza para amar a Dios y a los hermanos en la experiencia también de la enfermedad.

Como santa Bernadette estamos bajo la mirada de María. La humilde muchacha de Lourdes cuenta que la Virgen, a

la que llamaba «la hermosa Señora», la miraba como se mira a una persona. Estas sencillas palabras describen la plenitud de una relación. Bernadette, pobre, analfabeta y enferma, se siente mirada por María como persona. La hermosa Señora le habla con gran respeto, sin lástima. Esto nos recuerda que cada paciente es y será siempre un ser humano, y debe ser tratado en consecuencia. Los enfermos, como las personas que tienen una discapacidad incluso muy grave, tienen una dignidad

inalienable y una misión en la vida y nunca se convierten en simples objetos, aunque a veces puedan parecer meramente pasivos, pero en realidad nunca es así.

Bernadette, después de haber estado en la Gruta y gracias a la oración, transforma su fragilidad en apoyo para los demás, gracias al amor se hace capaz de enriquecer a su prójimo y, sobre todo, de ofrecer su vida por la salvación de la humanidad. El hecho de que la hermosa Señora le pida que rece por los pecadores, nos

recuerda que los enfermos, los que sufren, no sólo llevan consigo el deseo de curarse, sino también el de vivir la propia vida de modo cristiano, llegando a darla como verdaderos discípulos misioneros de Cristo. A Bernadette, María le dio la vocación de servir a los enfermos y la llamó para que se hiciera Hermana de la Caridad, una misión que ella cumplió de una manera tan alta que se convirtió en un modelo para todos los agentes sanitarios. Pidamos pues a la

Inmaculada Concepción la gracia de saber siempre ver al enfermo como a una persona que, ciertamente, necesita ayuda, a veces incluso para las cosas más básicas, pero que también lleva consigo un don que compartir con los demás. La mirada de *María, Consoladora de los afligidos*, ilumina el rostro de la Iglesia en su compromiso diario en favor de los necesitados y los que sufren. Los frutos maravillosos de esta solicitud de la Iglesia hacia el mundo del sufrimiento y la enfermedad



son motivo de agradecimiento al Señor Jesús, que se hizo solidario con nosotros, en obediencia a la voluntad del Padre y hasta la muerte en la cruz, para que la humanidad fuera redimida. La solidaridad de Cristo, Hijo de Dios nacido de María, es la expresión de la omnipotencia misericordiosa de Dios que se manifiesta en nuestras vidas —especialmente cuando es frágil, herida, humillada, marginada, sufriente—, infundiendo en ella la fuerza de la esperanza que nos ayuda a levantarnos y nos

sostiene.

Tanta riqueza de humanidad y de fe no debe perderse, sino que nos ha de ayudar a hacer frente a nuestras debilidades humanas y, al mismo tiempo, a los retos actuales en el ámbito sanitario y tecnológico. En la Jornada Mundial del Enfermo podemos encontrar una nueva motivación para colaborar en la difusión de una cultura respetuosa de la vida, la salud y el medio ambiente; un nuevo impulso para luchar en favor del respeto de la integridad y dignidad de las personas,

incluso a través de un enfoque correcto de las cuestiones de bioética, la protección de los más débiles y el cuidado del medio ambiente.

Con motivo de la XXV Jornada Mundial del Enfermo, renuevo, con mi oración y mi aliento, mi cercanía a los médicos, a los enfermeros, a los voluntarios y a todos los consagrados y consagradas que se dedican a servir a los enfermos y necesitados; a las instituciones eclesiales y civiles que trabajan en este ámbito; y a las familias que cuidan con amor a sus

familiares enfermos. Deseo que todos sean siempre signos gozosos de la presencia y el amor de Dios, imitando el testimonio resplandeciente de tantos amigos y amigas de Dios, entre los que menciono a san Juan de Dios y a san Camilo de Lelis, patronos de los hospitales y de los agentes sanitarios, y a la santa Madre Teresa de Calcuta, misionera de la ternura de Dios.

Hermanos y hermanas, enfermos, agentes sanitarios y voluntarios, elevemos juntos nuestra oración a María, para

que su materna intercesión  
sostenga y acompañe nuestra  
fe y nos obtenga de Cristo su  
Hijo la esperanza en el camino  
de la curación y de la salud, el  
sentido de la fraternidad y de la  
responsabilidad, el compromiso  
con el desarrollo humano  
integral y la alegría de la  
gratitud cada vez que nos  
sorprenda con su fidelidad y su  
misericordia.

María, Madre nuestra,  
que en Cristo nos acoges como  
hijos,  
fortalece en nuestros corazones  
la espera confiada,

auxílianos en nuestras  
enfermedades y sufrimientos,  
guíanos hasta Cristo, hijo tuyo  
y hermano nuestro,  
y ayúdanos a encomendarnos  
al Padre que realiza obras  
grandes.

Os aseguro mi constante  
recuerdo en la oración y os  
imparto de corazón la  
Bendición Apostólica.

*8 de diciembre de 2016, Fiesta  
de la Inmaculada Concepción.*

**Francisco**

12 de febrero de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*iQueridos hermanos y hermanas, buenos días!*

La liturgia de hoy nos presenta otra página del Discurso de la montaña, que encontramos en el Evangelio de Mateo (cf. *Mt* 5, 17-37). En este pasaje, Jesús quiere ayudar a quienes le escuchan para realizar una relectura de la ley mosaica. Lo que fue dicho en la antigua alianza era verdadero, pero no

era todo: Jesús vino para dar cumplimiento y para promulgar de manera definitiva la ley de Dios, hasta la última iota (cf. *Mt* 5, 18). Él manifiesta las finalidades originarias y cumple los aspectos auténticos, y hace todo esto mediante su predicación y más aún al ofrecerse a sí mismo en la cruz. Así Jesús enseña cómo hacer plenamente la voluntad de Dios y usa esta palabra: con una "justicia superior" respecto a la de los escribas y fariseos (cf. *Mt* 5, 20). Una justicia animada por el amor, por la caridad, por



la misericordia, y por lo tanto capaz de realizar la sustancia de los mandamientos, evitando el riesgo del formalismo. El formalismo: esto puedo, esto no puedo; hasta aquí puedo, hasta aquí no puedo... No: más, más. En particular, en el Evangelio de hoy Jesús examina tres aspectos, tres mandamientos: el homicidio, el adulterio y el juramento. Respecto al mandamiento "no matarás", Él afirma que es violado no solo por el homicidio efectivo, sino también por esos comportamientos que ofenden

la dignidad de la persona humana, comprendidas las palabras injuriosas (cf *Mt* 5, 22). Claro, estas palabras injuriosas no tienen la misma gravedad y culpabilidad del asesinato, pero se ponen en la misma línea, porque se dan las premisas y revelan la misma malevolencia. Jesús nos invita a no establecer una clasificación de las ofensas, sino a considerarlas todas dañinas, en cuanto son movidas por el intento de hacer el mal al próximo. Y Jesús pone el ejemplo. Insultar: nosotros

estamos acostumbrados a insultar, es como decir "buenos días". Y eso está en la misma línea del asesinato. Quien insulta al hermano, mata en su propio corazón a su hermano. Por favor, no insultéis! No ganamos nada...

Otro cumplimiento es aportado a la ley matrimonial. El adulterio era considerado una violación del derecho de propiedad del hombre sobre la mujer. Jesús en cambio va a la raíz del mal. Así como se llega al homicidio a través de las injurias, las ofensas y los

insultos, se llega al adulterio a través de las intenciones de posesión respecto a una mujer diversa de la propia mujer. El adulterio, como el hurto, la corrupción y todos los otros pecados, primero son concebidos en nuestra intimidad y, una vez cumplida en el corazón la elección equivocada, se ponen en práctica a través de un comportamiento concreto. Y Jesús dice: quien mira a una mujer que no es la propia con ánimo de posesión es un adúltero en su corazón, ha

iniciado el camino hacia el adulterio. Pensemos un poco sobre esto: sobre los malos pensamientos que vienen en esta línea.

Jesús dice además a sus discípulos que no juren, en cuanto el juramento es señal de la inseguridad y de la doblez con la cual se desarrollan las relaciones humanas. Se instrumentaliza la autoridad de Dios para dar garantía a nuestras actividades humanas. Más bien estamos llamados a instaurar entre nosotros, en nuestras familias y en nuestras

comunidades un clima de limpieza y de confianza recíproca, de manera que podemos ser considerados sinceros sin recurrir a intervenciones superiores para ser creídos. ¡La desconfianza y las sospechas recíprocas amenazan siempre la serenidad!

Que la Virgen María, que dona la escucha dócil y la obediencia alegre, nos ayude a acercarnos siempre más al Evangelio, para ser cristianos no "de fachada", isino de sustancia! Y esto es posible con la gracia del

Espíritu Santo, que nos permite hacer todo con amor, y así cumplir plenamente la voluntad de Dios.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas,*

Os saludo a vosotros peregrinos presentes, familias, grupos de parroquias, asociaciones.

En especial, saludo a los alumnos del Instituto "Carolina Coronado" de Almendralejo y a los fieles de Tarragona, en España; como además a los grupos de Caltanissetta,

Valgoglio, Ancona, Pesaro, Turín y Pisa, y a la comunidad neocatecumenal san Francisco di Paola de Turín.

A todos os deseo un buen domingo. Y no os olvidéis: no insultéis; no miréis con ojos malvados, con ojos de poseer a la mujer del prójimo; no juréis. Tres cosas que Jesús dice. ¡Es muy fácil! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!



15 de febrero de 2017.

Audiencia general. La  
esperanza no decepciona.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Desde que somos pequeños nos enseñan que presumir no es algo bonito. En mi tierra, a los que presumen les llamamos "pavos". Y es justo, porque presumir de lo que se es o de lo que se tiene, además de una cierta soberbia, refleja también una falta de respeto hacia los

otros, especialmente hacia aquellos que son más desafortunados que nosotros. En este pasaje de la Carta a los Romanos, sin embargo, la apóstol Pablo nos sorprende, en cuanto que exhorta en dos ocasiones a presumir.

¿Entonces de qué es justo presumir? Porque si él exhorta a presumir, de algo es justo presumir. Y ¿cómo es posible hacer esto, sin ofender a los otros, sin excluir a nadie?

En el primer caso, somos invitados a presumir de la abundancia de la gracia de la

que estamos impregnados en Jesucristo, por medio de la fe. Pablo quiere hacernos entender que, si aprendemos a leer cada cosa con la luz del Espíritu Santo, inos damos cuenta de que todo es gracia! ¡Todo es don! Si estamos atentos, de hecho, actuando —en la historia, como en nuestra vida — no estamos solo nosotros, sino que sobre todo está Dios. Es Él el protagonista absoluto, que crea cada cosa como un don de amor, que teje la trama de su diseño de salvación y que lo lleva a cumplimiento por

nosotros, mediante su Hijo Jesús. A nosotros se nos pide reconocer todo esto, acogerlo con gratitud y convertirlo en motivo de alabanza, de bendición y de gran alegría. Si hacemos esto, estamos en paz con Dios y hacemos experiencia de la libertad. Y esta paz se extiende después a todos los ambientes y a todas las relaciones de nuestra vida: estamos en paz con nosotros mismos, estamos en paz en familia, en nuestra comunidad, al trabajo y con las personas que encontramos cada día en

nuestro camino.

Pablo exhorta a presumir también en las tribulaciones. Esto no es fácil de entender. Esto nos resulta más difícil y puede parecer que no tenga nada que ver con la condición de paz apenas descrita. Sin embargo construye el presupuesto más auténtico, más verdadero. De hecho, la paz que nos ofrece y nos garantiza el Señor no va entendida como la ausencia de preocupaciones, de desilusiones, de necesidades, de motivos de sufrimiento. Si

fuera así, en el caso en el que conseguimos estar en paz, ese momento terminaría pronto y caeríamos inevitablemente en el desconsuelo. La paz que surge de la fe es sin embargo un don: es la gracia de experimentar que Dios nos ama y que está siempre a nuestro lado, no nos deja solo ni siquiera un momento de nuestra vida. Y esto, como afirma el apóstol, genera la paciencia, porque sabemos que, también en los momentos más duros e impactantes, la misericordia y la bondad del

Señor son más grandes que cualquier cosa y nada nos separará de sus manos y de la comunión con Él.

Por esto la esperanza cristiana es sólida, es por esto que no decepciona. Nunca, decepciona. ¡La esperanza no decepciona!

No está fundada sobre eso que nosotros podemos hacer o ser, y tampoco sobre lo que nosotros podemos creer. Su fundamento, es decir el fundamento de la esperanza cristiana, es de lo que más fiel y seguro pueda estar, es decir el amor que Dios mismo siente

por cada uno de nosotros. Es fácil decir: Dios nos ama. Todos lo decimos. Pero pensad un poco: cada uno de nosotros es capaz de decir, ¿estoy seguro de que Dios me ama? No es tan fácil decirlo. Pero es verdad. Es un buen ejercicio este, decirse a sí mismo: Dios me ama Esta es la raíz de nuestra seguridad, la raíz de la esperanza. Y el Señor ha derramado abundantemente en nuestros corazones al Espíritu – que es el amor de Dios- como artífice, como garante, precisamente para que pueda alimentar



dentro de nosotros la fe y mantener viva esta esperanza. Y esta seguridad: Dios me ama. "¿Pero en este momento feo?" - Dios me ama. "¿Y a mío que he hecho esta cosa fea y mala?" - Dios me ama. Esa seguridad no nos la quita nadie. Y debemos repetirlo como oración: Dios me ama . Estoy seguro de que Dios me ama. Estoy segura de que Dios me ama. Ahora comprendemos por qué el apóstol Pablo nos exhorta a presumir siempre de todo esto. Yo presumo del amor de Dios, porque me ama. La esperanza

que se nos ha donado no nos separa de los otros, ni tampoco nos lleva a desacreditarlos o marginarlos. Se trata más bien de un don extraordinario del cual estamos llamados a hacernos "canales", con humildad y sencillez, para todos. Y entonces nuestro presumir más grande será el de tener como Padre un Dios que no hace preferencias, que no excluye a nadie, pero que abre su casa a todos los seres humanos, empezando por los últimos y los alejados, porque como sus hijos aprendemos a

consolarnos y a apoyarnos los unos a los otros. Y no os olvidéis: la esperanza no decepciona.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. En particular a los formadores y alumnos del Seminario Diocesano de Orihuela-Alicante, Monseñor Murguítien tiene un buen seminario. Pidamos a María, Madre de misericordia, que interceda por nosotros para que nos ayudemos mutuamente con el

testimonio de nuestra fe y perseverancia, y así crezca nuestra esperanza. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

15 de febrero de 2017.

Discurso a los participantes en el III foro de los pueblos indígenas convocado por el fondo internacional de desarrollo agrícola (FIDA)

Miércoles.

*Estimados amigos,*  
tengo el placer de encontrarme con ustedes al terminar los trabajos del III Foro de los pueblos indígenas convocado por el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), que celebra este año el 40

aniversario de su fundación. Se han detenido a considerar de qué manera se puede favorecer una mayor responsabilidad de los pueblos autóctonos en la economía. Creo que el problema principal está en cómo conciliar el derecho al desarrollo incluyendo también el derecho de tipo social y cultural, con la protección de las características propias de los indígenas y de sus territorios. Esto se hace más evidente sobre todo cuando se trata de estructurar unas actividades económicas que

pueden interferir con las culturas indígenas y su relación ancestral con la tierra. En este sentido, siempre debe prevalecer el derecho al consentimiento previo e informado, según exige el artículo 32 de la Declaración sobre los derechos de los pueblos indígenas. Solo así se puede garantizar una cooperación pacífica entre las autoridades gubernamentales y los pueblos indígenas que supere contradicciones y conflictos.

Un segundo aspecto se refiere

a la elaboración de directrices y proyectos que tengan en cuenta la identidad indígena, que presten una atención especial hacia los jóvenes y las mujeres. Inclusión y no consideración solamente. Esto implica que los gobiernos reconozcan que las comunidades indígenas son una parte de la población que debe ser valorada y consultada, y que se ha de fomentar su plena participación a nivel local y nacional. No se puede permitir una marginación o una calificación de clases, primera



clase, segunda clase...

Integración con plena participación.

A esta necesaria hoja de ruta puede ayudar de manera especial el FIDA con su financiación y competencia, reconociendo que «un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso» (Enc. *Laudato si'*, 194).

Y ustedes, en sus tradiciones, en su cultura –porque lo que ustedes llevan en la historia es

cultura– viven el progreso con un cuidado especial a la madre tierra. En este momento, donde la humanidad está pecando gravemente al no cuidar a la tierra, yo los exhorto a que sigan dando testimonio de esto y no permitan que nuevas tecnologías, que son lícitas y son buenas, pero no permitan aquellas que destruyen la tierra, que destruyen la ecología, el equilibrio ecológico y que terminan destruyendo la sabiduría de los pueblos. Les doy las gracias por vuestra presencia aquí, y pido al

Todopoderoso que bendiga vuestras comunidades e ilumine el trabajo de los que tienen la responsabilidad de la gestión del FIDA. Muchas gracias.

18 de febrero de 2017.

Discurso a los participantes en el capítulo general de la congregación de los Clérigos Marianos.

Sábado.

*Queridos hermanos:*

Me complace encontraros con ocasión de vuestro Capítulo General y os saludo cordialmente, empezando por el Superior General, al cual agradezco sus palabras. En vosotros saludo a la entera congregación, ocupada en

servir a Cristo y a la Iglesia en veinte países del mundo.

He tenido conocimiento de que uno de los objetivos principales de vuestro Capítulo General es la reflexión sobre las leyes y los ordenamientos característicos de vuestra congregación. Se trata de una obra importante.

Efectivamente, «hoy vuelve impelente para cada Instituto la necesidad de una renovada referencia a la Regla, porque en ella y en las Constituciones está contenido un itinerario de seguimiento, caracterizado por

un específico carisma reconocido por la Iglesia» (Exort. ap. postsin. Vita consecrata, 37). Por lo tanto os exhorto a hacer esta reflexión con fidelidad al carisma del fundador y al patrimonio espiritual de vuestra congregación y, al mismo tiempo, con el corazón y la mente abiertos a las nuevas necesidades de la gente. Es verdad, tenemos que seguir adelante con las nuevas necesidades, los nuevos retos, pero recordad: no se puede ir adelante sin memoria. Es una

tensión, continuamente. Si quiero seguir adelante sin la memoria del pasado, de la historia de los fundadores, de los grandes, incluso de los pecados de la congregación, no podré seguir adelante. Esta es una regla: la memoria, esta dimensión "deuteronomica", propia de la vida y que se debe usar cuando hay que actualizar una congregación religiosa, las constituciones, siempre.

Que el ejemplo de vuestro fundador, san Estanislao de Jesús y María, canonizado el año pasado, sea luz y guía de

vuestro camino. Él había comprendido plenamente el sentido del ser discípulo en Cristo cuando rezaba con estas palabras: «Señor Jesús, si por amor me unirás a ti, ¿quién podrá arrancarme de ti? Si me unirás a ti en la misericordia, ¿quién me separará de ti? Que mi alma se adhiera a ti, Tu clementísima destra me acoja. Adhiera a su Cabeza también el más indigno miembro, y esta pequeña partícula sufra con todo el Santo cuerpo sufriente» (*Christus Patiens*, III, 1). Desde esta perspectiva, vuestro



servicio de la Palabra es testimonio del Cristo resucitado, que habéis encontrado en vuestro camino y que con vuestro estilo de vida estáis llamados a llevar donde quiera que os envíe la Iglesia. El testimonio cristiano también requiere el compromiso con y por los pobres, un compromiso que caracteriza a vuestro Instituto desde sus orígenes. Os animo a mantener viva esta tradición de servicio a la gente pobre y humilde, a través del anuncio del Evangelio con un lenguaje que comprendan, con

las obras de misericordia y el sufragio por los difuntos. Esa cercanía a la gente como nosotros, sencilla. A mí me gusta el pasaje de Pablo a Timoteo (cf 2 *Tm* 1, 5): custodia tu fe, la que has recibido de tu madre, de tu abuela...; de la sencillez de la madre, de la abuela. Este es el fundamento. Nosotros no somos príncipes, hijos de príncipes o de condes o de barones, somos gente sencilla, del pueblo. Y por eso nos acercamos con esta simplicidad a los simples y a los que sufren

más: los enfermos, los niños, los ancianos abandonados, los pobres,... todos. Y esta pobreza está en el centro del Evangelio: es la pobreza de Jesús, no la pobreza sociológica, la de Jesús.

Otra significativa herencia espiritual de vuestra familia religiosa es la que os ha dejado vuestro hermano el beato Jorge Matulaitis: la total dedicación a la Iglesia y al hombre para «ir valientemente a trabajar y luchar por la Iglesia, especialmente donde hay más necesidad» (*Journal*, p. 45).

Que su intercesión os ayude a cultivar en vosotros esa actitud, que en las últimas décadas ha inspirado vuestras iniciativas dirigidas a difundir el carisma del Instituto en los países pobres, especialmente en África y Asia.

El gran desafío de la inculturación os pide hoy que anunciéis la Buena Nueva con lenguajes y modos comprensibles para los hombres de nuestro tiempo, involucrados en procesos de rápida transformación social y cultural. Vuestra congregación

presume de una larga historia, escrita por valientes testigos de Cristo y del Evangelio. En esta línea, hoy estáis llamados a caminar con renovado celo para impulsaros, con libertad profética y sabio discernimiento, —ilos dos a la vez!— por caminos apostólicos y fronteras misioneras cultivando una estrecha colaboración con los obispos y los demás componentes de la comunidad eclesial. Los horizontes de la evangelización y la urgente necesidad de testimoniar el mensaje

evangélico a todos, sin distinciones, constituyen el vasto campo de vuestro apostolado. Muchos esperan todavía conocer a Jesús, único Redentor del hombre, y no pocas situaciones de injusticia y malestar moral y material interpelan a los creyentes. Una misión tan urgente requiere una conversión personal y comunitaria. Sólo los corazones plenamente abiertos a la acción de la gracia son capaces de interpretar los signos de los tiempos y de recibir el llamamiento de la humanidad

necesitada de esperanza y paz. Queridos hermanos, siguiendo el ejemplo de vuestro fundador sed valientes en el servicio de Cristo y de la Iglesia, como respuesta a los nuevos desafíos y nuevas misiones, aunque humanamente puedan parecer arriesgadas. Efectivamente en el "código genético" de vuestra comunidad se encuentra lo que el mismo san Estanislao afirmaba a partir de su experiencia: «A pesar de las innumerables dificultades, la bondad y la sabiduría divina inician y hacen lo que quieren,

incluso cuando los medios, según el juicio humano, son inadecuados. Para el Omnipotente, efectivamente, nada es imposible. De manera muy clara se ha demostrado en mi persona» (*Fundatio Domus Recollectionis*, 1). «Y esta actitud —que viene de la pequeñez de los medios, también de nuestra pequeñez, también de nuestra indignidad, porque somos pecadores, viene de ahí, pero tenemos un horizonte grande— [esta actitud] es precisamente el acto de fe en la potencia del Señor:



el Señor puede, el Señor es capaz. Y nuestra pequeñez es la semilla, la pequeña semilla, que después germina, crece, el Señor la riega y sale adelante. Pero el sentido de pequeñez es precisamente el primer paso de confianza en la potencia de Dios. Id, seguid adelante por este camino.

A vuestra Madre y Patrona, María Inmaculada, encomiendo vuestro camino de fe y de crecimiento, en unión constante con Cristo y con su Santo Espíritu, que os hace testigos de la potencia de la

resurrección. A vosotros los  
aquí presentes, a toda la  
congregación y a vuestros  
colaboradores laicos imparto de  
corazón la Bendición  
Apostólica.

19 de febrero de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En el Evangelio de este domingo (*Mt 5, 38-48*) —una de esas páginas que mejor expresan la “revolución” cristiana— Jesús muestra el camino de la verdadera justicia mediante la ley del amor que supera la de la venganza, es decir «ojo por ojo y diente por diente». Esta antigua regla

imponía infligir a los trasgresores penas equivalentes a los daños causados: la muerte a quien había matado, la amputación a quien había herido a alguien, y así. Jesús no pide a sus discípulos sufrir el mal, es más, pide reaccionar, pero no con otro mal, sino con el bien. Solo así se rompe la cadena del mal: un mal lleva a otro mal, otro lleva a otro mal... Se rompe esta cadena de mal, y cambian realmente las cosas. De hecho el mal es un "vacío", un vacío de bien, y un vacío no se puede

llenar con otro vacío, sino solo con un "lleno", es decir con el bien. La represalia no lleva nunca a la resolución de conflictos. "Tú me lo has hecho, yo te lo haré": esto nunca resuelve un conflicto, y tampoco es cristiano.

Para Jesús el rechazo de la violencia puede conllevar también la renuncia a un derecho legítimo; y da algunos ejemplos: poner la otra mejilla, ceder el propio vestido y el propio dinero, aceptar otros sacrificios (cf *Mt* 5, 39-42). Pero esta renuncia no quiere

decir que las exigencias de la justicia sean ignoradas o contradichas; no, al contrario, el amor cristiano, que se manifiesta de forma especial en la misericordia, representa una realización superior de la justicia. Eso que Jesús nos quiere enseñar es la distinción que tenemos que hacer entre la justicia y la venganza. Distinguir entre justicia y venganza. La venganza nunca es justa. Se nos consiente pedir justicia; es nuestro deber practicar la justicia. Sin embargo se nos prohíbe

vengarnos o fomentar de alguna manera la venganza, en cuanto expresión del odio y de la violencia. Jesús no quiere proponer una nueva ley civil, sino más bien el mandamiento del amor del prójimo, que implica también el amor por los enemigos: «Amad a vuestro enemigo y rogad por los que os persiguen» (*Mt 5, 44*). Y esto no es fácil. Esta palabra no debe ser entendida como aprobación del mal realizado por el enemigo, sino como invitación a una perspectiva superior, a una perspectiva

magnánima, parecida a la del Padre celeste, el cual —dice Jesús— «que hace surgir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (*Mt 5, 45*). También el enemigo, de hecho, es una persona humana, creada como tal a imagen de Dios, si bien en el presente esta imagen se ve ofuscada por una conducta indigna.

Cuando hablamos de “enemigos” no tenemos que pensar en quién sabe qué personas diferentes y alejadas de nosotros; hablamos también



de nosotros mismos, que podemos entrar en conflicto con nuestro prójimo, a veces con nuestros familiares.

¡Cuántas enemistadas en las familias, cuántas! Pensemos esto. Enemigos son también aquellos que hablan mal de nosotros, que nos calumnian y nos tratan injustamente. Y no es fácil digerir esto. A todos ellos estamos llamados a responder con el bien, que también tiene sus estrategias, inspiradas en el amor.

La Virgen María nos ayude a seguir a Jesús en este camino

exigente, que realmente exalta la dignidad humana y nos hace vivir como hijos de nuestro Padre que está en los cielos. Nos ayude a practicar la paciencia, el diálogo, el perdón, y a ser así artesanos de comunión, artesanos de fraternidad en nuestra vida diaria, sobre todo en nuestra familia.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas,*

Lamentablemente continúan llegando noticias de

enfrentamientos violentos y brutales en la región del Kasai Central de la República Democrática del Congo. Siento con fuerza el dolor por las víctimas, especialmente por muchos niños sacados de las familias y la escuela para ser usados como soldados. Esta es una tragedia, los niños soldado. Aseguro mi cercanía y mi oración, también al personal religioso y humanitario que trabaja en esa difícil región; y renuevo un sentido llamamiento a la conciencia y a la responsabilidad de las

autoridades nacionales y de la Comunidad internacional, para que se tomen decisiones adecuadas y tempestivas para ayudar a estos hermanos y hermanas nuestros. Recemos por ellos y por todas las poblaciones que también en otras partes del continente africano y del mundo sufren por causa de la violencia y de la guerra. Pienso, en particular, en las queridas poblaciones de Pakistán e Irak, golpeadas por crueles actos terroristas en los días pasados. Recemos por las víctimas, por los heridos y los

familiares. Recemos ardientemente para que cada corazón endurecido por el odio se convierta a la paz, según la voluntad de Dios.

Recemos un momento en silencio. [Ave María]

Os saludo a todos vosotros, familias, asociaciones, grupos parroquiales y peregrinos procedentes de Italia y de varias partes del mundo.

A todos os deseo un buen domingo, ¡un día bonito!

[señala el cielo azul]. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

19 de febrero de 2017. Homilía en la visita a la parroquia de Santa María Josefa del Corazón de Jesús, en Castelverde.

Domingo.

Hoy hay un mensaje que diría único en las Lecturas. En la primera lectura está la Palabra del Señor que nos dice: «Sed santos, porque yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo» (*Lev 19,2*). Dios Padre nos dice esto. Y el Evangelio termina con esa Palabra de Jesús: «Vosotros, pues, sed perfectos

como es perfecto vuestro Padre celestial» (*Mateo 5, 48*). Lo mismo. Este es el programa de vida. Sed santos, porque Él es santo; sed perfectos, porque Él es perfecto.

Y vosotros podéis preguntarme: "Pero, padre, ¿cómo es el camino a la santidad, cuál es el camino para ser santos?". Jesús lo explica bien en el Evangelio: lo explica con cosas concretas. Antes que nada: «Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pues yo os digo: no resistáis al mal» (*Mt 5, 38 – 39*), es decir nada de



venganza. Si yo tengo en el corazón el rencor por algo que alguien me ha hecho y quiero vengarme, esto me aleja del camino hacia la santidad. Nada de venganza. “¡Me la has hecho: me la pagarás!”. ¿Esto es cristiano? No. “Me la pagarás” no entra en el lenguaje de un cristiano. Nada de venganza. Nada de rencor. “¡Pero ese me hace la vida imposible!...”. “¡Esa vecina de allí habla mal de mí todos los días! También yo hablaré mal de ella...”. No. ¿Qué dice el Señor? “Reza por ella” —“¿Pero

por esa debo rezar yo?" —"Sí, reza por ella". Es el camino del perdón, del olvidar las ofensas. ¿Te dan una bofetada en la mejilla derecha? Ponle también la otra. Al mal se vence con el bien, el pecado se vence con esta generosidad, con esta fuerza. El rencor es feo. Todos sabemos que no es algo pequeño. Las grandes guerras, nosotros vemos en los telediarios, en los periódicos, esta masacre de gente, de niños... ¡cuánto odio!, pero es el mismo odio —¡es lo mismo!— que tú tienes en tu corazón por

ese, por esa o por aquel pariente tuyo o por tu suegra o por ese otro, lo mismo. Esto es más grande, pero es lo mismo. El rencor, las ganas de vengarme: "¡Me la pagarás!", esto no es cristiano. "Sed santos como Dios es santo", "sed perfecto como perfecto es vuestro Padre", «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5, 45). Es bueno. Dios da sus bienes a todos. "Pero si ese habla mal de mí, si ese me la ha liado gorda, si ese me ha ....". Perdonar.

En mi corazón. Este es el camino de la santidad; y esto aleja de las guerras. Si todos los hombres y las mujeres del mundo aprendieran esto, no habría guerras, no habría. La guerra empieza aquí, en la amargura, en el rencor, en las ganas de venganza, de hacerla pagar. Pero eso destruye familias, destruye amistades, destruye barrios, destruye mucho, mucho. "¿Y qué debe hacer, padre, cuanto siento esto?". Lo dice Jesús, no lo digo yo: «Amad a vuestros enemigos» (Mt 5, 44). "¿Yo

tengo que amar a ese?" —Sí  
—"No puedo" —Reza para que  
puedas—. «Amad a vuestros  
enemigos y rezad por los que  
os persiguen» (*Mt 5, 44*).

"¿Rezar por los que me han  
hecho mal?" —Sí, para que  
cambie de vida, para que el  
Señor lo perdone. Esta es la  
magnanimidad de Dios, el Dios  
magnánimo, el Dios del corazón  
grande, que todo perdona, que  
es misericordioso. "Es verdad,  
padre, Dios es misericordioso".  
¿Y tú? ¿Eres misericordioso,  
eres misericordiosa, con las  
personas que te han hecho

mal? ¿O que no te quieren? Si Él es misericordioso, si Él es santo, si Él es perfecto, nosotros debemos ser misericordiosos, santos y perfectos como Él. Esta es la santidad. Un hombre y una mujer que hacen esto, merecen ser canonizados: se hacen santos. Así de simple es la vida cristiana. Yo os sugiero comenzar por lo poco. Todos tenemos enemigos; todos sabemos que ese o esa habla mal de mí, todos lo sabemos. Y todos sabemos que ese o esa me odia. Todos sabemos. Y

comenzamos por lo poco. "Pero yo sé que ese me ha calumniado, ha dicho cosas feas de mí". Os sugiero: tómate un minuto, dirígete a Dios Padre: "Ese o esa es tu hijo, es tu hija: cambia su corazón. Bendícelo, bendícela". Esto se llama rezar por los que no nos quieren, por los enemigos. Se puede hacer con sencillez. Quizá el rencor permanece; quizá el rencor permanece en nosotros, pero nosotros estamos haciendo el esfuerzo de ir en el camino de este Dios que es así de bueno,

misericordioso, santo y perfecto que hace salir su sol sobre malos y buenos: es para todos, es bueno para todos. Debemos ser buenos con todos. Y rezar por los que no son buenos, por todos.

¿Nosotros rezamos por esos que matan a los niños en la guerra? Es difícil, está muy lejos, pero tenemos que aprender a hacerlo. Para que se conviertan. ¿Nosotros rezamos por esas personas que están más cerca de nosotros y nos odian o nos hacen mal? ¡Eh, padre, es difícil! ¡Yo tendría



ganas de apretarles el cuello!”  
— Reza. Reza para que el Señor cambie sus vidas. La oración es un antídoto contra el odio, contra las guerras, estas guerras que comienzan en casa, que empiezan en el barrio, que empiezan en las familias... Pensad solamente en las guerras en las familias por la herencia: cuántas familias se destruyen, se odian por la herencia. Rezar para que haya paz. Y si yo sé que alguien no me quiere bien, no me quiere, debo rezar especialmente por él. La oración es poderosa, la

oración vence al mal, la oración lleva la paz.

El Evangelio, la Palabra de Dios hoy es sencilla. Este consejo: «Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo». Y después: «sed perfectos como perfecto es vuestro Padre». Y por eso, pedir la gracia de no permanecer en el rencor, la gracia de rezar por los enemigos, de rezar por la gente que no nos quiere, la gracia de la paz.

Os pido, por favor, haced esta experiencia: todos los días una oración. "Ah, este no me

quiere, pero, Señor, te pido...".  
Uno al día. Así se vence, así  
iremos en este camino de la  
santidad y de la perfección.  
Así sea.

22 de febrero de 2017.

Audiencia general. La creación entera espera de la manifestación de Dios.

Miércoles.

*Queridos hermanos:*

A menudo nos tienta pensar que la creación sea una propiedad nuestra, una posesión que podemos aprovechar como nos plazca y de la cual no tenemos que rendir cuentas a nadie. En el pasaje de la *Carta a los Romanos (Rm 8, 19-27)* de la

cual acabamos de escuchar una parte, el apóstol Pablo nos recuerda sin embargo que la creación es un don maravilloso que Dios ha puesto en nuestras manos, para que podamos relacionarnos con ella y podamos reconocer la huella de su diseño de amor, en cuya realización estamos todos llamados a colaborar, día tras día.

Pero cuando se deja llevar por el egoísmo, el ser humano termina por estropear también las cosas más bonitas que le han sido encomendadas. Y así

ocurrió también con la creación. Pensemos en el agua. El agua es una cosa bellísima y muy importante; el agua nos da la vida, nos ayuda en todo pero para explotar los minerales se contamina el agua, se ensucia la creación y se destruye la creación. Esto es un ejemplo solamente. Hay muchos. Con la experiencia trágica del pecado, rota la comunión con Dios, hemos infringido la originaria comunión con todo aquello que nos rodea y hemos terminado por corromper la creación,

haciéndola de esta manera esclava, sometida a nuestra caducidad. Y desgraciadamente la consecuencia de todo esto está dramáticamente delante de nuestros ojos, cada día. Cuando rompe la comunión con Dios, el hombre pierde la propia belleza originaria y termina por deturpar entorno a sí cada cosa; y donde todo antes recordaba al Padre Creador y a su amor infinito, ahora lleva el signo triste y desolado del orgullo y de la voracidad humanas. El orgullo humano, explotando la

creación, destruye.

Pero el Señor no nos deja solos y también ante este cuadro desolador nos ofrece una perspectiva nueva de liberación, de salvación universal. Es lo que Pablo pone en evidencia con alegría, invitándonos a escuchar los gemidos de la entera creación. Si prestamos atención, efectivamente, a nuestro alrededor todo gime: gime la creación entera, gemimos nosotros seres humanos y gime el Espíritu dentro de nosotros, en nuestro corazón. Ahora,



estos gemidos no son un lamento estéril, desconsolado, sino —como precisa el apóstol— son los gritos de dolor de una parturienta; son los gemidos de quien sufre, pero sabe que está por ver la luz una vida nueva. Y en nuestro caso es verdaderamente así. Nosotros estamos todavía afrontando las consecuencias de nuestro pecado y todo, a nuestro alrededor, lleva todavía el signo de nuestras fatigas, de nuestras faltas, de nuestra cerrazón. Pero al mismo tiempo, sabemos que hemos

sido salvados por el Señor y se nos permite contemplar y regustar en nosotros y en aquello que nos circunda los signos de la Resurrección, de la Pascua, que obra una nueva creación.

Este es el contenido de nuestra esperanza. El cristiano no vive fuera del mundo, sabe reconocer en la propia vida y en lo que le circunda los signos del mal, del egoísmo y del pecado. Es solidario con quien sufre, con quien llora, con quien está marginado, con quien se siente desesperado...

pero, al mismo tiempo, el cristiano ha aprendido a leer todo esto con los ojos de la Pascua, con los ojos del Cristo Resucitado. Y entonces sabe que estamos viviendo el tiempo de la espera, el tiempo de un anhelo que va más allá del presente, el tiempo del cumplimiento. En la esperanza sabemos que el Señor desea resanar definitivamente con su misericordia los corazones heridos y humillados y todo lo que el hombre ha deturpado en su impiedad, y que de esta manera Él regenera un mundo

nuevo y una humanidad nueva, finalmente reconciliados en su amor.

Cuántas veces nosotros cristianos estamos tentados por la desilusión, pesimismo... A veces nos dejamos llevar por el lamento inútil, o permanecemos sin palabras y no sabemos ni siquiera qué cosa pedir, qué cosa esperar... Pero una vez más viene para ayudarnos el Espíritu Santo, respiración de nuestra esperanza, el cual mantiene vivos el gemido y la espera de nuestro corazón. El Espíritu ve

por nosotros más allá de las apariencias negativas del presente y nos revela ya desde ahora los cielos nuevos y la tierra nueva que el Señor está preparando para la humanidad.

## **LLAMAMIENTO**

Causa particular aprensión las dolorosas noticias que llegan del martirizado Sudán del Sur, donde a un conflicto fratricida se une una grave crisis alimenticia que afecta a la región del Cuerno de África y que condena a la muerte por hambre a millones de personas, entre las cuales muchos niños.

En este momento es necesario más que nunca el esfuerzo de todos para no limitarse sólo a las declaraciones, sino para hacer concretas las ayudas alimenticias y permitir que puedan llegar a las poblaciones que sufren. Que el señor sostenga a estos hermanos nuestros y a los que están trabajando para ayudarles.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los

invito a pedir con insistencia la presencia del Espíritu Santo en sus vidas. Él nos asiste para que vayamos más allá de las apariencias negativas del presente y aguardemos con esperanza los cielos nuevos y la tierra nueva, que el Señor prepara para toda la humanidad. Muchas gracias.

23 de febrero de  
2017. Discurso a una  
representación del Villarreal CF.

Jueves.

*Queridos amigos, buen día:*  
Saludo con alegría a ustedes,  
futbolistas, entrenadores y  
dirigentes del equipo del  
Villarreal, y les agradezco esta  
visita con ocasión del partido  
que jugarán esta tarde.  
El fútbol, como los demás  
deportes, es *imagen de vida y  
de sociedad*. Ustedes en el  
campo se necesitan unos a  
otros. Cada jugador pone su



profesionalidad y habilidad en beneficio de un ideal común, que es jugar bien para ganar. Para lograr esa afinidad se necesita mucho entrenamiento; pero también es importante invertir tiempo y esfuerzo en fortalecer el espíritu del equipo, para lograr crear esa conexión de movimientos: una simple mirada, un pequeño gesto, una expresión comunican tantas cosas en el campo. Esto es posible si se actúa con espíritu de compañerismo, dejando de lado el individualismo o las aspiraciones personales. Si se

juega pensando en el bien del grupo, entonces es más fácil obtener la victoria. En cambio, cuando uno piensa en sí mismo y se olvida de los demás, nosotros en Argentina decimos que es uno que le gusta "comerse la pelota" para él solo.

Por otra parte, cuando ustedes juegan al fútbol están al mismo tiempo *educando y transmitiendo valores*. Muchas personas, especialmente los jóvenes, los admiran y los observan.

Quieren ser como ustedes. A través de su profesionalidad,

están transmitiendo un modo de ser a aquellos que les siguen, sobre todo a las nuevas generaciones. Y esto es una responsabilidad y les debe motivar para dar lo mejor de ustedes mismos para ejercitar esos valores que en el fútbol tienen que ser palpables: el compañerismo, el esfuerzo personal, la belleza del juego, el juego de equipo.

Una de las características del buen deportista es el *agradecimiento*. Si pensamos en nuestra vida, podemos traer a la memoria el recuerdo de

tantas personas que nos han ayudado y sin las cuales no estaríamos aquí. Pueden recordar con quienes jugaban de chicos, a sus primeros compañeros de equipo, entrenadores, asistentes, y también a los aficionados que con su presencia los animan en cada partido. Este recuerdo nos hace bien, para no sentirnos superiores sino para tomar conciencia de que somos parte de un gran equipo que empezó a formarse desde hace ya tiempo. Sentir de este modo nos ayuda a crecer como

personas, porque nuestro «juego» no es sólo nuestro, sino también el de los demás, que de algún modo forman parte de nuestras vidas. Y esto además fortalece el espíritu del juego *amateur*, que nunca hay que perderlo, hay que recuperarlo todos los días, por lo que te mantiene con esa frescura, con esa grandeza de alma.

Los animo a seguir jugando dando lo más bello y mejor de ustedes para que otros puedan disfrutar de esos momentos agradables, que hacen la

jornada diferente. Me uno a ustedes, rezo por ustedes, imploro la bendición de la Virgen de Gracia y la intercesión de San Pascual Bailón, Patronos de la ciudad de Villarreal, para que sean sostenidos en sus vidas y puedan ser instrumentos para llevar a cuantos los siguen y animan, la alegría y la paz de Dios y con los amigos.

A mí me ayuda mucho pensar en el fútbol porque me gusta, y me ayuda. Pero cuando suelo pensar más es al portero. ¿Por qué? Porque él tiene que atajar

la pelota de donde se la patean, no sabe de donde vendrá. Y la vida es así. Hay que tomar las cosas de donde vienen y como vienen. Y cuando yo me encuentro frente a situaciones que no esperaba, que hay que resolver y vinieron de acá cuando yo las esperaba de allá, pienso en el portero, así que los tengo muy presentes. Gracias.

23 de febrero de 2017.

Discurso al rabino Abraham Skorka, con motivo de la presentación de una edición especial de la Torah.

Jueves.

*Queridos amigos,*  
con alegría dirijo un cordial saludo a todos vosotros, que habéis acudido para la presentación de una nueva y preciosa edición de la Torah. Doy las gracias al hermano y amigo Rabino Abraham Skorka por sus palabras, y estoy muy



agradecido a todos vosotros porque habéis tenido este pensamiento, que hoy nos hace encontrarnos entorno a la Torah, o lo que es lo mismo, en torno al don del Señor, a Su revelación, a Su palabra.

La Torah, que san Juan Pablo II definió «la enseñanza viva del Dios viviente» (*Discurso a los participantes en la celebración del XXV aniversario de la Declaración «Nostra aetate»*, 6 diciembre de 1990, 3), manifiesta el amor paterno y visceral de Dios, un amor hecho de palabras y de gestos

concretos, un amor que se convierte en alianza. Y precisamente esta palabra, alianza, es rica de resonancias que nos unen. Dios es el más gran y fiel Aliado. Él ha llamado a Abraham para formar de él un pueblo que se convirtiese en bendición para todos los pueblos de la tierra, y sueña un mundo en el cual los hombres y las mujeres estén aliados con Él y y entonces vivan en armonía entre ellos y con la creación. En medio de tantas palabras humanas que desgraciadamente empujan a la

división y a la competición, estas palabras divinas de alianza nos abren a todos nosotros vías de bien para recorrer juntos. También la presente publicación es fruto de una "alianza" entre personas de diferentes nacionalidades, edades y confesiones que han sabido trabajar juntas.

El diálogo fraternal e institucional entre judíos y cristianos está consolidado y es eficaz, a través de un debate continuo y colaborativo. Este actual don entra plenamente en tal diálogo, que no se

expresa solo a través de las palabras, sino también en los gestos. La amplia parte introductiva añadida al texto y la nota del editor subraya esta actitud de diálogo, expresando una visión cultural abierta, en el marco del respeto recíproco y de la paz, en sintonía con el mensaje espiritual de la Torah. Las importantes personalidades religiosas que han trabajado en esta nueva edición han cuidado especialmente la dimensión literaria del texto, así como las preciosas láminas en color han añadido ulterior valor a la

publicación.

Pero cada edición de la Sagrada Escritura contiene un valor espiritual que supera infinitamente el material.

Pido a Dios que bendiga a todas las personas que han colaborado en esta obra, y de manera particular a todos vosotros, a quienes renuevo mi personal agradecimiento.

24 de febrero de 2017.

Discurso a los participantes en el seminario "derecho humano al agua" organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias.

Viernes.

*Queridos hermanos y hermanas, buenas tardes.*

Saludo a todos los presentes y les agradezco su participación en este Encuentro que aborda la problemática del derecho humano al agua y la exigencia de políticas públicas que

puedan afrontar esta realidad. Es significativo que ustedes se unan para aportar su saber y sus medios con el fin de dar una respuesta a esta necesidad y a esta problemática que vive el hombre de hoy.

Como leemos en el libro del Génesis, el agua está en el comienzo de todas las cosas (cf. *Gn 1,2*); es «criatura útil, casta y humilde», fuente de la vida y de la fecundidad (cf. San Francisco de Asís, *Cántico de las Criaturas*). Por eso, la cuestión que ustedes tratan no es marginal, sino fundamental

y muy urgente. Fundamental, porque donde hay agua hay vida, y entonces puede surgir y avanzar la sociedad. Y es urgente porque nuestra casa común necesita protección y, además, asumir que no toda agua es vida: sólo el agua segura y de calidad –

siguiendo con la figura de san Francisco: el agua “que sirve con humildad”, el agua “casta”, no contaminada.

Toda persona tiene derecho al acceso al agua potable y segura; este es un *derecho humano básico*, y



una de las cuestiones nodales en el mundo actual (cf. Enc. *Laudato si'*, 30; Enc. *Caritas in veritate*, 27). Es doloroso cuando en la legislación de un país o de un grupo de países no se considera al agua como un derecho humano. Más doloroso aun cuando se quita lo que estaba escrito y se niega este derecho humano. Es un problema que afecta a todos y hace que nuestra casa común sufra tanta miseria y clame por soluciones efectivas, realmente capaces de superar los egoísmos que

impiden la realización de este derecho vital para todos los seres humanos. Es necesario otorgar al agua la centralidad que merece en el marco de las políticas públicas. Nuestro derecho *al* agua es también un deber *con* el agua. Del derecho que tenemos a ella se desprende una obligación que va unida y no puede separarse. Es ineludible anunciar este derecho humano esencial y defenderlo —como se hace—, pero también actuar de forma concreta, asegurando un compromiso político y jurídico

con el agua. En este sentido, cada Estado está llamado a concretar, también con instrumentos jurídicos, cuanto indicado por las Resoluciones aprobadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas desde 2010 sobre el derecho humano al agua potable y el saneamiento. Por otra parte, cada actor no estatal tiene que cumplir sus responsabilidades hacia este derecho.

El derecho al agua es *determinante* para la sobrevivencia de las personas (cf. *ibíd*)

, 30) y decide el futuro de la humanidad. Es prioritario también *educar* a las próximas generaciones sobre la gravedad de esta realidad. La formación de la conciencia es una tarea ardua; precisa convicción y entrega. Y yo me pregunto si en medio de esta "tercera guerra mundial a pedacitos" que estamos viviendo, no estamos en camino hacia la gran guerra mundial por el agua.

Las cifras que las Naciones Unidas revelan son desgarradoras y no nos pueden

dejar indiferentes: cada día mil niños mueren a causa de enfermedades relacionadas con el agua; millones de personas consumen agua contaminada. Estos datos son muy graves; se debe frenar e invertir esta situación. No es tarde, pero es urgente tomar conciencia de la necesidad del agua y de su valor esencial para el bien de la humanidad.

El respeto del agua es *condición* para el ejercicio de los demás derechos humanos (cf. *ibíd.*, 30). Si acatamos este derecho como

fundamental, estaremos  
poniendo las bases para  
proteger los demás derechos.  
Pero si nos saltamos este  
derecho básico, cómo vamos a  
ser capaces de velar y luchar  
por los demás. En este  
compromiso de dar al agua el  
puesto que le corresponde,  
hace falta una *cultura del  
cuidado* (cfr *ibid.*, 231) – parece  
una cosa poética y, bueno, la  
Creación es una “*poiesis*”, esta  
cultura del cuidado que es  
creativa – y además fomentar  
una *cultura del encuentro*, en  
la que se unan en una causa

común todas las fuerzas  
necesarias de científicos y  
empresarios, gobernantes y  
políticos. Es preciso unir todas  
nuestras voces en una misma  
causa; ya no serán voces  
individuales o aisladas, sino el  
grito del hermano que clama a  
través nuestro, es el grito de la  
tierra que pide el respeto y el  
compartir responsablemente de  
un bien, que es de todos. En  
esta cultura del encuentro, es  
imprescindible la acción de  
cada Estado como garante del  
acceso universal al agua segura  
y de calidad.

Dios Creador no nos abandona en este trabajo para dar a todos y a cada uno acceso al agua potable y segura. Pero el trabajo es nuestro, la responsabilidad es nuestra. Deseo que este Seminario sea una ocasión propicia para que sus convicciones se vean fortalecidas, y salgan de aquí con la certeza de que su trabajo es necesario y prioritario para que otras personas puedan vivir. Es un ideal por el que merece la pena luchar y trabajar. Con nuestro «poco» estaremos



contribuyendo a que nuestra casa común sea más habitable y más solidaria, más cuidada, donde nadie sea descartado ni excluido, sino que todos gocemos de los bienes necesarios para vivir y crecer en dignidad. Y no olvidemos los datos, las cifras, de las Naciones Unidas. No olvidemos que cada día mil niños, cada día, mueren por enfermedades en relación con el agua. Muchas gracias.

-

25 de febrero de 2017.

Discurso a los participantes en un curso sobre el proceso matrimonial.

-  
Sábado.

-  
*Queridos hermanos:*

Estoy feliz de encontraros al final del curso de formación para los párrocos, promovido por la Rota Romana, sobre el nuevo proceso matrimonial.

Doy gracias al decano y al pro decano por su compromiso a favor de estos cursos formativos. Cuanto ha sido

discutido y promovido en el  
Sínodo de los Obispos sobre el  
tema "Matrimonio y familia", ha  
sido implementado e integrado  
de forma orgánica en la  
exhortación apostólica *Amoris*  
*laetitia* y traducido en  
oportunas normas jurídicas  
contenidas en dos  
procedimientos específicos: el  
motu proprio *Mitis Iudex* y el  
motu proprio *Misericors Jesus*.  
Es bueno que vosotros  
párrocos, a través de estas  
iniciativas de estudio, podáis  
profundizar tal material,  
porque sois sobre todo vosotros

los que lo aplicáis  
concretamente en el contacto  
cotidiano con las familias.

En la mayor parte de los casos  
sois los primeros interlocutores  
de los jóvenes que desean  
formar una nueva familia y  
casarse por el sacramento del  
matrimonio. Y también se  
dirigen a vosotros esos  
cónyuges que, a causa de  
serios problemas en su  
relación, se encuentran en  
crisis, necesitan reavivar la fe y  
redescubrir la gracia del  
sacramento; y en ciertos casos  
piden indicaciones para iniciar

un proceso de nulidad. Nadie mejor que vosotros conoce y está en contacto con la realidad del tejido social en el territorio, experimentando la complejidad variada: uniones celebradas en Cristo, uniones de hecho, uniones civiles, uniones fracasadas, familias y jóvenes felices e infelices. De cada persona y de cada situación vosotros estáis llamados a ser compañeros de viaje para testimoniar y sostener. En primer lugar que sea vuestro primor testimoniar la gracia del sacramento del

matrimonio y el bien primordial de la familia, célula vital de la Iglesia y de la sociedad, mediante la proclamación de que el matrimonio entre un hombre y una mujer es un signo de la unión esponsal entre Cristo y la Iglesia. Tal testimonio lo realizáis concretamente cuando preparáis a los novios al matrimonio, haciéndoles conscientes del significado profundo del paso que van a realizar, y cuando acompañáis con cercanía a las parejas jóvenes, ayudándolas a vivir en

las luces y en las sombras, en los momentos de alegría y en los de cansancio, la fuerza divina y la belleza de su matrimonio. Pero yo me pregunto cuántos de estos jóvenes que vienen a los cursos prematrimoniales entienden qué significa "matrimonio", el signo de la unión de Cristo y de la Iglesia. "Sí, sí" —dicen que sí, pero ¿entienden esto?— ¿Tienen fe en esto? Estoy convencido de que se necesita un verdadero catecumenado para el sacramento del matrimonio, y no hacer la

preparación con dos o tres reuniones y después ir adelante.

No dejéis de recordar siempre a los esposos cristianos que en el sacramento del matrimonio Dios, por así decir, se refleja en ellos, imprimiendo su imagen y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio, de hecho, es icono de Dios, creado para nosotros por Él, que es comunión perfecta de las tres Personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que el amor de Dios Uno y Trino y el amor entre Cristo y la Iglesia su



esposa sean el centro de la catequesis y de la evangelización matrimonial: que a través de encuentros personales o comunitarios, programados o espontáneos, no os canséis de demostrar a todos, especialmente a los esposos, este "misterio grande" (cf. Ef 5, 32).

Mientras ofrecéis este testimonio, sea vuestra tarea también sostener a los que se han dado cuenta del hecho de que la unión no es un verdadero matrimonio sacramental y quieren salir de

esta situación. En esta delicada y necesaria obra hacedlo de tal forma que vuestros fieles os reconozcan no tanto como expertos de actos burocráticos o de normas jurídicas, sino como hermanos que se ponen en una actitud de escucha y de comprensión.

Al mismo tiempo, haceros cercanos, con el estilo propio del Evangelio, en el encuentro y en la acogida de esos jóvenes que prefieren vivir juntos sin casarse. Estos, en el plano espiritual y moral, están entre los pobres y los pequeños,

hacia los cuales la Iglesia, tras las huellas de su Maestro y Señor, quiere ser madre que no abandona sino que se acerca y cuida. También estas personas son amadas por el corazón de Cristo. Tened hacia ellos una mirada de ternura y de compasión. Este cuidado de los últimos, precisamente porque emana del Evangelio, es parte esencial de vuestra obra de promoción y defensa del sacramento del matrimonio. La parroquia es, de hecho, lugar por antonomasia de la *salus animarum*. Así enseñaba el

beato Pablo VI: «La parroquia [...] es la presencia de Cristo en la plenitud de su función salvadora [...] es la casa del Evangelio, la casa de la verdad, la escuela de Nuestro Señor»  
(Discurso en la parroquia de la Gran Madre de Dios en Roma, 8 de marzo de 1964: Enseñanzas II [1964], 1077).

Queridos hermanos, hablando recientemente a la Rota Romana aconsejé realizar un verdadero catecumenado de los futuros esposos, que incluya todas las etapas del camino sacramental: los tiempos de la

preparación al matrimonio, de su celebración y de los años inmediatamente sucesivos. A vosotros párrocos, indispensables colaboradores de los obispos, se os confía especialmente tal catecumenado. Os animo a realizarlo a pesar de las dificultades que podáis encontrar. Y creo que la dificultad más grande sea pensar o vivir el matrimonio como un hecho social —“nosotros debemos hacer este hecho social”— y no como un verdadero sacramento, que

requiere una preparación larga,  
larga.

Os doy las gracias por vuestro  
compromiso a favor del anuncio  
del Evangelio de la familia. El  
Espíritu Santo os ayude a ser  
ministros de paz y de  
consolación en medio del santo  
pueblo fiel de Dios,  
especialmente hacia las  
personas más frágiles y  
necesitadas de vuestra cuidado  
pastoral. Mientras os pido que  
recéis por mí, de corazón os  
bendigo a cada uno de vosotros  
y vuestras comunidades  
parroquiales. Gracias.



26 de febrero de 2017.

Encuentro del Papa Francisco  
con la comunidad anglicana en  
la iglesia de "All Saints" de  
Roma.

-  
Domingo.

-  
Homilía del Santo Padre  
Preguntas y respuestas

-  
HOMILÍA

Queridos hermanos y  
hermanas:

Os doy las gracias por vuestra  
amable invitación para celebrar



juntos este aniversario  
parroquial. Han pasado más de  
doscientos años desde que se  
celebró en Roma el primer  
servicio litúrgico público  
anglicano para un grupo de  
residentes ingleses que vivían  
en esta parte de la ciudad.  
Mucho, en Roma y en el  
mundo, ha cambiado desde  
entonces. Durante estos dos  
siglos ha cambiado mucho  
también entre anglicanos y  
católicos, que en el pasado se  
miraban con recelo y  
hostilidad; hoy, gracias a Dios,  
nos reconocemos como

verdaderamente somos:  
hermanos y hermanas en  
Cristo, mediante nuestro  
bautismo común. Como amigos  
y peregrinos deseamos caminar  
juntos, seguir juntos a nuestro  
Señor Jesucristo.

Me habéis invitado a bendecir  
el nuevo icono de Cristo  
Salvador. Cristo nos mira, y su  
mirada posada en nosotros es  
una mirada de salvación, de  
amor y de compasión. Es la  
misma mirada misericordiosa  
que atravesó el corazón de los  
apóstoles, que iniciaron un  
camino de vida nueva para

seguir y anunciar al Maestro.  
En esta santa imagen, Jesús,  
mirándonos, parece dirigirnos a  
nosotros también una llamada,  
un apelo: "¿Estás preparado  
para dejar algo de tu pasado  
por mí? ¿Quieres ser mensajero  
de mi amor, de mi  
misericordia?". La misericordia  
divina es el manantial de todo  
el ministerio cristiano. Nos lo  
dice el apóstol Pablo,  
dirigiéndose a los Corintios, en  
la lectura que acabamos de  
escuchar. Él escribe: «Por esto,  
misericordiosamente investidos  
de este ministerio, no

desfallecemos» (2 Cor 4, 1). En efecto, san Pablo no siempre ha tenido una relación fácil con la comunidad de Corintio, como demuestran sus cartas. También hizo una visita dolorosa a esta comunidad y palabras acaloradas fueron intercambiadas por escrito. Pero este pasaje muestra al apóstol que supera las divergencias del pasado y, viviendo su ministerio según la misericordia recibida, no se resigna ante las divisiones sino que se bate por la reconciliación. Cuando

nosotros, comunidad de cristianos bautizados, nos encontramos frente a desacuerdos y nos ponemos ante el rostro misericordioso de Cristo para superarlos, hacemos exactamente como ha hecho san Pablo en una de las primeras comunidades cristianas. ¿Cómo se prepara Pablo para esta tarea, por dónde comienza? Por la humildad, que no es solo una bella virtud, es una cuestión de identidad: Pablo se comprende como un servidor, que se no anuncia a sí mismo, sino a

Cristo Jesús Señor (2 Cor 4, 5).  
Y cumple este servicio, este  
ministerio según la misericordia  
que le ha sido investida  
(2 Cor 4, 1); no en base a su  
capacidad y contando sobre sus  
fuerzas, sino con la confianza  
de que Dios le mira y le  
sostiene con misericordia en su  
debilidad. Hacerse humildes es  
descentrarse, salir del centro,  
reconocerse misericordiosos en  
Dios, mendicantes de  
misericordia: es el punto de  
salida para que sea Dios quien  
obre. Un presidente del  
Consejo Ecuménico de las

Iglesias describió la evangelización cristiana como «un mendicante que dice a otro mendicante donde encontrar el pan» (Dr. D.T. Niles). Creo que san Pablo habría aprobado. Él se sentía “Llenado por la misericordia” y su prioridad era compartir con los demás su pan: la alegría de ser amados por el Señor y de amarlo. Este es nuestro bien más precioso, nuestro tesoro, y en este contexto Pablo presenta una de sus imágenes más conocidas, que podemos aplicar en todos nosotros: «llevamos este tesoro

en recipientes de barro»  
(2 Cor 4, 7). Somos sólo  
recipientes de barro, pero  
custodiamos dentro de nosotros  
el tesoro más grande del  
mundo. Los corintios sabían  
bien que era torpe preservar  
algo precioso en recipientes de  
barro, que eran baratos, pero  
se agrietaban fácilmente. Tener  
en su interior algo de precioso  
quería decir correr el riesgo de  
que se perdiera. Pablo, pecador  
agraciado, humildemente  
reconoce ser frágil como un  
recipiente de barro. Pero ha  
experimentado y sabe que está



precisamente ahí, donde la  
miseria humana se abre a la  
acción misericordiosa de Dios,  
el Señor obra maravillas. Así  
obra la «extraordinaria  
potencia» de Dios (2 Cor 4, 7).  
Confiado en esta humilde  
potencia, Pablo sirve al  
Evangelio. Hablando de algunos  
de sus adversarios en Corinto,  
les llamará «súper apóstoles»  
(2 Cor 12, 11), quizás, y con  
una cierta ironía, porque le  
habían criticado por sus  
debilidades, de las cuales ellos  
se retenían exentos. Pablo, en  
cambio, enseña que sólo

reconociéndose débiles  
recipientes de creta, pecadores  
siempre necesitados de  
misericordia, el tesoro de Dios  
se derrama sobre nosotros y  
sobre los demás mediante  
nosotros. De no ser así,  
solamente estaremos llenos de  
tesoros nuestros, que se  
corrompen y se pudren en  
recipientes aparentemente  
bonitos. Si reconocemos  
nuestra debilidad y pedimos  
perdón, entonces la  
misericordia sanadora de Dios  
resplandecerá dentro de  
nosotros y será también visible

fuera; los demás observarán de alguna manera, a través de nosotros, la belleza amable del rostro de Cristo.

A un cierto punto, quizás en el momento más difícil con la comunidad de Corintio, Pablo canceló una visita que había programado hacer, renunciando también a las ofertas que habría recibido (2 Cor 1, 15-24). Existían tensiones en la comunión, pero no tenían la última palabra. La relación se reanudó y el apóstol aceptó la oferta de la Iglesia de Jerusalén. Los cristianos de

Corinto volvieron a trabajar  
junto a las otras comunidades  
visitadas por Pablo, para  
sostener a quien estaba  
necesitado. Esta es una señal  
fuerte de comunión reanudada.  
También la obra que vuestra  
comunidad desarrolla junto a  
otras de lengua inglesa aquí en  
Roma puede ser vista de esta  
manera. Una comunión  
verdadera y sólida crece y se  
fortalece cuando actúa junta  
hacia quien está necesitado. A  
través del testimonio acorde de  
la caridad, el rostro  
misericordioso de Jesús se hace

visible en nuestra ciudad.  
Católicos y anglicanos, estamos  
humildemente agradecidos  
porque, después de siglos de  
recíproca desconfianza, ahora  
somos capaces de reconocer  
que la fecunda gracia de Cristo  
está obrando también en los  
demás. Damos gracias al Señor  
porque entre los cristianos ha  
crecido el deseo de una mayor  
cercanía, que se manifiesta en  
el rezar juntos y en el común  
testimonio del Evangelio, sobre  
todo a través de las varias  
formas de servicio. A veces, el  
progreso en el camino hacia la

plena comunión puede aparecer  
lento e incierto, pero hoy  
podemos sacar ánimo de  
nuestro encuentro. Por primera  
vez un Obispo de Roma visita  
vuestra comunidad. Es una  
gracia y también una  
responsabilidad: la  
responsabilidad de reforzar  
nuestras relaciones como  
alabanza a Cristo, al servicio  
del Evangelio y de esta ciudad.  
Animémonos los unos a los  
otros a convertirnos en  
discípulos cada vez más fieles  
de Jesús, cada vez más libres  
de los respectivos prejuicios del

pasado y siempre más deseosos  
de rezar por y con los demás.  
Un bonito signo de esta  
voluntad es el  
“hermanamiento” realizado  
entre vuestra parroquia de *All*  
*Saints* y la católica de Todos los  
Santos. Que los Santos de cada  
confesión cristiana, plenamente  
unidos en la Jerusalén de allí  
arriba, nos abran la vía para  
recorrer aquí abajo todas las  
posibles vías de un camino  
cristiano fraternal y común.  
Donde se reúne en el nombre  
de Jesús, Él está allí  
(cf. *Mateo* 18, 20), y dirigiendo

su mirada de misericordia hace un llamamiento para batirse por la unidad y por el amor. ¡Que el rostro de Dios resplandezca sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre toda esta comunidad!

-

-

*Preguntas y respuestas.*

*Durante nuestras liturgias, muchas personas entran en nuestra iglesia y se maravillan porque "¡parece una iglesia católica!". Muchos católicos han oído hablar del rey Enrique VIII,*



pero ignoran las tradiciones  
anglicanas y del progreso  
ecuménico de este medio siglo.  
¿Qué querría decirles sobre la  
relación entre católicos y  
anglicanos hoy?

—  
Es verdad, la relación entre  
católicos y anglicanos hoy es  
buena, inos queremos como  
hermanos! Es verdad que en la  
historia hay cosas feas por  
todos lados, y “sacar una pieza”  
de la historia y llevarlo como si  
fuera un “icono” de [nuestras]  
relaciones no es justo. Un  
hecho histórico debe ser leído

en la hermenéutica de ese momento, no con otra hermenéutica. Y las relaciones de hoy son buenas, he dicho. Y han ido más allá, desde la visita del primado Michael Ramsey, y aún más... Pero también en los santos, nosotros tenemos una tradición común de los santos que vuestro párroco ha querido subrayar. Y nunca, nunca las dos Iglesias, las dos tradiciones han renegado de los santos, los cristianos que han vivido el testimonio cristiano hasta ese punto. Y esto es importante.

Pero ha habido también relaciones de fraternidad en tiempos feos, en tiempos difíciles, donde estaban tan mezclados el poder político, económico, religioso, donde había esa regla "*cuius regio eius religio*" pero también en esos tiempos había algunas relaciones...

[se corta la conexión audio]

Yo conocí en Argentina un viejo jesuita, anciano, yo era joven y él anciano, padre Guillermo Furlong Cardiff, nacido en la ciudad de Rosario, de familia inglesa. Y él de niño había sido

monaguillo —él es católico, de familia inglesa católica— él fue monaguillo en Rosario en el funeral de la reina Victoria, en la iglesia anglicana. También en esos tiempos había esta relación. Y las relaciones entre católicos y anglicanos son relaciones —no sé si históricamente se puede decir así, pero es una figura que nos ayudará a pensar— dos pasos adelante, medio paso atrás, dos pasos adelante, medio paso atrás... Es así. Son humanos. Y debemos continuar en esto. Hay otra cosa que ha

mantenido fuerte la unión  
entre nuestras tradiciones  
religiosas: están los monjes, los  
monasterios. Y los monjes,  
tanto católicos como  
anglicanos, son una gran  
fuerza espiritual de nuestras  
tradiciones.

Y las relaciones, como quisiera  
deciros, han mejorado aún  
más, y a mí me gusta, esto es  
bueno. "Pero no hacemos todas  
las cosas iguales...". Pero  
caminaamos juntos, vamos  
juntos. Por el momento va bien  
así. Cada día tiene la propia  
preocupación. No sé, esto me

viene decirte. Gracias.

-  
*Su predecesor, el Papa Benedicto XVI, advirtió sobre el riesgo, en el diálogo ecuménico, de dar la prioridad a la colaboración de la acción social en vez de seguir el más exigente acuerdo teológico. Por lo que parece, usted prefiere lo contrario, es decir "caminar y trabajar" juntos para alcanzar la meta de la unidad de los cristianos. ¿Verdad?*

-  
Yo no conozco el contexto en el cual el Papa Benedicto dijo

esto, no lo conozco y por eso es un poco difícil para mí, me pone en un aprieto para responder... Ha querido decir esto o no... Quizá puede haber sido en un coloquio con los teólogos... Pero no estoy seguro. Ambas cosas son importantes. Esto ciertamente. ¿Cuál de las dos tiene la prioridad?... Y por otro lado está la famosa broma del patriarca Atenágora —que es verdad porque yo se lo pregunté al patriarca Bartolomé y me dijo: “esto es verdad”—, cuando dijo al beato Papa Pablo VI:

“¡Nosotros hacemos la unidad entre nosotros, y a todos los teólogos les metemos en una isla para que piensen!”. Era una broma, pero verdad, históricamente verdad, porque yo dudaba pero el patriarca Bartolomé me dijo que es verdad. Pero cuál es el núcleo de esto, por qué creo que eso que dijo el Papa Benedicto es verdad: se debe buscar el diálogo teológico para buscar también las raíces..., sobre los sacramentos..., sobre tantas cosas sobre las que todavía no estamos de acuerdo... Pero esto



no se puede hacer en el laboratorio: se debe hacer caminando, a lo largo del camino.

Nosotros estamos en camino y en camino hacemos también estas discusiones. Los teólogos las hacen. Pero mientras tanto nosotros nos ayudamos, nosotros, el uno al otro, en nuestras necesidades, en nuestra vida, también espiritualmente nos ayudamos. Por ejemplo en el hermanamiento estaba el hecho de estudiar juntos la Escritura, y nos ayudamos en

el servicio de la caridad, en el  
servicio de los pobres, en los  
hospitales, en las guerras... Es  
muy importante, es muy  
importante esto. No se puede  
hacer el diálogo ecuménico  
parados. No. El diálogo  
ecuménico se hace en camino,  
porque el diálogo ecuménico es  
un camino, y las cosas  
teológicas se discuten en  
camino. Creo que con esto no  
traiciono la mente del Papa  
Benedicto, ni siquiera la  
realidad del diálogo ecuménico.  
Así lo interpreto yo. Si yo  
conociera el contexto en el cual

ha sido dicha esta expresión,  
quizá diría otra cosa, pero esto  
es lo que me viene decir.

—  
La iglesia de Todos los Santos  
comenzó con un grupo de fieles  
británicos, pero ahora es una  
congregación internacional con  
personas procedentes de  
diferentes países. En algunas  
regiones de África, Asia o el  
Pacífico, las relaciones  
ecuménicas entre las Iglesias  
son mejores y más creativas  
que aquí en Europa. ¿Qué  
podemos aprender del ejemplo  
de las Iglesias del sur del

*mundo?*

-  
Gracias. Es verdad. Las Iglesias jóvenes tienen una vitalidad diferente, porque son jóvenes. Y buscan una manera de expresarse diferente. Por ejemplo, una liturgia aquí en Roma, o piensa en Londres o en París, no es la misma que una liturgia en tu país, donde la ceremonia litúrgica, católica también, se expresa con una alegría, con la danza y muchas formas diferentes propias de esas Iglesias jóvenes. Las Iglesias jóvenes tienen más

creatividad; y al inicio también  
aquí en Europa era lo mismo:  
se buscaba... Cuando tú lees,  
por ejemplo, en la *Didaché*,  
cómo se hacía la Eucaristía, el  
encuentro entre los cristianos,  
había una gran creatividad.  
Después creciendo, creciendo la  
Iglesia se ha consolidado bien,  
ha crecido hasta una edad  
adulta. Pero las Iglesias  
jóvenes tienen más vitalidad y  
también tienen la necesidad de  
colaborar, una necesidad fuerte.  
Por ejemplo yo estoy  
estudiando, mis colaboradores  
están estudiando la posibilidad

de un viaje a Sudán del Sur.  
¿Por qué? Porque vinieron los  
obispos, el anglicano, el  
presbiteriano y el católico, tres  
juntos a decirme: "Por favor,  
venga a Sudán del Sur,  
solamente un día, pero no  
venga solo, venga con Justin  
Welby", es decir con el  
arzobispo de Canterbury. De  
ellos, Iglesia joven, ha venido  
esta creatividad. Y estamos  
pensando si se puede hacer, si  
la situación es demasiado fea  
allí... Pero lo tenemos hacer  
porque ellos, los tres, juntos  
quieren la paz, y trabajan

juntos por la paz... Hay una  
anécdota muy interesante.  
Cuando el beato Pablo vi hizo la  
beatificación de los mártires de  
Uganda — Iglesia joven—,  
entre los mártires —había  
catequistas, todos, jóvenes—  
algunos eran católicos y otros  
anglicanos, y todos fueron  
martirizados por el mismo rey,  
en odio a la fe y porque ellos  
no quisieron seguir las  
propuestas sucias del rey. Y  
Pablo vi se sintió incómodo  
porque decía: “Yo debo  
beatificar a los unos y a los  
otros, son mártires los unos y

los otros". Pero, en ese momento de la Iglesia católica, no era muy posible hacer eso. Acababa de pasar el Concilio... Pero esa Iglesia joven hoy celebra a los unos y los otros juntos; también Pablo vi en la homilía, en el discurso, en la misa de beatificación quiso nombrar a los catequistas anglicanos mártires de la fe al mismo nivel de los catequistas católicos. Esto lo hace una Iglesia joven. Las Iglesias jóvenes tienen valentía, porque son jóvenes; como todos los jóvenes tienen más valentía



que nosotros... ino tan jóvenes!

Y después, mi experiencia. Yo era muy amigo de los anglicanos en Buenos Aires, porque la parte de detrás de la parroquia de la Merced estaba comunicada con la catedral anglicana. Era muy amigo del obispo Gregory Venables, muy amigo. Pero hay otra experiencia: en el norte de Argentina están las misiones anglicanas con los aborígenes y las misiones católicas con los aborígenes, y el obispo anglicano y el obispo católico

de allí trabajan juntos, y enseñan. Y cuando la gente no puede ir el domingo a la celebración católica va a la anglicana, y los anglicanos van a la católica, porque no quieren pasar el domingo sin una celebración; y trabajan juntos. Y aquí la Congregación para la Doctrina de la Fe lo sabe. Y hacen la caridad juntos. Y los dos obispos son amigos y las dos comunidades son amigas. Creo que esta sea una riqueza que nuestras Iglesias jóvenes pueden llevar a Europa y a la Iglesia que tienen una gran

tradición. Y ellos darnos a  
nosotros la solidaridad de una  
tradición muy, muy cuidada y  
muy pensada. Es más fácil, es  
verdad, el ecumenismo en las  
Iglesias jóvenes. Es verdad.  
Pero creo que —y vuelvo a la  
segunda pregunta— es quizá  
más sólido en la búsqueda  
teológica el ecumenismo en  
una Iglesia más madura, más  
envejecida en la búsqueda, en  
el estudio de la historia, de la  
teología, de la liturgia, como es  
la Iglesia en Europa. Y creo que  
nos haría bien, a ambas  
Iglesias: de aquí, de Europa

enviar algunos seminaristas a hacer experiencias pastorales en las Iglesias jóvenes, se aprende mucho. Ellos vienen, de las Iglesias jóvenes, a estudiar a Roma, al menos los católicos, lo sabemos. Pero enviarles a ellos a ver, a aprender de las Iglesias jóvenes sería una gran riqueza en el sentido que usted ha dicho. Es más fácil el ecumenismo allí, es más fácil, que no quiere decir más superficial, no, no es superficial. Ellos no negocian la fe y la identidad. Ese aborígen

te dice en el norte de  
Argentina: "Yo soy anglicano".  
Pero no está el obispo, no está  
el pastor, no está el  
reverendo... "Yo quiero alabar a  
Dios el domingo y voy a la  
catedral católica", y viceversa.  
Son riquezas de las Iglesias  
jóvenes. No lo sé, esto me  
viene decirte.

-

26 de febrero de 2017.

ANGELUS.

-  
Domingo.

-  
*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La página evangélica del día de hoy (cf. Mt 6, 24—34) es un fuerte reclamo a fiarse de Dios —no olvidar: fiarse de Dios— quien cuida de los seres vivientes en la creación. Él provee la comida para todos los animales, se preocupa de los lirios y de la hierba del campo (cf. Mt 6, 26-28); su mirada

benéfica y solícita vela  
cotidianamente en nuestra  
vida. Esta pasa bajo la angustia  
de muchas preocupaciones, que  
pueden quitar serenidad y  
equilibrio; pero esta angustia  
es a menudo inútil, porque no  
logra cambiar el curso de los  
acontecimientos. Jesús nos  
exhorta con insistencia a no  
preocuparnos del mañana (cf.  
Mt 6, 25.28.31), recordando  
que por encima de todo está un  
Padre amoroso que no se olvida  
nunca de sus hijos: fiarse de Él  
no resuelve mágicamente los  
problemas, pero permite

afrontarlos con el estado de ánimo adecuado, valientemente, soy valiente porque me fío de mi Padre que cuida de todo y que me quiere mucho.

Dios no es un ser lejano y anónimo: es nuestro refugio, la fuente de nuestra serenidad y de nuestra paz. Es la roca de nuestra salvación, a la que podemos aferrarnos con la certeza de no caer; ¡quien se aferra a Dios no cae nunca! Es nuestra defensa del mal siempre al acecho. Dios es para nosotros el gran amigo, el



aliado, el padre, pero no siempre nos damos cuenta. No nos damos cuenta de que nosotros tenemos un amigo, un aliado, un padre que nos quiere, y preferimos apoyarnos en bienes inmediatos que nosotros podemos tocar, en bienes contingentes, olvidando, y a veces rechazando, el bien supremo, es decir, el amor paterno de Dios. ¡Sentirlo Padre en esta época de orfandad es muy importante! En este mundo huérfano, sentirlo Padre. Nosotros nos alejamos del amor de Dios

cuando vamos hacia la búsqueda obsesiva de los bienes terrenos y de las riquezas, manifestando así un amor exagerado a estas realidades.

Jesús nos dice que esta búsqueda frenética es una ilusión y motivo de infelicidad. Y da a sus discípulos una regla de vida fundamental: «Buscad primero su Reino» (Mt 6, 33). Se trata de realizar el proyecto que Jesús ha anunciado en el Discurso de la montaña, fiándose de Dios que no decepciona —muchos amigos o

muchos que nosotros creíamos  
amigos, nos han decepcionado;  
¡Dios nunca decepciona—;  
trabajar como administradores  
fieles de los bienes que Él nos  
ha donado, también esos  
terrenos, pero sin  
“sobreactuar” como si todo,  
también nuestra salvación,  
dependiera solo de nosotros.  
Esta actitud evangélica  
requiere una elección clara,  
que el pasaje de hoy indica con  
precisión: «No podéis servir a  
Dios y al dinero» (Mt 6, 24). O  
el Señor, o los ídolos  
fascinantes pero ilusorios. Esta

elección que estamos llamados a realizar repercute después en muchos de nuestros actos, programas y compromisos. Es una elección para hacer de forma neta y que hay que renovar continuamente, porque las tentaciones de reducir todo a dinero, placer y poder son apremiantes. Hay muchas tentaciones para esto.

Mientras que honrar a estos ídolos lleva a resultados tangibles aunque fugaces, elegir por Dios y por su Reino no siempre muestra inmediatamente sus frutos. Es

una decisión que se toma en la  
esperanza y que deja a Dios la  
plena realización. La esperanza  
cristiana tiende al  
cumplimiento futuro de la  
promesa de Dios y no se  
detiene frente a ninguna  
dificultad, porque está fundada  
en la fidelidad de Dios, que  
nunca falta. Es fiel, es un padre  
fiel, es un amigo fiel, es un  
aliado fiel.

La Virgen María nos ayude a  
fiarnos del amor y la bondad  
del Padre celeste, a vivir en Él  
y con Él. Este es el presupuesto  
para superar los tormentos y

las adversidades de la vida, y también las persecuciones como nos demuestra el testimonio de muchos hermanos y hermanas nuestros.

-  
**Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas,*

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros peregrinos de Roma, Italia y distintos países.

Saludo a los fieles polacos de Varsovia y de otras localidades que han realizado una peregrinación mariana; y de

España los de Ciudad Real y los jóvenes de Formentera.

Saludo a los jóvenes de Cuneo, Zelarino, Mattarello y Malcesine, Fino Mornasco y Monteolimpino; los chicos de confirmación de Cavenago d'Adda, Almenno San Salvatore y Serravalle Scrivia; los fieles de Ferrara, Latina, Sora, Roseto degli Abruzzi, Creazzo y Rivalta sul Mincio.

Saludo al grupo venido en ocasión de la «Jornada de las enfermedades raras» —gracias, gracias a vosotros por todo lo que hacéis— y deseo que los

pacientes y sus familias sean  
adecuadamente sostenidos en  
su no fácil recorrido, tanto a  
nivel médico como legislativo.  
A todos os deseo un feliz  
domingo. Por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta la vista!

-



27 de febrero de 2017.

Mensaje para la XXXII jornada mundial de la juventud 2017.

-  
«El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí» (Lc 1,49)

-  
Nuestra época no necesita de «jóvenes-sofá»

El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí

Ser joven no significa estar desconectado del pasado

Cómo mantenerse unidos, siguiendo el ejemplo de María

Fidelidad creativa para construir tiempos nuevos

*Queridos jóvenes:*

Nos hemos puesto de nuevo en camino después de nuestro maravilloso encuentro en Cracovia, donde celebramos la XXXI Jornada Mundial de la Juventud y el Jubileo de los Jóvenes, en el contexto del Año Santo de la Misericordia. Allí dejamos que san Juan Pablo II y santa Faustina Kowalska, apóstoles de la divina misericordia, nos guiaran para encontrar una respuesta concreta a los desafíos de nuestro tiempo.

Experimentamos con fuerza la fraternidad y la alegría, y dimos al mundo un signo de esperanza; las distintas banderas y lenguas no eran un motivo de enfrentamiento y división, sino una oportunidad para abrir las puertas de nuestro corazón, para construir puentes.

Al final de la JMJ de Cracovia indiqué la próxima meta de nuestra peregrinación que, con la ayuda de Dios, nos llevará a Panamá en 2019. Nos acompañará en este camino la Virgen María, a quien todas las

generaciones llaman  
bienaventurada (cf. Lc 1,48).  
La siguiente etapa de nuestro  
itinerario está conectada con la  
anterior, centrada en las  
bienaventuranzas, pero nos  
impulsa a seguir adelante. Lo  
que deseo es que vosotros,  
jóvenes, caminéis no sólo  
haciendo *memoria* del pasado,  
sino también con *valentía* en el  
presente y *esperanza* en el  
futuro. Estas actitudes, siempre  
presentes en la joven Mujer de  
Nazaret, se encuentran  
reflejadas claramente en los  
temas elegidos para las tres

próximas JMJ. Este año (2017)  
vamos a reflexionar sobre la fe  
de María cuando dijo en  
el *Magnificat*: «El Todopoderoso  
*ha hecho cosas grandes en mí*»  
(Lc 1,49). El tema del próximo  
año (2018): «*No temas, María,*  
*porque has hallado gracia*  
*delante de Dios*» (Lc 1,30), nos  
llevará a meditar sobre la  
caridad llena de determinación  
con que la Virgen María recibió  
el anuncio del ángel. La JMJ  
2019 se inspirará en las  
palabras: «*He aquí la sierva del*  
*Señor; hágase en mí según tu*  
*palabra*» (Lc 1,38), que fue la

respuesta llena de esperanza de María al ángel.

En octubre de 2018, la Iglesia celebrará el Sínodo de los Obispos sobre el tema: *Los jóvenes, la fe y el*

*discernimiento vocacional.* Nos

preguntaremos sobre cómo

vivís vosotros, los jóvenes, la experiencia de fe en medio de los desafíos de nuestra época.

También vamos a abordar la

cuestión de cómo se puede

desarrollar un proyecto de vida

discerniendo vuestra vocación,

tomada en sentido amplio, es

decir, al matrimonio, en el

ámbito laical y profesional, o bien a la vida consagrada y al sacerdocio. Deseo que haya una gran sintonía entre el itinerario que llevará a la JMJ de Panamá y el camino sinodal.

*Nuestra época no necesita de «jóvenes-sofá»*

Según el Evangelio de Lucas, después de haber recibido el anuncio del ángel y haber respondido con su «sí» a la llamada para ser madre del Salvador, María se levanta y va de prisa a visitar a su prima Isabel, que está en el sexto

mes de embarazo (cf. 1,36.39).  
María es muy joven; lo que se  
le ha anunciado es un don  
inmenso, pero comporta  
también un desafío muy  
grande; el Señor le ha  
asegurado su presencia y su  
ayuda, pero todavía hay  
muchas cosas que aún no están  
claras en su mente y en su  
corazón. Y sin embargo María  
no se encierra en casa, no se  
deja paralizar por el miedo o el  
orgullo. María no es la clase de  
personas que para estar bien  
necesita un buen sofá donde  
sentirse cómoda y segura. No



es una joven-sofá (cf. *Discurso en la Vigilia, Cracovia, 30 de julio de 2016*). Si su prima anciana necesita una mano, ella no se demora y se pone inmediatamente en camino. El trayecto para llegar a la casa de Isabel es largo: unos 150 km. Pero la joven de Nazaret, impulsada por el Espíritu Santo, no se detiene ante los obstáculos. Sin duda, las jornadas de viaje le ayudaron a meditar sobre el maravilloso acontecimiento en el que estaba participando. Lo mismo nos sucede a nosotros cuando

empezamos nuestra peregrinación: a lo largo del camino vuelven a la mente los hechos de la vida, y podemos penetrar en su significado y profundizar nuestra vocación, que se revela en el encuentro con Dios y en el servicio a los demás.

*El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí*

El encuentro entre las dos mujeres, la joven y la anciana, está repleto de la presencia del Espíritu Santo, y lleno de alegría y asombro (cf. Lc 1, 40-

45). Las dos madres, así como los hijos que llevan en sus vientres, casi bailan a causa de la felicidad. Isabel, impresionada por la fe de María, exclama: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1, 45). Sí, uno de los mayores regalos que la Virgen ha recibido es la fe. Creer en Dios es un don inestimable, pero exige también recibirlo; e Isabel bendice a María por eso. Ella, a su vez, responde con el canto del *Magnificat* (cf. Lc 1,

46-55), donde encontramos las palabras: «El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí» (Lc 1, 49).

La oración de María es revolucionaria, es el canto de una joven llena de fe, consciente de sus límites, pero que confía en la misericordia divina. Esta pequeña y valiente mujer da gracias a Dios porque ha mirado su pequeñez y porque ha realizado la obra de la salvación en su pueblo, en los pobres y humildes. La fe es el corazón de toda la historia de María. Su cántico nos ayuda

a comprender cómo la misericordia del Señor es el motor de la historia, tanto de la persona, de cada uno de nosotros, como del conjunto de la humanidad.

Cuando Dios toca el corazón de un joven o de una joven, se vuelven capaces de grandes obras. Las «cosas grandes» que el Todopoderoso ha hecho en la vida de María nos hablan también del viaje de nuestra vida, que no es un deambular sin sentido, sino una peregrinación que, aun con todas sus incertidumbres y

sufrimientos, encuentra en Dios su plenitud (cf. *Ángelus*, 15 de agosto de 2015). Me diréis: «Padre, pero yo soy muy limitado, soy pecador, ¿qué puedo hacer?». Cuando el Señor nos llama no se fija en lo que somos, en lo que hemos hecho. Al contrario, en el momento en que nos llama, él está mirando todo lo que podríamos dar, todo el amor que somos capaces de ofrecer. Como la joven María, podéis hacer que vuestra vida se convierta en un instrumento para mejorar el mundo. Jesús

os llama a dejar vuestra huella en la vida, una huella que marque la historia, vuestra historia y la historia de muchos (cf. *Discurso en la Vigilia*, Cracovia, 30 de julio de 2016).

*Ser joven no significa estar desconectado del pasado*

María es poco más que una adolescente, como muchos de vosotros. Sin embargo, en el *Magnificat* alaba a su pueblo, su historia. Esto nos enseña que ser joven no significa estar desconectado del pasado. Nuestra historia personal forma

parte de una larga estela, de un camino comunitario que nos ha precedido durante siglos. Como María, pertenecemos a un pueblo. Y la historia de la Iglesia nos enseña que, incluso cuando tiene que atravesar mares revueltos, la mano de Dios la guía, le hace superar momentos difíciles. La verdadera experiencia en la Iglesia no es como un *flashmob*, en el que nos damos cita, se realiza una *performance* y luego cada uno se va por su propio camino. La Iglesia lleva en sí



una larga tradición, que se transmite de generación en generación, y que se enriquece al mismo tiempo con la experiencia de cada individuo. También vuestra historia tiene un lugar dentro de la historia de la Iglesia.

Hacer memoria del pasado sirve también para recibir las obras nuevas que Dios quiere hacer en nosotros y a través de nosotros. Y nos ayuda a dejarnos escoger como instrumentos suyos, colaboradores en sus proyectos salvíficos. También vosotros,

jóvenes, si reconocéis en  
vuestra vida la acción  
misericordiosa y omnipotente  
de Dios, podéis hacer grandes  
cosas y asumir grandes  
responsabilidades.

Me gustaría haceros algunas  
preguntas: ¿Cómo “guardáis”  
en vuestra memoria los  
acontecimientos, las  
experiencias de vuestra vida?  
¿Qué hacéis con los hechos y  
las imágenes grabadas en  
vuestros recuerdos? A algunos,  
heridos por las circunstancias  
de la vida, les gustaría  
“reiniciar” su pasado, ejercer el

derecho al olvido. Pero me  
gustaría recordaros que no hay  
santo sin pasado, ni pecador sin  
futuro. La perla nace de una  
herida en la ostra. Jesús, con  
su amor, puede sanar nuestros  
corazones, transformando  
nuestras heridas en auténticas  
perlas. Como decía san Pablo,  
el Señor muestra su fuerza a  
través de nuestra debilidad  
(cf. 2 Co 12,9).

Nuestros recuerdos, sin  
embargo, no deben quedar  
amontonados, como en la  
memoria de un disco duro. Y no  
se puede almacenar todo en

una "nube" virtual. Tenemos que aprender a hacer que los sucesos del pasado se conviertan en una realidad dinámica, para reflexionar sobre ella y sacar una enseñanza y un sentido para nuestro presente y nuestro futuro. Descubrir el hilo rojo del amor de Dios que conecta toda nuestra existencia es una tarea difícil pero necesaria. Muchos dicen que vosotros, los jóvenes, sois olvidadizos y superficiales. No estoy de acuerdo en absoluto. Pero hay que reconocer que en nuestros

días tenemos que recuperar la capacidad de reflexionar sobre la propia vida y proyectarla hacia el futuro. Tener un pasado no es lo mismo que tener una historia. En nuestra vida podemos tener tantos recuerdos, pero ¿cuántos de ellos construyen realmente nuestra memoria? ¿Cuántos son significativos para nuestros corazones y nos ayudan a dar sentido a nuestra existencia? En las «redes sociales», aparecen muchos rostros de jóvenes en multitud de fotografías, que hablan de

hechos más o menos reales,  
pero no sabemos cuánto de  
todo eso es «historia», una  
experiencia que pueda ser  
narrada, que tenga una  
finalidad y un sentido. Los  
programas en la televisión  
están llenos de los así llamados  
«*reality show*», pero no son  
historias reales, son sólo  
minutos que corren delante de  
una cámara, en los que los  
personajes viven al día, sin un  
proyecto. No os dejéis engañar  
por esa falsa imagen de la  
realidad. Sed protagonistas de  
vuestra historia, decidid

vuestro futuro.

*Cómo mantenerse unidos,*  
*siguiendo el ejemplo de María*

De María se dice que  
conservaba todas las cosas,  
meditándolas en su corazón  
(cf. Lc 2,19.51). Esta sencilla  
muchacha de Nazaret nos  
enseña con su ejemplo a  
conservar la memoria de los  
acontecimientos de la vida, y  
también a reunirlos,  
recomponiendo la unidad de los  
fragmentos, que unidos pueden  
formar un mosaico. ¿Cómo  
podemos, pues, ejercitarnos

concretamente en tal sentido?  
Os doy algunas sugerencias.  
Al final de cada jornada  
podemos detenernos unos  
minutos a recordar los  
momentos hermosos, los  
desafíos, lo que nos ha salido  
bien y, también, lo que nos ha  
salido mal. De este modo,  
delante de Dios y de nosotros  
mismos, podemos manifestar  
nuestros sentimientos de  
gratitud, de arrepentimiento y  
de confianza, anotándolos  
también, si queréis, en un  
cuaderno, una especie de diario  
espiritual. Esto quiere decir



rezar en la vida, con la vida y sobre la vida y, con toda seguridad, os ayudará a comprender mejor las grandes obras que el Señor realiza en cada uno de vosotros. Como decía san Agustín, a Dios lo podemos encontrar en los anchos campos de nuestra memoria (cf. *Confesiones*, Libro X, 8, 12).

Leyendo el *Magnificat* nos damos cuenta del conocimiento que María tenía de la Palabra de Dios. Cada versículo de este cántico tiene su paralelo en el Antiguo Testamento. La joven

madre de Jesús conocía bien las oraciones de su pueblo.

Seguramente se las habían enseñado sus padres y sus abuelos. ¡Qué importante es la transmisión de la fe de una generación a otra! Hay un tesoro escondido en las oraciones que nos han enseñado nuestros antepasados, en esa espiritualidad que se vive en la cultura de la gente sencilla y que conocemos como *piEDAD popular*. María recoge el patrimonio de fe de su pueblo y compone con él un canto

totalmente suyo y que es  
también el canto de toda la  
Iglesia. La Iglesia entera lo  
canta con ella. Para que  
también vosotros, jóvenes,  
podáis cantar  
un *Magnificat* totalmente  
vuestro y hacer de vuestra vida  
un don para toda la  
humanidad, es fundamental  
que conectéis con la tradición  
histórica y la oración de  
aquellos que os han precedido.  
De ahí la importancia de  
conocer bien la Biblia, la  
Palabra de Dios, de leerla cada  
día confrontándola con vuestra

vida, interpretando los acontecimientos cotidianos a la luz de cuánto el Señor os dice en las Sagradas Escrituras. En la oración y en la lectura orante de la Biblia (la llamada *Lectio divina*), Jesús hará arder vuestros corazones e iluminará vuestros pasos, aún en los momentos más difíciles de vuestra existencia (cf. *Lc 24,13-35*).

María nos enseña a vivir en una actitud eucarística, esto es, a dar gracias, a cultivar la alabanza y a no quedarnos sólo anclados en los problemas y las

dificultades. En la dinámica de la vida, las súplicas de hoy serán mañana motivo de agradecimiento. De este modo, vuestra participación en la Santa Misa y los momentos en que celebraréis el sacramento de la Reconciliación serán a la vez cumbre y punto de partida: vuestras vidas se renovarán cada día con el perdón, convirtiéndose en alabanza constante al Todopoderoso. «Fiaros del recuerdo de Dios [...] su memoria es un corazón tierno de compasión, que se regocija eliminando

definitivamente cualquier vestigio del mal» (Homilía en la S. Misa de la JMJ, Cracovia, 31 de julio de 2016).

Hemos visto que el Magnificat brota del corazón de María en el momento en que se encuentra con su anciana prima Isabel, quien, con su fe, con su mirada perspicaz y con sus palabras, ayuda a la Virgen a comprender mejor la grandeza del obrar de Dios en ella, de la misión que él le ha confiado. Y vosotros, ¿os dais cuenta de la extraordinaria fuente de riqueza que significa

el encuentro entre los jóvenes  
y los ancianos? ¿Qué  
importancia les dais a vuestros  
ancianos, a vuestros abuelos?  
Vosotros, con sobrada razón,  
aspiráis a «emprender el  
vuelo», lleváis en vuestro  
corazón muchos sueños, pero  
tenéis necesidad de la sabiduría  
y de la visión de los ancianos.  
Mientras abrís vuestras alas al  
viento, es indispensable que  
descubráis vuestras raíces y  
que toméis el testigo de las  
personas que os han precedido.  
Para construir un futuro que  
tenga sentido, es necesario

conocer los acontecimientos pasados y tomar posición frente a ellos (cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris Laetitia*, 191,193). Vosotros, jóvenes, tenéis la fuerza; los ancianos, la memoria y la sabiduría. Como María con Isabel, dirigid vuestra mirada hacia los ancianos, hacia vuestros abuelos. Ellos os contarán cosas que entusiasmarán vuestra mente y emocionarán vuestro corazón.

*Fidelidad creativa para construir tiempos nuevos*



Es verdad que tenéis pocos años de vida y, por esto mismo, os resulta difícil darle el debido valor a la tradición. Tened bien presente que esto no significa ser tradicionalistas. No. Cuando María en el Evangelio dice que «El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí» (Lc 1,49), se refiere a que aquellas «cosas grandes» no han terminado, sino que continúan realizándose en el presente. No se trata de un pasado remoto. El saber hacer memoria del pasado no quiere decir ser nostálgicos o

permanecer aferrados a un  
determinado período de la  
historia, sino saber reconocer  
los propios orígenes para volver  
siempre a lo esencial, y  
lanzarse con fidelidad creativa  
a la construcción de tiempos  
nuevos. Sería un grave  
problema que no beneficiaría a  
nadie el fomentar una memoria  
paralizante, que impone  
realizar siempre las mismas  
cosas del mismo modo. Es un  
don del cielo constatar que  
muchos de vosotros, con  
vuestros interrogantes, sueños  
y preguntas, os enfrentáis a

quienes consideran que las cosas no pueden ser diferentes. Una sociedad que valora sólo el presente tiende también a desprestigiar todo lo que se hereda del pasado, como por ejemplo las instituciones del matrimonio, de la vida consagrada, de la misión sacerdotal. Las mismas terminan por ser consideradas vacías de significado, formas ya superadas. Se piensa que es mejor vivir en las situaciones denominadas «abiertas», comportándose en la vida como en un *reality show*, sin

objetivos y sin rumbo. No os dejéis engañar. Dios ha venido para ensanchar los horizontes de nuestra vida, en todas las direcciones. Él nos ayuda a darle al pasado su justo valor para proyectar mejor un futuro de felicidad. Pero esto es posible solamente cuando vivimos experiencias auténticas de amor, que se hacen concretas en el descubrimiento de la llamada del Señor y en la adhesión a ella. Esta es la única cosa que nos hace felices de verdad.

Queridos jóvenes, encomiendo

a la maternal intercesión de la Bienaventurada Virgen María nuestro camino hacia Panamá, así como también el itinerario de preparación del próximo Sínodo de los Obispos. Os invito a recordar dos aniversarios importantes en este año 2017: los trecientos años del descubrimiento de la imagen de la Virgen de *Aparecida*, en Brasil; y el centenario de las apariciones de Fátima, en Portugal, adonde, si Dios quiere, iré en peregrinación el próximo mes de mayo. San Martín de Porres,

uno de los santos patronos de América Latina y de la JMJ de 2019, en su humilde servicio cotidiano tenía la costumbre de ofrecerle las mejores flores a María, como signo de su amor filial. Cultivad también vosotros, como él, una relación de familiaridad y amistad con Nuestra Señora, encomendándole vuestros gozos, inquietudes y preocupaciones. Os aseguro que no os arrepentiréis. La joven de Nazaret, que en todo el mundo ha asumido miles de rostros y de nombres

para acercarse a sus hijos,  
interceda por cada uno de  
nosotros y nos ayude a  
proclamar las grandes obras  
que el Señor realiza a través  
de nosotros.

Vaticano, 27 de febrero de  
2017.

Memoria de san Gabriel de  
Nuestra Señora de los Dolores

**FRANCISCO**

-

-

# **SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2017. Marzo.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*



## **MARZO.**

**1 de marzo de 2017.** Homilía en la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza.

**1 de marzo de 2017.**

Audiencia general. Cuaresma camino de esperanza.

**4 de marzo de 2017.** Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre música sacra.

**5 de marzo de 2017.**

ÁNGELUS.

**12 de marzo de 2017.**

Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana de santa

Magdalena de Canossa.

**12 de marzo de 2017.**

ÁNGELUS.

**15 de marzo de 2017.**

Audiencia general. El amor de Dios nunca falla.

**17 de marzo de 2017.**

Discurso a los participantes en el XXVIII curso sobre el fuero interno organizado por la penitenciaría apostólica.

**19 de marzo de 2017.**

ÁNGELUS.

**21 de marzo de 2017.** Video mensaje a los jóvenes de todo el mundo con ocasión de las próximas jornadas mundiales

de la juventud.

**22 de marzo de 2017.**

Audiencia general. La  
esperanza fundada en la  
Palabra.

**23 de marzo 2017.** Mensaje a  
la conferencia de la ONU para  
la negociación de un  
instrumento jurídicamente  
vinculante sobre la prohibición  
las armas nucleares que  
conduzca a su total  
eliminación.

**24 de marzo de 2017.**

Discurso a los jefes de estado y  
de gobierno de la Unión  
Europea presentes en Italia

para la celebración del 60 aniversario del tratado de Roma.

**25 de marzo de 2017.**

Homilía en la Santa Misa en su visita pastoral a Milán.

**25 de marzo de 2017.** Carta del Santo Padre Francisco para el IX encuentro mundial de las familias sobre el tema:

**26 de marzo de 2017.**

ÁNGELUS.

**29 de marzo de 2017.**

Audiencia general. Abrir el corazón.

1 de marzo de 2017. Homilía en la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza.

Miércoles.

«Volved a mí de todo corazón... volved a mí» (Jl 2,12), es el clamor con el que el profeta Joel se dirige al pueblo en nombre del Señor; nadie podía sentirse excluido: *llamad a los ancianos, reunid a los pequeños y a los niños de pecho y al recién casado* (cf. Jl 2, 6). Todo el Pueblo fiel es convocado para ponerse en marcha y adorar a

su *Dios que es «compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad» (Jl 2, 13).*

También nosotros queremos hacernos eco de este llamado; queremos volver al corazón misericordioso del Padre. En este tiempo de gracia que hoy comenzamos, fijamos una vez más nuestra mirada en su misericordia. La cuaresma es un camino: nos conduce a la victoria de la misericordia sobre todo aquello que busca aplastarnos o rebajarnos a cualquier cosa que no sea digna de un hijo de Dios. La

cuaresma es el camino de la esclavitud a la libertad, del sufrimiento a la alegría, de la muerte a la vida. El gesto de las cenizas, con el que nos ponemos en marcha, nos recuerda nuestra condición original: hemos sido tomados de la tierra, somos de barro. Sí, pero barro en las manos amorosas de Dios que sopló su espíritu de vida sobre cada uno de nosotros y lo quiere seguir haciendo; quiere seguir dándonos ese *aliento de vida* que nos salva de otro tipo de aliento: *la asfixia* sofocante

provocada por nuestros egoísmos; asfixia sofocante generada por mezquinas ambiciones y silenciosas indiferencias, asfixia que ahoga el espíritu, reduce el horizonte y anestesia el palpitar del corazón. El aliento de la vida de Dios nos salva de esta asfixia que apaga nuestra fe, enfría nuestra caridad y cancela nuestra esperanza. Vivir la cuaresma es anhelar ese aliento de vida que nuestro Padre no deja de ofrecernos en el fango de nuestra historia. El aliento de la vida de Dios nos



libera de esa asfixia de la que muchas veces no somos conscientes y que, incluso, nos hemos acostumbrado a «normalizar», aunque sus signos se hacen sentir; y nos parece «normal» porque nos hemos acostumbrado a respirar un aire cargado de falta de esperanza, aire de tristeza y de resignación, aire sofocante de pánico y aversión.

Cuaresma es el tiempo para decir «no». No, a la asfixia del espíritu por la polución que provoca la indiferencia, la negligencia de pensar que la

vida del otro no me pertenece por lo que intento banalizar la vida especialmente la de aquellos que cargan en su carne el peso de tanta superficialidad. La cuaresma quiere decir «no» a la polución intoxicante de las palabras vacías y sin sentido, de la crítica burda y rápida, de los análisis simplistas que no logran abrazar la complejidad de los problemas humanos, especialmente los problemas de quienes más sufren. La cuaresma es el tiempo de decir «no»; no, a la asfixia de una

oración que nos tranquilice la conciencia, de una limosna que nos deje satisfechos, de un ayuno que nos haga sentir que hemos cumplido. Cuaresma es el tiempo de decir no a la asfixia que nace de intimismos excluyentes que quieren llegar a Dios saltándose las llagas de Cristo presentes en las llagas de sus hermanos: esas espiritualidades que reducen la fe a culturas de gueto y exclusión.

Cuaresma es tiempo de memoria, es el tiempo de pensar y preguntarnos: ¿Qué

sería de nosotros si Dios nos hubiese cerrado las puertas?  
¿Qué sería de nosotros sin su misericordia que no se ha cansado de perdonarnos y nos dio siempre una oportunidad para volver a empezar?

Cuaresma es el tiempo de preguntarnos: ¿Dónde estaríamos sin la ayuda de tantos rostros silenciosos que de mil maneras nos tendieron la mano y con acciones muy concretas nos devolvieron la esperanza y nos ayudaron a volver a empezar?

Cuaresma es el tiempo para

volver a respirar, es el tiempo para abrir el corazón al aliento del único capaz de transformar nuestro barro en humanidad. No es el tiempo de rasgar las vestiduras ante el mal que nos rodea sino de abrir espacio en nuestra vida para todo el bien que podemos generar, despojándonos de aquello que nos aísla, encierra y paraliza. Cuaresma es el tiempo de la compasión para decir con el salmista: «Devuélvenos Señor la alegría de la salvación, afiánzanos con espíritu generoso para que con nuestra

vida proclamemos tu  
alabanza»; y nuestro barro —  
por la fuerza de tu aliento de  
vida— se convierta en «barro  
enamorado».

1 de marzo de 2017. Audiencia general. Cuaresma camino de esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este día, Miércoles de Ceniza, entramos en el Tiempo litúrgico de la Cuaresma. Y ya que estamos desarrollando el ciclo de catequesis sobre la esperanza cristiana, hoy querría presentaros la Cuaresma como camino de esperanza.

En efecto, esta perspectiva se hace evidente enseguida si pensamos que la Cuaresma ha sido instituida en la Iglesia como tiempo de preparación para la Pascua, y entonces todo el sentido de este periodo de cuarenta días toma luz del misterio pascual hacia el cual está orientado. Podemos imaginar al Señor resucitado que nos llama para salir de nuestras tinieblas, y nosotros nos ponemos en camino hacia Él que es la Luz. Y la Cuaresma es un camino hacia Jesús resucitado, es un periodo de



penitencia, incluso de mortificación, pero no fin en sí mismo, sino finalizado a hacernos resucitar con Cristo, a renovar nuestra identidad bautismal, es decir, a renacer nuevamente «desde lo alto», desde el amor de Dios (cf. *Jn 3, 3*). He aquí por qué la Cuaresma es, por su naturaleza, tiempo de esperanza.

Para comprender mejor qué significa esto, debemos referirnos a la esperanza fundamental del éxodo de los israelitas de Egipto, narrada

por la Biblia en el libro que lleva este nombre: Éxodo. El punto de partida es la condición de esclavitud de Egipto, la opresión, los trabajos forzados. Pero el Señor no ha olvidado a su pueblo y su promesa: llama a Moisés, con brazo potente, hace salir a los israelitas de Egipto y les guía a través del desierto hacia la Tierra de la libertad. Durante este camino de la esclavitud a la libertad, el Señor da a los israelitas la ley, para educarles a amarle, único Señor, y a amarse entre ellos como hermanos. La Escritura

muestra que el éxodo es largo y complicado: simbólicamente dura 40 años, es decir el tiempo de vida de una generación. Una generación que, ante las pruebas del camino, siempre tiene la tentación de añorar Egipto y volver atrás. También todos nosotros conocemos la tentación de volver atrás, todos. Pero el Señor permanece fiel y esa pobre gente, guiada por Moisés, llega a la Tierra prometida. Todo este camino está cumplido con la esperanza: la esperanza de

alcanzar la tierra, y precisamente en este sentido es un "éxodo", una salida de la esclavitud a la libertad. Y estos 40 días son también para todos nosotros una salida de la esclavitud, del pecado, a la libertad, al encuentro con el Cristo resucitado. Cada paso, cada fatiga, cada prueba, cada caída y cada recuperación, todo tiene sentido dentro del proyecto de salvación de Dios, que quiere para su pueblo la vida y no la muerte, la alegría y no el dolor.

La Pascua de Jesús es su éxodo,

con el cual Él nos ha abierto la vía para alcanzar la vida plena, eterna y beata. Para abrir esta vía, este pasaje, Jesús ha tenido que desnudarse de su gloria, humillarse, hacerse obediente hasta la muerte y la muerte de cruz. Abrirse el camino hacia la vida eterna le ha costado toda su sangre, y gracias a Él nosotros estamos salvados de la esclavitud del pecado. Pero esto no quiere decir que Él ha hecho todo y nosotros no debemos hacer nada, que Él ha pasado a través de la cruz y nosotros

“vamos al paraíso en carroza”. No es así. Nuestra salvación es ciertamente un don suyo, pero, ya que es una historia de amor, requiere nuestro “sí” y nuestra participación en su amor, como nos demuestra nuestra Madre María y después de Ella todos los santos.

La Cuaresma vive de esta dinámica: Cristo nos precede con su éxodo, y nosotros atravesamos el desierto gracias a Él y detrás de Él. Él es tentado por nosotros, y ha vencido al tentador por nosotros, pero también

nosotros debemos con Él afrontar las tentaciones y superarlas. Él nos dona el agua viva de su Espíritu, y a nosotros nos toca aprovechar su fuente y beber, a través de los Sacramentos, de la oración, de la adoración; Él es la luz que vence las tinieblas, y a nosotros se nos pide alimentar la pequeña llama que nos ha sido encomendada el día de nuestro bautismo.

En este sentido la Cuaresma es «signo sacramental de nuestra conversión» (*Misal Romano*, Oración colecta, I

Domingo de Cuaresma); quien hace el camino de la Cuaresma está siempre en el camino de la conversión. La Cuaresma es signo sacramental de nuestro camino de la esclavitud a la libertad, que siempre hay que renovar. Un camino arduo, como es justo que sea, porque el amor es trabajoso, pero un camino lleno de esperanza. Es más, diría algo más: el éxodo cuaresmal es el camino en el cual la esperanza misma se forma. La fatiga de atravesar el desierto —todas las pruebas, las tentaciones, las ilusiones,



los espejismos...—, todo esto vale para forjar una esperanza fuerte, sólida, sobre el modelo de la Virgen María, que en medio de las tinieblas de la Pasión y de la muerte de su Hijo siguió creyendo y esperando en su resurrección, en la victoria del amor de Dios. Con el corazón abierto a este horizonte, entramos hoy en la Cuaresma. Sintiéndonos parte del Pueblo santo de Dios, iniciamos con alegría este camino de esperanza.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los exhorto a caminar en esperanza y con empeño en este camino de amor, que hoy Dios nos propone al inicio de la Cuaresma. Que nuestro esfuerzo forje una esperanza sólida, como la de María, que continuó a creer y a esperar incluso cuando se encontraba junto a la cruz de su Hijo. Que Dios los bendiga a todos.

4 de marzo de 2017. Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre música sacra.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Tengo el placer de encontrarles a todos vosotros, reunidos en Roma procedentes de distintos países para participar en el Congreso sobre "Música e Iglesia: culto y cultura 50 años después de la *Musicam sacram*", organizado por el Pontificio

Consejo de la Cultura y de la Congregación para la Educación Católica, en colaboración con el Pontificio Instituto de Música Sacra y el Pontificio Instituto Litúrgico del Ateneo San Anselmo. Os saludo a todos cordialmente, empezando por el cardenal Gianfranco Ravasi, al que doy las gracias por su introducción. Deseo que la experiencia de encuentro y de diálogo vivida en estos días, en la reflexión común de la música sacra y particularmente sobre sus aspectos culturales y artísticos, resulte fructífera

para las comunidades eclesiales.

Medio siglo después de la Instrucción *Musicam sacram*, el congreso ha querido profundizar, en una óptica interdisciplinaria y ecuménica, la relación actual entre la música sacra y la cultura contemporánea, entre el repertorio musical adoptado y usado por la comunidad cristiana y las tendencias musicales prevalentes. De gran importancia ha sido también la reflexión sobre la formación estética y musical tanto del

clero y de los religiosos como de los laicos comprometidos en la vida pastoral, y más directamente en las *scholae cantorum*.

El primer documento emanado del Concilio Vaticano II fue precisamente la Constitución sobre la liturgia *Sacrosanctum Concilium*. Los Padres Conciliares advertían bien la dificultad de los fieles para participar en la liturgia de la que ya no comprendían plenamente el lenguaje, las palabras y los signos. Para concretar las líneas

fundamentales trazadas por la Constitución, fueron emanadas las Instrucciones, entre las cuales, precisamente, la de la música sacra. Desde entonces, aunque no se han producido nuevos documentos del Magisterio sobre el argumento, ha habido varias y significativas intervenciones pontificias que han orientado la reflexión y el compromiso pastoral. Todavía es de gran actualidad la premisa de la mencionada Instrucción: «La acción litúrgica adquiere una forma más noble cuando se realiza con canto:

cada uno de los ministros desempeña su función propia y el pueblo participa en ella. De esta manera, la oración adopta una expresión más penetrante; el misterio de la sagrada liturgia y su carácter jerárquico y comunitario se manifiestan más claramente; mediante la unión de las voces, se llega a una más profunda unión de corazones; desde la belleza de lo sagrado, el espíritu se eleva más fácilmente a lo invisible; en fin, toda la celebración prefigura con más claridad la liturgia santa de la nueva



Jerusalén» (n. 5).

El Documento, siguiendo las indicaciones conciliares, evidencia más veces la importancia de la participación de toda la asamblea de los fieles, definitiva «activa, consciente, plena», y subraya también muy claramente que la «la verdadera solemnidad de la acción litúrgica no depende tanto de una forma rebuscada de canto o de un desarrollo magnífico de ceremonias, cuanto de aquella celebración digna y religiosa» (n. 11). Se trata, por eso en primer lugar,

de participar intensamente en el Misterio de Dios, en la "teofanía" que se cumple en cada celebración eucarística, en la que el Señor se hace presente en medio de su pueblo, llamado a participar realmente en la salvación realizada por Cristo muerto y resucitado. La participación activa y consciente consiste, por tanto, en el saber entrar profundamente en tal misterio, en el saberlo contemplar, adorar y acoger, en el percibir el sentido, gracias en particular al religioso silencio y a la

«musicalidad del lenguaje con la que el Señor nos habla» (Homilía en Santa Marta, 12 de diciembre 2013). En esta perspectiva se mueve la reflexión sobre la renovación de la música sacra y sobre su preciosa aportación. Al respecto, emerge una doble misión que la Iglesia está llamada a perseguir, especialmente a través de los que de distinta forma trabajan en este sector. Se trata, por una parte, de proteger y valorar el rico y variado patrimonio heredado del

pasado, utilizándolo con equilibrio en el presente y evitando el riesgo de una visión nostálgica o “arqueológica”. Por otro lado, es necesario hacer que la música sacra y el canto litúrgico sean plenamente “inculturados” en los lenguajes artísticos y musicales de la actualidad; sepan encarnar y traducir la Palabra de Dios en cantos, sonidos, armonías que hagan vibrar el corazón de nuestros contemporáneos, creando también un oportuno clima emotivo, que disponga a la fe y suscite la acogida a la

plena participación al misterio que se celebra.

Ciertamente el encuentro con la modernidad y la introducción de las lenguas habladas en la Liturgia ha provocado muchos problemas: de lenguaje, de formas y de géneros musicales. A veces ha prevalecido una cierta mediocridad, superficialidad y banalidad, a expensas de la belleza e intensidad de las celebraciones litúrgicas. Por esto los varios protagonistas de este ámbito, músicos y compositores, directores y coristas de *scholae*

*cantorum*, animadores de la liturgia, pueden dar una preciosa contribución a la renovación, sobre todo cualitativa, de la música sacra y del canto litúrgico. Para favorecer este recorrido, es necesario promover una formación musical adecuada, también en los que se preparan para convertirse en sacerdotes, en el diálogo con las corrientes musicales de nuestro tiempo, con las instancias de las diferentes áreas culturales, y en actitud ecuménica. Queridos hermanos y

hermanas, os doy las gracias una vez más por vuestro compromiso en el ámbito de la música sacra. Os acompañe la Virgen María, que en el Magnificat cantó la santidad misericordiosa de Dios. Os animo a no perder de vista este objetivo importante: ayudar a la asamblea litúrgica y el Pueblo de Dios a percibir y participar, con todos los sentidos, físicos y espirituales, al misterio de Dios. La música sacra y el canto litúrgico tienen la tarea de donarse en el sentido de la gloria de Dios, de

su belleza, de su santidad que nos envuelve como una "nube luminosa".

Os pido por favor que recéis por mí y os imparto de corazón la Bendición Apostólica.



5 de marzo de 2017. ÁNGELUS.

I Domingo de Cuaresma.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este primer domingo de Cuaresma, el Evangelio nos introduce en el camino hacia la Pascua, mostrando a Jesús que permanece durante cuarenta días en el desierto, sometido a las tentaciones del diablo (cf. *Mat* 4, 1-11). Este episodio se coloca en un momento preciso de la vida de Jesús: justo después del bautismo en

el río Jordán y antes del ministerio público. Él acaba de recibir la investidura solemne: el Espíritu de Dios ha descendido sobre Él, el Padre del Cielo lo ha declarado: «Este es mi Hijo amado» (*Mat 3, 17*). Jesús ya está preparado para empezar su misión; y ya que esta tiene un enemigo declarado, es decir Satanás, Él lo afronta enseguida, "cuerpo a cuerpo". El diablo hace presión precisamente en el título de "Hijo de Dios" para alejar a Jesús del cumplimiento de su misión: «Si eres Hijo de

Dios...», lo repite (*Mat 3, 6*), y le propone hacer gestos milagrosos —hacer el “mago”— como transformar las piedras en pan para saciar su hambre, y tirarse abajo desde el muro del templo y hacerse salvar por los ángeles. A estas dos tentaciones, sigue la tercera: adorarle a él, el diablo, para tener el dominio sobre el mundo (cf. *Mat 3, 9*).

Mediante esta triple tentación, Satanás quiere desviar a Jesús del camino de la obediencia y de la humillación —porque sabe que así, por este camino, el mal

será derrotado— y llevarlo por el falso atajo del éxito y de la gloria. Pero las flechas venenosas del diablo son todas “paradas” por Jesús con el escudo de la Palabra de Dios (*Mat 4, 7.10*) que expresa la voluntad del Padre. Jesús no dice ninguna palabra propia: responde solamente con la Palabra de Dios.

Y así el Hijo, lleno de la fuerza del Espíritu Santo, sale victorioso del desierto.

Durante los cuarenta días de la Cuaresma, como cristianos estamos invitados a seguir las

huellas de Jesús y afrontar el combate espiritual contra el maligno con la fuerza de la Palabra de Dios. No con nuestra palabra, no sirve. La Palabra de Dios: esa tiene la fuerza para derrotar a sataná's. Por esto es necesario familiarizarse con la Biblia: leerla a menudo, meditarla, asimilarla. La Biblia contiene la Palabra de Dios, que es siempre actual y eficaz. Alguno ha dicho: ¿qué sucedería si usáramos la Biblia como tratamos nuestro móvil? ¿Si la llevásemos siempre con nosotros, o al menos el

pequeño Evangelio de bolsillo, qué sucedería?; si volviésemos atrás cuando la olvidamos: tú te olvidas el móvil —¡oh!—, no lo tengo, vuelvo atrás a buscarlo; si la abriéramos varias veces al día; si leyéramos los mensajes de Dios contenidos en la Biblia como leemos los mensajes del teléfono, ¿qué sucedería? Claramente la comparación es paradójica, pero hace reflexionar. De hecho, si tuviéramos la Palabra de Dios siempre en el corazón, ninguna tentación podría alejarnos de

Dios y ningún obstáculo podría hacer que nos desviáramos del camino del bien; sabríamos vencer las sugerencias diarias del mal que está en nosotros y fuera de nosotros; nos encontraríamos más capaces de vivir una vida resucitada según el Espíritu, acogiendo y amando a nuestros hermanos, especialmente a los más débiles y necesitados, y también a nuestros enemigos.

La Virgen María, icono perfecto de la obediencia a Dios y de la confianza incondicional a su voluntad, nos sostenga en el

camino cuaresmal, para que nos pongamos en dócil escucha de la Palabra de Dios para realizar una verdadera conversión del corazón.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Dirijo un cordial saludo a las familias, a los grupos parroquiales, a las asociaciones y a todos los peregrinos venidos de Italia y distintos países.

Saludo a los fieles procedentes de Madrid, Córdoba y Varsovia;



y a los de Belluno y Mestre.  
Saludo a los jóvenes del  
decanato de Baggio (Milán) y a  
los participantes del encuentro  
promovido por las Maestras  
Pías Filipinas.

Hace pocos días que hemos  
iniciado la Cuaresma, que es el  
camino del Pueblo de Dios  
hacia la Pascua, un camino de  
conversión, de lucha contra el  
mal con las armas de la  
oración, del ayuno y de las  
obras de caridad. Deseo a todos  
que el camino cuaresmal sea  
rico de frutos; y os pido un  
recuerdo en la oración por mí y

por mis colaboradores de la Curia romana, que este tarde empezaremos la semana de Ejercicios Espirituales. Gracias de corazón por esta oración que vais a hacer.

Y por favor, no olvidéis —ino olvidéis!— qué sucedería si usáramos la Biblia como usamos nuestro móvil. Pensad en esto. La Biblia siempre con nosotros, ¡cerca de nosotros!  
¡Os deseo buen domingo!  
¡Buen almuerzo! ¡Hasta pronto!

12 de marzo de 2017. Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana de santa Magdalena de Canossa.

Domingo.

Dos veces se hace referencia, en este pasaje del Evangelio (cf. *Mat 17, 1-9*), a la belleza de Jesús, de Jesús-Dios, Jesús luminoso, de Jesús lleno de alegría y de vida. Primero, en la visión: «Y se transfiguró». Se transfigura ante ellos, ante los discípulos: «su rostro se puso brillante como el sol y sus

vestidos se volvieron blancos como la luz». Y Jesús se transforma, se transfigura. La segunda vez, mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó que no hablasen de esta visión antes de que Él no hubiese resucitado de entre los muertos, es decir en la resurrección Jesús tendrá — había tenido, pero en ese momento todavía no había resucitado— el mismo rostro luminoso, brillante, ¡así será! Pero ¿qué quería decir? Que entre esta transfiguración, tan hermosa, y esa resurrección,

habrá otro rostro de Jesús:  
habrá un rostro no tan bonito;  
habrá un rostro feo,  
desfigurado, torturado,  
despreciado, sangriento por la  
corona de espinas... Todo el  
cuerpo de Jesús estará  
precisamente como una cosa  
para descartar. Dos  
transfiguraciones y en medio  
Jesús Crucificado, la cruz.  
¡Debemos mirar mucho la cruz!  
Es Jesús-Dios —«este es mi  
Hijo», «este es mi Hijo, el  
amado»—, Jesús, el Hijo de  
Dios, Dios mismo, en el cual el  
Padre se complace: ¡Él se

aniquiló para salvarnos! y para usar una palabra demasiado fuerte, demasiado fuerte, quizás una de las palabras más fuertes del Nuevo Testamento, una palabra que usa Pablo: se ha hecho pecado (cf. 2 *Cor* 5, 21). El pecado es la cosa más fea; el pecado es la ofensa a Dios, el bofetón a Dios. Es decir a Dios: «Tú no me importas, yo prefiero esto...». Y Jesús se hizo pecado, se aniquiló, se abajó hasta ahí... Y para preparar a los discípulos a no escandalizarse de verle así, en la cruz, hizo esta

transfiguración.

Nosotros estamos acostumbrados a hablar de los pecados: cuando nos confesamos —«he cometido este pecado, he cometido ese otro...»—; y también en la confesión, cuando nosotros somos perdonados, sentimos que somos perdonados porque Él tomó este pecado en la Pasión: Él se hizo pecado.

Nosotros estamos acostumbrados a hablar de los pecados de los demás. Es una cosa fea... en lugar de hablar de los pecados de los demás, no

digo que nos hagamos pecado  
nosotros, porque no podemos,  
sino mirar nuestros pecados y a  
Él, que se hizo pecado. Este es  
el camino hacia la Pascua,  
hacia la Resurrección: con la  
seguridad de esta  
transfiguración seguir  
adelante; ver este rostro tan  
luminoso, tan bonito que será  
el mismo en la Resurrección y  
el mismo que encontraremos  
en el Cielo, y también ver este  
otro rostro, que se hizo pecado,  
que pagó así, por todos  
nosotros. Jesús se hizo pecado,  
se hizo maldición de Dios por



nosotros: el Hijo bendecido, en la Pasión se convirtió en maldito porque cargó sobre sí nuestros pecados (cf. *Gal 3, 10-14*). Pensemos, en esto.

¡Cuánto amor! ¡Cuánto amor! Y pensemos también en la belleza del rostro transfigurado de Jesús que encontraremos en el Cielo.

Y que esta contemplación de los dos rostros de Jesús —el transfigurado y el hecho pecado, hecho maldición— nos anime a seguir adelante por el camino de la vida, en el camino de la vida cristiana. Nos anime

a pedir perdón por nuestros pecados, a no pecar tanto... nos anime sobre todo a tener confianza, porque Él se hizo pecado y porque cargó sobre sí los nuestros.

Y Él está dispuesto siempre a perdonarnos. Solamente, debemos pedirselo.

12 de marzo de 2017.

ÁNGELUS.

II Domingo de Cuaresma

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este segundo domingo de Cuaresma nos presenta la narración de la Transfiguración de Jesús (cf. *Mat 17, 1-9*). Se lleva aparte a tres apóstoles: Pedro, Santiago y Juan, Él subió con ellos a un monte alto, y allí ocurrió este singular fenómeno: el rostro de Jesús

«se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz» (*Mat 17, 2*). De tal manera el Señor hizo resplandecer en su misma persona la gloria divina que se podía percibir con la fe en su predicación y en sus gestos milagrosos. Y la transfiguración es acompañada, en el monte, con la aparición de Moisés y de Elías, «que conversaban con él» (*Mat 17, 3*).

La "luminosidad" que caracteriza este evento extraordinario simboliza el objetivo: iluminar las mentes y

los corazones de los discípulos para que puedan comprender claramente quién es su Maestro. Es un destello de luz que se abre de repente sobre el misterio de Jesús e ilumina toda su persona y toda su historia.

Ya en marcha hacia Jerusalén, donde deberá padecer la condena a muerte por crucifixión, Jesús quiere preparar a los suyos para este escándalo —el escándalo de la cruz—, para este escándalo demasiado fuerte para su fe y, al mismo tiempo, preanunciar

su resurrección,  
manifestándose como el  
Mesías, el Hijo de Dios. Y Jesús  
les prepara para ese momento  
triste y de tanto dolor. En  
efecto, Jesús estaba  
demostrando ser un Mesías  
diverso respecto a lo que se  
esperaba, a lo que ellos  
imaginaban sobre el Mesías,  
como fuese el Mesías: no un  
rey potente y glorioso, sino un  
siervo humilde y desarmado;  
no un señor de gran riqueza,  
signo de bendición, sino un  
hombre pobre que no tiene  
donde apoyar su cabeza; no un

patriarca con numerosa descendencia, sino un célibe sin casa ni nido. Es de verdad una revelación de Dios invertida, y el signo más desconcertante de esta escandalosa inversión es la cruz. Pero precisamente a través de la cruz Jesús alcanzará la gloriosa resurrección, que será definitiva, no como esta transfiguración que duró un momento, un instante.

Jesús transfigurado sobre el monte Tabor quiso mostrar a sus discípulos su gloria no para evitarles pasar a través de la

cruz, sino para indicar a dónde lleva la cruz. Quien muere con Cristo, con Cristo resurgirá. Y la cruz es la puerta de la resurrección. Quien lucha junto a Él, con Él triunfará. Este es el mensaje de esperanza que la cruz de Jesús contiene, exhortando a la fortaleza en nuestra existencia. La Cruz cristiana no es un ornamento de la casa o un adorno para llevar puesto, la cruz cristiana es un llamamiento al amor con el cual Jesús se sacrificó para salvar a la humanidad del mal y del pecado. En este tiempo de



Cuaresma, contemplamos con devoción la imagen del crucifijo, Jesús en la cruz: ese es el símbolo de la fe cristiana, es el emblema de Jesús, muerto y resucitado por nosotros. Hagamos que la cruz marque las etapas de nuestro itinerario cuaresmal para comprender cada vez más la gravedad del pecado y el valor del sacrificio con el cual el Redentor nos ha salvado a todos nosotros. La Virgen Santa supo contemplar la gloria de Jesús escondida en su humanidad. Nos ayude a estar

con Él en la oración silenciosa,  
a dejarnos iluminar por su  
presencia, para llevar en el  
corazón, a través de las noches  
más oscuras, un reflejo de su  
gloria.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Expreso mi cercanía al pueblo  
de Guatemala, que vive un luto  
por el grave y triste incendio  
producido en el interior de la  
Casa Refugio Virgen de la  
Asunción, causando víctimas y  
heridos entre las chicas que allí

vivían. Que el Señor acoja sus  
almas, cure a los heridos,  
consuele a sus familias  
doloridas y a toda la nación.  
Rezo también y os pido que  
recéis conmigo por todas las  
chicas y los chicos víctimas de  
la violencia, de maltratos, de  
explotación y de las guerras.  
Esta es una plaga, este es un  
grito escondido que debe ser  
escuchado por todos nosotros y  
que no podemos seguir  
fingiendo no ver y no escuchar.  
Dirijo un cordial saludo a todos  
los aquí presentes, fieles de  
Roma y de muchas partes del

mundo. Saludo a los peregrinos de Friburgo y Mannheim, en Alemania, así como a los del Líbano y a los maratonistas de Portugal. Saludo a los grupos parroquiales provenientes de Gioiosa Ionica y Pachino; a los chicos de Lodi que se preparan para la "Profesión de fe"; a los estudiantes de Dalmine y Busto Arsizio. Es verdad lo que decís: "no a la cultura del descarte" [lee la pancarta]; y al coro juvenil "Gota a gota" de Bérgamo.

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor no os

olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta pronto!

15 de marzo de 2017.

Audiencia general. El amor de Dios nunca falla.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Sabemos bien que el gran mandamiento que nos ha dejado el Señor Jesús es el de amar: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente y amar al prójimo como a ti mismo (cf. *Mat 22,37-39*), es decir estamos llamados al amor, a la

caridad: y esta es nuestra vocación más alta, nuestra vocación por excelencia; y a esta está unida también la alegría de la esperanza cristiana. Quien ama tiene la alegría de la esperanza, de llegar a encontrar el gran amor que es el Señor.

El apóstol Pablo, en el pasaje de la Carta a los Romanos que acabamos de escuchar, nos advierte: existe el riesgo de que nuestra caridad sea hipócrita, que nuestro amor sea hipócrita. Nos tenemos que preguntar entonces: ¿cuándo

sucede esta hipocresía? ¿Y cómo podemos estar seguros de que nuestro amor es sincero, que nuestra caridad es auténtica? De no fingir hacer caridad o que nuestro amor no sea una telenovela: amor sincero, fuerte...

La hipocresía puede insinuarse en cualquier parte, también en nuestra forma de amar. Esto se verifica cuando el nuestro es un amor interesado, movido por intereses personales; y cuántos amores interesados hay... cuando los servicios caritativos en los que parece



que nos esforzamos se cumplen para mostrarnos a nosotros mismos o para sentirnos satisfechos: "¡Pero qué bueno soy!" ¡No, esto es hipocresía! O incluso cuando tendemos a cosas que tengan "visibilidad" para hacer una demostración de nuestra inteligencia o de nuestras capacidades. Detrás de todo esto hay una idea falsa, engañosa, es decir, que, si amamos, es porque nosotros somos buenos; como si la caridad fuera una creación del hombre, un producto de nuestro corazón. La caridad, sin

embargo, es sobre todo una gracia; un regalo; poder amar es un don de Dios, y debemos pedirlo. Y él lo da con gusto, si lo pedimos. La caridad es una gracia: no consiste en hacer ver lo que somos, sino lo que el Señor nos dona y que nosotros libremente acogemos; y no se puede expresar en el encuentro con los otros si antes no es generada del encuentro con el rostro manso y misericordioso de Jesús.

Pablo nos invita a reconocer que somos pecadores, y que también nuestra forma de amar

está marcada por el pecado. Al mismo tiempo, sin embargo, nos hace portadores de un nuevo anuncio, un anuncio de esperanza: el Señor abre delante de nosotros un camino de liberación, un camino de salvación. Es la posibilidad de vivir también nosotros el gran mandamiento del amor, de convertirse en instrumento de la caridad de Dios. Y esto sucede cuando nos dejamos sanar y renovar el corazón de Cristo resucitado. El Señor resucitado que vive entre nosotros, que vive con nosotros

es capaz de sanar nuestro corazón: lo hace, si nosotros lo pedimos. Es Él que nos permite, aun en nuestra pequeñez y pobreza, experimentar la compasión del Padre y celebrar las maravillas de su amor. Y se entiende entonces que todo lo que podemos vivir y hacer por los hermanos no es otra cosa que la respuesta a lo que Dios ha hecho y continúa haciendo por nosotros. Es más, es Dios mismo que, habitando en nuestro corazón y en nuestra vida, continúa haciéndose

cercano y sirviendo a todos aquellos que encontramos cada día en nuestro camino, empezando por los últimos y los más necesitados en los cuales Él, en primer lugar, se reconoce.

El apóstol Pablo, entonces, con estas palabras no quiere tanto regañarnos, sino más bien animarnos a reavivar en nosotros la esperanza. Todos de hecho tenemos la experiencia de no vivir en plenitud o como deberíamos el mandamiento del amor. Pero también esta es una gracia, porque nos hace

comprender que por nosotros mismos no somos capaces de amar verdaderamente: necesitamos que el Señor renueve continuamente este don en nuestro corazón, a través de la experiencia de su infinita misericordia. Es entonces que volveremos a apreciar las pequeñas cosas, las cosas sencillas, ordinarias; que volveremos a apreciar todas estas pequeñas cosas de todos los días y seremos capaces de amar a los demás como les ama Dios, queriendo su bien, es decir que sean santos, amigos

de Dios; y estaremos contentos por la posibilidad de hacernos cercanos a quien es pobre y humilde, como Jesús hace con cada uno de nosotros cuando estamos lejos del Él, de doblarnos ante los pies de los hermanos, como Él, Buen Samaritano, hace con cada uno de nosotros, con su compasión y su perdón.

Queridos hermanos, esto que el apóstol Pablo nos ha recordado es el secreto —uso sus palabras— para estar «con la alegría de la esperanza» (*Rom 12,12*), porque sabemos que en toda

circunstancia, también en la más adversa, y también a través de nuestros mismos fracasos, el amor de Dios nunca falla. Y entonces, con el corazón visitado y habitado por su gracia y su fidelidad, vivimos en la alegre esperanza de corresponder a los hermanos, por ese poco que podemos, el equivalente de lo que recibimos de Él cada día.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos



provenientes de España y Latinoamérica. En este tiempo de cuaresma, los invito a que, alegres en la esperanza, reaviven en sus corazones el amor que han recibido de Dios y lo compartan con todos los hombres con obras de caridad sincera. Que Dios los bendiga.

17 de marzo de 2017. Discurso a los participantes en el XXVIII curso sobre el fuero interno organizado por la penitenciaría apostólica.

Viernes.

*Queridos hermanos:*

Estoy feliz de encontrarme con vosotros, en esta primera audiencia después del Jubileo de la Misericordia, con ocasión del curso anual sobre el Foro Interno. Dirijo un cordial saludo al cardenal Penitenciario mayor, y le doy las gracias por sus

corteses palabras. Saludo al Regente, a los Prelados, a los oficiales y al personal de la Penitenciaría, a los colegas de los penitenciarios ordinarios y extraordinarios de las Basílicas Papales *in Urbe*, y a todos vosotros participantes en este curso.

En realidad, os lo confieso, este de la Penitenciaría es el tipo de tribunal que me gusta de verdad! porque es un "tribunal de la misericordia", al cual se dirige para obtener esa indispensable medicina para nuestra alma que es la

Misericordia divina!

Vuestro curso sobre el foro interno, que contribuye a la formación de buenos confesores, es lo más útil e incluso diría necesario en nuestros días. Ciertamente, no se convierte en buenos confesores gracias a un curso, no: la de la confesión es una "larga escuela", que dura toda la vida. Pero ¿Quién es el "buen confesor"? ¿Cómo se convierte en un buen confesor?

Querría indicar, al respecto, tres aspectos:

1. Un "buen confesor" es, ante

todo, un verdadero amigo de Jesús Buen Pastor. Sin esta amistad, será muy difícil madurar esa paternidad, tan necesaria en el ministerio de la reconciliación. Ser amigos de Jesús significa ante todo cultivar la oración. Tanto una oración personal con el Señor, pidiendo incesantemente el don de la caridad pastoral; como una oración específica para el ejercicio de la tarea de confesores y por los fieles, hermanos y hermanas que se acercan a nosotros en busca de la misericordia de Dios.

Un ministerio de la reconciliación “envuelto de oración” será reflejo creíble de la misericordia de Dios y evitará esas asperezas e incomprensiones que, de vez en cuando, se podrían generar incluso en el encuentro sacramental. Un confesor que reza sabe bien que es él mismo el primer pecador y el primer perdonado. No se puede perdonar en el sacramento sin la conciencia de haber sido perdonado antes. Y entonces la oración es la primera garantía para evitar toda actitud de

dureza, que inútilmente juzga al pecador y no el pecado.

En la oración es necesario implorar el don de un corazón herido, capaz de comprender las heridas de los demás y de sanarlas con el óleo de la misericordia, lo que el buen samaritano derramó sobre las llagas de ese desafortunado, por el cual nadie había tenido piedad (cf. *Lc* 10, 34).

En la oración debemos pedir el precioso don de la humildad, para que aparezca siempre claramente que el perdón es don gratuito y sobrenatural de

Dios, del cual nosotros somos simples, aunque necesarios, administradores, por voluntad misma de Jesús; y Él se complacerá ciertamente si hacemos largo uso de su misericordia.

En la oración, además, invocamos siempre al Espíritu Santo, que es el Espíritu de discernimiento y de compasión. El Espíritu permite empatizar con los sufrimientos de las hermanas y los hermanos que se acercan al confesionario y de acompañarlos con prudente y maduro discernimiento y con



verdadera compasión por los sufrimientos, causados por la pobreza del pecado.

2. El buen confesor es, en segundo lugar, un hombre del Espíritu, un hombre del discernimiento. ¡Cuánto mal viene de la falta de discernimiento! ¡Cuánto mal viene a las almas por un actuar que no echa raíces en la escucha humilde del Espíritu Santo y de la voluntad de Dios!. El confesor no hace su propia voluntad y no enseña una doctrina propia. Él es llamado a hacer siempre y solo

la voluntad de Dios, en plena comunión con la Iglesia, de la cual es ministro, es decir, siervo.

El discernimiento permite distinguir siempre, para no confundir, y para no generalizar. El discernimiento educa la mirada y el corazón, permitiendo esa delicadeza de alma tan necesaria ante quien abre el sagrario de la propia conciencia para recibir luz, paz y misericordia.

El discernimiento es necesario también porque, quien se acerca al confesionario, puede

provenir de las más disparatadas situaciones; podría tener también trastornos espirituales, cuya naturaleza debe ser sometida al atento discernimiento, teniendo en cuenta todas las circunstancias existenciales, eclesiales, naturales y sobrenaturales. Allí donde el confesor se diese cuenta de la presencia de auténticos y verdaderos trastornos espirituales —que pueden ser incluso en gran parte psíquicos, y eso debe ser verificado a través de una sana colaboración con las ciencias

humanas—, no deberá dudar en referirlo a quienes, en la diócesis, están encargados de este delicado y necesario ministerio, es decir los exorcistas. Pero estos deben ser elegidos con mucho cuidado y prudencia.

3. Por último, el confesionario es también un auténtico y verdadero lugar de evangelización. No hay, efectivamente, evangelización más auténtica que el encuentro con el Dios de la misericordia, con el Dios que es Misericordia. Encontrar la misericordia

significa encontrar el verdadero rostro de Dios, así como el Señor Jesús nos lo ha revelado. El confesionario es entonces lugar de evangelización y por tanto de formación. Durante el breve diálogo que entabla con el penitente, el confesor está llamado a discernir qué cosa es más útil y qué cosa es, incluso, necesaria para el camino espiritual de ese hermano o de esa hermana; de vez en cuando será necesario volver a anunciar las más elementales verdades de fe, el núcleo incandescente, el *kerigma*, sin

el cual la misma experiencia del amor de Dios y de su misericordia permanecería como muda; algunas veces se intentará indicar los fundamentos de la vida moral, siempre en relación con la verdad, el bien y la voluntad del Señor. Se trata de una obra de preparado e inteligente discernimiento, que puede hacer mucho bien a los fieles. El confesor, efectivamente, está llamado cotidianamente a dirigirse a “las periferias del mal y del pecado” —esta es una fea periferia!— y su obra

representa una auténtica prioridad pastoral. Confesar es prioridad pastoral. Por favor, que no haya esos carteles: "se confiesa solo el lunes, miércoles de tal hora a tal hora". Se confiesa cada vez que te lo piden. Y si tú estás ahí [en el confesionario] rezando, estás con el confesionario abierto, que es el corazón de Dios abierto.

Queridos hermanos, os bendigo y os deseo que seáis buenos confesores: sumidos en la relación con Cristo, capaces de discernimiento en el Espíritu

Santo y preparados para acoger la ocasión de evangelizar.

Rezad siempre por los hermanos y hermanas que se acercan al sacramento del perdón. Y, por favor, rezad también por mí.

Y no querría finalizar sin una cosa que me vino a la mente cuando el cardenal Prefecto ha hablado. Él ha hablado de las llaves y de la Virgen, y me ha gustado, y diré una cosa... dos cosas. A mí me ha hecho mucho bien cuando, de joven, leía el libro de san Alfonso María de Ligorio sobre la



Virgen: «Las glorias de María». Siempre, al final de cada capítulo, había un milagro de la Virgen, con el cual ella entraba en medio de la vida y arreglaba las cosas. Y la segunda cosa. Sobre la Virgen hay una leyenda, una tradición que me han contado que existe en el sur de Italia: la Virgen de las mandarinas. Es una tierra donde hay muchas mandarinas ¿No es verdad? Y dicen que sea la patrona de los ladrones [ríe, ríen]. Dicen que los ladrones van a rezar allí. Y la leyenda — así cuentan— es que los

ladrones que rezan a la Virgen de las mandarinas, cuando mueren, está la fila delante de Pedro que tiene las llaves, y abre y deja pasar uno, después abre y deja pasar otro; y la Virgen, cuando ve a uno de estos, les hace una señal para que se escondan; y luego, cuando han pasado todos, Pedro cierra y llega la noche y la Virgen desde la ventana le llama y le deja entrar por la ventana. Es una narración popular, pero es muy bonita: perdonar con la Mamá al lado; perdonar con la Madre. Porque

esta mujer, este hombre que viene al confesionario, tiene una Madre en el Cielo que le abrirá la puerta y le ayudará en el momento de entrar en el Cielo. Siempre la Virgen, porque la Virgen nos ayuda también a nosotros en el ejercicio de la misericordia. Doy las gracias al cardenal por estas dos señales: las llaves y la Virgen. Muchas gracias.

Os invito —es la hora— a rezar el Ángelus juntos: “Angelus Domini...”

[Bendición]

No digáis que los ladrones van

al ¡Cielo! No digáis esto [ríe,  
ríen].

19 de marzo de 2017.

ÁNGELUS.

III Domingo de Cuaresma.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo, el tercero de Cuaresma, nos presenta el diálogo de Jesús con la samaritana (cf. *Jn* 4, 5-42). El encuentro tiene lugar mientras Jesús atravesaba Samaria, región entre Judea y Galilea, habitada por gente que los judíos despreciaban, considerándoles cismáticos y

heréticos. Pero precisamente esta población será una de las primeras en adherir a la predicación cristiana de los apóstoles. Mientras que los discípulos van al pueblo a buscar comida, Jesús se queda junto un pozo y pide a una mujer, que había ido allí para recoger agua, que le dé de beber. Y de esta petición comienza un diálogo. «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?». Jesús responde: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "dame

de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva [...] el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna» (*Jn 4, 10-14*). Ir al pozo por agua es cansado y aburrido; ¡sería bonito tener a disposición una fuente brotando! Pero Jesús habla de un agua diferente. Cuando la mujer se da cuenta que el hombre con el que está hablando es un profeta, le confía la propia vida y le

plantea cuestiones religiosas. Su sed de afecto y de vida plena no ha sido apagada por los cinco maridos que ha tenido, es más, ha experimentado desilusiones y engaños. Por eso la mujer queda impresionada del gran respeto que Jesús tiene por ella cuando Él le habla incluso de la verdadera fe, como relación con Dios Padre «en espíritu y verdad», entonces intuye que ese hombre podría ser el Mesías y Jesús —algo rarísimo— lo confirma: «yo soy, el que está hablando» (*Jn* 4, 26). Él



dice que es el Mesías a una mujer que tenía una vida tan desordenada.

Queridos hermanos, el agua que dona la vida eterna ha sido derramada en nuestros corazones en el día de nuestro Bautismo; entonces Dios nos ha transformado y llenado de su gracia. Pero puede darse que este gran don lo hemos olvidado, o reducido a un mero dato personal; y quizá vamos en busca de "pozos" cuyas aguas no nos sacian. Cuando olvidamos el agua verdadera, buscamos pozos que no tienen

aguas limpias. ¡Entonces este Evangelio es precisamente para nosotros! No solo para la samaritana, para nosotros. Jesús nos habla como a la samaritana. Cierto, nosotros ya lo conocemos, pero quizá todavía no lo hemos encontrado personalmente. Sabemos quién es Jesús, pero quizá no lo hemos encontrado personalmente, hablando con Él, y no lo hemos reconocido todavía como nuestro Salvador. Este tiempo de Cuaresma es una buena ocasión para acercarse a Él, encontrarlo en

la oración en un diálogo de corazón a corazón, hablar con Él, escucharle; es una buena ocasión para ver su rostro también en el rostro de un hermano y de una hermana que sufre. De esta forma podemos renovar en nosotros la gracia del Bautismo, saciar nuestra sed en la fuente de la Palabra de Dios y de su Espíritu Santo; y así descubrir también la alegría de convertirse en artífices de reconciliación e instrumentos de paz en la vida cotidiana.

La Virgen María nos ayude a

recurrir constantemente a la gracia, a esa agua que mana de la roca que es Cristo Salvador, para que podamos profesar con convicción nuestra fe y anunciar con alegría las maravillas del amor de Dios, misericordioso y fuente de todo bien.

### **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Quiero asegurar mi cercanía a la querida población de Perú, duramente golpeada por inundaciones devastadoras. Rezo por las víctimas y por los

que participan en las operaciones de socorro.

Ayer, en Bolzano, fue proclamado beato Josef Mayr-Nusser, padre de familia y miembro de Acción Católica, que murió mártir porque rechazó unirse al nazismo por fidelidad al Evangelio.

Por su gran estatura moral y espiritual él constituye un modelo para los fieles laicos, especialmente para los padres, que hoy recordamos con afecto, aunque la fiesta litúrgica de san José se celebra mañana porque hoy es domingo.

Saludamos a todos los padres con un gran aplauso. [La gente aplaude]

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros peregrinos de Roma, de Italia y de diferentes países. Saludo a las comunidades neocatecumenales venidas desde Angola y Lituania; como también a los responsables de la Comunidad de San Egidio de África y de América Latina. Saludo a los fieles italianos de Viterbo, Bolgare, San Benedetto Po, y los estudiantes de Torchiarolo. Os deseo a todos un buen domingo.

No os olvidéis de rezar por mí.  
¡Buen almuerzo y hasta pronto!

19 de marzo de 2017. Carta del Santo Padre Francisco con motivo del primer centenario de la pontificia universidad católica del Perú.

Vaticano.

*Al Señor Cardenal Giuseppe Versaldi*

*Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú*

*Querido hermano:*

Me es grato saludarlo y a través suyo a cuantos conforman la Pontificia Universidad Católica del Perú,



con motivo del primer centenario de esa Institución. Me uno a ustedes en acción de gracias al Señor por todos los beneficios recibidos de su infinita bondad durante estos años dedicados al servicio de la Iglesia y de la sociedad de ese querido País.

Esta grata efeméride, nos ofrece la posibilidad de reflexionar sobre la naturaleza y la finalidad de esa Universidad. En sus Estatutos se define como una «comunidad de maestros, alumnos y graduados dedicada

a los fines esenciales de una institución universitaria católica» (Art. 1º). En esta formulación ya se encuentra sintetizado todo un proyecto, no sólo educativo sino también de vida.

Se trata ante todo de una *comunidad*, lo que supone reconocerse miembros de una misma familia, que comparten una historia común fundada en unos mismos principios que la originaron y que la mueven. La comunidad se forma y se consolida cuando se camina juntos y unidos, valorando el

legado que han recibido y que deben custodiar, haciéndolo vida en el mundo presente y trasmitiéndolo a las nuevas generaciones. Es innegable que los fundadores de ese Centro educativo lanzaron una propuesta valiente al servicio de la sociedad peruana y de la Iglesia. Es una llamada a la apertura hacia otras culturas y realidades; si se encierra en sí mismo, contemplando sólo su saber y logros, estará abocado al fracaso. Sin embargo, conocer el pensamiento y las costumbres de otros nos

enriquece, y nos estimula a su vez a profundizar en nosotros mismos para poder entablar un diálogo serio y fructuoso con el medio que nos rodea.

Asimismo, esa comunidad está formada por *maestros, alumnos y graduados*. Los roles son diferentes pero todos ellos necesitan del otro para ejercerlos auténticamente. El Maestro es uno, nuestro Señor (cf. *Mt 23,8; Jn 13,13*); y quien está llamado a enseñar tiene que hacerlo desde la imitación de Jesús, buen Maestro, que salía a sembrar cada día con su

palabra, y era paciente con los que le seguían y humilde en el trato con ellos. Si contemplamos su ejemplo, caemos en la cuenta de que para enseñar se tiene antes que aprender, siendo discípulo. Este último es el que sigue el ejemplo de su maestro y está atento a sus enseñanzas para poder superarse y ser mejor. Esta tensión interior ayuda a reconocerse humildes y necesitados de la gracia divina para poder hacer fructificar los talentos recibidos. Enseñar y aprender es un proceso lento y

minucioso, que necesita atención y un amor constante, pues se está colaborando con el Creador a dar forma a la obra de sus manos. A través de esta tarea «sagrada», se fomenta el conocimiento y la fructificación de la perfección y bondad que hay en toda criatura querida por Dios y que es un reflejo de la sabiduría y bondad infinita de Dios (cf. *Laudato si'*, 69). En este cometido, todos — profesores, alumnos y egresados— son necesarios. Cada uno aporta la competencia de su saber y lo

específico de su vocación y vida, para que ese centro de estudios brille no sólo en su excelencia académica, sino también como escuela de humanidad.

Por último, esa comunidad tiene el desafío de buscar y anhelar *los fines esenciales de una institución universitaria católica*; es decir, ser evangelizados para evangelizar. Todo cristiano ha sido conquistado por el Señor y de ese encuentro se transforma en testigo. El aprendizaje de conocimientos no basta, se

requiere llevarlos a la vida, siendo fermento en medio de la masa. Somos discípulos misioneros y estamos llamados a convertirnos en el mundo en un evangelio viviente. A través del ejemplo de nuestra vida y de nuestras buenas obras estaremos testimoniando a Cristo, para que el corazón del hombre pueda cambiar y transformarse en una criatura nueva. Esa Institución, con todos sus miembros, tiene que afrontar el reto de salir al encuentro del hombre y mujer de hoy, llevando una palabra



auténtica y segura. Para lograr este fin se debe buscar ardientemente y con rigor la verdad, así como su adecuada transmisión, colaborando de ese modo a la promoción de la persona humana y a la construcción de la sociedad (cf. Juan Pablo II, Const. Ap. Ex corde Ecclesiae, 2). Esa Universidad, que en conformidad con su origen, historia y misión, tiene un vínculo especial con el Sucesor de Pedro y, en comunión con él con la Iglesia Universal, habrá logrado sus objetivos si puede

Llevar al tejido social esas dosis de profesionalidad y humanidad, que son propias del cristiano que ha sabido buscar con pasión esa síntesis entre la fe y la razón.

Encomiendo a Nuestra Madre la Virgen María, Trono de la Sabiduría, los proyectos y desafíos que tiene esa Pontificia Universidad Católica del Perú, como también ruego al Señor por cuantos forman esa Comunidad educativa, sus familias y sus seres queridos; les pido que no se olviden de rezar por mí, y les imparto la

Bendición Apostólica.

*Vaticano, 19 de marzo de  
2017.*

**Francisco**

21 de marzo de 2017. Video mensaje a los jóvenes de todo el mundo con ocasión de las próximas jornadas mundiales de la juventud.

*Queridos jóvenes:*

Con el recuerdo lleno de vida de nuestro encuentro en la Jornada Mundial de la Juventud del 2016 en Cracovia, nos hemos puesto en camino hacia la próxima meta que será, Dios mediante, Panamá en el 2019. Son muy importantes para mí estos momentos de encuentro y

diálogo con ustedes, y quise que este itinerario se hiciera en sintonía con la preparación del próximo Sínodo de los Obispos, que está dedicado a ustedes, los jóvenes.

En este caminar nos acompaña Nuestra Madre, la Virgen María, y nos anima con su fe, la misma fe que ella expresa en su canto de alabanza. María dice: «*El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí*» (Lc 1,49). Ella sabe dar gracias a Dios, que se fijó en su pequeñez, y reconoce las cosas grandes que él realiza en su

vida; y se pone en camino para encontrar a su prima Isabel, anciana y necesitada de su cercanía. No se queda encerrada en casa, porque no es una joven-sofá, que busque sentirse cómoda y segura sin que nadie la moleste. Ella se mueve por fe, porque la fe es el corazón de toda la historia de nuestra Madre.

Queridos jóvenes: También Dios se fija en ustedes y los llama, y cuando lo hace está mirando todo el amor que son capaces de ofrecer. Como la joven de Nazaret, pueden

mejorar el mundo, para dejar una huella que marque la historia, la de ustedes y la de muchos. La Iglesia y la sociedad los necesitan. Con sus planteos, con el coraje que tienen, con su sueños e ideales, se caen los muros del inmovilismo y se abren caminos que nos llevan a un mundo mejor, más justo, menos cruel y más humano.

En este camino, los animo a que cultiven una relación de familiaridad y amistad con la Virgen santa. Es nuestra Madre. Háblenle como a una

Madre. Con ella, den gracias por el don precioso de la fe que han recibido de sus mayores, y encomiéndenle a ella toda su vida. Como Madre buena los escucha, los abraza, los quiere, camina con ustedes. Les aseguro que si hacen esto no se van a arrepentir.

Buen peregrinaje hacia la Jornada Mundial de la Juventud de 2019. Que Dios los bendiga.



22 de marzo de 2017.  
Audiencia general. La  
esperanza fundada en la  
Palabra.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Desde hace algunas semanas el apóstol Pablo nos está ayudando a comprender mejor en qué consiste la esperanza cristiana. Y hemos dicho que no era un optimismo, era otra cosa. Y el apóstol nos ayuda a entender esto. Hoy lo hace

acercándola a dos actitudes muy importantes para nuestra vida y nuestra experiencia de fe: «la perseverancia» y la «consolación» (*Rom 15, 4. 5*). En el pasaje de la Carta a los Romanos que acabamos de escuchar son citadas dos veces: la primera en referencia a las Escrituras y luego a Dios mismo. ¿Cuál es su significado más profundo, más verdadero? y ¿De qué manera esclarecen la realidad de la esperanza? Estas dos actitudes: la perseverancia y la consolación. La perseverancia podríamos

definirla también como  
paciencia: es la capacidad de  
soportar, llevar sobre los  
hombros, "so-portar", de  
permanecer fieles, incluso  
cuando el peso parece hacerse  
demasiado grande,  
insostenible, y tendremos la  
tentación de juzgar  
negativamente y de abandonar  
todo y todos. La consolación, en  
cambio, es la gracia de saber  
percibir y mostrar en cada  
situación, incluso en las que  
están mayormente marcadas  
por la desilusión y el  
sufrimiento, la presencia y la

acción compasiva de Dios. Ahora san Pablo nos recuerda que la perseverancia y la consolación nos son transmitidas de manera particular por las Escrituras (*Rom 15, 4*), es decir por la Biblia. Efectivamente la Palabra de Dios, en primer lugar, nos lleva a dirigir la mirada a Jesús, a conocerlo mejor y a atenernos a Él, a parecernos cada vez más a Él. En segundo lugar, la Palabra nos revela que el Señor es verdaderamente «el Dios de la perseverancia y de la consolación» (*Rom 15, 5*),

que permanece siempre fiel a su amor por nosotros, es decir, que es perseverante en el amor con nosotros, ino se cansa de amarnos! es perseverante: isiempre nos ama! y cuida de nosotros, cubriendo nuestras heridas con la certeza de su bondad y de su misericordia, es decir, nos consuela. Ni siquiera se cansa de consolarnos. Desde tal perspectiva, se comprende también la afirmación inicial del apóstol: «Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no

buscar nuestro propio agrado»  
(*Rom 15, 1*). Esta expresión  
«nosotros que somos los  
fuertes» podría parecer  
presuntuosa, pero en la lógica  
del Evangelio sabemos que no  
es así, es más, es precisamente  
lo contrario porque nuestra  
fuerza no viene de nosotros,  
sino del Señor. Quien  
experimenta en su propia vida  
el amor fiel de Dios y su  
consolación es capaz, es más,  
tiene el deber de estar cerca de  
los hermanos más débiles y  
hacerse cargo de su fragilidad.  
Si nosotros estamos cerca del

Señor tendremos esa fortaleza para estar cerca de los más débiles, de los más necesitados y consolarles y darles fuerza. Esto es lo que significa. Esto nosotros lo podemos hacer sin autocomplacencia, sintiéndose simplemente como un "canal" que transmite los dones del Señor; y así se convierte concretamente en un "sembrador" de esperanza. Esto es lo que el Señor nos pide, con esa fuerza y esa capacidad de consolar y ser sembradores de esperanza. Y hoy es necesario sembrar esperanza, pero no es

fácil...

El fruto de este estilo de vida no es una comunidad en la cual algunos son de "clase A", es decir, los fuertes, y otros de "clase B", es decir, los débiles.

El fruto, en cambio, es como dice Pablo, «tener los unos para con los otros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús» (*Rom 15, 5*). La Palabra de Dios alimenta una esperanza que se traduce concretamente en compartir, en servicio recíproco. Porque también quien es "fuerte" se encuentra antes o después con



la experiencia de la fragilidad y el tener necesidad del conforto de los demás; y viceversa, en la debilidad se puede siempre ofrecer una sonrisa o una mano al hermano en dificultad. Y es una comunidad así que «unánimes, a una voz, glorificuéis al Dios» (cf. *Rom* 15, 6). Pero todo esto es posible si se pone en el centro a Cristo, y su palabra, porque Él es el "fuerte", Él es el que nos da la fortaleza, que nos da la paciencia, que nos da la esperanza, que nos da la consolación. Él es el "hermano

fuerte" que cuida de cada uno de nosotros: todos efectivamente necesitamos ser cargados sobre los hombros del Buen Pastor y sentirnos envueltos por su mirada tierna y primorosa.

Queridos amigos, nunca agradeceremos lo suficiente a Dios el don de su Palabra, que se hace presente en las Escrituras. Y es allí donde el Padre de nuestro Señor Jesucristo se revela como «Dios de la perseverancia y de la consolación». Y es allí que nos volvemos conscientes de cómo

nuestra esperanza no se funde sobre nuestras capacidades y sobre nuestras fuerzas, sino sobre el apoyo de Dios y la fidelidad de su amor, es decir, sobre la fuerza y consolación de Dios. Gracias.

## **LLAMAMIENTO**

Invito a todas las comunidades a vivir con fe la cita del 24 y 25 de marzo para volver a descubrir el sacramento de la reconciliación: "24 horas para el Señor". Deseo que también este año tal momento privilegiado de gracia del

camino cuaresmal sea vivido en muchas iglesias del mundo para experimentar el encuentro alegre con la misericordia del Padre, que a todos acoge y perdona.

\* \* \*

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica.

Agradecemos al Señor el don de su Palabra y no olvidemos que nuestra esperanza no depende de nuestras capacidades, sino de la ayuda

de Dios y de la fidelidad de su amor. Muchas gracias.

23 de marzo 2017. Mensaje a la conferencia de la ONU para la negociación de un instrumento jurídicamente vinculante sobre la prohibición las armas nucleares que conduzca a su total eliminación.

[Nueva York, 27-31 de marzo de 2017]

Vaticano.

*A la Excelentísima Señora  
Elayne Whyte Gómez  
Presidenta de la Conferencia de*

*las Naciones Unidas  
para la negociación de un  
instrumento jurídicamente  
vinculante sobre la prohibición  
de las armas nucleares  
que conduzca a su total  
eliminación*

La saludo cordialmente, señora  
Presidenta, así como a todos los  
representantes de las  
diferentes naciones,  
organizaciones internacionales  
y de la sociedad civil que  
participan en esta Conferencia.  
Deseo animarles a trabajar con  
determinación para promover  
las condiciones necesarias para

un mundo sin armas nucleares. El 25 de septiembre de 2015, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, señalé que el Preámbulo y el primer artículo de la Carta de las Naciones Unidas indican como fundamentos de la construcción jurídica internacional: la paz, la solución pacífica de las controversias y el desarrollo de las relaciones amistosas entre las naciones. Una ética y un derecho basados en la amenaza de destrucción mutua –y potencialmente de toda la humanidad– son contradictorios



con el espíritu de las Naciones Unidas. Por lo tanto, hay que comprometerse por un mundo sin armas nucleares, aplicando plenamente el Tratado de no proliferación, en la letra y en el espíritu, (cf. *Discurso a los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, 25 de septiembre de 2015).

Pero ¿por qué fijarse este objetivo difícil a largo plazo en el escenario internacional actual que se caracteriza por un clima inestable de conflicto, que es a la vez causa e indicación de las dificultades

que encuentran para promover y fortalecer el proceso de desarme y de no proliferación nuclear?

Si se tienen en cuenta las principales amenazas a la paz y a la seguridad con sus múltiples dimensiones en este mundo multipolar del siglo xxi, tales como, por ejemplo, el terrorismo, los conflictos asimétricos, la seguridad informática, los problemas ambientales, la pobreza, surgen no pocas dudas acerca de la inadecuación de la disuasión nuclear para

responder eficazmente a estos retos. Estas preocupaciones son aún más consistentes si tenemos en cuenta las catastróficas consecuencias humanitarias y ambientales derivadas de cualquier uso de las armas nucleares con devastadores efectos indiscriminados e incontrolables en el tiempo y el espacio. Un motivo similar de preocupación surge frente al derroche de recursos para la energía nuclear con fines militares que, en cambio, podrían ser utilizados para prioridades más

significativas, tales como la promoción de la paz y el desarrollo humano integral, así como la lucha contra la pobreza y la aplicación de la Agenda 2030 para el desarrollo sostenible.

También debemos preguntarnos cuánto sea sostenible un equilibrio basado en el miedo, cuando en realidad tiende a aumentarlo y a socavar las relaciones de confianza entre los pueblos. La paz y la estabilidad internacional no pueden basarse en una falsa sensación de seguridad, en la

amenaza de la destrucción  
recíproca o de aniquilación  
total, en el simple  
mantenimiento de un equilibrio  
de poder. La paz debe  
construirse sobre la justicia,  
sobre el desarrollo humano  
integral, sobre el respeto de los  
derechos humanos  
fundamentales, sobre la  
custodia de la creación, sobre  
la participación de todos en la  
vida pública, sobre la confianza  
entre los pueblos, sobre la  
promoción de instituciones  
pacíficas, sobre el acceso a la  
educación y a la salud, sobre el

diálogo y la solidaridad. En esta perspectiva, necesitamos ir más allá de la disuasión nuclear: la comunidad internacional está llamada a adoptar estrategias a largo plazo para promover el objetivo de la paz y de la estabilidad y evitar los enfoques miopes de problemas de seguridad nacional e internacional.

En este contexto, el objetivo último de la eliminación total de las armas nucleares se convierte tanto en un desafío como en un imperativo moral y humanitario. Un enfoque

concreto debería promover una reflexión sobre una ética de la paz y de la seguridad cooperativa multilateral que vaya más allá del "miedo" y del "aislamiento" que prevalecen hoy en muchos debates. El logro de un mundo sin armas nucleares requiere un proceso a largo plazo, basado en el conocimiento de que "todo está conectado", en una óptica de ecología integral (cf *Laudato si'* 117, 138). El destino común de la humanidad requiere que se refuerce, con realismo, el diálogo y se construyan y

consoliden mecanismos de confianza y cooperación, capaces de crear las condiciones para un mundo sin armas nucleares.

La creciente interdependencia y la globalización comporta que cualquier respuesta que demos a la amenaza de las armas nucleares, deba ser colectiva y concertada, basada en la confianza mutua. Este última se puede construir sólo a través de un diálogo que esté sinceramente orientado hacia el bien común y no hacia la protección de intereses



encubiertos o particulares; este diálogo debe ser lo más inclusivo posible de todos: Estados nucleares, países que no poseen armas nucleares, sector militar y sector privado, comunidades religiosas, sociedad civil, organismos internacionales. En este esfuerzo, tenemos que evitar aquellas formas de recriminación mutua y de polarización que obstaculizan el diálogo en lugar de alentarlo. La humanidad tiene la capacidad de trabajar junta para construir nuestra casa

común; tenemos la libertad, la inteligencia y la capacidad de guiar y dirigir la tecnología, así como de limitar nuestro poder, y de ponerlos al servicio de otro tipo de progreso: más humano, más social y más integral,

(cf *Ibíd.*, 13, 78, 112; *Mensaje a la XXII sesión de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (cop-22)*, 10 de noviembre, 2016).

Esta conferencia quiere negociar un tratado inspirado

en argumentos éticos y morales. Es un ejercicio de esperanza y deseo que pueda representar también un paso decisivo en el camino hacia un mundo sin armas nucleares. Aunque se trate de un objetivo a largo plazo extremadamente complejo, no está fuera de nuestro alcance. Señora presidenta, le expreso mis mejores deseos para que los trabajos de esta Conferencia sean provechosos y aporten una contribución eficaz en el avance de esa ética de la paz y la seguridad cooperativa

multilateral que hoy la  
humanidad necesita tanto.  
Sobre todos los participantes  
en esta importante reunión y  
todos los ciudadanos de los  
países que representan, invoco  
la bendición del Omnipotente.

*Vaticano 23 de marzo 2017.*

**Francisco**

24 de marzo de 2017. Discurso a los jefes de estado y de gobierno de la Unión Europea presentes en Italia para la celebración del 60 aniversario del tratado de Roma.

Viernes.

*Distinguidos invitados*

Les doy las gracias por su presencia aquí esta tarde, en la víspera del 60 aniversario de la firma de los Tratados constitutivos de la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la

Energía Atómica. Quiero manifestarles el afecto de la Santa Sede hacia sus respectivos países y al conjunto de Europa, y a cuyos destinos, por disposición de la Providencia, se siente inseparablemente unida. Dirijo un especial agradecimiento al Honorable Paolo Gentiloni, Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana, por las deferentes palabras que ha pronunciado en nombre de todos y por el trabajo que Italia ha realizado para organizar este encuentro;

así como al Honorable Antonio Tajani, Presidente del Parlamento Europeo, que ha dado voz a las esperanzas de los pueblos de la Unión en este aniversario.

Volver a Roma sesenta años más tarde no puede ser sólo un viaje al pasado, sino más bien el deseo de redescubrir la memoria viva de ese evento para comprender su importancia en el presente. Es necesario conocer bien los desafíos de entonces para hacer frente a los de hoy y a los del futuro. Con sus

narraciones, llenas de evocaciones, la Biblia nos ofrece un método pedagógico fundamental: la época en que vivimos no se puede entender sin el pasado, el cual no hay que considerarlo como un conjunto de sucesos lejanos, sino como la savia vital que irriga el presente. Sin esa conciencia la realidad pierde su unidad, la historia su hilo lógico y la humanidad pierde el sentido de sus actos y la dirección de su futuro.

El 25 de marzo de 1957 fue un día cargado de expectación y



esperanzas, entusiasmos y emociones, y sólo un acontecimiento excepcional, por su alcance y sus consecuencias históricas, pudo hacer que fuera una fecha única en la historia. El recuerdo de ese día está unido a las esperanzas actuales y a las expectativas de los pueblos europeos que piden discernir el presente para continuar con renovado vigor y confianza el camino comenzado.

Eran muy conscientes de ello los Padres fundadores y los líderes que, poniendo su firma

en los dos Tratados, dieron vida a aquella realidad política, económica, cultural, pero sobre todo humana, que hoy llamamos la Unión Europea. Por otro lado, como dijo el Ministro de Asuntos Exteriores belga Spaak, se trataba, «es cierto, del bienestar material de nuestros pueblos, de la expansión de nuestras economías, del progreso social, de posibilidades comerciales e industriales totalmente nuevas, pero sobre todo (...) [de] una concepción de la vida a medida del hombre, fraterna y

justa»[\[1\]](#).

Después de los años oscuros y sangrientos de la Segunda Guerra Mundial, los líderes de la época tuvieron fe en las posibilidades de un futuro mejor, «no pecaron de falta de audacia y no actuaron demasiado tarde. El recuerdo de las desgracias del pasado y de sus propias culpas parece que les ha inspirado y les ha dado el valor para olvidar viejos enfrentamientos y pensar y actuar de una manera totalmente nueva para lograr la más importante transformación

[...] de Europa»[\[2\]](#).

Los Padres fundadores nos recuerdan que Europa no es un conjunto de normas que cumplir, o un manual de protocolos y procedimientos que seguir. Es una vida, una manera de concebir al hombre a partir de su dignidad trascendente e inalienable y no sólo como un conjunto de derechos que hay que defender o de pretensiones que reclamar. El origen de la idea de Europa es «la figura y la responsabilidad de la persona humana con su fermento de

fraternidad evangélica, [...] con su deseo de verdad y de justicia que se ha aquilatado a través de una experiencia milenaria»[\[3\]](#). Roma, con su vocación de universalidad[\[4\]](#), es el símbolo de esa experiencia y por eso fue elegida como el lugar de la firma de los Tratados, porque aquí –recordó el Ministro holandés de Asuntos Exteriores Luns– «se sentaron las bases políticas, jurídicas y sociales de nuestra civilización»[\[5\]](#). Si estaba claro desde el principio que el corazón

palpitante del proyecto político europeo sólo podía ser el hombre, también era evidente el peligro de que los Tratados quedaran en letra muerta. Había que llenarlos de espíritu que les diese vida. Y el primer elemento de la vitalidad europea es la solidaridad. «La Comunidad Económica Europea –declaró el Primer Ministro de Luxemburgo Bech– sólo vivirá y tendrá éxito si, durante su existencia, se mantendrá fiel al espíritu de solidaridad europea que la creó y si la voluntad común de la Europa en

gestación es más fuerte que las voluntades nacionales»[\[6\]](#). Ese espíritu es especialmente necesario ahora, para hacer frente a las fuerzas centrífugas, así como a la tentación de reducir los ideales fundacionales de la Unión a las exigencias productivas, económicas y financieras. De la solidaridad nace la capacidad de abrirse a los demás. «Nuestros planes no son de tipo egoísta»[\[7\]](#), dijo el Canciller alemán Adenauer. «Sin duda, los países que se van a unir (...) no tienen

intención de aislarse del resto del mundo y erigir a su alrededor barreras infranqueables», [8] se hizo eco el Ministro de Asuntos Exteriores francés Pineau. En un mundo que conocía bien el drama de los muros y de las divisiones, se tenía muy clara la importancia de trabajar por una Europa unida y abierta, y de esforzarse todos juntos por eliminar esa barrera artificial que, desde el Mar Báltico hasta el Adriático, dividía el Continente. ¡Cuánto se ha luchado para derribar ese



muro! Sin embargo, hoy se ha perdido la memoria de ese esfuerzo. Se ha perdido también la conciencia del drama de las familias separadas, de la pobreza y la miseria que provocó aquella división. Allí donde desde generaciones se aspiraba a ver caer los signos de una enemistad forzada, ahora se discute sobre cómo dejar fuera los «peligros» de nuestro tiempo: comenzando por la larga columna de mujeres, hombres y niños que huyen de la guerra y la pobreza, que sólo

piden tener la posibilidad de un futuro para ellos y sus seres queridos.

En el vacío de memoria que caracteriza a nuestros días, a menudo se olvida también otra gran conquista fruto de la solidaridad sancionada el 25 de marzo de 1957: el tiempo de paz más largo de los últimos siglos. «Pueblos que a lo largo de los años se han encontrado con frecuencia en frentes opuestos, combatiendo unos contra otros, (...) ahora, sin embargo, están unidos por la riqueza de sus peculiaridades

nacionales»[\[9\]](#). La paz se construye siempre con la aportación libre y consciente de cada uno. Sin embargo, «para muchos la paz es de alguna manera un bien que se da por descontado»[\[10\]](#) y así no es difícil que se acabe por considerarla superflua. Por el contrario, la paz es un bien valioso y esencial, ya que sin ella no es posible construir un futuro para nadie, y se termine por «vivir al día».

La unidad de Europa es fruto, en efecto, de un proyecto claro, bien definido, debidamente

ponderado, si bien al principio todavía muy incipiente. Todo buen proyecto mira hacia el futuro y el futuro son los jóvenes, llamados a hacer realidad las promesas del mañana[11]. Los Padres fundadores, por tanto, tenían clara la conciencia de formar parte de una empresa colectiva, que no sólo traspasaba las fronteras de los Estados, sino también las del tiempo, a fin de unir a las generaciones entre sí, todas igualmente partícipes en la construcción de la casa común.

Distinguidos invitados:

A los Padres de Europa he dedicado esta primera parte de mi intervención, para que nos dejemos interpelar por sus palabras, por la actualidad de su pensamiento, por el apasionado compromiso en favor del bien común que los ha caracterizado, por la convicción de formar parte de una obra más grande que sus propias personas y por la amplitud del ideal que los animaba. Su denominador común era el espíritu de servicio, unido a la pasión

política, y a la conciencia de que «en el origen de la civilización europea se encuentra el cristianismo»[\[12\]](#), sin el cual los valores occidentales de la dignidad, libertad y justicia resultan incomprensibles. «Y todavía en nuestros días —afirmaba san Juan Pablo II— el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y

libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan»[\[13\]](#). En nuestro mundo multicultural tales valores seguirán teniendo plena ciudadanía si saben mantener su nexo vital con la raíz que los engendró. En la fecundidad de tal nexo está la posibilidad de edificar sociedades auténticamente laicas, sin contraposiciones ideológicas, en las que encuentran igualmente su

lugar el oriundo, el autóctono, el creyente y el no creyente. En los últimos sesenta años el mundo ha cambiado mucho. Si los Padres fundadores, que habían sobrevivido a un conflicto devastador, estaban animados por la esperanza de un futuro mejor y con una voluntad firme lo perseguían, para evitar que surgieran nuevos conflictos, nuestra época está más dominada por el concepto de crisis. Está la crisis económica, que ha marcado el último decenio, la crisis de la familia y de los



modelos sociales consolidados, está la difundida «crisis de las instituciones» y la crisis de los emigrantes: tantas crisis, que esconden el miedo y la profunda desorientación del hombre contemporáneo, que exigen una nueva hermenéutica para el futuro. A pesar de todo, el término «crisis» no tiene por sí mismo una connotación negativa. No se refiere solamente a un mal momento que hay que superar. La palabra crisis tiene su origen en el verbo griego *crino* (κρίνω), que

significa *investigar, valorar, juzgar*. Por esto, nuestro tiempo es un tiempo de discernimiento, que nos invita a valorar lo esencial y a construir sobre ello; es, por lo tanto, un tiempo de desafíos y de oportunidades.

Entonces, ¿cuál es la hermenéutica, la clave interpretativa con la que podemos leer las dificultades del momento presente y encontrar respuestas para el futuro? Evocar las ideas de los Padres sería en efecto estéril si no sirviera para indicarnos un

camino, si no se convirtiera en estímulo para el futuro y en fuente de esperanza. Cada organismo que pierde el sentido de su camino, que pierde este mirar hacia delante, sufre primero una involución y al final corre el riesgo de morir. ¿Cuál es la herencia de los Padres fundadores? ¿Qué perspectivas nos indican para afrontar los desafíos que nos aguardan? ¿Qué esperanza para la Europa de hoy y de mañana?

La respuesta la encontramos precisamente en los pilares

sobre los que ellos han querido edificar la Comunidad económica europea y que ya he mencionado: la centralidad del hombre, una solidaridad eficaz, la apertura al mundo, la búsqueda de la paz y el desarrollo, la apertura al futuro. A quien gobierna le corresponde *discernir los caminos de la esperanza* –este es su cometido: discernir los caminos de la esperanza–, identificar los procesos concretos para hacer que los pasos realizados hasta ahora no se dispersen, sino que

aseguren un camino largo y fecundo.

*Europa encuentra de nuevo esperanza* cada vez que pone al hombre en el centro y en el corazón de las instituciones. Considero que esto implica la escucha atenta y confiada de las instancias que provienen tanto de los individuos como de la sociedad y de los pueblos que componen la Unión. Desgraciadamente, a menudo se tiene la sensación de que se está produciendo una «separación afectiva» entre los ciudadanos y las Instituciones

européas, con frecuencia percibidas como lejanas y no atentas a las distintas sensibilidades que constituyen la Unión. Afirmar la centralidad del hombre significa también encontrar el *espíritu de familia*, con el que cada uno contribuye libremente, según las propias capacidades y dones, a la casa común. Es oportuno tener presente que Europa es una *familia de pueblos*[\[14\]](#) y, como en toda buena familia, existen susceptibilidades diferentes, pero todos podrán crecer en la medida en que

estén unidos. La Unión Europea nace como *unidad de las diferencias* y unidad en las diferencias. Por eso las peculiaridades no deben asustar, ni se puede pensar que la unidad se preserva con la uniformidad. Esa unidad es más bien la armonía de una comunidad. Los padres fundadores escogieron precisamente este término como punto central de las entidades que nacían de los Tratados, acentuando el hecho de que se *ponían en común* los recursos y los talentos de cada

uno. Hoy la Unión Europea tiene necesidad de redescubrir el sentido de ser ante todo «comunidad» de personas y de pueblos, consciente de que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas»[\[15\]](#), y por lo tanto «hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos»[\[16\]](#). Los Padres fundadores buscaban aquella armonía en la que el todo está en cada una de las partes, y las partes están —cada una con su originalidad— en el todo.



*Europa vuelve a encontrar esperanza* en la solidaridad, que es también el antídoto más eficaz contra los modernos populismos. La solidaridad comporta la conciencia de formar parte de un solo cuerpo, y al mismo tiempo implica la capacidad que cada uno de los miembros tiene para «simpatizar» con el otro y con el todo. Si uno sufre, todos sufren (cf. *1 Co 12,26*). Por eso, hoy también nosotros lloramos con el Reino Unido por las víctimas del atentado que ha golpeado en Londres hace

dos días. La solidaridad no es sólo un buen propósito: está compuesta de hechos y gestos concretos que acercan al prójimo, sea cual sea la condición en la que se encuentre. Los populismos, al contrario, florecen precisamente por el egoísmo, que nos encierra en un círculo estrecho y asfixiante y no nos permite superar la estrechez de los propios pensamientos ni «mirar más allá». Es necesario volver a pensar en modo europeo, para conjurar el peligro de una gris uniformidad

o, lo que es lo mismo, el *triunfo de los particularismos*. A la política le corresponde esa *leadership* ideal, que evite usar las emociones para ganar el consenso, para elaborar en cambio, con espíritu de solidaridad y subsidiaridad, políticas que hagan crecer a toda la Unión en un desarrollo armónico, de modo que el que corre más deprisa tienda la mano al que va más despacio, y el que tiene dificultad se esfuerce para alcanzar al que está en cabeza.

*Europa vuelve a encontrar*

*esperanza* cuando no se encierra en el miedo de las falsas seguridades. Por el contrario, su historia está fuertemente marcada por el encuentro con otros pueblos y culturas, y su identidad «es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural» [\[17\]](#). En el mundo hay interés por el proyecto europeo. Así ha sido desde el primer momento, como demuestra la multitud que abarrotaba la plaza del Campidoglio y los mensajes de felicitación que llegaban de otros Estados. Aún más interés

hay hoy, empezando por los Países que piden entrar a formar parte de la Unión, como también de los Estados que reciben las ayudas que, con gran generosidad, se les ofrecen para afrontar las consecuencias de la pobreza, de las enfermedades y las guerras. La apertura al mundo implica la capacidad de «diálogo como forma de encuentro» [\[18\]](#) a todos los niveles, comenzando por el que existe entre los Estados miembros y entre las Instituciones y los ciudadanos,

hasta el que se tiene con los muchos inmigrantes que llegan a las costas de la Unión. No se puede limitar a gestionar la grave crisis migratoria de estos años como si fuera sólo un problema numérico, económico o de seguridad. La cuestión migratoria plantea una pregunta más profunda, que es sobre todo cultural. ¿Qué cultura propone la Europa de hoy? El miedo que se advierte encuentra a menudo su causa más profunda en la pérdida de ideales. Sin una verdadera perspectiva de ideales, se

acaba siendo dominado por el temor de que el otro nos cambie nuestras costumbres arraigadas, nos prive de las comodidades adquiridas, ponga de alguna manera en discusión un estilo de vida basado sólo con frecuencia en el bienestar material. Por el contrario, la riqueza de Europa ha sido siempre su apertura espiritual y la capacidad de plantearse cuestiones fundamentales sobre el sentido de la existencia. La apertura hacia el sentido de lo eterno va unida también a una apertura

positiva, aunque no exenta de tensiones y de errores, hacia el mundo. En cambio, parece como si el bienestar conseguido le hubiera recortado las alas, y le hubiera hecho bajar la mirada. Europa tiene un patrimonio moral y espiritual único en el mundo, que merece ser propuesto una vez más con pasión y renovada vitalidad, y que es el mejor antídoto contra la falta de valores de nuestro tiempo, terreno fértil para toda forma de extremismo. Estos son los ideales que han hecho a *Europa*, la «península de



Asia» que de los Urales llega hasta el Atlántico.

*Europa vuelve a encontrar esperanza* cuando invierte en el desarrollo y en la paz. El desarrollo no es el resultado de un conjunto de técnicas productivas, sino que abarca a todo el ser humano: la dignidad de su trabajo, condiciones de vida adecuadas, la posibilidad de acceder a la enseñanza y a los necesarios cuidados médicos. «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz»[\[19\]](#), afirmaba Pablo VI, puesto que no existe verdadera paz cuando

hay personas marginadas y forzadas a vivir en la miseria. No hay paz allí donde falta el trabajo o la expectativa de un salario digno. No hay paz en las periferias de nuestras ciudades, donde abunda la droga y la violencia.

*Europa vuelve a encontrar esperanza* cuando se abre al futuro. Cuando se abre a los jóvenes, ofreciéndoles perspectivas serias de educación, posibilidades reales de inserción en el mundo del trabajo. Cuando invierte en la familia, que es la primera y

fundamental célula de la sociedad. Cuando respeta la conciencia y los ideales de sus ciudadanos. Cuando garantiza la posibilidad de tener hijos, con la seguridad de poderlos mantener. Cuando defiende la vida con toda su sacralidad.

Distinguidos invitados:

Con el aumento general de la esperanza de vida, los sesenta años se consideran hoy como el tiempo de la plena madurez.

Una edad crucial en la que estamos llamados de nuevo a revisarnos. También hoy, La Unión Europea está llamada a

un replanteamiento, a curar los inevitables achaques que vienen con los años y a encontrar nuevas vías para continuar su propio camino. Sin embargo, a diferencia de un ser humano de sesenta años, la Unión Europea no tiene ante ella una inevitable vejez, sino la posibilidad de una nueva juventud. Su éxito dependerá de la voluntad de trabajar una vez más juntos y del deseo de apostar por el futuro. A vosotros, como líderes, os corresponde discernir el camino para un «nuevo humanismo

europeo» [\[20\]](#), hecho de ideales y de concreción. Esto significa no tener miedo a tomar decisiones eficaces, para responder a los problemas reales de las personas y para resistir al paso del tiempo. Por mi parte, renuevo la cercanía de la Santa Sede y de la Iglesia a Europa entera, a cuya edificación ha contribuido desde siempre y contribuirá siempre, invocando sobre ella la bendición del Señor, para que la proteja y le dé paz y progreso. Hago mías las palabras que Joseph Bech

pronunció en el  
Campidoglio: *Ceterum censeo  
Europam esse ædificandam*, por  
lo demás, pienso que Europa  
merezca ser construida.  
Gracias.

---

[1] Discurso pronunciado con  
ocasión de la firma de los  
Tratados de Roma (25 marzo  
1957).

[2] Ibíd.

[3] A. De Gasperi, Nuestra  
patria Europa. Discurso a la  
Conferencia Parlamentaria  
Europea (21 abril 1954),

en: Alcide De Gasperi e la politica internazionale, Cinque Lune, Roma 1990, vol. III, 437-440.

[4] Cf. P.H. Spaak, Discurso, cit.

[5] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).

[6] Ibíd.

[7] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).

[8] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).

[9] P.H. Spaak, Discurso, cit.

[10] Discurso a los Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (9 enero 2017).

[11] Cf. P.H. Spaak, Discurso, cit.

[12] A. de Gasperi, La nostra patria Europa, cit.

[13] Acto Europeo en Santiago



de Compostela (9 noviembre 1982): AAS 75/I (1983), 329.

[14] Cf. Discurso en el Parlamento Europeo, Estrasburgo (25 noviembre 2014): AAS 106 (2014), 1000.

[15] Exhort. Apost. Evangelii Gaudium, 235.

[16] Ibíd.

[17] Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno (6 mayo 2016): L'Osservatore Romano, 6-7 de mayo de 2016, p. 4.

[18] Exhort. ap. Evangelii

gaudium, 239.

[19] Carta enc. Populorum  
progressio (26 marzo 1967),  
87: AAS 59 (1967), 299.

[20] Discurso en la entrega del  
Premio Carlo Magno (6 mayo  
2016): L'Osservatore Romano,  
6-7 de mayo de 2016, p. 5.

25 de marzo de 2017. Homilía en la Santa Misa en su visita pastoral a Milán.

Solemnidad de la Anunciación del Señor.

Sábado.

Acabamos de escuchar el anuncio más importante de nuestra historia: la anunciación a María (cf. *Lc 1, 26-38*). Un texto de espesor, lleno de vida, y que me gusta leer a la luz de otro anuncio: el del nacimiento de Juan Bautista (cf. *Lc 1, 5-*

20). Dos anuncios que se suceden y que están unidos; dos anuncios que, comparados, nos muestran lo que Dios nos da en su Hijo. La Anunciación de Juan Bautista sucede cuando el sacerdote Zacarías, listo para comenzar la acción litúrgica entra en el Santuario del templo, mientras toda la asamblea está esperando fuera. La Anunciación de Jesús, sin embargo, se produce en un lugar remoto en Galilea, en una ciudad periférica y con una reputación no muy buena (cf. *Jn* 1, 46), en el anonimato

de la casa de una joven  
llamada María.

Un contraste no insignificante,  
que nos indica que el nuevo  
templo de Dios, el nuevo  
encuentro de Dios con su  
Pueblo se llevará a cabo en  
lugares que normalmente no  
esperamos, en los márgenes,  
en las afueras. Allí se darán  
cita, allí se encontrarán; allí  
Dios se hará carne, para  
caminar con nosotros desde el  
seno de su madre. Ya no será  
un lugar reservado a unos  
pocos mientras la mayoría  
espera fuera. Nada ni nadie le

serán indiferentes, ninguna situación será privada de su presencia: la alegría de la salvación comienza en la vida diaria de la casa de una joven de Nazaret. Dios mismo es el que toma la iniciativa y elige insertarse, como hizo con María, en nuestros hogares, en nuestras luchas diarias, llenas de ansias y al mismo tiempo de deseos. Y es precisamente dentro de nuestras ciudades, de nuestras escuelas y universidades, de las plazas y los hospitales que se escucha el anuncio más bello que podemos

oír: «¡Alégrate, el Señor está contigo!». Una alegría que genera vida, que genera esperanza, que se hace carne en la forma en que miramos al futuro, en la actitud con la que miramos a los demás. Una alegría que se convierte en solidaridad, hospitalidad, misericordia hacia todos. Como María, también nosotros podemos ser presa del desconcierto. «¿Cómo sucederá esto en tiempos tan llenos de especulaciones?». Se especula sobre la vida, sobre el trabajo, sobre la familia. Se especula

sobre los pobres y sobre los migrantes; se especula sobre los jóvenes y sobre su futuro. Todo parece reducirse a cifras, dejando, por el contrario, que la vida cotidiana de muchas familias se tiña de incertidumbre e inseguridad. Mientras el dolor llama a tantas puertas, mientras en tantos jóvenes crece la insatisfacción por la falta real de oportunidades, la especulación abunda en todas partes. Ciertamente, el ritmo vertiginoso al que estamos sujetos parecería robarnos la



esperanza y la alegría. Las presiones y la impotencia frente a tantas situaciones parecerían endurecernos el alma y hacernos insensibles a los muchos desafíos. Y paradójicamente, cuando todo se acelera para construir —en teoría— una sociedad mejor, al final no se tiene tiempo para nada ni para nadie. Perdemos el tiempo para la familia, el tiempo para la comunidad, perdemos el tiempo para la amistad, para la solidaridad y para la memoria. Nos hará bien preguntarnos: ¿Cómo se puede

experimentar la alegría del Evangelio hoy en nuestras ciudades? ¿Es posible la esperanza cristiana en esta situación, aquí y ahora? Estas dos preguntas atañen a nuestra identidad, a la vida de nuestras familias, de nuestros países y de nuestras ciudades. Atañen a la vida de nuestros hijos, de nuestros jóvenes y requieren de nosotros una nueva forma de situarnos en la historia. Si la alegría y la esperanza cristianas siguen siendo posibles, no podemos, no queremos quedarnos frente a

tantas situaciones dolorosas como meros espectadores que miran el cielo esperando a que “deje de llover”. Todo lo que sucede nos obliga a mirar al presente con audacia, con la audacia de aquellos que saben que la alegría de la salvación asume forma en la vida cotidiana de la casa de una joven de Nazaret. Ante el desconcierto de María, frente a nuestro desconcierto, hay tres claves que el ángel nos da para ayudarnos a aceptar la misión que nos ha confiado.

### 1. *Evocar la memoria*

Lo primero que hace el ángel es evocar la memoria, abriendo así el presente de María a toda la historia de la salvación.

Evoca la promesa hecha a David como fruto de la alianza con Jacob. María es la hija de la Alianza. También hoy, nosotros, estamos invitados a recordar, a mirar a nuestro pasado para no olvidar de dónde venimos. Para no olvidar a nuestros antepasados, a nuestros abuelos y todo lo que han pasado para llegar a donde estamos hoy. Esta tierra y su gente han experimentado el

dolor de dos guerras mundiales; y, a veces han visto su merecida fama de laboriosidad y civilización contaminada por ambiciones desenfrenadas. La memoria nos ayuda a no permanecer prisioneros de discursos que siembran fracturas y divisiones como la única manera de resolver los conflictos. Evocar la memoria es el mejor antídoto del que disponemos frente a las soluciones mágicas de la división y del distanciamiento.

*2. La pertenencia al Pueblo de*

## *Dios*

La memoria permite a María apropiarse su pertenencia al Pueblo de Dios. ¡Nos hace bien recordar que somos miembros del Pueblo de Dios! Milaneses, sí, ambrosianos, por supuesto, pero parte del gran Pueblo de Dios. Un pueblo formado por millares de rostros, historias y orígenes, un pueblo multicultural y multiétnico. Esta es una de nuestras riquezas. Es un pueblo llamado a acoger las diferencias, a integrarlas con respeto y creatividad y a celebrar la

novedad que procede de los demás; es un pueblo que no tiene miedo de abrazar los confines, las fronteras; es un pueblo que no tiene miedo de acoger a aquellos que lo necesitan, porque sabe que allí está presente su Señor.

### *3. La posibilidad de lo imposible*

«Nada es imposible para Dios» (Lc 1, 37): así termina la respuesta del ángel a María. Cuando creemos que todo depende exclusivamente de nosotros permanecemos prisioneros de nuestras capacidades, de nuestras

fuerzas, de nuestros horizontes  
miopes. Cuando, en cambio,  
estamos dispuestos a dejar que  
nos ayuden, a dejar que nos  
aconsejen, cuando nos abrimos  
a la gracia, parece que lo  
imposible empieza a hacerse  
realidad. ¡Bien lo saben estas  
tierras que, en el curso de su  
historia, han generado tantos  
carismas, tantos misioneros,  
tanta riqueza para la vida de la  
Iglesia! Tantos rostros que,  
superando el pesimismo estéril  
y divisor, se han abierto a la  
iniciativa de Dios y se han  
convertido en una señal de lo



fecunda que puede ser una tierra que no se deja encerrar en sus propias ideas, en sus propios límites y en sus propias capacidades y se abre a los demás.

Come ayer, Dios sigue buscando aliados, sigue buscando hombres y mujeres capaces de creer, capaces de hacer memoria, de sentirse parte de su pueblo para cooperar con la creatividad del Espíritu. Dios sigue recorriendo nuestros barrios y nuestras calles, va a todas partes en busca de corazones capaces de escuchar

su invitación y de hacerla convertirse en carne aquí y ahora. Parafraseando a san Ambrosio en su comentario sobre este pasaje, podemos decir: Dios sigue buscando corazones como el de María, dispuestos a creer incluso en condiciones absolutamente excepcionales (cf. *Exposiciones del Evangelio según Lc II, 17*: pl 15, 1559).

¡Que el Señor aumente en nosotros esta fe y esperanza!

25 de marzo de 2017. Carta del Santo Padre Francisco para el IX encuentro mundial de las familias sobre el tema:

"EL EVANGELIO DE LA FAMILIA: ALEGRÍA PARA EL MUNDO"

[Dublín, 21-26 de agosto de 2018]

Vaticano,.

*Al Venerado hermano  
el cardenal Kevin Farrell,  
Prefecto del Dicasterio para los  
Laicos, la Familia y la Vida*

Al finalizar el VII Encuentro mundial de las familias, que tuvo lugar en Filadelfia en septiembre de 2015, anuncié que el sucesivo encuentro con las familias católicas del mundo entero tendría lugar en Dublín. Queriendo ahora iniciar la preparación, estoy feliz de confirmar que se desarrollará del 21 al 26 de agosto de 2018, sobre el tema: «El Evangelio de la familia: alegría para el mundo». Y respecto a tal tema y a su desarrollo querría ofrecer algunas indicaciones más precisas. Es de hecho mi

deseo que las familias tengan una manera de profundizar su reflexión y compartir los contenidos de la Exhortación Apostólica postsinodal *Amoris laetitia*. Se podría preguntar: ¿el Evangelio sigue siendo una alegría para el mundo? Y aún más: ¿la familia sigue siendo buena noticia para el mundo de hoy?

¡Yo estoy seguro de que sí! Y este "sí" está fundado sólidamente en el designio de Dios. El amor de Dios es su "sí" a toda la creación y al corazón de la misma, que es el hombre.

Es el "sí" de Dios a la unión entre el hombre y la mujer, en apertura y servicio a la vida en todas sus fases; es el "sí" al compromiso de Dios por una humanidad herida muy a menudo, maltratada y dominada por la falta de amor. La familia, por lo tanto, es el "sí" del Dios amor. Solo a partir del amor la familia puede manifestar, difundir y regenerar el amor de Dios en el mundo. Sin el amor no se puede vivir como hijos de Dios, como cónyuges, padres y hermanos. Deseo subrayar cuánto sea

importante que las familias se pregunten a menudo si viven a partir del amor, por el amor y en el amor. Eso, concretamente, significa darse, perdonarse, no impacientarse, anticipar al otro, respetarse. La vida familiar sería mejor si cada día se vivieran las tres sencillas palabras "permiso", "gracias", "perdón". Cada día experimentamos la fragilidad y debilidad y por esto todos nosotros, familias y pastores, necesitamos una renovada humildad que plasme el deseo de formarnos, de educarnos y

ser educados, de ayudar y ser ayudados, de acompañar, discernir e integrar a todos los hombres de buena voluntad. Sueño con una Iglesia en salida, no autoreferencial, una Iglesia que no pase distante a las heridas del hombre, una Iglesia misericordiosa que anuncie el corazón de la revelación de Dios Amor que es la Misericordia. Es esta misma misericordia que nos hace nuevos en el amor; y sabemos cuánto las familias cristianas sean lugares de misericordia y testigos de misericordia;



después del Jubileo extraordinario lo serán incluso más, y el Encuentro de Dublín podrá ofrecer signos concretos. Invito por tanto a toda la Iglesia a tener presentes estas indicaciones en la preparación pastoral al próximo Encuentro Mundial.

A usted, querido hermano, junto a sus colaboradores, se le presenta la tarea de aplicar de forma particular la enseñanza de *Amoris laetitia*, con la que la Iglesia desea que las familias estén siempre en camino, y en esa peregrinación interior que

es manifestación de vida auténtica.

Mi pensamiento va de forma especial a la archidiócesis de Dublín y a toda la querida nación irlandesa, por la generosa acogida y el compromiso que conlleva acoger un evento de tal envergadura. El Señor os recompense desde ahora, concediéndooos abundantes favores celestes. La Santa Familia de Nazaret guíe, acompañe y bendiga vuestro servicio y todas las familias comprometidas en la

preparación del gran Encuentro  
Mundial de Dublín.

*Vaticano, 25 marzo 2017.*

**Francisco**

26 de marzo de 2017.

ÁNGELUS.

IV Domingo de Cuaresma.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En el centro del Evangelio de este cuarto domingo de Cuaresma se encuentran Jesús y un hombre ciego desde el nacimiento (cf. *Juan 9, 1-41*). Cristo le devuelve la vista y obra este milagro con una especie de rito simbólico: primero mezcla la tierra con la saliva y la unta en los ojos del

ciego; luego le ordena ir a lavarse en la piscina de Siloé. Ese hombre va, se lava, y se aclara la vista. Era ciego desde el nacimiento. Con este milagro Jesús se manifiesta y se manifiesta a nosotros como luz del mundo; y el ciego de nacimiento nos representa a cada uno de nosotros, que hemos sido creados para conocer a Dios, pero a causa del pecado somos como ciegos, necesitamos una luz nueva; todos necesitamos una luz nueva: la de la fe, que Jesús nos ha donado. Efectivamente

ese ciego del Evangelio aclarando la vista se abre al misterio de Cristo. Jesús le pregunta: «¿Tú crees en el Hijo del hombre?» (*Juan 9, 35*). «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?», responde el ciego sanado (*Juan 9, 36*): «Creo, Señor» y se postró ante Jesús (*Juan 9, 37*).

Este episodio nos lleva a reflexionar sobre nuestra fe, nuestra fe en Cristo, el Hijo de Dios, y al mismo tiempo se refiere también al Bautismo, que es el primer sacramento de la fe: el sacramento que nos

hace “venir a la luz”, mediante el renacimiento del agua y del Espíritu Santo; así como le sucede al ciego de nacimiento, al cual se le abren los ojos después de haberse lavado en el agua de la piscina de Siloé. El ciego de nacimiento sanado nos representa cuando no nos damos cuenta de que Jesús es la luz, es «la luz del mundo», cuando miramos a otro lado, cuando preferimos confiar en pequeñas luces, cuando nos tambaleamos en la oscuridad. El hecho de que ese ciego no tenga un nombre nos ayuda a

reflejarnos con nuestro rostro y nuestro nombre en su historia. También nosotros hemos sido "iluminados" por Cristo en el Bautismo, y por ello estamos llamados a comportarnos como hijos de la luz. Y comportarse como hijos de la luz exige un cambio radical de mentalidad, una capacidad de juzgar hombres y cosas según otra escala de valores, que viene de Dios. El sacramento del Bautismo, efectivamente, exige la elección de vivir como hijos de la luz y caminar en la luz. Si ahora os preguntase: "¿Creéis



que Jesús es el Hijo de Dios?  
¿Creéis que puede cambiaros el  
corazón? ¿Creéis que puede  
hacer ver la realidad como la  
ve Él, no como la vemos  
nosotros? ¿Creéis que Él es la  
luz, nos da la verdadera luz?”  
¿Qué responderíais? Que cada  
uno responda en su corazón.  
¿Qué significa tener la  
verdadera luz, caminar en la  
luz? Significa ante todo  
abandonar las luces falsas: la  
luz fría y fatua del prejuicio  
contra los demás, porque el  
prejuicio distorsiona la realidad  
y nos carga de rechazo contra

quienes juzgamos sin misericordia y condenamos sin apelo. ¡Este es el pan de todos los días! Cuando se chismorrea sobre los demás, no se camina en la luz, se camina en las sombras. Otra falsa luz, porque es seductora y ambigua, es la del interés personal: si valoramos hombres y cosas en base al criterio de nuestra utilidad, de nuestro placer, de nuestro prestigio, no somos fieles la verdad en las relaciones y en las situaciones. Si vamos por este camino del buscar solo el interés personal,

caminamos en las sombras.  
La Virgen Santa, que en primer lugar acogió a Jesús, luz del mundo, nos obtenga la gracia de acoger nuevamente en esta Cuaresma la luz de la fe, redescubriendo el don inestimable del Bautismo, que todos nosotros hemos recibido. Y que esta nueva iluminación nos transforme en las actitudes y en las acciones, para ser también nosotros, a partir de nuestra pobreza, de nuestras pequeñeces, portadores de un rayo de la luz de Cristo.

**Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas.*

Ayer en Almería (España) fueron proclamados beatos José Álvarez-Benavides y de la Torre y ciento catorce compañeros mártires. Estos sacerdotes, religiosos y laicos fueron testigos heroicos de Cristo y de su Evangelio de paz y de reconciliación fraternal. Que su ejemplo y su intercesión nos sostengan en el compromiso de la Iglesia para edificar la civilización del amor.

Os saludo a todos vosotros, provenientes de Roma, de Italia

y de diversos países, en particular a los peregrinos de Córdoba (España), a los jóvenes del colegio Saint-Jean de Passy de París, a los fieles de Loreto, a los fieles de Quartu Sant'Elena, Rende, Maiori, Poggiomarino y a los adolescentes del decanato "Romana-Vittoria" de Milán. Y a propósito de Milán querría dar las gracias al cardenal arzobispo y a todo el pueblo milanés por la calurosa acogida de ayer. Me he sentido verdaderamente en casa, y esto con todos, creyentes y no

creyentes. Os lo agradezco mucho, queridos milaneses, y os diré una cosa: he constatado que es verdad lo que se dice: "¡En Milán se recibe con el corazón en la mano!".

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

29 de marzo de 2017.

Audiencia general. Abrir el corazón.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje de la Carta de san Pablo a los Romanos que acabamos de escuchar nos hace un gran regalo. De hecho, estamos acostumbrados a reconocer en Abraham nuestro padre en la fe; hoy el apóstol nos hace comprender que Abraham es para nosotros

padre en la esperanza, no solo padre de la fe, sino padre en la esperanza. Esto porque en su situación podemos ya acoger un anuncio de la Resurrección, de la vida nueva que vence al mal y a la misma muerte.

En el texto se dice que Abraham creyó en el Dios que «da vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean» (*Rom 4, 17*); y después se precisa: «No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor y el seno de Sara igualmente estéril» (*Rom 4, 19*). Esta es la experiencia que



estamos llamados a vivir también nosotros. El Dios que se revela a Abraham es el Dios que salva, el Dios que hace salir de la desesperación y de la muerte, el Dios que llama a la vida. En la historia de Abraham todo se convierte en un himno al Dios que libera y regenera, todo se convierte en profecía. Y se convierte por nosotros, para nosotros que ahora reconocemos y celebramos el cumplimiento de todo esto en el misterio de la Pascua. Dios de hecho «resucitó de entre los muertos a Jesús» (*Rom 4, 24*),

para que también nosotros podamos pasar en Él de la muerte a la vida. Y realmente entonces Abraham bien puede llamarse «padre de muchos pueblos», pues resplandece como anuncio de humanidad nueva —inosotros!—, rescatada por Cristo del pecado y de la muerte e introducida una vez para siempre en el abrazo del amor de Dios.

En este punto, Pablo nos ayuda a focalizar la estrecha unión entre la fe y la esperanza. Él de hecho afirma que Abraham «esperando contra toda

esperanza, creyó» (*Rom 4, 18*). Nuestra esperanza no se sostiene en razonamientos, previsiones y garantías humanas; y se manifiesta allí donde no hay más esperanza, donde no hay nada más en lo que esperar, precisamente como sucede para Abraham, frente a su muerte inminente y a la esterilidad de su mujer Sara. Se acerca el final para ellos, no podía tener hijos, y en esa situación, Abraham creyó y tuvo esperanza contra toda esperanza. ¡Y esto es grande! La gran esperanza está

enraizada en la fe, y precisamente por esto es capaz de ir más allá de toda esperanza. Sí, porque no se funda en nuestra palabra, sino sobre la Palabra de Dios. También en este sentido, entonces, estamos llamados a seguir el ejemplo de Abraham, el cual, aun frente a la evidencia de una realidad que parece destinada a la muerte, se fía de Dios, «con pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido» (*Roms 4, 21*). Me gustaría haceros una pregunta:

¿nosotros, todos nosotros, estamos convencidos de esto? ¿Estamos convencidos de que Dios nos quiere y que todo eso que nos ha prometido está dispuesto a cumplirlo? Pero padre, ¿cuánto debemos pagar por esto? Solo hay un precio: "abrir el corazón". Abrid vuestros corazones y esta fuerza de Dios os llevará adelante, hará cosas milagrosas y os enseñará qué es la esperanza. Este es el único precio: abrir el corazón a la fe y Él hará el resto. Esta es la paradoja y al mismo

tiempo iel elemento más fuerte, más alto de nuestra esperanza! Una esperanza fundada en la promesa que desde el punto de vista humano parece incierta e imprevisible, pero que no desaparece ni siquiera ante la muerte, cuando quien promete es el Dios de la Resurrección y de la vida. ¡Esto no lo promete uno cualquiera! Quien promete es el Dios de la Resurrección y de la vida. Queridos hermanos y hermanas, pidamos hoy al Señor la gracia de permanecer firmes no tanto en nuestras

seguridades, nuestras capacidades, sino en la esperanza que brota de la promesa de Dios, como verdaderos hijos de Abraham. Cuando Dios promete, cumple lo que promete. Nunca falta a su palabra. Y entonces nuestra vida asumirá una luz nueva, en la conciencia de que Aquel que ha resucitado a su Hijo nos resucitará también a nosotros y nos hará realmente una sola cosa con Él, junto a todos nuestros hermanos en la fe. Todos nosotros creemos. Hoy estamos todos en la plaza,

alabamos al Señor, cantaremos el Padrenuestro, después recibiremos la bendición... Pero esto pasa. Pero esta es también una promesa de esperanza. Si nosotros hoy tenemos el corazón abierto, os aseguro que todos nosotros nos encontraremos en la plaza del Cielo que no pasa nunca, para siempre. Esta es la promesa de Dios y esta es nuestra esperanza, si nosotros abrimos nuestros corazones. Gracias.

*Después, saludó a los peregrinos de lengua española*



*y resumió la catequesis.*

Queridos hermanos:

En la catequesis de hoy hemos visto la estrecha relación que hay entre la fe y la esperanza. En la Carta a los Romanos, san Pablo nos dice que Abraham, «apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza». El patriarca, a pesar de sus muchos años y la esterilidad de su mujer Sara, siguió creyendo en la promesa que Dios le había hecho de darle una gran descendencia. Frente a la evidencia de una realidad

contraria a toda esperanza humana, él se fía de Dios con la certeza de que el Señor cumplirá sus promesas. También nosotros estamos llamados a vivir una esperanza como la de Abraham, que no se apoya en razonamientos, previsiones o cálculos humanos, sino que hunde sus raíces en la fe en la Palabra de Dios. Así nuestra vida se iluminará con la certeza de saber que Aquel que ha resucitado a su Hijo de la muerte nos resucitará también a nosotros y nos hará ser una sola cosa con Él, junto

a todos nuestros hermanos en la fe.

## **LLAMAMIENTO**

Me alegra saludar a la delegación de superintendencia iraquí compuesta de representantes de distintos grupos religiosos, acompañada por su eminencia el cardenal Tauran, presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. La riqueza de la querida nación iraquí está precisamente en este mosaico que representa la unidad en la diversidad, la fuerza en la

unión, la prosperidad en la armonía. Queridos hermanos, os animo a ir adelante en este camino e invito a rezar para que Irak encuentre en la reconciliación y en la armonía entre sus diferentes componentes étnicas y religiosas, la paz, la unidad y la prosperidad. Mi pensamiento va a las poblaciones civiles atrapadas en los barrios occidentales de Mosul y los desplazados a causa de la guerra, a los cuales me siento unido en el sufrimiento, a través de la oración y la

cercanía espiritual. En el expresar profundo dolor por las víctimas del sangriento conflicto, renuevo a todos el llamamiento a comprometerse con todas las fuerzas en la protección de los civiles, como obligación imperativa y urgente.

### **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a la Virgen María que en este tiempo de cuaresma nos ayude a intensificar nuestra preparación espiritual para que la celebración del

misterio pascual de Cristo  
renueve nuestra fe y nuestra  
esperanza. Que el Señor los  
bendiga. Muchas gracias.

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Abril.**



*Textos tomados de:*  
*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*  
*Compuestos por:*

*alphonsus2002@gmail.com*

## **ABRIL.**

**1 de abril de 2017.** Discurso al pontificio colegio español de San José, Roma.

**4 de abril de 2017.** Discurso a los participantes en un congreso organizado por el dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, en el 50 aniversario de la encíclica *populorum progressio*.

**5 de abril de 2017.** Audiencia general. El mal no se vence con el mal.

**8 de abril de 2017.** Discurso



en la vigilia de oración como  
preparación para la jornada  
mundial de la juventud.

**9 de abril de 2017.** Homilía  
en la celebración del Domingo  
de Ramos y de la Pasión del  
Señor.

**9 de abril de 2017.** ÁNGELUS.

**10 de abril de 2017.** Mensaje  
a los hermanos maristas en el  
bicentenario de la fundación de  
la congregación.

**12 de abril de 2017.**

Audiencia general. En el  
Crucifijo nuestra esperanza ha  
renacido.

**13 de abril de 2017.** Homilía

en la Santa Misa Crismal.

**14 de abril de 2017.** Oración durante el Vía Crucis en el Coliseo.

**15 de abril de 2017.** Homilía en la Vigilia Pascual en la Noche Santa.

**16 de abril de 2017.** Homilía en la Santa Misa del día. Domingo de Resurrección.

**16 de abril de 2017.** Mensaje Urbi et Orbi. Pascua 2017.

**17 de abril de 2017.** REGINA COELI.

**19 de abril de 2017.**

Audiencia general. La fe nace de la Resurrección.

**22 de abril de 2017.** Homilía en la liturgia de la palabra con la comunidad de Sant'Egidio, en memoria de los "nuevos mártires" de los siglos XX y XXI

**23 de abril de 2017.** REGINA COELI.

**25 de abril de 2017.** Video-mensaje con ocasión de su viaje apostólico a Egipto.

**26 de abril de 2017.** Audiencia general. La promesa que da esperanza.

**27 de abril de 2017.** Discurso a los participantes en el congreso del foro internacional de acción católica (FIAC)

**28 de abril de 2017.** Discurso del Santo Padre a los participantes en la conferencia internacional para la paz.

(Egipto)

**28 de abril de 2017.** Discurso del Santo Padre en el encuentro con las autoridades.

(Egipto)

**28 de abril de 2017.** Discurso del Santo Padre en la visita de cortesía a S. S. el Papa

Tawadros II. (Egipto)

**29 de abril de 2017.** Discurso en el encuentro de oración con el clero, los religiosos, las religiosas y los seminaristas.

(Egipto)

**29 de abril de 2017.** Homilía del Santo Padre en la Santa Misa. (Egipto)

**29 de abril de 2017.**

Entrevista del Santo Padre con los periodistas durante el vuelo de regreso a Roma. (Egipto)

**30 de abril de 2017.** REGINA COELI.

1 de abril de 2017. Discurso al pontificio colegio español de San José, Roma.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Quiero hacer llegar mi saludo a toda la comunidad del Pontificio Colegio Español de San José y agradecer al Señor Cardenal Ricardo Blázquez Pérez las amables palabras que, como co-patrono del Colegio, me ha dirigido en nombre de todos, en esta conmemoración. Doy

gracias a Dios por la hermosa obra que instituyó el beato Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, y por la labor de los mismos durante todos estos años.

Esta Institución nació con la vocación de ser un referente para la formación del clero. Formarse supone ser capaces de acercarse con humildad al Señor y preguntarle: ¿Cuál es tu voluntad? ¿Qué quieres de mí? Sabemos la respuesta, pero

tal vez nos haga bien recordarla, y para ello les propongo las tres palabras del *Shemá* con las que Jesús respondió al Levita: «amarás al Señor con todo tu *corazón*, con toda tu *alma*, con todas tus *fuerzas*» (Mc 12,30).

*Amar de todo corazón*, significa hacerlo sin reservas, sin dobleces, sin intereses espurios, sin buscarse a sí mismo en el éxito personal o en la carrera. La caridad pastoral supone salir al encuentro del otro, comprendiéndolo, aceptándolo



y perdonándolo de todo corazón. Eso es caridad pastoral. Pero solos no es posible crecer en esa caridad. Por eso el Señor nos llamó para ser una comunidad, de modo que esa caridad congregue a todos los sacerdotes con un especial vínculo en el ministerio y la fraternidad. Para ello se necesita la ayuda del Espíritu Santo pero también el combate espiritual personal (cf. *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 87). Esto no pasó de moda, sigue siendo tan actual como en los

primeros tiempos de la Iglesia. Se trata de un desafío permanente para superar el individualismo, vivir la diversidad como un don, buscando la unidad del presbiterio, que es signo de la presencia de Dios en la vida de la comunidad. Presbiterio que no mantiene la unidad, de hecho, echa a Dios de su testimonio. No es testimonio de la presencia de Dios. Lo manda afuera. De ese modo, reunidos en nombre del Señor, especialmente cuando celebran la Eucaristía, manifiestan

incluso sacramentalmente que él es el amor de su corazón.

Segundo: *amar con toda el alma*. Es estar dispuestos a ofrecer la vida. Esta actitud debe persistir en el tiempo, y abarcar todo nuestro ser. Así lo proponía el Fundador del Colegio: «[Señor] te ofrezco y pongo a tu disposición mi cuerpo, mi alma, mi memoria, entendimiento, voluntad, mi salud y hasta mi vida»

(*Escritos III*, vol. 6, doc. 111, p. 1). Por lo tanto, la formación de un sacerdote no puede ser únicamente académica, aunque

esta sea muy importante y necesaria, sino que ha de ser un proceso integral, que abarque todas las facetas de la vida. La formación ha de servirles para crecer y, al mismo tiempo, para acercarse a Dios y a los hermanos. Por favor, no se conformen con conseguir un título, sino sean discípulos a tiempo completo para «anunciar el mensaje evangélico de modo creíble y comprensible al hombre de hoy» (*Ratio*, 116). A este punto, es importante crecer en el hábito del discernimiento,

que les permita valorar cada instante y moción, incluso lo que parece opuesto y contradictorio, y cribar lo que viene del Espíritu; una gracia que debemos pedir de rodillas. Sólo desde esta base, a través de las múltiples tareas en el ejercicio del ministerio, podrán formar a los demás en ese discernimiento que lleva a la Resurrección y la Vida, y les permite dar una respuesta consciente y generosa a Dios y a los hermanos (cf. *Encuentro con los sacerdotes y consagrados* - Milán, 25 marzo

2017). Yo decía que la formación de un sacerdote no puede ser únicamente académica y conformarse con esto solo. De ahí nacen todas las ideologías que apestan a la Iglesia, de un signo o de otro, del academicismo clerical. Son cuatro columnas que tienen que tener la formación: formación académica, formación espiritual, formación comunitaria y formación apostólica. Y las cuatro se tienen que interactuar. Si falta una de ellas, ya empieza a renquear la formación y

termina parálitico el cura. Así que, por favor, las cuatro juntas e interactuándose.

Finalmente, la tercera respuesta de Jesús, *amar con todas las fuerzas*, nos recuerda que allí donde está nuestro tesoro está nuestro corazón (cf. *Mt 6,21*), y que es en nuestras pequeñas cosas, seguridades y afectos, donde nos jugamos el ser capaces de decir que sí al Señor o darle la espalda como el joven rico. No se pueden contentar con tener una vida ordenada y cómoda, que les permita vivir sin

preocupaciones, sin sentir la exigencia de cultivar un espíritu de pobreza radicado en el Corazón de Cristo que, siendo rico, se ha hecho pobre por nuestro amor (cf. 2 Co 8,9) o, como dice el texto, para enriquecernos a nosotros. Se nos pide adquirir la auténtica libertad de hijos de Dios, en una adecuada relación con el mundo y con los bienes terrenos, según el ejemplo de los Apóstoles, a los que Jesús invita a confiar en la Providencia y a seguirlo sin lastres ni ataduras (cf. Lc 9,57-



62; *Mc* 10,17-22). No se olviden de esto: el diablo siempre entra por el bolsillo, siempre. Además, es bueno aprender a dar gracias por lo que tenemos, renunciando generosa y voluntariamente a lo superfluo, para estar más cerca de los pobres y de los débiles. El beato Domingo y Sol decía que para socorrer la necesidad se debía estar dispuestos a «vender la camisa». Yo no les pediré tanto: curas descamisados no, simplemente que sean testigos de Jesús, a través de la

sencillez y la austeridad de vida, para llegar a ser promotores creíbles de una verdadera justicia social (cf. Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 30). Y, por favor –y esto como hermano, como padre, como amigo– por favor, huyan del carrerismo eclesiástico: es una peste. Huyan de eso.

Queridos superiores, colegiales y exalumnos de este Colegio Español de San José: confiemos al santo Patriarca, Protector de la Iglesia, sus preocupaciones y proyectos, que él los acompañe, junto a María

Santísima, invocada por la tradición del Colegio como Madre Clementísima, para que puedan crecer en sabiduría y gracia, y ser discípulos amados del Buen Pastor. Que Dios los bendiga.

4 de abril de 2017. Discurso a los participantes en un congreso organizado por el dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, en el 50 aniversario de la encíclica *populorum progressio*.

Martes.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Gracias por vuestra invitación y acogida. Os doy las gracias por vuestra actividad de promoción humana y del bien común. Doy las gracias al cardenal Turkson

por sus palabras de saludo y por haber dado inicio, no sin fatiga, al nuevo dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. Ha sido un modelo de camino, en paz, creatividad, consultas, verdaderamente un modelo de construcción eclesial: gracias, eminencia.

Habéis acudido a este Congreso Internacional porque el nacimiento del nuevo dicasterio corresponde significativamente con el 50º aniversario de la Encíclica Populorum progressio del Beato Paolo VI.

Fue él quien precisó con detalle en esa Encíclica el significado de “desarrollo integral” (cf n. 21), y fue él quien propuso la sintética y afortunada fórmula: «promover a todos los hombres y a todo el hombre» (n. 14). ¿Qué quiere decir, hoy y en el futuro cercano, desarrollo integral, es decir, promoción a todos los hombres y a todo el hombre? Siguiendo la estela de Pablo VI, precisamente en el verbo integrar —muy querido por mí— podemos individuar una orientación fundamental para el nuevo dicasterio.

Veamos juntos algunos aspectos.

Se trata de integrar los distintos pueblos de la tierra. El deber de solidaridad nos obliga a buscar justas modalidades de compartir, para que no exista esa dramática desigualdad entre quien tiene demasiado y quien no tiene nada, entre quien descarta y quien es descartado. Sólo el camino de la integración entre los pueblos consiente a la humanidad un futuro de paz y de esperanza. Se trata de ofrecer modelos practicables de integración

social. Todos tienen una aportación que ofrecer al conjunto de la sociedad, todos tienen una peculiaridad que puede servir para vivir juntos, nadie está excluido de aportar algo para el bien de todos. Esto es al mismo tiempo un derecho y un deber. Es el principio de la subsidiariedad el que garantiza la necesidad de la aportación de todos, tanto como individuos que como grupos, si queremos crear una convivencia humana abierta a todos.

Se trata además, de integrar en el desarrollo todos los



elementos que lo hacen verdaderamente tal. Los diferentes sistemas: la economía, la finanza, el trabajo, la cultura, la vida familiar, la religión son, cada uno en su especificidad, un momento irrenunciable de este crecimiento. Ninguno de ellos puede monopolizar y ninguno de ellos puede ser excluido de una concepción de desarrollo humano integral, es decir, que tenga en cuenta que la vida humana es como una orquesta que suena bien si los diferentes instrumentos se afinan y

siguen una partitura compartida por todos.

Se trata todavía de integrar la dimensión individual y la comunitaria. Es innegable que seamos hijos de una cultura, por lo menos en el mundo occidental, que ha exaltado al individuo hasta hacer como una isla, casi como si se pudiera ser felices solos. Por otra parte, no faltan visiones ideológicas y poderes políticos que han aplastado a la persona, la han masificado y privado de esa libertad sin la cual el hombre ya no se siente hombre. A tal

masificación están interesados también poderes económicos que quieren aprovechar la globalización, en lugar de favorecer una mayor repartición entre los hombres, simplemente para imponer un mercado global del cual son ellos mismos quienes dictan las reglas y obtienen provecho. El yo y la comunidad no son competidores entre sí, pero el yo puede madurar solo en presencia de relaciones interpersonales auténticas y la comunidad es generadora cuando lo son todos y

singularmente sus componentes. Esto vale aún más para la familia, que es la primera célula de la sociedad y en la cual se aprende a vivir juntos.

Por último se trata de integrar entre ellos cuerpo y alma. Ya Pablo VI escribía que el desarrollo no se reduce a un simple crecimiento económico (cf n. 14); el desarrollo no consiste en el tener a disposición cada vez más bienes, para un bienestar solamente material. Integrar cuerpo y alma significa además

que ninguna obra de desarrollo podrá llegar verdaderamente a su fin si no respeta ese lugar en el cual Dios está presente para nosotros y habla a nuestro corazón.

Dios se ha hecho conocer plenamente en Jesucristo: en Él Dios y el hombre no están divididos y separados entre ellos. Dios se ha hecho hombre para hacer de la vida humana, tanto personal como social, una concreta vía de salvación. Así la manifestación de Dios en Cristo —incluidos sus gestos de sanación, de liberación, de

reconciliación que hoy estamos llamados a volver a proponer a los muchos heridos a un lado de la carretera— indica el camino y la modalidad del servicio que la Iglesia pretende ofrecer al mundo: desde esta perspectiva se puede comprender qué cosa signifique un desarrollo “integral”, que no perjudica ni a Dios ni al hombre, porque asume toda la consistencia de ambos.

En este sentido, precisamente el concepto de persona, nacido y madurado en el cristianismo, ayuda a perseguir un desarrollo

plenamente humano. Porque persona significa siempre relación, no individualismo, afirma la inclusión y no la exclusión, la dignidad única e inviolable y no la explotación, la libertad y no la constricción. La Iglesia no se cansa de ofrecer esta sabiduría y su obra al mundo, con la conciencia de que el desarrollo integral es el camino del bien que la familia humana está llamada a recorrer. Os invito a llevar adelante esta acción con paciencia y constancia, con la confianza de que el Señor nos

acompaña. Que Él os bendiga y  
la Virgen os proteja. Gracias.



5 de abril de 2017. Audiencia general. El mal no se vence con el mal.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La Primera Carta del apóstol Pedro lleva en sí una carga extraordinaria! Es necesario leerla una, dos, tres veces para comprender esta carga extraordinaria: consigue infundir gran consolación y paz, haciendo percibir como el Señor está siempre junto a

nosotros y no nos abandona nunca, sobre todo en las fases más delicadas y difíciles de nuestra vida. Pero ¿cuál es el “secreto” de esta Carta, y de manera particular del pasaje que acabamos de escuchar (cf 1 Pt 3,8-17)? Esta es una pregunta. Sé que vosotros hoy tomaréis el Nuevo Testamento, buscaréis la primera Carta de Pedro y la leeréis despacio despacio, para entender el secreto y la fuerza de esta Carta. ¿Cuál es el secreto de esta Carta?

El secreto está en el hecho de

que este escrito tiene sus raíces directamente en la Pascua, en el corazón del misterio que vamos a celebrar, haciéndonos así percibir toda la luz y la alegría que se desprende de la muerte y resurrección de Cristo. Cristo verdaderamente ha resucitado, y este es un bonito saludo para darnos el día de Pascua:

“¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!”, como hacen muchos pueblos. Recordarnos que Cristo ha resucitado, está vivo entre nosotros, está vivo y habita en cada uno de

nosotros. Es por esto que san Pedro nos invita con fuerza a adorarlo en nuestros corazones (cf 1 Pt 3,16). Allí el Señor demora en el momento de nuestro Bautismo, y desde allí continúa renovándonos a nosotros y a nuestra vida, colmándonos de su amor y de la plenitud del Espíritu. He aquí entonces por qué el apóstol nos aconseja dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf 1 Pt 3,16): nuestra esperanza no es un concepto, no es un sentimiento, no es un móvil, iuna montaña de

riquezas! Nuestra esperanza es una Persona, es el Señor Jesús que reconocemos vivo y presente en nosotros y en nuestros hermanos, porque Cristo ha resucitado. Los pueblos eslavos cuando se saludan, en lugar de decir "buenos días", "buenas tardes", los días de Pascua se saludan con este "¡Cristo ha resucitado!", "Christos voskrese!" dicen entre ellos; ¡y están felices de decirlo! Y este es el "buenos días" y el "buenas tardes" que se dan: "¡Cristo ha resucitado!".

Comprendemos entonces que de esta esperanza no se debe tanto dar razón a nivel teórico, de palabra, sino sobre todo con el testimonio de la vida, y que esto sea tanto dentro de la comunidad cristiana, como fuera de ella. Si Cristo está vivo y vive en nosotros, en nuestro corazón, entonces debemos dejar también que se haga visible, no esconderlo, y que actúe en nosotros. Esto significa que el Señor Jesús debe convertirse siempre cada vez más en nuestro modelo: modelo de vida y que nosotros

debemos aprender a comportarnos como Él se ha comportado. Hacer lo que hacía Jesús. La esperanza que habita en nosotros, entonces, no puede permanecer escondida dentro de nosotros, en nuestro corazón: pues, sería una esperanza débil, que no tiene el valor de salir fuera y hacerse ver; sino nuestra esperanza, como se observa en el Salmo 33 citado por Pedro, debe necesariamente salir fuera, tomando la forma exquisita e inconfundible de la dulzura, del respeto, de la benevolencia

hacia el prójimo, llegando incluso a perdonar a quien nos hace daño. Una persona que no tiene esperanza no consigue perdonar, no consigue dar la consolación del perdón y tener la consolación de perdonar. Sí, porque así ha hecho Jesús, y así continúa haciendo a través de quienes le dejan espacio en su corazón y en su vida, con la conciencia de que el mal no se vence con el mal, sino con la humildad, la misericordia y la docilidad. Los mafiosos piensan que el mal se puede vencer con el mal, y así desencadenan la



venganza y hacen muchas cosas que todos nosotros sabemos. Pero no conocen qué es la humildad, misericordia y docilidad. ¿Y por qué? Porque los mafiosos no tienen esperanza. Pensad esto.

He aquí por qué san Pedro afirma que «más vale padecer por obrar el bien que por obrar el mal» (1 Pt 3,17): no quiere decir que está bien sufrir, sino que, cuando sufrimos por el bien, estamos en comunión con el Señor, el cual ha aceptado padecer y ser puesto en la cruz por nuestra salvación. Cuando

entonces también nosotros, en las situaciones más pequeñas o más grandes de nuestra vida, aceptamos sufrir por el bien, es como si esparciésemos entorno a nosotros semillas de resurrección, semillas de vida e hiciésemos resplandecer en la oscuridad la luz de la Pascua. Es por esto que el apóstol nos exhorta a responder «deseando el bien» (1 *Pt* 3,9): la bendición no es una formalidad, no es solo un signo de cortesía, sino un don grande que nosotros en primer lugar hemos recibido y que tenemos la posibilidad de

compartir con los hermanos. Es el anuncio del amor de Dios, un amor desmesurado, que no se agota, que no desaparece y que constituye el verdadero fundamento de nuestra esperanza. Queridos amigos, comprendemos también por qué el apóstol Pedro nos llama «bienaventurados», cuando deberíamos sufrir por la justicia (cf 1 *Pt* 3,13). No es solo por una razón moral o ascética, sino que es porque cada vez que nosotros tomamos la parte de los últimos y de los marginados o que no

respondemos al mal con el mal, sino perdonando, sin venganza, perdonando y bendiciendo, cada vez que hacemos esto nosotros resplandecemos como signos vivos y luminosos de esperanza, convirtiéndonos así en instrumento de consolación y de paz según el corazón de Dios. Y así seguimos adelante con la dulzura, la docilidad, el ser amables y haciendo el bien incluso a los que no nos quieren bien, o nos hacen daño. ¡Adelante!

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los animo a vivir con intensidad los días de Semana Santa. Que la contemplación de la Pasión y Muerte de Jesús, nos asegure en la esperanza de la resurrección, y nos ayude a ser instrumentos de su consuelo y de su amor para todos nuestros hermanos. Que Dios los bendiga.

**LLAMAMIENTOS**

Mi pensamiento va dirigido en este momento al grave atentado de hace días en el metro de San Petersburgo, que ha provocado víctimas y desconcierto en la población. Mientras encomiendo a la misericordia de Dios a cuantos trágicamente han desaparecido, expreso mi espiritual cercanía a sus familiares y a todos los que sufren a causa de este dramático evento. Asistimos aterrizados a los últimos eventos en Siria. Expreso mi firme desaprobación por la inaceptable masacre acaecida

ayer en la provincia de Idlib, donde han sido asesinadas decenas de personas inermes, entre las cuales muchos niños. Rezo por las víctimas y sus familias y hago un llamamiento a la conciencia de quienes tienen responsabilidades políticas, a nivel local e internacional, para que cese esta tragedia y se ofrezca alivio a esa querida población desde hace mucho tiempo extenuada por la guerra. Animo, igualmente, los esfuerzos de quien, aun en la inseguridad y en la desesperación, se

esfuerzo en hacer llegar ayuda a los habitantes de esa región.



8 de abril de 2017. Discurso en la vigilia de oración como preparación para la jornada mundial de la juventud.

Santa María la Mayor, Roma.

Sábado.

*Queridos jóvenes:*

Gracias por estar aquí. Esta tarde se da un doble inicio: el inicio del *camino hacia el Sínodo*, que tiene un nombre largo: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», pero llamémoslo «el Sínodo de

los jóvenes», así se entiende mejor. Y también el segundo inicio, el del *camino hacia Panamá*: «Aquí está el Arzobispo de Panamá [señalándolo se dirige a él]. Te saludo.

Hemos escuchado el Evangelio, hemos rezado, hemos cantado, hemos traído flores a la Virgen, a la Madre; y hemos traído la cruz, que llega de Cracovia y mañana será entregada a los jóvenes de Panamá. Desde Cracovia a Panamá; y, en medio, el Sínodo. Un Sínodo del que ningún joven debe

sentirse excluido. «Pero... hacemos un Sínodo para los jóvenes católicos... para los jóvenes que pertenecen a las asociaciones católicas, así es más fuerte...». No. El Sínodo es el Sínodo *de y para* todos los jóvenes; los jóvenes son los protagonistas. «¿Pero también los jóvenes que se declaran agnósticos? Sí. «¿También los jóvenes que tienen una fe tibia?» Sí. ¿También para los jóvenes que se han alejado de la Iglesia?» Sí. «¿También para los jóvenes —no sé si habrá alguno, a lo mejor hay

alguno—, los jóvenes que se dicen ateos?» Sí. Este es el Sínodo de los jóvenes, y todos nosotros queremos *escucharos*. Cada joven tiene algo que decir a los otros, tiene algo que decir a los adultos, tiene algo que decir a los sacerdotes, a las religiosas, a los obispos y al Papa. Todos tenemos necesidad de escucharos.

Recordemos un poco a Cracovia, la Cruz nos lo recuerda. Allí dije dos cosas, a lo mejor alguno lo recuerda: es desagradable ver a un joven que se jubila a los veinte años;

y también es desagradable ver a un joven que vive en el sofá. ¿No es verdad? *Ni jóvenes «jubilados», ni jóvenes «de sofá»*. Jóvenes que caminen, jóvenes de calle, jóvenes que vayan adelante, uno junto al otro, pero mirando al futuro. Hemos escuchado el Evangelio (cf. *Lc 1,39-45*). Cuando María recibe aquel don, aquella *vocación* tan grande de traernos el don de Dios, dice el Evangelio que, habiendo recibido la noticia de que su prima de edad avanzada esperaba un niño y tendría

necesidad de ayuda, se fue «*deprisa*». *Deprisa*: el mundo de hoy tiene necesidad de jóvenes que vayan «*deprisa*», que no se cansen de caminar *deprisa*; de jóvenes que tengan la vocación de sentir que la vida les ofrece *una misión*. Y, como dijo tantas veces María Lisa [joven religiosa] en su testimonio, *jóvenes en camino*. Ella ha relatado su experiencia: ha sido una experiencia en camino. Tenemos necesidad de jóvenes en camino. El mundo puede cambiar solamente si los jóvenes están en camino. Pero

este es el drama de este mundo: que los jóvenes —y este es el drama de la juventud de hoy— que *los jóvenes son a menudo descartados*. No tienen trabajo, no tienen un ideal que seguir, falta la instrucción, falta la integración... Tantos jóvenes deben huir, emigrar a otras tierras... Los jóvenes hoy, es duro decirlo, a menudo son material de descarte. Y esto no podemos tolerarlo. Tenemos que hacer este Sínodo para decir: «Nosotros jóvenes estamos aquí». Y nosotros vamos a Panamá para decir:

«Nosotros jóvenes estamos aquí, en camino. No queremos ser material de descarte.

Nosotros tenemos algo valioso que dar».

He pensado, mientras Pompeo hablaba [el segundo testimonio]: por dos veces, él estuvo casi al límite de ser material de descarte, a los ocho y a los dieciocho años. Y lo venció. Lo superó. Ha sido capaz de levantarse. Y la vida, cuando miramos al horizonte —lo ha dicho también María Lisa—, nos sorprende siempre. Ambos lo han dicho.



Nosotros estamos en camino, hacia el Sínodo y hacia Panamá. Y este camino es arriesgado; pero si un joven no arriesga, ha envejecido. Y nosotros tenemos que arriesgar.

María Lisa ha dicho que después del sacramento de la confirmación se alejó de la Iglesia. Vosotros sabéis bien que, aquí en Italia, el sacramento de la confirmación se llama «el sacramento del adiós». Después de la confirmación no se vuelve más a la Iglesia. Y, ¿por qué? Porque

muchos jóvenes no saben qué hacer.. Y ella [María Lisa] nunca se ha detenido, siempre ha permanecido en camino: a veces por caminos oscuros, por caminos sin luz, sin ideales o con ideales que no entendía bien; pero, al final, también ella lo consiguió. Vosotros jóvenes tenéis que arriesgar en la vida, arriesgar. Hoy debéis preparar el futuro. El futuro está en vuestras manos. El futuro está en vuestras manos. En el Sínodo, la Iglesia entera quiere escuchar a los jóvenes: qué piensan, qué sienten, qué

quieren, qué critican o de qué cosas se arrepienten. La Iglesia tiene necesidad de aún más primavera, y la primavera es la estación de los jóvenes.

Y además, quisiera invitaros a hacer este camino, este camino hacia el Sínodo y hacia Panamá, con alegría; a recorrerlo con vuestras aspiraciones, sin miedo, sin vergüenza, con valentía. Se necesita mucho ánimo. E intentar percibir la belleza de las pequeñas cosas, como ha dicho Pompeo, esa belleza de cada día: percibirla, no perdáis

esto. Y dar gracias por lo que eres: «Yo soy así, gracias». Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: «Pero, ¿quién soy yo?». Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: «¿*Para quién soy yo?*». Como la Virgen, que fue capaz de preguntarse: «¿*Para quién, para qué persona soy yo, en este momento? Para mi prima*», y fue. *Para quién soy yo, no quién soy yo*: esto viene después, sí, es una pregunta

que se tiene que hacer, pero antes de nada *por qué* hacer un trabajo, un trabajo de toda una vida, un trabajo que te haga *pensar*, que te haga *sentir*, que te haga *trabajar*. Los tres lenguajes: el lenguaje de la *mente*, el lenguaje del *corazón* y el lenguaje de las *manos*. E ir siempre adelante.

Y otra cosa quisiera decir: el Sínodo no es solamente «*un parlatorio*». La JMJ no será un «*lugar para hablar*» o un circo o una cosa bonita, una fiesta y

después «adiós», ya no me acuerdo. No, *cosas concretas*, la vida nos pide cosas concretas. En esta cultura líquida, se necesita concretar, esto es vuestra vocación.

Y quisiera terminar.. —había un discurso escrito, pero después de haberos visto, de haber oído los testimonios, he querido deciros esto—: habrá momentos en los que no entenderéis nada, momentos oscuros, feos, momentos bonitos, momentos oscuros, momentos luminosos... pero hay una cosa que yo quisiera

subrayar. Nosotros estamos en el presente. A mi edad, estamos para irnos... ¿no? [ríe] ¿Quién garantiza la vida? Nadie. Vuestra edad tiene el futuro por delante. A los jóvenes, hoy, a los jóvenes, la vida les pide una misión, la Iglesia les pide una misión, y yo quisiera encargáros esta misión: volved y hablad con los abuelos. Hoy más que nunca tenemos necesidad, *tenemos necesidad de este puente, del dialogo entre los abuelos y los jóvenes, entre los viejos y los jóvenes.* El profeta Joel, en el

capítulo tres, versículo dos, nos dice esto, como una profecía: «Los ancianos tendrán sueños, soñarán, y los jóvenes profetizarán», esto es, realizarán las profecías con las cosas concretas. Esta es la tarea que yo os doy en nombre de la Iglesia: *hablar con los ancianos*. «Pero es aburrido..., dicen siempre las mismas cosas...». No. Escucha al anciano. Habla, pregúntale cosas. Haz que ellos sueñen y sírvete de esos sueños para ir adelante, para profetizar y para hacer concreta aquella profecía.



Esta es vuestra misión hoy,  
esta es la misión que hoy os  
pide la Iglesia.

Queridos jóvenes, sed  
valientes. «Pero, Padre, yo he  
pecado, caigo muchas veces...».  
Me viene a la mente una  
canción alpina, muy bonita, que  
cantan los alpinos: «En el arte  
de subir, lo importante no es no  
caer, sino no quedarse caído».  
Adelante, ¿caes?, levántate y  
sigue caminando. Pero piensa  
en aquello que ha soñado el  
abuelo, que ha soñado el  
anciano o la anciana. Hazles  
hablar, toma esas cosas y haz

el puente hacia el futuro. Esta es la tarea y la misión que hoy os da la Iglesia.

Muchas gracias por vuestra valentía, y... hasta Panamá. No sé si seré yo, pero estará el Papa. Y el Papa, en Panamá, os hará la pregunta: «¿Habéis hablado con los viejos? ¿Habéis hablado con los ancianos? ¿Habéis tomado los sueños del anciano y los habéis transformado en profecía concreta?» Esta es vuestra tarea. Que el Señor os bendiga. Rezad por mí, y preparémonos todos juntos para el Sínodo y

para Panamá.

Gracias.

Oración del Papa Francisco por los jóvenes en vista del sínodo de los obispos de 2018 sobre el tema:

«Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional»

Señor Jesús, tu Iglesia en camino hacia el Sínodo dirige su mirada a todos los jóvenes del mundo. Te pedimos para que con audacia se hagan cargo de la propia vida, vean las cosas más hermosas y

profundas y conserven siempre el corazón libre. Acompañados por guías sabientes y generosos, ayúdalos a responder a la llamada que Tú diriges a cada uno de ellos, para realizar el propio proyecto de vida y alcanzar la felicidad. Mantén abiertos sus corazones a los grandes sueños y haz que estén atentos al bien de los hermanos. Como el Discípulo amado, estén también ellos al pie de la Cruz para acoger a tu Madre, recibéndola de Ti como un don. Sean testigos de la Resurrección y sepan

reconocerte vivo junto a ellos  
anunciando con alegría que tú  
eres el Señor. Amén.

Franciscus

9 de abril de 2017. Homilía en la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor.

XXXII Jornada Mundial de la Juventud.

Domingo

.  
Esta celebración tiene como un doble sabor, dulce y amargo, es alegre y dolorosa, porque en ella celebramos la entrada del Señor en Jerusalén, aclamado por sus discípulos como rey, al mismo tiempo que se proclama solemnemente el relato del

evangelio sobre su pasión. Por eso nuestro corazón siente ese doloroso contraste y experimenta en cierta medida lo que Jesús sintió en su corazón en ese día, el día en que se regocijó con sus amigos y lloró sobre Jerusalén. Desde hace 32 años la dimensión gozosa de este domingo se ha enriquecido con la fiesta de los jóvenes: La Jornada Mundial de la Juventud, que este año se celebra en ámbito diocesano, pero que en esta plaza vivirá dentro de poco un momento

intenso, de horizontes abiertos, cuando los jóvenes de Cracovia entreguen la Cruz a los jóvenes de Panamá.

El Evangelio que se ha proclamado antes de la procesión (cf. *Mt 21,1-11*) describe a Jesús bajando del monte de los Olivos montado en una borrica, que nadie había montado nunca; se hace hincapié en el entusiasmo de los discípulos, que acompañan al Maestro con aclamaciones festivas; y podemos imaginarnos con razón cómo los muchachos y jóvenes de la



ciudad se dejaron contagiar de este ambiente, uniéndose al cortejo con sus gritos. Jesús mismo ve en esta alegre bienvenida una fuerza irresistible querida por Dios, y a los fariseos escandalizados les responde: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,40).

Pero este Jesús, que justamente según las Escrituras entra de esa manera en la Ciudad Santa, no es un iluso que siembra falsas ilusiones, un profeta «*new age*», un vendedor de humo, todo lo

contrario: es un Mesías bien definido, con la fisonomía concreta del siervo, el siervo de Dios y del hombre que va a la pasión; es el gran Paciente del dolor humano.

Así, al mismo tiempo que también nosotros festejamos a nuestro Rey, pensamos en el sufrimiento que él tendrá que sufrir en esta Semana.

Pensamos en las calumnias, los ultrajes, los engaños, las traiciones, el abandono, el juicio inicuo, los golpes, los azotes, la corona de espinas... y en definitiva al *via crucis*,

hasta la crucifixión.

Él lo dijo claramente a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (*Mt 16,24*). Él nunca prometió honores y triunfos. Los Evangelios son muy claros. Siempre advirtió a sus amigos que el camino era ese, y que la victoria final pasaría a través de la pasión y de la cruz. Y lo mismo vale para nosotros. Para seguir fielmente a Jesús, pedimos la gracia de hacerlo no de palabra sino con los hechos, y de llevar

nuestra cruz con paciencia, de no rechazarla, ni deshacerse de ella, sino que, mirándolo a él, aceptémosla y llevémosla día a día.

Y este Jesús, que acepta que lo aclamen aun sabiendo que le espera el «*crucifige*», no nos pide que lo contemplemos sólo en los cuadros o en las fotografías, o incluso en los vídeos que circulan por la red. No. Él está presente en muchos de nuestros hermanos y hermanas que hoy, hoy sufren como él, sufren a causa de un trabajo esclavo, sufren por los

dramas familiares, por las enfermedades... Sufren a causa de la guerra y el terrorismo, por culpa de los intereses que mueven las armas y dañan con ellas. Hombres y mujeres engañados, pisoteados en su dignidad, descartados.... Jesús está en ellos, en cada uno de ellos, y con ese rostro desfigurado, con esa voz rota pide que se le mire, que se le reconozca, que se le ame. No es otro Jesús: es el mismo que entró en Jerusalén en medio de un ondear de ramos de palmas y de olivos. Es el

mismo que fue clavado en la cruz y murió entre dos malhechores. No tenemos otro Señor fuera de él: Jesús, humilde Rey de justicia, de misericordia y de paz.

9 de abril de 2017. ÁNGELUS.

Domingo de Ramos.

Al final de esta celebración, os saludo cordialmente a todos vosotros aquí presentes, especialmente a los que han participado en el Encuentro internacional en vista de la asamblea sinodal sobre los jóvenes, promovida por el dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida en colaboración con la Secretaría General del Sínodo de los Obispos. Este saludo se

extiende a todos vosotros jóvenes que hoy, en torno a sus obispos, celebran la Jornada mundial de la juventud en cada diócesis del mundo. Es otra etapa de la gran peregrinación, iniciada por san Juan Pablo ii, que el año pasado nos reunió en Cracovia y que nos convoca en Panamá en enero de 2019. Por esto, dentro de algunos instantes, los jóvenes polacos entregarán la cruz de la Jornada mundial de la juventud a los jóvenes panameños, acompañados, los unos y los otros, por sus pastores y las



autoridades civiles.

Pidamos al Señor que la cruz, unida al icono de *María Salus Populi Romani*, allí por donde pase haga crecer la fe y la esperanza, revelando el amor invencible de Cristo.

A Cristo, que hoy entra en la Pasión, y a la Virgen encomendamos a las víctimas del atentado terrorista sucedido el viernes pasado en Estocolmo, como también a los que son aún duramente probados por la guerra, desastre de la humanidad. Y rezamos por las víctimas del

atentado perpetrado lamentablemente hoy, esta mañana, en El Cairo, en una iglesia copta. A mi querido hermano, su santidad Papa Teodoro II, a la Iglesia copta y a toda la querida nación egipcia expreso mi profundo pésame, rezo por los difuntos y por los heridos, estoy cercano a los familiares y a toda la comunidad. El Señor convierta el corazón de las personas que siembran terror, violencia y muerte, y también el corazón de los que hacen y trafican con armas.



10 de abril de 2017. Mensaje a los hermanos maristas en el bicentenario de la fundación de la congregación.

*Al hermano Emili Turú Rofes  
Superior General de los  
Hermanos Maristas*

*Querido hermano:*

Me es grato saludarlo y a través suyo a toda la familia Marista, con motivo del bicentenario de la fundación de su Congregación, durante el cual celebrarán el XXII Capítulo general que tendrá lugar en Colombia. Han deseado

preparar esta efeméride bajo el lema «un nuevo comienzo», en el que está sintetizado todo un programa de renovación que supone mirar con agradecimiento el pasado, discernir el presente y abrirse con esperanza al futuro.

La *gratitud* es el primer sentimiento que brota del corazón. Se necesita esta actitud de reconocimiento para valorar las obras grandes que Dios ha hecho a través de ustedes. Así mismo, dar gracias nos hace bien; nos ayuda a reconocernos pequeños ante

los ojos del Señor y deudores de una tradición que nos ha sido dada sin haber hecho nada por nuestra parte. Ustedes pertenecen a una gran familia rica de testigos que han sabido donar sus vidas por amor a Dios y al prójimo con ese *espíritu de hermandad* que caracteriza a la Congregación y que convierte al otro en «hermano muy querido para mí» (*Flm 16*). Estos dos siglos de existencia se han transformado a su vez en una gran historia de entrega en favor de niños y jóvenes, que

han acogido a lo largo y ancho de los cinco continentes y los han formado para que fueran buenos ciudadanos y, sobre todo, buenos cristianos. Estas obras de bien son expresión de la bondad y misericordia de Dios que, a pesar de nuestras limitaciones y torpezas, jamás se olvida de sus hijos.

Sin embargo no basta contemplar el pasado, sino que es necesario realizar un *discernimiento* del momento presente. Es justo que se examinen y es bueno que lo hagan a la luz del Espíritu.

Discernir es reconocer con objetividad y caridad el estado actual, confrontándolo con el espíritu fundacional. San Marcelino Champagnat fue un innovador para su tiempo en el ámbito educativo y de la formación. Él mismo experimentó la necesidad del amor para poder sacar a relucir las potencialidades que cada chico lleva escondidas dentro de sí. Su santo Fundador decía: «La educación es para el niño lo que el cultivo es para el campo. Por muy bueno que este sea, si se deja de arar, no



produce más que zarzas y malas hierbas». La tarea del educador es de entrega constante y tiene una carga de sacrificio; sin embargo *la educación es cosa del corazón*, esto la hace diferente y sublime. Estar llamados a cultivar exige antes que nada cultivarse ustedes mismos. El religioso-educador tiene que cuidar su campo interior, sus reservas humanas y espirituales, para poder salir a sembrar y cuidar el terreno que le han confiado. Deben ser conscientes que el terreno que

trabajan y moldean es «sagrado», viendo en él el amor y la impronta de Dios. Con esta dedicación y esfuerzo, fieles a la misión recibida, contribuirán a la obra de Dios, que los llama a ser sencillos instrumentos en sus manos. Finalmente, los animo a que se abran con esperanza al futuro, *caminando con espíritu renovado*; no es una ruta diferente, sino vivificada en el Espíritu. La sociedad de hoy necesita personas sólidas en sus principios que puedan construir un mundo mejor para

todos y dar testimonio de lo que creen. El lema de su Instituto religioso es ya todo un proyecto de vida: «Todo a Jesús por María, todo a María para Jesús». Es confiar en María y dejarse guiar por ella en su humildad y servicio, en su prontitud y entrega silenciosa; son actitudes que el buen religioso y educador tienen que transmitir con su ejemplo. Los jóvenes reconocerán en su modo de ser y actuar que hay algo de extraordinario y comprenderán que merece la pena no sólo aprender estos

valores, sino sobre todo interiorizarlos e imitarlos. María los acompañará en este propósito y, junto a ella, ratificarán su vocación, contribuyendo a crear una nueva humanidad, donde el vulnerable y el descartado sean valorados y amados. Este futuro que desean y por el que sueñan no es una ilusión, sino que se construye desde hoy, diciendo «sí» a la voluntad de Dios en la certeza que él, como Padre bueno, no defraudará nuestra esperanza. Agradezco al Señor y a María,

Nuestra Buena Madre —como a san Marcelino le gustaba llamarla—, la presencia en la Iglesia de su vocación y servicio, y pido para ustedes el don del Espíritu Santo para que, movidos por él, lleven a los niños y jóvenes, como también a todos los necesitados, la cercanía y la ternura de Dios.

*Vaticano, 10 de abril de 2017.*

**Francisco**

12 de abril de 2017. Audiencia general. En el Crucifijo nuestra esperanza ha renacido.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El domingo pasado hicimos memoria de la entrada de Jesús en Jerusalén, entre las aclamaciones festivas de los discípulos y de gran multitud. Esta gente depositaba en Jesús muchas esperanzas: muchos esperaban de Él milagros y grandes signos,

manifestaciones de poder e incluso la libertad de los enemigos invasores. ¿Quién de ellos habría imaginado que poco después Jesús sería humillado, condenado y asesinado en la cruz? Las esperanzas terrenas de esa gente se caen delante de la cruz. Pero nosotros creemos que precisamente en el Crucifijo nuestra esperanza ha renacido. Las esperanzas terrenas caen delante de la cruz, pero renacen esperanzas nuevas, las que duran para siempre. Es una esperanza

diferente la que nace de la cruz. Es una esperanza diferente de las que caen, de las del mundo. Pero ¿de qué esperanza se trata? ¿Qué esperanza nace de la cruz?

Nos puede ayudar a entenderlo lo que dice Jesús precisamente después de haber entrado en Jerusalén: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12, 24*).

Intentemos pensar en un grano o en una pequeña semilla, que cae en el terreno. Si permanece cerrado en sí



mismo, no sucede nada; si en cambio se rompe, se abre, entonces da vida a una espiga, a un brote, después a una planta y la planta dará fruto. Jesús ha llevado al mundo una esperanza nueva y lo ha hecho como la semilla: se ha hecho pequeño pequeño, como un grano de trigo; ha dejado su gloria celeste para venir entre nosotros: ha "caído en la tierra". Pero todavía no era suficiente. Para dar fruto Jesús ha vivido el amor hasta el fondo, dejándose romper por la muerte como una semilla se

deja romper bajo tierra. Precisamente allí, en el punto extremo de su abajamiento — que es también el punto más alto del amor— ha germinado la esperanza. Si alguno de vosotros pregunta: “¿Cómo nace la esperanza?”. “De la cruz. Mira la cruz, mira al Cristo Crucificado y de allí te llegará la esperanza que ya no desaparece, esa que dura hasta la vida eterna”. Y esta esperanza ha germinado precisamente por la fuerza del amor: porque es el amor que «todo lo espera. Todo lo

soporta» (*1 Corintios 13, 7*), el amor que es la vida de Dios ha renovado todo lo que ha alcanzado. Así, en Pascua, Jesús ha transformado, tomándolo sobre sí, nuestro pecado en perdón. Pero escuchad bien cómo es la transformación que hace la Pascua: Jesús ha transformado nuestro pecado en perdón, nuestra muerte en resurrección, nuestro miedo en confianza. Es por esto porque allí, en la cruz, ha nacido y renace siempre nuestra esperanza; es por esto que con

Jesús cada oscuridad nuestra puede ser transformada en luz, toda derrota en victoria, toda desilusión en esperanza. Toda: sí, toda. La esperanza supera todo, porque nace del amor de Jesús que se ha hecho como el grano de trigo en la tierra y ha muerto para dar vida y de esa vida plena de amor viene la esperanza.

Cuando elegimos la esperanza de Jesús, poco a poco descubrimos que la forma de vivir vencedora es la de la semilla, la del amor humilde. No hay otro camino para

vencer el mal y dar esperanza al mundo. Pero vosotros podéis decirme: "¡No, es una lógica perdedora!". Parecería así, que sea una lógica perdedora, porque quien ama pierde poder. ¿Habéis pensando en esto?

Quien ama pierde poder, quien dona, se despoja de algo y amar es un don. En realidad la lógica de la semilla que muere, del amor humilde, es el camino de Dios, y solo esta da fruto. Lo vemos también en nosotros: poseer empuja siempre a querer otra cosa. He obtenido una cosa para mí y enseguida

quiero una más grande, y así sucesivamente, y no estoy nunca satisfecho. ¡Esa es una sed fea! Cuando más tienes, más quieres. Quien es voraz no está nunca saciado. Y Jesús lo dice de forma clara: «El que ama su vida, la pierde» (*Jn 12, 25*). Tú eres voraz, buscas tener muchas cosas pero... perderás todo, también tu vida, es decir: quien ama lo propio y vive por sus intereses se hincha solo de sí mismo y pierde. Quien acepta, sin embargo, está disponible y sirve, vive a la forma de Dios:

entonces es vencedor, se salva a sí mismo y a los otros: se convierte en semilla de esperanza para el mundo. Pero es bonito ayudar a los otros, servir a los otros... ¡Quizá nos cansaremos! Pero la vida es así y el corazón se llena de alegría y de esperanza. Esto es amor y esperanza juntos: servir y dar. Ciertamente, este amor verdadero pasa a través de la cruz, el sacrificio, como para Jesús. La cruz es el pasaje obligado, pero no es la meta, es un pasaje: la meta es la gloria, como nos muestra la Pascua. Y aquí nos

ayuda otra imagen bellísima, que Jesús ha dejado a los discípulos durante la Última Cena. Dice: «La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora, pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo» (*Jn 16, 21*). Así es: donar la vida, no poseerla. Y esto es lo que hacen las madres: dan otra vida, sufren, pero después están alegres, felices porque han dado a luz otra vida. Da alegría; el amor



da a luz la vida y da incluso sentido al dolor. El amor es el motor que hace ir adelante nuestra esperanza. Lo repito: el amor es el motor que hace ir adelante nuestra esperanza. Y cada uno de nosotros puede preguntarse: "¿Amo? ¿He aprendido a amar? ¿Aprendo todos los días a amar más?", porque el amor es el motor que hace ir adelante nuestra esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, en estos días, días de amor, dejémonos envolver por el misterio de Jesús que,

como grano de trigo, muriendo nos dona la vida. Es Él la semilla de nuestra esperanza. Contemplamos el Crucifijo, fuente de esperanza. Poco a poco entenderemos que esperar con Jesús es aprender a ver ya desde ahora la planta en la semilla, la Pascua en la cruz, la vida en la muerte. Quisiera ahora daros una tarea para hacer en casa. A todos nos hará bien deteneros delante del Crucifijo —todos vosotros tenéis uno en casa— mirarlo y decirle: “Contigo nada está perdido. Contigo puede siempre

esperar. Tú eres mi esperanza". Imaginamos ahora el Crucifijo y todos juntos decimos tres veces a Jesús Crucificado: "Tú eres mi esperanza". Todos: "Tú eres mi esperanza". ¡Más fuerte! "Tú eres mi esperanza". Gracias.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los exhorto a caminar hacia la meta de nuestra esperanza, contemplando la cruz como el dolor de una madre en el

momento de dar a luz. Cuando la nueva vida nazca, no recordaremos el sufrimiento, porque la alegría pascual inundará todo con su luz. Que Dios los bendiga

13 de abril de 2017. Homilía en la Santa Misa Crismal.

Jueves Santo.

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). El Señor, Ungido por el Espíritu, lleva la *Buena Noticia* a los pobres. Todo lo que Jesús anuncia, y también nosotros,

sacerdotes, es *Buena Noticia*. Alegre con la alegría evangélica: de quien ha sido ungido en sus pecados con el aceite del perdón y ungido en su carisma con el aceite de la misión, para ungir a los demás. Y, al igual que Jesús, el sacerdote hace alegre al anuncio con toda su persona. Cuando predica la homilía, —breve en lo posible— lo hace con la alegría que traspasa el corazón de su gente con la Palabra con la que el Señor lo traspasó a él en su oración. Como todo discípulo misionero,

el sacerdote hace alegre el anuncio con todo su ser. Y, por otra parte, son precisamente los detalles más pequeños — todos lo hemos experimentado — los que mejor contienen y comunican la alegría: el detalle del que da un pasito más y hace que la misericordia se desborde en la tierra de nadie. El detalle del que se anima a concretar y pone día y hora al encuentro. El detalle del que deja que le usen su tiempo con mansa disponibilidad...

La *Buena Noticia* puede parecer una expresión más, entre

otras, para decir «Evangelio»: como buena nueva o feliz anuncio. Sin embargo, contiene algo que cohesiona en sí todo lo demás: la alegría del Evangelio. Cohesiona todo porque es alegre en sí mismo. La *Buena Noticia* es la perla preciosa del Evangelio. No es un objeto, es una misión. Lo sabe el que experimenta «la dulce y confortadora alegría de anunciar» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 10). La *Buena Noticia* nace de la Unción. La primera, la «gran unción sacerdotal» de Jesús, es



la que hizo el Espíritu Santo en el seno de María.

En aquellos días, la feliz noticia de la *Anunciación* hizo cantar el Magníficat a la Madre Virgen, llenó de santo silencio el corazón de José, su esposo, e hizo saltar de gozo a Juan en el seno de su madre Isabel.

Hoy, Jesús regresa a Nazaret, y la alegría del Espíritu renueva la Unción en la pequeña sinagoga del pueblo: el Espíritu se posa y se derrama sobre él ungiéndolo con oleo de alegría (cf. *Sal* 45,8).

La *Buena Noticia*. Una sola

Palabra —Evangelio— que en el acto de ser anunciado se vuelve alegre y misericordiosa verdad.

Que nadie intente separar estas tres gracias del Evangelio: su Verdad —no negociable—, su Misericordia —incondicional con todos los pecadores— y su Alegría —íntima e inclusiva—. Verdad, misericordia y alegría: las tres juntas.

Nunca la verdad de la *Buena Noticia* podrá ser sólo una verdad abstracta, de esas que no terminan de encarnarse en

la vida de las personas porque se sienten más cómodas en la letra impresa de los libros.

Nunca la misericordia de la *Buena Noticia* podrá ser una falsa conmiseración, que deja al pecador en su miseria porque no le da la mano para ponerse en pie y no lo acompaña a dar un paso adelante en su compromiso.

Nunca podrá ser triste o neutro el Anuncio, porque es expresión de una alegría enteramente personal: «La alegría de un Padre que no quiere que se pierda ninguno

de sus pequeñitos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 237). La alegría de Jesús al ver que los pobres son evangelizados y que los pequeños salen a evangelizar (cf. *ibíd.*, 5).

Las alegrías del Evangelio —lo digo ahora en plural, porque son muchas y variadas, según el Espíritu tiene a bien comunicar en cada época, a cada persona en cada cultura particular— son alegrías especiales. Vienen en odres nuevos, esos de los que habla el Señor para expresar la novedad de su mensaje. Les

comparto, queridos sacerdotes, queridos hermanos, tres íconos de odres nuevos en los que la *Buena Noticia* se conserva bien —es necesario conservarla—, no se avinagra y se vierte abundantemente. Un ícono de la *Buena Noticia* es el de las tinajas de piedra de las bodas de Caná (cf. *Jn 2,6*). En un detalle, espejan bien ese Odre perfecto que es —Ella misma, toda entera— Nuestra Señora, la Virgen María. Dice el Evangelio que «las llenaron hasta el borde» (*Jn 2,7*). Imagino yo que algún sirviente

habrá mirado a María para ver si así ya era suficiente y habrá sido un gesto suyo el que los llevó a echar un balde más. María es el odre nuevo de la plenitud contagiosa. Queridos hermanos, sin la Virgen no podemos llevar adelante nuestro sacerdocio. «Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286), Nuestra Señora de la prontitud, la que apenas ha concebido en su seno inmaculado al Verbo de vida, sale a visitar y a servir a su

prima Isabel. Su plenitud contagiosa nos permite superar la tentación del miedo: ese no animarnos a ser llenados hasta el borde, y mucho más aún, esa pusilanimidad de no salir a contagiar de gozo a los demás. Nada de eso: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (*Ibíd.*, 1)

El segundo ícono de la *Buena Noticia* que deseo compartir con vosotros es aquella vasija que —con su cucharón de madera—, al pleno sol del mediodía,

portaba sobre su cabeza la Samaritana. Refleja bien una cuestión esencial: la de la concreción. El Señor —que es la Fuente de Agua viva— no tenía «con qué» sacar agua para beber unos sorbos. Y la Samaritana sacó agua de su vasija con el cucharón y sació la sed del Señor. Y la sació más con la confesión de sus pecados concretos. Agitando el odre de esa alma samaritana, desbordante de misericordia, el Espíritu Santo se derramó en todos los paisanos de aquel pequeño pueblo, que invitaron



al Señor a hospedarse entre ellos.

Un odre nuevo con esta concreción inclusiva nos lo regaló el Señor en el alma samaritana que fue Madre Teresa. Él llamó y le dijo: «Tengo sed», «pequeña mía, ven, llévame a los agujeros de los pobres. Ven, sé mi luz. No puedo ir solo. No me conocen, y por eso no me quieren. Llévame hasta ellos». Y ella, comenzando por uno concreto, con su sonrisa y su modo de tocar con las manos las heridas, llevó la *Buena*

*Noticia* a todos. El modo de tocar las heridas con las manos: las caricias sacerdotales a los enfermos, a los desesperados. El sacerdote hombre de la ternura. Concreción y ternura. El tercer ícono de la *Buena Noticia* es el Odre inmenso del Corazón traspasado del Señor: integridad mansa —humilde y pobre— que atrae a todos hacia sí. De él tenemos que aprender que anunciar una gran alegría a los muy pobres no puede hacerse sino de modo respetuoso y humilde hasta la

humillación. Concreta, tierna y humilde: así la evangelización será alegre. No puede ser presuntuosa la evangelización. No puede ser rígida la integridad de la verdad, porque la verdad se ha hecho carne, se ha hecho ternura, se ha hecho niño, se ha hecho hombre, se ha hecho pecado en cruz (cf. 2 Co 5,21). El Espíritu anuncia y enseña «toda la verdad» (Jn 16,13) y no teme hacerla beber a sorbos. El Espíritu nos dice en cada momento lo que tenemos que decir a nuestros adversarios (cf. Mt 10,19) e

ilumina el pasito adelante que podemos dar en ese momento. Esta mansa integridad da alegría a los pobres, reanima a los pecadores, hace respirar a los oprimidos por el demonio. Queridos sacerdotes, que contemplando y bebiendo de estos tres odres nuevos, la *Buena Noticia* tenga en nosotros la plenitud contagiosa que transmite con todo su ser nuestra Señora, la concreción inclusiva del anuncio de la Samaritana, y la integridad mansa con que el Espíritu brota y se derrama,

incansablemente, del Corazón  
traspasado de Jesús nuestro  
Señor.

14 de abril de 2017. Oración durante el Vía Crucis en el Coliseo.

Palatino

Viernes Santo.

Oh Cristo dejado solo y traicionado incluso por los suyos y vendido a bajo precio.

Oh Cristo juzgado por los pecadores, entregado por los Jefes.

Oh Cristo desgarrado en la carne, coronado de espinas y vestido de púrpura.

Oh Cristo abofeteado y

atrozmente clavado.

Oh Cristo traspasado por la lanza que ha atravesado tu corazón.

Oh Cristo muerto y sepultado, tú que eres el Dios de la vida y de la existencia.

Oh Cristo, nuestro único Salvador, volvemos a Ti también este año con los ojos abajados de vergüenza y con el corazón lleno de esperanza: De vergüenza por todas las imágenes de devastaciones, de destrucción y de naufragio que se han convertido en ordinarias en nuestra vida;

Vergüenza por la sangre inocente que cotidianamente es derramada de mujeres, de niños, de inmigrantes y de personas perseguidas por el color de su piel o por su pertenencia étnica y social y por su fe en Ti;

Vergüenza por las demasiadas veces que, como Judas y Pedro, te hemos vendido y traicionado y dejado solo para morir por nuestros pecados, escapando como cobardes de nuestras responsabilidades;

Vergüenza por nuestro silencio ante las injusticias; por



nuestras manos perezosas en el dar y ávidas en el arrancar y en el conquistar; por nuestra voz aguda en el defender nuestros intereses y tímida en el hablar de los de los demás; por nuestros pies rápidos en el camino del mal y paralizados en el del bien;

Vergüenza por todas las veces que nosotros obispos, sacerdotes, consagrados y consagradas hemos escandalizado y herido a tu cuerpo, la Iglesia; y hemos olvidado nuestro primer amor, nuestro primer entusiasmo y

nuestra total disponibilidad,  
dejando oxidar nuestro corazón  
y nuestra consagración.

Mucha vergüenza Señor pero  
nuestro corazón está nostálgico  
también de la esperanza  
confiada de que tú no nos  
tratas según nuestros méritos  
sino únicamente según la  
abundancia de tu Misericordia;  
que nuestras traiciones no  
hacen mermar la inmensidad  
de tu amor; que tu corazón,  
materno y paterno, no nos  
olvida por la dureza de  
nuestras entrañas;  
La esperanza segura de que

nuestros nombres están  
inscritos en tu corazón y que  
estamos colocados en la pupila  
de tus ojos;

La esperanza de que tu Cruz  
transforma nuestros corazones  
endurecidos en corazón de  
carne capaces de soñar, de  
perdonar y de amar;

transforma esta noche  
tenebrosa de tu cruz en alba  
deslumbrante de tu  
Resurrección;

La esperanza de que tu  
fidelidad no se basa en la  
nuestra;

La esperanza de que la de

multitud de hombres y mujeres fieles a tu Cruz continúa y continuará viviendo fiel como la levadura que da sabor y como la luz que abre nuevos horizontes en el cuerpo de nuestra humanidad herida;

La esperanza de que tu Iglesia buscará ser voz que grita en el desierto de la humanidad para preparar el camino de tu regreso triunfal, cuando vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos;

¡La esperanza de que el bien vencerá a pesar de su aparente derrota!

Oh Señor Jesús, Hijo de Dios,  
víctima inocente de nuestra  
redención, ante tu estandarte  
real, ante tu misterio de  
muerte y de gloria, ante tu  
patíbulo, nos arrodillamos,  
avergonzados y esperanzados,  
y te pedimos que nos laves en  
el baño de sangre y agua que  
salieron de tu Corazón  
traspasado; perdona nuestros  
pecados y nuestras culpas;  
Te pedimos que te acuerdes de  
nuestros hermanos golpeados  
por la violencia, la indiferencia  
y la guerra;  
Te pedimos que rompas las

cadenas que nos tienen prisioneros en nuestro egoísmo, en nuestra ceguera voluntaria y en la vanidad de nuestros cálculos mundanos. Oh Cristo, te pedimos que nos enseñes a no avergonzarnos nunca de tu Cruz, a no instrumentalizarla sino a honrarla y adorarla, porque con ella Tú nos has manifestado la monstruosidad de nuestros pecados, la grandeza de tu amor, la injusticia de nuestros juicios y el poder de tu misericordia. Amén.



15 de abril de 2017. Homilía en la Vigilia Pascual en la Noche Santa.

Sábado Santo.

«En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro» (*Mt 28,1*).

Podemos imaginar esos pasos..., el típico paso de quien va al cementerio, paso cansado de confusión, paso debilitado de quien no se convence de que todo haya terminado de esa



forma... Podemos imaginar sus rostros pálidos... bañados por las lágrimas y la pregunta, ¿cómo puede ser que el Amor esté muerto?

A diferencia de los discípulos, ellas están ahí —como también acompañaron el último respiro de su Maestro en la cruz y luego a José de Arimatea a darle sepultura—; dos mujeres capaces de no evadirse, capaces de aguantar, de asumir la vida como se presenta y de resistir el sabor amargo de las injusticias. Y allí están, frente al sepulcro, entre el dolor y la

incapacidad de resignarse, de aceptar que todo siempre tenga que terminar igual.

Y si hacemos un esfuerzo con nuestra imaginación, en el rostro de estas mujeres podemos encontrar los rostros de tantas madres y abuelas, el rostro de niños y jóvenes que resisten el peso y el dolor de tanta injusticia inhumana.

Vemos reflejados en ellas el rostro de todos aquellos que caminando por la ciudad sienten el dolor de la miseria, el dolor por la explotación y la trata. En ellas también vemos

el rostro de aquellos que sufren el desprecio por ser inmigrantes, huérfanos de tierra, de casa, de familia; el rostro de aquellos que su mirada revela soledad y abandono por tener las manos demasiado arrugadas. Ellas son el rostro de mujeres, madres que lloran por ver cómo la vida de sus hijos queda sepultada bajo el peso de la corrupción, que quita derechos y rompe tantos anhelos, bajo el egoísmo cotidiano que crucifica y sepulta la esperanza de muchos, bajo la burocracia

paralizante y estéril que no permite que las cosas cambien. Ellas, en su dolor, son el rostro de todos aquellos que, caminando por la ciudad, ven crucificada la dignidad. En el rostro de estas mujeres, están muchos rostros, quizás encontramos tu rostro y el mío. Como ellas, podemos sentir el impulso a caminar, a no conformarnos con que las cosas tengan que terminar así. Es verdad, llevamos dentro una promesa y la certeza de la fidelidad de Dios. Pero también nuestros rostros hablan de

heridas, hablan de tantas infidelidades, personales y ajenas, hablan de nuestros intentos y luchas fallidas. Nuestro corazón sabe que las cosas pueden ser diferentes pero, casi sin darnos cuenta, podemos acostumbrarnos a convivir con el sepulcro, a convivir con la frustración. Más aún, podemos llegar a convencernos de que esa es la ley de la vida, anestesiándonos con desahogos que lo único que logran es apagar la esperanza que Dios puso en nuestras manos. Así son, tantas veces,

nuestros pasos, así es nuestro andar, como el de estas mujeres, un andar entre el anhelo de Dios y una triste resignación. No sólo muere el Maestro, con él muere nuestra esperanza.

«De pronto tembló fuertemente la tierra» (*Mt 28,2*). De pronto, estas mujeres recibieron una sacudida, algo y alguien les movió el suelo. Alguien, una vez más salió, a su encuentro a decirles: «*No teman*», pero esta vez añadiendo: «*Ha resucitado como lo había dicho*» (*Mt 28,6*). Y tal es el

anuncio que generación tras generación esta noche santa nos regala: *No temamos hermanos, ha resucitado como lo había dicho.* «La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo» (cfr R. Guardini, *El Señor*). El latir del Resucitado se nos ofrece como don, como regalo, como horizonte. El latir del Resucitado es lo que se nos ha regalado, y se nos quiere seguir regalando como fuerza transformadora, como fermento de nueva humanidad. Con la

Resurrección, Cristo no ha movido solamente la piedra del sepulcro, sino que quiere también hacer saltar todas las barreras que nos encierran en nuestros estériles pesimismo, en nuestros calculados mundos conceptuales que nos alejan de la vida, en nuestras obsesionadas búsquedas de seguridad y en desmedidas ambiciones capaces de jugar con la dignidad ajena.

Cuando el Sumo Sacerdote y los líderes religiosos en complicidad con los romanos habían creído que podían



calcularlo todo, cuando habían creído que la última palabra estaba dicha y que les correspondía a ellos establecerla, Dios irrumpe para trastocar todos los criterios y ofrecer así una nueva posibilidad. Dios, una vez más, sale a nuestro encuentro para establecer y consolidar un nuevo tiempo, el tiempo de la misericordia. Esta es la promesa reservada desde siempre, esta es la sorpresa de Dios para su pueblo fiel: alégrate porque tu vida esconde un germen de

resurrección, una oferta de vida esperando despertar.

Y eso es lo que esta noche nos invita a anunciar: el latir del Resucitado, Cristo Vive. Y eso cambió el paso de María Magdalena y la otra María, eso es lo que las hace alejarse rápidamente y correr a dar la noticia (cf. *Mt 28,8*). Eso es lo que las hace volver sobre sus pasos y sobre sus miradas.

Vuelven a la ciudad a encontrarse con los otros. Así como ingresamos con ellas al sepulcro, los invito a que vayamos con ellas, que

volvamos a la ciudad, que  
volvamos sobre nuestros pasos,  
sobre nuestras miradas.

Vayamos con ellas a anunciar  
la noticia, vayamos... a todos  
esos lugares donde parece que  
el sepulcro ha tenido la última  
palabra, y donde parece que la  
muerte ha sido la única  
solución. Vayamos a anunciar, a  
compartir, a descubrir que es  
cierto: el Señor está Vivo. Vivo  
y queriendo resucitar en tantos  
rostros que han sepultado la  
esperanza, que han sepultado  
los sueños, que han sepultado  
la dignidad. Y si no somos

capaces de dejar que el Espíritu nos conduzca por este camino, entonces no somos cristianos. Vayamos y dejémonos sorprender por este amanecer diferente, dejémonos sorprender por la novedad que sólo Cristo puede dar. Dejemos que su ternura y amor nos muevan el suelo, dejemos que su latir transforme nuestro débil palpar.

16 de abril de 2017. Homilía en la Santa Misa del día. Domingo de Resurrección.

Hoy la Iglesia repite, canta, grita: "¡Jesús ha resucitado!". ¿Pero cómo? Pedro, Juan, las mujeres fueron al Sepulcro y estaba vacío, Él no estaba. Fueron con el corazón cerrado por la tristeza, la tristeza de una derrota: el Maestro, su Maestro, el que amaban tanto fue ejecutado, murió. Y de la muerte no se regresa. Esta es la derrota, este es el camino de la derrota, el camino hacia el

sepulcro. Pero el ángel les dice: "No está aquí, ha resucitado". Es el primer anuncio: "Ha resucitado". Y después la confusión, el corazón cerrado, las apariciones. Pero los discípulos permanecieron encerrados todo el día en el Cenáculo, porque tenían miedo de que les ocurriera lo mismo que le sucedió a Jesús. Y la Iglesia no cesa de decir a nuestras derrotas, a nuestros corazones cerrados y temerosos: "Parad, el Señor ha resucitado". Pero si el Señor ha resucitado, ¿cómo están

sucediendo estas cosas? ¿Cómo suceden tantas desgracias, enfermedades, tráfico de personas, trata de personas, guerras, destrucciones, mutilaciones, venganzas, odio? ¿Pero dónde está el Señor?

Ayer llamé a un chico con una enfermedad grave, un chico culto, un ingeniero y hablando, para dar un signo de fe, le dije: "No hay explicaciones para lo que te sucede. Mira a Jesús en la Cruz, Dios ha hecho eso con su Hijo, y no hay otra explicación". Y él me respondió: "Sí, pero ha preguntado al Hijo

y el Hijo ha dicho sí. A mí no se me ha preguntado si quería esto”.

Esto nos conmueve, a nadie se nos pregunta: “¿Pero estás contento con lo que sucede en el mundo? ¿Estás dispuesto a llevar adelante esta cruz?”. Y la cruz va adelante, y la fe en Jesús cae. Hoy la Iglesia sigue diciendo: “Párate, Jesús ha resucitado”. Y esta no es una fantasía, la Resurrección de Cristo no es una fiesta con muchas flores. Esto es bonito, pero no es esto, es más; es el misterio de la piedra



descartada que termina siendo el fundamento de nuestra existencia. Cristo ha resucitado, esto significa. En esta cultura del descarte donde eso que no sirve toma el camino del usar y tirar, donde lo que no sirve es descartado, esa piedra —Jesús— es descartada y es fuente de vida. Y también nosotros, guijarros por el suelo, en esta tierra de dolor, de tragedias, con la fe en el Cristo Resucitado tenemos un sentido, en medio de tantas calamidades. El sentido de mirar más allá, el sentido de

decir: "Mira no hay un muro; hay un horizonte, está la vida, la alegría, está la cruz con esta ambivalencia. Mira adelante, no te cierres. Tú guijarro, tienes un sentido en la vida porque eres un guijarro en esa piedra, esa piedra que la maldad del pecado ha descartado". ¿Qué nos dice la Iglesia hoy ante tantas tragedias? Esto, sencillamente. La piedra descartada no resulta realmente descartada. Los guijarros que creen y se unen a esa piedra no son descartados, tienen un sentido y con este

sentimiento la Iglesia repite desde lo profundo del corazón: "Cristo ha resucitado".

Pensemos un poco, que cada uno de nosotros piense, en los problemas cotidianos, en las enfermedades que hemos vivido o que alguno de nuestros familiares tiene; pensemos en las guerras, en las tragedias humanas y, simplemente, con voz humilde, sin flores, solos, ante de Dios, ante de nosotros decimos: "No sé cómo va esto, pero estoy seguro de que Cristo ha resucitado y yo he apostado por esto". Hermanos y

hermanas, esto es lo que he querido decirlos. Volved a casa hoy, repitiendo en vuestro corazón: "Cristo ha resucitado".

16 de abril de 2017. Mensaje  
Urbi et Orbi. Pascua 2017.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, Feliz Pascua.*

Hoy, en todo el mundo, la  
Iglesia renueva el anuncio lleno  
de asombro de los primeros  
discípulos: *Jesús ha  
resucitado — Era verdad, ha  
resucitado el Señor, como había  
dicho* (cf. *Lc 24,34; Mt 28,5-6*).  
La antigua fiesta de Pascua,  
memorial de la liberación de la  
esclavitud del pueblo hebreo,

alcanza aquí su cumplimiento: con la resurrección, Jesucristo nos ha liberado de la esclavitud del pecado y de la muerte y nos ha abierto el camino a la vida eterna.

Todos nosotros, cuando nos dejamos dominar por el pecado, perdemos el buen camino y vamos errantes como ovejas perdidas. Pero Dios mismo, nuestro Pastor, ha venido a buscarnos, y para salvarnos se ha abajado hasta la humillación de la cruz. Y hoy podemos proclamar: *«Ha resucitado el Buen Pastor que dio la vida por*

*sus ovejas y se dignó morir por su grey. Aleluya» (Misal Romano, IV Dom. de Pascua, Ant. de la Comunión).*

En toda época de la historia, el Pastor Resucitado no se cansa de buscarnos a nosotros, sus hermanos perdidos en los desiertos del mundo. Y con los signos de la Pasión —las heridas de su amor misericordioso— nos atrae hacia su camino, el camino de la vida. También hoy, él toma sobre sus hombros a tantos hermanos nuestros oprimidos por tantas clases de mal.

El Pastor Resucitado va a buscar a quien está perdido en los laberintos de la soledad y de la marginación; va a su encuentro mediante hermanos y hermanas que saben acercarse a esas personas con respeto y ternura y les hacen sentir su voz, una voz que no se olvida, que los convoca de nuevo a la amistad con Dios. Se hace cargo de cuantos son víctimas de antiguas y nuevas esclavitudes: trabajos inhumanos, tráfico ilícito, explotación y discriminación, graves dependencias. Se hace



cargo de los niños y de los adolescentes que son privados de su serenidad para ser explotados, y de quien tiene el corazón herido por las violencias que padece dentro de los muros de su propia casa. El Pastor Resucitado se hace compañero de camino de quienes se ven obligados a dejar la propia tierra a causa de los conflictos armados, de los ataques terroristas, de las carestías, de los regímenes opresivos. A estos emigrantes forzosos, les ayuda a que encuentren en todas partes

hermanos, que compartan con ellos el pan y la esperanza en el camino común.

Que en los momentos más complejos y dramáticos de los pueblos, el Señor Resucitado guíe los pasos de quien busca la justicia y la paz; y done a los representantes de las Naciones el valor de evitar que se propaguen los conflictos y de acabar con el tráfico de las armas.

Que en estos tiempos el Señor sostenga en modo particular los esfuerzos de cuantos trabajan activamente para llevar alivio y

consuelo a la población civil de Siria, la amada y martirizada Siria, víctima de una guerra que no cesa de sembrar horror y muerte. El vil ataque de ayer a los prófugos que huían ha provocado numerosos muertos y heridos. Que conceda la paz a todo el Oriente Medio, especialmente a Tierra Santa, como también a Irak y a Yemen.

Que los pueblos de Sudán del Sur, de Somalia y de la República Democrática del Congo, que padecen conflictos sin fin, agravados por la

terrible carestía que está castigando algunas regiones de África, sientan siempre la cercanía del Buen Pastor. Que Jesús Resucitado sostenga los esfuerzos de quienes, especialmente en América Latina, se comprometen en favor del bien común de las sociedades, tantas veces marcadas por tensiones políticas y sociales, que en algunos casos son sofocadas con la violencia. Que se construyan puentes de diálogo, perseverando en la lucha contra la plaga de la corrupción

y en la búsqueda de válidas soluciones pacíficas ante las controversias, para el progreso y la consolidación de las instituciones democráticas, en el pleno respeto del estado de derecho.

Que el Buen Pastor ayude a Ucrania, todavía afligida por un sangriento conflicto, para que vuelva a encontrar la concordia y acompañe las iniciativas promovidas para aliviar los dramas de quienes sufren las consecuencias.

Que el Señor Resucitado, que no cesa de bendecir al

continente europeo, dé esperanza a cuantos atraviesan momentos de dificultad, especialmente a causa de la gran falta de trabajo sobre todo para los jóvenes.

Queridos hermanos y hermanas, este año los cristianos de todas las confesiones celebramos juntos la Pascua. Resuena así a una sola voz en toda la tierra el anuncio más hermoso: «Era verdad, ha resucitado el Señor». Él, que ha vencido las tinieblas del pecado y de la muerte, dé paz a nuestros días.

Feliz Pascua.

17 de abril de 2017. REGINA  
COELI.

Lunes del Ángel.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En este lunes de fiesta, llamado  
«Lunes del Ángel», la liturgia  
hace resonar el anuncio de la  
Resurrección proclamado ayer:  
«Cristo ha resucitado,  
¡aleluya!». En el actual pasaje  
evangélico podemos percibir el  
eco de las palabras que el ángel  
dirigió a las mujeres que  
acudieron al sepulcro: «id



enseguida a decir a sus discípulos: "ha resucitado de entre los muertos"» (Mt 28, 7). Oímos como dirigida también a nosotros la invitación a "darnos prisa" y a "ir" a anunciar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo este mensaje de alegría y de esperanza. De esperanza cierta, porque desde cuando, en la aurora del tercer día, Jesús crucificado resucitó, ¡la última palabra ya no la tiene la muerte, sino la vida! Y esta es nuestra certeza. La última palabra no es el sepulcro, ¡no es la muerte, es

la vida! Por eso repetimos tanto: "Cristo ha resucitado". Porque en Él el sepulcro ha sido derrotado, ha nacido la vida. En virtud de este evento, que constituye la auténtica y verdadera novedad de la historia y del cosmos, estamos llamados a ser hombres y mujeres nuevos según el Espíritu, afirmando el valor de la vida. ¡Hay vida! ¡Esto es ya comenzar a resurgir! Seremos hombres y mujeres de resurrección, hombres y mujeres de vida, si, en medio de los sucesos que afligen al

mundo —hay muchos hoy—, en medio de la mundanidad que aleja de Dios, sabremos tener gestos de solidaridad, gestos de acogida, alimentar el deseo universal de la paz y la aspiración a un ambiente libre del degrado. Se trata de signos comunes y humanos, pero que, sostenidos y animados por la fe en el Señor Resucitado, adquieren una eficacia muy superior a nuestras capacidades. Y esto es así. Sí, porque Cristo está vivo y obra en la historia por medio de su Santo Espíritu: redime nuestras

miserias, alcanza cada corazón humano y devuelve esperanza para cualquiera que es oprimido y sufriente.

Que la Virgen María, testigo silencioso de la muerte y resurrección de su hijo Jesús, nos ayude a ser signos límpidos de Cristo resucitado entre los eventos del mundo, para que cuantos se encuentran en la tribulación y en dificultades no permanezcan víctimas del pesimismo y de la derrota, de la resignación, sino que encuentren en nosotros a muchos hermanos y hermanas

que les ofrecen su apoyo y consolación. Que nuestra Madre nos ayude a creer fuertemente en la resurrección de Jesús: Jesús ha resucitado, está vivo aquí, entre nosotros, y esto es un admirable misterio de salvación con la capacidad de transformar los corazones y la vida. E interceda de manera particular por las comunidades cristianas perseguidas y oprimidas que están hoy, en muchas partes del mundo, llamadas a un más difícil y valiente testimonio. Y ahora, en la luz y la alegría de la

Pascua, nos dirigimos a Ella con la oración que durante cincuenta días, hasta Pentecostés, toma el lugar del Ángelus.

*Regina Coeli...*

19 de abril de 2017. Audiencia general. La fe nace de la Resurrección.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Nos encontramos hoy a la luz de la Pascua, que hemos celebrado y continuamos celebrando con la Liturgia. Por ello, en nuestro itinerario de catequesis sobre la esperanza cristiana, hoy deseo hablaros de Cristo Resucitado, nuestra esperanza, así como lo

presenta san Pablo en la *Primera Carta a los Corintios* (cf. 1 Cor 15).

El apóstol quiere dirimir una problemática que seguramente en la comunidad de Corinto está en el centro de las discusiones. La resurrección es el último argumento afrontado en la Carta, pero probablemente, por orden de importancia, es el primero: todo efectivamente se basa en esta premisa.

Hablando a sus cristianos, Pablo parte de un dato inapelable, que no es el resultado de una



reflexión de un hombre sabio, sino un hecho, un simple hecho que ha intervenido en la vida de algunas personas. El cristianismo nace de aquí. No es una ideología, no es un sistema filosófico, sino que es un camino de fe que parte de un acontecimiento, testimoniado por los primeros discípulos de Jesús. Pablo lo resume de esta manera: Jesús ha muerto por nuestros pecados, fue sepultado, y el tercer día resucitó y se apareció a Pedro y a los Doce (cf. *1 Cor* 15,3-5). Este es el

hecho: murió, fue sepultado, resucitó y se apareció. Es decir, ¡Jesús está vivo! Este es el núcleo del mensaje cristiano. Anunciando este acontecimiento, que es el núcleo central de la fe, Pablo insiste sobre todo en el último elemento del misterio pascual, es decir en el hecho de que Jesús ha resucitado. Si efectivamente todo hubiera terminado con su muerte, en Él tendríamos un ejemplo de devoción suprema, pero esto no podría generar nuestra fe. Ha sido un héroe. ¡No! Murió, pero

resucitó. Porque la fe nace de la resurrección. Aceptar que Cristo murió, y murió crucificado, no es un acto de fe, es un hecho histórico. En cambio creer que resucitó sí. Nuestra fe nace la mañana de Pascua. Pablo hace una lista de las personas a las cuales Jesús resucitado se apareció (cf. *1 Cor 15,5-7*). Tenemos aquí una pequeña síntesis de todas las narraciones pascuales y de todas las personas que entraron en contacto con el Resucitado. Encabezando la lista está Cefas, es decir Pedro,

y el grupo de los Doce, luego “quinientos hermanos” muchos de los cuales podían dar todavía su testimonio, luego es citado Santiago. Último de la lista —como el menos digno de todos— está él mismo. Pablo dice de sí mismo: “como un aborto” (cf. 1 *Cor* 15,8). Pablo usa esta expresión porque su historia personal es dramática: él no era un monaguillo, sino un perseguidor de la Iglesia, orgulloso de sus propias convicciones; se sentía un hombre realizado, con una idea muy límpida de qué era la vida

con sus deberes. Pero, en este cuadro perfecto, —todo era perfecto en Pablo, sabía todo— en este cuadro perfecto de vida, un día ocurrió lo que era absolutamente imprevisible: el encuentro con Jesús Resucitado, sobre la vía de Damasco. Allí no hubo solamente un hombre que cayó al suelo: hubo una persona aferrada por un evento que le habría cambiado el sentido de la vida. Y el perseguidor se convierte en apóstol, ¿por qué? Porque ¡yo he visto a Jesús vivo! ¡Yo he visto a Jesús

resucitado! Este es el fundamento de la fe de Pablo, como el de la fe de la Iglesia, como el de nuestra fe.

¡Qué bonito es pensar que el cristianismo, esencialmente, es esto! No es tanto nuestra búsqueda respecto a Dios —una búsqueda, en verdad, tan titubeante—, sino más bien la búsqueda de Dios respecto a nosotros. Jesús nos ha tomado, nos ha agarrado, nos ha conquistado para no dejarnos más. El cristianismo es gracia, es sorpresa, y por este motivo presupone un corazón capaz de

estupor. Un corazón racionalista es incapaz del estupor, y no puede entender qué es el cristianismo. Porque el cristianismo es gracia, y la gracia solamente se percibe, y aún más se encuentra en el estupor del encuentro.

Y entonces, aunque seamos pecadores —todos nosotros lo somos—, si nuestros propósitos de bien han permanecido sobre el papel, o también si, mirando nuestra vida, nos damos cuenta de haber sumado muchos fracasos... En la mañana de Pascua podemos hacer como

esas personas de las cuales habla el Evangelio: ir al sepulcro de Cristo, ver la gran piedra volcada y pensar que Dios está realizando para mí, para todos nosotros, un futuro inesperado. Ir a nuestro sepulcro: todos tenemos un poquito dentro. Ir ahí, y ver cómo Dios es capaz de resurgir de ahí. Aquí hay felicidad, aquí hay alegría, vida, donde todos pensaban que hubiera solo tristeza, derrota y tinieblas. Dios hace crecer a sus flores más bonitas en medio de las piedras más áridas.



Ser cristianos significa no partir de la muerte, sino del amor de Dios por nosotros, que ha derrotado a nuestra acérrima enemiga. Dios es más grande que la nada, y basta sólo una vela encendida para vencer a la más oscura de las noches.

Pablo grita, haciéndose eco de los profetas: «¿Dónde está oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está oh muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15,55). Durante estos días de Pascua, llevamos este grito en el corazón. Y si nos dirán el porqué de nuestra sonrisa donada y de nuestro

paciente compartir, entonces podremos responder que Jesús está todavía aquí, que sigue estando vivo entre nosotros, que Jesús está aquí, en la plaza, con nosotros: vivo y resucitado.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a llevar a todos el gozo de la resurrección del Señor. Que podamos comunicar con nuestra vida que él está aquí y

vive en medio de nosotros.  
Muchas gracias.

22 de abril de 2017. Homilía en la liturgia de la palabra con la comunidad de Sant'Egidio, en memoria de los "nuevos mártires" de los siglos XX y XXI

Basílica de San Bartolomé en la Isla Tiberina.

Sábado.

Hemos venido como peregrinos a esta basílica de San Bartolomé de la Isla Tiberina, donde la historia antigua del martirio se une a la memoria de nuevos mártires, de muchos

cristianos asesinados por las locas ideologías del siglo pasado —y también hoy— y asesinados sólo por ser discípulos de Jesús.

El recuerdo de estos testigos heroicos antiguos y recientes nos confirma en la conciencia de que la Iglesia es Iglesia si es Iglesia de mártires. Y los mártires son aquellos que, como nos ha recordado el Libro del Apocalipsis, «esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y la han blanqueado con la sangre del Cordero» (*Ap*

7, 14). Estos han tenido la gracia de confesar a Jesús hasta el final, hasta la muerte. Ellos sufren, ellos dan la vida, y nosotros recibimos la bendición de Dios por su testimonio. Y hay también muchos mártires escondidos, esos hombres y esas mujeres fieles a la fuerza mansa del amor, a la voz del Espíritu Santo, que en la vida de cada día buscan ayudar a los hermanos y amar a Dios sin reservas. Si miramos bien, la causa de cada persecución es el odio: el odio del príncipe de este mundo hacia los que han

sido salvados y redimidos por Jesús con su muerte y con su resurrección. En el pasaje del Evangelio que hemos escuchado (cf. *Jn 15, 12-19*) Jesús usa una palabra fuerte y que asusta: la palabra "odio". Él, que es el maestro del amor, al cual le gustaba tanto hablar de amor, habla de odio. Pero Él quería siempre llamar a las cosas por su nombre. Y nos dice: «¡No os asustéis! El mundo os odiará; pero sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí».

Jesús nos ha elegido y nos ha

rescatado, por un don gratuito de su amor. Con su muerte y resurrección nos ha rescatado del poder del mundo, del poder del diablo, del poder del príncipe de este mundo. Y el origen del odio es este: ya que nosotros somos salvados por Jesús, y el príncipe del mundo esto no lo quiere, él nos odia y suscita la persecución, que desde los tiempos de Jesús y de la Iglesia naciente continúa hasta nuestros días. ¡Cuántas comunidades cristianas hoy son objeto de persecución! ¿Por qué? A causa del odio del



espíritu del mundo.

Cuántas veces, en momentos difíciles de la historia, se ha escuchado decir: "Hoy la patria necesita héroes". El mártir puede ser pensado como un héroe, pero lo fundamental del mártir es que ha sido un "salvado": es la gracia de Dios, no la valentía, lo que nos hace mártires. Hoy, de la misma manera se nos puede preguntar: "¿Qué necesita la Iglesia hoy?". Mártires, testigos, es decir santos de todos los días. Porque la Iglesia la llevan adelante los santos. Los santos:

sin ellos, la Iglesia no puede ir adelante. La Iglesia necesita santos de todos los días, los de la vida ordinaria, llevada adelante con coherencia; pero también aquellos que tienen el valor de aceptar la gracia de ser testigos hasta el final, hasta la muerte. Todos aquellos son la sangre viva de la Iglesia. Son los testigos que llevan adelante la Iglesia; aquellos que demuestran que Jesús ha resucitado, que Jesús está vivo, y lo demuestran con la coherencia de vida y con la fuerza del Espíritu Santo que

han recibido como don.  
Yo quisiera, hoy, añadir un icono más, a esta iglesia. Una mujer. No sé el nombre. Pero ella nos mira desde el cielo. Estaba en Lesbos, saludaba a los refugiados y encontré a un hombre de treinta años, con tres niños. Me miró y me dijo: "Padre, yo soy musulmán. Mi mujer era cristiana. Llegaron los terroristas a nuestro país, nos miraron y nos preguntaron nuestra religión y la vieron a ella con el crucifijo, y le dijeron que lo tirara al suelo. Ella no lo hizo y la degollaron delante de

mí. ¡Nos queríamos mucho!”. Este es el icono que traigo como regalo aquí. No sé si ese hombre está todavía en Lesbos o ha conseguido ir a otra parte. No sé si ha sido capaz de salir de ese campo de concentración, porque los campos de refugiados —muchos— son de concentración, por la masa de gente que es dejada allí. Y los pueblos generosos que les acogen deben llevar adelante también este peso, porque los acuerdos internacionales parece que son más importantes que los derechos

humanos. Y este hombre no tenía rencor: él, musulmán, tenía esta cruz del dolor llevada adelante sin rencor. Se refugiaba en el amor de la mujer, salvada por el martirio. Recordar estos testimonios de la fe y rezar en este lugar es un gran don. Es un don para la comunidad de San Egidio, para la Iglesia en Roma, para todas las comunidades cristianas de esta ciudad, y para muchos peregrinos. La herencia viva de los mártires nos dona hoy a nosotros paz y unidad. Estos nos enseñan que, con la fuerza

del amor, con la mansedumbre, se puede luchar contra la prepotencia, la violencia, la guerra y se puede realizar con paciencia la paz. Y entonces podemos rezar así: Oh Señor, haznos dignos testigos del Evangelio y de tu amor; infunde tu misericordia sobre la humanidad; renueva tu Iglesia, protege a los cristianos perseguidos, concede pronto la paz al mundo entero. A ti, Señor, la gloria y a nosotros, Señor, la vergüenza (cf. *Dan 9, 7*).

***Tras el encuentro con los refugiados, el Papa añadió:***

Una palabra para saludar, y para agradeceros todo lo que nos dais. Muchas gracias. El Señor os bendiga.

***Para finalizar el encuentro, delante de la basílica, el Pontífice concluyó:***

Os doy las gracias por la presencia y por la oración en esta iglesia de los mártires. Pensemos en la crueldad, la crueldad que hoy se cierne sobre tanta gente; la explotación de la gente... La gente que llega en pateras y

después se queda ahí, en los países generosos como Italia y Grecia que les acogen, pero después los tratados internacionales no dejan... Si en Italia se acogieran dos, dos inmigrantes por municipio, habría sitio para todos. Y esta generosidad del sur, de Lampedusa, de Sicilia, de Lesbos, pueda contagiar un poco al norte.

Es verdad: somos una civilización que no tiene hijos, pero cerramos la puerta a los inmigrantes. Esto se llama suicidio. ¡Recemos!





23 de abril de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo de la Divina  
Misericordia.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Cada domingo, hacemos memoria de la resurrección del Señor Jesús, pero en este periodo después de Pascua, el domingo reviste un significado más iluminador. En la tradición de la Iglesia, este domingo después de la Pascua, se le denomina "in albis". ¿Qué

significa esto? La expresión pretendía recordar el rito que cumplían aquellos que habían recibido el bautismo en la Vigilia pascual. A cada uno de ellos se le entregaba un hábito blanco —“alba”, “blanca”— para indicar su nueva dignidad de hijos de Dios. Hoy todavía se sigue haciendo esto: a los neonatos se les coloca una pequeña tela simbólica, mientras que los adultos se ponen uno auténtico y verdadero, como lo hemos visto en la Vigilia pascual. Esta ropa blanca, en pasado, se llevaba

puesta durante una semana, hasta este domingo, y de ahí deriva el nombre *in albis deponendis*, que significa el domingo en el cuál se quita el hábito blanco. Y así, quitada la ropa blanca, los neófitos comenzaban su nueva vida en Cristo y en la Iglesia.

Hay otra cosa. En el Jubileo del año 2000, san Juan Pablo II estableció que este domingo estaría dedicado a la Divina Misericordia. Es verdad, fue una bonita intuición: el Espíritu Santo le inspiró. Hemos concluido el Jubileo

extraordinario de la Misericordia hace pocos meses y este domingo nos invita a retomar con fuerza la gracia que viene de la misericordia de Dios. El Evangelio de hoy es la narración de la aparición de Cristo resucitado a los discípulos reunidos en el cenáculo (cf. *Juan 20, 19-31*). Escribe san Juan que Jesús, después de haber saludado a sus discípulos, les dijo: «Como el Padre me envió, también yo os envío». Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes

perdonéis los pecados, les quedarán perdonados» (*Juan 20, 21-23*). He aquí el sentido de la misericordia que se presenta precisamente en el día de la resurrección de Jesús como perdón de los pecados. Jesús resucitado, ha transmitido a su Iglesia, como primera misión, su propia misión de llevar a todos el anuncio concreto del perdón. Este es el primer deber: anunciar el perdón. Este signo visible de su misericordia lleva consigo la paz del corazón y la alegría del encuentro renovado

con el Señor.

La misericordia a la luz de la Pascua se deja percibir como una verdadera forma de conocimiento. Y esto es importante: la misericordia es una verdadera forma de conocimiento. Sabemos que se conoce a través de muchas formas. Se conoce a través de los sentidos, se conoce a través de la intuición, a través de la razón y aún de otras formas. Bien, se puede conocer también a través de la experiencia de la misericordia, porque la misericordia abre la puerta de

la mente para comprender mejor el misterio de Dios y de nuestra existencia personal. La misericordia nos hace comprender que la violencia, el rencor, la venganza no tienen ningún sentido y la primera víctima es quien vive de estos sentimientos, porque se priva de su propia dignidad. La misericordia también abre la puerta del corazón y permite expresar la cercanía sobre todo hacia aquellos que están solos y marginados, porque les hace sentirse hermanos e hijos de un solo Padre. Favorece el



reconocimiento de cuantos tienen necesidad de consuelo y hace encontrar palabras adecuadas para dar consuelo. Hermanos y hermanas, la misericordia calienta el corazón y le hace sensible a las necesidades de los hermanos, a través del compartir y de la participación. La misericordia, en definitiva, compromete a todos a ser instrumentos de justicia, de reconciliación y de paz. No olvidemos nunca que la misericordia es la llave en la vida de fe, y la forma concreta con la cual damos visibilidad a

la resurrección de Jesús.

## **Después del Regina Coeli:**

*Queridos hermanos y hermanas,*

Ayer en Oviedo, en España, fue proclamado beato el sacerdote Luis Antonio Rosa Ormières.

Vivió en el siglo XIX, dedicó sus muchas cualidades humanas y espirituales al servicio de la educación, y por esto fundó la Congregación de las hermanas del ángel custodio. Que su ejemplo y su intercesión ayuden en particular a cuantos trabajan en el colegio y en el

campo educativo.

Saludo de corazón a todos vosotros, fieles romanos y peregrinos de Italia y de muchos países, en particular la Confraternidad de San Sebastián de Kerkrade (Holanda), el *Nigerian Catholic Secretariat* y la parroquia Liebfrauen de Bocholt (Alemania). Saludo a los peregrinos polacos y expreso mi vivo aprecio por la iniciativa de Cáritas Polonia en favor de muchas familias en Siria. Así como a los participantes en "la carrera por la paz": una carrera

que hoy parte de esta plaza para llegar a Wittenberg en Alemania.

Saludo a los numerosos grupos de chicos, especialmente a los que se han confirmado o que van a ser confirmados, isois muchos!: de las diócesis de Piacenza-Bobbio, Trento, Cuneo, Milán, Lodi, Cremona, Bergamo, Brescia y Vicenza. Y también al colegio "Masaccio" de Treviso y al instituto "San Carpofofo" de Como.

Y para terminar doy las gracias a todos los que en este periodo me han enviado mensajes de

felicitaciones por la Pascua. Se los devuelvo de corazón invocando para cada uno y para cada familia la gracia del Señor Resucitado. Feliz domingo, y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.  
¡Buen almuerzo y hasta pronto!

25 de abril de 2017. Video-  
mensaje con ocasión de su  
viaje apostólico a Egipto.

[28-29 de abril de 2017]

*Querido pueblo de Egipto:  
Al Salamò Alaikum! / La paz  
esté con vosotros.*

Con el corazón lleno de  
gratitud y rebotante de  
alegría visitaré dentro de pocos  
días vuestra amada Patria:  
cuna de civilización, don del  
Nilo, tierra de sol y  
hospitalidad, donde vivieron  
Patriarcas y Profetas, y donde

Dios, Clemente y  
Misericordioso, Todopoderoso y  
Único, hizo resonar su voz.  
Me siento realmente feliz de ir  
como amigo, como mensajero  
de paz y como peregrino al País  
que, hace dos mil años, dio  
refugio y hospitalidad a la  
Sagrada Familia, que huía de  
las amenazas del Rey Herodes  
(cf. *Mt 2,1-16*). Me siento  
honrado de visitar la tierra en  
la que habitó la Sagrada  
Familia.  
Os saludo cordialmente y os  
agradezco vuestra invitación  
para visitar Egipto, al que

vosotros llamáis «*Umm il Dugna*» / Madre del Universo. Agradezco vivamente al Señor Presidente de la República, a Su Santidad el Patriarca Tawadros II, al Gran Imán de Al-Azhar y al Patriarca Copto-Católico por su invitación. Doy las gracias a cada uno de vosotros que me acogéis en vuestro corazón. Mi agradecimiento también a todas las personas que han trabajado, y están trabajando, para hacer posible este viaje. Deseo que esta visita sea como un abrazo de consuelo y de



aliento para todos los cristianos de Oriente Medio; un mensaje de amistad y de estima para todos los habitantes de Egipto y de la Región; un mensaje de fraternidad y de reconciliación para todos los hijos de Abrahán, de manera particular para el mundo islámico, en el que Egipto ocupa un lugar destacado. Espero también que contribuya eficazmente al diálogo interreligioso con el mundo islámico y al diálogo ecuménico con la venerada y amada Iglesia Copto-Ortodoxa. Nuestro mundo, desgarrado por

la violencia ciega —que también ha golpeado el corazón de vuestra querida tierra— tiene necesidad de paz, de amor y de misericordia. Tiene necesidad de agentes de paz y de personas libres y liberadoras, de gente valiente que sepa aprender del pasado para construir el futuro sin encerrarse en prejuicios. Tiene necesidad de constructores de puentes de paz, de diálogo, de fraternidad, de justicia y de humanidad.

Queridos hermanos egipcios, jóvenes y ancianos, mujeres y

hombres, musulmanes y  
cristianos, ricos y pobres..., os  
abrazo cordialmente y pido a  
Dios Todopoderoso que os  
bendiga y proteja vuestro País  
de todo mal.

Por favor, rezad por  
mí. *Shukran wa Tahiahì!*  
Gracias y ¡viva Egipto!

26 de abril de 2017. Audiencia general. La promesa que da esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mateo 28, 20*). Estas últimas palabras del Evangelio de Mateo hacen referencia al anuncio profético que encontramos al principio: «Y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido

significa: Dios con nosotros»  
(Mt 1, 23; cf Is 7, 14). Dios  
estará con nosotros, todos los  
días, hasta el final del mundo.  
Jesús caminará con nosotros,  
todos los días, hasta el final del  
mundo. Todo el Evangelio está  
contenido entre estas dos citas,  
palabras que comunican el  
misterio de Dios cuyo nombre,  
cuya identidad es estar-con: no  
es un Dios aislado, es un Dios-  
con, en particular con nosotros,  
es decir con la criatura  
humana. Nuestro Dios no es un  
Dios ausente, secuestrado por  
un cielo muy alejado; es, en

cambio, un Dios "apasionado" del hombre, tan tiernamente amante como para ser incapaz de separarse de él. Nosotros humanos somos hábiles en el cortar uniones y puentes. Él, sin embargo, no. Si nuestro corazón se enfría, el suyo permanece siempre incandescente. Nuestro Dios nos acompaña siempre, incluso si por desgracia nosotros nos olvidáramos de Él. En la cresta que divide la incredulidad de la fe, es decisivo el descubrimiento de ser amados y acompañados por nuestro

Padre, de no ser nunca dejados solos por Él.

Nuestra existencia es una peregrinación, un camino. También los que están movidos por una esperanza especialmente humana, perciben la seducción del horizonte, que les empuja a explorar mundos que aún no conocen. Nuestra alma es un alma migrante. La Biblia está llena de historias de peregrinos y viajeros. La vocación de Abraham comienza con este mandamiento: «Vete de tu tierra» (*Gén 12, 1*). Y el

patriarca deja ese pedazo de mundo que conocía bien y que era una de las cunas de la civilización de su tiempo. Todo conspiraba contra la sensatez de ese viaje. Y aún así Abraham sale. No se convierte en hombres y mujeres maduros si no se percibe la atracción del horizonte: ese límite entre el cielo y la tierra que pide ser alcanzado por un pueblo de caminantes.

En su camino por el mundo, el hombre nunca está solo. Sobre todo el cristiano no se siente nunca abandonado, porque



Jesús nos asegura que no nos espera solo al final de nuestro largo viaje, sino que nos acompaña en cada uno de nuestros días.

¿Hasta cuándo perdurará el cuidado de Dios respecto al hombre? ¿Hasta cuándo el Señor Jesús, que camina con nosotros, hasta cuándo cuidará de nosotros? La respuesta del Evangelio no deja lugar a dudas: ¡hasta el fin del mundo! Pasarán los cielos, pasará la tierra, serán canceladas las esperanzas humanas, pero la Palabra de Dios es más grande

que todo y no pasará. Y Él será el Dios con nosotros, el Dios Jesús que camina con nosotros. No habrá día de nuestra vida en el que cesemos de ser una preocupación para el corazón de Dios. Pero alguno podría decir: "¿Pero qué está diciendo usted?". Digo esto: no habrá día de nuestra vida en el que cesemos de ser una preocupación para el corazón de Dios. Él se preocupa por nosotros, y camina con nosotros. ¿Y por qué hace esto? Simplemente porque nos ama. ¿Entendido esto? ¡Nos ama! Y

Dios seguramente cubrirá todas nuestras necesidades, no nos abandonará en el tiempo de la prueba y de la oscuridad. Esta certeza pide que se anide en nuestra alma para no apagarse nunca. Alguno la llama con el nombre de "Providencia". Es decir, la cercanía de Dios, el amor de Dios, el caminar de Dios con nosotros se llama también la "Providencia de Dios": Él provee nuestra vida. No por casualidad entre los símbolos cristianos de la esperanza hay uno que a mí me gusta mucho: el ancla.

Expresa que nuestra esperanza no es vaga; no va confundida con el sentimiento transitorio de quien quiere mejorar las cosas de este mundo de forma poco realista, basándose solo en la propia fuerza de voluntad. La esperanza cristiana, de hecho, encuentra su raíz no en el atractivo del futuro, sino en la seguridad de lo que Dios nos ha prometido y ha realizado en Jesucristo. Si Él nos ha garantizado que no nos abandonará nunca, si el inicio de cada vocación es un «Sígueme», con el que Él nos

asegura permanecer siempre delante de nosotros, ¿entonces por qué temer? Con esta promesa, los cristianos pueden caminar por todos lados. También atravesando porciones de mundo herido, donde las cosas no van bien, nosotros estamos entre aquellos que también allí continúan esperando. Dice el salmo: «Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo» (*Sal 23, 4*). Es precisamente donde se extiende la oscuridad que es necesario tener

encendida una luz. Volvamos al ancla. Nuestra fe es el ancla en el cielo. Nosotros tenemos nuestra vida anclada en el cielo. ¿Qué debemos hacer? Sujetarnos a la cuerda: está siempre allí. Y vamos adelante porque estamos seguros que nuestra vida tiene como un ancla en el cielo, en esa orilla a la que llegaremos.

Cierto, si confiáramos solo en nuestras fuerzas, tendríamos razón de sentirnos desilusionados y derrotados, porque el mundo a menudo se demuestra refractario a las

leyes del amor. Prefiere, muchas veces, las leyes del egoísmo. Pero si sobrevive en nosotros la certeza de que Dios no nos abandona, que Dios nos ama tiernamente a nosotros y a este mundo, entonces enseguida cambia la perspectiva. "*Homo viator, spe erectus*", decían en la antigüedad. A lo largo del camino, la promesa de Jesús «Yo estoy con vosotros» nos hace estar de pie, erigidos, con esperanza, confiando en que el Dios bueno está ya trabajando para realizar lo que

humanamente parecía imposible, porque el ancla está en la playa del cielo.

El santo pueblo fiel de Dios es gente que está de pie —“*homo viator*”— y camina, pero de pie, “*erectus*”, y camina en la esperanza. Y allá donde va, sabe que el amor de Dios lo ha precedido: no hay parte del mundo que escape de la victoria de Cristo Resucitado. ¿Y cuál es la victoria de Cristo Resucitado? La victoria del amor.

Gracias.



## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que en este tiempo pascual la contemplación de Jesús resucitado, que ha vencido a la muerte y vive para siempre, nos ayude a sentirnos acompañados por su amor y por su presencia vivificante, aún en los momentos más difíciles de nuestra vida. Que Dios los bendiga.



27 de abril de 2017. Discurso a los participantes en el congreso del foro internacional de acción católica (FIAC)

Jueves.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Les saludo con ocasión de la celebración del este Congreso internacional de Acción Católica, que tiene como tema: «Acción Católica es misión con todos y para todos». Me gustaría compartir con ustedes algunas inquietudes y

consideraciones.

## **Carisma – recreación a la luz de *Evangelii gaudium***

— Históricamente la Acción Católica ha tenido la misión de formar laicos que asuman su responsabilidad en el mundo.

Hoy, concretamente, es la *formación de discípulos misioneros*. Gracias por que han asumido decididamente la *Evangelii Gaudium* como carta magna.

El carisma de la Acción Católica es el carisma de la misma Iglesia encarnada entrañablemente en el hoy y

en el aquí de cada Iglesia diocesana que discierne en contemplación y mirada atenta la vida de su pueblo, y busca renovados caminos de evangelización y de misión desde las distintas realidades parroquiales.

La Acción Católica ha tenido tradicionalmente cuatro pilares o patas: *la Oración, la Formación, el Sacrificio y el Apostolado*. De acuerdo a cada momento de su historia se ha apoyado primero una pata y después las otras. Así, en algún momento, lo más fuerte fue la

oración o la formación doctrinal. Dadas las características de este momento el *apostolado tiene que ser lo distintivo* y es la pata que se apoya primero. Esto no es en desmedro de las otras realidades sino, muy por el contrario, lo que las provoca. El apostolado misionero necesita oración, formación y sacrificio. Esto parece muy claro en Aparecida y la *Evangelii Gaudium*. *Hay un dinamismo integrador en la misión.*

— *Formen*: ofreciendo un proceso de crecimiento en la fe,

un itinerario catequístico permanente orientado a la misión, adecuado a cada realidad, apoyados en la Palabra de Dios, para animar una feliz amistad con Jesús y la experiencia de amor fraterno.

— *Recen*: en esa santa extroversión que pone el corazón en las necesidades del pueblo, en sus angustias, en sus alegrías. Una oración que camine, que los lleve bien lejos. Así evitarán estar mirándose continuamente a sí mismos.

— *Sacrifíquense*: pero no para

sentirse más pulcros, sacrificio generoso es el que hace bien a los otros. Ofrezcan su tiempo buscando cómo hacer para que los otros crezcan, ofrezcan lo que hay en los bolsillos compartiendo con los que menos tienen, ofrezcan sacrificadamente el don de la vocación personal para embellecer y hacer crecer la *casa común*.

**Renovar el compromiso evangelizador – diocesaneidad – parroquias**

— La misión no es una tarea entre tantas en la Acción



Católica, sino que es *la tarea*. La Acción Católica tiene el carisma de llevar adelante la pastoral de la Iglesia. Si la misión no es su fuerza distintiva se desvirtúa la esencia de la Acción Católica y pierde su razón de ser.

— Es vital *renovar y actualizar el compromiso de la Acción Católica para la evangelización*, llegando a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, a todas las periferias existenciales, de verdad y no como una simple formulación de principios.

Esto implica *replantear sus planes de formación, sus formas de apostolado y hasta su misma oración* para que sean *esencialmente, y no ocasionalmente,* misioneros. *Abandonar el viejo criterio: porque siempre se ha hecho así.* Hay cosas que han sido realmente muy buenas y meritorias que hoy quedarían fuera de contexto si las quisiéramos repetir.

La Acción Católica tiene que asumir *la totalidad de la misión de la Iglesia en generosa pertenencia a la Iglesia*

*diocesana desde la Parroquia.*

La misión de la Iglesia universal se actualiza en cada Iglesia particular con su propio color, asimismo la Acción Católica cobra vida auténtica respondiendo y asumiendo como propia *la pastoral de cada Iglesia diocesana en su inserción concreta* desde las parroquias.

La Acción Católica tiene que ofrecer a la Iglesia diocesana un laicado maduro que *sirva con disponibilidad a los proyectos pastorales* de cada lugar como un modo de realizar

su vocación. Necesitan encarnarse concretamente. No pueden ser de esos grupos *tan universales* que no hacen pie en ningún lado, que no responden a nadie y andan buscando lo que más les gusta de cada lugar.

## **Agentes – Todos sin excepción**

Todos los miembros de la Acción Católica son *dinámicamente misioneros*. Los chicos evangelizan a los chicos, los jóvenes a los jóvenes, los adultos a los adultos, etc. Nada

mejor que un par para mostrar que es posible vivir la alegría de la fe.

Eviten caer en la *tentación perfeccionista de la eterna preparación* para la misión y de los *eternos análisis*, que cuando se terminan ya pasaron de moda o están desactualizados. El ejemplo es Jesús con los apóstoles: los enviaba con lo que tenían. Después los volvía a reunir y los ayudaba a discernir sobre lo que vivieron. Que la *realidad les vaya marcando el ritmo* y dejen que *el Espíritu Santo los vaya*

*conduciendo*. Él es el maestro interior que va iluminando nuestro obrar cuando *vamos libres de presupuestos o condicionamientos*. Se aprende a evangelizar evangelizando, como se aprende a rezar rezando si tenemos el corazón bien dispuesto.

Todos pueden misionar aunque todos no puedan salir a la calle o al campo. Es muy importante el lugar que le brindan a las personas mayores que pertenecen desde hace mucho o se incorporan. Si cabe la expresión: pueden ser *la*

*sección contemplativa e intercesora* dentro de las diferentes secciones de la Acción Católica. Ellos son los que pueden crear el patrimonio de oración y de la gracia para la misión. Del mismo modo los enfermos. Esta oración Dios la escucha con ternura especial. Que todos ellos se sientan parte, se descubran activos y necesarios.

## **Destinatarios – Todos los hombres y todas las periferias**

Es necesario que la Acción Católica esté presente *en el*

*mundo político, empresarial, profesional,* pero no para creerse los cristianos perfectos y formados sino para servir mejor.

Es imprescindible que la Acción Católica esté *en las cárceles, los hospitales, en la calle, las villas, las fábricas.* Si no es así, va a ser una institución de *exclusivos* que no le dice nada a nadie, ni a la misma Iglesia.

Quiero una Acción Católica en este pueblo, la parroquia, en la diócesis, en el país, barrio, en la familia, en el estudio y el



trabajo, en lo rural, en los ámbitos propios de la vida. En estos nuevos areópagos es donde se toman decisiones y se construye la cultura.

*Agilicen los modos de incorporación.* No sean aduana. No pueden ser más restrictivos que la misma Iglesia ni más papistas que el Papa. Abran las puertas, no tomen examen de perfección cristiana porque van a estar promoviendo un fariseísmo hipócrita. Hace falta misericordia activa.

*El compromiso que asumen los laicos que se integran a la*

*Acción Católica mira hacia adelante.* Es la decisión de trabajar por la construcción del reino. No hay que «burocratizar» esta gracia particular porque la invitación del Señor viene cuando menos lo esperamos; tampoco podemos «sacramentalizar» la oficialización con requisitos que responden a otro ámbito de la vida de la fe y no al del compromiso evangelizador. Todos *tienen derecho* a ser evangelizadores. Que la Acción Católica brinde el espacio de contención y

de *experiencia cristiana* a aquellos que se sienten por motivos personales como «*cristianos de segunda*».

## **Modo – En medio del pueblo**

De los destinatarios depende el modo. Como nos dijo el Concilio y rezamos muchas veces en la Misa: atentos y compartiendo la luchas y esperanzas de los hombres para mostrarles el camino de la salvación. La Acción Católica *no puede estar lejos del pueblo*, sino que sale del pueblo y tiene que estar en medio del pueblo. Tienen que *popularizar* más la Acción

Católica. Esto no es una cuestión de imagen sino de veracidad y de carisma. Tampoco es demagogia, sino seguir los pasos del maestro que no le dio asco nada. Para poder seguir este camino *es bueno recibir un barrio de pueblo*. Compartir la vida de la gente y aprender a descubrir por dónde van sus intereses y sus búsquedas, cuáles son sus anhelos y heridas más profundas; y qué es lo que necesitan de nosotros. Esto es fundamental para no caer en la *esterilidad*

*de dar respuestas a preguntas que nadie se hace.* Los modos de evangelizar se pueden pensar desde un escritorio pero después de haber andado en medio del pueblo y no al revés. Una Acción Católica más popular, más encarnada *les va a traer problemas*, porque van a querer formar parte de la institución personas que aparentemente *no están en condiciones*: familias en la que los padres no están casados por la iglesia, hombres y mujeres con un pasado o presente difícil pero que luchan, jóvenes

desorientados y heridos. Es un desafío a la *maternidad eclesial* de la Acción Católica; recibir a todos y acompañarlos en el camino de la vida con las cruces que lleven a cuestas.

Todos pueden formar parte *desde lo que tienen con lo que pueden*.

*Para este pueblo concreto se forman. Con este y por este pueblo concreto se reza.*

Agudicen la mirada para ver los *signos de Dios presentes en la realidad sobre todo en las expresiones de religiosidad popular*. Desde ahí podrán

comprender más el corazón de los hombres y descubrirán los modos sorprendentes desde los que Dios actúa más allá de nuestros conceptos.

## **Proyecto – Acción Católica en salida – Pasión por Cristo, pasión por nuestro pueblo**

Se han planteado una Acción Católica en salida, y eso es muy bueno porque los ubica en su propio eje. La salida significa apertura, generosidad, encuentro con la realidad más allá de las cuatro paredes de la institución y de las parroquias.

Esto significa *renunciar a controlar demasiado las cosas y a programar los resultados*. Esa libertad, que es fruto del Espíritu Santo, es la que los va a hacer crecer.

El proyecto evangelizador de la Acción Católica tiene que pasar por estos pasos: *primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar*. Un paso adelante en la salida, encarnados y haciendo camino juntos. Esto, ya es un fruto que se celebra. *Contagien la alegría* de la fe, que se note la alegría de evangelizar en todas



las ocasiones, a tiempo y a destiempo.

No caigan en la tentación del *estructuralismo*. Sean *audaces* son más fieles a la iglesia porque estén esperando a cada paso que les digan lo que tienen que hacer.

Animen a sus miembros a disfrutar de la *misión cuerpo a cuerpo* casual o a partir de la acción misionera de la comunidad.

*No clericalicen* al laicado. Que la aspiración de sus miembros no sea formar parte del sanedrín de las parroquias que

rodean al cura sino la pasión por el reino. Pero no se olviden de *plantear el tema vocacional* con seriedad.

Escuela de santidad que pasa necesariamente por descubrir la propia vocación, que no es ser un dirigente o capillero diplomado sino, por sobre todas las cosas: *un evangelizador*.

Tienen que ser *lugar de encuentro* para el resto de los carismas institucionales y de movimientos que hay en la iglesia sin miedo a perder identidad. Además, de sus miembros tienen que salir los

evangelizadores, catequistas, misioneros, trabajadores sociales que seguirán haciendo crecer a la Iglesia.

Muchas veces se ha dicho que la Acción Católica es el *brazo largo de la jerarquía* y esto, lejos de ser una prerrogativa que haga mirar al resto por encima del hombro, es una responsabilidad muy grande que implica fidelidad y coherencia a lo que la Iglesia va mostrando en cada momento de la historia sin pretender anclarse en formas pasadas como si fueran las

únicas posibles. La fidelidad a la misión exige esa «*plasticidad buena*» de quien tiene puesto un oído en el pueblo y otro en Dios.

En la publicación: «La Acción católica a luz de la teología Tomista», de 1937, aparece: «¿Acaso la *Acción Católica* no debe convertirse en *Pasión Católica*?». La pasión católica, la pasión de la Iglesia es vivir la dulce y confortadora alegría de evangelizar. Esto es lo que necesitamos de la Acción Católica.

Muchas gracias.



28 de abril de 2017. Discurso  
del Santo Padre a los  
participantes en la conferencia  
internacional para la paz.

Al-Azhar Conference Centre, El  
Cairo.

Viernes.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Egipto.  
(28-29 de abril de 2017)

*Al Salamò Alaikum!*

Es para mí un gran regalo estar  
aquí, en este lugar, y comenzar

mi visita a Egipto  
encontrándome con vosotros en  
el ámbito de esta *Conferencia  
Internacional para la Paz*.

Agradezco a mi hermano, al  
Gran Imán por haberla  
proyectado y organizado, y por  
su amabilidad al invitarme.

Quisiera compartir algunas  
reflexiones, tomándolas de la  
gloriosa historia de esta tierra,  
que a lo largo de los siglos se  
ha manifestado al mundo  
como *tierra de civilización y  
tierra de alianzas*.

*Tierra de civilización*. Desde la  
antigüedad, la civilización que

surgió en las orillas del Nilo ha sido sinónimo de cultura. En Egipto ha brillado la luz del conocimiento, que ha hecho germinar un patrimonio cultural de valor inestimable, hecho de sabiduría e ingenio, de adquisiciones matemáticas y astronómicas, de admirables figuras arquitectónicas y artísticas. La búsqueda del conocimiento y la importancia de la educación han sido iniciativas que los antiguos habitantes de esta tierra han llevado a cabo produciendo un gran progreso. Se trata de



iniciativas necesarias también para el futuro, iniciativas de paz y por la paz, porque no habrá paz sin una adecuada educación de las jóvenes generaciones. Y no habrá una adecuada educación para los jóvenes de hoy si la formación que se les ofrece no es conforme a la naturaleza del hombre, que es un ser abierto y relacional.

La educación se convierte de hecho en sabiduría de vida cuando consigue que el hombre, en contacto con Aquel que lo trasciende y con cuanto

lo rodea, saque lo mejor de sí mismo, adquiriendo una identidad no replegada sobre sí misma. La sabiduría busca al otro, superando la tentación de endurecerse y encerrarse; abierta y en movimiento, humilde y escudriñadora al mismo tiempo, sabe valorizar el pasado y hacerlo dialogar con el presente, sin renunciar a una adecuada hermenéutica. Esta sabiduría favorece un futuro en el que no se busca la prevalencia de la propia parte, sino que se mira al otro como parte integral de sí mismo; no

deja, en el presente, de identificar oportunidades de encuentro y de intercambio; del pasado, aprende que del mal sólo viene el mal y de la violencia sólo la violencia, en una espiral que termina aislando. Esta sabiduría, rechazando toda ansia de injusticia, se centra en la dignidad del hombre, valioso a los ojos de Dios, y en una ética que sea digna del hombre, rechazando el miedo al otro y el temor de conocer a través de los medios con los que el Creador lo ha dotado[1].

Precisamente en el campo del diálogo, especialmente interreligioso, estamos llamados a caminar juntos con la convicción de que el futuro de todos depende también del encuentro entre religiones y culturas. En este sentido, el trabajo del *Comité mixto para el Diálogo entre el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y el Comité de Al-Azhar para el Diálogo* representa un ejemplo concreto y alentador. El diálogo puede ser favorecido si se conjugan bien tres indicaciones

fundamentales: *el deber de la identidad, la valentía de la alteridad y la sinceridad de las intenciones. El deber de la identidad*, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. *La valentía de la alteridad*, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra

en el bien de todos. *La sinceridad de las intenciones*, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recorrido pacientemente para transformar la competición en cooperación.

Educar, para abrirse con respeto y dialogar sinceramente con el otro, reconociendo sus derechos y libertades fundamentales, especialmente la religiosa, es la

mejor manera de  
construir *juntos* el futuro, de  
ser constructores  
de *civilización*. Porque la única  
alternativa a la *barbarie del  
conflicto* es la *cultura del  
encuentro*, no hay otra  
manera. Y con el fin de  
contrarrestar realmente la  
barbarie de quien instiga al  
odio e incita a la violencia, es  
necesario acompañar y ayudar  
a madurar a las nuevas  
generaciones para que, ante la  
lógica incendiaria del mal,  
respondan con el paciente  
crecimiento del bien: jóvenes

que, como árboles plantados, estén enraizados en el terreno de la historia y, creciendo hacia lo Alto y junto a los demás, transformen cada día el aire contaminado de odio en oxígeno de fraternidad.

En este desafío de civilización tan urgente y emocionante, cristianos y musulmanes, y todos los creyentes, estamos llamados a ofrecer nuestra aportación: «Vivimos bajo el sol de un único Dios misericordioso. [...] Así, en el verdadero sentido podemos llamarnos, los unos a los otros,



hermanos y hermanas [...], porque sin Dios la vida del hombre sería como el cielo sin el sol»[\[2\]](#). Salga pues el sol de una renovada hermandad en el nombre de Dios; y de esta tierra, acariciada por el sol, despunte el alba de una *civilización de la paz y del encuentro*. Que san Francisco de Asís, que hace ocho siglos vino a Egipto y se encontró con el Sultán *Malik al Kamil*, interceda por esta intención. *Tierra de alianzas*. Egipto no sólo ha visto amanecer el sol de la sabiduría, sino que su

tierra ha sido también iluminada por la luz multicolor de las religiones. Aquí, a lo largo de los siglos, las diferencias de religión han constituido «una forma de enriquecimiento mutuo del servicio a la única comunidad nacional» [\[3\]](#). Creencias religiosas diferentes se han encontrado y culturas diversas se han mezclado sin confundirse, reconociendo la importancia de *aliarse para el bien común*. Alianzas de este tipo son cada vez más urgentes en la actualidad. Para hablar de

ello, me gustaría utilizar como símbolo el «Monte de la Alianza» que se yergue en esta tierra. El Sinaí nos recuerda, en primer lugar, que una verdadera alianza en la tierra no puede prescindir del Cielo, que la humanidad no puede pretender encontrar la paz excluyendo a Dios de su horizonte, ni tampoco puede tratar de subir la montaña para apoderarse de Dios (cf. *Ex 19,12*).

Se trata de un mensaje muy actual, frente a esa peligrosa paradoja que persiste en

nuestros días, según la cual por un lado se tiende a reducir la religión a la esfera privada, sin reconocerla como una dimensión constitutiva del ser humano y de la sociedad y, por el otro, se confunden la esfera religiosa y la política sin distinguirlas adecuadamente. Existe el riesgo de que la religión acabe siendo absorbida por la gestión de los asuntos temporales y se deje seducir por el atractivo de los poderes mundanos que en realidad sólo quieren instrumentalizarla. En un mundo en el que se han

globalizado muchos instrumentos técnicos útiles, pero también la indiferencia y la negligencia, y que corre a una velocidad frenética, difícil de sostener, se percibe la nostalgia de las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida, que las religiones saben promover y que suscitan la evocación de los propios orígenes: la vocación del hombre, que no ha sido creado para consumirse en la precariedad de los asuntos terrenales sino para encaminarse hacia el Absoluto

al que tiende. Por estas razones, sobre todo hoy, la religión no es un problema sino parte de la solución: contra la tentación de acomodarse en una vida sin relieve, donde todo comienza y termina en esta tierra, nos recuerda que es necesario elevar el ánimo hacia lo Alto para aprender a construir la ciudad de los hombres.

En este sentido, volviendo con la mente al Monte Sinaí, quisiera referirme a los mandamientos que se promulgaron allí antes de ser

escritos en la piedra[4]. En el corazón de las «diez palabras» resuena, dirigido a los hombres y a los pueblos de todos los tiempos, el mandato «no matarás» (*Ex 20,13*). Dios, que ama la vida, no deja de amar al hombre y por ello lo insta a contrastar el camino de la violencia como requisito previo fundamental de toda alianza en la tierra. Siempre, pero sobre todo ahora, todas las religiones están llamadas a poner en práctica este imperativo, ya que mientras sentimos la urgente necesidad de lo

Absoluto, es indispensable excluir cualquier absolutización que justifique cualquier forma de violencia. La violencia, de hecho, es la negación de toda auténtica religiosidad.

Como líderes religiosos estamos llamados a desenmascarar la violencia que se disfraza de supuesta sacralidad, apoyándose en la absolutización de los egoísmos antes que en una verdadera apertura al Absoluto. Estamos obligados a denunciar las violaciones que atentan contra la dignidad humana y contra



los derechos humanos, a poner al descubierto los intentos de justificar todas las formas de odio en nombre de las religiones y a condenarlos como una falsificación idolátrica de Dios: su nombre es santo, él es el Dios de la paz, Dios *salam*[\[5\]](#). Por tanto, sólo la paz es santa y ninguna violencia puede ser perpetrada en nombre de Dios porque profanaría su nombre. Juntos, desde esta tierra de encuentro entre el cielo y la tierra, de alianzas entre los pueblos y entre los creyentes,

repetimos un «no» alto y claro a toda forma de violencia, de venganza y de odio cometidos en nombre de la religión o en nombre de Dios. Juntos afirmamos la incompatibilidad entre la fe y la violencia, entre creer y odiar. Juntos declaramos el carácter sagrado de toda vida humana frente a cualquier forma de violencia física, social, educativa o psicológica. La fe que no nace de un corazón sincero y de un amor auténtico a Dios misericordioso es una forma de pertenencia convencional o

social que no libera al hombre, sino que lo aplasta. Digamos juntos: Cuanto más se crece en la fe en Dios, más se crece en el amor al prójimo.

Sin embargo, la religión no sólo está llamada a desenmascarar el mal sino que lleva en sí misma la vocación a promover la paz, probablemente hoy más que nunca[6]. Sin caer en sincretismos conciliadores[7], nuestra tarea es la de rezar los unos por los otros, pidiendo a Dios el don de la paz, encontrarnos, dialogar y promover la armonía con un

espíritu de cooperación y amistad. Nosotros, como cristianos —y yo soy cristiano— «no podemos invocar a Dios, Padre de todos los hombres, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios» [\[8\]](#). Hermanos de todos. Más aún, reconocemos que inmersos en una lucha constante contra el mal, que amenaza al mundo para que «no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad», «a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a

todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles»[\[9\]](#). Por el contrario, son esenciales: En realidad, no sirve de mucho levantar la voz y correr a rearmarse para protegerse: hoy se necesitan constructores de paz, no de armas; hoy se necesitan constructores de paz, no provocadores de conflictos; bomberos y no incendiarios; predicadores de reconciliación y no vendedores de destrucción. Asistimos perplejos al hecho de

que, mientras por un lado nos alejamos de la realidad de los pueblos, en nombre de objetivos que no tienen en cuenta a nadie, por el otro, como reacción, surgen populismos demagógicos que ciertamente no ayudan a consolidar la paz y la estabilidad. Ninguna incitación a la violencia garantizará la paz, y cualquier acción unilateral que no ponga en marcha procesos constructivos y compartidos, en realidad, sólo beneficia a los partidarios del radicalismo y de la violencia.

Para prevenir los conflictos y construir la paz es esencial trabajar para eliminar las situaciones de pobreza y de explotación, donde los extremismos arraigan fácilmente, así como evitar que el flujo de dinero y armas llegue a los que fomentan la violencia. Para ir más a la raíz, es necesario detener la proliferación de armas que, si se siguen produciendo y comercializando, tarde o temprano llegarán a utilizarse. Sólo sacando a la luz las turbias maniobras que

alimentan el cáncer de la guerra se pueden prevenir sus causas reales. A este compromiso urgente y grave están obligados los responsables de las naciones, de las instituciones y de la información, así como también nosotros responsables de cultura, llamados por Dios, por la historia y por el futuro a poner en marcha —cada uno en su propio campo— procesos de paz, sin sustraerse a la tarea de establecer bases para una alianza entre pueblos y estados. Espero que, con la



ayuda de Dios, esta tierra noble y querida de Egipto pueda responder aún a su vocación de civilización y de alianza, contribuyendo a promover procesos de paz para este amado pueblo y para toda la región de Oriente Medio.

*Al Salamò Alaikum!*

[1] «Por otra parte, una ética de fraternidad y de coexistencia pacífica entre las personas y entre los pueblos no puede basarse sobre la lógica del miedo, de la violencia y de la

cerrazón, sino sobre la responsabilidad, el respeto y el diálogo sincero»: *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2017. La no violencia: un estilo de una política para la paz*, 5.

[2] Juan Pablo II, *Discurso a las autoridades musulmanas*, Kaduna–Nigeria (14 febrero 1982).

[3] Id., *Discurso durante la ceremonia de bienvenida*, El Cairo (24 febrero 2000).

[4] «Fueron escritos en el corazón del hombre como ley

moral universal, válida en todo tiempo y en todo lugar». Estos ofrecen la «base auténtica para la vida de las personas, de las sociedades y de las naciones. Hoy, como siempre, *son el único futuro de la familia humana*. Salvan al hombre de la fuerza destructora del egoísmo, del odio y de la mentira. Señalan todos los falsos dioses que lo esclavizan: el amor a sí mismo que excluye a Dios, el afán de poder y placer que altera el orden de la justicia y degrada nuestra dignidad humana y la de

nuestro prójimo»: Id., *Homilía en la celebración de la Palabra en el Monte Sinaí*, Monasterio de Santa Catalina (26 febrero 2000).

[5] Cf. *Discurso en la Mezquita Central de Koudoukou*, Bangui-República Centroafricana (30 noviembre 2015).

[6] «Probablemente más que nunca en la historia ha sido puesto en evidencia ante todos el vínculo intrínseco que existe entre una actitud religiosa auténtica y el gran bien de la paz» (Juan Pablo II, *Discurso a*

*los Representantes de las Iglesias y de Comunidades eclesiales cristianas y de las religiones mundiales, Asís (27 octubre 1986).*

[7] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 251.

[8] Conc. Ecum. Vat. II, Declaración *Nostra aetate*, 5.

[9] Id., Const. past. *Gaudium et spes*, 37-38.

28 de abril de 2017. Discurso  
en el encuentro con las  
autoridades.

Hotel Al Masah, Il Cairo.

Viernes.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Egipto.  
(28-29 de abril de 2017)

Señor Presidente,  
Gran Imán di Al-Azhar,  
Distinguidos Miembros del  
Gobierno y del Parlamento,  
Ilustres Embajadores y

miembros del Cuerpo  
Diplomático,  
Señoras y señores:  
Al Salamò Alaikum!  
Le agradezco, Señor  
Presidente, sus cordiales  
palabras de bienvenida y la  
invitación que gentilmente me  
hizo para visitar su querido  
País. Conservo vivo el recuerdo  
de su visita a Roma, en  
noviembre de 2014, y también  
del encuentro fraterno con Su  
Santidad Papa Tawadros II, en  
2013, así como la del año  
pasado con el Gran Imán de la  
Universidad Al-Azhar, Dr.

Ahmad Al-Tayyib.

Me es grato encontrarme en Egipto, tierra de antiquísima y noble civilización, cuyas huellas podemos admirar todavía hoy y que, en su majestuosidad, parecen querer desafiar al tiempo. Esta tierra representa mucho para la historia de la humanidad y para la Tradición de la Iglesia, no sólo por su prestigioso pasado histórico — de los faraones, copto y musulmán—, sino también porque muchos Patriarcas vivieron en Egipto o lo recorrieron. En efecto, la



Sagrada Escritura lo menciona así muchas veces. En esta tierra, Dios se hizo sentir, «reveló su nombre a Moisés» [\[1\]](#), y sobre el monte Sinaí dio a su pueblo y a la humanidad los Mandamientos divinos. En tierra egipcia, encontró refugio y hospitalidad la Sagrada Familia: Jesús, María y José.

La hospitalidad, ofrecida con generosidad hace más de dos mil años, permanece en la memoria colectiva de la humanidad y es fuente de abundantes bendiciones que

aún se siguen derramando. Egipto es una tierra que, en cierto modo, percibimos como nuestra. Como decís: «Misr um al dugna /Egipto es la madre del universo». También hoy encuentran aquí acogida millones de refugiados que proceden de diferentes países, como Sudán, Eritrea, Siria e Irak, refugiados a los que se busca integrar con encomiable tesón en la sociedad egipcia. Egipto, a causa de su historia y de su concreta posición geográfica, ocupa un rol insustituible en Oriente Medio y

en el contexto de los países que buscan soluciones a esos problemas difíciles y complejos, que han de ser afrontados ahora para evitar que deriven en una violencia aún más grave. Me refiero a la violencia ciega e inhumana causada por diferentes factores: el deseo obtuso de poder, el comercio de armas, los graves problemas sociales y el extremismo religioso que utiliza el Santo Nombre de Dios para cometer inauditas masacres e injusticias. Este destino y esta tarea de

Egipto constituyen también el motivo que ha animado al pueblo a pedir un Egipto donde no falte a nadie el pan, la libertad y la justicia social. Ciertamente este objetivo se hará una realidad si todos juntos tienen la voluntad de transformar las palabras en acciones, las valiosas aspiraciones en compromiso, las leyes escritas en leyes aplicadas, valorizando la genialidad innata de este pueblo.

Egipto tiene una tarea particular: reforzar y consolidar

también la paz regional, a pesar de que haya sido herido en su propio suelo por una violencia ciega. Dicha violencia hace sufrir injustamente a muchas familias —algunas de ellas aquí presentes— que lloran por sus hijos e hijas. Pienso de modo particular en todas las personas que, en los últimos años, han entregado la vida para proteger su patria: los jóvenes, los miembros de las fuerzas armadas y de la policía, los ciudadanos coptos y todos los desconocidos, caídos a causa de las distintas acciones

terroristas. Pienso también en las matanzas y en las amenazas que han provocado un éxodo de cristianos desde el Sinaí septentrional. Manifiesto mi gratitud a las Autoridades civiles y religiosas, y a todos los que han acogido y asistido a estas personas que tanto sufren. Pienso además en los que han sido golpeados por los atentados en las iglesias Coptas, tanto en diciembre pasado como más recientemente en Tanta y en Alejandría. A sus familias y a todo Egipto dirijo mi sentido

pésame y mi oración al Señor para que los heridos se restablezcan con rapidez.

Señor Presidente, ilustres señoras y señores:

No puedo dejar de reconocer la importancia de los esfuerzos realizados para llevar a cabo numerosos proyectos nacionales, como también por las muchas iniciativas realizadas en favor de la paz en el País y fuera del mismo, con vistas a ese ansiado desarrollo, en paz y prosperidad, que el pueblo anhela y merece.

El desarrollo, la prosperidad y

la paz son bienes irrenunciables por los que vale la pena cualquier sacrificio. Son también metas que requieren trabajo serio, compromiso seguro, metodología adecuada y, sobre todo, respeto incondicionado a los derechos inalienables del hombre, como la igualdad entre todos los ciudadanos, la libertad religiosa y de expresión, sin distinción alguna[2]. Objetivos que exigen prestar una atención especial al rol de la mujer, de los jóvenes, de los más pobres y de los enfermos. En realidad,



el verdadero desarrollo se mide por la solicitud hacia el hombre —corazón de todo desarrollo—, a su educación, a su salud y a su dignidad; de hecho, la grandeza de cualquier nación se revela en el cuidado con que atiende a los más débiles de la sociedad: las mujeres, los niños, los ancianos, los enfermos, los discapacitados, las minorías, para que nadie, ni ningún grupo social, quede excluido o marginado.

Ante un escenario mundial delicado y complejo, que hace pensar a lo que he llamado una

«guerra mundial por partes», cabe afirmar que no se puede construir la civilización sin rechazar toda clase de ideología del mal, de la violencia, así como cualquier interpretación extremista que pretenda anular al otro y eliminar las diferencias manipulando y profanando el Santo Nombre de Dios. Usted, Señor Presidente, que ha hablado de esto con claridad muchas veces y en distintas ocasiones, merece ser escuchado y valorado. Todos tenemos el deber de

enseñar a las nuevas generaciones que Dios, el Creador del cielo y de la tierra, no necesita ser protegido por los hombres, sino que es él quien protege a los hombres; él no quiere nunca la muerte de sus hijos, sino que vivan y sean felices; él no puede ni pide ni justifica la violencia, sino que la rechaza y la desaprueba[3]. El verdadero Dios llama al amor sin condiciones, al perdón gratuito, a la misericordia, al respeto absoluto a cada vida, a la fraternidad entre sus hijos, creyentes y no creyentes.

Tenemos el deber de afirmar juntos que la historia no perdona a los que proclaman la justicia y en cambio practican la injusticia; no perdona a los que hablan de igualdad y desechan a los diferentes.

Tenemos el deber de quitar la máscara a los vendedores de ilusiones sobre el más allá, que predicán el odio para robar a los sencillos su vida y su derecho a vivir con dignidad, transformándolos en leña para el fuego y privándolos de la capacidad de elegir con libertad y de creer con responsabilidad.

Señor Presidente, hace algunos minutos, usted me ha dicho que Dios es el Dios de la libertad, y esto es verdad.

Tenemos el deber de desmontar las ideas homicidas y las ideologías extremistas, afirmando la incompatibilidad entre la verdadera fe y la violencia, entre Dios y los actos de muerte.

En cambio, la historia honra a los constructores de paz, que luchan con valentía y sin violencia por un mundo mejor: «Dichosos los constructores de paz porque se llamarán hijos de

Dios» (Mt 5,9).

Egipto, que en tiempos de José salvó a otros pueblos del hambre (cf. Gn 41,57), está llamado también hoy a salvar a esta querida región del hambre de amor y de fraternidad; está llamado a condenar y a derrotar todo tipo de violencia y de terrorismo; está llamado a sembrar la semilla de la paz en todos los corazones hambrientos de convivencia pacífica, de trabajo digno, de educación humana. Egipto, que al mismo tiempo construye la paz y combate el terrorismo,

está llamado a testimoniar que «AL DIN LILLAH WA AL WATÀN LILGIAMIA'/ La fe es para Dios, la Patria es para todos», como dice el lema de la Revolución del 23 de julio de 1952, demostrando que se puede creer y vivir en armonía con los demás, compartiendo con ellos los valores humanos fundamentales y respetando la libertad y la fe de todos[4]. El rol especial de Egipto es necesario para afirmar que esta región, cuna de tres grandes religiones, puede —es más— debe salir de la larga noche de

tribulaciones para volver a irradiar los supremos valores de la justicia y de la fraternidad, que son el fundamento sólido y la vía obligatoria para la paz [\[5\]](#). De las naciones que son grandes es justo esperar mucho. Este año se celebra el 70 aniversario de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la República Árabe de Egipto, que es uno de los primeros países árabes que estableció dichas relaciones diplomáticas. Estas siempre se han caracterizado por la



amistad, estima y colaboración recíproca. Deseo que esta visita ayude a consolidarlas y reforzarlas.

La paz es un don de Dios pero es también trabajo del hombre. Es un bien que hay que construir y proteger, respetando el principio que afirma: la fuerza de la ley y no la ley de la fuerza[6]. Paz para este amado País. Paz para toda esta región, de manera particular para Palestina e Israel, para Siria, Libia, Yemen, Irak, Sudán del Sur; paz para todos los hombres de buena

voluntad.

Señor Presidente, señoras y señores:

Deseo hacer llegar un afectuoso saludo y un paternal abrazo a todos los ciudadanos egipcios, que están presentes simbólicamente aquí, en este lugar. Saludo además a los hijos y a los hermanos cristianos que viven en este País: a los coptos ortodoxos, los griegos bizantinos, los armenios ortodoxos, los protestantes y los católicos. San Marcos, el evangelizador de esta tierra, os proteja y os

ayude a construir y a alcanzar la unidad, tan anhelada por Nuestro Señor (cf. Jn 17,20-23). Vuestra presencia en esta Patria no es ni nueva ni casual, sino secular y unida a la historia de Egipto. Sois parte integral de este País y habéis desarrollado a lo largo de los siglos una especie de relación única, una particular simbiosis, que puede considerarse como un ejemplo para las demás naciones. Habéis demostrado, y lo seguís haciendo, que se puede vivir juntos, en el respeto recíproco y en la

confrontación leal,  
descubriendo en la diferencia  
una fuente de riqueza y jamás  
una razón para el  
enfrentamiento[7].

Gracias por la cálida  
bienvenida. Pido a Dios  
Todopoderoso y Uno para que  
derrame Su Bendición divina  
sobre todos los ciudadanos  
egipcios. Que conceda a Egipto  
la paz y la prosperidad, el  
progreso y la justicia, y que  
bendiga a todos sus hijos.  
«Bendito mi pueblo, Egipto»,  
dice el Señor en el libro de  
Isaías (19,25).

# Shukran wa tahàh misr!

[1] Juan Pablo II, Discurso en la ceremonia de bienvenida (24 febrero 2000).

[2] Cf. Declaración universal de los derechos del hombre.  
Constitución Egipcia 2014, cap. III.

[3] «El Señor [...] odia al que ama la violencia» (Sal 11,5).

[4] Cf. Constitución Egipcia 2014, art. 5.

[5] Cf. Mensaje para la Jornada

Mundial de la Paz 2014, 4.

[6] Cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2017, 1.

[7] Cf. Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. Ecclesia in ?Medio Oriente, 24 y 25.

28 de abril de 2017. Discurso  
en la visita de cortesía a S. S.  
el Papa Tawadros II

Patriarcado Copto-Ortodoxo, El  
Cairo.

Viernes.

Discurso del Santo Padre  
Declaración Conjunta  
Oración ecuménica espontánea

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Egipto.  
(28-29 de abril de 2017)

## Discurso del Santo Padre

El Señor ha resucitado,  
verdaderamente ha resucitado.

[Al Massih kam, bilhakika  
kam!]

Santidad, querido Hermano:

Hace poco que ha concluido la  
gran Solemnidad de la Pascua,  
centro de la vida cristiana, que  
este año hemos tenido la gracia  
de celebrar en el mismo día.

Así hemos proclamado al  
unísono el anuncio de la  
Resurrección, viviendo de  
nuevo, en un cierto sentido, la  
experiencia de los primeros  
discípulos, que en ese día «se



llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20,20). Esta alegría pascual se ha incrementado hoy por el don que se nos ha concedido de adorar juntos al Resucitado en la oración y de darnos nuevamente, en su nombre, el beso santo y el abrazo de paz. Esto me llena de alegría: llegando aquí como peregrino, estaba seguro de recibir la bendición de un Hermano que me esperaba. Era grande el deseo de encontrarnos otra vez: mantengo muy vivo el recuerdo de la visita que Vuestra

Santidad realizó a Roma, poco después de mi elección, el 10 de mayo de 2013, una fecha que se ha convertido felizmente en la oportunidad para celebrar cada año la Jornada de Amistad copto-católica.

Con la alegría de continuar fraternalmente nuestro camino ecuménico, deseo recordar ante todo ese momento crucial que supuso en las relaciones entre la sede de Pedro y la de Marcos la Declaración Común, firmada por nuestros Predecesores hace más de cuarenta años, el 10 de

mayo de 1973. En ese día, después de «siglos de una historia complicada», en los que «se han manifestado diferencias teológicas, fomentadas y acentuadas por factores de carácter no teológico» y por una creciente desconfianza en las relaciones, con la ayuda de Dios hemos llegado a reconocer juntos que Cristo es «Dios perfecto en su Divinidad y hombre perfecto en su humanidad» (Declaración Común firmada por el Santo Padre Pablo VI y por Su Santidad Amba Shenouda III,

10 mayo 1973). Pero no menos importantes y actuales son las palabras que la precedían inmediatamente, con las que hemos reconocido a «Nuestro Señor y Dios y Salvador y Rey de todos nosotros, Jesucristo». Con estas expresiones la sede de Marcos y la de Pedro han proclamado la señoría de Jesús: juntos hemos confesado que pertenecemos a Jesús y que él es nuestro todo.

Aún más, hemos comprendido que, siendo suyos, no podemos seguir pensando en ir adelante cada uno por su camino,

porque traicionaríamos su voluntad: que los suyos sean «todos [...] uno [...] para que el mundo crea» (Jn 17,21).

Delante del Señor, que quiere que seamos «perfectos en la unidad» (v. 23) no es posible escondernos más detrás de los pretextos de divergencias interpretativas ni tampoco detrás de siglos de historia y de tradiciones que nos han convertido en extraños. Como dijo aquí Su Santidad Juan Pablo II: «A este respecto no hay tiempo que perder. Nuestra comunión en el único Señor

Jesucristo, en el único Espíritu Santo y en el único bautismo, ya representa una realidad profunda y fundamental» (Discurso durante el encuentro ecuménico, 25 febrero 2000). En este sentido, no sólo existe un ecumenismo realizado con gestos, palabras y esfuerzo, sino también una comunión ya efectiva, que crece cada día en la relación viva con el Señor Jesús, se fundamenta en la fe profesada y se basa realmente en nuestro Bautismo, en el ser «criaturas nuevas» en él (cf. 2 Co 5,17): en definitiva, «un

solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4,5). De aquí tenemos que comenzar siempre, para apresurar el día tan esperado en el que estaremos en comunión plena y visible junto al altar del Señor. En este camino apasionante, que —como la vida— no es siempre fácil ni lineal, pero que el Señor nos exhorta a seguir recorriendo, no estamos solos. Nos acompaña una multitud de Santos y Mártires que, ya plenamente unidos, nos animan a que seamos aquí en la tierra una imagen viviente de la

«Jerusalén celeste» (Ga 4,26). Entre ellos, seguro que los que hoy se alegran de manera especial de nuestro encuentro son los santos Pedro y Marcos. Es grande el vínculo que los une. Basta pensar en el hecho de que san Marcos puso en el centro de su Evangelio la profesión de fe de Pedro: «Tu eres el Cristo». Fue la respuesta a la pregunta, siempre actual, de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» (Mc 8,29). También hoy hay mucha gente que no sabe dar una respuesta a esta



pregunta; faltan incluso personas que la propongan y sobre todo quien ofrezca como respuesta la alegría de conocer a Jesús, la misma alegría con la que tenemos la gracia de confesarlo juntos.

Estamos llamados a testimoniario juntos, a llevar al mundo nuestra fe, sobre todo, como es propio de la fe: viviéndola, porque la presencia de Jesús se transmite con la vida y habla el lenguaje del amor gratuito y concreto.

Coptos ortodoxos y Católicos podemos hablar cada vez más

esta lengua común de la caridad: antes de comenzar un proyecto para hacer el bien, sería hermoso preguntarnos si podemos hacerlo con nuestros hermanos y hermanas que comparten la fe en Jesús. Así, edificando la comunión con el testimonio vivido en lo concreto de la vida cotidiana, el Espíritu no dejará de abrir caminos providenciales e inimaginables de unidad.

Con este espíritu apostólico constructivo, Vuestra Santidad sigue brindando una atención genuina y fraterna a la Iglesia

copta católica: una cercanía que agradezco tanto y que se ha concretado en la creación del Consejo Nacional de las Iglesias Cristianas, para que los creyentes en Jesús puedan actuar siempre más unidos, en beneficio de toda la sociedad egipcia. Además, he apreciado mucho la generosa hospitalidad con la que acogió el XIII Encuentro de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia Católica y las Iglesias Ortodoxas Orientales, que tuvo lugar aquí el año pasado

siguiendo vuestra invitación. Es un bonito signo que el encuentro siguiente se haya celebrado en Roma, como queriendo señalar una continuidad particular entre la sede de Marcos y la de Pedro. En la Sagrada Escritura, Pedro corresponde en cierto modo al afecto de Marcos llamándolo «mi hijo» (1 P 5,13). Pero los vínculos fraternos del Evangelista y su actividad apostólica se extienden también a san Pablo el cual, antes de morir mártir en Roma, habla de lo útil que es Marcos

para el ministerio (cf. 2 Tm 4,11) y lo menciona varias veces (cf. Flm 24; Col 4, 10). Caridad fraterna y comunión de misión: estos son los mensajes que la Palabra divina y nuestros orígenes nos transmiten. Son las semillas evangélicas que con alegría seguimos cultivando y juntos, con la ayuda de Dios, procuramos que crezcan (cf. 1 Co 3,6-7).

Nuestro camino ecuménico crece de manera misteriosa y sin duda actual, gracias a un verdadero y

propio ecumenismo de la sangre. San Juan escribe que Jesús vino «con agua y sangre» (1 Jn 5,6); quien cree en él, «vence al mundo» (1 Jn 5,5). Con agua y sangre: viviendo una vida nueva en nuestro mismo Bautismo, una vida de amor, siempre y por todos, también a costa de derramar la sangre. Cuántos mártires en esta tierra, desde los primeros siglos del Cristianismo, han vivido la fe de manera heroica y hasta el final, prefiriendo derramar su sangre antes que renegar del Señor y ceder a las

lisonjas del mal o a la tentación de responder al mal con el mal. Así lo testimonia el venerable Martirologio de la Iglesia Copta. Aun recientemente, por desgracia, la sangre inocente de fieles indefensos ha sido derramada cruelmente: su sangre inocente nos une. Querido Hermano, igual que la Jerusalén celeste es una, así también nuestro martirologio es uno, y vuestros sufrimientos son también nuestros sufrimientos. Fortalecidos por vuestro testimonio, esforcémonos en

oponernos a la violencia predicando y sembrando el bien, haciendo crecer la concordia y manteniendo la unidad, rezando para que los muchos sacrificios abran el camino a un futuro de comunión plena entre nosotros y de paz para todos.

La maravillosa historia de santidad de esta tierra no se debe sólo al sacrificio de los mártires. Apenas terminadas las antiguas persecuciones, surgió una nueva forma de vida que, ofrecida al Señor, nada retenía para sí: en el desierto



inició el monaquismo. Así, a los grandes signos que Dios obró en el pasado en Egipto y en el Mar Rojo (cf. Sal 106,21-22), siguió el prodigio de una vida nueva, que hizo florecer de santidad el desierto. Con veneración por este patrimonio común, he venido como peregrino a esta tierra, donde el Señor mismo ama venir: aquí, glorioso, bajó al monte Sinaí (cf. Ex 24,16); aquí, humilde, encontró refugio cuando era niño (cf. Mt 2,14). Santidad, querido Hermano: que el mismo Señor nos

conceda hoy seguir caminando juntos, como peregrinos de comunión y anunciadores de paz. Que en este camino nos lleve de la mano Aquella que acompañó aquí a Jesús y que la gran tradición teológica egipcia ha aclamado desde la antigüedad como Theotokos, Madre de Dios. En este título se unen admirablemente la humanidad y la divinidad, porque, en la Madre, Dios se hizo hombre para siempre. Que la Virgen Santa, que siempre nos conduce a Jesús, sinfonía perfecta de lo divino con lo

humano, siga trayendo un poco de Cielo a nuestra tierra.

Declaración Conjunta.

Declaración conjunta de su Santidad Francisco y su Santidad Tawadros ii

1. Nosotros, Francisco, Obispo de Roma y Papa de la Iglesia Católica, y Tawadros II, Papa de Alejandría y Patriarca de la Sede de San Marcos, damos gracias a Dios en el Espíritu Santo porque nos ha concedido

la gozosa oportunidad de encontrarnos una vez más para intercambiar nuestro abrazo fraternal y unirnos de nuevo en una misma oración. Damos gloria al Todopoderoso por los vínculos de fraternidad y amistad que unen la Sede de San Pedro y la Sede de San Marcos. El privilegio de estar juntos aquí en Egipto es una señal de que nuestra relación es cada año más sólida, y de que seguimos creciendo en cercanía, fe y amor en Cristo nuestro Señor. Damos gracias a Dios por este amado Egipto,

«patria que vive dentro de nosotros», como solía decir Su Santidad el Papa Shenouda III, «el pueblo bendecido por Dios» (cf. Is 19,25), con su antigua civilización faraónica, su herencia griega y romana, su tradición copta y su presencia islámica. Egipto es el lugar donde la Sagrada Familia encontró refugio, tierra de mártires y santos.

2. Nuestro profundo vínculo de amistad y fraternidad tiene su origen en la plena comunión que existía entre nuestras

Iglesias en los primeros siglos y que se fue expresando de muchas maneras a través de los primeros Concilios Ecuménicos, remontándose al Concilio de Nicea en el año 325 y a la contribución del valeroso Padre de la Iglesia san Atanasio, que se ganó el título de «Defensor de la Fe». Nuestra comunión se manifestaba a través de la oración y de prácticas litúrgicas similares, de la veneración de los mismos mártires y santos, y a través del crecimiento y difusión del monaquismo,

siguiendo el ejemplo del gran san Antonio, conocido como el Padre de todos los monjes. Esta experiencia común de comunión antes de la separación reviste un significado especial para nuestros esfuerzos actuales, encaminados a restaurar la plena comunión. La mayor parte de las relaciones que existieron en los primeros siglos entre la Iglesia Católica y la Iglesia Copta Ortodoxa han continuado hasta nuestros días, a pesar de las divisiones, y han sido recientemente

revitalizadas. Suponen un desafío para que intensifiquemos nuestros esfuerzos comunes y perseveremos en la búsqueda de la unidad visible en la diversidad, bajo la guía del Espíritu Santo.

3. Recordamos con gratitud el histórico encuentro que tuvo lugar hace cuarenta y cuatro años entre nuestros predecesores, el Papa Pablo VI y el Papa Shenouda III, en un abrazo de paz y fraternidad, después de muchos siglos,



cuando nuestros mutuos  
vínculos de amor no fueron  
capaces de expresarse a causa  
de la distancia que había  
surgido entre nosotros. La  
Declaración Común que  
firmaron el 10 de mayo de  
1973 representó un hito en el  
camino del ecumenismo y sirvió  
como punto de partida para la  
Comisión para el Diálogo  
Teológico entre nuestras  
Iglesias, que ha dado muchos  
frutos y ha abierto el camino  
para un diálogo más amplio  
entre la Iglesia Católica y la  
entera familia de las Iglesias

Ortodoxas Orientales. En esa Declaración, nuestras Iglesias reconocieron que, de acuerdo con la tradición apostólica, profesan «una misma fe en un solo Dios Uno y Trino» y «la divinidad del Unigénito Hijo Encarnado de Dios... Dios perfecto con respecto a su divinidad, y perfecto hombre con respecto a su humanidad». También se reconoció que «la vida divina nos es dada y alimentada a través de los siete sacramentos» y que «veneramos a la Virgen María, Madre de la Luz Verdadera», la

«Theotokos».

4. Con profunda gratitud recordamos nuestro encuentro fraterno en Roma, el 10 de mayo de 2013, y el establecimiento del 10 de mayo como el día en el que cada año profundizamos la amistad y la fraternidad entre nuestras Iglesias. Este renovado espíritu de cercanía nos ha permitido discernir una vez más que el vínculo que nos mantiene unidos lo recibimos de nuestro único Señor el día de nuestro Bautismo. Porque es a través

del Bautismo que nos convertimos en miembros del único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf.1Co 12,13). Esta herencia común es la base de nuestra peregrinación hacia la plena comunión, a medida que crecemos en el amor y la reconciliación.

5. Somos conscientes de que en esta peregrinación aún nos queda mucho camino por recorrer, sin embargo, no podemos ignorar lo mucho que ya hemos avanzado. Recordamos, en particular, el

encuentro entre el Papa Shenouda III y san Juan Pablo II que, durante el Gran Jubileo del año 2000, vino a Egipto como peregrino. Estamos decididos a seguir sus pasos, movidos por el amor a Cristo, Buen Pastor, con la profunda convicción de que caminando juntos crecemos en la unidad. Que sepamos encontrar nuestra fuerza en Dios, fuente perfecta de comunión y amor.

6. Este amor encuentra su expresión más profunda en la oración común. Cuando los

cristianos oran juntos, se dan cuenta de que lo que los une es mucho más de lo que los divide. Nuestro anhelo de unidad se inspira en la oración de Cristo «que todos sean uno» (Jn 17,21). Profundicemos nuestras raíces comunes en la única fe apostólica, rezando juntos y buscando traducciones comunes de la Oración del Señor y también una fecha común para la celebración de la Pascua.

7. Mientras caminamos hacia el día bendito en que finalmente

podamos reunirnos en torno a la misma mesa Eucarística, podemos cooperar en muchas áreas y demostrar de manera tangible lo mucho que ya nos une. Podemos dar juntos un testimonio de los valores fundamentales como la santidad y la dignidad de la vida humana, la santidad del matrimonio y de la familia, y el respeto por toda la creación, que Dios nos ha confiado. Frente a muchos desafíos actuales como la secularización y la globalización de la indiferencia, estamos llamados

a ofrecer una respuesta común cimentada en los valores del Evangelio y en los tesoros de nuestras respectivas tradiciones. A este respecto, nos sentimos animados a profundizar en el estudio de los Padres Orientales y Latinos, y a promover un fecundo intercambio en la vida pastoral, principalmente en la catequesis y en el mutuo enriquecimiento espiritual entre comunidades monásticas y religiosas.

8. Nuestro testimonio cristiano compartido es una señal, llena



de gracia, de reconciliación y esperanza para la sociedad egipcia y sus instituciones, una semilla plantada para que produzca frutos de justicia y de paz. Puesto que creemos que todos los seres humanos son creados a imagen de Dios, nos afanamos para que la tranquilidad y la concordia sean una realidad de la coexistencia pacífica entre cristianos y musulmanes, dando así testimonio de lo mucho que Dios desea la unidad y armonía de toda la familia humana y la igual dignidad de todo ser

humano. Compartimos también la misma preocupación por el bienestar y el futuro de Egipto. Todos los miembros de la sociedad tienen el derecho y el deber de participar plenamente en la vida de la nación, pudiendo disfrutar de una ciudadanía plena y equitativa, y colaborar en la construcción de su país. La libertad religiosa, incluida la libertad de conciencia, arraigada en la dignidad de la persona, es la piedra angular de todas las demás libertades. Es un derecho sagrado e inalienable.

9. Intensifiquemos nuestra incesante oración por todos los cristianos de Egipto y de todo el mundo y, especialmente, por los de Oriente Medio. Las trágicas experiencias y la sangre derramada por nuestros fieles, que han sido perseguidos y asesinados por la única razón de ser cristianos, nos recuerdan aún más que el ecumenismo del martirio es el que nos une y nos anima en el camino hacia la paz y la reconciliación. Porque como escribe san Pablo: «Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1Co 12, 26).

10. El misterio de Jesús, que murió y resucitó por amor, está en el corazón de nuestro camino hacia la plena unidad. Una vez más, los mártires son quienes nos guían. En la Iglesia primitiva, la sangre de los mártires fue semilla de nuevos cristianos. Así también en nuestros días, la sangre de tantos mártires será semilla de unidad entre todos los discípulos de Cristo, signo e instrumento de comunión y paz para el mundo.

11. En obediencia a la acción del Espíritu Santo que santifica

a la Iglesia, la custodia a lo largo de los siglos y la conduce hacia la unidad plena, aquella unidad por la que oró Jesucristo:

Hoy, nosotros, Papa Francisco y Papa Tawadros II, para complacer al corazón del Señor Jesús, así como también al de nuestros hijos e hijas en la fe, declaramos mutuamente que, con una misma mente y un mismo corazón, procuraremos sinceramente no repetir el bautismo a ninguna persona que haya sido bautizada en algunas de nuestras Iglesias y

quiera unirse a la otra. Esto lo confesamos en obediencia a las Sagradas Escrituras y a la fe de los tres Concilios Ecuménicos reunidos en Nicea, Constantinopla y Éfeso.

Pedimos a Dios nuestro Padre que nos guíe, con los tiempos y los medios que el Espíritu Santo elija, a la plena unidad en el Cuerpo místico de Cristo.

12. Sigamos pues las enseñanzas y el ejemplo del apóstol Pablo, que escribe: «[Esforzaos] en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo

cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos» (Ef 4, 3-6).

### Oración ecuménica espontánea.

Señor Jesús, te pido que nos bendigas. Que bendigas a mi hermano el Papa Tawadros II. Que bendigas a todos mis hermanos Obispos que estamos aquí. Que bendigas a todos mis

hermanos cristianos, y que nos lleves por el camino de la caridad y del trabajar juntos hacia la mesa de la Eucaristía. Amén.



29 de abril de 2017. Discurso en el encuentro de oración con el clero, los religiosos, las religiosas y los seminaristas.

Seminario Patriarcal de Maadi, El Cairo.

Sábado.

Viaje apostólico del Papa Francisco a Egipto.  
(28-29 de abril de 2017)

Beatitudes,  
queridos hermanos y  
hermanas:

Al Salamò Alaikum! (La paz esté con vosotros).

«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Cristo ha vencido para siempre la muerte.

Gocemos y alegrémonos en él».

Me siento muy feliz de estar con vosotros en este lugar donde se forman los sacerdotes, y que simboliza el corazón de la Iglesia Católica en Egipto. Con alegría saludo en vosotros, sacerdotes, consagrados y consagradas de la pequeña grey católica de Egipto, a la «levadura» que

Dios prepara para esta bendita Tierra, para que, junto con nuestros hermanos ortodoxos, crezca en ella su Reino (cf. Mt 13,13).

Deseo, en primer lugar, daros las gracias por vuestro testimonio y por todo el bien que hacéis cada día, trabajando en medio de numerosos retos y, a menudo, con pocos consuelos. Deseo también animaros. No tengáis miedo al peso de cada día, al peso de las circunstancias difíciles por las que algunos de vosotros tenéis que atravesar. Nosotros

veneramos la Santa Cruz, que es signo e instrumento de nuestra salvación. Quien huye de la Cruz, escapa de la resurrección. «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (Lc 12,32).

Se trata, por tanto, de creer, de dar testimonio de la verdad, de sembrar y cultivar sin esperar ver la cosecha. De hecho, nosotros cosechamos los frutos que han sembrado muchos otros hermanos, consagrados y no consagrados, que han trabajado generosamente en la

viña del Señor. Vuestra historia está llena de ellos.

En medio de tantos motivos para desanimarse, de numerosos profetas de destrucción y de condena, de tantas voces negativas y desesperadas, sed una fuerza positiva, sed la luz y la sal de esta sociedad, la locomotora que empuja el tren hacia adelante, llevándolo hacia la meta, sed sembradores de esperanza, constructores de puentes y artífices de diálogo y de concordia.

Todo esto será posible si la

persona consagrada no cede a las tentaciones que encuentra cada día en su camino. Me gustaría destacar algunas significativas. Vosotros conocéis estas tentaciones, porque ya los primeros monjes de Egipto las describieron muy bien.

1- La tentación de dejarse arrastrar y no guiar. El Buen Pastor tiene el deber de guiar a su grey (cf. Jn 10,3-4), de conducirla hacia verdes prados y a las fuentes de agua (cf. Sal 23). No puede dejarse arrastrar por la desilusión y el

pesimismo: «Pero, ¿qué puedo hacer yo?». Está siempre lleno de iniciativas y creatividad, como una fuente que sigue brotando incluso cuando está seca. Sabe dar siempre una caricia de consuelo, aun cuando su corazón está roto. Saber ser padre cuando los hijos lo tratan con gratitud, pero sobre todo cuando no son agradecidos (cf. Lc 15,11-32). Nuestra fidelidad al Señor no puede depender nunca de la gratitud humana: «Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,4.6.18).

2- La tentación de quejarse continuamente. Es fácil culpar siempre a los demás: por las carencias de los superiores, las condiciones eclesiológicas o sociales, por las pocas posibilidades. Sin embargo, el consagrado es aquel que con la unción del Espiritu Santo transforma cada obstáculo en una oportunidad, y no cada dificultad en una excusa. Quien anda siempre quejándose en realidad no quiere trabajar. Por eso el Señor, dirigiéndose a los pastores, dice: «fortaleced las



manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes» (Hb 12,12; cf. Is 35,3).

3- La tentación de la murmuración y de la envidia. Y esta es fea. El peligro es grave cuando el consagrado, en lugar de ayudar a los pequeños a crecer y de regocijarse con el éxito de sus hermanos y hermanas, se deja dominar por la envidia y se convierte en uno que hiera a los demás con la murmuración. Cuando, en lugar de esforzarse en crecer, se pone a destruir a los que

están creciendo, y cuando en lugar de seguir los buenos ejemplos, los juzga y les quita su valor. La envidia es un cáncer que destruye en poco tiempo cualquier organismo: «Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir» (Mc 3,24-25). De hecho ¿no lo olvidéis?, «por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sb 2,24). Y la murmuración es el instrumento y el arma.

4- La tentación de compararse

con los demás. La riqueza se encuentra en la diversidad y en la unicidad de cada uno de nosotros. Compararnos con los que están mejor nos lleva con frecuencia a caer en el resentimiento, compararnos con los que están peor, nos lleva, a menudo, a caer en la soberbia y en la pereza. Quien tiende siempre a compararse con los demás termina paralizado. Aprendamos de los santos Pedro y Pablo a vivir la diversidad de caracteres, carismas y opiniones en la escucha y docilidad al Espíritu

Santo.

5- La tentación del «faraonismo» ¿estamos en Egipto!?, es decir, de endurecer el corazón y cerrarlo al Señor y a los demás. Es la tentación de sentirse por encima de los demás y de someterlos por vanagloria, de tener la presunción de dejarse servir en lugar de servir. Es una tentación común que aparece desde el comienzo entre los discípulos, los cuales —dice el Evangelio— «por el camino habían discutido quién era el

más importante» (Mc 9,34). El antídoto a este veneno es: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35).

6- La tentación del individualismo. Como dice el conocido dicho egipcio: «Después de mí, el diluvio». Es la tentación de los egoístas que por el camino pierden la meta y, en vez de pensar en los demás, piensan sólo en sí mismos, sin experimentar ningún tipo de vergüenza, más bien al contrario, se justifican.

La Iglesia es la comunidad de los fieles, el cuerpo de Cristo, donde la salvación de un miembro está vinculada a la santidad de todos (cf. 1Co 12,12-27; Lumen gentium, 7). El individualista es, en cambio, motivo de escándalo y de conflicto.

7- La tentación del caminar sin rumbo y sin meta. El consagrado pierde su identidad y acaba por no ser «ni carne ni pescado». Vive con el corazón dividido entre Dios y la mundanidad. Olvida su primer

amor (cf. Ap 2,4). En realidad, el consagrado, si no tiene una clara y sólida identidad, camina sin rumbo y, en lugar de guiar a los demás, los dispersa.

Vuestra identidad como hijos de la Iglesia es la de ser coptos — es decir, arraigados en vuestras nobles y antiguas raíces— y ser católicos —es decir, parte de la Iglesia una y universal—: como un árbol que cuanto más enraizado está en la tierra, más alto crece hacia el cielo.

Queridos consagrados, hacer frente a estas tentaciones no es fácil, pero es posible si estamos

injertados en Jesús:

«Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Jn 15,4).

Cuanto más enraizados estemos en Cristo, más vivos y fecundos seremos. Así el consagrado conservará la maravilla, la pasión del primer encuentro, la atracción y la gratitud en su vida con Dios y en su misión. La calidad de nuestra consagración depende de cómo sea nuestra vida



espiritual.

Egipto ha contribuido a enriquecer a la Iglesia con el inestimable tesoro de la vida monástica. Os exhorto, por tanto, a sacar provecho del ejemplo de san Pablo el eremita, de san Antonio Abad, de los santos Padres del desierto y de los numerosos monjes que con su vida y ejemplo han abierto las puertas del cielo a muchos hermanos y hermanas; de este modo, también vosotros seréis sal y luz, es decir, motivo de salvación para vosotros mismos

y para todos los demás,  
creyentes y no creyentes y,  
especialmente, para los  
últimos, los necesitados, los  
abandonados y los descartados.  
Que la Sagrada Familia os  
proteja y os bendiga a todos, a  
vuestro País y a todos sus  
habitantes. Desde el fondo de  
mi corazón deseo a cada uno  
de vosotros lo mejor, y a través  
de vosotros saludo a los fieles  
que Dios ha confiado a vuestro  
cuidado. Que el Señor os  
conceda los frutos de su  
Espíritu Santo: «Amor, alegría,  
paz, paciencia, afabilidad,

bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Ga 5,22-23). Os tendré siempre presentes en mi corazón y en mis oraciones. Ánimo y adelante, guiados por el Espíritu Santo. «Este es el día en que actúo el Señor, sea nuestra alegría». Y por favor, no olvidéis de rezar por mí.

29 de abril de 2017. Homilía  
del Santo Padre en la Santa  
Misa.

Air Defense Stadium, El Cairo.

Sábado.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Egipto  
(28-29 de abril de 2017)

*Al Salamò Alaikum* / La paz sea  
con vosotros.

Hoy, III domingo de Pascua, el  
Evangelio nos habla del camino  
que hicieron los dos discípulos

de Emaús tras salir de Jerusalén. Un Evangelio que se puede resumir en tres palabras: *muerte, resurrección y vida.*

*Muerte:* los dos discípulos regresan a sus quehaceres cotidianos, llenos de desilusión y desesperación. El Maestro ha muerto y por tanto es inútil esperar. Estaban desorientados, confundidos y desilusionados. Su camino es un volver atrás; es alejarse de la dolorosa experiencia del Crucificado. La crisis de la Cruz, más bien el «escándalo» y la «necedad» de

la Cruz (cf. *1 Co* 1,18; 2,2), ha terminado por sepultar toda esperanza. Aquel sobre el que habían construido su existencia ha muerto y, derrotado, se ha llevado consigo a la tumba todas sus aspiraciones.

No podían creer que el Maestro y el Salvador que había resucitado a los muertos y curado a los enfermos pudiera terminar clavado en la cruz de la vergüenza. No podían comprender por qué Dios Omnipotente no lo salvó de una muerte tan infame. La cruz de Cristo era la cruz de sus ideas

sobre Dios; la muerte de Cristo era la muerte de todo lo que ellos pensaban que era Dios. De hecho, los muertos en el sepulcro de la estrechez de su entendimiento.

Cuantas veces el hombre se auto paraliza, negándose a superar su idea de Dios, de un dios creado a imagen y semejanza del hombre; cuantas veces se desespera, negándose a creer que la omnipotencia de Dios no es la omnipotencia de la fuerza o de la autoridad, sino solamente la omnipotencia del amor, del perdón y de la vida.

Los discípulos reconocieron a Jesús «al partir el pan», en la Eucarística. Si nosotros no quitamos el velo que oscurece nuestros ojos, si no rompemos la dureza de nuestro corazón y de nuestros prejuicios nunca podremos reconocer el rostro de Dios.

*Resurrección:* en la oscuridad de la noche más negra, en la desesperación más angustiosa, Jesús se acerca a los dos discípulos y los acompaña en su camino para que descubran que él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Jesús



transforma su desesperación en vida, porque cuando se desvanece la esperanza humana comienza a brillar la divina: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (*Lc 18,27*; cf. *1,37*). Cuando el hombre toca fondo en su experiencia de fracaso y de incapacidad, cuando se despoja de la ilusión de ser el mejor, de ser autosuficiente, de ser el centro del mundo, Dios le tiende la mano para transformar su noche en amanecer, su aflicción en alegría, su muerte en

resurrección, su camino de regreso en retorno a Jerusalén, es decir en retorno a la vida y a la victoria de la Cruz (cf. *Hb* 11,34).

Los dos discípulos, de hecho, luego de haber encontrado al Resucitado, regresan llenos de alegría, confianza y entusiasmo, listos para dar testimonio. El Resucitado los ha hecho resurgir de la tumba de su incredulidad y aflicción. Encontrando al Crucificado-Resucitado han hallado la explicación y el cumplimiento de las Escrituras, de la Ley y de

los Profetas; han encontrado el sentido de la aparente derrota de la Cruz.

Quien no pasa a través de la experiencia de la cruz, hasta llegar a la Verdad de la resurrección, se condena a sí mismo a la desesperación. De hecho, no podemos encontrar a Dios sin crucificar primero nuestra pobre concepción de un dios que sólo refleja nuestro modo de comprender la omnipotencia y el poder.

*Vida:* el encuentro con Jesús resucitado ha transformado la vida de los dos discípulos,

porque el encuentro con el Resucitado transforma la vida entera y hace fecunda cualquier esterilidad (cf. Benedicto XVI, *Audiencia General*, 11 abril 2007). En efecto, la Resurrección no es una fe que nace de la Iglesia, sino que es la Iglesia la que nace de la fe en la Resurrección. Dice san Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Co 15,14).

El Resucitado desaparece de su vista, para enseñarnos que no

podemos retener a Jesús en su visibilidad histórica:  
«Bienaventurados los que crean sin haber visto» (*Jn 20,29* y cf. *20,17*). La Iglesia debe saber y creer que él está vivo en ella y que la vivifica con la Eucaristía, con la Escritura y con los Sacramentos. Los discípulos de Emaús comprendieron esto y regresaron a Jerusalén para compartir con los otros su experiencia. «Hemos visto al Señor [...]. Sí, en verdad ha resucitado» (cf. *Lc 24,32*). La experiencia de los discípulos

de Emaús nos enseña que de nada sirve llenar de gente los lugares de culto si nuestros corazones están vacíos del temor de Dios y de su presencia; de nada sirve rezar si nuestra oración que se dirige a Dios no se transforma en amor hacia el hermano; de nada sirve tanta religiosidad si no está animada al menos por igual fe y caridad; de nada sirve cuidar las apariencias, porque Dios mira el alma y el corazón (cf. *1 S* 16,7) y detesta la hipocresía (cf. *Lc* 11,37-54; *Hch* 5,3-4)[[1](#)]. Para Dios,

es mejor no creer que ser un falso creyente, un hipócrita. La verdadera fe es la que nos hace más caritativos, más misericordiosos, más honestos y más humanos; es la que anima los corazones para llevarlos a amar a todos gratuitamente, sin distinción y sin preferencias, es la que nos hace ver al otro no como a un enemigo para derrotar, sino como a un hermano para amar, servir y ayudar; es la que nos lleva a difundir, a defender y a vivir la cultura del encuentro, del diálogo, del respeto y de la

fraternidad; nos da la valentía de perdonar a quien nos ha ofendido, de ayudar a quien ha caído; a vestir al desnudo; a dar de comer al que tiene hambre, a visitar al encarcelado; a ayudar a los huérfanos; a dar de beber al sediento; a socorrer a los ancianos y a los necesitados (cf. *Mt* 25,31-45). La verdadera fe es la que nos lleva a proteger los derechos de los demás, con la misma fuerza y con el mismo entusiasmo con el que defendemos los nuestros. En realidad, cuanto más se



crece en la fe y más se conoce,  
más se crece en la humildad y  
en la conciencia de ser  
pequeño.

Queridos hermanos y  
hermanas:

A Dios sólo le agrada la fe  
profesada con la vida, porque el  
único extremismo que se  
permite a los creyentes es el de  
la caridad. Cualquier otro  
extremismo no viene de Dios y  
no le agrada.

Ahora, como los discípulos de  
Emaús, regresad a vuestra  
Jerusalén, es decir, a vuestra  
vida cotidiana, a vuestras

familias, a vuestro trabajo y a vuestra patria llenos de alegría, de valentía y de fe. No tengáis miedo a abrir vuestro corazón a la luz del Resucitado y dejad que él transforme vuestras incertidumbres en fuerza positiva para vosotros y para los demás. No tengáis miedo a amar a todos, amigos y enemigos, porque el amor es la fuerza y el tesoro del creyente. La Virgen María y la Sagrada Familia, que vivieron en esta bendita tierra, iluminen nuestros corazones y os bendigan a vosotros y al amado

Egipto que, en los albores del cristianismo, acogió la evangelización de san Marcos y ha dado a lo largo de la historia numerosos mártires y una gran multitud de santos y santas.

*Al Massih Kam / Bilhakika kam!*

– Cristo ha Resucitado. /

Verdaderamente ha Resucitado.

[1] Dice san Efrén: «Quitad la máscara que cubre al hipócrita y vosotros no veréis más que podredumbre» (*Serm.*). «Ay de los que habéis perdido la esperanza», afirma el

Eclesiástico (2,14 *Vulg.*).

29 de abril de 2017. Entrevista con los periodistas durante el vuelo de regreso a Roma.

Sábado.

Viaje apostólico del Papa Francisco a Egipto.  
(28-29 de abril de 2017)

**Greg Bruke:**

Gracias Santo Padre. Hay algunos periodistas que hacen el viaje por primera vez y otros que han hecho ya casi cien viajes ?más de cien?. No sé si usted sabe cuántos viajes

internacionales ha hecho ya...

**Papa Francisco:**

Dieciocho.

**Greg Burke:**

Dieciocho. Y el decimonoveno está a la vuelta de la esquina, así que también usted ha realizado un buen número de viajes papales. Gracias por este tiempo que nos concede, que para nosotros es siempre un momento fuerte. Comenzamos con el grupo italiano: Paolo Rodari...No sé si usted quiere decir algo antes...

**Papa Francisco:**

Sí, buenas tardes. Os

agradezco vuestro trabajo,  
porque han sido 27 horas ?me  
parece? de mucho trabajo.  
Muchas gracias por lo que  
habéis hecho. Gracias. Estoy a  
vuestra disposición.

**Greg Burke:**

Gracias Santo Padre.

Paolo Rodari, de la  
«Repubblica»:

Santo Padre, gracias. Quería  
preguntarle sobre su encuentro  
de ayer con el Presidente Al  
Sisi: de qué han hablado, si  
usted ha mencionado los temas  
de los derechos humanos, y, en  
concreto, si ha tenido ocasión

de hablar sobre el caso de Giulio Regeni y si, según usted, se llegará a saber la verdad sobre el mismo.

### **Papa Francisco:**

Sobre esto daré una respuesta general para después llegar a lo particular. Generalmente, cuando estoy con un Jefe de Estado, en diálogo privado, lo que se dice queda en privado. A menos que, de mutuo acuerdo, se diga: «Lo que hablemos sobre este punto lo haremos público». En este viaje he tenido cuatro diálogos privados: con el Gran Imán de



Al-Azhar, con el Presidente Al Sisi, con el Patriarca Tawadros y con el Patriarca Ibrahim; y creo que si el diálogo es privado, por respeto se debe mantener reservado. Es reservado. Después está la pregunta sobre Regeni. Yo estoy preocupado. Desde la Santa Sede me he movido sobre este tema, porque también los padres me lo han pedido; la Santa Sede se ha movido. No diré cómo ni dónde, pero nos hemos movido.

**Greg Burke:**

Darío Menor Torres, «El

Correo», español.

Darío Menor Torres, «El

Correo»:

Gracias Santidad. Usted dijo ayer que la paz, la prosperidad y el desarrollo merecen cualquier sacrificio, y después subrayó lo importante que es respetar los derechos inalienables del hombre.

¿Significa esto un apoyo al gobierno egipcio, un reconocimiento de su papel en Oriente Medio por el modo en el que intenta defender a los cristianos, a pesar de las insuficientes garantías

democráticas?

**Papa Francisco:**

No, no. Se deben interpretar literalmente como valores en sí mismos. He dicho esto: defender la paz, defender la armonía de los pueblos, defender la igualdad de los ciudadanos, independientemente de la religión que profesen, son valores. Yo he hablado de los valores. Si un gobernante defiende uno u otro [de esos valores], es otro problema. He hecho 18 visitas a diferentes países. A veces he escuchado:

«El Papa, al ir allí, está apoyando a aquel gobierno...». Porque un gobierno siempre tiene sus debilidades o sus adversarios políticos, los unos dicen una cosa, los otros otra... yo no me entrometo. Yo hablo de los valores, y cada uno vea y juzgue si este gobierno o este Estado, o aquel o aquel otro, favorece esos valores.

Darío Menor Torres:

¿Se ha quedado con el deseo de visitar las Pirámides?

**Papa Francisco:**

¿Pero tú sabes que hoy a las seis de la mañana mis dos

asistentes se han ido a visitar las Pirámides?

Darío Menor Torres:

¿Ah, sí? Pero, ¿le habría gustado ir con ellos?

**Papa Francisco:**

Sí, ciertamente sí.

Darío Menor Torres:

Muchas gracias.

**Greg Burke:**

Si es posible, permanezcamos en el tema del viaje. Virginie Riva, del grupo francés «Radio Europe 1».

Virginie Riva, «Radio Europe 1»:

Santo Padre, una pregunta

partiendo del viaje pero extendiéndola a Francia, si usted lo permite. Usted ha hablado en Al-Azhar, en la Universidad, de los populismos demagógicos. Los católicos franceses en este periodo se ven tentados a votar por el populismo o el extremismo, están divididos y desorientados. ¿Cuáles pueden ser los elementos de discernimiento que usted podría dar a estos electores católicos?

**Papa Francisco:**

Muy bien. Existe una dimensión del «populismo» ?entre

comillas, porque vosotros sabéis que esta palabra, por mi parte, he tenido que volverla a aprender en Europa, porque en América Latina tiene otro significado?. Está el problema de Europa y el problema de la Unión Europea. Lo que he dicho sobre Europa no lo repetiré aquí: he hablado de ello ya en cuatro ocasiones: dos en Estrasburgo, una durante el Premio Carlo Magno, y al comienzo de la conmemoración del 60 aniversario [de los Tratados de Roma]. Allí está todo lo que he dicho sobre

Europa. Cualquier País es libre de tomar las decisiones que crea conveniente en relación a esto; yo no puedo juzgar si esta decisión la hace por uno u otro motivo, porque no conozco la política interna. Es verdad que Europa tiene el peligro de disolverse, esto es verdad. Lo he dicho con delicadeza en Estrasburgo, lo he dicho con más fuerza durante el Premio Carlo Magno, y últimamente sin matices. Solo tenemos que meditar sobre esto: Europa que se extiende desde el Atlántico a los Urales... Existe un problema



que asusta a Europa y tal vez alimenta a los populismos: el problema de las migraciones. Esto es verdad. Pero no olvidemos que Europa se ha hecho gracias a los emigrantes: siglos y siglos de emigrantes. ¡Somos nosotros! Pero es un problema que se tiene que estudiar bien; y es necesario que respetemos también las opiniones, las opiniones honestas de una discusión política con mayúscula, grande: una política grande, no la pequeña política del país que al final termina cayendo [termina

siendo ineficaz]. Con respecto a Francia ¿digo la verdad?, yo no conozco la política interna francesa. He procurado tener buenas relaciones, también con el Presidente actual, con el que hubo un conflicto una vez pero después he podido hablar claramente sobre las cosas, respetando su opinión. De los dos candidatos políticos [Le Pen y Macron] no conozco la historia, no sé de dónde vienen. Sí, sé que uno es representante de la derecha fuerte, pero el otro no sé de dónde proviene. Por esto, no

puedo dar una opinión precisa sobre Francia. Pero hablando de los católicos: aquí en Egipto, en uno de los encuentros, mientras saludaba a la gente, uno me ha dicho: «¿Por qué no piensa en la política a la grande?». ¿«¿Qué quiere decir?». Y me ha dicho, como pidiendo ayuda: «Hacer un partido para los católicos». Este señor es bueno, pero vive en el siglo pasado. Con respecto a los populismos, están relacionados con los emigrantes, pero esto no forma parte del viaje. Si hay tiempo puedo volver sobre

esto. Si hay tiempo, volveré.  
Vera Shcherbakova, «Itar-  
Tass»:

Santo Padre, le doy las gracias,  
en primer lugar por la  
bendición: Usted me ha  
bendecido, me arrodillé hace  
unos minutos, aquí delante.  
Soy ortodoxa y no veo ninguna  
contradicción. Quería  
preguntar: ¿Qué perspectivas  
hay en las relaciones con los  
ortodoxos ?obviamente rusos,  
pero también, ayer, con la  
Declaración conjunta con el  
Patriarca de copto ortodoxo?  
Está la fecha de la Pascua en

común, y también se habla del reconocimiento del bautismo. ¿A qué punto estamos? Y otra cosa: ¿Qué valoración hace usted de las relaciones entre el Vaticano y Rusia, como Estado, también con relación a la defensa de los valores cristianos en Oriente Medio, especialmente en Siria?

**Greg Burke:**

Ella es Vera Shcherbakova, de la Agencia «Itar-Tass», agencia rusa.

**Papa Francisco:**

Christòs anèsti! [Cristo ha resucitado]. Con los ortodoxos

siempre he tenido una gran amistad, ya en Buenos Aires. Por ejemplo, el 6 de enero de cada año iba a vísperas, en vuestra catedral, con el Patriarca Platon ¿que ahora está por la zona de Ucrania, es arzobispo?: dos horas y cuarenta minutos de oración en una lengua que no entendía, pero se podía rezar bien. Y después cenaba con la comunidad, trescientas personas, una cena de la vigilia de Navidad ¿no la cena de Navidad, la vigilia? todavía no se podían comer productos

lácteos ni carne, pero era una buena cena. Y después la tómbola, la lotería... amistad. También con los demás ortodoxos. A veces necesitaban ayuda legal: venían a la Curia católica, porque son comunidades pequeñas, y veían a los abogados. Siempre he tenido una relación fraternal: somos Iglesias hermanas. Con Tawadros tengo una amistad especial: para mí es un gran hombre de Dios. Tawadros es un Patriarca, un Papa que llevará adelante a la Iglesia, el nombre de Jesús. Tiene un

gran celo apostólico. Él es uno de los más ¿permitidme que use la palabra, pero entre comillas? «fanáticos» en relación al tema de encontrar una fecha fija para la Pascua. También yo, pero buscamos el modo. Él dice: «Luchemos, luchemos». Es un hombre de Dios. Es un hombre que, cuando era obispo, lejos de Egipto, iba a dar de comer a las personas con discapacidad; es un hombre que fue enviado a una diócesis con cinco iglesias y dejó veinticinco, y no sé cuántas familias cristianas, con



el celo apostólico. Después, tú sabes cómo se hace la elección entre ellos: se busca a tres, se eligen, y luego se meten los nombres en una bolsa, se llama a un niño, se le vendan los ojos y el niño elige el nombre. Y allí está el Señor. Verdaderamente él es un gran Patriarca. La unidad del bautismo va adelante. La culpa, sobre el bautismo, es una cosa histórica, porque en la época de los primeros Concilios era común. Después, como los cristianos coptos bautizaban a los niños en los santuarios,

cuando querían casarse y venían a nosotros porque se casaban con una católica, se les pedía algo que diera fe y no lo tenían, y se les bautizaba bajo condición: así que hemos comenzado nosotros, no ellos. Pero ahora se ha abierto la puerta y, ante este problema, estamos en el buen camino, para superarlo. En la Declaración conjunta, el penúltimo párrafo habla de esto.

Los ortodoxos rusos reconocen nuestro bautismo y nosotros reconocemos el suyo. Yo era

muy amigo del obispo en Buenos Aires, de los rusos. También con los georgianos, por ejemplo. El Patriarca de los georgianos es un hombre de Dios, Elías II, es un místico. Y los católicos también tenemos que aprender de esta tradición mística de las Iglesias ortodoxas. En este viaje hemos tenido el encuentro ecuménico: estaba también el Patriarca Bartolomeo, estaba el patriarca greco-ortodoxo, después estaban otros cristianos: los anglicanos, también el Secretario del Consejo Mundial

de las Iglesias, de Ginebra...  
Todo lo que hace el ecumenismo está en camino. El ecumenismo se hace caminando, con las obras de caridad, con el compromiso de ayudar, de hacer cosas juntos cuando se pueden hacer juntos... No hay un ecumenismo estático. Es verdad que los teólogos tienen que estudiar y ponerse de acuerdo, pero esto no llegará a buen puerto si no se camina. «¿Qué podemos hacer ahora?». Hagamos lo que podemos hacer: orar juntos, trabajar

juntos, hacer obras de caridad juntos... pero juntos. Y esto es ir adelante. Las relaciones con el Patriarca Kirill son buenas.

También el Arzobispo Metropolitano Hilarión ha venido varias veces a hablar conmigo, y tenemos una buena relación.

Vera Shcherbakova:

¿Y con el Estado Ruso? ¿Los cristianos, los valores comunes...?

**Papa Francisco:**

Sí, yo sé que el Estado Ruso habla de esto, de la defensa de los cristianos en Oriente Medio. Lo sé, y creo que es una buena

cosa, hablar, luchar contra la persecución. Hoy en día hay más mártires que en los primeros siglos, especialmente en Oriente Medio.

**Greg Burke:**

Phil Pullella.

Philip Pullella, agencia

«Reuters»:

Usted habló ayer, en el primer discurso, del peligro de las acciones unilaterales y que todos han de ser constructores de paz. Usted habló mucho de la «tercera guerra mundial por partes». Pero parece que hoy en día este miedo y ansiedad se

concentra alrededor de lo que está pasando con Corea del Norte.

## **Papa Francisco:**

Sí, es el punto central...

Phil Pullella:

Exacto: es el punto central. El presidente Trump ha enviado una escuadra de buques militares frente a la costa de Corea del Norte; el líder de Corea del Norte ha amenazado con bombardear Corea del Sur, Japón e incluso los Estados Unidos, si consiguen construir misiles de largo alcance; la gente tiene miedo y se está

hablando del riesgo de una guerra nuclear como si no sucediera nada. Entonces, si usted se encontrara con el presidente Trump, pero también con otras personas, ¿qué les diría a estos líderes que tienen la responsabilidad del futuro de la humanidad? Porque estamos en un momento bastante crítico...

**Papa Francisco:**

Yo los llamo. Los llamo y los llamaré, como he llamado a los líderes de diferentes lugares, a que se trabaje para resolver los problemas por la vía de la



diplomacia. Y hay facilitadores  
?muchos, en el mundo?, hay  
mediadores que se ofrecen:  
hay países como Noruega, por  
ejemplo; nadie puede acusar a  
Noruega de ser un país  
dictatorial; siempre está  
dispuesta a ayudar... Por citar  
un ejemplo, pero hay muchos  
más... Pero el camino es el de  
la negociación, el camino de la  
solución diplomática. Esta  
«guerra mundial por partes»,  
de la que estoy hablando desde  
hace dos años, más o menos,  
es «por partes», pero las partes  
se han ampliado, y también se

han concentrado. Se han concentrado en puntos que ya eran «calientes», porque esta historia de los misiles de Corea va adelante desde hace un año, pero ahora parece que la cuestión se ha avivado demasiado. Yo llamo siempre a resolver los problemas por la vía diplomática, con la negociación... Porque está en juego el futuro de la humanidad. Hoy, una guerra amplia destruirá, no digo que la mitad de la humanidad, pero una buena parte de la humanidad y la cultura... todo,

todo. Sería terrible. Creo que hoy la humanidad no sería capaz de soportarlo. Pero miremos a los países que están sufriendo una guerra en su interior, y en los que hay focos de guerra: Oriente Medio, por ejemplo, pero también en África, Yemen... Detengámonos. Busquemos, busquemos una solución diplomática. Y en esto creo que las Naciones Unidas tienen el deber de retomar un poco el liderazgo, porque se ha diluido: se ha diluido un poco.

Phil Pullella:

¿Querrá usted reunirse con el

presidente Trump cuando viaje a Europa? ¿Se ha realizado alguna petición para ese encuentro?

**Papa Francisco:**

La Secretaría de Estado no me ha informado todavía de que haya ninguna petición; pero yo recibo a cualquier Jefe de Estado que me pida audiencia.

**Greg Burke:**

Me parece que las preguntas sobre el viaje ya se han acabado. ¿Se puede contestar a una todavía? Después tendremos la cena, a las seis y media. Está Antonio Pelayo, de

«Antena 3», que usted ya conoce.

Antonio Pelayo:

Santo Padre, la situación en Venezuela ha degenerado últimamente de modo muy grave y ha habido muchas muertes. Quisiera preguntarle si la Santa Sede, y usted personalmente, piensan relanzar esa acción, esa intervención pacificadora, y qué formas podría asumir esta acción.

**Papa Francisco:**

Hubo una intervención de la Santa Sede bajo pedido fuerte

de los cuatro Presidentes que estaban trabajando como facilitadores, y... la cosa no resultó. Y quedó ahí. No resultó porque las propuestas no eran aceptadas, o se diluían, o era un «sí, sí» pero «no, no». Todos conocemos la difícil situación de Venezuela, que es un País al que yo quiero mucho. Y sé que ahora están insistiendo; no sé bien de dónde –creo que de los cuatro Presidentes– para relanzar esta facilitación, y están buscando el lugar. Yo creo que tiene que ser con condiciones ya. Condiciones

muy claras. Parte de la oposición no quiere esto. Porque es curioso, la misma oposición está dividida. Y, por otro lado, parece que los conflictos se agudizan cada vez más. Pero hay algo de movimiento. Hay algo de movimiento, estuve informado de eso, pero está muy en el aire todavía. Pero todo lo que se pueda hacer por Venezuela hay que hacerlo. Con las garantías necesarias. Si no, jugamos al «pin-pin pirulero», y no va la cosa. Gracias.

**Greg Burke:**

Gracias, Santo Padre. Y ahora tenemos que terminar.

**Papa Francisco:**

Una más todavía.

**Greg Burke:**

Una más. Hay un alemán: Jörg Bremer de «Frankfurter Allgemeine».

Jörg Bremer de «Frankfurter Allgemeine»:

Hace algunos días, usted ha hablado sobre el tema de los refugiados en Grecia, Lesbos, y utilizó la expresión «campos de concentración», porque están sobrecargados de gente. Para nosotros, los alemanes, es



lógico que este es un término muy, muy serio, y muy parecido al de «campo de exterminio». Algunos dicen que fue un lapsus linguae suyo: ¿Qué es lo que quería decir?

### **Papa Francisco:**

En primer lugar, tenéis que leer bien todo lo que dije. Dije que los más generosos de Europa son Italia y Grecia: lo han sido, es cierto, son los que están más cerca de Libia y Siria... De Alemania, siempre he admirado la capacidad de integración. Cuando estudiaba allí, había muchos turcos, integrados, en

Frankfurt, muchos, integrados, y llevaban una vida normal. No ha sido un lapsus linguae: hay campos de refugiados que son verdaderos campos de concentración. Hay alguno tal vez en Italia, alguno en otra parte..., en Alemania no, seguro. Pero usted piense un momento: ¿Qué hacen las personas encerradas en un campo y sin poder salir? Piense a lo que sucedió en el norte de Europa cuando querían cruzar el mar para ir a Inglaterra: ¡estaban encerrados dentro! Me hizo reír ¿y esa es un poco la

cultura italiana?, me hizo reír cuando me he enterado de un campo de refugiados en Sicilia ?me lo contó el delegado de la Acción Católica de la diócesis de Agrigento?. Allí, en la zona, hay dos o tres campos de estos, no sé en qué diócesis; las autoridades de la ciudad donde se encuentra el campamento hablaron con la gente del campo de refugiados y les dijeron: «A vosotros, quedaros aquí dentro os perjudicará la salud mental; tenéis que salir. Pero, por favor, no hagan cosas malas. Nosotros no podemos

abrir la puerta, pero hacemos un agujero en la parte de atrás. Vosotros salid, dad un buen paseo...». Y así se han ido tejiendo relaciones con los habitantes del pueblo, buenas relaciones... Estos no cometen delitos, no cometen crímenes. Pero el mero hecho de estar encerrados, sin hacer nada, esto es un lager, ¿no? Pero no tiene nada que ver con Alemania, no, no. Gracias.

**Greg Burke:**

Gracias a usted, Santo Padre.

**Papa Francisco:**

Gracias por este trabajo que

hacéis y que sirve a tanta gente. No sabéis el bien que podéis hacer con vuestras crónicas, con vuestros artículos, con vuestras reflexiones... Tenemos que ayudar a la gente y ayudar también a la comunicación, para que la comunicación y también la prensa nos lleve a las cosas buenas y no a la desorientación, que no nos sirve. Muchas gracias, muchas gracias. Y que tengáis una buena cena. Y rezad por mí.

30 de abril de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo.

Queridos hermanos y  
hermanas:

No dejan de llegar noticias  
dramáticas sobre la situación  
en Venezuela y el agravarse de  
los enfrentamientos, con  
numerosos muertos, heridos y  
detenidos. Mientras me uno al  
dolor de los familiares de las  
víctimas, para quienes aseguro  
oraciones de sufragio, dirijo un  
apremiante llamamiento al

Gobierno y a todos los componentes de la sociedad venezolana para que se evite cualquier ulterior forma de violencia, sean respetados los derechos humanos y se busquen soluciones negociadas a la grave crisis humanitaria, social, política y económica que está agotando a la población. Encomendamos a la Santísima Virgen María la intención de la paz, de la reconciliación y de la democracia en ese querido país. Y rezamos por todos los países que atraviesan graves dificultades, pienso en

particular en estos días en la ex República Yugoslava de Macedonia.

Ayer, en Verona, fue proclamada beata Leopoldina Naudet, fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia. Crecida en la corte de los Habsburgo, primero en Florencia y después en Viena, tuvo desde pequeña una fuerte vocación a la oración, pero también al servicio educativo. Se consagró a Dios y, a través de diferentes experiencias, llegó a formar en Verona una nueva comunidad religiosa,



bajo la protección de la Sagrada Familia, que todavía hoy está viva en la Iglesia. Nos unimos a su alegría y a su acción de gracias.

Hoy en Italia se celebra la Jornada por la Universidad Católica del Sagrado Corazón. Animo a sostener esta importante institución, que continúa invirtiendo en la formación de los jóvenes para mejorar el mundo.

La formación cristiana se basa en la Palabra de Dios. Por esto me gusta recordar también que hoy en Polonia se celebra el

“domingo bíblico”. En las iglesias parroquiales, en las escuelas y en los medios de comunicación se lee públicamente una parte de la Sagrada Escritura. Deseo todo lo mejor a esta iniciativa.

Y vosotros, queridos amigos de Acción Católica, al finalizar este encuentro os doy las gracias de corazón por vuestra presencia! Y a través de vosotros saludo a todos vuestros grupos parroquiales, las familias, los niños y los adolescentes, los jóvenes y los ancianos. ¡Id adelante!

Y extendiendo mi saludo a los peregrinos que a esta hora se han unido a nosotros para la oración mariana, especialmente a los venidos de España, Croacia, Alemania y Puerto Rico. Juntos nos dirigimos a María nuestra Madre. Le damos gracias de forma particular por el viaje apostólico a Egipto que acabo de realizar. Pido al Señor que bendiga a todo el pueblo egipcio, tan acogedor, a las autoridades y a los fieles cristianos y musulmanes; y que done paz a ese país. Regina Coeli...



# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Mayo.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

**MAYO.**

**3 de mayo de 2017.**

Audiencia general. Signo de  
esperanza.

**4 de mayo de 2017.** Discurso  
a los participantes en la  
plenaria de la Secretaría para  
la Comunicación.

**6 de mayo de 2017.** Discurso  
a la Guardia Suiza Pontificia.

**7 de mayo de 2017.** Homilía  
en la Santa Misa y  
ordenaciones presbiterales.

**7 de mayo de 2017.** REGINA  
COELI.

**10 de mayo de 2017.**

Audiencia general. María estaba ahí.

**10 de mayo de 2017.**

Mensaje del Santo Padre Francisco a su Santidad Teodoro II Papa de Alejandría y patriarca de la sede de san Marcos.

**10 de mayo de 2017.**

Videomensaje en vísperas de su peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Fátima. (Fátima)

**12 de mayo de 2017.**

Bendición de las velas y saludo del Santo Padre. (Fátima)

**13 de mayo de 2017.** Homilía

en la Santa misa con el rito de canonización de los beatos Francisco Marto y Jacinta Marto. (Fátima)

**13 de mayo de 2017.** Saludo a los enfermos al final de la Misa. (Fátima)

**13 de mayo de 2017.**

Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma. (Fátima)

**14 de mayo de 2017.** REGINA COELI.

**17 de mayo de 2017.**

Audiencia general. Ser apóstol de la nueva y más grande esperanza.



**18 de mayo de 2017.**

Discurso a un grupo de enfermos de Huntington y a sus familias.

**20 de mayo de 2017.**

Discurso a los participantes en un encuentro organizado por la fundación Centesimus Annus pro Pontífice.

**21 de mayo de 2017. REGINA COELI.**

**22 de mayo de 2017.**

Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana. Apertura de la 70 asamblea general de la CEI.

**24 de mayo de 2017.**

Audiencia general. No hay amor sin sacrificio.

**27 de mayo de 2017.** Homilía en la concelebración eucarística. (Génova)

**27 de mayo de 2017.**

Discurso en el encuentro con el mundo del trabajo. (Génova)

**27 de mayo de 2017.**

Discurso en el encuentro con sacerdotes y consagrados.

(Génova)

**27 de mayo de 2017.**

Discurso en el encuentro con los jóvenes de la misión diocesana. (Génova)

**27 de mayo de 2017.**

Palabras en el encuentro con  
los niños ingresados en el  
hospital pediátrico "Giannina  
Gaslini" (Génova)

**28 de mayo de 2017.** REGINA  
COELI.

**31 de mayo de 2017.**

Audiencia general. El  
cumpleaños de la Iglesia.

3 de mayo de 2017. Audiencia general. Signo de esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy deseo hablaros del viaje apostólico que, con la ayuda de Dios, he realizado los días pasados a Egipto. He ido a ese país después de una cuádruple invitación: del presidente de la República, de Su Santidad el Patriarca Copto Ortodoxo, del Gran Imán de Al-Azhar y del Patriarca Copto Católico. Doy

las gracias a cada uno de ellos por la acogida que me han reservado, verdaderamente calurosa. Y doy las gracias a todo el pueblo egipcio por la participación y el afecto con el cual ha vivido esta visita del sucesor de san Pedro.

El presidente y las autoridades civiles han puesto un esmero extraordinario para que este evento pudiese desarrollarse de la mejor de las maneras; para que pudiese ser un signo de paz, un signo de paz para Egipto y para toda aquella región, que desgraciadamente

sufre por los conflictos y el terrorismo. Efectivamente el lema del viaje era "el Papa de paz en un Egipto de paz". Mi visita a la Universidad Al-Azhar, la universidad islámica más antigua y máxima institución académica del islam sunita, ha tenido un doble horizonte: el del diálogo entre cristianos y musulmanes y, al mismo tiempo, el de la promoción de la paz en el mundo. En Al-Azhar tuvo lugar el encuentro con el Gran Imán, encuentro que se ha extendido a la Conferencia Internacional

por la Paz. En tal contexto ofreció una reflexión que ha valorizado la historia de Egipto como tierra de civilización y tierra de alianzas. Para toda la humanidad Egipto es sinónimo de antigua civilización, de tesoros, de arte y de conocimiento; y esto nos recuerda que la paz se construye mediante la educación, la formación de la sabiduría, de un humanismo que comprende como parte integrante la dimensión religiosa, la relación con Dios, como recordó el Gran Imán en

su discurso. La paz se construye también volviendo a partir de la alianza entre Dios y el hombre, fundamento de la alianza entre todos los hombres, basada en el Decálogo escrito sobre las tablas de piedra del Sinaí, pero mucho más profundamente en el corazón de cada hombre de todo tiempo y lugar, ley que se resume en los dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo. Este mismo fundamento está también en la base de la construcción del orden social y civil, al cual



están llamados a colaborar todos los ciudadanos, de cada nación, cultura y religión. Tal visión de sana laicidad ha emergido en el intercambio de discursos con el presidente de la República de Egipto, ante la presencia de las autoridades del país y del cuerpo diplomático. El gran patrimonio histórico y religioso de Egipto y su papel en la región de Oriente Próximo le confieren una tarea peculiar en el camino hacia una paz estable y duradera, que se apoye, no en derecho de la fuerza, sino en la

fuerza del derecho.

Los cristianos, en Egipto como en cada nación de la tierra, son llamados a ser levadura de fraternidad. Y esto es posible si viven en sí mismos la comunión en Cristo. Una fuerte señal de comunión, gracias a Dios, la hemos podido dar juntos con mi querido hermano el Papa Teodoro II, Patriarca de los copto ortodoxos. Hemos renovado el compromiso, además firmando una Declaración común, de caminar juntos y de comprometernos para no

repetir el bautismo administrado en las respectivas Iglesias. Juntos hemos rezado por los mártires de los recientes atentados que han golpeado trágicamente aquella venerable Iglesia; y su sangre ha hecho fecundo ese encuentro ecuménico, en el cual ha participado también el Patriarca de Constantinopla Bartolomé: el Patriarca ecuménico, mi querido hermano.

El segundo día del viaje estuvo dedicado a los fieles católicos. La Santa Misa celebrada en el

Estadio puesto a disposición por las autoridades egipcias fue una fiesta de fe y de fraternidad en la cual sentimos la presencia viva del Señor Resucitado. Comentando el Evangelio, exhorté a la pequeña comunidad católica en Egipto a revivir la experiencia de los discípulos de Emaús: a encontrar siempre en Cristo, Palabra y Pan de vida, la alegría de la fe, el ardor de la esperanza y la fuerza de testimoniar en el amor que "¡hemos encontrado al Señor!" Y el último momento lo

viví junto a los sacerdotes, los religiosos y las religiosas y los seminaristas, en el Seminario Mayor. Hay muchos seminaristas: ¡esta es una consolación! Ha sido una Liturgia de la Palabra, en la cual han sido renovadas las promesas de la vida consagrada. En esta comunidad de hombres y mujeres que han elegido donar la vida a Cristo por el Reino de Dios, he visto la belleza de la Iglesia en Egipto y he rezado por todos los cristianos de Oriente Medio, para que guiados por sus

pastores y acompañados por los consagrados, sean sal y luz en aquellas tierras, en medio de aquellos pueblos. Egipto, para nosotros, ha sido signo de esperanza, de refugio, de ayuda. Cuando esa parte del mundo estaba hambrienta, Jacob, con sus hijos, se fueron allí; luego, cuando Jesús fue perseguido, fue allí. Por esto, narraros este viaje significa recorrer el camino de la esperanza: para nosotros Egipto es el signo de esperanza tanto para la historia como para la actualidad, de esta

fraternidad que he querido contaros. Doy las gracias de nuevo a quienes han hecho posible este viaje y a cuantos en diversos modos han ofrecido sus oraciones y sus sufrimientos. La Santa Familia de Nazaret, que emigró a las orillas del Nilo para escapar de la violencia de Herodes, bendiga y proteja siempre al pueblo egipcio y le guíe sobre el camino de la prosperidad, de la fraternidad de la paz.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que la Sagrada Familia de Nazaret, que emigró a la tierra del Nilo para huir de la violencia de Herodes, bendiga y proteja al pueblo de Egipto; y a todos ustedes les conceda paz y bien en sus vidas. Muchas gracias.



4 de mayo de 2017. Discurso a los participantes en la plenaria de la Secretaría para la Comunicación.

Jueves.

*Señores cardenales,  
queridos hermanos y  
hermanas:*

Me agrada recibirlos con ocasión de la Primera Asamblea Plenaria de la Secretaría para la Comunicación, que os ve comprometidos en profundizar el conocimiento recíproco y en examinar los pasos hasta ahora

cumplidos por el dicasterio, que he querido para un nuevo sistema comunicativo de la Santa Sede, además de reflexionar sobre un tema más actual que nunca y sugestivo como es el de la cultura digital. Doy las gracias al prefecto monseñor Viganò por su presentación y deseo expresar mi reconocimiento a él y a vosotros aquí presentes y también a cuantos han contribuido de varias maneras para preparar el trabajo de estos días.

El argumento tratado en la

Plenaria es uno de los más importantes para mí; ya lo he afrontado en diversas ocasiones. Se trata de estudiar criterios y modalidades nuevas para comunicar el Evangelio de la misericordia a todas las gentes, en el corazón de las diversas culturas, a través de los medios de comunicación que el nuevo contexto cultural digital pone a disposición de nuestros contemporáneos. Este dicasterio, que cumplirá dos años el próximo 27 de junio —dos velas— se presenta en plena reforma. Y no

debemos tener miedo de esta palabra. Reforma no es "pintar" un poco las cosas: reforma es dar otra forma a las cosas, organizarlas de otra manera. Y se debe hacer con inteligencia, con suavidad, pero también — permitidme la palabra— con un poco de "violencia", pero buena, la buena violencia, para reformar las cosas. Está en plena reforma desde el momento en que es una realidad nueva que está dando pasos irreversibles. En este caso, efectivamente, no se trata de una coordinación o de

una fusión de precedentes dicasterios, sino de construir una auténtica y verdadera institución *ex novo*, como escribía en el *Motu proprio* institutivo: «El contexto actual de la comunicación, caracterizado por la presencia y el desarrollo de los medios digitales y por los factores de convergencia e interactividad, requiere un replanteamiento del sistema de información de la Santa Sede y una reorganización que, valorando lo realizado en la historia del ámbito de la comunicación de

la Sede apostólica, proceda con firmeza hacia una integración y gestión unitaria. Por tales motivos, he considerado que todas las realidades, que de diversas formas hasta hoy se han ocupado de la comunicación, se agrupen en un nuevo dicasterio de la Curia romana, que se denominará Secretaría para la comunicación. De este modo, el sistema de comunicación de la Santa Sede responderá cada vez mejor a las exigencias de la misión de la Iglesia». Este nuevo sistema

comunicativo nace de la exigencia de la llamada "convergencia digital".

Efectivamente, en pasado toda modalidad comunicativa tenía los propios canales. Cada forma expresiva tenía un propio *medium*: las palabras escritas, el periódico o los libros, las imágenes, las fotografías y el movimiento, el cine y la televisión, las palabras habladas y la música, la radio y los cd. Todas estas formas de comunicación son transmitidas con un único código que aprovecha el sistema binario.

En este cuadro, por consiguiente, "L'Osservatore Romano", que desde el próximo año entrará a formar parte del nuevo dicasterio, deberá encontrar una modalidad nueva y diversa, para poder alcanzar un número nuevo de lectores superior al que consigue realizar en papel. También la Radio Vaticana, desde hace años convertida en un conjunto de portales, debe ser repensada según nuevos modelos y adecuada a las tecnologías modernas y a las exigencias de nuestros contemporáneos.



Respecto al servicio radiofónico, debo subrayar el esfuerzo que el dicasterio está realizando en relación con los países con poca disponibilidad tecnológica (pienso por ejemplo en África) para la racionalización de la Onda Corta que nunca ha sido abandonada. Y esto quiero subrayarlo: nunca ha sido abandonada. Dentro de algunos meses también la Librería Editora Vaticana, la antigua Tipografía Políglota Vaticana y, como decía, "L'Osservatore Romano" entrarán a formar parte de la gran comunidad de

trabajo del nuevo dicasterio, y esto requerirá la disponibilidad para armonizarse con un nuevo diseño productivo y distributivo. El trabajo es grande; el desafío es grande, pero se puede hacer, se debe hacer.

La historia es, sin duda, un patrimonio de experiencias preciosas para conservar y usar como impulso hacia el futuro. De lo contrario se reduciría a un museo, interesante y bonito para visitar, pero incapaz de dar fuerza y valentía para el proseguir del camino.

En este horizonte de construcción de un nuevo sistema comunicativo, va también el intenso esfuerzo de formación y de actualización del personal.

Queridos hermanos y hermanas, el trabajo que os espera es amplio y articulado. Con la contribución de cada uno, se va a realizar esta reforma que, «teniendo en cuenta la historia de lo que se ha realizado en el marco de la comunicación de la Sede Apostólica», está dirigida hacia «una integración y gestión

unitaria» (Estatuto de la Secretaría para la Comunicación, 6 septiembre de 2015).

Os animo, por lo tanto, a trabajar en las comisiones de estudio, con análisis detallados y, una vez identificados los recorridos, decidir y proceder con valentía según los criterios elegidos.

Os pido además que el criterio-guía sea el apostólico, misionero, con una atención especial a las situaciones de malestar, de pobreza, de dificultad, en la conciencia que

también estos hoy deben ser  
afrentados con soluciones  
adecuadas. Así se hace posible  
llevar el Evangelio a todos,  
valorar los recursos humanos,  
sin sustituirse a la  
comunicación de las Iglesias  
locales y, al mismo tiempo,  
sosteniendo las comunidades  
eclesiales que más lo necesitan.  
No nos dejemos vencer por la  
tentación del apego a un  
pasado glorioso; hagamos, en  
cambio, un gran juego de  
equipo para responder mejor a  
los nuevos desafíos  
comunicativos que la cultura

hoy nos pregunta, sin miedo y sin imaginar escenarios apocalípticos.

Mientras os renuevo mi gratitud por haber aceptado trabajar en este ámbito tan importante y delicado de la misión de la Iglesia, quiero hacer llegar mi saludo y mi gratitud también a los consultores nombrados recientemente. Os exhorto a dar testimonio de colaboración y del compartir fraterno, mientras invoco sobre todos vosotros la bendición del Señor, por intercesión de María

Santísima Madre de la Iglesia,  
que, con su ternura, vela  
siempre por nosotros.

6 de mayo de 2017. Discurso a la Guardia Suiza Pontificia.

Sábado.

*Señor Comandante,  
Reverendo Capellán,  
queridos Guardias,  
queridos familiares y amigos de  
la Guardia Suiza Pontificia:*

Tengo el placer de encontraros con motivo de esta jornada celebrativa vuestra y deseo dirigir un cordial saludo en especial a los nuevos reclutas, que han elegido dedicar unos años de su juventud al servicio



del Sucesor de Pedro. La presencia de vuestros padres, familiares y amigos, venidos a Roma para participar en estos días de fiesta, manifiesta tanto el afecto de los católicos suizos por la Santa Sede, como la educación cristiana y el buen ejemplo con que los padres han transmitido a sus hijos la fe, el valor de la pertenencia a la comunidad cristiana y el significado del servicio eclesial. Como cada año, recordáis el doloroso y al mismo tiempo famoso "Saqueo de Roma", en el que los Guardias Suizos

destacaron por una defensa valiente e indómita del Papa, hasta sacrificar su vida. Hoy no estáis llamados a esta ofrenda heroica de la vida física, sino a otro sacrificio no menos arduo: a servir el poder de la fe. Esa es una barrera válida para resistir a las diversas fuerzas y poderes de esta tierra y en especial a aquel que es «el príncipe de este mundo», el «padre de la mentira» que «anda como un león buscando a quien devorar», según las palabras del apóstol Pedro (*1 Pe 5, 8*). Estáis llamados a ser

fuertes y valientes, sostenidos por la fe en Cristo y su palabra de salvación.

Vuestra presencia en la Iglesia, vuestro servicio importante en el Vaticano es una oportunidad para crecer como valientes "soldados de Cristo".

Los peregrinos y turistas que tienen la oportunidad de conocerlos se sienten edificados cuando descubren en vosotros, junto con la característica de la buena educación, precisión y seriedad profesional, también el generoso testimonio cristiano y la santidad de vida. Que esta

sea vuestra primera preocupación.

Me gustaría invitaros a vivir el tiempo que transcurráis en la "Ciudad Eterna" con fraternidad sincera, sosteniéndoos los unos a los otros en el conducir una vida cristiana ejemplar, que esté motivada y apoyada por vuestra fe. Estoy seguro de que el impulso más fuerte para venir a Roma a cumplir este servicio os lo ha dado precisamente vuestra fe. La misión singular que se os confía en favor de la Santa Sede y de la Iglesia tiene de hecho la

fuente en el bautismo, que os habilita a dar testimonio de la fe en Cristo, muerto y resucitado, allí donde la Providencia os envía a vivir. Queridos Guardias, sentíos parte activa del gran pueblo de Dios, discípulos-misioneros comprometidos en dar testimonio del Evangelio en el entorno en el que trabajáis y en los lugares de tiempo libre. Y esto pasa a través de pequeños gestos cotidianos, a veces repetitivos, pero a los que es importante dar un significado siempre nuevo.

De este modo se forma un estilo de comportamiento que, dentro del Cuerpo, está hecho de armonía recíproca y comunión respetuosa con vuestros superiores, y fuera se expresa en la acogida, en la amabilidad, en la paciencia. También os deseo que podáis valorar esta temporada de vuestra vida para aprovechar algunas de las muchas posibilidades de crecimiento espiritual y cultural que Roma os ofrece.

San Felipe Neri, cuya memoria litúrgica celebraremos a finales

de este mes, acompañaba a sus muchachos a descubrir los rastros de las antiguas comunidades cristianas, tras los pasos de los santos.

Así es, esto es algo muy interesante: recorrer Roma tras las huellas de los muchos santos y santas que han vivido en esta ciudad. ¡Y así será aún más inolvidable y rico de frutos vuestro período romano!

Aprovecho la oportunidad para reiterar a todo el Cuerpo de la Guardia Suiza mi agradecimiento por la diligencia y la solicitud con que

desempeña su valiosa actividad al servicio del Papa y del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Os pido que recéis por mí y mientras invoco sobre vosotros la protección de la Santísima Virgen y de vuestros patronos san Martín, san Sebastián y san Nicolás de Flüe —del cual celebramos este año el sexto centenario de su nacimiento— os imparto de todo corazón la bendición apostólica.



7 de mayo de 2017. Homilía en la Santa Misa y ordenaciones presbiterales.

IV domingo de pascua.

*Queridísimos hermanos:*

Estos hermanos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Reflexionamos en qué ministerio serán elevados en la Iglesia. Como vosotros sabéis bien, hermanos, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha

vido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiere elegir algunos en particular, para que ejercitando públicamente en la Iglesia en su nombre el oficio sacerdotal en favor de todos los hombres, continuaran su misión personal de maestro, sacerdote y pastor. Fueron elegidos por el Señor Jesús no para hacer carrera, sino para hacer este servicio. Como, de hecho, para esto Él había sido enviado por el Padre, así Él envió a su vez en el mundo primero a los apóstoles

y después a los obispos y sus sucesores, a los cuales finalmente fueron dados como colaboradores los presbíteros que, unidos a ellos en el ministerio sacerdotal, son llamados al servicio del Pueblo de Dios.

Después de madura reflexión y oración, ahora vamos a elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que al servicio de Cristo, Maestro, Sacerdote, Pastor, cooperen para edificar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en Pueblo de Dios y

Templo santo del Espíritu Santo.

Estos serán configurados a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y a este título, que les une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, Pastores del Pueblo de Dios, y presidirán las acciones de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor.

A vosotros, hijos y hermanos queridos, que vais a ser promovidos al orden del

presbiterado, considerad que ejercitando el ministerio de la Sagrada Doctrina seréis partícipes de la misión de Cristo, único Maestro.

Dispensad a todos esa Palabra de Dios, que vosotros mismos habéis recibido con alegría, desde niños. Leed y meditad con frecuencia la Palabra del Señor para creer lo que habéis leído, enseñad lo que habéis aprendido en la fe, vivid lo que habéis enseñado.

Nutra al Pueblo de Dios vuestra doctrina, sencilla, como hablaba el Señor, que llegaba al

corazón. No hagáis homilías demasiado intelectuales y elaboradas: hablad de forma sencilla, hablad a los corazones. Y esta predicación será verdadero alimento. Y sea alegría y apoyo a los fieles también el perfume de vuestra vida, porque la palabra sin el ejemplo de la vida no sirve, mejor volver para atrás. La doble vida es una enfermedad fea, en la Iglesia.

Por tanto reconoced lo que hacéis. Imitad lo que celebráis porque participando en el misterio de la muerte y

resurrección del Señor, lleváis la muerte de Cristo en vuestros miembros y camináis con Él en novedad de vida. Un presbítero que ha estudiado quizá mucha teología y ha hecho una, dos, tres licenciaturas pero no ha aprendido a llevar la Cruz de Cristo, no sirve. Será un buen académico, un buen profesor, pero no un sacerdote.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al Pueblo de Dios. Con el Sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Por favor, os pido

en nombre de Cristo y de la Iglesia que seáis misericordiosos, siempre; no carguéis en los hombros de los fieles pesos que no pueden llevar, y tampoco vosotros. Jesús regañó por esto a los doctores de la ley y les llamó hipócritas. Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos. Una de las tareas —quizá aburrida, también dolorosa— es la de ir a visitar a los enfermos. Hacedlo, vosotros. Sí, está bien que vayan los fieles laicos, los diáconos, pero no os olvidéis de tocar la carne de Cristo



sufriente en los enfermos: esto os santifica a vosotros, os acerca a Cristo. Celebrando los sagrados ritos y elevando en las distintas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del Pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender las cosas de Dios, ejercitad en alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo. Sed alegres, nunca tristes. Alegres. Con la alegría

del servicio de Cristo, también en medio de los sufrimientos, las incomprensiones, los propios pecados. Tened siempre delante de los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido a ser servido sino a servir. Por favor, no seáis "señores", no seáis "clérigos de Estado", sino pastores, pastores del Pueblo de Dios.

7 de mayo de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En el Evangelio de este domingo, (cf. *Jn* 10, 1-10), llamado "el domingo del buen pastor", Jesús se presenta con dos imágenes que se complementan la una con la otra. La imagen del pastor y la imagen de la puerta del redil. El rebaño, que somos todos nosotros, tiene como casa un

redil que sirve como refugio, donde las ovejas viven y descansan después de las fatigas del camino. Y el redil tiene un recinto con una puerta, donde hay un guardián. Al rebaño se acercan distintas personas: está quien entra en el recinto pasando por la puerta y quien «sube por otro lado» (*Jn 10, 1*).

El primero es el pastor, el segundo un extraño, que no ama a las ovejas, quiere entrar por otros intereses. Jesús se identifica con el primero y manifiesta una relación de

familiaridad con las ovejas, expresada a través de la voz, con la que las llama y que ellas reconocen y siguen (cf. *Jn* 10, 3). Él las llama para conducir las fuera, a los pastos verdes donde encuentran buen alimento.

La segunda imagen con la que Jesús se presenta es la de la «puerta de las ovejas» (*Jn* 10, 7). De hecho dice: «Yo soy la puerta: si uno entra por mí, estará a salvo» (*Jn* 10, 9), es decir tendrá vida y la tendrá en abundancia (cf. *Jn* 10, 10). Cristo, Buen Pastor, se ha

convertido en la puerta de la salvación de la humanidad, porque ha ofrecido la vida por sus ovejas. Jesús, pastor bueno y puerta de las ovejas, es un jefe cuya autoridad se expresa en el servicio, un jefe que para mandar dona la vida y no pide a los otros que la sacrifiquen. De un jefe así podemos fiarnos, como las ovejas que escuchan la voz de su pastor porque saben que con él se va a pastos buenos y abundantes. Basta una señal, un reclamo y ellas siguen, obedecen, se ponen en camino guiadas por la voz de

aquel que escuchan como presencia amiga, fuerte y dulce a la vez, que guía, protege, consuela y sana.

Así es Cristo para nosotros. Hay una dimensión de la experiencia cristiana que quizá dejamos un poco en la sombra: la dimensión espiritual y afectiva.

El sentirnos unidos por un vínculo especial al Señor como las ovejas a su pastor. A veces racionalizamos demasiado la fe y corremos el riesgo de perder la percepción del timbre de esa voz, de la voz de Jesús buen

pastor, que estimula y fascina. Como sucedió a los dos discípulos de Emaús, que ardía su corazón mientras el Resucitado hablaba a lo largo del camino. Es la maravillosa experiencia de sentirse amados por Jesús. Hacedos una pregunta: "¿Yo me siento amado por Jesús? ¿Yo me siento amada por Jesús?". Para Él no somos nunca extraños, sino amigos y hermanos. Sin embargo, no es siempre fácil distinguir la voz del pastor bueno. Estad atentos. Está siempre el riesgo de estar



distraídos por el estruendo de muchas otras voces.

Hoy somos invitados a no dejarnos desviar por las falsas sabidurías de este mundo, sino a seguir a Jesús, el Resucitado, como única guía segura que da sentido a nuestra vida.

En esta Jornada Mundial de oración por las vocaciones —en particular por las vocaciones sacerdotales, para que el Señor nos mande buenos pastores— invocamos a la Virgen María: Ella acompañe a los diez nuevos sacerdotes que he ordenado hace poco.

He pedido a cuatro de ellos de la diócesis de Roma que se asomen para dar la bendición junto a mí.

La Virgen sostenga con su ayuda a cuantos son llamados por Él, para que estén preparados y sean generosos en el seguir su voz.

## **Después del Regina Coeli:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en Gerona, España, fueron proclamados beatos Antonio Arribas Hortigüela y seis compañeros, religiosos de

la Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón. Estos fieles heroicos discípulos de Jesús fueron asesinados por odio a la fe en un tiempo de persecución religiosa. Su martirio, aceptado por amor a Dios y por fidelidad a su vocación, suscite en la Iglesia el deseo de testimoniar con fortaleza el Evangelio de la caridad.

Mañana dirigiremos la Súplica a la Virgen del Rosario de Pompeya; en este mes de mayo recemos el Rosario, en particular por la paz. Por favor:

recemos el Rosario por la paz,  
como pidió la Virgen en Fátima,  
donde iré en peregrinación  
dentro de pocos días, con  
ocasión del centenario de la  
primera aparición. A todos os  
deseo un buen domingo. Y por  
favor no os olvidéis de rezar  
por mí. ¡Buen almuerzo y hasta  
pronto!

10 de mayo de 2017. Audiencia general. María estaba ahí.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En nuestro itinerario de catequesis sobre la esperanza cristiana, hoy miramos a María, Madre de la esperanza. María ha vivido más de una noche en su camino de madre. Desde su primera aparición en la historia de los Evangelios, su figura se perfila como si fuera el personaje de un drama. No era

un simple responder con un “sí” a la invitación del ángel: y sin embargo Ella, mujer todavía en plena juventud, responde con valor, no obstante nada supiese del destino que la esperaba.

María en ese instante se nos presenta como una de las muchas madres de nuestro mundo, valientes hasta el extremo cuando se trata de acoger en su propio vientre la historia de un nuevo hombre que nace.

Ese “sí” es el primer paso de una larga lista de obediencias —ilarga lista de obediencias!—

que acompañarán su itinerario de madre. Así María aparece en los Evangelios como una mujer silenciosa, que a menudo no comprende todo lo que le ocurre alrededor, pero que medita cada palabra y acontecimiento en su corazón. En esta disposición hay un rasgo bellísimo de la psicología de María: no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres de la vida, especialmente cuando nada parece ir en la dirección correcta. No es ni siquiera una mujer que protesta con

violencia, que se queja contra el destino de la vida que revela a menudo un rostro hostil. En cambio es una mujer que escucha: no os olvidéis de que siempre hay una gran relación entre la esperanza y la escucha, y María es una mujer que escucha. María acoge la existencia tal y como se nos entrega, con sus días felices, pero también con sus tragedias con las que nunca querríamos habernos cruzados. Hasta la noche suprema de María, cuando su Hijo está clavado en el madero de la cruz.



Hasta ese día, María casi había desaparecido de la trama de los Evangelios: los escritores sagrados dan a entender este lento eclipsarse de su presencia, su permanecer muda ante el misterio de un Hijo que obedece al Padre. Pero María reaparece precisamente en el momento crucial: cuando buena parte de los amigos se han disipado por motivo del miedo. Las madres no traicionan, y en ese instante al pie de la cruz, ninguno de nosotros puede decir cuál haya sido la pasión más cruel: si la

de un hombre inocente que muere en el patíbulo de la cruz, o la agonía de una madre que acompaña los últimos instantes de la vida de su hijo. Los evangelios son lacónicos, y extremadamente discretos. Reflejan con un simple verbo la presencia de la Madre: Ella "estaba" (*Jn 19, 25*), Ella estaba. Nada dicen de su reacción: si llorase, si no llorase... nada; ni siquiera una pincelada para describir su dolor: sobre estos detalles se habría aventurado la imaginación de poetas y

pintores regalándonos imágenes que han entrado en la historia del arte y de la literatura. Pero los Evangelios solo dicen: Ella “estaba”. Estaba allí, en el peor momento, en el momento más cruel, y sufría con el hijo. “estaba”. María “estaba”, simplemente estaba allí. Ahí está de nuevo la joven mujer de Nazareth, ya con los cabellos grises por el pasar de los años, todavía con un Dios que debe ser solo abrazado, y con una vida que ha llegado al umbral de la oscuridad más intensa. María “estaba” en la

oscuridad más intensa, pero "estaba". No se fue. María está allí, fielmente presente, cada vez que hay que tener una vela encendida en un lugar de bruma y de nieblas. Ni siquiera Ella conoce el destino de resurrección que su Hijo estaba abriendo para todos nosotros hombres: está allí por fidelidad al plan de Dios del cual se ha proclamado sierva en el primer día de su vocación, pero también a causa de su instinto de madre que simplemente sufre, cada vez que hay un hijo que atraviesa una pasión. Los

sufrimientos de las madres:  
itodos nosotros hemos conocido  
mujeres fuertes, que han  
afrentado muchos sufrimientos  
de los hijos!

La volveremos a encontrar en  
el primer día de la Iglesia,  
Ella, *madre de esperanza*, en  
medio de esa comunidad de  
discípulos tan frágiles: uno  
había renegado, muchos habían  
huído, todos habían tenido  
miedo (cf *Hech 1, 14*). Pero Ella  
simplemente estaba allí, en el  
más normal de los modos,  
como si fuera una cosa  
completamente normal: en la

primera Iglesia envuelta por la luz de la Resurrección, pero también de los temblores de los primeros pasos que debía dar en el mundo.

Por esto todos nosotros la amamos como Madre. No somos huérfanos: tenemos una Madre en el cielo, que es la Santa Madre de Dios. Porque nos enseña la virtud de la espera, incluso cuando todo parece sin sentido: Ella siempre confiada en el misterio de Dios, también cuando Él parece eclipsarse por culpa del mal del mundo. Que en los momentos

de dificultad, María, la Madre que Jesús nos ha regalado a todos nosotros, pueda siempre sostener nuestros pasos, pueda siempre decir a nuestro corazón: "¡levántate!, mira adelante, mira el horizonte", porque Ella es Madre de esperanza.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy celebramos la fiesta de san Juan de Ávila, patrono del clero español y maestro de vida espiritual. Pidamos hermanos

por todos los sacerdotes, para que sean siempre una imagen transparente de Jesús, Buen Pastor, y la Virgen María los sostenga a lo largo de su vida sacerdotal. También quisiera enviar un saludo desde aquí a los fieles de mi patria, que hace dos días celebraron la Solemnidad de la Patrona de Argentina, Nuestra Señora de Luján. Mi corazón estuvo en Luján estos días. Que el Señor os bendiga. Muchas gracias.



10 de mayo de 2017.

Mensaje del Santo Padre

Francisco a su Santidad

Teodoro II Papa de Alejandría y

patriarca de la sede de san

Marcos.

*Querido hermano:*

Después de mi visita a Egipto y

del encuentro bendecido con Su

Santidad en El Cairo, con

ocasión del cuarto aniversario

de nuestro encuentro fraterno

en Roma el 10 de mayo de

2013, aprovecho la oportunidad

para expresarle mis más

fervientes deseos de paz y de

salud, junto con la alegría y la gratitud por los vínculos espirituales que unen la Sede de Pedro y la Sede de Marcos. Deseo renovar mi profundo reconocimiento por la hospitalidad que me ha ofrecido, así como por nuestro conmovedor encuentro y por la oración común, compartida como hermanos en Cristo. Estoy particularmente agradecido por el hecho que hemos reforzado nuestra unidad bautismal en el Cuerpo de Cristo, declarando juntos "con una misma mente y

un mismo corazón,  
procuraremos sinceramente no  
repetir el bautismo a ninguna  
persona que haya sido  
bautizada en algunas de  
nuestras Iglesias y quiera  
unirse a la otra”.

Los vínculos de fraternidad  
entre nosotros “suponen un  
desafío para que  
intensifiquemos nuestros  
esfuerzos comunes y  
perseveremos en la búsqueda  
de la unidad visible en la  
diversidad, bajo la guía del  
Espíritu Santo”.

En este recorrido somos

sostenidos por la poderosa intercesión y el ejemplo de los mártires.

Continuamos, por tanto, avanzando juntos en nuestro camino hacia la misma mesa eucarística, creciendo en el amor y en la reconciliación. Deseo asegurar mi continua oración por Su Santidad y por la paz en Egipto y en Oriente Medio. En este tiempo pascual pido al Espíritu Santo, fuerza y ternura de Dios, colmar nuestros corazones de gracia y encender en ellos el fuego de su amor. Pueda el Espíritu de

paz concedernos crecer en la esperanza, en la amistad y en la concordia.

Con estos sentimientos, en la actual especial ocasión, ya conocida como día de la amistad entre la Iglesia ortodoxa copta y la Iglesia católica, intercambio con Su Santidad un fraterno abrazo de paz en Cristo nuestro Señor.

*El Vaticano, 10 de mayo de 2017.*

**Francisco**

10 de mayo de 2017.

Videomensaje en vísperas de su peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Fátima.

[12-13 de mayo de 2017]

*Querido pueblo de Portugal:*

Faltan pocos días para la peregrinación, mía y vuestra, a los pies de la Virgen de Fátima, que vivimos en la gozosa espera de nuestro encuentro en la casa de la Madre. Sé que me querríais también en vuestras casas y comunidades, en

vuestros pueblos y ciudades: la invitación me llegó. No es necesario que os diga que me habría gustado aceptarla, pero no puedo. Ya desde ahora agradezco a las distintas autoridades por la comprensión con que han aceptado mi decisión de limitar la visita a los momentos y a los actos propios de una peregrinación al Santuario de Fátima, fijando la cita con todos a los pies de la Virgen Madre.

De hecho, me presento ante la Virgen como Pastor universal, ofreciéndole un ramo con las

«flores» más bellas que Jesús ha confiado a mi cuidado (cf. *Jn* 21, 15-17), es decir, los hermanos y hermanas de todo el mundo redimidos por su sangre, sin excluir a nadie. Por eso necesito que os unáis a mí; necesito que os unáis —física o espiritualmente, lo importante es que brote del corazón— para componer mi ramo de flores, mi «rosa de oro». De este modo, formando todos «un solo corazón y una sola alma» (cf. *Hch* 4,32), os confiaré a la Virgen, pidiéndole que os susurre: «Mi Inmaculado



Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios» (Aparición, junio de 1917).

«Con María, peregrino en la esperanza y en la paz»: así reza el lema de esta peregrinación nuestra, que contiene todo un programa de conversión. Me alegra saber que, para ese bendito momento que culmina un siglo de momentos benditos, os venís preparando con una oración intensa. Ella ensancha nuestro corazón y lo prepara para recibir los dones de Dios. Os

agradezco las oraciones y los sacrificios que ofrecéis cada día por mí, y que tanto necesito, porque soy un pecador entre pecadores, «hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros» (*Is 6,5*). La oración ilumina mis ojos para poder ver a los demás como Dios los ve, para amar a los demás como él los ama. En su nombre, iré hasta vosotros con la alegría de compartir con todos el Evangelio de la esperanza y de la paz. El Señor os bendiga y la Virgen Madre os proteja.



12 de mayo de 2017. Bendición de las velas y saludo del Santo Padre.

Peregrinación del Papa Francisco al santuario de Nuestra Señora de Fátima con ocasión del centenario de las apariciones de la Virgen María en la Cova da Iria. (12-13 de mayo de 2017)

Capilla de las Apariciones, Fátima.

Viernes.

*Queridos peregrinos de María y con María.*

Gracias por recibirme entre vosotros y uniros a mí en esta peregrinación vivida en la esperanza y en la paz. Desde ahora, deseo asegurar a los que os habéis unidos a mí, aquí o en cualquier otro lugar, que os llevo en mi corazón. Siento que Jesús os ha confiado a mí (cf. *Jn 21,15-17*), y a todos os abrazo y os confío a Jesús, «especialmente a los más necesitados» —como la Virgen nos enseñó a pedir (Aparición, julio de 1917)—. Que ella,

madre tierna y solícita con todos los necesitados, les obtenga la bendición del Señor. Que, sobre cada uno de los desheredados e infelices, a los que se les ha robado el presente, de los excluidos y abandonados a los que se les niega el futuro, de los huérfanos y las víctimas de la injusticia a los que no se les permite tener un pasado, descienda la bendición de Dios encarnada en Jesucristo: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te

muestre su rostro y te conceda la paz» (*Nm* 6,24-26).

Esta bendición se cumplió plenamente en la Virgen María, puesto que ninguna otra criatura ha visto brillar sobre sí el rostro de Dios como ella, que dio un rostro humano al Hijo del Padre eterno; a quien podemos ahora contemplar en los sucesivos momentos gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos de su vida, como recordamos en el rezo del Rosario. Con Cristo y María, permanezcamos en Dios. En efecto, «si queremos ser

cristianos, tenemos que ser marianos, es decir, hay que reconocer la relación esencial, vital y providencial que une a la Virgen con Jesús, y que nos abre el camino que nos lleva a él» (Pablo VI, *Homilía en el Santuario de Nuestra Señora de Bonaria*, Cagliari, 24 abril 1970). De este modo, cada vez que recitamos el Rosario, en este lugar bendito o en cualquier otro lugar, el Evangelio prosigue su camino en la vida de cada uno, de las familias, de los pueblos y del mundo.



*Peregrinos con María...* ¿Qué María? ¿Una *maestra de vida espiritual*, la primera que siguió a Cristo por el «camino estrecho» de la cruz dándonos ejemplo, o más bien una Señora «inalcanzable» y por tanto inimitable? ¿La «Bienaventurada porque ha creído» siempre y en todo momento en la palabra divina (cf. *Lc 1,45*), o más bien una «santita», a la que se acude para conseguir gracias baratas? ¿La Virgen María del Evangelio, venerada por la Iglesia orante, o más bien una María retratada

por sensibilidades subjetivas, como deteniendo el brazo justiciero de Dios listo para castigar: una María mejor que Cristo, considerado como juez implacable; más misericordiosa que el Cordero que se ha inmolado por nosotros?

Cometemos una gran injusticia contra Dios y su gracia cuando afirmamos en primer lugar que los pecados son castigados por su juicio, sin anteponer —como enseña el Evangelio— que son perdonados por su misericordia. Hay que anteponer la misericordia al juicio y, en

cualquier caso, el juicio de Dios siempre se realiza a la luz de su misericordia. Por supuesto, la misericordia de Dios no niega la justicia, porque Jesús cargó sobre sí las consecuencias de nuestro pecado junto con su castigo conveniente. Él no negó el pecado, pero pagó por nosotros en la cruz. Y así, por la fe que nos une a la cruz de Cristo, quedamos libres de nuestros pecados; dejemos de lado cualquier clase de miedo y temor, porque eso no es propio de quien se siente amado (cf. *1 Jn 4,18*). «Cada vez que

miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. [...] Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización» (Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 288). Que seamos, con María, signo y sacramento de la misericordia de Dios que

siempre perdona, perdona todo. Llevados de la mano de la Virgen Madre y ante su mirada, podemos cantar con alegría las misericordias del Señor.

Podemos decir: Mi alma te canta, oh Señor. La misericordia que tuviste con todos tus santos y con todo tu pueblo fiel la tuviste también conmigo. Oh Señor, por culpa del orgullo de mi corazón, he vivido distraído siguiendo mis ambiciones e intereses, pero sin conseguir ocupar ningún trono. La única manera de ser exaltado es que tu Madre me

tome en brazos, me cubra con su manto y me ponga junto a tu corazón. Que así sea.

13 de mayo de 2017. Homilía  
en la Santa misa con el rito de  
canonización de los beatos  
Francisco Marto y Jacinta Marto

Atrio del Santuario de Fátima.

Sábado.

Peregrinación del Papa  
Francisco al santuario de  
nuestra señora de Fátima con  
ocasión del centenario de las  
apariciones de la Virgen María  
en la Cova da Iria  
(12-13 de mayo de 2017)

«Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol», dice el vidente de Patmos en el *Apocalipsis* (*Ap* 12,1), señalando además que ella estaba a punto de dar a luz a un hijo. Después, en el Evangelio, hemos escuchado cómo Jesús le dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19,27). Tenemos una Madre, una «Señora muy bella», comentaban entre ellos los videntes de Fátima mientras regresaban a casa, en aquel bendito 13 de mayo de hace cien años. Y, por la noche,



Jacinta no pudo contenerse y reveló el secreto a su madre: «Hoy he visto a la Virgen». Habían visto a la Madre del cielo. En la estela de luz que seguían con sus ojos, se posaron los ojos de muchos, pero...estos no la vieron. La Virgen Madre no vino aquí para que nosotros la viéramos: para esto tendremos toda la eternidad, a condición de que vayamos al cielo, por supuesto. Pero ella, previendo y advirtiéndonos sobre el peligro del infierno al que nos lleva una vida —a menudo propuesta

e impuesta— sin Dios y que profana a Dios en sus criaturas, vino a recordarnos la Luz de Dios que mora en nosotros y nos cubre, porque, como hemos escuchado en la primera lectura, «fue arrebatado su hijo junto a Dios» (*Ap 12,5*). Y, según las palabras de Lucía, los tres privilegiados se encontraban dentro de la Luz de Dios que la Virgen irradiaba. Ella los rodeaba con el manto de Luz que Dios le había dado. Según el creer y el sentir de muchos peregrinos —por no decir de todos—, Fátima es

sobre todo este manto de Luz que nos cubre, tanto aquí como en cualquier otra parte de la tierra, cuando nos refugiarnos bajo la protección de la Virgen Madre para pedirle, como enseña la *Salve Regina*, «muéstranos a Jesús».

Queridos Peregrinos, tenemos una Madre, tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús, porque, como hemos escuchado en la segunda lectura, «los que reciben a raudales el don gratuito de la

justificación reinarán en la vida gracias a uno solo, Jesucristo» (*Rm 5,17*). Cuando Jesús subió al cielo, llevó junto al Padre celeste a la humanidad —nuestra humanidad— que había asumido en el seno de la Virgen Madre, y que nunca dejará. Como un ancla, fijemos nuestra esperanza en esa humanidad colocada en el cielo a la derecha del Padre (cf. *Ef 2,6*). Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro.

Con esta esperanza, nos hemos reunido aquí para dar gracias por las innumerables bendiciones que el Cielo ha derramado en estos cien años, y que han transcurrido bajo el manto de Luz que la Virgen, desde este Portugal rico en esperanza, ha extendido hasta los cuatro ángulos de la tierra. Como un ejemplo para nosotros, tenemos ante los ojos a san Francisco Marto y a santa Jacinta, a quienes la Virgen María introdujo en el mar inmenso de la Luz de Dios, para que lo adoraran. De ahí

recibían ellos la fuerza para superar las contrariedades y los sufrimientos. La presencia divina se fue haciendo cada vez más constante en sus vidas, como se manifiesta claramente en la insistente oración por los pecadores y en el deseo permanente de estar junto a «Jesús oculto» en el Sagrario. En sus *Memorias* (III, n.6), sor Lucía da la palabra a Jacinta, que había recibido una visión: « ¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para

comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?». Gracias por haberme acompañado. No podía dejar de venir aquí para venerar a la Virgen Madre, y para confiarle a sus hijos e hijas. Bajo su manto, no se pierden; de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitan y que yo suplico para todos mis hermanos en el bautismo y en la humanidad, en particular para los enfermos y los discapacitados, los encarcelados

y los desocupados, los pobres y los abandonados. Queridos hermanos: pidamos a Dios, con la esperanza de que nos escuchen los hombres, y dirijámonos a los hombres, con la certeza de que Dios nos ayuda.

En efecto, él nos ha creado como una esperanza para los demás, una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno. Al «pedir» y «exigir» de cada uno de nosotros el cumplimiento de los compromisos del propio estado (*Carta de sor Lucía*, 28 de



febrero de 1943), el cielo activa aquí una auténtica y precisa movilización general contra esa indiferencia que nos enfría el corazón y agrava nuestra miopía. No queremos ser una esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12,24*): lo ha dicho y lo ha hecho el Señor, que siempre nos precede. Cuando pasamos por alguna cruz, él ya ha pasado antes. De

este modo, no subimos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarnos a nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llevarnos a la luz.

Que, con la protección de María, seamos en el mundo centinelas que sepan contemplar el verdadero rostro de Jesús Salvador, que brilla en la Pascua, y descubramos de nuevo el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es

misionera, acogedora, libre,  
fiel, pobre de medios y rica de  
amor.

13 de mayo de 2017. Saludo a los enfermos al final de la Misa.

Atrio del Santuario, Fátima.

Sábado.

Peregrinación del Papa Francisco al santuario de Nuestra Señora de Fátima con ocasión del centenario de las apariciones de la Virgen María en la Cova da Iria (12-13 de mayo de 2017)

*Queridos hermanos y hermanas enfermos.*

Como dije en la homilía, el Señor nos precede siempre: cuando atravesamos por alguna cruz, él ya ha pasado antes. En su Pasión, cargó con nuestros sufrimientos. Jesús sabe lo que significa el sufrimiento, nos comprende, nos consuela y nos da fuerza, como hizo con san Francisco Marto y santa Jacinta, y con los santos de todas las épocas y lugares. Pienso en el apóstol Pedro, en cómo la Iglesia entera rezaba por él mientras estaba encadenado en la prisión de Jerusalén. Y el Señor lo

consoló. Este es el misterio de la Iglesia: la Iglesia pide al Señor que consuele a los afligidos y él os consuela, incluso de manera oculta; os consuela en la intimidad del corazón y os consuela dándoos fortaleza.

Queridos peregrinos, ante nuestros ojos tenemos a Jesús invisible pero presente en la Eucaristía, así como tenemos a Jesús oculto pero presente en las llagas de nuestros hermanos y hermanas enfermos y atribulados. En el altar, adoramos la carne de

Jesús; en ellos, descubrimos las llagas de Jesús. El cristiano adora a Jesús, el cristiano busca a Jesús, el cristiano sabe reconocer las llagas de Jesús. Hoy, la Virgen María nos repite a todos nosotros la pregunta que hizo, hace cien años, a los pastorcillos: «¿Queréis ofrecer a Dios?». La respuesta: «¡Sí, queremos!», nos ofrece la oportunidad de entender e imitar su vida. Ellos la vivieron con todo lo que conlleva de alegría y sufrimiento, en una actitud de ofrecimiento al Señor.

Queridos enfermos, vivid vuestra vida como una gracia y decidle a Nuestra Señora, como los pastorcillos, que queréis ofrecerlos a Dios con todo el corazón. No os consideréis solamente como unos destinatarios de la solidaridad caritativa, sino sentíos partícipes a pleno título de la vida y misión de la Iglesia. Vuestra presencia silenciosa, pero más elocuente que muchas palabras, vuestra oración, el ofrecimiento diario de vuestros sufrimientos, en unión con los de Jesús



crucificado por la salvación del mundo, la aceptación paciente y hasta alegre de vuestra condición son un recurso espiritual, un patrimonio para toda comunidad cristiana. No tengáis vergüenza de ser un tesoro valioso de la Iglesia. Jesús va a pasar cerca de vosotros en el Santísimo Sacramento para manifestaros su cercanía y su amor. Confiadle vuestro dolor, vuestros sufrimientos, vuestro cansancio. Contad con la oración de la Iglesia que, por vosotros y con vosotros, se

eleva al cielo desde todas partes. Dios es Padre y nunca os olvida.

13 de mayo de 2017.

Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma.

Sábado.

Peregrinación del Papa Francisco al santuario de Nuestra Señora de Fátima con ocasión del centenario de las apariciones de la Virgen María en la Cova da Iria.

(12-13 de mayo de 2017)

**Greg Burke**

Gracias Santidad. Han sido 24

horas muy intensas. 24 horas dedicadas a la Virgen. Los portugueses se han emocionado cuando usted ha dicho: «Tenemos una Madre». Usted lo siente de un modo especial. Hace 100 años, la Virgen no se apareció a tres periodistas, se apareció a tres pastorcillos. Pero hemos visto cómo ellos, con su sencillez y santidad, consiguieron llevar ese mensaje a todo el mundo. También los periodistas transmiten un mensaje, y se ve por el número de países del que provienen: sienten mucha

curiosidad sobre este viaje suyo. ¿Quiere usted decir algo antes...?

## **Papa Francisco**

Antes de nada, buenas tardes. Gracias. Yo quisiera responder al mayor número posible de preguntas, así que hagámoslo un poco rápido. Lo siento cuando estamos a mitad y me dicen que es el momento del *snack*...; pero hagamos las dos cosas a la vez. Gracias.

## **Greg Burke**

Bien. Comenzamos con el grupo portugués, con Fátima Campos Ferreira, de la Radio

televisión portuguesa.

## **Fátima Campos Ferreira**

Es que no sé qué me parece quedarme sentada frente al Santo Padre. Bueno, primero muchas gracias por su viaje. Santo Padre, ha venido a Fátima como peregrino para canonizar a Francisco y a Jacinta en el año en que se cumplen los cien años de las apariciones. De este momento histórico, ¿qué queda ahora para la Iglesia y para el mundo entero? Después, Fátima tiene un mensaje de paz, y el Santo Padre va a recibir en el

Vaticano en los próximos días —el 24 de mayo— al Presidente norteamericano Donald Trump. ¿Qué puede esperar el mundo de este encuentro, y qué espera el Santo Padre de este encuentro? Muchas gracias.

## **Papa Francisco**

Que Fátima tiene un mensaje de paz, ciertamente. Y llevado a la humanidad por tres grandes comunicadores que tenían menos de 13 años. Lo cual es interesante. Que vine como peregrino, sí. Que la canonización fue una cosa que al principio no estaba planeada,

porque el proceso del milagro estaba en marcha, pero de golpe las pericias dieron todas positivas y se aceleró..., así que se juntaron las cosas. Para mí fue una felicidad muy grande. ¿Qué puede esperar el mundo? Paz. ¿Y de qué voy a hablar yo de aquí en adelante con quien sea? De la paz.

## **Fátima Ferreira**

¿Y qué queda ahora de ese momento histórico para la Iglesia y para el mundo?

## **Papa Francisco**

Mensaje de paz. Y quisiera decir una cosa que me tocó el



corazón. Antes de embarcarme, recibí a unos científicos de varias religiones que estaban haciendo estudios en el Observatorio Vaticano de Castel Gandolfo. Incluso agnósticos y ateos. Y un ateo me dijo: «Yo soy ateo»; no me dijo de qué etnia era ni de qué lugar venía. Hablaba en inglés, así que no supe y no le pregunté. «Le pido un favor: dígame a los cristianos que amen más a los musulmanes». Eso es un mensaje de paz.

**Fátima Ferreira**

¿Eso es lo que va a decir a

Trump?

**Papa Francesco**

[sonríe]

**Greg Burke**

Y ahora Aura Miguel.

**Miguel Aura**

¿Puedo hacer la pregunta en portugués, o italiano?

**Papa Francisco**

Italiano mejor.

**Miguel Aura**

Entonces, Santidad, en Fátima usted se ha presentado como «el Obispo vestido de blanco». Hasta ahora, esta expresión se aplicaba más bien a la visión de la tercera parte del secreto, a

san Juan Pablo II y a los mártires del siglo XX. ¿Qué significa ahora su identificación con esta expresión?

## **Papa Francisco**

Sí, en la oración. Esta no la hice yo, la hizo el Santuario. Pero también yo me pregunté ¿por qué han dicho eso? Y hay una conexión, con el blanco: el Obispo vestido de blanco, la Virgen vestida de blanco, la blancura de la inocencia de los niños después del bautismo... Hay una conexión, en esa oración, con el color blanco. Creo —porque no la hice yo—

creo que con el blanco  
buscaron expresar  
literariamente ese deseo de  
inocencia, de paz: inocencia, no  
hacer daño a nadie, no hacer  
guerra...

**Miguel Aura**

¿Es una revisión de la  
interpretación del mensaje?

**Papa Francisco**

No. Aquella visión..., creo que  
el entonces cardenal Ratzinger,  
en aquel tiempo Prefecto de la  
Congregación para la Doctrina  
de la Fe, lo explicó todo con  
claridad. Gracias.

**Greg Burke**

La siguiente pregunta es de Claudio Lavagna, de NBC, aquí a la derecha.

**Claudio Lavagna, de NBC**

Santo Padre, hola. Ayer usted pidió a los fieles que derribaran todos los muros. Y sin embargo, el 24 de mayo usted recibirá a un Jefe de Estado que amenaza con construir muros: es un poco contrario a su palabra, pero él tiene también —parece— opiniones y decisiones distintas de las suyas sobre otros temas, por ejemplo sobre la necesidad de actuar en relación al

calentamiento global o sobre la acogida de los emigrantes. Así, en la víspera de este encuentro, ¿qué opinión se ha hecho usted de las políticas que ha adoptado hasta ahora el Presidente Trump sobre estos temas, y qué es lo que espera de un encuentro con un Jefe de Estado que parece que piensa y actúa lo contrario de usted?

## **Papa Francisco**

Pero, la primera pregunta es... —pero puedo responder a las dos— yo no juzgo nunca a una persona sin haberla escuchado. Creo que no debo hacerlo.

Cuando hablaremos entre nosotros saldrán las cosas: yo diré lo que pienso, él dirá lo que piensa. Pero yo nunca, nunca he querido juzgar sin escuchar a la persona. Y la segunda es ¿qué pienso...?

**Claudio Lavagna**

¿...qué piensa en concreto sobre esos temas como la acogida a los emigrantes...?

**Papa Francisco**

Esto lo sabéis ya.

**Claudio Lavagna**

La segunda en cambio es: ¿Qué espera de un encuentro con un Jefe de Estado que piensa lo

contrario de usted?

## **Papa Francisco**

Siempre hay puertas que no están cerradas. Hay que buscar las puertas que al menos están un poco abiertas, para entrar y hablar sobre ideas comunes y caminar adelante. Paso a paso. La paz es artesanal: se hace cada día. También la amistad entre las personas, el conocimiento mutuo, la estima es artesanal: se hace todos los días. El respeto al otro, decir lo que se piensa, pero con respeto, caminar juntos... Alguno piensa de una manera



distinta: decir eso, ser muy sinceros en lo que se piensa.

**Claudio Lavagna**

¿Espera usted que suavice sus decisiones después...?

**Papa Francisco**

Este es un cálculo político que no me atrevo a hacer. Incluso en el plano religioso yo no soy proselitista. Gracias.

**Greg Burke**

Gracias, Santidad. Ahora toca a Elisabetta Piqué.

**Elisabetta Piqué, «La Nación»**

Antes de nada, gracias por este viaje breve y muy intenso.

Quisiéramos preguntarle: hoy es el centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, pero es también un aniversario importante de un hecho de su vida, acaecido hace 25 años, cuando el Nuncio Calabresi le dijo que sería nombrado Obispo auxiliar de Buenos Aires: lo que significó el final de su exilio en Córdoba y un gran cambio en su vida. La pregunta es: ¿Ha puesto en relación alguna vez este hecho que cambió su vida con la Virgen de Fátima? Y si en estos días que ha rezado delante de

Ella ha pensado en esto y qué es lo que nos puede contar.

Gracias.

## **Papa Francisco**

Las mujeres lo saben todo [ríe].

No he pensado en la coincidencia; sólo ayer, mientras rezaba delante de la Virgen, me di cuenta de que un 13 de mayo recibí la llamada telefónica del Nuncio, hace 25 años. Sí. No sé... dije: «Fíjate». Y hablé con la Virgen un poco de eso, le pedí perdón por todos mis errores, también un poco por el mal gusto a la hora de elegir a las personas... [ríe].

Pero ayer me acordé.

## **Greg Burke**

Nicholas Senèze, de «La Croix».

## **Nicholas Senèze**

Gracias, Santo Padre. Volvemos de Fátima a la que tanta devoción le tiene la Fraternidad San Pío X. Se habla mucho de un acuerdo que daría un estatuto oficial en la Iglesia a la Fraternidad. Incluso algunos han imaginado que este anuncio se podría haber dado hoy. Usted, Santidad, ¿piensa que este acuerdo será posible en breve? ¿Y cuáles son todavía

los obstáculos que hay? ¿Y cuál es para usted el sentido de esta reconciliación? ¿Será el regreso triunfal de fieles que mostrarán lo que significa ser verdaderamente católico, u otra cosa?

## **Papa Francisco**

Yo descartaría cualquier forma de triunfalismo, ¿no? Hace algunos días, la «feria cuarta» de la Congregación para la Doctrina de la Fe, su sesión —la llaman «feria cuarta» porque se hace el miércoles— ha estudiado un documento, y el documento no me ha llegado

todavía, el estudio del documento. Esta es la primera cosa. Segundo: las relaciones actuales son fraternales. El año pasado di a todos ellos la licencia para la confesión, también una forma de jurisdicción para los matrimonios. Pero ya antes también, los problemas, los casos que tenían —por ejemplo— que debían resolverse en la Congregación para la Doctrina de la Fe, los llevaba la misma Congregación. Por ejemplo, abusos: los casos de abusos, ellos los traían a

nosotros; también para la Penitenciaría Apostólica; también para la reducción al estado laical de un sacerdote lo traían a nosotros... Tenemos relaciones fraternales. Con Mons. Fellay tengo una buena relación, he hablado muchas veces... A mí no me gusta acelerar las cosas. Caminar, caminar, caminar, y después se verá. Para mí no es una cuestión de vencedores o derrotados, no. Es una cuestión hermanos que deben caminar juntos, buscando la fórmula para dar pasos hacia adelante.

## **Greg Burke**

Gracias, Santidad. Ahora  
Tassilo Forchheimer, de ARD

## **Tassilo Forchheimer**

Santo Padre, con ocasión del  
aniversario de la Reforma,  
¿pueden los cristianos  
evangélicos y católicos recorrer  
otra parte del camino juntos?  
¿Hay posibilidad de que se  
participe en la misma Mesa  
Eucarística? Hace algunos  
meses, el cardenal Kasper dijo  
que era posible que se diese un  
paso adelante ya en este año...

## **Papa Francisco**

Se han dado grandes pasos



adelante. Pensemos en la primera Declaración sobre la justificación: desde aquel momento no se ha parado, el camino. El viaje a Suecia fue muy significativo, porque era precisamente el comienzo [de las celebraciones], y también una conmemoración con Suecia. También allí, significativo para el ecumenismo del camino, es decir, del caminar juntos con la oración, con el martirio y con las obras de caridad, con las obras de misericordia. Y allí Cáritas luterana y Cáritas

católica han hecho un acuerdo para trabajar juntas: este es un gran paso. Pero se esperan pasos siempre. Usted sabe que Dios es el Dios de las sorpresas. Nunca debemos pararnos, ir siempre adelante. Rezar juntos, dar testimonio juntos, hacer obras de misericordia juntos, que es anunciar la caridad de Jesucristo, anunciar que Jesucristo es el Señor, el único Salvador, y que la gracia sólo viene de él... Y en este camino los teólogos continuarán estudiando, pero hay que recorrer el camino. Con el

corazón abierto a las  
sorpresas...

## **Greg Burke**

Gracias, Santidad. Ahora toca  
el turno a Mimmo Muolo, de  
«Avvenire»

## **Mimmo Muolo**

Buenas tardes, Santidad. Le  
hago una pregunta en nombre  
del grupo italiano. Ayer y hoy  
en Fátima hemos visto un gran  
testimonio de fe popular, junto  
a usted; la misma que se ve  
también, por ejemplo, en otros  
Santuarios marianos como  
Medjugorje. ¿Qué piensa de  
esas apariciones —si han sido

apariciones— y del fervor religioso que han suscitado, visto que ha decidido nombrar a un Obispo delegado para los aspectos religiosos? Y, si me permite una segunda pregunta, que sé que le interesa mucho a usted, además de a nosotros italianos: quisiera saber, ¿qué es lo que piensa de las ONG que han sido acusadas de tratar con los traficantes de hombres? Gracias.

## **Papa Francisco**

Comienzo por la segunda. He leído en el período que ojeo por la mañana que existía este

problema, pero todavía no conozco los detalles de cómo ha sido. Y por eso no puedo opinar. Sé que hay un problema y que las investigaciones van adelante. Espero que continúen y que salga a la luz toda la verdad. ¿La primera?

Medjugorje. Todas las apariciones o las presuntas apariciones pertenecen o son de la esfera privada, no son parte del Magisterio público ordinario de la Iglesia.

Medjugorje: se formó una comisión presidida por el cardenal Ruini. La hizo

Benedicto XVI. Yo, al final de 2013 o al comienzo de 2014, recibí del cardenal Ruini el resultado. Una comisión de buenos teólogos, obispos, cardenales. Buenos, buenos, buenos. La relación-Ruini es muy, muy buena. Después, había algunas dudas en la Congregación para la Doctrina de la Fe y la Congregación juzgó oportuno enviar a cada uno de los miembros del congreso, de esta «feria cuarta», toda la documentación, también las cosas que parecían contrarias a

la relación-Ruini. Yo recibí la notificación: recuerdo que era sábado por la tarde, ya noche. No me pareció justo: era como sacar a subasta —perdonarme la palabra— la relación-Ruini, que estaba muy bien hecha. Y el domingo por la mañana el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe recibió una carta mía, en la que le pedía que en vez de enviar a la «feria cuarta» enviaran a mí, personalmente, las opiniones. Estas opiniones han sido estudiadas, y todas subrayaban la densidad de la relación-

Ruini. Sí, principalmente hay que distinguir tres cosas. Sobre las primeras apariciones, cuando [los «videntes»] eran jóvenes, la relación más o menos dice que se ha de continuar investigando. Acerca de las presuntas apariciones actuales, la relación tiene sus dudas. Yo personalmente soy más «malo»: yo prefiero la Virgen madre, nuestra madre, y no la Virgen jefa de la Oficina telegráfica, que todos los días envía un mensaje a tal hora... esta no es la madre de Jesús. Y estas presuntas apariciones no



tienen tanto valor. Y esto lo digo como opinión personal. Pero quien piensa que la Virgen diga: «Venid que mañana a tal hora diré un mensaje a aquel vidente»; no. [En la relación-Ruini se] distinguen las dos apariciones. Y tercero, el núcleo verdadero y propio de la relación-Ruini: el hecho espiritual, el hecho pastoral, gente que va allí y se convierte, gente que encuentra a Dios, que cambia de vida... Para esto no hay una barita mágica, y este hecho espiritual-pastoral no se puede negar.

Ahora, para ver las cosas con todos estos datos, con las respuestas que me han enviado los teólogos, se ha nombrado a este Obispo —capaz, muy capaz, porque tiene experiencia— para ver cómo va la parte pastoral. Y al final, se dirá algo.

### **Mimmo Muolo**

Santidad, gracias también por la bendición a mis conciudadanos que se lo agradecen: la han visto y están muy contentos.

### **Papa Francisco**

Gracias.

**Greg Burke**

Santidad, ahora si yo puedo hacer de malo, han intervenido ya todos los grupos lingüísticos y son las seis...

**Papa Francisco**

Ah, tenemos tiempo todavía...

**Greg Burke**

Hay una pregunta...

**Papa Francisco**

Una o dos...

**Greg Burke**

Joshua McElwee, del «National Catholic Reporter».

**Joshua McElwee**

Gracias, Santo Padre. Mi pregunta: el último miembro de

la Comisión para la Protección de los Menores, que fue abusada por un sacerdote, dimitió en marzo. La señora Marie Collins dijo que tenía que dimitir porque los oficiales en el Vaticano no ponían en práctica los consejos de la Comisión que usted, Santo Padre, aprobó. Tengo dos preguntas. ¿De quién es la responsabilidad? ¿Y qué es lo que está haciendo usted, Santo Padre, para asegurarse que los sacerdotes y obispos en el Vaticano pongan en práctica sus recomendaciones aconsejadas por su Comisión?

## **Papa Francisco**

Cierto. Marie Collins me explicó todo bien. Yo hablé con ella: es una buena mujer. Ella sigue trabajando en la formación sobre este tema con los sacerdotes. Es una buena mujer, que quiere trabajar. Hizo una acusación, y algo de razón tiene. ¿Por qué? Porque hay muchos casos atrasados, porque se amontonan... Además, en este momento se ha tenido que hacer la legislación sobre esto: ¿Qué tienen que hacer los obispos diocesanos? Hoy, en casi todas

las diócesis hay un Protocolo para seguir en estos casos: es un gran progreso. Así los informes se hacen bien. Esto es un paso. Otro paso: hay poca gente, hay necesidad de más gente capaz para esto, y el Secretario de Estado está buscando, y también el cardenal Müller, presentar nuevas personas. El otro día se han asumido dos o tres más. Se ha cambiado al director de la Oficina disciplinar, que era bueno, buenísimo, pero estaba un poco cansado: ha regresado a su patria para realizar el

mismo trabajo con su episcopado. Y el nuevo —es un irlandés, Mons. Kennedy— es una persona muy buena, muy eficiente, veloz, y esto ayuda mucho. Además hay otra cosa. A veces, los obispos envían; si el Protocolo está bien, va rápidamente a la «feria cuarta», y la «feria cuarta» la estudia y decide. Si el Protocolo no está bien, debe volver atrás y hay que rehacerlo. Por eso se piensa en ayudas continentales, o dos por continente: por ejemplo, en América Latina, una en

Colombia, otra en Brasil... Serían como pre-tribunales o tribunales continentales. Pero esto está en estudio. Y después, está bien: lo estudia la «feria cuarta» y se quita el estado clerical al sacerdote, que vuelve a la diócesis y hace recurso. Antes, el recurso lo examinaba la misma «feria cuarta» que había hecho la sentencia, pero esto es injusto. Y he creado otro tribunal y he puesto a la cabeza una persona indiscutible: el Arzobispo de Malta, Mons. Scicluna, que es uno de los más fuertes contra



los abusos. Y en este segundo tribunal —porque tenemos que ser justos— el que plantea un recurso tiene derecho a un defensor. Si se confirma la primera sentencia, el caso ha terminado. Sólo queda [la facultad de escribir] una carta, solicitando la gracia al Papa. Yo nunca he firmado una gracia. Así como están las cosas, estamos yendo adelante. Marie Collins en aquel punto tenía razón; pero nosotros, también, estábamos en ese camino. Pero hay dos mil casos amontonados. Gracias.

**Greg Burke**

Santidad, pero ahora nos tenemos que ir...

**Papa Francisco**

¿Pero quien era el que esperaba?

**Greg Burke**

Una portuguesa...

**Papa Francisco**

Eh, pobrecilla...

**Greg Burke**

Está bien...

**Joana Haderer, «Agencia portuguesa Lusa»**

Gracias, Santo Padre. Le voy a hablar en español porque es más fácil para mí. Le voy a

hacer una pregunta sobre el caso de Portugal, pero creo que se aplica a muchas sociedades occidentales nuestras. En Portugal, casi todos los portugueses se identifican como católicos, casi todos, casi el 90%; pero la forma en que la sociedad se organiza, las decisiones que tomamos... muchas veces son contrarias a las orientaciones de la Iglesia. Me refiero al matrimonio de los homosexuales, a la despenalización del aborto. Ahora mismo vamos a empezar a discutir la eutanasia. ¿Cómo

ve esto?

## **Papa Francisco**

Yo creo que es un problema político. Y que también la conciencia católica no es una conciencia a veces de pertenencia total a la Iglesia, y que detrás de eso no hay una catequesis matizada, una catequesis humana... O sea, el catecismo de la Iglesia católica es un ejemplo de lo que es una cosa seria y matizada. Creo que es falta de formación y también de cultura. Porque es curioso: en algunas otras regiones —pienso en Italia, alguna por

América Latina—, que... son muy católicos, pero son anticlericales... «*i mangiapreti*» [los come curas] que (ríe). Es un fenómeno que se da. A veces, e...

**Joana Haderer**

¿Y le preocupa?

**Papa Francisco**

Claro que me preocupa. Por eso digo a los sacerdotes —lo habrán leído—: «Huyan del clericalismo». Porque el clericalismo aleja a la gente. «Huyan del clericalismo», y añado: es una peste en la Iglesia. Pero acá es trabajo

también de catequesis, de concienciación, de diálogo, incluso de valores humanos. Gracias.

Les agradezco muchísimo el trabajo y la agudeza de las preguntas. Gracias.

**Greg Burke**

Gracias a usted, Santidad.

**Papa Francisco**

Y recen por mí, no se olviden.

14 de mayo de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*  
Ayer por la tarde volví de  
la peregrinación a Fátima —  
¡saludamos a la Virgen de  
Fátima!— y nuestra oración  
mariana hoy asume un  
significado particular, lleno de  
memoria y de profecía por  
quien mira la historia con los  
ojos de la fe. En Fátima me he  
empapado en la oración del

santo pueblo fiel, oración que allí fluye desde hace cien años como un río, para implorar la protección materna de María sobre el mundo entero. Doy gracias al Señor que me ha concedido acudir a los pies de la Virgen Madre como peregrino de esperanza y de paz. Y doy las gracias de corazón a los obispos, al obispo de Leiria-Fátima, a las Autoridades del Estado, al Presidente de la República y a todos los que han ofrecido su colaboración. Desde el inicio, cuando en



la capilla de las apariciones permanecí durante largo tiempo en silencio, acompañado por el silencio de la oración de todos los peregrinos, se creó un clima de recogimiento y de contemplación, en el cual se desarrollaron los varios momentos de oración. Y en el centro de todo estuvo el Señor Resucitado, presente en medio de su Pueblo en la Palabra y en la Eucaristía. Presente en medio de muchos enfermos, que son protagonistas de la vida litúrgica y pastoral de

Fátima, como de cada santuario mariano.

En Fátima la Virgen eligió el corazón inocente y la sencillez de los pequeños Francisco, Jacinta y Lucía, como depositarios de su mensaje.

Estos niños lo acogieron dignamente, tanto como para ser reconocidos como testigos fiables de las apariciones, y convirtiéndose en modelos de vida cristiana. Con

la canonización de Francisco y Jacinta, he querido proponer a toda la Iglesia su ejemplo de adhesión a Cristo y el

testimonio evangélico, y además, he querido proponer a toda la Iglesia el cuidado de los niños.

Su santidad no es consecuencia de las apariciones, sino de la fidelidad y del ardor con el cual ellos correspondieron al privilegio recibido de poder ver a la Virgen María. Después del encuentro con la “bella Señora” —así la llamaban—, ellos rezaban frecuentemente el Rosario, hacían penitencia y ofrecían sacrificios para alcanzar el final de la guerra y por las almas más necesitadas

de la divina misericordia.  
Y también hoy hay mucha  
necesidad de oración y de  
penitencia para implorar la  
gracia de la conversión, para  
implorar el final de tantas  
guerras que hay por todos  
lados en el mundo y que se  
extienden cada vez más, así  
como también el final de los  
absurdos conflictos grandes y  
pequeños, que deforman el  
rostro de la humanidad.  
Dejémonos guiar por la luz que  
viene de Fátima. Que el  
Corazón Inmaculado de María  
sea siempre nuestro refugio,

nuestra consolación y la vía que nos conduce a Cristo.

## **Después del Regina Coeli:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Encomiendo a María, Reina de la paz, el destino de las poblaciones afligidas por guerras y conflictos, en particular en Medio Oriente.

Muchas personas inocentes son duramente sometidas, tanto cristianas como musulmanas, o pertenecientes a minorías como los yazidíes, los cuales padecen trágicas violencias y discriminaciones. A mi

solidaridad se acompaña el recuerdo en la oración, mientras doy las gracias a todos los que se esfuerzan en subvenir a las necesidades humanitarias. Animo a las diversas comunidades a recorrer el camino del diálogo y de la amistad social para construir un futuro de respeto, de seguridad y de paz, lejos de todo tipo de guerra.

Ayer, en Dublín, fue proclamado beato el sacerdote jesuita John Sullivan. El cual vivió en Irlanda entre finales del siglo XIX y principios del XX, él

dedicó su vida a la enseñanza y a la formación espiritual de los jóvenes, y era muy amado y buscado como un padre por los pobres y los que sufrían.

Damos gracias a Dios por su testimonio.

Os saludo también a vosotros, fieles de Roma y peregrinos de Italia y de varios países. En especial, a los fieles de Ivrea, Salerno, Valmontone y Rimini; los alumnos de Potenza y de Mozzo (Bérgamo). Saludo a los participantes en la iniciativa denominada "Passeggini vuoti" y al grupo de mamás de

Bordighera: el futuro de nuestras sociedades requiere por parte de todos, especialmente de las instituciones, una atención concreta a la vida y a la maternidad. Y este llamamiento es particularmente significativo hoy mientras se celebra, en muchos países, la fiesta de la mamá, sí!; recordamos con gratitud y afecto a todas las mamás, también a nuestras mamás en el Cielo, encomendáoselas a María, la Mamá de Jesús. Y ahora os hago una propuesta:



permanezcamos algunos instantes en silencio, cada uno rezando por la propia mamá. A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

17 de mayo de 2017. Audiencia general. Ser apóstol de la nueva y más grande esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En estas semanas nuestra reflexión se mueve, por así decir, en la órbita del misterio pascual. Hoy encontramos a aquella que, según los Evangelios, fue la primera en ver a Jesús resucitado: María Magdalena. Había terminado hacía poco el descanso del

sábado. En el día de la Pasión no hubo tiempo para completar los ritos fúnebres; por esto, en esa alba llena de tristeza, las mujeres van a la tumba de Jesús con los ungüentos perfumados. La primera en llegar es ella: María Magdalena, una de los discípulos que habían acompañado a Jesús desde Galilea, poniéndose al servicio de la Iglesia naciente. En su recorrido hacia el sepulcro se refleja la fidelidad de tantas mujeres que son devotas durante años a los caminos de los cementerios, en

recuerdo de alguien que ya no está. Las uniones más auténticas no se rompen ni siquiera con la muerte: hay quien continúa queriendo, aunque la persona amada se haya ido para siempre.

El Evangelio (cf. *Jn* 20, 1-2.11-18) describe a la Magdalena destacando enseguida que no era una mujer de entusiasmos fáciles. De hecho, después de la primera visita al sepulcro, ella vuelve decepcionada al lugar donde los discípulos se escondían; cuenta que la piedra fue movida de la entrada al

sepulcro, y su primera hipótesis es la más sencilla que se puede formular: alguien ha robado el cuerpo de Jesús. Así el primer anuncio que María lleva no es el de la resurrección, sino un robo que alguien desconocido ha perpetrado, mientras toda Jerusalén dormía.

Después los Evangelios cuentan un segundo viaje de Magdalena hacia el sepulcro de Jesús. ¡Era cabezota! Fue, volvió... ¡porque no se convencía! Esta vez su paso es lento, muy pesado.

María sufre doblemente: ante todo por la muerte de Jesús, y

después por la inexplicable desaparición de su cuerpo. Es mientras ella se arrodilla cerca de la tumba, con los ojos llenos de lágrimas, que Dios la sorprende de la forma más inesperada. El evangelista Juan subraya cuánto es persistente su ceguera: no se da cuenta de la presencia de dos ángeles que le preguntan, y tampoco sospecha viendo al hombre a sus espaldas, que ella pensaba que era el guardián del jardín. Y sin embargo descubre el acontecimiento más asombroso de la historia humana cuando

finalmente es llamada por su nombre: «¡María!» (*Jn 20, 16*). ¡Qué bonito es pensar que la primera aparición del Resucitado —según los Evangelios— sucedió de una forma tan personal! Que hay alguien que nos conoce, que ve nuestro sufrimiento y desilusión, que se conmueve por nosotros, y nos llama por nuestro nombre. Es una ley que encontramos esculpida en muchas páginas del Evangelio. En torno a Jesús hay muchas personas que buscan a Dios; pero la realidad más prodigiosa

es que, mucho antes, está sobre todo Dios que se preocupa por nuestra vida, que la quiere revivir, y para hacer esto nos llama por nuestro nombre, reconociendo el rostro personal de cada uno. Cada hombre es una historia de amor que Dios escribe en esta tierra. Cada uno de nosotros es una historia de amor de Dios. A cada uno de nosotros Dios nos llama por el propio nombre: nos conoce por el nombre, nos mira, nos espera, nos perdona, tiene paciencia con nosotros. ¿Es verdad o no es verdad?



Cada uno de nosotros  
experimenta esto.

Y Jesús la llama, «¡María!»: la  
revolución de su vida, la  
revolución destinada a  
transformar la existencia de  
cada hombre y mujer, comienza  
con un nombre que resuena en  
el jardín del sepulcro vacío. Los  
Evangelios nos describen la  
felicidad de María: la  
resurrección de Jesús no es una  
alegría dada con cuentagotas,  
sino una cascada que abarca  
toda la vida. La existencia  
cristiana no está tejida con  
felicidad suave, sino de olas

que cubren todo. Intentad pensar también vosotros, en este instante, con el bagaje de desilusiones y derrotas que cada uno de nosotros lleva en su corazón, que hay un Dios cercano a nosotros que nos llama por nuestro nombre y nos dice: "¡Levántate, deja de llorar, porque he venido a liberarte!". Esto es bonito. Jesús no es uno que se adapta al mundo, tolerando que en él perduren la muerte, la tristeza, el odio, la destrucción moral de las personas... Nuestro Dios no es inerte, sino que nuestro Dios

—me permito la palabra— es un soñador: sueña la transformación del mundo, y la ha realizado en el misterio de la Resurrección.

María quisiera abrazar a su Señor, pero Él está ya orientado al Padre celeste, mientras que ella es enviada a llevar el anuncio a los hermanos. Y así esa mujer, que antes de encontrar a Jesús estaba a merced del maligno (cf *Lc 8, 2*), ahora se ha convertido en apóstol de la nueva y más grande esperanza. Su intercesión nos ayude a

vivir también a nosotros esta experiencia: en la hora del llanto y del abandono, escuchar a Jesús Resucitado que nos llama por nuestro nombre, y con el corazón lleno de alegría ir y anunciar: «¡He visto al Señor!» (v. 18). ¡He cambiado de vida porque he visto al Señor! Ahora soy distinto que antes, soy otra persona. He cambiado porque he visto al Señor. Esta es nuestra fuerza y esta es nuestra esperanza. Gracias.

**Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los animo a perseverar en la oración y en la escucha de la Palabra de Dios, para que en los momentos de dolor y abandono, sientan cómo Jesús resucitado los llama por su nombre, y salgan con el corazón lleno de alegría a anunciar a todos la Buena Noticia de la Resurrección. Que Dios los bendiga.

18 de mayo de 2017. Discurso  
a un grupo de enfermos de  
Huntington y a sus familias.

Jueves.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Os recibo con alegría y os  
saludo a cada uno de los que  
estáis aquí presentes en esta  
reunión y reflexión dedicada a  
la enfermedad de Huntington.  
Doy las gracias sinceramente a  
todos los que se han esforzado  
para que esta jornada se  
pudiera realizar. Agradezco a la

señora Cattaneo y al señor Sabine sus palabras de presentación. Me gustaría extender mi saludo a todos los que llevan en su cuerpo y en su vida las huellas de esta enfermedad, así como a los que sufren otras enfermedades denominadas raras.

Sé que algunos de vosotros habéis tenido que realizar un viaje muy largo y difícil para estar hoy aquí. Os lo agradezco y me alegro de vuestra presencia. He escuchado vuestras historias y las dificultades que cada día tenéis

que afrontar; conozco la tenacidad y la dedicación con que vuestras familias, los médicos, el personal sanitario y los voluntarios están a vuestro lado en este camino lleno de cuestas arriba, algunas muy duras.

Durante mucho tiempo, los temores y las dificultades que han caracterizado la vida de las personas enfermas de Huntington han provocado a su alrededor malentendidos, barreras, verdaderas marginaciones. En muchos casos, los enfermos y sus



familias han experimentado el drama de la vergüenza, del aislamiento, del abandono. Pero hoy estamos aquí porque queremos decir a nosotros mismos y al mundo: «HIDDEN NO MORE!», «NUNCA MÁS OCULTA», «MAI PIÙ NASCOSTA!». No se trata simplemente de un eslogan, sino de un compromiso que todos debemos asumir. La fuerza y la convicción con que pronunciamos estas palabras se derivan precisamente de la misma enseñanza de Jesús. Durante su ministerio, él se

encontró con muchos enfermos, se hizo cargo de su sufrimiento, derribó los muros del estigma y de la marginación que a muchos de ellos les impedía sentirse respetados y queridos. Para Jesús, la enfermedad nunca ha sido obstáculo para acercarse al hombre, sino todo lo contrario. Él nos ha enseñado que la persona humana es siempre valiosa, que tiene siempre una dignidad que nada ni nadie le puede quitar, ni siquiera la enfermedad. La fragilidad no es un mal. Y la enfermedad, que

es expresión de la fragilidad, no puede y no debe llevarnos a olvidar el inmenso valor que siempre tenemos ante Dios. También la enfermedad puede ser una oportunidad para el encuentro, la colaboración, la solidaridad. Los enfermos que se encontraban con Jesús quedaban regenerados sobre todo por esta toma de conciencia. Se sentían escuchados, respetados, amados. Ninguno de vosotros se debe sentir nunca solo, ninguno se debe sentir una carga, ninguno debe sentir la

necesidad de escapar. Vosotros sois valiosos para Dios, sois valiosos para la Iglesia.

Me dirijo ahora a las familias. Quien sufre la enfermedad de Huntington sabe que nadie puede superar la soledad y la desesperación si no tiene a su lado personas que con abnegación y constancia se transforman en «compañeros de viaje». Vosotros sois todo esto: padres, madres, esposos, esposas, hijos, hermanos y hermanas, que cada día, de manera silenciosa pero eficaz, acompañáis a vuestros

familiares en este duro camino. También para vosotros el camino se hace a veces cuesta arriba. Por eso os animo también a que no os sintáis solos; a que no cedáis a la tentación del sentimiento de vergüenza y de culpa. La familia es un lugar privilegiado de vida y dignidad, y podéis contribuir a crear esa red de solidaridad y de ayuda que sólo la familia es capaz de asegurar y a la que está llamada a vivir en primer lugar.

Y me dirijo a vosotros, médicos, personal sanitario, voluntarios

de las asociaciones que se dedican a la enfermedad de Huntington y a las personas afectadas por ella. Entre vosotros hay también personal del Hospital «*Casa Sollievo della Sofferenza*» que, con su atención y su investigación, son una manifestación de la aportación que la Santa Sede quiere dar en este ámbito tan importante a través de una obra suya. El servicio de todos vosotros es muy valioso, porque la esperanza y el impulso de las familias que se confían a vosotros depende

ciertamente de vuestro compromiso e iniciativa. Son muchos los retos que plantea la enfermedad desde el punto de vista diagnóstico, terapéutico y asistencial. Que el Señor bendiga vuestro trabajo: que seáis un punto de referencia para los pacientes y sus familias, que en muchas ocasiones se ven obligados a hacer frente a las ya duras pruebas que la enfermedad comporta en un contexto socio-sanitario que, con frecuencia, no corresponde a la dignidad de la persona humana. Así las

dificultades aumentan. Con frecuencia, la enfermedad se agrava por la pobreza, las separaciones forzadas y una sensación general de confusión y desconfianza. Por eso, las asociaciones y los organismos nacionales e internacionales son decisivos. Sois como las manos de Dios que siembran esperanza. Sois la voz de estas personas que quieren reivindicar sus derechos. Por último, están aquí presentes genetistas y científicos que sin escatimar energías se dedican desde hace



tiempo al estudio y la búsqueda de una terapia para la enfermedad de Huntington. Es obvio que se mira a vuestro trabajo con mucha expectativa: la esperanza de encontrar un camino para la curación definitiva de la enfermedad depende de vuestros esfuerzos, pero también para la mejora de las condiciones de vida de estos hermanos y para su acompañamiento, especialmente en la etapa delicada del diagnóstico, cuando aparecen los primeros síntomas. Que el Señor bendiga

vuestros esfuerzos. Os animo a realizarlo siempre con medios que no contribuyan a alimentar esa «cultura del descarte» que a veces se insinúa también en el mundo de la investigación científica. Algunas líneas de investigación, de hecho, utilizan embriones humanos provocando inevitablemente su destrucción. Pero sabemos que ningún fin, aunque en sí mismo sea noble —como la posibilidad de una utilidad para la ciencia, para otros seres humanos o para la sociedad—, puede justificar la destrucción de

embriones humanos.

Hermanos y hermanas, como veis sois una comunidad grande y motivada. Que la vida de cada uno de vosotros, marcada directamente por la enfermedad de Huntington o comprometida cada día en acompañar el dolor y la dificultad de los enfermos, sea un testimonio vivo de la esperanza que Cristo nos ha dado. Incluso a través del dolor pasa un camino fecundo de bien que podemos recorrer juntos.

Gracias a todos. Que el Señor

os bendiga, y por favor, no os olvidéis de rezar por mí, igual que yo rezaré por vosotros.  
Gracias.

20 de mayo de 2017. Discurso a los participantes en un encuentro organizado por la fundación Centesimus Annus pro Pontífice.

Sábado.

*Queridos hermanos:*

Os doy una cordial bienvenida con ocasión de la Conferencia Internacional de la Fundación Centesimus annus pro Pontifice. Doy gracias al presidente, Domingo Sugranyes Bickel, por sus gentiles expresiones de saludo en

vuestro nombre. Expreso mi aprecio por vuestros esfuerzos en el buscar formas alternativas de comprensión de la economía, el desarrollo y el comercio, para responder a los desafíos éticos planteados por la imposición de nuevos paradigmas y formas de poder derivadas de la tecnología, de la cultura del descarte y de los estilos de vida que ignoran a los pobres y desprecian a los débiles (cf Enc. Laudato si', 16). Muchas personas se comprometen para unir la familia humana en la búsqueda

común de un desarrollo sostenible e integral, ya que sabemos que las cosas pueden cambiar (cf ibid., 13). Vuestra fundación ofrece también una preciosa contribución precisamente en el considerar las actividades comerciales y las financieras a la luz de la rica tradición de la doctrina social de la Iglesia y de una inteligente búsqueda de alternativas constructivas. Sobre la base de vuestra competencia y experiencia, y en cooperación con otras personas de buena voluntad, os

habéis comprometido a desarrollar modelos de crecimiento económico centrados en la dignidad, la libertad y la creatividad, que son características peculiares de la persona humana.

Vuestra Declaración de este año señala justamente que la lucha contra la pobreza exige una mejor comprensión de esta como fenómeno humano y no meramente económico.

Promover el desarrollo humano integral requiere diálogo e implicación con las necesidades y las aspiraciones de la gente,



requiere escuchar a los pobres y su experiencia cotidiana de privaciones múltiples y superpuestas, elaborando respuestas específicas a situaciones concretas. Esto requiere dar vida, dentro de las comunidades y entre las comunidades y el mundo de los negocios, a estructuras de mediación capaces de poner juntos personas y recursos, empezando procesos en los cuales los pobres sean los protagonistas principales y los beneficiarios. Tal enfoque a la actividad económica, basado en

la persona, animará la iniciativa y la creatividad, el espíritu emprendedor y las comunidades de trabajo y de empresa, y de tal forma favorecerá la inclusión social y el crecimiento de una cultura de solidaridad eficaz.

En estos días habéis puesto particular atención a la cuestión crucial de la creación de trabajo en el contexto de la nueva revolución tecnológica actual. ¿Cómo no estar preocupados por el grave problema del desempleo juvenil y de los adultos que no

disponen de medios para "promoverse" a sí mismos? Y esto ha llegado a un nivel muy grave, muy grave. Es un problema que ha asumido proporciones realmente dramáticas tanto en los países desarrollados como en los que están en vías de desarrollo y que pide ser afrontado por un sentido de justicia entre las generaciones y de responsabilidad para el futuro. De forma análoga, los esfuerzos para afrontar el conjunto de las cuestiones conectadas al crecimiento de

las nuevas tecnologías, a la transformación de los mercados y a las legítimas aspiraciones de los trabajadores deben tomar en cuenta no solo a los individuos sino también a las familias. Esta, como sabéis, ha sido una preocupación expresada por las recientes Asambleas sinodales sobre la familia, que han revelado cómo la incertidumbre en las condiciones laborales a menudo termina por aumentar la presión y los problemas de la familia y tiene un efecto sobre la capacidad de la familia de

participar fructuosamente en la vida de la sociedad (cf Exort. ap. postsin. *Amoris Laetitia*, 44).

Queridos amigos, os animo, animo vuestros esfuerzos para llevar la luz del Evangelio y la riqueza de la Doctrina social de la Iglesia sobre estos asuntos urgentes contribuyendo a un debate informado, al diálogo y a la investigación, pero también comprometiéndoos en ese cambio de actitud, de opiniones y de estilo de vida que es esencial para construir un mundo más justo, libre y en

armonía.

En el formular mi esperanza y mi deseo por la fecundidad de vuestro trabajo, invoco la bendición de Dios sobre vosotros, vuestras familias y los miembros de vuestra Fundación.

21 de mayo de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy (cf. *Jn* 14, 15-21), continuación del domingo pasado, nos lleva a ese momento conmovedor y dramático que es la Última cena de Jesús con sus discípulos. El evangelista Juan recoge de boca y del corazón del Señor sus últimas enseñanzas, antes de la pasión

y de la muerte. Jesús promete a sus amigos, en ese momento triste, oscuro, que, después de Él, recibirán «otro Paráclito» (*Jn 14, 16*). Esta palabra significa otro "Abogado", otro Defensor, otro Consolador: «el Espíritu de la verdad» (*Jn 14, 17*); y añade: «no os dejaré huérfanos: volveré a vosotros» (*Jn 14, 18*). Estas palabras transmiten la alegría de una nueva venida de Cristo: Él, resucitado y glorificado, vive en el Padre y, al mismo tiempo, viene a nosotros en el Espíritu Santo. Y en esta su nueva



venida se revela nuestra unión con Él y con el Padre:

«comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (*Jn 14, 20*).

Meditando estas palabras de Jesús, nosotros hoy percibimos ser el Pueblo de Dios en comunión con el Padre y con Jesús mediante el Espíritu Santo. En este misterio de comunión, la Iglesia encuentra la fuente inagotable de la propia misión, que se realiza mediante el amor. Jesús dice en el Evangelio de hoy: «El que tiene mis mandamientos y los

guarda, ése es el que me ama, y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (*Jn 14, 21*). Es el amor que nos introduce en el conocimiento de Jesús, gracias a la acción de este "Abogado" que Jesús nos ha enviado, es decir el Espíritu Santo. El amor a Dios y al prójimo es el mandamiento más grande del Evangelio. El Señor hoy nos llama a corresponder generosamente a la llamada evangélica, al amor, poniendo a Dios en el centro de nuestra vida y dedicándonos al

servicio de los hermanos, especialmente a los más necesitados de apoyo y consuelo.

Si existe una actitud que nunca es fácil, no se da por descontado tampoco para una comunidad cristiana, es precisamente la de saberse amar, de quererse en el ejemplo del Señor y con su gracia. A veces los contrastes, el orgullo, las envidias, las divisiones dejan la marca también en el rostro bello de la Iglesia. Una comunidad de cristianos debería vivir en la

caridad de Cristo, y sin embargo es precisamente allí que el maligno “mete la pata” y nosotros a veces nos dejamos engañar. Y quienes lo pagan son las personas espiritualmente más débiles. Cuántas de ellas —y vosotros conocéis algunas— cuántas de ellas se han alejado porque no se han sentido acogidas, no se han sentido comprendidas, no se han sentido amadas. Cuántas personas se han alejado, por ejemplo de alguna parroquia o comunidad por el ambiente de chismorreos, de

celos, de envidias que han encontrado ahí. También para un cristiano saber amar no es nunca un dato adquirido una vez para siempre; cada día se debe empezar de nuevo, se debe ejercitar porque nuestro amor hacia los hermanos y las hermanas que encontramos se haga maduro y purificado por esos límites o pecados que lo hacen parcial, egoísta, estéril e infiel. Cada día se debe aprender el arte de amar. Escuchad esto: cada día se debe aprender el arte de amar, cada día se debe seguir con

paciencia la escuela de Cristo, cada día se debe perdonar y mirar a Jesús, y esto, con la ayuda de este "Abogado", de este Consolador que Jesús nos ha enviado que es el Espíritu Santo.

La Virgen María, perfecta discípula de su Hijo y Señor, nos ayude a ser cada vez más dóciles al Paráclito, al Espíritu de verdad, para aprender cada día a amarnos como Jesús nos ha amado.

**Después del Regina Coeli:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Llegan lamentablemente noticias dolorosas de la República Centroafricana, que llevo en el corazón, especialmente después de mi visita de noviembre de 2015. Enfrentamientos armados han provocado numerosas víctimas y desplazados, y amenazan el proceso de paz. Estoy cercano a la población y a los obispos y a todos aquellos que trabajan por la paz y por la convivencia pacífica. Rezo por los difuntos y los heridos y renuevo mi llamamiento: silencien las armas y prevalezca la buena

voluntad de dialogar para dar al país paz y desarrollo.

El próximo 24 de mayo nos uniremos todos espiritualmente a los fieles católicos en China, en la celebración de la Beata Virgen María "Ayuda de los Cristianos", venerada en el santuario de Sheshan en Shanghai. A los católicos chinos digo: levantemos la mirada a María nuestra Madre, para que nos ayude a discernir la voluntad de Dios sobre el camino concreto de la Iglesia en China y nos sostenga en el acoger con generosidad su



proyecto de amor. María nos anima a ofrecer nuestra contribución personal para la comunión entre creyentes y para la armonía de toda la sociedad. No olvidemos testimoniar la fe con la oración y con el amor, manteniéndonos abiertos al encuentro y al diálogo, siempre.

Dirijo mi saludo cordial a vosotros, fieles de Roma y peregrinos. En particular a la Capilla de Música de la Catedral de Pamplona; al grupo del Colegio São Tomás, de Lisboa; a los fieles de la Capilla Saint-

Charles del hospital de la Croix Saint-Simon, de París; a los de Torrent (Valencia, España), de Canadá y de Estados Unidos de América, entre los cuales algunos de la isla de Guam.

Un saludo especial a los chicos de confirmación de la diócesis de Génova: con la ayuda de Dios iré a visitaros a vuestra ciudad el próximo sábado.

Como también a las "Coccinelle" de Frosinone y a los fieles de la parroquia Santa María Goretti en Roma.

Queridos hermanos y hermanas, deseo anunciar que

el miércoles 28 de junio haré un consistorio para el nombramiento de cinco nuevos cardenales. Su procedencia de distintas partes del mundo manifiesta la catolicidad de la Iglesia difundida por toda la Tierra y la asignación de un título o de una diaconía en la urbe expresa la pertenencia de los cardenales a la diócesis de Roma que, según la conocida expresión de san Ignacio [de Antioquía], preside en la caridad de todas las Iglesias. Y el jueves 29 de junio, Solemnidad de los Santos

Apóstoles Pedro y Pablo, concelebraré la Santa Misa con los nuevos cardenales, con el colegio cardenalicio, con los nuevos obispos, los metropolitanos, los obispos y algunos presbíteros.

Estos son los nombres de los nuevos cardenales: monseñor Jean Zerbo, arzobispo de Bamako, en Mali; monseñor Juan José Omella, arzobispo de Barcelona, España; monseñor Anders Arborelius, obispo de Estocolmo, Suecia; monseñor Luis Marie-Ling Mangkhanekhoun, obispo

titular de Acque Nuove de Proconsolare, vicario apostólico de Paksé, en Laos; monseñor Gregorio Rosa Chávez, obispo titular de Mulli, auxiliar de la archidiócesis de San Salvador, El Salvador.

Encomendamos a los nuevos cardenales a la protección de los santos Pedro y Pablo, para que con la intercesión del Príncipe de los Apóstoles, sean auténticos servidores de la comunión eclesial y con la del Apóstol de las gentes, sean anunciadores del Evangelio en todo el mundo y, con su

testimonio y su consejo, me apoyen más intensamente en mi servicio de Obispo de Roma, Pastor universal de la Iglesia. A todos os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

22 de mayo de 2017. Discurso  
a la Conferencia Episcopal  
Italiana. Apertura de la 70  
asamblea general de la CEI.

Lunes.

*[En la tarde del lunes 22 de mayo, en el Aula nueva del Sínodo, el Papa abrió los trabajos de la 70ª asamblea de la Conferencia episcopal italiana (CEI), que se concluyeron el jueves 25. Después de la oración inicial, el Pontífice dialogó durante más de dos horas con los prelados*

*presentes y al finalizar el encuentro les entregó la meditación que publicamos a continuación.]*

*Queridos hermanos:*

En estos días, mientras preparaba mi encuentro con vosotros, me encontré varias veces invocando la «visita» del Espíritu Santo, de Aquel que es "el suave persuasor del hombre interior". Realmente, sin su fuerza "nada está en el hombre, nada sin culpa" y vano es todo nuestro esfuerzo: si su "*luz beatísima*" no nos invade en el interior, permanecemos



prisioneros de nuestros miedos, incapaces de reconocer que somos salvados solamente por el amor: lo que en nosotros no es amor, nos aleja del Dios viviente y de su Pueblo santo. *«Ven, Espíritu Santo, manda a nosotros del cielo un rayo de tu luz. Dona a tus fieles, que solo confían en ti, tus santos dones»*.

El primero de estos dones está ya en el *convenire in unum*, disponible para compartir tiempo, escucha, creatividad y consuelo. Os deseo que estos días sean vividos con un debate

abierto, humilde y franco. No temáis los momentos de contraste: encomendaos al Espíritu, que abre a la diversidad y reconcilia lo distinto en la caridad fraterna. Vivid la colegialidad episcopal, enriquecida por la experiencia de la que cada uno es portador y que alcanza las lágrimas y las alegrías de vuestras Iglesias particulares. Caminar juntos es *el camino constitutivo* de la Iglesia; la *cifra* que nos permite interpretar la realidad con los ojos y el corazón de Dios; la *condición* para seguir al Señor

Jesús y ser siervos de la vida en este tiempo herido.

Respiración y paso sinodal revelan lo que somos y el dinamismo de comunión que anima nuestras decisiones.

Solo en este horizonte podemos renovar realmente nuestra pastoral y adecuarla a la misión de la Iglesia en el mundo de hoy; solo así podemos afrontar la complejidad de este tiempo, agradecidos por el recorrido realizado y decididos a continuarlo con *parresía*.

En realidad, este camino está

marcado también por cierres y resistencias: nuestras infidelidades son una hipoteca pesada puesta en la credibilidad del testimonio del *depositum fidei*, una amenaza peor que la que proviene del mundo con sus persecuciones. Esta conciencia nos ayuda a reconocernos destinatarios de las *Cartas a las Iglesias* con las que se abre el Apocalipsis (Ap 1, 4 — 3, 22), el gran libro de la esperanza cristiana. Pidamos la gracia de saber escuchar lo que el Espíritu hoy dice a las Iglesias; acojamos el mensaje

profético para comprender qué quiere curar en nosotros:  
«*Ven, padre de los pobres; ven, dador de dones; ven, luz de los corazones*».

Como la *Iglesia de Éfeso*, quizá a veces también nosotros hemos abandonado el amor, la frescura y el entusiasmo de un tiempo... Volvamos a los orígenes, a la gracia fundadora de los inicios; dejémonos mirar por Jesucristo, el «SÍ» del Dios fiel, el *unum necessarium*:  
«Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que ninguna

otra verdad atraiga nuestros  
ánimos fuera de las palabras  
del Señor, único Maestro; que  
ninguna otra aspiración nos  
anime si no es el deseo de serle  
absolutamente fieles; que  
ninguna otra esperanza nos  
sostenga sino aquella que  
conforta, mediante su palabra,  
nuestra angustiosa debilidad:  
"Y he aquí que Yo estoy con  
vosotros todos los días hasta la  
consumación de los siglos"  
(Mt 28, 20)» (Pablo

VI, Discurso por el inicio de la  
segunda sesión del Concilio  
Ecuménico Vaticano II, 29 de

septiembre de 1963).

Como la *Iglesia de Esmirna*, quizá también nosotros en los momentos de prueba somos víctimas del cansancio, de la soledad, de la perturbación por el futuro; permanecemos sacudidos al darnos cuenta de lo que el Dios de Jesucristo puede no corresponder a la imagen y a las pretensiones del hombre "religioso": decepciona, molesta, escandaliza.

Custodiamos la confianza en la iniciativa sorprendente de Dios, la fuerza de la paciencia y la fidelidad de los confesores: no

debemos temer a la segunda muerte.

Como la *Iglesia de Pérgamo*, quizá también nosotros a veces buscamos hacer convivir la fe con la mundanidad espiritual, la vida del Evangelio con lógicas de poder y de éxito, forzosamente presentadas como funcionales a la imagen social de la Iglesia. El intento de servir dos padrones es, más bien, índice de la falta de convicciones interiores.

Aprendamos a renunciar a ambiciones inútiles y a la obsesión de nosotros mismos



para vivir constantemente bajo la mirada del Señor, presente en tantos hermanos humillados: encontraremos la Verdad que realmente hace libres.

Como la *Iglesia de Tiatira*, quizá estamos expuestos a la tentación de reducir el cristianismo a una serie de principios privados de algo concreto. Se cae, entonces, en un espiritualismo desencarnado, que descuida la realidad y hace perder la ternura de la carne del hermano. Volvamos a las cosas

que realmente cuentan: la fe, el amor al Señor, el servicio hecho con alegría y gratuidad. Hagamos nuestros los sentimientos y los gestos de Jesús y entraremos realmente en comunión con Él, estrella de la mañana que no conoce ocaso.

Como la *Iglesia de Sardes*, podemos quizá ser seducidos por la apariencia, la exterioridad y del oportunismo, condicionados por las modas y los juicios de otros. La diferencia cristiana, sin embargo, hace hablar a la

acogida del Evangelio con las obras, la obediencia concreta, la fidelidad vivida; con la resistencia al prepotente, al soberbio y al prevaricador; con la amistad a los pequeños y el compartir con los necesitados. Dejémonos cuestionar por la caridad, valoremos la sabiduría de los pobres, favorezcamos la inclusión; y, por misericordia, nos encontraremos como partícipes del libro de la vida. Como la *Iglesia de Filadelfia*, estamos llamados a la perseverancia, a lanzarnos a la realidad sin timidez: el Reino

es la piedra preciosa por la que vender sin vacilación todo lo demás y abrirnos plenamente al don y a la misión.

Atravesemos con valentía toda puerta que el Señor nos abre delante. Aprovechemos cada ocasión para hacernos prójimos. También la mejor levadura sola resulta incomedible, mientras en su humildad hace fermentar una gran cantidad de harina: mezclémonos en la ciudad de los hombres, colaboremos de forma efectiva para el encuentro con las diferentes

riquezas culturales,  
comprometámonos juntos por  
el bien común de cada uno y de  
todos. Nos encontraremos como  
ciudadanos de la nueva  
Jerusalén.

Como la *Iglesia de Laodicea*,  
conocemos quizá la tibieza del  
compromiso, la indecisión  
calculada, la insidia de la  
ambigüedad. Sabemos que  
precisamente sobre estas  
actitudes se abate la condena  
más severa. Por otro lado, nos  
recuerda un testimonio del  
siglo xx, la gracia a buen  
mercado es la enemiga mortal

de la Iglesia: no reconoce la viviente Palabra de Dios y nos imposibilita el camino a Cristo. La verdadera gracia —constata la vida del Hijo— solo puede ser a alto precio: porque llama a la secuela de Jesucristo, porque cuesta al hombre el precio de la vida, porque condena el pecado y justicia al pecador, porque no dispensa de la obra... Es a alto precio, pero es gracia que dona la vida y lleva a vivir en el mundo sin perderse en él (cf. D. Bonhoeffer, *Secuela*). Abramos el corazón a la llamada del

eterno Peregrino: hagámosle entrar, cenemos con Él.

Partiremos de nuevo para llegar a cualquier lugar con un anuncio de justicia, fraternidad y paz.

*Queridos hermanos*, el Señor nunca tiene el objetivo de deprimirnos, por lo que no nos detengamos en los reproches, que nacen del amor (cf. *Ap 3, 19*) y al amor conducen.

Dejémonos sacudir, purificar y consolar: «*Lava lo que está manchado, riega lo que está árido, sana lo que está herido. Dobla lo que está rígido,*

*calienta lo que está frío,  
endereza lo que está  
extraviado».*

Se nos pide audacia para evitar acostumbrarnos a situaciones que tan enraizadas están que parecen normales o insuperables. La profecía no requiere llantos, sino elecciones valientes, que son propias de una verdadera comunidad eclesial: llevan a dejarse «molestar» por los eventos y las personas y a descender en las situaciones humanas, animadas por el espíritu resanador de las



Bienaventuranzas. En este camino sabremos remodelar las formas de nuestro anuncio, que se refleja sobre todo con la caridad. Movámonos con la confianza de quien sabe que también este tiempo es un *kairós*, un tiempo de gracia habitado por el Espíritu del Resucitado: a nosotros nos corresponde la responsabilidad de reconocerlo, acogerlo y secundar con docilidad.

*«Ven, Santo Espíritu.*

*Consolador magnífico, dulce huésped del alma, su dulce refrigerio».*

Queridos hermanos, “como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios” (*Hech 20, 28*), participes de la misión del Buen Pastor: a vuestros ojos nadie permanezca invisible o marginado. Id al encuentro de cada persona con la premura y la compasión del Padre misericordioso, con ánimo fuerte y generoso. Estad atentos para percibir como vuestro el bien y el mal del otro, capaces de ofrecer con gratuidad y ternura la misma vida. Sea esta vuestra vocación; porque, como escribe

Santa Teresa del Niño Jesús,  
"sólo el amor hacía actuar a los  
miembros de la Iglesia: que si  
el amor se apagara, los  
apóstoles no anunciarían el  
Evangelio, los mártires no  
querrían derramar su sangre...".  
En esta luz, doy las gracias  
también en vuestro nombre al  
cardenal Angelo Bagnasco por  
los diez años de presidencia de  
la Conferencia episcopal  
italiana. Gracias por su servicio  
humilde y compartido, no  
privado de sacrificio personal,  
en un momento de no fácil  
transición de la Iglesia y del

país. También la elección y, por tanto, el nombramiento de su sucesor, no sea otra cosa que un signo de amor a la Santa Madre Iglesia, amor vivido con discernimiento espiritual y pastoral, según una síntesis que es también ella don del Espíritu.

Y rezad por mí, llamado a ser custodio, testigo y garante de la fe y de la unidad de toda la Iglesia: *con* vosotros y *por* vosotros pueda cumplir esta misión con alegría hasta el fondo.

*«Ven, Espíritu Santo. Dales el*

*mérito de la virtud, dales el  
puerto de la salvación, dales la  
felicidad eterna». Amén.*

24 de mayo de 2017. Audiencia general. No hay amor sin sacrificio.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy quisiera detenerme sobre la experiencia de los dos discípulos de Emaús, de la que habla el Evangelio de Lucas (cfr. *Lc 24, 13-35*). Imaginemos la escena: dos hombres caminando decepcionados, tristes, convencidos de dejar a las espaldas la amargura de

una historia mal terminada. Antes de esa Pascua estaban llenos de entusiasmo: convencidos de que esos días serían decisivos para sus expectativas y para la esperanza de todo el pueblo. Jesús, al cual habían confiado su vida, parecía finalmente llegado a la batalla decisiva: entonces habría manifestado su poder, después de un largo periodo de preparación y de esconderse. Esto era lo que ellos esperaban. Y no fue así. Los dos peregrinos cultivaban una esperanza solamente

humana, que entonces se hacía pedazos. Esta cruz izada en el Calvario era el signo más elocuente de una derrota que no habían pronosticado. Si realmente ese Jesús era según el corazón de Dios, debían concluir que Dios era inerme, indefenso en las manos de los violentos, incapaz de ofrecer resistencia al mal.

Así, esa mañana del domingo, estos dos huyen de Jerusalén. En los ojos tienen todavía los sucesos de la pasión, la muerte de Jesús; y en el alma el doloroso angustiar sobre esos



sucesos, durante el forzado descanso del sábado. Esa fiesta de Pascua, que debía entonar el canto de la liberación, se había transformado en el día más doloroso de su vida. Dejan Jerusalén, para irse a otro lugar, en un pueblo tranquilo. Tiene todo el aspecto de personas que pretenden eliminar un recuerdo que quema. Están por la calle, y caminando, tristes. Este escenario —la calle— ya había sido importante en las narraciones de los Evangelios; entonces lo será cada vez más,

en el momento en el que se comienza a contar la historia de la Iglesia.

El encuentro de Jesús con esos dos discípulos parece ser del todo casual: se parece a uno de tantos cruces que suceden en la vida. Los dos discípulos caminan pensando y un desconocido se acerca a ellos. Es Jesús; pero sus ojos no son capaces de reconocerlo. Y entonces Jesús comienza su "terapia de esperanza". Esto que sucede en este camino es una terapia de la esperanza. ¿Quién la hace? Jesús.

Sobre todo pregunta y escucha: nuestro Dios no es un Dios entrometido. Incluso si ya conoce el motivo de la decepción de esos dos, les deja el tiempo para poder comprender en profundidad la amargura que les ha vencido. Sale una confesión que es como un coro de la existencia humana: «Nosotros esperábamos, pero... Nosotros esperábamos..., pero...» (Lc 24, 21). ¡Cuántas tristezas, cuántos derrotas, cuántos fracasos hay en la vida de cada persona! En el fondo, todos

somos un poco como esos dos discípulos. Cuántas veces en la vida hemos esperado, cuántas veces nos hemos sentido a un paso de la felicidad, y después nos hemos encontrado de nuevo en tierra decepcionados. Pero Jesús camina con todas las personas desconfianzas que van cabizbajos. Y caminando con ellos, de forma discreta, consigue dar de nuevo esperanza.

Jesús les habla en primer lugar a través de las Escrituras. Quien toma en mano el libro de Dios no encontrará historias de

heroísmo fácil, campañas de conquista fulminantes. La verdadera esperanza no es nunca a bajo precio: pasa siempre a través de las derrotas. La esperanza de quien no sufre, quizá no es ni siquiera tal. A Dios no le gusta ser amado como se amaría a un líder que arrastra a la victoria a su pueblo destruyendo con sangre a sus adversarios. Nuestro Dios es una luz tenue que arde en un día de frío y de viento, y aunque parezca frágil su presencia en este mundo, Él ha elegido el lugar que todos

despreciamos.

Después Jesús repite a los dos discípulos el gesto clave de cada eucaristía: toma el pan, lo bendice, lo partió y lo dio. En esta serie de gesto, ¿no está quizá toda la historia de Jesús? ¿Y no está, en cada eucaristía, también el signo de qué debe ser la Iglesia? Jesús nos toma, nos bendice, “parte” nuestra vida —porque no hay amor sin sacrificio— y la ofrece a los otros, la ofrece a todos.

Es un encuentro rápido, el de Jesús con los dos discípulos de Emaús. Pero en él está todo el

destino de la Iglesia. Nos cuenta que la comunidad cristiana no está encerrada en una ciudadela fortificada, sino que camina en su ambiente más vital, es decir la calle. Y allí se encuentra a las personas, con sus esperanzas y sus desilusiones, a veces pesadas. La Iglesia escucha las historias de todos, como surgen del cofre de la conciencia personal; para después ofrecer la Palabra de vida, el testimonio del amor, amor fiel hasta el final. Y entonces el corazón de las personas vuelve

a arder de esperanza. Todos nosotros, en nuestra vida, hemos tenido momentos difíciles, oscuros; momentos en los cuales caminábamos tristes, pensativos, sin horizonte, solamente un muro delante. Y Jesús siempre está junto a nosotros para darnos la esperanza, para calentarnos el corazón y decir: "Ve adelante, yo estoy contigo. Ve adelante". El secreto del camino que lleva a Emaús está todo aquí: también a través de las apariencias contrarias, nosotros continuamos siendo amados, y



Dios no dejará nunca de querernos. Dios caminará con nosotros siempre, siempre, también en los momentos más doloroso, también en los momentos más feos, también en los momentos de la derrota: allí está el Señor. Y esta es nuestra esperanza. ¡Vamos adelante con esta esperanza! ¡Porque Él está junto a nosotros y camina con nosotros, siempre!

### **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos

provenientes de España y Latinoamérica. Que Jesús resucitado nos conceda descubrirlo presente y vivo en su Iglesia donde, saliendo a nuestro encuentro y caminando junto a cada uno, nos conduce con su amor infalible y su presencia vivificante por el camino de la esperanza. Que Dios los bendiga.

27 de mayo de 2017. Homilía  
en la concelebración  
eucarística.

Sábado.

Visita pastoral del Papa  
Francisco a Génova.

Hemos escuchado lo que Jesús Resucitado dice a los discípulos antes de su ascensión: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (*Mat 28, 18*). El poder de Jesús, la fuerza de Dios. Este tema atraviesa las Lecturas de hoy: en la primera

Jesús dice que no corresponde a los discípulos conocer «el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad», pero les promete a ellos la «fuerza del Espíritu Santo» (*Hech 1, 7-8*); en la segunda san Pablo habla de la «soberana grandeza de su poder para con nosotros» y de la «eficacia de su fuerza poderosa» (*Ef 1, 19*). Pero, ¿en qué consiste esta fuerza, este poder de Dios?

Jesús afirma que es un poder «en el cielo y en la tierra». Es sobre todo el poder de unir el

cielo y la tierra. Hoy celebramos este misterio, porque cuando Jesús subió al Padre nuestra carne humana cruzó el umbral del cielo: nuestra humanidad está allí, en Dios, para siempre. Allí está nuestra confianza, porque Dios no se separará nunca del hombre. Y nos consuela saber que en Dios, con Jesús, está preparado para cada uno de nosotros un lugar: un destino de hijos resucitados nos espera y por esto vale realmente la pena vivir aquí abajo buscando las cosas de allí arriba donde se

encuentra nuestro Señor (cf. *Col 3, 1-2*). Esto es lo que ha hecho Jesús, con su poder de unir para nosotros la tierra y el cielo.

Pero este poder suyo no terminó una vez que subió al cielo; continúa también hoy y dura para siempre. De hecho, precisamente antes de subir al Padre, Jesús dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mat 28, 20*).

No es una forma de hablar, una simple tranquilización, como cuando antes de salir hacia un largo viaje se dice a los

amigos: "pensaré en vosotros". No, Jesús está realmente con nosotros y por nosotros: en el cielo muestra al Padre su humanidad, nuestra humanidad; muestra al Padre sus llagas, el precio que ha pagado por nosotros; y así «está siempre vivo para interceder» (*Heb 7, 25*) a nuestro favor. Esta es la palabra-clave del poder de Jesús: intercesión. Jesús tomado por el Padre intercede cada día, cada momento por nosotros. En cada oración, en cada petición nuestra de

perdón, sobre todo en cada misa, Jesús interviene: muestra al Padre los signos de su vida ofrecida —lo he dicho—, sus llagas, e intercede, obteniendo misericordia para nosotros. Él es nuestro “abogado” (cf. *1 Jn 2, 1*) y, cuando tenemos alguna “causa” importante, hacemos bien en encomendársela, en decirle: “Señor Jesús, intercede por mí, intercede por nosotros, intercede por esa persona, intercede por esa situación...”. Esta capacidad de intercesión, Jesús nos la ha donado también



a nosotros, a su Iglesia, que tiene el poder y también el deber de interceder, de rezar por todos. Podemos preguntarnos, cada uno de nosotros puede preguntarse: "¿Yo rezo? Y todos, como Iglesia, como cristianos, ¿ejercitamos este poder llevando a Dios las personas y las situaciones?". El mundo lo necesita. Nosotros mismos lo necesitamos. En nuestras jornadas corremos y trabajamos mucho, nos comprometemos con muchas cosas; pero corremos el riesgo

de llegar a la noche cansados y con el alma cargada, parecidos a un barco cargado de mercancía que después de un viaje cansado regresa al puerto con ganas solo de atracar y de apagar las luces. Viviendo siempre entre tantas carreras y cosas que hacer, nos podemos perder, encerrarnos en nosotros mismos y convertirnos en inquietos por nada. Para no dejarnos sumergir por este "dolor de vivir", recordemos cada día "lanzar el ancla a Dios": llevemos a Él los pesos, las personas y las situaciones,

confiémosle todo. Esta es la fuerza de la oración, que une cielo y tierra, que permite a Dios entrar en nuestro tiempo. La oración cristiana no es una forma para estar un poco más en paz con uno mismo o encontrar alguna armonía interior; nosotros rezamos para llevar todo a Dios, para encomendarle el mundo: la oración es intercesión. No es tranquilidad, es caridad. Es pedir, buscar, llamar (cf. *Mat 7, 7*). Es involucrarse para interceder, insistiendo asiduamente con Dios los unos

por los otros (cf. *Hech* 1, 14).  
Interceder sin cansarse: es nuestra primera responsabilidad, porque la oración es la fuerza que hace ir adelante al mundo; es nuestra misión, una misión que al mismo tiempo supone cansancio y dona paz. Este es nuestro poder: no prevalecer o gritar más fuerte, según la lógica de este mundo, sino ejercitar la fuerza mansa de la oración, con la cual se pueden también parar las guerras y obtener la paz. Como Jesús intercede siempre por nosotros

ante el Padre, así nosotros sus discípulos no nos cansemos nunca de rezar para acercar la tierra y el cielo.

Después de la intercesión emerge, del Evangelio, una segunda palabra-clave que revela el poder de Jesús: el anuncio. El Señor envía a los suyos a anunciarlo con el único poder del Espíritu Santo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (*Mat 28, 19*). ¡Id! Es un acto de extrema confianza en los suyos: ¡Jesús se fía de nosotros, cree en nosotros más de lo que

nosotros creemos en nosotros mismos! Nos envía a pesar de nuestras faltas; sabe que no seremos nunca perfectos y que, si esperamos convertirnos en mejores para evangelizar, no empezaremos nunca.

Para Jesús es importante que desde enseguida superemos una gran imperfección: la cerrazón. Porque el Evangelio no puede estar encerrado y sellado, porque el amor de Dios es dinámico y quiere alcanzar a todos. Para anunciar, entonces, es necesario ir, salir de sí mismo. Con el Señor no se

puede estar quietos,  
acomodados en el propio  
mundo y en los recuerdos  
nostálgicos del pasado; con Él  
está prohibido acomodarse en  
las seguridades adquiridas. La  
seguridad para Jesús está en el  
ir, con confianza: allí se revela  
su fuerza. Porque el Señor no  
aprecia las comodidades y el  
comfort, sino que incomoda y  
relanza siempre. Nos quiere en  
salida, libres de las tentaciones  
de conformarse cuando  
estamos bien y tenemos todo  
bajo control.

“Id”, nos dice también hoy

Jesús, que en el Bautismo ha concedido a cada uno de nosotros el poder del anuncio. Por eso ir en el mundo con el Señor pertenece a la identidad del cristiano. No es solo para los sacerdotes, las monjas, los consagrados: es de todos los cristianos, es nuestra identidad. Ir en el mundo con el Señor: esta es nuestra identidad. El cristiano no está quieto, sino en camino: con el Señor hacia los otros. Pero el cristiano no es un velocista que corre locamente o un conquistador que debe llegar antes que los



otros. Es un peregrino, un misionero, un "maratonista con esperanza": manso pero decidido en el caminar; confiado y al mismo tiempo activo; creativo pero siempre respetuoso; ingenioso y abierto, trabajador y solidario. ¡Con este estilo recorreremos las calles del mundo!

Como para los discípulos de los orígenes, nuestros lugares de anuncio son las calles del mundo: es sobre todo allí que el Señor espera ser conocido hoy. Como en los orígenes, desea que el anuncio sea

llevado no con la nuestra, sino con su fuerza: no con la fuerza del mundo, sino con la fuerza límpida y mansa del testimonio alegre. Y esto es urgente, ¡hermanos y hermanas!

Pidamos al Señor la gracia de no fozilizarnos en cuestiones no centrales, sino dedicarnos plenamente a la urgencia de la misión. Dejemos a otros los chismorreos y las falsas discusiones de quien se escucha solo a sí mismo, y trabajemos concretamente por el bien común y por la paz; arriesguémonos con valentía,

convencidos de que hay más alegría en el dar que en el recibir (cf. *Hech 20, 35*). El Señor resucitado y vivo, que siempre intercede por nosotros, sea la fuerza de nuestro ir, la valentía de nuestro caminar.

27 de mayo de 2017. Discurso en el encuentro con el mundo del trabajo.

Establecimiento siderúrgico Ilva.

Sábado.

Visita pastoral del Papa Francisco a Génova.

*[Ferdinando Garré, empresario del sector de reparaciones navales] En nuestro trabajo nos encontramos que tenemos que luchar contra tantos obstáculos*

*—la excesiva burocracia, la lentitud de las decisiones públicas, la falta de servicios e infraestructuras adecuadas— que a menudo no permiten liberar las mejores energías de esta ciudad. Compartimos este camino arduo con nuestro capellán y nos anima nuestro arzobispo, el cardenal Angelo Bagnasco. Nos dirigimos a usted, Santidad, para pedirle una palabra de cercanía. Una palabra que nos conforte y nos anime frente a los obstáculos que cada día nosotros como empresarios nos encontramos.*

¡Buenos días a todos! Es la primera vez que vengo a Génova, estar tan cerca del puerto me recuerda de dónde salió mi padre... Esto me emociona mucho. Y gracias por vuestra acogida. El señor Ferdinando Garré: yo conocía las preguntas, y para algunas escribí ideas para responder; y tengo también el bolígrafo en la mano para retomar cualquier cosa que me venga a la mente en el momento, para responder. Pero en estas preguntas sobre el mundo del trabajo he querido pensar bien para

responder bien, porque hoy el trabajo está en riesgo. Es un mundo donde el trabajo no se considera con la dignidad que tiene y que da. Por esto responderé con las cosas que he pensado y algunas las diré en el momento.

Hago una premisa. La premisa es: el mundo del trabajo es una *prioridad humana*. Y, por lo tanto, es una prioridad cristiana, una prioridad nuestra, y también una prioridad del Papa. Porque viene de aquel primer mandamiento que Dios dio a

Abrahán: «ve, haz crecer la tierra, trabaja la tierra, domínala». Ha existido siempre una amistad entre la Iglesia y el trabajo, comenzando por Jesús trabajador. Donde hay un trabajador, ahí está el interés y la mirada de amor del Señor y de la Iglesia. Pienso que esto está claro. Es muy hermosa esta pregunta que proviene de un empresario, de un ingeniero; de su modo de hablar de la empresa surgen las típicas virtudes del empresario. Y dado que esta pregunta la formula un



empresario, hablaremos de ellos. La creatividad, el amor por la propia empresa, la pasión y el orgullo por la obra de sus manos, de su inteligencia y de los trabajadores. El *empresario* es una figura fundamental de toda buena economía: no hay una buena economía sin un buen empresario. No hay buena economía sin buenos empresarios, sin vuestra capacidad para crear, crear trabajo, crear productos. En sus palabras se percibe también el amor por la ciudad —y se

entiende esto— por su economía, por la cualidad de las personas, de los trabajadores, y también del ambiente, del mar... Es importante reconocer las virtudes de los trabajadores y las trabajadoras. Sus necesidades —de los trabajadores y las trabajadoras— tienen que ver con el hacer bien el trabajo porque el trabajo hay que hacerlo bien. A veces se piensa que un trabajador trabaja bien sólo porque se le paga: esta es una grave desestima de los

trabajadores y del trabajo, porque niega la dignidad del trabajo, que inicia precisamente en trabajar bien por dignidad, por honor. El verdadero empresario — intentaré dibujar el perfil de un buen empresario— el verdadero empresario conoce a sus trabajadores, porque trabaja junto a ellos, trabaja con ellos. No olvidemos que el empresario debe ser antes que nada un trabajador. Si él no tiene esta experiencia de la dignidad del trabajo, no será un buen empresario. Comparte las

fatigas de los trabajadores y comparte las alegrías del trabajo, la solución de los problemas, crear algo juntos. Y si debe despedir a alguien es siempre una decisión dolorosa y no lo haría, si pudiese.

Ningún buen empresario ama despedir a su gente —no, quien piensa resolver el problema de su empresa despidiendo a la gente, no es un buen empresario, es un comerciante, hoy vende a su gente, mañana vende la propia dignidad—, sufre siempre, y a veces de este sufrimiento nacen nuevas

ideas para evitar el despido. Este es el buen empresario. Yo recuerdo, hace casi un año, un poco menos, en la misa en Santa Marta a las 7 de la mañana, a la salida saludo a la gente que está ahí, y se acercó un hombre. Lloraba. Dijo: "he venido a pedir un favor: estoy al límite y debo hacer una declaración de quiebra. Esto significaría despedir unos 60 trabajadores, y no quiero, porque siento que me despido a mí mismo". Y aquel hombre lloraba. Él era un buen empresario. Luchaba y pedía

por su gente, porque era "suya": "Es mi familia". Están unidos...

Una enfermedad de la economía es la progresiva transformación de los empresarios en *especuladores*. Al empresario no se le debe confundir de ninguna manera con el especulador: son dos tipos diversos. Al empresario no se le debe confundir con el especulador: el especulador es una figura semejante a la que Jesús en el Evangelio llama "mercenario", para contraponerlo al Buen Pastor. El

especulador no ama a su empresa, no ama a los trabajadores, sino que ve a la empresa y los trabajadores sólo como medios para obtener provecho. Usa, usa a la empresa y a los trabajadores para sacar provecho. Despedir, cerrar, mover la empresa no le crea problema alguno, porque el especulador usa, instrumentaliza, "come" personas y medios en favor de sus objetivos de provecho. Cuando la economía la habitan, en cambio, los buenos empresarios, las empresas son

amigas de la gente y también de los pobres. Cuando pasa a manos de los especuladores, todo se echa a perder. Con el especulador, la economía pierde rostro y pierde los rostros. Es una economía sin rostros. Una economía abstracta. Detrás de las decisiones del especulador no hay personas y, por lo tanto, no se ven las personas que hay que despedir y recortar. Cuando la economía pierde contacto con los rostros de las personas concretas, ella misma se convierte en una economía sin rostro y, por lo tanto, una



economía despiadada. Hay que tener miedo a los especuladores, no a los empresarios; no, no hay que temer a los empresarios porque hay muchos muy buenos. No. Hay que temer a los especuladores. Pero paradójicamente, a veces el sistema político parece alentar a quien especula sobre el trabajo y no a quien invierte y cree en el trabajo. ¿Por qué? Porque crea burocracia y controles partiendo de la hipótesis de que los agentes de la economía son especuladores,

y de este modo quien no lo es se ve en desventaja y quien lo es, logra encontrar los medios para eludir los controles y lograr sus objetivos. Se sabe que los reglamentos y las leyes pensadas para los deshonestos acaban por penalizar a los honestos. Y hoy existen muchos verdaderos empresarios, empresarios honestos que aman a sus trabajadores, que aman a la empresa, que trabajan junto a ellos para llevar adelante la empresa, y estos son los más desfavorecidos por estas

políticas que favorecen a los especuladores. Pero los empresarios honestos y virtuosos salen adelante, al final, no obstante todo. Me gusta citar a este propósito, una bella frase de Luigi Einaudi, economista y presidente de la República italiana. Escribía: "Miles, millones de individuos trabajan, producen y ahorran, no obstante todo lo que nosotros podemos inventar para molestarles, obstaculizarles, desanimarles. Es la vocación natural la que les empuja, no

sólo la sed de ganancia. El gusto, el orgullo de ver la propia empresa prosperar, adquirir crédito, inspirar confianza a cada vez más clientes, ampliar las instalaciones, constituyen un motivo de progreso tan potente como la ganancia. Si no fuera así, no se explicaría cómo hay empresarios que en el propio trabajo prodigan todas sus energías e invierten todos sus capitales para retirar a menudo ganancias mucho más modestas de las que seguramente y cómodamente

podrían obtener con otros trabajos". Tienen esa mística del amor...

Le agradezco por lo que usted ha dicho, porque usted es un representante de estos empresarios. Vosotros estad atentos, empresarios, y también vosotros, trabajadores: estad atentos con los especuladores. Y también con las reglas y las leyes que al final favorecen a los especuladores y no a verdaderos empresarios. Y al final dejan a la gente sin trabajo. Gracias.

*[Micaela, representante sindical] Hoy se habla nuevamente de industria gracias a la cuarta revolución industrial o industria 4.0. Bien: el mundo del trabajo está preparado para aceptar nuevos desafíos productivos que aporten bienestar. Nuestra preocupación es que esta nueva frontera tecnológica y la remontada económica y productiva que antes o después se dará, no traigan consigo un nuevo empleo de calidad, sino que por el contrario contribuyan a incrementar la*

*precariedad y el malestar social. Hoy la verdadera revolución en cambio sería precisamente la de transformar la palabra «trabajo» en una forma concreta de rescate social.*

Me viene a la cabeza responder, al principio, con un juego de palabras... Tú has terminado con la palabra "rescate social", y me viene el "chantaje social". Lo que digo ahora es una cosa real, que ocurrió en Italia hace un año. Había una fila de gente desempleada para encontrar un trabajo, un trabajo interesante, de oficina. La chica que me lo

contó —una chica culta,  
hablaba algunos idiomas, que  
eran importantes para ese  
puesto— y le dijeron: “Sí,  
puede ir bien...; serán 10-11  
horas al día...” — “¡Sí, sí!”  
—dijo ella enseguida, porque  
necesitaba trabajo— “Y se  
comienza con —creo que  
dijeron, no quiero  
equivocarme, pero no más de—  
800 euros al mes”. Y ella dijo:  
“pero ... ¿800 solamente? ¿11  
horas?”. Y el señor —el  
especulador, no era empresario,  
el empleado del especulador—  
le dijo: “Señorita, mire detrás



de usted la fila: si no le gusta, váyase". ¡Esto no es *rescate* sino *chantaje*!

Ahora diré lo que había escrito, pero tu última palabra me inspiró este recuerdo. El trabajo en negro. Otra persona me contó que trabajó, pero desde septiembre a junio, y volvía a comenzar en octubre, septiembre. Y así se juega... El trabajo en negro.

He aceptado la propuesta de tener este encuentro hoy, en un lugar de trabajo y de trabajadores, porque también estos son lugares del pueblo de

Dios.

Los diálogos en los lugares del trabajo no son menos importantes que los diálogos que hacemos dentro de las parroquias o en las solemnes salas de convenciones, porque los lugares de la Iglesia son los lugares de la vida y en consecuencia también las plazas y las fábricas. Porque alguien puede decir: "¿Pero este sacerdote, qué nos está diciendo? ¡Váyase a la parroquia!". No, el mundo del trabajo es el mundo del pueblo de Dios: todos somos Iglesia,

todos pueblo de Dios. Muchos de nuestros encuentros entre Dios y los hombres, de los que nos habla la Biblia y los Evangelios, han ocurrido mientras las personas trabajaban: Moisés oye la voz de Dios que le llama y le revela su nombre mientras llevaba a pastar el rebaño del suegro; los primeros discípulos de Jesús eran pescadores y son llamados por Él mientras trabajaban a orillas del lago. Es muy cierto lo que usted dice: la falta de trabajo es mucho más que la falta de una fuente de ingresos

para poder vivir. El trabajo es también esto, pero es mucho, mucho más. Trabajando nosotros nos hacemos más persona, nuestra humanidad florece, los jóvenes se convierten en adultos solamente trabajando. La Doctrina social de la Iglesia ha visto siempre el trabajo humano como participación en la creación que continúa cada día, también gracias a las manos, a la mente y al corazón de los trabajadores. Sobre la tierra hay pocas alegrías más grandes que las que se

experimentan trabajando, así como hay pocos dolores más grandes que los dolores del trabajo, cuando el trabajo explota, aplasta, humilla, mata. El trabajo puede hacer mucho daño porque puede hacer mucho bien. El trabajo es amigo del hombre y el hombre es amigo del trabajo, y por esto no es fácil reconocerlo como enemigo, porque se presenta como una persona de casa, también cuando nos golpea y nos hiera. Los hombres y las mujeres se nutren del trabajo: con el trabajo están "ungidos

de dignidad". Por esta razón, entorno al trabajo se edifica el entero pacto social. Este es el núcleo del problema. Porque cuando no se trabaja, o se trabaja mal, se trabaja poco o se trabaja demasiado, es la democracia la que entra en crisis, es todo el pacto social. Es también este el sentido del artículo 1 de la Constitución italiana, que es muy bonito: "Italia es una República democrática, fundada en el trabajo". Con base en esto podemos decir que quitar el trabajo a la gente o explotar a

la gente con trabajo indigno o mal pagado o come sea, es anticonstitucional. Si no estuviera fundada en el trabajo, la República italiana no sería una democracia, porque el puesto de trabajo lo ocupan y lo han ocupado siempre privilegios, castas, rentas. Entonces es necesario mirar sin miedo, pero con responsabilidad, a las transformaciones tecnológicas de la economía y de la vida y no resignarse a la ideología que está imponiéndose por doquier, que imagina un mundo donde

solo la mitad o quizás dos tercios de los trabajadores trabajarán, y los demás serán mantenidos por una ayuda social. Debe quedar claro que el objetivo verdadero que hay que alcanzar no es la "renta para todos", sino el "trabajo para todos"! Porque sin trabajo, sin trabajo para todos no habrá dignidad para todos. El trabajo de hoy y de mañana será distinto, quizás muy distinto — pensemos en la revolución industrial hubo un cambio, también aquí habrá una revolución— será distinto del



trabajo de ayer pero deberá ser *trabajo* no *pensión*, no jubilados: trabajo. Se jubila con la edad justa, es un acto de justicia; pero está contra la dignidad de las personas jubilarlas con 35 o 40 años, dar un subsidio del Estado, y arréglatelas. "Pero, ¿tengo para comer?". Sí. "¿Tengo para sacar adelante a mi familia, con este subsidio?" Sí. "¿Tengo dignidad?" ¡No! ¿Por qué? Porque no tengo trabajo. El trabajo de hoy será diverso. Sin trabajo, se puede *sobrevivir*; pero

para *vivir*, es necesario el trabajo. La elección es entre el sobrevivir y el vivir. Y se necesita trabajo para todos. Para los jóvenes... ¿Vosotros sabéis el porcentaje de jóvenes de 25 años para abajo, desempleados, que hay en Italia? Yo no lo diré: buscad las estadísticas. Y esto es una hipoteca sobre el futuro. Porque estos jóvenes crecen sin dignidad, porque no son "ungidos" con el trabajo que es lo que da la dignidad. Pero el núcleo de la pregunta es este: un subsidio estatal, mensual,

que te permite sacar adelante una familia no resuelve el problema. El problema se resuelve con el trabajo para todos. Creo haber respondido más o menos...

*[Sergio, un trabajador que hace un camino de formación promovido por los capellanes]*

*No es raro que en los ambientes de trabajo prevalezca la competición, la carrera, los aspectos económicos, mientras que el trabajo es una ocasión privilegiada de testimonio y de anuncio del Evangelio, vivido*

*adoptando actitudes de hermandad, colaboración y solidaridad. Pedimos a Su Santidad consejos para caminar mejor hacia estos ideales.*

Los valores del trabajo están cambiando muy rápidamente, y muchos de estos nuevos valores de la gran empresa y de la gran finanza no son valores en línea con la dimensión humana, y por lo tanto con el humanismo cristiano. El acento sobre la competición al interno de la empresa, además de ser un error antropológico y cristiano,

es también un error económico, porque olvida que la empresa es ante todo cooperación, asistencia mutua, reciprocidad. Cuando una empresa crea científicamente un sistema de incentivos individuales que ponen a los trabajadores en competición entre ellos, quizás en breve periodo puede obtener alguna ventaja, pero termina pronto por minar ese tejido de confianza que es el alma de cada organización. Y así, cuando llega una crisis, la empresa se deshace e implosiona, porque no hay

ninguna cuerda que la sujete. Se necesita decir con fuerza que esta cultura competitiva entre los trabajadores dentro de la empresa es un error, y por tanto una visión que hay que cambiar si queremos el bien de una empresa, de los trabajadores y de la economía. Otro valor que en realidad es un desvalor es la muy celebrada "meritocracia". La meritocracia fascina mucho porque usa una palabra bonita: "el mérito"; pero como la instrumentaliza y la usa de manera ideológica, la

desnaturaliza y pervierte. La meritocracia, más allá de la buena fe de los muchos que la invocan, está convirtiéndose en una legitimación ética de la desigualdad. El nuevo capitalismo a través de la meritocracia da un carácter moral a la desigualdad, porque interpreta los talentos de las personas como un don: el talento no es un don según esta interpretación: es un mérito, determinando un sistema de ventajas y desventajas acumulativas. Así, si dos niños desde el

nacimiento nacen diferentes por talentos u oportunidades sociales y económicas, el mundo económico leerá los distintos talentos como mérito, y les remunerará diversamente. Y así, cuando esos dos niños se jubilen, la desigualdad entre ellos se habrá multiplicado. Una segunda consecuencia de la llamada "meritocracia" es el cambio de la cultura de la pobreza. El pobre es considerado un *desmerecedor* y por tanto un culpable. Y si la pobreza es culpa del pobre, los



ricos son exonerados de hacer algo. Esta es la vieja lógica de los amigos de Job, que querían convencerle que fuese culpable de su desventura. Pero esta no es la lógica del Evangelio, no es la lógica de la vida: la meritocracia en el Evangelio la encontramos en cambio en la figura del hermano mayor en la parábola del hijo pródigo. Él desprecia al hermano menor y piensa que debe permanecer como un fracasado porque se lo ha merecido; en cambio el padre piensa que ningún hijo se merece las bellotas de los

cerdos.

*[Vittoria, desempleada]*

*Nosotros desempleados sentimos las instituciones no solo lejanas sino madrastras, más ocupadas por un asistencialismo pasivo que por trabajar para crear las condiciones que favorezcan el trabajo. Nos conforta el calor humano con el que la Iglesia nos es cercana y la acogida que cada uno encuentra en la casa de los capellanes. Santidad, ¿dónde podemos encontrar la fuerza para creer siempre y no tirar la toalla nunca no obstante*

*todo esto?*

¡Es exactamente así! Quien pierde el trabajo y no consigue encontrar otro buen trabajo, siente que pierde la dignidad, como pierde la dignidad quien está obligado por necesidad a aceptar trabajos malos y equivocados. No todos los trabajos son buenos: hay todavía demasiados trabajos malos y sin dignidad, en el tráfico ilegal de armas, en la pornografía, en los juegos de azar y en todas esas empresas que no respetan los derechos de los trabajadores o de la

naturaleza. Igual de malo es el trabajo de quien le pagan mucho para que no tenga horarios, límites, confines entre trabajo y vida para que el trabajo se convierta en toda su vida. Una paradoja de nuestra sociedad es la coexistencia de una creciente cuota de personas que querrían trabajar y no lo consiguen, y otros que trabajan demasiado, que querrían trabajar menos pero no lo consiguen porque han sido "comprados" por las empresas. El trabajo, en cambio, se convierte en

“hermano trabajo” cuando junto a ello está el tiempo del no-trabajo, el tiempo de la fiesta. Los esclavos no tienen tiempo libre: sin el tiempo de la fiesta el trabajo se vuelve esclavista, aunque sea muy bien pagado; y para poder hacer fiesta debemos trabajar. En las familias donde hay desempleados, nunca es verdaderamente domingo y las fiestas se convierten a veces en días de tristeza porque falta el trabajo del lunes. Para celebrar la fiesta, es necesario poder celebrar el trabajo. Uno marca

el tiempo y el ritmo del otro.  
Van juntos.

Comparto también que el consumo es un ídolo de nuestro tiempo. El consumo es el centro de nuestra sociedad, y por tanto el placer que el consumo promete. Grandes tiendas, abiertas 24 horas al día, todos los días, nuevos "templos" que prometen la salvación, la vida eterna; cultos de puro consumo y por tanto de puro placer. Es también esta la raíz de la crisis del trabajo de nuestra sociedad: el trabajo es fatiga, sudor. La Biblia lo sabía muy

bien y nos lo recuerda. Pero una sociedad hedonista, que ve y quiere solo el consumo, no entiende el valor de la fatiga y del sudor y entonces no entiende el trabajo. Todas las idolatrías son experiencias de puro consumo: los ídolos no trabajan. El trabajo es alumbramiento: son dolores para poder generar luego alegría por lo que se ha generado juntos. Sin encontrar una cultura que estima la fatiga y el sudor, no encontraremos una nueva relación con el trabajo y continuaremos

soñando con el consumo de puro placer. El trabajo es el centro de cada pacto social: no es un medio para poder consumir, no. Es el centro de cada pacto social. Entre el trabajo y el consumo hay muchas cosas, todas importantes y bonitas, que se llaman dignidad, respeto, honor, libertad, derechos, derechos de todos, de las mujeres, de los niños, de las niñas, de los ancianos... Si malvendemos el trabajo al consumo, con el trabajo pronto malvenderemos también todas



estas palabras hermanas  
suyas: dignidad, respeto, honor,  
libertad. No debemos  
permitirlo, y debemos  
continuar pidiendo trabajo,  
generándolo, estimándolo,  
amándolo. También  
a *rezándolo*: muchas de las  
oraciones más bonitas de  
nuestros padres y abuelos eran  
oraciones de trabajo,  
aprendidas y rezadas antes,  
después y durante el trabajo. El  
trabajo es amigo de la oración;  
el trabajo está presente todos  
los días en la Eucaristía, cuyos  
dones son el fruto de la tierra y

del trabajo del hombre. Un mundo que ya no conoce los valores y el valor del trabajo, no entiende ya ni siquiera la Eucaristía, la oración verdadera y humilde de las trabajadoras y los trabajadores. Los campos, el mar, las fábricas han sido siempre "altares" desde los cuales se han elevado oraciones bonitas y puras, que Dios ha acogido y guardado. Oraciones dichas y rezadas por quien sabía y quería rezar pero también dichas con las manos, con el sudor, con la fatiga del trabajo por quien no sabía

rezar con la boca. Dios ha acogido también estas y continúa acogiéndolas también hoy.

Por esto, querría terminar este diálogo con una oración: es una oración antigua, el "Ven, Espíritu Santo", que es también una oración del trabajo y por el trabajo:

"Ven Espíritu Santo, envía tu luz desde el cielo. Ven Padre amoroso del pobre; Padre de los trabajadores y de las trabajadoras. Don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del

mayor consuelo. Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos. Lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero. Reparte tus Siete Dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca

salvarse y danos tu gozo eterno. Amén”.

¡Gracias!

Y ahora, pido al Señor que os bendiga a todos vosotros, bendiga a todos los trabajadores, los empresarios, los desempleados. Cada uno de nosotros piense en los empresarios que hacen de todo para dar trabajo; piense en los desempleados, piense en los trabajadores y trabajadoras. Y descienda esta bendición sobre todos nosotros y sobre ellos.

[Bendición]

¡Muchas gracias!



27 de mayo de 2017. Discurso  
en el encuentro con sacerdotes  
y consagrados.

Catedral de San Lorenzo.

Sábado.

Visita pastoral del Papa  
Francisco a Génova.

**Papa Francisco:**

Hermanos y hermanas, os  
invito a rezar juntos por  
nuestros hermanos coptos  
egipcios que fueron asesinados  
porque no querían renegar de

la fe. Junto a ellos, a sus obispos, a mi hermano Teodoro, os invito a rezar juntos en silencio y después un avemaría. [Silencio - "avemaría"] Y no olvidemos que hoy los mártires cristianos son más que en tiempos antiguos, que los primeros tiempos de la Iglesia. Son más.

**Don Andrea Carcasole:**

*Soy vicepárroco de la parroquia de San Bartolomé de la Certosa aquí en Génova, que es una parroquia de 12 mil habitantes. Le pedimos hoy los criterios para vivir una intensa vida*



*espiritual en nuestro ministerio que, en la complejidad de la vida moderna y de las tareas también administrativas, tiende a hacernos vivir dispersos y fragmentados.*

### **Papa Francisco:**

Gracias Don Andrea por la pregunta. Yo diré que cuanto más imitemos el estilo de Jesús, mejor haremos nuestro trabajo de pastores. Este es el criterio fundamental: el *estilo* de Jesús. ¿Cómo era el estilo de Jesús como pastor? Siempre en camino. Los Evangelios, con los matices

propios de cada uno, pero siempre nos hacen ver a Jesús en camino, en medio de la gente, la "multitud" dice el Evangelio. Distingue bien el Evangelio los discípulos, la multitud, los doctores de la ley, los saduceos, los fariseos... Distingue el Evangelio: es interesante. Y Jesús estaba en medio de la multitud. Si nosotros imaginamos cómo era el horario de la jornada de Jesús, leyendo los Evangelios podemos decir que la mayor parte del tiempo lo pasaba en la calle. Esto quiere decir

cercanía a la gente, cercanía a los problemas. No se escondía. Después, por la noche, muchas veces se escondía para rezar, para estar con el Padre. Y estas dos cosas, esta forma de ver a Jesús, en la calle y en oración, ayuda mucho a nuestra vida cotidiana, que no está en camino, está *con prisas*. Son cosas diferentes. De Jesús se dice que quizá iba un poco con prisas cuando iba hacia la Pasión: "con decisión" fue a Jerusalén. Pero esta costumbre, esta forma "enloquecida" de vivir siempre mirando el reloj

—“tengo que hacer esto, esto, esto...”— no es una forma pastoral, Jesús no hacía esto. Jesús nunca estaba parado. Y, como todos los que caminan, Jesús estaba expuesto a la dispersión, a ser “fragmentado”. Por eso me gusta la pregunta, porque se ve que nace de un hombre que *camina* y no es estático. No debemos tener miedo del movimiento y de la dispersión de nuestro tiempo. Pero el miedo más grande en el que tenemos que pensar, que podemos imaginar, es una vida *estática*: una vida del

sacerdote que tiene todo bien resuelto, todo en orden, estructurado, todo está en su sitio, los horarios —a qué hora se abre la secretaría, la iglesia se cierra a tal hora...—. Yo tengo miedo del sacerdote estático. Tengo miedo. También cuando es estático en la oración: yo rezo de tal a tal hora. ¿Pero no te entran ganas de ir a pasar con el Señor una hora más para mirarlo y dejarte mirar por Él? Esta es la pregunta que yo haría al sacerdote *estático*, que tiene todo perfecto, organizado... Yo

diría que una vida así, tan estructurada, no es una vida cristiana. Quizá ese párroco es un buen empresario, pero yo me pregunto: ¿es cristiano? O al menos ¿vive como cristiano? Sí, celebra la misa, ¿pero el estilo es un estilo cristiano? O quizá es un creyente, un buen hombre, vive en gracia de Dios, pero con un estilo de empresario. Jesús siempre ha sido un hombre de calle, un hombre de camino, un hombre abierto a las sorpresas de Dios. Sin embargo, el sacerdote que tiene todo planificado, todo

estructurado, generalmente está cerrado a las sorpresas de Dios y se pierde esta alegría de la sorpresa del encuentro. El Señor te toma cuando no te lo esperas, pero estás abierto. Un primer criterio *es no tener miedo de esta tensión* que nos toca vivir: nosotros estamos en camino, el mundo es así. Es un signo de vida, de vitalidad: un padre, una madre, un educador está siempre expuesto a esto y vive la tensión. Un corazón que ama, que se da, siempre vivirá así: expuesto a esta tensión. Y alguno puede también tener la

fantasía de decir: "Ah, yo me haré sacerdote de clausura, monja de clausura, y así no tendré esta tensión". Pero también los padres del desierto iban al desierto para *luchar* más. Esa lucha, esa tensión.

Y yo creo que tenemos que pensar sobre esto en algunos aspectos. Si miramos a Jesús, los Evangelios nos hacen ver dos momentos, que son fuertes, que son el fundamento. Dije esto al inicio y lo repito ahora: *el encuentro con el Padre y el encuentro con*



*las personas.* La mayoría de las personas con las que se encontraba Jesús eran gente que tenía necesidad, gente necesitada —enfermos, endemoniados, pecadores—, también gente marginada, leprosos. Y el encuentro con el Padre. En el encuentro con el Padre y con los hermanos, allí se da esta tensión: todo se debe vivir en esta clave del *encuentro*. Tú, sacerdote, tú te encuentras con Dios, con el Padre, con Jesús en la eucaristía, con los fieles: te *encuentras*. No hay un muro

que impida el encuentro; no hay una formalidad demasiado rígida que impida el encuentro. Por ejemplo, *la oración*: tú puedes estar una hora delante del Tabernáculo, pero sin encontrar al Señor, rezando como un loro. ¡Pero tú así pierdes el tiempo! La oración: si tú rezas, reza y encuentra al Señor, permanece en silencio, déjate mirar por el Señor; di una palabra al Señor, pide algo. Quédate en silencio, escucha qué dice, qué te hace sentir... *Encuentro*. Y con la gente lo mismo. Nosotros

sacerdotes sabemos cuánto sufre la gente cuando viene a pedirnos un consejo o cualquier cosa. “¿Qué pasa?... Sí, sí, pero ahora no tengo tiempo, no...”. Deprisa, no en camino, deprisa, esta es la diferencia. Eso que está parado y eso que va deprisa nunca se encuentran. Conocí un buen sacerdote que tenía una gran genialidad: fue un profesor de literatura de alto, altísimo nivel, porque él era un poeta y conocía bien las letras. Y cuando se jubiló —es un religioso— pidió a su provincial que lo mandara a un

parroquia de las villas miserias, con los pobres pobres. Para tener este servicio, un hombre de esa cultura, fue allí realmente con ganas de encontrar —era un hombre de oración—; de continuar encontrando a Jesús y encontrar un pueblo que no conocía: el pueblo de los pobres; fue con mucha generosidad. Este hombre pertenecía a la comunidad donde yo estaba, la comunidad religiosa. Y el provincial le dijo: “un día a la semana ve a la comunidad”. Y él venía a

menudo, hablaba con todos nosotros, se confesaba, aprovechaba y volvía. Un día me dijo: "Pero estos teólogos... les falta algo". Yo le dije: "¿Qué les falta?". "Por ejemplo, el profesor de eclesiología, debe hacer dos tesis nuevas". "¿Ah sí, cuáles?". Y él decía así: "El pueblo de Dios, la gente en la parroquia, es ontológicamente *pesada*, es decir que cansa, y metafísicamente, esencialmente *olímpico*". ¿Qué quiere decir "olímpico"? Qué hace lo que quiere; tú puedes

darle un consejo, pero luego se verá... Y cuando tú trabajas con la gente, la gente te cansa, y a veces también te harta un poco. ¡Pero es el Pueblo de Dios! Piensa en Jesús, que lo tiraban de una parte y de la otra. Piensa en Jesús, en esa vez en la que estaba en la calle y decía: "¿Pero quién me ha tocado?" — "Pero Maestro, ¿qué dices? Mira cuánta gente hay a tu alrededor". "Alguien me ha tocado" — "Pero mira...".

Siempre la gente cansa.

Dejarse cansar por la gente; no defender demasiado la propia

tranquilidad. Voy al confesionario: hay fila, y después yo tenía idea de salir... No la misa, sino una cosa que se podía hacer o no hacer, eso es, entonces yo tenía en mente esto, miro el reloj y ¿qué hago? Es una opción: permanezco en el confesionario y sigo confesando hasta que termine, o digo a la gente: "Tengo otro compromiso, lo siento, hasta pronto". Siempre encontrando a la gente. Pero este encuentro con la gente es muy morficante, ¡es una cruz! Encontrar a la gente es una

cruz, quizá estarán en la parroquia una, dos, diez personas —ancianas— que te preparen un postre y te lo lleven, buenas... ¡Pero cuántos dramas tienes que ver! Y esto cansa el alma y te lleva a la oración de intercesión.

Yo diría estas dos cosas, en esta tensión. Es muy importante. Y uno de los signos de que no se está yendo por el buen camino es cuando el sacerdote habla demasiado de sí mismo, demasiado: de las cosas que hace, que le gusta hacer... es autorreferencial. Es un signo



que ese hombre no es un hombre de encuentro, como mucho es un hombre del espejo, le gusta reflejarse a sí mismo; necesita llenar el vacío del corazón hablando de sí mismo. Sin embargo el sacerdote que lleva una vida de encuentro, con el Señor en la oración y con la gente hasta el final del día, está "destrozado", san Luigi Orione decía "como un trapo". Y uno puede decir: "Pero, Señor, necesito otras cosas...". ¿Estás cansando? Ve adelante. Ese cansancio es santidad, siempre que haya

oración. De otra forma, podría ser también un cansancio de autorreferencialidad. Debéis, vosotros sacerdotes, examinaros sobre esto: ¿soy hombre de encuentro? ¿Soy hombre de tabernáculo? ¿Soy hombre de calle? ¿Soy hombre "de oído", que sabe escuchar? O cuando empiezan a decirme las cosas, respondo enseguida: "Sí, sí, las cosas son así y así...". ¿Me dejo cansar por la gente? Este era Jesús. No hay fórmulas. Jesús tenía una clara conciencia de que su vida era para los otros: para el Padre y

para los otros, no para sí mismo. Se daba, se daba: se daba a la gente, se daba al Padre en la oración. Y su vida la ha vivido en clave de misión: "Yo soy enviado por el Padre para decir estas cosas..."

Una cosa que no nos ayuda es la debilidad en la diocesanidad. Pero de esto hablaré respondiendo a otra pregunta. Nos hará bien, hará bien a todos los sacerdotes recordar que solamente Jesús es el Salvador, no hay otros salvadores. Y quizá pensar que Jesús nunca, nunca, se ha

unido a las estructuras, sino que siempre se unía a las relaciones. Si un sacerdote ve que en su vida su conducta está demasiado unida a las estructuras, algo no va bien. Y Jesús esto no lo hacía, Jesús se unía a las relaciones. Una vez escuché a un hombre de Dios —creo que introducirán la causa de beatificación de este hombre— que decía: “En la Iglesia se debe vivir ese dicho: “mínimo de estructuras por el máximo de vida, y nunca el máximo de estructuras por el mínimo de vida”. Sin relaciones

con Dios y con el prójimo, nada tiene sentido en la vida de un sacerdote. Harás carrera, irás a ese lugar, a ese otro; a esa parroquia que te gusta o a una terna para ser obispo. Harás carrera. Pero, ¿el corazón? Permanecerá vacío, porque tu corazón está unido a las estructuras y no a las relaciones, las relaciones esenciales: con el Padre, con Dios, con Jesús y con las personas. Esta es un poco la respuesta sobre los criterios que quiero daros. "Pero, Padre, usted no es moderno... Estos

criterios son antiguos...". ¡Así es la vida, hijo! ¡Son los viejos criterios de la Iglesia que son modernos, ultramodernos!

**Don Pasquale Revello:**

*Soy un párroco. Trabajo en Recco, una bonita ciudad en el mar, en la parroquia de San Juan Bautista: 7.000 habitantes. Quisiéramos vivir mejor la fraternidad sacerdotal tan aconsejada por nuestro cardenal arzobispo y promovida con encuentros diocesanos, vicariales, peregrinaciones, retiros y ejercicios espirituales, semanas de comunidad. ¿Nos*

*puede dar alguna indicación?*

**Papa Francisco:**

Gracias, don Pasquale.

¿Cuántos años tiene usted?

**Don Pasquale:**

*81 cumplidos.*

¡Somos de la misma edad! Pero le confieso algo: escuchándole hablar así, ¡hubiera pensado que tiene 20 años menos!

Fraternidad: es una bonita palabra, pero no se cotiza en la bolsa de valores. Es una palabra que no se cotiza en la bolsa de valores. Es muy difícil, la fraternidad, entre nosotros. Es un trabajo de todos los días,

la fraternidad presbiteral.  
Quizá sin darnos cuenta, pero  
corremos el riesgo de crear esa  
imagen del sacerdote que sabe  
todo, no necesita que le digan  
nada más: "Yo sé todo, sé  
todo". Hoy los niños dirían:  
"¡Este es un  
sacerdote *google* o *wikipedia*!".  
Sabe todo. Y esta esta una  
realidad que hace mal a la vida  
presbiteral: la autosuficiencia.  
Este tipo de sacerdote dice:  
"¿Por qué perder tiempo en  
reuniones?... Y cuántas veces  
estoy en reuniones y está  
hablando el hermano



sacerdote, y yo estoy en órbita en mis pensamientos, pienso en las cosas que tengo que hacer mañana...". Yo hago la pregunta: "¿Sabéis que desde el próximo año crecerá la aportación del 8 por mil para los sacerdote?" entonces, "la órbita" baja enseguida, porque ¡hay algo que ha tocado el corazón! ¿Esto te interesa? ¿Y eso que dice ese sacerdote joven o ese sacerdote viejo o ese sacerdote de mediana edad, no te interesa? Una bonita pregunta para hacerse: en las reuniones, cuando me

siento un poco lejos de lo que está diciendo el otro, o no me interesa, preguntarme: "Pero ¿por qué no me interesa esto? ¿Qué es lo que me interesa? ¿Dónde está la puerta para llegar al corazón de ese hermano sacerdote que está hablando y diciendo de su vida, que es riqueza para mí?". ¡Es una verdadera ascesis la de la fraternidad sacerdotal! La fraternidad. Escucharse, rezar juntos...; y después una buena comida juntos, hacer fiesta juntos... para los sacerdotes jóvenes, un partido de fútbol

juntos... ¡Esto hace bien! Hace bien. Hermano. La fraternidad, tan humana. Hacer con los sacerdotes del presbiterio lo que hacía con mis hermanos: este es el secreto. Pero está el egoísmo; debemos recuperar el sentido de la fraternidad que... sí, se habla pero no ha entrado todavía en el corazón de los presbíteros, no ha entrado profundamente. En algunos un poco, en algunos menos, pero debe entrar más. Lo que sucede al otro, me afecta; lo que dice el hermano, puede decirlo también para ayudarme a

resolver un problema que yo tengo. "Pero ese piensa de forma diferente a mí...".

¡Escúchalo! Y toma lo que te sirve. Los hermanos son riqueza los unos para los otros. Y esto es lo que abre el corazón: recuperar el sentido de la fraternidad. Es una cosa muy seria. Nosotros sacerdotes, nosotros obispos, no somos el Señor. No. El Señor es Él. Nosotros somos los discípulos del Señor, y debemos ayudarnos los unos a los otros. También pelear, como peleaban los discípulos cuando se

preguntaban quién era el más grande de ellos. También pelear. Es bonito también escuchar discusiones en las reuniones sacerdotales, porque si hay discusión hay libertad, hay amor, hay confianza, ¡hay fraternidad! No tener miedo. Más bien, es necesario tener miedo de lo contrario: no decir las cosas, para después, detrás: "¿Has escuchado qué ha dicho este tonto? ¿Has escuchado que idea extravagante?". La murmuración, el "despellejarse" el uno al otro, la rivalidad... Os diré una

cosa... He pensado tres veces si puedo decirla o no. Sí, la puedo decir. No sé si *debo* decirla, pero la *puedo* decir. Vosotros sabéis que para hacer el nombramiento de un obispo se pide información a los sacerdotes y también a los fieles, a las consagradas sobre este sacerdote, y allí, en el cuestionario que manda el nuncio, se dice: "esto es secreto". No se puede decir a nadie, pero este sacerdote es un posible candidato a convertirse en obispo. Y se piden informaciones. Algunas

veces se encuentran verdaderas calumnias y opiniones que, sin ser calumnias graves, devalúan al sacerdote; y se entiende enseguida que detrás hay rivalidad, celos, envidia... Cuando no hay fraternidad sacerdotal, hay —es dura la palabra— hay traición: se traiciona al hermano. Se vende al hermano. Para ir arriba yo. Se “despelleja” al hermano. Pensad, haced un examen de conciencia sobre esto. Os pregunto: ¿cuántas veces he hablado bien, he escuchado

bien, en una reunión,  
hermanos sacerdotes que  
piensan distinto o que no me  
gustan? ¿Cuántas veces,  
apenas han empezado a hablar,  
he cerrado los oídos? ¿Y  
cuántas veces les he criticado,  
"desplumado", "despellejado" a  
escondidas? El enemigo grande  
contra la fraternidad sacerdotal  
es este: la murmuración por  
envidia, por celos o porque no  
me va bien, o porque piensa de  
otra manera. Y por tanto es  
más importante la ideología de  
la fraternidad; es más  
importante la ideología de la



doctrina... ¿Pero a dónde hemos llegado? Pensad. La murmuración o el juzgar mal a los hermanos es un "mal de clausura": cuanto más encerrados estamos en nuestros intereses, más criticamos a los demás. Y nunca tener ganas de tener la última palabra: la última palabra será la que sale sola, o la dirá el obispo; pero yo digo la mía y escucho la de los demás. Después cuando hay sacerdotes enfermos, físicamente enfermos, vamos a visitarles, les ayudamos... Pero peor,

cuando están enfermos psíquicamente; y cuando están enfermos moralmente. ¿Hago penitencia por ellos? ¿Rezo por ellos? ¿Trato de acercarme para ayudar, para hacerles ver la mirada misericordiosa del Padre? ¿O voy enseguida donde otro amigo mío para decirle: "¿sabes? He sabido que aquel esto, aquel lo otro...?". Y lo "ensucio" todavía más. Pero si ese pobrecito ha caído víctima de satanás, ¿también tú quieres aplastarlo? Estas cosas no son fábulas: esto sucede, esto pasa. Y además otra cosa

que puede ayudar es saber que ninguno de nosotros es el todo. Todos somos parte de un cuerpo, del cuerpo de Cristo, de la Iglesia, de esta Iglesia particular. Y quien pretende ser el todo, tener siempre razón o tener ese lugar o ese otro, se equivoca. Pero esto se aprende desde el seminario. Sé que aquí hay superiores de los seminarios, formadores, padres espirituales. Esto es muy importante. Un buen arzobispo vuestro, el cardenal Canestri, decía que la Iglesia es como un río: lo importante es

estar *dentro* del río. Si estás en el centro o más a la derecha o más a la izquierda, pero dentro del río, esto es una variedad lícita. Lo importante es estar *dentro* del río. Muchas veces nosotros queremos que el río se estreche solo por nuestra parte y condenamos a los otros... esto no es fraternidad. Todos dentro del río. Todos. Esto se aprende en el seminario. Y yo aconsejo a los formadores: si vosotros veis un seminarista bueno, inteligente, que parece bueno, es bueno pero es un hablador

[cotilla], expulsadle. Porque después esta será una hipoteca para la fraternidad presbiteral. Si no se corrige, expulsadle. Desde el inicio. Hay un refrán, no sé como se dice en italiano: "Cría cuervos y te comerán los ojos". Si en el seminario tu crías "cuervos" que "chismorrean", destruirán cualquier presbiterio, cualquier fraternidad en el presbiterio. Y después hay muchas pruebas: el párroco y el vice-párroco, por ejemplo. A veces están de acuerdo de forma natural, son del mismo temperamento; pero

muchas veces son diferentes, muy diferentes, porque en el río uno está en esta parte y el otro en la otra parte: pero todos dentro del río. Haced un esfuerzo para entenderos, para amaros, para hablaros... Lo importante es estar dentro del río. Y lo importante es no chismorrear del otro, y buscar la unidad. Y debemos encender las luces, las riquezas, los dones, los carismas de cada uno. Esto es importante. Los Padres del desierto nos enseñaron mucho sobre esto: sobre la fraternidad, el perdón,

la ayuda. Una vez fueron a ver a Abba Pafnuzio algunos monjes: estaban preocupados por un pecado que había cometido uno de sus hermanos, y se dirigieron a él para pedir ayuda. Pero, antes de ir, habían cotilleado entre ellos, bastante. Y Abba Pafnuzio, después de haberles escuchado, dijo: "Sí, yo he visto en la orilla del río un hombre que estaba en el barro hasta las rodillas. Y algunos hermanos querían ayudarlo, y le han hecho ir hacia abajo hasta el cuello". Hay algunas "ayudas" que lo

que buscan es destruir y no ayudar: están solo disfrazadas de ayuda. En la murmuración, siempre sucede esto. Algo que nos ayudará mucho, cuando nos encontremos ante los pecados o cosas feas de nuestros hermanos, cosas que buscan romper la fraternidad, es hacernos la pregunta: "¿Cuántas veces yo he sido perdonado?". Esto ayuda. Gracias Don Pasquale. Y gracias por su juventud.

**Madre Rosangela Sala,**  
**presidente USMI Ligure:**  
*Soy del Instituto de las*



*hermanas de la Inmaculada y represento la parte femenina de la vida consagrada de Liguria. Sabemos que usted ha vivido una larga experiencia de consagración vivida en situaciones diferentes y con diferentes roles. ¿Qué puede decirnos para que podamos vivir nuestra vida con creciente intensidad respecto al carisma, al apostolado y en nuestra diócesis, que es la Iglesia?*

Gracias, Madre. Yo a la Madre Rosangela la conozco desde hace años... Es una buena mujer, pero tiene un defecto.

¿Puedo decirlo? ¡Conduce a 140! [ríe, ríen]. Le gusta ir rápido, pero es buena. Usted ha dicho una palabra que me gusta mucho, me gusta mucho: la *diocesanidad*. Más que una palabra, es una dimensión que me gustaría unir con las preguntas precedentes. Una dimensión de nuestra vida de Iglesia, porque la diocesanidad es lo que nos salva de la abstracción, del nominalismo, de una fe un poco gnóstica o solamente que "vuela por el aire". La diócesis es esa porción del Pueblo de Dios que tiene un

rostro. En la diócesis está el rostro del Pueblo de Dios. La diócesis ha hecho, hace y hará historia. Todos estamos incluidos en la diócesis. Y esto nos ayuda para que nuestra fe no sea teórica, sino práctica. Y vosotras consagradas y consagrados, sois un regalo para la Iglesia, porque cada carisma, cada uno de los carismas es un regalo para la Iglesia, para la Iglesia universal. Pero siempre es interesantes ver cómo cada uno de los carismas nacen en un lugar concreto y muy unido a la

vida de esa diócesis concreta. Los carismas no nacen en el aire, sino en un lugar concreto. Después el carisma crece, crece, crece y tiene un carácter muy universal; pero al principio, siempre tiene una concreción. Es bonito recordar cómo no haya un carisma sin una experiencia fundadora concreta. Y que normalmente no está unida a una misión universal, sino a una diócesis, a un lugar concreto. Después se hace universal, pero al principio, en las raíces... Pensemos en los franciscanos.

Si uno dice: "Soy franciscano",  
¿cuál es el lugar que viene a la  
mente? ¡Asís! ¡Enseguida!  
"¡Pero somos universales!". Sí,  
estáis por todos lados, es  
verdad, pero está el origen  
concreto. Y vivir intensamente  
el carisma es querer encarnarlo  
en un lugar concreto.  
El carisma debe ser encarnado:  
nace en un lugar concreto y  
después crece y continúa  
encarnándose en lugares  
concretos. Pero siempre es  
necesario buscar dónde ha  
nacido, cómo ha nacido el  
carisma, en qué ciudad, en qué

barrio, con qué fundador, qué fundadora, cómo se ha formado... Y esto nos enseña a amar a la gente de los lugares concretos, amar gente concreta, tener ideales concretos: la concreción la da la diocesanidad. La concreción de la Iglesia la da la diocesanidad. Y esto no quiere decir matar el carisma, no. Esto ayuda al carisma a hacerse más real, más visible, más cercano. Y después, de vez en cuando — cada seis años normalmente— los consagrados se reúnen en capítulo, y provienen de las

diferentes "*concreciones*", y esto hace crecer al instituto. Pero siempre con la raíz en la diocesanidad: en las diferentes diócesis, donde este carisma ha nacido y donde ha ido. Esta es la concreción. Cuando la universalidad de un instituto religioso, que crece y va y va, se olvida de incluirse en los lugares concretos, en las diócesis concretas, esta orden religiosa al final se olvida de dónde ha nacido, del carisma fundador. Se universaliza a modo de las Naciones Unidas, por ejemplo. "Sí, hacemos una

reunión universal, todos juntos...". Pero no está esa *concreción* de la diocesanidad: dónde ha nacido el carisma y dónde ha ido después y si se ha incluido en esas Iglesias particulares. ¡No existen institutos religiosos voladores! Y si alguno tiene esta pretensión, terminará mal. Siempre las raíces en la diócesis. Y aquí está la no fácil relación entre los religiosos consagrados y los obispos. Ahora se está trabajando en un nuevo proyecto para hacer de nuevo el documento *Mutuae*



relaciones, que tiene 40 años, y es el momento de revisarlo.

Porque siempre hay conflictos, también conflictos de crecimiento, conflictos buenos, y también algunos no tan buenos. Pero esto es importante: un carisma que tenga la intención de no tomar en serio el aspecto de la diocesanidad y se refugia solamente en los aspectos *ad intra*, esto le llevará a una espiritualidad autorreferencial y no universal como la Iglesia de Jesucristo.

Esta palabra me ha gustado

mucho, Madre: diocesanidad. Donde el carisma ha nacido y donde se inserta su crecimiento.

Un segundo aspecto que me gustaría subrayar es la *disponibilidad*. Una disponibilidad a ir donde hay más riesgo, donde hay más necesidad, donde se necesita más. No para cuidar de sí mismos: para ir a donar el carisma e insertarse donde hay más necesidad. La palabra que uso a menudo es *periferias*, pero yo digo *todas* las periferias, no solo las de la

pobreza, todas. También esas del pensamiento, todas.

Insertarse en ellas. Y estas periferias son el reflejo de los lugares donde ha nacido el carisma primordial. Y cuando digo *disponibilidad*, digo también revisión de las obras.

Es verdad, a veces se hacen revisiones porque no hay personal y se debe hacer. Pero también cuando hay personal, cuando hay gente, preguntarse: ¿nuestro carisma es necesario en esta diócesis? ¿O será más necesario en otra parte y a este lugar podrá venir

otro carisma a ayudar? Estar disponibles a ir *más allá*, siempre más allá: el "*Deus semper maior*". Siempre ir más allá, más allá... Estar disponibles y no tener miedo de los riesgos; con la prudencia del gobierno, pero... Esto es importante, estas dos cosas, diría: *diocesanidad y disponibilidad*. Diocesanidad como referencia al nacimiento, y también disponibilidad para crecer e insertarse en la diócesis. Diría esto, retomando su palabra, *diocesanidad*. Gracias.

**Padre Andrea Caruso, O.F.M.**

## **Cap.:**

*Soy sacerdote de la orden de los hermanos menores capuchinos de Liguria. Esta es la pregunta: ¿cómo vivir y afrontar el descenso general de vocaciones a la vida sacerdotal y a la vida consagrada?*

Se dice de los franciscanos que se reúnen siempre, y se dice: "Cuando no están en capítulo, están en versículo". Siempre están en alguna reunión, están reunidos.

Por tanto el descenso [de las vocaciones]. Hay un problema demográfico: el descenso

demográfico en Italia. Nosotros estamos bajo cero, y si no hay chicos y chicas jóvenes, no habrá vocaciones. Era más fácil en tiempo de familias más numerosas tener vocaciones. Hay un descenso que es también consecuencia del descenso demográfico. No es la única razón, pero esta tenemos que tenerla presente. Es más fácil convivir con un gato o con un perro que con los hijos. Porque yo me aseguro el amor programado, porque no son libres, yo les crío hasta un cierto punto, hay una relación,

me siento acompañado o acompañada con el gato, con el perro, y no con los hijos. Uno de mis asistentes, que tiene tres [hijos] me dice esto [ríe]. Sí, es verdad. En cada época, debemos ver las cosas que suceden como un paso del Señor: hoy el Señor pasa entre nosotros y nos plantea esta pregunta: "¿Qué sucede?" ¿Qué sucede? El descenso es verdad. Pero yo me hago otra pregunta: ¿qué nos dice o nos está pidiendo el Señor, ahora? La crisis vocacional es una crisis que afecta a toda la

Iglesia, todas las vocaciones:  
sacerdotales, religiosas,  
laicales, matrimoniales...  
Piensa en la vocación al  
matrimonio, que es tan bonita.  
No se casan, los jóvenes; viven  
juntos, prefieren eso. Es una  
crisis transversal, y debemos  
pensar las cosas así. Es una  
crisis que toca a todos, también  
la vocación matrimonial. Una  
crisis transversal. Y como tal es  
un tiempo para preguntarse,  
para preguntar al Señor y  
preguntarnos a nosotros: ¿qué  
debemos hacer? ¿qué debemos  
cambiar? Afrontar los



problemas es algo necesario; y aprender de los problemas es algo obligatorio. Y nosotros tenemos que aprender también de los problemas. Buscar una respuesta que no sea una respuesta reductiva, que no sea una respuesta “de conquista”. Algo feo que ha sucedido en la Iglesia aquí en Italia —estoy hablando de los años noventa, más o menos—: algunas congregaciones que no tenían casas en Filipinas, iban y traían aquí a las chicas, las han “mimado” y las jóvenes venían. Buenas chicas, buenas...

Después, la mayoría lo dejaba. Yo recuerdo, en el Sínodo de 1994, una carta pastoral de los obispos de Filipinas que prohibían hacer esto, y las congregaciones que no tienen casas en Filipinas no pueden hacer esto. Primero. Segundo: la formación inicial se debe hacer en el país [de origen], después se puede ir a otro país, pero la formación inicial, en el propio país. Y recuerdo como si fuera hoy, creo que era en el "Corriere della Sera", el gran titular: "La trata de novicias". Fue un escándalo. También en

algunos países latinoamericanos. Estoy pensando en una congregación... Tomaban el autobús e iban a ciertos lugares pobres, y convencían a las chicas para venir a Buenos Aires y hacerse novicias, y venían. Y después las cosas no iban bien. Y aquí, en Italia —en Roma— este es un dato de hace 15 años, he sabido de algunas congregaciones que iban a los países ex-comunistas de Europa central en busca de vocaciones, chicas, países pobres... Venían, pero no tenían vocación, pero

no querían volver; algunas encontraban un trabajo y otras, pobrecillas, terminaban en la calle.

Es difícil el trabajo vocacional, pero se debe hacer. Es un desafío. Debemos ser creativos, en el trabajo vocacional. El otro día estuvieron en una reunión —antes de vuestro capítulo en la provincia de las Marcas, vinieron a verme. Casi todos. A hacer una especie de pre-capítulo con el Papa. ¡Muchos jóvenes! “¿Cómo tenéis tantas vocaciones?” — “No lo sé, tratamos de vivir la vida como

la quería san Francisco". La fidelidad al carisma fundador. Y cuando hay congregaciones que son fieles al carisma fundador, pero con ese amor que hace ver la actualidad que tiene ese carisma, la belleza, eso atrae. Y después el testimonio. Si nosotros queremos consagrados, consagradas, sacerdotes, debemos dar testimonio de que somos felices, que estamos felices. Y que terminamos nuestra vida felices por la elección que Jesús ha hecho de nosotros. El testimonio de alegría, también

en la forma de vivir. Hay consagrados, consagradas, sacerdotes, obispos cristianos, pero viven como paganos. Un joven, una joven de hoy mira y dice: "¡No, así yo no quiero!". Y esto empuja fuera a la gente. Después, es importante la conversión pastoral y misionera. Una de las cosas que los jóvenes de hoy buscan mucho es la misionariedad. El celo apostólico: ver en el testimonio también un gran celo apostólico, que uno no vive para sí mismo, que vive para los otros, que da la vida,

da la vida. Una vez —lo supe apenas ordenado obispo, en el año '92— supe que una congregación de monjas del lugar de donde era, en el barrio, en la zona de Buenos Aires donde yo era obispo auxiliar, estaban reformando la casa de las hermanas. Tenían un colegio muy rico, muy rico. Tenían dinero. Y tenían razón: la casa de las hermanas debía ser un poco reformada. La habían hecho bien: también con el baño privado. Está bien —pensé yo— si es una cosa austera, hoy también una

comodidad moderna es importante, no hay problema... Pero al final hicieron un edificio de lujo, para las monjas. Y también —estoy hablando de 1992, hoy sería más comprensible, no lo sé, no estaría bien, pero no escandalizaría tanto— en cada una de las habitaciones de las hermanas, una televisión. ¿Cuál fue el resultado? Desde las dos hasta las cuatro de la tarde no encontrabas una monja en el colegio: cada una estaba en su habitación viendo la telenovela. La mundanidad.



La mundanidad espiritual. Y la gente, los jóvenes piden testimonio de autenticidad, de celo apostólico, de armonía con el carisma. Y también nosotros darnos cuenta de que con estos comportamientos somos nosotros mismos los que provocamos ciertas crisis vocacionales. Hemos sido nosotros mismos. Es necesaria una conversión pastoral, una conversión misionera. Os invito a tomar esa parte de la *Evangelii gaudium* que habla de esto, sobre la necesaria conversión misionera, y este es

un testimonio que atrae vocaciones.

Después, las vocaciones están, Dios las da. Pero si tú — sacerdote o consagrado o monja— estás siempre ocupado, no tienes tiempo de escuchar a los jóvenes que viene, que no vienen... "Sí, sí, mañana...". ¿Por qué? Los jóvenes son "aburridos", vienen siempre con las mismas preguntas... Si tú no tienes tiempo, ve a buscar a otra persona que pueda escuchar. Escucharles. Y después, los jóvenes están siempre en

movimiento: es necesario ponerles en el camino misionero. Cuatro días de vacaciones: os invito, vamos a hacer una pequeña misión a ese lugar, a ese pueblo, o vamos a limpiar una escuela de ese pueblo que está sucia.. Y los jóvenes van enseguida. Y haciendo estas cosas, el Señor les habla. El testimonio. Esta es la clave. Esta es la clave. ¿Qué piensa un joven cuando ve un sacerdote, un consagrado o una consagrada? Lo primero que piensa, si tiene algún movimiento del Espíritu: "Yo

quisiera ser como esa, como ese". Allí está la semilla. Nace del testimonio. "¡Yo nunca quisiera ser como ese!". Es el antitestimonio. El testimonio se hace sin palabras.

Y termino con una anécdota. En la zona de Buenos Aires, donde era obispo auxiliar, hay muchos hospitales, pero en todos hay monjas. Y en uno, que estaba cerca de la vicaría, había tres monjas alemanas, muy ancianas, enfermas, de una congregación que no tenían gente para enviar. Y la madre general, con un buen sentido,

las llamó de nuevo: fue una decisión prudente, tomada con la oración, hablando con el obispo... una cosa bien hecha. Y un sacerdote dijo: "Yo conozco a la madre general de un instituto coreano de Seúl, de la Sagrada Familia de Seúl. Puedo escribirla". Escribió. "Vale, vale". Al final, después de cuatro meses, llegaron tres hermanas coreanas. Llegaron un lunes —por decir— el martes arreglaron un poco sus cosas, y el miércoles fueron a las plantas del hospital. Coreanas, sin una palabra de

español. Algunos días después, los enfermos estaban todos felices: “¡Pero que hermanas más buenas! ¡Pero que bonito, lo que dicen!” — “¿Pero cómo — digo— lo que dicen, si no hablan una palabra de español?” — “No, no, pero es la sonrisa, te toman de la mano, te dan una caricia...”. ¡El lenguaje de los gestos! ¡Pero sobre todo el lenguaje del testimonio del amor! Mira, también sin palabras, tú puedes atraer a la gente. El testimonio es decisivo en las vocaciones: es decisivo.

¡Gracias por lo que hacéis!  
¡Muchas gracias! Os pido rezar por mí. Os doy las gracias por vuestra vida consagrada, por vuestra vida presbiterial. Y adelante, adelante, que ¡el Señor es grande y nos dará hijos y nietos en nuestras congregaciones y en nuestras diócesis!

Gracias.

Y ahora os doy la bendición, ¡id adelante con valentía! Y me gustaría saludar a los cuatro que han tenido la valentía de hacer las preguntas.

27 de mayo de 2017. Discurso en el encuentro con los jóvenes de la misión diocesana.

Santuario de Nuestra Señora de la Guardia.

Sábado.

Visita pastoral del Papa Francisco a Génova.

**Papa Francisco:**

Os invito a rezar a la Virgen: cada uno le diga lo que lleva en el corazón. Es nuestra mamá, la Madre de Jesús, nuestra



Madre. En silencio, cada uno le diga lo que siente en el corazón.

*Después de la oración cuatro jóvenes dirigieron al Pontífice algunas preguntas.*

**Chiara Parodi**

*Santidad, ¡qué bonito es tenerle aquí! En Su exhortación apostólica, Evangelii gaudium, Usted ha invitado a toda la Iglesia a salir. Con la sugerencia de nuestro cardenal, hemos comenzado la misión "alegría plena", para retomar las palabras que Jesús dijo en el Evangelio de Juan: «os he dicho*

*esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (15, 11). Le pedimos una bendición sobre nosotros, sobre los chicos que hemos encontrado y que encontraremos e incluso un consejo sobre cómo ser misioneros hacia nuestros coetáneos que viven situaciones difíciles de dolor y que son víctimas de la droga, del alcohol, de la violencia y del engaño del Maligno. ¡Gracias! Le queremos.*

**Luca Cianelli**

*Santo Padre, Usted ha querido*

*que en el próximo año se desarrollase el Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes; tendrá efectivamente como título "Jóvenes, Fe y discernimiento vocacional".*

*Nosotros pensamos que a Dios lo encontramos en la vida de todos los días, en la cotidianidad, en el colegio, con los amigos, en la vida de oración, en el silencio de la oración. Y por ello le pedimos a Usted algún consejo para vivir nuestra vida espiritual y de oración. ¡Gracias!*

**Emanuele Santolini**

*Hola, Papa Francisco. Hoy nuestras vidas tienen ritmos altísimos, frenéticos y esto hace difícil el encuentro, la escucha y sobre todo la construcción de relaciones verdaderas, del compartir verdadero. De manera que muchos de nosotros jóvenes quizás no tenemos tiempo o las ocasiones para encontrar a la persona de su vida, la persona que Jesús ha pensado para nosotros, para construir ese gran proyecto de amor que es el matrimonio. ¿Puede darnos algún consejo sobre cómo conseguir una vida*

*de plenitud y cómo conseguir hacerlo construyendo relaciones verdaderas, plenas, sinceras?  
Gracias.*

## **Francesca Marrollo**

*Santo Padre, cada día los medios de comunicación nos ofrecen realidades de violencia y de guerra, narraciones lejanas y cercanas de grandes sufrimientos. Muchos de nuestros coetáneos, migrantes provenientes de países lejanos, ensangrentados por egoísmos, viven hoy en nuestras ciudades en condiciones muy difíciles. Nosotros estamos convencidos*

*de que a través de estos hermanos nuestros y estas hermanas nuestras, Dios nos está hablando. ¿Qué nos dice? ¿Qué gestos, también junto a la comunidad cristiana adulta, podemos realizar para responder a estos desafíos que la historia, habitada por el Espíritu Santo, hoy nos está proponiendo? ¡Gracias!*

**Papa Francisco:**

¡Buenos días! Yo estoy un poco asustado porque Emanuel ha dicho que "somos todos frenéticos"... [ríe, ríen]. No sé cómo responder. El cardenal ha

hablado de vuestro amor y ha dicho que vuestro amor es un amor *turbulento y alegre*. Y esto es bonito. Entre "frenéticos", "turbulentos" y "alegres", hagamos una bonita macedonia y el resultado será bonito!

Es para mí una alegría encontrarme con vosotros. Es un encuentro que siempre deseo: encontrar a los jóvenes. Qué piensan, qué buscan, qué desean, qué desafíos tienen y muchas cosas. Y vosotros, que no queréis respuestas pre-hechas, vosotros queréis

respuestas concretas pero personales, no como estos trajes que se compran *prêt-à-porter*, no. Respuestas *prêt-à-porter*, vosotros no las queréis. Queréis el diálogo, cosas que toquen el corazón.

Chiara, gracias por compartir esta experiencia que habéis vivido durante este año. Sentir la invitación de Jesús es siempre una alegría plena. Y el Señor dice también: “Y esta alegría plena —en el mismo pasaje del Evangelio— nadie os la podrá quitar” (cf. *Jn 16, 22*). Nadie os la quitará. Alegría.



Que no es lo mismo que divertirse. Sí, te hace feliz, la alegría, pero no es superficial. La alegría que va dentro y nace del corazón; y esta alegría es la que vosotros habéis vivido durante este año. Te doy las gracias.

Ahora, yo querría preguntar — me gustaría, pero no hay tiempo y no se puede, pero... —: cómo habéis sentido que esta experiencia que habéis vivido os ha transformado: ¿es verdad, esto, o son solo palabras? Porque —esta es la pregunta— ¿Ir a hacer misión,

significa dejarse transformar por el Señor? Nosotros, normalmente, cuando vivimos estas cosas, estas actividades, como Chiara ha subrayado bien, nos alegramos cuando las cosas van bien. Y esto es bueno. Pero hay otra transformación, que muchas veces no se ve, está escondida y nace en la vida de cada uno de nosotros. La misión, el ser misioneros lleva a aprender a mirar. Escuchad bien esto: aprender a mirar. *Aprender a mirar con ojos nuevos*, porque con la misión los ojos se

renuevan. Aprender a mirar la ciudad, nuestra vida, nuestra familia, todo lo que está a nuestro alrededor. La experiencia misionera nos abre los ojos y el corazón: aprender a mirar incluso con el corazón. Y así, nosotros dejamos de ser —permitidme la palabra — *turistas de la vida*, para convertirnos en hombres y mujeres, jóvenes que aman con el compromiso de la vida. “Turistas de la vida”: vosotros habéis visto a estos que hacen fotografías de todo, cuando vienen de turismo, y no miran

nada. No saben mirar... ¡y luego miran las fotografías en casa! Pero una cosa es mirar la realidad y otra es mirar la fotografía. Y si nuestra vida es de turista, nosotros miraremos solo las fotografías o las cosas que pensamos de la realidad. Es una tentación, para los jóvenes, ser turistas. No digo dar un paseo por aquí y por allá, no, ¡esto es bonito! Me refiero a mirar la vida con ojos de turista, es decir, superficialmente, y hacer fotografías para mirarlas más adelante. Esto quiere decir que

yo no toco la realidad, no miro las cosas que suceden. No miro las cosas como son. La primera cosa que yo respondería, a propósito de vuestra transformación, es dejar esta actitud de turistas para convertirnos en jóvenes con un compromiso serio con la vida, en serio. El tiempo de la misión nos prepara y nos ayuda a ser más sensibles, más atentos y a mirar con atención. Y a tanta gente que vive con nosotros, en la vida cotidiana, en los lugares donde nosotros vivimos y que, por no saber mirar,

terminamos por ignorar. Cuánta gente de la cual podemos decir: "sí, sí, es eso, es aquello", pero no sabemos mirar a su corazón, no sabemos qué piensan, qué sienten, porque mi corazón nunca se ha acercado. Quizás he hablado con ellos muchas veces, pero con superficialidad. La misión puede enseñarnos a mirar con ojos nuevos, nos acerca al corazón de muchas personas, y esta es una cosa bellísima, es una cosa bellísima!

*Y destruir la hipocresía.*  
Encontrar gente grande,

adultos hipócritas es feo, pero es gente grande, que hace de su propia vida lo que quiere, sabe lo que hace... Pero encontrar un joven, una joven que comienza la vida con una actitud de hipocresía, esto es suicida. ¿Habéis entendido? Es suicida.

Es no dejar el camino del turista de la vida, es pasar fingiendo, y no mirar al corazón de la gente para hablar con autenticidad, con transparencia. Y luego, hay otra cosa: tú has dicho que la misión es bonita y habéis

aprendido. Pero cuando yo voy de misión, no es solamente decisión *mía*, la que me hace ir. Hay *otro que me manda*, que me invita a ir de misión. Y no se puede ir de misión sin ser mandado por Jesús. Es el mismo Jesús que te envía, es Jesús que te impulsa a la misión y está ahí a tu lado: es precisamente Jesús que trabaja en tu corazón, cambia tu mirada y te hace mirar la vida con ojos nuevos; no con ojos de turista. ¿Habéis entendido? Así se aprende que vivir cerrados, también cerrados en



el "turismo", no sirve, no ayuda. Debemos vivir en misión, lo que supone que yo escuche a Aquel que me envía, que siempre es Jesús, y voy a la gente, voy a los demás a hablar de mi vida, de Jesús y de muchas cosas pero con una transformación de mi personalidad que me hace mirar de otra manera. Y sentir las cosas de otra manera. Pensemos —para entender bien esto— cuando Jesús iba por la calle, siempre entre la gente; una vez (cf. *Mc* 5, 25-34) Jesús se detuvo y dijo: "alguien me

ha tocado". Y los discípulos:  
"pero, Maestro, ¿no ves que  
toda la gente está a tu  
alrededor? ¡Todos te tocan!" —  
"Alguien me ha tocado". Jesús  
no se había acostumbrado al  
hecho de que le tocasen. No,  
no era un "turista": Él entendía  
las intenciones de la gente y  
había entendido que era una  
persona que le había tocado  
para ser sanada. Y esa mujer  
se decía a sí misma: "Si le toco,  
seré curada". Así nosotros.  
Debemos conocer a la gente  
como es, porque tenemos el  
corazón abierto y no somos

turistas entre la gente: somos enviados y misioneros.

La misión ayuda también a mirarnos entre nosotros, a los ojos, y reconocer que *somos hermanos entre nosotros*, que no es una ciudad y ni siquiera una Iglesia de los buenos y una ciudad y una Iglesia de los malos. La misión nos ayuda a no ser "cátaros". La misión nos purifica del pensar que hay una Iglesia de los puros y una de los impuros: todos somos pecadores y todos necesitamos el anuncio de Cristo, y si yo cuando anuncio en la misión a

Jesucristo no pienso, no siento que lo que digo a mí mismo, me separo de la persona y me creo —puedo creerme— puro y al otro como impuro que tiene necesidad. La misión nos afecta a todos como pueblo de Dios, nos transforma: nos cambia el modo de ir por la vida, de “turista” a comprometido, y nos quita de la cabeza esa idea de que hay grupos, que en la Iglesia hay puros e impuros: todos somos hijos de Dios. Todos pecadores y todos con el Espíritu Santo dentro que tiene la capacidad de hacernos

santos. Tú me decías —también Emanuele ha preguntado lo mismo— cómo ser misioneros hacia nuestros coetáneos, especialmente hacia los que viven en situaciones difíciles que son víctimas de la droga, del alcohol, de la violencia del engaño del maligno? Creo que la primera cosa es *amarles*. No podemos hacer nada sin amor. Un gesto de amor una mirada de amor... Tú podrías hacer programas para ayudarles, pero sin amor... Y amor es dar la vida"(cf. *Jn* 15, 13). Él ha dado el ejemplo, ha dado la vida.

Amar. Si tú no eres capaz, o al menos tú no has —y digo “tú” pero lo digo a todos, porque ella ha hecho la pregunta, pero lo digo a todos— si tú no tienes el corazón dispuesto a amar — el Señor nos enseña a amar— no podrás realizar una buena misión. La misión pasará como una aventura, un turismo.

Prepararse e ir con un corazón dispuesto a amar. Ayudarles a amar. Una de las cosas que yo pregunto, no a cada persona sino cuando hay oportunidad, en el confesionario, es: “¿pero usted ayuda a la gente? ¿Usted

da limosna? — “Sí”, dicen muchos. Sí, porque la gente es buena, la gente quiere ayudar. “Y dígame: ¿cuando usted da limosna, toca la mano de la persona a la cual da limosna, o la retira enseguida? Y ahí, algunos no saben qué decir. Y aún más: “¿Cuando usted da limosna, mira a los ojos del sintecho que le pide limosna? ¿O va deprisa? Amar. Amar es tener la capacidad de estrechar la mano sucia y la capacidad de mirar a los ojos de aquellos que están en una situación de degrado y decir: “Para mí, tú

eres Jesús". Y esto es el inicio de toda misión, con este amor yo debo ir a hablar. Si yo hablo a la gente pensando: "Ah, estos estúpidos que no saben de religión, yo daré, les enseñaré cómo hacer...". ¡Por favor! Mejor quédate en casa y reza un Rosario, te hará mejor que ir de misión. No sé si habéis entendido la cosa.

Y ¿por qué debo amar a esta gente? ¿Esas víctimas de la droga, del alcohol, de la violencia, del engaño del Maligno? Detrás de todas estas situaciones que tú has



nombrado, hay una certeza que nosotros no podemos olvidar, una certeza que nos debe hacer *“testarudos” de la esperanza*: para hacer misión es necesario ser testarudos de la esperanza. No sólo el amor, sino también la esperanza, y testarudos. En cada una de estas personas que son víctimas de situaciones difíciles, hay una imagen de Dios que por diversos motivos ha sido maltratada, pisoteada. Hay una historia de dolor, de heridas que nosotros no podemos ignorar. Y esta es la locura de la

fe. Cuando Jesús dice: “has ido a la cárcel y me has visitado” — “¡Pero tú eres un loco!”: es la locura de la fe. La locura de la cruz, de la cual habla san Pablo; la locura del anuncio del Evangelio. Allí está Jesús, y esto significa aprender a mirar con los ojos de Jesús: como mira Jesús, a esta gente. Si Jesús, cuando nos dice —las preguntas que nos harán cuando iremos a la otra parte (cf. *Mat* 25, 31-46)— nos dice que Él era esa gente, es misterio de amor en el corazón de Jesús.

He tenido la ocasión, una vez —en Argentina estaba acostumbrado ya a visitar las cárceles— y en una ocasión saludé a uno que tenía más de 50 homicidios. Y yo me quedé pensando: “pero tú eres Jesús”, porque Él dijo que si tú vienes a verme a la cárcel, yo estoy allí, en ese hombre. Para ser misioneros es necesaria la locura de la cruz, esta locura del anuncio evangélico: que Jesús hace milagros, que Jesús no es un brujo curandero que sana. Jesús está en cada uno de nosotros, en cada uno de

nosotros. Y quizás alguno de vosotros en este momento está en una situación de pecado mortal, está en una situación de lejanía, lejano de Jesús, quizás... Pero Jesús está allí, esperando. Está allí contigo. Nunca nos deja. Si yo voy con amor, no como turista y esto me transforma, voy como testarudo de la esperanza y voy sabiendo que toco, veo, escucho a Jesús que trabaja en el corazón de cada uno de los que encuentro en la misión. ¿Entendido? Y a propósito de estos que tú has mencionado,

los más descartados de la sociedad —es importante— yo he dicho que no hay que sentirse mal por estrechar la mano sucia de un sintecho, de esta gente, por poner un ejemplo...

Todos nosotros estamos sucios. Y si Él me ha salvado, digo: gracias Señor, porque también yo puedo ser esa persona... Si yo no he terminado drogado, ¿por qué Señor? Por tu voluntad. Pero si el Señor me hubiera dejado la mano, también yo, todos [¿dónde habríamos acabado?] y esto es

el amor, la gracia, que nosotros debemos anunciar: Jesús está en esas personas. Por favor, ¡no adjetivar a las personas! Yo voy a ir de misión con el amor, la testarudez de la esperanza, para llevar un mensaje a la gente con un nombre, no con adjetivos. Y cuántas veces nuestra sociedad desprecia y clasifica: "No, ¡ese es un borracho! No, yo no doy limosna a este porque va a comprarse un vaso de vino y no tiene otra felicidad, pobre hombre, en la vida"; "Este, ese, este, ese...". ¡Nunca adjetivar a

las personas! Poner el adjetivo a las personas puede hacerlo solo Dios, solamente el juicio de Dios. Y lo hará: en el Juicio final, definitivamente, sobre cada uno de vosotros: "Ven, bendito de mi Padre, vete maldito...". Los adjetivos: lo hace Él, pero nosotros no debemos nunca adjetivar: "esto" y "aquello", "esto, aquello". Yo voy a la misión para llevar gran amor. Luego en aquella transformación —me he entusiasmado con tu pregunta, la había escrito y he hecho

reflexiones— nosotros somos habitantes de una *cultura del vacío*, de una cultura de la *soledad*. La gente —nosotros también— dentro estamos solos y tenemos necesidad del ruido para no sentir este vacío, esta soledad. Esta es la proposición del mundo y esto no tiene nada que ver con la alegría de la cual hemos hablado. El vacío: si hay algo que destroza nuestras ciudades es este aislamiento. Ir de misión y ayudar a salir de los aislamientos y hacer comunidad, fraternidad. “Pero



ese no me gusta...". "Ese es así...". Nunca adjetivar: Jesús ama a todos. Si yo voy de misión debo estar dispuesto a este amar a todos. No hay esa alegría plena, que era lo que tú decías que te daba la misión. Mientras hay muchos de nuestros hermanos con la mirada desfigurada por una sociedad que se defiende solamente con la exclusión, aislando a la gente, ignorando. Nunca, si nosotros queremos ser misioneros y llevar el Evangelio y tener esta alegría, nunca hay que excluir, nunca

aislar a nadie, nunca ignorar.  
No sé si he respondido a algo.  
Y gracias Lucas por  
tu *inquietud*. Génova es una  
ciudad de puerto, que ha sabido  
recibir históricamente a  
muchos barcos ¡Y que ha dado  
grandes navegantes! Para ser  
discípulo es necesario el mismo  
corazón de un  
navegante; *horizonte y valor*.  
Si tú no tienes horizonte y si  
eres incapaz de verte incluso la  
nariz, no serás nunca un buen  
misionero. Si tú no tienes valor,  
nunca lo serás. Es la virtud de  
los navegantes: saben leer el

horizonte, ir y tienen el valor para ir. Pensemos en los grandes navegantes del siglo XV, muchos salieron de aquí. Vosotros tenéis la oportunidad de conocer todo con vuestras nuevas técnicas, pero estas técnicas de información nos hacen caer en una trampa muchas veces; porque en lugar de informarnos nos saturan, y cuando tú estás saturado el horizonte se acerca, se acerca, y tienes ante ti un muro, has perdido la capacidad de horizonte. Estad atentos: mirad siempre lo que te

venden! Incluso los *medios de comunicación*. La contemplación, la capacidad de contemplar el horizonte, de hacerse un juicio propio, no comer lo que te sirven en el plato. Este es un desafío: es un desafío que creo que nos debe llevar a la oración, y decir al Señor: "Señor, te pido un favor: por favor, no dejes de desafiarme". Desafíos de horizontes que requieren el valor. ¿Tú eres genovés? *Navegante: horizonte y valor*. Y lo digo a todos los genoveses: ¡adelante! Esa

oración que yo os proponía:  
"Señor, te pido un favor, hoy  
desafíame". Sí, "Jesús por favor,  
ven, incomódame, dame el  
valor de poder responder al  
desafío y a ti". A mí me gusta  
mucho este Jesús que  
incomoda, que importuna;  
porque es Jesús vivo, que te  
mueve dentro con el Espíritu  
Santo. Y qué bonito un chico o  
una chica que se deja  
incomodar por Jesús; y el joven  
o la joven que no se deja tapar  
la boca con facilidad aprende a  
no estar con la boca cerrada,  
que no está contento de

respuestas simplistas, que busca la verdad, busca lo profundo, va a lo ancho, va hacia adelante, adelante. Y tiene el valor de hacerse preguntas sobre la verdad y muchas cosas. Debemos aprender a desafiar el presente. Una vida espiritual sana genera jóvenes despiertos, que ante algunas cosas que hoy nos propone esta cultura —“normal” dicen, puede ser, no sé...— se pregunten: “¿Esto es normal o esto no es normal? Y muchas veces —esto lo digo con tristeza— los

jóvenes son las primeras víctimas de estos vendedores de humo; les hacen creer muchas cosas... Pero una de las primeras formas de valor que vosotros debéis tener es preguntaros: "¿Pero esto es normal o esto no es normal?". El valor de buscar la verdad. ¿Es normal que cada día crezca ese sentido de la indiferencia? No me importa lo que sucede a los demás; la indiferencia con los amigos, los vecinos, en el barrio, en el trabajo, en la escuela... ¿Es normal —como nos invitaba a reflexionar

Francesca— que muchos de nuestros coetáneos, migrantes o provenientes de países lejanos, difíciles, ensangrentados por egoísmos que conducen a la muerte, vivan en nuestras ciudades en condiciones verdaderamente difíciles? ¿Esto es normal? ¿Es normal que el Mediterráneo se haya convertido en un cementerio? ¿Esto es normal? ¿Es normal que muchos, muchos países —y no lo digo por Italia, porque Italia es muy generosa— muchos países cierran las puertas a esta gente



que es herida y huye del hambre, de la guerra, esta gente explotada, que viene a buscar un poco de seguridad... es normal? Esta pregunta: ¿esto es normal? Si no es normal yo debo comprometerme para que esto no suceda. Claro, es necesario valor para esto, es necesario valor.

Volviendo a los navegantes, Cristóbal Colón, que dicen que era de los vuestros —nunca se sabe, pero muchos como él o él mismo quizás salieron de aquí —, de él decían: “Este loco

quiere llegar por aquí yendo por allí". Pero él había hecho un razonamiento sobre la "normalidad" de ciertas cosas y planteó un desafío grande: tuvo el valor. ¿Es normal que ante el dolor de los demás nuestra actitud sea la de cerrar las puertas? Si no es normal, comprométete. Y si no tienes el valor de comprometerte cállate y baja la cabeza y humíllate ante el Señor, pídele valor. Desafiar el presente es tener el valor de decir: "Hay cosas que parecen normales pero no son normales". Y vosotros, esto

debéis pensar: ¡no son cosas queridas por Dios y no deberán ser queridas por nosotros! ¡Y esto decidlo con fuerza! Este es Jesús: intempestivo, que rompe nuestros sistemas, nuestros proyectos. Es Jesús que siembra en nuestros corazones la inquietud de hacernos esta pregunta. Y esto es bonito: ¡esto es muy bonito!

Yo estoy seguro de que vosotros genoveses sois capaces de grandes horizontes y de mucho valor, pero depende de vosotros si queréis hacerlo: no depende de mí. Yo esta

tarde vuelvo y dejo la semilla.  
A vosotros dejo el desafío, o,  
como decimos en nuestra  
tierra: "Os lanzo el guante a la  
cara". Vosotros veréis.

Termino con una sugerencia:  
cada mañana, una simple  
oración: "Señor, te pido por  
favor que hoy no dejes de  
desafiarme. Sí, Jesús, por favor,  
ven a incomodarme un poco y  
dame el valor de poder  
responderte".

¡Gracias!

Vosotros estáis aquí, sentados,  
en la sombra: aquí estamos al  
fresco [en el Santuario]. Pero

allí fuera están —¿los oís?  
Estos saben hacer ruido—  
muchos que han resistido al  
sol, de pie... ¡Un aplauso para  
ellos! Yo les veía, les veía desde  
aquí. Estaban todos callados  
porque escuchaban y han  
seguido todo. Aquellos me  
parece que tienen un poco de  
valor y de horizontes: al menos  
aquellos; ¡espero que también  
vosotros!

Ahora os daré la bendición,  
pero antes de recibir la  
bendición saludamos a la  
Virgen: ¡Dios te salve María...!

\* \* \*

*Después de la bendición el Papa concluyó el encuentro con un saludo a los detenidos.*

Querría enviar un saludo y la bendición también a todos los detenidos de Génova y de Liguria que han seguido este encuentro. Daré —vosotros en silencio— la bendición a ellos.

27 de mayo de 2017. Palabras  
en el encuentro con los niños  
ingresados en el hospital  
pediátrico "Giannina Gaslini"

Sábado.

Visita pastoral del Papa  
Francisco a Génova.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

En mi visita a Génova no podía  
faltar una etapa en este  
hospital donde se cura a los  
niños. Porque el sufrimiento de  
los niños es ciertamente el más

duro de aceptar; y por ello el Señor me llama para estar, aunque brevemente, cerca de estos niños y chicos y de sus familiares. Muchas veces me hago y me vuelvo a hacer la pregunta: ¿por qué sufren los niños? Y no encuentro explicación. Solo miro al crucifijo y me detengo ahí. Os saludo a todos los que trabajáis en este prestigioso centro, que desde hace ochenta años se dedica con pasión y competencia al cuidado y asistencia de la infancia, con el importante respaldo de la



investigación. Expreso mi aprecio hacia los responsables del hospital, comenzando por el presidente de la fundación, el arzobispo de Génova, los médicos, el personal paramédico, todos los colaboradores de las distintas especialidades, así como a los Frailes Menores Capuchinos y a todos los que atienden y ayudan a los niños ingresados con amor y dedicación. Ellos, efectivamente necesitan también vuestros gestos de amistad, vuestra comprensión, vuestro afecto y apoyo paterno

y materno.

Este Instituto surgió como un acto de amor del senador Gerolamo Gaslini. Él, para honrar a la hija fallecida a temprana edad, lo fundó despojándose de todos sus bienes: sociedades, establecimientos, inmuebles, dinero e incluso de su casa. Por lo tanto este hospital, conocido y apreciado en Italia y en el mundo, tiene una función especial: seguir siendo un símbolo de generosidad y solidaridad. En el acta de fundación del hospital, Gaslini

estableció: «es mi firme voluntad que este instituto tenga como base y guía la fe católica [...] que fermente en toda actividad y conforte todo dolor». Nosotros sabemos que la fe obra sobre todo a través de la caridad y sin esta está muerta. Por eso os animo a todos vosotros a desarrollar vuestra delicada obra impulsados por la caridad, pensando a menudo en el "buen samaritano" del Evangelio: atentos a las necesidades de vuestros pequeños pacientes,

inclinándoos con ternura sobre sus fragilidades, y viendo en ellos al Señor. Quien sirve a los enfermos con amor sirve a Jesús que nos abre el Reino de los cielos.

Deseo para este hospital, fiel a su misión, que pueda continuar con su apreciada obra de cura e investigación mediante la aportación y contribución generosa y desinteresada de todas las categorías y a todos los niveles. Por mi parte, os acompaño con la oración y la bendición del Señor, que de corazón invoco sobre vosotros,

sobre todos los pacientes y sus familiares.

28 de mayo de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy, en Italia y en otros países,  
se celebra la Ascensión de  
Jesús al cielo, que sucedió  
cuarenta días después de la  
Pascua. La página evangélica  
(cf. *Mt 28, 16-20*), la que  
concluye con el Evangelio de  
Mateo, nos presenta el  
momento de la despedida  
definitiva del Resucitado de sus

discípulos. La escena está ambientada en Galilea, el lugar donde Jesús les había llamado para seguirle y para formar el primer núcleo de su nueva comunidad. Ahora esos discípulos han pasado a través del "fuego" de la pasión y de la resurrección; al ver al Señor resucitado se postrarán delante, pero algunos todavía tienen dudas. A esta comunidad con miedo, Jesús deja la gran tarea de evangelizar al mundo; y concreta este encargo con la orden de enseñar y bautizar en el nombre del Padre y del Hijo

y del Espíritu Santo (cf. *Mt* 28, 19).

La Ascensión de Jesús al cielo constituye por eso el final de la misión que el Hijo ha recibido del Padre y el inicio de la continuación de tal misión por parte de la Iglesia. Desde este momento, desde el momento de la Ascensión, de hecho, la presencia de Cristo en el mundo es mediada por sus discípulos, por aquellos que creen en Él y lo anuncian. Esta misión durará hasta el final de la historia y gozará cada día de la asistencia del Señor



resucitado, el cual asegura: «Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*). Y su presencia lleva fortaleza ante las persecuciones, consuelo en las tribulaciones, apoyo en las situaciones de dificultad que encuentran la misión y el anuncio del Evangelio.

La Ascensión nos recuerda esta asistencia de Jesús y de su Espíritu que da confianza, da seguridad a nuestro testimonio cristiano en el mundo. Nos desvela por qué existe la

Iglesia: la Iglesia existe para anunciar el Evangelio. ¡Solo para eso! Y también, la alegría de la Iglesia es anunciar el Evangelio. La Iglesia somos todos nosotros bautizados. Hoy somos invitados a comprender mejor que Dios nos ha dado la gran dignidad y la responsabilidad de anunciarlo al mundo, de hacerlo accesible a la humanidad. Esta es nuestra dignidad, este es el honor más grande para cada uno de nosotros, ¡de todos los bautizados!

En esta fiesta de la Ascensión,

mientras dirigimos la mirada al cielo, donde Cristo ha ascendido y está sentado a la derecha del Padre, reforcemos nuestros pasos en la tierra para proseguir con entusiasmo y valentía nuestro camino, nuestra misión de testimoniar y vivir el Evangelio en todo ambiente. Somos muy conscientes de que esta no depende en primer lugar de nuestras fuerzas, de capacidades organizativas o recursos humanos. Solamente con la luz y la fuerza del Espíritu Santo nosotros

podemos cumplir eficazmente nuestra misión de hacer conocer y experimentar cada vez más a los otros el amor y la ternura de Jesús. Pidamos a la Virgen María que nos ayude a contemplar los bienes celestes, que el Señor nos promete, y a convertirnos en testigos cada vez más creíbles de su Resurrección, de la verdadera Vida.

## **Después del Regina Coeli:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Deseo expresar nuevamente mi

cercanía al querido hermano el Papa Teodoro II y a toda la nación egipcia, que hace dos días sufrió otro acto de feroz violencia. Las víctimas, entre las cuales también niños, son fieles que se dirigían a un santuario a rezar, y fueron asesinados después de rechazar renegar de su fe cristiana. El Señor acoja en su paz a estos valientes testigos, estos mártires, y convierta los corazones de los terroristas. Y rezamos también por las víctimas del horrible atentado del lunes pasado en

Manchester, donde tantas vidas jóvenes fueron rotas cruelmente. Estoy cerca de los familiares y de los que lloran la pérdida.

Hoy se celebra la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, sobre el tema “No temas, que yo estoy contigo” (*Is 43, 5*). Los medios de comunicación social ofrecen la posibilidad de compartir y difundir al instante las noticias de forma generalizada; estas noticias pueden ser bonitas o feas, verdaderas o falsas; rezamos para que la

comunicación, en todas sus formas, sea efectivamente constructiva, al servicio de la verdad rechazando los prejuicios, y difunda esperanza y confianza en nuestro tiempo. Un pensamiento especial y un aliento va a los representantes de las asociaciones de voluntariado que promueve la donación de órganos "acto noble y meritorio" (*Catecismo*, n. 2296). Saludo también a los trabajadores de *Mediaset* Roma, con el deseo de que su situación laboral pueda resolverse, teniendo como

finalidad el verdadero bien de la empresa, no limitándose al mero beneficio sino respetando los derechos de todas las personas implicadas: y el primero es el derecho al trabajo.

Quiero concluir con un gran saludo a los genoveses y un gran gracias por su calurosa bienvenida que me reservaron ayer. Que el Señor les bendiga abundantemente y la Virgen de la Guardia les custodie.

Y a todos os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.



¡Buen almuerzo y hasta pronto!

31 de mayo de 2017. Audiencia general. El cumpleaños de la Iglesia.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Ante la proximidad de la solemnidad de Pentecostés no podemos no hablar de la relación que hay entre la esperanza cristiana y el Espíritu Santo. El Espíritu es el viento que nos empuja hacia adelante, que nos mantiene en camino, nos hace sentir

peregrinos y forasteros, y no nos permite acomodarnos y convertirnos en un pueblo "sedentario". La carta a los Hebreos compara la esperanza con un ancla (cf. *Heb 6, 18-19*); y a esta imagen podemos añadir la de la vela. Si el ancla es lo que da a la barca la seguridad y la tiene "anclada" entre las olas del mar, la vela es, sin embargo, lo que la hace caminar y avanzar en las aguas. La esperanza es realmente como una vela; esa recoge el viento del Espíritu Santo y lo transforma en

fuerza motriz que empuja la barca, según los casos, al mar o a la orilla.

El apóstol Pablo concluye su Carta a los Romanos con este deseo: escuchad bien, escuchad bien que deseo tan bonito: «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (*Rom 15, 13*).

Reflexionemos un poco sobre el contenido de esta bellísima palabra. La expresión “Dios de la esperanza” no quiere decir solamente que Dios es el objeto

de nuestra esperanza, es decir Aquel que esperamos alcanzar un día en la vida eterna; quiere decir también que Dios es Aquel que ya ahora nos hace esperar, es más, nos hace «alegres en la esperanza» (*Rom 12, 12*): alegres de esperar, y no solo esperar ser alegres. Es la alegría de esperar y no esperar tener alegría, ya hoy. “Mientras haya vida, hay esperanza”, dice un refrán popular; y es verdad también lo contrario: mientras hay esperanza, hay vida. Los hombres necesitan esperanza

para vivir y necesitan del Espíritu Santo para esperar. San Pablo —hemos escuchado— atribuye al Espíritu Santo la capacidad de hacernos incluso “rebosar de esperanza”.

Rebosar de esperanza significa no desanimarse nunca; significa esperar «contra toda esperanza» (*Romanos 4, 18*), es decir, esperar también cuando desaparece cualquier motivo humano para esperar, como fue para Abraham cuando Dios le pidió sacrificar a su único hijo, Isaac, y como fue, aún más, para la Virgen María

bajo la cruz de Jesús.

El Espíritu Santo hace posible esta esperanza invencible dándonos el testimonio interior que somos hijos de Dios y sus herederos (cf. *Rom 8, 16*).

¿Cómo podría Aquel que nos ha dado al propio Hijo no darnos cualquier otra cosa junto a Él? (cf. *Rom 8, 32*). «La esperanza —hermanos y hermanas— no falla: la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (*Romanos 5, 5*). Por eso no

falla, porque está el Espíritu Santo dentro de nosotros que nos empuja a ir adelante, ¡siempre! Y por eso la esperanza no falla.

Hay más: el Espíritu Santo no nos hace solo capaces de esperar, sino también de ser *sembradores de esperanza*, de ser también nosotros — como Él y gracias a Él— “*paráclitos*”, es decir consoladores y defensores de los hermanos, sembradores de esperanza. Un cristiano puede sembrar amarguras, puede sembrar perplejidad, y esto no



es cristiano, y quien hace esto no es un buen cristiano.

Siembra esperanza: siembra aceite de esperanza, siembra perfume de esperanza y no vinagre de amargura y de desesperanza. El beato cardenal Newman, en un discurso suyo, decía a los fieles: «Instruidos por nuestro mismo sufrimiento, nuestro mismo dolor, es más, por nuestros mismos pecados, tendremos la mente y el corazón ejercitados para cualquier obra de amor hacia aquellos que lo necesitan.

Seremos, en la medida de nuestra capacidad, consoladores a imagen del paráclito —es decir del Espíritu Santo—, y en todos los sentidos que esta palabra conlleva: abogados, asistentes, portadores de consuelo. Nuestras palabras y nuestros consejos, nuestra forma de hacer, nuestra voz, nuestra mirada, serán gentiles y tranquilizadores» (*Parochial and plain Sermons*, vol. V, Londres 1870, pp. 300s.). Y son sobre todo los pobres, los excluidos, y no amados quienes

necesitan a alguien que se haga para ellos "paráclito", es decir consolador y defensor, como el Espíritu Santo hace con cada uno de nosotros, que estamos aquí en la plaza, consolador y defensor. Nosotros tenemos que hacer lo mismo con los más necesitados, con los más descartados, con los que más lo necesitan, los que sufren más. ¡Defensores y consoladores!

El Espíritu Santo alimenta la esperanza y no solo el corazón de los hombres, sino también toda la creación. Dice el apóstol

Pablo —esto parece un poco raro, pero es verdad: que también la creación fue “sometida en la esperanza” hacia la liberación y “gime y sufre” como en un parto (cf. *Rom 8, 20-22*). «La energía capaz de mover el mundo no es una fuerza anónima y ciega, sino la acción del “espíritu de Dios que aleteaba por encima de las aguas” (*Gen 1, 2*) al inicio de la creación» (Benedicto XVI, *Homilía*, 31 mayo 2009). También esto nos empuja a respetar la creación: no se puede manchar un

cuadro sin ofender al artista que lo ha creado.

Hermanos y hermanas, la próxima fiesta de Pentecostés —que es el cumpleaños de la Iglesia— nos encuentre unánimes en la oración, con María, la Madre de Jesús y nuestra. Y el don del Espíritu Santo nos haga abundar en la esperanza. Os diré más: nos haga derrochar esperanza con todos aquellos que están más necesitados, más descartados y por todos aquellos que tienen necesidad. Gracias.

**Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los que han venido para participar en la Vigilia de Pentecostés con ocasión de los 50 años de la Renovación Carismática Católica, así como a los demás grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los exhorto a perseverar en la oración, junto con María, Nuestra Madre, pidiendo a Jesús que el don del Espíritu Santo nos haga sobreabundar en la esperanza.

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Junio.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

## **JUNIO.**

**3 de junio de 2017.** Palabras del Santo Padre Francisco en la vigilia de Pentecostés.

**4 de junio de 2017.** Homilía. Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés.

**4 de junio de 2017.** REGINA COELI.

**5 de junio de 2017.** Discurso a los participantes en los capítulos generales de los misioneros y misioneras de la Consolata.

**7 de junio de 2017.** Audiencia general. Dios no puede estar



sin el hombre.

**7 de junio de 2017.** Mensaje con motivo de la sesión del Parlantino sobre migración.

**11 de junio de 2017.**

ÁNGELUS.

**13 de junio de 2017.** Mensaje del Santo Padre Francisco para la I jornada mundial de los pobres.

**14 de junio de 2017.**

Audiencia general. Dios da el primer paso.

**18 de junio de 2017.** Homilía en la Santa Misa y procesión eucarística en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre

de Cristo.

**18 de junio de 2017.**

ÁNGELUS.

**20 de junio de 2017.** Discurso conmemorativo del Santo Padre en la visita a la tumba de primo Mazzolari.

**20 de junio de 2017.** Discurso conmemorativo del Santo Padre en la visita a la tumba de Lorenzo Milani.

**21 de junio de 2017.**

Audiencia general. Que el Señor nos done a todos nosotros la esperanza de ser santos.

**21 de junio de 2017.** Discurso

a una delegación de la liga nacional de fútbol americano (NFL)

**22 de junio de 2017.** Discurso a los participantes en la asamblea de la Reunión de las Obras para la Ayuda a las Iglesias Orientales (ROACO)

**23 de junio de 2017.** Discurso a los participantes en la 75 convención del Serra International.

**24 de junio de 2017.** Discurso a los participantes en el capítulo general de la congregación de la Resurrección de Nuestro Señor

Jesucristo.

**25 de junio de 2017.**

ÁNGELUS.

**26 de junio de 2017.** Discurso a los miembros de la liga italiana para la lucha contra los tumores.

**27 de junio de 2017.** Discurso a una delegación del patriarcado ecuménico de Constantinopla.

**28 de junio de 2017.**

Audiencia general. La esperanza cristiana como fuerza de los mártires.

**28 de junio de 2017.** Homilía en el consistorio ordinario

público para la creación de 5  
nuevos cardenales.

**28 de junio de 2017.** Discurso  
la confederación italiana de  
sindicatos de trabajadores  
(CISL)

**29 de junio de 2017.** Homilía  
en la Santa Misa y bendición de  
los palios para los nuevos  
arzobispos metropolitanos en la  
solemnidad de san Pedro y san  
Pablo.

**29 de junio de 2017.**

ÁNGELUS.

**30 de junio de 2017.** Discurso  
a los miembros de la  
organización internacional

Italo-Latinoamericana.

3 de junio de 2017. Palabras del Santo Padre Francisco en la vigilia de Pentecostés.

Sábado.

Hermanos y hermanas, gracias por el testimonio que estáis dando hoy, aquí: Gracias. Nos ayuda a todos, me ayuda también a mí, ¡a todos!

En el primer capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles leemos: «Una vez que comían juntos les recomendó: No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de

mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo» (*Hch* 1, 4-5). Y «al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en



lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería» (*Hch 2, 1-4*).

Hoy estamos aquí como en un Cenáculo a cielo abierto, porque no tenemos miedo: a cielo descubierto, y también con el corazón abierto a la promesa del Padre. Estamos reunidos «todos los creyentes», todos los que profesamos que «Jesús es el Señor», «*Jesus is the Lord*». Muchos han venido de distintas partes del mundo y el Espíritu Santo nos ha reunido para establecer lazos de amistad fraterna que nos

alienten en el camino hacia la  
unidad, la unidad para la  
misión: no para estar quietos,  
ino!, para la misión, para  
proclamar que Jesús es el  
Señor —«*Jesus is the Lord*»—,  
para anunciar juntos el amor  
del Padre por todos sus hijos.  
Para anunciar la Buena Nueva  
a todos los pueblos. Para  
demostrar que la paz es  
posible. No es fácil demostrar al  
mundo actual que la paz es  
posible, pero en el nombre de  
Jesús podemos demostrar con  
nuestro testimonio que la paz  
es posible. Pero es posible si

nosotros estamos en paz unos con otros. Si nosotros acentuamos las diferencias, estamos en guerra entre nosotros y no podemos anunciar la paz. La paz es posible a partir de nuestra confesión que Jesús es el Señor y de nuestra evangelización por este camino. Es posible. Aun mostrando que tenemos diferencias —pero esto es obvio, tenemos diferencias—, pero queremos ser una *diversidad reconciliada*. Así es, esta palabra no tenemos que olvidarla sino pronunciarla

a todos: diversidad reconciliada. Y esta palabra no es mía, no es mía. Es de un hermano luterano. Diversidad reconciliada.

Y ahora estamos aquí, y somos muchos. Nos hemos reunido a orar juntos, a pedir la venida del Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros para salir a los caminos de la ciudad y del mundo a proclamar juntos el señorío de Jesucristo.

El libro de los Hechos dice: «Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia,

Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (*Hch* 2, 9-11). Hablar la misma lengua, escuchar, entender... Existen las diferencias, pero el Espíritu nos ayuda a entender el mensaje de la resurrección de Jesús en nuestra propia lengua.

Estamos reunidos aquí creyentes de 120 países del mundo, celebrando la obra soberana del Espíritu Santo en la Iglesia, que comenzó hace 50 años y dio comienzo... ¿a una institución? No. ¿A una organización? No. A una corriente de gracia, a la corriente de gracia de la Renovación Carismática Católica. Obra que nació... ¿católica? No. Nació ecuménica. Nació ecuménica porque el Espíritu Santo es el que crea la unidad, y es el mismo Espíritu Santo el que inspiró que fuera

así. Es importante leer las obras del cardenal Suenens sobre esto: es muy importante. La venida del Espíritu Santo convierte a hombres encerrados por miedo, en testigos valientes de Jesús. Pedro, que había negado a Jesús tres veces, lleno del poder del Espíritu Santo, proclama: «Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». (*Hch 2,36*). Y esta es la profesión de fe de todo cristiano. Dios ha constituido

Señor y Cristo a aquel Jesús que vosotros habéis o que ha sido crucificado. ¿Estáis de acuerdo con esta profesión de fe? [responden: «¡Sí!»]. Es nuestra profesión, de todos, todos, la misma.

La Palabra sigue diciendo: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno».

Vendían: ayudaban a los pobres. Había algunos astutos, pensemos en Ananías y Safira, siempre los hay, pero todos los



creyentes, la mayoría, se ayudaban. «A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando» (*Hch 2, 44-47*). La comunidad crecía, y el Espíritu inspiraba. Me gusta mucho recordar a Felipe, cuando el ángel le dice: «Ve al camino de Gaza y encuentra a un prosélito, ministro de la

economía de la reina de Etiopía, Candace». Era un prosélito y leía a Isaías. Y Felipe le explicó la Palabra, proclamó a Jesús, y aquél se convirtió. Y a un cierto punto, dice: «Aquí hay agua: quiero ser bautizado». Fue el Espíritu el que empujó a Felipe a ir allí, y desde el comienzo ha sido el Espíritu el que ha empujado a todos los creyentes a proclamar al Señor.

Hoy, hemos elegido reunirnos aquí, en este lugar —lo ha dicho el pastor Traettino—, porque aquí, durante las

persecuciones, fueron martirizados algunos cristianos, para entretenimiento de los que miraban. Hoy hay más mártires que ayer. Hoy hay más mártires, cristianos. Los que matan a los cristianos, antes de matarlos no les preguntan: «¿Eres ortodoxo?, ¿eres católico?, ¿eres evangélico?, ¿eres luterano?, ¿eres calvinista?». No. «¿Eres cristiano?» —«Sí»: degollado, inmediatamente. Hoy hay más mártires que en los primeros tiempos. Y este es el ecumenismo de la sangre: nos

une el testimonio de nuestros mártires actuales. En diversos lugares del mundo la sangre cristiana es derramada. Hoy es más urgente que nunca la unidad de los cristianos, unidos por el poder del Espíritu Santo, en la oración y la acción por los más débiles. Caminar juntos, trabajar juntos. Amarnos. Amarnos. Y juntos intentar explicar las diferencias, ponernos de acuerdo, pero caminando. Si nos quedamos quietos, sin caminar, nunca, nunca nos pondremos de acuerdo. Es así, porque el

Espíritu nos quiere en camino.  
50 años de la Renovación  
Carismática Católica. Corriente  
de gracia del Espíritu. Y, ¿por  
qué corriente de gracia? Porque  
no tiene ni fundador, ni  
estatutos ni órganos de  
gobierno. Claro que en esta  
corriente han nacido múltiples  
expresiones que, ciertamente,  
son obra humana inspirada por  
el Espíritu, con carismas  
distintos y todas al servicio de  
la Iglesia. Pero a la corriente no  
se le pueden poner diques, ni  
se puede encerrar al Espíritu  
Santo en una jaula.

Han pasado 50 años. Cuando llegamos a esa edad las fuerzas comienzan a decaer. Es la mitad de la vida —en mi tierra decimos «el cincuentazo»—, las arrugas se hacen más profundas —a no ser que tú te maquilles, pero las rugas están—, las canas se multiplican y también empezamos a olvidarnos de algunas cosas...

50 años es un momento de la vida para detenerse y hacer una reflexión. Es el momento de la reflexión: la mitad de la vida. Y yo os diría: es el

momento de seguir adelante con más fuerza, dejando atrás el polvo del tiempo que hemos dejado acumular, agradeciendo lo recibido y enfrentando lo nuevo con confianza en la acción del Espíritu Santo.

Pentecostés da nacimiento a la Iglesia. El Espíritu Santo, la promesa del Padre anunciada por Jesucristo, es quien hace la Iglesia: la esposa del Apocalipsis, una sola esposa. Lo ha dicho el pastor Traettino: el Señor tiene *una* esposa. El don más precioso que todos

hemos recibido es el Bautismo. Y ahora el Espíritu nos conduce por el camino de conversión que atraviesa todo el mundo cristiano y que es una razón más para que la Renovación Carismática Católica sea un lugar privilegiado para transitar el camino hacia la unidad.

Esta corriente de gracia es para toda la Iglesia, no solo para algunos y ninguno de nosotros es el «patrón» y todos los demás, siervos. No. Todos somos siervos de esta corriente de gracia.

Junto con esta experiencia,



recordáis continuamente a la Iglesia el poder de la oración de alabanza. Alabanza que es la oración de reconocimiento y acción de gracias por el amor gratuito de Dios. Puede que este modo de orar no guste a algunos, pero también es cierto que se inserta plenamente en la tradición bíblica. Los Salmos, por ejemplo: David que bailaba delante del Arca de la Alianza, lleno de júbilo... Y por favor, no caigamos en la actitud de cristianos con el «complejo de Micol», que se avergonzaba de cómo David alababa a Dios

[danzando delante del Arca].  
Júbilo, alegría, gozo, fruto de una misma acción del Espíritu Santo. El cristiano o vive el gozo en su corazón o hay algo que no funciona.

El gozo del anuncio de la Buena Nueva del Evangelio.

Jesús en la Sinagoga de Nazaret lee el pasaje de Isaías.

Leo: «Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del

Señor» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2). La *buena noticia*: no olvidéis esto. La buena noticia: el anuncio cristiano es siempre alegre.

El tercer documento de Malinas, «Renovación Carismática y Servicio del Hombre», escrito por el Cardenal Suenens y Dom Hélder Câmara, es claro: Renovación Carismática es también servicio del hombre. *Bautismo en el Espíritu Santo, alabanza, servicio del hombre.* Las tres cosas están indisolublemente unidas. Puedo

tener una alabanza profunda, pero si no sirvo a los que más necesitan, no es suficiente.

«Ninguno pasaba necesidad» (*Hch 4,34*), decía el libro de los Hechos Apóstoles.

No seremos juzgados por nuestra alabanza, sino por cuanto hicimos por Jesús: «Señor, ¿cuándo lo hicimos contigo? Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (*Mt. 25, 40*).

Queridos hermanos y hermanas, os deseo un tiempo

de reflexión, de memoria de los orígenes; de dejar atrás todo lo añadido desde el propio yo y transformarlo en una escucha y aceptación gozosa de la acción del Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere. Agradezco a la Fraternidad Católica y al ICCRS la organización de este Jubileo de Oro, de esta Vigilia. Y agradezco a cada uno de los voluntarios que lo han hecho posible, muchos de los cuales están aquí. He querido saludar cuando llegué a los miembros de la organización, porque sé

que han trabajado mucho. Y sin sueldo. Han trabajado mucho. La mayoría son jóvenes de distintos continentes. Que el Señor los bendiga abundantemente.

Agradezco especialmente que el pedido que os hice hace dos años de dar a la Renovación Carismática mundial un solo servicio internacional desde aquí haya empezado a concretizarse en el Acta Constitutiva de ese nuevo único servicio. Es el primer paso, siguen otros, pero pronto la unidad, obra del Espíritu

Santo, será una realidad. «Yo hago nuevas todas las cosas», dice el Señor (*Ap 21,5*).

Gracias, Renovación

Carismática Católica, por lo que habéis dado a la Iglesia en estos 50 años. La Iglesia cuenta con vosotros, con vuestra fidelidad a la Palabra, con vuestra disposición para el servicio y con el testimonio de vidas transformadas por el Espíritu Santo.

Compartir con todos en la Iglesia el Bautismo en el Espíritu Santo, alabar al Señor sin cesar, caminar juntos con

los cristianos de diferentes Iglesias y comunidades cristianas en la oración y la acción por los que más lo necesitan. Servir a los más pobres y enfermos, eso espera la Iglesia y el Papa de vosotros, Renovación Carismática Católica, también de todos vosotros: todos, todos los que habéis entrado en esta corriente de gracia. Gracias.



4 de junio de 2017. Homilía.  
Santa Misa en la solemnidad de  
Pentecostés.

Domingo.

Hoy concluye el tiempo de Pascua, cincuenta días que, desde la Resurrección de Jesús hasta Pentecostés, están marcados de una manera especial por la presencia del Espíritu Santo. Él es, en efecto, el Don pascual por excelencia. Es el Espíritu creador, que crea siempre cosas nuevas. En las lecturas de hoy se nos

muestran dos novedades: en la primera lectura, el Espíritu hace que los discípulos sean *un pueblo nuevo*; en el Evangelio, crea en los discípulos *un corazón nuevo*.

*Un pueblo nuevo.* En el día de Pentecostés el Espíritu bajó del cielo en forma de «lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas» (*Hch 2, 3-4*). La Palabra de Dios describe así la acción del Espíritu, que primero

se posa sobre *cada uno* y luego pone a *todos* en comunicación. A cada uno da un don y a todos reúne en unidad. En otras palabras, el mismo Espíritu crea *la diversidad y la unidad* y de esta manera plasma un pueblo nuevo, variado y unido: la Iglesia *universal*. En primer lugar, con imaginación e imprevisibilidad, crea la diversidad; en todas las épocas en efecto hace que florezcan carismas nuevos y variados. A continuación, el mismo Espíritu realiza la unidad: junta, reúne, recompone la armonía:

«Reduce por sí mismo a la unidad a quienes son distintos entre sí» (Cirilo de Alejandría, *Comentario al Evangelio de Juan*, XI, 11). De tal manera que se dé la unidad verdadera, aquella según Dios, que no es uniformidad, sino *unidad en la diferencia*. Para que se realice esto es bueno que nos ayudemos a evitar *dos tentaciones* frecuentes. La primera es buscar *la diversidad sin unidad*. Esto ocurre cuando buscamos destacarnos, cuando formamos bandos y partidos,

cuando nos endurecemos en nuestros planteamientos excluyentes, cuando nos encerramos en nuestros particularismos, quizás considerándonos mejores o aquellos que siempre tienen razón. Son los así llamados «custodios de la verdad».

Entonces se escoge la parte, no el todo, el pertenecer a esto o a aquello antes que a la Iglesia; nos convertimos en unos «seguidores» partidistas en lugar de hermanos y hermanas en el mismo Espíritu; cristianos de «derechas o de izquierdas»

antes que de Jesús; guardianes inflexibles del pasado o vanguardistas del futuro antes que hijos humildes y agradecidos de la Iglesia. Así se produce una diversidad sin unidad. En cambio, la tentación contraria es la de buscar *la unidad sin diversidad*. Sin embargo, de esta manera la unidad se convierte en uniformidad, en la obligación de hacer todo juntos y todo igual, pensando todos de la misma manera. Así la unidad acaba siendo una homologación donde ya no hay libertad. Pero

dice san Pablo, «donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Co 3,17).

Nuestra oración al Espíritu Santo consiste entonces en pedir la gracia de aceptar *su* unidad, una mirada que abraza y ama, más allá de las preferencias personales, a su Iglesia, nuestra Iglesia; de trabajar por la unidad entre todos, de desterrar las murmuraciones que siembran cizaña y las envidias que envenenan, porque ser hombres y mujeres de la Iglesia significa ser hombres y

mujeres de comunión; significa también pedir un corazón que sienta la Iglesia, madre nuestra y casa nuestra: la casa acogedora y abierta, en la que se comparte la alegría multiforme del Espíritu Santo. Y llegamos entonces a la segunda novedad: *un corazón nuevo*. Jesús Resucitado, en la primera vez que se aparece a los suyos, dice: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20, 22-23). Jesús no los condena, a pesar de que lo habían



abandonado y negado durante la Pasión, sino que les da el Espíritu de perdón. El Espíritu es el primer don del Resucitado y se da en primer lugar para perdonar los pecados. Este es el comienzo de la Iglesia, este es el aglutinante que nos mantiene unidos, el cemento que une los ladrillos de la casa: *el perdón*. Porque el perdón es el don por excelencia, es el amor más grande, el que mantiene unidos a pesar de todo, que evita el colapso, que refuerza y fortalece. El perdón libera el

corazón y le permite recomenzar: el perdón da esperanza, sin perdón no se construye la Iglesia.

El Espíritu de perdón, que conduce todo a la armonía, nos empuja a rechazar otras vías: esas precipitadas de quien juzga, las que no tienen salida propia del que cierra todas las puertas, las de sentido único de quien critica a los demás. El Espíritu en cambio nos insta a recorrer la vía de doble sentido del perdón ofrecido y del perdón recibido, de la misericordia divina que se hace

amor al prójimo, de la caridad que «ha de ser en todo momento lo que nos induzca a obrar o a dejar de obrar, a cambiar las cosas o a dejarlas como están» (Isaac de Stella, *Sermón* 31). Pidamos la gracia de que, renovándonos con el perdón y corrigiéndonos, hagamos que el rostro de nuestra Madre la Iglesia sea cada vez más hermoso: sólo entonces podremos corregir a los demás en la caridad. Pidámoslo al Espíritu Santo, fuego de amor que arde en la Iglesia y en nosotros, aunque a

menudo lo cubrimos con las cenizas de nuestros pecados: «Ven Espíritu de Dios, Señor que estás en mi corazón y en el corazón de la Iglesia, tú que conduces a la Iglesia, moldeándola en la diversidad. Para vivir, te necesitamos como el agua: desciende una vez más sobre nosotros y enséñanos la unidad, renueva nuestros corazones y enséñanos a amar como tú nos amas, a perdonar como tú nos perdonas. Amén».

4 de junio de 2017. REGINA  
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Hoy, fiesta de Pentecostés, se publica mi Mensaje para la próxima Jornada Misionera Mundial, que se celebra cada año en el mes de octubre. El tema es: *La misión en el corazón de la fe cristiana*. El Espíritu Santo sostenga la misión de la Iglesia en el mundo entero y dé fuerza a

todos los misioneros y misioneras del Evangelio. El espíritu done paz al mundo entero; sane las llagas de la guerra y del terrorismo, que también esta noche, en Londres, ha golpeado a civiles inocentes: rezamos por las víctimas y sus familiares. Os saludo a todos vosotros, peregrinos provenientes de Italia y de tantas partes del mundo, que habéis participado en esta celebración. En particular a los grupos de la *Renovación Carismática Católica*, que celebra el 50º

aniversario de su fundación, y también a los hermanos y hermanas de otras confesiones cristianas que se unen a nuestra oración. Saludo a las Hijas de María Auxiliadora de los países latinoamericanos. Saludo y doy las gracias al coro y la orquesta de los jóvenes de Carpi, que han interpretado algunos cantos durante esta Santa Misa, en colaboración con la Capilla Sixtina. Invocamos ahora la materna intercesión de la Virgen María. Ella nos obtenga la gracia de ser fuertemente animados por

el Espíritu Santo, para dar testimonio de Cristo con franqueza evangélica.



5 de junio de 2017 Discurso a los participantes en los capítulos generales de los misioneros y misioneras de la Consolata.

Lunes.

*Queridos misioneros y queridas misioneras de la Consolata:*

Me alegra acogerlos juntos a la rama masculina y la rama femenina de la Familia religiosa fundada por el beato Giuseppe Allamano, con ocasión de los respectivos capítulos generales. Os saludo a todos con afecto y

os deseo que vuestros trabajos capitulares se desarrollen con serenidad y docilidad al Espíritu. Extiendo mi afectuoso saludo a vuestros hermanos y hermanas que trabajan, a menudo en condiciones difíciles, en distintos continentes, y les animo a continuar con generosa fidelidad en su compromiso de misión *ad gentes*. Deseo ahora ofreceros algunas sugerencias para que estos días produzcan abundantes frutos de bienes en vuestras comunidades y en la actividad misionera de la

Iglesia.

Vosotros estáis llamados a profundizar vuestro carisma, para proyectaros con renovado impulso en la obra de evangelización, en la perspectiva de las urgencias pastorales y de las nuevas pobrezas. Mientras con alegría doy las gracias al Señor por el bien que vosotros estáis haciendo en el mundo, quisiera exhortaros a realizar un *atento discernimiento sobre la situación de los pueblos* en medio de los cuales realizáis vuestra acción evangelizadora.

No os canséis de llevar consuelo a las poblaciones que a menudo están marcadas por gran pobreza y sufrimientos agudos, como por ejemplo en tantas partes de África y de América Latina. Dejaos continuamente provocar por las realidades concretas con las que estáis en contacto y buscad ofrecer de formas adecuadas el testimonio de la caridad que el Espíritu Santo infunde en vuestros corazones (cf *Rom 5, 5*). *La historia de vuestros Institutos*, hecha —como en cualquier familia— de alegrías

y dolores, de luces y de sombras, fue marcada y fecunda también en estos últimos años de la Cruz de Cristo. ¿Cómo no recordar aquí a vuestros hermanos y hermanas que han amado el Evangelio de la caridad más que a sí mismos y han coronado el servicio misionero con el sacrificio de la vida? Su elección evangélica sin reservas ilumine vuestro compromiso misionero y sirva de ánimo para todos a proseguir con renovada generosidad en vuestra

peculiar misión en la Iglesia. Para llevar adelante esta no fácil misión, es necesario vivir *la comunión con Dios* en la percepción cada vez más consciente de la misericordia de la que somos objeto por parte del Señor. ¡Es mucho más importante darnos cuenta de cuánto somos amados por Dios, que no de cuánto nosotros lo amamos a Él! Nos hace bien considerar sobre todo esta prioridad del amor de Dios gratuito y misericordioso, y sentir nuestro compromiso y nuestro esfuerzo como una

respuesta. En la medida en la que somos persuadidos por el amor del Señor, nuestra adhesión a Él crece.

Necesitamos mucho redescubrir siempre el amor y la misericordia del Señor para desarrollar la familiaridad con Dios. Las personas consagradas, en cuanto que se esfuerzan para adaptarse más perfectamente a Cristo, son, más que nadie, los familiares de Dios, los íntimos, aquellos que tratan con el Señor en plena libertad y con espontaneidad, pero con el

asombro frente a las maravillas que Él hace.

En esta perspectiva, la vida religiosa puede convertirse en itinerario de redescubrimiento progresivo de la misericordia divina, facilitando la imitación de las virtudes de Cristo y de sus actitudes ricas de humanidad, para después testimoniárselo a todos aquellos a los que acercáis en el servicio pastoral. Sabed también recoger con alegría los continuos estímulos a la renovación y al compromiso que provienen del contacto real



con el Señor Jesús, presente y que trabaja en la misión a través del Espíritu Santo. Esto os consentirá estar laboriosamente presentes en los nuevos areópagos de la evangelización, privilegiando, también si esto conllevara sacrificios, la apertura hacia situaciones que, con su realidad de necesidad particular, se revelan como emblemáticas para nuestro tiempo.

Sobre el ejemplo de vuestro beato fundador, no os canséis de dar nuevo impulso a la animación misionera. Será

sobre todo vuestro fervor apostólico quien sostenga las comunidades cristianas confiadas a vosotros, en particular las de reciente fundación. En el esfuerzo de recalificación del estilo del servicio misionero, será necesario privilegiar algunos elementos significativos, como la sensibilidad a la inculturación del Evangelio, el espacio dado a la corresponsabilidad de los trabajadores pastorales, la elección de formas sencillas y pobres de presencia entre la

gente. Atención especial merecen el diálogo con el islam, el compromiso para la promoción de la dignidad de la mujer y de los valores de la familia, la sensibilidad por los temas de la justicia y de la paz. Queridos hermanos y hermanas, continuad vuestro camino con esperanza. Vuestra consagración misionera pueda ser cada vez más fuente de encuentro vivificante y santificante con Jesús y con su amor, fuente de consolación, paz y salvación para todos los hombres.

Deseo que las orientaciones elaboradas por los respectivos Capítulos Generales puedan guiar a vuestros Institutos a proseguir con generosidad sobre el camino marcado por el fundador y seguida con heroica valentía por tantos hermanos y tantas hermanas. Invoco la celeste protección de María, Reina de las Misiones, y del beato Giuseppe Allamano, y de corazón imparto a todos vosotros la Bendición, extendiéndola a toda la Familia de la Consolata.



7 de junio de 2017. Audiencia general. Dios no puede estar sin el hombre.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Había una cosa fascinante en la oración de Jesús, tan fascinante que un día sus discípulos pidieron ser partícipes. El episodio se encuentra en el Evangelio de Lucas, que entre los evangelistas es el que mayormente documentó el misterio del Cristo "orante": el

Señor rezaba. Los discípulos de Jesús están impactados por el hecho de que Él, especialmente por la mañana y por la tarde, se retira en soledad y se “sumerge” en la oración. Y por esto, un día, le piden que les enseñen a rezar a ellos también (Lc 11, 1). Es entonces cuando Jesús transmite la que se ha convertido en la oración cristiana por excelencia: el *padrenuestro*. En verdad, Lucas, respecto a Mateo, nos devuelve la oración de Jesús en una forma un poco abreviada, que comienza con la simple

invocación: «Padre» (Lc 11, 2). Todo el misterio de la oración cristiana se resume aquí, en esta palabra: tener el valor de llamar a Dios con el nombre de Padre. Lo afirma también la liturgia cuando, invitándonos a la oración comunitaria de la oración de Jesús, utiliza la expresión «nos atrevemos decir». Efectivamente, llamar a Dios con el nombre de "Padre" no es para nada un hecho descontado. Nos surgiría usar los títulos más elevados, que nos parecen más respetuosos por su trascendencia. En



cambio, invocarlo como "Padre" nos pone en una relación de confianza con Él, como un niño que se dirige a su papá, sabiendo que es amado y cuidado por él. Esta es la gran revolución que el cristianismo imprime en la psicología religiosa del hombre. El misterio de Dios, que siempre nos fascina y nos hace sentir pequeños, pero ya no da miedo, no nos oprime, no nos angustia. Esta es una revolución difícil de aceptar en nuestro ánimo humano; tanto es así que incluso en las

narraciones de la Resurrección se dice que las mujeres, después de haber visto la tumba vacía y al ángel, «huyeron [...], pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas» (*Mc 16, 8*). Pero Jesús nos revela que Dios es Padre bueno, y nos dice: "¡No tengáis miedo!".

Pensemos en la parábola del padre misericordioso (cf *Lc 15, 11-32*). Jesús habla de un padre que sabe ser solo amor para sus hijos. Un padre que no castiga al hijo por su arrogancia y que es capaz

incluso de confiarle su parte de herencia y dejarle irse de casa. Dios es Padre, dice Jesús, pero no de la manera humana, porque no hay ningún padre en este mundo que se comportaría como el protagonista de esta parábola. Dios es Padre a su manera: bueno, indefenso ante el libre arbitrio del hombre, capaz solo de conjugar el verbo "amar". Cuando el hijo rebelde después de haber despilfarrado todo, vuelve finalmente a la casa natal, ese padre no aplica criterios de justicia humana, sino que siente sobre todo

necesidad de perdonar, y con su abrazo hace entender al hijo que durante todo ese largo tiempo de ausencia le ha echado de menos, ha sido dolorosamente echado de menos por su amor de padre. ¡Qué misterio insondable es un Dios que nutre este tipo de amor hacia sus hijos! Quizás es por esta razón que, evocando el centro del misterio cristiano, el apóstol Pablo no es capaz de traducir en griego una palabra que Jesús, en arameo, pronunciaba "abbà". Dos veces san Pablo, en su epistolario

(cf. *Rom 8, 15; Gálatas 4, 6*), toca este tema, y en dos ocasiones deja esa palabra sin traducir, en la misma forma en la cual ha florecido en boca de Jesús, "abbà", un término aún más íntimo respecto a "padre", y que alguno traduce "papá". Queridos hermanos y hermanas, nunca estamos solos. Podemos estar lejanos, hostiles, podemos también profesarnos "sin Dios". Pero el Evangelio de Jesucristo nos revela que Dios que no puede estar sin nosotros: Él no será nunca un Dios "sin el hombre";

ies Él quien no puede estar sin nosotros, y esto es un misterio grande! Dios no puede ser Dios sin el hombre: ieste es un gran misterio! Y esta certeza es *el manantial de nuestra esperanza*, que encontramos custodiada en todas las invocaciones del *padrenuestro*. Cuando necesitamos ayuda, Jesús no nos dice que nos resignemos y nos cerremos en nosotros mismos, sino que nos dirijamos al Padre y le pidamos a Él con confianza. Todas nuestras necesidades, desde aquellas más evidentes y

cotidianas, como la comida, la salud, el trabajo, hasta la de ser perdonados y apoyados en las tentaciones, no son solo el espejo de nuestra soledad: sin embargo hay un Padre que siempre nos mira con amor, y que seguramente no nos abandona.

Ahora os hago una propuesta: cada uno de nosotros tiene muchos problemas y muchas necesidades. Pensemos un poco, en silencio, en estos problemas y estas necesidades. Pensemos también en el Padre, en nuestro Padre, que no puede

estar sin nosotros, y que en este momento nos está mirando. Y todos juntos, con confianza y esperanza, recemos: "Padre nuestro, que estás en los Cielos..."!

¡Gracias!

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica.

Los invito a dirigirse a Dios, nuestro Padre, en todo momento y circunstancia. No nos encerremos en nosotros



mismos, sino que acudamos con confianza a él, que como Padre bueno nos mira con amor y nunca nos abandona.

Muchas gracias.

## **LLAMAMIENTO**

Mañana, a las 13.00, se renueva en varios países la iniciativa “Un minuto por la paz”, es decir un pequeño momento de oración en el aniversario del encuentro en el Vaticano entre el fallecido presidente israelí Peres, el presidente palestino Abbas y yo. En nuestro tiempo hay mucha necesidad de rezar —

cristianos, judíos y musulmanes  
— por la paz.

7 de junio de 2017. Mensaje  
con motivo de la sesión del  
Parlatino sobre migración.

Miércoles.

*A la señora Blanca Alcalá  
Presidenta del Parlamento  
Latinoamericano y Caribeño*

*Estimada en el Señor:*

Con motivo del Foro «Diálogo  
Parlamentario de Alto Nivel  
sobre Migración en América  
Latina y el Caribe: Realidades y  
Compromisos rumbo al Pacto  
Mundial», la saludo en su

calidad de Presidenta y, junto a usted, a todos los que tomarán parte en este evento. Los felicito por esta iniciativa que tiene como objetivo ayudar y hacer la vida más digna a aquellos que, teniendo una patria, lloran por no encontrar en sus países condiciones adecuadas de seguridad y subsistencia, viéndose obligados a emigrar a otros lugares.

Del título de su encuentro me gustaría destacar tres palabras, que invitan a la reflexión y al trabajo: *realidad, diálogo y com*

En primer lugar, la *realidad*. Es importante conocer el porqué de la migración y qué características presenta en nuestro continente. Esto requiere no sólo analizar esta situación desde «la mesa de estudio», sino tomar contacto con las personas, es decir con rostros concretos. Detrás de cada emigrante se encuentra un ser humano con una historia propia, con una cultura y unos ideales. Un análisis aséptico produce medidas esterilizadas; en cambio, la relación con la persona de carne y hueso, nos

ayuda a percibir las profundas cicatrices que lleva consigo, causadas por la razón o la sinrazón de su migración. Este encuentro ayudará a dar respuestas factibles en favor de los emigrantes y de los países receptores, asimismo contribuirá a que los acuerdos y las medidas de seguridad sean examinados desde la experiencia directa, observando si concuerdan o no con la realidad. Como miembros de una gran familia, debemos trabajar para colocar en el centro a la «persona»

(cf. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 9 enero 2017); ésta no es un mero número ni un ente abstracto sino un hermano o hermana que necesita sentir nuestra ayuda y una mano amiga.

En este trabajo es indispensable el *diálogo*. No se puede trabajar de forma aislada; todos nos necesitamos. Tenemos que ser «capaces de pasar de una cultura del rechazo a una cultura del encuentro y de la acogida» (*Mensaje para la Jornada*

*Mundial del Emigrante y del Refugiado, 2014*). La colaboración conjunta es necesaria para elaborar estrategias eficientes y equitativas en la acogida de los refugiados. Lograr un consenso entre las partes es un trabajo «artesano», minucioso, casi imperceptible pero esencial para ir dando forma a los acuerdos y a las normativas. Se tienen que ofrecer todos los elementos a los gobiernos locales como también a la Comunidad internacional, a fin de elaborar los mejores pactos



para el bien de muchos, especialmente de los que sufren en las zonas más vulnerables de nuestro planeta, como también en algunas áreas de Latinoamérica y el Caribe. El diálogo es fundamental para fomentar la solidaridad con los que han sido privados de sus derechos fundamentales, como también para incrementar la disponibilidad para acoger a los que huyen de situaciones dramáticas e inhumanas. Para dar una respuesta a las necesidades de los emigrantes, se requiere el *compromiso* de

todas las partes. No podemos quedarnos en el análisis minucioso y en el debate de ideas, sino que nos apremia dar una solución a esta problemática. Latinoamérica y el Caribe tienen un rol internacional importante y la oportunidad de convertirse en actores claves ante esta compleja situación. En este compromiso «se necesita establecer planes a medio y largo plazo que no se queden en la simple respuesta a una emergencia» (*Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado*

*ante la Santa Sede*, 11 enero 2016). Estos sirven para establecer prioridades en la región también con una visión de futuro, como la integración de los emigrantes en los países que los reciben y la ayuda al desarrollo de los países de origen. A éstas se suman otras muchas acciones que son urgentes, como la atención a los menores: «Todos los niños tienen derecho a jugar [...], tienen derecho en definitiva a ser niños» (*Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y Refugiado*, 2017). Ellos

necesitan nuestra solicitud y ayuda, también sus familias. A este respecto, renuevo mi llamado para detener el tráfico de personas, que es una lacra. Los seres humanos no pueden ser tratados como objetos ni como mercancía, pues cada uno lleva consigo la imagen de Dios (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 197-201).

El trabajo es enorme y se necesitan hombres y mujeres de buena voluntad que, con su compromiso concreto, puedan dar respuesta a este «grito» que se eleva desde el corazón

del emigrante. No podemos cerrar nuestros oídos a su llamado. Exhorto a los Gobiernos nacionales a asumir sus responsabilidades para con todos los que residen en su territorio; y renuevo el compromiso de la Iglesia Católica, a través de la presencia de las Iglesias locales y regionales, en responder a esta herida que llevan consigo tantos hermanos y hermanas nuestros.

Por último, los animo en esta tarea que realizan y pido la intercesión de la Virgen Santa.

Ella, que también vivió la emigración huyendo a Egipto con su esposo y su Hijo Jesús (*Mt 2,13*), los cuide y sostenga con su ayuda maternal.

Por favor, les pido que recen por mí; y pido al Señor que los bendiga.

*Vaticano, 7 de junio de 2017.*

**Francisco**

11 de junio de 2017.

ÁNGELUS.

Solemnidad de la Santísima  
Trinidad.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Las lecturas bíblicas de este domingo, fiesta de la Santísima Trinidad, nos ayudan a entrar en el misterio de la identidad de Dios. La segunda lectura presenta las palabras de buenos deseos que san Pablo

dirige a la comunidad de Corinto: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Cor 13, 13). Esta —digamos— «bendición» del apóstol es fruto de su experiencia personal del amor de Dios, ese amor que Cristo resucitado le había revelado, que transformó su vida y le “empujó” a llevar el Evangelio a las gentes. A partir de esta experiencia suya de gracia, Pablo puede exhortar a los cristianos con estas palabras: «alegraos; sed



perfectos; animaos; tened un mismo sentir, [...] vivid en paz» (2 Cor 13, 11). La comunidad cristiana, aun con todos los límites humanos, puede convertirse en un reflejo de la comunión de la Trinidad, de su bondad, de su belleza. Pero esto —como el mismo Pablo testimonia— pasa necesariamente a través de la experiencia de la misericordia de Dios, de su perdón.

Es lo que le ocurre a los judíos en el camino del éxodo. Cuando el pueblo infringió la alianza, Dios se presentó a Moisés en la

nube para renovar ese pacto, proclamando el propio nombre y su significado. Así dice: «Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (*Éxodo 34, 6*). Este nombre expresa que Dios no está lejano y cerrado en sí mismo, sino que es Vida y quiere comunicarse, es apertura, es Amor que rescata al hombre de la infidelidad. Dios es «misericordioso», «piadoso» y «rico de gracia» porque se ofrece a nosotros para colmar nuestros límites y nuestras faltas, para perdonar

nuestros errores, para volver a llevarnos por el camino de la justicia y de la verdad. Esta revelación de Dios llegó a su cumplimiento en el Nuevo Testamento gracias a la palabra de Cristo y a su misión de salvación. Jesús nos ha manifestado el rostro de Dios, Uno en la sustancia y Trino en las personas; Dios es todo y solo amor, en una relación subsistente que todo crea, redime y santifica: Padre e Hijo y Espíritu Santo.

Y el Evangelio de hoy «nos presenta» a Nicodemo, el cual,

aun ocupando un lugar importante en la comunidad religiosa y civil del tiempo, no dejó de buscar a Dios. No pensó: «He llegado», no dejó de buscar a Dios; y ahora ha percibido el eco de su voz en Jesús. En el diálogo nocturno con el Nazareno, Nicodemo comprende finalmente ser ya buscado y esperado por Dios, ser amado personalmente por Él. Dios siempre nos busca antes, nos espera antes, nos ama antes. Es como la flor del almendro; así dice el Profeta: «florece antes» (cf. *Jer* 1,11-

12). Así efectivamente habla Jesús: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn 3, 16*). ¿Qué es esta vida eterna? Es el amor desmesurado y gratuito del Padre que Jesús ha donado en la cruz, ofreciendo su vida por nuestra salvación. Y este amor con la acción del Espíritu Santo ha irradiado una luz nueva sobre tierra y en cada corazón humano que le acoge; una luz que revela los rincones oscuros, las durezas que nos

impiden llevar los frutos buenos de la caridad y de la misericordia.

Nos ayude la Virgen María a entrar cada vez más, con todo nuestro ser, en la Comunión trinitaria, para vivir y testimoniar el amor que da sentido a nuestra existencia.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en La Spezia, fue proclamada beata Itala Mela. Crecida en una familia alejada de la fe, en su juventud se

declaró atea, pero se convirtió inmediatamente después de una intensa experiencia espiritual. Se comprometió con los universitarios católicos; se convirtió luego en Oblata benedictina y cumplió un recorrido místico centrado en el misterio de la Santísima Trinidad, que hoy celebramos de manera especial. El testimonio de la nueva beata nos anime, durante nuestras jornadas, a dirigir a menudo el pensamiento a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que habita en la celda de nuestro corazón. Os

saludo a todos vosotros,  
queridos romanos y peregrinos:  
grupos parroquiales, familias,  
asociaciones. En particular  
saludo a los fieles llegados de  
Montpellier, de Córcega y de  
Malta; y de Italia, a los fieles  
de Padua y de Norbello y a los  
chicos de Sassuolo.

Un pensamiento especial dirijo  
a la comunidad boliviana que  
vive en Roma y celebra  
la *Virgen de Copacabana*. Y a  
todos vosotros os deseo un feliz  
domingo. Y por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta pronto!





*13 de junio de 2017. Mensaje del Santo Padre Francisco para la I jornada mundial de los pobres.*

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario.

19 de noviembre de 2017.

***No amemos de palabra sino con obras.***

1. «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras»  
(1 Jn 3,18). Estas palabras del

apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. La seriedad con la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las *palabras vacías* presentes a menudo en nuestros labios y los *hechos concretos* con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres.

Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien, y Juan lo recuerda con claridad. Se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. *1 Jn* 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. *1 Jn* 3,16).

Un amor así no puede quedar sin respuesta. Aunque se dio de manera unilateral, es decir, sin pedir nada a cambio, sin embargo inflama de tal manera el corazón que cualquier persona se siente impulsada a corresponder, a pesar de sus limitaciones y pecados. Y esto

es posible en la medida en que acogemos en nuestro corazón la gracia de Dios, su caridad misericordiosa, de tal manera que mueva nuestra voluntad e incluso nuestros afectos a amar a Dios mismo y al prójimo. Así, la misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

2. «Si el afligido invoca al

Señor, él lo escucha»  
(*Sal 34,7*). La Iglesia desde siempre ha comprendido la importancia de esa invocación. Está muy atestiguada ya desde las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro pide que se elijan a siete hombres «llenos de espíritu y de sabiduría» (*Hch 6,3*) para que se encarguen de la asistencia a los pobres. Este es sin duda uno de los primeros signos con los que la comunidad cristiana se presentó en la escena del mundo: el servicio a los más

pobres. Esto fue posible porque comprendió que la vida de los discípulos de Jesús se tenía que manifestar en una fraternidad y solidaridad que correspondiese a la enseñanza principal del Maestro, que proclamó a los pobres

como *bienaventurados y herederos* del Reino de los cielos (cf. *Mt 5,3*).

«Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch 2,45*). Estas palabras muestran claramente la profunda preocupación de los primeros cristianos. El

evangelista Lucas, el autor sagrado que más espacio ha dedicado a la misericordia, describe sin retórica la comunión de bienes en la primera comunidad. Con ello desea dirigirse a los creyentes de cualquier generación, y por lo tanto también a nosotros, para sostenernos en el testimonio y animarnos a actuar en favor de los más necesitados. El apóstol Santiago manifiesta esta misma enseñanza en su carta con igual convicción, utilizando palabras fuertes e incisivas:



«Queridos hermanos,  
escuchad: ¿Acaso no ha elegido  
Dios a los pobres del mundo  
para hacerlos ricos en la fe y  
herederos del reino, que  
prometió a los que le aman?  
Vosotros, en cambio, habéis  
afrentado al pobre. Y sin  
embargo, ¿no son los ricos los  
que os tratan con despotismo y  
los que os arrastran a los  
tribunales? [...] ¿De qué le  
sirve a uno, hermanos míos,  
decir que tiene fe, si no tiene  
obras? ¿Es que esa fe lo podrá  
salvar? Supongamos que un  
hermano o una hermana andan

sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: "Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago", y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta» (*Sat 2,5-6.14-17*).

3. Ha habido ocasiones, sin embargo, en que los cristianos no han escuchado completamente este llamamiento, dejándose contaminar por la mentalidad

mundana. Pero el Espíritu Santo no ha dejado de exhortarlos a fijar la mirada en lo esencial. Ha suscitado, en efecto, hombres y mujeres que de muchas maneras han dado su vida en servicio de los pobres. Cuántas páginas de la historia, en estos dos mil años, han sido escritas por cristianos que con toda sencillez y humildad, y con el generoso ingenio de la caridad, han servido a sus hermanos más pobres.

Entre ellos destaca el ejemplo de Francisco de Asís, al que

han seguido muchos santos a lo largo de los siglos. Él no se conformó con *abrazar* y dar *limosna* a los leprosos, sino que decidió ir a Gubbio para *estar* con ellos. Él mismo vio en ese encuentro el punto de inflexión de su conversión: «Cuando vivía en el pecado me parecía algo muy amargo ver a los leprosos, y el mismo Señor me condujo entre ellos, y los traté con misericordia. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (*Test 1-3; FF 110*).

Este testimonio muestra el poder transformador de la caridad y el estilo de vida de los cristianos.

No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan,

deberían introducirnos a un verdadero *encuentro* con los pobres y dar lugar a un *compartir* que se convierta en un estilo de vida. En efecto, la oración, el camino del discipulado y la conversión encuentran en la caridad, que se transforma en compartir, la prueba de su autenticidad evangélica. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la *carne de Cristo*. Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el

cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: «Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del

templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez» (*Hom. in Matthaeum, 50,3: PG 58*).

Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma.



4. No olvidemos que para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo *vocación para seguir a Jesús pobre*. Es un caminar detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cf. *Mt 5,3; Lc 6,20*). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos

impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales, a pesar de nuestras limitaciones, confiando en la cercanía de Dios y sostenidos por su gracia. La pobreza, así entendida, es la medida que permite valorar el uso adecuado de los bienes materiales, y también vivir los vínculos y los afectos de modo

generoso y desprendido  
(cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 25-45).

Sigamos, pues, el ejemplo de san Francisco, testigo de la auténtica pobreza. Él, precisamente porque mantuvo los ojos fijos en Cristo, fue capaz de reconocerlo y servirlo en los pobres. Si deseamos ofrecer nuestra aportación efectiva al cambio de la historia, generando un desarrollo real, es necesario que escuchemos el grito de los pobres y nos comprometamos a sacarlos de su situación de

marginación. Al mismo tiempo, a los pobres que viven en nuestras ciudades y en nuestras comunidades les recuerdo que no pierdan el sentido de la pobreza evangélica que llevan impresa en su vida.

5. Conocemos la gran dificultad que surge en el mundo contemporáneo para identificar de forma clara la pobreza. Sin embargo, nos desafía todos los días con sus muchas caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la

violencia, la tortura y el encarcelamiento, la guerra, la privación de la libertad y de la dignidad, por la ignorancia y el analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, y por la migración forzada. La pobreza tiene el rostro de mujeres, hombres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero. Qué lista inacabable y cruel nos resulta cuando consideramos la pobreza como

fruto de la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada.

Hoy en día, desafortunadamente, mientras emerge cada vez más la riqueza descarada que se acumula en las manos de unos pocos privilegiados, con frecuencia acompañada de la ilegalidad y la explotación ofensiva de la dignidad humana, escandaliza la propagación de la pobreza en grandes sectores de la sociedad entera. Ante este escenario, no

se puede permanecer inactivos, ni tampoco resignados. A la pobreza que inhibe el espíritu de iniciativa de muchos jóvenes, impidiéndoles encontrar un trabajo; a la pobreza que adormece el sentido de responsabilidad e induce a preferir la delegación y la búsqueda de favoritismos; a la pobreza que envenena las fuentes de la participación y reduce los espacios de la profesionalidad, humillando de este modo el mérito de quien trabaja y produce; a todo esto se debe responder con una

nueva visión de la vida y de la sociedad.

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI— pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» (*Discurso en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 29 septiembre 1963) y obligan a la opción fundamental por ellos. Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la



nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad.

Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.

6. Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la *Jornada Mundial de los Pobres*, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo

concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Quisiera que, a las demás Jornadas mundiales establecidas por mis predecesores, que son ya una tradición en la vida de nuestras comunidades, se añada esta, que aporta un elemento delicadamente evangélico y que completa a todas en su conjunto, es decir, la predilección de Jesús por los pobres.

Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta

jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial. Esta *Jornada* tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se

dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad. Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna.

7. Es mi deseo que las comunidades cristianas, en la semana anterior a la *Jornada Mundial de los Pobres*, que este

año será el 19 de noviembre, Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, se comprometan a organizar diversos momentos de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del universo, el domingo siguiente. De hecho, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el

Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua.

En ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la

enseñanza de la Escritura (cf. *Gn* 18, 3-5; *Hb* 13,2), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor; podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.

8. El fundamento de las diversas iniciativas concretas

que se llevarán a cabo durante esta *Jornada* será siempre la *oración*. No hay que olvidar que el *Padre nuestro* es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con esta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de



los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El *Padre nuestro* es una oración que se dice en plural: el pan que se pide es «nuestro», y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común. En esta oración todos reconocemos la necesidad de superar cualquier forma de egoísmo para entrar en la alegría de la mutua aceptación.

9. Pido a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a los diáconos —que tienen por vocación la

misión de ayudar a los pobres —, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado que se comprometan para que con esta *Jornada Mundial de los Pobres* se establezca una tradición que sea una contribución concreta a la evangelización en el mundo contemporáneo.

Que esta nueva *Jornada Mundial* se convierta para nuestra conciencia creyente en un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez

más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda. Los pobres no son un problema, sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio.

*Vaticano, 13 de junio de 2017.  
Memoria de San Antonio de Padua*

***Francisco***

14 de junio de 2017. Audiencia general. Dios da el primer paso.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy hacemos esta audiencia en dos lugares, pero unidos por las pantallas gigantes: los enfermos, para que no sufran tanto el calor, están en el Aula Pablo VI, y nosotros aquí. Pero permanecemos todos juntos y nos une el Espíritu Santo, que es aquel que hace siempre la unidad. ¡Saludamos a los que

están en el Aula!

Ninguno de nosotros puede vivir sin amor. Y una fea esclavitud en la que podemos caer es la de creer que el amor haya que merecerlo. Quizá gran parte de la angustia del hombre contemporáneo deriva de eso: creer que si no somos fuertes, atractivos y guapos, entonces nadie se ocupará de nosotros. Muchas personas hoy buscan una visibilidad solo para colmar un vacío interior: como si fuéramos personas eternamente necesitadas de confirmaciones. Pero, ¿os

imagináis un mundo donde todos mendigan motivos para suscitar la atención de los otros, y sin embargo ninguno está dispuesto a querer gratuitamente a otra persona? Imaginad un mundo así: ¡un mundo sin la gratuidad del querer!

Parece un mundo humano, pero en realidad es un infierno. Muchos narcisismos del hombre nacen de un sentimiento de soledad y de orfandad. Detrás de muchos comportamientos aparentemente inexplicables se esconde una pregunta: ¿es

posible que yo no merezca ser llamado por mi nombre, es decir ser amado? Porque el amor siempre llama por el nombre...

Cuando quien no es o no se siente amado es un adolescente, entonces puede nacer la violencia. Detrás de muchas formas de odio social y de vandalismo hay a menudo un corazón que no ha sido reconocido. No existen niños malos, como no existen adolescentes del todo malvados, pero existen personas infelices. ¿Y qué

puede hacernos felices si no la experiencia del amor dado y recibido? La vida del ser humano es un intercambio de miradas: alguno que mirándonos nos arranca la primera sonrisa, y nosotros que gratuitamente sonreímos a quien está cerrado en la tristeza, y así le abrimos un camino de salida. Intercambio de miradas: mirar a los ojos y se abren las puertas del corazón.

El primer paso que Dios da hacia nosotros es el de un amor que se anticipa y es



incondicional. Dios ama primero. Dios no nos ama porque en nosotros hay alguna razón que suscita amor. Dios nos ama porque Él mismo es amor, y el amor tiende por su naturaleza a difundirse, a donarse. Dios no une tampoco su bondad a nuestra conversión: más bien esta es una consecuencia del amor de Dios. San Pablo lo dice de forma perfecta: «Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (*Rom 5, 8*). Mientras éramos

todavía pecadores. Un amor incondicional. Estábamos "lejos", como el hijo pródigo de la parábola: «Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido...» (Lc 15, 20). Por amor nuestro Dios ha cumplido un éxodo de sí mismo, para venir a encontrarnos a esta tierra donde era insensato que Él transitara. Dios nos ha querido también cuando estábamos equivocados. ¿Quién de nosotros ama de esta manera, sino quien es padre o madre? Una madre continúa queriendo a su hijo

también cuando este hijo está en la cárcel. Yo recuerdo a muchas madres, que hacían la fila para entrar en la cárcel, en mi diócesis precedente. Y no se avergonzaban. El hijo estaba en la cárcel, pero era su hijo. Y sufrían muchas humillaciones en el registro, antes de entrar, pero: "¡Es mi hijo!". "¡Pero, señora, su hijo es un delincuente!" — "¡Es mi hijo!". Solamente este amor de madre y de padre nos hace entender cómo es el amor de Dios. Una madre no pide la cancelación de la justicia humana, porque

cada error exige una redención, pero una madre no deja nunca de sufrir por el propio hijo. Lo ama también cuando es pecador. Dios hace lo mismo con nosotros: ¡somos sus hijos amados! ¡Pero puede ser que Dios tenga algunos hijos que no ame? No. Todos somos hijos amados por Dios. No hay ninguna maldición sobre nuestra vida, sino solo una bondadosa palabra de Dios, que ha creado nuestra existencia de la nada. La verdad de todo es esa relación de amor que une al Padre con el Hijo mediante el

Espíritu Santo, relación en la que nosotros somos acogidos por gracia. En Él, en Jesucristo, nosotros hemos sido queridos, amados, deseados. Hay Alguno que ha impreso en nosotros una belleza primordial, que ningún pecado, ninguna elección equivocada podrá nunca cancelar del todo.

Nosotros estamos siempre delante de los ojos de Dios, pequeñas fuentes hechas para que brote agua buena. Lo dijo Jesús a la mujer samaritana: «El agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de

agua que brota para la vida eterna» (*Jn 4, 14*)

Para cambiar el corazón de una persona infeliz, ¿cuál es la medicina? ¿Cuál es la medicina para cambiar el corazón de una persona que no es feliz?

[responden: el amor] ¡Más fuerte! [gritan: ¡el amor!] ¡Muy bien, muy bien, muy bien todos! ¿Y cómo se hace sentir a la persona que la amas? Es necesario sobre todo abrazarla. Hacer sentir que es deseada, que es importante, y dejará de estar triste. Amor llama amor, de forma más fuerte de lo que

el odio llama a la muerte. Jesús no murió y resucitó para sí mismo, sino por nosotros, para que nuestros pecados sean perdonados. Es por tanto tiempo de resurrección para todos: tiempo de sacar a los pobres del desánimo, sobre todo aquellos que yacen en el sepulcro desde un tiempo más largo de tres días. Sopla aquí, sobre nuestros rostros, un viento de liberación. Brota aquí el don de la esperanza. Y la esperanza es la de Dios Padre que nos ama como somos nosotros: nos ama siempre a

todos. ¡Gracias!

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Pidamos a la Virgen María que nos dejemos guiar siempre por el amor de su Hijo. Que sepamos transmitir a los demás ese amor de Dios, para que se encienda en todos una esperanza nueva. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.



18 de junio de 2017. Homilía en la Santa Misa y procesión eucarística en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

Domingo.

En la solemnidad del *Corpus Christi* aparece una y otra vez el tema de la memoria: «*Recuerda* todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer [...]. *No olvides al Señor, [...]* que te alimentó en el desierto con un maná» (*Dt 8,2.14.16*) —dijo Moisés al

pueblo—. «Haced esto *en memoria mía*» (1 Co 11,24) —dirá Jesús a nosotros—.

«Acuérdate de Jesucristo» (2 Tm 2,8) —dirá san Pablo a su discípulo. El «pan vivo que ha bajado del cielo» (Jn 6,51) es el *sacramento de la memoria* que nos recuerda, de manera real y tangible, la historia del amor de Dios por nosotros.

*Recuerda*, nos dice hoy la Palabra divina a cada uno de nosotros. El recuerdo de las obras del Señor ha hecho que el pueblo en el desierto

caminase con más determinación; nuestra historia personal de salvación se funda en el recuerdo de lo que el Señor ha hecho por nosotros. Recordar es esencial para la fe, como el agua para una planta: así como una planta no puede permanecer con vida y dar fruto sin ella, tampoco la fe si no se sacia de la memoria de lo que el Señor ha hecho por nosotros. «Acuérdate de Jesucristo».

*Recuerda.* La memoria es importante, porque nos permite permanecer en el amor, re-

*cordar*, es decir, llevar en el corazón, no olvidar que nos ama y que estamos llamados a amar. Sin embargo esta facultad única, que el Señor nos ha dado, está hoy más bien debilitada. En el frenesí en el que estamos inmersos, son muchas personas y acontecimientos que parecen como si pasaran por nuestra vida sin dejar rastro. Se pasa página rápidamente, hambrientos de novedad, pero pobres de recuerdos. Así, eliminando los recuerdos y viviendo al instante, se corre el

peligro de permanecer en lo superficial, en la moda del momento, sin ir al fondo, sin esa dimensión que nos recuerda quiénes somos y de dónde venimos. Entonces la vida exterior se fragmenta y la interior se vuelve inerte. En cambio, la solemnidad de hoy nos recuerda que, en la fragmentación de la vida, el Señor sale a nuestro encuentro con una fragilidad amorosa que es la Eucaristía. En el Pan de vida, el Señor nos visita haciéndose alimento humilde que sana con amor nuestra

memoria, enferma de frenesí. Porque la Eucaristía es el *memorial del amor* de Dios. Ahí «se celebra el memorial de su pasión» (*Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Antífona al Magníficat de las II Vísperas*), del amor de Dios por nosotros, que es nuestra fuerza, el apoyo para nuestro caminar. Por eso, nos hace tanto bien el memorial eucarístico: no es una memoria abstracta, fría o conceptual, sino la memoria viva y consoladora del amor de Dios. Memoria anamnética y

mimética. En la Eucaristía está todo el sabor de las palabras y de los gestos de Jesús, el gusto de su Pascua, la fragancia de su Espíritu. Recibiéndola, se imprime en nuestro corazón la certeza de ser amados por él. Y mientras digo esto, pienso de modo particular en vosotros, niños y niñas, que hace poco habéis recibido la Primera Comunión y que estáis aquí presentes en gran número. Así la Eucaristía forma en nosotros una memoria *agradecida*, porque nos reconocemos hijos amados

y saciados por el Padre; una memoria *libre*, porque el amor de Jesús, su perdón, sana las heridas del pasado y nos mitiga el recuerdo de las injusticias sufridas e infligidas; una memoria *paciente*, porque en medio de la adversidad sabemos que el Espíritu de Jesús permanece en nosotros. La Eucaristía nos anima: incluso en el camino más accidentado no estamos solos, el Señor no se olvida de nosotros y cada vez que vamos a él nos conforta con amor. La Eucaristía nos recuerda



además que no somos individuos, sino *un cuerpo*. Como el pueblo en el desierto recogía el maná caído del cielo y lo compartía en familia (cf. *Ex 16*), así Jesús, Pan del cielo, nos convoca para recibirlo, recibirlo juntos y compartirlo entre nosotros. La Eucaristía no es un sacramento «para mí», es el sacramento de muchos que forman un solo cuerpo, el santo pueblo fiel de Dios. Nos lo ha recordado san Pablo: «Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues

todos comemos del mismo pan» (1 Co 10,17). La Eucaristía es el *sacramento de la unidad*. Quien la recibe se convierte necesariamente en artífice de unidad, porque nace en él, en su «ADN espiritual», la construcción de la unidad. Que este *Pan de unidad* nos sane de la ambición de estar por encima de los demás, de la voracidad de acaparar para sí mismo, de fomentar discordias y diseminar críticas; que suscite la alegría de amarnos sin rivalidad, envidias y chismorreos calumniadores.

Y ahora, viviendo la Eucaristía,  
adoremos y agradezcamos al  
Señor por este don supremo:  
memoria viva de su amor, que  
hace de nosotros un solo  
cuerpo y nos conduce a la  
unidad.

18 de junio de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*iQueridos hermanos y hermanas, buenos días!*

En Italia y en muchos países se celebra en este domingo la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, se usa a menudo el nombre en latín: *Corpus Domini* o *Corpus Christi*. Cada domingo la comunidad eclesial se reúne alrededor de la Eucaristía, sacramento instituido por Jesús en la

Última cena. Aun así, cada año tenemos la alegría de celebrar la fiesta dedicada a este Misterio central de la fe, para expresar en plenitud nuestra adoración a Cristo que se dona como alimento y bebida de salvación.

La página evangélica de hoy, de san Juan, es una parte del discurso sobre el "*pan de vida*" (cf. *Jn* 6, 51-58). Jesús afirma: «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo [...] El pan que yo voy a dar, es mi carne por la vida del mundo» (*Jn* 6, 51). Él quiere decir que el Padre lo ha

mandado al mundo como alimento de vida eterna, y que por esto Él se sacrificará a sí mismo, su carne. De hecho Jesús, en la cruz, donó su cuerpo y derramó su sangre. El Hijo del hombre crucificado es el verdadero Cordero pascual, que hace salir de la esclavitud del pecado y sostiene en el camino hacia la tierra prometida. La Eucaristía es sacramento de su carne dada para hacer vivir el mundo; quien se nutre con este alimento permanece en Jesús y vive para Él. Parecerse a Jesús

significa ser en Él, convertirse en hijos en el Hijo.

En la Eucaristía Jesús, como hizo con los discípulos de Emaús, se acerca a nosotros, peregrinos en la historia, para alimentar en nosotros la fe, la esperanza y la caridad; para consolarnos en las pruebas; para sostenernos en el compromiso por la justicia y la paz. Esta presencia solidaria del Hijo de Dios está por todos lados: en las ciudades y en los campos, en el norte y en el sur del mundo, en los países de tradición cristiana y en los de

primera evangelización. Y en la Eucaristía Él se ofrece a sí mismo como fuerza espiritual para ayudarnos y poner en práctica su mandamiento — amarnos como Él nos ha amado —, construyendo comunidades acogedoras y abiertas a las necesidades de todos, especialmente de las personas más frágiles, pobres y necesitadas.

Alimentarnos con Jesús Eucaristía significa también abandonarnos con confianza a Él y dejarnos guiar por Él. Se trata de acoger a Jesús en



lugar del propio "yo". De esta forma, el amor gratuito recibido por Jesús en la comunión eucarística, con la obra del Espíritu Santo alimenta el amor por Dios y por los hermanos y las hermanas que encontramos en el camino de cada día.

Alimentados con el Cuerpo de Cristo, nosotros nos hacemos cada vez más y concretamente el Cuerpo místico de Cristo. Nos lo recuerda el apóstol Pablo: «La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos

¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Cor 10, 16-17). La Virgen María, que siempre ha estado unida a Jesús Pan de vida, nos ayude a redescubrir la belleza de la Eucaristía, a alimentarnos con fe, para vivir en comunión con Dios y con los hermanos.

### **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Pasado mañana es la Jornada mundial del refugiado

promovida por las Naciones Unidas. El tema de este año es "Con los refugiados. Hoy más que nunca debemos estar de parte de los refugiados". Este es el tema. La atención concreta va a las mujeres, los hombres, los niños que huyen de conflictos, violencias y persecuciones. Recordamos también en la oración a cuantos han perdido la vida en el mar o en extenuantes viajes por tierra. Sus historias de dolor y de esperanza pueden convertirse en oportunidades de encuentro fraterno y de

verdadero conocimiento recíproco. De hecho, el encuentro personal con los refugiados disipa miedo e ideologías distorsionadas, y se convierte en factor de crecimiento en humanidad, capaz de hacer espacio a sentimientos de apertura y a las construcciones de puentes. Expreso mi cercanía al querido pueblo portugués por el devastador incendio que está golpeando los bosques entorno a Pedrógão Grande causando numerosas víctimas y heridos. Recemos en silencio.

Dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos; en particular a los venidos desde las Islas Seychelles, de Sevilla (España) y de Umuarama y Toledo (Brasil). Saludo a los fieles de Nápoles, Arzano y Santa Caterina de Pedara.

Un saludo especial dirijo a la cualificada representación de la República Centroafricana y de las Naciones Unidas, que en estos días se encuentra en Roma para un encuentro promovido por la Comunidad de San Egidio. Llevo en mi

corazón la visita que hice en noviembre de 2015 a ese país y deseo que, con la ayuda de Dios y la buena voluntad de todos, sea plenamente relanzado y reforzado el proceso de paz, condición necesaria para el desarrollo. Esta tarde, en el atrio de San Juan de Letrán, celebraré la Santa Misa, y después seguirá la procesión con el Santísimo Sacramento, hasta Santa María la Mayor. Invito a todos a participar, también espiritualmente, pienso de forma particular en las

comunidades de clausura, en las personas enfermas y los presos. En esto ayudan también la radio y la televisión. El próximo martes iré en peregrinación a Bozzolo y Barbiana, para rendir homenaje a don Primo Mazzolari y don Lorenzo Milani, los dos sacerdotes que nos ofrecen un mensaje del que hoy tenemos mucha necesidad. También en este caso doy las gracias a quienes, especialmente sacerdotes, me acompañarán con su oración. Os deseo a todos un buen

domingo. Y, por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!



20 de junio de 2017. Discurso conmemorativo del Santo Padre en la visita a la tumba de primo Mazzolari.

Iglesia parroquial de San Pedro Apóstol - Bozzolo (Cremona)

Martes.

Peregrinación del Papa Francisco a Bozzolo (diócesis de Cremona) y a Barbiana (diócesis de Florencia)

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Me han aconsejado que cortase un poco este discurso, porque es algo largo. Traté de hacerlo, pero no pude. Hay tantas cosas que venían, de aquí y allí...

¡Pero vosotros tenéis paciencia! Porque no quiero dejar de decir todo lo que quiero decir, sobre don Primo Mazzolari. Soy peregrino aquí en Bozzolo y luego en Barbiana, siguiendo las huellas de dos párrocos que han dejado una estela de luz, aunque sea "incómoda" en su servicio al Señor y al Pueblo de Dios. He dicho muchas veces que los párrocos son la fuerza

de la Iglesia en Italia, y lo repito. Cuando son los rostros de un clero no clerical, como fue este hombre, dan vida a un verdadero "magisterio de los párrocos", que hace tanto bien a todos. Don Primo Mazzolari fue definido "el párroco de Italia"; y san Juan XXIII lo saludaba como "la tromba del Espíritu Santo en la Baja Padania". Creo que la personalidad sacerdotal de Don Primo no sea una excepción singular, sino un espléndido fruto de vuestras comunidades, aunque no siempre haya sido

comprendido y apreciado. Como dijo el beato Pablo VI:

«¡Caminaba hacia adelante con un paso demasiado largo y muchas veces no podíamos ir detrás de él. Y así sufrió él, y sufrimos también nosotros. Es el destino de los profetas!»

*(Saludo a los peregrinos de Bozzolo y Cicognara, 1 de mayo, 1970).* Su formación es hija de la rica tradición cristiana de esta tierra paduana, lombarda, cremonesa. En los años de su juventud le llamó la atención la figura del gran obispo Geremia

Bonomelli, protagonista del catolicismo social, pionero de la pastoral de los migrantes.

No es mi tarea contar o analizar la obra de Don Primo. Agradezco a quien a lo largo de los años se ha dedicado a ello. Yo prefiero meditar con vosotros —especialmente con mis hermanos sacerdotes que están aquí y también con los de toda Italia: este fue el “párroco de Italia”— meditar sobre la actualidad de su mensaje, que sitúo simbólicamente en tres escenarios que todos los días llenaban sus ojos y su corazón:

el río, la granja y la llanura.

1) El río es una imagen espléndida, que pertenece a mi experiencia, y también a la vuestra. Don Primo desempeñó su ministerio a lo largo de los ríos, símbolos de la primacía y del poder de la gracia de Dios que fluye continuamente hacia el mundo. Su palabra, predicada o escrita, tomaba su pensamiento claro y su fuerza persuasiva de la fuente de la Palabra del Dios vivo, del Evangelio meditado y orado, reencontrado en el Crucificado

y en los hombres, celebrado en gestos sacramentales no reducidos a mero ritual. Don Mazzolari, párroco de Cicognara y de Bozzolo, no se resguardó del río de la vida, del sufrimiento de su gente, que lo plasmó como pastor franco y exigente, sobre todo consigo mismo. A lo largo del río aprendía cada día a recibir el don de la verdad y del amor, para hacerse portador fuerte y generoso. Predicando a los seminaristas de Cremona, recordaba: «Ser un "repetidor" es nuestra fuerza. [...] Pero,

entre un repetidor muerto, un altavoz, y un repetidor vivo, ¡hay una diferencia! El sacerdote es un repetidor, pero este repetir suyo no debe ser sin alma, pasivo, sin cordialidad. Al lado de la verdad que repito, tiene que haber, tengo que poner algo mío, para mostrar que creo en lo que digo; debe hacerse de modo que el hermano sienta una invitación a recibir la verdad»[\[1\]](#). Su profecía se realizaba en el amar su propia época, en el unirse a la vida de las personas que encontraba,



en aprovechar todas las oportunidades para anunciar la misericordia de Dios. Don Mazzolari no era uno que añoraba la Iglesia del pasado, sino que trató de cambiar la Iglesia y el mundo a través del amor apasionado y la dedicación incondicional. En su escrito "La parroquia", propone un examen de conciencia sobre los métodos de apostolado, convencido de que las deficiencias de la parroquia de su tiempo se debían a un defecto de encarnación. Hay tres caminos que no conducen

por la dirección evangélica.  
— El camino de “dejar hacer”.  
Es el de quien está a la  
ventana y mira sin ensuciarse  
las manos —ese “balconear” la  
vida—. Se contenta con criticar,  
con “describir con amarga  
complacencia y con altivez los  
errores”[\[2\]](#) de todo el mundo.  
Esta actitud deja la conciencia  
tranquila, pero no tiene nada  
de cristiano porque conduce a  
retirarse, con espíritu de juicio,  
a veces áspero. Falta una  
capacidad propositiva, un  
enfoque constructivo a la  
solución de los problemas.

— El segundo método equivocado es el del “activismo separatista”. Nos esforzamos en crear instituciones católicas (bancos, cooperativas, círculos, sindicatos, escuelas...). Así la fe se vuelve más activa pero — advertía Mazzolari— puede generar una comunidad cristiana elitista. Se favorecen intereses y clientelas con una etiqueta católica. Y, sin querer, se construyen barreras corren el riesgo de ser insuperables para el surgir de la pregunta de fe. Se tiende a afirmar lo que divide respecto a lo que une. Es

un método que no facilita la evangelización, cierra puertas y genera desconfianza.

— El tercer error es el “sobrenaturalismo deshumanizador”. Uno se refugia en lo religioso para evitar las dificultades y las decepciones que se encuentran. Uno se aleja del mundo, verdadero campo del apostolado, por preferir devociones. Es la tentación del espiritualismo. El resultado es un apostolado débil, sin amor. «Los alejados no se pueden interesar con una oración que

no se convierta en caridad, con una procesión que no ayude a llevar las cruces de cada hora»[\[3\]](#). El drama se consume en esta distancia entre la fe y la vida, entre la contemplación y la acción.

2) La granja. En la época de don Primo, había una "familia de familias", que vivían juntas en estos campos fértiles, también sufriendo miserias e injusticias, a la espera de un cambio, que después se tradujo en el éxodo a las ciudades. La granja, la casa, nos dan la idea

de la Iglesia que guiaba don Mazzolari. También él pensaba en una Iglesia en salida, cuando meditaba para los sacerdotes con estas palabras: «Para caminar hay que salir de casa y de la Iglesia, si el Pueblo de Dios ya no viene; y ocuparse y preocuparse también de esas necesidades que, aunque no sean espirituales, son necesidades humanas y, como pueden perder al hombre, también pueden salvarlo. El cristiano se ha separado del hombre, y nuestro discurso no puede

entenderse si antes no lo introducimos por este camino, que parece la más alejada y es la más segura. [...] Para hacer mucho[4], hay que amar mucho». Así decía vuestro párroco. La parroquia es el lugar donde cada hombre se siente esperado, un «hogar que no conoce las ausencias». Don Mazzolari era un párroco convencido de que «los destinos del mundo maduran en las periferias», y que hizo de su propia humanidad un instrumento de la misericordia de Dios, como el padre de la

parábola evangélica, tan bien descrita en el libro «La más bella aventura». Él fue llamado con razón, “el párroco de los alejados” porque siempre los amó y los buscó, no se preocupó de preparar en teoría un método de apostolado válido para todos y para siempre, sino de proponer el discernimiento como camino para interpretar el ánimo de cada hombre. Esta mirada misericordiosa y evangélica sobre la humanidad le llevó a dar también valor a la gradualidad necesaria: el sacerdote no es uno que exige



la perfección, sino que ayuda a todos a dar lo mejor.

«Contentémonos de lo que pueden dar a nuestras poblaciones. ¡Tengamos sentido común! No tenemos que masacrar los hombros de la pobre gente» [\[5\]](#). Esto es lo que me gustaría repetir y repetirlo a todos los sacerdotes de Italia e incluso del mundo:

¡Tengamos sentido común! ¡No masacremos los hombros de la pobre gente! Y si, por estas aperturas, era llamado a la obediencia, la vivía de pie, como adulto, como hombre y, al

mismo tiempo de rodillas,  
besando la mano a su obispo,  
que no dejaba de amar.

3) El tercer escenario —el primero era el río, el segundo, la granja— el tercer escenario es el de vuestra gran llanura. Los que han acogido el “Sermón de la Montaña” no tienen miedo de adentrarse, como viandantes y testigos, en la llanura que se abre, sin límites tranquilizadores. Jesús prepara a sus discípulos a esto, conduciéndoles entre la multitud, entre los pobres,

revelando que la cumbre se alcanza desde la llanura, donde se encarna la misericordia de Dios (cf. Homilía en el Consistorio, 19 de noviembre, 2016). Ante la caridad pastoral de Don Primo se abrían diversos horizontes, en situaciones complejas que tuvo que afrontar: las guerras, los totalitarismos, los enfrentamientos fratricidas, la fatiga de la democracia en gestación, la miseria de su gente. Os animo, hermanos sacerdotes, a escuchar al mundo, a los que viven y

trabajan en él, para haceros cargo de todas las peticiones de sentido y esperanza, sin miedo a cruzar los desiertos y las zonas de sombra. Así podemos convertirnos en Iglesia pobre y con los pobres, la Iglesia de Jesús. Don Primo definía la de los pobres como una "existencia que incomoda" y la Iglesia necesita convertirse al reconocimiento de su vida para amarlos tal y como son: «Los pobres deben ser amados como pobres, es decir, tal cual son, sin hacer cálculos sobre su pobreza, sin pretensiones o

derechos de hipoteca, ni siquiera la de hacerlos ciudadanos del reino de los cielos y mucho menos prosélitos» [\[6\]](#). El no hacía proselitismo, porque no es cristiano. El Papa Benedicto XVI nos dijo que la Iglesia, el cristianismo, no crece por proselitismo, sino por atracción, es decir, por testimonio. Eso es lo que Don Primo Mazzolari hizo: testimonio. El Siervo de Dios vivió como un sacerdote pobre, no como un pobre sacerdote. En su testamento espiritual escribió: «Alrededor

de mi altar, como alrededor de mi casa y mi trabajo nunca hubo "sonido del dinero". Lo poco que ha pasado por mis manos [...] fue donde tenía que ir. Si tuviera alguna amargura sobre esta cuestión, incumbiría a mis pobres y a las obras de la parroquia que hubiera querido ayudar ampliamente». Meditó a fondo sobre la diferencia de estilo entre Dios y el hombre: «El estilo de hombre: con mucho hace poco. El estilo de Dios: con nada hace todo» [\[7\]](#). Por eso la credibilidad del anuncio pasa a través de la

sencillez y la pobreza de la Iglesia: «Si queremos que la pobre gente vuelva a su Casa, hace falta que el pobre encuentre el aire del Pobre», es decir, de Jesucristo. En su escrito «El viacrucis del pobre» don Primo recuerda que la caridad es cuestión de espiritualidad y de mirada. «El que tiene poca caridad ve pocos pobres; el que tiene mucha caridad ve muchos pobres; el que no tiene caridad no ve ninguno» [\[8\]](#). Y añade: «El que conoce al pobre, conoce al hermano: el que ve al hermano

ve a Cristo, el que ve a Cristo  
ve a la vida y su poesía  
verdadera, porque la caridad es  
la poesía del cielo traída a la  
tierra» [\[9\]](#).

Estimados amigos, gracias por  
haberme recibido hoy en la  
parroquia de Don Primo. A  
vosotros y a los obispos os  
digo: Estad orgullosos de haber  
generado "sacerdotes así", y no  
os canséis de convertíos  
también vosotros en  
"sacerdotes y cristianos así",  
aunque requiera luchar con  
vosotros mismos, llamando por  
su nombre a las tentaciones



que nos acosan, dejándonos sanar por la ternura de Dios. Si os dierais cuenta de no haber recogido la lección de don Mazzolari, hoy os invito a aprenderla. El Señor, que ha suscitado siempre en la Santa Madre Iglesia pastores y profetas según su corazón, nos ayude hoy a no ignorarlos de nuevo. Porque ellos han visto lejos, y seguirles nos habría ahorrado sufrimientos y humillaciones. Muchas veces he dicho que el pastor debe ser capaz de ponerse delante del pueblo para indicar el camino,

en medio como signo de cercanía o atrás para alentar a quien se ha quedado atrás. (cfr. Exhortación

Apostólica *Evangelii gaudium*, 31).

Y don Primo escribía: «Donde veo que el pueblo resbala hacia bajadas peligrosas, me pongo atrás; donde es necesario subir, me pongo delante. Muchos no entienden que es la misma caridad que me mueve en uno y en otro caso y que nadie lo puede hacer mejor que un cura»[\[10\]](#). Con este espíritu de comunión fraterna, con

vosotros y con todos los sacerdotes de la Iglesia en Italia —con aquellos buenos párrocos— quisiera concluir con una oración de don Primo, párroco enamorado de Jesús y de su deseo de que todos los hombres tengan la salvación. Así rezaba don Primo: «Has venido para todos: para aquellos que creen y para aquellos que dicen que no creen. Los unos y los otros, a veces estos más que aquellos, trabajan, sufren, esperan para que el mundo vaya un poco mejor. Oh Cristo, has nacido

“fuera de la casa” y has muerto “fuera de la ciudad”, para ser de manera todavía más visible el cruce y el punto de encuentro. Nadie está fuera de la salvación, oh Señor, para que nadie esté fuera de tu amor, que no se consterna ni se reduce por nuestras oposiciones y nuestros rechazos».

Y ahora os daré la bendición. Recemos a la Virgen, primero, que es nuestra Madre: sin Madre no podemos seguir adelante.

Dios te salve María...

[1] P. Mazzolari, *Sacerdotes así*, 125-126.

[2] Id. *Carta sobre la parroquia*, 54.

[3] *Ibid.*, 54.

[4] P. Mazzolari, *Conciencia social del clero*, ICAS, Milán, 1974, 32.

[5] Id., *Sacerdotes así*, 118-119.

[6] Id., *El viacrucis del pobre*, 63.

[7] Id. La parroquia, 84.

[8] Id. El viacrucis del pobre, 32.

[9] Ibid., 33.

[10] Id., Escritos políticos, 195.

20 de junio de 2017. Discurso conmemorativo del Santo Padre en la visita a la tumba de Lorenzo Milani.

Jardín adyacente a la iglesia de San Andrés, en Barbiana (Florencia)

Martes.

Peregrinación del Papa Francisco a Bozzolo (diócesis de Cremona) y a Barbiana (diócesis de Florencia)

*Queridos hermanos y*

*hermanas,*

He venido a Barbiana para rendir homenaje a la memoria de un sacerdote que testimonió cómo en el don de sí a Cristo se encuentran a los hermanos en sus necesidades y se les sirve, para que sea defendida y promovida su dignidad de personas, con la misma donación de sí que Jesús nos mostró, hasta la cruz.

1. Me alegro de encontrar aquí a aquellos que fueron en sus tiempos alumnos de don Lorenzo Milani, algunos en la



escuela popular de San Donato en Calenzano, otros aquí en la escuela de Barbiana. Vosotros sois los testigos de cómo un sacerdote ha vivido su misión, en los lugares en los cuales la Iglesia le llamó, con plena fidelidad al Evangelio y precisamente por ello con plena fidelidad a cada uno de vosotros, que el Señor le había encomendado. Y sois testigos de su pasión educativa, de su intento de despertar en las personas lo humano para abrirlas a lo divino. De ahí su dedicarse completamente a la

escuela, con una elección que aquí en Barbiana él aplicaría de manera todavía más radical. El colegio, para don Lorenzo, no era una cosa diversa respecto a su misión de sacerdote, sino el modo concreto con el cual desempeñar aquella misión, dándole un fundamento sólido y capaz de elevar hasta el cielo. Y cuando la decisión del obispo le condujo de Calenzano hasta aquí, entre los chicos de Barbiana, entendió enseguida que si el Señor había permitido esa separación era para darle nuevos hijos para crecer y

amar. Devolver a los pobres la palabra, porque sin la palabra no hay dignidad y entonces ni siquiera libertad ni justicia: esto enseña don Milani. Y es la palabra que podrá abrir el camino a la plena ciudadanía en la sociedad, mediante el trabajo, y a la plena pertenencia a la Iglesia, con una fe consciente. Esto vale en cierta manera también en nuestros tiempos, en los cuales solo poseer la palabra puede permitir discernir entre los muchos y a menudo confusos mensajes que nos llueven

encima, y de dar expresión a las instancias profundas del propio corazón, así como además a las expectativas de justicia de muchos hermanos y hermanas que esperan justicia. De esa humanización que reivindicamos para cada persona sobre esta tierra, junto al pan, la casa, el trabajo, la familia, forma parte incluso la posesión de la palabra como instrumento de libertad y fraternidad.

2. Están aquí también algunos chicos y jóvenes, que

representan para nosotros a muchos chicos y jóvenes que hoy necesitan a alguien que les acompañe en el camino de su crecimiento. Sé que vosotros, como muchos otros en el mundo, vivís en situación de marginalidad, y que alguno os es cercano para no dejaros solos e indicaros un camino de posible rescate, un futuro que se abra a horizontes más positivos. Querría agradecer desde aquí a todos los educadores, a cuantos se ponen al servicio del crecimiento de las nuevas generaciones, en

particular de aquellos que se encuentran en situación de malestar. La vuestra es una misión llena de obstáculos pero también de alegrías. Pero sobre todo es una misión. Una misión de amor, porque no se puede enseñar sin amar y sin la conciencia de que lo que se dona es solo un derecho que se reconoce, el de aprender. Y para enseñar hay muchas cosas, pero la esencial es el crecimiento de una conciencia libre, capaz de afrontar la realidad y de orientarse en ella guiada por el amor, las ganas

de comprometerse con los demás, de hacerse cargo de sus fatigas y heridas, de rehuir de todo egoísmo para servir al bien común. Encontramos escrito en *Carta a una profesora*: "he aprendido que el problema de los demás es igual al mío. Salir todos juntos es la política. Salir solos es la avaricia». Esto es un llamamiento a la responsabilidad. Un llamamiento referido a vosotros, queridos hermanos, pero antes de todo a nosotros, adultos, llamados a vivir la

libertad de conciencia de manera auténtica, como búsqueda de lo verdadero, de lo bonito y del bien, preparados para pagar el precio de lo que conlleva. Y esto sin compromisos.

3. Para terminar, pero no por último, me dirijo a vosotros sacerdotes que he querido junto a mí aquí en Barbiana. Veo entre vosotros a sacerdotes ancianos, que habéis compartido con don Lorenzo Milani los años del seminario o el ministerio en lugares aquí



cercanos; y también a sacerdotes jóvenes, que representan el futuro del clero florentino e italiano. Por consiguiente, algunos de vosotros sois testigos de la aventura humana y sacerdotal de don Lorenzo, otros sois herederos. A todos quiero recordar que la dimensión sacerdotal de don Lorenzo Milani está en la raíz de todo lo que he ido evocando hasta ahora de él. La dimensión sacerdotal es *la raíz de todo lo que ha hecho*. Todo nace de su ser sacerdote. Pero, a su vez,

su ser sacerdote tiene una raíz más profunda: su fe. Una fe totalizadora, que se convierte en un donarse completamente al Señor y que en el ministerio sacerdotal encuentra la forma plena y cumplida para el joven convertido. Son conocidas las palabras de su guía espiritual, don Raffaele Bensi, al cual acudieron en aquellos años las figuras más altas del catolicismo florentino, tan vivo entorno a la mitad del siglo pasado, bajo el paterno ministerio del venerable cardenal Elia Dalla Costa. Así

dijo don Bensi: «Para salvar el alma vino a mí. Desde aquel día de agosto hasta otoño, se atiborró literalmente del Evangelio y de Cristo. Ese joven partió inmediatamente hacia lo absoluto, sin medios términos. Quería salvarse y salvar, a toda costa.

Transparente y duro como un diamante, enseguida debía herirse y herir» (Nazzareno Fabbretti, "Entrevista a Mons. Raffaele Bensi", *Domenica del Corriere*, 27 junio de 1971). Ser sacerdote como el modo en el cual vivir lo Absoluto. Decía

su madre Alice: «Mi hijo buscaba lo absoluto. Lo encontró en la religión y en la vocación sacerdotal». Sin esta sed de Absoluto se puede ser buenos funcionarios de lo sagrado, pero no se puede ser sacerdotes, sacerdotes verdaderos, capaces de convertirse en servidores de Cristo en los hermanos. Queridos sacerdotes, con la gracia de Dios, intentemos ser hombres de fe, una fe inquieta, no aguada; y hombres de caridad, caridad pastoral hacia todos los que el Señor nos

encomienda como hermanos e hijos. Don Lorenzo nos enseña también a querer bien a la Iglesia, como la quiso él, con la inquietud y la verdad que pueden crear también las tensiones, pero nunca fracturas, abandonos. Amemos a la Iglesia, queridos hermanos, y hagámosla amar, mostrándola como madre primorosa de todos, sobre todo de los más pobres y frágiles, tanto en la vida social, como en la personal y religiosa. La Iglesia que don Milani mostró al mundo tiene este rostro

materno y primoroso, dirigido a dar a todos la posibilidad de encontrar a Dios y así dar consistencia a la propia persona en toda su dignidad.

4. Antes de concluir, no puedo silenciar que el gesto que hoy he cumplido quiere ser una respuesta a esa petición hecha varias veces por don Lorenzo a su obispo, es decir, que fuese reconocido y comprendido en su fidelidad al Evangelio y en la rectitud de su acción pastoral. En una carta al obispo escribió: «Si usted no me honora hoy

con cualquier acto solemne, todo mi apostolado parecerá como un hecho privado...». Del cardenal Silvano Piovanelli, de estimada memoria, en adelante los arzobispos de Florencia otorgaron este reconocimiento a don Lorenzo en diversas ocasiones. Hoy lo hace el obispo de Roma. Lo cual no cancela las amarguras que acompañaron la vida de don Milani —no se trata de cancelar la historia o de negarla, sino de comprender circunstancias y humanidades en juego—, pero dice que la Iglesia reconoce en

esa vida un modo ejemplar de servir al Evangelio, a los pobres y a la Iglesia misma. Con mi presencia en Barbiana, con la oración sobre la tumba de don Lorenzo Milani pienso dar respuesta a cuanto esperaba su madre: «Me urge sobre todo que se conozca al sacerdote, que se sepa la verdad, que se rinda honor a la Iglesia también por lo que él fue en la Iglesia y que la Iglesia le rinda honor a él... Esa Iglesia que tanto le hizo sufrir pero que le dio el sacerdocio, y la fuerza de esa fe que permanece, para mí,



el misterio más profundo de mi hijo... Si no se comprenderá realmente al sacerdote que don Lorenzo fue, difícilmente se podrá entender de él también todo lo demás. Por ejemplo su profundo equilibrio entre dureza y caridad» (Nazareno Fabbretti, "Encuentro con la madre del párroco de Barbiana tres años después de su muerte", *Il Resto del Carlino*, Bolonia, 8 julio 1970). El sacerdote «transparente y duro como un diamante» continúa transmitiendo la luz de Dios sobre el camino de la Iglesia.

¡Tomad la vela y llevadla adelante! Gracias.

[Ave María y bendición]

¡Muchas gracias de nuevo! rezad por mí, no os olvidéis.

¡Que también yo tome ejemplo de este buen sacerdote!

Gracias por vuestra presencia.

Que el Señor os bendiga. Y vosotros sacerdotes, todos — ¡porque no hay jubilación en el sacerdocio!—, todos, ¡adelante y con valor! Gracias.

21 de junio de 2017. Audiencia general. Que el Señor nos done a todos nosotros la esperanza de ser santos.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El día de nuestro Bautismo resonó para nosotros la invocación de los santos.

Muchos de nosotros en aquel momento éramos niños, llevados en los brazos de los padres. Poco antes de cumplir la unción con el óleo de los

catecúmenos, símbolo de la fuerza de Dios en la lucha contra el mal, el sacerdote invitó a la entera asamblea a rezar por quienes estaban a punto de recibir el Bautismo, invocando la intercesión de los santos. Aquella era la primera vez en la cual, a lo largo de la vida, nos era regalada esta compañía de hermanos y hermanas “mayores”—los santos— que pasaron por nuestra misma calle, que conocieron nuestras fatigas y viven para siempre en el abrazo de Dios. La Carta a los

Hebreos define esta compañía que nos rodea con la expresión «gran nube de testigos» (*Hb* 12, 1). Así son los santos: una multitud de testigos.

Los cristianos, en el combatir el mal, no se desesperan. El cristianismo cultiva una incurable confianza: no cree que las fuerzas negativas y disgregantes puedan prevalecer. La última palabra sobre la historia del hombre no es el odio, no es la muerte, no es la guerra. En todo momento de la vida nos ayuda la mano de Dios, y también la discreta

presencia de todos los creyentes que «nos han precedido con el signo de la fe» (*Canon Romano*). Su existencia dice ante todo que la vida cristiana no es un ideal inalcanzable. Y juntos nos conforta: no estamos solos, la Iglesia está hecha de innumerables hermanos, a menudo anónimos, que nos han precedido y que por la acción del Espíritu Santo están vinculados con los acontecimientos de quien vive aquí abajo. La del Bautismo no es la única

invocación de los santos que marca el camino de la vida cristiana. Cuando dos novios consagran su amor en el sacramento del matrimonio, se invoca de nuevo para ellos — esta vez como pareja— la intercesión de los santos. Y esta invocación es fuente de confianza para los dos jóvenes que parten para el “viaje” de la vida conyugal. Quien ama verdaderamente tiene el deseo y el valor de decir “para siempre” —“para siempre”— pero sabe tener necesidad de la gracia de Cristo y de la ayuda

de los santos para poder vivir la vida matrimonial para siempre. No como algunos dicen: "hasta cuando dure el amor". No: ¡para siempre! De lo contrario, mejor no te cases. O para siempre o nada. Por esto en la liturgia nupcial se invoca la presencia de los santos. Y en los momentos difíciles es necesario tener el valor de elevar los ojos al cielo, pensando en los muchos cristianos que pasaron a través de la tribulación y custodiaron blancas sus vestimentas bautismales, lavándolas en la



sangre del Cordero (cf *Hech 7, 14*): así dice el Libro del Apocalipsis. Dios no nos abandona nunca: cada vez que lo necesitemos vendrá un ángel suyo a levantarnos y a infundirnos consolación.

“Ángeles” alguna vez con un rostro y un corazón humano, porque los santos de Dios están siempre aquí, escondidos en medio de nosotros. Esto es difícil de entender e incluso de imaginar, pero los santos están presentes en nuestra vida. Y cuando alguno invoca a un santo o a una santa, es

precisamente porque está cerca de nosotros. También los sacerdotes custodian el recuerdo de una invocación de los santos pronunciada sobre ellos. Es uno de los momentos más impactantes de la liturgia de la ordenación. Los candidatos se colocan tumbados por el suelo, con la cara hacia el suelo. Y toda la asamblea, guiada por el obispo, invoca la intercesión de los santos. Un hombre permanecería aplastado bajo el peso de la misión que le es encomendada, pero sintiendo que todo el

paraíso está a sus espaldas,  
que la gracia de Dios no faltará  
porque Jesús permanece  
siempre fiel, entonces se puede  
partir serenos y tranquilos. No  
estamos solos.

Y ¿qué somos nosotros? Somos  
polvo que aspira al cielo.

Débiles nuestras fuerzas, pero  
potente el misterio de la gracia  
que está presente en la vida de  
los cristianos. Somos fieles a  
esta tierra, que Jesús ha amado  
en cada instante de su vida,  
pero sabemos y queremos  
esperar en la transfiguración  
del mundo, en su cumplimiento

definitivo donde finalmente no habrá más lágrimas, maldad y sufrimiento. Que el Señor nos done a todos nosotros la esperanza de ser santos. Pero alguno de vosotros podrá preguntarme: "Padre, ¿se puede ser santo en la vida de todos los días?" Sí, se puede. "Pero ¿esto significa que debemos rezar todo el día?" No, significa que debes cumplir tu deber todo el día: rezar, ir al trabajo, cuidar de los hijos. Pero es necesario hacer todo con el corazón abierto hacia Dios, de manera que el trabajo,

también en la enfermedad,  
incluso en la dificultad, esté  
abierto a Dios. Y así nos  
podemos convertir en santos.  
Que el Señor nos dé la  
esperanza de ser santos. ¡No  
pensemos que es una cosa  
difícil, que es más fácil ser  
delincuentes que santos! No.  
Se puede ser santos porque nos  
ayuda el Señor; es Él quien nos  
ayuda.

Es el gran regalo que cada uno  
de nosotros puede ofrecer al  
mundo. Que el Señor nos dé la  
gracia de creer tan  
profundamente en Él como

para convertirnos en imagen de Cristo para este mundo. Nuestra historia necesita “místicos”: personas que rechazan todo dominio, que aspiran a la caridad y a la fraternidad. Hombres y mujeres que viven aceptando también una porción de sufrimiento, porque se hacen cargo de la fatiga de los demás. Pero sin estos hombres y mujeres el mundo no tendría esperanza. Por esto os deseo —y también deseo para mí— que el Señor nos done la esperanza de ser santos. ¡Gracias!

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que el Señor nos conceda la gracia de *ser santos*, de convertirnos en imágenes de Cristo para este mundo, tan necesitado de esperanza, de personas que rechazando el mal, aspiren a la caridad y a la fraternidad. Que Dios los bendiga.

21 de junio de 2017. Discurso a una delegación de la liga nacional de fútbol americano (NFL)

Miércoles.

*Queridos amigos:*

Me alegra dirigíós un cordial saludo, miembros y dirigentes de la *American Pro Football Hall of Fame*, y daos la bienvenida al Vaticano. Como muchos de vosotros soy un apasionado del "football", pero en el país de donde vengo se juega de manera muy diferente.



Doy gracias al Sr. Anderson por sus amables palabras, que han destacado los valores tradicionales de la lealtad y la deportividad que tratáis de personificar, tanto en el terreno de juego como en vuestra vida, en vuestras familias y en vuestras comunidades. El mundo en que vivimos, y en especial los jóvenes, necesitan modelos, personas que nos muestren cómo sacar lo mejor de nosotros mismos, para que fructifiquen los dones y talentos que nos ha dado Dios y, haciendo así, nos enseñen el

camino para un futuro mejor de nuestras sociedades.

El trabajo en equipo, el juego limpio y el esforzarse por lo mejor, son valores —incluso en el sentido religioso de la palabra— que orientan vuestro empeño en el terreno de juego. Sin embargo, de estos valores hay una necesidad urgente fuera del campo, en todos los ámbitos de la vida comunitaria. Son los valores que ayudan a construir una cultura del encuentro, en la que podemos prevenir y sostener las necesidades de nuestros

hermanos y hermanas, y luchar contra el exagerado individualismo, la indiferencia y la injusticia que nos impiden vivir como una única familia humana . ¡Cuánto necesita el mundo esta cultura del encuentro!

Estimados amigos, ojalá que vuestra visita a la Ciudad Eterna aumente vuestra gratitud por los muchos dones que habéis recibido y os inspire a compartirlos cada vez más generosamente para construir un mundo más fraterno. Invoco sobre vosotros y vuestras

familias la bendición de Dios, la alegría y la paz.

22 de junio de 2017. Discurso a los participantes en la asamblea de la Reunión de las Obras para la Ayuda a las Iglesias Orientales (ROACO)

Jueves.

*Queridos amigos:*

Os recibo cordialmente y doy las gracias al cardenal Sandri por su saludo en nombre de todos vosotros, reunidos en Roma para la 90ª Sesión Plenaria de la ROACO. Renuevo mi agradecimiento por el

trabajo y el constante esfuerzo de caridad y solidaridad que garantizáis desde 1968 a las Iglesias, orientales y latina, de los territorios encomendados a la competencia de la Congregación para las Iglesias Orientales: vosotros sostenéis las actividades pastorales, educativas y de asistencia y salís al encuentro de sus urgentes necesidades, gracias también a la labor de los representantes pontificios, que también tengo el placer de saludar. A través del Padre Custodio saludo y bendigo a los

Frailes Franciscanos de la Custodia, que han comenzado a celebrar el octavo centenario de su presencia en Tierra Santa.

La Congregación para las Iglesias Orientales está celebrando, en cambio, su centenario, un largo tiempo durante el cual ha asistido a los Sumos Pontífices —que fueron prefectos hasta 1967— en su cercanía a todas las Iglesias. Han sido décadas que han visto una sucesión de acontecimientos dramáticos: las Iglesias orientales se han

visto a menudo embestidas por terribles oleadas de persecuciones y tribulaciones, tanto en el este de Europa como en Oriente Medio. Las fuertes migraciones han debilitado su presencia en los territorios en los cuales habían florecido durante siglos. Ahora, gracias a Dios, algunas de ellas han vuelto a la libertad después del doloroso período de los regímenes totalitarios, pero otras, especialmente en Siria, Irak y Egipto, ven que sus hijos sufren a causa del perdurar de la guerra y las insensatas



violencias perpetradas por el terrorismo fundamentalista. Todos estos acontecimientos nos han hecho atravesar la experiencia de la cruz de Jesús: la cual es causa de turbación y sufrimiento, pero al mismo tiempo es fuente de salvación. Como tuve ocasión de decir al día siguiente de mi elección como Obispo de Roma: «Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor» (Homilía de la misa celebrada con los

cardenales electores,

Enseñanzas, 1 [2013], 3).

Por esto me alegra que hayáis podido reflexionar, junto con algunos representantes de las Iglesias, sobre la importante realidad de la formación inicial de los seminaristas y la permanente de los sacerdotes. Somos conscientes, efectivamente, de la elección de radicalidad expresada por muchos de ellos y de la heroicidad de su testimonio de dedicación al lado de sus comunidades, a menudo muy castigadas. Pero también somos

conscientes de las tentaciones que se pueden encontrar, como la búsqueda de un estatus social reconocido al consagrado en algunas zonas geográficas, o un modo de ejercer el papel de guía según criterios de afirmación humana o según esquemas de la cultura y del ambiente.

El esfuerzo que la Congregación y las Agencias deben continuar cumpliendo es sostener los proyectos e iniciativas que edifican de manera auténtica el ser Iglesia. Es fundamental alimentar

siempre el estilo de proximidad evangélica: en los obispos, para que lo vivan respecto a sus presbíteros, de manera que éstos hagan sentir la caricia del Señor a los fieles a ellos encomendados. Pero todos custodiando la gracia de permanecer discípulos del Señor, a partir de los primeros, que aprenden a hacerse últimos con los últimos. El seminarista y el joven sacerdote sentirá así la alegría de ser colaborador de la salvación ofrecida por el Señor, que se inclina como Buen

Samaritano para derramar sobre las heridas de los corazones y de las historias humanas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza evangélica.

¡Sintámonos piedras vivas unidas a Cristo, que es la piedra angular! Las Iglesias orientales custodian tantas veneradas memorias, iglesias, monasterios, lugares de santos y santas: estos son custodiados y conservados, también gracias a vuestra ayuda, favoreciendo así la peregrinación a las raíces de la fe. Pero cuando no es

posible reparar o mantener las estructuras, debemos seguir siendo templo vivo del Señor, recordando que la "arcilla" de nuestra existencia creyente ha sido plasmada por las manos del "alfarero", el Señor, que ha infundido en ella su Espíritu vivificador. Y no hay que olvidar que en Oriente, también en nuestros días, los cristianos — no importa que sean católicos, ortodoxos o protestantes— derraman su sangre como sello de su testimonio. Los fieles orientales, aunque son obligados a emigrar, puedan ser

acogidos en los lugares donde llegan, y puedan continuar viviendo según la tradición eclesial propia. De esta forma vuestra labor, queridos representantes de las Agencias, será un puente entre Oriente y Occidente, tanto en los países de origen como en aquellos de los cuales provenís.

Os encomiendo a la intercesión de la Santa Madre de Dios, y os aseguro que os acompaño con mi oración. Os bendigo de corazón, así como a vuestras comunidades y vuestro servicio. Y os pido, por favor,

que recéis por mí. ¡Gracias!



23 de junio de 2017. Discurso a los participantes en la 75 convención del Serra International.

Viernes.

*Señor cardenal,  
excelencia,  
queridos hermanos y  
hermanas:*

Saludo con alegría a todos vosotros que, de muchas partes del mundo, habéis venido a celebrar vuestro Congreso Internacional bajo el lema "Siempre adelante. El valor de

la vocación". Con la alegría del Evangelio y la audacia típica de la misión cristiana, os habéis reunido para volver a descubrir, en la escuela del Maestro, el sentido de toda vocación cristiana: ofrecer la propia vida como un don, "ungiendo" a los hermanos con la ternura y la misericordia de Dios. Doy las gracias al presidente de Serra International, Doctor Dante Vannini, por el saludo que me ha dirigido, y querría retomar una expresión suya, que me parece central en la experiencia de la fe: ser

amigos.

Ser amigos de los sacerdotes, sosteniendo su vocación y acompañando su ministerio: este es el gran don con el cual vosotros enriquecéis a la Iglesia! Un serrano es ante todo esto: un "amigo especial" que el Señor ha puesto al lado de algunos seminaristas y algunos sacerdotes.

Hoy en día la palabra "amigo" se ha desgastado un poco. Viviendo en los lugares de la vida metropolitana, cada día entramos en contacto con personas diversas a las que a

menudo definimos "amigos", pero es un modo de hablar. Y así, en el horizonte de la comunicación virtual, la palabra "amigo" es una de las más utilizadas. Sin embargo, sabemos que un conocimiento superficial no es suficiente para activar esa experiencia de encuentro y de proximidad a la que hace referencia la palabra "amigo".

Además, cuando es Jesús el que la usa, indica una verdad incómoda: Hay verdadera amistad sólo cuando el encuentro me implica en la

vida del otro hasta el don de mí mismo. De hecho, Jesús dice a sus discípulos: «No os llamo ya siervos [...]; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (*Jn 15, 15*).

De esta forma, Él establece una nueva relación entre el hombre y Dios, que supera la ley y se basa en un amor confidente. Al mismo tiempo, Jesús libera a la amistad del sentimentalismo y nos la entrega como un compromiso de responsabilidad que implica a la vida: «Nadie tiene mayor amor que el que

da su vida por sus amigos»  
(*Jn* 15, 13).

Por lo tanto, se es amigos sólo si el encuentro no permanece exterior o formal, sino que se convierte en compartir el destino del otro, compasión, implicación que lleva hasta donarse al otro.

Nos hace bien pensar en lo que hace un amigo: se pone al lado con discreción y sensibilidad en mi camino; me escucha profundamente, y sabe cómo ir más allá de las palabras; es misericordioso respecto a los defectos, está libre de

prejuicios; sabe compartir mi recorrido, haciéndome sentir la alegría de no estar solo; no siempre me respalda, pero, precisamente, porque quiere mi bien, me dice sinceramente lo que no comparte; está dispuesto a ayudarme a volverme a levantar cada vez que caigo.

Esta amistad, vosotros intentáis donarla también a los sacerdotes. El Serra Club es un lugar en el cual crece esta hermosa vocación: ser laicos amigos de los sacerdotes. Amigos que saben

acompañarles y apoyarles con sentido de fe, con la fidelidad de la oración y el compromiso apostólico; amigos que comparten la maravilla de la llamada, el valor de la elección definitiva, las alegrías y los cansancios del ministerio; amigos que saben estar cerca de los sacerdotes, que saben mirar con comprensión y ternura impulsos generosos, junto con sus debilidades humanas. Con estas actitudes, podéis ser para los sacerdotes como la casa de Betania, donde Jesús entregaba a Marta y



María sus cansancios y, gracias a su premura, podía descansar y reconfortarse.

Hay una segunda palabra que os distingue, y habéis elegido para este congreso: ¡Siempre adelante! Comparto con vosotros que es una palabra clave de la vocación cristiana. Efectivamente, la vida del discípulo misionero está marcada por el ritmo que le imprime la llamada; la voz del Señor le invita a abandonar el suelo de sus propias seguridades y a iniciar el “santo viaje” hacia la tierra prometida

del encuentro con Él y con los hermanos. La vocación es la invitación a salir de sí mismos para iniciar a vivir la fiesta del encuentro con el Señor y recorrer las rutas por las que Él nos envía.

Ahora bien, no puede caminar quien no se pone en tela de juicio. No avanza hacia la meta quien tiene miedo de perderse a sí mismo según el Evangelio (cf. *Mt* 16, 25-26). Ninguna nave surcaría las aguas si tuviera miedo a dejar la seguridad del puerto. De la misma manera, ningún

cristiano puede entrar en la experiencia transformadora del amor de Dios si no está dispuesto a cuestionarse a sí mismo, sino que permanece vinculado a sus proyectos y sus logros consolidados. También las estructuras pastorales pueden caer en esta tentación de preservarse a sí mismas en lugar de adaptarse al servicio del Evangelio.

El cristiano, sin embargo, caminando por los surcos de la vida diaria sin temor, sabe que puede descubrir las sorprendentes iniciativas de

Dios cuando tiene el valor de osar, cuando no permite al miedo prevalecer sobre la creatividad, cuando no se tensa ante la novedad y sabe abrazar los desafíos que el Espíritu le plantea, incluso cuando ello requiere que cambie de ruta y salga de los esquemas.

Nos ilumina la imagen de san Junípero que, cojeando, se obstina en ponerse en camino hacia San Diego para plantar la Cruz! Tengo miedo de los cristianos que no caminan y se encierran en su nicho. Es mejor proceder cojeando, a veces

cayendo, pero siempre confiando en la misericordia de Dios, que ser unos "cristianos de museo" que temen los cambios y que, habiendo recibido un carisma o vocación, en lugar de ponerse al servicio de la eterna novedad del Evangelio, se defienden a sí mismos y defienden sus roles. Por otro lado, la vocación es ser llamados por Otro, es decir, no poseerse más, salir de sí mismos y ponerse al servicio de un proyecto más grande. Nos convertimos, entonces, con humildad, en colaboradores de

la viña del Señor, renunciando a todo espíritu de posesión y de vanagloria. ¡Qué triste es ver que, a veces, precisamente nosotros, hombres de la Iglesia no sabemos ceder nuestro puesto, no conseguimos despedirnos de nuestros deberes con serenidad, y nos cuesta dejar en manos de otros las obras que el Señor nos ha encomendado!

También vosotros, pues, ¡siempre adelante! Con valor, con creatividad y con audacia. Sin miedo de renovar vuestras estructuras y sin permitir que

el precioso camino recorrido pierda el empuje de la novedad. Como en los juegos olímpicos, que podáis estar siempre dispuestos a “pasar el testigo”, sobre todo a las generaciones futuras, conscientes de que el fuego está encendido desde lo Alto, que precede nuestra respuesta y supera nuestro trabajo. Así es la misión cristiana: «Uno siembra y otro cosecha» (*Jn 4, 37*).

Queridos hermanos y hermanas. Os exhorto a ser verdaderos amigos de los

seminaristas y los sacerdotes, manifestando vuestro amor por ellos en la promoción de las vocaciones, en la oración y en la colaboración pastoral. Y os aconsejo: ¡Siempre adelante! Adelante en la esperanza, adelante con vuestra misión, mirando más allá, abriendo horizontes, dejando espacio a los jóvenes y preparando el futuro. La Iglesia y las vocaciones sacerdotales os necesitan. María Santísima, Madre de la Iglesia y de los sacerdotes, os acompañe. Y por favor, irezad por mí!





24 de junio de 2017. Discurso a los participantes en el capítulo general de la congregación de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Sábado.

*Queridos hermanos:*

Os acojo con alegría con ocasión de vuestro Capítulo general. Doy las gracias al Superior General sus palabras; y, a través de vosotros, saludo a todos vuestros hermanos presentes en quince países de cuatro continentes.

Hijos espirituales de Bogdan Jański, apóstol de los emigrados polacos en Francia durante el siglo XIX, habéis nacido para dar testimonio de que la resurrección de Cristo está en la base de la vida cristiana, para anunciar la necesidad de la resurrección personal y apoyar a la comunidad en su misión al servicio del Reino de Dios. En estrecha relación con el carisma del Instituto, habéis elegido para este capítulo el tema «Testigos de la presencia del Señor resucitado: de la

comunidad al mundo». Querría detenerme en tres expresiones.

1. *Testigos de la presencia del Señor resucitado*: es decir, misioneros, apóstoles del Viviente. Por eso os propongo como icono a María Magdalena, la apóstola de los apóstoles, que en la mañana de Pascua, después de encontrar a Jesús resucitado, lo anuncia a los otros discípulos. Buscaba a Jesús muerto y lo encuentra vivo. Y esta es la alegre Buena Nueva que lleva a los demás: Cristo está vivo y tiene el poder

para vencer la muerte y darnos la vida eterna.

De aquí recabamos una primera reflexión: la nostalgia de un pasado que ha podido ser fructífero en vocaciones y grandioso en obras *no os impida ver la vida que el Señor hace brotar a vuestro lado en el momento presente. No seáis hombres nostálgicos, sino hombres que, movidos por la fe en el Dios de la historia y de la vida, anuncian la llegada del alba incluso en plena noche (cf. Is 21, 11-12). Hombres contemplativos que, con la*

mirada del corazón fija en el Señor, saben ver lo que otros no ven, impedidos por las preocupaciones de este mundo; hombres que saben proclamar, con la audacia que viene del Espíritu, que Cristo está vivo y es el Señor.

Una segunda reflexión es esta: María Magdalena y las otras que van al sepulcro (cf. *Lc 24, 1-8*) son mujeres "en salida": abandonan su "nido" y se ponen en camino, saben arriesgarse. El Espíritu os llama también a vosotros, Hermanos de la Resurrección, a

*ser hombres en camino, un Instituto "en salida",* hacia las periferias humanas, allí donde es necesario llevar la luz del Evangelio. Os llama a ser buscadores del rostro de Dios allí donde se encuentra: no en las tumbas —"¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?" (Lc 24, 5)—, sino donde Él vive: en la comunidad y en la misión.

2. *De la comunidad al mundo.* Como los discípulos de Emaús, dejaos alcanzar por el Resucitado, tanto

individualmente como comunitariamente, especialmente a lo largo de los caminos de la desilusión y el abandono (cf. *Lc 24, 11 y ss*). Y este encuentro os hará correr de nuevo, llenos de alegría y sin demora, a la comunidad, y de ella a todo el mundo para anunciar: «¡Verdaderamente el Señor ha resucitado!» (*Lc 24, 34*).

Los que creen en el Resucitado tienen el valor de “salir” a llevar la Buena Nueva de la Resurrección, asumiendo los riesgos del testimonio, como



hicieron los apóstoles. ¡Cuántos son aquellos que esperan esta alegre noticia! No es lícito privarles de ella. Si la Resurrección de Cristo es nuestra mayor certeza y el tesoro máspreciado, ¿cómo no correr a anunciarlo a los demás?

Y una forma concreta de manifestarla es la *vida fraterna en comunidad*. Se trata de acoger a los hermanos que Señor nos dona: no a los que elegimos nosotros, a los que el Señor nos dona. Puesto que Cristo ha resucitado ya no se

nos permite, como dice el apóstol Pablo, mirar a los otros a la manera humana (cf. *2 Cor 5, 16*). Les vemos y les acogemos como un regalo del Señor. El otro es un don que no puede ser manipulado ni despreciado; un don para acoger con respeto, porque en él, especialmente si es débil y frágil, Cristo sale a mi encuentro.

Os exhorto a ser constructores de comunidades evangélicas y no meros "consumidores" de ellas; a asumir la vida fraterna en la comunidad como la

primera forma de evangelización. Las comunidades estén *abiertas a la misión y huyan de la autorreferencialidad*, que conduce a la muerte. Que los problemas —que siempre los hay— no os ahoguen, sino que podáis cultivar la “*mística del encuentro*” y buscar, junto con los hermanos que el Señor os ha donado e iluminados «por la relación de amor que recorre las tres Personas Divinas» el camino y el método para ir adelante (cf. Carta apostólica *A todos los consagrados*, 21 de

noviembre de 2014, I, 2). En una sociedad que tiende a nivelar y masificar, donde la injusticia contrapone y divide, en un mundo lacerado y agresivo, ¡no dejéis que falte el testimonio de la vida fraterna en comunidad!

3. *Profetas de la alegría y la esperanza pascual.* El Resucitado ha derramado sobre sus discípulos dos formas de consuelo: la alegría interior y la luz del misterio pascual. La alegría de reconocer la presencia del Resucitado os

introduce en su Persona y en su voluntad: por esto conduce a la misión. Y por otro lado, la luz del misterio pascual hace recuperar la esperanza, una «esperanza fiable», como dijo el Papa Benedicto XVI (Enc. *Spe salvi*, 2).

Resucitados para hacer resucitar, liberados para liberar, generados a nueva vida para generar nueva vida en todos los que encontramos en nuestro camino. Esta es vuestra vocación y la misión de los Hermanos de la Resurrección. «¿Por qué buscáis

entre los muertos al que está vivo?» (Lc 24, 5). Que en vuestros corazones resuene constantemente esta palabra. Os ayudará a salir de los momentos de tristeza y os abrirá a horizontes de alegría y esperanza. Os permitirá volcar las piedras de los sepulcros y os dará la fuerza para anunciar la Buena Noticia en esta cultura tantas veces marcada por la muerte. Si tenemos el valor de bajar a nuestros sepulcros personales y comunitarios, veremos cómo Jesús es capaz de hacernos resucitar de ellos.

Y esto nos hará redescubrir la alegría, la felicidad y la pasión de los primeros momentos de nuestro darnos.

Queridos hermanos, concluyo recordando lo que tantas veces he dicho a los consagrados especialmente durante el Año de la Vida Consagrada: hacer memoria agradecida del pasado, vivir el presente con pasión, abrazar el futuro con esperanza. Recuerdo agradecido del pasado: no arqueología, porque el carisma es siempre una fuente de agua viva, no una botella de agua

destilada. Pasión para mantener siempre vivo y joven el primer amor, que es Jesús. Esperanza: sabiendo que Jesús está con nosotros y guía nuestros pasos como guió los pasos de nuestros fundadores. María, que de manera particular vivió y vive el misterio de la Resurrección de su Hijo, vele como madre en vuestro camino. Os acompañe también mi bendición. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!



25 de junio de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En el Evangelio de hoy  
(cf. *Mt* 10, 26-33) el Señor  
Jesús, después de haber  
llamado y enviado de misión a  
sus discípulos, les instruye y les  
prepara para afrontar las  
pruebas y las persecuciones  
que deberán encontrar. Ir de  
misión no es hacer turismo, y  
Jesús advierte a los suyos: «No

les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de saberse [...]. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz. [...] Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (*Mt 10, 26-28*).

Pueden matar solamente el cuerpo, no tienen el poder de matar el alma: de estos no tengáis miedo. El envío en misión de parte de Jesús no garantiza a los discípulos el éxito, así como no les pone a salvo de fracasos y sufrimientos. Ellos deben tener

en cuenta tanto la posibilidad del rechazo, como la de la persecución. Esto asusta un poco, pero es la verdad.

El discípulo está llamado a adaptar su propia vida a Cristo, que fue perseguido por los hombres, conoció el rechazo, el abandono y la muerte en la cruz. ¡No existe la misión cristiana caracterizada por la tranquilidad! Las dificultades y las tribulaciones forman parte de la obra de evangelización, y nosotros estamos llamados a encontrar en ellas la ocasión para verificar la autenticidad de

nuestra fe y de nuestra relación con Jesús. Debemos considerar estas dificultades como la posibilidad para ser todavía más misioneros y para crecer en esa confianza hacia Dios, nuestro Padre, que no abandona a sus hijos en la hora de la tempestad. Ante las dificultades del testimonio cristiano en el mundo, no somos olvidados nunca, sino siempre acompañados por el cuidado atento del Padre. Por ello, en el Evangelio de hoy, Jesús tranquiliza tres veces a sus discípulos diciendo: «¡No

tengáis miedo!».

También en nuestros días, hermanos y hermanas, la persecución contra los cristianos está presente.

Nosotros rezamos por nuestros hermanos y hermanas que son perseguidos, y alabamos a Dios porque, no obstante ello, siguen dando testimonio con valor y fidelidad de su fe. Su ejemplo nos ayuda a no dudar en tomar posición a favor de Cristo dando testimonio de Él valientemente en las situaciones de cada día, incluso en contextos aparentemente

tranquilos. En efecto, una forma de prueba puede ser incluso la ausencia de hostilidades y de tribulaciones. Además de como «ovejas en medio de los lobos», el Señor, también en nuestro tiempo, nos manda como centinelas en medio de la gente que no quiere ser despertada del torpor mundano, que ignora las palabras de Verdad del Evangelio, construyéndose unas propias verdades efímeras. Y si nosotros vamos o vivimos en estos contextos y decimos las Palabras del

Evangelio, esto molesta y no nos mirarán bien.

Pero en todo esto el Señor sigue diciéndonos, como decía a los discípulos de su tiempo:

“¡No tengáis miedo!”. No

olvidemos esta palabra:

siempre, cuando nosotros tenemos alguna tribulación,

alguna persecución, alguna

cosa que nos hace sufrir,

escuchamos la voz del Señor

en el corazón: “¡No tengáis

miedo! ¡No tener miedo, ve

adelante! ¡Yo estoy contigo!”.

No tengáis miedo de quien se

ríe de vosotros y os maltrata, y

no tengáis miedo de quien os ignora o "delante" os honora pero "detrás" combate el Evangelio. Hay muchos que delante nos sonríen, pero luego, por detrás, combaten el Evangelio. Todos los conocemos. Jesús no nos deja solos porque somos preciosos para Él. Por esto no nos deja solos: cada uno de nosotros es precioso para Jesús, y Él nos acompaña. La Virgen María, modelo de humilde y valiente adhesión a la Palabra de Dios, nos ayude a entender que en el testimonio de la fe no cuentan



los éxitos, sino la fidelidad a Cristo, reconociendo en cualquier circunstancia, incluso en las más problemáticas, el don inestimable de ser sus discípulos misioneros.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Expreso mi cercanía a la población del pueblo chino de Xinmo que ayer fue golpeado por un desprendimiento de tierra causado por fuertes lluvias. Rezo por los difuntos y heridos y por todos los que han

perdido la casa. Dios conforte a las familias y ayude a los equipos de rescate. ¡Me siento cerca de vosotros!

Hoy en Vilna (Lituania), será proclamado beato el obispo Teofilo Matulionis, asesinado por odio a la fe en 1962, cuando tenía ya casi 90 años. Alabamos a Dios por el testimonio de este incansable defensor de la fe y de la dignidad del hombre. ¡Le saludamos con un aplauso a él y a todo el pueblo lituano! ¡Dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y

peregrinos! En particular, saludo al arzobispo Mayor, a los obispos, a los sacerdotes y fieles de la Iglesia greco-católica ucraniana, así como además a los peregrinos de Bielorusia, que recuerdan el 150° aniversario de la canonización de san Josafat. Me uno espiritualmente a la Divina Liturgia que celebraréis dentro de poco en la basílica de San Pedro, invocando del Señor para cada uno de vosotros el valor del testimonio cristiano y el don de la paz para para la querida tierra ucraniana.

Saludo a los ministrantes de Komorow (Polonia) y a los otros fieles polacos, con un pensamiento además dirigido al santuario de la Madre de Dios de Gietrzwałd. Saludo a los fieles chilenos de Santiago de Chile, Rancagua y Copiapó, así como además a los de Montpellier y Córcega. Saludo a los que se van a confirmar en Tombolo y a la peregrinación de la Orden de los Mínimos de san Francisco de Paula.

A todos os deseo un feliz domingo y, por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen

almuerzo y hasta pronto!

26 de junio de 2017. Discurso a los miembros de la liga italiana para la lucha contra los tumores.

Lunes.

*Queridos amigos:*

Os doy la bienvenida y doy las gracias al presidente por las corteses palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros.

El esfuerzo de vuestra Institución constituye para la sociedad una doble riqueza. Por una parte, con la multiplicidad

de sus servicios contribuye a formar en las personas y en las familias un estilo de prevención: es decir, favorece la mentalidad que la prevención oncológica es ante todo un estilo de vida. Al mismo tiempo, junto a tantísimas y diversas realidades en Italia, alimentáis el voluntariado, es decir una expresión emblemática de la gratuidad que debería incidir cada vez más en la vivencia cotidiana.

Vuestra obra representa un instrumento muy útil de

sensibilización y formación. Hay mucha necesidad de difundir una cultura de la vida, hecha de actitudes, de comportamientos. Una verdadera cultura popular, seria, accesible a todos, y no basada en intereses comerciales. En particular, las familias necesitan ser acompañadas en un camino de prevención; un camino que incluye a las diversas generaciones en un "pacto" solidario; un camino que valoriza la experiencia de quien ha vivido, junto a los propios



familiares, el fatigoso recorrido de la patología oncológica.

De igual manera es preciosa la colaboración del voluntariado de la *Liga italiana para la lucha contra los tumores* con sus estructuras sanitarias, públicas y privadas; además de la ayuda ofrecida a las familias en el asegurar asistencia, sobre todo en la continuidad a menudo desgastadora y sin pausas de la cotidianidad.

Este último aspecto constituye un testimonio que encuentra la comunidad eclesial particularmente en sintonía y

compartiendo, porque es llamada por vocación y misión a vivir el servicio hacia quien sufre y a vivirlo según el binomio típicamente cristiano de la humildad y del silencio. Efectivamente el bien se cumple y es eficaz sobre todo cuando está hecho sin la búsqueda de la recompensa y del aparentar, en las situaciones cotidianas concretas de la vida.

En este servicio vuestro se pone en práctica también un continuo descentramiento hacia las periferias. "Periferia",

efectivamente, es cada hombre y mujer que vive una condición de marginación; periferia es cada persona obligada a los márgenes de la sociedad y de las relaciones, sobre todo cuando la enfermedad rompe los ritmos habituales, como es el caso de las patologías oncológicas. Es la periferia la que convoca la responsabilidad de cada uno de nosotros, porque cada cristiano, al igual que cada hombre animado por el deseo de verdad y de bien, constituye un instrumento consciente de la gracia.

El "cuidar", testimoniado en la cotidianidad compartido con tantas personas enfermas, es una riqueza inestimable para la sociedad: recuerda a la entera comunidad civil y eclesial no tener miedo de la proximidad, no tener miedo de la ternura, no tener miedo de "perder tiempo" con lazos que ofrezcan y acojan ayuda y conforto recíproco, espacios de solidaridad auténticos y no formales.

Por último, me permito subrayar que, ya que la salud constituye un bien primario y

fundamental de cada persona, es deseable que la prevención oncológica pueda ser extendida a todos, gracias a la colaboración entre los servicios públicos y privados, las iniciativas de la sociedad civil y las caritativas. De esta manera, con vuestra contribución específica, también en este sector podemos intentar hacer que nuestras sociedades se hagan cada vez más inclusivas. Os doy las gracias por este encuentro. Encomiendo vuestro esfuerzo y el de los voluntarios, junto a todas las personas

enfermas que encontráis, a la  
materna protección de María  
Santísima, *Salus infirmorum*, y  
de corazón os bendigo. Gracias.

27 de junio de 2017. Discurso a una delegación del patriarcado ecuménico de Constantinopla.

Martes.

*Eminencia,*  
*queridos hermanos en Cristo:*  
Gracias por haber venido aquí, con motivo de la fiesta de los santos Pedro y Pablo, principales patronos de esta Iglesia de Roma; sed bienvenidos. Agradezco vivamente a Su Santidad el Patriarca Ecuménico Bartolomé y al Santo Sínodo que os hayan

enviado, queridos hermanos, como representantes suyos, para compartir con nosotros la alegría de esta fiesta.

Pedro y Pablo, discípulos y apóstoles de Jesucristo, sirvieron al Señor con diferentes estilos y de modo diverso. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, ambos dieron testimonio del amor misericordioso de Dios Padre, del cual cada uno a su manera, tuvo una experiencia profunda, hasta ofrecer en sacrificio su propia vida. Por eso, desde tiempos remotos, la Iglesia en



Oriente y en Occidente une en una sola celebración la memoria del martirio de Pedro y de Pablo. Efectivamente, es justo celebrar juntos su ofrenda por amor del Señor que es, al mismo tiempo, memoria de unidad en la diversidad. Como bien sabéis, la iconografía representa a los dos apóstoles estrechamente abrazados, profecía de la comunión eclesial única en la cual las diferencias legítimas deben convivir. El intercambio de delegaciones entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de Constantinopla, con

motivo de las respectivas fiestas patronales, acrecienta en nosotros el deseo de restablecer plenamente la comunión entre católicos y ortodoxos, que ya anticipamos en el encuentro fraterno, en la oración compartida y el servicio común al Evangelio. La experiencia del primer milenio, cuando los cristianos de Oriente y de Occidente participaban en la misma mesa eucarística, custodiando por una parte las mismas verdades de la fe y cultivando por otra varias tradiciones teológicas,

espirituales y canónicas compatibles con la enseñanza de los apóstoles y de los concilios ecuménicos, es el punto de referencia necesario y la fuente de inspiración para la búsqueda del restablecimiento de la plena comunión en las condiciones actuales, una comunión que no sea uniformidad homologada.

Vuestra presencia me brinda la feliz oportunidad de recordar que este año se cumple el cincuenta aniversario de la visita del beato Papa Pablo VI a el Fanar en julio de 1967, y la

visita del patriarca Atenágoras, de venerada memoria, a Roma, en octubre de ese mismo año. El ejemplo de estos pastores valientes y de amplias miras, movidos únicamente por el amor por Cristo y por su Iglesia, nos anima a continuar en nuestro camino hacia la unidad plena. Hace cincuenta años las dos visitas fueron acontecimientos que despertaron una inmensa alegría y entusiasmo entre los fieles de las Iglesias de Roma y de Constantinopla y contribuyeron a que madurase

la decisión de enviar delegaciones para las respectivas fiestas patronales, como seguimos haciéndolo hoy en día.

Estoy profundamente agradecido al Señor, porque me sigue dando la oportunidad de encontrarme con mi amado hermano Bartolomé. En particular, tengo un recuerdo agradecido y benéfico de nuestro reciente encuentro en El Cairo, donde pude constatar una vez más la profunda consonancia de puntos de vista sobre algunos de los retos que

tocan la vida de la Iglesia y el mundo contemporáneo.

El próximo mes de septiembre en Leros, Grecia, se reunirá el Comité de Coordinación de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa, co-presidida por Su Eminencia el cardenal Kurt Koch, tras la generosa invitación del Metropolitano Paisios. Espero que esta reunión, en un clima espiritual de escucha de la voluntad del Señor y conscientes del camino que muchos católicos y fieles

ortodoxos ya están recorriendo juntos en varias partes del mundo, sea rica de buenos resultados para el futuro del diálogo teológico.

Eminencia, queridos hermanos, la unidad de todos sus discípulos fue la petición conmovedora que Jesucristo hizo al Padre poco antes de su pasión y muerte (cf. Jn 17,21). El cumplimiento de esta súplica está confiada a Dios, pero pasa también a través de nuestra docilidad y obediencia a su voluntad. Recemos unos por otros para que el Señor nos

conceda ser instrumentos de  
comuni3n y paz, confiando en  
la intercesi3n de los santos  
Pedro y Pablo y de San Andr3s.  
Tambi3n yo os pido, por favor,  
que sig3is rezando por m3.



28 de junio de 2017. Audiencia general. La esperanza cristiana como fuerza de los mártires.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy reflexionamos sobre la esperanza cristiana como fuerza de los mártires. Cuando, en el Evangelio, Jesús invita a los discípulos en misión, no les ilusiona con espejismos de éxito fácil; al contrario, les advierte claramente que el anuncio del Reino de Dios

conlleva siempre una oposición. Y usa también una expresión extrema: «Seréis odiados — odiados— de todos por causa de mi nombre» (*Mt 10, 22*). Los cristianos aman, pero no siempre son amados. Desde el principio Jesús les pone frente a esta realidad: de manera más o menos fuerte, la confesión de la fe acaece en un clima de hostilidad.

Los cristianos por ello son hombres y mujeres “contracorriente”. Es normal: ya que el mundo está marcado por el pecado, que se

manifiesta en varias maneras de egoísmo y de injusticia, quien sigue a Cristo camina en dirección contraria. No por el espíritu polémico, sino por fidelidad a la lógica del Reino de Dios, que es una lógica de esperanza, y se traduce en el estilo de vida basado en las indicaciones de Jesús.

Y la primera indicación es la pobreza. Cuando Jesús envía a los suyos en misión, parece que pone más cuidado en "despojarles" que en "vestirles"! En efecto, un cristiano que no sea humilde y

pobre, desinteresado ante las riquezas y el poder y sobre todo desinteresado de sí mismo, no se parece a Jesús. El cristiano recorre su camino en este mundo con lo esencial para el camino, pero con el corazón repleto de amor. La verdadera derrota para él o para ella es caer en la tentación de la venganza y de la violencia, respondiendo al mal con el mal. Jesús nos dice: «Yo os mando como ovejas en medio de lobos» (*Mt 10, 16*). Entonces sin fauces, sin garras, sin armas. El cristiano, más

bien, deberá ser prudente, a veces incluso astuto: estas son las virtudes aceptadas por la lógica evangélica. Pero la violencia nunca. Para vencer al mal, no se pueden compartir los métodos del mal.

La única fuerza del cristiano es el Evangelio. En los tiempos de dificultad, se debe creer que Jesús está delante de nosotros, y no cesa de acompañar a sus discípulos. La persecución no es una contradicción al Evangelio, sino que forma parte de él: si han perseguido a nuestro Maestro, ¿cómo podemos

esperar que nos sea evitada la lucha? Pero en medio del torbellino, el cristiano no debe perder la esperanza, pensando en haber sido abandonado.

Jesús nos tranquiliza diciendo: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados» (*Mt 10, 30*). Como diciendo que ninguno de los sufrimientos del hombre, ni siquiera los más pequeños y escondidos, son invisibles ante los ojos de Dios. Dios ve, y seguramente protege; y donará su recompensa. Efectivamente, en medio de nosotros hay alguien

que es más fuerte que el mal, más fuerte que las mafias, que los entramados oscuros, que quien se lucra sobre la piel de los desesperados, que el que aplasta a los demás con prepotencia... Alguno que escucha desde siempre la voz de la sangre de Abel que grita desde la tierra.

Los cristianos entonces deben hacerse encontrar siempre "en el otro lado" del mundo, el elegido por Dios: no perseguidores, sino perseguidos; no arrogantes, sino dóciles; no vendedores de

humo, sino sometidos a la verdad; no impostores, sino honestos.

Esta fidelidad al estilo de Jesús —que es un estilo de esperanza— hasta la muerte, será llamada por los primeros cristianos con un nombre bellísimo: “martirio”, que significa “testimonio”. Había muchas otras posibilidades, ofrecidas por el vocabulario: se podía llamar heroísmo, abnegación, sacrificio de sí. Y en cambio los cristianos de la primera hora lo llamaron con un nombre que perfuma de



discipulado. Los mártires no viven para sí, no combaten para afirmar las propias ideas, y aceptan tener que morir solo por fidelidad al Evangelio. El martirio no es ni siquiera el ideal supremo de la vida cristiana porque por encima de ello está la caridad, es decir, el amor hacia Dios y hacia el prójimo. Lo dice muy bien el apóstol Pablo en el himno a la caridad, entendida como el amor hacia Dios y hacia el prójimo. Lo dice muy bien Pablo en el himno a la caridad: «Aunque partiera todos mis

bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha» (1 Cor 13, 3). Repugna a los cristianos la idea de que los terroristas suicidas puedan ser llamados "mártires": no hay nada en su fin que pueda acercarse a la actitud de los hijos de Dios. A veces, leyendo las historias de los muchos mártires de ayer y de hoy —que son más numerosos que los mártires de los primeros tiempos—, permanecemos estupefactos ante la fortaleza con la cual han afrontado la prueba. Esta

fortaleza es el signo de la gran esperanza que les animaba: la esperanza cierta de que nada ni nadie les podía separar del amor de Dios que nos ha sido donado en Jesucristo (cf. 1 *Cor* 8, 38-39).

Que Dios nos done siempre la fortaleza de ser sus testigos. Nos done el vivir la esperanza cristiana sobre todo en el martirio escondido de hacer el bien y con amor nuestros deberes de cada día. Gracias.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Saludo también al grupo argentino que ha trabajado sobre la encíclica *Laudato si'* y el diálogo interreligioso, y al integrante islámico de ese grupo: ¡feliz cumpleaños!

Mañana celebraremos la solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo, que dieron su vida por amor a Cristo. Pidamos a Dios por su intercesión que nos conceda el don de la fortaleza para

seguirle y ser sus testigos  
viviendo la esperanza cristiana,  
sobre todo en ese martirio  
continuo y escondido de hacer  
bien y con amor nuestras  
obligaciones de cada día.  
Muchas gracias.

28 de junio de 2017. Homilía en el consistorio ordinario público para la creación de 5 nuevos cardenales.

Miércoles.

«*Jesús caminaba delante de ellos*». Esta es la imagen que nos ofrece el Evangelio que hemos escuchado (*Mc 10,32-45*), y que hace de escenario también para el acto que estamos realizando: un Consistorio para la creación de nuevos Cardenales. Jesús camina con decisión hacia

Jerusalén. Sabe bien lo que allí le aguarda y ha hablado ya de ello muchas veces a sus discípulos. Pero entre el corazón de Jesús y el corazón de los discípulos hay una distancia, que sólo el Espíritu Santo podrá colmar. Jesús lo sabe; por esto tiene paciencia con ellos, habla con sinceridad y sobre todo *les precede*, camina *delante* de ellos.

A lo largo del camino, los discípulos están distraídos por intereses que no son coherentes con la «dirección» de Jesús, con su voluntad, que

es una con la voluntad del Padre. Así como —hemos escuchado— los dos hermanos Santiago y Juan piensan en lo hermoso que sería sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda del rey de Israel (cf. *Mc 10,37*). No miran la realidad. Creen que ven pero no ven, que saben pero no saben, que entienden mejor que los otros pero no entienden...

La realidad en cambio es otra muy distinta, es la que Jesús tiene presente y la que guía sus pasos. La realidad es la



cruz, es el pecado del mundo que él ha venido a tomar consigo y arrancar de la tierra de los hombres y de las mujeres. La realidad son los inocentes que sufren y mueren a causa de las guerras y el terrorismo; es la esclavitud que no cesa de pisar la dignidad también en la época de los derechos humanos; la realidad es la de los campos de prófugos que a veces se asemejan más a un infierno que a un purgatorio; la realidad es el descarte sistemático de todo lo que ya no sirve, incluidas las

personas.

Esto es lo que Jesús ve mientras camina hacia Jerusalén. Durante su vida pública él ha manifestado la ternura del Padre, sanando a todos los que estaban bajo el poder del maligno (cf. *Hch* 10,38). Ahora sabe que ha llegado el momento de ir a lo más profundo, de arrancar la raíz del mal y por esto camina decididamente hacia la cruz. También nosotros, hermanos y hermanas, estamos en camino con Jesús en esta vía. De modo particular me dirijo a vosotros,

queridos nuevos cardenales. Jesús «camina delante de vosotros» y os pide de seguirlo *con decisión* en su camino. Os llama a mirar la *realidad*, a no distraeros por otros intereses, por otras perspectivas. Él no os ha llamado para que os convirtáis en «príncipes» en la Iglesia, para que os «sentéis a su derecha o a su izquierda». Os llama a servir como él y con él. A servir al Padre y a los hermanos. Os llama a afrontar con su misma actitud el pecado del mundo y sus consecuencias

en la humanidad de hoy.  
Siguiéndolo, también vosotros  
camináis delante del pueblo  
santo de Dios, teniendo fija la  
mirada en la Cruz y en la  
Resurrección del Señor.  
Y así, a través de la intercesión  
de la Virgen María, invocamos  
con fe el Espíritu Santo, para  
que reduzca toda distancia  
entre nuestro corazón y el  
corazón de Cristo, y toda  
nuestra vida sea un servicio a  
Dios y a los hermanos.

# 28 de junio de 2017. Discurso la confederación italiana de sindicatos de trabajadores (CISL)

Miércoles.

Os doy la bienvenida con motivo de vuestro congreso, y agradezco a la Secretaría General su presentación. Habéis elegido un lema muy hermoso para este congreso: "*Por la persona, por el trabajo*". Persona y trabajo son dos palabras que pueden y deben estar *juntas*. Porque si

pensamos y decimos trabajo *sin* la persona, el trabajo termina por convertirse en algo inhumano, que olvidando a las personas se olvida y se pierde a sí mismo. Pero si pensamos en la persona *sin* trabajo decimos algo parcial, incompleto, porque la persona se realiza plenamente cuando se convierte en trabajador, en trabajadora; porque el individuo se hace *persona* cuando se abre a los demás, a la vida social, cuando *florece en el trabajo*. La

persona florece en el trabajo. El trabajo es la forma más común de cooperación que la humanidad haya generado en su historia. Cada día millones de personas *cooperan simplemente trabajando*: educando a nuestros hijos, poniendo en funcionamiento equipos mecánicos, resolviendo asuntos en una oficina... El trabajo es una forma de amor civil: no es un amor romántico ni siempre intencional, sino que es un amor verdadero, auténtico, que nos hace vivir y saca adelante el mundo.

Por supuesto, la persona *no es sólo* trabajo... Tenemos que pensar en la sana cultura del ocio, de saber descansar. Esto no es pereza, es una necesidad humana. Cuando pregunto a un hombre, a una mujer, que tiene dos, tres hijos: "Pero dígame, ¿usted juega con sus hijos? ¿Tiene este 'ocio'?"— "¡Eh!, sabe, cuando voy al trabajo, todavía están dormidos, y cuando vuelvo ya están acostados". Esto es inhumano. Por eso, junto con el trabajo, debe ir pareja también la otra cultura. Porque la persona no



es solamente trabajo,  
porque *no siempre* trabajamos  
y no siempre tenemos que  
trabajar. De niños no se trabaja  
y no se debe trabajar. No  
trabajamos cuando estamos  
enfermos, no trabajamos  
cuando somos ancianos. Hay  
muchas personas que todavía  
no trabajan, o que ya no  
trabajan. Todo esto es  
verdadero y conocido, pero hay  
que recordarlo también hoy,  
cuando hay todavía demasiados  
niños y jóvenes en el mundo  
que trabajan y no estudian,  
mientras el estudio es el único

“trabajo” bueno de los niños y de los jóvenes. Y cuando no siempre y no a todos se les reconoce el derecho a una jubilación justa — justa porque no es ni demasiado pobre ni demasiado rica: las “*jubilaciones de oro*” son un insulto al trabajo no menos grave que el de las jubilaciones demasiado pobres, porque hacen que las desigualdades del tiempo del trabajo se hagan perennes. O cuando un trabajador enferma y es descartado también por el mundo del trabajo en nombre

de la eficiencia — y, sin embargo, si una persona enferma puede, dentro de sus límites, trabajar, el trabajo también desempeña una función terapéutica: a veces uno se cura trabajando con los demás, trabajando juntos, para los demás.

Es una sociedad necia y miope la que obliga a las personas mayores a *trabajar demasiado tiempo* y obliga a una entera generación de jóvenes a *no trabajar* cuando deberían hacerlo para ellos y para todos. Cuando los jóvenes están fuera

del mundo del trabajo, las empresas carecen de energía, de entusiasmo, de innovación, de alegría de vivir, que son *bienes comunes* preciosos que mejoran la vida económica y la felicidad pública. Es por tanto urgente un *nuevo pacto social humano, un nuevo pacto social para el trabajo*, que reduzca las horas de trabajo de los que están en la última temporada laboral para crear trabajo para los jóvenes que tienen el derecho-deber de trabajar. El don del trabajo es el primer don de los padres y

de las madres a los hijos y a las hijas, es el primer patrimonio de una sociedad. Es la primera dote con la que les ayudamos a levantar el vuelo libre de la vida adulta.

Quisiera subrayar dos desafíos trascendentales que hoy el movimiento sindical debe afrontar y superar si quiere seguir desempeñando su papel esencial para el bien común. El primero es la *profecía*, y se refiere a la naturaleza misma del sindicato, a su vocación más verdadera. El sindicato es expresión del *perfil profético* de

una sociedad. El sindicato nace y renace todas las veces que, como los profetas bíblicos, da voz a los que no la tienen, denuncia al pobre “vendido por un par de sandalias” (cfr *Am 2,6*), desenmascara a los poderosos que pisotean los derechos de los trabajadores más frágiles, defiende la causa del extranjero, de los últimos, de los “descartes”. Como demuestra también la gran tradición de la cisl, el movimiento sindical tiene sus grandes temporadas cuando es profecía. Pero en nuestras

sociedades capitalistas avanzadas el sindicato corre el riesgo de perder esta naturaleza profética suya y volverse demasiado parecido a las instituciones y a los poderes que, en cambio, debería criticar. El sindicato, con el pasar del tiempo, ha terminado por parecerse demasiado a la política, o mejor dicho, a los *partidos* políticos, a su lenguaje, a su estilo. En cambio, si le falta esta dimensión típica y diferente, también su acción dentro de las empresas pierde fuerza y

eficacia. Esta es la profecía.  
Segundo desafío: la *innovación*.  
Los profetas son centinelas,  
que vigilan desde su atalaya.  
También el sindicato tiene que  
vigilar *desde las murallas de la  
ciudad del trabajo*, como un  
centinela que mira y protege a  
los que están dentro de la  
ciudad del trabajo, *pero que  
mira y protege también a  
quienes están fuera de las  
murallas*. El sindicato no realiza  
su función esencial de  
innovación social si vigila solo a  
los que están *dentro*, si sólo  
protege los derechos de *quien*



*ya trabaja* o está jubilado. Esto se debe hacer, pero es la mitad de vuestro trabajo. Vuestra vocación es también la de proteger los *derechos de quien todavía no los tiene*, los excluidos del trabajo que también están excluidos de los derechos y de la democracia. El capitalismo de nuestro tiempo no comprende el valor del sindicato, porque se ha olvidado de *la naturaleza social de la economía*, de la empresa. Este es uno de los pecados más graves. Economía de mercado: no. Digamos *economía social* de

mercado, como enseñaba san Juan Pablo ii: economía social de mercado. La economía ha olvidado la naturaleza social que tiene como vocación, la naturaleza social de la empresa, de la vida, de los vínculos, de los pactos. Pero tal vez nuestra sociedad no entiende al sindicato porque *no lo ve luchar lo suficiente en los lugares de los "derechos del todavía no"*: en las periferias existenciales, entre los descartados del trabajo. Pensemos en el 40% de jóvenes menores de 25 años

que no tienen trabajo. Aquí. En Italia. ¡vosotros tenéis que luchar ahí! Son periferias existenciales. No lo ve luchar entre los inmigrantes, los pobres, que están bajo las murallas de la ciudad; o simplemente no lo entiende porque a veces —pero pasa en todas las familias— la corrupción ha entrado en el corazón de algunos sindicalistas. No os dejéis bloquear por esto. Sé que os estáis esforzando ya desde hace tiempo en la dirección justa, especialmente con los

migrantes, con los jóvenes y con las mujeres. Y esto que digo podría parecer superado, pero en el mundo del trabajo la mujer es todavía de segunda clase. Podríais decirme: "No, está esa empresaria, esa otra...". Sí, pero la mujer gana menos, se la explota con más facilidad... Haced algo. Os animo a continuar y, si es posible, a hacer más. Vivir las periferias puede convertirse en una estrategia de acción, en una *prioridad* del sindicato de hoy y de mañana. No hay una buena sociedad sin un buen

sindicato, y no hay un sindicato bueno que no renazca cada día en las periferias, que no transforme las *pedras descartadas* por la economía en piedras angulares. Sindicato es una bella palabra que proviene del griego "dike", es decir justicia y "syn" juntos: *syn-dike*, "justicia juntos". No hay justicia juntos si no es junto con los excluidos de hoy. Os doy las gracias por este encuentro, os bendigo, bendigo vuestro trabajo y os deseo lo mejor para vuestro Congreso y vuestro trabajo diario. Y

cuando nosotros en la Iglesia hacemos una misión, por ejemplo, en una parroquia, el obispo dice: "Hagamos la misión para que toda la parroquia se convierta, es decir dé un paso a mejor". También vosotros "convertíos": dad un paso a mejor en vuestro trabajo, que sea mejor.

¡Gracias!

Y ahora os pido que recéis por mí, porque yo también tengo que convertirme en mi trabajo; cada día tengo que hacer mejor para ayudar y cumplir mi vocación. Rezad por mí y

quisiera daros la bendición del Señor.

29 de junio de 2017. Homilía en la Santa Misa y bendición de los palios para los nuevos arzobispos metropolitanos en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

Jueves.

La liturgia de hoy nos ofrece tres palabras fundamentales para la vida del apóstol: *confesión, persecución*, La *confesión* es la de Pedro en el Evangelio, cuando el Señor pregunta, ya no de manera general, sino particular. Jesús,



en efecto, pregunta primero: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?» (*Mt 16,13*). Y de esta «encuesta» se revela de distintas maneras que la gente considera a Jesús un profeta. Es entonces cuando el Maestro dirige a sus discípulos la pregunta realmente decisiva: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt 16,15*). A este punto, responde sólo Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (*Mt 16,16*). Esta es la confesión: reconocer que Jesús es el Mesías esperado, el Dios vivo, el Señor de nuestra

vida.

Jesús nos hace también hoy a nosotros esta pregunta esencial, la dirige a todos, pero especialmente a nosotros pastores. Es la pregunta decisiva, ante la que no valen respuestas circunstanciales porque se trata de la vida: y la pregunta sobre la vida exige una respuesta de vida. Pues de poco sirve conocer los artículos de la fe si no se confiesa a Jesús como Señor de la propia vida. Él nos mira hoy a los ojos y nos pregunta: «¿Quién soy yo *para ti?*». Es como si dijera:

«¿Soy yo todavía el Señor de tu vida, la orientación de tu corazón, la razón de tu esperanza, tu confianza inquebrantable?». Como san Pedro, también nosotros renovamos hoy nuestra *opción de vida* como discípulos y apóstoles; pasamos nuevamente de la primera a la segunda pregunta de Jesús para ser «suyos», no sólo de palabra, sino con las obras y con nuestra vida.

Preguntémonos si somos *cristianos de salón*, de esos que comentan cómo van

las cosas en la Iglesia y en el mundo, o si somos *apóstoles en camino*, que confiesen a Jesús con la vida porque lo llevan en el corazón. Quien confiesa a Jesús sabe que no ha de dar sólo opiniones, sino la vida; sabe que no puede creer con tibieza, sino que está llamado a «arder» por amor; sabe que en la vida no puede conformarse con «vivir al día» o acomodarse en el bienestar, sino que tiene que correr el riesgo de ir mar adentro, renovando cada día el don de sí mismo. Quien confiesa a Jesús se comporta

como Pedro y Pablo: lo sigue hasta el final; no hasta un cierto punto sino hasta el final, y lo sigue en su camino, no en nuestros caminos. Su camino es el camino de la vida nueva, de la alegría y de la resurrección, el camino que pasa también por la cruz y la persecución.

Y esta es la segunda palabra, *persecución*. No fueron sólo Pedro y Pablo los que derramaron su sangre por Cristo, sino que desde los comienzos toda la comunidad fue perseguida, como nos lo ha

recordado el libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. *Hch* 12,1). Incluso hoy en día, en varias partes del mundo, a veces en un clima de silencio —un silencio con frecuencia cómplice—, muchos cristianos son marginados, calumniados, discriminados, víctimas de una violencia incluso mortal, a menudo sin que los que podrían hacer que se respetaran sus sacrosantos derechos hagan nada para impedirlo.

Por otra parte, me gustaría hacer hincapié especialmente en lo que el Apóstol Pablo

afirma antes de «ser —como escribe— derramado en libación» (2 *Tm* 4,6). Para él la vida es Cristo (cf. *Flp* 1,21), y Cristo crucificado (cf. 1 *Co* 2,2), que dio su vida por él (cf. *Ga* 2,20). De este modo, como fiel discípulo, Pablo siguió al Maestro ofreciendo también su propia vida. Sin la cruz no hay Cristo, pero sin la cruz no puede haber tampoco un cristiano. En efecto, «es propio de la virtud cristiana no sólo hacer el bien, sino también saber soportar los males» (Agustín, *Disc.* 46.13), como

Jesús. Soportar el mal no es sólo tener paciencia y continuar con resignación; soportar es imitar a Jesús: es cargar el peso, cargarlo sobre los hombros por él y por los demás. Es aceptar la cruz, avanzando con confianza porque no estamos solos: el Señor crucificado y resucitado está con nosotros. Así, como Pablo, también nosotros podemos decir que estamos «atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados»



(2 Co 4,8-9).

Soportar es saber vencer con Jesús, a la manera de Jesús, no a la manera del mundo. Por eso Pablo —lo hemos oídos— se considera un triunfador que está a punto de recibir la corona (cf. 2 Tm 4,8) y escribe: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe» (2 Tm 4,7). Su comportamiento en la noble batalla fue únicamente *no vivir para sí mismo, sino para Jesús y para los demás*. Vivió «corriendo», es decir, sin escatimar

esfuerzos, más bien consumándose. Una cosa dice que conservó: no la salud, sino la fe, es decir la confesión de Cristo. Por amor a Jesús experimentó las pruebas, las humillaciones y los sufrimientos, que no se deben nunca buscar, sino aceptarse. Y así, en el misterio del sufrimiento ofrecido por amor, en este misterio que muchos hermanos perseguidos, pobres y enfermos encarnan también hoy, brilla el poder salvador de la cruz de Jesús.

La tercera palabra es *oración*.

La vida del apóstol, que brota de la confesión y desemboca en el ofrecimiento, transcurre cada día en la oración. La oración es el agua indispensable que alimenta la esperanza y hace crecer la confianza. La oración nos hace sentir amados y nos permite amar. Nos hace ir adelante en los momentos más oscuros, porque enciende la luz de Dios. En la Iglesia, la oración es la que nos sostiene a todos y nos ayuda a superar las pruebas. Nos lo recuerda la primera lectura: «Mientras Pedro estaba en la cárcel bien

custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12,5). Una Iglesia que reza está protegida por el Señor y camina acompañada por él. Orar es encomendarle el camino, para que nos proteja. La oración es la fuerza que nos une y nos sostiene, es el remedio contra el aislamiento y la autosuficiencia que llevan a la muerte espiritual. Porque el Espíritu de vida no sopla si no se ora y sin oración no se abrirán las cárceles interiores que nos mantienen prisioneros. Que los santos Apóstoles nos

obtengan un corazón como el suyo, cansado y pacificado por la oración: cansado porque pide, toca e intercede, lleno de muchas personas y situaciones para encomendar; pero al mismo tiempo pacificado, porque el Espíritu trae consuelo y fortaleza cuando se ora. Qué urgente es que en la Iglesia haya maestros de oración, pero que sean ante todo hombres y mujeres de oración, que viven la oración.

El Señor interviene cuando oramos, él, que es fiel al amor que le hemos confesado y que

nunca nos abandona en las pruebas. Él acompañó el camino de los Apóstoles y os acompañará también a vosotros, queridos hermanos Cardenales, aquí reunidos en la caridad de los Apóstoles que confesaron la fe con su sangre. Estará también cerca de vosotros, queridos hermanos Arzobispos que, recibiendo el palio, seréis confirmados en vuestro vivir para el rebaño, imitando al Buen Pastor, que os sostiene llevándoos sobre sus hombros. El mismo Señor, que desea ardientemente ver a todo

su rebaño reunido, bendiga y custodie también a la Delegación del Patriarcado Ecuménico, y al querido hermano Bartolomé, que la ha enviado como señal de comunión apostólica.

29 de junio de 2017.  
ÁNGELUS.

Jueves.

*Queridos hermanos y hermanas  
¡buenos días!*

Los Padres de la Iglesia amaban comparar a los santos apóstoles Pedro y Pablo con dos columnas, sobre las cuales se apoya la construcción visible de la Iglesia. Ambos sellaron con su propia sangre el testimonio dado a Cristo con la predicación y el servicio a la naciente comunidad cristiana. Este



testimonio se evidencia en las lecturas bíblicas de la liturgia de hoy, lecturas que indican el motivo por el cual su fe, confesada y anunciada, fue coronada luego con la prueba suprema del martirio.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles (Cfr. *Hech.* 12, 1-11) narra el evento de la prisión y de la consiguiente *liberación* de Pedro. Él experimentó la adversión al Evangelio ya en Jerusalén, donde fue encerrado en la prisión por el rey Herodes, «su intención era hacerlo comparecer ante el

pueblo» (*Hech.* 12, 4). Pero fue salvado de manera milagrosa y así pudo cumplir su misión evangelizadora, primero en Tierra Santa y después en Roma, poniendo todas sus energías al servicio de la comunidad cristiana.

También Pablo experimentó la hostilidad de la que fue *liberado* por el Señor.

Enviado por el Resucitado a muchas ciudades con poblaciones paganas, él encontró fuertes resistencias tanto por parte de sus correligionarios como de las

autoridades civiles. Escribiendo al discípulo Timoteo, reflexiona sobre su vida y sobre su recorrido misionero, como también sobre las persecuciones sufridas a causa del Evangelio.

Estas dos "*liberaciones*", de Pedro y de Pablo, revelan el camino común de los dos apóstoles, que fueron enviados por Jesús a anunciar el Evangelio en ambientes difíciles y en algunos casos hostiles. Ambos, con sus situaciones personales y eclesiales, nos demuestran y nos dicen hoy a

nosotros que el Señor está siempre a nuestro lado, camina con nosotros, no nos abandona jamás. Especialmente en el momento de la prueba, Dios nos tiende la mano, viene en nuestra ayuda y nos libera de las amenazas de los enemigos. Pero recordemos que nuestro verdadero enemigo es el pecado, y el Maligno que nos empuja a él. Cuando nos reconciamos con Dios, especialmente en el Sacramento de la Penitencia, recibiendo la gracia del perdón, somos liberados de los vínculos

del mal y aligerados del peso de nuestros errores. Así podemos continuar nuestro recorrido de alegres anunciadores y testigos del Evangelio, demostrando que nosotros en primer lugar hemos recibido misericordia. A la Virgen María, Reina de los Apóstoles, dirigimos nuestra oración, que hoy es sobre todo por la Iglesia que vive en Roma y por esta ciudad, de la que Pedro y Pablo son patronos. Que le den el bienestar espiritual y material. La bondad y la gracia del Señor sostengan

a todo el pueblo romano, para que viva en fraternidad y concordia, haciendo resplandecer la fe cristiana, atestiguada con intrépido ardor por los santos apóstoles Pedro y Pablo.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Esta mañana, aquí en la Plaza he celebrado la Eucaristía con los cinco cardenales que he creado en el Consistorio de ayer y he bendecido los palios de los

arzobispos metropolitanos nombrados durante el último año y procedentes de diversos países. Les renuevo mi saludo y mis mejores deseos y a cuantos les han acompañado en esta peregrinación. Les animo a proseguir con alegría su misión al servicio del Evangelio, en comunión con toda la Iglesia. En la misma celebración he recibido con afecto a los miembros de la delegación enviada por el Patriarca Ecuménico de Constantinopla, el querido hermano Bartolomé. También esta presencia es

signo de los lazos fraternales existentes entre ambas Iglesias.

Dirijo un saludo cordial a todos vosotros, familias, grupos parroquiales, asociaciones y a cada uno de los fieles procedentes de Italia y de tantas partes del mundo, especialmente de Alemania, Inglaterra, Bolivia, Indonesia y Qatar. Saludo a los estudiantes de las escuelas católicas de Salbris en Francia, de Osijek en Croacia y de Londres.

Mi saludo va, sobre todo hoy, a vosotros, fieles de Roma, i en la



fiesta de los santos patronos de la ciudad! ¡Un gran aplauso a todos los fieles de Roma! Para esta ocasión la "Pro Loco" romana ha promovido la tradicional "Infiorata", realizada por diversos artistas y voluntarios del Servicio Civil. ¡Gracias por esta iniciativa y por las hermosas representaciones florales! Y deseo recordar también el espectáculo pirotécnico que tendrá lugar esta noche en la Plaza del Popolo. Deseo a todos una feliz fiesta. Y, por favor, no os olvidéis de

rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

30 de junio de 2017. Discurso a los miembros de la organización internacional Italo-Latinoamericana.

Viernes.

*Señoras y señores:*

Ante todo les pido disculpas por el retraso. No estaba en la agenda venir atrasado pero se fueron alargando las audiencias, así que les pido excusas.

Les doy la bienvenida y los saludo en el 50 aniversario de

la Organización Italo-Latino Americana. Agradezco al Presidente y al Vicepresidente las palabras que han introducido nuestro encuentro. En el Convenio de creación de vuestra Organización se expresan las finalidades de la misma, entre ellas: promover el desarrollo y la coordinación, como también individuar las posibilidades de asistencia recíproca y de acción común en los países miembros (cf. Art. 1). Ante este compromiso, deseo destacar tres aspectos que me parecen importantes en el

momento actual.

En primer lugar *individuar las potencialidades*. Los países de América latina son ricos en historia, cultura, recursos naturales; además sus gentes son «buenas» y solidarias con los demás pueblos. Esto se ha comprobado ante las recientes catástrofes naturales, cómo se han ayudado unos a otros, siendo un ejemplo para toda la comunidad internacional. Todos estos valores sociales están ahí pero tienen que ser apreciados para ser potenciados. No obstante estos bienes del

continente, la actual crisis económica y social ha golpeado a la población y ha hecho que crezca la pobreza, la desocupación, la desigualdad social, como también que se explote y se abuse nuestra casa común. Y esto a un nivel que no hubiéramos imaginado diez años atrás. Ante esta situación se necesita un análisis que tenga en cuenta la realidad de las personas concretas, la realidad de nuestro pueblo (cf. Enc. *Laudato si'*, 144). Esto nos ayudará a darnos cuenta de las necesidades reales que existen,

como también a apreciar la riqueza que cada persona y pueblo encierra en sí misma. Si el primer punto era individuar las potencialidades, el segundo es *coordinar* esfuerzos para dar respuestas concretas y hacer frente a los ruegos y necesidades de los hijos e hijas de nuestros Países. Coordinar no es dejar hacer al otro, y al final dar el visto bueno; sino que conlleva mucho tiempo y esfuerzo; es un trabajo escondido poco valorado, pero necesario. Ante un mundo

globalizado y cada vez más complejo, América Latina debe aunar esfuerzos para hacer frente al fenómeno de la emigración; y gran parte de sus causas se podían haber ya afrontado desde hace tiempo, pero nunca es tarde (cf. Discurso al Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede, 11 enero 2016). La emigración ha existido siempre, pero en los últimos años se ha incrementado de una manera nunca antes vista. Nuestra gente, impulsada por la necesidad, va en busca de



«nuevos oasis», donde puedan encontrar mayor estabilidad y un trabajo que dé mayor dignidad a sus vidas. Pero en esa búsqueda, muchas personas sufren la violación de sus derechos; muchos niños y jóvenes son víctimas de la trata y son explotados, o caen en las redes de la criminalidad y la violencia organizada. La emigración es un drama de división: se dividen las familias, los hijos se separan de sus padres, se alejan de su tierra de origen, hasta los mismos gobiernos y los países se

dividen ante esta realidad. Se necesita fomentar una política conjunta de cooperación para abordar este tema. No se trata de buscar culpables y de eludir la responsabilidad, sino que todos estamos llamados a trabajar de manera coordinada y conjunta.

Y por último, el tercer aspecto: *promover*. De entre las muchas acciones que se podrían realizar, considero que resalta por su importancia la promoción de una cultura del diálogo. Algunos países están atravesando momentos difíciles

a nivel político, social y económico. Los ciudadanos que tienen menos recursos son los primeros en notar la corrupción que existe en las distintas capas sociales y la mala distribución de las riquezas. Sé que muchos países trabajan y luchan para lograr una sociedad más justa, promoviendo una cultura de la legalidad. La promoción del diálogo político es esencial, ya sea entre los distintos miembros de esta Asociación, así como también con países de otros continentes, de modo

especial con los de Europa, por los lazos que los unen. En esta colaboración y diálogo se encuentra la diplomacia como instrumento fundamental y de solidaridad para alcanzar la paz (cf. *Discurso al Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede*, 9 enero 2017). El diálogo es esencial; pero no el «diálogo de sordos». Se pide una actitud receptora que acoja sugerencias y comparta inquietudes. Capacidad de escucha. Es un intercambio recíproco de confianza, que sabe que al otro lado está un

hermano con la mano tendida para ayudar, que desea el bien de las partes y estrechar vínculos de fraternidad y amistad para avanzar por caminos de justicia y de paz. Los animo en su compromiso en favor del bien común en nuestro continente americano y que la colaboración entre todos pueda favorecer a la creación de un mundo cada vez más humano y más justo.  
Muchas gracias.

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Julio.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

**JULIO.**

**2 de julio de 2017.** ÁNGELUS.

**3 de julio de 2017.** Mensaje a los participantes en la 40 conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)

**5 de julio de 2017.** Mensaje a los participantes en el simposio internacional de catequética.

**5 de julio de 2017.**

Videomensaje con ocasión del III congreso internacional de cátedras Scholas.

**7 de julio de 2017.** Homilía

durante la Misa celebrada para los trabajadores del centro industrial Vaticano.

**9 de julio de 2017.** ÁNGELUS.

**11 de Julio de 2017.** Mensaje del Santo Padre Francisco, firmado por el cardenal secretario de estado, al obispo de Ávila con ocasión del encuentro internacional del movimiento mundial de trabajadores cristianos.

**11 de julio de 2017.** Carta Apostólica en forma de Motu Proprio "maiolem hac dilectionem" sobre el ofrecimiento de la vida.



**16 de julio de 2017.**

**ÁNGELUS.**

**23 de julio de 2017.**

**ÁNGELUS.**

2 de julio de 2017. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas:*

La liturgia nos presenta las últimas frases del discurso misionero del capítulo 10 del Evangelio de Mateo (cf. *Mt* 10, 37), con el cual Jesús instruye a los doce apóstoles en el momento en el que, por primera vez les envía en misión a las aldeas de Galilea y Judea. En esta parte final Jesús subraya dos aspectos

esenciales para la vida del discípulo misionero: el primero, que su vínculo con Jesús es más fuerte que cualquier otro vínculo; el segundo, que el misionero no se lleva a sí mismo, sino a Jesús, y mediante él, el amor del Padre celestial. Estos dos aspectos están conectados, porque cuanto más está Jesús en el centro del corazón y de la vida del discípulo, más "transparente" es este discípulo ante su presencia. Van juntos, los dos.

«El que ama a su padre o a su

madre más que a mí, no es digno de mí...» (Mt 10, 37), dice Jesús. El afecto de un padre, la ternura de una madre, la dulce amistad entre hermanos y hermanas, todo esto, aun siendo muy bueno y legítimo, no puede ser antepuesto a Cristo. No porque Él nos quiera sin corazón y sin gratitud, al contrario, es más, sino porque la condición del discípulo exige una relación prioritaria con el maestro. Cualquier discípulo, ya sea un laico, una laica, un sacerdote, un obispo: la relación

prioritaria. Quizás la primera pregunta que debemos hacer a un cristiano es: «¿Pero tú te encuentras con Jesús? ¿Tú rezas a Jesús?». La relación. Se podría casi parafrasear el Libro del Génesis: Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a Jesucristo, y se hacen una sola cosa (cf. Gen 2, 24). Quien se deja atraer por este vínculo de amor y de vida con el Señor Jesús, se convierte en su representante, en su "embajador", sobre todo con el modo de ser, de vivir. Hasta el punto en que Jesús

mismo, enviando a sus discípulos en misión, les dice: «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado» (Mt 10, 40). Es necesario que la gente pueda percibir que para ese discípulo Jesús es verdaderamente “el Señor”, es verdaderamente el centro de su vida, el todo de la vida. No importa si luego, como toda persona humana, tiene sus límites y también sus errores —con tal de que tenga la humildad de reconocerlos—; lo importante es que no tenga

el corazón doble —y esto es peligroso. Yo soy cristiano, soy discípulo de Jesús, soy sacerdote, soy obispo, pero tengo el corazón doble. No, esto no va.

No debe tener el corazón doble, sino el corazón simple, unido; que no tenga el pie en dos zapatos, sino que sea honesto consigo mismo y con los demás. La doblez no es cristiana. Por esto Jesús reza al Padre para que los discípulos no caigan en el espíritu del mundo. O estás con Jesús, con el espíritu de Jesús, o estás con el espíritu

del mundo. Y aquí nuestra experiencia de sacerdotes nos enseña una cosa muy bonita, una cosa muy importante: es precisamente esta acogida del santo pueblo fiel de Dios, es precisamente ese «vaso de agua fresca» (Mt 10, 42) del cual habla el Señor hoy en el Evangelio, dado con fe afectuosa, que te ayuda a ser un buen sacerdote! Hay una reciprocidad también en la misión: si tú dejas todo por Jesús, la gente reconoce en ti al Señor; pero al mismo tiempo te ayuda a convertirte cada día



a Él, a renovarte y purificarte de los compromisos y a superar las tentaciones. Cuanto más cerca esté un sacerdote del pueblo de Dios, más se sentirá próximo a Jesús, y un sacerdote cuanto más cercano sea a Jesús, más próximo se sentirá al pueblo de Dios.

La Virgen María experimentó en primera persona qué significa amar a Jesús separándose de sí misma, dando un nuevo sentido a los vínculos familiares, a partir de la fe en Él. Con su materna intercesión, nos ayude a ser

libres y felices misioneros del Evangelio.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

El 5 de julio se celebrará la fiesta de la independencia de Venezuela. Aseguro mi oración por esta querida nación y expreso mi cercanía a las familias que han perdido a sus hijos en las manifestaciones. Hago un llamamiento para que se ponga fin a la violencia y se encuentre una solución pacífica y democrática a la crisis. ¡Que

Nuestra Señora de Coromoto interceda por Venezuela! Dirijo un saludo a todos vosotros, iromanos y peregrinos! Saludo en particular a los fieles irlandeses de Belfast, y a los jóvenes de Schattdorf (Suiza) que han recibido recientemente el sacramento de la confirmación. Saludo a los varios grupos parroquiales y a las asociaciones, así como además a los participantes de la moto-peregrinación desde Cardito (Nápoles). A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os

olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta pronto!

3 de julio de 2017. Mensaje a los participantes en la 40 conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)

*Señor Presidente:*

Me complace dirigirle mi deferente y cordial saludo, así como a cada uno de ustedes, Representantes de los Estados miembros de la FAO, reunidos para la cuadragésima Conferencia de la Organización. Extiendo también mi saludo al

Director General de la FAO y a los Responsables de los otros Organismos internacionales presentes en esta reunión, que está llamada a dar respuestas precisas al sector agrícola y alimentario, de las que dependen las expectativas de millones de personas.

1. No pudiendo esta vez estar con ustedes, según la consolidada tradición que se remonta al inicio de esta sede de la FAO en Roma, he pedido al Señor Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado,

llevar mi palabra de estímulo y apoyo, y manifestarles toda mi estima y consideración por la ardua tarea que deben realizar. La Santa Sede sigue con mucha atención la actividad internacional y quiere cooperar a orientarla para favorecer no un simple progreso u objetivos teóricos de desarrollo, sino una real erradicación del hambre y de la malnutrición. Todos somos conscientes de que no basta la intención de asegurar a todos el pan cotidiano, sino que es necesario reconocer que todos tienen derecho a él y que

deben por tanto beneficiarse del mismo. Si los continuos objetivos propuestos quedan todavía lejos, depende mucho de la falta de una cultura de la solidaridad que no logra abrirse paso en medio de las actividades internacionales, que permanecen a menudo ligadas solo al pragmatismo de las estadísticas o al deseo de una eficacia carente de la idea de compartir.

El compromiso de cada País por aumentar el propio nivel de nutrición, por mejorar la actividad agrícola y las



condiciones de las poblaciones rurales, se concreta en el impulso del sector agrícola, en el incremento de la producción o en la promoción de una distribución efectiva de los alimentos. Pero esto no basta. En efecto, dichos objetivos lo que están pidiendo es que se considere cada día que el derecho de cada persona a ser liberada de la pobreza y del hambre depende del deber que tiene toda la familia humana de ayudar de forma concreta a los necesitados. Entonces, cuando un País no

sea capaz de ofrecer respuestas adecuadas porque no lo permita su grado de desarrollo, sus condiciones de pobreza, los cambios climáticos o las situaciones de inseguridad, es necesario que la FAO y las demás Instituciones intergubernamentales puedan tener la capacidad de intervenir específicamente para emprender una adecuada acción solidaria. A partir de la conciencia de que los bienes que nos ha entregado Dios Creador son para todos, se requiere urgentemente que la

solidaridad sea el criterio inspirador de cualquier forma de cooperación en las relaciones internacionales.

2. Una mirada a la situación actual del mundo no nos ofrece imágenes consoladoras. No podemos, sin embargo, permanecer únicamente preocupados o acaso solo resignados. Este momento de evidente dificultad debe hacernos también más conscientes de que el hambre y la malnutrición no son solamente fenómenos naturales

o estructurales de determinadas áreas geográficas, sino que son el resultado de una más compleja condición de subdesarrollo, causada por la inercia de muchos o por el egoísmo de unos pocos. Las guerras, el terrorismo, los desplazamientos forzados de personas que cada vez más impiden o, al menos, condicionan fuertemente incluso las actividades de cooperación, no son fruto de la fatalidad, sino más bien consecuencia de decisiones concretas. Se trata de un

mecanismo complejo que fustiga ante todo a las categorías más vulnerables, excluidas no solo de los procesos productivos, sino también obligadas a menudo a dejar sus tierras en busca de refugio y esperanza de vida. Como también están determinados por decisiones tomadas en plena libertad y conciencia los datos relativos a las ayudas a los Países pobres, que siguen mermando cada día, no obstante los reiterados llamamientos ante las situaciones de crisis cada vez

más destructoras que se manifiestan en diferentes áreas del planeta.

Hay que ser conscientes de que en estos casos la libertad de elección de cada uno se conjuga con la solidaridad hacia todos, en relación con las necesidades, cumpliendo de buena fe los compromisos asumidos o anunciados. A este respecto, animado también por el deseo de alentar a los Gobiernos, quisiera unir me con una contribución simbólica al programa de la FAO para proveer de semillas a las

familias rurales que viven en áreas donde se han juntado los efectos de los conflictos y de la sequía. Este gesto se suma al trabajo que la Iglesia viene realizando, según su vocación de estar de parte de los pobres de la tierra y acompañar el compromiso eficaz de todos en favor suyo.

Este compromiso nos lo pide hoy la *Agenda para el Desarrollo 2030*, cuando reitera el concepto de seguridad alimentaria como objetivo impostergable. Pero solo un esfuerzo de auténtica

solidaridad será capaz de eliminar el número de personas malnutridas y privadas de lo necesario para vivir. Es un desafío muy grande para la FAO y para todas las Instituciones de la Comunidad internacional. Un reto en el que también la Iglesia se siente comprometida en primera línea.

Deseo, por tanto, que las sesiones de esta Conferencia puedan dar un nuevo impulso a la actividad de la Organización y ofrecer aquellos instrumentos deseados y esperados por



millones de hermanos nuestros que ven en la acción de la FAO no sólo una contribución técnica para aumentar los recursos y para distribuir los frutos de la producción, sino también el signo concreto, a veces único, de una fraternidad que les permite confiar en el futuro.

Que la bendición de Dios todopoderoso, rico en misericordia, descienda sobre ustedes y sus trabajos y les dé la fuerza necesaria para contribuir a un auténtico progreso de la familia humana.

*Vaticano, 3 de julio de 2017*

**Francisco**

5 de julio de 2017. Mensaje a los participantes en el simposio internacional de catequética.

[11-14 de julio de 2017,  
Buenos Aires]

*A Su Excelencia Mons. Ramón  
Alfredo Dus,  
Arzobispo de Resistencia,  
Presidente de la Comisión  
Episcopal de Catequesis y  
Pastoral Bíblica*

*Querido hermano:*

Un cordial saludo a vos y a todos los que participarán en

los diferentes encuentros de formación que ha organizado la Comisión Episcopal de Catequesis y Pastoral Bíblica. San Francisco de Asís, cuando uno de sus seguidores le insistía para que le enseñara a predicar, le respondió de esta manera: «Hermano, [cuando visitamos a los enfermos, ayudamos a los niños y damos comida a los pobres] ya estamos predicando». En esta bella lección se encuentra encerrada la vocación y la tarea del catequista. En primer lugar, la catequesis

no es un «trabajo» o una tarea externa a la persona del catequista, sino que se «es» catequista y toda la vida gira entorno a esta misión. De hecho, «ser» catequista es una *vocación de servicio en la Iglesia*, lo que se ha recibido como don de parte del Señor debe a su vez transmitirse. De aquí que el catequista deba volver constantemente a aquel primer anuncio o «kerygma» que es el don que le cambió la vida. Es el anuncio fundamental que debe resonar una y otra vez en la vida del

cristiano, y más aún en aquel que está llamado a anunciar y enseñar la fe. «Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio» (*Evangelii Gaudium*, 165). Este anuncio debe acompañar la fe que está ya presente en la religiosidad de nuestro pueblo. Es necesario hacerse cargo de todo el potencial de piedad y amor que encierra la religiosidad popular para que se transmitan no sólo los contenidos de la fe, sino para que también se cree una verdadera escuela de formación

en la que se cultive el don de la fe que se ha recibido, a fin de que los actos y las palabras reflejen la gracia de ser discípulos de Jesús.

El catequista *camina desde y con Cristo*, no es una persona que parte de sus propias ideas y gustos, sino que se deja mirar por él, por esa mirada que hace arder el corazón.

Cuanto más toma Jesús el centro de nuestra vida, tanto más nos hace salir de nosotros mismos, nos descentra y nos hace ser próximos a los otros. Ese dinamismo del amor es

como el movimiento del corazón: «sístole y diástole»; se concentra para encontrarse con el Señor e inmediatamente se abre, saliendo de sí por amor, para dar testimonio de Jesús y hablar de Jesús, predicar a Jesús. El ejemplo nos lo da él mismo: se retiraba para rezar al Padre e inmediatamente salía al encuentro de los hambrientos y sedientos de Dios, para sanarlos y salvarlos. De aquí nace la importancia de la catequesis «mistagógica» que es el encuentro constante con



la Palabra y con los sacramentos y no algo meramente ocasional previo a la celebración de los sacramentos de iniciación cristiana. La vida cristiana es un proceso de crecimiento y de integración de todas las dimensiones de la persona en un camino comunitario de escucha y de respuesta (cf. *Evangelii Gaudium*, 166). El catequista es además *creativo*; busca diferentes medios y formas para anunciar a Cristo. Es bello creer en Jesús, porque él es «el

camino, y la verdad y la vida» (Jn 14, 6) que colma nuestra existencia de gozo y de alegría. Esta búsqueda de dar a conocer a Jesús como suma belleza nos lleva a encontrar nuevos signos y formas para la transmisión de la fe. Los medios pueden ser diferentes pero lo importante es tener presente el estilo de Jesús, que se adaptaba a las personas que tenía ante él para hacerles cercano el amor de Dios. Hay que saber «cambiar», adaptarse, para hacer el mensaje más cercano, aun cuando es siempre el mismo,

porque Dios no cambia sino que renueva todas las cosas en él. En la búsqueda creativa de dar a conocer a Jesús no debemos sentir miedo porque él nos precede en esa tarea. Él ya está en el hombre de hoy, y allí nos espera.

Queridos catequistas, les doy las gracias por lo que hacen, pero sobre todo porque caminan con el Pueblo de Dios. Los animo a que sean alegres mensajeros, custodios del bien y la belleza que resplandecen en la vida fiel del discípulo misionero.

Que Jesús los bendiga y la Virgen santa, verdadera «educadora de la fe», los cuide. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

*Vaticano, 5 de julio de 2017*

**Francisco**

5 de julio de 2017.

Videomensaje con ocasión del  
III congreso internacional de  
cátedras Scholas.

**"Entre la Universidad y la  
Escuela, construyendo la  
paz a través la cultura del  
encuentro"**

[Universidad Hebrea de  
Jerusalén, 2-5 de julio de  
2017]

En este momento jóvenes y  
adultos de Israel, de Palestina y  
de otras partes del mundo, de  
diferentes nacionalidades,

credos y realidades, todos respiramos el mismo aire, todos pisamos la misma tierra, nuestra casa común. Las historias son muchas, cada uno tiene la suya. Hay tantas historias como personas, pero la vida es una. Por eso quiero celebrar estos días vividos allí en Jerusalén, porque ustedes mismos, desde sus diferencias, lograron unidad. No se los enseñó nadie. Lo vivieron. Ustedes se animaron a mirarse a los ojos, se animaron a desnudar la mirada y esto es imprescindible para que se

produzca un encuentro. En la desnudez de la mirada no hay respuestas, hay apertura. Apertura a todo lo otro que no soy yo. En la desnudez de la mirada nos volvemos permeables a la vida. La vida no nos pasa de largo. Nos atraviesa y nos conmueve y esa es la pasión. Una vez abiertos a la vida y a los otros, al que tengo al lado, se produce el encuentro y en ese encuentro se da un sentido. Todos tenemos sentido. Todos tenemos un sentido en la vida. Ninguno de nosotros es un no.

Todos somos sí, por eso cuando encontramos el sentido es como si se nos ensanchara el alma. Y necesitamos ponerle palabras a este sentido. Darle una forma que lo contenga. Expresar de algún modo eso que nos pasó. Y esa es la creación. Además, cuando nos damos cuenta que la vida tiene sentido y que ese sentido nos desborda necesitamos celebrarlo. Necesitamos la fiesta, como expresión humana de la celebración del sentido. Entonces encontramos el sentimiento más profundo que



se puede tener. Un sentimiento que existe en nosotros por y a pesar de todo, por todo y a pesar de todo. Este sentimiento es la gratitud. *Scholas* intuye que de esto se trata educar. La educación que nos abre a lo desconocido, que nos lleva a ese lugar en el que todavía no se separaron las aguas. Libre de prejuicios. Es decir libre de juicios previos que nos bloquean, para desde allí soñar y buscar nuevos caminos. De ahí que nosotros los adultos no podemos quitarle a nuestros niños y jóvenes la capacidad de

soñar, ni de jugar, que en cierta manera es un soñar despiertos. Si no dejamos que el niño juegue es porque nosotros no sabemos jugar y si nosotros no sabemos jugar no entendemos ni la gratitud, ni la gratuidad, ni la creatividad.

Este encuentro nos ha enseñado que nuestra obligación es escuchar a los chicos y generar un contexto de esperanza para que esos sueños crezcan y se compartan. Un sueño cuando es compartido se convierte en la utopía de un pueblo, en la posibilidad de

crear una nueva manera de vivir. Nuestra utopía, la de todos los que de algún modo formamos *Scholas* es crear con esta educación una cultura del encuentro. En las personas podemos unirnos valorando la diversidad de culturas para alcanzar, no la uniformidad, no, sino la armonía, y ¡cuánto necesita este mundo tan atomizado! Este mundo que le teme al diferente, que a partir de ese temor a veces construye muros que terminan haciendo realidad la peor pesadilla que es vivir como enemigos.

¡Cuánto necesita este mundo salir a encontrarse! Por eso quiero agradecerles hoy, a los adultos, a los académicos de la Universidad hebrea y de tantas universidades de todo el mundo que están allí presentes por no encerrarse y por poner sus valiosos conocimientos al servicio de la escucha. Y a los jóvenes de Israel y Palestina y a los invitados de otros países del mundo gracias por animarse a soñar, a buscar el sentido, a crear, a agradecer, a festejar, a poner la mente, las manos y el corazón para hacer

realidad la cultura del  
encuentro. Muchas gracias.

7 de julio de 2017. Homilía durante la Misa celebrada para los trabajadores del centro industrial Vaticano.

Viernes.

En primer lugar me gustaría dar las gracias por la invitación a celebrar esta misa con vosotros, los trabajadores.

Jesús viene, él sabe lo que es el trabajo, nos entiende bien.

Nos entiende muy bien.

También me gustaría decir una oración por nuestro querido Sandro [Mariotti]. Ayer, su

padre se fue. El padre trabajaba aquí en el Vaticano. Se ha ido como los justos... estaba con amigos en la playa y... Oremos por el padre de Sandro y por Sandro.

Ahora quisiera decirles algo sobre el Evangelio. Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado en el banco de los impuestos (*Mt 9, 9*). Era un publicano. Esta gente era considerada de lo peor porque hacían pagar impuestos, y el dinero se lo mandaban a los romanos. Y una parte se la metían ellos en su bolsillo. Se

lo daban a los romanos:  
vendían la libertad de su patria,  
por eso los odiaban tanto. Eran  
traidores de la patria. Jesús lo  
llamó. Lo vio y lo llamó.

«Sígueme». Jesús escogió a un  
apóstol entre aquella gente, la  
peor. A continuación, este  
Mateo, invitado a comer, estaba  
alegre.

Antes, cuando me alojaba en  
Via della Scrofa, me gustaba ir,  
ahora no puedo, a San Luis de  
los Franceses para ver el  
cuadro de Caravaggio, *La  
conversión de Mateo*: él  
agarrado al dinero así [hace el



gesto] y Jesús lo indica con el dedo. Se aferraba al dinero. Y Jesús lo escoge. Invita a toda la banda a almorzar, a los traidores, los cobradores de impuestos. Al ver esto, los fariseos que se creían justos, que juzgaban a todos y decían: "Pero ¿por qué vuestro Maestro tiene esa compañía?". Jesús dice: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores". Esto me consuela mucho, porque creo que Jesús ha venido por mí. Porque todos somos pecadores. Todos. Todos tenemos esta "licenciatura",

somos licenciados. Cada uno sabe cuál es su pecado, su debilidad más fuerte. En primer lugar debemos reconocer esto: ninguno de nosotros, todos los que estamos aquí, puede decir: "Yo no soy un pecador". Los fariseos lo decían y Jesús los condena. Eran soberbios, altivos, se creían superiores a los demás. En cambio, todos somos pecadores. Es nuestro título y es también la posibilidad de atraer a Jesús a nosotros. Jesús viene a nosotros, viene a mí porque soy un pecador.

Por eso vino Jesús, por los pecadores, no por los justos. Esos no lo necesitan. Dijo Jesús: "No necesitan médicos los sanos, sino los que están mal. Id, pues, a aprender lo que significa aquello de: *Misericordia quiero y no sacrificios*. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (Mt 9, 12-13). Cuando leo esto me siento llamado por Jesús, y todos podemos decir lo mismo: Jesús ha venido por mí. Cada uno de nosotros. Este es nuestro consuelo y

nuestra confianza: él siempre perdona, cura el alma siempre, siempre. "Pero yo soy débil, voy a tener una recaída...", Jesús te levantará, te curará siempre. Este es nuestro consuelo, Jesús vino por mí, para darme fuerzas, para hacerme feliz, para que tuviera la conciencia tranquila. No tengáis miedo. En los malos momentos, cuando uno siente el peso de tantas cosas que hicimos, de tantos resbalones en la vida, tantas cosas, y se siente el peso... Jesús me ama porque soy así.

Me acuerdo de un pasaje de la vida de un gran santo, Jerónimo que tenía muy mal genio, y trató de ser manso, pero con ese genio... porque era un dálmata y los de Dalmacia son fuertes... Había logrado dominar su forma de ser, y así ofrecía al Señor tantas cosas, tanto trabajo, y le preguntaba al Señor: "¿Qué quieres de mí?" —"Todavía no me has dado todo." —"Pero Señor, te he dado esto, esto y esto..." —"Falta algo." —"¿Qué falta?" —"Dame tus pecados". Es hermoso escuchar esto:

“Dame tus pecados, tus debilidades, te curaré, tu sigue adelante”.

Hoy, en este primer viernes, pensemos en el corazón de Jesús, para que nos haga comprender esto, con el corazón misericordioso, que sólo nos dice: “Dame tus debilidades, dame tus pecados, yo perdono todo”. Jesús perdona todo, siempre perdona. Que ésta sea nuestra alegría.

9 de julio de 2017. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas:*

¡Buenos días!

En el Evangelio de hoy Jesús dice: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (*Mt 11, 28*). El Señor no reserva esta frase para alguien, sino que la dirige a "todos" los que están cansados y oprimidos por la vida. ¿Y quién puede sentirse excluido en esta invitación?

Jesús sabe cuánto puede pesar la vida. Sabe que muchas cosas cansan al corazón: desilusiones y heridas del pasado, pesos que hay que cargar e injusticias que hay que soportar en el presente, incertidumbres y preocupaciones por el futuro. Ante todo esto, la primera palabra de Jesús es una invitación a moverse y reaccionar: "venid". El error, cuando las cosas van mal, es permanecer donde se está, tumbado ahí. Parece evidente, pero ¡qué difícil es reaccionar y abrirse! No es fácil. En los



momentos oscuros surge de manera natural estar con uno mismo, pensar en cuánto sea injusta la vida, en cuánto son ingratos los demás y qué malo es el mundo y demás. Algunas veces hemos padecido esta fea experiencia. Pero así, cerrados dentro de nosotros, vemos todo negro. Entonces incluso llega a familiarizarse con la tristeza, que se hace de casa: esa tristeza que nos postra, es una cosa fea esta tristeza. Jesús en cambio quiere sacarnos fuera de estas "arenas movedizas" y por eso dice a cada uno:

“¡iven!” —“¿Quién?”— “tú, tú, tú...”. La vía de salida está en la relación, en tender la mano y en levantar la mirada hacia quien nos ama de verdad. Efectivamente salir solo no basta, es necesario saber dónde ir. Porque muchas metas son ilusorias: prometen descanso y distraen solo un poco, aseguran paz y dan diversión, dejando luego en la soledad de antes, son “fuegos artificiales”. Por eso Jesús indica dónde ir: “venid a mí”. Muchas veces, ante un peso de la vida o una situación que nos duele, intentamos

hablar con alguien que nos escuche, con un amigo, con un experto... Es un gran bien hacer esto, ¡pero no olvidemos a Jesús! No nos olvidemos de abrirnos a Él y contarle la vida, encomendarle personas y situaciones. Quizás hay "zonas" de nuestra vida que nunca le hemos abierto a Él y que han permanecido oscuras, porque no han visto nunca la luz del Señor. Cada uno de nosotros tiene la propia historia. Y si alguien tiene esta zona oscura, buscad a Jesús, id a un misionero de la misericordia, id

a un sacerdote, id... Pero id a Jesús, y contadle esto a Jesús. Hoy Él dice a cada uno: "¡Ánimo, no te rindas ante los pesos de la vida, no te cierres ante los miedos y los pecados, sino ven a mí!". Él nos espera, nos espera siempre, no para resolvernos mágicamente los problemas, sino para hacernos fuertes en nuestros problemas. Jesús no nos quita los pesos de la vida, sino la angustia del corazón; no nos quita la cruz, sino que la lleva con nosotros. Y con Él cada peso se hace ligero (cf. *Mt* 11, 30) porque Él

es el descanso que buscamos. Cuando en la vida entra Jesús, llega la paz, la que permanece en las pruebas, en los sufrimientos. Vayamos a Jesús, démosle nuestro tiempo, encontrémosle cada día en la oración, en un diálogo confiado y personal; familiaricemos con su Palabra, redescubramos sin miedo su perdón, saciémonos con su Pan de vida: nos sentiremos amados y consolados por Él. Es Él mismo quien lo pide, casi insistiendo. Lo repite una vez más al final del Evangelio de hoy:

«Aprended de mí [...] y *hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mt 11, 29). Aprendamos a ir hacia Jesús y, mientras que en los meses estivales buscamos un poco de descanso de lo que cansa al cuerpo, no olvidemos encontrar el verdadero descanso en el Señor. Nos ayude en esto la Virgen María nuestra Madre, que siempre cuida de nosotros cuando estamos cansados y oprimidos y nos acompaña a Jesús.

**Después del Ángelus:**  
*Queridos hermanos y*

*hermanas:*

Os saludo cordialmente a todos vosotros, romanos y peregrinos de Italia y de varios países.

Sois valientes vosotros, con este sol, con este calor, en la plaza. ¡Muy bien! En particular, saludo a los fieles polacos venidos en bicicleta desde Chełm, archidiócesis de Lublin (Polonia), con un recuerdo también a la gran peregrinación que hoy la Familia polaca de Radio María realiza en el Santuario de Częstochowa. Acompañamos a esta peregrinación del pueblo

polaco todos juntos con un  
avemaría [*Dios te salve  
María...*]

Recibo con alegría a las  
Hermanas Siervas de la Beata  
Virgen Inmaculada y bendigo  
los trabajos de su Capítulo  
General, que inicia hoy; así  
como también a los sacerdotes  
de diversos países participantes  
en el curso para formadores de  
seminario organizado por el  
Instituto *Sacerdos* de Roma.  
Un saludo especial a los chicos  
del Coro "Puzangalan"—que  
significa "esperanza"— de  
Taiwán. ¡Gracias por vuestro



canto! Y también al Coro alpino de Palazzolo en Oglio; y a los fieles de Conversano. A todos deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

11 de Julio de 2017. Mensaje del Santo Padre Francisco, firmado por el cardenal secretario de estado, al obispo de Ávila con ocasión del encuentro internacional del movimiento mundial de trabajadores cristianos.

[Ávila, 15-21 de julio de 2017]

*A su excelencia  
monseñor Jesús García Burillo,  
obispo de Ávila*

Con motivo del Encuentro  
Internacional del Movimiento  
Mundial de Trabajadores

Cristianos, que se celebra en Ávila, el papa Francisco saluda a todos los delegados presentes y se une a su alegría y acción de gracias a Dios por estos 50 años de presencia cristiana en el mundo del trabajo y de caminar al lado de tantos hermanos trabajadores, compartiendo sus gozos y esperanzas, sus alegrías y sus penas.

«Tierra, techo y trabajo para una vida digna», es el lema de vuestro encuentro.

Efectivamente, la dignidad de la persona está muy unida a

estas tres realidades, que expresan esa experiencia fundamental para el ser humano que es la de sentirse arraigado en el mundo, en una familia, en una sociedad.

Tierra, techo y trabajo significa luchar para que todo el mundo viva conforme a su dignidad y nadie se vea descartado. A esto nos anima nuestra fe en Dios, que envió a su Hijo al mundo para que, compartiendo la historia de su pueblo, viviendo en una familia y trabajando con sus manos, pudiera redimir y salvar lo humano con su

muerte y resurrección. Así pues, el Santo Padre les exhorta a perseverar con renovado impulso en sus esfuerzos para acercar el Evangelio al mundo del trabajo y también para que la voz de los trabajadores siga resonando en el seno de la Iglesia.

Con estos deseos, e invocando la intercesión de la Virgen María, les pide que no dejen de rezar por él y les imparte la implorada bendición apostólica.

*Vaticano, 11 de Julio de 2017*

**Cardenal Pietro Parolin**

*Secretario de Estado de su*

*Santidad*

11 de julio de 2017. Carta Apostólica en forma de Motu Proprio "maiozem hac dilectionem" sobre el ofrecimiento de la vida.

"Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

Son dignos de consideración y honor especial aquellos cristianos que, siguiendo más de cerca los pasos y las enseñanzas del Señor Jesús, han ofrecido voluntaria y libremente su vida por los

demás y perseverado hasta la muerte en este propósito.

Es cierto que el ofrecimiento heroico de la vida, sugerido y sostenido por la caridad, expresa una imitación verdadera, completa y ejemplar de Cristo y, por tanto, es merecedor de la admiración que la comunidad de los fieles suele reservar a los que han aceptado voluntariamente el martirio de sangre o han ejercido heroicamente las virtudes cristianas.

Confortado por la opinión favorable de la Congregación



para las Causas de los Santos, que en el Pleno del 27 de septiembre de 2016 estudió cuidadosamente si estos cristianos merecen la beatificación, establezco que se observen las siguientes normas:

## **ART. 1**

El *ofrecimiento de la vida* es un nuevo caso del *iter* de beatificación y canonización, distinto del caso de *martirio* y *de heroicidad de las virtudes*

## **ART. 2**

El ofrecimiento de la vida, para que sea válido y eficaz para la beatificación de un Siervo de Dios, debe cumplir los siguientes criterios:

a) ofrecimiento libre y voluntario de la vida y heroica aceptación *propter caritatem* de una muerte segura, y a corto plazo;

b) relación entre el ofrecimiento de la vida y la muerte prematura;

c) el ejercicio, por lo menos en grado ordinario, de las virtudes cristianas antes del ofrecimiento de la vida y,

después, hasta la muerte;  
d) existencia de la fama de santidad y de los signos, al menos después de la muerte;  
e) necesidad del milagro para la beatificación, sucedido después de la muerte del Siervo de Dios y por su intercesión.

### **ART. 3**

La celebración de la encuesta diocesana o eparquial y la relativa *Positio* están reguladas por la Constitución Apostólica *Divinus perfectiones Magister* del 25 de enero de

1983, en *Acta Apostolicae Sedis* Vol LXXV (1983, 349-355), y por las *Normae servandae in inquisitionibus ab Episcopis facendis in Causis Sanctorum* de 7 de febrero del mismo año en *Acta Apostolicae Sedis* Vol. LXXV (1983, 396-403), excepto en lo siguiente.

#### **ART. 4**

La *Positio* sobre el ofrecimiento de vida debe responder al *dubium: An constet de heroica oblatione vitae usque ad mortem propter caritatem necnon de virtutibus christianis,*

*saltem in gradu ordinario, in casu et aa effectum de quo agitur.*

## **ART. 5**

Los siguientes artículos de la citada Constitución Apostólica se modifican como sigue:

Art. 1: *“Compete a los obispos diocesanos y de más jerarquías equiparadas en derecho, dentro de los límites de su jurisdicción, sea de oficio, sea a instancias de fieles o de grupos legítimamente constituidos o de sus*

procuradores, el derecho a investigar sobre la vida, virtudes , **ofrecimiento de la vida** o martirio y fama de santidad , de **ofrecimiento de la vida** o martirio, milagros atribuidos, y, si se considera necesario, el antiguo culto al Siervo de Dios, cuya canonización se pide ”.

Art 2.5.: “Hágase por separado el examen de los milagros atribuidos y el examen de las virtudes, **del ofrecimiento de la vida** o del martirio. ”.

Art. 7.1.: “Estudiar juntamente con los colaboradores externos

*las causas a ellos encomendadas y preparar las ponencias sobre las virtudes, **sobre el ofrecimiento de la vida** o sobre el martirio ".*

*Art 13.2.: "Determinése a qué relator a de ser confiada la causa, si en dicho Congreso se juzgare que dicha causa ha sido instruida conforme a las normas de la ley; el relator junto con un colaborador externo, elabore la ponencia sobre las virtudes, **sobre el ofrecimiento de la vida** o sobre el martirio según las reglas de la crítica que se*

*observan en hagiografía. "*

## **ART. 6**

Los siguientes artículos de la mencionada *Normae servandae in inquisitionibus ab Episcopis facendis in Causis Sanctorum* se modifican como sigue:

Art. 7: "*La causa puede ser reciente o antigua. Será reciente si el martirio o las virtudes o **el ofrecimiento de la vida** del Siervo de Dios pueden probarse por las declaraciones orales de testigos*



*oculares; será antigua si las pruebas sobre el martirio o sobre las virtudes sólo pueden fundarse en fuentes escritas. ”.*

*Art. 10.1 °: “tanto en las causas recientes como en las antiguas, una biografía del Siervo de Dios, de cierto rigor histórico, si la hay; o, si no la hubiera, una relación muy cuidada, compuesta cronológicamente, sobre la vida y hechos del mismo Siervo de Dios, sobre sus virtudes o **sobre el ofrecimiento de la vida** o sobre el martirio, sobre la fama de santidad y de*

*milagros, sin omitir cuanto parezca contrario o menos favorable a la misma causa."*

*Art. 10.3 °: solamente en las causas recientes, una lista de personas que puedan ayudar a esclarecer la verdad sobre las virtudes **o sobre el ofrecimiento de la vida** o sobre el martirio del Siervo de Dios, sobre la fama de santidad o de milagros y también de las personas que se opongan a ello."*

*Art. 15, a: "Recibido este informe, el Obispo haga entrega*

*al promotor de justicia, o a otro experto en estas cosas, de todo lo que hasta ahora ha ido recibiendo, a fin de que prepare unos interrogatorios apropiados para dilucidar la verdad sobre la vida del Siervo de Dios, sobre las virtudes, **el ofrecimiento de la vida** o el martirio, sobre la fama de santidad, **de ofrecimiento de la vida** o del martirio.”.*

Art. 15, b: *“En las causas antiguas, los interrogatorios se referirán únicamente a la fama de santidad, **de ofrecimiento de la vida** o del martirio que*

*aún se dé en la actualidad y, si fuera el caso, al culto que se haya tributado al Siervo de Dios en los últimos tiempos.”*

*Art. 19: “Para probar el martirio o el ejercicio de las virtudes, o **el ofrecimiento de la vida**, así como la fama de milagros de un Siervo de Dios que perteneció a un Instituto de vida consagrada, una parte notable de los testigos debe ser ajena al instituto, salvo que por la vida peculiar del Siervo de Dios eso no sea posible. ”.*

*Art. 32: “La investigación*

sobre los milagros ha de instruirse separadamente de la de las virtudes, **del ofrecimiento de la vida** o del martirio y ha de hacerse según las normas que siguen ” .

Art. 36: “Se prohíben las solemnidades o panegíricos en las iglesias acerca de los Siervos de Dios cuya santidad de vida está aún sometida a legítimo examen. Y aun fuera de las iglesias, hay que abstenerse de cualquier acto que pueda inducir a los fieles a la falsa idea de que la investigación hecha por el Obispo sobre la vida y

*virtudes o el martirio o **sobre el ofrecimiento de la vida** del Siervo de Dios lleva consigo la certidumbre de su futura canonización ".*

Todo lo que he deliberado con esta Carta Apostólica en forma de *Motu proprio*, ordeno que se observe en todas sus partes, no obstante cualquier disposición contraria, aunque digna de mención, y establezco que se promulgue mediante la publicación en el diario "L' Osservatore Romano", entrando en vigor el mismo día de la promulgación y que,

sucesivamente, se incorpore  
al *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, en San Pedro,  
el día 11 de julio, quinto de  
Nuestro Pontificado.

FRANCISCO

16 de julio de 2017. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Jesús, cuando hablaba, usaba un lenguaje simple y usaba también imágenes, que eran ejemplos tomados de la vida cotidiana, para poder ser comprendidos fácilmente por todos. Por esto le escuchaban encantados y apreciaban su mensaje que llegaba directo a su corazón; y no era ese lenguaje complicado de



entender, el que usaban los doctores de la ley de la época, que no se entendía bien pero que estaba lleno de rigidez y alejaba a la gente.

Y con este lenguaje Jesús hacía entender el misterio del Reino de Dios; no era una teología complicada. Y un ejemplo es el que hoy lleva el Evangelio: la parábola del sembrador (*Mt 13, 1-23*).

El sembrador es Jesús.

Notamos que, con esta imagen, Él se presenta como uno que no se impone, sino que se propone; no nos atrae

conquistándonos, sino donándose: echa la semilla. Él esparce con paciencia y generosidad su Palabra, que no es una jaula o una trampa, sino una semilla que puede dar fruto. ¿Y cómo puede dar fruto? Si nosotros lo acogemos. Por ello la parábola se refiere sobre todo a nosotros: habla efectivamente del terreno más que del sembrador. Jesús efectúa, por así decir una "radiografía espiritual" de nuestro corazón, que es el terreno sobre el cual cae la semilla de la Palabra.

Nuestro corazón, como un terreno, puede ser bueno y entonces la Palabra da fruto —y mucho— pero puede ser también duro, impermeable. Ello ocurre cuando oímos la Palabra, pero nos es indiferente, precisamente como en una calle: no entra. Entre el terreno bueno y la calle, el asfalto —si nosotros echamos una semilla sobre los “sanpietrini” no crece nada— sin embargo hay dos terrenos intermedios que, en distinta medida, podemos tener en nosotros. El primero, dice

Jesús, es el pedregoso.  
Intentemos imaginarlo: un terreno pedregoso es un terreno «donde no hay mucha tierra» (cf. *Mt 13, 5*), por lo que la semilla germina, pero no consigue echar raíces profundas. Así es el corazón superficial, que acoge al Señor, quiere rezar, amar y dar testimonio, pero no persevera, se cansa y no “despega” nunca. Es un corazón sin profundidad, donde las piedras de la pereza prevalecen sobre la tierra buena, donde el amor es inconstante y pasajero. Pero

quien acoge al Señor solo cuando le apetece, no da fruto. Está luego el último terreno, el espinoso, lleno de zarzas que asfixian a las plantas buenas. ¿Qué representan estas zarzas? «La preocupación del mundo y la seducción de la riqueza» (v. 22), así dice Jesús, explícitamente. Las zarzas son los vicios que se pelean con Dios, que asfixian su presencia: sobre todo los ídolos de la riqueza mundana, el vivir ávidamente, para sí mismos, por el tener y por el poder. Si cultivamos estas zarzas,

asfixiamos el crecimiento de Dios en nosotros. Cada uno puede reconocer a sus pequeñas o grandes zarzas, los vicios que habitan en su corazón, los arbustos más o menos radicados que no gustan a Dios e impiden tener el corazón limpio. Hay que arrancarlos, o la Palabra no dará fruto, la semilla no se desarrollará.

Queridos hermanos y hermanas, Jesús nos invita hoy a mirarnos por dentro: a dar las gracias por nuestro terreno bueno y a seguir trabajando

sobre los terrenos que todavía no son buenos.

Preguntémonos si nuestro corazón está abierto a acoger con fe la semilla de la Palabra de Dios. Preguntémonos si nuestras piedras de la pereza son todavía numerosas y grandes; individúemos y llamemos por nombre a las zarzas de los vicios.

Encontremos el valor de hacer una buena *recuperación del suelo*, una bonita recuperación de nuestro corazón, llevando al Señor en la Confesión y en la oración nuestras piedras y

nuestras zarzas.

Haciendo así, Jesús, buen sembrador, estará feliz de cumplir un trabajo adicional: purificar nuestro corazón, quitando las piedras y espinas que asfixian la Palabra.

La Madre de Dios, que hoy recordamos con el título de Beata Virgen del Monte Carmelo, insuperable en el acoger la Palabra de Dios y en ponerla en práctica (cf. *Lc 8, 21*), nos ayude a purificar el corazón y a custodiar la presencia del Señor.

**Después del Ángelus:**



*Queridos hermanos y hermanas:*

Os saludo de corazón a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos de varias partes del mundo: familias, grupos parroquiales, asociaciones. En particular, saludo a las Hermanas *Hijas de la Virgen de los Dolores*, que celebran 50 años de la aprobación pontificia del Instituto; las Hermanas Franciscanas de San José, que celebran 150 años de su fundación; a los dirigentes y huéspedes de la "Domus Croata" de Roma, en el 30º

aniversario de su institución.  
Querría saludar especialmente  
a las religiosas y religiosos  
carmelitas en el día de su  
fiesta. Deseo que puedan  
continuar por el camino de la  
contemplación.

Un saludo especial dirijo a la  
comunidad católica venezolana  
renovando la oración por  
vuestro amado país.

Y a todos deseo un feliz  
domingo. Por favor no os  
olvidéis de rezar por mí.  
¡Buen almuerzo y hasta pronto!

23 de julio de 2017. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La página evangélica de hoy propone tres *parábolas* con las cuales Jesús habla a las masas del Reino de Dios. Me detengo en la primera: la del *grano bueno y la cizaña*, que ilustra el *problema del mal* en el mundo y pone de relieve la *paciencia de Dios* (cf. *Mateo* 13, 24-30. 36-43). ¡Cuánta paciencia tiene Dios! También cada uno de

nosotros puede decir esto: «¡Cuánta paciencia tiene Dios conmigo!». La narración se desarrolla en un campo con dos protagonistas opuestos. Por una parte el dueño del campo que representa a Dios y esparce la semilla buena; por otra el enemigo que representa a Satanás y esparce la hierba mala. Con el pasar del tiempo, en medio del grano crece también la cizaña y ante este hecho el dueño y sus siervos tienen actitudes distintas. Los siervos querrían intervenir arrancando la cizaña; pero el

dueño, que está preocupado sobre todo por salvar el grano, se opone diciendo: «no, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo» (*Mateo 13, 29*). Con esta imagen, Jesús nos dice que en este mundo el bien y el mal están tan entrelazados, que es imposible separarles y extirpar todo el mal. Solo Dios puede hacer esto, y lo hará en el juicio final. Con sus ambigüedades y su carácter complejo, la situación presente es el campo de la libertad, el campo de la libertad de los

cristianos, en el cual se cumple el difícil ejercicio del discernimiento entre el bien y el mal. Y en este campo se trata entonces de combinar, con gran confianza en Dios y en su providencia, dos actitudes aparentemente contradictorias: *la decisión* y *la paciencia*. La decisión es la de *querer ser buen grano* — todos lo queremos—, con todas nuestras fuerzas, y entonces alejarse del maligno y de sus seducciones. La paciencia significa preferir una Iglesia que es levadura en la pasta,

que no teme ensuciarse las manos lavando las ropas de sus hijos, antes que una Iglesia de «puros», que pretende juzgar antes del tiempo quién está en el Reino y quién no.

El Señor, que es la Sabiduría encarnada, hoy nos ayuda a comprender que el bien y el mal no se pueden identificar con territorios definidos o determinados grupos humanos: «Estos son los buenos, estos son los malos». Él nos dice que la línea de frontera entre el bien y el mal pasa *por el corazón de cada persona, pasa*

*por el corazón de cada uno de nosotros, es decir:* todos somos pecadores. A mí se me antoja preguntaros: «quien no es pecador levante la mano». ¡Nadie! Porque todos lo somos, todos somos pecadores.

Jesucristo, con su muerte en la cruz y su resurrección, nos ha liberado de la esclavitud del pecado y nos da la gracia de caminar en una vida nueva; pero con el Bautismo nos ha dado también la Confesión, porque siempre necesitamos ser perdonados por nuestros pecados. Mirar siempre y



solamente el mal que está fuera de nosotros, significa no querer reconocer el pecado que está también en nosotros.

Y luego Jesús nos enseña un modo diverso de mirar el campo del mundo, de observar la realidad. Estamos llamados a aprender los tiempos de Dios — que no son nuestros tiempos— y también la «mirada» de Dios: gracias al influjo benéfico de una trepidante espera, lo que era cizaña o parecía cizaña, puede convertirse en un producto bueno. Es la realidad de la conversión. ¡Es la

perspectiva de la esperanza!  
La Virgen María nos ayude a percibir en la realidad que nos rodea no solo la suciedad y el mal, sino también el bien y lo bonito; a desenmascarar la obra de Satanás, pero sobre todo a confiar en la acción de Dios que fecunda la historia.

### **Después del Ángelus:**

Queridos hermanos y hermanas:

Sigo con trepidación las graves tensiones y las violencias de estos días en Jerusalén. Siento necesidad de expresar un sentido llamamiento a la

moderación y al diálogo. Os invito a uniros a mí en la oración, para que el Señor inspire todos los propósitos de reconciliación y de paz. Os saludo a todos vosotros, a las familias, a los grupos parroquiales, a las asociaciones. En particular, saludo a los fieles de Munster (Irlanda); a las Hermanas Franciscanas Elisabetinas Grises; al coro lírico sinfónico de Enna; a los jóvenes de Casamassima que han desarrollado un servicio de voluntariado en Roma. Mi

pensamiento y mi aliento va dirigido a los chicos participantes en el «Cantiere Hombre Mundo», que están trabajando para dar testimonio de la alegría del Evangelio en las periferias más desfavorecidas de los diversos continentes.

A todos deseo un feliz domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Agosto.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

**AGOSTO.**

**2 de agosto de 2017.**

Audiencia general. El Bautismo es el inicio de la esperanza.

**6 de agosto de 2017.**

ÁNGELUS.

**9 de agosto de 2017.**

Audiencia general. La misericordia de Dios tiene la fuerza de transformarnos y devolvernos esperanza.

**15 de agosto de 2017.**

Mensaje para la jornada mundial del migrante y del refugiado 2018.

**20 de agosto de 2017.**

ÁNGELUS.

**20 de agosto de 2017.**

Mensaje del Santo Padre Francisco, firmado por el cardenal secretario de estado Pietro Parolin, con ocasión del XXXVIII meeting para la amistad entre los pueblos.

**23 de agosto de 2017.**

Audiencia general. Sí, nuestro Padre es el Dios de las novedades y de las sorpresas.

**24 de agosto de 2017.**

Videomensaje del Santo Padre Francisco al centro de estudiantes universitarios del complejo penitenciario federal

de Ezeiza (Argentina)

**24 de agosto de 2017.**

Discurso a los participantes en  
la 68 semana litúrgica nacional  
italiana.

**26 de agosto de 2017.**

Videomensaje a los peregrinos  
polacos presentes en  
Częstochowa para celebrar los  
300 años de la coronación de la  
imagen de María Reina de  
Polonia.

**27 de agosto de 2017.**

ÁNGELUS.

**30 de agosto de 2017.**

Audiencia general. La relación  
entre la esperanza y la



vocación.

**31 de agosto de 2017.**

Discurso a los representantes de la conferencia de rabinos europeos, del consejo rabínico de América y de la comisión del gran rabinato de Israel.

2 de agosto de 2017. Audiencia general. El Bautismo es el inicio de la esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hubo un tiempo en el cual las iglesias estaban orientadas hacia el este. Se entraba en el edificio sagrado por una puerta abierta hacia occidente y, caminando por la nave central, se dirigía hacia oriente. Era un símbolo importante para el hombre antiguo, una alegoría

que a lo largo de la historia ha decaído progresivamente.

Nosotros, hombres de la época moderna, mucho menos acostumbrados a percibir los grandes signos del cosmos, casi nunca nos damos cuenta de semejante particular. El occidente es el punto cardinal del ocaso, donde muere la luz. El oriente, en cambio es el lugar donde las tinieblas son vencidas por la primera luz de la aurora y nos recuerda a Cristo, Sol surgido desde lo alto en el horizonte del mundo (cf. *Lc 1, 78*).

Los antiguos ritos del Bautismo preveían que los catecúmenos emitiesen la primera parte de su profesión de fe teniendo la mirada hacia occidente. Y en aquella pose eran interrogados: «¿Renunciáis a Satanás, a su servicio y a sus obras?» — Y los futuros cristianos repetían en coro: «¡Renuncio!». Luego se dirigía hacia el ábside, en dirección a oriente, donde nace la luz, y los candidatos al Bautismo eran interrogados de nuevo: «¿Creéis en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo?». Y esta vez respondían: «¡Creo!».

En los tiempos modernos se ha perdido en parte la fascinación de este rito: hemos perdido la sensibilidad ante el lenguaje del cosmos. Naturalmente ha permanecido la profesión de fe, hecha según la interrogación bautismal, que es propia de la celebración de algunos sacramentos. La cual permanece intacta en su significado. ¿Qué quiere decir ser cristianos? Quiere decir mirar a la luz, continuar a hacer la profesión de fe en la luz, incluso cuando el mundo está envuelto por la noche y las

tinieblas.

Los cristianos no están exentos de las tinieblas, externas e internas. No viven fuera del mundo, pero, por la gracia de Cristo recibida en el Bautismo, son hombres y mujeres «orientados»: no creen en la oscuridad, sino en la claridad del día; no sucumben a la noche, sino que esperan la aurora; no son derrotados por la muerte, sino que anhelan el resurgir; no están plegados por el mal, porque confían siempre en las infinitas posibilidades del bien. Y esta es nuestra

esperanza cristiana. La luz de Jesús, la salvación que nos lleva a Jesús con su luz y que nos salva de las tinieblas.

Nosotros somos quienes creen que Dios es Padre: ¡esta es la luz! No somos huérfanos, tenemos un Padre y nuestro Padre es Dios. Creemos que Jesús descendió en medio de nosotros, caminó en nuestra misma vida, haciéndose compañero sobre todo de los más pobres y frágiles: ¡esta es la luz! Creemos que el Espíritu Santo obra sin descanso por el bien de la humanidad y del

mundo, e incluso los dolores más grandes de la historia serán superados: ¡esta es la esperanza que nos despierta cada mañana! Creemos que cada ser querido, cada amistad, cada buen deseo, cada amor, incluso los más pequeños y descuidados, un día encontrarán su cumplimiento en Dios: ¡esta es la fuerza que nos empuja a abrazar con entusiasmo nuestra vida de todos los días! Y esta es nuestra esperanza: vivir en la esperanza y vivir en la luz, en la luz de Dios Padre, en la luz



de Jesús Salvador, en la luz del Espíritu Santo que nos empuja a seguir adelante en la vida. Luego hay otro signo muy bonito de la liturgia bautismal que nos recuerda la importancia de la luz. Al finalizar el rito, a los padres — si es un niño— o al mismo bautizado —si es adulto— se le entrega una vela, cuya llama se enciende del cirio pascual. Se trata del gran cirio que en la noche de Pascua entra en la iglesia completamente a oscuras, para manifestar el misterio de la Resurrección de

Jesús; de ese cirio todos encienden la propia vela y transmiten la llama a los que están cerca: en ese signo está la lenta propagación de la Resurrección de Jesús en las vidas de todos los cristianos. La vida de la Iglesia — diré una palabra un poco fuerte es contaminación de luz. Cuanta más luz de Jesús tenemos nosotros cristianos, cuanta más luz de Jesús hay en la vida de la Iglesia, más está viva ésta. La vida de la Iglesia es contaminación de luz. La exhortación más bella que

podemos hacernos unos a otros es la de recordarnos nuestro Bautismo. Yo querría preguntaros: ¿cuántos de vosotros se acuerdan de la fecha del propio Bautismo? ¡No respondáis porque alguno sentirá vergüenza! Pensad y si no la recordáis, hoy tenéis deberes para hacer en casa: ve a tu mamá, a tu papá, a tu tía, a tu tío, a tu abuela, abuelo y pregúntales: «¿Cuál es la fecha de mi Bautismo?». ¡Y no la olvidéis nunca más! ¿Está claro? ¿Lo haréis? El compromiso de hoy es aprender

o recordar la fecha del Bautismo, que es la fecha del renacimiento, es la fecha de la luz, es la fecha en la cual —me permito una palabra— en la cual hemos sido contaminados por la luz de Cristo. Nosotros hemos nacido dos veces: la primera en la vida natural, la segunda, gracias al encuentro con Cristo en la fuente bautismal. Allí hemos muerto a la muerte, para vivir como hijos de Dios en este mundo. Allí nos hemos vuelto humanos como nunca habríamos imaginado. He aquí por qué

todos debemos difundir el perfume del Crisma con el que hemos sido señalados el día de nuestro Bautismo. En nosotros vive y obra el Espíritu de Jesús, primogénito de muchos hermanos, de todos los que se oponen a la ineluctabilidad de la tiniebla y de la muerte. Qué gracia cuando un cristiano se convierte verdaderamente en un «cristo-foro», es decir i«portador de Jesús» por el mundo! Sobre todo por quienes están atravesando situaciones de luto, de desesperación, de tinieblas y de odio. Y esto se

entiende a través de muchos pequeños detalles particulares: por la luz que un cristiano custodia en sus ojos, por el fondo de serenidad que no queda mermado ni siquiera en los días más complicados, por las ganas de querer bien incluso cuando se sufren muchas desilusiones. En el futuro, cuando se escriba la historia de nuestros días, ¿qué se dirá de nosotros? ¿Que hemos sido capaces de esperanza, o que hemos ocultado nuestra luz? Si seremos fieles a nuestro

Bautismo, difundiremos la luz de la esperanza, el Bautismo es el inicio de la esperanza, la esperanza de Dios y podremos transmitir a las generaciones futuras razones de vida.

### **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica.

Los invito a recordar su Bautismo, la fecha de su Bautismo, y a ser luz de Cristo para los demás, siendo portadores de la vida nueva

recibida en el Bautismo, para que los que sufren y los descartados de la sociedad puedan percibir a través de nuestro testimonio de vida la claridad de la esperanza en Cristo.

Muchas gracias.



6 de agosto de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este domingo, la liturgia celebra la fiesta de la Transfiguración del Señor. La página evangélica de hoy cuenta que los apóstoles Pedro, Santiago y Juan fueron testigos de este suceso extraordinario. Jesús les tomó consigo «y los lleva aparte, a un monte alto» (Mt 17, 1) y, mientras rezaba,

su rostro cambió de aspecto, brillando como el sol, y sus ropas se convirtieron en cándidas como la luz.

Aparecieron entonces Moisés y Elías, y empezaron a hablar con Él. En ese momento, Pedro dijo a Jesús: «Señor, bueno es que estemos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías» (*Mt 17, 4*). Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió.

El evento de la Transfiguración del Señor nos ofrece un mensaje de esperanza —así

seremos nosotros, con Él—: nos invita a encontrar a Jesús, para estar al servicio de los hermanos.

La ascensión de los discípulos al monte Tabor nos induce a reflexionar sobre la importancia de separarse de las cosas mundanas, para cumplir un camino hacia lo alto y contemplar a Jesús. Se trata de ponernos a la escucha atenta y orante del Cristo, el Hijo amado del Padre, buscando momentos de oración que permiten la acogida dócil y alegre de la Palabra de Dios. En esta

ascensión espiritual, en esta separación de las cosas mundanas, estamos llamados a redescubrir el silencio pacificador y regenerador de la meditación del Evangelio, de la lectura de la Biblia, que conduce hacia una meta rica de belleza, de esplendor y de alegría. Y cuando nosotros nos ponemos así, con la Biblia en la mano, en silencio, comenzamos a escuchar esta belleza interior, esta alegría que genera la Palabra de Dios en nosotros. En esta perspectiva, el tiempo estivo es momento providencial

para acrecentar nuestro esfuerzo de búsqueda y de encuentro con el Señor. En este periodo, los estudiantes están libres de compromisos escolares y muchas familias se van de vacaciones; es importante que en el periodo de descanso y desconexión de las ocupaciones cotidianas, se puedan restaurar las fuerzas del cuerpo y del espíritu, profundizando el camino espiritual.

Al finalizar la experiencia maravillosa de la Transfiguración, los discípulos

bajaron del monte (cf. *Mt 17, 9*) con ojos y corazón transfigurados por el encuentro con el Señor. Es el recorrido que podemos hacer también nosotros. El redescubrimiento cada vez más vivo de Jesús no es fin en sí mismo, pero nos lleva a «bajar del monte», cargados con la fuerza del Espíritu divino, para decidir nuevos pasos de conversión y para testimoniar constantemente la caridad, como ley de vida cotidiana. Transformados por la presencia de Cristo y del ardor de su

palabra, seremos signo concreto del amor vivificante de Dios para todos nuestros hermanos, especialmente para quien sufre, para los que se encuentran en soledad y abandono, para los enfermos y para la multitud de hombres y de mujeres que, en distintas partes del mundo, son humillados por la injusticia, la prepotencia y la violencia. En la Transfiguración se oye la voz del Padre celeste que dice: «Este es mi hijo amado, ¡escuchadle!» (Mt 17, 5).  
Miremos a María, la *Virgen de*

*la escucha*, siempre preparada a acoger y custodiar en el corazón cada palabra del Hijo divino (cf. *Lc 1, 51*). Quiera nuestra Madre y Madre de Dios ayudarnos a entrar en sintonía con la Palabra de Dios, para que Cristo se convierta en luz y guía de toda nuestra vida. A Ella encomendamos las vacaciones de todos, para que sean serenas y provechosas, pero sobre todo el verano de los que no pueden tener vacaciones porque se lo impide la edad, por motivos de salud o de trabajo, las limitaciones



económicas u otros problemas, para que aun así sea un tiempo de distensión, animado por las amistades y momentos felices.

## **Después del Ángelus:**

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos de varios países: familias, asociaciones, fieles. Hoy están presentes distintos grupos de chicos y jóvenes. ¡Os saludo con gran afecto! En particular, el grupo de la pastoral juvenil de Verona; los jóvenes de Adria, Campodarsego, Offanengo. A

todos os deseo un feliz  
domingo. Por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta pronto!

9 de agosto de 2017. Audiencia general. La misericordia de Dios tiene la fuerza de transformarnos y devolvernos esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos, ¡buenos días!*

Hemos oído la reacción de los comensales de Simón el fariseo: «¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?» (Lc 7, 49). Jesús acaba de cumplir un gesto escandaloso.

Una mujer de la ciudad, conocida por todos como una pecadora, ha entrado en casa de Simón, se ha inclinado a los pies de Jesús y ha derramado sobre sus pies un aceite perfumado. Todos los que estaban allí en la mesa murmuraban: si Jesús es un profeta, no debería aceptar gestos semejantes de una mujer como esa. Aquellas mujeres, pobrecitas, que servían solo para encontrarse con ellas a escondidas, también por parte de los jefes, o para ser lapidadas. Según la

mentalidad del tiempo, entre el santo y el pecador, entre lo puro y lo impuro, la separación debía ser neta.

Pero la actitud de Jesús es diversa. Desde los inicios de su ministerio de Galilea, Él se acerca a leprosos, a endemoniados, a todos los enfermos y a los marginados. Un comportamiento tal no era para nada habitual, tanto es así que esta simpatía de Jesús por los excluidos, los «intocables», será una de las cosas que más desconcertarán a sus contemporáneos. Allí donde

hay una persona que sufre, Jesús se hace cargo, y ese sufrimiento se hace suyo. Jesús no predica que la condición de pena debe ser soportada con heroísmo, según el estilo de los filósofos estoicos. Jesús comparte el dolor humano, y cuando se le cruza, desde lo más íntimo prorrumpe esa actitud que caracteriza al cristianismo: la misericordia. Jesús, ante el dolor humano siente misericordia; el corazón de Jesús es misericordioso. Jesús siente compasión. Literalmente: Jesús siente

temblar sus entrañas. Cuántas veces en los Evangelios encontramos reacciones parecidas. El corazón de Cristo encarna y revela el corazón de Dios, que allí donde hay un hombre o una mujer que sufre, quiere su sanación, su liberación, su vida plena. Es por ello que Jesús abre los brazos de par en par a los pecadores. Cuánta gente perdura también hoy en una vida equivocada porque no encuentra a nadie dispuesto a mirarlo o mirarla de manera diferente, con los ojos, mejor,

con el corazón de Dios, es decir mirarlos con esperanza. Jesús en cambio ve una posibilidad de resurrección incluso en quien ha acumulado muchas elecciones equivocadas. Jesús siempre está allí, con el corazón abierto; abre de par en par esa misericordia que tiene en el corazón; perdona, abraza, entiende, se acerca: ¡así es Jesús!

A veces olvidamos que para Jesús no se ha tratado de un amor fácil, a bajo precio. Los Evangelios conservan las primeras reacciones negativas



hacia Jesús precisamente cuando Él perdonó los pecados de un hombre (cf. *Mc 2, 1-12*). Era un hombre que sufría doblemente: porque no podía caminar y porque se sentía «equivocado». Y Jesús entiende que el segundo dolor es más grande que el primero, hasta tal punto que le acoge enseguida con un anuncio de liberación: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (*Mc 2, 5*). Libera esa sensación de opresión de sentirse equivocado. Es entonces cuando algunos escribas —los

que se creen perfectos: yo pienso en muchos católicos que se creen perfectos y desprecian a los demás... es triste, esto... — algunos escribas allí presentes se escandalizan por las palabras de Jesús, que suenan como una blasfemia, porque solo Dios puede perdonar los pecados. Nosotros que estamos acostumbrados a experimentar el perdón de los pecados, quizás demasiado «a buen precio», deberíamos recordar de vez en cuando cuánto hemos costado al amor de Dios.

Cada uno de nosotros ha costado bastante: la vida de Jesús! Él la habría dado incluso solo por uno de nosotros. Jesús no va a la cruz porque sana a los enfermos, sino porque predica la caridad, porque proclama las bienaventuranzas. El Hijo de Dios va a la cruz sobre todo porque perdona los pecados, porque quiere la liberación total, definitiva del corazón del hombre. Porque no acepta que el ser humano consume toda su existencia con este «tatuaje» imborrable, con el pensamiento de no poder ser

acogido por el corazón misericordioso de Dios. Y con estos sentimientos Jesús sale al encuentro de los pecadores, que somos todos. Así los pecadores son perdonados. No solo son tranquilizados a nivel psicológico, porque son liberados del sentimiento de culpa. Jesús hace mucho más: ofrece a las personas que se han equivocado la esperanza de una vida nueva. «Pero, Señor, yo soy un trapo» — «Mira adelante y te hago un corazón nuevo». Esta es la esperanza que nos da Jesús.

Una vida marcada por el amor. Mateo el publicano se convierte en apóstol de Cristo: Mateo, que es un traidor de la patria, un explotador de la gente. Zaqueo, rico corrupto —este seguramente tenía una licenciatura en sobornos— de Jericó, se convierte en un benefactor de los pobres. La mujer de Samaria, que ha tenido cinco maridos y ahora vive con otro, escucha cómo se le promete «un agua viva» que podrá manar para siempre dentro de ella (cf. *Juan 4, 14*). Así Jesús cambia el corazón;

hace así con todos nosotros. Nos hace bien pensar que Dios no ha elegido como primera masa para formar su Iglesia a las personas que no se equivocaban nunca. La Iglesia es un pueblo de pecadores que experimentan la misericordia y el perdón de Dios. Pedro entendió más verdades de sí mismo cuando el gallo cantó, que de sus impulsos de generosidad, que le hinchaban el pecho, haciéndole sentir superior a los demás. Hermanos y hermanas, somos todos pobres pecadores,

necesitados de la misericordia de Dios que tiene la fuerza de transformarnos y devolvernos esperanza, y esto cada día. ¡Y lo hace! Y a la gente que ha entendido esta verdad básica, Dios regala la misión más bonita del mundo, es decir el amor por los hermanos y hermanas, y el anuncio de una misericordia que Él no niega a nadie. Y esta es nuestra esperanza. Vayamos adelante con esta confianza en el perdón, en el amor misericordioso de Jesús.

**Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Veo que hay españoles, que hay panameños, mexicanos, chilenos, colombianos. ¡Cuántos latinoamericanos hay hoy! Los exhorto a ser testigos de ese amor en medio de los hermanos y anunciadores de la misericordia que el Señor no niega a nadie. Que Dios los bendiga y bendiga a sus naciones.

**LLAMAMIENTO**



Me he quedado profundamente dolido por la masacre sucedida el domingo pasado en Nigeria, dentro de una iglesia, donde fueron asesinadas personas inocentes. Y lamentablemente esta mañana ha llegado la noticia de violencias homicidas en la República Centroafricana, contra las comunidades cristianas. Deseo que cese cualquier forma de odio y de violencia y no se repitan más crímenes tan vergonzosos, perpetrados en lugares de culto, donde los fieles se reúnen para rezar. Pensemos

en nuestros hermanos y  
hermanas de Nigeria y de la  
República Centroafricana.  
Rezamos por ellos, todos  
juntos: Dios te salve María...

15 de agosto de 2017. Mensaje para la jornada mundial del migrante y del refugiado 2018.

[14 de enero de 2018]

*"Acoger, proteger, promover e integrar a los emigrantes y refugiados"*

*Queridos hermanos y hermanas:*

«El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto.

Yo soy el Señor vuestro Dios»  
(Lv 19,34).

Durante mis primeros años de pontificado he manifestado en repetidas ocasiones cuánto me preocupa la triste situación de tantos emigrantes y refugiados que huyen de las guerras, de las persecuciones, de los desastres naturales y de la pobreza. Se trata indudablemente de un «signo de los tiempos» que, desde mi visita a Lampedusa el 8 de julio de 2013, he intentado leer invocando la luz del Espíritu Santo. Cuando instituí el

nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, quise que una sección especial —dirigida temporalmente por mí— fuera como una expresión de la solicitud de la Iglesia hacia los emigrantes, los desplazados, los refugiados y las víctimas de la trata.

Cada forastero que llama a nuestra puerta es una ocasión de encuentro con Jesucristo, que se identifica con el extranjero acogido o rechazado en cualquier época de la historia (cf. *Mt* 25,35.43). A

cada ser humano que se ve obligado a dejar su patria en busca de un futuro mejor, el Señor lo confía al amor maternal de la Iglesia.[\[1\]](#) Esta solicitud ha de concretarse en cada etapa de la experiencia migratoria: desde la salida y a lo largo del viaje, desde la llegada hasta el regreso. Es una gran responsabilidad que la Iglesia quiere compartir con todos los creyentes y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, que están llamados a responder con generosidad, diligencia,

sabiduría y amplitud de miras —cada uno según sus posibilidades— a los numerosos desafíos planteados por las migraciones contemporáneas. A este respecto, deseo reafirmar que «nuestra respuesta común se podría articular entorno a cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar».[\[2\]](#) Considerando el escenario actual, *acoger* significa, ante todo, ampliar las posibilidades para que los emigrantes y refugiados puedan entrar de modo seguro y legal en los

países de destino. En ese sentido, sería deseable un compromiso concreto para incrementar y simplificar la concesión de visados por motivos humanitarios y por reunificación familiar. Al mismo tiempo, espero que un mayor número de países adopten programas de patrocinio privado y comunitario, y abran corredores humanitarios para los refugiados más vulnerables. Sería conveniente, además, prever visados temporales especiales para las personas que huyen de los conflictos



hacia los países vecinos. Las expulsiones colectivas y arbitrarias de emigrantes y refugiados no son una solución idónea, sobre todo cuando se realizan hacia países que no pueden garantizar el respeto a la dignidad ni a los derechos fundamentales. [\[3\]](#) Vuelvo a subrayar la importancia de ofrecer a los emigrantes y refugiados un alojamiento adecuado y decoroso. «Los programas de acogida extendida, ya iniciados en diferentes lugares, parecen sin embargo facilitar el encuentro

personal, permitir una mejor calidad de los servicios y ofrecer mayores garantías de éxito». [4] El principio de la centralidad de la persona humana, expresado con firmeza por mi amado predecesor Benedicto XVI, [5] nos obliga a anteponer siempre la seguridad personal a la nacional. Por tanto, es necesario formar adecuadamente al personal encargado de los controles de las fronteras. Las condiciones de los emigrantes, los solicitantes de asilo y los

refugiados, requieren que se les garantice la seguridad personal y el acceso a los servicios básicos. En nombre de la dignidad fundamental de cada persona, es necesario esforzarse para preferir soluciones que sean alternativas a la detención de los que entran en el territorio nacional sin estar autorizados.

[\[6\]](#)

El segundo verbo, *proteger*, se conjuga en toda una serie de acciones en defensa de los derechos y de la dignidad de los emigrantes y refugiados,

independientemente de su estatus migratorio.[\[7\]](#) Esta protección comienza en su patria y consiste en dar informaciones veraces y ciertas antes de dejar el país, así como en la defensa ante las prácticas de reclutamiento ilegal.[\[8\]](#) En la medida de lo posible, debería continuar en el país de inmigración, asegurando a los emigrantes una adecuada asistencia consular, el derecho a tener siempre consigo los documentos personales de identidad, un acceso equitativo a la justicia, la posibilidad de

abrir cuentas bancarias y la garantía de lo básico para la subsistencia vital. Si las capacidades y competencias de los emigrantes, los solicitantes de asilo y los refugiados son reconocidas y valoradas oportunamente, constituirán un verdadero recurso para las comunidades que los acogen.

[9] Por tanto, espero que, en el respeto a su dignidad, les sea concedida la libertad de movimiento en los países de acogida, la posibilidad de trabajar y el acceso a los medios de telecomunicación.

Para quienes deciden regresar a su patria, subrayo la conveniencia de desarrollar programas de reinserción laboral y social. La Convención internacional sobre los derechos del niño ofrece una base jurídica universal para la protección de los emigrantes menores de edad. Es preciso evitarles cualquier forma de detención en razón de su estatus migratorio y asegurarles el acceso regular a la educación primaria y secundaria. Igualmente es necesario garantizarles la

permanencia regular al cumplir la mayoría de edad y la posibilidad de continuar sus estudios. En el caso de los menores no acompañados o separados de su familia es importante prever programas de custodia temporal o de acogida. [\[10\]](#) De acuerdo con el derecho universal a una nacionalidad, todos los niños y niñas la han de tener reconocida y certificada adecuadamente desde el momento del nacimiento. La apatridia en la que se encuentran a veces los

emigrantes y refugiados puede evitarse fácilmente por medio de «leyes relativas a la nacionalidad conformes con los principios fundamentales del derecho internacional».[\[11\]](#) El estatus migratorio no debería limitar el acceso a la asistencia sanitaria nacional ni a los sistemas de pensiones, como tampoco a la transferencia de sus contribuciones en el caso de repatriación.

*Promover* quiere decir esencialmente trabajar con el fin de que a todos los emigrantes y refugiados, así



como a las comunidades que los acogen, se les dé la posibilidad de realizarse como personas en todas las dimensiones que componen la humanidad querida por el Creador.[\[12\]](#) Entre estas, la dimensión religiosa ha de ser reconocida en su justo valor, garantizando a todos los extranjeros presentes en el territorio la libertad de profesar y practicar la propia fe. Muchos emigrantes y refugiados tienen cualificaciones que hay que certificar y valorar convenientemente. Así como

«el trabajo humano está destinado por su naturaleza a unir a los pueblos»,[\[13\]](#) animo a esforzarse en la promoción de la inserción socio-laboral de los emigrantes y refugiados, garantizando a todos — incluidos los que solicitan asilo — la posibilidad de trabajar, cursos formativos lingüísticos y de ciudadanía activa, como también una información adecuada en sus propias lenguas. En el caso de los emigrantes menores de edad, su participación en actividades laborales ha de ser regulada de

manera que se prevengan abusos y riesgos para su crecimiento normal. En el año 2006, Benedicto XVI subrayaba cómo la familia es, en el contexto migratorio, «lugar y recurso de la cultura de la vida y principio de integración de valores».[\[14\]](#) Hay que promover siempre su integridad, favoreciendo la reagrupación familiar — incluyendo los abuelos, hermanos y nietos—, sin someterla jamás a requisitos económicos. Respecto a emigrantes, solicitantes de

asilo y refugiados con discapacidad hay que asegurarles mayores atenciones y ayudas. Considero digno de elogio los esfuerzos desplegados hasta ahora por muchos países en términos de cooperación internacional y de asistencia humanitaria. Con todo, espero que en la distribución de esas ayudas se tengan en cuenta las necesidades —por ejemplo: asistencia médica y social, como también educación— de los países en vías de desarrollo, que reciben importantes flujos

de refugiados y emigrantes, y se incluyan de igual modo entre los beneficiarios de las mismas comunidades locales que sufren carestía material y vulnerabilidad.[\[15\]](#)

El último verbo, *integrar*, se pone en el plano de las oportunidades de enriquecimiento intercultural generadas por la presencia de los emigrantes y refugiados. La integración no es «una asimilación, que induce a suprimir o a olvidar la propia identidad cultural. El contacto con el otro lleva, más bien, a

descubrir su "secreto", a abrirse a él para aceptar sus aspectos válidos y contribuir así a un conocimiento mayor de cada uno. Es un proceso largo, encaminado a formar sociedades y culturas, haciendo que sean cada vez más reflejo de los multiformes dones de Dios a los hombres». [\[16\]](#) Este proceso puede acelerarse mediante el ofrecimiento de la ciudadanía, desligada de los requisitos económicos y lingüísticos, y de vías de regularización extraordinaria, a los emigrantes que puedan

demostrar una larga permanencia en el país. Insisto una vez más en la necesidad de favorecer, en cualquier caso, la cultura del encuentro, multiplicando las oportunidades de intercambio cultural, demostrando y difundiendo las «buenas prácticas» de integración, y desarrollando programas que preparen a las comunidades locales para los procesos integrativos. Debo destacar el caso especial de los extranjeros obligados a abandonar el país de inmigración a causa de crisis

humanitarias. Estas personas necesitan que se les garantice una asistencia adecuada para la repatriación y programas de reinserción laboral en su patria. De acuerdo con su tradición pastoral, la Iglesia está dispuesta a comprometerse en primera persona para que se lleven a cabo todas las iniciativas que se han propuesto más arriba. Sin embargo, para obtener los resultados esperados es imprescindible la contribución de la comunidad política y de la sociedad civil —cada una según



sus propias responsabilidades  
—.

Durante la Cumbre de las Naciones Unidas, celebrada en Nueva York el 19 de septiembre de 2016, los líderes mundiales han expresado claramente su voluntad de trabajar a favor de los emigrantes y refugiados para salvar sus vidas y proteger sus derechos, compartiendo esta responsabilidad a nivel global. A tal fin, los Estados se comprometieron a elaborar y aprobar antes de finales de 2018 dos pactos globales

(*Global Compacts*), uno dedicado a los refugiados y otro a los emigrantes.

Queridos hermanos y hermanas, a la luz de estos procesos iniciados, los próximos meses representan una oportunidad privilegiada para presentar y apoyar las acciones específicas, que he querido concretar en estos cuatro verbos. Los invito, pues, a aprovechar cualquier oportunidad para compartir este mensaje con todos los agentes políticos y sociales que están implicados —o

interesados en participar— en el proceso que conducirá a la aprobación de los dos pactos globales.

Hoy, 15 de agosto, celebramos la solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María al Cielo. La Madre de Dios experimentó en sí la dureza del exilio (cf. *Mt 2,13-15*), acompañó amorosamente al Hijo en su camino hasta el Calvario y ahora comparte eternamente su gloria. A su materna intercesión confiamos las esperanzas de todos los emigrantes y refugiados del

mundo y los anhelos de las comunidades que los acogen, para que, de acuerdo con el supremo mandamiento divino, aprendamos todos a amar al otro, al extranjero, como a nosotros mismos.

*Vaticano, 15 de agosto de 2017.*

Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

**Francisco**

---

[1] Cf. Pío XII, Const. ap. [Exsul Familia](#), Titulus Primus, I.

[2] Discurso a los participantes

en el Foro Internacional «Migraciones y paz» (21 febrero 2017).

[3] Cf. Intervención del Observador Permanente de la Santa Sede en la 103 Sesión del Consejo de la Organización Internacional para las Migraciones (26 noviembre 2013).

[4] Discurso a los participantes en el Foro Internacional «Migraciones y paz» (21 febrero 2017).

[5] Cf. Benedicto XVI, Carta

enc. Caritas in veritate, 47.

[6] Cf. Intervención del Observador Permanente de la Santa Sede en la 20 Sesión del Consejo de Derechos Humanos (22 junio 2012).

[7] Cf. Benedicto XVI, Carta enc. Caritas in veritate, 62.

[8] Cf. Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, Instr. Erga migrantes caritas Christi, 6.

[9] Cf. Benedicto XVI, Discurso a los participantes en el Congreso Mundial sobre la

Pastoral de los Emigrantes y los Refugiados(9 noviembre 2009).

[10] Cf. Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2010; Intervención del Observador Permanente de la Santa Sede en la 26 Sesión Ordinaria del Consejo de los Derechos Humanos. Los derechos humanos de los emigrantes (13 junio 2014).

[11] Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes y Pontificio Consejo Cor Unum, Acoger a

Cristo en los refugiados y en los desplazados forzosos (2013), 70.

[12] Cf. Pablo VI, Carta enc. Populorum progressio, 14.

[13] Juan Pablo II, Carta enc. Centesimus annus, 27.

[14] Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2007.

[15] Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes y Pontificio



Consejo Cor Unum, Acoger a Cristo en los refugiados y en los desplazados forzosos (2013), 30-31.

[16] Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado 2005.

-

20 de agosto de 2017.

ÁNGELUS.

-  
Domingo.

-  
*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy (Mt 15, 21-  
28) nos presenta un singular  
ejemplo de fe en el encuentro  
de Jesús con una mujer  
cananea, una extranjera  
respecto a los judíos. La escena  
se desarrolla mientras Él está  
en camino hacia la ciudad de  
Tiro y Sidón, en el noroeste de  
Galilea: es aquí donde la mujer

implora a Jesús que cure a su hija la cual —dice el Evangelio — «está malamente endemoniada» (Mt 15, 22).

El Señor, en un primer momento, parece no escuchar este grito de dolor, hasta el punto de suscitar la intervención de los discípulos que interceden por ella. El aparente distanciamiento de Jesús no desanima a esta madre, que insiste en su invocación. La fuerza interior de esta mujer, que permite superar todo obstáculo, hay que buscarla en su amor

materno y en la confianza de  
que Jesús puede satisfacer su  
petición. Y esto me hace pensar  
en la fuerza de las mujeres.  
Con su fortaleza son capaces de  
obtener cosas grandes. ¡Hemos  
conocido muchas! Podemos  
decir que es el amor lo que  
mueve la fe y la fe, por su  
parte, se convierte en el  
premio del amor. El amor  
conmover por la propia hija  
la induce «a gritar: “¡Ten  
piedad de mí, Señor, hijo de  
David!”» (Mt 15, 22). Y la fe  
perseverante en Jesús le  
consiente no desanimarse ni

siquiera ante su inicial rechazo; así la mujer «vino a postrarse ante Él y le dijo: “¡Señor, socórreme!”» (Mt 15, 25).

Al final, ante tanta perseverancia, Jesús permanece admirado, casi estupefacto, por la fe de una mujer pagana. Por tanto, accede diciendo: «“Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”. Y desde aquel momento quedó curada su hija» (Mt 15, 28). Esta humilde mujer es indicada por Jesús como ejemplo de fe inquebrantable. Su insistencia

en invocar la intervención de  
Cristo es para nosotros  
estímulo para no  
desanimarnos, para no  
desesperar cuando estamos  
oprimidos por las duras pruebas  
de la vida. El Señor no se da la  
vuelta ante nuestras  
necesidades y, si a veces  
parece insensible a peticiones  
de ayuda, es para poner a  
prueba y robustecer nuestra fe.  
Nosotros debemos continuar  
gritando como esta mujer:  
«¡Señor, ayúdame! ¡Señor  
ayúdame!». Así, con  
perseverancia y valor. Y esto es

el valor que se necesita en la oración.

Este episodio evangélico nos ayuda a entender que todos tenemos necesidad de crecer en la fe y fortalecer nuestra confianza en Jesús. Él puede ayudarnos a encontrar la vía cuando hemos perdido la brújula de nuestro camino; cuando el camino no parece ya plano sino áspero y arduo; cuando es fatigoso ser fieles con nuestros compromisos. Es importante alimentar cada día nuestra fe, con la escucha atenta de la Palabra de Dios,

con la celebración de los Sacramentos, con la oración personal como «grito» hacia Él —«Señor, ayúdame»—, y con actitudes concretas de caridad hacia el prójimo.

Encomendémonos al Espíritu Santo para que Él nos ayude a perseverar en la fe. El Espíritu infunde audacia en el corazón de los creyentes; da a nuestra vida y a nuestro testimonio cristiano la fuerza del convencimiento y de la persuasión; nos anima a vencer la incredulidad hacia Dios y la indiferencia hacia los



hermanos. La Virgen María nos haga cada vez más conscientes de nuestra necesidad del Señor y de su Espíritu; nos obtenga una fe fuerte, plena de amor, y un amor que sabe hacerse súplica, súplica valiente a Dios.

### **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

En nuestros corazones llevamos el dolor por los actos terroristas que, en estos últimos días, han causado numerosas víctimas, en Burkina Faso, en España y en Finlandia. Recemos por todos

los difuntos, por los heridos y por sus familiares, y supliquemos al Señor, Dios de misericordia y de paz, que libere al mundo de esta inhumana violencia. Recemos juntos en silencio y, luego, a la Virgen.

[Dios te salve María...]

Dirijo un cordial saludo a vosotros, queridos peregrinos italianos y de diversos países. En particular, saludo a los miembros de la asociación francesa «Roulons pour l'Espoir», llegados en bicicleta desde Besançon; a los nuevos

seminaristas con sus superiores del North American College de Roma; a los monaguillos de Rivoltella (Brescia), y a los chicos y chicas de Zevio (Verona).

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

—

20 de agosto de 2017. Mensaje  
del Santo Padre  
Francisco, firmado por el  
cardenal secretario de estado  
Pietro Parolin, con ocasión del  
XXXVIII meeting para la  
amistad entre los pueblos.

-  
[Rimini, 20-26 de agosto de  
2017]

-  
A Su Excelencia Reverendísima  
Mons. Francesco Lambiasi  
Obispo de Rimini

-  
*Excelencia reverendísima:*  
En nombre del Santo Padre y el

mío, le dirijo un cordial saludo a usted, a los organizadores y a los participantes de la XXXVIII edición del Encuentro para la amistad entre los pueblos.

Los títulos del Encuentro invitan cada año a reflexionar sobre aspectos de la existencia que el ritmo precipitado de lo cotidiano a menudo hace poner entre paréntesis. Todo parece que nos da igual, preocupados como estamos por el ansia de pasar página rápidamente. La vida se fragmenta y corre el riesgo de secarse. Por esto es precioso de vez en cuando

pararse para considerar los grandes interrogantes que definen nuestro ser humanos y que es imposible ignorar del todo.

En este sentido podemos leer también el tema del Encuentro 2017: «Lo que has heredado de tus padres, adquiérelolo para poseerlo» (Goethe, *Faust*). Es una invitación a apropiarse de nuevo de nuestros orígenes desde dentro de una historia personal. Durante demasiado tiempo se ha pensado que la herencia de nuestros padres se quedaría con nosotros como un

tesoro que era suficiente con  
custodiar para mantener  
encendida la llama. No ha sido  
así: ese fuego que ardía en el  
pecho de aquellos que nos han  
precedido se ha desvanecido  
poco a poco.

Uno de los límites de las  
sociedades actuales es tener  
poca memoria, liquidar como  
una carga inútil y pesada lo  
que nos ha precedido. Pero esto  
tiene consecuencias graves.

Pensemos en la educación:  
¿cómo podemos esperar que las  
nuevas generaciones crezcan  
sin memoria? ¿Y cómo pensar

edificar el futuro sin  
posicionarse respecto a la  
historia que ha generado  
nuestro presente? Como  
cristianos no cultivamos  
ninguna doblez nostálgica  
sobre un pasado que ya no  
está. Miramos más bien  
adelante con confianza. No  
tenemos espacios para  
defender porque el amor de  
Cristo no conoce fronteras  
intransitables. Vivimos en un  
tiempo favorable para una  
Iglesia en salida, pero una  
Iglesia rica de memoria, toda  
empujada por el viento del



Espíritu para ir al encuentro con el hombre que busca una razón para vivir. Son innumerables las huellas de la presencia de Dios a lo largo de la historia del mundo; todo de hecho, empezando por la creación, nos habla de Él. El Dios real y vivo ha querido compartir nuestra historia: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (*Juan 1, 14*). Dios no es un recuerdo, sino una presencia, para acoger siempre de nuevo, como el amado por la persona que ama.

Hay una enfermedad que puede golpear a los bautizados y que el Santo Padre llama «alzheimer espiritual»: consiste en el olvidar la historia de nuestra relación personal con Dios, ese primer Amor que nos ha conquistado hasta hacernos suyos. Si nos convertimos en «desmemoriados» de nuestro encuentro con el Señor, ya no estamos seguros de nada; entonces nos invade el miedo que bloquea cada movimiento nuestro. Si abandonamos el puerto seguro de nuestra unión

con el Padre, nos convertimos en presa de caprichos y de las apetencias del momento, esclavos de los «falsos infinitos», que prometen la luna, pero nos dejan decepcionados y tristes, a la búsqueda espasmódica de algo que llene el vacío del corazón. ¿Cómo evitar este «alzheimer espiritual»? Hay un solo camino: actualizar los inicios, el «primer Amor», que no es un discurso o un pensamiento abstracto, sino una Persona. La memoria grata de este inicio asegura el impulso necesario

para afrontar los desafíos  
siempre nuevos que exigen  
respuestas igualmente nuevas,  
permaneciendo siempre  
abiertos a las sorpresas del  
Espíritu que sopla donde  
quiere.

¿Cómo llega a nosotros la gran  
tradición de la fe? ¿Cómo el  
amor de Jesús nos alcanza  
hoy? A través de la vida de la  
Iglesia, a través de una  
multitud de testimonios que  
desde hace dos mil años  
renuevan el anuncio del  
acontecimiento Dios-con-  
nosotros y nos permiten revivir

la experiencia del inicio, como fue para los primeros que lo encontraron. También para nosotros «Galilea es el lugar de la primera llamada, donde todo empezó» y por eso es necesario «sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino [...], cuando Jesús pasó por mi camino, me miró con misericordia, me pidió seguirlo; [...] recuperar la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos» (Francisco, *Homilía en la Vigilia*

Pascual, 19 abril 2014).  
Esa mirada siempre nos  
precede, como nos recuerda  
san Agustín hablando de  
Zaqueo: «Él fue mirado, y  
entonces vio» (Discurso 174,  
4.4). No debemos olvidar nunca  
este inicio. Esto es lo que  
hemos heredado, el tesoro  
precioso que debemos  
redescubrir cada día, si  
queremos que sea nuestro. Don  
Giussani ha dejado una imagen  
eficaz de este compromiso que  
no podemos disertar: «Por  
naturaleza, quienes aman al  
niño meten en su mochila,

sobre sus hombros, todo lo  
bueno que ha vivido en la vida  
[...]. Pero, llegado cierto punto,  
la naturaleza da al niño, al que  
había sido niño, el instinto de  
tomar la mochila y ponérsela  
delante de los ojos [...] ¡Tiene  
pues que convertirse en  
problema lo que nos han dicho!  
Si no se convierte en problema,  
no madurará nunca [...]. Una  
vez puesta delante de los ojos  
la mochila, [...] compara lo que  
ve dentro, es decir, lo que le ha  
puesto sobre los hombros la  
tradición, con los deseos de su  
corazón: [...] es exigencia de

verdad, de belleza, de bondad. [...] Haciendo esto, toma su fisionomía de hombre» (*Educación es un riesgo*, Milán 2005, 17-19).

«Ganar de nuevo la propia herencia» es un compromiso al cual la Madre Iglesia llama a cada generación; y el Santo Padre invita a no dejarse asustar por cansancios y sufrimientos, que forman parte del camino. No se nos ha concedido mirar la realidad desde el balcón, ni podemos permanecer cómodamente sentados en el sofá viendo el



mundo que pasa delante de nosotros en la televisión. Solo ganándose de nuevo la verdad, la belleza y la bondad que nuestros padres nos han entregado, podremos vivir como una oportunidad el cambio de época en el que estamos inmersos, como ocasión para comunicar de forma convincente a los hombres la alegría del Evangelio.

Por esto el Papa Francisco invita a los organizadores y los voluntarios del Encuentro a agudizar la vista para ver los

muchos signos —más o menos explícitos— de la necesidad de Dios como sentido último de la existencia, para poder ofrecer a las personas una respuesta viva a las grandes preguntas del corazón humano. Que también este año, los visitantes puedan ver en vosotros testigos fiables de la esperanza que no decepciona. Habladles con los encuentros, las exposiciones, los espectáculos, y sobre todo con vuestra propia vida. Mientras pide rezar por su ministerio, su santidad envía de corazón a usted, excelencia, y

a todos los participantes del Encuentro la deseada Bendición Apostólica.

Uno mi deseo personal y, en la espera de participar durante la jornada de conclusión del Encuentro, confirmo con sentimiento de distinguido respeto.

-

-

23 de agosto de 2017.

Audiencia general. Sí, nuestro Padre es el Dios de las novedades y de las sorpresas.

-  
Miércoles.

-  
*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hemos escuchado la Palabra de Dios en el libro del Apocalipsis, y dice así: «Mira que hago un mundo nuevo» (Ap 21, 5). La esperanza cristiana se basa en la fe en Dios que siempre crea novedad en la vida del hombre, crea novedad en el cosmos.

Nuestro Dios es el Dios que crea novedad, porque es el Dios de las sorpresas.

No es cristiano caminar con la mirada dirigida hacia abajo — como hacen los cerdos: siembre van así— sin levantar los ojos hacia el horizonte. Como si todo nuestro camino se apagase aquí en el palmo de pocos metros de viaje; como si en nuestra vida no hubiese ninguna meta y ningún desembarque, y nosotros estuviésemos obligados a un eterno vagar, sin alguna razón para nuestras muchas fatigas.

Esto no es cristiano.

Las páginas finales de la Biblia nos muestran el horizonte último del camino del creyente: la Jerusalén del Cielo, la Jerusalén celestial. Es imaginada ante todo como una inmensa tienda, donde Dios acoge a todos los hombres para habitar definitivamente con ellos (Ap 21, 3). Y esta es nuestra esperanza. Y ¿qué hará Dios, cuando finalmente estemos con Él? Usará una ternura infinita con nosotros, como un padre que acoge a sus hijos que durante mucho

tiempo han fatigado y sufrido.  
Juan, en el Apocalipsis,  
profetiza: «Esta es la morada  
de Dios con los hombres [... ÉL]  
enjugará toda lágrima de sus  
ojos, y no habrá ya muerte ni  
habrá llanto, ni gritos ni  
fatigas, porque el mundo viejo  
ha pasado [...] ¡mira que hago  
un mundo nuevo!» (Ap 21, 3-  
5). ¡El Dios de la novedad!  
Intentad meditar sobre este  
pasaje de la Sagrada Escritura  
no de manera abstracta, sino  
después de haber leído una  
noticia de nuestros días,  
después de haber visto el

telediario o la portada de los periódicos, donde hay muchas tragedias, donde se encuentran noticias tristes ante las cuales todos corremos el riesgo de acostumbrarnos. Y he saludado algunos de Barcelona: ¡cuántas noticias tristes de allí! ¡Y cuántas otras! He saludado algunos del Congo, y ¡cuántas noticias tristes de allí! ¡Y cuántas otras! Por nombrar solo dos países vuestros de los que estáis aquí... Intentad pensar en los rostros de los niños aterrorizados por la guerra, en el llanto de las madres, en los



sueños infringidos de muchos jóvenes, en los refugiados que afrontan viajes terribles, y son explotados tantas veces... La vida desgraciadamente también es esto. Algunas veces diríamos que es sobre todo esto.

Puede ser. Pero hay un Padre que llora con nosotros; hay un Padre que llora lágrimas de infinita piedad por sus hijos. Nosotros tenemos un Padre que sabe llorar, que llora con nosotros. Un Padre que nos espera para consolarnos, porque conoce nuestros sufrimientos y ha preparado

para nosotros un futuro  
diverso. Esta es la gran visión  
de la esperanza cristiana, que  
se dilata todos los días de  
nuestra existencia, y nos  
quiere levantar. Dios no ha  
querido nuestras vidas por  
equivocación, obligándose a sí  
mismo y a nosotros a duras  
noches de angustia. Nos ha  
creado, en cambio, porque nos  
quiere felices. Es nuestro  
Padre, y si nosotros aquí,  
ahora, experimentamos una  
vida que no es la que Él ha  
querido para nosotros, Jesús  
nos garantiza que Dios mismo

está obrando su rescate. Él  
trabaja para rescatarnos.  
Nosotros creemos y sabemos  
que la muerte y el odio no son  
las últimas palabras  
pronunciadas sobre la parábola  
de la existencia humana. Ser  
cristianos implica una nueva  
perspectiva: una mirada llena  
de esperanza. Algunos creen  
que la vida retenga todas sus  
felicidades en la juventud y en  
el pasado, y que el vivir sea un  
lento decaimiento. Otros aún  
retienen que nuestras alegrías  
sean solo episódicas y  
pasajeras, y en la vida de los

hombres esté inscrito el  
sinsentido. Los que ante tantas  
calamidades dicen: «Pero, la  
vida no tiene sentido. Nuestro  
camino es el sinsentido». Pero  
nosotros cristianos no creemos  
esto. Creemos en cambio que  
en el horizonte del hombre hay  
un sol que ilumina para  
siempre. Creemos que nuestros  
días más bonitos deben llegar  
todavía. Somos gente más de  
primavera que de otoño. A mí  
me gustaría preguntar, ahora —  
cada uno responda en su  
corazón, en silencio, pero  
responda—: « ¿Yo soy un

hombre, una mujer, un chico,  
una chica de primavera o de  
otoño? ¿Mi alma está en  
primavera o está en otoño?».  
Que cada uno responda.  
¿Observamos los brotes de un  
nuevo mundo antes en vez de  
las hojas amarillentas de las  
ramas? Nos acunamos en  
nostalgias, arrepentimientos y  
lamentos: sabemos que Dios  
nos quiere herederos de una  
promesa e incansables  
cultivadores de sueños. No os  
olvidéis de esa pregunta:  
«¿Soy una persona de  
primavera o de otoño?». De

primavera, que espera la flor,  
que espera el fruto, que espera  
el sol que es Jesús, o de otoño,  
que está siempre con la cara  
mirando hacia abajo, amargado  
y, como a veces he dicho, con  
la cara de pimientos en  
vinagre.

El cristiano sabe que el Reino  
de Dios, su Señoría de amor  
está creciendo como un gran  
campo de grano, aunque en  
medio está la cizaña. Siempre  
hay problemas, están los  
chismorreos, están las guerras,  
están las enfermedades... están  
los problemas. Pero el grano

crece, y al final el mal será  
eliminado. El futuro no nos  
pertenece, pero sabemos que  
Jesucristo es la gracia más  
grande de la vida: es el abrazo  
de Dios que nos espera al final,  
pero que ya desde ahora nos  
acompaña y nos consuela en el  
camino. Él nos conduce a la  
gran «tienda» de Dios con los  
hombres (cf. Ap 21, 3), con  
muchos otros hermanos y  
hermanas, y llevaremos a Dios  
el recuerdo de los días vividos  
aquí abajo. Y será bonito  
descubrir en ese instante que  
nada se ha perdido, ninguna

sonrisa y ninguna lágrima. Por mucho que nuestra vida haya sido larga, nos parecerá haber vivido en un suspiro. Y que la creación no se ha detenido en el sexto día del Génesis, sino que ha proseguido infatigable, porque Dios siempre se ha preocupado por nosotros. Hasta el día en el que todo se cumplirá, en la mañana en la que se extinguirán las lágrimas, en el mismo instante en el que Dios pronunciará su última palabra de bendición: «¡Mira que hago un mundo nuevo!» (Ap 21, 5). Sí, nuestro



Padre es el Dios de las novedades y de las sorpresas. Y aquel día nosotros seremos verdaderamente felices, y lloraremos. Sí: pero lloraremos de alegría.

### **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Por intercesión de santa Rosa de Lima, cuya fiesta celebramos hoy, pidamos a la Virgen María que aun en medio de las dificultades y oscuridades de la vida

mantengamos encendida la luz  
de la esperanza, la certeza de  
que Dios es nuestro Padre y  
nunca nos abandona. Que el  
Señor los bendiga. Muchas  
gracias.

(canto)

**Santo Padre:**

Pensaba que en la universidad  
de Salamanca enseñasen a  
estudiar solo con los libros;  
pero veo que cantan bien:  
¡felicidades!

—

24 de agosto de 2017.

Videomensaje del Santo Padre Francisco al centro de estudiantes universitarios del complejo penitenciario federal de Ezeiza (Argentina)

-  
Mis amigos que forman parte del Centro de estudiantes universitarios de Ezeiza, un cordial saludo, un saludo que evoque esas llamadas dominicales que hago al penal. Estoy al tanto de todas vuestras actividades y me da mucha alegría la existencia de este espacio, un espacio de

trabajo, de cultura, de  
progreso, es un signo de  
humanidad. Y no podría existir  
si entre ustedes no hubiera  
personas de tanta sensibilidad  
humana, entre los internos, los  
agentes del servicio  
penitenciario, directivos,  
jueces, miembros de la  
Universidad de Buenos Aires y  
los estudiantes. Gracias.  
Ahora un paso más. Impulsaron  
la apertura del Taller de  
música. Quiero agradecer a  
todos los que ayudaron en esta  
iniciativa: al señor jefe Claudio  
Segura, al director señor

Alejandro González, al apoyo y el aval de la Universidad de Buenos Aires y del Poder Judicial y, sobre todo, a los secretarios de Casación, Luis y Víctor y a los internos a cargo del Centro de estudiantes – Marcelino, Guille, Edo– que los conozco por teléfono. Gracias por todo lo que han hecho. Es un aliento de vida esto que está sucediendo en el penal entre ustedes. Y la vida – ustedes lo saben– es un regalo, pero un regalo que hay que conquistarlo cada día. Nos lo regalan pero tenemos que

conquistarlo cada día. Tenemos  
que conquistarlo en cada paso  
de la vida. Un regalo que no es  
fácil conservarlo. Ánimo cada  
día. Dificultades a montones,  
todos las tenemos, pero ese  
regalo lo cuidamos y lo  
hacemos progresar, lo cuidamos  
y lo hacemos florecer.

Los internos están pagando una  
pena, una pena por un error  
cometido. Pero no olvidemos  
que para que la pena sea  
fecunda debe tener un  
horizonte de esperanza, de lo  
contrario, queda encerrada en  
sí misma y es solamente un

instrumento de tortura, no es  
fecunda. Pena con esperanza,  
entonces es fecunda. Esperanza  
de reinserción social, y para  
eso, capacitación social,  
mirando al futuro, y esto es lo  
que están haciendo ustedes.  
Con este nuevo taller de  
música están mirando a la  
reinserción social, ya ahora se  
están reinsertando con los  
estudios, con la Universidad de  
Buenos Aires, están mirando a  
la reinserción social. Es una  
pena con esperanza, una pena  
con horizonte. Vuelvo a decir,  
problemas hay y los habrá,

pero el horizonte es más grande que los problemas, la esperanza supera todos los problemas.

Queridos amigos, rezo por ustedes, los tengo cerca al corazón, les pido que no se olviden de hacerlo por mí. Que Dios los bendiga y adelante, siempre con una sonrisa. Hasta el próximo llamado.

-



24 de agosto de 2017. Discurso  
a los participantes en la 68  
semana litúrgica nacional  
italiana.

-  
Jueves.

-  
*Queridos hermanos y  
hermanas, buenos días.*

Os doy la bienvenida a todos  
vosotros y doy las gracias al  
presidente, su excelencia  
monseñor Claudio Maniago, por  
las palabras con las que ha  
presentado esta Semana  
Litúrgica Nacional, tras 70 años  
del nacimiento del Centro de

Acción Litúrgica.

Este arco de tiempo es un periodo en el que, en la historia de la Iglesia y, en particular, en la historia de la liturgia, han sucedido eventos sustanciales y no superficiales. Como no se podrá olvidar el Concilio Vaticano II, así será recordada la reforma litúrgica que surgió de él.

Son dos eventos directamente unidos, el Concilio y la reforma, no surgidos improvisadamente sino preparados durante mucho tiempo. Lo testimonia el que fue llamado movimiento

litúrgico, y las respuestas dadas por los Sumos Pontífices a las dificultades percibidas en la oración eclesial; cuando se ve una necesidad, aunque si no es inmediata la solución, está la necesidad de empezar.

Pienso en san Pío X que dispuso una reordenación de la música sagrada[1] y la restauración de la celebración del domingo[2], e instituyó una comisión para la reforma general de la liturgia, consciente de lo que implicaría «un trabajo tan grande como diuturno; y por eso —como él mismo reconocía

— es necesario que pasen muchos años, antes que este, por así decir, edificio litúrgico [...] reaparezca de nuevo resplandeciente en su dignidad y armonía, una vez que haya sido limpiado de la desolación del envejecimiento»[3].

El proyecto reformador fue retomado por Pío XII con la encíclica *Mediator Dei* [4] y la institución de una comisión de estudio[5]; también él tomó decisiones concretas sobre la versión del Salterio[6], la atenuación del ayuno eucarístico, el uso de la lengua

viva en el Ritual, la reforma importante de la Vigilia Pascual y la Semana Santa[7]. De este impulso, con el ejemplo de otras naciones, surgió en Italia el Centro de Acción Litúrgica, guiado por obispos preocupados por el pueblo encomendado a ellos y animado por estudiosos que amaban la Iglesia además de la pastoral litúrgica.

El Concilio Vaticano II hizo madurar, como buen fruto del árbol de la Iglesia, la Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (SC), cuyas líneas de

reforma general respondían a  
necesidades reales y a la  
concreta esperanza de una  
renovación: se deseaba una  
liturgia viva para un Iglesia  
completamente vivificada por  
los misterios celebrados. Se  
trataba de expresar de forma  
renovada la perenne vitalidad  
de la Iglesia en oración,  
teniendo cuidado para que «los  
cristianos no asistan a este  
misterio de fe como extraños y  
mudos espectadores, sino que  
comprendiéndolo bien a través  
de los ritos y oraciones,  
participen conscientes, piadosa

y activamente» (SC, 48). Lo recordaba el beato Pablo VI al explicar los primeros pasos de la reforma anunciada: «Está bien que se vea cómo es precisamente la autoridad de la Iglesia que quiere promover, encender esta nueva forma de rezar, dando así mayor incremento a su misión espiritual [...]; y nosotros no debemos dudar en hacernos primero discípulos y después seguidores de la escuela de oración, que va a empezar» [8]. La dirección marcada por el Concilio encontró forma, según

el principio del respeto de la sana tradición y del legítimo progreso (cf SC, 23)[9], en los libros litúrgicos promulgados por el beato Pablo VI, bien acogidos por los mismos obispos que estuvieron presentes en el Concilio, y después de casi 50 años universalmente en uso en el Rito Romano. La aplicación práctica, guiada por las Conferencias Episcopales para los respectivos países, se está realizando todavía, ya que no basta reformar los libros litúrgicos para renovar la



mentalidad. Los libros reformados por norma de los decretos del Vaticano II han incluido un proceso que requiere tiempo, recepción fiel, obediencia práctica, sabia actuación celebrativa por parte, primero, de los ministros ordenados, pero también de los otros ministros, de los cantores y de todos aquellos que participan en la liturgia. Realmente, lo sabemos, la educación litúrgica de pastores y fieles es un desafío para afrontar siempre nuevo. El mismo Pablo VI, un año antes

de morir, decía a los cardenales  
reunidos en Consistorio: «Ha  
llegado el momento, ahora, de  
dejar caer definitivamente los  
fermentos que separan,  
igualmente perniciosos en un  
sentido y en otro, y aplicar  
integralmente en sus justos  
criterios inspiradores, la  
reforma aprobada por nosotros  
aplicando los votos del  
Concilio»[\[10\]](#).

Y hoy todavía hay que trabajar  
en esta dirección, en particular  
redescubriendo los motivos de  
las decisiones cumplidas con la  
reforma litúrgica, superando

lecturas infundadas y superficiales, recepciones parciales y praxis que la desfiguran. No se trata de repensar la reforma revisando las elecciones, sino de conocer mejor las razones subyacentes, también a través de la documentación histórica, como de interiorizar los principios inspiradores y de observar la disciplina que la regula. Después de este magisterio, después de este largo camino podemos afirmar con seguridad y con autoridad magisterial que la reforma litúrgica es

irreversible.

La tarea de promover y custodiar la liturgia está encomendada por el derecho a la Sede Apostólica y a los obispos diocesanos, con cuya responsabilidad y autoridad cuenta mucho en el momento presente; están implicados también los organismos nacionales y diocesanos de pastoral litúrgica, los Institutos de formación y los seminarios. En este ámbito formativo se ha distinguido, en Italia, el Centro de Acción Litúrgica con sus iniciativas, entre las cuales, la

anual Semana Litúrgica.

Después de haber recorrido con la memoria este camino, quisiera ahora tocar algunos aspectos a la luz del tema sobre el que habéis reflexionado en estos días, es decir: «Una Liturgia viva para una Iglesia viva».

La liturgia está «viva» por la presencia viva de Aquel que «muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró nuestra vida» (Prefacio pascual I). Sin la presencia real del misterio de Cristo, no hay ninguna vitalidad litúrgica.

Como sin latir del corazón no hay vida humana, así sin el corazón latente de Cristo no existe acción litúrgica. Lo que define la liturgia es, de hecho, la realización, en los santos signos, del sacerdocio de Jesucristo, o sea la ofrenda de su vida hasta extender los brazos en la cruz, sacerdocio hecho presente de forma constante a través de los ritos y las oraciones, sobre todo en su Cuerpo y Sangre, pero también en la persona del sacerdote, en la proclamación de la Palabra de Dios, en la

asamblea reunida en oración  
en su nombre (cf. SC, 7). Entre  
los signos visibles del invisible  
Misterio está el altar, signo de  
Cristo piedra viva, descartada  
por los hombres pero  
convertida en piedra angular  
del edificio espiritual en el que  
viene ofrecido al Dios viviente  
el culto en espíritu y verdad (cf.  
1 Ped 2, 4; Ef 2, 20). Por eso el  
altar, centro hacia el cual en  
nuestras iglesias converge la  
atención[11], es dedicado,  
ungido con el crisma,  
incensado, besado, venerado:  
hacia el altar se orienta la

mirada de los orantes,  
sacerdote y fiel, convocados por  
la santa asamblea entorno a  
él[12]; sobre el altar se pone la  
ofrenda de la Iglesia que el  
Espíritu consagra sacramento  
del sacrificio de Cristo; del altar  
salen el pan de la vida y el cáliz  
de la salvación «formemos en  
Cristo un sólo cuerpo y un sólo  
espíritu» (Oración eucarística  
III).

La liturgia es vida para todo el  
pueblo de la Iglesia[13]. Por su  
naturaleza la liturgia es de  
hecho «popular» y no clerical,  
siendo —como enseña la



etimología— una acción para el pueblo, pero también del pueblo. Como recuerdan muchas oraciones litúrgicas, es la acción que Dios mismo cumple a favor de su pueblo, pero también la acción del pueblo que escucha a Dios que habla y reacciona alabándolo, invocándolo, acogiendo la inagotable fuente de vida y de misericordia que fluye de los santos signos. La Iglesia en oración recoge a todos aquellos que tienen el corazón en escucha del Evangelio, sin descartar a nadie: son

convocados pequeños y grandes, ricos y pobres, niños y ancianos, sanos y enfermos, justos y pecadores. A imagen de la «inmensa multitud» que celebra la liturgia en el santuario del cielo (cf *Ap 7, 9*), la asamblea litúrgica supera, en Cristo, todo confín de edad, raza, lengua y nación. El ámbito «popular» de la liturgia nos recuerda que esta es inclusiva y no exclusiva, defensora de comunión con todos sin homologar, ya que llama a cada uno, con su vocación y originalidad, para

contribuir a edificar el cuerpo de Cristo: «La Eucaristía no es un sacramento “para mí”, es el sacramento de muchos que forman un solo cuerpo, el santo pueblo fiel de Dios»[14]. No debemos olvidar, por tanto, que es sobre todo la liturgia quien expresa la *pietas* de todo el pueblo de Dios, prolongada después por píos ejercicios y devociones que conocemos con el nombre de piedad popular, para valorar y animar en armonía con la liturgia[15]. La liturgia es vida y no una idea para entender. Lleva de

hecho a vivir una experiencia de iniciación, es decir, transformativa en la forma de pensar y de comportarse, y no para enriquecer el propio bagaje de ideas sobre Dios. El culto litúrgico «no es ante todo una doctrina que se debe comprender, o un rito que hay que cumplir; es naturalmente también esto pero de otra forma, es esencialmente distinto: es una fuente de vida y de luz para nuestro camino de fe»[16]. Las reflexiones espirituales son algo diferente de la liturgia, la cual «es

precisamente entrar en el misterio de Dios; dejarse llevar al misterio y ser en el misterio»[17]. Hay una bonita diferencia entre decir que existe Dios y sentir que Dios nos ama, así como somos, aquí y ahora. En la oración litúrgica experimentamos el significado de la comunión no por un pensamiento abstracto sino por una acción que tiene por agentes Dios y nosotros, Cristo y la Iglesia[18]. Los ritos y las oraciones (cf SC, 48), por lo que son y no por las explicaciones que damos, se

convierten en una escuela de vida cristiana, abierta a los que tienen oídos, ojos y corazón abiertos para aprender la vocación y la misión de los discípulos de Jesús. Esto está en línea con la catequesis mistagógica practicada por los Padres, retomada también por el *Catecismo de la Iglesia Católica* que trata de la liturgia, de la Eucaristía y de los otros Sacramentos a la luz de los textos y de los ritos de los actuales libros litúrgicos. La Iglesia está realmente viva si, formando un solo ser

viviente con Cristo, es  
portadora de vida, es materna,  
es misionera, sale al encuentro  
con el prójimo, dispuesta a  
servir sin perseguir poderes  
mundanos que la hacen estéril.  
Por eso, celebrando los santos  
misterios recuerda a María, la  
Virgen del *Magnificat*,  
contemplando en Ella «como  
una purísima imagen de lo que  
ella misma, toda entera, ansía  
y espera ser» (SC, 103).  
Finalmente, no podemos  
olvidar que la riqueza de la  
Iglesia en oración en cuanto  
«católica» va más allá del Rito

Romano, que, aun siendo el más extendido, no es el único. La armonía de las tradiciones rituales, de Oriente y de Occidente, por el soplo del mismo Espíritu da voz a la única Iglesia orante por Cristo, con Cristo y en Cristo, para la gloria del Padre y por la salvación del mundo.

Queridos hermanos y hermanas, os doy las gracias por vuestra visita y animo a los responsables del Centro de Acción Litúrgica a proseguir teniendo fe en la inspiración original, la de servir la oración



del pueblo santo de Dios. De hecho, el Centro de Acción Litúrgica se ha distinguido siempre por el cuidado prestado a la pastoral litúrgica, siendo fiel a las indicaciones de la Sede Apostólica y de los obispos y gozando de su apoyo. La amplia experiencia de las Semanas Litúrgicas, celebradas en numerosas diócesis de Italia, junto a la revista «Liturgia», ha ayudado a calar la renovación litúrgica en la vida de las parroquias, de los seminarios y de las comunidades religiosas. El

cansancio no ha faltado, ini  
tampoco la alegría! Y aún este  
compromiso que os pido hoy:  
ayudar a los ministros  
ordenados, como los otros  
ministros, los cantores, los  
artistas, los músicos, a  
cooperar para que la liturgia  
sea «fuente y culmen de la  
vitalidad de la Iglesia» (cf SC,  
10). Os pido por favor que  
recéis por mí y os imparto de  
corazón la Bendición  
Apostólica.

---

[1] Cf Motu proprio *Tra le sollecitudini*, 22 de noviembre 1903: ASS 36 (1904), 329-339.

[2] Cf Cost. ap. *Divino afflatu*, 1 de noviembre 1911: AAS 3 (1911), 633-638.

[3] Motu proprio *Abhinc duos annos*, 23 de octubre 1913: AAS 5 (1913) 449-450.

[4] 20 de noviembre 1947: AAS 39 (1947) 521-600.

[5] Cf *Sacrae Congr. Rituum, Sectio historica*, 71, "Memoria sobre la reforma litúrgica"

(1946).

[6] Cf Pío XII, Motu proprio *In cotidianis precibus*, 24 de marzo 1945: AAS 37 (1945) 65-67.

[7] Cf *Sacrae Congr. Rituum, Decretum Dominicae Resurrectionis*, 9 febrero 1951: AAS 43 (1951) 128-129; Id., *Decretum Maxima Redemptionis*, 16 de noviembre 1955: AAS 47 (1955) 838-841.

[8] Audiencia general del 13 de enero 1965.

[9] «La reforma de los ritos y de los libros litúrgicos fue

emprendida casi inmediatamente después de la promulgación de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* y fue llevada a cabo en pocos años merced al trabajo intenso y desinteresado de un gran número de expertos y de pastores de todo el mundo (cf *Sacrosanctum Concilium*, 25). Este trabajo fue realizado obedeciendo al principio conciliar: fidelidad a la tradición y apertura al progreso legítimo (cf *ibid.*, 23); por ello, se puede decir que la reforma litúrgica es rigurosamente

tradicional “ad normam  
Sanctorum Patrum” (cf ibid.,  
50; *Institutio generalis Missalis  
Romani, Proemium, 6)*» (Juan  
Pablo II, *Cart. ap. Vicesimus  
quintus annus, 4*).

[10] «Un punto particular de la  
vida de la Iglesia atrae de  
nuevo la atención del Papa: los  
frutos indiscutiblemente  
benéficos de la reforma  
litúrgica. Desde la  
promulgación de la  
Constitución  
conciliar *Sacrosanctum  
Concilium* ha tenido un gran

progreso, que responde a la  
premisas puestas por el  
movimiento litúrgico de la  
última parte del siglo XIX, ya  
ha cumplido sus aspiraciones  
profundas, por las que tanto  
hombres de Iglesia como  
estudiosos han trabajado y  
rezado. El nuevo Rito de la  
Misa, promulgado por nosotros  
después de una larga y  
responsable preparación de los  
órganos competentes, y en el  
cual han sido introducidos,  
junto al Canon Romano,  
mantenido prácticamente sin  
cambios, otras eulogías

eucarísticas, ha llevado frutos  
bendecidos: mayor  
participación en la acción  
litúrgica; más viva conciencia  
de la acción sagrada; mayor y  
más amplia conciencia de los  
tesoros inexhaustibles de la  
Sagrada Escritura; incremento  
del sentido comunitario en la  
Iglesia. El pasar de estos años  
demuestra que estamos en el  
camino justo. Pero ha habido,  
lamentablemente —incluso en  
la gran mayoría de las fuerzas  
sanas y buenas del clero y de  
los fieles— abusos y libertad en  
la aplicación. Ha llegado el



momento, ahora, de dejar caer definitivamente los fermentos que separan, igualmente perniciosos en un sentido y en otro, y aplicar integralmente en sus justos criterios inspiradores, la reforma aprobada por nosotros aplicando los votos del Concilio» (Aloc. *Gratias ex animo*, 27 de junio 1977: Enseñanzas de Pablo VI, XV [1977], 655-656, en italiano 662-663).

[11] Cf *Ordenación general del Misal Romano*, n. 299; Rito de

la dedicación de un altar,  
Premisas, nn. 155, 159

[12] «Aquí se prepara la mesa  
del Señor, en torno a la cual tus  
hijos, alimentados por el  
Cuerpo de Cristo, se congregan  
en una y santa Iglesia»  
(Tercera edición del Misal  
Romano en lengua española  
para España, pag. 990).

[13] «Las acciones litúrgicas no  
son acciones privadas, sino  
celebraciones de la Iglesia, que  
es "sacramento de unidad", es  
decir, pueblo santo congregado  
y ordenado bajo la dirección de

los Obispos. Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan» (SC, 26).

[14] Homilía en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, 18 de junio 2017: L'Osservatore Romano, 19-20 junio 2017, pag. 8.

[15] Cf SC, 13; Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre 2013, 122-126: AAS 105 (2013), 1071-1073.

[16] Homilía en la S. Misa del III Domingo de Cuaresma,

parroquia romana de  
Ognissanti, 7 de marzo 2015.

[17] *Homilía en la Misa en  
Santa Marta*, 10 de febrero  
2014.

[18] «Por eso, nos hace tanto  
bien el memorial eucarístico:  
no es una memoria abstracta,  
fría o conceptual, sino la  
memoria viva y consoladora del  
amor de Dios. [...] En la  
Eucaristía está todo el sabor de  
las palabras y de los gestos de  
Jesús, el gusto de su Pascua, la  
fragancia de su Espíritu.  
Recibiéndola, se imprime en

nuestro corazón la certeza de ser amados por él» (Homilía en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo: 18 de junio 2017: L'Osservatore Romano, 19-20 de junio de 2017, pag. 8).

26 de agosto de 2017.

Videomensaje a los peregrinos  
polacos presentes en

Częstochowa para celebrar los  
300 años de la coronación de la  
imagen de María Reina de  
Polonia.

-  
Sábado.

-  
*Queridos peregrinos:*

Os saludo a todos con gran  
afecto, especialmente a los que  
habéis recorrido tanto camino  
para llegar hoy, junto con los  
queridos hermanos obispos y  
sacerdotes, a la *capital*

espiritual del país.

Si Częstochowa está en el  
corazón de Polonia, significa  
que Polonia tiene un corazón  
materno; significa que cada  
latido de vida sucede junto a la  
Madre de Dios. A Ella le soléis  
confiar todo: el pasado, el  
presente, el futuro, las alegrías  
y las angustias de vuestra vida  
personal y las de vuestro  
amado país. Esto es muy  
bonito. Y es muy hermoso para  
mí recordar que lo hice con  
vosotros, el año pasado,  
cuando me puse bajo la mirada  
de la Madre, cuando puse mis

ojos en los de la Virgen,  
confiando a su corazón aquello  
que estaba en mi corazón y en  
el vuestro. Conservo vivo y  
grato el recuerdo de esos  
momentos, la alegría de haber  
venido también yo como  
peregrino a celebrar, bajo la  
mirada de la Madre, los 1050  
años del bautismo de Polonia.  
Otra ocasión de gracia hace  
que os congreguéis hoy en gran  
número: hace trescientos años  
el Papa concedió poner la  
corona papal sobre la imagen  
de la Virgen de Jasna Góra,  
vuestra Reina. Es un gran



honor tener por madre a una  
Reina, la misma Reina de los  
Ángeles y los Santos, que reina  
gloriosa en el cielo. Pero da aún  
más alegría el saber  
que se tiene por Reina a una  
madre, amar como Madre a  
Aquella que llamáis Señora. La  
sagrada imagen muestra, de  
hecho, que María no es una  
Reina distante que se sienta en  
el trono, sino la Madre que  
abraza al Hijo y con Él a todos  
nosotros, sus hijos. Es una  
madre verdadera, con el rostro  
marcado, una Madre que sufre  
porque se toma realmente en

el corazón los problemas de  
nuestra vida. Es una Madre  
cercana, que no nos pierde  
nunca de vista; es una Madre  
tierna, que nos lleva de la  
mano en el camino de cada día.  
Esto es lo que deseo que  
experimentéis en el solemne  
Jubileo que estáis celebrando:  
que sea el momento favorable  
para sentir que ninguno de  
nosotros es huérfano, porque  
cada uno tiene cerca de sí a  
una Madre, Reina de  
insuperable ternura. Ella nos  
conoce y nos acompaña con su  
estilo materno característico:

apacible y valeroso al mismo tiempo; nunca entrometido y siempre perseverante en lo bueno; paciente frente al mal y activo promoviendo la concordia.

Que la Virgen os dé la gracia de regocijaros juntos, como una familia reunida entorno a la Madre. En este espíritu de comunión eclesial, fortalecido aún más por el vínculo único que une a Polonia con el sucesor de Pedro, os doy de corazón la Bendición Apostólica. Y os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias.

—

—

—

27 de agosto de 2017.

ÁNGELUS.

-  
Domingo.

-  
*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo (Mt 16, 13-20) nos cuenta un pasaje clave en el camino de Jesús con sus discípulos: el momento en el que Él quiere verificar en qué punto está su fe en Él. Primero quiere saber qué piensa de Él la gente; y la gente piensa que Jesús es un profeta, algo que es verdad,

pero no recoge el centro de su  
Persona, no coge el centro de  
su misión. Después, plantea a  
sus discípulos la pregunta que  
más le preocupa, es decir, les  
pregunta directamente: «Y  
vosotros, ¿quién decís que soy  
yo?» (Mt 16, 15). Y con ese  
«y» Jesús separa  
definitivamente a los apóstoles  
de la masa, como diciendo: y  
vosotros, que estáis conmigo  
cada día y me conocéis de  
cerca, ¿qué habéis aprendido  
más? El Maestro espera de los  
suyos una respuesta alta y otra  
respecto a la de la opinión

pública. Y, de hecho,  
precisamente tal respuesta  
proviene del corazón de Simón  
llamado Pedro: «Tú eres el  
Cristo, el Hijo de Dios vivo»  
(Mt 16, 16). Simón Pedro  
encuentra en su boca palabras  
más grandes que él, palabras  
que no vienen de sus  
capacidades naturales. Quizá él  
no había estudiado en la  
escuela, y es capaz de decir  
estas palabras, imás fuertes  
que él! Pero están inspiradas  
por el Padre celeste (cf. Mt 16,  
17), el cual revela al primero  
de los Doce la verdadera

identidad de Jesús: Él es el Mesías, el Hijo enviado por Dios para salvar a la humanidad. Y de esta respuesta, Jesús entiende que, gracias a la fe donada por el Padre, hay un fundamento sólido sobre el cual puede construir su comunidad, su Iglesia. Por eso dice a Simón: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18).

También con nosotros, hoy, Jesús quiere continuar construyendo su Iglesia, esta casa con fundamento sólido pero donde no faltan las



grietas, y que continuamente  
necesita ser reparada. Siempre.  
La Iglesia siempre necesita ser  
reformada, reparada. Nosotros  
ciertamente no nos sentimos  
rocas, sino solo pequeñas  
pedras. Aún así, ninguna  
pequeña piedra es inútil, es  
más, en las manos de Jesús la  
piedra más pequeña se  
convierte en preciosa, porque  
Él la recoge, la mira con gran  
ternura, la trabaja con su  
Espíritu, y la coloca en el lugar  
justo, que Él desde siempre ha  
pensado y donde puede ser  
más útil a toda la construcción.

Cada uno de nosotros es una  
pequeña piedra, pero en las  
manos de Jesús participa en la  
construcción de la Iglesia. Y  
todos nosotros, aunque seamos  
pequeños, nos hemos  
convertido en «piedras vivas»,  
porque cuando Jesús toma en  
la mano su piedra, la hace  
suya, la hace viva, llena de  
vida, llena de vida del Espíritu  
Santo, llena de vida de su  
amor, y así tenemos un lugar y  
una misión en la Iglesia: esta  
es comunidad de vida, hecha de  
muchísimas piedras, todas  
diferentes, que forman un

único edificio en su signo de la fraternidad y de la comunión. Además, el Evangelio de hoy nos recuerda que Jesús ha querido para su Iglesia también un centro visible de comunión en Pedro —tampoco él es una gran piedra, pero tomada por Jesús se convierte en centro de comunión— en Pedro y en aquellos que le sucederían en la misma responsabilidad de primacía, que desde los orígenes se han identificado en los Obispos de Roma, la ciudad donde Pedro y Pablo han dado el testimonio de la sangre.

Encomendémonos a María,  
Reina de los Apóstoles, Madre  
de la Iglesia. Ella estaba en el  
cenáculo, junto a Pedro, cuando  
el Espíritu Santo descendió  
sobre los Apóstoles y les  
empujó a salir, a anunciar a  
todos que Jesús es el Señor.  
Hoy nuestra Madre nos  
sostenga y nos acompañe con  
su intercesión, para que  
realicemos plenamente esa  
unidad y esa comunión por la  
que Cristo y los Apóstoles han  
rezado y han dado la vida.

**Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y*

*hermanas:*

En los días pasados, grandes aluviones golpearon Bangladés, Nepal y la India. Expreso mi cercanía a la población y rezo por las víctimas y por los que sufren por esta calamidad.

Han llegado tristes noticias sobre la persecución de la minoría religiosa de nuestros hermanos rohingya. Quisiera expresarles toda mi cercanía; y todos nosotros pedimos al Señor que les salve y suscite hombres y mujeres de buena voluntad en su ayuda; que les den los plenos derechos.

Rezamos también por los  
hermanos rohingya.

Os saludo a todos vosotros,  
fieles de Roma y peregrinos de  
Italia y de varios países: las  
familias, los grupos  
parroquiales, las asociaciones.

En particular, saludo a los  
miembros de la Tercera Orden  
Carmelita; los chicos de  
Tombelle, la diócesis de  
Padua... —isois ruidosos  
vosotros!— que hace poco han  
recibido la confirmación; el  
grupo de Lodivecchio: estos son  
buenos porque han recorrido a  
pie, en peregrinación, la última

parte de la Vía Francigena.  
¡Sed así de buenos en vuestra  
vida! A todos os deseo un feliz  
domingo. Os pido, no os  
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta pronto!

-

30 de agosto de 2017

Audiencia general. La relación  
entre la esperanza y la  
vocación.

-  
Miércoles.

-  
*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy me gustaría volver a un  
tema importante: la relación  
entre la esperanza y la  
memoria, con referencia  
particular a la memoria de la  
vocación. Y tomo como icono la  
llamada de los primeros  
discípulos de Jesús. En su



memoria quedó impresa de tal forma esta experiencia, que alguno incluso registró la hora: «Era más o menos la hora décima (Jn 1, 39)». El evangelista Juan cuenta el episodio como un recuerdo nítido de juventud, que permanece intacto en su memoria de anciano: porque Juan escribió estas cosas cuando ya era anciano. El encuentro se había producido cerca del río Jordán, donde Juan Bautista bautizaba; y aquellos jóvenes galileos habían elegido al Bautista como

guía espiritual. Un día vino Jesús y se hizo bautizar en el río. Al día siguiente pasó de nuevo y entonces el Bautizador —es decir, Juan el Bautista— dijo a sus dos discípulos: «He aquí el cordero de Dios (Jn 1, 36)».

Y para aquellos dos es la «iluminación». Dejan a su primer maestro y siguen la secuela de Jesús. En el camino, Él se gira hacia ellos y hace la pregunta decisiva: «¿Qué buscáis?» (Jn 1, 38). Jesús aparece en los Evangelios como un experto en el corazón

humano. En aquel momento  
había encontrado a dos jóvenes  
en búsqueda, sanamente  
inquietos. De hecho, ¿qué  
juventud es una juventud  
satisfecha, sin una pregunta de  
sentido? Los jóvenes que no  
buscan nada no son jóvenes,  
están jubilados, han envejecido  
antes de tiempo. Es triste ver a  
jóvenes jubilados... Y Jesús, a  
través de todo el Evangelio, en  
todos los encuentros que tiene  
a lo largo del camino aparece  
como un «incendiario» de los  
corazones. De ahí, aquella  
pregunta suya que busca hacer

emerger el deseo de vida y de  
felicidad que cada joven lleva  
dentro: «¿Qué buscas?».

También yo quisiera hoy  
preguntar a los jóvenes que  
están aquí en la plaza y a los  
que escuchan desde los medios  
de comunicación: «Tú, que eres  
joven, ¿qué buscas? ¿Qué  
buscas en tu corazón?».

La vocación de Juan y Andrés  
nace así: es el inicio de una  
amistad con Jesús tan fuerte  
como para imponer una  
comunidad de vida y pasiones  
con Él. Los dos discípulos  
comienzan a estar con Jesús y

enseguida se transforman en misioneros, porque cuando termina el encuentro no vuelven a casa tranquilos: es tan cierto que sus respectivos hermanos —Simón y Santiago — enseguida se involucran en ese seguimiento. Fueron donde ellos y dijeron: «Hemos encontrado al Mesías, hemos encontrado un gran profeta»: dan la noticia. Son misioneros de ese encuentro. Fue un encuentro tan conmovedor, tan feliz que los discípulos recordarán para siempre aquel día que iluminó y orientó su

juventud.

¿Cómo se descubre la propia vocación en este mundo? Se puede descubrir de muchos modos, pero esta página del Evangelio nos dice que el primer indicador es la alegría del encuentro con Jesús.

Matrimonio, vida consagrada, sacerdocio: cada vocación verdadera inicia con un encuentro con Jesús que nos dona una alegría y una esperanza nueva; y nos conduce, también a través de pruebas y dificultades, a un encuentro cada vez más pleno,

crece, ese encuentro, más grande, el encuentro con Él y a la plenitud de la alegría.

El Señor no quiere hombres y mujeres que caminen detrás de Él con desgana, sin tener en el corazón el viento de la alegría.

Vosotros, que estáis en la plaza, os pregunto —cada uno se responda a sí mismo— ¿vosotros tenéis en el corazón el viento de la alegría? Cada uno se pregunte: «¿Yo tengo dentro de mí, en el corazón, el viento de la alegría?». Jesús quiere personas que hayan experimentado que estar con Él

dona una felicidad inmensa,  
que se puede renovar cada día  
de la vida. Un discípulo del  
Reino de Dios que no sea  
alegre no evangeliza este  
mundo, es uno triste. A  
predicador de Jesús no se llega  
afinando las armas de la  
retórica: tú puedes hablar,  
hablar, hablar pero si no hay  
otra cosa... ¿Cómo se convierte  
en predicadores de Jesús?  
Custodiando en los ojos el brillo  
de la auténtica felicidad. Vemos  
muchos cristianos, también  
entre nosotros, que con los ojos  
te transmiten la alegría de la



fe: icon los ojos!

Por este motivo el cristiano —  
como la Virgen María—  
custodia la llama de su  
enamoramamiento: enamorados  
de Jesús. Claro que hay  
pruebas en la vida, hay  
momentos en los que hace falta  
ir hacia delante a pesar del frío  
y los vientos contrarios, a pesar  
de tantas amarguras. Pero los  
cristianos conocen el camino  
que conduce a aquel fuego  
sacro que les ha encendido una  
vez para siempre. Pero por  
favor, os lo pido: no hagamos  
caso a las personas

desilusionadas e infelices; no escuchemos a quien recomienda cínicamente no cultivar esperanzas en la vida; no nos fiemos de quien apaga desde el principio cada entusiasmo diciendo que ningún esfuerzo vale el sacrificio de toda una vida; no escuchemos a los «viejos» corazones que ahogan la euforia juvenil. ¡Vayamos donde los viejos que tienen los ojos brillantes de esperanza! Cultivemos, en cambio, sanas utopías: Dios nos quiere capaces de soñar como Él y con

Él, mientras caminamos bien  
atentos a la realidad. Soñar con  
un mundo diverso. Y si un  
sueño se apaga, volver a  
soñarlo de nuevo, llegando con  
esperanza a la memoria de los  
orígenes, a esos brazos que,  
quizá después de una vida no  
tan buena, se han escondido  
bajo las cenizas del primer  
encuentro con Jesús.

He aquí, por tanto, una  
dinámica fundamental de la  
vida cristiana: acordarse de  
Jesús. Pablo decía a su  
discípulo: «Acuérdate de  
Jesucristo» (2 Tim 2, 8); este

es el consejo del gran san Pablo: «Acuérdate de Jesucristo». Acordarse de Jesús, del fuego de amor con el que un día concebimos nuestra vida como un proyecto de bien, y reavivar con esta llama nuestra esperanza.

## **LLAMAMIENTO**

Pasado mañana, 1 septiembre, será la Jornada de oración por el cuidado de la creación. En esta ocasión, mi querido hermano Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla, y yo, hemos preparado juntos un Mensaje. En él invitamos a

todos a asumir una actitud respetuosa y responsable hacia la creación. Hacemos además un llamamiento, a quienes ocupan posiciones influyentes, a escuchar el grito de la tierra y el grito de los pobres, que más sufren por los desequilibrios ecológicos.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los animo a que se acuerden de ese primer

encuentro con Jesús en sus  
vidas, para que puedan  
reavivar ese fuego de amor,  
que los invita a seguirle con  
alegría y que es llama de  
esperanza.

Muchas gracias.

-

-

31 de agosto de 2017. Discurso a los representantes de la conferencia de rabinos europeos, del consejo rabínico de América y de la comisión del gran rabinato de Israel.

-  
Jueves.

-  
Queridos hermanos y hermanas:

Os dirijo con alegría un cordial saludo a todos vosotros, especialmente a los representantes de la Conferencia de Rabinos Europeos, del Consejo Rabínico

de América y de la Comisión del Gran Rabinato de Israel en diálogo con la Comisión para las Relaciones religiosas con el Judaísmo de la Santa Sede. Agradezco al rabino Pinchas Goldschmidt sus amables palabras.

En nuestro camino común, gracias a la benevolencia del Altísimo, estamos atravesando un momento fecundo de diálogo. Versa en este sentido el documento «Entre Jerusalén y Roma», que habéis elaborado y que hoy recibo de vuestras manos. Es un texto que rinde



reconocimientos particulares a la Declaración Conciliar *Nostra aetate*, que en su cuarto capítulo constituye para nosotros la «carta magna» del diálogo con el mundo judío: de hecho, su ejecución progresiva ha permitido que nuestras relaciones sean cada vez más amistosas y fraternales. *Nostra aetate* ha revelado que los inicios de la fe cristiana se encuentran ya, según el misterio divino de la salvación, en los patriarcas, en Moisés y en los profetas y que, siendo grande el patrimonio espiritual

que tenemos en común, hay que promover entre nosotros un mutuo conocimiento y aprecio, sobre todo a través de estudios bíblicos y coloquios fraternos (cf. n. 4). En el curso de las últimas décadas nos hemos podido acercar así, dialogando de modo eficaz y fructífero; hemos profundizado nuestro conocimiento recíproco e intensificado nuestros vínculos de amistad.

La Declaración «Entre Jerusalén y Roma» no esconde, sin embargo, las diferencias teológicas de nuestras

tradiciones de fe. Aún así,  
expresa la firme voluntad de  
colaborar más estrechamente  
hoy y en el futuro. Vuestro  
documento se dirige a los  
católicos llamándolos  
«compañero, estrechos aliados,  
amigos y hermanos en la  
búsqueda común de un mundo  
mejor que pueda gozar de paz,  
justicia social y seguridad».  
Otro paso reconoce que «a  
pesar de las profundas  
diferencias teológicas, católicos  
y judíos comparten creencias  
comunes» y «la afirmación de  
que las religiones deben utilizar

el comportamiento moral y la educación religiosa —no la guerra, la coacción o la presión social— para ejercitar la capacidad propia de influenciar e inspirar». Es muy importante esto: que pueda el Eterno bendecir e iluminar nuestra colaboración para que juntos podamos acoger y ejecutar cada vez mejor sus proyectos, «proyectos de paz y no de desgracia», para «un porvenir esperanza» (*Jer 29, 11*).

Con ocasión de vuestra grata visita, quisiera expresaros a vosotros y a vuestras

comunidades mis mejores  
deseos para el nuevo año judío,  
que empezará en pocas  
semanas: *Shanah*  
*towah!* (¡Feliz año!). Os  
agradezco de nuevo por haber  
venido y os pido que os  
acordéis de mí en vuestras  
oraciones. Quisiera, finalmente,  
invocar con vosotros y sobre  
todos la bendición del Altísimo  
sobre el camino común de  
amistad y confianza que nos  
espera. Que en su misericordia,  
el Omnipotente nos conceda a  
nosotros y al mundo entero su  
paz. *Shalom alechem!*



# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Septiembre.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

## **SEPTIEMBRE.**

**3 de septiembre de 2017.**

ÁNGELUS.

**4 de septiembre de 2017.**

Discurso a los miembros de la comunidad católica Shalom.

**6 de septiembre de 2017.**

Palabras a la llegada a la nunciatura apostólica.

(Colombia)

**7 de septiembre de 2017.**

Discurso en el encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomático y algunos representantes de la sociedad civil. (Colombia)



**7 de septiembre de 2017.**

**Saludo al pueblo colombiano y bendición a los fieles.**

(Colombia)

**7 de septiembre de 2017.**

**Discurso en el encuentro con los obispos de Colombia.**

(Colombia)

**7 de septiembre de 2017.**

**Discurso en el encuentro con el comité directivo del CELAM.**

(Colombia)

**7 de septiembre de 2017.**

**Homilía del Santo Padre en la Santa Misa.** (Colombia)

**7 de septiembre de 2017.**

**Palabras en la nunciatura**

apostólica. (Colombia)

**8 de septiembre de 2017.**

Palabras a las fuerzas armadas  
y a la policía de Colombia.

(Colombia)

**8 de septiembre de 2017.**

Palabras durante el gran  
encuentro de oración por la  
reconciliación nacional.

(Colombia)

**8 de septiembre de 2017.**

Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa. (Colombia)

**8 de septiembre de 2017.**

Palabras en la nunciatura  
apostólica. (Colombia)

**8 de septiembre de 2017.**

Carta apostólica en forma de  
motu proprio del Sumo  
Pontífice Francisco. SUMMA  
FAMILIAE CURA.

**9 de septiembre de 2017.**

Saludo durante el encuentro en  
el hogar san José. (Colombia)

**9 de septiembre de 2017.**

Discurso durante el encuentro  
con sacerdotes, religiosos,  
consagrados, consagradas,  
seminaristas y sus familias.

(Colombia)

**9 de septiembre de 2017.**

Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa. (Colombia)

**9 de septiembre de 2017.**

Palabras en la nunciatura apostólica. (Colombia)

**10 de septiembre de 2017.**

Homilía del Santo Padre en la Santa Misa. (Colombia)

**10 de septiembre de 2017.**

ÁNGELUS. (Colombia)

**10 de septiembre de 2017.**

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

(Colombia)

**13 de septiembre de 2017.**

Audiencia general.

**14 de septiembre de 2017.**

Discurso a los nuevos obispos ordenados durante el año.

**15 de septiembre de 2017.**

Discurso a los miembros de la asociación italiana de operadores de espectáculos ambulantes (ANESV)

**17 de septiembre de 2017.**

ÁNGELUS.

**20 de septiembre de 2017.**

Audiencia general. Educar a la esperanza.

**21 de septiembre de 2017.**

Discurso a los miembros de la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores.

**21 de septiembre de 2017.**

Discurso a los miembros de la comisión parlamentaria antimafia.

**22 de septiembre de 2017.**

Discurso a los participantes en el encuentro de responsables nacionales de la pastoral de migraciones, organizado por el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE)

**23 de septiembre de 2017.**

Discurso a los participantes en el capítulo general de la orden cisterciense de la estricta observancia.

**24 de septiembre de 2017.**

Homilía en la Santa Misa para el cuerpo de la gendarmería.

**24 de septiembre de 2017.**

ÁNGELUS.

**25 de septiembre de 2017.**

Discurso a los benefactores de la guardia suiza pontificia.

**27 de septiembre de 2017.**

Audiencia general. No perder el horizonte de la esperanza.

3 de septiembre de 2017.  
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje del Evangelio de hoy (cf. *Mt* 16, 21-27) es la continuación de aquel del pasado domingo, en el cual se resaltaba la profesión de fe de Pedro, «roca» sobre la cual Jesús quiere construir su Iglesia. Hoy, en un contraste evidente, Mateo nos muestra la reacción del propio Pedro



cuando Jesús revela a sus discípulos que en Jerusalén deberá sufrir, ser matado y resucitar al tercer día. (cf. *Mt 16, 21*). Pedro lleva a parte al maestro y lo reprende porque esto —le dice— no le puede suceder a Él, a Cristo. Pero Jesús, a su vez, reprende a Pedro con duras palabras: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (*Mt 16, 23*). Un momento antes, el apóstol fue bendecido por el Padre, porque

había recibido de Él aquella revelación, era una «piedra» sólida para que Jesús pudiese construir encima su comunidad; y justo después se convierte en un obstáculo, una piedra pero no para construir, una piedra de obstáculo en el camino del Mesías. ¡Jesús sabe bien que Pedro y el resto todavía tienen mucho camino por recorrer para convertirse en sus apóstoles!

En aquel punto, el Maestro se dirige a todos los que lo seguían, presentándoles con claridad la vía a recorrer: «Si

alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (*Mt 16, 24*)  
Siempre, también hoy. Está la tentación de querer seguir a un Cristo sin cruz, es más, de enseñar a Dios el camino justo, como Pedro: «No, no Señor, esto no, no sucederá nunca». Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la

necesidad y de la fatiga para nosotros cristianos de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: «Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará». (*Mt 16, 25*). En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la

regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida. Gastar los talentos propios, las energías y el propio tiempo solo para cuidarse, custodiarse y realizarse a sí mismos conduce en realidad a perderse, o sea, a una experiencia triste y estéril. En cambio, vivamos para el Señor y asentemos nuestra vida sobre su amor, como hizo Jesús: podremos saborear la alegría auténtica y nuestra vida no será estéril, será fecunda. En la celebración de la Eucaristía revivimos el misterio de la cruz; no solo recordamos

sino que cumplimos el memorial del Sacrificio redentor, en el que el Hijo de Dios se pierde completamente a Sí mismo para recibirse de nuevo en el Padre y así encontrarnos, que estábamos perdidos, junto con todas las criaturas.

Cada vez que participamos en la Santa Misa, el amor de Cristo crucificado y resucitado se nos comunica como alimento y bebida, porque podemos seguirlo a Él en el camino de cada día, en el servicio concreto de los hermanos. Que

María Santísima, que siguió a Jesús hasta el calvario, nos acompañe también a nosotros y nos ayude a no tener miedo de la cruz, pero con Jesús crucificado, no una cruz sin Jesús, la cruz con Jesús, es decir la cruz de sufrir por el amor de Dios y de los hermanos, porque este sufrimiento, por la gracia de Cristo, es fecundo de resurrección.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Mientras renuevo mi cercanía

espiritual a las poblaciones de Asia Meridional, que todavía sufren las consecuencias de las inundaciones, deseo expresar también mi viva participación en el sufrimiento de los habitantes de Texas y de Luisiana afectados por un huracán y lluvias inusuales, que han provocado víctimas, miles de desplazados e ingentes daños materiales. Pido a María Santísima, consoladora de los afligidos, que obtenga del Señor la gracia del consuelo para nuestros hermanos duramente puestos a



prueba. Os saludo a todos  
vosotros.

Quiero agradeceros a vosotros  
que me hayáis deseado un  
buen viaje. ¡Gracias, gracias!

A todos os deseo un buen  
domingo. Y, por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

4 de septiembre de 2017.

Discurso a los miembros de la comunidad católica Shalom.

Lunes.

Muchas gracias por los testimonios. Pregunté si podía hablar en español... [Aula: «¡Sí!»] y no en italiano, así me puedo expresar mejor. Pero hablando en español, se habla un poco de «portuñol» y un poco de «cocoliche», que es un poco de italiano y español juntos... Así que con el español nos arreglamos.

Juan, encontraste el sentido de tu vida en la oración, en la vida fraterna en comunidad y en la evangelización, ¿no es cierto? Rezando, compartiendo y evangelizando te diste cuenta que tu vida tenía un sentido. Fíjate que los tres verbos que usaste para explicar esto son verbos de movimiento, de salir de vos mismo. Saliste de vos mismo en la oración para encontrarte con Dios, saliste de vos mismo en compartir la fraternidad para encontrarte con los hermanos, y saliste de vos mismo para ir a

evangelizar, para dar una buena noticia. Y la buena noticia —vos usaste la palabra— es la misericordia, en un mundo marcado por la desesperanza y por la indiferencia. Es curioso, la misericordia es algo absoluto. Vos no podéis hablar sobre la misericordia solamente, la tenéis que testimoniar, la tenéis que compartir, la tenéis que enseñar saliendo de vos mismo. Para hablar de misericordia hay que poner la carne sobre el asador, sino no se entiende ese testimonio de no estar

encerrado en sí mismo o en los propios intereses, sino en salir. Salir buscando a Dios. No es fácil buscar a Dios, es todo un camino. Salir compartiendo con los demás —no jugando al «nene» privilegiado a quien le regalan todos los juguetes y todo para él—, y salir para contarle a los demás que Dios es bueno, que Dios te está esperando aun en los peores momentos de la vida. Y eso es quizás el mensaje de la misericordia que uno puede dar, ¿no? Acuérdate del pasaje del hijo que vuelve a la casa. En

Lucas capítulo 15 hay una frase que dice que el padre lo vio venir de lejos. Se había ido algunos años antes, los que le llevó a gastar toda la plata que tenía. Lo vio venir de lejos. Eso a mí me hace pensar que ese padre, todos los días y quizás a cada rato, subía a la terraza a ver si el hijo volvía. Así es Dios con nosotros, aun en los peores momentos de pecado, aun en los momentos difíciles. Y sigue el Evangelio: «Y el padre al verlo de lejos se conmovió — con ese verbo que en hebreo significa “se le revolvieron las

entrañas”, esas entrañas paternas y maternas de Dios— y salió corriendo y se le tiró al cuello». Ese hijo estaba en el peor de los pecados, en la peor de las situaciones y cuando dijo «voy a mi padre», el padre ya lo estaba esperando. Esa es la misericordia, no desesperar nunca. Además, parece que nuestro Dios tiene una especial predilección por los pecadores, incluso los de purasangre: los espera. Así que yo te sugeriría eso, seguí saliendo de vos mismo y hacerle entender a todos que siempre hay un

Padre que nos espera con cariño y con ternura al primer paso que nosotros queramos dar. Eso es lo que se me ocurre decirte. Gracias.

Justine, que recibiste el bautismo en el jubileo de la misericordia, ¡ilindo! Vos te diste cuenta que el haber encontrado a Dios te llevó a despojarte, a salir de estar centrado en sí mismo hacia afuera, hacia la alegría de vivir por Dios y para Dios. Una de las cosas —acá son todos jóvenes, incluso ustedes que son jóvenes en la segunda



vuelta, todos jóvenes, jóvenes de la segunda etapa—, una de las cosas que caracteriza la juventud y la eterna juventud de Dios, porque Dios es eternamente joven, es la alegría, «*la gioia*», la alegría. A la alegría se opone la tristeza, una tristeza que es precisamente de lo que vos saliste. Vos saliste de algo que produce tristeza que es estar centrado en sí mismo, la autorreferencialidad. Un joven que se mete en sí mismo, que vive solamente para sí mismo, termina —y espero que

entiendan el verbo, porque es un verbo argentino— termina «empachado» de autorreferencialidad, es decir, lleno de autorreferencialidad.

Hay una imagen que me viene ahora: esta cultura que nos toca vivir, como es muy egoísta, muy así [gesto] de mirarse a sí mismo, tiene una dosis muy grande de narcisismo, de ese estar contemplándose a sí mismo, y por lo tanto, ignorar a los demás. El narcisismo te produce tristeza porque vivís preocupado de maquillarte el alma todos los días, de

aparecer mejor de lo que sois, de contemplar si tenéis una belleza mejor que la de los demás, es la enfermedad del espejo. ¡Jóvenes, rompan el espejo! No se miren al espejo porque el espejo engaña, miren hacia afuera, miren hacia los demás, escapen de este mundo, de esta cultura que estamos viviendo —a la que vos hiciste referencia—, que es consumista y narcisista. Y si algún día quieren mirarse en el espejo, les doy un consejo: mírense al espejo para reírse de sí mismos. Hagan la prueba un

día: miren y empiecen a reírse de eso que ven ahí, se les va a refrescar el alma. Saber reírse de sí mismos, eso da alegría y nos salva de la tentación del narcisismo. Gracias, Justine. Mateus, hablaste portugués, brasileiro. Yo tengo que hacerte una pregunta: «¿Quién es mejor Pelé o Maradona?» [Risas y aplausos de los participantes]. Por mucho tiempo pasaste por el túnel de la droga y es uno de los instrumentos que tiene la cultura en la cual vivimos para dominarnos, y es, por otro

lado, como una necesidad que nosotros tenemos para hacernos sutiles, invisibles a nosotros mismos, como si fuéramos de aire. La droga nos lleva a negar todo lo que tenemos de arraigo, de arraigo carnal, de arraigo histórico, de arraigo problemático, todo lo que sea arraigo. Te quita la raíz y te hace vivir en un mundo sin raíces, desarraigado de todo. Desarraigado de proyectos, desarraigado del presente, desarraigado de tu pasado, de tu historia, desarraigado de tu patria, de tu familia, de tu

amor, de todo. Uno vive en un mundo sin ningún arraigo y ese es el drama de la droga.

Jóvenes totalmente desarraigados sin compromisos reales, es decir, sin verdaderos compromisos de carne porque, en la droga, ni tu propio cuerpo sentís. Y después de haber pasado por esa experiencia de invisibilidad, y después de haber vuelto a tomar conciencia, te diste cuenta de todos los arraigos que hay en el corazón. Yo les pregunto a cada uno de ustedes: ¿Son conscientes de los verdaderos

arraigos que hay en el corazón,  
son conscientes de sus raíces,  
son conscientes de sus amores,  
son conscientes de sus  
proyectos, son conscientes de  
la capacidad creativa que  
tienen, son conscientes de que  
son poetas en este universo  
para crear cosas nuevas y  
lindas? Salir de la droga es ir  
tomando consciencia de eso,  
testimonio de uno que viene,  
por esto nos pone estas  
preguntas que yo acabo de  
hacer. Y cada uno se responde:  
¿Yo soy consciente de tener los  
pies sobre la tierra con todo lo

que significa de arraigo histórico, social, de arraigo de sabiduría, de amor, de proyectos, de capacidad creativa? Y vos queréis corresponder al plan de Dios y te das cuenta que para ti es consolar los dolores de la humanidad, y decís que en este camino sinodal queréis discernir tu vocación. Y en este camino sinodal todos tenemos que discernir nuestra vocación —como vos decís— para ver qué nos quiere decir el Señor en vistas a una misión. Yo te lo voy a decir con una sola



palabra, que no es mía, dar gratuitamente. Si vos estás acá, si nosotros estamos acá, es porque gratuitamente nos trajeron acá. Por favor, demos gratuitamente lo que hemos recibido. Dar gratuitamente lo que hemos recibido. Y dar gratuitamente te llena el alma, te descomercializa, te hace magnánimo, te enseña a abrazar y a besar, te hace sonreír, te desata de todo interés de tipo egoísta. Da gratuitamente lo que gratuitamente recibiste, esa es la enseñanza que Él nos está

invitando a hacer. [Respuesta con un débil «sí»] ¡Ay, Dios mío, cómo están! Parece que yo en vez de darles ánimo les estoy dando un calmante nervioso para dormirlos.

[Aplausos].

Y los más adultos, los más antiguos de la Comunidad Shalom, ¿qué tienen que hacer, qué servicio nos está pidiendo hoy este mundo, este carisma, esta comunidad, qué servicio? Aquí hay una cosa —está lindo—, los más antiguos y los más jóvenes: el servicio que se les pide es el diálogo, el diálogo

entre ustedes, pasar la antorcha, pasar la herencia, pasar el carisma, pasar la vivencia interior de ustedes. Pero quiero ir más allá, y uno de los desafíos que hoy este mundo nos pide es el diálogo entre los jóvenes y los ancianos, y en esto me baso en el testimonio de ustedes: «Sí padre, ya se lo oímos decir». Y me lo van a escuchar decir varias veces más: diálogo entre los jóvenes y los ancianos. Los jóvenes necesitamos escuchar a los ancianos y los ancianos necesitamos escuchar a los

jóvenes. «Y yo, ¿qué voy a hacer?», puede preguntar un joven: «¿qué voy a hacer, hablar con un anciano, aburrido va a ser eso?». Yo tengo la experiencia de haberlo visto muchas veces en la otra diócesis: ir con un grupo de jóvenes, por ejemplo, a una casa de reposo o un asilo a tocar la guitarra a los ancianos. Y bueno, se toca la guitarra y después empieza el diálogo, es espontáneo, se da, nace solo, y los jóvenes no se quieren ir de ahí porque de los ancianos sale sabiduría, pero una sabiduría

que les llega al corazón y los empuja a ir adelante. Los ancianos —para ustedes jóvenes— no son para guardarlos en el ropero, los ancianos no son para tenerlos escondidos, los ancianos están esperando que un joven vaya y los haga hablar, que los haga soñar. Y ustedes, jóvenes, necesitan recibir de esos hombres y de esas mujeres esos sueños, esas ilusiones que los hagan revivir. Esa sería mi respuesta a la experiencia que los más antiguos en diálogo con los más jóvenes del Movimiento

Shalom tendrían que hacer. Enseñar y ayudar al diálogo entre jóvenes y ancianos. «Sí, yo hablo con mi mamá, con mi papá». No, tu papá y tu mamá no son ancianos. Habla con tu abuelo y tu abuela, o sea, una generación más allá, ellos tienen la sabiduría, y ellos, más aún, tienen necesidad que les golpees el corazón para que te den la sabiduría. Y esa sería como la recomendación que yo les doy, anímense, anímense a ese diálogo, ese diálogo es promesa para el futuro, ese diálogo los va a ayudar a ir

adelante. No sé si respondí tu pregunta. [Moisés, el fundador de la Comunidad, responde: «sí»] Muy bien, gracias.

No sé cómo sigue el programa ahora pero me quedó una duda al final de la última pregunta del diálogo entre jóvenes y ancianos: ¿Moisés es joven o anciano? [Respuesta de Moisés: «*Sono come te Santo Padre, sono come Lei*»].

CANTO- BENDICIÓN DEL SANTO PADRE

Y por favor, les pido que no se olviden de rezar por mí.

Gracias.





6 de septiembre de 2017.  
Palabras a la llegada a la  
nunciatura apostólica.

Nunciatura apostólica (Bogotá)

Miércoles.

-  
Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

Muchas gracias, por la alegría  
que tienen, muchas gracias por  
el esfuerzo que han hecho,  
muchas gracias por el camino  
que se han animado a realizar,

y eso se llama heroísmo. Hasta los más chicos pueden ser héroes, los más jóvenes, cuando vienen engañados o se equivocan, se levantan y son héroes y van adelante. ¡Sigan adelante! ¡Sigan adelante, así! No se dejen vencer, no se dejen engañar, no pierdan la alegría, no pierdan la esperanza, no pierdan la sonrisa, ¡sigan así! Y ahora les voy a dar una bendición a todos, le vamos a rezar a la Virgen, nuestra Madre, para que nos bendiga. Ave María...

*[Después de los cantos]*

Muchas gracias por la valentía y por el coraje, no se dejen robar la alegría ¿Qué es lo que no se tienen que dejar robar?

[**Los chicos:** ¡La alegría!]

Que nadie se las robe, que nadie los engañe, no se dejen robar la esperanza, ¿Qué es lo que no se tienen que dejar robar?

[**Los chicos:** ¡La esperanza!]

La alegría y la esperanza.

Todos!

[**Chicos:** ¡La alegría y la esperanza!]

¿Y les puedo pedir un favor? que recen por mí, ¿lo van a

hacer?

[¡Si!]

Que Dios los bendiga. Y gracias porque es muy lindo. Gracias.

7 de septiembre de 2017.  
Discurso en el encuentro con  
las autoridades, el cuerpo  
diplomático y algunos  
representantes de la sociedad  
civil.

Plaza de Armas de la Casa de  
Nariño (Bogotá)

Jueves.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

*Señor Presidente,*

*Miembros del Gobierno de la  
República y del Cuerpo  
Diplomático,  
Distinguidas Autoridades,  
Representantes de la sociedad  
civil,  
Señoras y señores.*

Saludo cordialmente al Señor  
Presidente de Colombia, Doctor  
Juan Manuel Santos, y le  
agradezco su amable invitación  
a visitar esta Nación en un  
momento particularmente  
importante de su historia;  
saludo a los miembros del  
Gobierno de la República y del  
Cuerpo Diplomático. Y, en

ustedes, representantes de la sociedad civil, quiero saludar afectuosamente a todo el pueblo colombiano, en estos primeros instantes de mi Viaje Apostólico.

Vengo a Colombia siguiendo la huella de mis predecesores, el beato Pablo VI y san Juan Pablo II y, como a ellos, me mueve el deseo de compartir con mis hermanos colombianos el don de la fe, que tan fuertemente arraigó en estas tierras, y la esperanza que palpita en el corazón de todos. Sólo así, con fe y esperanza, se pueden

superar las numerosas dificultades del camino y construir un País que sea Patria y casa para todos los colombianos.

Colombia es una Nación bendecida de muchísimas maneras; la naturaleza pródiga no sólo permite la admiración por su belleza, sino que también invita a un cuidadoso respeto por su biodiversidad. Colombia es el segundo País del mundo en biodiversidad y, al recorrerlo, se puede gustar y ver qué bueno ha sido el Señor (cf. *Sal* 33,9) al regalarles tan



inmensa variedad de flora, fauna en sus selvas lluviosas, en sus páramos, en el Chocó, los farallones de Cali o las sierras como las de Macarena y tantos otros lugares. Igual de exuberante es su cultura; y lo más importante, Colombia es rica por la calidad humana de sus gentes, hombres y mujeres de espíritu acogedor y bondadoso; personas con tesón y valentía para sobreponerse a los obstáculos.

Este encuentro me ofrece la oportunidad para expresar el aprecio por los esfuerzos que

se hacen, a lo largo de las últimas décadas, para poner fin a la violencia armada y encontrar caminos de reconciliación. En el último año ciertamente se ha avanzado de modo particular; los pasos dados hacen crecer la esperanza, en la convicción de que la búsqueda de la paz es un trabajo siempre abierto, una tarea que no da tregua y que exige el compromiso de todos. Trabajo que nos pide no decaer en el esfuerzo por construir la unidad de la nación y, a pesar de los obstáculos,

diferencias y distintos enfoques sobre la manera de lograr la convivencia pacífica, persistir en la lucha para favorecer la cultura del encuentro, que exige colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad, y el respeto por el bien común. Que este esfuerzo nos haga huir de toda tentación de venganza y búsqueda de intereses sólo particulares y a corto plazo. Oíamos recién cantar: «Andar el camino lleva su tiempo». Es a largo plazo.

Cuanto más difícil es el camino que conduce a la paz y al entendimiento, más empeño hemos de poner en reconocer al otro, en sanar las heridas y construir puentes, en estrechar lazos y ayudarnos mutuamente (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 67).

El lema de este País dice: «Libertad y Orden». En estas dos palabras se encierra toda una enseñanza. Los ciudadanos deben ser valorados en su libertad y protegidos por un orden estable. No es la ley del más fuerte, sino la fuerza de la

ley, la que es aprobada por todos, quien rige la convivencia pacífica. Se necesitan leyes justas que puedan garantizar esa armonía y ayudar a superar los conflictos que han desgarrado esta Nación por décadas; leyes que no nacen de la exigencia pragmática de ordenar la sociedad sino del deseo de resolver las causas estructurales de la pobreza que generan exclusión y violencia. Sólo así se sana de una enfermedad que vuelve frágil e indigna a la sociedad y siempre la deja a las puertas de nuevas

crisis. No olvidemos que la inequidad es la raíz de los males sociales (cf. *ibíd.*, 202). En esta perspectiva, los animo a poner la mirada en todos aquellos que hoy son excluidos y marginados por la sociedad, aquellos que no cuentan para la mayoría y son postergados y arrinconados. Todos somos necesarios para crear y formar la sociedad. Esta no se hace sólo con algunos de «pura sangre», sino con todos. Y aquí radica la grandeza y belleza de un País, en que todos tienen cabida y todos son importantes.

Como estos chicos que con su espontaneidad quisieron hacer este protocolo mucho más humano. Todos somos importantes. *En la diversidad está la riqueza.* Pienso en aquel primer viaje de san Pedro Claver desde Cartagena hasta Bogotá surcando el Magdalena: su asombro es el nuestro. Ayer y hoy, posamos la mirada en las diversas etnias y los habitantes de las zonas más lejanas, los campesinos. La detenemos en los más débiles, en los que son explotados y maltratados, aquellos que no

tienen voz porque se les ha privado de ella o no se les ha dado, o no se les reconoce. También detenemos la mirada en la mujer, su aporte, su talento, su ser «madre» en las múltiples tareas. Colombia necesita la participación de todos para abrirse al futuro con esperanza.

La Iglesia, en fidelidad a su misión, está comprometida con la paz, la justicia y el bien de todos. Es consciente de que los principios evangélicos constituyen una dimensión significativa del tejido social



colombiano, y por eso pueden aportar mucho al crecimiento del País; en especial, el respeto sagrado a la vida humana, sobre todo la más débil e indefensa, es una piedra angular en la construcción de una sociedad libre de violencia. Además, no podemos dejar de destacar la importancia social de la familia, soñada por Dios como el fruto del amor de los esposos, «lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros» (*ibíd.*, 66). Y, por favor, les pido que escuchen a los

pobres, a los que sufren.  
Mírenlos a los ojos y déjense  
interrogar en todo momento  
por sus rostros surcados de  
dolor y sus manos suplicantes.  
En ellos se aprenden  
verdaderas lecciones de vida y  
de humanidad, de dignidad.  
Porque ellos, que entre cadenas  
gimen, sí que comprenden las  
palabras del que murió en la  
cruz —como dice la letra de  
vuestro himno nacional—.  
Señoras y señores, tienen  
delante de sí una hermosa y  
noble misión, que es al mismo  
tiempo una difícil tarea.

Resuena en el corazón de cada colombiano el aliento del gran compatriota Gabriel García Márquez: «Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera». Es posible entonces, continúa el escritor, «una nueva y

arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra» (*Discurso de aceptación del premio Nobel, 1982*).

Es mucho el tiempo pasado en el odio y la venganza... La soledad de estar siempre enfrentados ya se cuenta por décadas y huele a cien años;

no queremos que cualquier tipo de violencia restrinja o anule ni una vida más. Y quise venir hasta aquí para decirles que no están solos, que somos muchos los que queremos acompañarlos en este paso; este viaje quiere ser un aliciente para ustedes, un aporte que en algo allane el camino hacia la reconciliación y la paz.

Están presentes en mis oraciones. Rezo por ustedes, por el presente y por el futuro de Colombia.

7 de septiembre de 2017.

Saludo al pueblo colombiano y  
bendición a los fieles.

Balcón del Palacio Cardenalicio  
(Bogotá)

Jueves.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

*Queridos hermanos y  
hermanas, buenos días.*

Los saludo con gran alegría y  
les agradezco esta calurosa  
bienvenida. «Al entrar en una

casa, digan primero: "¡Que descienda la paz sobre esta casa!". Y si hay allí alguien digno de recibirla, esa paz reposará sobre él; de lo contrario, volverá a ustedes» (Lc 10,5-6).

Hoy entro a esta casa que es Colombia diciéndoles, ¡La paz con ustedes! Así era la expresión de saludo de todo judío y también de Jesús.

Porque quise venir hasta aquí como peregrino de paz y de esperanza, y deseo vivir estos momentos de encuentro con alegría, dando gracias a Dios

por todo el bien que ha hecho en esta Nación y en cada una de sus vidas.

Y vengo también para aprender; sí, aprender de ustedes, de su fe, de su fortaleza ante la adversidad. Porque ustedes saben que el obispo y el cura tienen que aprender de su pueblo, y por eso vengo a aprender, a aprender de ustedes, soy obispo y vengo a aprender. Han vivido momentos difíciles y oscuros, pero el Señor está cerca de ustedes, en el corazón de cada hijo e hija de este País.



El Señor no es selectivo, no excluye a nadie, el Señor abraza a todos; y todos —escuchen esto— y todos somos importantes y necesarios para Él. Durante estos días quisiera compartir con ustedes la verdad más importante: que Dios nos ama con amor de Padre y nos anima a seguir buscando y deseando la paz, aquella paz que es auténtica y duradera. Dios nos ama con amor de Padre. ¿Lo repetimos juntos? [Repiten: «Dios nos ama con amor de Padre»]  
Gracias.

Bueno, yo tenía escrito aquí: «Veo aquí a muchos jóvenes», pero aunque tuviera los ojos vendados, sé que este lío solamente lo pueden hacer los jóvenes. Ustedes jóvenes —y le voy a hablar a ustedes— han venido de todos los rincones del País: cachacos, costeños, paisas, vallunos, llaneros..., de todos lados. Para mí siempre es motivo de alegría, de gozo encontrarme con los jóvenes. En este día les digo: por favor mantengan viva la alegría, es signo del corazón joven, del corazón que ha encontrado al

Señor. Y si ustedes mantienen viva esa alegría con Jesús, nadie se la puede quitar, ¡nadie! (cf. *Jn* 16,22). Pero por las dudas, les aconsejo: No se la dejen robar, cuiden la alegría que unifica todo —¿En qué?— en el saberse amados por el Señor. Porque, como habíamos dicho al principio: Dios nos ama... —¿Cómo era?— [Repiten: «Dios nos ama con amor de Padre»], Dios nos ama con corazón de Padre. Otra vez... [Repiten: «Dios nos ama con corazón de Padre»]. Y este es el principio de la alegría. El

fuego del amor de Jesús hace desbordante este gozo, y es suficiente para incendiar el mundo entero. ¡Cómo no van a poder cambiar esta sociedad y lo que ustedes se propongan! ¡No le tengan miedo al futuro! ¡Atrévanse a soñar a lo grande! A ese sueño grande yo hoy los invito. Por favor no se metan en el “chiquitaje”, no tengan vuelos rastreros, vuelen alto y sueñen grande.

Ustedes, los jóvenes, tienen una sensibilidad especial para *reconocer* el sufrimiento de los otros —curioso, ustedes

se dan cuenta en seguida—; los voluntariados del mundo entero se nutren de miles de ustedes que son capaces de resignar tiempos propios, comodidades, proyectos centrados en ustedes mismos, para dejarse conmover por las necesidades de los más frágiles y dedicarse a ellos.

Pero también puede suceder que hayan nacido en ambientes donde la muerte, el dolor, la división han calado tan hondo que los hayan dejado medio mareados, como anestesiados por el dolor. Por eso yo quiero decirles: Dejen que el

sufrimiento de sus hermanos colombianos los abofetee y los movilice. Ayúdennos a nosotros, los mayores, a no acostumbrarnos al dolor y al abandono. Los necesitamos, ayúdennos a esto, a no acostumbrarnos al dolor y al abandono.

También ustedes, chicos y chicas, que viven en ambientes complejos, con realidades distintas, con situaciones familiares de lo más diversas, se han habituado a ver que en el mundo no todo es blanco ni tampoco es negro todo; que la

vida cotidiana se resuelve en una amplia gama de tonalidades grises, es verdad, y esto los puede exponer a un riesgo, cuidado, al riesgo de caer en una atmósfera de relativismo, dejando de lado esa potencialidad que tienen los jóvenes, la de *entender* el dolor de los que han sufrido. Ustedes tienen la capacidad no sólo de juzgar, señalar desaciertos —porque se dan cuenta enseguida—, sino también esa otra capacidad hermosa y constructiva: la de *comprender*. Comprender

que incluso detrás de un error —porque hablemos claro, el error es error y no hay que maquillarlo—, y ustedes son capaces de comprender que detrás de un error hay un sinfín de razones, de atenuantes.... ¡Cuánto los necesita Colombia para ponerse en los zapatos de aquellos que muchas generaciones anteriores no han podido o no han sabido hacerlo, o no atinaron con el modo adecuado para lograr comprender! A ustedes, jóvenes, les es tan fácil *encontrarse*, les es



fácil encontrarse... Y les hago una pregunta: Acá se encontraron todos, ¿desde qué hora están acá? [Responden] ¡Ven que son valientes! A ustedes, les es muy fácil encontrarse. Les basta para encontrarse un acontecimiento como este, un rico café, un refajo, o lo que sea, como excusa, como una excusa, para suscitar un encuentro. Y acá voy, cualquier cosa de estas que dije es una excusa para el encuentro. Los jóvenes coinciden en la música, en el arte... ¡si hasta una final entre

el Atlético Nacional y el América de Cali es ocasión para estar juntos! Ustedes —porque tienen esa facilidad de encontrarse—, ustedes pueden enseñarnos a los grandes que la cultura del encuentro no es pensar, vivir, ni reaccionar todos del mismo modo —no, no es eso—; la cultura del encuentro es saber que, más allá de nuestras diferencias, somos todos parte de algo grande que nos une y nos trasciende, somos parte de este maravilloso País. Ayúdennos a entrar, a los grandes, en esta

cultura del encuentro que ustedes practican tan bien. También vuestra juventud los hace capaces de algo muy difícil en la vida: *perdonar*. Perdonar a quienes nos han herido; es notable ver cómo ustedes no se dejan enredar por historias viejas, cómo miran con extrañeza cuando los adultos repetimos acontecimientos de división simplemente por estar nosotros atados a rencores. Ustedes nos ayudan en este intento de dejar atrás lo que nos ofendió, de mirar adelante sin el lastre del odio, porque

ustedes nos hacen ver todo el mundo que hay por delante, toda la Colombia que quiere crecer y seguir desarrollándose; esa Colombia que nos necesita a todos y que los mayores se la debemos a ustedes.

Y precisamente por esta capacidad de perdonar enfrentan el enorme desafío de ayudarnos a *sanar* nuestro corazón. Escuchen esto que les pido: ayudarnos a sanar nuestro corazón. ¿Lo decimos todos juntos? [Repiten: «Ayudarnos a sanar nuestro

corazón»] Es una ayuda que les pido. A contagiarnos la esperanza joven que tienen ustedes, esa esperanza que siempre está dispuesta a darle a los otros una segunda oportunidad. Los ambientes de desazón e incredulidad enferman el alma, ambientes que no encuentran salida a los problemas y boicotean a los que lo intentan, dañan la esperanza que necesita toda comunidad para avanzar. Que sus ilusiones y proyectos oxigenen Colombia y la llenen de utopías saludables.

iJóvenes, sueñen, muévanse,  
arriesguen, miren la vida con  
una sonrisa nueva, vayan  
adelante, no tengan miedo!  
Sólo así se animarán  
a *descubrir* el País que se  
esconde detrás de las  
montañas; el que trasciende  
titulares de diarios y no  
aparece en la preocupación  
cotidiana por estar tan lejos.  
Ese País que no se ve y que es  
parte de este cuerpo social que  
nos necesita: Ustedes jóvenes  
son capaces de descubrir la  
Colombia profunda. Los  
corazones jóvenes se estimulan

ante los desafíos grandes:  
¡Cuánta belleza natural para  
ser contemplada sin necesidad  
de explotarla! ¡Cuántos jóvenes  
como ustedes precisan de su  
mano tendida, de su hombro  
para vislumbrar un futuro  
mejor!

Hoy he querido estar estos  
momentos con ustedes; estoy  
seguro de que ustedes tienen el  
potencial necesario  
para *construir*, ¡construir!, la  
nación que siempre hemos  
soñado. Los jóvenes son la  
esperanza de Colombia y de la  
Iglesia; en su caminar y en sus

pasos adivinamos los de Jesús,  
Mensajero de la Paz, Aquél que  
siempre nos trae noticias  
buenas.

Me dirijo ahora a todos,  
queridos hermanos y hermanas  
de este amado País: niños,  
jóvenes, adultos, ancianos, que  
quieren ser portadores de  
esperanza: que las dificultades  
no los opriman, que la violencia  
no los derrumbe, que el mal no  
los venza. Creemos que Jesús,  
con su amor y misericordia que  
permanecen para siempre, ha  
vencido el mal, ha vencido el  
pecado y la muerte. Jesús ha



vencido el mal, el pecado y la muerte. ¿Lo repetimos?

[Repiten: «Jesús ha vencido, el mal, el pecado y la muerte»]

Sólo basta salir a su encuentro.

Salgan al encuentro de Jesús, los invito al cumplimiento, no al cumplimiento, —cumplimiento, no— al compromiso. ¿A

qué los invito? [Repiten: «Al compromiso»] ¿Y qué es lo que

no tienen que hacer? [Repiten: «El cumplimiento»] ¡Bien,

felicitaciones! Salgan a ese compromiso en la renovación de la sociedad, para que sea justa, estable, fecunda. Desde

este lugar, los animo a afianzarse en el Señor, es el único que nos sostiene, el único que nos alienta para poder contribuir a la reconciliación y a la paz.

Los abrazo a todos y a cada uno, a los que están aquí, a los enfermos, a los más pobres, a los marginados, a los necesitados, a los ancianos, a los que están en sus casas... a todos; todos están en mi corazón. Y ruego a Dios que los bendiga. Y, por favor, les pido a ustedes que no se olviden de rezar por mí. Muchas gracias.

Antes de irme, si ustedes  
quieren, les doy la Bendición.

Rezamos todos juntos a la  
Virgen:

«Dios te salve María...»

[Bendición]

Adiós

7 de septiembre de 2017.

Discurso en el encuentro con los obispos de Colombia.

Salón del Palacio Cardenalicio (Bogotá)

Jueves.

Viaje apostólico del Papa Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

La paz esté con ustedes

Custodios y sacramento del primer paso

Hacer visible su identidad de sacramento del primer paso de Dios

Tocar la carne del cuerpo de Cristo

La palabra de la reconciliación  
Una Iglesia en misión

La paz esté con ustedes

Así saludó el Resucitado a su pequeña grey después de haber vencido a la muerte, así consiéntanme que los salude al inicio de mi viaje.

Agradezco las palabras de bienvenida. Estoy contento porque los primeros pasos que doy en este País me llevan a encontrarlos a ustedes, obispos

de Colombia, para abrazar en  
ustedes a toda la Iglesia  
colombiana y para estrechar a  
su gente en mi corazón de  
Sucesor de Pedro. Les  
agradezco muchísimo su  
ministerio episcopal, que les  
ruego continúen realizándolo  
con renovada generosidad. Un  
saludo particular dirijo a los  
obispos eméritos, animándolos  
a seguir sosteniendo, con la  
oración y con la presencia  
discreta, a la Esposa de Cristo  
por la cual se han entregado  
generosamente.

Vengo para anunciar a Cristo y

para cumplir en su nombre un itinerario de paz y reconciliación. ¡Cristo es nuestra paz! ¡Él nos ha reconciliado con Dios y entre nosotros!

Estoy convencido de que Colombia tiene algo de original, algo muy original, que llama fuerte la atención: no ha sido nunca una meta completamente realizada, ni un destino totalmente acabado, ni un tesoro totalmente poseído. Su riqueza humana, sus vigorosos recursos naturales, su cultura, su luminosa síntesis

cristiana, el patrimonio de su fe y la memoria de sus evangelizadores, la alegría gratuita e incondicional de su gente, la impagable sonrisa de su juventud, su original fidelidad al Evangelio de Cristo y a su Iglesia y, sobre todo, su indomable coraje de resistir a la muerte, no sólo anunciada, sino muchas veces sembrada: todo esto se sustrae, como lo hace la flor de la mimosa púdica en el jardín, digamos que se esconde a aquellos que se presentan como forasteros hambrientos de adueñársela y,



en cambio, se brinda generosamente a quien toca su corazón con la mansedumbre del peregrino. Así es Colombia. Por esto, como peregrino, me dirijo a su Iglesia. De ustedes soy hermano, deseoso de compartir a Cristo Resucitado para quien ningún muro es perenne, ningún miedo es indestructible, ninguna plaga, ninguna llaga, es incurable. No soy el primer Papa que les habla acá en su casa. Dos de mis más grandes Predecesores han sido huéspedes aquí: el beato Pablo VI, que vino

apenas concluyó el Concilio Vaticano II para animar la realización colegial del misterio de la Iglesia en América Latina, y san Juan Pablo II en su memorable visita apostólica del 86. Las palabras de ambos son un recurso permanente, las indicaciones que delinearon y la maravillosa síntesis que ofrecieron sobre nuestro ministerio episcopal constituyen un patrimonio para custodiar. No son anticuados. Quisiera que cuanto les diga sea recibido en continuidad con lo que ellos han enseñado.

## Custodios y sacramento del primer paso

«Dar el primer paso» es el lema de mi visita y también para ustedes este es mi primer mensaje. Bien saben que Dios es el Señor del primer paso. Él siempre nos primerea. Toda la Sagrada Escritura habla de Dios como exiliado de sí mismo por amor. Ha sido así cuando sólo había tinieblas, caos y, saliendo de sí, Él hizo que todo viniese a ser (cf. *Gn 1.2,4*); ha sido así cuando en el jardín de los orígenes Él se paseaba, dándose cuenta de la desnudez

de su creatura (cf. *Gn 3,8-9*); ha sido así cuando, peregrino, se alojó en la tienda de Abraham, dejándole la promesa de una inesperada fecundidad (cf. *Gn 18,1-10*); ha sido así cuando se presentó a Moisés encantándolo, cuando ya no tenía otro horizonte que pastorear las ovejas de su suegro (cf. *Ex 3,1-2*); ha sido así cuando no quitó de su mirada a su amada Jerusalén, aun cuando se prostituía en la vereda de la infidelidad (cf. *Ez 16,15*); ha sido así cuando migró con su gloria

hacia su pueblo exiliado en la esclavitud (cf. *Ez 10,18-19*). Y, en la plenitud del tiempo, quiso revelarnos el primer paso, el nombre del primer paso, de su primer paso. Se llama Jesús y es un paso irreversible. Proviene de la libertad de un amor que todo lo precede. Porque el Hijo, Él mismo, es expresión viva de dicho amor. Aquellos que lo reconocen y lo acogen reciben en herencia el don de ser introducidos en la libertad de poder cumplir siempre en Él ese primer paso, no tienen

miedo de perderse si salen de sí mismos, porque llevan la fianza del amor emanado del primer paso de Dios, una brújula que no les consiente perderse.

Cuiden pues, con santo temor y conmoción, ese primer paso de Dios hacia ustedes y, con su ministerio, hacia la gente que les ha sido confiada, en la conciencia de ser ustedes sacramento viviente de esa libertad divina que no tiene miedo de salir de sí misma por amor, que no teme empobrecerse mientras se

entrega, que no tiene necesidad de otra fuerza que el amor.

Dios nos precede, somos sarmientos, no somos la vid. Por tanto, no enmudezcan la voz de Aquél que los ha llamado ni se ilusionen en que sea la suma de sus pobres virtudes —las de ustedes— o los halagos de los poderosos de turno quienes aseguran el resultado de la misión que les ha confiado Dios. Al contrario, mendiguen, mendiguen en la oración cuando no puedan dar ni darse, para que tengan algo

que ofrecer a aquellos que se acercan constantemente a sus corazones de pastores. La oración en la vida del obispo es la savia vital que pasa por la vid, sin la cual el sarmiento se marchita volviéndose infecundo. Por tanto, luchen con Dios, y más todavía en la noche de su ausencia, hasta que Él no los bendiga (cf. *Gn 32,25-27*). Las heridas de esa cotidiana y prioritaria batalla en la oración serán fuente de curación para ustedes; serán heridos por Dios para hacerse capaces de curar.



## Hacer visible su identidad de sacramento del primer paso de Dios

De hecho, hacer tangible la identidad de sacramento del primer paso de Dios exigirá un continuo éxodo interior. «No hay ninguna invitación al amor mayor que adelantarse en ese mismo amor» (San Agustín, *De catechizandis rudibus*, liber I, 4.7, 26: PL 40), y, por tanto, ningún ámbito de la misión episcopal puede prescindir de esta libertad de cumplir el primer paso. La condición de posibilidad para el ejercicio del

ministerio apostólico es la disposición a acercarse a Jesús dejando atrás «lo que fuimos, para que seamos lo que no éramos» (Id., *Enarr. in psal.*, 121,12: *PL* 36).

Les recomiendo vigilar no sólo individualmente, sino colegialmente, dóciles al Espíritu Santo, sobre este permanente punto de partida. Sin este núcleo languidecen los rasgos del Maestro en el rostro de los discípulos, la misión se atasca y disminuye la conversión pastoral, que no es otra cosa que rescatar aquella

urgencia de anunciar el Evangelio de la alegría *hoy, mañana y pasado mañana* (cf. *Lc 13,33*), premura que devoró el Corazón de Jesús dejándolo *sin nido ni resguardo*, reclinado solamente en el cumplimiento *hasta el final* de la voluntad del Padre (cf. *Lc 9,58.62*). ¿Qué otro futuro podemos perseguir? ¿A qué otra dignidad podemos aspirar?

No se midan con el metro de aquellos que quisieran que fueran sólo una casta de funcionarios plegados a la

dictadura del presente. Tengan, en cambio, siempre fija la mirada en la eternidad de Aquél que los ha elegido, prontos a acoger el juicio decisivo de sus labios, que es el que vale.

En la complejidad del rostro de esta Iglesia colombiana, es muy importante preservar la singularidad de sus diversas y legítimas fuerzas, las sensibilidades pastorales, las peculiaridades regionales, las memorias históricas, las riquezas de las propias experiencias eclesiales.

Pentecostés consiente que todos escuchen en la propia lengua. Por eso, busquen con perseverancia la comunión entre ustedes. No se cansen de construirla a través del diálogo franco y fraterno, condenando como peste las agendas encubiertas, —por favor—. Sean premurosos en cumplir el primer paso, del uno para con el otro. Anticípense en la disposición de comprender las razones del otro. Déjense enriquecer de lo que el otro les puede ofrecer y construyan una Iglesia que ofrezca a este País

un testimonio elocuente de cuánto se puede progresar cuando se está dispuesto a no quedarse en las manos de unos pocos. El rol de las Provincias Eclesiásticas en relación al mismo mensaje evangelizador es fundamental, porque son diversas y armonizadas las voces que lo proclaman. Por esto, no se contenten con un mediocre compromiso mínimo que deje a los resignados en la tranquila quietud de la propia impotencia, a la vez que domestica aquellas esperanzas que exigirían el coraje de ser

encauzadas más sobre la fuerza de Dios que sobre la propia debilidad.

Reserven una particular sensibilidad hacia las raíces afro-colombianas de su gente, que tan generosamente han contribuido a plasmar el rostro de esta tierra.

## Tocar la carne del cuerpo de Cristo

Los invito a no tener miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente. Háganlo con humildad, sin la vana

pretensión de protagonismo, y con el corazón indiviso, libre de compromisos o servilismos. Sólo Dios es Señor y a ninguna otra causa se debe someter nuestra alma de pastores. Colombia tiene necesidad de vuestra mirada propia de obispos, para sostenerla en el coraje del primer paso hacia la paz definitiva, la reconciliación, hacia la abdicación de la violencia como método, la superación de las desigualdades que son la raíz de tantos sufrimientos, la renuncia al camino fácil pero sin salida de



la corrupción, la paciente y perseverante consolidación de la «*res publica*» que requiere la superación de la miseria y de la desigualdad.

Se trata, por supuesto, de una tarea ardua pero irrenunciable, los caminos son empinados y las soluciones no son obvias. Desde lo alto de Dios, que es la cruz de su Hijo, obtendrán la fuerza; con la lucecita humilde de los ojos del Resucitado recorrerán el camino; escuchando la voz del Esposo que susurra en el corazón, recibirán los criterios para

discernir de nuevo, en cada incertidumbre, la justa dirección.

Uno de vuestros ilustres literatos escribió hablando de uno de sus míticos personajes: «No imaginaba que era más fácil empezar una guerra que terminarla» (Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, capítulo 9). Todos sabemos que la paz exige de los hombres un coraje moral diverso. La guerra sigue lo que hay de más bajo en nuestro corazón, la paz nos impulsa a ser más grandes que nosotros mismos. En seguida,

el escritor añadía: «No entendía que hubiera necesitado tantas palabras para explicar lo que se sentía en la guerra, si con una sola bastaba: miedo» (*ibíd.*, cap. 15). No es necesario que les hable de este miedo, raíz envenenada, fruto amargo y herencia nefasta de cada contienda. Quiero animarlos a seguir creyendo que se puede hacer de otra manera, recordando que no han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; el mismo Espíritu atestigua que son hijos

destinados a la libertad de la gloria a ellos reservada (cf. *Rm* 8,15-16).

Ustedes ven con los propios ojos y conocen como pocos la deformación del rostro de este País, son custodios de las piezas fundamentales que lo hacen uno, no obstante sus laceraciones. Precisamente por esto, Colombia tiene necesidad de ustedes para reconocerse en su verdadero rostro cargado de esperanza a pesar de sus imperfecciones, para perdonarse recíprocamente no obstante las heridas no del todo

cicatrizadas, para creer que se puede hacer otro camino aun cuando la inercia empuja a repetir los mismos errores, para tener el coraje de superar cuanto la puede volver miserable a pesar de sus tesoros.

Les confieso que siento como un deber, me sale darles ánimo, así como tengo que decirles: ¡Anímense! Siento ese deber, transmitirles mis ganas de darles ánimo. Los animo, pues, a no cansarse de hacer de sus Iglesias un vientre de luz, capaz de generar, aun sufriendo

pobreza, las nuevas creaturas que esta tierra necesita. Hospédense en la humildad de su gente para darse cuenta de sus secretos recursos humanos y de fe, escuchen cuánto su despojada humanidad brama por la dignidad que solamente el Resucitado puede conferir. No tengan miedo de migrar de sus aparentes certezas en búsqueda de la verdadera gloria de Dios, que es el hombre viviente. ¡Ánimo! Los animo en este camino.

La palabra de la reconciliación

Muchos pueden contribuir al desafío de esta Nación, pero la misión de ustedes es singular. Ustedes no son técnicos ni políticos, son pastores. Cristo es la palabra de reconciliación escrita en sus corazones y tienen la fuerza de poder pronunciarla no solamente en los púlpitos, en los documentos eclesiales o en los artículos de periódicos, sino más bien en el corazón de las personas, en el secreto sagrario de sus conciencias, en el calor esperanzado que los atrae a la escucha de la voz del cielo que

proclama «paz a los hombres amados por Dios» (Lc 2,14). Ustedes deben pronunciarla con el frágil, humilde, pero invencible recurso de la misericordia de Dios, la única capaz de derrotar la cínica soberbia de los corazones autorreferenciales.

A la Iglesia no le interesa otra cosa que la libertad de pronunciar esta Palabra. Ser libre para pronunciar esta Palabra. No sirven alianzas con una parte u otra, sino la libertad de hablar a los corazones de todos.



Precisamente allí tienen la autonomía y el vuelo para inquietar, allí tienen la posibilidad de sostener un cambio de ruta.

El corazón humano, muchas veces engañado, concibe el insensato proyecto de hacer de la vida un continuo aumento de espacios para depositar lo que acumula. Es un engaño. Precisamente aquí es necesario que resuene la pregunta: ¿De qué sirve ganar el mundo entero si queda el vacío en el alma?  
(cf. *Mt 16,26*).

De sus labios de legítimos pastores, tal cual ustedes son, Colombia tiene el derecho de ser interpelada por la verdad de Dios, que repite continuamente: «¿Dónde está tu hermano?» (*Gn 4,9*). Es un interrogatorio que no puede ser silenciado, aun cuando quien lo escucha no puede más que abajar la mirada, confundido, y balbucir la propia vergüenza por haberlo vendido, quizás, al precio de alguna dosis de estupefaciente o alguna equívoca concepción de razón de Estado, tal vez por la falsa

conciencia de que el fin justifica los medios.

Les ruego tener siempre fija la mirada sobre el hombre concreto. No sirvan a un concepto de hombre, sino a la persona humana amada por Dios, hecha de carne, huesos, historia, fe, esperanza, sentimientos, desilusiones, frustraciones, dolores, heridas, y verán que esa concreción del hombre desenmascara las frías estadísticas, los cálculos manipulados, las estrategias ciegas, las falseadas informaciones, recordándoles

que «realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*Gaudium et spes*, 22).

## Una Iglesia en misión

Teniendo en cuenta el generoso trabajo pastoral que ya desarrollan, permítanme ahora que les presente algunas inquietudes que llevo en mi corazón de pastor, deseoso de exhortarles a ser cada vez más una Iglesia en misión. Mis Predecesores ya han insistido sobre varios de estos desafíos: la familia y la vida, los jóvenes,

los sacerdotes, las vocaciones, los laicos, la formación. Los decenios transcurridos, no obstante el ingente trabajo, quizás han vuelto aún más fatigosas las respuestas para hacer eficaz la maternidad de la Iglesia en el generar, alimentar y acompañar a sus hijos.

Pienso en las familias colombianas, en la defensa de la vida desde el vientre materno hasta su natural conclusión, en la plaga de la violencia y del alcoholismo, no raramente extendida en los

hogares, en la fragilidad del vínculo matrimonial y la ausencia de los padres de familia con sus trágicas consecuencias de inseguridad y orfandad. Pienso en tantos jóvenes amenazados por el vacío del alma y arrastrados en la fuga de la droga, en el estilo de vida fácil, en la tentación subversiva. Pienso en los numerosos y generosos sacerdotes y en el desafío de sostenerlos en la fiel y cotidiana elección por Cristo y por la Iglesia, mientras algunos otros continúan propagando la

cómoda neutralidad de aquellos que nada eligen para quedarse con la soledad de sí mismos.

Pienso en los fieles laicos esparcidos en todas las Iglesias particulares, resistiendo fatigosamente para dejarse congregarse por Dios que es comunión, aun cuando no pocos proclaman el nuevo dogma del egoísmo y de la muerte de toda solidaridad, palabra que quieren sacar del diccionario. Pienso en el inmenso esfuerzo de todos para profundizar la fe y hacerla luz viva para los corazones y

lámparas para el primer paso. No les traigo recetas ni intento dejarles una lista de tareas. Con todo quisiera rogarles que, al realizar en comunión su gravosa misión de pastores de Colombia, conserven la serenidad. Yo no sé si decírselo, se me ocurre ahora, pero si exagero me perdonan, se me ocurre que es una de las virtudes que más necesitan: conserven la serenidad. No porque ustedes no la tengan, sino que el momento les exige más. Bien saben que en la noche el maligno continúa



sembrando cizaña, pero tengan la paciencia del Señor del campo, confiándose en la buena calidad de sus granos. Aprendan de su longanimidad y magnanimidad. Sus tiempos son largos porque es inconmensurable su mirada de amor. Cuando el amor es reducido el corazón se vuelve impaciente, turbado por la ansiedad de hacer cosas, devorado por el miedo de haber fracasado. Crean sobre todo en la humildad de la semilla de Dios. Fíense de la potencia escondida de su levadura.

Orienten el corazón sobre la preciosa fascinación que atrae y hace vender todo con tal de poseer ese divino tesoro.

De hecho, ¿qué otra cosa más fuerte pueden ofrecer a la familia colombiana que la fuerza humilde del Evangelio del amor generoso que une al hombre y a la mujer, haciéndolos imagen de la unión de Cristo y su Iglesia, transmisores y guardianes de la vida? Las familias tienen necesidad de saber que en Cristo pueden volverse árbol frondoso capaz de ofrecer

sombra, dar fruto en todas las estaciones del año, anidar la vida en sus ramas. Son tantos hoy los que homenajean árboles sin sombra, infecundos, ramas privadas de nidos. Que para ustedes el punto de partida sea el testimonio alegre de que la felicidad está en otro lugar.

¿Qué cosa pueden ofrecer a sus jóvenes? Ellos aman sentirse amados, desconfían de quien los minusvalora, piden coherencia limpia y esperan ser involucrados. Recíbanlos, por tanto, con el corazón de Cristo,

ábranles espacios en la vida de sus Iglesias. No participen en ninguna negociación que malvenda sus esperanzas. No tengan miedo de alzar serenamente la voz para recordar a todos que una sociedad que se deja seducir por el espejismo del narcotráfico se arrastra a sí misma en esa metástasis moral que mercantiliza el infierno y siembra por doquier la corrupción y, al mismo tiempo, engorda los paraísos fiscales. ¿Qué cosa pueden dar a sus sacerdotes? El primer don es

aquel de la paternidad que asegure que la mano que los ha generado y ha ungido no se ha retirado de sus vidas. Es verdad, vivimos en la era de la informática y no nos es difícil alcanzar a nuestros sacerdotes en tiempo real mediante algún programa de mensajes. Pero el corazón de un padre, de un obispo, no puede limitarse a la precaria, impersonal y externa comunicación con su presbiterio. No se puede apartar del corazón del obispo la inquietud, la sana inquietud, sobre dónde viven sus

sacerdotes. ¿Viven de verdad según Jesús, o se han improvisado otras seguridades como la estabilidad económica, la ambigüedad moral, la doble vida o la ilusión miope de una carrera? Los sacerdotes precisan, con necesidad y urgencia vital, de la cercanía física y afectiva de su obispo. Los sacerdotes requieren sentir que tienen padre.

Sobre las espaldas de los sacerdotes frecuentemente pesa la fatiga del trabajo cotidiano de la Iglesia. Ellos

están en primera línea,  
continuamente circundados de  
la gente que, abatida, busca en  
ellos el rostro del pastor. La  
gente se acerca y golpea a sus  
corazones. Ellos deben dar de  
comer a la multitud y el  
alimento de Dios no es nunca  
una propiedad de la cual se  
puede disponer sin más. Al  
contrario, proviene solamente  
de la indigencia puesta en  
contacto con la bondad divina.  
Despedir a la muchedumbre y  
alimentarse con lo poco que  
uno puede indebidamente  
apropiarse es una tentación

permanente (cf. *Lc 9,13*). Vigilen por tanto sobre las raíces espirituales de sus sacerdotes. Condúzcanlos continuamente a aquella *Cesarea de Filipo* donde, desde los orígenes del *Jordán* de cada uno, puedan sentir de nuevo la pregunta de Jesús: *¿Quién soy yo para ti?* Y la razón del gradual deterioro que muchas veces lleva a la muerte del discípulo siempre está en un corazón que ya no puede responder: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (cf. *Mt 16,13-16*). De aquí se



debilita el coraje de la irreversibilidad del don de sí, y deriva también la desorientación interior, el cansancio de un corazón que ya no sabe acompañar al Señor en su camino hacia Jerusalén. Cuiden especialmente, por favor, el itinerario formativo de sus sacerdotes, desde el nacimiento de la llamada de Dios en sus corazones. La nueva *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, recientemente publicada, es un valioso recurso, aún por aplicar, para que la Iglesia colombiana

esté a la altura del don de Dios que nunca ha dejado de llamar al sacerdocio a tantos de sus hijos.

No descuiden, por favor, la vida de los consagrados y consagradas. Ellos y ellas constituyen la bofetada kerigmática a toda mundanidad y son llamados a quemar cualquier resaca de valores mundanos en el fuego de las bienaventuranzas vividas sin glosa y en el total abajamiento de sí mismos en el servicio. Por favor, no los consideren como «recursos de utilidad» para las

obras apostólicas; más bien, sepan ver en ellos el grito del amor consagrado de la Esposa: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

Reserven la misma preocupación formativa a sus laicos, de los cuales depende no sólo la solidez de las comunidades de fe, sino gran parte de la presencia de la Iglesia en el ámbito de la cultura, de la política, de la economía. Formar en la Iglesia significa ponerse en contacto con la fe viviente de la Comunidad viva, introducirse

en un patrimonio de experiencias y de respuestas que suscita el Espíritu Santo, porque es Él quien enseña todas las cosas (cf. *Jn* 14,26). Y antes de concluir —estoy un poco largo ya—, un pensamiento quisiera dirigir a los desafíos de la Iglesia en la Amazonia, región de la cual con razón están orgullosos, porque es parte esencial de la maravillosa biodiversidad de este País. La Amazonia es para todos nosotros una prueba decisiva para verificar si nuestra sociedad, casi siempre

reducida al materialismo y pragmatismo, está en grado de custodiar lo que ha recibido gratuitamente, no para desvalijarlo, sino para hacerlo fecundo. Pienso, sobre todo, en la arcana sabiduría de los pueblos indígenas amazónicos y me pregunto si somos aún capaces de aprender de ellos la sacralidad de la vida, el respeto por la naturaleza, la conciencia de que no solamente la razón instrumental es suficiente para colmar la vida del hombre y responder a sus más inquietantes interrogantes.

Por esto los invito a no abandonar a sí misma la Iglesia en Amazonia. La consolidación de un rostro amazónico para la Iglesia que peregrina aquí es un desafío de todos ustedes, que depende del creciente y consciente apoyo misionero de todas las diócesis colombianas y de su entero clero. He escuchado que en algunas lenguas nativas amazónicas para referirse a la palabra «amigo» se usa la expresión «mi otro brazo». Sean por lo tanto el otro brazo de la Amazonia. Colombia no la

puede amputar sin ser mutilada en su rostro y en su alma.

*Queridos hermanos:*

Los invito ahora a dirigirnos espiritualmente a *Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, cuya imagen han tenido la delicadeza de traer de su Santuario a la magnífica Catedral de esta ciudad para que también yo la pudiera contemplar.

Como bien saben, Colombia no puede darse a sí misma la verdadera *Renovación* a la que aspira, sino que ésta viene concedida desde lo alto.

Supliquémosla al Señor, pues,  
por medio de la Virgen.

Y así como en Chiquinquirá  
Dios ha renovado el esplendor  
del rostro de su Madre, que Él  
siga iluminando con su celestial  
luz el rostro de este entero País  
y bendiga a la Iglesia de  
Colombia con su benévola  
compañía, y los bendiga a  
ustedes, a quienes les  
agradezco todo lo que hacen.  
Gracias.



7 de septiembre de 2017.

Discurso en el encuentro con el comité directivo del CELAM.

Nunciatura apostólica, Bogotá.

Jueves.

Viaje apostólico del Papa

Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

Queridos hermanos, gracias por este encuentro y por las cálidas palabras de bienvenida del Presidente de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano. De no haber

sido por las exigencias de la agenda, muy apretada, hubiera querido encontrarlos en la sede del CELAM. Les agradezco la delicadeza de estar aquí en este momento.

Agradezco el esfuerzo que hacen para transformar esta Conferencia Episcopal continental en una casa al servicio de la comunión y de la misión de la Iglesia en América Latina; en un centro propulsor de la conciencia discipular y misionera; en una referencia vital para la comprensión y la profundización de la *catolicidad*

*latinoamericana*, delineada gradualmente por este organismo de comunión durante décadas de servicio. Y hago propicia la ocasión para animar los recientes esfuerzos con el fin de expresar esta solicitud colegial mediante el *Fondo de Solidaridad de la Iglesia Latinoamericana*.

Hace cuatro años, en Río de Janeiro, tuve ocasión de hablarles sobre la herencia pastoral de Aparecida, último acontecimiento sinodal de la Iglesia Latinoamericana y del Caribe. En aquel momento

subrayaba la permanente necesidad de aprender de su método, sustancialmente compuesto por la participación de las Iglesias locales y en sintonía con los peregrinos que caminan en busca del rostro humilde de Dios que quiso manifestarse en la *Virgen pescada en las aguas*, y que se prolonga en la *misión continental* que quiere ser, no la suma de iniciativas programáticas que llenan agendas y también desperdician energías preciosas, sino el esfuerzo para

poner la misión de Jesús en el corazón de la misma Iglesia, transformándola en criterio para medir la eficacia de las estructuras, los resultados de su trabajo, la fecundidad de sus ministros y la alegría que ellos son capaces de suscitar. Porque sin alegría no se atrae a nadie. Me detuve entonces en las tentaciones, todavía presentes, de la ideologización del mensaje evangélico, del funcionalismo eclesial y del clericalismo, porque está siempre en juego la salvación que nos trae Cristo. Esta debe

llegar con fuerza al corazón del hombre para interpelar su libertad, invitándolo a un éxodo permanente desde la propia autorreferencialidad hacia la comunión con Dios y con los demás hermanos.

Dios, al hablar en Jesús al hombre, no lo hace con un vago reclamo como a un forastero, ni con una convocación impersonal como lo haría un notario, ni con una declaración de preceptos a cumplir como lo hace cualquier funcionario de lo sacro. Dios habla con la inconfundible voz

del Padre al hijo, y respeta su misterio porque lo ha formado con sus mismas manos y lo ha destinado a la plenitud. Nuestro mayor desafío como Iglesia es hablar al hombre como portavoz de esta intimidad de Dios, que lo considera hijo, aun cuando reniegue de esa paternidad, porque para Él somos siempre hijos reencontrados.

No se puede, por tanto, reducir el Evangelio a un programa al servicio de un gnosticismo de moda, a un proyecto de ascenso social o a una

concepción de la Iglesia como una burocracia que se autobeneficia, como tampoco esta se puede reducir a una organización dirigida, con modernos criterios empresariales, por una casta clerical.

La Iglesia es la comunidad de los discípulos de Jesús; la Iglesia es Misterio (cf. *Lumen Gentium*, 5) y Pueblo (cf. *ibíd.*, 9), o mejor aún: en ella se realiza el Misterio a través del Pueblo de Dios.

Por eso insistí sobre el discipulado misionero como un



llamado divino para este hoy  
tenso y complejo,  
un *permanente salir* con Jesús  
para conocer cómo y dónde  
vive el Maestro. Y mientras  
salimos en su compañía  
conocemos la voluntad del  
Padre, que siempre nos espera.  
Sólo una Iglesia Esposa, Madre,  
Sierva, que ha renunciado a la  
pretensión de controlar aquello  
que no es su *obra* sino la de  
Dios, puede permanecer con  
Jesús aun cuando su nido y su  
resguardo es la cruz.  
Cercanía y encuentro. Cercanía  
y encuentro son los

instrumentos de Dios que, en Cristo, se ha acercado y nos ha encontrado siempre. El misterio de la Iglesia es realizarse como sacramento de esta divina cercanía y como lugar permanente de este encuentro. De ahí la necesidad de la cercanía del obispo a Dios, porque en Él se halla la fuente de la libertad y de la fuerza del corazón del pastor, así como de la cercanía al Pueblo Santo que le ha sido confiado. En esta cercanía el alma del apóstol aprende a hacer tangible la pasión de Dios por sus hijos.

*Aparecida* es un tesoro cuyo descubrimiento todavía está incompleto. Estoy seguro de que cada uno de ustedes descubre cuánto se ha enraizado su riqueza en las Iglesias que llevan en el corazón. Como los primeros discípulos enviados por Jesús en plan misionero, también nosotros podemos contar con entusiasmo *todo cuanto hemos hecho* (cf. *Mc 6,30*).

Sin embargo, es necesario estar atentos. Las realidades indispensables de la vida humana y de la Iglesia no son

nunca un monumento sino un patrimonio vivo. Resulta mucho más cómodo transformarlas en recuerdos de los cuales se celebran los aniversarios: ¡50 años de Medellín, 20 de *Ecclesia in America*, 10 de Aparecida! En cambio, es otra cosa: custodiar y hacer fluir la riqueza de tal patrimonio (*pater - munus*) constituyen el *munus* de nuestra paternidad episcopal hacia la Iglesia de nuestro continente.

Bien saben que la renovada conciencia, de que al inicio de todo está siempre el encuentro

con Cristo vivo, requiere que los discípulos cultiven la familiaridad con Él; de lo contrario el rostro del Señor se opaca, la misión pierde fuerza, la conversión pastoral retrocede. Orar y cultivar el trato con Él es, por tanto, la actividad más improrrogable de nuestra misión pastoral.

A sus discípulos, entusiastas de la misión cumplida, Jesús les dijo: «Vengan ustedes solos a un lugar deshabitado» (Mc 6,31). Nosotros necesitamos más todavía este *estar a solas con el*

*Señor* para reencontrar el corazón de la misión de la Iglesia en América Latina en sus actuales circunstancias. ¡Hay tanta dispersión interior y también exterior! Los múltiples acontecimientos, la fragmentación de la realidad, la instantaneidad y la velocidad del presente, podrían hacernos caer en la dispersión y en el vacío. Reencontrar la unidad es un imperativo.

¿Dónde está la unidad?

Siempre en Jesús. Lo que hace permanente la misión no es el entusiasmo que inflama el

corazón generoso del misionero, aunque siempre es necesario; más bien es la compañía de Jesús mediante su Espíritu. Si no salimos con Él en la misión pronto perderíamos el camino, arriesgándonos a confundir nuestras necesidades vacuas con su causa. Si la razón de nuestro salir no es Él será fácil desanimarse en medio de la fatiga del camino, o frente a la resistencia de los destinatarios de la misión, o ante los cambiantes escenarios de las circunstancias que marcan la

historia, o por el cansancio de los pies debido al insidioso desgaste causado por el *enemigo*.

No forma parte de la misión ceder al desánimo cuando, quizás, habiendo pasado el entusiasmo de los inicios, llega el momento en el que tocar la carne de Cristo se vuelve *muy duro*. En una situación como esta, Jesús no alienta nuestros miedos. Y como bien sabemos que a ningún otro podemos ir, porque sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn 6,68*), es necesario en consecuencia,



profundizar nuestra elección. ¿Qué significa concretamente salir con Jesús en misión hoy en América Latina? El adverbio «concretamente» no es un detalle de estilo literario, más bien pertenece al núcleo de la pregunta. El Evangelio es siempre concreto, jamás un ejercicio de estériles especulaciones. Conocemos bien la recurrente tentación de perderse en el bizantinismo de los *doctores de la ley*, de preguntarse hasta qué punto se puede llegar sin perder el control del propio territorio

demarcado o del presunto poder que los límites prometen. Mucho se ha hablado sobre *la Iglesia en estado permanente de misión*. Salir con Jesús es la condición para tal realidad. Salir, sí, pero con Jesús. El Evangelio habla de Jesús que, habiendo salido del Padre, recorre con los suyos los campos y los poblados de Galilea. No se trata de un recorrido inútil del Señor. Mientras camina, encuentra; cuando encuentra, se acerca; cuando se acerca, habla; cuando habla, toca con su

poder; cuando toca, cura y salva. Llevar al Padre a cuantos encuentra es la meta de su *permanente salir*, sobre el cual debemos reflexionar continuamente y hacer un examen de conciencia. La Iglesia debe reapropiarse de los verbos que el Verbo de Dios conjuga en su divina misión. Salir para encontrar, sin pasar de largo; reclinarse sin desidia; tocar sin miedo. Se trata de que se metan día a día en el trabajo de *campo*, allí donde vive el Pueblo de Dios que les ha sido confiado. No nos es

lícito dejarnos paralizar por el aire acondicionado de las oficinas, por las estadísticas y las estrategias abstractas. Es necesario dirigirse al hombre en su situación concreta; de él no podemos apartar la mirada. La misión se realiza siempre *cuerpo a cuerpo*.

## **Una Iglesia capaz de ser sacramento de unidad**

¡Se ve tanta dispersión en nuestro entorno! Y no me refiero solamente a la de la rica diversidad que siempre ha caracterizado el continente, sino a las dinámicas de

disgregación. Hay que estar atentos para no dejarse atrapar en estas trampas. La Iglesia no está en América Latina como si tuviera las maletas en la mano, lista para partir después de haberla saqueado, como han hecho tantos a lo largo del tiempo. Quienes obran así miran con sentido de superioridad y desprecio su rostro mestizo; pretenden colonizar su alma con las mismas fallidas y recicladas fórmulas sobre la visión del hombre y de la vida, repiten iguales recetas matando

al *paciente* mientras  
enriquecen a los *médicos* que  
los mandan; ignoran las  
razones profundas que habitan  
en el corazón de su pueblo y  
que lo hacen fuerte  
exactamente en sus sueños, en  
sus mitos, a pesar de los  
numerosos desencantos y  
fracasos; manipulan  
políticamente y traicionan sus  
esperanzas, dejando detrás de  
sí tierra quemada y el terreno  
pronto para el eterno retorno  
de lo mismo, aun cuando se  
vuelva a presentar con vestido  
nuevo. Hombres y utopías

fuertes han prometido soluciones mágicas, respuestas instantáneas, efectos inmediatos. La Iglesia, sin pretensiones humanas, respetuosa del rostro multiforme del continente, que considera no una desventaja sino una perenne riqueza, debe continuar prestando el humilde servicio al verdadero bien del hombre latinoamericano. Debe trabajar sin cansarse para construir puentes, abatir muros, integrar la diversidad, promover la cultura del encuentro y del diálogo, educar

al perdón y a la reconciliación,  
al sentido de justicia, al  
rechazo de la violencia y al  
coraje de la paz. Ninguna  
construcción duradera en  
América Latina puede  
prescindir de este fundamento  
invisible pero esencial.

La Iglesia conoce como pocos  
aquella unidad sapiencial que  
precede cualquier realidad en  
América Latina. Convive  
cotidianamente con aquella  
reserva moral sobre la que se  
apoya el edificio existencial del  
continente. Estoy seguro de  
que mientras estoy hablando



de esto ustedes podrían darle nombre a esta realidad. Con ella debemos dialogar continuamente. No podemos perder el contacto con este sustrato moral, con este *humus* vital que reside en el corazón de nuestra gente, en el que se percibe la mezcla casi indistinta, pero al mismo tiempo elocuente, de su rostro mestizo: no únicamente indígena, ni hispánico, ni lusitano, ni afroamericano, sino mestizo, ¡latinoamericano!  
*Guadalupe y Aparecida* son manifestaciones programáticas

de esta creatividad divina. Bien sabemos que esto está en la base sobre la que se apoya la religiosidad popular de nuestro pueblo; es parte de su singularidad antropológica; es un don con el que Dios se ha querido dar a conocer a nuestra gente. Las páginas más luminosas de la historia de nuestra Iglesia han sido escritas precisamente cuando se ha sabido nutrir de esta riqueza, hablar a este corazón recóndito que palpita custodiando, como un pequeño fueguito encendido bajo las

aparentes cenizas, el sentido de Dios y de su trascendencia, la sacralidad de la vida, el respeto por la creación, los lazos de solidaridad, la alegría de vivir, la capacidad de ser feliz sin condiciones.

Para hablar a esta alma que es profunda, para hablar a la Latinoamérica profunda, a la Iglesia no le queda otro camino que aprender continuamente de Jesús. Dice el Evangelio que hablaba *sólo en parábolas* (cf. Mc 4,34).

Imágenes que involucran y hacen partícipes, que

transforman a los oyentes de su Palabra en personajes de sus divinos relatos. El santo Pueblo fiel de Dios en América Latina no comprende otro lenguaje sobre Él. Estamos invitados a salir en misión no con conceptos fríos que se contentan con lo posible, sino con imágenes que continuamente multiplican y despliegan sus fuerzas en el corazón del hombre, transformándolo en grano sembrado en tierra buena, en levadura que incrementa su capacidad de hacer pan de la

masa, en semilla que esconde la potencia del árbol fecundo.

## **Una Iglesia capaz de ser sacramento de esperanza**

Muchos se lamentan de cierto déficit de esperanza en la América Latina actual. A nosotros no nos está consentida la

«quejumbrosidad», porque la esperanza que tenemos viene de lo alto. Además, bien sabemos que el corazón latinoamericano ha sido amaestrado por la esperanza. Como decía un cantautor brasileño «*a esperança è*

*equilibrista; dança na corda bamba de sombrinha»* (João Bosco, *O Bêbado e a Equilibrista*). Cuidado. Y cuando se piensa que se ha acabado, hela aquí nuevamente donde nosotros menos la esperabamos. Nuestro pueblo ha aprendido que ninguna desilusión es suficiente para doblegarlo. Sigue al Cristo flagelado y manso, sabe desensillar hasta que aclare y permanece en la esperanza de su victoria, porque —en el fondo— tiene conciencia que no pertenece totalmente a este

mundo.

Es indudable que la Iglesia en estas tierras es particularmente un sacramento de esperanza, pero es necesario vigilar sobre la concretización de esta esperanza. Tanto más trascendente cuanto más debe transformar el rostro inmanente de aquellos que la poseen. Les ruego que vigilen sobre la concretización de la esperanza y consiéntanme recordarles algunos de sus rostros ya visibles en esta Iglesia latinoamericana.

**La esperanza en América**

## **Latina tiene un rostro joven**

Se habla con frecuencia de los jóvenes —se declaman estadísticas sobre el continente del futuro—, algunos ofrecen noticias sobre su presunta decadencia y sobre cuánto estén adormilados, otros aprovechan de su potencial para consumir, no pocos les proponen el rol de peones del tráfico de la droga y de la violencia. No se dejen capturar por tales caricaturas sobre sus jóvenes. Mírenlos a los ojos, busquen en ellos el coraje de la esperanza. No es verdad que



estén listos para repetir el pasado. Ábranles espacios concretos en las Iglesias particulares que les han sido confiadas, inviertan tiempo y recursos en su formación. Propongan programas educativos incisivos y objetivos pidiéndoles, como los padres le piden a los hijos, el resultado de sus potencialidades y educando su corazón en la alegría de la profundidad, no de la superficialidad. No se conformen con retóricas u opciones escritas en los planes pastorales jamás puestos en

práctica.

He escogido Panamá, el istmo de este continente, para la Jornada Mundial de la Juventud del 19 que será celebrada siguiendo el ejemplo de la Virgen que proclama: «He aquí la sierva» y «se cumpla en mí» (Lc 1,38). Estoy seguro de que en todos los jóvenes se esconde un istmo, en el corazón de todos nuestros chicos hay un *pequeño y alargado pedazo de terreno* que se puede recorrer para conducirlos hacia un futuro que sólo Dios conoce y a Él le pertenece. Toca a

nosotros presentarles grandes propuestas para despertar en ellos el coraje de arriesgarse junto a Dios y de hacerlos, como la Virgen, disponibles.

## **La esperanza en América Latina tiene un rostro femenino**

No es necesario que me alargue para hablar del rol de la mujer en nuestro continente y en nuestra Iglesia. De sus labios hemos aprendido la fe; casi con la leche de sus senos hemos adquirido los rasgos de nuestra alma mestiza y la inmunidad frente a cualquier

desesperación. Pienso en las madres indígenas o morenas, pienso en las mujeres de la ciudad con su triple turno de trabajo, pienso en las abuelas catequistas, pienso en las consagradas y en las tan discretas artesanas del bien. Sin las mujeres la Iglesia del continente perdería la fuerza de renacer continuamente. Son las mujeres quienes, con meticulosa paciencia, encienden y reencienden la llama de la fe. Es un serio deber comprender, respetar, valorizar, promover la fuerza

eclesial y social de cuanto realizan. Acompañaron a Jesús misionero; no se retiraron del pie de la cruz; en soledad esperaron que la noche de la muerte devolviese al Señor de la vida; inundaron el mundo con el anuncio de su presencia resucitada. Si queremos una nueva y vivaz etapa de la fe en este continente, no la vamos a obtener sin las mujeres. Por favor, no pueden ser reducidas a siervas de nuestro recalcitrante clericalismo; ellas son, en cambio, protagonistas en la Iglesia latinoamericana;

en su salir con Jesús; en su perseverar, incluso en el sufrimiento de su Pueblo; en su aferrarse a la esperanza que vence a la muerte; en su alegre modo de anunciar al mundo que Cristo está vivo, y ha resucitado.

## **La esperanza en América Latina pasa a través del corazón, la mente y los brazos de los laicos**

Quisiera reiterar lo que recientemente he dicho a la Pontificia Comisión para América Latina. Es un imperativo superar el

clericalismo que infantiliza a los *Christifideles laici* y empobrece la identidad de los ministros ordenados.

Si bien se invirtió mucho esfuerzo y algunos pasos han sido dados, los grandes desafíos del continente permanecen sobre la mesa y continúan esperando la concretización serena, responsable, competente, visionaria, articulada, consciente, de un laicado cristiano que, como creyente, esté dispuesto a contribuir en los procesos de un auténtico desarrollo humano,

en la consolidación de la democracia política y social, en la superación estructural de la pobreza endémica, en la construcción de una prosperidad inclusiva fundada en reformas duraderas y capaces de preservar el bien social, en la superación de la desigualdad y en la custodia de la estabilidad, en la delineación de modelos de desarrollo económico sostenibles que respeten la naturaleza y el verdadero futuro del hombre, que no se resuelve con el consumismo desmesurado, así



como también en el rechazo de la violencia y la defensa de la paz.

Y algo más: en este sentido, la esperanza debe siempre mirar al mundo con los ojos de los pobres y desde la situación de los pobres. Ella es pobre como el grano de trigo que muere (cf. *Jn 12,24*), pero tiene la fuerza de diseminar los planes de Dios.

La riqueza autosuficiente con frecuencia priva a la mente humana de la capacidad de ver, sea la realidad del desierto sea los oasis escondidos. Propone

respuestas de manual y repite certezas de *talkshows*; balbucea la proyección de sí misma, vacía, sin acercarse mínimamente a la realidad. Estoy seguro que en este difícil y confuso pero provisorio momento que vivimos, las soluciones para los problemas complejos que nos desafían nacen de la sencillez cristiana que se esconde a los poderosos y se muestra a los humildes: la limpieza de la fe en el Resucitado, el calor de la comunión con Él, la fraternidad, la generosidad y la

solidaridad concreta que también brota de la amistad con Él.

Todo esto lo quisiera resumir en una frase que les dejo como síntesis, síntesis y recuerdo de este encuentro: *Si queremos servir desde el CELAM, a nuestra América Latina, lo tenemos que hacer con pasión.* Hoy hace falta pasión. Poner el corazón en todo lo que hagamos, pasión de joven enamorado y de anciano sabio, pasión que transforma las ideas en utopías viables, pasión en el trabajo de nuestras manos,

pasión que nos convierte en continuos peregrinos en nuestras Iglesias como — permítanme recordarlo— santo Toribio de Mogrovejo, que no se *instaló* en su sede: de 24 años de episcopado, 18 los pasó entre los pueblos de su diócesis. Hermanos, por favor, les pido pasión, pasión evangelizadora.

A ustedes, hermanos obispos del CELAM, a las Iglesias locales que representan y al entero pueblo de América Latina y del Caribe, los confío a la protección de la Virgen,

invocada con los nombres de Guadalupe y Aparecida, con la serena certeza de que Dios, que ha hablado a este continente con el rostro mestizo y moreno de su Madre, no dejará de hacer resplandecer su benigna luz en la vida de todos. Gracias.

7 de septiembre de 2017.  
Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa.

Parque Simón Bolívar, Bogotá.

Jueves.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

**“Constructores de la paz,  
promotores de la vida”**

El Evangelista recuerda que el  
llamado de los primeros  
discípulos fue a orillas del lago

de Genesaret, allí donde la gente se aglutinaba para escuchar una voz capaz de orientarlos e iluminarlos; y también es el lugar donde los pescadores cierran sus fatigosas jornadas, en las que buscan el sustento para llevar una vida sin penurias, una vida digna y feliz. Es la única vez en todo el Evangelio de Lucas en la que Jesús predica junto al llamado mar de Galilea. En el mar abierto se confunden la esperada fecundidad del trabajo con la frustración por la inutilidad de los esfuerzos

vanos. Y según una antigua lectura cristiana, el mar también representa la inmensidad donde conviven todos los pueblos. Finalmente, por su agitación y oscuridad, evoca todo aquello que amenaza la existencia humana y que tiene el poder de destruirla.

Nosotros usamos expresiones similares para definir multitudes: una marea humana, un mar de gente. Ese día, Jesús tiene detrás de sí, el mar y frente a Él, una multitud que lo ha seguido porque sabe



de su conmoción ante el dolor humano... y de sus palabras justas, profundas, certeras. Todos ellos vienen a escucharlo, la Palabra de Jesús tiene algo especial que no deja indiferente a nadie; su Palabra tiene poder para convertir corazones, cambiar planes y proyectos. Es una Palabra probada en la acción, no es una conclusión de escritorio, de acuerdos fríos y alejados del dolor de la gente, por eso es una Palabra que sirve tanto para la seguridad de la orilla como para la fragilidad del mar.

Esta querida ciudad, Bogotá, y este hermoso País, Colombia, tienen mucho de estos escenarios humanos presentados por el Evangelio. Aquí se encuentran multitudes anhelantes de una palabra de vida, que ilumine con su luz todos los esfuerzos y muestre el sentido y la belleza de la existencia humana. Estas multitudes de hombres y mujeres, niños y ancianos habitan una tierra de inimaginable fecundidad, que podría dar frutos para todos. Pero también aquí, como en

otras partes, hay densas tinieblas que amenazan y destruyen la vida: las tinieblas de la injusticia y de la inequidad social; las tinieblas corruptoras de los intereses personales o grupales, que consumen de manera egoísta y desafortunada lo que está destinado para el bienestar de todos; las tinieblas del irrespeto por la vida humana que siega a diario la existencia de tantos inocentes, cuya sangre clama al cielo; las tinieblas de la sed de venganza y del odio que mancha con

sangre humana las manos de quienes se toman la justicia por su cuenta; las tinieblas de quienes se vuelven insensibles ante el dolor de tantas víctimas. A todas esas tinieblas Jesús las disipa y destruye con su mandato en la barca de Pedro: «Navega mar adentro» (Lc 5,4).

Nosotros podemos enredarnos en discusiones interminables, sumar intentos fallidos y hacer un elenco de esfuerzos que han terminado en nada; pero igual que Pedro, sabemos qué significa la experiencia de

trabajar sin ningún resultado. Esta Nación también sabe de ello, cuando por un período de 6 años, allá al comienzo, tuvo 16 presidentes y pagó caro sus divisiones («la patria boba»); también la Iglesia de Colombia sabe de trabajos pastorales vanos e infructuosos, pero como Pedro, también somos capaces de confiar en el Maestro, cuya palabra suscita fecundidad incluso allí donde la inhospitalidad de las tinieblas humanas hace infructuosos tantos esfuerzos y fatigas. Pedro es el hombre que acoge

decidido la invitación de Jesús, que lo deja todo y lo sigue, para transformarse en nuevo pescador, cuya misión consiste en llevar a sus hermanos al Reino de Dios, donde la vida se hace plena y feliz.

Pero el mandato de echar las redes no está dirigido sólo a Simón Pedro; a él le ha tocado navegar mar adentro, como aquellos en vuestra patria que han visto primero lo que más urge, aquellos que han tomado iniciativas de paz, de vida.

Echar las redes entraña responsabilidad. En Bogotá y

en Colombia peregrina una inmensa comunidad, que está llamada a convertirse en una red vigorosa que congregue a todos en la unidad, trabajando en la defensa y en el cuidado de la vida humana, particularmente cuando es más frágil y vulnerable: en el seno materno, en la infancia, en la vejez, en las condiciones de discapacidad y en las situaciones de marginación social. También multitudes que viven en Bogotá y en Colombia pueden llegar a ser verdaderas comunidades vivas, justas y

fraternas si escuchan y acogen la Palabra de Dios. En estas multitudes evangelizadas surgirán muchos hombres y mujeres convertidos en discípulos que, con un corazón verdaderamente libre, sigan a Jesús; hombres y mujeres capaces de amar la vida en todas sus etapas, de respetarla, de promoverla.

Y como los Apóstoles, hace falta llamarnos unos a los otros, hacernos señas, como los pescadores, volver a considerarnos hermanos, compañeros de camino, socios



de esta empresa común que es la patria. Bogotá y Colombia son, al mismo tiempo, orilla, lago, mar abierto, ciudad por donde Jesús ha transitado y transita, para ofrecer su presencia y su palabra fecunda, para sacar de las tinieblas y llevarnos a la luz y a la vida. Llamar a otros, a todos, para que nadie quede al arbitrio de las tempestades; subir a la barca a todas las familias, ellas son santuarios de vida; hacer lugar al bien común por encima de los intereses mezquinos o particulares, cargar a los más

frágiles promoviendo sus derechos.

Pedro experimenta su pequeñez, experimenta lo inmenso de la Palabra y el accionar de Jesús; Pedro sabe de sus fragilidades, de sus idas y venidas, como también lo sabemos nosotros, como lo sabe la historia de violencia y división de vuestro pueblo que no siempre nos ha encontrado compartiendo la barca, tempestad, infortunios. Pero al igual que a Simón, Jesús nos invita a ir mar adentro, nos impulsa al riesgo compartido,

no tengan miedo de arriesgar juntos, nos invita a dejar nuestros egoísmos y a seguirlo. A perder miedos que no vienen de Dios, que nos inmovilizan y retardan la urgencia de *ser constructores de la paz, promotores de la vida*. Navega mar adentro, dice Jesús. Y los discípulos se hicieron señas para juntarse todos en la barca. Que así sea para este pueblo.

7 de septiembre de 2017.  
Palabras en la nunciatura  
apostólica.

Nunciatura apostólica (Bogotá)

Jueves.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

**Palabras improvisadas  
durante el encuentro con  
niños y personas con  
discapacidad**

Buenas tardes y gracias,  
gracias por las cosas lindas,

gracias por el baile, gracias por el canto, gracias por estar aquí todos. Muchas gracias.

María dijo una cosa tan linda, que lo humano se ve más cuando... repítelo ... linda María, léelo, quiero que te escuchen de nuevo, sólo esta parte que te digo.

**Niña:** "Queremos un mundo en el que la vulnerabilidad sea reconocida como esencial en lo humano. Que lejos de debilitarnos nos fortalece y dignifica. Un lugar de encuentro común que nos humaniza".

Todo esto es su mensaje, un mundo en que la vulnerabilidad sea considerada como la esencia de lo humano... Porque todos somos vulnerables, todos. Adentro en los sentimientos, tantas cosas que ya no funcionan adentro, pero nadie las ve. Y otras las ven, todos. Y necesitamos que esa vulnerabilidad sea respetada, acariciada, curada en la medida de lo posible, y que dé frutos para los demás. Somos vulnerables todos. ¿Linda María te animas a responder una pregunta? ¿quién es la única

persona que no es vulnerable?

**Niña:** "Dios".

¡Dios! Dios es el único no vulnerable, todos los demás somos vulnerables, en algunos se ve, en otros no se ve. Pero es la esencia de lo humano esa necesidad de ser sostenido por Dios, todos. Por eso no se debe, no se puede descartar a nadie, ¿está claro? Porque cada uno de nosotros es un tesoro, que se ofrece a Dios, para que Dios lo haga crecer según su manera.

Gracias por el testimonio que dan. Gracias por tu palabra.

Vamos, antes de irnos, vamos a rezar juntos un avemaría y les doy la bendición.

“Ave María...”

Y por favor no se olviden de rezar por mí porque yo soy muy vulnerable.



8 de septiembre de 2017.  
Palabras a las fuerzas  
armadas y a la policía de  
Colombia.

Aeropuerto militar  
CATAM (Bogotá)

Viernes.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

*Buenos días,*  
quiero agradecerles esta  
presencia de ustedes aquí.  
Agradecerles también todo lo

que han hecho, lo que hacen y lo que seguirán haciendo en estos días durante mi visita. Trabajo añadido. Pero, sobre todo, quiero agradecerles lo que han hecho y lo que hacen por la paz poniendo en juego la vida. Y eso es lo que hizo Jesús: nos pacificó con el Padre, puso en juego su vida y la entregó. Esto los hermana más a Jesús: arriesgar para hacer paz, para lograr paz. Gracias de corazón por todo esto. ¡Gracias!

Y ojalá que puedan ver consolidada la paz en este país

que se lo merece.

Y ahora, todos juntos, les pido que recemos en silencio por todos los caídos y por todos los que quedaron heridos, algunos que están aquí entre nosotros. Recemos un instante en silencio y después un Ave María a la Virgen.

[Ave María...]

[Bendición apostólica]

Y por favor, les pido que recen por mí, no se olviden. Gracias.

8 de septiembre de 2017.  
Palabras durante el gran  
encuentro de oración por la  
reconciliación nacional.

Parque Las Malocas  
(Villavicencio)

Viernes.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Desde el primer día deseaba  
que llegara este momento de

nuestro encuentro. Ustedes llevan en su corazón y en su carne huellas, las huellas de la historia viva y reciente de su pueblo, marcada por eventos trágicos pero también llena de gestos heroicos, de gran humanidad y de alto valor espiritual de fe y esperanza. Los hemos escuchado. Vengo aquí con respeto y con una conciencia clara de estar, como Moisés, pisando un terreno sagrado (cf. *Ex 3,5*). Una tierra regada con la sangre de miles de víctimas inocentes y el dolor desgarrador de sus familiares y

conocidos. Heridas que cuesta cicatrizar y que nos duelen a todos, porque cada violencia cometida contra un ser humano es una herida en la carne de la humanidad; cada muerte violenta nos disminuye como personas.

Y estoy aquí no tanto para hablar yo sino para estar cerca de ustedes, mirarlos a los ojos, para escucharlos, abrir mi corazón a vuestro testimonio de vida y de fe. Y si me lo permiten, desearía también abrazarlos y, si Dios me da la gracia, porque es una gracia,

quisiera llorar con ustedes,  
quisiera que recemos juntos y  
que nos perdonemos —yo  
también tengo que pedir  
perdón— y que así, todos  
juntos, podamos mirar y  
caminar hacia delante con fe y  
esperanza.

Nos reunimos a los pies del  
Crucificado de Bojayá, que el 2  
de mayo de 2002 presenció y  
sufrió la masacre de decenas de  
personas refugiadas en su  
iglesia. Esta imagen tiene un  
fuerte valor simbólico y  
espiritual. Al mirarla  
contemplamos no sólo lo que

ocurrió aquel día, sino también tanto dolor, tanta muerte, tantas vidas rotas, tanta sangre derramada en la Colombia de los últimos decenios. Ver a Cristo así, mutilado y herido, nos interpela. Ya no tiene brazos y su cuerpo ya no está, pero conserva su rostro y con él nos mira y nos ama. Cristo roto y amputado, para nosotros es «más Cristo» aún, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir *por su* pueblo y *con su* pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última



palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia. Nos enseña a transformar el dolor en fuente de vida y resurrección, para que junto a Él y con Él aprendamos la fuerza del perdón, la grandeza del amor. Gracias a ustedes cuatro, hermanos nuestros que quisieron compartir su testimonio, en nombre de tantos y tantos otros. ¡Cuánto bien, parece egoísta, pero cuánto bien nos hace escuchar sus historias! Estoy conmovido. Son historias de sufrimiento y

amargura, pero también y, sobre todo, son historias de amor y perdón que nos hablan de vida y esperanza; de no dejar que el odio, la venganza o el dolor se apoderen de nuestro corazón.

El oráculo final del Salmo 85: «El amor y la verdad se encontrarán, la justicia y la paz se abrazarán» (*Sal* 85,11), es posterior a la acción de gracias y a la súplica donde se le pide a Dios: ¡Restáuranos! Gracias Señor por el testimonio de los que han infligido dolor y piden perdón; los que han sufrido

injustamente y perdonan. Eso sólo es posible con tu ayuda y con tu presencia. Eso ya es un signo enorme de que quieres restaurar la paz y la concordia en esta tierra colombiana.

Pastora Mira, tú lo has dicho muy bien: Quieres poner todo tu dolor, y el de miles de víctimas, a los pies de Jesús Crucificado, para que se una al de Él y así sea transformado en *bendición* y capacidad de *perdón* para romper el ciclo de violencia que ha imperado en Colombia. Y tienes razón: la violencia engendra violencia, el

odio engendra más odio, y la muerte más muerte. Tenemos que romper esa cadena que se presenta como ineludible, y eso sólo es posible con el perdón y la reconciliación concreta. Y tú, querida Pastora, y tantos otros como tú, nos han demostrado que esto es posible. Con la ayuda de Cristo, de Cristo vivo en medio de la comunidad es posible vencer el odio, es posible vencer la muerte, es posible comenzar de nuevo y alumbrar una Colombia nueva. Gracias, Pastora, qué gran bien nos haces hoy a todos con el

testimonio de tu vida. Es el crucificado de Bojayá quien te ha dado esa fuerza para perdonar y para amar, y para ayudarte a ver en la camisa que tu hija Sandra Paola regaló a tu hijo Jorge Aníbal, no sólo el recuerdo de sus muertes, sino la esperanza de que la paz triunfe definitivamente en Colombia. ¡Gracias, gracias! Nos conmueve también lo que ha dicho Luz Dary en su testimonio: que las heridas del corazón son más profundas y difíciles de curar que las del cuerpo. Así es. Y lo que es más

importante, te has dado cuenta de que no se puede vivir del rencor, de que sólo *el amor libera y construye*. Y de esta manera comenzaste a sanar también las heridas de otras víctimas, a reconstruir su dignidad. Este salir de ti misma te ha enriquecido, te ha ayudado a mirar hacia adelante, a encontrar paz y serenidad y además un motivo para seguir caminando. Te agradezco la muleta que ofreces. Aunque aún te quedan heridas, te quedan secuelas físicas de tus heridas, tu andar espiritual es

rápido y firme. Ese andar espiritual no necesita violen... [tdr. muletas]. Y es rápido y firme porque piensas en los demás -¡gracias!- y quieres ayudarles. Esta muleta tuya es un símbolo de esa otra muleta más importante, y que todos necesitamos, que es el amor y el perdón. Con tu amor y tu perdón estás ayudando a tantas personas a caminar en la vida, y a caminar rápidamente como tú. Gracias.

Quiero agradecer también el testimonio elocuente de Deisy y Juan Carlos. Nos hicieron

comprender que todos, al final,  
de un modo u otro,  
también *somos víctimas*,  
inocentes o culpables, pero  
todos víctimas. Los de un lado y  
los de otro, todos víctimas.  
Todos unidos en esa pérdida de  
humanidad que supone la  
violencia y la muerte. Deisy lo  
ha dicho claro: comprendiste  
que tú misma habías sido una  
víctima y tenías necesidad de  
que se te concediera una  
oportunidad. Cuando lo dijiste,  
esa palabra me resonó en el  
corazón. Y comenzaste a  
estudiar, y ahora trabajas para



ayudar a las víctimas y para que los jóvenes no caigan en las redes de la violencia y de la droga, que es otra forma de violencia. También hay esperanza para quien hizo el mal; no todo está perdido. Jesús vino para eso: hay esperanza para quien hizo el mal. Es cierto que en esa regeneración moral y espiritual del victimario la justicia tiene que cumplirse. Como ha dicho Deisy, se debe contribuir positivamente a sanar esa sociedad que ha sido lacerada por la violencia.

Resulta difícil aceptar el cambio de quienes apelaron a la violencia cruel para promover sus fines, para proteger negocios ilícitos y enriquecerse o para, engañosamente, creer estar defendiendo la vida de sus hermanos. Ciertamente es un reto para cada uno de nosotros confiar en que se pueda *dar un paso adelante* por parte de aquellos que infligieron sufrimiento a comunidades y a un país entero. Es cierto que en este enorme campo que es Colombia todavía hay espacio para la

cizaña. No nos engañemos. Ustedes estén atentos a los frutos, cuiden el trigo, no pierdan la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24). Aun cuando perduren conflictos, violencia o sentimientos de venganza, no

impidamos que la justicia y la misericordia se encuentren en un abrazo que asuma la historia de dolor de Colombia. Sanemos aquel dolor y acojamos a todo ser humano que cometió delitos, los reconoce, se arrepiente y se compromete a reparar, contribuyendo a la construcción del orden nuevo donde brille la justicia y la paz. Como ha dejado entrever en su testimonio Juan Carlos, en todo este proceso, largo, difícil, pero esperanzador de la reconciliación, resulta

indispensable también asumir la *verdad*. Es un desafío grande pero necesario. La verdad es una compañera inseparable de la justicia y de la misericordia. Las tres juntas son esenciales para construir la paz y, por otra parte, cada una de ellas impide que las otras sean alteradas y se transformen en instrumentos de venganza sobre quien es más débil. La verdad no debe, de hecho, conducir a la venganza, sino más bien a la reconciliación y al perdón. Verdad es contar a las familias desgarradas por el

dolor lo que ha ocurrido con sus parientes desaparecidos. Verdad es confesar qué pasó con los menores de edad reclutados por los actores violentos. Verdad es reconocer el dolor de las mujeres víctimas de violencia y de abusos. Quisiera, finalmente, como hermano y como padre, decir: Colombia, abre tu corazón de pueblo de Dios, déjate reconciliar. No le temas a la verdad ni a la justicia. Queridos colombianos: No tengan miedo a pedir y a ofrecer el perdón. No se resistan a la

reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios, y renunciar a las venganzas, y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno. Que podamos habitar en armonía y fraternidad, como desea el Señor. Pidámosle ser constructores de paz, que allá donde haya odio y

resentimiento, pongamos amor y misericordia (cf. *Oración atribuida a san Francisco de Asís*).

Y todas estas intenciones, los testimonios escuchados, las cosas que cada uno de ustedes sabe en su corazón, historias de décadas de dolor y sufrimiento, las quiero poner ante la imagen del crucificado, el Cristo negro de Bojayá:

\* \* \*

Oh Cristo negro de Bojayá,  
que nos recuerdas tu pasión y  
muerte;  
junto con tus brazos y pies



te han arrancado a tus hijos  
que buscaron refugio en ti.  
Oh Cristo negro de Bojayá,  
que nos miras con ternura  
y en tu rostro hay serenidad;  
palpita también tu corazón  
para acogernos en tu amor.  
Oh Cristo negro de Bojayá,  
haz que nos comprometamos  
a restaurar tu cuerpo.  
Que seamos tus pies para salir  
al encuentro  
del hermano necesitado;  
tus brazos para abrazar  
al que ha perdido su dignidad;  
tus manos para bendecir y  
consolar

al que llora en soledad.  
Haz que seamos testigos  
de tu amor y de tu infinita  
misericordia.

[Después de la oración:]

Hemos rezado a Jesús, al  
Cristo, al Cristo mutilado. Antes  
de darles la bendición les invito  
a rezar a nuestra Madre que  
tuvo el corazón atravesado de  
dolor.

[Ave María- Bendición]

8 de septiembre de 2017.  
Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa.

Catama, Villavicencio.

Viernes.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

**«Reconciliarse en Dios, con  
los colombianos y con la  
creación»**

iTu nacimiento, Virgen Madre

de Dios, es el nuevo amanecer que ha anunciado la alegría a todo el mundo, porque de ti nació el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios! (cf. Antífona del *Benedictus*). La festividad del nacimiento de María proyecta su luz sobre nosotros, así como se irradia la mansa luz del amanecer sobre la extensa llanura colombiana, bellísimo paisaje del que Villavicencio es su puerta, como también en la rica diversidad de sus pueblos indígenas.

María es el primer resplandor

que anuncia el final de la noche y, sobre todo, la cercanía del día. Su nacimiento nos hace intuir la iniciativa amorosa, tierna, compasiva, del amor con que Dios se inclina hasta nosotros y nos llama a una maravillosa alianza con Él que nada ni nadie podrá romper. María ha sabido ser transparencia de la luz de Dios y ha reflejado los destellos de esa luz en su casa, la que compartió con José y Jesús, y también en su pueblo, su nación y en esa casa común a toda la humanidad que es la

creación.

En el Evangelio hemos escuchado la genealogía de Jesús (cf. *Mt 1,1-17*), que no es una simple lista de nombres, sino historia viva, historia de un pueblo con el que Dios ha caminado y, al hacerse uno de nosotros, nos ha querido anunciar que por su sangre corre la historia de justos y pecadores, que nuestra salvación no es una salvación aséptica, de laboratorio, sino concreta, una salvación de vida que camina. Esta larga lista nos dice que somos parte pequeña

de una extensa historia y nos ayuda a no pretender protagonismos excesivos, nos ayuda a escapar de la tentación de espiritualismos evasivos, a no abstraernos de las coordenadas históricas concretas que nos toca vivir.

También integra en nuestra historia de salvación aquellas páginas más oscuras o tristes, los momentos de desolación y abandono comparables con el destierro.

La mención de las mujeres — ninguna de las aludidas en la genealogía tiene la jerarquía de

las grandes mujeres del Antiguo Testamento— nos permite un acercamiento especial: son ellas, en la genealogía, las que anuncian que por las venas de Jesús corre sangre pagana, las que recuerdan historias de postergación y sometimiento. En comunidades donde todavía arrastramos estilos patriarcales y machistas es bueno anunciar que el Evangelio comienza subrayando mujeres que marcaron tendencia e hicieron historia.

Y en medio de eso, Jesús, María



y José. María con su generoso sí permitió que Dios se hiciera cargo de esa historia. José, hombre justo, no dejó que el orgullo, las pasiones y los celos lo arrojaran fuera de esa luz. Por la forma en que está narrado, nosotros sabemos antes que José lo que le ha sucedido a María, y él toma decisiones mostrando su calidad humana antes de ser ayudado por el ángel y llegar a comprender todo lo que sucedía a su alrededor. La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley;

y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio. Este pueblo de Colombia es pueblo de Dios; también aquí podemos hacer genealogías llenas de historias, muchas de amor y de luz; otras de desencuentros, agravios,

también de muerte. ¡Cuántos de ustedes pueden narrar destierros y desolaciones!, ¡cuántas mujeres, desde el silencio, han perseverado solas y cuántos hombres de bien han buscado dejar de lado enconos y rencores, queriendo combinar justicia y bondad! ¿Cómo haremos para dejar que entre la luz? ¿Cuáles son los caminos de reconciliación? Como María, decir sí a la historia completa, no a una parte; como José, dejar de lado pasiones y orgullos; como Jesucristo, hacernos cargo, asumir, abrazar

esa historia, porque ahí están ustedes, todos los colombianos, ahí está lo que somos y lo que Dios puede hacer con nosotros si decimos sí a la verdad, a la bondad, a la reconciliación. Y esto sólo es posible si llenamos de la luz del Evangelio nuestras historias de pecado, violencia y desencuentro.

La reconciliación no es una palabra que debemos considerar abstracta; si esto fuera así, sólo traería esterilidad, traería más distancia. Reconciliarse es abrir una puerta a todas y a cada

una de las personas que han vivido la dramática realidad del conflicto. Cuando las víctimas vencen la comprensible tentación de la venganza, cuando vencen esta comprensible tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles de los procesos de construcción de la paz. Es necesario que algunos se animen a dar el primer paso en tal dirección, sin esperar a que lo hagan los otros. ¡Basta una persona buena para que haya esperanza! No lo olviden:

ibasta una persona buena para que haya esperanza! ¡Y cada uno de nosotros puede ser esa persona! Esto no significa desconocer o disimular las diferencias y los conflictos. No es legitimar las injusticias personales o estructurales. El recurso a la reconciliación concreta no puede servir para acomodarse a situaciones de injusticia. Más bien, como ha enseñado san Juan Pablo II: «Es un encuentro entre hermanos dispuestos a superar la tentación del egoísmo y a renunciar a los intentos de

pseudo justicia; es fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos, que conducen a instaurar una convivencia fundada sobre el respeto de cada individuo y los valores propios de cada sociedad civil» (Carta a los obispos de El Salvador, 6 agosto 1982). La reconciliación, por tanto, se concreta y consolida con el aporte de todos, permite construir el futuro y hace crecer esa esperanza. Todo esfuerzo de paz sin un compromiso sincero de reconciliación siempre será un

fracaso.

El texto evangélico que hemos escuchado culmina llamando a Jesús el Emmanuel, traducido: el Dios con nosotros. Así es como comienza, y así es como termina Mateo su Evangelio: «Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,21). Jesús es el Emmanuel que nace y el Emmanuel que nos acompaña en cada día, el Dios con nosotros que nace y el Dios que camina con nosotros hasta el fin del mundo. Esa promesa se cumple también en Colombia:



Mons. Jesús Emilio Jaramillo Monsalve, Obispo de Arauca, y el sacerdote Pedro María Ramírez Ramos, mártir de Armero, son signos de ello, la expresión de un pueblo que quiere salir del pantano de la violencia y el rencor.

En este entorno maravilloso, nos toca a nosotros decir sí a la reconciliación concreta; que el sí incluya también a nuestra naturaleza. No es casual que incluso sobre ella hayamos desatado nuestras pasiones posesivas, nuestro afán de sometimiento. Un compatriota

de ustedes lo canta con  
belleza: «Los árboles están  
llorando, son testigos de tantos  
años de violencia. El mar está  
marrón, mezcla de sangre con  
la tierra» (Juanes, *Minas  
piedras*). La violencia que hay  
en el corazón humano, herido  
por el pecado, también se  
manifiesta en los síntomas de  
enfermedad que advertimos en  
el suelo, en el agua, en el aire  
y en los seres vivientes (cf.  
Carta enc. *Laudato sí'*, 2). Nos  
toca decir sí como María y  
cantar con ella las «maravillas  
del Señor», porque lo ha

prometido a nuestros padres, Él auxilia a todos los pueblos y auxilia a cada pueblo, y auxilia a Colombia que hoy quiere reconciliarse y a su descendencia para siempre. Agradezco las palabras que me ha dirigido monseñor Óscar Urbina Ortega, arzobispo de Villavicencio, en nombre de todos ustedes.

En este momento, deseo manifestar mi cercanía espiritual a todos los que sufren las consecuencias del terremoto que ha azotado a México la noche pasada,

provocando muertos y cuantiosos daños materiales. Mi oración por los que han perdido la vida y también por sus familias.

Además, sigo de cerca el desarrollo del huracán Irma que está golpeando el Caribe dejando, a su paso, cuantiosas víctimas e ingentes daños materiales, como también está causando miles de desplazados. Los llevo en mi corazón y rezo por ellos.

A ustedes les pido que se unan a estas intenciones y, por favor, no se olviden de rezar por mí.



8 de septiembre de 2017  
Palabras en la nunciatura  
apostólica.

Nunciatura apostólica (Bogotá)

Viernes.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

Gracias por el hospital de  
campo.

Gracias porque las puertas  
fueron abiertas y siguen  
abiertas.

Gracias por los que se animan

a entrar, que miran de lejos y quieren entrar y no saben cómo.

Gracias por aceptar tanto despojo, por saber que uno quedó sin nada y que aun lo que podía hacer todavía no lo logra... pero proclamar delante de todos esa frase que nunca me la voy a olvidar:

«*Dios perdona en mí*»

Son muchos los que no pueden perdonar todavía, pero hoy recibimos una lección de teología, de alta teología: *Dios perdona en mí*. Basta dejar que Él haga.

Y toda Colombia tendría que abrir sus puertas como las abrió este hospital de campo. Y dejar que entre Él, y que Él perdone en uno. Darle lugar: «Mira, yo no puedo, pero hazlo tú».

La reconciliación concreta con la verdad, la justicia y la misericordia sólo la puede hacer Él. Que la haga. Y nosotros aprenderemos, detrás de Él, a hacerla.

Gracias por lo que hacen.  
Gracias. Y gracias por lo que me enseñaron esta noche.  
[Aplausos]



Al pie de la cruz estaba la Madre. Y ha sido despojada de ese Hijo, y ha visto la tortura, todo. Que Ella acompañe a las mujeres colombianas y les enseñe como Ella el camino a seguir. Se lo pedimos juntos: Dios te salve, María... Que los bendiga Dios, Todopoderoso, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Gracias.

8 de septiembre de 2017. Carta apostólica en forma de motu proprio del Sumo Pontífice Francisco. SUMMA FAMILIAE CURA.

Con la que se instituye el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia.

Animado por la mayor atención a la familia, San Juan Pablo II, como seguimiento del Sínodo de los Obispos de 1980 sobre la familia y de la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris*

Consortio de 1981, con la Constitución apostólica Magnum Matrimonii sacramentum confirió una forma jurídica estable al Pontificio Instituto Juan Pablo ii para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, que opera en la Universidad Pontificia Lateranense. Desde entonces, éste ha desarrollado un trabajo provechoso de profundización teológica y de formación pastoral tanto en su sede central de Roma, como en las secciones extraurbanas, presentes ya en todos los

continentes.

Más recientemente, la Iglesia ha dado un paso sucesivo en el camino sinodal poniendo nuevamente en el centro de la atención la realidad del matrimonio y la familia, en primer lugar en la Asamblea extraordinaria de 2014, dedicada a «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización» y, después, en la ordinaria de 2015 sobre «La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La culminación de

este intenso recorrido ha sido la Exhortación apostólica post-sinodal *Amoris Laetitia*, publicada el 19 de marzo de 2016.

Esta estación sinodal ha llevado a la Iglesia a una renovada conciencia del Evangelio de la familia y de los nuevos desafíos pastorales a los que la comunidad cristiana está llamada a responder. La centralidad de la familia en los caminos de «conversión pastoral» [\[1\]](#) de nuestras comunidades y de «transformación misionera de

la Iglesia»[\[2\]](#) requiere que — incluso en el ámbito de la formación académica— en la reflexión sobre el matrimonio y la familia no falten nunca la perspectiva pastoral y la atención a las heridas de la humanidad. Si no se puede llevar a cabo una profundización fructuosa de la teología pastoral sin tener en cuenta el peculiar perfil eclesial de la familia[\[3\]](#), por otro lado, no escapa a la misma solicitud pastoral de la Iglesia el valioso aporte del pensamiento y de la reflexión que indagan, del

modo más profundo y riguroso, la verdad de la revelación y la sabiduría de la tradición de la fe, con el fin de su mayor inteligencia en el tiempo presente. «El bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia. [...] Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia, a través de los cuales la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable

misterio del matrimonio y de la familia»[\[4\]](#).

El cambio antropológico y cultural, que influye hoy en todos los aspectos de la vida y requiere un enfoque analítico y diversificado, no nos permite limitarnos a prácticas de la pastoral y de la misión que reflejan formas y modelos del pasado. Debemos ser intérpretes conscientes y apasionados de la sabiduría de la fe en un contexto en el que los individuos están menos sostenidos que en el pasado por las estructuras sociales, en su



vida afectiva y familiar. Con el límpido propósito de permanecer fieles a las enseñanzas de Cristo debemos, por lo tanto, mirar con intelecto de amor y con sabio realismo, la realidad de la familia, hoy, en toda su complejidad, en sus luces y sombras[5].

Por estas razones he considerado oportuno ofrecer un nuevo marco jurídico al Instituto Juan Pablo ii, para que «la intuición clarividente de San Juan Pablo ii, que quiso firmemente esta institución académica, hoy [pueda] ser

todavía mejor reconocida y apreciada en su fecundidad y actualidad»[\[6\]](#).

Por lo tanto, he tomado la decisión de instituir un Instituto Teológico para Ciencias del Matrimonio y la Familia, ampliando su campo de interés, sea por las nuevas dimensiones de la tarea pastoral y de la misión eclesial, sea en referencia al desarrollo de las ciencias humanas y de la cultura antropológica en un campo tan fundamental para la cultura de la vida.

## **art. 1**

Con el presente Motu Proprio instituyo el *Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y la Familia*, que, vinculada a la Pontificia Universidad Lateranense, suceda, sustituyéndolo al Pontificio Instituto Juan Pablo ii para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, establecido por la Constitución apostólica *Magnum Matrimonii sacramentum*, que por lo tanto cesa. Será deber, sin embargo, que la inspiración original que

dio origen al cesado Instituto para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia siga fecundando el campo más amplio de compromiso del nuevo Instituto Teológico, contribuyendo eficazmente a que sea plenamente compatible con las exigencias actuales de la misión pastoral de la Iglesia.

## **art. 2**

El nuevo Instituto será, en el contexto de las instituciones pontificias, un centro académico de referencia, al servicio de la misión de la

Iglesia universal, en el campo de las ciencias relacionadas con el matrimonio y la familia y respecto a los temas asociados con la alianza fundamental del hombre y de la mujer para el cuidado y la generación de la creación.

### **art. 3**

La relación especial del nuevo Instituto Teológico con el ministerio y el magisterio de la Santa Sede se verá respaldada además por la relación privilegiada que establecerá, en las formas que serán

mutuamente concordadas, con la Congregación para la Educación Católica, el Pontificio Consejo para los Laicos, la Familia y la Vida y con la Pontificia Academia para la Vida.

## **art. 4**

§ 1. El Pontificio Instituto Teológico, así renovado, adaptará sus estructuras y dispondrá de las herramientas necesarias - cátedras, profesores, programas, personal administrativo - para realizar la misión científica y

eclesial que se le asigna.

§ 2. Las autoridades académicas del Instituto Teológico son el Gran Canciller, el Presidente y el Consejo del Instituto.

§ 3. El Instituto Teológico tiene la facultad de conferir *iure proprio* a sus alumnos los siguientes títulos académicos: Doctorado en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia; la Licencia en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia; el Diploma en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia.

## **art. 5**

Lo que establece el presente Motu proprio será profundizado y definido en sus propios estatutos aprobados por la Santa Sede. En particular, se identificarán las formas más adecuadas para promover la cooperación y la confrontación, en los ámbitos de la enseñanza y la investigación, entre las autoridades del Instituto Teológico y las de la Pontificia Universidad Lateranense.

## **art. 6**

Hasta la aprobación de los



nuevos Estatutos, el Instituto Teológico se regirá temporalmente por las normas estatutarias hasta ahora vigentes en el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, comprendidas la estructuración en secciones y las respectivas normas, en la medida en que no se opongan al presente Motu proprio.

Todo lo deliberado con esta Carta apostólica en forma de Motu proprio, ordeno que se observe en todas sus partes, a pesar de cualquier disposición

en contrario, aunque digna de mención especial, y establezco que sea promulgado mediante la publicación en el diario *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el día de la promulgación, y que se inserte sucesivamente en *Acta Apostolicae Sedis*.

*Datado en Roma, en San Pedro, el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen María del año 2017, quinto de nuestro Pontificado*

**Francisco**

[1] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 26-32.

[2] Cf. *Ibd*  
, cap. I.

[3] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, 11.

[4] Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 31; cfr Juan Pablo II, Exhort. apo. postsin. *Familiaris Consortio*, 4.

[5] Cfr. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 32.

[6] *Discurso a la comunidad académica del Pontificio Instituto Juan Pablo II de Estudios sobre Matrimonio y Familia, 27 octubre 2016 L'Osservatore Romano, 28 de octubre 2016 p.8.*

-

-

9 de septiembre de 2017.

Saludo durante el encuentro en el hogar san José.

-  
Medellín.

Sábado.

Viaje apostólico del Papa

Francisco a Colombia

(6-11 de septiembre de 2017)

-  
*Queridos hermanos y*

*hermanas,*

*queridos niños y niñas:*

Estoy contento de estar con

ustedes en este «Hogar San

José». Gracias por el

recibimiento que han  
preparado. Agradezco las  
palabras del Director, Monseñor  
Armando Santamaría.

Y te doy las gracias a ti,  
Claudia Yesenia, por tu valiente  
testimonio —te dije que eras  
valiente—. Escuchando todas  
las dificultades por las que has  
pasado me venía a la memoria  
del corazón el sufrimiento  
injusto de tantos niños y niñas  
en todo el mundo, que han sido  
y siguen siendo víctimas  
inocentes de la maldad de  
algunos.

También el Niño Jesús fue

víctima del odio y de la  
persecución; también Él tuvo  
que huir con su familia, dejar  
su tierra y su casa, para  
escapar de la muerte. Ver sufrir  
a los niños hace mal al alma  
porque los niños son los  
predilectos de Jesús. No  
podemos aceptar que se les  
maltrate, que se les impida el  
derecho a vivir su niñez con  
serenidad y alegría, que se les  
niegue un futuro de esperanza.  
Jesús no abandona a nadie que  
sufre, mucho menos a ustedes,  
niños y niñas, que son sus  
preferidos. Claudia Yesenia, al

lado de tanto horror sucedido,  
Dios te regaló una tía que te  
cuidó, un hospital que te  
atendió y finalmente una  
comunidad que te recibió. Este  
«hogar» es una prueba del  
amor que Jesús les tiene a  
ustedes y de su deseo de estar  
muy cerca de ustedes. Y lo  
hace a través y con el cuidado  
amoroso de todas las personas  
buenas que los acompañan,  
que los quieren y que los  
educan. Pienso en los  
responsables de esta casa, en  
las hermanas, en el personal y  
en tanta gente que ya son



parte de la familia porque  
vienen, se integran, conocen.  
Porque eso es lo que hace que  
este lugar sea un «hogar»: el  
calor de una familia donde nos  
sentimos amados, protegidos,  
aceptados, cuidados y  
acompañados.

Y me gusta mucho que este  
hogar lleve el nombre de «San  
José», y los otros «Jesús  
Obrero» o «Belén». Quiere  
decir que están en buenas  
manos. ¿Recuerdan lo que  
escribe san Mateo en su  
Evangelio, cuando nos cuenta  
que Herodes, en su locura,

había decidido asesinar a Jesús recién nacido? ¿Cómo Dios le habló en sueños a san José, por medio de un ángel, y le confió a su cuidado y protección sus tesoros más valiosos: Jesús y María? Nos dice San Mateo que, apenas el ángel le habló, José obedeció inmediatamente e hizo cuanto Dios le había ordenado: «Se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, y se fue a Egipto» (Mt 2,14).

Estoy seguro de que así como san José protegió y defendió de los peligros a la Sagrada Familia, así también los

defiende, los cuida y los  
acompaña a ustedes. Y con él,  
también Jesús y María, porque  
san José no puede estar sin  
Jesús y María.

A ustedes hermanos y  
hermanas, religiosos y laicos  
que en este y en los demás  
hogares reciben y cuidan con  
amor a estos niños que desde  
chicos ya han experimentado el  
sufrimiento y el dolor, a ustedes  
quisiera recordarles dos  
realidades que no deben faltar  
porque son parte de la  
identidad cristiana: el amor que  
sabe ver a Jesús presente en

los más pequeños y débiles, y el deber sagrado de llevar a los niños a Jesús. En esta tarea, con sus gozos y sus penas, los encomiendo también a la protección de san José.

Aprendan de él, que su ejemplo los inspire y los ayude en el cuidado amoroso de estos pequeños, que son el futuro de la sociedad colombiana, del mundo y de la Iglesia, para que como el mismo Jesús, ellos puedan crecer, robustecerse en sabiduría, en gracia, delante de Dios y de los demás (cf. Lc 2,52). Que Jesús y

María, junto con san José, los acompañen y los protejan, los llenen de su ternura, su alegría y su fortaleza.

Me comprometo a rezar por ustedes, para que en este ambiente de amor familiar crezcan en amor, paz y felicidad, y así puedan ir sanando las heridas del cuerpo y del corazón. Dios no los abandona, Dios los protege y los asiste. Y el Papa los lleva en su corazón; no dejen de rezar por mí, no se olviden. ¡Gracias!

—

9 de septiembre de 2017.

Discurso durante el encuentro  
con sacerdotes, religiosos,  
consagrados, consagradas,  
seminaristas y sus familias.

-  
Coliseo La Macarena, Medellín.

Sábado.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

-  
*Queridos hermanos obispos,  
Queridos sacerdotes,  
consagrados, consagradas,  
seminaristas,*

*Queridas familias, ¡queridos  
«paisas»!*

La alegoría de la vida verdadera  
que acabamos de escuchar del  
Evangelio de Juan se da en el  
contexto de la última cena de  
Jesús. En ese ambiente de  
intimidad, de cierta tensión  
pero cargada de amor, el Señor  
lavó los pies de los suyos, quiso  
perpetuar su memoria en el  
pan y el vino, y también les  
habló a los que más quería  
desde lo hondo de su corazón.  
En esa primera noche  
«eucarística», en esa primera  
caída del sol después del gesto

de servicio, Jesús abre su  
corazón; les entrega su  
testamento. Y así como en  
aquel cenáculo se siguieron  
reuniendo posteriormente los  
Apóstoles, con algunas mujeres  
y María, la Madre de Jesús  
(cf. Hch 1,13-14), hoy también  
acá en este espacio nos hemos  
reunido nosotros a escucharlo,  
y a escucharnos. La hermana  
Leidy de San José, María Isabel  
y el padre Juan Felipe nos han  
dado su testimonio. También  
cada uno de los que estamos  
aquí podríamos narrar la propia  
historia vocacional. Y todos



coincidirían en la experiencia de Jesús que sale a nuestro encuentro, que nos primerea y que de ese modo nos ha captado el corazón. Como dice el Documento de Aparecida: «Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo» (n. 29), el gozo de evangelizar.

Muchos de ustedes, jóvenes, habrán descubierto este Jesús

vivo en sus comunidades;  
comunidades de un fervor  
apostólico contagioso, que  
entusiasman y suscitan  
atracción. Donde hay vida,  
fervor, ganas de llevar a Cristo  
a los demás, surgen vocaciones  
genuinas; la vida fraterna y  
fervorosa de la comunidad es la  
que despierta el deseo de  
consagrarse enteramente a  
Dios y a la evangelización (cf.  
Exhort. ap. *Evangelii gaudium*,  
107). Los jóvenes son  
naturalmente inquietos —o  
¿me equivoco?—. Y aquí quiero  
detenerme un instante y hacer

memoria dolorosa, es un  
paréntesis esto. Los jóvenes  
son naturalmente inquietos,  
inquietud tantas veces  
engañada, destruida por los  
sicarios de la droga. Medellín  
me trae ese recuerdo, me  
evoca tantas vidas jóvenes  
truncadas, descartadas,  
destruidas. Los invito a  
recordar, a acompañar este  
luctuoso cortejo, a pedir perdón  
para quienes destruyeron las  
ilusiones de tantos jóvenes,  
pedirle al Señor que convierta  
sus corazones, a pedir que  
acaba esta derrota de la

humanidad joven. Los jóvenes  
son naturalmente inquietos y,  
si bien asistimos a una crisis  
del compromiso y de los lazos  
comunitarios, son muchos los  
jóvenes que se solidarizan ante  
los males del mundo y se  
embarcan en diversas formas  
de militancia y de voluntariado,  
son muchos. Y algunos, sí, son  
católicos practicantes, otros son  
católicos "al agua de  
rosas" —como decía mi abuela  
—, otros no saben si creen o no  
creen, pero esa inquietud los  
lleva a hacer algo por los  
demás, esa inquietud hace

llenar los voluntariados de todo el mundo de rostros jóvenes, hay que encauzar la inquietud. Cuando lo hacen captados por Jesús, sintiéndose parte de la comunidad, se convierten en «callejeros de la fe», felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra (cf. *ibíd.*, 107). Y cuántos, sin saber que lo están llevando, lo llevan. Esa riqueza de callejear sirviendo, de ser callejeros de una fe que quizás ellos mismos no terminan de entender, es testimonio, testimonio que nos

abre a la acción del Espíritu Santo que entra y nos va trabajando el corazón.

En uno de los viajes, una Jornada de la Juventud en Polonia [Cracovia 2016], en el almuerzo que tuve con los jóvenes, con 15 jóvenes y el Arzobispo, uno me preguntó: "¿Qué le puedo decir yo a un compañero mío joven que es ateo, que no cree, qué argumento le puedo dar?". Y a mi se me ocurrió contestarle: Mira, lo último que tenéis que hacer es decirle algo. Se quedó mirando. Empieza a hacer,

empieza a comportarte de tal manera que la inquietud que él tiene adentro lo haga curioso y te pregunte, y cuando te pregunte por tu testimonio, ahí podéis empezar a decir algo. Es tan importante ese callejear, callejear la fe, callejear la vida. Esa es la vid a la que se refiere Jesús en el texto que hemos proclamado: la vid que es todo ese «pueblo de la alianza». Profetas como Jeremías, Isaías o Ezequiel se refieren a él como una vid, hasta un salmo, el 80, canta diciendo: «Tú sacaste de Egipto una vid... le

preparaste terreno, echó raíces  
y llenó toda la región» (vv. 9-  
10). A veces expresan el gozo  
de Dios ante su vid, otras su  
enojo, desconcierto o  
despecho; jamás, jamás Dios se  
desentiende de su vid, nunca  
deja de padecer sus  
distancias —si yo me alejo Él  
sufre en su corazón—, nunca  
deja de salir al encuentro de  
ese pueblo que, cuando se aleja  
de Él se seca, arde y se  
destruye.

¿Cómo es la tierra, el sustento,  
el soporte donde crece esta vid  
en Colombia? ¿En qué



contextos se generan los frutos de las vocaciones de especial consagración? Seguramente en ambientes llenos de contradicciones, de claroscuros, de situaciones vinculares complejas. Nos gustaría contar con un mundo, con familias y vínculos más llanos, pero somos parte de este cambio de época, de esta crisis cultural, y en medio de ella, contando con ella, Dios sigue llamando. O sea que a mí no que no me vengas con el cuento de que: "No, claro, no hay tantas vocaciones de especial consagración,

porque, claro, con esta crisis que vivimos...” Eso saben qué es: cuentos chinos, ¿clarito? Aún en medio de esta crisis Dios sigue llamando. Sería casi evasivo pensar que todos ustedes han escuchado el llamado de Dios en medio de familias sostenidas por un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia (cf. Exhort. ap. *Amoris laetitia*, 5). Algunos sí, pero no todos. Algunas familias, quiera Dios que muchas, son así. Pero tener los pies sobre la tierra es

reconocer que nuestros procesos vocacionales, el despertar del llamado de Dios, nos encuentra más cerca de aquello que ya relata la Palabra de Dios y de lo que tanto sabe Colombia: «Un sendero de sufrimiento y de sangre [...] la violencia fratricida de Caín sobre Abel y los distintos litigios entre los hijos y entre las esposas de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, llegando luego a las tragedias que llenan de sangre a la familia de David, hasta las múltiples dificultades familiares

que surcan la narración de Tobías o la amarga confesión de Job abandonado» (ibíd., 20). Y desde el comienzo ha sido así, no piensen en la situación ideal, ésta es la situación real. Dios manifiesta su cercanía y su elección donde quiere, en la tierra que quiere, y como esté en ese momento, con las contradicciones concretas, como Él quiere. Él cambia el curso de los acontecimientos al llamar a hombres y mujeres en la fragilidad de la propia historia personal y comunitaria. No le tengamos miedo a esta

tierra compleja. Antenoche,  
una chica con capacidades  
especiales, en el grupo que me  
dio la bienvenida en la  
Nunciatura, habló que en el  
núcleo de lo humano está la  
vulnerabilidad, y explicaba por  
qué. Y a mi se me ocurrió  
preguntarle: "¿Todos somos  
vulnerables?" — "Sí, todos".  
"¿Pero hay alguien que no es  
vulnerable?". Me contestó:  
"Dios". Pero Dios quiso hacerse  
vulnerable y quiso salir a  
callejear con nosotros, quiso  
salir a vivir nuestra historia tal  
como era, quiso hacerse

hombre en medio de una  
contradicción, en medio de algo  
incomprensible, con la  
aceptación de una chica que no  
comprendía pero obedece y de  
un hombre justo que siguió lo  
que le fue mandado, pero todo  
eso en medio de  
contradicciones. ¡No tengamos  
miedo en esta tierra compleja!  
Dios siempre ha hecho el  
milagro de generar buenos  
racimos, como las arepas al  
desayuno. ¡Que no falten  
vocaciones en ninguna  
comunidad y en ninguna  
familia de Medellín! Y cuando

en el desayuno se encuentren con una sorpresa de esas lindas: "¡Qué lindo!, ¿y Dios es capaz de hacer algo conmigo?". Pregúntenselo, antes de comerla, pregúntenselo. Y esta vid —que es la de Jesús— tiene el atributo de ser la verdadera. Él ya utilizó este término en otras ocasiones en el Evangelio de Juan: la luz verdadera, el verdadero pan del cielo, o el testimonio verdadero. Ahora, la verdad no es algo que recibimos —como el pan o la luz— sino que brota desde adentro. Somos pueblo

elegido para la verdad, y  
nuestro llamado tiene que ser  
en la verdad. Si somos  
sarmientos de esa vid, si  
nuestra vocación está injertada  
en Jesús, no puede haber lugar  
para el engaño, la doblez, las  
opciones mezquinas. Todos  
tenemos que estar atentos para  
que cada sarmiento sirva para  
lo que fue pensado: para dar  
frutos. ¿Yo estoy dispuesto a  
dar frutos? Desde los  
comienzos, a quienes les toca  
acompañar los procesos  
vocacionales, tendrán que  
motivar la recta intención, es



decir, el deseo auténtico de configurarse con Jesús, el pastor, el amigo, el esposo. Cuando los procesos no son alimentados por esta savia verdadera que es el Espíritu de Jesús, entonces hacemos experiencia de la sequedad y Dios descubre con tristeza aquellos tallos ya muertos. Las vocaciones de especial consagración mueren cuando se quieren nutrir de honores, cuando están impulsadas por la búsqueda de una tranquilidad personal y de promoción social, cuando la motivación es «subir

de categoría», apegarse a  
intereses materiales, que  
llegan incluso a la torpeza del  
afán de lucro. Lo dije ya en  
otras ocasiones y lo quiero  
repetir como algo que es  
verdad y es cierto, no se  
olviden, el diablo entra por el  
bolsillo, siempre. Esto no es  
privativo de los comienzos,  
todos nosotros tenemos que  
estar atentos porque la  
corrupción en los hombres y las  
mujeres que están en la Iglesia  
empieza así, poquito a poquito,  
luego —nos lo dice Jesús mismo  
— se enraíza en el corazón y

acaba desalojando a Dios de la propia vida. «No se puede servir a Dios y al dinero» (Mt 6,21.24). Jesús dice: “No se puede servir a dos señores”. O sea, a dos Señores, como si hubiera sólo dos señores en el mundo: no se puede servir a Dios y al dinero. Jesús le da categoría de señor al dinero, ¿qué quiere decir?: Que si te agarra no te suelta, será tu señor desde tu corazón, cuidado. No podemos aprovecharnos de nuestra condición religiosa y de la bondad de nuestro pueblo para

ser servidos y obtener  
beneficios materiales.

Hay situaciones, estilos y  
opciones que muestran los  
signos de sequedad y de  
muerte, ¿cuándo es eso?: ¡No  
pueden seguir entorpeciendo el  
fluir de la savia que alimenta y  
da vida! El veneno de la  
mentira, el ocultamiento, la  
manipulación y el abuso al  
Pueblo de Dios, a los frágiles y  
especialmente a los ancianos y  
niños no pueden tener cabida  
en nuestra comunidad. Cuando  
un consagrado, una  
consagrada, una comunidad,

una institución —llámese  
parroquia o lo que sea— opta  
por ese estilo es una rama  
seca. Sólo hay que sentarse y  
esperar que el Señor la venga  
a cortar.

Pero Dios no sólo corta; la  
alegoría continúa diciendo que  
Dios limpia la vid de  
imperfecciones. ¡Tan linda es la  
poda!, duele pero es linda. La  
promesa es que daremos fruto,  
y en abundancia, como el grano  
de trigo, si somos capaces de  
entregarnos, de donar la vida  
libremente. Tenemos en  
Colombia ejemplos de que esto

es posible. Pensamos en santa Laura Montoya, una religiosa admirable cuyas reliquias hoy tenemos aquí. Ella desde esta ciudad se prodigó en una gran obra misionera en favor de los indígenas de todo el país. La mujer consagrada icuánto nos enseña de entrega silenciosa, abnegada, sin mayor interés que expresar el rostro maternal de Dios! Así mismo, podemos recordar al beato Mariano de Jesús Euse Hoyos, uno de los primeros alumnos del Seminario de Medellín, y a otros sacerdotes y religiosas y

religiosos de Colombia, cuyos procesos de canonización han sido introducidos; como también otros tantos, miles de colombianos anónimos que, en la sencillez de su vida cotidiana, han sabido entregarse por el Evangelio y que ustedes seguramente llevarán en su memoria y serán estímulo de entrega. Todos nos muestran que es posible seguir fielmente la llamada del Señor, que es posible dar mucho fruto, aun ahora, en estos tiempos y en este sitio.

La buena noticia es que Él está

dispuesto a limpiarnos, la buena noticia es que todavía no estamos terminados, estamos en proceso de fabricación, que como buenos discípulos estamos en camino. ¿Cómo va cortando Jesús los factores de muerte que anidan en nuestra vida y distorsionan el llamado? Invitándonos a permanecer en Él; permanecer no significa solamente estar, sino que indica mantener una relación vital, existencial, de absoluta necesidad; es vivir y crecer en unión fecunda con Jesús, fuente de vida eterna.



Permanecer en Jesús no puede ser una actitud meramente pasiva o un simple abandono sin consecuencias en la vida cotidiana, siempre trae una consecuencia, siempre. Y permítanme proponerles — porque se está haciendo un poco largo esto [responden: “No!”] No van a decir que sí, así que no les creo— permítanme proponerles tres modos de hacer efectivo este permanecer, o sea que los puede ayudar a permanecer en Jesús.

—

1. Permanecemos en Jesús tocando la humanidad de Jesús:

Con la mirada y los sentimientos de Jesús, que contempla la realidad no como juez, sino como buen samaritano; que reconoce los valores del pueblo con el que camina, así como sus heridas y pecados; que descubre el sufrimiento callado y se conmueve ante las necesidades de las personas, sobre todo cuando estas se ven avasalladas por la injusticia, la pobreza indigna, la

indiferencia, o por la perversa acción de la corrupción y la violencia.

Con *los gestos y las palabras de Jesús*, que expresan amor a los cercanos y búsqueda de los alejados; ternura y firmeza en la denuncia del pecado y el anuncio del Evangelio; alegría y generosidad en la entrega y el servicio, sobre todo a los más pequeños, rechazando con fuerza la tentación de dar todo por perdido, de acomodarnos o de volvernos solamente administradores de desgracias. ¿Cuántas veces escuchamos

hombres y mujeres  
consagrados que parece que en  
vez de administrar gozo,  
alegría, crecimiento, vida,  
administran desgracias, y se la  
pasan lamentándose,  
lamentándose de las desgracias  
de este mundo. Es la  
esterilidad, la esterilidad de  
quien es incapaz de tocar la  
carne sufriente de Jesús.

—  
2. Permanecemos  
contemplando su divinidad:  
Despertando y sosteniendo *la*  
*admiración por el estudio que*  
acrecienta el conocimiento de

Cristo porque, como recuerda san Agustín, no se puede amar a quien no se conoce (cf. *La Trinidad*, Libro X, cap. I, 3). Privilegiando para ese conocimiento *el encuentro con la Sagrada Escritura*, especialmente el Evangelio, donde Cristo nos habla, nos revela su amor incondicional al Padre, nos contagia la alegría que brota de la obediencia a su voluntad y el servicio a los hermanos. Yo les quiero hacer una pregunta, pero no me la respondan, se la responde cada uno a sí mismo: ¿Cuántos

minutos o cuántas horas leo el Evangelio o la Escritura por día? Se la contestan. Quien no conoce las Escrituras, no conoce a Jesús. Quien no ama las Escrituras, no ama a Jesús (cf. San Jerónimo, *Prólogo al comentario del profeta Isaías: PL 24,17*). ¡Gastemos tiempo en una lectura orante de la Palabra! En auscultar en ella qué quiere Dios para nosotros y nuestro pueblo. Que todo nuestro estudio nos ayude a ser capaces de interpretar la realidad con los ojos de Dios, que no sea un

estudio evasivo de los  
acontecimientos de nuestro pueblo,  
que tampoco vaya al vaivén de  
modas o ideologías. Que no  
viva de añoranzas ni quiera  
encorsetar el misterio, que no  
quiera responder a preguntas  
que ya nadie se hace y dejar en  
el vacío existencial a aquellos  
que nos cuestionan desde las  
coordenadas de sus mundos y  
sus culturas.

Permanecer y contemplar su  
divinidad haciendo de *la*  
*oración* parte fundamental de  
nuestra vida y de nuestro  
servicio apostólico. La oración

nos libera del lastre de la mundanidad, nos enseña a vivir de manera gozosa, a elegir alejándonos de la superficialidad, en un ejercicio de verdadera libertad. En la oración crecemos en libertad, en la oración aprendemos a ser libres. La oración nos saca de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una experiencia religiosa vacía y nos lleva a ponernos con docilidad en las manos de Dios para realizar su voluntad y hacer eficaz su proyecto de salvación. Y en la oración, yo



les quiero aconsejar una cosa también: pidan, contemplen, agradezcan, intercedan, pero también acostúmbrense a *adorar*. No está muy de moda adorar. Acostúmbrense a adorar. Aprender a adorar en silencio. Aprendan a orar así. Seamos *hombres y mujeres reconciliados para reconciliar*. Haber sido llamados no nos da un certificado de buena conducta e impecabilidad; no estamos revestidos de una aureola de santidad. "Guai" del religioso, el consagrado, el cura o la monja que vive con cara de

estampita, por favor, "guai".  
Todos somos pecadores, todos  
necesitamos del perdón y la  
misericordia de Dios para  
levantarnos cada día; Él  
arranca lo que no está bien y  
hemos hecho mal, lo echa fuera  
de la viña, lo quema. Nos deja  
limpios para poder dar fruto.  
Así es la fidelidad  
misericordiosa de Dios para con  
su pueblo, del que somos parte.  
Él nunca nos dejará tirados al  
costado del camino, nunca.  
Dios hace de todo para evitar  
que el pecado nos venza y que  
después nos cierre las puertas

de nuestra vida a un futuro de esperanza y de gozo. Él hace de todo para evitar eso, y si no lo logra se queda al lado, hasta que se me ocurra mirar para arriba, porque me doy cuenta que estoy caído. Así es Él.

—  
3. Finalmente, hay que permanecer en Cristo para *vivir en alegría*: tercero, permanecer para vivir en alegría.

Si permanecemos en Él, su alegría estará con nosotros. No seremos discípulos tristes y apóstoles amargados. Lean el final de la *Evangelii*

*nuntiandi* [Exhortación apostólica de Pablo VI], os aconsejo esto. Al contrario, reflejaremos y portaremos la alegría verdadera, el gozo pleno que nadie nos va a poder quitar, difundiremos la esperanza de nuestra vida nueva que Cristo nos ha traído. El llamado de Dios no es una carga pesada que nos roba la alegría, ¿es pesada? A veces sí, pero no nos roba la alegría. A través de ese peso también nos da la alegría. Dios no nos quiere sumidos en la tristeza — uno de los malos espíritus que

se apoderaban del alma y que ya lo denunciaban los monjes del desierto—; Dios no nos quiere sumidos en el cansancio que viene de las actividades mal vividas, sin una espiritualidad que haga feliz nuestra vida y aun nuestras fatigas. Nuestra alegría contagiosa tiene que ser el primer testimonio de la cercanía y del amor de Dios. Somos verdaderos dispensadores de la gracia de Dios cuando transparentamos la alegría del encuentro con Él. En el Génesis, después del

diluvio, Noé planta una vid  
como signo del nuevo  
comienzo; finalizando el Éxodo,  
los que Moisés envió a  
inspeccionar la tierra  
prometida, volvieron con un  
racimo de uvas de este tamaño  
[hace el gesto], signo de esa  
tierra que manaba leche y miel.  
Dios se ha fijado en nosotros,  
en nuestras comunidades y en  
nuestras familias, están aquí  
presentes y me parece de muy  
buen gusto, que estén los  
padres y las madres de los  
consagrados, los sacerdotes y  
seminaristas. Dios se ha fijado

en nosotros, en nuestras comunidades y familias. El Señor ha puesto su mirada sobre Colombia: ustedes son signo de ese amor de predilección. Nos toca ofrecer todo nuestro amor y servicio unidos a Jesucristo, que es nuestra vida. Y ser promesa de un nuevo inicio para Colombia, que deja atrás diluvios —como el de Noé— de desencuentro y violencia, que quiere dar muchos frutos de justicia y de paz, de encuentro y de solidaridad. Que Dios los bendiga; que bendiga la vida

consagrada en Colombia. Y no se olviden de rezar por mí, para que me bendiga también, gracias.

-

-



9 de septiembre de 2017.

Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa.

-  
Aeropuerto Enrique Olaya  
Herrera de Medellín.

Sábado.

-  
Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

-  
Queridos hermanos, quiero  
agradecer las horas que han  
pasado acá, incluso bajo la  
lluvia. Lamentablemente, hubo

un atraso significativo en el viaje y ustedes tuvieron que esperar más. Gracias por su paciencia, por su perseverancia y por su coraje. Y como todos somos pecadores pidamos perdón por nuestros pecados.

—  
**«La vida cristiana como discipulado»**

—  
*Queridos hermanos y hermanas:*

En la misa del jueves en Bogotá escuchábamos el llamado de Jesús a sus primeros discípulos; esta parte

del Evangelio de Lucas que comenzó con aquella narración, culmina con el llamado a los Doce. ¿Qué recuerdan los evangelistas entre ambos acontecimientos? Que este camino de seguimiento supuso en los primeros seguidores de Jesús mucho esfuerzo de purificación. Algunos preceptos, prohibiciones y mandatos los hacían sentir seguros; cumplir con determinadas prácticas y ritos los dispensaba de una inquietud, la inquietud de preguntarse: ¿Qué es lo que le agrada a nuestro Dios? Jesús,

el Señor, les señala que cumplir es caminar detrás de Él, y que ese caminar los ponía frente a leprosos, paralíticos, pecadores. Esas realidades demandaban mucho más que una receta o una norma establecida.

Aprendieron que ir detrás de Jesús supone otras prioridades, otras consideraciones para servir a Dios. Para el Señor, también para la primera comunidad, es de suma importancia que quienes nos decimos discípulos no nos aferremos a cierto estilo, a ciertas prácticas que nos

acercan más al modo de ser de algunos fariseos de entonces que al de Jesús. La libertad de Jesús se contrapone con la falta de libertad de los doctores de la ley de aquella época, que estaban paralizados por una interpretación y práctica rigorista de la ley. Jesús no se queda en un cumplimento aparentemente «correcto», Él lleva la ley a su plenitud y por eso quiere ponernos en esa dirección, en ese estilo de seguimiento que supone *ir a lo esencial, renovarse, involucrarse*. Son

tres actitudes que tenemos que plasmar en nuestra vida de discípulos.

Lo primero, *ir a lo esencial*. No quiere decir «romper con todo», romper con aquello que no se acomoda a nosotros, porque tampoco Jesús vino «a abolir la ley, sino a llevarla a su plenitud» (Mt 5,17). Ir a lo esencial es más bien ir a lo profundo, a lo que cuenta y tiene valor para la vida. Jesús enseña que la relación con Dios no puede ser un apego frío a normas y leyes, ni tampoco un cumplimiento de ciertos actos

externos que no llevan a un cambio real de vida. Tampoco nuestro discipulado puede ser motivado simplemente por una costumbre, porque contamos con un certificado de bautismo, sino que debe partir de una viva experiencia de Dios y de su amor. El discipulado no es algo estático, sino un continuo camino hacia Cristo; no es simplemente el apego a la explicitación de una doctrina, sino la experiencia de la presencia amigable, viva y operante del Señor, un permanente aprendizaje por

medio de la escucha de su  
Palabra. Y esa palabra, lo  
hemos escuchado, se nos  
impone en las necesidades  
concretas de nuestros  
hermanos: será el hambre de  
los más cercanos en el texto  
proclamado, o la enfermedad  
en lo que narra Lucas a  
continuación.

La segunda palabra, *renovarse*.  
Como Jesús «zarandeaba» a los  
doctores de la ley para que  
salieran de su rigidez, ahora  
también la Iglesia es  
«zarandeada» por el Espíritu  
para que deje sus comodidades



y sus apegos. La renovación no nos debe dar miedo. La Iglesia siempre está en renovación —*Ecclesia semper renovanda* —. No se renueva a su antojo, sino que lo hace «firme y bien fundada en la fe, sin apartarse de la esperanza transmitida por la Buena Noticia» (Col 1,23). La renovación supone sacrificio y valentía, no para considerarse mejores o más pulcros, sino para responder mejor al llamado del Señor. El Señor del sábado, la razón de ser de todos nuestros mandatos y

prescripciones, nos invita a ponderar lo normativo cuando está en juego el seguimiento; cuando sus llagas abiertas, su clamor de hambre y sed de justicia nos interpelan y nos imponen respuestas nuevas. Y en Colombia hay tantas situaciones que reclaman de los discípulos el estilo de vida de Jesús, particularmente el amor convertido en hechos de no violencia, de reconciliación y de paz.

La tercera palabra, *involucrarse*. Aunque para algunos eso parezca

ensuciarse o mancharse. Como David o los suyos que entraron en el Templo porque tenían hambre y los discípulos de Jesús entraron en el sembrado y comieron las espigas, también hoy a nosotros se nos pide crecer en arrojo, en un coraje evangélico que brota de saber que son muchos los que tienen hambre, hambre de Dios - cuánta gente tiene hambre de Dios -, hambre de dignidad, porque han sido despojados. Y me pregunto, si el hambre de Dios de tanta gente quizás no venga porque con nuestras

actitudes se la hemos  
despojado. Y, como cristianos,  
ayudar a que se sacien de Dios;  
no impedirles o prohibirles el  
encuentro. Hermanos, la Iglesia  
no es una aduana, quiere las  
puertas abiertas porque el  
corazón de su Dios está no sólo  
abierto, sino traspasado por el  
amor que se hizo dolor. No  
podemos ser cristianos que  
alcen continuamente el  
estandarte de «prohibido el  
paso», ni considerar que esta  
parcela es mía, adueñándome  
de algo que no es  
absolutamente mío. La Iglesia

no es nuestra, hermanos, es de Dios; Él es el dueño del templo y del sembrado; todos tienen cabida, todos son invitados a encontrar aquí y entre nosotros su alimento. Todos. Y Él, el que preparó las bodas para su Hijo-manda a buscar a todos, sanos y enfermos, buenos y malos, todos. Nosotros somos simples «servidores» (cf. Col 1,23) no podemos ser quienes impidamos ese encuentro. Al contrario, Jesús nos pide, como lo hizo a sus discípulos: «Denles ustedes de comer» (Mt 14,16); este es nuestro

servicio. Comer el pan de Dios, comer el amor de Dios, comer el pan que nos lleva a sobrevivir también. Bien lo entendió esto Pedro Claver, a quien hoy celebramos en la liturgia y que mañana veneraré en Cartagena. «Esclavo de los negros para siempre» fue su lema de vida, porque comprendió, como discípulo de Jesús, que no podía permanecer indiferente ante el sufrimiento de los más desamparados y ultrajados de su época y que tenía que hacer algo para aliviarlo.

Hermanos y hermanas, la Iglesia en Colombia está llamada a empeñarse con mayor audacia en la formación de discípulos misioneros, así como lo señalamos los obispos reunidos en Aparecida.

Discípulos que sepan ver, juzgar y actuar, como lo proponía aquel documento latinoamericano que nació en estas tierras (cf. *Medellín*, 1968). Discípulos misioneros que saben ver, sin miopías heredadas; que examinan la realidad desde los ojos y el corazón de Jesús, y desde ahí

juzgan. Y que arriesgan, que actúan, que se comprometen. He venido hasta aquí justamente para confirmarlos en la fe y en la esperanza del Evangelio: manténganse firmes y libres en Cristo, firmes y libres en Cristo, porque toda firmeza en Cristo nos da libertad, de modo que lo reflejen en todo lo que hagan. Asuman con todas sus fuerzas el seguimiento de Jesús, conózcanlo, déjense convocar e instruir por Él, búsqüenlo en la oración y déjense buscar por el en la oración, anúncienlo con la



mayor alegría posible.  
Pidamos a través de la  
intercesión de nuestra Madre,  
Nuestra Señora de la  
Candelaria, que nos acompañe  
en nuestro camino de  
discípulos, para que poniendo  
nuestra vida en Cristo, seamos  
siempre misioneros que  
llevemos la luz y la alegría del  
Evangelio a todas las gentes.

-

9 de septiembre de 2017.  
Palabras en la nunciatura  
apostólica.

—  
Nunciatura apostólica (Bogotá).

Sábado.

Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

—  
Cada uno de los que han  
venido, sintió que Jesús le  
decía algo, que Jesús le decía  
cuál era su nombre y que lo  
quería en ese camino. Y cuando  
al principio los padrecitos

cantaron lo que Jesús le dijo a Pedro: me dije, que contento se habrá puesto Pedro cuando se lo dijeron, y yo creo que todos nosotros nos pusimos contentos cuando Jesús nos dice: te quiero para tal lugar, para esto, para aquello, para este camino, que vayas a hacerte monja, que te cases, que formes un hogar, que te hagas cura, etc... Se me ocurre pensar que cuando Pedro sintió que Jesús le dijo: «bueno, vos sois la piedra», le dio el nombre. Él habrá pensado: «esto me lo dijo cuándo me conoció, me

dijo que yo era Pedro», y habrá empezado a darse cuenta que ese mismo nombre tenía diversas melodías, diversas músicas. Como diversas músicas tiene el canto que ustedes cantaron. Y así siguió Pedro contento, envalentonado, pero 15 minutos después Jesús le dijo lo contrario, le dijo: «apártate que sois un satanás para mí». Se había equivocado. Y después pienso las veces que Pedro habrá recordado lo que le dijo Jesús aquella noche del jueves cuando tan seguro de sí mismo dijo: «a Ese no lo

conozco». Cómo habrá pensado en lo que le dijo, y cómo habrá recordado lo que le dijo Jesús cuando lo vio salir del calabozo, lo miró y se puso a llorar. O sea, lo que Jesús nos dice se vive a lo largo de la vida, la misma palabra, la misma vocación en diversas maneras. La vida nos va llevando a vivirla con alegría con dolor, con pecado, con más gracia. Que habrá hecho Pedro aquella noche del jueves llorando, se habrá escondido de vergüenza, habrá ido a ver a la Madre de Jesús a pedirle consejo, no

sabemos.

Y después estaba allí encerrado con miedo, y después Jesús le pregunta tres veces si lo quiere, y se acuerda y dice yo no entiendo nada, y es otra melodía de su mismo nombre.

Yo quisiera que cada uno de nosotros recordara el primer llamado, cuando Jesús nos puso un nombre; la primera vocación, el primer amor, y lo conjugaran en esas diversas músicas de la vida. En la que nos lleva la vida, momentos lindos, momentos plenos, momentos de equivocación,

momentos de pecado,  
momentos oscuros, momentos  
de querer romper todo y  
empezar de nuevo con otra  
cosa. Pero el nombre no  
perderlo. Jesús nos puso un  
nombre a cada uno y nos puso  
en un camino, en un camino de  
consagración: en la vida de la  
familia y en la familia  
consagrada. Un camino de  
entrega a Él y a los hermanos  
en nombre de Él. Entonces  
cada vez hay que volver a  
conjuguar ese nombre en las  
diversas situaciones que nos  
toca vivir. Cuando Jesús nos

llama y nos da el nombre, no nos da el seguro de vida, ése lo tenemos que defender nosotros con la humildad, con la oración, y pedirle limosna al Señor. Dame fuerzas Señor, para que podamos seguir cada uno en lo que nos has llamado. Pero nadie tiene asegurada la perseverancia en ese nombre, hay que pedirla. Y Él la da, porque nos quiere mucho, y Él quiere que nos quedemos, pero hay que mendigarlo. No se olviden, si quieren triunfar en la vida como Jesús quiere, mendiguen, porque el



protagonista de la historia es el mendigo, el protagonista de la historia de la salvación es el mendigo ese que cada uno de nosotros llevamos dentro.

Gracias por esto, y que este testimonio que dan lo lleven adelante y que dé muchos frutos.

Gracias.

[Aplausos]

Y ahora vamos a rezarle a la Virgen todos juntos, y a pedir unos por otros, vamos a pedirle a la Virgen que como Madre cuide el nombre que Jesús le dio al otro y a los demás, y así

nos unimos más.

Dios te salve María...

[Bendición]

Y por favor, no se olviden de  
rezar por mí.

-

-

10 de septiembre de 2017.  
Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa.

-  
Área portuaria de Contecar  
(Cartagena de Indias).

Domingo.

-  
Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

-  
**«Dignidad de la Persona y**  
**derechos humanos»**

-  
En esta ciudad, que ha sido

llamada «la heroica» por su  
tesón hace 200 años en  
defender la libertad  
conseguida, celebro la última  
Eucaristía de este viaje.  
También, desde hace 32 años,  
Cartagena de Indias es en  
Colombia la sede de los  
Derechos Humanos porque aquí  
como pueblo se valora que  
«gracias al equipo misionero  
formado por los sacerdotes  
jesuitas Pedro Claver y  
Corberó, Alonso de Sandoval y  
el Hermano Nicolás González,  
acompañados de muchos hijos  
de la ciudad de Cartagena de

Indias en el siglo XVII, nació la preocupación por aliviar la situación de los oprimidos de la época, en especial la de los esclavos, por quienes clamaron por el buen trato y la libertad» (Congreso de Colombia 1985, ley 95, art. 1).

Aquí, en el Santuario de san Pedro Claver, donde de modo continuo y sistemático se da el encuentro, la reflexión y el seguimiento del avance y vigencia de los derechos humanos en Colombia, hoy la Palabra de Dios nos habla de perdón, corrección, comunidad

y oración.

En el cuarto sermón del Evangelio de Mateo, Jesús nos habla a nosotros, a los que hemos decidido apostar por la comunidad, a quienes valoramos la vida en común y soñamos con un proyecto que incluya a todos. El texto que precede es el del pastor bueno que deja las 99 ovejas para ir tras la perdida, y ese aroma perfuma todo el discurso que acabamos de escuchar: no hay nadie lo suficientemente perdido que no merezca nuestra solicitud, nuestra

cercanía y nuestro perdón.  
Desde esta perspectiva, se  
entiende entonces que una  
falta, un pecado cometido por  
uno, nos interpele a todos pero  
involucra, en primer lugar, a la  
víctima del pecado del  
hermano; y ese está llamado a  
tomar la iniciativa para que  
quien lo dañó no se pierda.  
Tomar la iniciativa: quien toma  
la iniciativa siempre es el más  
valiente.

En estos días escuché muchos  
testimonios de quienes han  
salido al encuentro de personas  
que les habían dañado. Heridas

terribles que pude contemplar  
en sus propios cuerpos;  
pérdidas irreparables que  
todavía se siguen llorando, sin  
embargo han salido, han dado  
el primer paso en un camino  
distinto a los ya recorridos.  
Porque Colombia hace décadas  
que a tientas busca la paz y,  
como enseña Jesús, no ha sido  
suficiente que dos partes se  
acercaran, dialogaran; ha sido  
necesario que se incorporaran  
muchos más actores a este  
diálogo reparador de los  
pecados. «Si no te escucha [tu  
hermano], busca una o dos



personas más» (Mt 18,15), nos dice el Señor en el Evangelio. Hemos aprendido que estos caminos de pacificación, de primacía de la razón sobre la venganza, de delicada armonía entre la política y el derecho, no pueden obviar los procesos de la gente. No se alcanza con el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad. Jesús encuentra la solución al daño realizado en el encuentro personal entre las partes. Además, siempre es rico

incorporar en nuestros  
procesos de paz la experiencia  
de sectores que, en muchas  
ocasiones, han sido  
invisibilizados, para que sean  
precisamente las comunidades  
quienes coloreen los procesos  
de memoria colectiva. «El autor  
principal, el sujeto histórico de  
este proceso, es la gente y su  
cultura, no es una clase, una  
fracción, un grupo, una élite —  
toda la gente y su cultura—. No  
necesitamos un proyecto de  
unos pocos para unos pocos, o  
una minoría ilustrada o  
testimonial que se apropie de

un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 239).

Nosotros podemos hacer un gran aporte a este paso que quiere dar Colombia. Jesús nos señala que este camino de reinserción en la comunidad comienza con un diálogo de a dos. Nada podrá reemplazar ese encuentro reparador; ningún proceso colectivo nos exime del desafío de encontrarnos, de clarificar, perdonar. Las heridas hondas

de la historia precisan necesariamente de instancias donde se haga justicia, se dé posibilidad a las víctimas de conocer la verdad, el daño sea convenientemente reparado y haya acciones claras para evitar que se repitan esos crímenes. Pero eso sólo nos deja en la puerta de las exigencias cristianas. A nosotros cristianos se nos exige generar «desde abajo», generar un cambio cultural: a la cultura de la muerte, de la violencia, responder con la cultura de la vida y del

encuentro. Nos lo decía ya ese  
escritor tan de ustedes y tan de  
todos: «Este desastre cultural  
no se remedia ni con plomo ni  
con plata, sino con una  
educación para la paz,  
construida con amor sobre los  
escombros de un país  
enardecido donde nos  
levantamos temprano para  
seguirnos matándonos los unos  
a los otros... una legítima  
revolución de paz que canalice  
hacia la vida la inmensa  
energía creadora que durante  
casi dos siglos hemos usado  
para destruirnos y que

reivindique y enaltezca el predominio de la imaginación» (Gabriel García Márquez, *Mensaje sobre la paz*, 1998).

¿Cuánto hemos accionado en favor del encuentro, de la paz?

¿Cuánto hemos omitido, permitiendo que la barbarie se hiciera carne en la vida de nuestro pueblo? Jesús nos manda a confrontarnos con esos modos de conducta, esos estilos de vida que dañan el cuerpo social, que destruyen la comunidad. ¡Cuántas veces se «normalizan» —se viven como

normales— procesos de  
violencia, exclusión social, sin  
que nuestra voz se alce y  
nuestras manos acusen  
proféticamente! Al lado de san  
Pedro Claver había millares de  
cristianos, consagrados muchos  
de ellos; pero sólo un puñado  
inició una corriente  
contracultural de encuentro.  
San Pedro supo restaurar la  
dignidad y la esperanza de  
centenares de millares de  
negros y de esclavos que  
llegaban en condiciones  
absolutamente inhumanas,  
llenos de pavor, con todas sus

esperanzas perdidas. No poseía títulos académicos de renombre; más aún, se llegó a afirmar que era «mediocre» de ingenio, pero tuvo el «genio» de vivir cabalmente el Evangelio, de encontrarse con quienes otros consideraban sólo un deshecho. Siglos más tarde, la huella de este misionero y apóstol de la Compañía de Jesús fue seguida por santa María Bernarda Bütler, que dedicó su vida al servicio de pobres y marginados en esta misma ciudad de Cartagena[1]. En el encuentro entre nosotros



redescubrimos nuestros  
derechos, recreamos la vida  
para que vuelva a ser  
auténticamente humana. «La  
casa común de todos los  
hombres debe continuar  
levantándose sobre una recta  
comprensión de la fraternidad  
universal y sobre el respeto de  
la sacralidad de cada vida  
humana, de cada hombre y de  
cada mujer; de los pobres, de  
los ancianos, de los niños, de  
los enfermos, de los no nacidos,  
de los desocupados, de los  
abandonados, de los que se  
juzgan descartables porque no

se los considera más que  
números de una u otra  
estadística. La casa común de  
todos los hombres debe  
también edificarse sobre la  
comprensión de una cierta  
sacralidad de la naturaleza  
creada» (*Discurso a las*  
*Naciones Unidas, 25 septiembre*  
2015).

También Jesús en el Evangelio  
nos señala la posibilidad de que  
el otro se cierre, se niegue a  
cambiar, persista en su mal. No  
podemos negar que hay  
personas que persisten en  
pecados que hieren la

convivencia y la comunidad:  
«Pienso en el drama lacerante  
de la droga, con la que algunos  
lucran desprezando las leyes  
morales y civiles». Este mal  
atenta directamente contra la  
dignidad de la persona humana  
y va rompiendo  
progresivamente la imagen que  
el Creador ha plasmado en  
nosotros. Condeno con firmeza  
esta lacra que ha puesto fin a  
tantas vidas y que es  
mantenida y sostenida por  
hombres sin escrúpulos. No se  
puede jugar con la vida de  
nuestro hermano ni manipular

su dignidad. Hago un llamado para que se busquen los modos para terminar con el narcotráfico que lo único que hace es sembrar muerte por doquier truncando tantas esperanzas y destruyendo tantas familias. Pienso también en otros dramas: «en la devastación de los recursos naturales y en la contaminación; en la tragedia de la explotación laboral; pienso en el blanqueo ilícito de dinero así como en la especulación financiera, que a menudo asume rasgos

perjudiciales y demolidores  
para enteros sistemas  
económicos y sociales,  
exponiendo a la pobreza a  
millones de hombres y  
mujeres; pienso en la  
prostitución que cada día  
cosecha víctimas inocentes,  
sobre todo entre los más  
jóvenes, robándoles el futuro;  
pienso en la abominable trata  
de seres humanos, en los  
delitos y abusos contra los  
menores, en la esclavitud que  
todavía difunde su horror en  
muchas partes del mundo, en  
la tragedia frecuentemente

desatendida de los emigrantes con los que se especula indignamente en la ilegalidad»  
(Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2014, 8); e incluso, también se especula en una «aséptica legalidad» pacifista que no tiene en cuenta la carne del hermano, la carne de Cristo. También para esto debemos estar preparados, y sólidamente asentados en principios de justicia que en nada disminuyen la caridad. No es posible convivir en paz sin hacer nada con aquello que corrompe la vida y atenta

contra ella. A este respecto, recordamos a todos aquellos que, con valentía y de forma incansable, han trabajado y hasta han perdido la vida en la defensa y protección de los derechos de la persona humana y su dignidad. Como a ellos, la historia nos pide asumir un compromiso definitivo en defensa de los derechos humanos, aquí, en Cartagena de Indias, lugar que ustedes han elegido como sede nacional de su tutela.

Finalmente Jesús nos pide que recemos juntos; que nuestra

oración sea sinfónica, con matices personales, diversas acentuaciones, pero que alce de modo conjunto un mismo clamor. Estoy seguro de que hoy rezamos juntos por el rescate de aquellos que estuvieron errados y no por su destrucción, por la justicia y no la venganza, por la reparación en la verdad y no el olvido. Rezamos para cumplir con el lema de esta visita: «¡Demos el primer paso!», y que este primer paso sea en una dirección común. «Dar el primer paso» es, sobre



todo, salir al encuentro de los demás con Cristo, el Señor. Y Él nos pide siempre dar un paso decidido y seguro hacia los hermanos, renunciando a la pretensión de ser perdonados sin perdonar, de ser amados sin amar. Si Colombia quiere una paz estable y duradera, tiene que dar urgentemente un paso en esta dirección, que es aquella del bien común, de la equidad, de la justicia, del respeto de la naturaleza humana y de sus exigencias. Sólo si ayudamos a desatar los nudos de la violencia,

desenredaremos la compleja  
madeja de los desencuentros:  
se nos pide dar el paso del  
encuentro con los hermanos,  
atrevernos a una corrección  
que no quiere expulsar sino  
integrar; se nos pide ser  
caritativamente firmes en  
aquello que no es negociable;  
en definitiva, la exigencia es  
construir la paz, «hablando no  
con la lengua sino con manos y  
obras» (san Pedro Claver), y  
levantar juntos los ojos al  
cielo: Él es capaz de desatar  
aquello que para nosotros  
parece imposible, Él nos

prometió acompañarnos hasta el fin de los tiempos, y Él no va a dejar estéril tanto esfuerzo.

\* \* \*

## **Despedida**

(después de la comunión)

Al terminar esta celebración, quiero agradecer a Mons. Jorge Enrique Jiménez Carvajal, Arzobispo de Cartagena, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de sus hermanos en el episcopado y de todo el pueblo de Dios. Agradezco al señor Presidente Juan Manuel Santos por su invitación a visitar el país, a las

Autoridades civiles, y a todos los que han deseado unirse a nosotros en esta celebración Eucarística, aquí o a través de los medios de comunicación. Agradezco el esfuerzo y colaboración para haber hecho realidad esta visita. Son muchos los que han colaborado dando su tiempo y su disponibilidad. Han sido días intensos y hermosos en los que pude encontrar a tantas personas, conocer tantas realidades que me han tocado el corazón. Ustedes me han hecho mucho bien.

Queridos hermanos, quisiera dejarles una última palabra: no nos quedemos en «dar el primer paso», sino que sigamos caminando juntos cada día para ir al encuentro del otro, en busca de la armonía y de la fraternidad. No podemos quedarnos parados. El 8 de septiembre de 1654 moría aquí mismo san Pedro Claver; lo hacía después de cuarenta años de esclavitud voluntaria, de incansable labor en favor de los más pobres. Él no se quedó parado, después del primer paso siguieron otros, y otros, y

otros. Su ejemplo nos hace salir de nosotros mismos e ir al encuentro del prójimo.

Colombia, tu hermano te necesita, ve a su encuentro llevando el abrazo de paz, libre de toda violencia, *esclavos de la paz, para siempre.*

-

[1]También ella tuvo la inteligencia de la caridad y supo encontrar a Dios en el prójimo; ninguno de los dos se paralizó ante la injusticia y la dificultad. Porque «ante el conflicto, algunos simplemente

lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso» (Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*,

227).

-

-



10 de septiembre de 2017.

ÁNGELUS.

-  
Iglesia de San Pedro Claver,  
Cartagena de Indias.

Domingo.

-  
Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

-  
*Queridos hermanos y*  
*hermanas:*

Poco antes de entrar en esta  
iglesia donde se conservan las  
reliquias de san Pedro

Claver, he bendecido las primeras piedras de dos instituciones destinadas a atender a personas con grave necesidad y visité la casa de la señora Lorenza, donde acoge cada día a muchos hermanos y hermanas nuestras para darles alimento y cariño. Estos encuentros me han hecho mucho bien porque allí se puede comprobar cómo el amor de Dios se hace concreto, se hace cotidiano.

Todos juntos rezaremos el Ángelus, recordando la encarnación del Verbo. Y

pensamos en María, que concibió a Jesús y lo trajo al mundo. La contemplamos esta mañana bajo la advocación de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Como saben, durante un periodo largo de tiempo esta imagen estuvo abandonada, perdió el color estaba rota y agujereada. Era tratada como un trozo de saco viejo, usándola sin ningún respeto hasta que acabaron desechándola.

Fue entonces cuando una mujer sencilla, que según la tradición se llamaba María

Ramos, la primera devota de la Virgen de Chiquinquirá, vio en esa tela algo diferente. Tuvo el valor y la fe de colocar esa imagen borrosa y rajada en un lugar destacado, devolviéndole su dignidad perdida. Supo encontrar y honrar a María, que sostenía a su Hijo en sus brazos, precisamente en lo que para los demás era despreciable e inútil.

De ese modo, se hizo paradigma de todos aquellos que, de diversas maneras, buscan recuperar la dignidad del hermano caído por el dolor

de las heridas de la vida, de aquellos que no se conforman y trabajan por construirles una habitación digna, por atender sus necesidades perentorias y, sobre todo, rezan con perseverancia para que puedan recuperar el esplendor de hijos de Dios que les ha sido arrebatado.

El Señor nos enseña a través del ejemplo de los humildes y de los que no cuentan. Si a María Ramos, una mujer sencilla, le concedió la gracia de acoger la imagen de la Virgen en la pobreza de esa

tela rota, a Isabel, una mujer  
indígena, y a su hijo Miguel, les  
dio la capacidad de ser los  
primeros en ver trasformada y  
renovada esa tela de la Virgen.  
Ellos fueron los primeros en  
mirar con ojos sencillos ese  
trozo de paño totalmente  
nuevo y ver en éste el  
resplandor de la luz divina, que  
transforma y hace nuevas  
todas las cosas. Son los pobres,  
los humildes, los que  
contemplan la presencia de  
Dios, a quienes se revela el  
misterio del amor de Dios con  
mayor nitidez. Ellos, pobres y

sencillos, fueron los primeros en ver a la Virgen de Chiquinquirá y se convirtieron en sus misioneros, anunciadores de la belleza y santidad de la Virgen.

Y en esta iglesia le rezaremos a María, que se llamó a sí misma «la esclava del Señor», y a san Pedro Claver, el «esclavo de los negros para siempre», como se hizo llamar desde el día de su profesión solemne. Él esperaba las naves que llegaban desde África al principal mercado de esclavos del Nuevo Mundo. Muchas veces los atendía

solamente con gestos, gestos evangelizadores, por la imposibilidad de comunicarse, por la diversidad de los idiomas. Pero una caricia trasciende todos los idiomas. Sin embargo, Pedro Claver sabía que el lenguaje de la caridad, de la misericordia era comprendido por todos. De hecho, la caridad ayuda a comprender la verdad y la verdad reclama gestos de caridad: van juntas, no se pueden separar. Cuando sentía repugnancia hacia ellos — porque pobrecitos venían en un



estado que repugnaba— Pedro Claver le besaba las llagas. Austero y caritativo hasta el heroísmo, después de haber confortado la soledad de centenares de miles de personas, no murió honrado, se olvidaron de él y transcurrió los últimos cuatro años de su vida enfermo y en su celda y en un espantoso estado de abandono. Así paga el mundo; Dios le pagó de otra manera. Efectivamente, san Pedro Claver ha testimoniado en modo formidable la responsabilidad y el interés que

cada uno de nosotros debe tener por sus hermanos. Este santo fue, por lo demás, acusado injustamente de ser indiscreto por su celo y debió enfrentar duras críticas y una pertinaz oposición por parte de quienes temían que su ministerio socavase el lucrativo comercio de los esclavos. Todavía hoy, en Colombia y en el mundo, millones de personas son vendidas como esclavos, o bien mendigan un poco de humanidad, un momento de ternura, se hacen a la mar o emprenden el camino porque lo

han perdido todo, empezando por su dignidad y sus propios derechos.

María de Chiquinquirá y Pedro Claver nos invitan a trabajar por la dignidad de todos nuestros hermanos, en especial por los pobres y descartados de la sociedad, por aquellos que son abandonados, por los emigrantes, por los que sufren la violencia y la trata. Todos ellos tienen su dignidad y son imagen viva de Dios. Todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, y a todos nosotros, la Virgen nos sostiene

en sus brazos como a hijos queridos.

Dirijamos nuestra oración a la Virgen Madre, para que nos haga descubrir en cada uno de los hombres y mujeres de nuestro tiempo el rostro de Dios.

*Angelus Domini...*

**Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Desde este lugar, quiero asegurar mi oración por cada uno de los países de Latinoamérica, y de manera especial por la vecina

Venezuela. Expreso mi cercanía  
a cada uno de los hijos e hijas  
de esa amada nación, como  
también a los que han  
encontrado en esta tierra  
colombiana un lugar de  
acogida. Desde esta ciudad,  
sede de los derechos humanos,  
hago un llamamiento para que  
se rechace todo tipo de  
violencia en la vida política y se  
encuentre una solución a la  
grave crisis que se está  
viviendo y afecta a todos,  
especialmente a los más pobres  
y desfavorecidos de la sociedad.  
Que la Virgen Santísima

interceda por las necesidades del mundo y de cada uno de sus hijos.

Saludo también a ustedes aquí presentes, venidos de diversos lugares, también a los que siguen esta visita por la radio y la televisión. A todos les deseo un feliz domingo. Y por favor, no se olviden de rezar por mí. Y ahora quisiera darles la bendición. Cada uno de nosotros, antes de recibir la bendición, en un ratito de silencio, meta en su corazón los nombres de las personas que más queremos y también los

nombres de las personas que  
no queremos, los nombres de  
las personas que nos quieren y  
los nombres de las personas  
que sabemos que no nos  
quieren, para todos y para cada  
uno pedimos la bendición, para  
todos.

-

10 de septiembre de 2017.  
Conferencia de prensa durante  
el vuelo de regreso a Roma.

-  
Domingo.

-  
Viaje apostólico del Papa  
Francisco a Colombia  
(6-11 de septiembre de 2017)

-  
**Greg Burke:**

Gracias, Santo Padre, por el  
tiempo que nos dedica hoy,  
después de un viaje intenso,  
cansado, muy cansado para  
algunos, pero también un viaje  
fructífero. En diversas



ocasiones usted ha dado las gracias a las personas por las cosas que le han enseñado; también nosotros aprendemos tantas cosas en estas culturas de encuentro y le damos las gracias por esto. Colombia, en particular, con su pasado reciente —no solo reciente— nos ha ofrecido algunos testimonios muy fuertes, testimonios conmovedores de perdón y de reconciliación. Pero nos ha dado también una lección continua de alegría y de esperanza, dos palabras que usted ha usado mucho en este

viaje. Ahora quizá usted quiere decir algo, y después pasamos a las preguntas. Gracias.

## **Papa Francisco:**

Buenas tardes, y muchas gracias por vuestro trabajo. Realmente me he quedado conmovido por la alegría, la ternura, la juventud, la nobleza del pueblo colombiano. De verdad, un pueblo noble, que no tiene miedo de expresar lo que siente, no tiene miedo de sentir y hacer ver lo que siente. Así lo he percibido yo. Esta es la tercera vez [que voy a Colombia], que yo recuerde,

pero un obispo dijo: «No, usted estuvo una cuarta vez, pero solamente para pequeñas reuniones», una vez en La Ceja y las otras dos, o tres, en Bogotá. Pero no conocía la Colombia profunda, la que se ve por las calles. Y yo doy gracias por el testimonio de alegría, de esperanza, de paciencia en el sufrimiento de este pueblo. Me ha hecho mucho bien.

**Greg Burke:**

Gracias, Santo Padre. La primera pregunta es de César Moreno, de «Caracol Radio»:

## César Moreno, «Caracol Radio»:

Gracias, Su Santidad, muy buenas noches. Antes de todo quisiera agradecerle por parte de todos los medios colombianos que nos acompañan aquí en este viaje, todos nuestros compañeros y amigos, por haber ido usted a nuestra Patria, por habernos dado mensajes tan lindos, tan profundos, por tanto cariño, por tanta cercanía que usted le demostró al pueblo colombiano. Su Santidad, muchas gracias. Mi pregunta es la siguiente:

usted llegó, Santo Padre, a un país dividido, por cuenta de un proceso de paz, entre los que aceptan y no aceptan ese proceso, ¿qué hacer concretamente?, ¿qué pasos hay que dar para acercar a las partes divididas, para que dejen ese odio, para que dejen ese rencor? Si Su Santidad pudiera volver a nuestro país en unos años, ¿cómo cree, cómo le gustaría ver a Colombia? Gracias.

**Papa Francisco:**

A mí me gustaría al menos que el lema fuera «Demos el

segundo paso», que al menos  
fuera ese. Han sido, yo pensaba  
que eran más, calculaba sobre  
sesenta, pero me han dicho que  
54 años de guerrilla más o  
menos, y ahí se acumula  
mucho, mucho, mucho odio,  
mucho rencor, mucha alma  
enferma, y la enfermedad no es  
culpable, viene, te agarraste un  
sarampión y tienes —  
perdonadme, hablo italiano— el  
alma enferma. La enfermedad  
no es culpable, viene. Y con  
estas guerrillas que realmente  
han cometido pecados feos —  
tanto la guerrilla, como los

paramilitares, tanto los de aquí como los de allí, y también la corrupción, muchas veces, en el país— y que han provocado esta enfermedad del odio. Pero hay pasos adelante que dan esperanza, pasos en la negociación, el último es el alto el fuego del ELN: Les doy las gracias, se lo agradezco mucho. Pero hay algo más, que yo he percibido, que son las ganas de ir adelante en este proceso, que va más allá de las negociaciones que se están haciendo y que se deben hacer. Es un deseo espontáneo, y allí

está la fuerza del pueblo. Yo espero en esto. El pueblo quiere «respirar», pero debemos ayudarlo, ayudarlo con la cercanía, la oración y sobre todo la comprensión de cuánto dolor hay dentro de la gente.

**Greg Burke:**

Ahora, Santo Padre, José Mojica, de «El Tiempo»:

**José Mojica, de «El Tiempo»:**

Santo Padre, un honor estar aquí con usted. Mi nombre es José Mojica, soy periodista de «El Tiempo» —casa editorial de



Colombia— y le saludo en nombre también de mis colegas colombianos y de todos los medios de comunicación de mi país. Colombia ha sufrido muchas décadas de violencia por cuenta de la guerra, por el conflicto armado y también por el narcotráfico; sin embargo, los estragos de la corrupción en la política han sido tan perjudiciales como la misma guerra, y aunque no es nueva la corrupción, siempre hemos sabido que existe, sabemos que siempre ha habido corrupción, ahora es más visible porque ya

no tenemos las noticias de la guerra, del conflicto armado. ¿Qué hacer ante este flagelo, hasta dónde llevar a los corruptos, cómo castigarlos y, por último, habría que excomulgar a los corruptos?

**Papa Francisco:**

Usted hace una pregunta que yo me la planteé muchas veces, yo me lo planteé de esta manera: ¿el corrupto tiene perdón? Yo me la planteé así. Y me la planteé cuando hubo un acto, en la provincia de Catamarca, en Argentina, un acto de maltrato, abuso, de

violación de una chica, y había gente metida allí muy ligada a los poderes políticos y económicos de esa provincia. Me impresionó mucho un artículo de Frigerio publicado en «La Nación», en esa época [O. Frigerio, «Corrupción, un problema político», *La Nación*, año 122, n° 42.863, p. 7]; yo escribí un pequeño libro que se llama «Pecado y corrupción». Todos somos pecadores siempre y nosotros sabemos que el Señor está cerca de nosotros, que Él no se cansa de perdonar. Pero la diferencia es: Dios no

se cansa nunca de perdonar,  
pero el pecador a veces  
encuentra la valentía y pide  
perdón. El problema es que el  
corrupto se cansa de pedir  
perdón y olvida cómo se pide  
perdón: este es el problema  
grave. Es un estado de  
insensibilidad frente a los  
valores, frente a la destrucción,  
a la explotación de las  
personas. No es capaz de pedir  
perdón. Es como una condena,  
por la que es muy difícil ayudar  
a un corrupto, muy difícil. Pero  
Dios puede hacerlo. Yo rezo por  
esto.

## **Greg Burke:**

Santo Padre, ahora Hernán Reyes, de «Télam».

## **Hernán Reyes, de «Télam»:**

Santidad, la pregunta es del grupo de los periodistas de lengua española. Usted ha hablado de este primer paso que ha dado Colombia. Hoy en la Misa ha dicho que no ha sido suficiente un diálogo entre dos partes, sino que ha sido necesario incorporar a más actores. ¿Usted piensa que es posible aplicar este modelo colombiano a otros conflictos en el mundo?

## **Papa Francisco:**

Integrar a otras personas...

También hoy, en la homilía, he hablado de esto haciendo

referencia al pasaje del

Evangelio. Involucrar a otros

sujetos: no es la primera vez.

En muchos conflictos han sido

involucrados otros sujetos. Es

un modo de ir adelante, un

modo sapiencial, político... Está

la sabiduría de pedir ayuda.

Creo que, como hoy he querido

apuntar en la homilía —que era

un mensaje más que una

homilía—, creo que estos

recursos técnico-políticos

ayudan, estos requieren a veces la intervención de las Naciones Unidas para salir de la crisis. Pero un proceso de paz irá adelante solamente cuando lo toma de la mano el pueblo. Si el pueblo no lo toma de la mano, se podrá ir adelante un poco, se llegará a un compromiso... Es lo que he tratado de hacer sentir en esta visita: o el protagonista de la pacificación es el pueblo, o se llegará sólo hasta cierto punto. Pero cuando un pueblo toma de la mano esto, es capaz de hacerlo bien. Ese es el mejor

camino. Gracias.

**Greg Burke:**

Ahora Elena Pinardi.

**Elena Pinardi, de EBU-UER:**

Buenas tardes, Santidad. En primer lugar quisiéramos preguntarle cómo está. Hemos visto todos que se ha golpeado la cabeza: ¿Cómo está? ¿Se ha hecho daño?

**Papa Francisco:**

Me incliné un poco para saludar a unos niños, no vi el cristal y... me di.

**Elena Pinardi:**

Entonces, la pregunta es esta. Mientras estamos en el vuelo,



pasamos cerca del huracán Irma, que ha causado decenas de muertos y daños enormes en las Islas caribeñas y en Cuba, y se teme que amplias zonas de Florida puedan terminar bajo el agua. Seis millones de personas han tenido que dejar sus casas. Después del huracán Harvey, ha habido casi a la vez tres huracanes en la zona. Los científicos consideran que el calentamiento de los océanos es un factor que contribuye a que las tempestades y los huracanes de temporada sean

más intensos. Hay una  
responsabilidad moral de los  
líderes políticos que rechazan  
colaborar con las otras  
naciones para controlar las  
emisiones de gas con efecto  
invernadero, ¿por qué niegan  
que el cambio climático sea  
también obra del hombre?

### **Papa Francisco:**

Gracias. Empiezo por la última  
parte, para no olvidarla: quien  
niega esto debe dirigirse a los  
científicos y preguntarles a  
ellos. Ellos hablan clarísimo.  
Los científicos son precisos. El  
otro día, cuando salió la noticia

de esa nave rusa —creo— que fue de Noruega a Japón o a Taipéi pasando por el Polo Norte, sin el rompehielos, y las fotografías mostraban trozos de hielo... A través del Polo Norte, ahora, se puede pasar. Es muy claro, es muy claro. Cuando salió esa noticia, de una universidad —no recuerdo dónde— salió otra que decía: «Tenemos solamente tres años para volver atrás, de lo contrario las consecuencias serán terribles». Yo no sé si es verdad «tres años» o no; pero que, si no volvemos atrás, nos

hundimos, eso es verdad. Del cambio climático se ven los efectos, y los científicos indican claramente el camino a seguir. Y todos nosotros tenemos una responsabilidad, todos. Cada uno, más pequeña o más grande, una responsabilidad moral: en el aceptar, dar la opinión o tomar decisiones. Y debemos tomarlo en serio. Creo que es algo con lo que no hay que bromear, es muy serio. Usted me pregunta: ¿cuál es la responsabilidad moral? Cada uno tiene la suya. También los políticos tienen la suya. Cada

uno tiene la propia. Según la respuesta que se da.

### **Elena Pinardi:**

Hay quien percibe que vamos al encuentro del apocalipsis con todos estos eventos atmosféricos...

### **Papa Francisco:**

No lo sé. Yo digo: cada uno tiene la propia responsabilidad moral, primero. Segundo: si uno tiene algunas dudas de que esto sea verdad, que pregunte a los científicos. Ellos son clarísimos. No son opiniones lanzadas al aire: son clarísimas. Y que después

decida. Y la historia juzgará las decisiones. Gracias.

**Greg Burke:**

Ahora Enzo Romeo y después Valentina.

**Enzo Romeo, de la RAI:**

Buenas tardes, Santo Padre. Yo me uno a la pregunta hecha por la primera colega, porque usted muchas veces en los discursos que ha hecho en Colombia ha recordado la necesidad de hacer las paces con la creación, respetar el ambiente como condición necesaria para que se pueda crear una paz social estable. Y

vemos los efectos de los cambios climáticos también en Italia: no sé si está informado, hay muchos muertos en Livorno...

**Papa Francisco:**

Sí, después de tres meses y medio de sequía.

**Enzo Romeo:**

Exacto. Muchos daños en Roma... Por tanto, estamos todos involucrados en esta situación. Pero, ¿por qué se tarda en tomar conciencia? Sobre todo por parte de los gobiernos, que sin embargo parecen tan atentos a otros

sectores, quizá —hablando del  
discurso de las armas: estamos  
viendo por ejemplo la crisis de  
Corea—. También sobre esto  
me gustaría conocer su opinión.

### **Papa Francisco:**

¿Por qué? Me viene a la mente  
una frase del Antiguo  
Testamento: el hombre es  
estúpido, es un testarudo que  
no ve (cf. Jr5,21; Ez 12,1). El  
único animal de la creación que  
mete la pierna dos veces en el  
mismo hoyo es el hombre. El  
caballo y los otros no, no lo  
hacen. Es la soberbia, la  
presunción de decir: «No, pero



no será así...». Y después está el dios bolsillo, ¿no? No solo en la creación: tantas cosas, tantas decisiones, tantas contradicciones y algunas de ellas dependen del dinero. Hoy, en Cartagena: yo comencé por una parte, llamémosla pobre, de Cartagena. Pobre. La otra parte, la parte turística, lujo y lujo sin medida moral, digamos. Pero los que van allí, ¿no se percatan de esto? O los analistas sociopolíticos, ¿no se percatan? El hombre es estúpido, decía la Biblia. Y así, cuando no se quiere ver, no se

ve. Se mira solamente a un  
lado. No sé, y sobre Corea del  
Norte, te digo la verdad, yo  
realmente no entiendo. Porque  
realmente no entiendo el  
mundo de la geopolítica, es  
muy arduo para mí. Pero creo  
que, por lo que veo, allí hay  
una lucha de intereses que se  
me escapan, realmente no  
puedo explicarlo. Pero el otro  
aspecto es importante: no se  
toma conciencia. Piensa en  
Cartagena, hoy. Pero esto es  
injusto y ¿se puede tomar  
conciencia? Esto me viene en  
mente. Gracias.

**Greg Burke:**

Valentina...

**Papa Francisco:**

La «decana»...

**Valentina Alazraki, de**  
**«Televisa»:**

(Le pregunta cómo está)

**Papa Francisco:**

...pero no duele. Me pusieron  
un ojo en compota.

**Valentina Alazraki:**

De todos modos, lo sentimos.  
Incluso si no le duele, lo  
sentimos.

Santidad, cada vez que usted  
ve a los jóvenes, en cualquier  
parte del mundo, siempre les

dice: «No os dejéis robar la  
esperanza, no os dejéis robar la  
alegría ni el futuro». Por  
desgracia, en Estados Unidos se  
ha abolido la ley de  
los *dreamers*, de los soñadores:  
estamos hablando de  
ochocientos mil jóvenes,  
muchísimos mexicanos,  
colombianos, de tantos países.  
¿Usted no cree que con esta  
ley, con esta abolición, estos  
chicos perderán la alegría, la  
esperanza, el futuro? Y  
después, abusando de su  
gentileza y de la de los colegas,  
si usted podría rezar una

pequeña oración, un pequeño  
pensamiento para todas las  
víctimas del terremoto de  
México y del huracán Irma.  
Gracias.

### **Papa Francisco:**

Realmente, sí. Le preguntaba a  
qué ley se refería. Yo he oído  
sobre esta ley; no he podido  
leer los artículos ni cómo se  
toma la decisión. No la conozco  
bien, pero, primero, separar a  
los jóvenes de la familia no es  
algo que dé buen fruto, ni para  
los jóvenes ni para la familia.  
Yo creo que esta ley —que creo  
que no venga del Parlamento

sino del Ejecutivo— si es así,  
pero no estoy seguro, hay  
esperanza de que se vuelva a  
pensar un poco. Porque yo he  
oído hablar al presidente de  
Estados Unidos: se presenta  
como un hombre provida y, si  
es un buen provida, entiende  
que la familia es la cuna de la  
vida y que se debe defender su  
unidad. Por eso, yo tengo  
interés en estudiar bien esa  
ley. Pero, realmente —en  
general, tanto en este caso  
como en otros— cuando los  
jóvenes se sienten explotados,  
como en muchos casos, al final

se sienten sin esperanza. Y, ¿quién la roba? La droga, otras dependencias, el suicidio... El suicidio juvenil es muy fuerte y sucede cuando son apartados de sus raíces. Es muy importante la relación de un joven con sus raíces. Los jóvenes desarraigados hoy piden ayuda: quieren reencontrar las raíces. Por esto yo insisto tanto en el diálogo entre jóvenes y ancianos, un poco saltando a los padres. Que hablen con los padres, pero los ancianos [son importantes], porque allí están las raíces; y

están algo más alejadas, para  
evitar los conflictos que puede  
haber con las raíces más  
cercanas, como aquellas de los  
padres. Pero los jóvenes, hoy,  
tienen necesidad de  
reencontrar las raíces.

Cualquier cosa que vaya contra  
las raíces, les roba la  
esperanza. No sé si he  
respondido...

**Valentina Alazraki:**

Pueden ser deportados de  
Estados Unidos...

**Papa Francisco:**

Sí, sí, pierden una raíz... esto  
es un problema. Pero



realmente sobre esa ley no quiero expresar nada, porque no la he leído y no me gusta hablar de aquello que no he estudiado antes. Y después, Valentina es mexicana y México ha sufrido tanto, y con esta última cosa pido a todos, por solidaridad con la «decana» — está el otro «decano» allí— una oración por su patria. Gracias.

**Greg Burke:**

Gracias, Santo Padre. Ahora, Fausto Gasparroni de la agencia Ansa:

**Fausto Gasparroni, de Ansa:**  
Santidad, en nombre del grupo

italiano quiero hacer una pregunta sobre la cuestión de los migrantes, en particular sobre el hecho de que recientemente la Iglesia italiana ha expresado — digámoslo así— una especie de comprensión hacia la nueva política del Gobierno de restringir las salidas de Libia y por tanto, los desembarcos. Se ha escrito también que sobre esto, se ha producido un encuentro entre usted y el primer ministro, Paolo Gentiloni. Quisiéramos saber si, efectivamente, en este

encuentro se ha hablado de este tema, si se ha producido este encuentro y si se ha tratado este tema y sobre todo, qué piensa usted sobre esta política de cierre de las salidas, considerando también el hecho de que los migrantes que se quedan en Libia —como ha sido documentado por investigaciones— viven en condiciones inhumanas, en condiciones muy, pero muy precarias. Gracias.

### **Papa Francisco:**

Primero de todo, el encuentro con el primer ministro Gentiloni

fue un encuentro personal y no  
sobre este tema. Fue antes de  
este problema, que salió unas  
semanas más tarde, casi un  
mes después. Fue antes del  
problema. Segundo: yo siento  
el deber de gratitud hacia Italia  
y Grecia, porque han abierto el  
corazón a los migrantes. Pero  
no basta con abrir el corazón.  
El problema de los migrantes  
es, primero, corazón abierto,  
siempre. Es también un  
mandamiento de Dios, de  
acogerlos: «Emigrantes fuisteis  
en Egipto» (cf. Lv 19,33-34),  
esto dice la Biblia. Pero un

gobierno debe gestionar este problema con la virtud propia del gobernante, es decir, la prudencia. ¿Qué significa?  
Primero: ¿cuántos sitios tengo?  
Segundo: no sólo recibirlos, sino integrarlos. Integrarlos. Yo he visto ejemplos —aquí en Italia— de integración bellísimos. Cuando fui a la universidad *Roma Tre*, me hicieron preguntas cuatro estudiantes; una, la última que ha hecho la pregunta, yo la miraba [y pensaba]: «Pero esta cara la conozco...». Era alguien que hace menos de un año vino

de Lesbos conmigo en el avión.  
Ha aprendido la lengua y como  
estudiaba biología en su patria,  
hizo la convalidación y  
continuó. Aprendió el idioma.  
Esto se llama *integrar*. En otro  
vuelo —cuando volvía de  
Suecia, creo— hablé de la  
política de integración de  
Suecia como un modelo, pero  
incluso Suecia dijo con  
prudencia: «El número es este;  
más no puedo», porque existe  
el peligro de no integración.  
Tercero: hay un problema  
humanitario, lo que usted  
decía. ¿La humanidad toma

conciencia de estos valores allí?  
¿De las condiciones de las que  
usted hablaba, en el desierto?  
He visto fotografías... Hay  
explotadores... usted hablaba  
del gobierno italiano: me da la  
impresión de que esté haciendo  
de todo por trabajos  
humanitarios, para resolver  
también el problema que no  
puede asumir...

Pero [resumiendo]: corazón  
siempre abierto, prudencia,  
integración y cercanía  
humanitaria.

Y hay una última cosa que  
quiero decir, y vale sobre todo

para África. Hay, en nuestro  
inconsciente colectivo, un lema,  
un principio: «África debe ser  
explotada». Hoy en Cartagena  
hemos visto un ejemplo de  
explotación, humano, en aquel  
caso [el de los esclavos]. Y un  
jefe de gobierno, sobre esto, ha  
dicho una bonita verdad:  
«aquellos que huyen de la  
guerra, es otro problema; pero  
para tantos que huyen del  
hambre, hacemos inversiones  
allí, para que crezcan».  
Pero en el inconsciente  
colectivo está que cada vez que  
tantos países desarrollados van



a África, es para explotar.  
Debemos dar la vuelta a esto:  
África es amiga y hay que  
ayudarla a crecer. Después, los  
otros problemas, de guerras,  
van en otra parte. No sé si con  
esto he aclarado...

**Greg Burke:**

Santidad, debemos irnos. Pero,  
¿podemos hacer una última  
pregunta? Xavier Le Normand,  
I.Media.

**Xavier Le Normand, I.Media:**

Buenas tardes, Santo Padre,  
Santidad, hoy usted ha hablado  
de Venezuela, después del  
Ángelus. Usted ha pedido que

se rechace cualquier tipo de violencia en la vida política. El jueves, después de la Misa en Bogotá, usted ha saludado a cinco obispos venezolanos. Lo sabemos todos: la Santa Sede ha estado y todavía está muy comprometida con un diálogo en aquel país. Y desde hace meses usted pide el fin de toda violencia. Pero el presidente Maduro, por un lado, tiene palabras muy violentas contra los obispos y, por el otro, dice que está con el Papa Francisco. ¿No sería posible tener palabras más fuertes y tal vez

más claras? Gracias, Santidad.

## **Papa Francisco:**

Creo que la Santa Sede ha hablado fuerte y claramente. Lo que dice el presidente Maduro, que lo explique él: yo no sé qué tiene en su mente. Pero la Santa Sede ha hecho mucho: ha enviado allí, al grupo de trabajo de los cuatro expresidentes, ha enviado a un Nuncio de primer nivel; después ha hablado, ha hablado con personas, ha hablado públicamente. Yo, tantas veces, en el Ángelus he hablado de la situación,

buscando siempre una salida,  
ayudando, ofreciendo ayuda  
para salir. No sé... pero parece  
que la cosa es muy difícil y lo  
que es más doloroso es el  
problema humanitario: tanta  
gente que escapa o sufre... Un  
problema humanitario que  
debemos ayudar a resolver de  
cualquier modo. Yo creo que las  
Naciones Unidas deban hacerse  
oír allí también, para ayudar...  
Gracias.

**Greg Burke:**

Gracias, Santidad. Creo que  
tenemos que irnos.

**Papa Francisco:**

¿Por las turbulencias?

**Greg Burke:**

Sí...

**Papa Francisco:**

Dicen que hay turbulencias,  
que tenemos que sentarnos.  
Pero os agradezco tanto, os  
agradezco mucho vuestro  
trabajo. Y una vez más,  
quisiera agradecer el ejemplo  
del pueblo colombiano. Y  
quisiera terminar con una  
imagen, lo que me ha  
impresionado de los  
colombianos: en las cuatro  
ciudades la multitud estaba en  
la calle, saludando... lo que

más me ha impresionado es  
que los padres, las madres  
levantaban a sus hijos para  
hacerles ver al Papa y para que  
el Papa les diera la bendición.  
Como diciendo: «este es mi  
tesoro, esta es mi esperanza,  
este es mi futuro. Yo tengo fe  
en él». Esto me ha  
impresionado. La ternura. Los  
ojos de esos padres y esas  
madres. Bellísimo, ¡bellísimo!  
Esto es un símbolo, símbolo de  
esperanza, de futuro. Un  
pueblo que es capaz de tener  
niños y después mostrarlos,  
enseñarlo así, como diciendo:

«este es mi tesoro», es un pueblo que tiene esperanza y tiene futuro. Muchas gracias.

Gracias.

**Greg Burke:**

Gracias, Santidad. Buen descanso.

—

13 de septiembre de 2017.  
Audiencia general.

-  
Miércoles.

-  
*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Como sabéis, en los últimos  
días he realizado el viaje  
apostólico a Colombia. De todo  
corazón agradezco al Señor por  
este gran regalo; y deseo  
renovar la expresión de mi  
reconocimiento al señor  
presidente de la República, que  
me acogió con tanta cortesía, a  
los obispos colombianos que



trabajaron tanto para preparar esta visita, y también al resto de autoridades del país y a cuantos han colaborado en la realización de esta visita. ¡Y un agradecimiento especial al pueblo colombiano que me acogió con tanto afecto y tanta alegría! Un pueblo alegre entre tanto sufrimiento, pero alegre; un pueblo con esperanza. Una de las cosas que me impresionó en todas las ciudades, entre la multitud, fueron los padres y las madres con niños, que levantaban a los niños para que el Papa los bendijera, pero

también con orgullo enseñaban  
a sus hijos como diciendo:  
«¡Este es nuestro orgullo! Esta  
es nuestra esperanza». Yo  
pensé: un pueblo capaz de  
tener niños y capaz de  
enseñarlos con orgullo, como  
esperanza: este pueblo tiene  
futuro. Y me gustó mucho.  
De un modo particular, en este  
viaje he sentido la continuidad  
con los dos Papas que visitaron  
Colombia antes que yo: el  
beato Pablo VI, en 1968 y  
san Juan Pablo II en el 86. Una  
continuidad fuertemente  
animada por el Espíritu Santo,

que guía los pasos del pueblo de Dios por los caminos de la historia.

El lema del viaje fue «Demos el primer paso», referido al proceso de reconciliación que Colombia está viviendo para salir del medio siglo de conflicto interno, que ha sembrado sufrimiento y enemistades, causando tantas heridas, difíciles de curar. Pero con la ayuda de Dios, el camino ya ha empezado. Con mi visita he querido bendecir el esfuerzo de aquel pueblo, confirmarlo en la fe y en la esperanza y recibir

su testimonio, que es una riqueza para mi ministerio y para toda la Iglesia. El testimonio de este pueblo es una riqueza para toda la Iglesia.

Colombia —como la mayor parte de los países latinoamericanos— es un país en el que las raíces cristianas son muy fuertes. Y si este hecho vuelve aún más agudo el dolor por la tragedia de la guerra que ha lacerado el país, al mismo tiempo constituye una garantía para la paz, los cimientos resistentes para su

reconstrucción, la savia de su  
invencible esperanza. Es  
evidente que el maligno ha  
querido dividir al pueblo para  
destruir la obra de Dios, pero  
también es evidente que el  
amor de Cristo, su infinita  
Misericordia es más fuerte que  
el pecado y que la muerte.  
Este viaje se hizo para llevar la  
bendición de Cristo, la  
bendición de la Iglesia al deseo  
de vida y de paz que desborda  
el corazón de esa nación: he  
podido verlo en los ojos de los  
miles y miles de niños y  
jóvenes que llenaron la plaza

de Bogotá y que encontré en  
todas partes; esa fuerza de  
vida que también la naturaleza  
misma proclama con su  
exuberancia y su biodiversidad.  
Colombia es el segundo país del  
mundo en biodiversidad. En  
Bogotá pude encontrar a  
todos los obispos del país y  
también al comité directivo de  
la Conferencia Episcopal  
Latinoamericana. Agradezco a  
Dios por haber podido  
abrazarles y por haberles dado  
mi ánimo pastoral, para su  
misión al servicio de la Iglesia  
sacramento de Cristo, nuestra

paz y nuestra esperanza.  
La jornada dedicada de modo  
particular al tema de la  
reconciliación, momento  
culminante de todo el viaje, se  
desarrolló en Villavicencio.  
Durante la mañana hubo  
la gran celebración eucarística,  
con la beatificación de los  
mártires Jesús Emilio Jaramillo  
Monsalve, obispo y Pedro María  
Ramírez Ramos, sacerdote. Por  
la tarde, la Liturgia especial de  
Reconciliación, simbólicamente  
orientada hacia el Cristo de  
Bocayá, sin brazos y sin  
piernas, mutilado como su

pueblo.

La beatificación de los dos mártires recordó plásticamente que la paz está fundada también, y quizá sobre todo, sobre la sangre de tantos testimonios de amor, de verdad, de justicia y también de mártires verdaderos, asesinados por su fe, como los dos antes citados. Escuchar sus biografías fue conmovedor hasta las lágrimas: lágrimas de dolor y de alegría juntas. Frente a sus reliquias y a sus rostros, el santo pueblo fiel de Dios sintió fuerte su propia



identidad, con dolor, pensando en las tantas, demasiadas víctimas y con alegría, por la misericordia de Dios que se extiende sobre aquellos que lo temen (cf Lc 1, 50).

«Amor y verdad se han dado cita / justicia y paz se abrazan» (Sal 85, 11), escuchamos al inicio. Este versículo del salmo contiene la profecía de lo que pasó el viernes pasado en Colombia; la profecía y la gracia de Dios para que aquel pueblo herido, pueda resurgir y caminar en una vida nueva. Estas palabras proféticas, llenas

de gracia las vimos encarnadas  
en las historias de los testigos,  
que hablaron en nombre de  
tantos y tantos que, a partir de  
sus heridas, con la gracia de  
Cristo salieron de sí mismos y  
se abrieron al encuentro, al  
perdón, a la reconciliación.  
En Medellín la perspectiva fue  
la de la vida cristiana como  
discipulado: la vocación y la  
misión. Cuando los cristianos se  
empeñan a fondo en el camino  
de seguir a Jesucristo, se  
convierten verdaderamente en  
sal, luz y levadura en el mundo  
y los frutos son abundantes.

Uno de estos frutos son los Hogares, es decir, las casas donde los niños y los chicos heridos por la vida pueden encontrar una nueva familia donde son amados, acogidos, protegidos y acompañados. Y otros frutos, abundantes como racimos, son las vocaciones por la vida sacerdotal y consagrada, que he podido bendecir y animar con alegría en un inolvidable encuentro con los consagrados y sus familiares.

Y finalmente, en Cartagena, la ciudad de san Pedro Claver,

apóstol de los esclavos, el «foco» estuvo sobre la promoción de la persona humana y de sus derechos fundamentales. San Pedro Claver, como más recientemente santa María Bernarda Bütler, dieron la vida por los más pobres y marginados y así mostraron la vida de la verdadera revolución, aquella evangélica, no ideológica, que libera realmente a las personas y a las sociedades de la esclavitud de ayer y, por desgracia, también de hoy. En este

sentido, «dar el primer paso»  
—el lema del viaje— significa  
acercarse, inclinarse, tocar la  
carne del hermano herido y  
abandonado. Y hacerlo con  
Cristo, el Señor convertido en  
esclavo por nosotros. Gracias a  
Él hay esperanza, porque Él es  
la misericordia y la paz.

Confío de nuevo a Colombia y a  
su amado pueblo a la Madre,  
Nuestra Señora de  
Chiquinquirá, que pude venerar  
en la catedral de Bogotá. Que  
con la ayuda de María cada  
colombiano pueda dar cada día  
el primer paso hacia el

hermano y la hermana y así  
construir juntos, día a día la  
paz en el amor, en la justicia,  
en la verdad.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los  
peregrinos de lengua española,  
en especial a los provenientes  
de España y Latinoamérica, y  
muy especialmente a los  
colombianos que veo allá.

Confío a todos a la Virgen de  
Chiquinquirá, que ella pueda  
ayudarnos a dar el primer paso  
hacia un mundo más justo y en  
paz. Que Dios los bendiga.

-

14 de septiembre de 2017.

Discurso a los nuevos obispos  
ordenados durante el año.

-  
Jueves.

-  
*Queridísimos hermanos:*

Con gran alegría os doy la  
bienvenida en este momento  
casi concluyente de vuestra  
peregrinación romana,  
organizada por las  
Congregaciones para los  
obispos y para las Iglesias  
orientales.

Agradezco al cardenal Marc  
Ouellet y al cardenal Leonardo

Sandri y a los dicasterios, que presiden respectivamente, su generoso esfuerzo para realizar este evento, que me permite ahora conoceros

personalmente y profundizar con vosotros, nuevos Pastores de la Iglesia, la gracia y la responsabilidad del ministerio que hemos recibido.

De hecho, no por mérito nuestro, sino por pura benevolencia divina, nos han encomendado «el testimonio del Evangelio de la gracia de Dios» (*Hech 20, 24; Rom 15, 16*) y el «ministerio del



Espíritu» (2 Cor 3, 8-9). Este año, el programa de vuestras jornadas en Roma ha tratado de penetrar en el misterio del Episcopado mediante una de sus tareas centrales, la de ofrecer al «rebaño en que el Espíritu Santo [nos ha] puesto como vigilantes» (Hech 20, 28) el discernimiento espiritual y pastoral necesarios para que llegue al conocimiento y a la realización de la voluntad de Dios, en el cual reside toda perfección.

Por lo tanto, permitidme compartir algunas reflexiones

sobre esta cuestión cada vez  
más importante en nuestros  
días, paradójicamente  
marcados por un sentido de  
autorreferencia, que proclama  
como terminado el tiempo de  
los maestros, mientras que, en  
su soledad, el hombre concreto  
no cesa de gritar la necesidad  
de ser ayudado para hacer  
frente a las cuestiones  
dramáticas que lo asaltan, de  
ser guiado paternalmente en el  
camino, no obvio, que lo  
desafía, de ser iniciado en el  
misterio de su propia búsqueda  
de la vida y la felicidad.

Precisamente es a través del auténtico discernimiento, que Pablo presenta como uno de los dones del Espíritu (cf. 1 Cor 12, 10) y Santo Tomás de Aquino llama «la virtud superior que juzga según los principios superiores» (Sum. Theol., II - II, q. 51, a. 4, a 3), como podemos responder a esta necesidad humana actual.

**El Espíritu Santo,**  
**protagonista de todo**  
**discernimiento auténtico**

No hace tanto tiempo, la Iglesia invocó sobre vosotros el Spiritus Principalis o Pneuma

hegemonikon, la potencia que el Padre ha dado al Hijo, y que Él transmitió a los santos Apóstoles, es decir «el Espíritu que dirige y guía». Hay que ser conscientes de que ese gran don, del que con gratitud somos servidores perpetuos, descansa sobre hombros frágiles. Tal vez por ello, la Iglesia, en su oración de la consagración episcopal, ha tomado esa expresión del *Miserere* (*Sal* 51, 14b) en el que el orante, después de explicar su fracaso, implora al Espíritu que le da inmediata y

espontánea generosidad en la obediencia a Dios, tan fundamental para el que guía una comunidad.

Sólo aquel que es guiado por Dios tiene el título y la autoridad para ser propuesto como guía de los demás. Puede amaestrar y cultivar en el discernimiento sólo el que está familiarizado con este maestro interior que, como una brújula, ofrece los criterios para distinguir, para sí mismo y para los demás, el tiempo de Dios y de su gracia; para reconocer su pasaje y el camino de su

salvación; para indicar los medios concretos, agradables a Dios, para lograr el bien que Él predispone en su misterioso plan de amor para cada uno y para todos. Esta sabiduría es la sabiduría práctica de la Cruz, que aunque incluya la razón y su prudencia, las supera, ya que conduce a la fuente misma de la vida que no muere, es decir, «conocer al Padre, el único Dios verdadero, y al que ha enviado: Jesucristo» (Jn 17, 3).

El obispo no puede dar por descontada la posesión de un

don tan alto y trascendente,  
como si se tratara de un  
derecho adquirido, sin decaer  
en un ministerio privado de  
fecundidad. Es necesario  
implorarlo constantemente  
como condición primaria para  
iluminar toda sabiduría  
humana, existencial,  
psicológica, sociológica, moral,  
de la que podemos servirnos en  
la tarea de discernir los  
caminos de Dios para la  
salvación de los que nos han  
sido confiados.

Por lo tanto, es imperativo  
volver constantemente en la

oración a Gabaón (cf. 1 Re 3, 5-12), para recordar al Señor que ante Él somos perennemente «niños pequeños, que no saben salir ni entrar» y para implorar «no larga vida, ni riquezas, ni la muerte de los enemigos», sino sólo «el discernimiento para juzgar a su pueblo». Sin esta gracia, no nos convertiremos en buenos meteorólogos de lo que se pueda vislumbrar «en el aspecto del cielo y de la tierra», sino que seremos incapaces de «evaluar el tiempo de Dios» (cf. Lc 12, 54-



56). El discernimiento, por lo tanto, nace en el corazón y en la mente del obispo a través de su oración cuando pone en contacto las personas y las situaciones que le han sido confiadas con la Palabra divina pronunciada por el Espíritu. En esa intimidad el Pastor madura la libertad interior que lo hace firme en sus elecciones y comportamientos, tanto personales como eclesiales. Sólo en el silencio de la oración se puede aprender la voz de Dios, percibir las huellas de su lenguaje, acceder a su verdad,

que es una luz muy diferente,  
que «no está sobre la  
inteligencia casi como el aceite  
que flota en el agua» y es muy  
superior porque sólo «el que  
conoce la verdad conoce esta  
luz» (cf. Agustín, Conf. VII, 10,  
16).

**El discernimiento es un don**  
**de espíritu a la Iglesia, al**  
**que se responde con la**  
**escucha**

El discernimiento es una gracia  
del Espíritu al santo pueblo fiel  
de Dios que lo constituye  
Pueblo profético, dotado con  
ese sentido de la fe y de ese

instinto espiritual que lo hace capaz de *sentire cum Ecclesia*. Es un don recibido en medio del Pueblo y orientado hacia su salvación. Puesto que desde el bautismo el Espíritu ya mora en los corazones de los fieles, la fe apostólica, la bienaventuranza, la rectitud y el espíritu evangélicos no le son extraños. Por lo tanto, si bien recubierto de una ineludible responsabilidad personal (cf. *Directorio Apostolorum Successores*, 160-161 ), el obispo está llamado a vivir su propio discernimiento de pastor

como miembro del Pueblo de Dios, es decir, en una dinámica cada vez más eclesial, al servicio de la koinonía. El obispo no es el «padre y patrón» autosuficiente ni tampoco el asustado y aislado «pastor solitario».

El discernimiento del obispo es siempre una acción comunitaria, que no prescinde de la riqueza del parecer de sus presbíteros y diáconos, del Pueblo de Dios y de todos aquellos que pueden brindarle una contribución útil, incluso a través de aportaciones

concretas y no meramente formales. «Cuando no se tiene en cuenta de ninguna manera al hermano y uno se considera superior, se termina por enorgullecerse también contra Dios mismo»[1].

En el diálogo sereno, no tiene miedo de compartir, e incluso a veces de modificar, su discernimiento con los demás: con los hermanos en el episcopado a los que está unidos sacramentalmente, y entonces el discernimiento se vuelve colegial; con sus propios sacerdotes, de los que es

garante de esa unidad que no se impone por la fuerza, sino que se teje con la paciencia y la sabiduría de un artesano; con los fieles laicos, para que conserven el «olfato» de la verdadera infalibilidad de la fe que reside en la Iglesia: saben que Dios no falla en su amor, y no desmiente sus promesas. Como enseña la historia, los grandes Pastores, para defender la recta fe, han sabido dialogar con tal depósito presente en el corazón y en la conciencia de los fieles y, no pocas veces, han estado

sostenidos por ellos. Sin este intercambio, «la fe de los más cultos puede degenerar en la indiferencia y la de los más humildes en la superstición»[2].

Os invito, por lo tanto, a cultivar una actitud de escucha, creciendo en la libertad de renunciar al propio punto de vista (cuando se muestra parcial e insuficiente), para asumir el de Dios. Sin dejarse condicionar por otras miradas, esforzaos por conocer con vuestros propios ojos los lugares y las personas, «la

tradición» espiritual y cultural  
de las diócesis que os han  
confiado para adentraros  
respetuosamente en la  
memoria de su testimonio de  
Cristo y para leer su presente  
concreto a la luz del Evangelio,  
fuera del cual no hay futuro  
alguno para la Iglesia.

La misión que os espera no es  
llevar vuestras propias ideas y  
proyectos, ni soluciones  
abstractas ideadas por quien  
considera a la Iglesia como el  
huerto de su casa, sino  
humildemente, sin  
protagonismos o narcisismos,



ofrecer vuestro testimonio concreto de unión con Dios, sirviendo al Evangelio que debe ser cultivado y ayudado a crecer en esa situación específica.

Discernir significa, por lo tanto, humildad y obediencia.

Humildad sobre vuestros proyectos. Obediencia al Evangelio, último criterio; al Magisterio, que lo custodia; a las normas de la Iglesia universal, que lo sirven; y a la situación concreta de las personas, para las que no se quiere otra cosa que buscar en

el tesoro de la Iglesia, lo que sea más fecundo para el hoy de su salvación (cf. Mt 13, 52).

El discernimiento es un remedio contra la inmovilidad del «siempre se ha hecho así» o del «tomemos tiempo». Es un proceso creativo que no se limita a aplicar esquemas. Es un antídoto contra la rigidez, porque las mismas soluciones no son válidas en todas partes. Es siempre el perenne hoy del Resucitado, que nos impone que no nos resignemos a la repetición del pasado y tengamos el valor de

preguntarnos si las propuestas de ayer siguen siendo evangélicamente válidas. No os dejéis aprisionar por la nostalgia de tener una sola respuesta para aplicar en todos los casos. Esto tal vez calmaría nuestra ansiedad de rendimiento, pero dejaría relegadas a los márgenes y «secas» vidas que necesitan ser regadas por la gracia que custodiamos (Mc 3, 1-6; Ez 37, 4).

Os recomiendo una delicadeza especial con la cultura y la religiosidad del pueblo. No son

algo que tolerar, o meros instrumentos para maniobrar, o «una cenicienta» que hay que tener siempre escondida porque es indigna de entrar en el salón de los conceptos y de las razones superiores de la fe. Al contrario, hay que cuidarlas y dialogar con ellas, ya que, además de ser el sustrato que custodia la autocomprensión de la gente, son un verdadero sujeto de evangelización, del que vuestro discernimiento no puede prescindir. Tal carisma, donado a la comunidad de creyentes, no puede por menos

que ser reconocido, interpelado e involucrado en la trayectoria ordinaria de discernimiento realizada por los pastores.

Recordad que Dios estaba ya presente en vuestras diócesis cuando llegasteis y lo seguirá estando cuando os vayáis. Y, en fin, todos seremos medidos no con la contabilidad de nuestras obras, sino con el crecimiento de la obra de Dios en el corazón del rebaño que guardamos en nombre del «pastor y custodio de nuestras almas» (cf. 1 *Ped* 2, 25).

**Llamados a crecer en el**

## **discernimiento**

Debemos esforzarnos por crecer en un discernimiento encarnado e inclusivo, que dialoga con la conciencia de los fieles que debe ser formada y no sustituida (cf. Exh. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 37), en un proceso de acompañamiento paciente y valiente para que pueda madurar la capacidad de cada uno —fieles, familias, presbíteros, comunidad y sociedad— todos llamados a avanzar en la libertad de elegir y realizar el bien que Dios quiere. De hecho, la actividad

de discernimiento no está reservada a los sabios, a los perspicaces y a los perfectos. Al contrario, Dios a menudo resiste a los soberbios y se muestra a los humildes (Mt 11, 25)

El Pastor sabe que Dios es el camino y se fía de su compañía; conoce y nunca duda de su verdad ni desespera de su promesa de vida.

Pero estas certezas, el Pastor las hace suyas en la oscuridad humilde de la fe. Transmitirlas al rebaño no es, por lo tanto anunciar obvias proclamaciones

sino introducir en la experiencia de Dios que salva sosteniendo y guiando los posibles pasos que se puedan dar.

De ahí que el auténtico discernimiento, aunque definitivo en cada paso, sea un proceso siempre abierto y necesario, que puede completarse y enriquecerse.

No se reduce a la repetición de fórmulas que «como las nubes altas mandan poca lluvia» al hombre concreto, a menudo inmerso en una realidad que no se puede reducir al blanco o



negro. El pastor está llamado a  
poner a disposición del rebaño  
la gracia del Espíritu, que sabe  
cómo penetrar en los pliegues  
de la realidad y tener en  
cuenta sus matices para que  
emerja lo que Dios quiere  
llevar a cabo en todo momento.  
Pienso especialmente en los  
jóvenes, las familias, los  
sacerdotes, los que tienen la  
responsabilidad de guiar a la  
sociedad. Que en vuestros  
labios puedan buscar y  
encontrar un sólido testimonio  
de esta Palabra superior, que es  
«antorcha para mis pies y luz

para mi sendero»

(Sal 118,105).

Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros. Él nunca hace «caer fuego contra los infieles» (Lc 9,53 a 54), ni permite a los celosos «arrancar del campo la cizaña» que ven crecer (cf. Mt 13, 27 a 29). Nos toca a nosotros, día tras día, recibir de Dios la esperanza de que nos libra de toda abstracción, ya que nos permite descubrir la gracia escondida

en el presente sin perder de vista la longanimidad e su plan de amor que nos trasciende.

*Queridísimos hermanos:*

Os pido por favor, que tengáis escrupulosamente ante vuestros ojos a Jesús y a la misión que no era suya sino del Padre (cf. *Jn 7,16*), y que ofrezcáis la gente —hoy como ayer confundida y perdida— todo lo que Él supo dar: la posibilidad de encontrar a Dios personalmente, de elegir su Camino y de progresar en su amor.

Tened, particularmente fija en

Él vuestra mirada hoy, fiesta de la Santa Cruz, lugar permanente del discernimiento de Dios en nuestro favor, contemplando la profundidad de su encarnación y aprendiendo de ella el criterio de todo discernimiento auténtico (1 Jn 4,1).

La Virgen, que permanece con la mirada fija en su Hijo, os guarde y os bendiga, a vosotros y a vuestra Iglesias particulares.

-

[1] [Doroteo de](#)

[Gaza, Comunione con Dio e con gli uomini, Edizioni Qiqajon, 2014, 101-102.](#)

[\[2\] John Henry Newman, Sulla consultazione dei fedeli in materia di dottrina, Morcelliana, Brescia 1991, 123.](#)

-

15 de septiembre de 2017.  
Discurso a los miembros de la  
asociación italiana de  
operadores de espectáculos  
ambulantes (ANESV)

-  
Viernes.

-  
*Queridos hermanos y*  
*hermanas:*

Os doy mi cordial bienvenida a  
vosotros, que pertenecéis al  
mundo del espectáculo  
itinerante, aquí representados  
por vuestra Asociación Nacional  
(ANESV), y agradezco al  
Presidente por sus amables

palabras. Extiendo mi saludo a vuestros familiares y colegas que no han podido estar presentes, con un pensamiento especial para los niños, los ancianos y los enfermos. Sé que la vida del trabajo itinerante no es una vida fácil. Conozco las dificultades que afrontáis con vuestras familias, en vuestro constante ir de lugar a otro. Se trata de dificultades para recuperar las plazas de las ferias; para encontrar espacios adecuados a vuestras caravanas, teniendo que permanecer a veces fuera

de la ciudad; para deteneros en  
comunidades que no siempre  
aprecian el valor social de este  
tipo de espectáculo. No os  
desaniméis, continuad vuestro  
camino, para que nuestras  
ciudades y nuestros pueblos no  
pierdan esta belleza peculiar a  
través de vuestra presencia, de  
vuestro arte, de vuestra  
alegría.

El vuestro es un camino que,  
gracias a Dios, está iluminado  
por la fe, una fe que vivís  
especialmente en familia, y  
esto es muy importante: la  
familia en camino con Dios,



animada por la confianza en la  
Providencia. Una fe que  
encuentra también en las  
diversas parroquias por las que  
pasáis los lugares de referencia  
para el descanso espiritual:  
para participar en la eucaristía,  
la preparación y la celebración  
de los sacramentos, para un  
consejo y una ayuda fraternal  
de la comunidad. Por eso,  
espero que entre vuestras  
comunidades itinerantes y las  
comunidades parroquiales haya  
siempre apertura, encuentro,  
deseo de conocer y compartir  
momentos de vida y de oración.

En mi encuentro con el mundo del espectáculo itinerante, en junio del año pasado, destacué que sois «artesanos de la fiesta de la maravilla y artesanos de la belleza, [...] llamados a cultivar sentimientos de esperanza y confianza». Es cierto: la vuestra es una belleza «artesanal», diferente a la producida por las grandes potencias de la diversión, que resulta algo «fría», poco humana.

Os confieso que prefiero la vuestra, que tiene un aroma de asombro y encanto y que, sin

embargo, es el resultado de horas y horas de duro trabajo. Un carrusel no termina nunca de maravillar, genera una alegría dulce en los niños y en los mayores. También los mayores reencuentran la alegría de la infancia allí; vuelven a ser niños y crecen al volver a las raíces del recuerdo de la infancia. Efectivamente, la vocación de vuestra vida y de vuestro trabajo es la alegría. Creo que, si nos remontamos al origen de cada uno de vuestros espectáculos, de vuestras "caravanas", siempre

encontramos a alguien —un abuelo, una abuela, un bisabuelo...— que se apasionó con este tipo de espectáculo, sintió una vocación alegre, y por ella también estuvo dispuesto a hacer grandes sacrificios. Es una vocación que se convierte de inmediato en una misión: la misión de ofrecer a la gente, a los niños, pero también a los adultos y a los ancianos, la oportunidad de una diversión sana y limpia. Es diversión sana y limpia, sin necesidad de ir «abajo» a buscar material para que la

gente se divierta. Diversión sana y limpia. Y dentro de esta vocación, de esta misión, ¿cómo puede no estar la mano de Dios? Dios nos ama y quiere que seamos felices. En cualquier sitio que haya una alegría simple y limpia, está su huella. Por eso, si sabéis conservar estos valores, esta autenticidad y sencillez, sois mensajeros de la alegría que agrada a Dios, y que procede de Él.

Queridos hermanos y hermanas, os encomiendo a todos a la protección materna

de nuestra Madre María.

Que Ella os acompañe siempre  
en vuestro ir y en vuestro  
detenerse. Os bendigo a todos,  
a vuestros seres queridos y a  
vuestro trabajo.

Y os pido, por favor, que no os  
olvidéis de rezar por mí.

Gracias.

-

-

-

17 de septiembre de 2017.

ÁNGELUS.

-

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje del Evangelio de este  
domingo (cf. *Mt 18, 21-35*) nos  
ofrece una enseñanza sobre el  
perdón, que no niega el mal  
inmediatamente sino que  
reconoce que el ser humano,  
creado a imagen de Dios,  
siempre es más grande que el  
mal que comete. San Pedro  
pregunta a Jesús «Señor,  
¿cuántas veces tengo que

perdonar las ofensas que me haga mi hermano?, ¿Hasta siete veces?» (Mt 18, 21). A Pedro le parece ya el máximo perdonar siete veces a una misma persona; y tal vez a nosotros nos parece ya mucho hacerlo dos veces. Pero Jesús responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 22), es decir, siempre: tú debes perdonar siempre. Y lo confirma contando la parábola del rey misericordioso y del siervo despiadado, en la que muestra la incoherencia de



aquel que primero ha sido perdonado y después se niega a perdonar.

El rey de la parábola es un hombre generoso que, preso de la compasión, perdona una deuda enorme —«diez mil talentos»: enorme— a un siervo que lo suplica. Pero aquel mismo siervo, en cuanto encuentra a otro siervo como él que le debe cien dinares —es decir, mucho menos—, se comporta de un modo despiadado, mandándolo a la cárcel. El comportamiento incoherente de este siervo es

también el nuestro cuando  
negamos el perdón a nuestros  
hermanos. Mientras el rey de la  
parábola es la imagen de Dios  
que nos ama de un amor tan  
lleno de misericordia para  
acogernos y amarnos y  
perdonarnos continuamente.  
Desde nuestro bautismo Dios  
nos ha perdonado,  
perdonándonos una deuda  
insolita: el pecado original.  
Pero, aquella es la primera vez.  
Después, con una misericordia  
sin límites, Él nos perdona  
todos los pecados en cuanto  
mostramos incluso solo una

pequeña señal de  
arrepentimiento. Dios es así:  
misericordioso. Cuando  
estamos tentados de cerrar  
nuestro corazón a quien nos ha  
ofendido y nos pide perdón,  
recordemos las palabras del  
Padre celestial al siervo  
despiadado: «siervo malvado,  
yo te perdoné a ti toda aquella  
deuda porque me lo suplicaste.  
¿No deberías tú también  
compadecerte de tu  
compañero, del mismo modo  
que yo me compadecí de ti?»  
(Mt 18, 32-33). Cualquiera que  
haya experimentado la alegría,

la paz y la libertad interior que viene al ser perdonado puede abrirse a la posibilidad de perdonar a su vez.

En la oración del *Padre Nuestro* Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mt 6, 12). El perdón de Dios es la seña de su desbordante amor por cada

uno de nosotros; es el amor que nos deja libres de alejarnos, como el hijo pródigo, pero que espera cada día nuestro retorno; es el amor audaz del pastor por la oveja perdida; es la ternura que acoge a cada pecador que llama a su puerta. El Padre celestial —nuestro Padre— está lleno, está lleno de amor que quiere ofrecernos, pero no puede hacerlo si cerramos nuestro corazón al amor por los otros. La Virgen María nos ayuda a ser cada vez más conscientes de la gratuidad y de la

grandeza del perdón recibido de Dios, para convertirnos en misericordiosos como Él, Padre bueno, pausado en la ira y grande en el amor.

## **Después del Ángel:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos provenientes de diversos países: familias, grupos, parroquias y asociaciones.

Saludo a los fieles de La Plata (Argentina), a los oficiales de la Escuela Militar de Colombia y a

los catequistas de Rho.

Saludo a los participantes de la  
carrera *Via Pacis*, que ha tocado  
lugares de culto de diversas  
confesiones religiosas  
presentes en Roma. Espero que  
esta iniciativa cultural y  
deportiva pueda favorecer el  
diálogo, la convivencia y la paz.

Saludo a los numerosos  
jóvenes que han venido de  
Loreto, acompañados por los  
Hermanos Franciscanos, que  
han iniciado hoy una jornada  
de reflexión y meditación:  
vosotros nos traéis el  
«perfume» del Santuario de la

Santa Casa, ¡gracias! Saludo también a los voluntarios *Pro Loco* y a los caminantes que empiezan hoy el relevo hacia Asís. ¡Buen camino!

A todos os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

-

-



20 de septiembre de 2017.

Audiencia general. Educar a la  
esperanza.

-  
Miércoles.

-  
*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

La catequesis de hoy tiene  
como tema «educar a la  
esperanza». Y por eso usaré  
directamente el «tú»,  
imaginando que hablo como  
educador, como padre a un  
joven, o a cualquier persona  
dispuesta a aprender.  
¡Piensa, allí donde Dios te ha

plantado, espera! Espera siempre.

No te rindas a la noche: recuerda que el primer enemigo a derrotar no está fuera de ti: está dentro. Por lo tanto, no concedas espacio a los pensamientos amargos, oscuros. Este mundo es el primer milagro que Dios hizo y Dios ha puesto en nuestras manos la gracia de nuevos prodigios. La fe y la esperanza avanzan juntas. Cree en la existencia de las verdades más altas y más hermosas. Confía en Dios creador, en el Espíritu

Santo que mueve todo hacia el bien, en el abrazo de Cristo que espera a cada hombre al final de su existencia; cree, Él te espera. El mundo camina gracias a la mirada de muchos hombres que han abierto brechas, que han construido puentes, que han soñado y creído; incluso cuando a su alrededor escuchaban palabras de burla.

No pienses nunca que tu lucha aquí abajo es del todo inútil. Al final de la existencia no nos espera el naufragio: en nosotros palpita una semilla

absoluta. Dios no defrauda: si  
ha puesto una esperanza en  
nuestros corazones, no quiere  
destruirla con frustraciones  
continuas. Todo nace para  
floreecer en una eterna  
primavera. Dios también nos  
hizo para florecer. Recuerdo ese  
diálogo cuando el roble pidió al  
almendro: «Háblame de Dios».  
Y el almendro floreció.  
Donde quiera que estés,  
iconstruye! Si estás en el  
suelo, ilevántate! Nunca te  
quedes caído, levántate, deja  
que te ayuden a levantarte. Si  
estás sentado, iponte en

camino! Si el aburrimiento te  
paraliza, ¡ahuyéntalo con  
buenas obras! Si te sientes  
vacío o desmoralizado, pide que  
el Espíritu Santo llene de  
nuevo tu nada. Obra la paz en  
medio de los hombres, y no  
escuches la voz de quien  
esparce odio y divisiones. No  
escuches esas voces. Los seres  
humanos, por muy diferentes  
que sean unos de otros, han  
sido creados para vivir juntos.  
Ante los contrastes, paciencia:  
un día descubrirás que cada  
uno es depositario de un trozo  
de verdad.

Ama a las personas. Ámalas una a una. Respeta el camino de todos, sea lineal o dificultoso, porque cada uno tiene su propia historia que contar. Cada uno de nosotros tiene su propia historia que contar. Cada niño que nace es la promesa de una vida que una vez más demuestra ser más fuerte que la muerte. Todo amor que surge es un poder de transformación que anhela la felicidad. Jesús nos entregó una luz que brilla en las tinieblas: defiéndela, protégela. Esa luz única es la riqueza más grande

confiada a tu vida.

Y sobre todo, ¡sueña! No tengas  
miedo de soñar. ¡Sueña! Sueña  
con un mundo que todavía no  
se ve, pero que ciertamente  
vendrá. La esperanza nos lleva  
a creer en la existencia de una  
creación que se extiende hasta  
su cumplimiento definitivo,  
cuando Dios será todo en todos.  
Los hombres capaces de  
imaginar han regalado a la  
humanidad descubrimientos  
científicos y tecnológicos. Han  
surcado los océanos, y pisado  
tierras que nadie había pisado  
nunca. Los hombres que han

cultivado esperanzas son también los que han vencido la esclavitud, y han traído mejores condiciones de vida a esta tierra. Piensa en esos hombres.

Sé responsable de este mundo y de la vida de cada hombre.

Piensa que toda injusticia contra un pobre es una herida abierta, y disminuye tu propia dignidad. La vida no cesa con tu existencia, y a este mundo vendrán otras generaciones que sucederán a la nuestra, y muchas más. Y cada día pide a Dios el don del valor. Recuerda



que Jesús venció al miedo por nosotros. ¡Él venció al miedo!  
Nuestro enemigo más traicionero no puede contra nuestra fe. Y cuando te encuentres atemorizado frente a algunas dificultades de la vida, recuerda que no vives solo para ti. En el bautismo, tu vida fue sumergida en el misterio de la Trinidad, y tú perteneces a Jesús. Y si un día te asustas o piensas que el mal es demasiado grande para desafiarlo, piensa simplemente que Jesús vive en ti. Y es Él quien, a través de ti, con su

apacibilidad quiere someter a todos los enemigos del hombre: el pecado, el odio, el crimen, la violencia; todos nuestros enemigos.

Ten siempre el valor de la verdad, pero recuerda esto: no eres superior a nadie.

Recuérdalo: no eres superior a nadie. Aunque fueras el último en creer en la verdad, no te apartes de la compañía de los hombres. Aunque vivieras en el silencio de un eremita, lleva en tu corazón el sufrimiento de cada criatura. Eres cristiano; y en la oración todo se lo

restituyes a Dios. Y cultiva  
ideales. Vive por algo que  
sobrepasa al hombre. Y si algún  
día uno de estos ideales te  
pasara una factura  
considerable, no dejes nunca  
de llevarlo en tu corazón. La  
fidelidad consigue todo. Si te  
equivocas, levántate: nada es  
más humano que cometer  
errores. Y esos errores no  
tienen que convertirse para ti  
en una prisión. No te dejes  
aprisionar por tus errores. El  
Hijo de Dios no vino por los  
sanos, sino por los enfermos;  
por lo tanto también vino por

ti. Y si te vuelves a equivocar  
en el futuro, no tengas miedo,  
¡levántate!, ¿Sabes por qué?.  
Porque Dios es tu amigo.

Si te hiere la amargura, cree  
firmermente en todas las  
personas que todavía trabajan  
para el bien: en su humildad  
está la semilla de un mundo  
nuevo. Relaciónate con las  
personas que han mantenido su  
corazón como el de un niño.

Aprende de la maravilla, cultiva  
el asombro.

Vive, ama, sueña, cree. Y, con  
la gracia de Dios, no  
desesperes nunca.

\* \* \* \* \*

Ayer un terrible terremoto ha  
asolado México, —vi que hay  
muchos mexicanos hoy entre  
ustedes— causando numerosas  
víctimas y daños materiales. En  
este momento de dolor, quiero  
manifestar mi cercanía y  
oración a toda la querida  
población mexicana. Elevemos  
todos juntos nuestra plegaria a  
Dios para que acoja en su seno  
a los que han perdido la vida y  
conforte a los heridos, sus  
familiares y a todos los  
damnificados. Pidamos también  
por todo el personal de servicio

y de socorro que prestan su ayuda a todas las personas afectadas.

Que nuestra Madre la Virgen de Guadalupe con mucha ternura esté cerca de la querida nación mexicana.

-

21 de septiembre de 2017.

Discurso a los miembros de la  
Comisión Pontificia para la  
Protección de los Menores.

-

Jueve.

*Queridos Hermanos y*

*Hermanas:*

Les doy una cálida bienvenida  
al comienzo de esta Asamblea  
Plenaria. En particular, quisiera  
agradecer al Cardenal O'Malley  
por su amable saludo al mismo  
tiempo que les manifiesto mi  
más sincero aprecio por las  
reflexiones que en nombre de  
ustedes han presentado el Sr.

Hermenegild Makoro y el Sr. Bill Kilgallon. Han expresado muy bien el papel que pensé para la Comisión cuando la formé hace tres años, un servicio que confío en que seguirá siendo de gran ayuda en los próximos años para el Papa, la Santa Sede, los Obispos y los Superiores Mayores de todo el mundo. Reunidos hoy aquí, deseo compartir con ustedes el profundo dolor que siento en el alma por la situación de los niños abusados, como ya he tenido ocasión de hacer



recientemente en varias  
ocasiones. El escándalo del  
abuso sexual es  
verdaderamente una ruina  
terrible para toda la  
humanidad, y que afecta a  
tantos niños, jóvenes y adultos  
vulnerables en todos los países  
y en todas las sociedades.  
También para la Iglesia ha sido  
una experiencia muy dolorosa.  
Sentimos vergüenza por los  
abusos cometidos por ministros  
sagrados, que deberían ser los  
más dignos de confianza. Pero  
también hemos experimentado  
un llamado, que estamos

seguros de que viene  
directamente de nuestro Señor  
Jesucristo: acoger la misión del  
Evangelio para la protección de  
todos los menores y adultos  
vulnerables.

Permítanme decir con toda  
claridad que el abuso sexual es  
un pecado horrible,  
completamente opuesto y en  
contradicción con lo que Cristo  
y la Iglesia nos enseñan. Aquí  
en Roma, he tenido el privilegio  
de escuchar las historias que  
las víctimas y los  
supervivientes de abusos han  
querido compartir. En esos

encuentros, ellos han compartido abiertamente los efectos que el abuso sexual ha provocado en sus vidas y en las de sus familias. Sé que también ustedes han tenido la bendita ocasión de participar en iguales reuniones, y que ellas siguen alimentando su compromiso personal de hacer todo lo posible para combatir este mal y eliminar esta ruina de entre nosotros.

Por eso, reitero hoy una vez más que la Iglesia, en todos los niveles, responderá con la aplicación de las más firmes

medidas a todos aquellos que han traicionado su llamado y han abusado de los hijos de Dios. Las medidas disciplinarias que las Iglesias particulares han adoptado deben aplicarse a todos los que trabajan en las instituciones de la Iglesia. Sin embargo, la responsabilidad primordial es de los Obispos, sacerdotes y religiosos, de aquellos que han recibido del Señor la vocación de ofrecer sus vidas al servicio, incluyendo la protección vigilante de todos los niños, jóvenes y adultos vulnerables.

Por esta razón, la Iglesia irrevocablemente y a todos los niveles pretende aplicar contra el abuso sexual de menores el principio de "tolerancia cero". El motu proprio *Como una madre amorosa*, promulgado en base a una propuesta de vuestra Comisión y en referencia al principio de responsabilidad en la Iglesia, afronta los casos de los Obispos diocesanos, Eparcas y Superiores Mayores de los Institutos religiosos que, por negligencia, han realizado u omitido actos que hayan podido

provocar un daño grave a otros, bien se trate de personas físicas o de una comunidad en su conjunto (cf. art. 1).

Durante los últimos tres años, la Comisión ha enfatizado continuamente los principios más importantes que guían los esfuerzos de la Iglesia para proteger a todos los menores y adultos vulnerables. De esta manera, ha cumplido la misión que le confié como «función consultiva al servicio del Santo Padre», ofreciendo su experiencia «con el fin de promover la responsabilidad de

las Iglesias particulares en la protección de todos los menores y los adultos vulnerables» (Estatuto, art. 1).  
Me llenó de alegría saber que muchas Iglesias particulares han adoptado vuestra recomendación para una Jornada de Oración, y para un diálogo con las víctimas y supervivientes de abusos, así como con los representantes de las organizaciones de víctimas. Ellos compartieron con nosotros cómo estas reuniones han sido una experiencia profunda de gracia en todo el mundo, y

sinceramente espero que todas las Iglesias particulares se beneficien de ellas.

También es alentador saber cuántas Conferencias Episcopales y Conferencias de Superiores Mayores han buscado vuestro consejo con relación a las *Directrices* para la protección de menores y adultos vulnerables. Vuestra colaboración para compartir las mejores prácticas es verdaderamente valiosa, especialmente para aquellas Iglesias que tienen menos recursos para este trabajo



crucial de protección. Me  
gustaría animarles a que sigan  
su colaboración en este trabajo  
con la Congregación para la  
Doctrina de la Fe y la  
Congregación para la  
Evangelización de los Pueblos,  
para que estas prácticas sean  
inculturadas en las distintas  
Iglesias de todo el mundo.  
Por último, me gustaría alabar  
con especial énfasis las  
numerosas oportunidades de  
aprendizaje, educación y  
formación que han ofrecido en  
tantas Iglesias particulares de  
todo el mundo e igualmente

aquí en Roma, en los diversos  
Dicasterios de la Santa Sede,  
en el curso para los nuevos  
Obispos y en varios congresos  
internacionales. Me complace la  
noticia de que la presentación  
que el Cardenal O'Malley y la  
Sra. Marie Collins, uno de sus  
miembros fundadores,  
realizaron la semana pasada a  
los nuevos Obispos haya sido  
acogida tan favorablemente.  
Estos programas educativos  
ofrecen el tipo de recursos que  
permitirán a las Diócesis,  
Institutos religiosos y a todas  
las instituciones católicas,

adoptar e implementar los materiales más efectivos para este trabajo.

La Iglesia está llamada a ser un lugar de piedad y compasión, especialmente para los que han sufrido. Para todos nosotros, la Iglesia Católica sigue siendo un hospital de campo que nos acompaña en nuestro itinerario espiritual. Es el lugar donde podemos sentarnos con otros, escucharlos y compartir con ellos nuestras luchas y nuestra fe en la buena nueva de Jesucristo. Confío plenamente en que la Comisión seguirá

siendo un lugar donde podemos  
escuchar con interés las voces  
de las víctimas y de los  
supervivientes. Porque tenemos  
mucho que aprender de ellos y  
de sus historias personales de  
coraje y perseverancia.

Permítanme agradecerles una  
vez más sus esfuerzos y  
consejos en estos tres años.

Los encomiendo a la Santísima  
Virgen María, la Madre que  
permanece cerca de nosotros a  
lo largo de nuestras vidas. Les  
doy la Bendición Apostólica a  
todos ustedes y a sus seres  
queridos, y les pido que

continúen rezando por mí.

-

21 de septiembre de 2017.

Discurso a los miembros de la  
comisión parlamentaria  
antimafia.

-  
Jueves.

-  
*Honorables Diputados y  
Senadores:*

Me complace recibirles y doy  
las gracias a la Presidenta de la  
Comisión, la honorable Bindi,  
por sus amables palabras.

En primer lugar, quiero pensar  
en todas las personas que en  
Italia han pagado con la vida su  
lucha contra las mafias.

Recuerdo, en particular, a tres magistrados: el siervo de Dios Rosario Livatino, asesinado el 21 de septiembre de 1990; Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, asesinados hace 25 años junto con sus escoltas. Mientras preparaba este encuentro, me venían en mente algunas escenas evangélicas en las que no nos costaría trabajo reconocer los signos de la crisis moral que atraviesan hoy personas e instituciones. Es siempre actual la verdad de las palabras de Jesús: «Lo que sale del

hombre, eso es lo que  
contamina al hombre. Porque  
de dentro, del corazón de los  
hombres, salen las intenciones  
malas: fornicaciones, robos,  
asesinatos, adulterios,  
avaricias, maldades, fraude,  
libertinaje, envidia, injuria,  
insolencia, insensatez. Todas  
esas perversidades salen de  
dentro y contaminan al  
hombre» (Mc 7, 20-23).

El punto de partida sigue  
siendo siempre el corazón del  
hombre, sus relaciones, sus  
apegos. Nunca vigilaremos lo  
suficiente ese abismo donde la



persona está expuesta a las tentaciones del oportunismo, el engaño y el fraude, que se vuelven más peligrosas por el rechazo a ponerse en discusión. Cuando uno se encierra en la autosuficiencia se llega fácilmente a la autocomplacencia, a la pretensión de convertirte en la norma de todo y de todos. Prueba de ello es una política desviada, doblegada a intereses partidarios y acuerdos poco claros. Se llega entonces a sofocar la llamada de la conciencia, a banalizar el mal,

a confundir la verdad con el engaño y a aprovecharse del papel de responsabilidad pública que se desempeña.

La política auténtica, esa que reconocemos como una forma eminente de caridad, obra en cambio para asegurar un futuro de esperanza y promover la dignidad de cada uno.

Precisamente por esto siente la lucha contra las mafias como una prioridad, puesto que ellas roban el bien común, arrebatando esperanza y dignidad a las personas.

Para ese fin, se hace decisivo

oponerse absolutamente al grave problema de la corrupción, que despreciando el interés general, representa el terreno fértil en el que las mafias se arraigan y desarrollan. La corrupción encuentra siempre la manera de justificarse, presentándose como la condición «normal», la solución del que es «listo», el camino a recorrer para lograr los objetivos propios. Tiene una naturaleza contagiosa y parasitaria, porque no se nutre de lo bueno que produce, sino de lo que substraer y roba. Es

una raíz venenosa que altera la competencia sana y aleja las inversiones. En el fondo, la corrupción es un *habitus* construido sobre la idolatría del dinero y la mercantilización de la dignidad humana por lo que se debe combatir con medidas no menos incisivas que las previstas en la lucha contra las mafias.

Luchar contra las mafias no significa solamente reprimir. También significa sanear, transformar, construir, y esto comporta un compromiso en

dos niveles. El primero es el político, a través de una mayor justicia social, porque para las mafias es fácil proponerse como sistema alternativo en un territorio donde faltan los derechos y las oportunidades: el trabajo, la vivienda, la educación y la asistencia sanitaria.

El segundo nivel de compromiso es el económico, a través de la corrección o supresión de aquellos mecanismos que generan en todas partes la desigualdad y la pobreza. Hoy ya no podemos

hablar de lucha contra las mafias sin plantear el enorme problema de una finanza ya soberana sobre las reglas democráticas a través de la cual las organizaciones criminales invierten y multiplican los ya ingentes beneficios obtenidos con sus tráficos: drogas, armas, trata de personas, eliminación de residuos tóxicos, condicionamiento de las contrataciones para las grandes obras, juego de azar y criminalidad organizada. Este doble nivel, político y

económico, presupone otro no menos esencial, que es la construcción de una nueva conciencia civil, la única que puede conducir a una verdadera liberación de las mafias. Realmente es necesario educar y educarse en una vigilancia constante sobre uno mismo y el contexto en que se vive, mejorando la percepción más precisa de los fenómenos de corrupción y trabajando por un nuevo modo de ser ciudadanos, que comprenda el cuidado y la responsabilidad de los demás y del bien común.

Italia debe estar orgullosa de haber puesto en marcha contra la mafia una legislación que involucra al Estado y a los ciudadanos, a las administraciones y a las asociaciones, al mundo laico y al católico y religioso en el sentido más amplio. Los bienes confiscados a las mafias y reconvertidos para un uso social representan, en este sentido, verdaderas escuelas de vida. En tales contextos, los jóvenes estudian, aprenden saberes y responsabilidades, encuentran un trabajo y una



realización. En ellos tantas personas ancianas, pobres o en desventaja encuentran acogida, servicio y dignidad.

Por último, no se puede olvidar que la lucha contra las mafias pasa a través de la protección y valorización de los testigos de justicia, personas que se exponen a riesgos graves cuando eligen denunciar la violencia de la que fueron testigos. Se debe encontrar una vía que permita a una persona limpia, pero perteneciente a familias o contextos de la mafia, salir de ellos sin ser

objeto de venganzas y represalias. Son muchas las mujeres, especialmente las madres, que tratan de hacerlo, rechazando la lógica criminal y con el deseo de asegurar a sus hijos un futuro diferente. Debemos ser capaces de ayudarlas respetando, indudablemente, los caminos de la justicia, pero también su dignidad de personas que eligen el bien y la vida. Exhortándoos, queridos hermanos y hermanas, a proseguir con entrega y sentido del deber la tarea que se os ha

confiado por el bien de todos,  
invoco sobre vosotros la  
bendición de Dios. Que os  
conforte la certeza de estar  
acompañados por aquel que es  
rico en misericordia. Y con la  
certeza de que Él no soporta ni  
violencias ni abusos os haga  
incansables operadores de  
justicia. Gracias.

-

22 de septiembre de 2017.

Discurso a los participantes en el encuentro de responsables nacionales de la pastoral de migraciones, organizado por el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE)

-  
Viernes.

-  
*Queridos hermanos y hermanas:*

Os recibo con alegría con ocasión de vuestro encuentro y agradezco al cardenal presidente las palabras que me ha dirigido en nombre de todos.

Quiero daros las gracias de todo corazón por vuestros esfuerzos en los últimos años a favor de tantos hermanos y hermanas migrantes y refugiados que están llamando a las puertas de Europa en busca de un lugar más seguro y una vida más digna. Frente los flujos migratorios masivos, complejos y variados, que han puesto en crisis las políticas migratorias adoptadas hasta ahora y los medios de protección sancionados por los convenios internacionales, la Iglesia tiene la intención de

permanecer fiel a su misión: la  
de «amar a Jesucristo, adorarlo  
y amarlo, especialmente en los  
más pobres y desamparados;  
entre éstos, están ciertamente  
los emigrantes y los  
refugiados» (*Mensaje para la*  
*Jornada Mundial del Emigrante*  
*y del Refugiado 2015:*  
*Enseñanzas II, 2 [2014], 200).*

El amor maternal de la Iglesia  
para estos hermanos y  
hermanas pide manifestarse  
concretamente en todas las  
fases de la experiencia  
migratoria desde la salida hasta  
el viaje, desde la llegada hasta

el regreso, de manera que todos los órganos de las iglesias locales situados a lo largo de la ruta sean protagonistas de una única misión, cada uno según sus propias posibilidades.

Reconocer y servir al Señor en estos miembros de su «pueblo en camino» es una responsabilidad compartida por todas las Iglesias particulares en la profusión de un esfuerzo constante, coordinado y eficaz.

Queridos hermanos y hermanas, no os oculto mi preocupación por los signos de intolerancia, discriminación y

xenofobia que existen en diferentes regiones de Europa. A menudo están motivados por la desconfianza y el miedo hacia el otro, al diferente, al extranjero.

Me preocupa todavía más la triste constatación de que nuestras comunidades católicas en Europa no están exentas de estas reacciones de defensa y de rechazo, justificadas por un no mejor especificado «deber moral» de preservar la identidad cultural y religiosa original.

La Iglesia se ha extendido a



todos los continentes gracias a  
la «migración» de los  
misioneros que estaban  
convencidos de la universalidad  
del mensaje de salvación de  
Jesucristo, destinado a los  
hombres y mujeres de todas las  
culturas. En la historia de la  
Iglesia no han faltado  
tentaciones de exclusivismo y  
atrincheramiento cultural, pero  
el Espíritu Santo siempre nos  
ha ayudado a superarlas,  
asegurando una apertura  
constante hacia el otro,  
considerada como una  
verdadera oportunidad de

crecimiento y enriquecimiento.  
El Espíritu, estoy seguro, nos  
ayuda también hoy a mantener  
una actitud de apertura  
confiada, que nos permite  
superar cualquier barrera,  
saltar cualquier muro. En mi  
escucha constante de las  
Iglesias particulares en Europa,  
he percibido un profundo  
malestar frente a la llegada  
masiva de inmigrantes y  
refugiados. Ese malestar debe  
ser reconocido y entendido a la  
luz de un momento histórico  
marcado por la crisis  
económica, que ha dejado

heridas profundas. Ese malestar, además, también se ha visto agravado por la cantidad y la composición de los flujos migratorios, por una falta sustancial de preparación de las sociedades de acogida y de políticas nacionales y comunitarias a menudo inadecuadas.

Pero el malestar también es indicativo de los límites del proceso de unificación europea, de los obstáculos con los que se debe medir la aplicación real de la universalidad de los derechos humanos, de los muros contra

los que se estrella el humanismo integral, que constituye uno de los frutos más hermosos de la civilización europea. Y para los cristianos todo esto debe interpretarse, más allá del inmanentismo laicista, en la lógica de la centralidad de la persona humana creada por Dios, única e irrepetible.

Desde una perspectiva puramente eclesiológica, la llegada de tantos hermanos y hermanas en la fe ofrece a las iglesias en Europa una nueva oportunidad de realizar

plenamente su catolicidad, un elemento constitutivo de la Iglesia que confesamos en el Credo cada domingo. Por otra parte, en los últimos años, muchas Iglesias locales en Europa se han enriquecido con la presencia de inmigrantes católicos, que han traído sus devociones y su entusiasmo litúrgico y apostólico. Desde una perspectiva misionológica, los flujos migratorios contemporáneos constituyen una nueva «frontera» misionera, una ocasión privilegiada para anunciar a

Jesucristo y su Evangelio sin moverse del propio ambiente, de dar un testimonio concreto de la fe cristiana en la caridad y en el profundo respeto por otras expresiones religiosas. El encuentro con los migrantes y refugiados de otras confesiones y religiones es un terreno fértil para el desarrollo de un diálogo ecuménico e interreligioso sincero y enriquecedor.

En mi *Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado* del próximo año destacué que la respuesta

pastoral a los desafíos de la migración contemporánea se debe articular en torno a cuatro verbos: acoger, proteger, promover, integrar. El verbo acoger se traduce después en otros verbos como ampliar los medios legales y seguros de entrada, proporcionar un primer alojamiento adecuado y decoroso, y garantizar a todos la seguridad personal y el acceso a los servicios básicos. El verbo proteger se especifica al ofrecer información cierta y certificada antes de la salida, defender los derechos

fundamentales de los migrantes  
y refugiados,  
independientemente de su  
estatus migratorio, y al  
defender a los más vulnerables,  
que son los niños y las niñas.  
Promover significa  
esencialmente asegurar las  
condiciones para el desarrollo  
humano integral de todos,  
migrantes y autóctonos. El  
verbo integrar se traduce en  
abrir espacios de encuentro  
intercultural, en favorecer el  
enriquecimiento mutuo y en  
promover programas de  
ciudadanía activa. En el mismo



mensaje mencionaba la importancia de los Pactos Globales, que los Estados se han comprometido a elaborar y aprobar a finales de 2018. La Sección Migrantes y Refugiados del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral ha preparado 20 puntos de acción que las Iglesias locales están invitadas a utilizar, completar y profundizar en su pastoral: estos puntos se basan en las «buenas prácticas» que caracterizan la respuesta tangible de la Iglesia a las necesidades de los migrantes y

refugiados. Los mismos puntos son útiles para el diálogo que las diferentes instituciones eclesióásticas puedan tener con sus gobiernos en vista de los Pactos Globales. Os invito, queridos directores, a conocer estos puntos y a promoverlos en vuestras Conferencias Episcopales.

Los mismos puntos de acción conforman también un paradigma articulado de los cuatro verbos mencionados anteriormente, un paradigma que podría servir como metro de estudio o de verificación de

las praxis pastorales en las Iglesias locales, de cara a una actualización cada vez más oportuna y enriquecedora. Que la comunión en la reflexión y la acción sea vuestra fuerza, porque cuando se está solo, los obstáculos parecen mucho más grandes. Que vuestra voz sea siempre puntual y profética, y, sobre todo, esté precedida por una obra coherente y basada en los principios de la doctrina cristiana.

Os renuevo mi agradecimiento por vuestro gran esfuerzo en el contexto de una pastoral

migratoria tan compleja cuanto  
de candente actualidad y os  
aseguro mi oración. Y también  
vosotros, por favor no os  
olvidéis de rezar por mí.  
Gracias.

-

-

23 de septiembre de 2017.

Discurso a los participantes en el capítulo general de la orden cisterciense de la estricta observancia.

-  
Sábado.

-  
*Queridos hermanos y hermanas:*

Os saludo con alegría con motivo de vuestro Capítulo general. Doy las gracias a cada uno de vosotros por esta visita, empezando por el Abad General que ha sido intérprete de todos ilustrando también el

propósito y los objetivos de la  
asamblea. A través de vosotros  
quisiera enviar un cordial  
saludo a los hermanos y  
hermanas de vuestros  
monasterios repartidos en  
diversos países. Voy con mi  
corazón y mi mente a vuestros  
silenciosos claustros, de los  
cuales sube incesante la  
oración por la Iglesia y por el  
mundo. Y doy gracias al Señor  
por la presencia insustituible de  
las comunidades monásticas,  
que representan una riqueza  
espiritual y un recordatorio  
constante para buscar ante

todo las cosas de «allá arriba»,  
para vivir en su justa medida  
las realidades terrenales.

En estos días de reflexión e  
intercambio de experiencias,  
estáis llamados a identificar los  
objetivos y los caminos para  
vivir cada vez con mayor  
autenticidad vuestra vocación y  
vuestra consagración, teniendo  
en cuenta las necesidades del  
momento presente, para ser así  
testigos de oración asidua, de  
sobriedad, de unidad en la  
caridad.

Vuestra vida contemplativa se  
caracteriza por una oración

asidua, expresión de vuestro amor por Dios y reflejo de un amor que abraza a toda la humanidad. Siguiendo el ejemplo de San Benito, no anteponéis nada a la *opus Dei*; os exhorto a dar gran importancia a la meditación de la Palabra de Dios, especialmente a la *lectio divina*, que es fuente de oración y escuela de contemplación. Ser contemplativo requiere un camino fiel y perseverante para llegar a ser hombres y mujeres de oración, cada vez más impregnados por el amor al



Señor y transformados en amigos suyos. Se trata de ser no «profesionales» —en sentido negativo— sino enamorados de la oración, teniendo en cuenta la fidelidad externa a las prácticas y las normas que la regulan y marcan los momentos no como fin sino como medio para avanzar en la relación personal con Dios. Así os convertís en maestros y testigos que le ofrecen el sacrificio de la alabanza e interceden por las necesidades y la salvación del pueblo. Y al mismo tiempo vuestros

monasterios siguen siendo lugares privilegiados donde se puede encontrar la verdadera paz y la felicidad genuina que sólo Dios, nuestro refugio seguro, puede donar.

Desde sus orígenes, los cistercienses de estricta observancia se caracterizaron por una gran sobriedad de vida, convencidos de que era una gran ayuda para centrarse en lo esencial y llegar más fácilmente a la alegría del encuentro conyugal con Cristo. Este elemento de simplicidad espiritual y existencial

conserva todo su valor de testimonio en el contexto cultural actual, que con demasiada frecuencia conduce al deseo de bienes efímeros y paraísos artificiales ilusorios. Este estilo de vida también favorece las relaciones internas y externas del monasterio. Vosotros no vivís como ermitaños en una comunidad, sino como cenobitas en un desierto singular. Dios se manifiesta en vuestra soledad personal, así como en la solidaridad que os une a los miembros de la comunidad.

Estáis solos y separados del mundo para adentraros en el sendero de la intimidad divina; al mismo tiempo, estáis llamados a dar a conocer y compartir esta experiencia espiritual con otros hermanos y hermanas en un equilibrio constante entre la contemplación personal, la unión con la liturgia de la Iglesia y el recibimiento de los que buscan momentos de silencio para ser introducidos en la experiencia de vivir con Dios. Vuestra Orden, como todo instituto religioso, es un don

que Dios ha dado a la Iglesia;  
por lo tanto, es necesario que  
viva bien insertado en la  
dimensión de comunión de la  
Iglesia misma. Os animo a ser  
testimonios cualificados de la  
búsqueda de Dios, escuela de  
oración y escuela de caridad  
para todos.

La «Carta de Caridad», el  
documento que establece los  
términos de vuestra vocación,  
debidamente aprobada por la  
Iglesia, establece las  
características esenciales del  
Capítulo general, llamado a ser  
signo de unidad en la caridad

para todo el Instituto. Esta  
unidad en la caridad es el  
paradigma de toda familia  
religiosa llamada a seguir a  
Cristo más de cerca en la  
dimensión de la vida  
comunitaria, y se expresa sobre  
todo en cada una de vuestras  
comunidades monásticas en un  
clima de fraternidad verdadera  
y cordial, según las palabras  
del Salmo: «¡Oh, qué bueno,  
qué dulce habitar los hermanos  
todos juntos!» (Sal 133, 1). En  
este sentido, la invitación de  
San Benito está siempre  
presente: «que nadie esté

perturbado ni entristecido en la casa de Dios».

La unidad en la caridad también se expresa en la fidelidad al patrimonio espiritual, es decir, a la identidad de vuestra Orden. En este sentido, el Capítulo general es una ocasión propicia para renovar, en un clima de diálogo y de escucha mutua, el propósito común en la búsqueda de la voluntad de Dios. Os exhorto a preguntaros con serenidad y verdad sobre la calidad de vuestro testimonio de vida, sobre la fidelidad

dinámica al carisma, sobre cómo ha sido vivido en vuestras comunidades monásticas, así como por cada uno de los monjes y monjas. La defensa del carisma es, de hecho, una de las principales responsabilidades del Capítulo general y es una experiencia vital del presente, que se encuentra entre la memoria agradecida del pasado y las perspectivas de un futuro esperanzador.

Vuestra Orden, en sus vivencias históricas, ha conocido tiempos de gracia y



momentos de dificultad; pero siempre ha perseverado en la fidelidad a la búsqueda de Cristo, teniendo como propósito la gloria de Dios y el bien de la gente. En el surco de esta tradición espiritual vuestra, se puede leer el estado actual de la Orden en sus trazos de luces y sombras y, en la novedad del Espíritu, identificar con coraje nuevas posibilidades y oportunidades para dar testimonio de vuestro carisma en la Iglesia y en la sociedad de hoy.

Espero que ese testimonio se

vuelva aún más elocuente  
desde una coordinación cada  
vez más orgánica entre las  
diferentes ramas de la Orden.  
La Virgen María, madre de Dios  
y de la Iglesia, modelo de toda  
vida consagrada, acompañe con  
su intercesión maternal  
vuestros trabajos capitulares y  
el camino de la Orden. Con  
esos votos, mientras os pido  
que recéis por mí, os imparto la  
bendición apostólica que  
extiendo a todos los monjes y  
monjas de vuestras  
comunidades.  
Gracias.



24 de septiembre de 2017.

Homilía en la Santa Misa para  
el cuerpo de la gendarmería.

-  
Gruta de Lourdes, Jardines  
vaticanos.

Domingo.

-  
En la primera Lectura, el  
profeta Isaías nos exhorta a  
buscar al Señor, a convertirnos:  
«Buscad al Señor mientras se  
deja encontrar, llamadle  
mientras está cercano. Deje el  
malo su camino, el hombre  
inocuo sus pensamientos» (Is

55, 6-7). Es la conversión. Nos dice que el camino es aquel: buscar al Señor. Cambiar de vida, convertirse... Y esto es cierto. Pero Jesús cambia la lógica y va más allá, con una lógica que ninguno podía entender: es la lógica del amor de Dios. Es cierto, tú debes buscar al Señor y hacer de todo para encontrarlo; pero lo importante es que es Él el que te está buscando a ti. Él te está buscando. Más importante que buscar al Señor es darse cuenta de que Él me busca. Este pasaje del Evangelio, esta

parábola nos hace entender esto: Dios sale para encontrarnos. Durante cinco veces se habla en este pasaje de la salida: la salida de Dios, el jefe de casa, que va a buscar jornaleros para su viña. Y la jornada es la vida de una persona, y Dios sale por la mañana, a media mañana, a mediodía, por la tarde, hasta las cinco. No se cansa de salir. Nuestro Dios no se cansa de salir para buscarnos, para hacernos ver que nos ama. «Pero, Padre, yo soy un pecador...». Y cuántas veces

nosotros estamos en la calle  
como aquellos [de la parábola],  
que están allí todo el día; y  
estar en la calle es estar en el  
mundo, estar en los pecados,  
estar... «¡Ven!» —«Pero es  
tarde...»— «¡Ven!». Para Dios  
nunca es tarde. Nunca,  
¡nunca!. Esta es su lógica de la  
conversión. Él sale de Sí mismo  
para buscarnos y tanto salió de  
Sí mismo que mandó a su hijo  
para buscarnos. Nuestro Dios  
siempre tiene la mirada en  
nosotros. Pensemos en el padre  
del hijo pródigo: dice el  
Evangelio que lo vio llegar de

lejos (cf. Lc 15, 20). Pero, ¿por qué lo vio? Porque todos los días y tal vez varias veces al día subía a la terraza a mirar si iba el hijo, si el hijo volvía. Este es el corazón de nuestro Dios: nos espera siempre. Y cuando alguno dice: «He encontrado a Dios», se equivoca. Él, al final, te ha encontrado y te ha llevado consigo. Es Él quien da el primer paso. Él no se cansa de salir, salir... Él respeta la libertad de cada hombre pero está allí, esperando que nosotros le abramos un poquito



la puerta. Y esto es lo grande  
del Señor: es humilde. Nuestro  
Dios es humilde. Se humilla  
esperándonos. Está siempre  
allí, esperando. Todos nosotros  
somos pecadores y todos  
necesitamos el encuentro con  
el Señor: un encuentro que nos  
dé fuerza para andar adelante,  
ser mejores, simplemente. Pero  
estemos atentos. Porque Él  
pasa, Él viene y sería triste que  
Él pasase y nosotros no nos  
diéramos cuenta de que Él está  
pasando. Y pidamos hoy la  
gracia: «Señor, que yo esté  
seguro de que Tú estás

esperando. Sí, esperándome,  
con mis pecados, con mis  
defectos, con mis problemas».  
Todos tenemos, todos. Pero Él  
está ahí: está ahí, siempre. El  
peor de los pecados creo que es  
no entender que Él está  
siempre ahí esperándome, no  
tener confianza en este amor:  
la desconfianza en el amor de  
Dios.

Que el Señor, en esta jornada  
alegre para vosotros, os  
conceda esta gracia. También a  
mí, a todos. La gracia de estar  
seguros de que Él siempre está  
en la puerta, esperando que yo

abra un poquito para entrar. Y no tengáis miedo: cuando el hijo pródigo encontró a su padre, el padre bajó de la terraza y fue al encuentro del hijo. Aquel anciano iba con prisa y dice el Evangelio que cuando el hijo comenzó a hablar: «Padre. He pecado...» no le dejó hablar; lo abrazó y lo besó (cf. Lc 15, 20-21). Esto es lo que nos espera si abrimos un poquito la puerta: el abrazo del Padre.

-

24 de septiembre de 2017.

ÁNGELUS.

-

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En la página del Evangelio de  
hoy (cf. *Mt 20, 1-6*)

encontramos la parábola de los  
trabajadores llamados

jornaleros, que Jesús cuenta

para comunicar dos aspectos

del Reino de Dios: el primero,

que Dios quiere llamar a todos

a trabajar para su Reino; el

segundo, que al final quiere dar

a todos la misma recompensa,

es decir, la salvación, la vida eterna.

El dueño de un viñedo, que representa a Dios, sale al alba y contrata a un grupo de trabajadores, concordando con ellos el salario para una jornada. Después sale también en las horas sucesivas, hasta la tarde, para contratar a otros obreros que ve desocupados. Al finalizar la jornada, el dueño manda que se dé dinero a todos, también a los que habían trabajado pocas horas.

Naturalmente, los obreros que fueron contratados al principio

se quejan, porque ven que son pagados de igual modo que aquellos que han trabajado menos. Pero el jefe les recuerda que han recibido lo que había estado pactado; si después él quiere ser generoso con otros, ellos no deben ser envidiosos.

En realidad, esta «injusticia» del jefe sirve para provocar, en quien escucha la parábola, un salto de nivel, porque aquí Jesús no quiere hablar del problema del trabajo y del salario justo, isino del Reino de Dios! Y el mensaje es éste: en

el Reino de Dios no hay  
desocupados, todos están  
llamados a hacer su parte; y  
todos tendrán al final la  
compensación que viene de la  
justicia divina —no humana,  
¡por fortuna!—, es decir, la  
salvación que Jesucristo nos  
consiguió con su muerte y  
resurrección. Una salvación que  
no ha sido merecida, sino  
donada, para la que «los  
últimos serán los primeros y los  
primeros, los últimos» (Mt 20,  
16).

Con esta parábola, Jesús quiere  
abrir nuestros corazones a la

lógica del amor del Padre, que es gratuito y generoso. Se trata de dejarse asombrar y fascinar por los «pensamientos» y por los «caminos» de Dios que, como recuerda el profeta Isaías no son nuestros pensamientos y no son nuestros caminos (cf. Is 55, 8). Los pensamientos humanos están, a menudo, marcados por egoísmos e intereses personales y nuestros caminos estrechos y tortuosos no son comparables a los amplios y rectos caminos del Señor. Él usa la misericordia, perdona ampliamente, está



lleno de generosidad y de  
bondad que vierte sobre cada  
uno de nosotros, abre a todos  
los territorios de su amor y de  
su gracia inconmensurables,  
que solo pueden dar al corazón  
humano la plenitud de la  
alegría.

Jesús quiere hacernos  
contemplar la mirada de aquel  
jefe: la mirada con la que ve a  
cada uno de los obreros en  
espera de trabajo y les llama a  
ir a su viña. Es una mirada  
llena de atención, de  
benevolencia; es una mirada  
que llama, que invita a

levantarse, a ponerse en  
marcha, porque quiere la vida  
para cada uno de nosotros,  
quiere una vida plena,  
ocupada, salvada del vacío y de  
la inercia. Dios que no excluye  
a ninguno y quiere que cada  
uno alcance su plenitud.

Que María Santísima nos ayude  
a acoger en nuestra vida la  
lógica del amor, que nos libera  
de la presunción de merecer la  
recompensa de Dios y del juicio  
negativo sobre los demás.

**Después del Ángel:**

*Queridos hermanos y*  
*hermanas:*

Ayer, en Oklahoma City  
(Estados Unidos), fue  
proclamado beato Stanley  
Francis Rother, sacerdote  
misionero, asesinado en odio a  
la fe por su labor de  
evangelización y promoción  
humana a favor de los más  
pobres en Guatemala. Que su  
ejemplo heroico nos ayude a  
ser valientes testigos del  
Evangelio, comprometidos con  
la dignidad del hombre.  
Os saludo con afecto a todos  
vosotros, romanos y peregrinos  
provenientes de diversos  
países. En particular, saludo al

coro de la Misión Católica  
italiana de Berna, la comunidad  
romana de Comunión y  
Liberación, a los fieles de  
Villadossola, Offanengo y Nola.  
Os deseo a todos un buen  
domingo. Y por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta luego!

-

25 de septiembre de 2017.

Discurso a los benefactores de  
la guardia suiza pontificia.

-  
Lunes.

-  
*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Estoy feliz de acoger y saludar  
a cada uno de vosotros,  
miembros de las dos  
Fundaciones suizas para  
ofrecer apoyo económico,  
material y técnico a la Guardia  
Suiza Pontificia. Saludo a los  
respectivos presidentes, Jean  
Pierre Roth y Pascal Couchepin

y les agradezco por sus expresiones corteses. Estáis aquí con ocasión de la inauguración oficial de la nueva sede de la Central operativa, a cuya realización habéis contribuido generosamente. Os estoy agradecido por esta visita, que tiene lugar en el día en el que celebráis vuestro patrón, San Nicolás de Flüe, del que se cumple el sexto centenario de su nacimiento. Al mismo tiempo, deseo manifestaros mi reconocimiento por vuestra diligencia con el benemérito Cuerpo de la

Guardia Suiza y por la provechosa cooperación instaurada con su Comando y con las competentes autoridades vaticanas.

En el desarrollo de vuestra actividad, expresáis el espíritu comunitario y solidario —al que ha hecho referencia el presidente Couchepin—, típico de la presencia de católicos en la sociedad. Esta disposición tiene sus raíces en el reclamo evangélico del amor al prójimo (cf. *Mc* 12, 31) y favorece la superación de diferencias y de tensiones sociales entre

diversos grupos. Por lo tanto, mediante vuestra obra vosotros atestiguáis concretamente los ideales evangélicos y, en el tejido social suizo, sois ejemplo de fraternidad y de compartir. El amor al prójimo corresponde al mandato y al ejemplo de Cristo si se funda sobre un verdadero amor hacia Dios. Es así posible para el cristiano, a través de su dedicación, que haga experimentar a los demás la ternura procedente del Padre celestial. Para dar amor a los hermanos, hace falta, en cambio, sacarlo del horno de la



caridad divina, mediante la oración, la escucha de la Palabra de Dios y el sustento de la santa Eucaristía. Con estas referencias espirituales, es posible obrar en la lógica de la gratuidad y del servicio. Os agradezco de nuevo por todo lo que hacéis en favor de tantos jóvenes suizos, que deciden pasar algunos años de su vida al servicio de la Iglesia y de la Santa Sede. Esta ocasión es propicia para reafirmar que su presencia discreta, profesional y generosa es tan apreciada y útil para en buen

funcionamiento de las  
actividades del Vaticano. Que la  
Virgen Santa y San Nicolás de  
Flüe os protejan y a vuestras  
familias e os hagan cada vez  
más testigos de fe y de bondad.  
Para vosotros aquí presentes y  
para cuantos sustentan vuestra  
encomiable actividad de  
soporte de la Guarda suiza  
pontificia, formulo el deseo de  
seguir con alegría vuestro fértil  
empeño; y, mientras os pido  
por favor rezar por mí, con  
afecto os imparto la Bendición  
Apostólica.

-



27 de septiembre de 2017.

Audiencia general. No perder el horizonte de la esperanza.

-  
Miércoles.

-  
*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este tiempo nosotros hablamos de la esperanza; pero hoy quisiera reflexionar con vosotros sobre los enemigos de la esperanza. Porque la esperanza tiene sus enemigos: como todo bien en este mundo, tienen sus enemigos. Y me ha venido a la mente el antiguo

mito de la caja de Pandora: la  
apertura de la caja  
desencadena tantos desastres  
para la historia del mundo.  
Pero pocos recuerdan la última  
parte de la historia, que abre  
una rendija de luz: después de  
que todos los males salieran de  
la caja, un minúsculo don  
parece tomarse la revancha  
frente a todo el mal que se  
extendía. Pandora, la mujer  
que tenía la caja bajo custodia,  
lo divisa el último: los griegos  
lo llaman *elpís*, que quiere  
decir *esperanza*. Este mito nos  
cuenta por qué es tan

importante para la humanidad  
la esperanza. No es cierto que  
«mientras hay vida, hay  
esperanza», como se suele  
decir. A lo sumo, es lo  
contrario: es la esperanza la  
que mantiene en pie a la vida,  
la que la protege, la que la  
custodia y la que la hace crecer.  
Si los hombres no hubieran  
cultivado la esperanza, si no se  
hubieran aferrado a esta  
virtud, nunca hubieran salido  
de las cavernas y no habrían  
dejado huella de la historia en  
el mundo. Es lo más divino que  
puede existir en el corazón del

hombre.

Un poeta francés —Charles Péguy— nos dejó páginas estupendas sobre la esperanza (cf. *El pórtico del misterio de la segunda virtud*). Él dice de forma poética que Dios no se asombra tanto por la fe de los seres humanos, ni por su caridad, sino que lo que realmente le llena de maravilla y asombro es la esperanza de la gente: «Que los pobres hijos —escribe— vean cómo van las cosas y que crean que irán mejor mañana». La imagen del poeta recuerda a los rostros de

tanta gente que está de paso  
en este mundo —campesinos,  
pobres, obreros, migrantes en  
busca de un futuro mejor— que  
ha luchado tenazmente a pesar  
de la amargura de un presente  
difícil, lleno de tantas pruebas,  
pero animada por la confianza  
de que sus hijos hubieran  
tenido una vida más justa y  
serena. Luchaban por los hijos,  
luchaban en la esperanza.  
La esperanza es el impulso en  
el corazón de quien se va  
dejando la casa, la tierra y a  
veces, a familiares y parientes  
—pienso en los emigrantes—,



para buscar una vida mejor,  
más digna, para sí mismos y  
para sus seres queridos. Y es  
también el impulso en el  
corazón de quien acoge: el  
deseo de encontrarse, de  
conocerse, de dialogar.. La  
esperanza es el impulso para  
«compartir el viaje», porque el  
viaje se hace en dos: los que  
vienen a nuestra tierra y  
nosotros, que vamos hacia su  
corazón, para entenderlos, para  
entender su cultura, su lengua.  
Es un viaje a dos vías, pero sin  
esperanza, ese viaje no se  
puede hacer. La esperanza es el

impulso para compartir el viaje  
de la vida, como recuerda la  
Campaña de Cáritas que  
inauguramos hoy. Hermanos,  
ino tenemos miedo de  
compartir el viaje! ¡No tenemos  
miedo! ¡No tenemos miedo de  
compartir la esperanza!

La esperanza no es virtud para  
gente con estómago lleno. Por  
eso, desde siempre, los pobres  
son los primeros portadores de  
la esperanza. Y en este sentido  
podemos decir que los pobres,  
también los mendigos, son los  
protagonistas de la historia.  
Para entrar en el mundo, Dios

tuvo necesidad de ellos: de José y de María, de los pastores de Belén. Durante la noche de la primera navidad, había un mundo que dormía, acomodado sobre tantas certezas. Pero los humildes preparaban al ocultarse la revolución de la bondad. Eran pobres de todo, alguno flotaba un poco por encima del umbral de la supervivencia, pero eran ricos del bien más precioso que existe en el mundo, es decir, de las ganas de cambio. A veces, haber tenido todo en la vida es una desgracia. Pensad en un

joven al que no se le ha enseñado la virtud de la espera y de la paciencia, que no ha debido sudar por nada, que a los veinte años ya quemó las etapas, «sabe ya como va el mundo»; ha sido destinado a la peor condena: la de ya no desear nada. Es esta la peor condena. Cerrar la puerta a los deseos, a los sueños. Parece un joven y, en cambio, el otoño ya ha calado en su corazón. Son los jóvenes de otoño. Tener un alma vacía es el peor obstáculo de la esperanza. Es un riesgo del que nadie puede decirse

excluido; porque ser tentados  
contra la esperanza puede  
sucedér incluso cuando se  
recorre el camino de la vida  
cristiana. Los monjes de la  
antigüedad denunciaron uno de  
los peores enemigos del fervor.  
Decían así: ese «demonio del  
mediodía», que va a romper  
una vida de empeño,  
precisamente cuando arde en lo  
alto el sol. Esta tentación nos  
sorprende cuando menos lo  
esperamos: los días se vuelven  
monótonos y aburridos, ya  
ningún valor parece merecer la  
fatiga. Esta actitud se llama la

pereza, que erosiona la vida desde el interior hasta dejarla como un envoltorio vacío.

Cuando ocurre esto, el cristiano sabe que esa condición debe combatirse, no se aceptada de forma pasiva. Dios nos ha creado para la alegría y para la felicidad y no para crucificarnos en pensamientos melancólicos.

Por eso es importante custodiar el propio corazón, oponiéndonos a las tentaciones de infelicidad, que seguramente no provengan de Dios. E allá donde nuestras fuerzas parecieran débiles y la batalla

contra la angustia,  
particularmente dura, siempre  
podemos recurrir al nombre de  
Jesús. Podemos repetir aquella  
oración sencilla, de la que  
encontramos huellas también  
en el Evangelio y que se ha  
convertido en la piedra angular  
de tantas tradiciones  
espirituales cristianas: «Señor  
Jesucristo, Hijo de Dios vivo,  
iten piedad de mí, pecador!».  
Hermosa oración. «Señor  
Jesucristo, Hijo de Dios vivo,  
iten piedad de mí, pecador!» .  
Esta es una oración de  
esperanza, porque me dirijo a

aquel que puede abrir las  
puertas y resolver el problema  
y dejarme mirar al horizonte,  
el horizonte de la esperanza.  
Hermanos y hermanas, no  
estamos solo combatiendo  
contra la desesperación. Si  
Jesús ganó el mundo, es capaz  
de ganar en nosotros todo lo  
que se opone al bien. Si Dios  
está con nosotros, ninguno nos  
robará esa virtud que  
necesitamos absolutamente  
para vivir. Ninguno nos robará  
la esperanza. ¡Vayamos hacia  
delante!

**LLAMAMIENTO**



Me complace recibir a los representantes de Cáritas, aquí reunidos para iniciar de forma oficial la campaña «Comparte el viaje» —hermoso nombre de vuestra campaña: compartir el viaje—, que he querido hacer coincidir con esta audiencia. Doy la bienvenida a los migrantes, a los solicitantes de asilo y a los refugiados que, junto a los trabajadores de la Cáritas italiana y de otras organizaciones católicas, son símbolo de una Iglesia que buscar ser abierta, inclusiva, acogedora. Gracias a todos por

vuestro incansable servicio.  
Vosotros habéis aplaudido ya,  
pero ellos se merecen  
realmente un gran aplauso, ide  
todos! Con vuestro empeño  
cotidiano, nos recordáis que el  
mismo Cristo nos pide acoger a  
nuestros hermanos y hermanas  
migrantes y refugiados con los  
brazos, con los brazos bien  
abiertos. Acoger precisamente  
así, con los brazos bien  
abiertos. Cuando los brazos  
están abiertos, están listos para  
un abrazo sincero, para un  
abrazo afectuoso, un abrazo  
envolvente, un poco como esta

columnata en la Plaza, que representa a la Iglesia madre que abraza a todos al compartir el viaje común. Doy la bienvenida también a los representantes de tantas organizaciones de la sociedad civil empeñados en la asistencia a migrantes y refugiados, que, junto a Cáritas, han dado su apoyo a la recogida de firmas para una nueva ley migratoria, más relevante en el contexto actual. Sed todos bienvenidos.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española,  
en especial a los grupos  
provenientes de España y  
Latinoamérica.

Les pido que hoy tengamos un  
recuerdo en la oración por las  
víctimas y los damnificados que  
deja tras de sí el huracán que  
en estos días ha azotado el  
Caribe, y en modo especial  
Puerto Rico. Que Dios los  
bendiga.

-

-

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Octubre.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

## **OCTUBRE.**

**1 de octubre de 2017.**

ÁNGELUS.

**1 de octubre de 2017.**

Discurso en el encuentro con la población.

**1 de octubre de 2017.**

Discurso en el encuentro con el clero, los consagrados, los laicos de los consejos pastorales, los miembros de la curia y los representantes de las parroquias.

**1 de octubre de 2017.**

Palabras en el encuentro con

los emigrantes y con el personal del servicio de asistencia en el centro de acogida de vía Enrico Mattei.

**1 de octubre de 2017.**

Discurso en el encuentro con el mundo del trabajo.

**1 de octubre de 2017.**

Palabras en el almuerzo de solidaridad con pobres, refugiados y presos

**2 de octubre de 2017.**

Discurso a las participantes en el capítulo general de las hermanitas de Jesús.

**4 de octubre de 2017.**

Audiencia general. Misioneros

de esperanza hoy.

**5 de octubre de 2017.**

Discurso a una delegación del  
Comité para las Relaciones con  
las Iglesias de las Sociedades  
Bíblicas Unidas.

**5 de octubre de 2017.**

Discurso a los miembros del  
sínodo de la Iglesia Caldea.

**5 de octubre de 2017.**

Discurso a los participantes en  
la asamblea general de los  
miembros de la Pontificia  
Academia para la Vida.

**6 de octubre 2017.** Discurso a  
los participantes en un  
congreso sobre "la dignidad del



menor en el mundo digital"

**7 de octubre de 2017.**

Discurso a los participantes en un congreso internacional organizado por la Congregación para el Clero.

**8 de octubre de 2017.**

ÁNGELUS.

**11 de octubre de 2017.**

Audiencia general. La espera vigilante.

**11 de octubre de 2017.**

Discurso con motivo del XXV aniversario del Catecismo de la Iglesia Católica.

**14 de octubre de 2017.**

Discurso a la familia Vicenciana

con motivo del IV centenario de su fundación.

**15 de octubre de 2017.**

ÁNGELUS.

**16 de octubre de 2017.** Visita a la sede de la FAO en Roma con ocasión del día mundial de la alimentación.

**18 de octubre de 2017.**

Audiencia general. La esperanza cristiana ante la muerte.

**18 de octubre de 2017.**

Saludo a los delegados de la "Conferencia Mundial de Religiones por la Paz"

**20 de octubre de 2017.**

Discurso a los participantes en un encuentro organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales.

**21 de octubre de 2017.**

Discurso a los participantes en un congreso organizado por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización.

**22 de octubre de 2017.**

ÁNGELUS.

**23 de octubre de 2017.**

Discurso a su Beatitud Teófilo III, patriarca greco ortodoxo de Jerusalén.

**23 de octubre de 2017.**

Saludo a una delegación de la universidad de Tel-Aviv.

**25 de octubre de 2017.**

Audiencia general. El Paraíso, meta de nuestra esperanza.

**26 de octubre de 2017.**

Discurso a la comunidad de la universidad católica portuguesa con ocasión del 50 aniversario de su fundación.

**28 de octubre de 2017.**

Discurso a los participantes en una conferencia sobre derecho internacional humanitario.

**28 de octubre de 2017.**

Discurso a los participantes en la conferencia "repensando

Europa" organizada por la  
Comisión de las Conferencias  
Episcopales de la Comunidad  
Europea (COMECE) en  
colaboración con la secretaría  
de estado.

**29 de octubre de 2017.**

**ÁNGELUS.**

---

1 de octubre de 2017.  
ÁNGELUS.

Piazza Maggiore, Bolonia.

Domingo.

Visita pastoral del Papa Francisco a Cesena en el tercer centenario del nacimiento de Pío VI y a Bolonia para la clausura del congreso eucarístico diocesano.

*Queridos hermanos y hermanas:*  
Ayer, en Bratislava

(Eslovaquia), fue beatificado Titus Zeman, sacerdote salesiano. Se suma al número de mártires del siglo XX, porque murió en 1969, después de haber pasado un largo tiempo en la cárcel a causa de su fe y de su servicio pastoral. Que su testimonio nos sustente en los momentos más difíciles de la vida y nos ayude a reconocer, también en la prueba, la presencia del Señor. Este domingo culmina la semana dedicada de modo particular a la Palabra de Dios, con la celebración ayer de la

memoria de San Jerónimo,  
gran maestro de la Sagrada  
Escritura. Demos gracias a Dios  
por el regalo de su Palabra y  
dediquémonos con tesón a leer  
y meditar la Biblia,  
especialmente el Evangelio.  
Finalmente, nos unimos  
espiritualmente a los fieles  
reunidos en el Santuario de  
Pompeya por la tradicional  
Súplica a Nuestra Señora del  
Rosario, presidida hoy por el  
Presidente de la Conferencia  
Episcopal Italiana, el cardenal  
Bassetti.

A todos vosotros, boloñeses



nativos y «adoptivos», les  
deseo un buen domingo. Por  
favor, no se olviden de rezar  
por mí. ¡Buen almuerzo y hasta  
luego!

1 de octubre de 2017. Discurso  
en el encuentro con la  
población.

Piazza del Popolo (Cesena)

Domingo.

Visita pastoral del Papa  
Francisco a Cesena en el tercer  
centenario del nacimiento de  
Pío VI y a Bolonia para la  
clausura del congreso  
eucarístico diocesano.

*Queridos hermanos y  
hermanas, buenos días:*

Me alegra comenzar mi visita a Cesena encontrando a la ciudadanía, en este lugar tan significativo para la vida civil y social de vuestra ciudad. Una ciudad rica en historia y civilización, que entre sus hijos ilustres también ha sido cuna de dos papas: Pío VI, del que recordamos el tercer centenario del nacimiento, y Pío VII. Desde hace siglos, esta plaza es el lugar de encuentro de los ciudadanos y el ámbito donde se desarrolla el mercado. Por lo tanto, merece su nombre: Piazza del Popolo, (Plaza del

Pueblo) o simplemente «la Plaza», porque es del pueblo, un espacio público donde se toman decisiones importantes para la ciudad en su Ayuntamiento y se toman iniciativas económicas y sociales. La plaza Es un lugar emblemático donde las aspiraciones de los individuos se confrontan con las necesidades, expectativas y sueños de toda la ciudadanía; donde los grupos particulares se dan cuenta de que sus deseos deben armonizarse con los de la colectividad. Yo diría,

permitidme la imagen, que en esta plaza se «amasa» el bien común de todos, aquí se trabaja por el bien común de todos. Esta armonización de deseos propios con los de la comunidad hace el bien común. En esta plaza se aprende que sin perseguir con constancia, esfuerzo e inteligencia el bien común, tampoco el individuo podrá gozar de sus derechos y realizar sus nobles aspiraciones, porque faltaría el espacio ordenado y civil para vivir y trabajar. La centralidad de la plaza, por

lo tanto, envía el mensaje de que es esencial trabajar todos juntos por el bien común. Esta es la base de la buena gobernanza de la ciudad, que la hace bella, sana y acogedora, cruce de caminos de iniciativas y motor de un desarrollo sostenible e integral.

Esta plaza, como todas las otras plazas de Italia, recuerda la necesidad para la vida de la comunidad de la buena política; no de la que es sierva de las ambiciones individuales o de la prepotencia de grupos o centros de interés. Una política

que no sea ni sierva ni patrona, sino amiga y colaboradora; no temerosa o imprudente, sino responsable y por lo tanto valiente y prudente al mismo tiempo; que aumente la participación de las personas, su inclusión y participación progresiva; que no deje al margen a determinadas categorías, que no saquee ni contamine los recursos naturales —no son un pozo sin fondo, sino un tesoro que Dios nos da—, para que lo usemos con respeto e inteligencia. Una política que pueda armonizar

las aspiraciones legítimas de individuos y grupos manteniendo el timón firme en el interés de toda la ciudadanía.

Este es el rostro auténtico de la política y su razón de ser: un servicio invaluable al bien de toda la comunidad. Y por eso la doctrina social de la Iglesia la considera como una noble forma de caridad. Por lo tanto, invito a los jóvenes y a los menos jóvenes a que se preparen de manera adecuada y a esforzarse personalmente en este campo, asumiendo



desde el principio la perspectiva del bien común y rechazando cualquier forma, por muy mínima que sea, de corrupción. La corrupción es la polilla de la vocación política. La corrupción no deja que crezca la civilización. Y el buen político lleva su propia cruz cuando quiere ser bueno porque debe dejar tantas veces sus ideas personales para tomar las iniciativas de los demás y armonizarlas, acomunarlas, para que efectivamente sea el bien común el que salga adelante. En este sentido el

buen político acaba siempre por ser un "mártir" al servicio, porque deja sus ideas pero no las abandona, las pone en discusión con todos para ir hacia el bien común, y esto es muy hermoso.

Desde esta plaza os invito a considerar la nobleza de la acción política en nombre y favor del pueblo, que se reconoce en una historia y en los valores compartidos y pide tranquilidad de vida y desarrollo ordenado. Os invito a exigir de los protagonistas de la vida pública coherencia de

compromiso, preparación, rectitud moral, iniciativa, longanimidad, paciencia y fortaleza para afrontar los desafíos de hoy, sin pretender, sin embargo, una perfección imposible. Y cuando el político se equivoca, que tenga la grandeza de ánimo para decir: «Me he equivocado, perdonad, sigamos adelante». ¡Y esto es noble! Los acontecimientos humanos e históricos y la complejidad de los problemas no permiten que se resuelva todo y de inmediato. La varita mágica no funciona en la

política. Un realismo saludable sabe que incluso la mejor clase dirigente no puede resolver todos los problemas en un instante. Para darse cuenta, es suficiente tratar de actuar personalmente en lugar de mirar y criticar el trabajo de los demás desde el balcón. Esto es un defecto, cuando las críticas no son constructivas. Si el político se equivoca, díselo, hay tantas formas de decírselo: «Pero creo que esto sería mejor así o así». A través de la prensa, de la radio.. Pero decirlo constructivamente. Y no

mirar desde el balcón  
esperando a que fracase. No,  
así no se construye la  
civilización. Encontraremos así  
la fuerza para asumir nuestras  
responsabilidades, entendiendo  
al mismo tiempo que, incluso  
con la ayuda de Dios y la  
colaboración de los hombres,  
en cualquier caso,  
cometeremos errores. Todos  
nos equivocamos. «Perdonad,  
me he equivocado. Reanudo el  
camino justo y sigo adelante».  
Queridos hermanos y  
hermanas, esta ciudad, como  
toda la Romagna, ha sido

tradicionalmente tierra de encendidas pasiones políticas. Quiero decirlos a vosotros y a todos: redescubrid también hoy el valor de esta dimensión esencial de la convivencia civil y dad vuestra contribución, dispuestos a que prevalezca el bien del todo antes que el de una parte; listos para reconocer que cada idea necesita ser verificada y remodelada confrontándola con la realidad; dispuestos a reconocer que es crucial poner en marcha iniciativas generando amplias

colaboraciones en lugar de concentrarse en la ocupación de puestos. Sed exigentes con vosotros mismos y con los demás, sabiendo que el esfuerzo concienzudo precedido por la preparación adecuada dará su fruto y aumentará el bien e incluso la felicidad de las personas.

Escuchad todos, todos tienen derecho a que se escuche su voz, pero escuchad sobre todo a los jóvenes y a los ancianos. A los jóvenes porque tienen fuerzas para sacar adelante las cosas; y a los ancianos porque

tienen la sabiduría de la vida y tienen la autoridad para decir a los jóvenes —también a los políticos jóvenes—: «Mira, chico, chica, en esto te equivocas, toma ese otro camino, piénsalo». Esta relación entre jóvenes y ancianos es un tesoro que debemos restablecer. ¿Hoy es la hora de los jóvenes? Sí, a mitad: es también la hora de los ancianos. Hoy es la hora en política del diálogo entre los jóvenes y los ancianos. Por favor, seguid por este camino. En los últimos años, la política



parece retroceder frente a la agresión y la omnipresencia de otras formas de poder, como la financiera y la mediática. Es necesario relanzar los derechos de la buena política, su independencia, su capacidad específica de servir al bien público, de actuar de tal manera que disminuya las desigualdades, promueva el bienestar de las familias con medidas concretas, de proporcionar un marco sólido de derechos y deberes – equilibrar unos y otros— y de hacerlos eficaces para todos. El

pueblo, que se reconoce en un ethos y en su propia cultura, espera de la buena política la defensa y el desarrollo armónico de este patrimonio y de su mejor potencial. Oremos al Señor para que suscite buenos políticos que realmente se preocupen por la sociedad, el pueblo y el bien de los pobres. A Él, Dios de justicia y paz, encomiendo la vida civil y social de vuestra ciudad. Gracias.

1 de octubre de 2017. Discurso en el encuentro con el clero, los consagrados, los laicos de los consejos pastorales, los miembros de la curia y los representantes de las parroquias.

Catedral de Cesena

Domingo.

Visita pastoral del Papa Francisco a Cesena en el tercer centenario del nacimiento de Pío VI y a Bolonia para la clausura del congreso

eucarístico diocesano.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Os doy las gracias por vuestra acogida y os saludo cordialmente, comenzando por vuestro obispo Mons. Douglas Regattieri. Mi presencia hoy entre vosotros expresa en primer lugar cercanía a vuestro compromiso con la evangelización. Esta es la misión principal de los discípulos de Cristo: anunciar y testimoniar el Evangelio con alegría.

La evangelización es más eficaz cuando se lleva a cabo con unidad de propósito y con la colaboración sincera entre las diferentes realidades eclesiales y pastorales entre los diferentes sujetos pastorales, que encuentran en el obispo un punto seguro de referencia y de cohesión. Corresponsabilidad es una palabra clave, tanto para avanzar en el trabajo común en los campos de la catequesis, la educación católica, la promoción humana y la caridad; como en la búsqueda valiente, ante los desafíos

pastorales y sociales, de nuevas formas de cooperación y presencia eclesial en el territorio. Ya es un testimonio eficaz de la fe el hecho mismo de ver a una Iglesia que se esfuerza por caminar en la fraternidad y la unidad. Si no hay esto, lo demás no sirve. Cuando el amor en Cristo se coloca por encima de todo, incluso de las necesidades particulares y legítimas, entonces se es capaz de salir de sí mismo, de descentralizarse tanto en el ámbito personal como en el de

grupo y siempre en Cristo, de salir al encuentro de los hermanos.

Las llagas de Jesús siguen siendo visibles en tantos hombres y mujeres que viven al margen de la sociedad, incluidos los niños: marcados por el sufrimiento, la incomodidad, el abandono y la pobreza. Personas heridas por las duras pruebas de la vida, que están humilladas, que están en la cárcel o en el hospital. Acercándoos y curando con ternura estas llagas, a menudo no sólo

corporales, sino también espirituales, también nosotros nos purificamos y transformamos por la misericordia de Dios. Y juntos, pastores y fieles laicos, experimentamos la gracia de ser portadores humildes y generosos de la luz y la fuerza del Evangelio. Me gusta recordar, a propósito del primer deber del diaconado con los pobres, el ejemplo de San Vicente de Paúl, que comenzó hace más de 400 años en Francia una verdadera "revolución" de la caridad. A



nosotros también se nos pide que nos adentremos hoy con ardor apostólico en el mar abierto de las pobreza de nuestro tiempo, conscientes, sin embargo, de que solos no podemos hacer nada. «Si el Señor no edifica la casa, en vano, fatigan los constructores» (*Sal 127, 1*). Por lo tanto, es necesario reservar un espacio adecuado para la oración y la meditación de la Palabra de Dios: la oración es la fuerza de nuestra misión —como, también nos ha mostrado más recientemente,

Santa Teresa de Calcuta—. El constante encuentro con el Señor en la oración es indispensable tanto para los sacerdotes y las personas consagradas, como para los agentes de pastoral, llamados a salir de su «huertecita» para ir a las periferias existenciales. Mientras el impulso apostólico nos lleva salir- pero siempre salir con Jesús - sentimos la profunda necesidad de permanecer firmemente unidos en el centro de la fe y la misión: el corazón de Cristo, lleno de misericordia y amor.

En el encuentro con El, nos contagia de su mirada, la que se compadecía de las personas que se encontraba en los caminos de Galilea. Se trata de recuperar la capacidad de «mirar» ila capacidad de mirar! Hoy se pueden ver muchas caras a través de los medios de comunicación, pero existe el riesgo de mirar cada vez menos a los ojos de los demás. Si miramos con respeto y amor a las personas que encontramos también nosotros podemos hacer la revolución de la ternura. Y os invito a hacerla, a

hacer esta revolución de la ternura.

Entre los que más necesitan experimentar este amor de Jesús, están los jóvenes.

Gracias a Dios, los jóvenes son una parte viva de la Iglesia —la próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos los involucra directamente— y pueden comunicar a sus compañeros su testimonio: jóvenes apóstoles de los jóvenes, como escribió el beato [Pablo VI](#) en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (cf. 72). La Iglesia cuenta mucho con ellos y es

consciente de sus grandes recursos, de su actitud hacia lo bueno, lo bello, a la libertad auténtica y a la justicia.

Necesitan que se les ayude a descubrir los dones que el Señor les ha dado, animados a no temer ante los grandes desafíos del momento presente. Por eso animo a encontrarlos, a escucharlos, a caminar con ellos para que puedan encontrar a Cristo y su mensaje liberador de amor. En el Evangelio, y en el testimonio coherente de la Iglesia los jóvenes pueden encontrar la

perspectiva de vida que les ayude a superar los condicionamientos de una cultura subjetivista que exalta el yo hasta idolatrarlo —esas personas, deberían llamarse «yo, mí, conmigo, para mí y siempre yo»— y los abra a metas y proyectos de solidaridad. Y para impulsar a los jóvenes, hoy es necesario restablecer el diálogo entre los jóvenes y los ancianos, los jóvenes y los abuelos. Se entiende que los ancianos se jubilen pero su vocación no se jubila, y tienen que darnos a

todos, especialmente a los jóvenes, la sabiduría de la vida. Debemos aprender cómo hacer que los jóvenes hablen con los ancianos, que vayan a ellos. El profeta Joel tiene una buena frase en el capítulo III versículo 1: «Los viejos soñarán y los jóvenes profetizarán». Y esta es la receta revolucionaria de hoy. Que los viejos no se pongan en esa actitud que dice: «Pero, son cosas pasadas, todo tiene herrumbre...» ¡no, sueña! Sueña! Y el sueño del anciano hará que el joven siga adelante y se entusiasme, que

sea un profeta. Pero precisamente el joven es el que hará que el viejo sueñe y luego hará suyos esos sueños. Os recomiendo que, en vuestras comunidades, en vuestras parroquias, en vuestros grupos, os aseguréis de que haya este diálogo. Este diálogo hará milagros.

Una Iglesia atenta a los jóvenes es una Iglesia familia de familias. Os animo en vuestro trabajo con las familias y por las familias, que os ocupa en este año pastoral sobre la reflexión en la educación a la



afectividad y al amor. Y vuelvo al argumento de los viejos, porque me importa. A un joven que no ha aprendido, que no sabe acariciar a un anciano, le falta algo. Y a un anciano que no tiene paciencia para escuchar al joven, le falta algo. Ambos deben ayudarse a seguir adelante juntos. Educación a la afectividad y al amor. Es un trabajo que el Señor nos pide que hagamos sobre todo en este tiempo, que es un tiempo difícil tanto para la familia como institución y célula base de la sociedad, como para las

familias concretas, que soportan la mayor parte de la carga de la crisis socioeconómica sin recibir, a cambio, el apoyo adecuado. Pero justo cuando la situación es difícil, Dios hace sentir su cercanía, su gracia, la fuerza profética de su Palabra. Y estamos llamados a ser testigos, mediadores de esta cercanía a las familias y de esta fuerza profética para la familia. Y aquí también quiero decir algo más. Cuando confieso a una mujer o un hombre joven y me dice que está cansado, que

también pierde la paciencia con los niños, porque tiene mucho que hacer, yo, la primera pregunta que hago es: «¿Cuántos hijos tienes?», Y dicen: dos, tres ... Y luego hago otra pregunta: «¿Juegas con tus hijos?» Y muchas veces me dicen, sobre todo los padres: «Padre, cuando salgo de casa, todavía duermen, y cuando vuelvo ya están acostados». Esta situación socioeconómica impide la buena relación de los padres con sus hijos. Tenemos que trabajar para que esto no suceda, para que los padres

pueden perder el tiempo jugando con sus hijos. ¡Esto es importante!

Queridos sacerdotes... Vosotros no tenéis hijos ... sí, hay uno allí, griego-católico, que los tiene; pero vosotros no los tenéis, y se dice que cuando Dios no da hijos, ¡el diablo da sobrinos! Queridos sacerdotes, a vosotros, de manera especial, está confiado el ministerio del encuentro con Cristo; y esto presupone vuestro encuentro cotidiano con Él, vuestro ser en Él. Os deseo que sigáis redescubriendo, en las diversas

etapas de vuestro viaje personal y ministerial, la alegría de ser curas. ¡No perdáis esa alegría! ¡No la perdáis!. Tal vez os ayude leer los cuatro números finales de la *Evangelii nuntiandi* del beato Pablo VI: Habla de esto. La alegría No perdáis la alegría. Muchas veces la gente encuentra sacerdotes tristes, todos enfurruñados, con la cara avinagrada y a veces se me ocurre pensar : ¿Pero que tenía su desayuno? ¿Café con leche o vinagre? No. ¡Alegría, alegría! Y si encuentras al Señor,

estarás alegre. La alegría de ser sacerdotes, de haber sido llamados por el Señor a seguirlo para llevar su palabra, su perdón, su amor, su gracia. La alegría de terminar el día cansado: ¡es hermoso! Y no necesitar pastillas para dormir. Estás cansado, vas a la cama y duermes solo. Es una llamada que nunca deja de sorprendernos, la llamada del Señor. Cada día se renueva en la celebración eucarística y en el encuentro con el pueblo de Dios al que somos enviados. Que el Señor os ayude a

trabajar con alegría en su viña como obreros acogedores, pacientes y sobre todo misericordiosos. Como lo fue Jesús. Y que podáis contagiar a las personas y a la comunidad del espíritu misionero.

Queridos hermanos y hermanas de la diócesis de Cesena-Sarsina, no os desaniméis frente a las dificultades. Sed tenaces en dar testimonio del Evangelio, caminando juntos: sacerdotes, consagrados, diáconos y fieles laicos. A veces habrá malentendidos, pero cuando hay malentendidos,

hablad o hablad con el párroco para que os ayude. Pero, nada de habladurías. Las habladurías destruyen una comunidad: una comunidad religiosa, una comunidad parroquial, una comunidad diocesana, una comunidad presbiteral. Las habladurías son un acto «terrorista». Sí, chismorrear es terrorismo, porque tú vas, lanzas el chisme - que es una bomba - destruyes al otro y te vas tan contento. Chismorrear es esto. Pensadlo. ¿Qué dice Jesús? «Si tienes algo contra tu hermano, ve y díselo a la cara»



(Mt 18, 15). Sed valientes. Y si no tenéis valor de decirlo, mordeos la lengua. Y estará bien. En vuestro camino, sentíos siempre acompañados y sostenidos por la promesa del Señor, es decir, la fuerza del Espíritu Santo. Os agradezco sinceramente este encuentro y confío a cada uno de vosotros y a vuestras comunidades, proyectos y esperanzas a la Virgen, a la que se llama con un nombre muy bonito: «Nuestra Señora del pueblo» —ino populista!—, es la madre del pueblo, es buena. Os

bendigo de corazón y os pido que recéis por mí. Ahora os doy la bendición.

[Bendición]

## **Saludo enfrente de la Catedral**

Os deseo un buen domingo.

Saludo al coro: canta muy bien; lo mismo que el coro dentro de la Catedral. Saludo a los dos. Muchas gracias.

Y aquí están los jóvenes: ¡Que levanten las manos, los niños y los jóvenes! ¿Qué tienen que hacer los jóvenes? ¿Habéis escuchado lo que dije [en el discurso de la catedral? ] ¿Qué

tienen que hacer? ... ¿Hablar con? ... [Responden: «Hablar con los ancianos»] Hablar con los ancianos. Escuchar, hablar con los ancianos. Así os volveréis revolucionarios. ¡Adiós! ¡Gracias, y que el Señor os bendiga!

1 de octubre de 2017. Palabras en el encuentro con los emigrantes y con el personal del servicio de asistencia en el centro de acogida de vía Enrico Mattei.

Bolonia.

Domingo.

Visita pastoral del Papa Francisco a Cesena en el tercer centenario del nacimiento de Pío VI y a Bolonia para la clausura del congreso eucarístico diocesano.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Os saludo cordialmente y os aseguro mi cercanía. Quería que fuera precisamente aquí mi primer encuentro con Bolonia.

Este es el «puerto» del desembarco de aquellos que vienen de más lejos y con sacrificios que a veces ni siquiera podéis contar.

Muchos no os conocen y tienen miedo. Esto hace que se sientan con el derecho de juzgar y de hacerlo con dureza y frialdad, creyendo también

que ven bien. Pero ese no es el caso. Se ve bien sólo con la cercanía que da la misericordia. Sin ella, el otro es un extraño, incluso un enemigo, y no puede llegar a ser mi prójimo. Desde lejos podemos decir y pensar cualquier cosa, como sucede fácilmente cuando se escriben frases terribles e insultos a través de Internet. Si miramos al prójimo sin misericordia, no nos damos cuenta de su sufrimiento, de sus problemas. Y si miramos al prójimo sin misericordia, corremos el peligro de que también Dios

nos mire sin misericordia. Hoy veo solamente tantas ganas de amistad y ayuda. Me gustaría dar las gracias a las instituciones y a todos los voluntarios por la atención y el esfuerzo para atender a todos que están aquí alojados. En vosotros, como en todo extranjero que llama a nuestra puerta, veo a Jesucristo, que se identifica con el extranjero, de todas las edades y condiciones (*Mt 25, 35, 43*).

El fenómeno requiere visión y gran determinación en la gestión, inteligencia y

estructuras, mecanismos claros que no permitan distorsiones o explotaciones, aún más inaceptables porque se hacen con los pobres. Creo realmente necesario que un mayor número de países adopte programas de apoyo privados y comunitarios de acogida y se abran pasillos humanitarios para los refugiados en las situaciones más difíciles, para evitar esperas insoportables y tiempos perdidos que pueden iludir. La integración comienza con el conocimiento. El contacto con el otro lleva a



descubrir el «secreto» que todo el mundo lleva consigo y también el don que representa, a abrirse a él para aceptar sus aspectos válidos y por lo tanto aprender a amarlo, y a superar el miedo , ayudándolo a incorporarse a la nueva comunidad que lo acoge. Cada uno de vosotros tiene su propia historia, me decía la señora que me acompañaba. Y esta historia tiene algo sagrado, hay que respetarla, aceptarla, acogerla y ayudar a seguir adelante. Algunos de vosotros sois menores de edad: estos

chicos y chicas tienen una necesidad particular de ternura y tienen derecho a la protección, que incluye programas de custodia temporal o acogida. He venido entre vosotros porque quiero llevar en mis ojos los vuestros —yo he mirado vuestros ojos— y en mi corazón el vuestro. Quiero llevar conmigo vuestros rostros que piden ser recordados, ayudados, yo diría «adoptados», porque en el fondo buscáis a alguien que apueste por vosotros, que os dé confianza, que os ayude a

encontrar ese futuro cuya esperanza os ha hecho llegar hasta aquí.

¿Sabéis que sois vosotros?

Vosotros sois «luchadores de la esperanza». Alguno no ha llegado porque se lo tragó el desierto o el mar. Los hombres no los recuerdan, pero Dios conoce sus nombres y los recibe a su lado. Quedémonos todos un momento en silencio, recordándolos y rezando por ellos (silencio). A vosotros, luchadores de la esperanza, deseo que la esperanza no se vuelva desilusión o, peor aún,

desesperación, gracias a tantos que os ayudan a no perderla. En mi corazón quiero llevar vuestro miedo, vuestras dificultades, vuestros riesgos, vuestra incertidumbre tantas pancartas: «Ayudadnos a tener los papeles»...; las personas que amáis, que os importan y por las que os habéis lanzado a buscar un futuro. Llevaos en los ojos y en el corazón nos ayudará a trabajar más por una ciudad acogedora y capaz de crear oportunidades para todos. Por eso os exhorto a estar abiertos a la cultura de esta

ciudad, dispuestos a caminar por el camino indicado por las leyes de este país. La Iglesia es una madre que no distingue y ama a cada hombre como hijo de Dios, como su imagen.

Bolonia es, desde siempre, una ciudad conocida por su hospitalidad. Este dato se ha renovado con tantas experiencias de solidaridad, hospitalidad en parroquias y realidades religiosas, pero también en muchas familias y contextos sociales. Algunos han encontrado un nuevo hermano al que ayudar o un niño al que

crecer. Y algunos han encontrado nuevos padres que quieren un futuro mejor con él. ¡Cómo me gustaría que estas experiencias, posibles para todos, se multiplicaran! Que la ciudad no tenga miedo de donar los cinco panes y los dos peces: la Providencia intervendrá y todos estarán saciados.

Bolonia fue la primera ciudad en Europa, hace 760 años, que liberó a los siervos de la esclavitud. Eran exactamente 5.855. Tantos. Sin embargo, Bolonia no tuvo miedo. Fueron

redimidos por el ayuntamiento, es decir por la ciudad. Tal vez lo hicieron también por razones económicas, porque la libertad ayuda y conviene a todos. No tuvieron miedo de dar la bienvenida a aquellos que entonces eran considerados "no personas" y de reconocerlos como seres humanos.

¡Escribieron en un libro los nombres de cada uno de ellos! Cómo quisiera que vuestros nombres fueran escritos y recordados para encontrar, como entonces, un futuro común.

Os doy las gracias y os bendigo  
de todo corazón. Y por favor  
rezad por mí.



1 de octubre de 2017. Discurso en el encuentro con el mundo del trabajo.

Piazza Maggiore (Bologna)

Domingo.

Visita pastoral del Papa Francisco a Cesena en el tercer centenario del nacimiento de Pío VI y a Bologna para la clausura del congreso eucarístico diocesano.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buen domingo!*

Los saludo a todos ustedes que pertenecen al mundo del trabajo, en la variedad de sus expresiones. Entre ellas existe lamentablemente también aquella negativa, es decir, la situación difícil, a veces angustiante, de la falta de trabajo. ¡Gracias por su acogida!

Ustedes representan las diversas partes sociales, muchas veces en discusión incluso dura entre ellas, pero han aprendido que solo juntos se puede salir de la crisis y construir el futuro. Sólo el

diálogo, en las reciprocas competencias, puede permitir encontrar respuestas eficaces e innovadoras para todos, también en la calidad del trabajo, en particular el indispensable bienestar. Es aquello que algunos llaman el «sistema Emilia». Traten de llevarlo adelante. Hay necesidad de soluciones estables y capaces de ayudar a mirar al futuro para responder a las necesidades de las personas y de las familias. En su territorio desde hace tiempo se ha desarrollado la

experiencia cooperativa, que nace del valor fundamental de la solidaridad. Hoy esa tiene todavía mucho por ofrecer, también para ayudar a tantos que están en dificultad y tienen necesidad de ese «ascensor social» que según algunos estaría del todo fuera de uso. No dobleguemos jamás la solidaridad a la lógica del provecho financiero, porque así la quitamos — podría decir la robamos— a los más débiles que tienen tanta necesidad. Buscar una sociedad más justa no es un sueño del pasado sino

un compromiso, un trabajo, que hoy tiene necesidad de todos.

La situación de la desocupación juvenil y aquella de tantos que han perdido el trabajo y no logran reinsertarse son realidades a las cuales no podemos acostumbrarnos, tratándolas como si fueran solamente estadísticas.

La acogida y la lucha a la pobreza pasan en gran parte a través del trabajo. No se ofrece verdadera ayuda a los pobres sin que puedan encontrar trabajo y dignidad. Este es el

desafío apasionado, como en los años de la reconstrucción después de la guerra, que tanta pobreza había dejado. El reciente «Pacto para el trabajo», que ha visto a todas las partes sociales, y también la Iglesia firmar un común empeño para ayudar en la búsqueda de respuestas estables, no de limosnas, es un método importante que deseo pueda dar los frutos esperados. La crisis económica tiene una dimensión europea y global; y, como sabemos, esta es también crisis ética, espiritual y

humana. A la raíz existe una traición del bien común, de parte tanto de los individuos como de los grupos de poder. Es necesario pues quitar centralidad a la ley del provecho y asignarla a la persona y al bien común. Pero para que esta centralidad sea real, efectiva y no sólo proclamada con palabras, es necesario aumentar las oportunidades de trabajo digno. Esta es una tarea que pertenece a la sociedad entera: en esta fase en modo particular, todo el cuerpo social, en sus

varios componentes, está llamado a realizar todo esfuerzo para que el trabajo, que es factor primario de dignidad, sea una preocupación central.

Aquí nos encontramos ante San Petronio, recordado como *Pater et Protector* y representado siempre con la ciudad entre sus manos. De aquí físicamente vemos tres aspectos constitutivos de su ciudad: la Iglesia, el Municipio y la Universidad. Cuando ellos dialogan y colaboran entre sí, se refuerza el precioso



humanismo que ellos expresan y la ciudad – por así decir – respira, tiene un horizonte, y no tiene miedo de afrontar los desafíos que se presentan. Los animo a valorizar este humanismo del cual son depositarios para buscar soluciones sabias y prudentes a los complejos problemas de nuestro tiempo, viéndolas si como dificultades, pero también como oportunidades de crecimiento y de mejoría. Y esto que les digo vale para Italia en su conjunto y para la entera Europa.

Queridos amigos, les soy particularmente cercano, poniendo en las manos del Señor y de la Virgen de San Lucas todas sus ansias y preocupaciones. A Ella, tan venerada por todos los boloñeses, nos dirigimos ahora con la oración del Ángelus.

1 de octubre de 2017. Palabras  
en el almuerzo de solidaridad  
con pobres, refugiados y presos

Basílica de San Petronio  
(Bologna)

Domingo.

Visita pastoral del Papa  
Francisco a Cesena en el tercer  
centenario del nacimiento de  
Pío VI y a Bologna para la  
clausura del congreso  
eucarístico diocesano.

*Queridos hermanos y*

*hermanas:*

¡Qué alegría ver a tantos de vosotros en esta casa! Es como la casa de Nuestra Madre, la casa de la misericordia, la Iglesia que acoge a todos, especialmente a aquellos que necesitan un sitio. Sois el centro de esta casa. La Iglesia os quiere en el centro. No prepara un lugar especial o diferente: en el centro y juntos. La Iglesia es de todos, particularmente de los pobres. Todos somos invitados, solamente por gracia. Es un misterio de amor gratuito de

Dios que nos quiere suyos,  
aquí, no por mérito, sino por su  
amor.

En esta casa normalmente se  
celebra el misterio de la  
Eucaristía, la mesa en la que se  
depositan el pan y el vino que  
se convierten en el Cuerpo y la  
Sangre de Jesús, partido y  
derramado por la multitud de  
los hombres que Él ama. ¡Qué  
extraña es la matemática de  
Dios!: Se multiplica solamente  
si se divide! Pongamos siempre  
una mesa de amor para quien  
la necesite. La caridad nunca es  
en sentido único, siempre es

circular y todos dan y reciben algo. Todos recibimos y todos sabemos y podemos dar mucho. Jesús no descarta a nadie, no desprecia. Tiene sed y nos pide que le demos de beber porque camina con nosotros y sufre con nosotros. ¡Y nosotros precisamente tenemos esta jarra, quizás algo usada, que le puede dar agua, que es nuestro corazón! Nuestra vida es siempre preciosa y todos tenemos algo que dar a los otros.

Al final, os será dado el alimento más precioso, el

Evangelio, la Palabra de Dios que todos llevamos en el corazón, que para nosotros cristianos tiene el rostro bueno de Jesús. ¡Es para vosotros! Se dirige precisamente a aquellos que tienen necesidad. Tomadlo todos y llevadlo como signo, sello personal de amistad con Dios que se hace peregrino y sin sitio para prepararlo para todos. Todos somos viandantes, mendigos de amor y de esperanza, y necesitamos a ese Dios que se hace cercano a nosotros y se revela en la fracción del pan.

Este pan de amor que hoy compartimos, llevadlo vosotros también a los demás. Regalad a los otros simpatía y amistad. Es el compromiso que todos podemos tener. Hay una gran necesidad. Tenéis una sensibilidad particular para captar la dimensión humana, porque vosotros sabéis lo que es la fragilidad, la necesidad de tender las manos, de dejarse ayudar dejando de lado el orgullo. El «Padre nuestro» que rezaremos al final es verdaderamente la oración de los pobres. La petición de pan,



en efecto, expresa la confianza en Dios para las necesidades primarias de nuestra vida. Lo que nos ha enseñado Jesús con esta oración expresa y recoge la voz de los que que sufren por la precariedad de la existencia y la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a rezar, Él respondió con las palabras de los pobres que se dirigen al único Padre en el cuál todos se reconocen como hermanos. El «Padre nuestro» es una oración que se conjuga en plural: el pan que

se pide es «nuestro», y esto implica compartir, participación y responsabilidad común. En esta oración, todos reconocemos la exigencia de superar cualquier clase de egoísmo para acceder a la alegría de la acogida recíproca. Hoy podemos compartir nuestro pan cotidiano. Y todos queremos dar gracias a Dios.

2 de octubre de 2017. Discurso  
a las participantes en el  
capítulo general de las  
hermanitas de Jesús.

Lunes.

*Queridas hermanas:*

Me alegra recibirlos con ocasión  
de vuestro Capítulo General.  
Saludo a la responsable general  
y a través de vosotras saludo a  
todas las Hermanitas de Jesús.  
La celebración de un Capítulo  
General es un momento de  
gracia para todo instituto de  
vida consagrada. En un clima

de oración y afecto fraterno, los religiosos se reúnen para escuchar al Espíritu Santo, para afrontar juntos las múltiples preguntas y desafíos que el instituto afronta en ese preciso momento de su historia. Sin embargo, antes de ser un momento de reflexión sobre cuestiones prácticas, un capítulo es la experiencia espiritual común de un retorno a la fuente de la llamada, personal y comunitaria. Y la fuente de vuestro instituto es la experiencia arrolladora de la ternura de Dios que sintió

vuestra fundadora, la hermanita Magdalena de Jesús. Tras los pasos del Beato Charles de Foucauld, se dio cuenta de que el Dios Todopoderoso, Creador y Señor del universo, no tuvo miedo de hacerse un niño pequeño, confiado, en los brazos de María por amor a nosotros, y todavía quiere entregarse humildemente a cada uno de nosotros por amor. Hoy, casi ochenta años después de la fundación del Instituto, más de mil Hermanitas están esparcidas por todo el mundo.

Se encuentran en situaciones humanamente difíciles, con los más pequeños y los más pobres. No están allí principalmente para curar, educar, enseñar el catecismo — aunque estas cosas las hacen bien— sino para amar, para estar con los más pequeños, como lo hizo Jesús, para anunciar el Evangelio con la vida sencilla hecha de trabajo, de presencia, de amistad, de acogida incondicional. Es importante, de vital importancia para vosotros que volváis a esta experiencia

original de la proximidad de Dios, que se entrega, manso y humilde a nosotros para salvarnos y colmarnos de su amor. Y este amor debe expresarse más con la evangelización de los gestos que con la de las palabras: la sonrisa, el silencio, la adoración, la paciencia. Me viene en mente el diálogo entre el roble y el almendro. El roble dijo al almendro: «Háblame de Dios» y el almendro floreció. Esto es lo que os pide la Iglesia: floreced, floreced en gestos de amor y de Dios.

Sobre todo, queridas hermanas, aseguraos de mantener ferviente vuestra vida espiritual, porque es de este amor recibido de Dios de manera incesante y siempre nuevo, de donde se desborda vuestro amor por nuestros hermanos y hermanas. Es de esta vida espiritual de la que los jóvenes tienen sed y que les permite responder a su vez a la invitación del Señor. De esta vida espiritual nace el testimonio evangélico que esperan los pobres. Las recetas sirven, pero después; si no hay



eso, no tienen efecto.

No tengáis miedo de seguir adelante, llevando en vuestros corazones al Niño Jesús, en todos los lugares donde están los pequeños en nuestro mundo. Manteneos libres de los lazos con las obras y las cosas, libres para amar a aquellos que encontréis donde quiera que el Espíritu os guíe. Libres para volar, libres para soñar. Las dificultades del tiempo presente os hacen compartir los dolores de tantos hermanos: también vosotras, como ellos, a veces os encontráis obligadas a cerrar o

abandonar vuestros hogares para huir a otro lugar; también conocéis las pruebas de la edad, la soledad y el sufrimiento; también experimentáis la dureza del camino cuando se trata de permanecer fiel atravesando desiertos. Pero en todo esto, el amor que lleváis en vuestros corazones hace de vosotros mujeres libres apegadas a lo esencial.

Tened en cuenta la calidad de la vida fraterna en vuestras comunidades. A pesar de las pruebas, la Hermanita

Magdalena, siguiendo a Jesús pobre entre los pobres, encontró la verdadera alegría, una alegría que compartió con todos, empezando por sus hermanas. La sencillez y la alegría pertenecen a la vida consagrada, y de manera especial a la vuestra. El Niño Jesús en Nazaret estaba alegre, seguramente jugó y ríó con María y José, con los niños de su edad y con los vecinos. Para encontrar el sabor de la vida comunitaria, siempre hay que buscar la sencillez, el afecto, las pequeñas atenciones, el

servicio y la maravilla.  
De esta fraternidad entre vosotras nace el servicio de la autoridad. El ejercicio de la responsabilidad, en la Iglesia, está enraizado en la voluntad común y fraterna de escuchar al Señor, de estar en su escuela y vivir de su Espíritu para que su Reino pueda extenderse a todos los corazones. Es en este contexto de escucha común y fraterna es donde encuentran lugar el diálogo y la obediencia. Y en tal obediencia, como el Niño Jesús, todas las Hermanitas crecerán «en

sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2, 52). La fraternidad vivida entre vosotras abre vuestros corazones a la fraternidad hacia todos. Vuestra fundadora, os invitó a haceros «árabes entre los árabes, nómadas entre los nómadas, trabajadoras entre los trabajadores y, sobre todo, humanas entre los seres humanos» (Annie De Jesús, *La hermanita Magdalena de Jesús. La experiencia de Belén hasta el fin del mundo*, Cerf, 2008, p.184). Feriantes con los

feriantes, como aquí en Roma. Y así es cómo el Instituto se ha extendido a muchos países y vosotras habéis encontrado a tantos de estos pequeños, de todas las razas, idiomas y religiones. Vuestros corazones no tienen barreras. Por supuesto, no podéis cambiar el mundo solas, pero lo podéis iluminar llevando la alegría del Evangelio en los barrios, en las calles, mezcladas con la multitud, siempre cerca de los más pequeños. Estando vosotras mismas entre los pequeños que la Virgen

Bienaventurada presenta a su Hijo Jesús nuestro Señor, puede contar con su materna intercesión, así como con la oración de la Iglesia por vuestro Instituto, especialmente con motivo de este Capítulo General. Os agradezco, de verdad, os agradezco vuestra visita, y os pido por favor que recéis por mí. Gracias.

4 de octubre de 2017.

Audiencia general. Misioneros de esperanza hoy.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En esta catequesis quiero hablar del tema «Misioneros de esperanza hoy». Estoy contento de hacerlo al inicio del mes de octubre, que en la Iglesia está dedicado de modo particular a la misión y también, en la fiesta de San Francisco de Asís, que fue un



gran misionero de esperanza.  
En efecto, el cristiano no es un profeta de desventura.

Nosotros no somos profetas de desventura. La esencia de su anuncio es lo opuesto, lo opuesto a la desventura: es Jesús, muerto por amor y que Dios resucitó la mañana de Pascua. Y este es el núcleo de la fe cristiana.

Si los Evangelios se parasen en la sepultura de Jesús, la historia de este profeta se sumaría a las muchas biografías de personajes heroicos que pasaron su vida

por un ideal. El Evangelio sería entonces un libro edificante, también de consulta, pero no sería un anuncio de esperanza. Pero los Evangelios no se cierran con el viernes santo, van más allá; y es precisamente este fragmento posterior el que transforma nuestras vidas. Los discípulos de Jesús estaban abatidos aquel sábado después de su crucifixión; aquella piedra en la puerta del sepulcro había cerrado también los tres años emocionantes vividos por ellos con el maestro de Nazaret.

Parecía que todo había acabado, y algunos, desilusionados y asustados, estaban ya dejando Jerusalén. ¡Pero Jesús resurgió! Este hecho inesperado voltea y subvierte la mente y el corazón de los discípulos. Porque Jesús no resurge solo por sí mismo, como si su renacimiento fuera una prerrogativa de la que estar celoso: si sube hacia el Padre es porque quiere que cada ser humano tome parte en su resurrección y que cada criatura sea arrastrada hacia arriba. Y en el día de

Pentecostés los discípulos se transformaron en el aliento del Espíritu Santo.

No tendrán solamente una hermosa noticia que llevar a todos, sino que serán ellos mismos diversos que antes, como renacidos en una vida nueva. La resurrección de Jesús nos transforma con la fuerza del Espíritu Santo. Jesús está vivo, está vivo entre nosotros, está vivo y tiene esa fuerza de transformar.

¡Qué bonito es pensar que se es anunciador de la resurrección de Jesús no

solamente de palabra, sino con hechos y con el testimonio de la vida! Jesús no quiere discípulos capaces solo de repetir fórmulas aprendidas de memoria. Quiere testigos: personas que propaguen esperanza con su modo de acoger, de sonreír, de amar. Sobre todo de amar: porque la fuerza de la resurrección hace que los cristianos sean capaces de amar incluso cuando el amor parece haber perdido sus razones. Hay un «más» que vive en la existencia cristiana y que no se explica simplemente

con la fuerza de ánimo o un mayor optimismo.

La fe, la esperanza nuestra no es solo un optimismo; es otra cosa, ¡más! Y como si los creyentes fueran personas con un «pedazo de cielo» de más sobre la cabeza. Es hermoso esto: nosotros somos personas con un pedazo de cielo de más sobre la cabeza, acompañados de una presencia que alguno no es capaz ni siquiera de intuir. Así, el deber de los cristianos en este mundo es el de abrir espacios de salvación, como células de regeneración

capaces de restituir la savia a aquello que parecía perdido para siempre. Cuando el cielo está completamente nublado, es una bendición quien sabe hablar del sol.

El verdadero cristiano es así: no quejumbroso y enfadado, sino convencido, por la fuerza de la resurrección, de que ningún mal es infinito, ninguna noche dura sin fin, ningún hombre está definitivamente equivocado y ningún odio es invencible por el amor. Claro, alguna vez los discípulos pagarán con un alto precio esta

esperanza dada a ellos por Jesús. Pensemos en tantos cristianos que no han abandonado su pueblo, cuando ha llegado el tiempo de la persecución.

Se han quedado allí, donde incluso el mañana era incierto, donde no se podía hacer proyectos de ningún tipo, se quedaron esperando en Dios. Y pensemos en nuestros hermanos, en nuestras hermanas de Oriente Medio que dan testimonio de esperanza y también ofrecen la vida por este testimonio. ¡Estos



son verdaderos cristianos!  
Estos llevan el cielo en el  
corazón, mirando más allá,  
siempre más allá.

Quien ha tenido la gracia de  
abrazar la resurrección de  
Jesús puede aún esperar lo  
inesperado. Los mártires de  
cada tiempo, con su fidelidad a  
Cristo, cuentan que la injusticia  
no es la última palabra en la  
vida. En Cristo resucitado  
podemos continuar esperando.  
Los hombres y las mujeres que  
tienen un «por qué» vivir  
resisten más que los demás en  
los tiempos de desventura.

Pero quien tiene a Cristo a su propio lado realmente ya no teme a nada. Y por eso los cristianos, los verdaderos cristianos, nunca son hombres fáciles y acomodados.

Su mansedumbre no se confunde con un sentido de inseguridad y de sumisión. San Pablo espolea a Timoteo a sufrir por el Evangelio y dice así:

«Dios nos ha dado un espíritu de timidez, pero de fuerza, de caridad y de prudencia».

(2 *Tm* 1, 7).

Caídos, se levantan siempre.  
He aquí, hermanos y

hermanas, por qué el cristiano es un misionero de esperanza. No por su mérito, sino gracias a Jesús, el grano de trigo que no cae en la tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto (cf. *Jn* 12, 24).

### **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, especialmente a los provenientes de España y América Latina. Pidamos a Jesús, por intercesión de la Virgen María y de san Francisco de Asís, que sepamos difundir siempre a nuestro alrededor

semillas de esperanza y de amor. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

5 de octubre de 2017. Discurso a una delegación del Comité para las Relaciones con las Iglesias de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Jueves.

*Queridos hermanos y hermanas:*

«La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en la vida incorruptible» (*Ef 6, 24*). Con estas palabras de san Pablo, me alegra acoger a los miembros del Comité para las Relaciones

con las Iglesias de las «United Bible Societies» (Sociedades Bíblicas Unidas) y dar las gracias al cardenal Onaiyekan por su presentación. Por mi parte, quiero expresar el sincero deseo de que la gracia del Espíritu Santo esté con vosotros y con todos aquellos que se esfuerzan para dar a conocer el Evangelio, facilitando el acceso a la Biblia en las lenguas más diversas y, en la actualidad, a través de las muchas formas de comunicación social. Somos servidores de la Palabra de

salvación que no volverá al Señor vacía. Dejarse «herir» por la Palabra es, pues, indispensable para expresar con la boca lo que sobreabunda del corazón. La Palabra de Dios, efectivamente, «penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (*Hebreos 4, 12*). Somos servidores de la Palabra de Vida Eterna, y creemos que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (*Mateo 4, 4*).

Por eso, con la ayuda del Espíritu Santo, debemos alimentarnos en la mesa de la Palabra con la lectura, la escucha, el estudio y el testimonio de vida. Dedicamos tiempo a los que amamos, y aquí se trata de amar a Dios, que ha querido hablarnos y nos ofrece palabras de vida eterna. Somos servidores de la Palabra de reconciliación, también entre los cristianos, y deseamos de todo corazón que «la Palabra del Señor siga propagándose y adquiriendo gloria» (2 Tes 3, 1). Por lo



tanto, es justo esperar un nuevo impulso a la vida espiritual gracias a la veneración creciente de la Palabra de Dios. Somos servidores de la Palabra que ha «salido» de Dios y «se ha hecho carne» (*Juan 1, 14*). Es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo (Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 23). Y lo hacemos en obediencia al mandato misionero del Señor y con la certeza de su presencia

entre nosotros hasta el fin del mundo (*Mateo 28, 20*).

Somos servidores de la Palabra de verdad (*Juan 8, 32*).

Estamos convencidos de que «la unidad querida por Dios sólo se puede realizar en la adhesión común al contenido íntegro de la fe revelada. En materia de fe, una solución de compromiso está en contradicción con Dios que es la Verdad. En el Cuerpo de Cristo que es "camino, verdad y vida" (*Juan 14, 6*), ¿quién consideraría legítima una reconciliación lograda a costa

de la verdad?» (Enc. *Ut unum sint*, 18). Somos servidores de la Palabra de Dios potente que ilumina, protege y defiende, sana y libera. «¡La palabra de Dios no está encadenada!» (2 *Tim* 2, 9). Por ella muchos de nuestros hermanos y hermanas están en la cárcel y muchos más han derramado su sangre como testimonio de su fe en Jesús Señor. Caminemos juntos para que la palabra se difunda (cf. *Hech* 6, 7). Oremos juntos para «que se haga la voluntad del Padre» (*Mt* 6, 10). Trabajemos juntos para que se

cumpla en nosotros «lo que el Señor ha dicho» (Lc 1, 38).

Gracias, queridos hermanos y hermanas, por vuestra visita.

Permanezcamos en comunión fraterna y recemos los unos por los otros.

Gracias.

5 de octubre de 2017. Discurso a los miembros del sínodo de la Iglesia Caldea.

Jueves.

*Beatitud,  
queridos hermanos en el  
episcopado:*

Os acojo con alegría en estos días en los que estáis reunidos en el Sínodo, mientras os preparáis para afrontar cuestiones de gran importancia para la Iglesia caldea, entre las cuales las migraciones forzosas de los cristianos, la

reconstrucción de los pueblos,  
el retorno de los desplazados,  
el derecho particular de la  
Iglesia, la cuestión litúrgica y la  
pastoral vocacional. Doy  
gracias a su Beatitud, el  
Patriarca Louis Raphaël, por el  
saludo que me ha dirigido  
también en vuestro nombre.  
Aprovecho la oportunidad para  
saludar, a través de vosotros, a  
los fieles de la amada tierra  
iraquí, duramente probados,  
compartiendo la esperanza de  
las recientes noticias que  
hablan de la reanudación de la  
vida y de la actividad en

regiones y ciudades hasta ahora sometidas a una opresión dolorosa y violenta. Pueda la misericordia de Dios aliviar las heridas de la guerra que atormentan los corazones de vuestras comunidades para que finalmente puedan levantarse. Si efectivamente se ha cerrado una página trágica para algunas regiones de vuestro país, cabe señalar que aún queda mucho por hacer. Os exhorto a trabajar sin descanso como constructores de unidad, ante todo entre vosotros pastores de la Iglesia caldea y

con los pastores de las otras Iglesias, y además de favorecer el diálogo y la colaboración entre todos los actores de la vida pública, contribuir a facilitar el retorno de los desplazados y a sanar las divisiones y oposiciones entre hermanos. Este compromiso es más que nunca necesario en el actual contexto iraquí, ante las nuevas incertidumbres sobre el futuro. Es necesario un proceso de reconciliación nacional y un esfuerzo conjunto de todos los componentes de la sociedad, para llegar a soluciones



compartidas para el bien de todo el país. Mi deseo es que no desfallezcan la fuerza de ánimo, la esperanza y las dotes de laboriosidad que os distinguen. Que permanezca firme vuestro propósito de no ceder al desaliento ante las dificultades que todavía existen no obstante todos los logros de la tarea de reconstrucción, especialmente en la llanura de Nínive. Desde la antigüedad, esa tierra, evangelizada según la tradición por el apóstol Tomás, se ha presentado al mundo como una tierra de

civilización, tierra de encuentro y diálogo. Por lo tanto, es de suma importancia que los cristianos, pastores y fieles, fuertes de sus raíces, estén unidos para promover relaciones respetuosas y diálogo interreligioso entre todos los componentes del país. Quisiera animaros también con respecto a los nuevos aspirantes al ministerio sacerdotal o a la vida religiosa: frente a la disminución de las vocaciones que padece la Iglesia, debemos evitar que entren en los seminarios

personas que no han sido llamadas por el Señor; hace falta analizar muy bien la vocación de los jóvenes y verificar su autenticidad. De lo contrario, sería una hipoteca para la Iglesia.

¡Que los sacerdotes y seminaristas sientan vuestra cercanía, que es una verdadera bendición! Para los candidatos al sacerdocio, la formación sea integral, capaz de incluir los diversos aspectos de la vida, respondiendo armoniosamente a las cuatro dimensiones: humana, espiritual, pastoral e

intelectual; un recorrido que prosiga naturalmente en la formación continua de los presbíteros haciéndose una realidad unitaria con ella.

Me urge invitaros, así como a los pastores de la Iglesia latina, a repensar el tema de la Diáspora, teniendo en cuenta las situaciones concretas en que viven las comunidades eclesiales, tanto desde el punto de vista numérico como del de la libertad religiosa. Debemos hacer todo lo posible para que los deseos del Concilio Vaticano II se traduzcan en realidad,

facilitando la atención pastoral tanto en el propio territorio como en el que se han establecido durante mucho tiempo las comunidades orientales, fomentando al mismo tiempo la comunión y la fraternidad con las comunidades de rito latino para dar a los fieles un buen testimonio sin prolongar divisiones y desacuerdos. El diálogo ecuménico e interreligioso debe recomenzar siempre partiendo de nuestra unidad y comunión católica. En esto os ayudará la

Congregación para las Iglesias Orientales.

Beatitud, queridos obispos, os invito finalmente a ser paternos con los sacerdotes, que son vuestros primeros colaboradores, y a ser con todos misericordiosos como el Padre. Que este Sínodo vuestro *in Urbe*, bajo la mirada de Cristo Buen Pastor, sea un tiempo de confrontación fructuosa y de reflexión fraterna para el bien de la querida Iglesia caldea. Invoco sobre vosotros la abundancia de las bendiciones del Señor y

la protección de la Santísima Virgen María. Y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí.

5 de octubre de 2017. Discurso  
a los participantes en la  
asamblea general de los  
miembros de la Pontificia  
Academia para la Vida.

Jueves.

*Excelencia,*  
*estimadas señoras y señores:*  
Me complace encontrarme con  
vosotros durante vuestra  
Asamblea Plenaria anual y dar  
las gracias a monseñor Paglia  
por su saludo y su  
presentación. Os agradezco  
vuestra contribución que, con



el tiempo, revela cada vez más su valor tanto en la profundización del conocimiento científico, antropológico y ético, como en el servicio a la vida, particularmente en el cuidado de la vida humana y de la creación, nuestra casa común. El tema de esta sesión «Acompañar la vida. Nuevas responsabilidades en la era tecnológica» es arduo y al mismo tiempo necesario. Aborda el entretrejo de oportunidades y criticidades que interpelan al humanismo

planetario, en referencia a los recientes logros tecnológicos en las ciencias de la vida. El poder de la biotecnología, que ya permite manipulaciones de la vida hasta ayer impensables, plantea importantes problemas. Por lo tanto, es urgente intensificar el estudio y la comparación de los efectos de esta evolución de la sociedad en un sentido tecnológico para articular una síntesis antropológica que esté a la altura de este desafío de época. El área de vuestra experiencia calificada no puede limitarse,

pues, a resolver problemas planteados por situaciones específicas de conflicto ético, social o legal. La inspiración de una conducta consistente con la dignidad humana atañe a la teoría y a la práctica de la ciencia y la técnica en su enfoque general de la vida, de su significado y su valor. Y en esta perspectiva quisiera ofreceros hoy mi reflexión.

1. La criatura humana parece encontrarse hoy en un pasaje especial de su historia donde se entrecruzan, en un contexto

inédito, las antiguas y siempre nuevas preguntas sobre el significado de la vida humana, de su origen y su destino.

El rasgo emblemático de este pasaje puede reconocerse en síntesis en la rápida difusión de una cultura obsesivamente centrada en la soberanía del hombre —como especie e individuo— con respecto a la realidad. Hay quienes incluso hablan de egolatría, es decir, de una verdadera adoración del ego, en cuyas aras se sacrifica todo, incluyendo los afectos más queridos. Esta perspectiva

no es inofensiva: dibuja un sujeto que se mira constantemente en el espejo, hasta que llega a ser incapaz de volver sus ojos a los demás y al mundo. La propagación de esta actitud tiene repercusiones gravísimas en todos los afectos y vínculos de la vida (véase *Laudato si'*, 48).

No se trata, por supuesto, de negar o reducir la legitimidad de la aspiración individual a la calidad de vida y la importancia de los recursos económicos y de los medios técnicos que pueden favorecerla. Sin

embargo, no se puede pasar por alto el materialismo sin prejuicios que caracteriza la alianza entre la economía y la técnica y que trata la vida como un recurso para ser explotado o descartado en función del poder y el beneficio. Desafortunadamente, hombres, mujeres y niños de todo el mundo experimentan con amargura y tristeza las promesas ilusorias de este materialismo tecnocrático. También porque, en contradicción con la propaganda de un bienestar

que se propagaría automáticamente con la expansión del mercado, lo que se expande, en cambio, son los territorios de la pobreza y el conflicto, del descarte y el abandono, del resentimiento y la desesperación. Un auténtico progreso científico y tecnológico debería inspirar políticas más humanas. La fe cristiana nos impulsa a retomar la iniciativa, rechazando cualquier concesión a la nostalgia y al lamento. La Iglesia, por otra parte, tiene una amplia tradición de mentes

generosas e iluminadas, que han allanado el camino para la ciencia y la conciencia de su época. El mundo necesita creyentes que, con seriedad y alegría, sean creativos y proactivos, humildes y valientes, decididos a recomponer la fractura entre las generaciones. Esta fractura interrumpe la transmisión de la vida. Se exaltan los entusiastas potenciales de la juventud: ¿pero quién los guía al cumplimiento de la edad adulta? La condición de adulto es una vida capaz de



responsabilidad y amor, tanto hacia la futura generación como hacia el pasado. La vida de los padres y de las madres de edad avanzada espera ser honrada por lo que ha dado con generosidad, no ser descartada por lo que ya no tiene.

2. La fuente de inspiración para este retomar la iniciativa es, una vez más, la Palabra de Dios, que ilumina el origen de la vida y su destino.

Hoy más que nunca es necesaria una teología de la Creación y la Redención que

sepa traducirse en palabras y gestos de amor, para cada vida y para toda vida, para acompañar el camino de la Iglesia en el mundo en que vivimos. La encíclica *Laudato si'* es como un manifiesto de este retomar la visión de Dios y del hombre sobre el mundo, comenzando por el gran relato de revelación que se nos ofrece en los primeros capítulos del Libro del Génesis. Dice que cada uno de nosotros es una criatura deseada y amada por Dios por sí misma, no sólo un ensamblaje de células bien

organizadas y seleccionadas en el transcurso de la evolución de la vida. Toda la creación está inscrita en el amor especial de Dios por la criatura humana, que se extiende a todas las generaciones de las madres, los padres y sus hijos.

La bendición divina del origen y la promesa de un destino eterno, que son el fundamento de la dignidad de toda vida, son de todos y para todos. Los hombres, las mujeres, los niños de la tierra —de esto están hechos los pueblos— son la vida del mundo que Dios ama y

quiere salvar, sin excluir a nadie.

Hay que releer siempre de nuevo el relato bíblico de la Creación para apreciar toda la amplitud y profundidad del gesto del amor de Dios que confía a la alianza del hombre y la mujer la creación y la historia.

Esta alianza ciertamente está sellada por la unión de amor, personal y fecunda que marca el camino de la transmisión de la vida a través del matrimonio y de la familia. Sin embargo, va mucho más allá de este sello.

La alianza del hombre y de la mujer está llamada a tomar en sus manos la batuta de toda la sociedad. Esta es una invitación a la responsabilidad por el mundo, en la cultura y la política, en el trabajo y en la economía; y también en la Iglesia. No se trata simplemente de la igualdad de oportunidades o del reconocimiento recíproco. Se trata, principalmente, del acuerdo de los hombres y las mujeres sobre el sentido de la vida y sobre el camino de los pueblos. El hombre y la mujer

no sólo están llamados a hablarse de amor, sino a hablarse, con amor, de lo que tienen que hacer, para que la convivencia humana se realice a la luz del amor de Dios por cada criatura. Hablarse y aliarse, porque ninguno de ellos —ni el hombre solo, ni la mujer sola— es capaz de asumir esta responsabilidad. Juntos fueron creados, en su bendita diferencia; juntos pecaron, por su presunción de reemplazar a Dios; juntos, con la gracia de Cristo, regresan a la presencia de Dios, para

cumplir con el cuidado del mundo y de la historia que Él les ha confiado.

3. En definitiva, es una verdadera revolución cultural la que se perfila en el horizonte de la historia de este tiempo. Y la Iglesia, en primer lugar, debe cumplir la parte que le corresponde. En esta perspectiva, se trata ante todo de reconocer, justamente, los retrasos y las carencias. Las formas de subordinación que han marcado tristemente la historia de la mujer deben ser

abandonadas definitivamente. Hay que escribir un nuevo inicio en el *ethos* de los pueblos, y esto puede hacerlo una renovada cultura de la identidad y la diferencia. La reciente hipótesis de reapertura del camino para la dignidad de la persona neutralizando radicalmente la diferencia sexual y por lo tanto el acuerdo del hombre y la mujer no es justa. En vez de combatir las interpretaciones negativas de la diferencia sexual, que mortifican su valencia irreductible para la



dignidad humana, se quiere cancelar, de hecho, esta diferencia, proponiendo técnicas y prácticas que hacen que sea irrelevante para el desarrollo de la persona y de las relaciones humanas. Pero la utopía de lo «neutro» elimina, al mismo tiempo, tanto la dignidad humana de la constitución sexualmente diferente como la cualidad personal de la transmisión generativa de la vida. La manipulación biológica y psíquica de la diferencia sexual, que la tecnología biomédica

deja entrever como plenamente disponible para la elección de la libertad — ¡mientras no lo es! — corre el riesgo de desmantelar así la fuente de energía que nutre la alianza del hombre y la mujer y la hace creativa y fecunda.

El misterioso vínculo de la creación del mundo con la generación del Hijo, que se revela en el hacerse hombre del Hijo en el seno de María — Madre de Jesús, Madre de Dios — por amor nuestro, no acabará nunca de sorprendernos y conmovernos.

Esta revelación ilumina definitivamente el misterio del ser y el sentido de la vida. La imagen de la generación irradia desde aquí una profunda sabiduría sobre la vida. Ya que se recibe como un don, la vida se exalta en el don: generarla nos regenera, gastarla nos enriquece.

Es necesario responder al desafío planteado por la intimidación ejercida contra la generación de la vida humana, como si fuera la mortificación de la mujer y una amenaza para el bienestar colectivo.

La alianza generativa del hombre y la mujer es una garantía para el humanismo planetario de los hombres y de las mujeres, no un obstáculo. Nuestra historia no será renovada si rechazamos esta verdad.

4. La pasión por acompañar y cuidar la vida, a lo largo de todo el arco de su historia individual y social, requiere la rehabilitación de un *ethos* de la compasión o de la ternura para la generación y regeneración del ser humano en su

diferencia.

Se trata, ante todo, de reencontrar sensibilidad para las diferentes edades de la vida, especialmente las de los niños y los ancianos. Todo lo que hay en ellas de delicado y frágil, de vulnerable y corruptible, no es una cuestión que respete solamente a la medicina y al bienestar. Están en juego partes del alma y de la sensibilidad humana que piden ser escuchadas y reconocidas, custodiadas y apreciadas, tanto por los individuos como por la

comunidad. Una sociedad en la que todo esto pueda solamente ser comprado y vendido, regulado burocráticamente y técnicamente predispuesto, es una sociedad que ya ha perdido el sentido de la vida. No se lo transmitirá a los hijos pequeños, no lo reconocerá en los padres ancianos. Es por eso que, casi sin darnos cuenta, estamos construyendo ciudades cada vez más hostiles para los niños y comunidades cada vez más inhóspitas para los ancianos, con paredes sin puertas ni ventanas: deberían

proteger, en realidad sofocan. El testimonio de la fe en la misericordia de Dios, que afina y hace justicia, es una condición esencial para la circulación de la verdadera compasión entre las diversas generaciones. Sin ella, la cultura secular de la ciudad no tiene ninguna posibilidad de resistir a la anestesia y al envilecimiento del humanismo. Es este nuevo horizonte donde veo colocarse la misión de la renovada Academia Pontificia para la Vida. Entiendo que es difícil, pero también

entusiasmo. Estoy seguro de que no faltan hombres y mujeres de buena voluntad, así como académicos y estudiosos de orientación diferente en la religión y diferente visión antropológica y ética del mundo, que comparten la necesidad de aportar una sabiduría más auténtica de la vida a la atención de pueblos, en vista del bien común. Se puede y se debe establecer un diálogo abierto y fecundo con los muchos interesados en la búsqueda de razones válidas para la vida humana.



El Papa, y toda la Iglesia, os están agradecidos por el compromiso que os disponéis a cumplir. El acompañamiento responsable a la vida humana, desde su concepción y durante todo su curso hasta el fin natural, es trabajo de discernimiento e inteligencia de amor para hombres y mujeres libres y apasionados, y para pastores no mercenarios. Dios bendiga vuestro propósito de sostenerlos con la ciencia y la conciencia de las que sois capaces. Gracias, y no os olvidéis de rezar por mí.



6 de octubre de 2017. Discurso  
a los participantes en un  
congreso sobre "la dignidad del  
menor en el mundo digital"

Viernes.

*Señores Cardenales,  
Señor Presidente del Senado,  
Señora Ministra,  
Señores Obispos, Rector  
Magnífico,  
Señores Embajadores,  
distinguidas Autoridades,  
Profesores,  
Señoras y Señores:*  
Quiero agradecer al Rector de

la Universidad Gregoriana, P. Nuno da Silva Gonçalves, y a la representante de los jóvenes por sus corteses e interesantes palabras de introducción a nuestro encuentro. Les doy las gracias a todos por su presencia aquí esta mañana, por haberme comunicado los resultados de vuestro trabajo y vuestro compromiso de afrontar juntos, por el bien de los niños de todo el mundo, un nuevo y grave problema, característico de nuestro tiempo. Un problema que no había sido todavía estudiado y

discutido colegialmente, con la aportación de tantas personas especializadas y figuras con responsabilidades diferentes, como lo habéis hecho en estos días: el problema de la protección eficaz de la dignidad de los menores en el mundo digital.

El reconocimiento y la defensa de la dignidad de la persona humana es el principio y el fundamento de todo orden social y político legítimo, y la Iglesia ha reconocido la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (1948)

como «una piedra miliar en el camino del progreso moral de la humanidad» (cf. Discursos de Juan Pablo II en la ONU, 1979 y 1995). En la misma línea, conscientes de que los niños son los primeros que han de recibir atención y protección, la Santa Sede saludó positivamente la Declaración de los Derechos del Niño (1959) y se adhirió a la correspondiente Convención (1990) y a los dos Protocolos facultativos (2001). La dignidad y los derechos de los niños deben ser protegidos por los

ordenamientos jurídicos como bienes extremadamente valiosos para toda la familia humana (cf. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, nn. 244-245).

Sobre estos principios estamos por lo tanto plena y firmemente de acuerdo y sobre la base de ellos debemos trabajar también de modo concorde. Tenemos que hacerlo con determinación y con verdadera pasión, mirando con ternura a todos los niños que vienen al mundo, cada día y en todas partes, y que tienen necesidad sobre

todo de respeto, pero también de cuidado y afecto para crecer en toda la maravillosa riqueza de sus potencialidades.

La Escritura nos habla de la persona humana creada por Dios a imagen suya. ¿Qué otra afirmación más rotunda se puede hacer sobre su dignidad? El Evangelio nos habla del afecto con el que Jesús acogía a los niños, tomándolos en sus brazos y bendiciéndolos (cf. *Mc 10,16*), porque «de los que son como ellos es el reino de los cielos» (*Mt 19,14*). Y las palabras más fuertes de Jesús



son precisamente para el que escandaliza a los más pequeños: «Más le valdría que le colgasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al fondo del mar» (*Mt 18,6*).

Por lo tanto, debemos dedicarnos a proteger la dignidad de los niños con ternura pero también con gran determinación, luchando con todas las fuerzas contra esa cultura de descarte que hoy se manifiesta de muchas maneras en detrimento sobre todo de los más débiles y vulnerables, como son precisamente los

menores.

Vivimos en un mundo nuevo, que cuando éramos jóvenes ni siquiera podíamos imaginar. Lo definimos con dos palabras sencillas: «mundo digital — *digital world*»; es el fruto de un esfuerzo extraordinario de la ciencia y la técnica, que en unas pocas décadas ha transformado nuestro ambiente de vida y nuestra forma de comunicarnos y de vivir, y está transformando en cierto sentido nuestro propio modo de pensar y de ser, influyendo profundamente en la

percepción que tenemos de nuestras posibilidades y nuestra identidad.

Por un lado estamos como admirados y fascinados por el maravilloso potencial que nos abren, por otra parte, sentimos temor y tal vez miedo, cuando vemos lo rápido que avanza este desarrollo, los problemas nuevos e imprevistos que nos plantea, las consecuencias negativas –casi nunca queridas y sin embargo reales– que trae consigo. Con razón nos preguntamos si somos capaces de conducir los procesos que

nosotros mismos hemos puesto en marcha, si no se nos estarán yendo de las manos, si estamos haciendo lo suficiente para tenerlos bajo control.

Esta es la gran cuestión existencial de la humanidad de hoy frente a los diversos aspectos de la crisis global, que es al mismo tiempo ambiental, social, económica, política, moral y espiritual.

Os habéis reunido, representantes de diversas disciplinas científicas, de diferentes áreas de trabajo en las comunicaciones digitales, en

el derecho y en la política, justamente porque sois conscientes de la importancia de estos desafíos relacionados con el progreso científico y técnico, y con visión de largo alcance habéis concentrado vuestra atención sobre ese reto, que es probablemente el más importante de todos para el futuro de la familia humana: la protección de la dignidad de los jóvenes, de su crecimiento saludable, de su alegría y de su esperanza.

Sabemos que hoy en día, los niños representan más de la

cuarta parte de los más de tres mil millones de usuarios de Internet, lo que significa que más de 800 millones de niños navegan por la red. Sabemos que tan sólo en India, en los próximos dos años, más de 500 millones de personas tendrán acceso a la red, y la mitad de ellos serán menores. ¿Qué es lo que se encuentran en la red? ¿Y cómo son considerados por quienes, de tantas maneras, tienen poder sobre la red? Debemos tener los ojos abiertos y no ocultar una verdad que es desagradable y

que no quisiéramos ver. Por otra parte, ¿no hemos entendido demasiado bien en estos años que ocultar la realidad del abuso sexual es un gravísimo error y fuente de tantos males? Entonces, miremos la realidad tal y como la habéis visto en estos días. En la red se están propagando fenómenos extremadamente peligrosos: la difusión de imágenes pornográficas cada vez más extremas porque con la adicción se eleva el umbral de la estimulación; el creciente fenómeno del *sexting* entre

chicos y chicas que utilizan las redes sociales; la intimidación que se da cada vez más en la red y representa una auténtica violencia moral y física contra la dignidad de los demás jóvenes; la *sextortion*; la captación a través de la red de menores con fines sexuales es ya un hecho del que hablan continuamente las noticias; hasta llegar a los crímenes más graves y estremecedores de la organización *online* del tráfico de personas, la prostitución, incluso de la preparación y la visión en directo de violaciones



y violencia contra menores cometidos en otras partes del mundo. Por lo tanto, la red tiene su lado oscuro y regiones oscuras (la *dark net*) donde el mal consigue actuar y expandirse de manera siempre nueva y cada vez con más eficacia, extensión y capilaridad. La antigua difusión de la pornografía a través de medios impresos era un fenómeno de pequeñas dimensiones comparado con lo que está sucediendo hoy en día, de una manera cada vez más creciente y rápida, a

través de la red. De todo esto habéis hablado claramente, de manera documentada y en profundidad, por eso os damos las gracias.

Ante todo esto ciertamente nos quedamos horrorizados. Pero lamentablemente estamos también desorientados. Como bien sabéis y así nos enseñáis, la característica de la red es su carácter global, que cubre todo el planeta superando todas las fronteras, siendo cada vez más capilar, alcanzando en cualquier parte todo tipo de usuarios, incluidos los niños, a través de

dispositivos móviles cada vez más ágiles y fáciles de manejar. Por eso ahora nadie en el mundo, ninguna autoridad nacional por su cuenta se siente capaz de abarcar adecuadamente y de controlar las dimensiones y la evolución de estos fenómenos, que se entrelazan y se conectan con otros problemas dramáticos relacionados con la red, como el tráfico ilegal, el crimen económico y financiero, el terrorismo internacional. Incluso desde un punto de vista educativo nos sentimos

desorientados, ya que la velocidad del desarrollo deja «fuera de juego» a las generaciones de más edad, haciendo que sea muy difícil o casi imposible el diálogo entre las generaciones y la transmisión equilibrada de las normas y de la sabiduría de vida adquirida con la experiencia de los años.

Pero no debemos dejarnos dominar por el miedo, que es siempre un mal consejero. Y mucho menos dejar que nos paralice el sentimiento de impotencia que nos oprime

frente a la dificultad de la tarea. Estamos llamados en cambio a movilizarnos juntos, sabiendo que nos necesitamos mutuamente para buscar y encontrar el camino y las actitudes adecuadas que ayuden a dar respuestas eficaces. Debemos confiar en que «es posible volver a ampliar la mirada, y la libertad humana es capaz de limitar la técnica, orientarla y colocarla al servicio de otro tipo de progreso más sano, más humano, más social, más integral» (Enc. Laudato si',

112).

Para que esta movilización sea eficaz, os invito a contrastar con decisión algunos posibles errores de perspectiva. Me limito a señalar tres.

El primero es el de subestimar el daño que los fenómenos antes mencionados hacen a los menores. La dificultad para resolverlos puede hacernos caer en la tentación de decir: «En el fondo, la situación no es tan grave ...». Pero los avances en la neurobiología, la psicología, la psiquiatría, nos llevan a destacar el profundo

impacto que las imágenes violentas y sexuales tienen en las dúctiles mentes de los niños, a reconocer los trastornos psicológicos que se manifiestan en el crecimiento, las situaciones y comportamientos adictivos, de auténtica esclavitud resultantes del abuso en el consumo de imágenes provocativas o violentas. Son trastornos que repercutirán fuertemente durante toda la vida de los niños actuales.

Y aquí permítaseme hacer una observación. Con razón se

insiste en la gravedad de estos problemas para los menores, pero como consecuencia se puede subestimar o tratar de hacer olvidar que también se dan problemas en los adultos y que, aunque para los ordenamientos jurídicos se necesita un límite que distinga entre el menor y el mayor de edad, eso no es suficiente para afrontar los desafíos, porque la difusión de una pornografía cada vez más extrema y otros usos impropios de la red no sólo causan trastornos, adicciones y daños graves



incluso entre los adultos, sino que afecta también a la representación simbólica del amor y a las relaciones entre los sexos. Y sería un grave engaño pensar que una sociedad en la que el consumo anómalo de sexo en la red se extiende entre los adultos será capaz de proteger eficazmente a los menores.

El segundo error es el de pensar que las soluciones técnicas automáticas, los filtros contruidos en base a algoritmos cada vez más sofisticados para identificar y

bloquear la difusión de imágenes abusivas y dañinas, son suficientes para hacer frente a los problemas.

Ciertamente estas son medidas necesarias. Sin duda, las empresas que proporcionan a millones de personas redes sociales y dispositivos informáticos cada vez más potentes, capilares y veloces han de invertir en ello una parte proporcionalmente grande de sus numerosos ingresos. Pero también es necesario que, dentro de la dinámica misma del desarrollo

técnico, sus actores y protagonistas perciban con mayor urgencia, en toda su amplitud y en sus diversas implicaciones, la fuerza de la exigencia ética.

Y es aquí donde nos encontramos con el tercer posible error de perspectiva, que consiste en una visión ideológica y mítica de la red como un reino de libertad sin límites. Precisamente entre vosotros hay también representantes de quienes tienen que elaborar las leyes y de aquellos que han de hacerla

cumplir para garantizar y proteger el bien común y el de las personas. La red ha abierto un espacio nuevo y de gran alcance para la libre expresión y el intercambio de ideas e información. Y es ciertamente un bien, pero, como vemos, también ha ofrecido nuevos instrumentos para actividades ilícitas horribles y, en el ámbito que nos ocupa, para el abuso y el daño a la dignidad de los menores, para la corrupción de sus mentes y la violencia a sus cuerpos. Aquí no se trata de ejercicio de la libertad, sino de

crímenes, contra los cuales debemos proceder con inteligencia y determinación, ampliando la cooperación entre los gobiernos y las fuerzas del orden a nivel global, en la misma medida en que la red se ha hecho global.

De todo esto habéis hablado entre vosotros, y en la «Declaración» que poco antes me habéis presentado habéis indicado algunas de las direcciones en las que hay que promover la cooperación concreta entre todos los que están llamados a

comprometerse para afrontar el gran reto de la defensa de la dignidad de los menores en el mundo digital. Apoyo con gran determinación y firmeza el compromiso que habéis asumido.

Se trata de despertar la conciencia sobre la gravedad de los problemas, de hacer leyes apropiadas, de controlar el desarrollo de la tecnología, de identificar a las víctimas y perseguir a los culpables de crímenes, de ayudar en su rehabilitación a los menores afectados, de colaborar con los

educadores y las familias para que cumplan con su misión, de educar con creatividad a los jóvenes para que usen adecuadamente Internet –y sea saludable para ellos y para los demás menores–, de desarrollar la sensibilidad y la formación moral, de continuar con la investigación científica en todos los campos relacionados con este desafío. Con razón expresáis el deseo de que también los líderes religiosos y las comunidades de creyentes participen en este esfuerzo común, aportando

toda su experiencia, su autoridad y su capacidad educativa y de formación moral y espiritual. En efecto, sólo la luz y la fuerza que vienen de Dios nos pueden ayudar a afrontar los nuevos desafíos. Por cuanto respecta a la Iglesia Católica, quiero asegurar su disponibilidad y compromiso. Como todos sabemos, la Iglesia Católica en los últimos años se ha hecho cada vez más consciente de no haber hecho lo suficiente en su interior para la protección de los menores: han salido a la luz hechos



gravísimos de los que hemos tenido que reconocer nuestra responsabilidad ante Dios, ante las víctimas y ante la opinión pública. Precisamente por eso, por las dramáticas experiencias vividas y los conocimientos adquiridos en el compromiso de conversión y purificación, la Iglesia siente hoy un deber especialmente grave de comprometerse, de manera cada vez más profunda y con visión de futuro, en la protección de los menores y de su dignidad, tanto dentro de ella como en toda la sociedad y

en todo el mundo; y esto no lo realiza ella sola –porque sería evidentemente insuficiente– sino ofreciendo su colaboración activa y cordial a todas las fuerzas y miembros de la sociedad que desean comprometerse en la misma dirección. En este sentido, se adhiere al objetivo de «poner fin al maltrato, la explotación, la trata y todas las formas de violencia y tortura contra los niños», establecido por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Sostenible 2030 (Objetivo

16.2).

En muchas ocasiones y en tantos países diferentes, mi mirada se ha cruzado con la de los niños, pobres y ricos, sanos y enfermos, los que están alegres y los que sufren.

Sentirse mirado por los ojos de los niños es una experiencia que todos conocemos y que nos toca en lo más hondo del corazón, y que también nos obliga a un examen de conciencia. ¿Qué hacemos para que estos niños nos puedan mirar sonriendo y conserven una mirada limpia, llena de

confianza y de esperanza?  
¿Qué hacemos para que no se les robe esta luz, para que esos ojos no sean perturbados y corrompidos por lo que encontrarán en la red, que será parte integral e importantísima de su ambiente de vida?  
Trabajemos por tanto todos juntos para tener siempre el derecho, el valor y la alegría de mirar a los ojos de los niños de todo el mundo. Gracias.

7 de octubre de 2017. Discurso a los participantes en un congreso internacional organizado por la Congregación para el Clero.

Sábado.

*Señores cardenales,  
queridos hermanos obispos y  
sacerdotes,  
hermanos y hermanas:*

Os doy la bienvenida al final del Congreso internacional sobre la *Ratio Fundamentalis*, promovido por la Congregación para el Clero y agradezco al

cardenal prefecto las amables palabras que me ha dirigido. El tema de la formación sacerdotal es crucial para la misión de la Iglesia: la renovación de la fe y el futuro de las vocaciones sólo es posible si tenemos sacerdotes bien formados.

Sin embargo, lo que me gustaría decir en primer lugar es esto: la formación de los sacerdotes depende ante todo de la acción de Dios en nuestra vida y no de nuestras actividades. Es una obra que requiere el valor para dejarse

modelar por el Señor, para que transforme nuestro corazón y nuestra vida. Esto hace pensar en la imagen bíblica de la arcilla en manos del alfarero (cf. *Jer* 18, 1 - 10) y el episodio en el que el Señor le dice al profeta Jeremías: (*Jer* 2) «Levántate y baja a la alfarería». El profeta va y, observando al alfarero que trabaja la arcilla, comprende el misterio del amor misericordioso de Dios. Descubre que Israel está custodiado en las manos amorosas de Dios, que, como

un alfarero paciente, se hace cargo de su criatura, pone la arcilla en el torno, la moldea, la plasma y, por lo tanto, le da una forma. Si se da cuenta de que la vasija no ha salido bien, entonces el Dios de la misericordia echa otra vez la arcilla en la masa y con la ternura del Padre, de nuevo empieza a moldearla.

Esta imagen nos ayuda a comprender que la formación no se resuelve con alguna actualización cultural o con una iniciativa local esporádica. Dios es el artesano paciente y



misericordioso de nuestra formación sacerdotal y, como está escrito en la *Ratio* este trabajo dura toda la vida. Cada día descubrimos —como san Pablo— que llevamos «este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4, 7), y cuando nos separamos de nuestros cómodos hábitos, de la rigidez de nuestros esquemas y de la presunción de haber llegado ya, y tenemos el valor de ponernos ante el Señor, entonces Él

puede reanudar su trabajo en nosotros, nos plasma y nos transforma.

Tenemos que decirlo con fuerza: si uno no se deja formar cada día por el Señor, se vuelve un sacerdote apagado, que se arrastra en el ministerio por inercia, sin entusiasmo por el Evangelio ni pasión por el Pueblo de Dios. En cambio, el sacerdote que día tras día se confía en las manos expertas del Alfarero con la «A» mayúscula, conserva a lo largo del tiempo el entusiasmo en el corazón, acoge con alegría la

frescura del Evangelio, habla con palabras capaces de tocar la vida de la gente; y sus manos, ungidas por el obispo el día de la ordenación, son capaces de ungir a su vez las heridas, las expectativas y las esperanzas del Pueblo de Dios. Y ahora llegamos a un segundo aspecto importante: cada uno de nosotros, los sacerdotes, estamos llamados a colaborar con el Alfarero divino! No somos sólo arcilla, sino también ayudantes del Alfarero, colaboradores de su gracia. En la formación sacerdotal, la

inicial y la permanente, —ilas dos son importantes!— podemos identificar al menos tres protagonistas, que también se encuentran en la «casa del alfarero».

El primero somos nosotros mismos. En la *Ratio* está escrito: «El primer y principal responsable de la formación permanente es mismo presbítero» (n. 82).

¡Precisamente así! Permitimos que Dios nos moldee y asumimos «los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (*Fil 2, 5*), sólo cuando no nos

cerramos en la pretensión de ser una obra ya cumplida, y nos dejamos guiar por el Señor convirtiéndonos cada día más y más en discípulos suyos. Para ser protagonista de la propia formación, el seminarista o sacerdote tendrá que decir «síes» y «noes»: más que el ruido de las ambiciones humanas, preferirá el silencio y la oración; más que la confianza en sus obras, se abandonará en manos del alfarero y en su creatividad providencial; más que por esquemas preconcebidos se

dejará guiar por una inquietud saludable del corazón, de modo que oriente su ser incompleto hacia la alegría del encuentro con Dios y con los demás. Más que el aislamiento, buscará la amistad con los hermanos en el sacerdocio y con su gente, sabiendo que su vocación nace de un encuentro de amor: con Jesús y con el Pueblo de Dios. El segundo protagonista son los formadores y los obispos. La vocación nace, crece y se desarrolla en la Iglesia. Así, las manos del Señor que moldean esta vasija de barro, actúan a

través del cuidado de los que, en la Iglesia, están llamados a ser los primeros formadores de la vida sacerdotal: el rector, los directores espirituales, los educadores, los que se ocupan de la formación permanente del clero y, sobre todos, el obispo, que con razón la *Ratio* define como «el primer responsable de la admisión en el Seminario y de la formación para el sacerdocio» (n. 128).

Si un formador o un obispo no «baja a la alfarería» y no colabora con la obra de Dios, ¡no podemos tener sacerdotes

bien formados!

Esto requiere una atención especial por las vocaciones al sacerdocio, una cercanía cargada de ternura y de responsabilidad por la vida de los sacerdotes, una capacidad para ejercer el arte del discernimiento como instrumento privilegiado de todo el camino sacerdotal. Y — me gustaría decir sobre todo a los obispos— ¡trabajad juntos! Tened un corazón grande y una visión amplia para que vuestra acción pueda cruzar los confines de la diócesis y entrar



en conexión con la obra de los otros hermanos obispos. Sobre la formación de los sacerdotes hace falta hablar más, superar el parroquialismo, tomar decisiones compartidas, poner en marcha juntos buenos recorridos formativos, y preparar formadores a la altura de esta tarea tan importante. Tened en el corazón la formación de los sacerdotes, la Iglesia necesita sacerdotes capaces de anunciar el Evangelio con entusiasmo y sabiduría, de encender la esperanza allí donde las

cenizas han cubierto las brasas de la vida, y de generar confianza en los desiertos de la historia.

Por último, el Pueblo de Dios. No lo olvidemos nunca: la gente, con sus situaciones complejas, con sus preguntas y necesidades, es un gran «torno» que plasma la arcilla de nuestro sacerdocio. Cuando salimos hacia el Pueblo de Dios, nos dejamos plasmar por sus expectativas, tocando sus heridas, vemos que el Señor transforma nuestra vida. Si al pastor se le asigna una porción

del pueblo, también es cierto que al pueblo se le asigna el sacerdote. Y, a pesar de las resistencias y las incomprendiones, si caminamos en medio del pueblo y nos entregamos generosamente, nos daremos cuenta de que es capaz de gestos sorprendentes de atención y ternura hacia sus sacerdotes. Es una verdadera escuela de educación humana, espiritual, intelectual y pastoral. El sacerdote, efectivamente, debe estar entre Jesús y la gente: con el Señor, en la Montaña, renueva

cada día la memoria de la llamada; con las personas, en el valle, sin asustarse nunca de los riesgos ni endurecerse en los juicios, se ofrece a sí mismo como el pan que alimenta y el agua que apaga la sed, «pasando y haciendo el bien» a los que encuentra en el camino y ofreciéndoles la unción del Evangelio.

Así se forma el sacerdote: huyendo tanto de una espiritualidad sin carne, como también, a la inversa, de un compromiso mundano sin Dios. Queridos todos, la pregunta

que nos debe interpelar en profundidad, cuando bajamos a la alfarería es esta: ¿Qué sacerdote quiero ser? ¿Un «cura de salón», uno tranquilo y asentado, o un discípulo misionero cuyo corazón arde por el Maestro y por el Pueblo de Dios? ¿Uno que se acomoda en su propio bienestar o un discípulo en camino? ¿Un tibio que prefiere la vida tranquila, o un profeta que despierta en el corazón del hombre el deseo de Dios?

La Virgen María, a quien hoy veneramos como Nuestra

Señora del Rosario, nos ayude a caminar con alegría en el servicio apostólico y haga nuestro corazón semejante al suyo: humilde y dócil, como arcilla en las manos del alfarero. Os bendigo, y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

-

8 de octubre de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

La liturgia de este domingo nos propone la parábola de los viñadores, a los que el jefe confía la viña que había plantado y después se va (cf. *Mt 21, 33-43*). Así se pone a prueba la lealtad de estos viñadores: la viña está confiada a ellos, que deben custodiarla, hacerla fructificar y entregar al

jefe lo que se recoja. Llegado el tiempo de la vendimia, el jefe manda a sus siervos a recoger los frutos. Pero los viñadores asumen una actitud posesiva: no se consideran simples gestores, sino propietarios y se niegan a entregar lo que han recogido. Maltratan a los siervos hasta matarlos.

El jefe se muestra paciente con ellos: manda a otros siervos, más numerosos que los primeros, pero el resultado es el mismo. Al final, con paciencia, decide mandar a su propio hijo; pero aquellos



viñadores, prisioneros de su comportamiento posesivo, matan también al hijo pensando que así habrían tenido la herencia.

Esta historia ilustra de manera alegórica los reproches que los profetas habían hecho sobre la historia de Israel. Es una historia que nos pertenece: se habla de la alianza que Dios quiso establecer con la humanidad y a la que también nos llamó a participar. Pero esta historia de alianza, como cada historia de amor, conoce sus momentos positivos, pero está

marcada también por traiciones y desprecios.

Para hacer entender cómo Dios Padre responde a los desprecios opuestos a su amor y a su propuesta de alianza, el pasaje evangélico pone en boca del jefe de la viña una pregunta: «Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» (*Mt 21, 40*). Esta pregunta subraya que la desilusión de Dios por el comportamiento perverso de los hombres no es la última palabra. Está aquí la gran novedad del cristianismo: un

Dios que, incluso desilusionado por nuestros errores y nuestros pecados, no pierde su palabra, no se detiene y sobre todo ino se venga!

Hermanos y hermanas, ¡Dios no se venga! Dios ama, no se venga, nos espera para perdonarnos, para abrazarnos. A través de las «piedras de descarte» —y Cristo es la primera piedra que los constructores han descartado— a través de las situaciones de debilidad y de pecado, Dios continúa poniendo en circulación el «vino nuevo» de

su viña, es decir, la misericordia: este es el vino nuevo de la viña del Señor: la misericordia. Hay solo un impedimento frente a la voluntad tenaz y tierna de Dios: nuestra arrogancia y nuestra presunción, ique se convierte en ocasiones en violencia! Frente a estas actitudes y donde no se producen frutos, la palabra de Dios conserva todo su poder de reproche y advertencia: «se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos» (*Mt 21, 43*).

La urgencia de responder con frutos de bien a la llamada del Señor, que nos llama a convertirnos en su viña, nos ayuda a entender qué hay de nuevo y de original en la fe cristiana. Esta no es tanto la suma de preceptos y de normas morales como, ante todo, una propuesta de amor que Dios, a través de Jesús hizo y continúa haciendo a la humanidad. Es una invitación a entrar en esta historia de amor, convirtiéndose en una viña vivaz y abierta, rica de frutos y de esperanza para todos. Una viña cerrada se

puede convertir en salvaje y producir uva salvaje. Estamos llamados a salir de la viña para ponernos al servicio de los hermanos que no están con nosotros, para agitarnos y animarnos, para recordarnos que debemos ser la viña del Señor en cada ambiente, también en los más lejanos y desagradables.

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos la intercesión de María Santísima, para que nos ayude a estar en todas partes, sobre todo en las periferias de la sociedad, la

viña que el Señor ha plantado por el bien de todos y a llevar el vino nuevo de la misericordia del Señor.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer en Milán fue proclamado Beato el padre Arsenio de Trigolo (en el siglo Giuseppe Migliavacca), sacerdote de los Frailes menores capuchinos y fundador de las Hermanas de María Santísima Consoladora. Alabemos al Señor por este

humilde discípulo suyo, que también en la adversidad y en las pruebas —tuvo tantas— no perdió nunca la esperanza.

Saludo con afecto a todos vosotros peregrinos, sobre todo a las familias y a los grupos parroquiales, provenientes de Italia y de varias partes del mundo.

En particular: a los fieles de Australia, de Francia y de Eslovaquia, como también a aquellos de Polonia que se unen espiritualmente a los connacionales que hoy celebran la Jornada del Papa.



Os saludo con afecto a vosotros, el grupo del Santuario de Nuestra Señora de Fátima en Cuidad de la Pieve, acompañados por el cardenal Gualterio Bassetti: queridos hermanos y hermanas, os animo a proseguir con alegría vuestro camino de fe, bajo la mirada premurosa y tierna de nuestra madre celestial: Ella es nuestro refugio y nuestra esperanza. Seguid adelante.

Saludo a los fieles de Grumo Appula, a los scout de Gioiosa Ionica, al coro parroquial de

Siror (Trento) y a los  
candidatos a la confirmación de  
San Teodoro (Cerdeña).  
Os deseo a todos un buen  
domingo. Por favor, no os  
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen  
almuerzo y hasta luego!

-

11 de octubre de 2017.

Audiencia general. La espera vigilante.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy quisiera pararme en la dimensión de la esperanza que es la *espera vigilante*. El tema de la vigilancia es uno de los hilos conductores del Nuevo Testamento. Jesús predica a sus discípulos: «estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas; sed como aquellos

hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que en cuanto llegue y llame, al instante le abran» (Lc 12, 35-36).

En este tiempo que sigue a la resurrección de Jesús, en el que se alternan de forma continuada momentos de serenidad con otros angustiosos, los cristianos no se rinden nunca. El Evangelio recomienda ser como los siervos que no van nunca a dormir, hasta que su jefe no ha vuelto. Este mundo exige nuestra responsabilidad y

nosotros la asumimos completa y con amor. Jesús quiere que nuestra existencia sea trabajosa, que nunca bajemos la guardia, para acoger con gratitud y estupor cada nuevo día que Dios nos regala. Cada mañana es una página en blanco que el cristiano comienza a escribir con obras de bien. Nosotros hemos sido ya salvados por la redención de Jesús, pero ahora esperamos la plena manifestación de su señoría: cuando finalmente Dios sea todo en todos (cf. *1 Cor 15, 28*). Nada es más cierto

en la fe de los cristianos que esta «cita», esta cita con el Señor, cuando Él venga. Y cuando este día llegue, nosotros, los cristianos, queremos ser como aquellos siervos que pasaron la noche con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas: es necesario estar listos para la salvación que llega, listos para el encuentro. ¿Habéis pensado, vosotros, cómo será el encuentro con Jesús, cuando Él venga? Pero, será un abrazo, una alegría enorme, ¡una gran alegría! ¡Debemos vivir a la

espera de este encuentro!  
El cristiano no está hecho para el tedio; en tal caso, para la paciencia. Sabe que también en la monotonía de ciertos días siempre iguales se esconde un misterio de gracia. Hay personas que con la perseverancia de su amor se convierten en pozos que riegan el desierto. Nada sucede en vano y ninguna situación en la que un cristiano se encuentre inmerso es completamente resistente al amor. Ninguna noche es tan larga como para hacer olvidar la alegría de la

aurora. Y cuanto más oscura es la noche, más cercana está la aurora. Si permanecemos unidos a Jesús, el frío de los momentos difíciles no nos paraliza; y si también el mundo entero predica contra la esperanza, si dice que el futuro traerá solo nubes oscuras, el cristiano sabe que en ese mismo futuro está el retorno de Cristo. Cuando sucederá, ninguno lo sabe, pero el pensamiento de que al final de nuestra historia está Jesús Misericordioso sirve para tener confianza y no maldecir la vida.



Todo se salvará. Todo.  
Sufriremos, habrá momentos  
que susciten rabia e  
indignación, pero la dulce y  
potente memoria de Cristo  
alejara la tentación de pensar  
que esta vida está mal.  
Después de haber conocido a  
Jesús, nosotros no podemos  
hacer otra cosa más que  
escrutar la historia con  
confianza y esperanza. Jesús es  
como una casa y nosotros  
estamos dentro y desde las  
ventanas de esta casa miramos  
el mundo. Por eso, no nos  
cerramos en nosotros mismos,

no lamentamos con melancolía un pasado que parece dorado, sino que miramos siempre adelante, a un futuro que no es solo obra de nuestras manos, sino que sobre todo es una preocupación constante de la providencia de Dios. Todo aquello que es opaco un día se convertirá en luz.

Y pensemos que Dios no se desmiente a sí mismo. Nunca. Dios no desilusiona nunca. Su voluntad con nosotros no es confusa, sino que es un proyecto de salvación bien delineado: «Dios quiere que

todos los hombres sean salvados y alcancen la conciencia de la verdad» (1 *Tm* 2, 4). Por ello, no nos abandonamos al fluir de los eventos con pesimismo, como si la historia fuera un tren del que se ha perdido el control. La resignación no es una virtud cristiana. Como no es de cristianos levantar los hombros o bajar la cabeza ante un destino que nos parece ineludible.

Aquellos que tienen esperanza en el mundo nunca son personas sumisas. Jesús nos

recomienda esperarlo sin estar de brazos cruzados: «Dichosos los siervos que el Señor, al venir, encuentre despiertos» (Lc 12, 37). No existe constructor de paz que a fin de cuentas no haya comprometido su paz personal, asumiendo los problemas de los demás. La persona sumisa no es un constructor de paz, sino que es un vago, uno que quiere estar cómodo. Mientras el cristiano es constructor de paz cuando arriesga, cuando tiene el coraje de arriesgar para llevar el bien, el bien que Jesús nos ha dado,

nos ha dado como un tesoro. Cada día de nuestra vida repitamos aquella invocación que los primeros discípulos, en su lengua aramea, expresaban con las palabras *Marana tha* y que encontramos en el último versículo de la Biblia: «Ven, señor Jesús» (Ap 22, 20). es el retorno de cada existencia cristiana: en nuestro mundo no tenemos necesidad de nada más que de una caricia de Cristo. ¡Qué gracia si, en la oración, en los días difíciles de esta vida, sentimos su voz que responde y nos asegura: «Mira,

vengo pronto» (*Ap* 22, 7)!

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en especial a la comunidad del Pontificio Colegio Mexicano de Roma, que acompañados por los cardenales José Francisco Robles Ortega y Alberto Suárez Inda, así como por algunos obispos mexicanos, celebran el 50 aniversario de su fundación. Animo a todos a que, siguiendo el ejemplo de nuestra Madre la Virgen María, vivan con una esperanza vigilante, y sean

para cuantos los rodean portadores de la luz y de la caricia del Dios de la Misericordia. Que Dios los bendiga.

## **LLAMAMIENTOS**

El viernes próximo, 13 de octubre, se cierra el Centenario de las últimas apariciones marianas en Fátima. Con la mirada puesta en la Madre del Señor y Reina de las Misiones, os invito a todos, especialmente en este mes de octubre, a rezar el Santo Rosario por la intención de la paz en el mundo. Que la

oración pueda conmover a las almas más rebeldes para que «destierren de su corazón, de sus palabras y de sus gestos la violencia y construyan comunidades no violentas, que cuiden de la casa común. Nada es imposible si nos dirigimos a Dios en la oración. Todos pueden ser artesanos de paz» (*Mensaje de la Jornada mundial de la Paz*, 1 de enero de 2017). El mismo día, el 13 de octubre, se celebra la Jornada internacional para la reducción de los desastres naturales. Renuevo mi llamamiento



acordado para la salvaguardia de la creación mediante una cada vez más atenta tutela y cuidado del ambiente. Animo, por lo tanto, a las instituciones y a quienes tienen responsabilidad pública y social a promover cada vez más una cultura que tenga como objetivo la reducción de la exposición a los riesgos y a las calamidades naturales. Que las acciones concretas, dirigidas al estudio y a la defensa de la casa común puedan reducir progresivamente los riesgos para las poblaciones más

vulnerables.

11 de octubre de 2017.

Discurso con motivo del XXV aniversario del Catecismo de la Iglesia Católica.

Miércoles.

*Señores Cardenales,  
Queridos Hermanos en el  
Episcopado y en el Sacerdocio,  
Señores Embajadores,  
Ilustrísimos Profesores,  
hermanos y hermanas:*

Los saludo cordialmente y le agradezco a Mons. Fisichella sus amables palabras.

La celebración del vigésimo

quinto aniversario de la Constitución apostólica *Fidei depositum*, con la que san Juan Pablo II, a los treinta años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, promulgó el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es una oportunidad significativa para verificar el camino recorrido desde entonces. San Juan XXIII quiso y deseó el Concilio, no para condenar errores, sino sobre todo para hacer que la Iglesia lograra presentar con un lenguaje renovado la belleza de su fe en Jesucristo.

«Es necesario –afirmaba el papa en su *Discurso de apertura*– que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero, al mismo tiempo, debe mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico» (11 octubre 1962).

«Deber nuestro –continuaba el Pontífice– no es sólo custodiar ese precioso tesoro, como si únicamente nos preocupara su antigüedad, sino dedicarnos

también, con diligencia y sin temor, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que desde hace veinte siglos recorre la Iglesia» (*ibíd.*). «*Custodiar*» y «*proseguir*» es la tarea que le compete a la Iglesia, en razón de su misma naturaleza, para lograr que la verdad impresa en el anuncio del Evangelio por parte de Jesús alcance su plenitud hasta el fin de los tiempos. Se trata de una *gracia* concedida al Pueblo de Dios, pero también de una *tarea* y una *misión* de la que nos sentimos responsables,

para anunciar de una manera nueva y más íntegra el Evangelio de siempre a los hombres de hoy. Con la alegría que brota de la esperanza cristiana, y provistos de la «medicina de la misericordia» (*ibíd.*), nos acercamos pues a los hombres y mujeres de nuestro tiempo para que descubran la riqueza inagotable de la persona de Jesucristo. Al presentar el *Catecismo de la Iglesia Católica*, san Juan Pablo II afirmaba que un catecismo «debe tener en cuenta las declaraciones doctrinales que

en el decurso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia. Y es preciso que ayude también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún» (Const. ap. *Fidei depositum*, 3). Este *Catecismo*, por tanto, constituye un instrumento importante, no sólo porque presenta a los creyentes las enseñanzas de siempre, para crecer en la comprensión de la fe, sino también y sobre todo porque pretende que los hombres de



nuestro tiempo, con sus nuevas y diversas problemáticas, se acerquen a la Iglesia, que se esfuerza por presentar la fe como la respuesta verdaderamente significativa para la existencia humana en este momento histórico particular. No basta, por tanto, con encontrar un lenguaje nuevo para proclamar la fe de siempre; es necesario y urgente que, ante los nuevos retos y perspectivas que se abren para la humanidad, la Iglesia pueda expresar esas novedades del Evangelio de

Cristo que se encuentran contenidas en la Palabra de Dios pero aún no han visto la luz. Este es el tesoro de las «cosas nuevas y antiguas» del que hablaba Jesús cuando invitaba a sus discípulos a que enseñaran lo nuevo que él había instaurado sin descuidar lo antiguo (cf. *Mt* 13,52).

El evangelista Juan escribió una de las páginas más bellas de su Evangelio al transmitirnos la llamada «oración sacerdotal» de Jesús. Antes de afrontar su pasión y su muerte, Jesús se dirige al

Padre manifestando su obediencia mediante el cumplimiento de la misión que se le había confiado. Sus palabras son un himno al amor, y contienen también la súplica para que los discípulos sean custodiados y protegidos (cf. *Jn* 17,12-15). De la misma forma, Jesús ora por los que más adelante creerán en él gracias a la predicación de sus discípulos, para que también ellos sean congregados y permanezcan unidos (cf. *Jn* 17,20-23). Con la expresión: «Esta es la vida

eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17,3), tocamos el culmen de la misión de Jesús.

Como se sabe, conocer a Dios no consiste en primer lugar en un ejercicio teórico de la razón humana sino en un deseo inextinguible inscrito en el corazón de cada persona. Es un conocimiento que procede del amor, porque hemos encontrado al Hijo de Dios en nuestro camino (cf. Carta enc. Lumen fidei, 28). Jesús de Nazaret camina con nosotros

para introducirnos con su palabra y con sus signos en el misterio profundo del amor del Padre. Este conocimiento se afianza, día tras día, con la certeza de la fe de sentirse amados y, por eso, formando parte de un designio lleno de sentido. Quien ama busca conocer aún más a la persona amada para descubrir la riqueza que lleva en sí y que cada día se presenta como una realidad totalmente nueva. Por este motivo, nuestro *Catecismo* se entiende a la luz del amor como

experiencia de conocimiento, de confianza y de abandono en el misterio. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, al delinear los puntos estructurales que lo componen, retoma un texto del *Catecismo Romano*, lo hace suyo, proponiéndolo como clave de lectura y de aplicación: «Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso creer, esperar o hacer; pero sobre todo debe resaltarse que el amor de Nuestro Señor

siempre prevalece, a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el amor, ni otro término que el amor» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 25).

En esta perspectiva, me gustaría referirme a un tema que debería ser tratado en el Catecismo de la Iglesia Católica de una manera más adecuada y coherente con estas finalidades mencionadas. Me refiero de hecho a la *pena de muerte*. Esta cuestión no se puede reducir al mero recuerdo

de un principio histórico, sin tener en cuenta no sólo el progreso de la doctrina llevado a cabo por los últimos Pontífices, sino también el cambio en la conciencia del pueblo cristiano, que rechaza una actitud complaciente con respecto a una pena que menoscaba gravemente la dignidad humana. Hay que afirmar de manera rotunda que la condena a muerte, en cualquier circunstancia, es una medida inhumana que humilla la dignidad de la persona. Es en sí misma contraria al Evangelio



porque con ella se decide suprimir voluntariamente una vida humana, que es siempre sagrada a los ojos del Creador y de la que sólo Dios puede ser, en última instancia, su único juez y garante. Jamás ningún hombre, «ni siquiera el homicida, pierde su dignidad personal» (*Carta al Presidente de la Comisión Internacional contra la pena de muerte*, 20 marzo 2015), porque Dios es un Padre que siempre espera el regreso del hijo que, consciente de haberse equivocado, pide perdón y empieza una nueva

vida. Por tanto, a nadie se le puede quitar la vida ni la posibilidad de una redención moral y existencial que redunde en favor de la comunidad.

En los siglos pasados, cuando no se tenían muchos instrumentos de defensa y la madurez social todavía no se había desarrollado de manera positiva, el recurso a la pena de muerte se presentaba como una consecuencia lógica de la necesaria aplicación de la justicia. Lamentablemente, también en el Estado Pontificio

se acudió a este medio extremo e inhumano, descuidando el primado de la misericordia sobre la justicia. Asumimos la responsabilidad por el pasado, y reconocemos que estos medios fueron impuestos por una mentalidad más legalista que cristiana. La preocupación por conservar íntegros el poder y las riquezas materiales condujo a sobrestimar el valor de la ley, impidiendo una comprensión más profunda del Evangelio. Sin embargo, permanecer hoy neutrales ante las nuevas exigencias de una

reafirmación de la dignidad de la persona nos haría aún más culpables.

Aquí no estamos en presencia de ninguna contradicción con la enseñanza del pasado, porque la Iglesia siempre ha enseñado de manera coherente y autorizada la defensa de la dignidad de la vida humana, desde el primer instante de su concepción hasta su muerte natural. El desarrollo armónico de la doctrina, sin embargo, requiere que se deje de sostener afirmaciones en favor de argumentos que ahora son

vistos como definitivamente contrarios a la nueva comprensión de la verdad cristiana. Además, como ya mencionaba san Vicente de Lerins: «Quizá alguien diga: ¿Ningún progreso de la religión es entonces posible en la Iglesia de Cristo? Ciertamente que debe haber progreso, y muy grande. ¿Quién podría ser tan hostil a los hombres y tan contrario a Dios que intentara impedirlo?» (*Commonitorium*, 23.1: *PL* 50). Es necesario, por tanto, reafirmar que por grave que haya sido el delito

cometido la pena de muerte es inadmisibile, porque atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona.

«La Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Dei Verbum, 8). Durante el Concilio, los Padres no pudieron encontrar una expresión más afortunada para explicar de manera sintética la naturaleza y la misión de la Iglesia. No sólo con la «doctrina», sino

también con la «vida» y con el «culto» se le ofrece a los creyentes la capacidad de ser Pueblo de Dios. Con una sucesión de verbos, la Constitución dogmática sobre la divina Revelación expresa la dinámica progresiva del proceso: «Esta Tradición *progresa [...] crece [...] tiende constantemente* a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios» (*ibíd.*).

La Tradición es una realidad viva y sólo una mirada superficial puede ver el

«depósito de la fe» como algo estático. La Palabra de Dios no puede ser conservada con naftalina, como si se tratara de una manta vieja que hay que proteger de la polilla. ¡No! La Palabra de Dios es una realidad dinámica, siempre viva, que progresa y crece porque tiende hacia un cumplimiento que los hombres no pueden detener. Esta ley del progreso, según la feliz formulación de san Vicente de Lerins: «*Annis consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*» (*Commonitorium*, 23.9: PL 50), pertenece a la



peculiar condición de la verdad revelada en cuanto que es transmitida por la Iglesia, y *no comporta de manera alguna un cambio* de doctrina.

No se puede conservar la doctrina sin hacerla progresar, ni se la puede atar a una lectura rígida e inmutable sin humillar la acción del Espíritu Santo. «Dios, que muchas veces y en diversos modos habló en otros tiempos a los padres» (*Hb 1,1*), «habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo» (*Dei Verbum*, 8). Estamos llamados a hacer

nuestra esta «voz», mediante una actitud de «escucha religiosa» (*ibíd.*, 1), para que nuestra vida eclesial progrese con el mismo entusiasmo de los comienzos, hacia esos horizontes nuevos a los que el Señor nos quiere llevar. Gracias por este encuentro y por su trabajo; les pido que recen por mí y los bendigo de corazón. Gracias.

14 de octubre de 2017.

Discurso a la familia Vicenciana  
con motivo  
del IV centenario de su  
fundación.

Sábado.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Gracias por vuestra calurosa  
acogida y gracias al Superior  
General por haber presentado  
nuestra reunión.

Os saludo y junto a vosotros  
doy las gracias al Señor por los  
cuatrocientos años de vuestro

carisma. San Vicente generó un impulso de caridad que dura siglos: un impulso que brotó de su corazón. Por eso hoy tenemos aquí la reliquia: el corazón de San Vicente. Hoy me gustaría animaros a continuar este camino, proponiendo tres verbos simples que creo muy importantes para el espíritu vicenciano, pero también para la vida cristiana en general: adorar, acoger, ir.

Adorar. Son innumerables las invitaciones de san Vicente a cultivar la vida interior y a

dedicarse a la oración que purifica y abre el corazón. La oración es esencial para él. Es la brújula de cada día, es como un manual de la vida, es — escribía— «el gran libro del predicador»: Solamente rezando se consigue de Dios el amor que hay que derramar sobre el mundo; solamente rezando se tocan los corazones de la gente cuando se anuncia el Evangelio. (cf. *Carta a A. Durand*, 1658). Pero para san Vicente la oración no es solo un deber, y mucho menos, un conjunto de fórmulas. La

oración es detenerse ante Dios para estar con Él, para dedicarse simplemente a Él. Esta es la oración más pura, la que da espacio al Señor y a su alabanza, y nada más: la adoración.

Una vez descubierta, la adoración se vuelve indispensable, porque es pura intimidad con el Señor, que da paz y alegría, y disuelve las penas de la vida. Por eso, a alguien que estuviera sometido a una presión particular, san Vicente le aconsejaba que estuviera en oración «sin

tensión, arrojándose en Dios con miradas simples, sin tratar de tener su presencia con un esfuerzo considerable, sino abandonándose a Él» (*Carta a G. Pesnelle*, 1659).

Esto es la adoración: ponerse ante el Señor, con respeto, con calma y en silencio, dándole a Él el primer lugar, abandonándose confiados. Para pedirle después que su Espíritu venga a nosotros y dejar que nuestras cosas vayan a Él. Así, también las personas necesitadas, los problemas urgentes, las situaciones

difíciles y pesadas entran en la adoración, tanto es así que san Vicente pedía «adorar a Dios» incluso en las razones que son difíciles de comprender y aceptar (cf *Carta a F. Get*, 1659). El que adora, el que va a la fuente viva del amor solo puede permanecer, por así decirlo «contaminado». Y empieza a comportarse con los demás como el Señor hace con él: se vuelve más misericordioso, más comprensivo, más disponible, supera su rigidez y se abre a los demás.



Llegamos así al segundo verbo: acoger. Cuando escuchamos esta palabra, inmediatamente nace pensar en algo que hacer. Pero en realidad acoger es una disposición más profunda: no se trata solamente de hacer sitio a alguien, sino de ser personas acogedoras, disponibles, acostumbradas a darse a los demás. Como Dios por nosotros, así nosotros por los demás. Acoger significa redimensionar el propio yo, enderezar la forma de pensar, entender que la vida no es mi propiedad privada y que el

tiempo no me pertenece. Es un desprendimiento lento de todo lo que es mío: mi tiempo, mi descanso, mis derechos, mis programas, mi agenda. El que acoge renuncia al yo y hace entrar en la vida el tú y el nosotros.

El cristiano acogedor es un verdadero hombre y mujer de Iglesia, porque la Iglesia es Madre y una madre acoge la vida y la acompaña. Y como un hijo se parece a su madre, en los rasgos, así el cristiano tiene estos rasgos de la Iglesia. Entonces es un hijo

verdaderamente fiel de la Iglesia quien es acogedor, quien, sin quejarse, crea concordia y comunión y con generosidad siembra paz, incluso si no es correspondido. ¡Que san Vicente nos ayude a promover este «adn» eclesial de la acogida, de la disponibilidad, de la comunión, para que de nuestras vidas «toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros» (Ef 4, 31). El último verbo: ir. El amor es dinámico, sale de sí mismo. El

que ama no se queda en un sillón mirando, esperando el advenimiento de un mundo mejor, sino que con entusiasmo y sencillez se levanta y va. San Vicente lo dijo bien: «Nuestra vocación es, por lo tanto, ir no a una parroquia, ni tampoco solamente a una diócesis, sino a toda la tierra. ¿Y para hacer qué? Para inflamar los corazones de los hombres, haciendo lo que hizo el Hijo de Dios, Él, que vino a traer fuego al mundo para inflamarlo con su amor» (*Conferencia del 30 de mayo, 1659*). Esta vocación

siempre es válida para todos.  
Plantea preguntas a cada uno:  
«¿Salgo yo al encuentro de los  
otros, como quiere el Señor?  
¿Llevo dónde voy este fuego de  
caridad o me encierro para  
calentarme frente a mi  
chimenea?».

Queridos hermanos y  
hermanas, gracias porque  
estáis en movimiento por los  
caminos del mundo, como san  
Vicente os pediría hoy también.  
Os deseo que no os detengáis  
sino que prosigáis sacando cada  
día de la adoración el amor de  
Dios y lo difundáis por todo el

mundo a través del buen contagio de la caridad, de la disponibilidad, de la concordia. Os bendigo a todos y a los pobres que encontráis. Y, por favor, os pido la caridad de que no os olvidéis de rezar por mí.

15 de octubre de 2017.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Al finalizar esta celebración, os saludo cordialmente a todos vosotros, que desde varios países habéis venido para rendir homenaje a los nuevos santos. Un pensamiento especial va de forma particular a las delegaciones oficiales de Brasil, Francia, Italia, México, Orden de Malta y España. El

ejemplo y la intercesión de estos testigos luminosos del Evangelio nos acompañen en nuestro camino y nos ayuden a promover siempre relaciones fraternas y solidarias, por el bien de la Iglesia y de la sociedad.

Acogiendo el deseo de algunas Conferencias Episcopales de América Latina, así como la voz de diferentes pastores y fieles de otras partes del mundo, he decidido convocar una Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica, que tendrá



lugar en Roma en el mes de octubre de 2019. El objetivo principal de esta convocatoria es identificar nuevos caminos para la evangelización de esa porción del Pueblo de Dios, especialmente de los indígenas, a menudo olvidados y sin la perspectiva de un futuro sereno, también a causa de la crisis de la selva amazónica, pulmón de vital importancia para nuestro planeta. Que nuestros santos intercedan por este evento eclesial, para que, en el respeto de la belleza de la creación, todos los pueblos de

la tierra alaben a Dios, Señor del universo, e iluminados por Él recorran caminos de justicia y de paz.

Recuerdo también que pasado mañana se celebrará la Jornada del rechazo a la miseria. La miseria no es una fatalidad: tiene causas que deben ser reconocidas y eliminadas, para honrar la dignidad de muchos hermanos y hermanas, tras el ejemplo de los santos.

Y ahora nos dirigimos en oración a la Virgen María. *Angelus Domini...*



16 de octubre de 2017. Visita a la sede de la FAO en Roma con ocasión del día mundial de la alimentación.

Lunes.

*Señor Director General,  
Distinguidas autoridades,  
Señoras y Señores:*

Agradezco la invitación y las palabras de bienvenida que me ha dirigido el Director General, profesor José Graziano da Silva, y saludo con afecto a las autoridades que nos

acompañan, así como a los Representantes de los Estados Miembros y a cuantos tienen la posibilidad de seguirnos desde las sedes de la FAO en el mundo.

Dirijo un saludo particular a los Ministros de agricultura del G7 aquí presentes, que han finalizado su Cumbre, en la que se han discutido cuestiones que exigen una responsabilidad no sólo en relación al desarrollo y a la producción, sino también con respecto a la Comunidad internacional en su conjunto.

1. La celebración de esta Jornada Mundial de la Alimentación nos reúne en el recuerdo de aquel 16 de octubre del año 1945 cuando los gobiernos, decididos a eliminar el hambre en el mundo mediante el desarrollo del sector agrícola, instituyeron la FAO. Era aquel un período de grave inseguridad alimentaria y de grandes desplazamientos de la población, con millones de personas buscando un lugar para poder sobrevivir a las miserias y adversidades causadas por la guerra.

A la luz de esto, reflexionar sobre los efectos de la seguridad alimentaria en la movilidad humana significa volver al compromiso del que nació la FAO, para renovarlo. La realidad actual reclama una mayor responsabilidad a todos los niveles, no sólo para garantizar la producción necesaria o la equitativa distribución de los frutos de la tierra —esto debería darse por descontado—, sino sobre todo para garantizar el derecho de todo ser humano a alimentarse según sus propias necesidades,

tomando parte además en las decisiones que lo afectan y en la realización de las propias aspiraciones, sin tener que separarse de sus seres queridos.

Ante un objetivo de tal envergadura lo que está en juego es la credibilidad de todo el sistema internacional.

Sabemos que la cooperación está cada vez más condicionada por compromisos parciales, llegando incluso a limitar las ayudas en las emergencias.

También las muertes a causa del hambre o el abandono de la



propia tierra son una noticia habitual, con el peligro de provocar indiferencia. Nos urge pues, encontrar nuevos caminos para transformar las posibilidades de que disponemos en una garantía que permita a cada persona encarar el futuro con fundada confianza, y no sólo con alguna ilusión.

El escenario de las relaciones internacionales manifiesta una creciente capacidad de dar respuestas a las expectativas de la familia humana, también con la contribución de la ciencia

y de la técnica, las cuales, estudiando los problemas, proponen soluciones adecuadas. Sin embargo, estos nuevos logros no consiguen eliminar la exclusión de gran parte de la población mundial: cuántas son las víctimas de la desnutrición, de las guerras, de los cambios climáticos. Cuántos carecen de trabajo o de los bienes básicos y se ven obligados a dejar su tierra, exponiéndose a muchas y terribles formas de explotación. Valorizar la tecnología al servicio del desarrollo es

ciertamente un camino a recorrer, a condición de que se lleguen a concretar acciones eficaces para disminuir el número de los que pasan hambre o para controlar el fenómeno de las migraciones forzadas.

2. La relación entre el hambre y las migraciones sólo se puede afrontar si vamos a la raíz del problema. A este respecto, los estudios realizados por las Naciones Unidas, como tantos otros llevados a cabo por Organizaciones de la sociedad

civil, concuerdan en que son dos los principales obstáculos que hay que superar: los conflictos y los cambios climáticos.

¿Cómo se pueden superar los conflictos? El derecho internacional nos indica los medios para prevenirlos o resolverlos rápidamente, evitando que se prolonguen y produzcan carestías y la destrucción del tejido social. Pensemos en las poblaciones martirizadas por unas guerras que duran ya decenas de años, y que se podían haber evitado

o al menos detenido, y sin embargo propagan efectos tan desastrosos y crueles como la inseguridad alimentaria y el desplazamiento forzoso de personas. Se necesita buena voluntad y diálogo para frenar los conflictos y un compromiso total a favor de un desarme gradual y sistemático, previsto por la Carta de las Naciones Unidas, así como para remediar la funesta plaga del tráfico de armas. ¿De qué vale denunciar que a causa de los conflictos millones de personas sean víctimas del hambre y de la

desnutrición, si no se actúa eficazmente en aras de la paz y el desarme?

En cuanto a los cambios climáticos, vemos sus consecuencias todos los días. Gracias a los conocimientos científicos, sabemos cómo se han de afrontar los problemas; y la comunidad internacional ha ido elaborando también los instrumentos jurídicos necesarios, como, por ejemplo, el Acuerdo de París, del que, por desgracia, algunos se están alejando. Sin embargo, reaparece la negligencia hacia

los delicados equilibrios de los ecosistemas, la presunción de manipular y controlar los recursos limitados del planeta, la avidez del beneficio. Por tanto, es necesario esforzarse en favor de un consenso concreto y práctico si se quieren evitar los efectos más trágicos, que continuarán recayendo sobre las personas más pobres e indefensas. Estamos llamados a proponer un cambio en los estilos de vida, en el uso de los recursos, en los criterios de producción, hasta en el consumo, que en lo

que respecta a los alimentos, presenta un aumento de las pérdidas y el desperdicio. No podemos conformarnos con decir «otro lo hará».

Pienso que estos son los presupuestos de cualquier discurso serio sobre la seguridad alimentaria relacionada con el fenómeno de las migraciones. Está claro que las guerras y los cambios climáticos ocasionan el hambre, evitemos pues el presentarla como una enfermedad incurable. Las recientes previsiones formuladas por



vuestros expertos contemplan un aumento de la producción global de cereales, hasta niveles que permiten dar mayor consistencia a las reservas mundiales. Este dato nos da esperanza y nos enseña que, si se trabaja prestando atención a las necesidades y al margen de las especulaciones, los resultados llegan. En efecto, los recursos alimentarios están frecuentemente expuestos a la especulación, que los mide solamente en función del beneficio económico de los grandes productores o en

relación a las estimaciones de consumo, y no a las reales exigencias de las personas. De esta manera, se favorecen los conflictos y el despilfarro, y aumenta el número de los últimos de la tierra que buscan un futuro lejos de sus territorios de origen.

3. Ante esta situación podemos y debemos cambiar el rumbo (cf. Enc. *Laudato si'*, 53; 61; 163; 202). Frente al aumento de la demanda de alimentos es preciso que los frutos de la tierra estén a

disposición de todos. Para algunos, bastaría con disminuir el número de las bocas que alimentar y de esta manera se resolvería el problema; pero esta es una falsa solución si se tiene en cuenta el nivel de desperdicio de comida y los modelos de consumo que malgastan tantos recursos. Reducir es fácil, compartir, en cambio, implica una conversión, y esto es exigente. Por eso, me hago a mí mismo, y también a vosotros, una pregunta: ¿Sería exagerado introducir en el lenguaje de la

cooperación internacional la categoría del amor, conjugada como gratuidad, igualdad de trato, solidaridad, cultura del don, fraternidad, misericordia? Estas palabras expresan, efectivamente, el contenido práctico del término «humanitario», tan usado en la actividad internacional. Amar a los hermanos, tomando la iniciativa, sin esperar a ser correspondidos, es el principio evangélico que encuentra también expresión en muchas culturas y religiones, convirtiéndose en principio de

humanidad en el lenguaje de las relaciones internacionales. Es menester que la diplomacia y las instituciones multilaterales alimenten y organicen esta capacidad de amar, porque es la vía maestra que garantiza, no sólo la seguridad alimentaria, sino la seguridad humana en su aspecto global. No podemos actuar sólo si los demás lo hacen, ni limitarnos a tener piedad, porque la piedad se limita a las ayudas de emergencia, mientras que el amor inspira la justicia y es

esencial para llevar a cabo un orden social justo entre realidades distintas que aspiran al encuentro recíproco. Amar significa contribuir a que cada país aumente la producción y llegue a una autosuficiencia alimentaria. Amar se traduce en pensar en nuevos modelos de desarrollo y de consumo, y en adoptar políticas que no empeoren la situación de las poblaciones menos avanzadas o su dependencia externa. Amar significa no seguir dividiendo a la familia humana entre los que gozan de lo superfluo y los que

carecen de lo necesario.

El compromiso de la diplomacia nos ha demostrado, también en recientes acontecimientos, que es posible detener el recurso a las armas de destrucción masiva. Todos somos conscientes de la capacidad de destrucción de tales instrumentos. Pero, ¿somos igualmente conscientes de los efectos de la pobreza y de la exclusión? ¿Cómo detener a personas dispuestas a arriesgarlo todo, a generaciones enteras que pueden desaparecer porque

carecen del pan cotidiano, o son víctimas de la violencia o de los cambios climáticos? Se desplazan hacia donde ven una luz o perciben una esperanza de vida. No podrán ser detenidas por barreras físicas, económicas, legislativas, ideológicas. Sólo una aplicación coherente del principio de humanidad lo puede conseguir. En cambio, vemos que se disminuye la ayuda pública al desarrollo y se limita la actividad de las Instituciones multilaterales, mientras se recurre a acuerdos bilaterales



que subordinan la cooperación al cumplimiento de agendas y alianzas particulares o, sencillamente, a una momentánea tranquilidad. Por el contrario, la gestión de la movilidad humana requiere una acción intergubernamental coordinada y sistemática de acuerdo con las normas internacionales existentes, e impregnada de amor e inteligencia. Su objetivo es un encuentro de pueblos que enriquezca a todos y genere unión y diálogo, no exclusión ni vulnerabilidad.

Aquí permitidme que me una al debate sobre la vulnerabilidad, que causa división a nivel internacional cuando se habla de inmigrantes. Vulnerable es el que está en situación de inferioridad y no puede defenderse, no tiene medios, es decir sufre una exclusión. Y lo está obligado por la violencia, por las situaciones naturales o, aún peor, por la indiferencia, la intolerancia e incluso por el odio. Ante esta situación, es justo identificar las causas para actuar con la competencia necesaria. Pero no es aceptable

que, para evitar el compromiso, se tienda a atrincherarse detrás de sofismas lingüísticos que no hacen honor a la diplomacia, reduciéndola del «arte de lo posible» a un ejercicio estéril para justificar los egoísmos y la inactividad.

Lo deseable es que todo esto se tenga en cuenta a la hora de elaborar el Pacto mundial para una migración segura, regular y ordenada, que se está realizando actualmente en el seno de las Naciones Unidas.

4. Prestemos oído al grito de

tantos hermanos nuestros marginados y excluidos: «Tengo hambre, soy extranjero, estoy desnudo, enfermo, recluido en un campo de refugiados». Es una petición de justicia, no una súplica o una llamada de emergencia. Es necesario que a todos los niveles se dialogue de manera amplia y sincera, para que se encuentren las mejores soluciones y se madure una nueva relación entre los diversos actores del escenario internacional, caracterizada por la responsabilidad recíproca, la solidaridad y la comunión.

El yugo de la miseria generado por los desplazamientos muchas veces trágicos de los emigrantes puede ser eliminado mediante una prevención consistente en proyectos de desarrollo que creen trabajo y capacidad de respuesta a las crisis medioambientales. Es verdad, la prevención cuesta mucho menos que los efectos provocados por la degradación de las tierras o la contaminación de las aguas, flagelos que azotan las zonas neurálgicas del planeta, en

donde la pobreza es la única ley, las enfermedades aumentan y la esperanza de vida disminuye.

Son muchas y dignas de alabanza las iniciativas que se están poniendo en marcha. Sin embargo, no bastan, urge la necesidad de seguir impulsando nuevas acciones y financiando programas que combatan el hambre y la miseria estructural con más eficacia y esperanzas de éxito. Pero si el objetivo es el de favorecer una agricultura diversificada y productiva, que tenga en cuenta las exigencias

efectivas de un país, entonces no es lícito sustraer las tierras cultivables a la población, dejando que el *land grabbing* (*acaparamiento de tierras*) siga realizando sus intereses, a veces con la complicidad de quien debería defender los intereses del pueblo. Es necesario alejar la tentación de actuar en favor de grupos reducidos de la población, como también de utilizar las ayudas externas de modo inadecuado, favoreciendo la corrupción, o la ausencia de legalidad.

La Iglesia Católica, con sus instituciones, teniendo directo y concreto conocimiento de las situaciones que se deben afrontar o de las necesidades a satisfacer, quiere participar directamente en este esfuerzo en virtud de su misión, que la lleva a amar a todos y le obliga también a recordar, a cuantos tienen responsabilidad nacional o internacional, el gran deber de afrontar las necesidades de los más pobres.

Deseo que cada uno descubra, en el silencio de la propia fe o de las propias convicciones, las



motivaciones, los principios y las aportaciones para infundir en la FAO, y en las demás Instituciones intergubernamentales, el valor de mejorar y trabajar infatigablemente por el bien de la familia humana.  
Muchas gracias.

18 de octubre de 2017.  
Audiencia general. La  
esperanza cristiana ante la  
muerte.

Miércoles.

*Queridísimos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*  
Hoy quisiera comparar la  
esperanza cristiana con la  
realidad de la muerte, una  
realidad que nuestra  
civilización moderna tiende  
cada vez más a cancelar. Así,  
cuando la muerte llega, para  
quien está cerca o para

nosotros mismos, nos encontramos no preparados, sin un «alfabeto» apto para esbozar palabras de sentido entorno a su misterio, que aun así permanece. Y también los primeros signos de civilización humana son transitados precisamente a través de este enigma. Podremos decir que el hombre ha nacido con el culto de los muertos.

Otras civilizaciones, antes de la nuestra, han tenido la valentía de mirarla a la cara. Era un suceso contado por los ancianos a las nuevas generaciones,

como una realidad ineludible que obligaba al hombre a vivir para algo absoluto. Recita el salmo 90: «Enseñanos a contar nuestros días para que entre la sabiduría en nuestro corazón» (*Sal 90, 12*). ¡Contar los propios días hace que el corazón se convierta en sabio! Palabras que nos llevan a un sano realismo, rompiendo el delirio de omnipotencia. ¿Qué somos nosotros? Somos «casi un nada», dice otro salmo (cf. *Sal 88, 48*); nuestros días pasan rápido: aunque si viviéramos cien años, al final

nos parecería todo un suspiro. Muchas veces he escuchado ancianos decir: «La vida me ha pasado como un suspiro...». Así la muerte desnuda nuestra vida. Nos hace descubrir que nuestros actos de orgullo, de ira y de odio eran vanidad: pura vanidad. Nos damos cuenta con pesar de que no hemos amado suficiente y de que no hemos buscado lo que era esencial. Y, al contrario, vemos lo bueno que realmente hemos sembrado: los afectos por los cuales nos hemos sacrificado, y que ahora nos

tienen de la mano.

Jesús ha iluminado el misterio de nuestra muerte. Con su comportamiento, nos autoriza a sentirnos dolidos cuando una persona querida se va. Él se turbó «profundamente» delante de la tumba del amigo Lázaro, y «se echó a llorar» (*Jn 11, 35*). En esta actitud suya, sentimos a Jesús muy cerca, nuestro hermano. Él lloró por su amigo Lázaro.

Y entonces Jesús reza al Padre, fuente de la vida, y ordena a Lázaro salir del sepulcro. Y así sucede. La esperanza cristiana

se basa en esta actitud que Jesús asume contra la muerte humana: está presente en la creación, pero es sin embargo, una cicatriz que desfigura el diseño de amor de Dios, y el Salvador quiere sanarnos. En otro momento, los Evangelios cuentan de un padre que tiene la hija muy enferma, y se dirige con fe a Jesús para que la salve (cf. *Mc* 5, 21-24, 35-43). Y no hay una figura más conmovedora que la de un padre o una madre con un hijo enfermo. Y en seguida Jesús se

encamina con ese hombre, que se llama Jairo. A un cierto punto llega alguien de la casa de Jairo y le dice que la niña está muerta, y ya no es necesario molestar al Maestro. Pero Jesús dice a Jairo: «No temas, solo ten fe» (Mc 5, 36). Jesús sabe que ese hombre tiene la tentación de reaccionar con rabia y desesperación, porque la niña ha muerto, y él aconseja cuidar la pequeña llama que está encendida en su corazón: la fe. «No temas, solo ten fe». «¡No tengas miedo, continúa solo teniendo



encendida esa llama!». Y después, al llegar a casa, despertará a la niña de la muerte y la devolverá viva a sus seres queridos.

Jesús nos pone en esta «cresta» de la fe. A Marta que llora por la desaparición del hermano Lázaro opone la luz de un dogma: «Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?» (*Jn 11, 25-26*). Es lo que Jesús repite a cada uno de nosotros, cada vez que la muerte viene a

romper el tejido de la vida y de los afectos. Toda nuestra existencia se juega aquí, entre el lado de la fe y el precipicio del miedo. Dice Jesús: «Yo no soy la muerte, yo soy la resurrección y la vida, ¿tú crees esto? ¿tú crees esto?». Nosotros, que estamos aquí hoy en la plaza, ¿creemos esto? Somos todos pequeños e indefensos delante del misterio de la muerte. Pero, ¡qué gracia si en ese momento custodiamos en el corazón la llama de la fe! Jesús nos tomará de la mano, como tomó a la hija de Jairo, y

repetirá una vez más: «*Talitá kum*», «muchacha, levántate» (Mc 5, 41). Lo dirá a nosotros, a cada uno de nosotros: «¡Levántate, resucita!». Yo os invito, ahora, a cerrar los ojos y a pensar en ese momento: de nuestra muerte. Cada uno de nosotros que piense en la propia muerte, y se imagine ese momento que tendrá lugar, cuando Jesús nos tomará de la mano y nos dirá: «Ven, ven conmigo, levántate». Allí terminará la esperanza y será la realidad, la realidad de la vida. Pensad bien: Jesús mismo

vendrá donde cada uno de nosotros y nos tomará de la mano, con su ternura, su mansedumbre, su amor. Y cada uno repita en su corazón la palabra de Jesús: «¡Levántate, ven. Levántate, ven. Levántate, resucita!».

Esta es nuestra esperanza delante de la muerte. Para quien cree, es una puerta que se abre de par en par; para quien duda es un rayo de luz que se filtra por una puerta que no se ha cerrado del todo.

Pero para todos nosotros será una gracia, cuando esta luz, del

encuentro con Jesús, nos iluminará.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica. El Señor, única esperanza de la humanidad, nos conceda la gracia de mantener encendida la llama de la fe, y en el momento de nuestra muerte nos tome de la mano y nos diga: «¡Levántate!». Que Santa María, Madre de Dios, interceda por todos nosotros, ahora y en

la hora de nuestra muerte. Así sea.

## **LLAMAMIENTO**

Deseo expresar mi dolor por la masacre que tuvo lugar hace algunos días en Mogadiscio, Somalia, que causó más de trescientos muertos, entre los cuales algunos niños. Este acto terrorista merece la más firme reprobación, también porque se ensaña contra una población ya muy probada. Rezo por los difuntos y por los heridos, por sus familiares y por todo el pueblo de Somalia. Imploro la conversión de los

violentos y animo a cuantos,  
con enorme dificultad, trabajan  
por la paz en esa tierra  
martirizada.

18 de octubre de 2017. Saludo  
a los delegados de la  
"Conferencia Mundial de  
Religiones por la Paz"

Miércoles.

*Queridos amigos:*

Os doy mi cordial bienvenida y  
os agradezco vuestra visita.

Doy las gracias al cardenal  
Tauran por su presentación.

La paz es también una tarea  
urgente en el mundo de hoy  
donde tantas poblaciones están  
laceradas por las guerras y la  
violencia. La paz es, al mismo



tiempo, un don divino y un logro humano. Por eso, los creyentes de todas las religiones están llamados a invocarla e interceder por ella; y todos los hombres de buena voluntad, especialmente los que tienen cargos de responsabilidad, están llamados a trabajar por ella, con el corazón, con la mente y con las manos, sí, porque la paz se construye de manera "artesanal". En este trabajo, la paz y la justicia se construyen juntas.

En la construcción de la paz,

las religiones, con sus recursos espirituales y morales, tienen un papel especial e irremplazable. No pueden tener una actitud neutral y, mucho menos, ambigua con respecto a la paz.

El que comete violencia o la justifica en nombre de la religión, ofende gravemente a Dios, que es paz y fuente de la paz, y ha dejado en el ser humano un reflejo de su sabiduría, su potencia y su belleza.

Expreso mi aprecio y gratitud por la obra de *Religions for*

*peace*; brindáis un servicio precioso tanto a la religión como a la paz, porque las religiones están destinadas por su naturaleza a promover la paz a través de la justicia, la fraternidad, el desarme y el cuidado de la creación.

Hace falta también entre las religiones un esfuerzo común de colaboración para promover la ecología integral. La Biblia nos ayuda en esto, remitiéndonos a los ojos del Creador, que "vio todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien" (*Gen 1,31*).

Las religiones cuentan con recursos para favorecer juntas el progreso de una alianza moral que promueva el respeto de la dignidad de la persona humana y el cuidado de la creación.

Gracias a Dios, tenemos muchos buenos ejemplos en diversas partes del mundo sobre la fuerza de la cooperación interreligiosa para oponerse a los conflictos violentos, para promover el desarrollo sostenible, para proteger la tierra.  
¡Continuemos por este camino!

Confiemos en la ayuda del Todopoderoso y en la buena voluntad de los creyentes y de muchas otras personas.

Dios os bendiga y haga fecundo vuestro esfuerzo en pro de la paz.

20 de octubre de 2017.

Discurso a los participantes en un encuentro organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales.

Viernes.

*Ilustres Señoras y Señores:*

Saludo cordialmente a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales y a las personalidades que participan en estas jornadas de estudio, así como a las instituciones que apoyan la iniciativa. Una iniciativa que

atrae la atención sobre un tema de gran actualidad como es el de elaborar nuevos modelos de cooperación entre el mercado, el Estado y la sociedad civil, en relación con los desafíos de nuestro tiempo. En esta ocasión, quisiera detenerme brevemente en dos causas específicas que alimentan la exclusión y las periferias existenciales. La primera es el aumento endémico y sistémico de las desigualdades y de la explotación del planeta, que es mayor con respecto al aumento

de la renta y de la riqueza. Y, sin embargo, la desigualdad y la explotación no son una fatalidad ni tampoco una constante histórica. No son una fatalidad porque dependen, además de las diferentes conductas individuales, también de las reglas económicas que una sociedad decide darse. Basta pensar en la producción de energía, en el mercado laboral, en el sistema bancario, en el *welfare*, en el sistema fiscal y en el sector escolar. Según cómo se proyecten estos sectores habrá consecuencias



diversas en el reparto de los ingresos y de la riqueza entre quienes han contribuido a su producción. Si prevalece como fin el beneficio, la democracia tiende a convertirse en una plutocracia en la que crecen las desigualdades y la explotación del planeta. Repito: no es necesario que sea así; ha habido períodos en que, en algunos países, las desigualdades han disminuido y el medio ambiente se ha protegido mejor. La otra causa de exclusión es el trabajo no digno de la persona humana.

Ayer, en la época de la Rerum novarum (1891), se reclamaba el «justo salario del obrero». Hoy en día, además de esta sacrosanta exigencia, nos preguntamos también porque todavía no se ha logrado poner en práctica lo que está escrito en la Constitución Gaudium et Spes: «El conjunto del proceso de la producción debe, pues, ajustarse a las necesidades de la persona y a la manera de vida de cada uno en particular», (N. 67) y — podemos agregar con la Encíclica Laudato si'—

respetando la creación, nuestra casa común.

La creación de nuevo empleo necesita, sobre todo en esta época, personas abiertas y emprendedoras, relaciones fraternales, investigación e inversión en el desarrollo de energía limpia para resolver los desafíos del cambio climático. Hoy es concretamente posible. Es necesario desprenderse de las presiones de los lobbies públicos y privados que defienden intereses sectoriales; y también es necesario superar las formas de pereza espiritual.

La acción política debe ponerse al servicio de la persona humana, del bien común y del respeto por la naturaleza. El desafío al que responder es, pues, el de trabajar con valentía para ir más allá del modelo de orden social vigente, transformándolo desde dentro. Debemos pedir al mercado no solo que sea eficiente en la producción de riqueza y que asegure un crecimiento sostenible, sino que también esté al servicio del desarrollo humano integral. No podemos sacrificar en el altar de la

eficiencia, —el «becerro de oro» de nuestros tiempos— valores fundamentales como la democracia, la justicia, la libertad, la familia, la creación. En esencia, debemos apuntar a «civilizar el mercado» en la perspectiva de una ética amiga del hombre y de su entorno. Análogo es el replanteamiento de la figura y el papel del Estado-nación en un nuevo contexto como el de la globalización, que ha modificado profundamente el orden internacional anterior. El Estado no puede concebirse

como el titular único y exclusivo del bien común sin permitir que los cuerpos intermedios de la sociedad civil expresen libremente su potencial completo. Sería una violación del principio de subsidiariedad que, combinado con la solidaridad, es una piedra angular de la doctrina social de la Iglesia. El desafío aquí es cómo aunar los derechos individuales con el bien común. En este sentido, el papel específico de la sociedad civil es comparable al que Charles Péguy daba a la virtud

de la esperanza: como una hermana pequeña está en medio de las otras dos virtudes —la fe y la caridad— sujetándolas de la mano y tirando de ellas hacia delante. Me parece que esta sea la posición de la sociedad civil: «tirar» hacia delante del Estado y del mercado para que puedan repensar su razón de ser y su forma de actuar.

Queridos amigos, gracias por la atención que habéis prestado a estas reflexiones. Invoco la bendición del Señor sobre vosotros, vuestros seres

queridos y vuestro trabajo.



21 de octubre de 2017.

Discurso a los participantes en un congreso organizado por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra encontraros sobre todo porque en estos días habéis abordado un tema de gran importancia para la vida de la Iglesia en su obra de evangelización y formación

cristiana: La Catequesis y las personas con discapacidad.

Gracias a s.e. Mons. Fisichella por su presentación, al dicasterio que preside por su servicio y a todos vosotros por la labor en este campo.

Conocemos el gran progreso que se ha hecho en las últimas décadas frente a la discapacidad. La creciente toma de conciencia de la dignidad de cada persona, especialmente de los más débiles, ha llevado a tomar posiciones valientes de inclusión de aquellos que viven con diversas formas de

discapacidad, para que nadie se sienta extraño en su propia casa. Y sin embargo, a nivel cultural todavía hay manifestaciones que hieren la dignidad de estas personas por la prevalencia de una falsa concepción de la vida. Una visión a menudo narcisista y utilitaria lleva, por desgracia, a algunos a considerar marginales a las personas con discapacidad, sin percibir en ellas su múltiple riqueza espiritual y humana. Todavía es demasiado fuerte en la mentalidad común la actitud de

rechazo de esta condición, como si impidiera ser felices y realizarse a sí mismos. Prueba de ello es la tendencia eugenética de eliminar a los nonatos que tienen alguna forma de imperfección. En realidad, todos conocemos a tantas personas que, con su fragilidad, incluso grave, han encontrado, aunque con fatiga, el camino de una vida buena y rica en significado. Por otro lado, también conocemos personas aparentemente perfectas y desesperadas. Además, es un engaño

peligroso pensar que somos invulnerables. Como decía una chica que conocí en mi reciente viaje a Colombia, la vulnerabilidad pertenece a la esencia del ser humano.

La respuesta es el amor: no el falso, meloso y pietista, sino el verdadero, concreto y respetuoso. En la medida en que se es acogido y amado, incluido en la comunidad y acompañado para mirar hacia el futuro con confianza, se desarrolla el verdadero camino de la vida y se experimenta una felicidad duradera. Esto, —

lo sabemos—, se aplica a todos, pero las personas más frágiles son como una prueba. La fe es una gran compañera de vida cuando nos permite sentir en primera persona la presencia de un Padre que nunca deja solas a sus criaturas en ninguna condición de su vida. La Iglesia no puede ser «afónica» o «desentonada» en la defensa y promoción de las personas con discapacidad. Su proximidad a las familias las ayuda a superar la soledad en que a menudo corren el peligro de terminar por falta de

atención y apoyo. Esto es aún más cierto por la responsabilidad que tiene en la generación y en la formación en la vida cristiana. A la comunidad no pueden faltarle las palabras y especialmente los gestos para encontrar y acoger a las personas con discapacidad. Especialmente la liturgia dominical tendrá que saber cómo incluirlas, porque el encuentro con el Señor resucitado y con la comunidad misma puede ser fuente de esperanza y de valor en el camino, no fácil, de la vida.

La catequesis, en particular, está llamada a descubrir y experimentar formas coherentes para que cada persona con sus dones, sus limitaciones y sus discapacidades, incluso graves, pueda encontrar a Jesús en su camino y abandonarse a Él con fe. Ningún límite físico o psíquico puede ser un impedimento para este encuentro, porque el rostro de Cristo brilla en lo íntimo de cada persona. Tengamos también cuidado, especialmente nosotros, los



ministros de la gracia de Cristo, para no caer en el error neopelagiano de no reconocer la necesidad de la fuerza de la gracia que viene de los sacramentos de la iniciación cristiana. Aprendamos a superar el malestar y el miedo que a veces se pueden sentir frente a las personas con discapacidad.

Aprendamos a buscar e incluso a «inventar» con inteligencia herramientas adecuadas para que a nadie le falte el apoyo de la gracia. Formemos —ien primer lugar con el ejemplo!—

a catequistas cada vez más capaces de acompañar a estas personas para que crezcan en la fe y den su contribución genuina y original a la vida de la Iglesia.

Por último, espero que en la comunidad las personas con discapacidad puedan ser cada vez más sus propios catequistas, también con su testimonio, para transmitir la fe de manera más eficaz.

Os agradezco por vuestro trabajo de estos días y por vuestro servicio en la Iglesia. Que Nuestra Señora os

acompañe.

Os bendigo de corazón y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí.

Gracias.

22 de octubre de 2017.  
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo (Mt 22, 15-21) nos presenta un nuevo cara a cara con Jesús y sus opositores. El tema afrontado es el del tributo al César: una cuestión «espinosa», acerca de la legalidad o no de pagar los impuestos al emperador de Roma, al que estaba sometida

Palestina en el tiempo de Jesús. Las posiciones eran diversas. Por lo tanto, la pregunta que hicieron los fariseos: «¿Es lícito pagar tributo al César o no?» (*Mt 22, 17*) constituye una trampa para el Maestro. De hecho, según cómo hubiera respondido, podría haber sido acusado de estar a favor o en contra de Roma.

Pero Jesús, también en este caso, responde con calma y aprovecha la pregunta maliciosa para dar una enseñanza importante, elevándose por encima de la

polémica y de las formaciones opuestas. Dice a los fariseos: «Mostradme la moneda del tributo». Estos le presentan el dinero y Jesús, observando la moneda, pregunta: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?». Los fariseos solo pueden responder: «De César». Entonces Jesús concluye: «Dad entonces al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (cf. *Mt 22, 19-21*). Por un lado, al insinuar devolver al emperador lo que le pertenece, Jesús declara que pagar el impuesto no es un acto de

idolatría, sino un acto debido a la autoridad terrenal; por el otro —y es aquí donde Jesús da el «golpe maestro»— reclamando el primado de Dios, pide que se le rinda lo que le espera como Señor de la vida del hombre y de la historia. La referencia a la imagen de César, incisa en la moneda, dice que es justo sentirse ciudadanos del Estado de pleno título —con derechos y deberes—; pero simbólicamente hace pensar en otra imagen que está impresa en cada hombre: la imagen de Dios. Él es el Señor

de todo y nosotros, que hemos sido creados «a su imagen» le pertenecemos ante todo a Él. Jesús planteó, a partir de la pregunta hecha por los fariseos, una interrogación más radical y vital para cada uno de nosotros, una interrogación que podemos hacernos: ¿a quién pertenezco yo? ¿A la familia, a la ciudad, a los amigos, a la escuela, al trabajo, a la política, al Estado? Sí, claro. Pero antes que nada —nos recuerda Jesús— tú perteneces a Dios. Esta es la pertenencia fundamental. Es Él quien te ha dado todo lo que



eres y tienes. Y por lo tanto, nuestra vida, día a día, podemos y debemos vivirla en el reconocimiento de nuestra pertenencia fundamental y en el reconocimiento de corazón hacia nuestro Padre, que crea a cada uno de nosotros de forma singular, irrepetible, pero siempre según la imagen de su Hijo amado, Jesús. Es un misterio admirable. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente con las realidades humanas y sociales sin contraponer «Dios» y «César»; contraponer a Dios y

al César sería una actitud fundamentalista. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente en las realidades terrenales, pero iluminándolas con la luz que viene de Dios. El confiarse de forma prioritaria a Dios y la esperanza en Él no comportan una huida de la realidad, sino restituir laboriosamente a Dios aquello que le pertenece. Por eso el creyente mira a la realidad futura, la de Dios, para vivir la vida terrenal con plenitud y responder con coraje a sus desafíos.

Que la Virgen María nos ayude a vivir siempre en conformidad con la imagen de Dios que llevamos en nosotros, dentro, dando también nuestra contribución a la construcción de la ciudad terrenal.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en Barcelona, fueron beatificados Mateo Casals, Teofilo Casajús, Fernando Saperas y 106 compañeros mártires, pertenecientes a la Congregación religiosa de los

Claretianos y asesinados por odio a la fe durante la guerra civil española. Que su ejemplo heroico y su intercesión sustenten a los cristianos que también durante nuestros días —y tantos— en diversas partes del mundo sufren discriminación y persecuciones. Hoy se celebra la Jornada Mundial de las Misiones, sobre el tema «La misión en el corazón de la Iglesia». Exhorto a todos a vivir la alegría de la misión testimoniando el Evangelio en los ambientes en los que cada uno vive y

trabaja. Al mismo tiempo, estamos llamados a sostener con el afecto, la ayuda concreta y la oración a los misioneros que han partido para anunciar a Cristo a cuantos aún no lo conocen. Recuerdo también que es mi intención promover un Mes Misionero Extraordinario en octubre de 2019, con el fin de alimentar el ardor de la actividad evangelizadora de la Iglesia *ad gentes*. El día de la memoria litúrgica de san Juan Pablo ii, Papa misionero, confiemos a su intercesión la misión de la Iglesia en el

mundo.

Os pido uniros a mi oración por la paz en el mundo. En estos días sigo con particular atención a Kenia, que visité en 2015, y por la que rezo para que todo el país sepa afrontar las dificultades actuales en un clima de diálogo constructivo, teniendo en el corazón la búsqueda del bien común. Y ahora os saludo a todos vosotros, peregrinos provenientes de Italia y de varios países. En particular, a los fieles de Luxemburgo y a los de Ibiza, el Movimiento

Familia del Corazón Inmaculado de María de Brasil, las Hermanas de la Santísima Madre de los Dolores. Saludo y bendigo con afecto a la comunidad peruana de Roma, aquí reunida con la sagrada Imagen del Señor de los Milagros.

Saludo a los grupos de fieles de tantas parroquias italianas y les animo a proseguir con alegría su camino de fe. Y a todos les deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!





23 de octubre de 2017.

Discurso a su Beatitud Teófilo III, patriarca greco ortodoxo de Jerusalén.

Lunes.

*Beatitud,*

*queridos hermanos:*

Con gran alegría le doy la bienvenida a Roma. Tengo el placer de corresponder con gratitud y afecto fraterno a la calurosa acogida que Su Beatitud me ofreció durante mi visita a Jerusalén. Guardo viva en la memoria la amable

atención con la que me acompañó a mí y al Patriarca Ecuménico Bartolomé a la basílica que alberga los lugares donde el Señor fue crucificado y sepultado y donde resucitó. Recuerdo con emoción la parada de oración en el Edículo del sepulcro vacío. En este sentido renuevo mi agradecimiento por la restauración de este lugar santísimo: no se trata simplemente de salvaguardar la integridad de un monumento del pasado, sino que también se ha trabajado para que siga

resonando en el futuro el testimonio que proviene de ese sepulcro vacío. «Ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron» (Mc 16, 6). Celebro el hecho de que el Patriarcado Ortodoxo Griego de Jerusalén, el Patriarcado Armenio de Jerusalén y la Custodia Franciscana de Tierra Santa hayan trabajado juntos con óptimo entendimiento, así como en la basílica de la Natividad en Belén, para lograr este hito, y agradezco vivamente el esfuerzo de Su Beatitud.

Este encuentro me ofrece la oportunidad de expresar una vez más mi cercanía a todos aquellos que sufren por los conflictos que azotan desde hace décadas la Tierra Santa. La incertidumbre de la situación y la falta de entendimiento entre las partes siguen causando inseguridad, restricción de los derechos fundamentales y abandono de la propia tierra por parte de muchos. Por eso invoco la ayuda de Dios y pido a todos los sujetos involucrados que redoblen sus esfuerzos para

crear las condiciones de una paz estable basada en la justicia y el reconocimiento de los derechos de todos. Con este fin, se debe rechazar con firmeza el recurso a cualquier tipo de violencia, a cualquier tipo de discriminación y a todas las manifestaciones de intolerancia contra las personas o lugares de culto judíos, cristianos y musulmanes. La Ciudad Santa, cuyo *status quo* debe ser defendido y preservado, debería ser un lugar donde todos pudieran vivir juntos pacíficamente; de

lo contrario, la espiral del sufrimiento continuará para todos y sin fin.

Deseo dirigir un pensamiento especial a todos los miembros de las diversas comunidades cristianas de Tierra Santa.

Espero que siempre sean reconocidos como parte integrante de la sociedad y que, como ciudadanos y creyentes de pleno derecho, sean incansables en su contribución al bien común y a la construcción de la paz, comprometiéndose a ser artífices de la reconciliación y

la armonía. Esta contribución será más eficaz en la medida en que se logre una sintonía cada vez mayor entre las diferentes Iglesias de la región. Sería particularmente importante una cooperación creciente para sostener a las familias y a los jóvenes cristianos de modo que no se vean obligados a tener que dejar su tierra. Trabajando juntos en este ámbito tan delicado, los fieles de varias confesiones también podrán conocerse mejor y desarrollar relaciones cada vez más

fraternales. Por lo tanto, en obediencia a la sentida oración de Jesús por los suyos en el Cenáculo: «Que todos sean uno... para que el mundo crea» (*Jn 17, 21*), quiero reiterar el deseo sincero y el compromiso de avanzar en el camino hacia la plena unidad entre nosotros. Sé que algunas de las heridas del pasado siguen dejando señales en la memoria de tantos. No se puede cambiar la historia, pero sin olvidar las graves carencias de caridad durante siglos, volvamos juntos los ojos a un futuro de



reconciliación plena y de comunión fraterna y esforcémonos ahora, como quiere el Señor. No hacerlo sería la culpa más grave de hoy, sería no tener en cuenta la urgente invitación de Cristo y los signos de los tiempos que el Espíritu siembra en el camino de la Iglesia. Animados por el mismo Espíritu, no dejemos que los recuerdos de épocas caracterizadas por el silencio recíproco o el intercambio mutuo de acusaciones, las dificultades del presente y un futuro incierto nos impidan

caminar juntos hacia la unidad visible, rezar juntos y trabajar juntos para anunciar el Evangelio y servir a los necesitados. También el diálogo teológico entre católicos y ortodoxos, que continúa, y en el que el Patriarcado greco ortodoxo de Jerusalén participa activa y constructivamente es, en este sentido, un signo de esperanza, que nos conforta a lo largo del camino. Qué hermoso sería decir de los católicos y los ortodoxos que viven en Jerusalén lo que el evangelista Lucas dijo de la

primera comunidad cristiana:  
«Todos los creyentes vivían  
unidos [...] un solo corazón y  
una sola alma» (*Hech 2, 44; 4,*  
32).

Beatitud, gracias de corazón  
por su visita y la de los  
distinguidos miembros de su  
séquito. Deseo reafirmar mi  
cercanía a los hermanos  
cristianos en Tierra Santa y mi  
afecto por los amigos de las  
otras grandes religiones de la  
región, esperando y rezando  
para que llegue pronto para  
todos el día de una paz estable  
y duradera. «Pedid la paz para

Jerusalén: en calma estén tus  
tiendas [...] por amor de mis  
hermanos y de mis amigos  
quiero decir: ¡La paz contigo!»  
(*Sal 122, 6-8*).

Por eso me gustaría que  
rezásemos juntos con las  
palabras del Padre nuestro.

23 de octubre de 2017. Saludo  
a una delegación de la  
universidad de Tel-Aviv.

Lunes.

*Queridos amigos:*

Os doy una cordial bienvenida  
y agradezco al profesor Joseph  
Klafter, Rector de la  
Universidad de Tel Aviv, sus  
amables palabras.

Expreso a todos vosotros mi  
aprecio por vuestro  
compromiso con la formación  
de las nuevas generaciones,  
que representan el presente y

el futuro de la sociedad. La actividad educativa, aunque a veces ardua, sigue siendo una de las tareas más importantes y delicadas, ya que tiene como objetivo formar a la persona en su totalidad. Para cumplir con esta tarea fundamental son necesarias, ciertamente, grandes capacidades profesionales y técnicas, pero también empatía y sensibilidad humana, con el fin de estimular un diálogo sincero con los estudiantes y fomentar su formación, tanto como personas que como futuros

profesionales en sus respectivos campos de estudio. En una palabra, la ciencia y la sabiduría deben caminar juntas. La sabiduría, entendida en términos bíblicos, nos permite ir más allá de las realidades empíricas para descubrir el significado último. La universidad está llamada a educar a una cultura de la sabiduría, capaz de armonizar el enfoque técnico y científico con el humanista, con la convicción de que la búsqueda de la verdad y la bondad es, en última instancia, única.

Salomón, hijo de David, después de ascender al trono, se retiró a orar en el templo de Gabón y se dirigió al Señor con estas palabras: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal» (1 Re 3, 9).

Nuestro mundo necesita urgentemente desarrollar una cultura sapiencial. Hace falta construir liderazgos que marquen caminos, buscando atender las necesidades de las generaciones actuales incluyendo a todos, sin



perjudicar a las generaciones futuras (cf. Enc. *Laudato si'*, 53). Satisfacer esta necesidad de manera efectiva es absolutamente importante considerando la fase actual de evolución y desarrollo global, marcada por crisis económicas y sociales y conflictos generacionales. Estoy seguro de que vuestra Universidad puede contribuir a crear un nuevo liderazgo, atento a los grandes problemas éticos que cuestionan nuestras sociedades y a la necesidad de proteger y promover a los más vulnerables

entre nuestros hermanos y hermanas. Solo si se ponen al servicio del desarrollo humano integral, la ciencia y las humanidades pueden expresar su plena dignidad.

Os agradezco vuestra visita y os pido que tengáis siempre sed de la sabiduría, que es un don divino y nos permite llevar una vida buena y fecunda.

El Señor os bendiga, así como a vuestras familias y a vuestro importante trabajo.

25 de octubre de 2017.

Audiencia general. El Paraíso,  
meta de nuestra esperanza.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Esta es la última catequesis sobre el tema de la esperanza cristiana, que nos ha acompañado desde el inicio de este año litúrgico. Y concluiré hablando del paraíso, como meta de nuestra esperanza. «Paraíso» es una de las últimas palabras pronunciadas por

Jesús en la cruz, al dirigirse al buen ladrón. Parémonos un momento en esta escena. En la cruz, Jesús no está solo. Junto a Él, a la derecha y a la izquierda hay dos malhechores. Tal vez, al pasar frente a aquellas tres cruces alzadas en el Gólgota, alguien lanzó un suspiro de alivio, pensando que finalmente se hacía justicia dando muerte a gente así. Junto a Jesús está también un reo confeso: uno que reconoce merecer ese terrible suplicio. Lo llamamos el «buen ladrón», el que, oponiéndose al otro,

dice: nos lo hemos merecido con nuestros hechos (cf. *Lc 23, 41*).

En el Calvario, aquel viernes trágico y santo, Jesús alcanza el extremo de su encarnación, de su solidaridad con nosotros pecadores. Allí se lleva a cabo lo que el profeta Isaías había dicho del Siervo sufriente: «ha sido contado entre los malhechores» (*Is 53, 12*; cf. *Lc 22, 37*).

Es allí, en el Calvario, donde Jesús tiene la última cita con un pecador, para abrirle también las puertas de su

reino. Esto es interesante: es la única vez que la palabra «paraíso» aparece en los evangelios. Jesús se lo promete a un «pobre diablo» que sobre la madera de la cruz tuvo el coraje de dirigirle la más humilde de las peticiones: «acuérdate de mí cuando vengas con tu reino» (Lc 23, 42). No tenía buenas obras que hacer valer, no tenía nada, pero se confía a Jesús, a quien reconoce como inocente, bueno, tan diverso de él (Lc 23, 41). Aquella palabra de humilde arrepentimiento fue

suficiente para tocar el corazón de Jesús.

El buen ladrón nos recuerda nuestra verdadera condición frente a Dios: que nosotros somos sus hijos, que Él siente compasión por nosotros, que Él se derrumba cada vez que le manifestamos la nostalgia de su amor. En las habitaciones de tantos hospitales o en las celdas de las prisiones este milagro se repite innumerables veces: no existe una persona, por mal que haya vivido, a la cual le quede sólo la desesperación y le sea

prohibida la gracia.

Ante Dios nos presentamos todos con las manos vacías, un poco como el publicano de la parábola que se había detenido a orar al final del templo (cf. *Lc 18, 13*). Y cada vez que un hombre, al hacer el último examen de conciencia de su vida, descubre que las faltas son muchas más que las obras de bien, no debe desanimarse, sino confiarse a la misericordia de Dios.

Y esto nos da esperanza, iesto nos abre el corazón! Dios es Padre, y hasta el último



momento espera nuestro regreso. Y al hijo pródigo que ha regresado, que comienza a confesar sus culpas, el padre le cierra la boca con un abrazo (cf. *Lc 15, 20*). ¡Este es Dios: así nos ama!

El paraíso no es un lugar como en las fábulas, ni mucho menos un jardín encantado. El paraíso es el abrazo con Dios, Amor infinito, y entramos gracias a Jesús, que murió en la cruz por nosotros. Donde está Jesús, hay misericordia y felicidad; sin Él existe el frío y las tinieblas. A la hora de la muerte, el

cristiano repite a Jesús:  
«Acuérdate de mí». Y aunque  
no existiese nadie que se  
acuerde de nosotros, Jesús está  
ahí, junto a nosotros. Quiere  
llevarnos al lugar más hermoso  
que existe. Quiere llevarnos  
allá con lo poco o mucho de  
bien que existe en nuestra  
vida, para que no se pierda  
nada de lo que ya Él había  
redimido. Y a la casa del Padre  
llevará también todo lo que en  
nosotros tiene todavía  
necesidad de redención: las  
faltas y las equivocaciones de  
una entera vida. Es esta la

meta de nuestra existencia:  
que todo se cumpla, y sea  
transformado en amor.

Si creemos esto, la muerte deja  
de darnos miedo y podemos  
también esperar partir de este  
mundo de forma serena, con  
tanta confianza. Quien ha  
conocido a Jesús ya no teme  
nada. Y podremos repetir  
también nosotros las palabras  
del viejo Simeón, también él  
bendecido por el encuentro con  
Cristo, después de una vida  
entera consumada en la  
espera: «Ahora, Señor, puedes,  
según tu palabra, dejar que tu

siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación» (Lc 2, 29-30).

Y en aquel instante, finalmente, ya no tendremos necesidad de nada, ya no veremos de forma confusa. Ya no lloraremos inútilmente, porque todo ha pasado; también las profecías, también el conocimiento.

Pero el amor no, eso permanece. Porque «la caridad no acaba nunca (cf. 1 Cor 13, 8).

**Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los animo a poner siempre la confianza en el Señor, pidiendo que en el último momento de nuestra vida también se acuerde de nosotros y abra para nosotros las puertas del paraíso.

Que Dios los bendiga.

*(En italiano)*

Me complace acoger a las Siervas de María Ministras de los Enfermos y a los Padres Eudistas. Que la peregrinación

a las tumbas de los Apóstoles sea una ocasión para crecer en el amor de Dios, para que vuestras comunidades se conviertan en un lugar en el que se experimente la comunión y el servicio.

Me gustaría extender mi saludo a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados. Al final de octubre, me gustaría recomendar la oración del Santo Rosario. Que esta oración mariana sea para vosotros, queridos jóvenes, una oportunidad para penetrar más profundamente el misterio de

Cristo que actúa en vuestra vida; queridos enfermos, amad el Rosario, para que dé consuelo y sentido a vuestros sufrimientos. Que se convierta para vosotros, queridos recién casados, en una ocasión privilegiada para experimentar esa intimidad espiritual con Dios que construye una nueva familia.

26 de octubre de 2017.

Discurso a la comunidad de la  
universidad católica  
portuguesa con ocasión del 50  
aniversario de su fundación.

Jueves.

*Gran Canciller, Rectora  
Magnífica,  
queridos profesores y alumnos,  
hermanos y hermanas:*

Ante la imposibilidad para mí  
de visitar la sede central de  
vuestra Universidad,  
durante mi peregrinación al  
Santuario de Fátima en mayo



pasado, decidisteis que una distinguida representación del Ateneo viniera a visitarme a la Sede de Pedro. Con alegría os acojo y os saludo con afecto. Agradezco a mi hermano el Cardenal Manuel Clemente el saludo que me ha dirigido, presentándome las esperanzas y luchas de todos los que hoy —igual que otros en el pasado— aman, hacen y forman esta comunidad universitaria. Me congratulo con la Iglesia en Portugal que la quiso, la promueve y la apoya, y que puede contar así con una

lectura en profundidad de los tiempos que corren y sobre todo con la formación superior de los guías del Pueblo de Dios y de los líderes que la sociedad necesita. Se cumplen ahora los *cinquenta años* de su servicio al crecimiento de la persona y de la comunidad humana: para la primera, una obra de construcción en tiempos relativamente breves, para la segunda en cambio, una obra sin fin. ¡Larga vida, pues, a la Universidad Católica Portuguesa!

1. Por naturaleza y misión *sois universidad*, es decir, abrazáis el universo del saber en su significado humano y divino, para garantizar aquella mirada de universalidad sin la cual la razón, resignada con modelos parciales, renuncia a su aspiración más alta: la búsqueda de la verdad. A la vista de la grandeza de su saber y de su poder, la razón cede ante la presión de los intereses y la atracción de la utilidad, acabando por reconocerla como su último criterio.

Pero cuando el ser humano se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, entonces su libertad se enferma. «En este sentido, [aquel] está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que carece de una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida

abnegación» (Enc. *Laudato si'*, 105). En efecto, la verdad significa más que el saber: el conocimiento de la verdad tiene como finalidad el conocimiento del bien. La verdad nos hace buenos, y la bondad es verdadera.

Es justo que nos interroguemos: ¿Cómo ayudamos a nuestros alumnos a no mirar un grado universitario como sinónimo de mayor posición, sinónimo de más dinero o mayor prestigio social? No son sinónimos. ¿Ayudamos a ver esta

preparación como signo de una mayor responsabilidad ante los problemas de hoy, ante la necesidad del más pobre, ante el cuidado del medio ambiente? No basta hacer análisis, descripciones de la realidad; es necesario generar espacios de verdadera investigación, debates que generen alternativas para los problemas de hoy. Qué importante es concretar.

2. Por designio y gracia de Dios, *sois universidad católica*, una característica que en nada

lesiona a la universidad, más bien al contrario, la valoriza al máximo; porque si la misión fundamental de toda universidad es «la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad» (Juan Pablo II, Cons. ap. *Ex corde Ecclesiae*, 30), una institución académica católica se distingue por la inspiración cristiana de sus miembros y de sus propias comunidades, ayudándoles a incluir la dimensión moral, espiritual y

religiosa en su investigación y a valorar las conquistas de la ciencia y la técnica en la perspectiva de la totalidad de la persona humana. Como afirma Juan Pablo II, «las ciencias humanas, no obstante todos los conocimientos de gran valor que ofrecen, no pueden asumir la función de indicadores decisivos de las normas morales» (Enc. *Veritatis splendor*, 112). A esto me refería al hablar de razón equivocada cuando establece como su último criterio la presión de los intereses y la



atracción de lo útil. «El Evangelio es el que revela la verdad integral sobre el hombre y sobre su camino moral y, de esta manera, instruye y amonesta a los pecadores, y les anuncia la misericordia divina [...], les recuerda la alegría del perdón, sólo el cual da la fuerza para reconocer una verdad liberadora en la ley divina, una gracia de esperanza, un camino de vida» (*ibíd.*, 112).

Podría objetarse que una docencia universitaria de ese tipo saca sus conclusiones de la

fe y, por tanto, no puede pretender que quienes no comparten esta fe acepten la validez de las mismas. Pero, si bien es cierto que no comparten la fe, sí que pueden reconocer la razón ética que les viene propuesta. Detrás del docente católico se encuentra una comunidad creyente, en la que, durante los siglos de su existencia, maduró una determinada sabiduría de la vida; una comunidad que guarda en sí un tesoro de conocimiento y de experiencia ética, que se revela importante

para toda la humanidad. En este sentido, el docente habla no tanto como representante de una creencia, sino, sobre todo, como testigo de la validez de una razón ética.

3. Y por fisonomía y presencia, *sois universidad portuguesa*. Esto constituye otro signo de esperanza que la Iglesia ofrece al país, puesto que pone a disposición de la nación una institución cultural que, teniendo como objetivo el perfeccionamiento cristiano del hombre, es llamada

precisamente a servir la causa misma del hombre, en la certeza de que —como enseña el Concilio Vaticano II— «el que sigue a Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo más hombre» (*Gaudium et spes*, 41).

Antes he aludido a la necesidad de descender a lo concreto; quería recordar aquí el principio de encarnarse en la piel de nuestro pueblo. Sus preguntas nos cuestionan; sus batallas, sueños y preocupaciones tienen un valor hermenéutico que no podemos

ignorar, si queremos  
verdaderamente seguir el  
principio de la encarnación.  
Nuestro Dios escogió este  
camino: se encarnó en este  
mundo, marcado por conflictos,  
injusticias y violencias, lleno de  
esperanzas y sueños. No  
tenemos otro lugar donde  
encontrarlo si no es en nuestro  
mundo concreto, en vuestro  
Portugal concreto, en vuestras  
ciudades y aldeas, en vuestro  
pueblo. Allí está Dios salvando.  
«En Portugal, se conservará  
siempre el dogma de la fe»  
*(Memorias de la Hermana*

*Lucía*, IV, nº 5). Esta es una promesa del Cielo dejada en Fátima hace cien años, tan consoladora como comprometida, pues sabemos que Dios creó solo al hombre, pero no quiso salvarlo solo; espera nuestra colaboración. También la colaboración de la Universidad Católica Portuguesa, nacida hace cincuenta años, un tiempo vivido bajo el signo de la consagración de la comunidad académica al Inmaculado Corazón de María. Me ha hecho mucho bien al alma, cuando

estuve en su Santuario, poder unirme a la oración del buen pueblo portugués y de otras partes. Como entonces os dije, fui allí a «venerar a la Virgen Madre, y para confiarle a sus hijos e hijas. Bajo su manto, no se pierden; de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitan» (*Homilía*, 13 mayo 2017).

Con esta certeza, que se transforma en deseo de bien para toda la familia que compone vuestra institución académica: dirigentes, docentes, estudiantes, personal

administrativo y bienhechores,  
renuevo mis felicitaciones por  
la fecha jubilar y bendigo a  
todos, en sus trabajos e  
iniciativas. Os acompaño con  
mis oraciones y, por favor, no  
os olvidéis de rezar por mí.  
Gracias.



28 de octubre de 2017.

Discurso a los participantes en una conferencia sobre derecho internacional humanitario.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me complace daros la bienvenida y agradezco a los honorables ministros del Gobierno italiano las palabras con las que han presentado este encuentro. Saludo cordialmente a las autoridades presentes y a todos los

participantes en la 3ª Conferencia sobre derecho internacional humanitario, que tiene como tema «La protección de la población civil en los conflictos — El papel de las organizaciones humanitarias y de la sociedad civil».

Este tema es particularmente significativo en ocasión del 40º aniversario de la adopción de los dos Protocolos adicionales a los Convenios de Ginebra relativos a la protección de las víctimas de los conflictos armados. Convencida del carácter esencialmente

negativo de la guerra y de que la aspiración más digna del ser humano es la abolición de la misma, la Santa Sede ha ratificado estos dos acuerdos con el fin de fomentar una «humanización de los efectos del conflicto armado»[\[1\]](#). La Santa Sede no ha dejado de apreciar, en particular, las disposiciones relativas a la protección de la población civil y de los bienes indispensables para su supervivencia, el respeto del personal sanitario y religioso, y la protección de los bienes culturales y religiosos,

así como el ambiente natural, nuestra casa común. La Santa Sede, sin embargo, consciente de las omisiones y vacilaciones que caracterizaron especialmente el Segundo Protocolo adicional, es decir, el relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados no internacionales, sigue considerando estos instrumentos como una puerta abierta hacia sucesivos desarrollos del derecho internacional humanitario[2], que sepan cómo tomar adecuadamente en cuenta las

características de los conflictos armados contemporáneos y el sufrimiento físico, moral y espiritual que los acompañan. De hecho, a pesar del loable intento por reducir, a través de la codificación del derecho humanitario, las consecuencias negativas de las hostilidades en la población civil, demasiado a menudo llegan desde diferentes escenarios de guerra, testimonios de crímenes atroces, de verdaderos ultrajes a la persona y a su dignidad, cometidos en menosprecio de toda consideración elemental

de la humanidad. Imágenes de personas sin vida, de cuerpos mutilados o decapitados, de nuestros hermanos y hermanas torturados, crucificados, quemados vivos, ofendidos incluso en sus despojos, interpelan la conciencia de la humanidad. Por otra parte, no cesan las noticias de antiguas ciudades, con sus tesoros culturales milenarios, reducidas a escombros, de hospitales y escuelas convertidos en objeto de ataques deliberados y destruidos, privando así enteras generaciones de su

derecho a la vida, a la salud y a la educación. ¡Cuántas iglesias y otros lugares de culto son objeto de agresiones calculados, a menudo precisamente durante las celebraciones litúrgicas, con numerosas víctimas entre los fieles y los ministros reunidos en oración, violando el derecho fundamental a la libertad de religión! A veces, por desgracia, la difusión de estas noticias puede dar lugar a una saturación que anestesia y, en cierta medida, relativiza la gravedad de los problemas, por

lo que es más difícil sentir compasión y abrir la propia conciencia a la solidaridad[3].

Para que esto ocurra, es necesario, en cambio, la conversión de los corazones, una apertura a Dios y al prójimo, que impulse a las personas a superar la indiferencia y vivir la solidaridad, como una virtud moral y una actitud social, de la que puede surgir un compromiso a favor de la humanidad que sufre[4]. Al mismo tiempo, sin embargo, es alentador ver las muchas



muestras de solidaridad y caridad, que no faltan en tiempos de guerra. Hay muchas personas, muchos grupos caritativos y organizaciones no gubernamentales, en la Iglesia y fuera de ella, cuyos miembros se enfrentan a dificultades y peligros para curar a los heridos y los enfermos, enterrar a los muertos[5], para dar de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos, para visitar a los prisioneros. Realmente la ayuda a las víctimas del conflicto combina varias obras de misericordia,

por las que seremos juzgados al final de la vida. Ojalá las organizaciones humanitarias actúen siempre en conformidad con los principios fundamentales de humanidad, imparcialidad, neutralidad e independencia. Espero, por tanto, que estos principios, que constituyen el corazón del derecho internacional humanitario, encuentren cabida en las conciencias de los combatientes y de los trabajadores humanitarios para que se traduzcan en la práctica [\[6\]](#). Allí, pues, donde el

derecho humanitario sabe de vacilaciones y omisiones, sepa la conciencia individual reconocer el deber moral de respetar y proteger la dignidad de la persona humana en todas las circunstancias, especialmente en situaciones en las que está más fuertemente amenazada. Para que sea posible, quisiera recordar la importancia de la oración y la de garantizar, junto a la educación técnica y jurídica, el acompañamiento espiritual de los combatientes y trabajadores humanitarios.

Queridos hermanos y hermanas, a todos aquellos —y entre ellos se encuentran muchos de vosotros— que han puesto en peligro sus vidas para salvar otra o para aliviar el sufrimiento de las personas afectadas por conflictos armados, están dirigidas las palabras de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*). Os encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen María, Reina de la Paz, y

mientras os pido por favor que  
recéis por mí, os imparto de  
todo corazón la bendición  
apostólica a vosotros y a  
vuestras familias.

¡Gracias!

[1] Déclaration du Saint-Siège  
formulée lors de la ratification  
du « Protocole additionnel aux  
Conventions de Genève du 12  
août 1949 relatif à la  
protection des victimes des  
conflits armés non  
internationaux », 8 de junio de  
1977.

[2] Cfr. ibid.

[3] Cfr. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2016, “Vence la indiferencia y conquista la paz”, 3

[4] Cfr. ibid., 6.

[5] Cfr. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2016, «Vence la indiferencia y conquista la paz», 3

[6] Cfr. Déclaration du Saint-Siège formulée lors de la ratification du «Protocole additionnel aux Conventions de

Genève du 12 août 1949 relatif à la protection des victimes des conflits armés non internationaux», 8 de junio de 1977.

28 de octubre de 2017.

Discurso a los participantes en la conferencia "repensando Europa" organizada por la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE) en colaboración con la secretaría de estado.

Sábado.

*Eminencias, Excelencias,  
Distinguidas autoridades,  
Señoras y señores:*

Me complace estar presente en la conclusión del Diálogo (*Re*)



*Thinking Europe. Una  
contribución cristiana al futuro  
del proyecto*

européo promovido por la  
Comisión de las Conferencias  
Episcopales de la Comunidad  
Europea (COMECE). Saludo de  
forma particular al Presidente,  
el Cardenal Reinhard Marx,  
como también al honorable  
Antonio Tajani, Presidente del  
Parlamento Europeo, y les  
agradezco por las deferentes  
palabras que me han dirigido.  
Quisiera expresar a cada uno  
de ustedes mi más profundo  
agradecimiento por haber

intervenido en este importante espacio de debate. Gracias.

El *Diálogo* de estos días ha sido una oportunidad para reflexionar ampliamente sobre el futuro de Europa desde múltiples ángulos, gracias a la presencia entre vosotros de diversas personalidades eclesiales, políticas, académicas o sencillamente representantes de la sociedad civil. Los jóvenes han podido expresar sus expectativas y esperanzas, confrontándose con los más ancianos, quienes, a su vez, han tenido la ocasión de

ofrecer su propio bagaje cargado de reflexiones y experiencias. Es significativo que este encuentro buscara ser sobre todo un diálogo en un espíritu de confrontación libre y abierta, a través de la cual enriquecerse mutuamente e iluminar el *camino del futuro de Europa*, más allá de la senda que todos juntos estamos llamados a recorrer para superar las crisis que padecemos y para afrontar los desafíos que nos esperan. Hablar de una *contribución cristiana* para el futuro del

continente significa ante todo preguntarse sobre nuestro deber como cristianos hoy, en estas tierras fecundamente plasmadas por la fe a lo largo de los siglos. ¿Cuál es nuestra responsabilidad en un tiempo en el que el rostro de Europa está cada vez más marcado por una pluralidad de culturas y de religiones, mientras que para muchos el cristianismo se percibe como un elemento del pasado, lejano y ajeno?

*Persona y comunidad*

En el ocaso de la antigua

civilización, cuando las glorias de Roma se convertían en esas ruinas que todavía hoy podemos admirar en la ciudad; mientras nuevos pueblos presionaban a lo largo de las fronteras del antiguo Imperio, un joven se hizo eco de la voz del Salmista: «¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?»[\[1\]](#). Al proponer esta cuestión en el Prólogo de la Regla, san Benito orientó la atención de sus contemporáneos, y también la nuestra, sobre una concepción del hombre radicalmente

diversa de la que había distinguido la época clásica Greco-romana y aún más de la violenta que había caracterizado las invasiones bárbaras. El hombre ya no es simplemente un civis, un ciudadano dotado de privilegios para consumarse en el ocio; ya no es un miles, combativo servidor del poder de turno; sobre todo ya no es un servus, mercancía de cambio privada de libertad, destinada únicamente al trabajo y al desgaste.

San Benito no se preocupa de

la condición social, ni de la riqueza, ni del poder. Él mira la naturaleza común de cada ser humano, que, cualquiera que sea su condición, anhela profundamente la vida y desea días felices. Para san Benito no hay roles, hay personas: no hay adjetivos sino sustantivos. Este es uno de los valores fundamentales que ha traído el cristianismo: el sentido de la persona, creada a imagen de Dios. A partir de ese principio se construyeron los monasterios, que con el tiempo se convertirían en cuna del

renacimiento humano, cultural, religioso y, también, económico del continente.

La primera, y tal vez la mayor, contribución que los cristianos pueden aportar a la Europa de hoy es recordar que no se trata de una colección de números o de instituciones, sino que está hecha de personas.

Lamentablemente, a menudo se nota cómo cualquier debate se reduce fácilmente a una discusión de cifras. No hay ciudadanos, hay votos. No hay emigrantes, hay cuotas. No hay trabajadores, hay indicadores



económicos. No hay pobres, hay umbrales de pobreza. Lo concreto de la persona humana se ha reducido así a un principio abstracto, más cómodo y tranquilizador. Se entiende la razón: las personas tienen rostros, nos obligan a asumir una responsabilidad real y «personal»; las cifras tienen que ver con razonamientos, también útiles e importantes, pero permanecerán siempre sin alma. Nos ofrecen excusas para no comprometernos, porque nunca nos llegan a tocar en la propia carne.

Reconocer que el otro es ante todo una persona significa valorar lo que me une a él. El ser personas nos une a los demás, nos hace ser *comunidad*. Por lo tanto, la segunda contribución que los cristianos pueden aportar al futuro de Europa es el descubrimiento del sentido de pertenencia a una comunidad. No es una casualidad que los padres fundadores del proyecto europeo eligieran precisamente esa palabra para identificar el nuevo sujeto político que estaba constituyéndose. La

comunidad es el antídoto más grande contra los individualismos que caracterizan nuestro tiempo, contra esa tendencia generalizada hoy en Occidente a concebirse y a vivir en soledad. Se tergiversa el concepto de libertad, interpretándolo como si fuera el *deber de estar solos*, libres de cualquier vínculo y en consecuencia se ha construido una sociedad desarraigada, privada de sentido de pertenencia y de herencia. Para mí, esto es grave.

Los cristianos reconocen que su identidad es ante todo relacional. Están integrados como miembros de un cuerpo, la Iglesia (cf. *1 Co 12,12*), en el que cada uno con su propia identidad y peculiaridades participa libremente en la edificación común. De forma análoga, esta relación se da también en el ámbito de las relaciones interpersonales y de la sociedad civil. Frente al otro, cada uno descubre sus méritos y defectos; sus puntos fuertes y sus debilidades; en otras palabras, descubre su rostro,

comprende su identidad. La familia, como primera comunidad, sigue siendo el lugar fundamental para ese descubrimiento. En ella, la diversidad se exalta y al mismo tiempo se recompone en la unidad. La familia es *la unión armónica de las diferencias* entre el hombre y la mujer, que cuanto más generativa y capaz sea de abrirse a la vida y a los demás, tanto más será verdadera y profunda. Del mismo modo, una comunidad civil está viva si sabe estar abierta, si sabe

acoger la diversidad y las cualidades de cada uno y, al mismo tiempo, sabe generar nuevas vidas, así como también desarrollo, trabajo, innovación y cultura.

Persona y comunidad son, por tanto, los pilares de la Europa que como cristianos queremos y podemos ayudar a construir. Los ladrillos de ese edificio se llaman: diálogo, inclusión, solidaridad, desarrollo y paz.

*Un lugar de diálogo*

Hoy toda Europa, desde el Atlántico hasta los Urales,

desde el Polo Norte hasta el Mar Mediterráneo, no se puede permitir perder la oportunidad de ser ante todo un lugar de diálogo, sincero y constructivo al mismo tiempo, en el que todos los protagonistas tienen la misma dignidad. Estamos llamados a construir una Europa en la que podamos encontrarnos y confrontarnos a todos los niveles, así como lo era en un cierto sentido la antigua ágora. Ella era, de hecho, la plaza de la pólis. No solo un espacio de intercambio económico, sino también el

corazón neurálgico de la política, sede en la que se elaboraban las leyes para el bienestar de todos; lugar hacia el que se asomaba el templo, de tal modo que a la dimensión horizontal de la vida cotidiana no le faltara nunca el aliento trascendente que mira más allá de lo efímero, de lo pasajero y provisorio.

Todo eso nos empuja a considerar el papel positivo y constructivo que en general tiene la religión en la construcción de la sociedad. Pienso, por ejemplo, en la



importancia del diálogo interreligioso para favorecer el conocimiento recíproco entre cristianos y musulmanes en Europa. Desafortunadamente, cierto prejuicio laicista, todavía en auge, no es capaz de percibir el valor positivo que tiene para la sociedad el papel público y objetivo de la religión, prefiriendo relegarla a una esfera meramente privada y sentimental. Se instaura así también el predominio de un cierto pensamiento único [\[2\]](#), muy extendido en la comunidad internacional, que ve en las

afirmaciones de una identidad religiosa un peligro para la propia hegemonía, acabando así por favorecer una falsa contraposición entre el derecho a la libertad religiosa y otros derechos fundamentales. Hay una separación entre ellos. Favorecer el diálogo —cualquier diálogo— es una responsabilidad fundamental de la política y, lamentablemente, se nota demasiado a menudo cómo esta se transforma más bien en un lugar de choque entre fuerzas opuestas. Los gritos de las reivindicaciones

sustituyen a la voz del diálogo. Desde varios lugares se tiene la sensación de que el bien común ya no es el objetivo primario a perseguir y ese desinterés lo perciben muchos ciudadanos. Encuentran así terreno fértil en muchos países las formaciones extremistas y populistas que hacen de la protesta el corazón de su mensaje político, sin ofrecer un proyecto político como alternativa constructiva. El diálogo viene sustituido por una contraposición estéril, que puede también poner en peligro la convivencia civil, o por una

hegemonía del poder político que enjaula e impide una verdadera vida democrática. En un caso se destruyen puentes y en el otro se construyen muros. Y hoy Europa conoce ambos. Los cristianos están llamados a favorecer el diálogo político, especialmente allí donde está amenazado y prevalece el enfrentamiento. Los cristianos están llamados a dar nueva dignidad a la política, entendida como máximo servicio al bien común y no como una ocupación de poder. Esto requiere también una adecuada

formación, porque la política no es «el arte de la improvisación», sino una alta expresión de abnegación y entrega personal en ventaja de la comunidad. Ser líder exige estudio, preparación y experiencia.

### *Un ámbito inclusivo*

La responsabilidad de los líderes es la de favorecer una Europa que sea una comunidad *inclusiva*, libre de un equívoco de fondo: inclusión no es sinónimo de aplastamiento indiferenciado.

Al contrario, se es auténticamente inclusivos cuando se saben valorar las diferencias, asumiéndolas como patrimonio común y enriquecedor. En esta perspectiva, los emigrantes son un recurso más que un peso. Los cristianos están llamados a meditar seriamente sobre la afirmación de Jesús: «Fui forastero y me hospedasteis» (*Mt 25,35*). Ante el drama de los refugiados y de los desplazados, no se puede olvidar, de ningún modo, el hecho de estar ante personas

que no pueden ser elegidas o descartadas por el propio gusto, según lógicas políticas, económicas o incluso religiosas. Sin embargo, esto no contrasta con el deber de toda autoridad de gobierno de gestionar la cuestión migratoria «con la virtud propia del gobernante, es decir, la prudencia»[\[3\]](#), que debe tener en cuenta tanto la necesidad de tener un corazón abierto, como la posibilidad de integrar plenamente a nivel social, económico y político a los que llegan al país. No se puede pensar que el fenómeno

migratorio sea un proceso indiscriminado y sin reglas, pero no se pueden tampoco levantar muros de indiferencia o de miedo. Por su parte, los mismos emigrantes no deben olvidar el compromiso importante de conocer, respetar y también asimilar la cultura y las tradiciones de la nación que los acoge.

### *Un espacio de solidaridad*

Trabajar por una comunidad inclusiva significa edificar un *espacio de solidaridad*. Ser comunidad implica de hecho



que nos apoyemos mutuamente y, por tanto, que no pueden ser solo algunos los que lleven pesos y realicen sacrificios extraordinarios, mientras que otros permanecen enrocados defendiendo posiciones privilegiadas. Una Unión Europea que, al afrontar sus crisis, no redescubriera el sentido de ser una única comunidad que se sostiene y se ayuda —y no un conjunto de pequeños grupos de interés— perdería no solo uno de los desafíos más importantes de su historia, sino también una de

las oportunidades más grandes para su futuro.

La solidaridad, esa palabra que tantas veces parece que se quiera eliminar del diccionario.

La solidaridad, que en la perspectiva cristiana encuentra su razón de ser en el precepto del amor (cf. *Mt 22,37-40*), no puede ser otra cosa que la savia vital de una comunidad viva y madura. Junto al otro principio cardinal de la subsidiariedad, esta se refiere no solo a las relaciones entre los Estados y las regiones de Europa. Ser una comunidad

solidaria significa cuidar de los más débiles de la sociedad, de los pobres, de los que son descartados por los sistemas económicos y sociales, a partir de los ancianos y los desempleados. Pero la solidaridad exige también que se recupere la colaboración y el apoyo recíproco entre las generaciones.

A partir de los años sesenta del siglo pasado está teniendo lugar un conflicto generacional sin precedentes. Al entregar a las nuevas generaciones los ideales que han hecho grande a

Europa, se puede decir hiperbólicamente que se ha preferido la traición a la tradición. Al rechazo de lo que llegaba de los padres, le ha seguido el tiempo de una dramática esterilidad. No solo porque en Europa se tienen pocos hijos —nuestro invierno demográfico—, y demasiados son los que han sido privados del derecho a nacer, sino también porque nos hemos encontrado incapaces de entregar a los jóvenes los instrumentos materiales y culturales para afrontar el

futuro. Europa vive una especie de *déficit de memoria*. Volver a ser comunidad solidaria significa redescubrir el valor del propio pasado, para enriquecer el propio presente y entregar a la posteridad un futuro de esperanza.

Muchos jóvenes se encuentran, sin embargo, perdidos ante la ausencia de raíces y de perspectivas, están desarraigados, «llevados a la deriva por todo viento de doctrina» (Ef 4,14); a veces también «prisioneros» de adultos posesivos, a los que les

cuesta sostener la tarea que les corresponde. Es importante la tarea de educar, no solo ofreciendo un conjunto de conocimientos técnicos y científicos, sino sobre todo trabajando «para promover la perfección íntegra de la persona humana, también para el bien de la sociedad terrestre y para la construcción de un mundo que debe configurarse más humanamente» [\[4\]](#). Esto exige la implicación de toda la sociedad. La educación es una tarea común, que requiere la activa participación al mismo

tiempo de los padres, de la escuela y de las universidades, de las instituciones religiosas y de la sociedad civil. Sin educación, no se genera cultura y se vuelve árido el tejido vital de las comunidades.

### *Una fuente de desarrollo*

La Europa que se redescubre comunidad será seguramente una *fuentes de desarrollo* para sí y para todo el mundo. El desarrollo hay que entenderlo en la acepción que el beato Pablo VI dio a tal palabra. «Para ser auténtico, debe ser

integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. Con gran exactitud ha subrayado un eminente experto: "Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano, el desarrollo de las civilizaciones en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera"» [\[5\]](#).

Ciertamente al desarrollo del hombre contribuye el trabajo, que es un factor esencial para la dignidad y la maduración de



la persona. Se necesita que haya trabajo y se necesitan también condiciones adecuadas de trabajo. En el siglo pasado no han faltado ejemplos elocuentes de empresarios cristianos que han comprendido cómo el éxito de sus iniciativas dependía sobre todo de la posibilidad de ofrecer oportunidades de empleo y condiciones dignas de trabajo. Es necesario volver a empezar desde el espíritu de esas iniciativas, que son también el mejor antídoto a los desequilibrios provocados por

una *globalización sin alma*, una globalización «esférica», que — más atenta al beneficio que a las personas— ha creado gran cantidad de pobreza, desempleo, explotación y malestar social.

Sería oportuno también redescubrir la necesidad de una concreción del trabajo, sobre todo para los jóvenes. Hoy muchos tienden a rehuir de trabajos en sectores que antes eran cruciales, porque son considerados fatigosos y poco remunerados, olvidando cuánto son indispensables para el

desarrollo humano. ¿Qué sería de nosotros sin el compromiso de las personas que con el trabajo contribuyen a nuestra alimentación cotidiana? ¿Qué sería de nosotros sin el trabajo paciente e ingenioso de quien teje los vestidos que llevamos o construye las casas en las que vivimos? Muchas profesiones consideradas hoy de segundo grado son fundamentales. Lo son desde el punto de vista social, pero sobre todo lo son por la satisfacción que los trabajadores reciben del poder ser útiles para sí y para los

otros a través de su  
compromiso diario.

También corresponde a los  
gobiernos crear las condiciones  
económicas que favorezcan un  
sano empresariado y niveles  
adecuados de empleo. A la  
política le compete  
especialmente reactivar  
un *círculo virtuoso* que, a partir  
de inversiones a favor de la  
familia y de la educación,  
consienta el desarrollo  
armonioso y pacífico de toda la  
comunidad civil.

*Una promesa de paz*

Finalmente, el compromiso de los cristianos en Europa debe constituir una *promesa de paz*. Fue este el pensamiento principal que animó a los firmantes de los Tratados de Roma. Después de dos guerras mundiales y violencias atroces de pueblos contra pueblos, había llegado el momento de afirmar el derecho a la paz [\[6\]](#). Es un derecho. Pero todavía hoy vemos cómo la paz es un bien frágil y las lógicas particulares y nacionales corren el riesgo de frustrar los sueños valientes de los fundadores de

Europa[7].

Sin embargo, ser trabajadores de paz (cf. *Mt 5,9*) no significa solamente trabajar para evitar las tensiones internas, trabajar para poner fin a numerosos conflictos que desangran al mundo o llevar alivio a quien sufre. Ser trabajadores de paz significa hacerse promotores de una *cultura de la paz*. Esto exige amor a la verdad, sin la que no pueden existir relaciones humanas auténticas y búsqueda de la justicia, sin la que el abuso es la norma imperante de cualquier

comunidad.

La paz exige también creatividad. La Unión Europea mantendrá fidelidad a su compromiso de paz en la medida en que no pierda la esperanza y sepa renovarse para responder a las necesidades y a las expectativas de los propios ciudadanos. Hace cien años, precisamente en estos días, empezaba la batalla de Caporetto, una de las más dramáticas de la Gran Guerra. Fue el ápice de una guerra de deterioro, como fue el primer

conflicto mundial, que tuvo su triste primado de causar innumerables víctimas frente a conquistas irrisorias. De ese evento aprendemos que quien se atrinchera detrás de las propias posiciones, termina por sucumbir. No es este, por tanto, el tiempo de construir trincheras, sino el de tener la valentía de trabajar para perseguir plenamente el sueño de los Padres fundadores de una Europa unida y concorde, comunidad de pueblos que desean compartir un destino de desarrollo y de paz.



## *Ser alma de Europa*

Eminencias, Excelencias,  
Ilustres huéspedes:

El autor de la Carta a Diogneto afirma que « los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo»[\[8\]](#). En este tiempo, los cristianos están llamados a dar nuevamente alma a Europa, a despertar la conciencia, no para ocupar los espacios —esto sería proselitismo—, sino para animar procesos que generen nuevos dinamismos en la sociedad[\[9\]](#). Es precisamente

cuanto hizo san Benito,  
proclamado no por casualidad  
patrón de Europa por Pablo VI;  
él no se detuvo en ocupar los  
espacios de un mundo perdido  
y confuso. Sostenido por la fe,  
miró más allá y desde una  
pequeña cueva de Subiaco dio  
vida a un movimiento  
contagioso e imparable que  
rediseñó el rostro de Europa.  
Él, que fue «mensajero de paz,  
realizador de unión, maestro de  
civilización» [\[10\]](#), nos muestre  
también a nosotros cristianos  
de hoy cómo de la fe brota  
siempre una esperanza alegre,

capaz de cambiar el mundo.  
Gracias.

Que el Señor nos bendiga,  
bendiga nuestro trabajo,  
bendiga a nuestros pueblos,  
nuestras familias, nuestros  
jóvenes, nuestros ancianos,  
bendiga a Europa.

Muchas gracias.

---

[1] San Benito, Regla, Prólogo,  
14. Cf. Sal 33,13.

[2] La dictadura del  
pensamiento único. Meditación  
matutina en la Capilla de

la Domus Sanctae Marthae, 10  
abril 2014.

[3] Conferencia de prensa  
durante el vuelo de regreso de  
Colombia, 10 septiembre 2017.

[4] Concilio Ecuménico  
Vaticano II, Decl. Gravissimum  
educationis, 28 octubre 1965,  
3.

[5] Pablo VI, Carta  
enc. Populorum progressio, 26  
marzo 1967, 14.

[6] Cf. Discurso a los  
estudiantes y al mundo  
académico, Bolonia 1 octubre

2017, n. 3.

[7] Cf. *ibíd.*

[8] Carta a Diogneto, VI.

[9] Cf. *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 223.

[10] Pablo VI, Carta ap. *Pacis Nuntius*, 24 octubre 1964.

29 de octubre de 2017.  
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En este domingo la liturgia nos presenta un pasaje evangélico breve, pero muy importante (cf. *Mt 22, 34-40*). El evangelista Mateo cuenta que los fariseos se reúnen para poner a prueba a Jesús. Uno de ellos, un doctor de la ley, le dirige esta pregunta: «Maestro ¿cuál es el mandamiento mayor

de la Ley?» (Mt 22, 36). Es una pregunta insidiosa, porque en la ley de Moisés se mencionan más de seiscientos preceptos. ¿Cómo distinguir, entre todos esos, el *gran mandamiento*?

Pero Jesús no duda y responde: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Y añade: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». (Mt 22, 37.39)

Esta respuesta de Jesús no se da por sentada, porque, entre los múltiples preceptos de la ley judía, los más importantes

eran los diez Mandamientos, comunicados directamente por Dios a Moisés, como condiciones del pacto de alianza con el Pueblo. Pero Jesús quiere hacer entender que sin el amor por Dios y por el prójimo no hay verdadera fidelidad a esta alianza con el Señor. Tú puedes hacer muchas cosas buenas, cumplir tantos preceptos, tantas cosas buenas, pero si tú no tienes amor, eso no sirve.

Lo confirma otro texto del Libro del Éxodo, llamado «código de la alianza», donde se dice que



no se puede estar en la Alianza del Señor y maltratar a aquellos que gozan de su protección. Y, ¿quiénes son estos que gozan de su protección? Dice la Biblia: la viuda, el huérfano y el extranjero, el migrante, es decir las personas más solas e indefensas. (cf. Éx 11, 20-21). Respondiendo a aquellos fariseos que le habían preguntado, Jesús intenta también ayudarles a poner orden en su religiosidad, a reestablecer aquello que verdaderamente cuenta y

aquello que es menos importante. Dice Jesús: «De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas» (*Mt 22, 40*). Son los más importantes y los demás dependen de estos dos. Y Jesús vivió precisamente así su vida: predicando y obrando aquello que verdaderamente cuenta y es esencial, es decir, el amor. El amor da impulso y fecundidad a la vida y al camino de fe: sin amor, tanto la vida como la fe permanecen estériles.

Aquello que Jesús propone en esta página evangélica es un

ideal estupendo, que corresponde al deseo más auténtico de nuestro corazón. De hecho, hemos sido creados para amar y ser amados. Dios, que es amor, nos ha creado para hacernos partícipes de su vida, para ser amados por Él y para amarlo y para amar con Él a todas las demás personas. Este es el «sueño» de Dios para el hombre. Y para realizarlo necesitamos de su gracia, necesitamos recibir en nosotros la capacidad de amar que proviene de Dios mismo. Jesús se ofrece a nosotros en la

Eucaristía precisamente por esto. En ella nosotros recibimos a Jesús en la expresión máxima de su amor, cuando Él se ofreció a sí mismo al Padre para nuestra salvación. Que la Virgen Santa nos ayude a acoger en nuestra vida el «gran mandamiento» del amor de Dios y del prójimo. De hecho, incluso si lo conocemos desde que éramos niños, no terminaremos nunca de convertirnos a ello y de ponerlo en práctica en las diversas situaciones en las que nos encontramos.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer en Caxias do Sul, en Brasil, fue proclamado Beato Giovanni Schiavo, sacerdote de los Josefinos de Murialdo.

Nacido en las colinas de Vicenza al inicio de 1900, fue enviado de joven como sacerdote a Brasil, donde trabajó con celo al servicio del pueblo de Dios y de la formación de religiosos y religiosas. Que su ejemplo nos ayude a vivir en plenitud nuestra adhesión a Cristo y al

Evangelio. Os saludo con afecto a todos vosotros, peregrinos italianos y de varios países, en particular a aquellos procedentes de Ballygawley (Irlanda), Salisburgo (Austria) y de la región de Traunstein y Berchtesgaden (Alemania). Saludo a los participantes en el Congreso de Institutos seculares italianos, a los que animo en su testimonio del Evangelio en el mundo; y a la asociación de donantes de sangre FIDAS de Orta Nova (Foggia). ¡Veo que hay colombianos ahí!

Saludo a la comunidad togolesa de Italia y a aquella venezolana con la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, la «Chinita». Confiemos a la Virgen María las esperanzas y las expectativas legítimas de estas dos naciones.

Os deseo a todos un buen domingo.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta luego!

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2017. Noviembre.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*



## **NOVIEMBRE.**

### **1 de noviembre de 2017.**

**ÁNGELUS. Solemnidad de Todos los Santos.**

### **2 de noviembre de 2017.**

**Homilía en la Santa Misa por todos los caídos de las guerras.**

### **3 de noviembre de 2017.**

**Homilía en la capilla papal en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos durante el año.**

### **4 de noviembre de 2017.**

**Discurso a los miembros de la federación internacional de las universidades católicas.**

**5 de noviembre de 2017.**

**ÁNGELUS.**

**8 de noviembre de 2017.**

**Audiencia general. Participar en la misa es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor.**

**10 de noviembre de 2017.**

**Discurso a los participantes en la conferencia "perspectivas para un mundo libre de armas nucleares y para un desarme integral"**

**11 de noviembre de 2017.**

**Discurso a los líderes del foro de las islas del pacífico.**

**12 de noviembre de 2017.**

ANGELUS.

**13 de noviembre de 2017.**

Mensaje para la celebración de la 51 jornada mundial de la paz.

**15 de noviembre de 2017.**

Audiencia general. La Misa es la oración por excelencia.

**18 de noviembre de 2017.**

Discurso a los participantes en la plenaria del Consejo Pontificio para la Cultura.

**18 de noviembre de 2017.**

Discurso a la fundación vaticana "Joseph Ratzinger - Benedicto XVI" con ocasión de la entrega del "premio

Ratzinger"

**19 de noviembre de 2017.**

Homilía en la Santa Misa durante la jornada mundial de los pobres.

**19 de noviembre de 2017.**

ÁNGELUS.

**22 de noviembre de 2017.**

Audiencia general. La misa, memorial de la Pascua del Señor.

**23 de noviembre de 2017.**

Homilía en la celebración de oración por la paz en Sudán del sur y en la República Democrática del Congo.

**24 de noviembre de 2017.**

Discurso a los miembros de la comisión mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia Católica y la Iglesia Asiria de Oriente.

**25 de noviembre de 2017.**

Discurso a los participantes en el curso organizado por el Tribunal de la Rota Romana.

**26 de noviembre de 2017.**

ÁNGELUS.

**28 de noviembre de 2017.**

Saludo en el encuentro con los líderes religiosos de Myanmar.

(Myanmar)

**28 de noviembre de 2017.**

Discurso en el encuentro con

las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

(Myanmar)

**29 de noviembre de 2017.**

Discurso en el encuentro con el consejo supremo de la Shanga de los monjes budistas.

(Myanmar)

**29 de noviembre de 2017.**

Homilía del Santo Padre en la Santa Misa. (Myanmar)

**29 de noviembre de 2017.**

Discurso en el encuentro con los obispos de Myanmar.

(Myanmar)

**30 de noviembre de 2017.**

Homilía en la Santa Misa con

los jóvenes. (Myanmar)

**30 de noviembre de 2017.**

Discurso en el encuentro con  
las autoridades, la sociedad  
civil y el cuerpo diplomático.

(Bangladesh)

1 de noviembre de 2017.

ÁNGELUS. Solemnidad de Todos los Santos.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y buena fiesta!*

La solemnidad de Todos los Santos es «nuestra» fiesta: no porque nosotros seamos buenos, sino porque la santidad de Dios ha tocado nuestra vida. Los santos no son figuritas perfectas, sino personas atravesadas por Dios. Podemos



compararlas con las vidrieras de las iglesias, que dejan entrar la luz en diversas tonalidades de color. Los santos son nuestros hermanos y hermanas que han recibido la luz de Dios en su corazón y la han transmitido al mundo, cada uno según su propia «tonalidad».

Pero todos han sido transparentes, han luchado por quitar las manchas y las oscuridades del pecado, para hacer pasar la luz afectuosa de Dios. Este es el objetivo de la vida: hacer pasar la luz de Dios

y también el objetivo de nuestra vida.

De hecho, hoy en el Evangelio Jesús se dirige a los suyos, a todos nosotros, diciéndonos «bienaventurados» (*Mt 5, 3*).

Es la palabra con la cual inicia su predicación, que es «Evangelio», Buena Noticia porque es el camino de la felicidad. Quien está con Jesús es bienaventurado, es feliz. La felicidad no está en tener algo o en convertirse en alguien, no, la felicidad verdadera es estar con el Señor y vivir por amor. ¿Vosotros creéis esto? Debemos

ir adelante, para creer en esto. Entonces, los ingredientes para una vida feliz se llaman bienaventuranzas: son bienaventurados los sencillos, los humildes que hacen lugar a Dios, que saben llorar por los demás y por los propios errores, permanecen mansos, luchan por la justicia, son misericordiosos con todos, custodian la pureza del corazón, obran siempre por la paz y permanecen en la alegría, no odian e, incluso cuando sufren, responden al mal con el bien. Estas son las

bienaventuranzas.

No exigen gestos asombrosos, no son para superhombres, sino para quien vive las pruebas y las fatigas de cada día, para nosotros. Así son los santos: respiran como todos el aire contaminado del mal que existe en el mundo, pero en el camino no pierden nunca de vista el recorrido de Jesús, aquel indicado en las bienaventuranzas, que son como un mapa de la vida cristiana.

Hoy es la fiesta de aquellos que han alcanzado la meta indicada

por este mapa: no sólo los santos del calendario, sino tantos hermanos y hermanas «de la puerta de al lado», que tal vez hemos encontrado y conocido. Hoy es una fiesta de familia, de tantas personas sencillas, escondidas que en realidad ayudan a Dios a llevar adelante el mundo. ¡Y existen muchos hoy! Son tantos. Gracias a estos hermanos y hermanas desconocidos que ayudan a Dios a llevar adelante el mundo, que viven entre nosotros, saludemos a todos con un fuerte aplauso. Ante

todo —dice la primera bienaventuranza— son «los pobres de espíritu» (*Mt 5, 3*). ¿Qué significa? Que no viven para el éxito, el poder y el dinero; saben que quien acumula tesoros para sí no se enriquece ante Dios (cf. *Lc 12, 21*). Creen en cambio que el Señor es el tesoro de la vida y el amor al prójimo la única verdadera fuente de ganancia. A veces estamos descontentos por algo que nos falta o preocupados si no somos considerados como quisiéramos; recordemos que

no está aquí nuestra felicidad, sino en el Señor y en el amor: sólo con Él, sólo amando se vive como bienaventurado.

Quisiera finalmente citar otra bienaventuranza, que no se encuentra en el Evangelio, sino al final de la Biblia y habla de la conclusión de la vida:

«Dichosos los muertos que mueren en el Señor» (*Ap 14, 13*).

Mañana estaremos llamados a acompañar con la oración a nuestros difuntos, para que gocen siempre del Señor. Recordemos con gratitud a

nuestros seres queridos y  
oremos por ellos.

Que la Madre de Dios, Reina de  
los Santos y Puerta del Cielo,  
interceda por nuestro camino  
de santidad y por nuestros  
seres queridos que nos han  
precedido y han partido ya para  
la Patria celestial.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Estoy afligido por los ataques  
terroristas de estos últimos días  
en Somalia, Afganistán y ayer  
en Nueva York. Al deplorar



tales actos de violencia rezo por los difuntos, por los heridos y por sus familiares. Pidamos al Señor que convierta el corazón de los terroristas y libere al mundo del odio y de la locura homicida que abusa del nombre de Dios para diseminar muerte. Dirijo un saludo especial a los participantes de la *Carrera de los Santos*, promovida por la fundación «Don Bosco en el mundo» para ofrecer una dimensión de fiesta popular a la celebración religiosa de Todos los Santos.

¡Gracias por vuestra hermosa

iniciativa y por vuestra  
presencia!

Os deseo a todos una buena  
fiesta en la compañía espiritual  
de los Santos.

Por favor, no os olvidéis de  
rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

2 de noviembre de 2017.

Homilía en la Santa Misa por todos los caídos de las guerras.

Cementerio Americano de Nettuno.

Jueves.

Todos nosotros, hoy, estamos reunidos aquí en esperanza. Cada uno de nosotros, en el propio corazón, puede repetir las palabras de Job que hemos escuchado en la primera Lectura: «Yo sé que mi Defensor está vivo y que él, el

último se levantará sobre el polvo». La esperanza de reencontrar a Dios, de reencontrarnos todos nosotros, como hermanos: y esta esperanza no desilusiona. Pablo fue fuerte en aquella expresión de la segunda Lectura: «La esperanza no desilusiona». Pero la esperanza muchas veces nace y hunde sus raíces en muchas llagas humanas, en muchos dolores humanos y aquel momento de dolor, de aflicción, de sufrimiento nos hace mirar el Cielo y decir: «yo creo que mi Redentor está vivo.

Pero párate, Señor». Y esta es la oración que tal vez sale de todos nosotros, cuando miramos este cementerio. «Estoy seguro, Señor, que estos nuestros hermanos están contigo. Estoy seguro», nosotros decimos esto. «Pero, por favor, Señor, párate. No más. No más la guerra. No más esta masacre inútil», como había dicho Benedicto XV. Mejor esperar sin esta destrucción: jóvenes... miles, miles, miles, miles... esperanzas rotas. «No más, Señor». Y esto debemos decirlo

hoy, que rezamos por todos los difuntos, pero en este lugar rezamos de modo especial por estos jóvenes; hoy que el mundo de nuevo está en guerra y se prepara para ir más fuertemente a la guerra. «No más, Señor. No más». Con la guerra se pierde todo.

Me viene a la mente esa anciana que mirando las ruinas de Hiroshima, con resignación sapiencial pero mucho dolor, con esa resignación de lamento que saben vivir las mujeres, porque es su carisma, decía: «Los hombres hacen de todo

para declarar y hacer una guerra, y al final se destruyen a sí mismos». Esta es la guerra: la destrucción de nosotros mismos. Seguramente esa mujer, esa anciana, allí había perdido hijos y nietos; le habían quedado solo las heridas en el corazón y las lágrimas. Y si hoy es un día de esperanza, hoy es también un día de lágrimas. Lágrimas como esas que sentían y tenían las mujeres cuando llegaba el correo: «Usted, señora, tiene el honor de que su marido ha sido un héroe de la patria; que sus

hijos son héroes de la patria». Son lágrimas que hoy la humanidad no debe olvidar. ¡Este orgullo de esta humanidad que no ha aprendido la lección y parece que no quiera aprenderla! Cuando muchas veces en la historia los hombres piensan en hacer una guerra, están convencido de llevar un mundo nuevo, están convencidos de hacer una «primavera». Y termina en un invierno, feo, cruel, con el reino del terror y la muerte. Hoy rezamos por todos los difuntos, todos, pero



de forma especial por estos jóvenes, en un momento en el que muchos mueren en las batallas de cada día y de esta guerra por partes. Rezamos también por los muertos de hoy, los muertos de guerra, también niños, inocentes. Este es el fruto de la guerra: la muerte. Y que el Señor nos dé la gracia de llorar.

3 de noviembre de 2017.

Homilía en la capilla papal en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos durante el año.

Basílica Vaticana, Altar de la Cátedra.

Viernes.

La celebración de hoy nos pone una vez más frente a la realidad de la muerte, haciendo que también se reavive en nosotros el dolor por la separación de las personas que

han estado cerca de nosotros, y nos han ayudado; pero la liturgia alimenta sobre todo nuestra *esperanza* por ellos y por nosotros mismos.

La primera lectura expresa una *firme esperanza* en la resurrección de los justos: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, otros para vergüenza e ignominia perpetua» (12,2).

Los que duermen en el polvo, es decir, en la tierra, son obviamente los muertos, y el despertar de la muerte no es

en sí mismo un retorno a la vida: algunos despertarán para la vida eterna, otros para vergüenza eterna. La muerte hace definitiva la «encrucijada» que ya está ante nosotros aquí, en este mundo: la senda de la vida, es decir, con Dios, o la senda de la muerte, es decir, lejos de Él. Esos «muchos» que resucitarán para la vida eterna son los «muchos» por los que Cristo ha derramado su sangre. Son esa muchedumbre que, gracias a la bondad misericordiosa de Dios, experimenta la realidad de la

vida que no acaba, la victoria completa sobre la muerte a través de la resurrección.

En el Evangelio, Jesús *fortalece nuestra esperanza*, cuando dice: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre» (Jn 6,51). Estas palabras remiten al sacrificio de Cristo en la cruz. Él aceptó la muerte para salvar a los hombres que el Padre le había entregado y que estaban muertos en la esclavitud del pecado. Jesús se hizo nuestro hermano y compartió nuestra

condición hasta la muerte; con su amor rompió el yugo de la muerte y nos abrió las puertas de la vida. Con su cuerpo y su sangre nos alimenta y nos une a su amor fiel, que lleva en sí la esperanza de la victoria definitiva del bien sobre el mal, sobre el sufrimiento y sobre la muerte. En virtud de este vínculo divino de la caridad de Cristo, sabemos que la comunión con los muertos no es simplemente un deseo, una imaginación, sino que se vuelve real.

La fe que profesamos en la

resurrección nos lleva a ser *hombres de esperanza* y no de desesperación, hombres de la vida y no de la muerte, porque nos consuela la promesa de la vida eterna enraizada en la unión con Cristo resucitado.

Esta *esperanza*, que la Palabra de Dios reaviva en nosotros, nos ayuda a tener una actitud de confianza frente a la muerte: en efecto, Jesús nos ha mostrado que esta no es la última palabra, sino que el amor misericordioso del Padre nos transfigura y nos hace vivir

en comunión eterna con Él.  
Una característica fundamental del cristiano es el sentido de la espera palpitante del encuentro final con Dios. Lo hemos reafirmado hace poco en el Salmo Responsorial: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?» (*Sal 42,3*). Son palabras poéticas que expresan de manera conmovedora nuestra espera vigilante y sedienta del amor, de la belleza, de la felicidad y de la sabiduría de Dios. Estas palabras del Salmo se



habían quedado grabadas en el alma de nuestros hermanos cardenales y obispos que hoy recordamos: nos han dejado después de haber servido a la Iglesia y al pueblo que se les confió con la mirada puesta en la eternidad. Por tanto, damos gracias por su servicio generoso al Evangelio y a la Iglesia, al mismo tiempo que nos parece oírles repetir con el Apóstol: «La esperanza no defrauda» (*Rm 5,5*). Sí, no defrauda. Dios es fiel y nuestra esperanza en Él no es inútil. Invoquemos para ellos la

intercesión materna de María Santísima, para que participen en el banquete eterno, que con fe y amor gustaron ya durante su peregrinación terrena.

4 de noviembre de 2017.

Discurso a los miembros de la federación internacional de las universidades católicas.

Sábado.

*Queridos hermanos y hermanas:*

Os recibo al final de la conferencia internacional titulada «Refugiados y migrantes en un mundo globalizado: responsabilidad y respuestas de las Universidades», organizada por la Federación Internacional de

Universidades católicas.

Agradezco al presidente las palabras con que ha presentado nuestro encuentro.

Desde hace poco menos de un siglo este organismo, con el lema *Sciat ut Serviat*, tiene como objetivo promover la educación católica de nivel superior, sirviéndose de la gran riqueza que proviene del encuentro de tantas diferentes realidades universitarias. Un aspecto esencial de esta formación apunta a la responsabilidad social para la construcción de un mundo más

justo y más humano. Por eso, os sentís interpelados por la realidad global y compleja de las migraciones contemporáneas y habéis llevado a cabo una reflexión científica, teológica y pedagógica bien arraigada en la doctrina social de la Iglesia, tratando de superar los prejuicios y temores vinculados a un escaso conocimiento del fenómeno de la migración. Os felicito, y me permito señalar la necesidad de vuestra contribución en tres ámbitos que os competen:

investigación, enseñanza y promoción social.

En lo que se refiere al primer ámbito, las Universidades católicas siempre han buscado armonizar la investigación científica con la teológica, poniendo en diálogo razón y fe. Considero oportuno iniciar más estudios para abordar las causas remotas de la migración forzada, con el objetivo de identificar soluciones prácticas, aunque a largo plazo, porque primero se debe asegurar a las personas el derecho a no ser obligadas a emigrar. Es

igualmente importante reflexionar sobre las reacciones negativas, por principio, a veces incluso discriminatorias y xenófobas, que la acogida de los migrantes está suscitando en los países de antigua tradición cristiana, para proponer itinerarios de formación de las conciencias. Además, ciertamente merecen un mayor aprecio las numerosas contribuciones de los migrantes y refugiados a las sociedades que los acogen, así como los que benefician a sus comunidades de origen. Con el

fin de dar «razones» sobre la atención pastoral de migrantes y refugiados, os invito a profundizar la reflexión teológica sobre las migraciones como signo de los tiempos. «La Iglesia ha contemplado siempre en los emigrantes la imagen de Cristo que dijo: “era forastero, y me acogisteis”» (*Mt 25, 35*). Para ella, sus vicisitudes son provocación a la fe y al amor de los creyentes, llamados de este modo a sanar los males que surgen de las migraciones y a descubrir el designio que Dios hace en ellos, incluso si



nacen de injusticias evidentes». (Pontificio Consejo para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes, Istr. *Erga migrantes caritas Christi*, 12).

En lo que respecta a la enseñanza, deseo que las Universidades católicas adopten programas para promover la instrucción de los refugiados, en varios niveles, tanto a través de la oferta de cursos a distancia para quienes viven en campos y centros de acogida, como a través de la concesión de becas que permitan su reubicación. Aprovechando la

densa red académica internacional, las universidades también pueden facilitar el reconocimiento de los títulos y las profesiones de los migrantes y refugiados en beneficio de ellos y de las sociedades que los acogen. Para responder a los nuevos retos de la migración, es necesario dar una formación específica y profesional a los agentes de pastoral que se dedican a la atención de los migrantes y refugiados: he aquí otra tarea urgente de las Universidades católicas. De manera más

general, me gustaría invitar a los ateneos católicos a educar a sus estudiantes, algunos de los cuales serán líderes políticos, empresarios y artífices de cultura, a una lectura cuidadosa del fenómeno migratorio, en una perspectiva de justicia, corresponsabilidad global y de comunión en la diversidad cultural.

El ámbito de la promoción social ve a la universidad como una institución que se hace cargo de la sociedad en la que está operando, ejercitando ante todo un papel de conciencia

crítica respecto a las diversas formas de poder político, económico y cultural. Por lo que respecta al complejo mundo de las migraciones, la Sección Migrantes y Refugiados del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral ha sugerido «20 puntos de acción» como contribución al proceso que llevará a la adopción por parte de la comunidad internacional, de dos Pactos Mundiales, uno sobre los migrantes y otro sobre los refugiados, en la segunda mitad de 2018. En

esta dimensión y en otras, las universidades pueden desempeñar su papel de actores privilegiados también en el campo social, como, por ejemplo, con los incentivos para el voluntariado estudiantil en los programas de asistencia a los refugiados, los solicitantes de asilo y los inmigrantes recién llegados.

Todo el trabajo realizado en estos grandes ámbitos —la investigación, la enseñanza y el trabajo social— tiene su punto de referencia en las cuatro piedras angulares del camino

de la Iglesia a través de la realidad de las migraciones contemporáneas: acoger, proteger, promover e integrar (cf. Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, 2018).

Hoy celebramos la memoria de San Carlos Borromeo, un pastor ilustrado y apasionado que hizo de la humildad su lema. Que su vida ejemplar pueda inspirar vuestra actividad intelectual y social y también la experiencia de fraternidad que hacéis en la Federación.

Que el Señor bendiga vuestro esfuerzo al servicio del mundo universitario y de los hermanos y hermanas migrantes y refugiados. Os aseguro un recuerdo en mis oraciones, y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

5 de noviembre de 2017.  
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy (cf. *Mt 23*,  
1-12) está ambientado en los  
últimos días de la vida de  
Jesús, en Jerusalén; días  
cargados de expectativas y  
también de tensiones. Por un  
lado Jesús dirige críticas  
severas a los escribas y a los  
fariseos, por otra deja  
importantes mandatos a los



cristianos de todos los tiempos, por tanto también a nosotros. Él dice a la multitud: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan». Esto significa que ellos tienen la autoridad de enseñar lo que es conforme a la Ley de Dios. Sin embargo, justo después, Jesús añade: «pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen» (*Mt 23, 2-3*). Hermanos y hermanas, un defecto frecuente en los que tienen una autoridad, tanto autoridad civil

como eclesiástica, es el de exigir de los otros cosas, también justas, pero que ellos no ponen en práctica en primera persona. Tienen una doble vida. Dice Jesús: «Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas» (*Mt 23, 4*). Esta actitud es un mal ejercicio de la autoridad, que sin embargo debería tener su primera fuerza precisamente en el buen ejemplo.

La autoridad nace del buen ejemplo, para ayudar a los

otros a practicar lo que es justo y necesario, sosteniéndoles en las pruebas que se encuentran en el camino del bien. La autoridad es una ayuda, pero si está mal ejercida, se convierte en opresiva, no deja crecer a las personas y crea un clima de desconfianza y de hostilidad, y lleva también a la corrupción. Jesús denuncia abiertamente algunos comportamientos negativos de los escribas y de algunos fariseos: «quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en

las plazas» (*Mt 23, 6-7*).

Esta es la tentación que corresponde a la soberbia humana y que no siempre es fácil de vencer. Es la actitud de vivir solo por la apariencia.

Después Jesús les da mandatos a sus discípulos: «no os dejéis llamar "Rabbí", porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois todos hermanos. [...] Ni tampoco os dejéis llamar "Directores", porque uno solo es vuestro Director: el Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor» (*Mt 23, 8-11*).

Nosotros discípulos de Jesús no debemos buscar título de honor, de autoridad o de supremacía. Yo os digo que a mí personalmente me duele ver a personas que psicológicamente viven corriendo detrás de la vanidad de las condecoraciones. Nosotros, discípulos de Jesús, no debemos hacer esto, ya que entre nosotros debe haber una actitud sencilla y fraterna. Todos somos hermanos y no debemos de ninguna manera dominar a los otros y mirarlos desde arriba. No. Todos somos

hermanos. Si hemos recibido cualidades del Padre celeste, debemos ponerlas al servicio de los hermanos, y no aprovecharnos para nuestra satisfacción e interés personal. No debemos considerarnos superiores a los otros; la modestia es esencial para una existencia que quiere ser conforme a la enseñanza de Jesús, que es manso y humilde de corazón y ha venido no para ser servido sino para servir. Que la Virgen María, «humilde y alta más que otra criatura» (Dante, *Paraíso*, XXXIII, 2), nos

ayude, con su materna intercesión, a rehuir del orgullo y de la vanidad, y a ser mansos y dóciles al amor que viene de Dios, para el servicio de nuestros hermanos y para su alegría, que será también la nuestra.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en Indore, India, fue proclamada beata Regina Maria Vattalil, religiosa de la Congregación de las Hermanas Clarisas Franciscanas,

asesinada por su fe cristiana en 1995. Sor Vattalil dio testimonio de Cristo en el amor y en la mansedumbre, y se une a una larga lista de mártires de nuestro tiempo. Su sacrificio sea semilla de fe y de paz, especialmente en la tierra india. Era muy buena. La llamaban «la hermana de la sonrisa».

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos, en particular a los venidos de Gomel en Bielorrusia, a los miembros del «Centro Académico Romano Fundación»



de Madrid, los fieles de Valencia, Murcia y Torrente (España), y las religiosas Irmãs da Divina Providência, que celebran hoy los 175 años de su Instituto.

Saludo al coro juvenil «Los Minipolifónicos» de Trento — ¡después cantad un poco!—, las corales de Candiana, Maser y Bagnoli de Sopra; los participantes del Festival de música y arte sacra, procedentes de diferentes países; los fieles de Altamura, de Guidonia, de Lodi y de la parroquia de San Lucas en

Roma.

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

8 de noviembre de 2017.

Audiencia general. Participar en la misa es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Empezamos hoy una nueva serie de catequesis, que dirigirá la mirada hacia el «corazón» de la Iglesia, es decir la eucaristía. Es fundamental para nosotros cristianos comprender bien el valor y el significado de la

Santa Misa, para vivir cada vez más plenamente nuestra relación con Dios.

No podemos olvidar el gran número de cristianos que, en el mundo entero, en dos mil años de historia, han resistido hasta la muerte por defender la eucaristía; y cuántos, todavía hoy, arriesgan la vida para participar en la misa dominical. En el año 304, durante las persecuciones de Diocleciano, un grupo de cristianos, del norte de África, fueron sorprendidos mientras celebraban misa en una casa y

fueron arrestados. El procónsul romano, en el interrogatorio, les preguntó por qué lo hicieron, sabiendo que estaba absolutamente prohibido. Y respondieron: «Sin el domingo no podemos vivir», que quería decir: si no podemos celebrar la eucaristía, no podemos vivir, nuestra vida cristiana moriría. De hecho, Jesús dijo a sus discípulos: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le

resucitaré el último día»  
(*Juan 6, 53-54*).

Estos cristianos del norte de África fueron asesinados porque celebraban la eucaristía. Han dejado el testimonio de que se puede renunciar a la vida terrena por la eucaristía, porque esta nos da la vida eterna, haciéndonos partícipes de la victoria de Cristo sobre la muerte. Un testimonio que nos interpela a todos y pide una respuesta sobre qué significa para cada uno de nosotros participar en el sacrificio de la misa y

acercarnos a la mesa del Señor. ¿Estamos buscando esa fuente que «fluye agua viva» para la vida eterna, que hace de nuestra vida un sacrificio espiritual de alabanza y de agradecimiento y hace de nosotros un solo cuerpo con Cristo? Este es el sentido más profundo de la santa eucaristía, que significa «agradecimiento»: agradecimiento a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que nos atrae y nos transforma en su comunión de amor.

En las próximas catequesis quisiera dar respuesta a

algunas preguntas importantes sobre la eucaristía y la misa, para redescubrir o descubrir, cómo a través de este misterio de la fe resplandece el amor de Dios.

El Concilio Vaticano II fue fuertemente animado por el deseo de conducir a los cristianos a comprender la grandeza de la fe y la belleza del encuentro con Cristo. Por este motivo era necesario sobre todo realizar, con la guía del Espíritu Santo, una adecuada renovación de la Liturgia, porque la Iglesia



continuamente vive de ella y se renueva gracias a ella. Un tema central que los Padres conciliares subrayaron es la formación litúrgica de los fieles, indispensable para una verdadera renovación. Y es precisamente éste también el objetivo de este ciclo de catequesis que hoy empezamos: crecer en el conocimiento del gran don que Dios nos ha donado en la eucaristía. La eucaristía es un suceso maravilloso en el cual Jesucristo, nuestra vida, se hace presente. Participar en la

misa «es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Es una teofanía: el Señor se hace presente en el altar para ser ofrecido al Padre por la salvación del mundo» (*Homilía en la santa misa*, Casa S. Marta, 10 de febrero de 2014). El Señor está ahí con nosotros, presente. Muchas veces nosotros vamos ahí, miramos las cosas, hablamos entre nosotros mientras el sacerdote celebra la eucaristía... y no celebramos cerca de Él. ¡Pero es el Señor! Si hoy viniera aquí el

presidente de la República o alguna persona muy importante del mundo, seguro que todos estaríamos cerca de él, querríamos saludarlo. Pero pienso: cuando tú vas a misa, ¡ahí está el Señor! Y tú estás distraído. ¡Es el Señor! Debemos pensar en esto.

«Padre, es que las misas son aburridas” —«pero ¿qué dices, el Señor es aburrido?» —«No, no, la misa no, los sacerdotes» —«Ah, que se conviertan los sacerdotes, ¡pero es el Señor quien está allí!». ¿Entendido? No lo olvidéis. «Participar en la

misa es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Intentemos ahora plantearnos algunas preguntas sencillas. Por ejemplo, ¿por qué se hace la señal de la cruz y el acto penitencial al principio de la misa? Y aquí quisiera hacer un paréntesis. ¿Vosotros habéis visto cómo se hacen los niños la señal de la cruz? Tú no sabes qué hacen, si la señal de la cruz o un dibujo. Hacen así [hace un gesto confuso]. Es necesario enseñar a los niños a hacer bien la señal de la cruz. Así empieza la misa, así

empieza la vida, así empieza la jornada. Esto quiere decir que nosotros somos redimidos con la cruz del Señor. Mirad a los niños y enseñadles a hacer bien la señal de la cruz. Y estas lecturas, en la misa, ¿por qué están ahí? ¿Por qué se leen el domingo tres lecturas y los otros días dos? ¿Por qué están ahí, qué significa la lectura de la misa? ¿Por qué se leen y qué tiene que ver? O ¿por qué en un determinado momento el sacerdote que preside la celebración dice: «levantemos el corazón»? No dice:

«¡Levantemos nuestro móviles para hacer una fotografía!».

¡No, es algo feo! Y os digo que a mí me da mucha pena cuando celebro aquí en la plaza o en la basílica y veo muchos teléfonos levantados, no solo de los fieles, también de algunos sacerdotes y también obispos.

¡Pero por favor! La misa no es un espectáculo: es ir a encontrar la pasión y la resurrección del Señor. Por esto el sacerdote dice: «levantemos el corazón». ¿Qué quiere decir esto? Recordadlo: nada de teléfonos.

Es muy importante volver a los fundamentos, redescubrir lo que es esencial, a través de aquello que se toca y se ve en la celebración de los sacramentos. La pregunta del apóstol santo Tomás (cf *Juan 20, 2 5*), de poder ver y tocar las heridas de los clavos en el cuerpo de Jesús, es el deseo de poder de alguna manera «tocar» a Dios para creerle. Lo que santo Tomás pide al Señor es lo que todos nosotros necesitamos: verlo, tocarlo para poder reconocer. Los sacramentos satisfacen esta

exigencia humana. Los sacramentos y la celebración eucarística de forma particular, son los signos del amor de Dios, los caminos privilegiados para encontrarnos con Él.

Así, a través de estas catequesis que hoy empezamos, quisiera redescubrir junto a vosotros la belleza que se esconde en la celebración eucarística, y que, una vez desvelada, da pleno sentido a la vida de cada uno. Que la Virgen nos acompañen en este nuevo tramo de camino. Gracias.



## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Saludo a la delegación sindical argentina. Pidamos a la Virgen María que interceda por nosotros para que sintamos el deseo de conocer y amar más el misterio de la Eucaristía, sacramento del Cuerpo y la Sangre de su Hijo Jesús. Que el Señor los bendiga a todos. Muchas gracias.

*(En italiano)*

Saludo a los jóvenes, a los

enfermos y a los recién casados. Que el recuerdo de hoy de los Santos Mártires, cuyas reliquias se guardan aquí en la basílica de San Pedro, incrementa en vosotros, queridos jóvenes, la atención al testimonio cristiano incluso en los contextos difíciles; que a vosotros, queridos enfermos, os ayude a ofrecer vuestro sufrimiento para sostener a los muchos cristianos perseguidos. A vosotros, recién casados, os animo a confiar en la ayuda de Dios y no solamente en vuestras capacidades.



10 de noviembre de 2017.

Discurso a los participantes en  
la conferencia

"perspectivas para un mundo  
libre de armas nucleares y  
para un desarme integral"

Viernes.

*Queridos amigos:*

Dirijo a cada uno de vosotros  
mi cordial saludo y expreso  
viva gratitud por vuestra  
presencia y por vuestra  
actividad al servicio del bien  
común. Doy las gracias al  
cardenal Turkson por las  
palabras de saludo y de

introducción.

Participáis en este Simposio para afrontar argumentos cruciales, tanto en sí mismos, como en consideración de la complejidad de los desafíos políticos del actual escenario internacional, caracterizado por un clima inestable de conflictividad. Un oscuro pesimismo podría empujar a creer que «perspectivas para un mundo libre de armas nucleares y por un desarme integral», como dice el título de vuestro encuentro, aparezcan cada vez más remotas. Es un

dato de hecho que la espiral de la carrera de armamentos no conoce parada y que los costes de modernización y de desarrollo de las armas, no solo nucleares, representan un gasto considerable para las naciones, hasta el punto de tener que poner en segundo plano las prioridades reales de la humanidad sufriente: la lucha contra la pobreza, la promoción de la paz, la realización de proyectos educativos, ecológicos y sanitarios y el desarrollo de los derechos humanos[1].

No podemos no sentir un vivo sentido de inquietud si consideramos las catastróficas consecuencias humanitarias y ambientales que se derivan de cualquier uso de las armas nucleares. Por tanto, también considerando el riesgo de una detonación accidental de tales armas por un error de cualquier tipo, se debe condenar con firmeza la amenaza de su uso, así como su posesión, precisamente porque su existencia es funcional a una lógica del miedo que no tiene que ver

solo con las partes en conflicto, sino con todo el género humano. Las relaciones internacionales no pueden ser dominadas por las fuerzas militares, por las intimidaciones recíprocas, por la ostentación de los arsenales bélicos. Las armas de destrucción masiva, en particular las atómicas, no generan otra cosa que un engañoso sentido de seguridad y no poder constituir la base de la pacífica convivencia entre los miembros de la familia humana, que debe sin embargo inspirarse por una ética de



solidaridad[2]. Insustituible desde este punto de vista es el testimonio de los *Hibakusha*, es decir las personas golpeadas por las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, como también esas de las otras víctimas de los experimentos de las armas nucleares: ¡que su voz profética sea un lema sobre todo para las nuevas generaciones!

Además, los armamentos que tienen como efecto la destrucción del género humano son incluso ilógicos en el plano militar. Por lo demás, la

verdadera ciencia está siempre al servicio del hombre, mientras que la sociedad contemporánea aparece como aturdida por las desviaciones de los proyectos concebidos en su seno, quizá por una buena causa inicial. Basta pensar que las tecnologías nucleares se difunden ya también a través de las comunicaciones telemáticas y que los instrumentos de derecho internacional no han impedido que nuevos Estados se unieran al círculo de poseedores de armas atómicas. Se trata de

escenarios angustiantes si se piensa en los desafíos de la geopolítica contemporánea como el terrorismo o los conflictos asimétricos.

Y sin embargo, un sano realismo no cesa de encender en nuestro mundo desordenado las luces de la esperanza.

Recientemente, por ejemplo, a través de una histórica votación en la sede de la ONMU, la mayor parte de los Miembros de la Comunidad Internacional estableció que las armas nucleares no son solamente inmorales sino que

deben considerarse también un instrumento ilegítimo de guerra. Se ha colmado así un vacío jurídico importante, ya que las armas químicas, las biológicas, las minas antipersonas o las bombas de racimo son todos armamentos expresamente prohibidos a través de Convenciones internacionales. Todavía más significativo es el hecho de que estos resultados se deban principalmente a una «iniciativa humanitaria» promovida por una alianza válida entre sociedades civiles,

Estados, Organizaciones internacionales, Iglesias, Academias y grupos de expertos. En tal contexto se coloca también el documento que vosotros, galardonados con el Premio Nobel de la Paz, me habéis entregado y por el cual expreso mi agradecido aprecio. Precisamente en este 2017 se cumple el 50º aniversario de la Carta Encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI. Esta, desarrollando la visión cristiana de la persona, destacó la noción de desarrollo humano integral y propuso como nuevo

nombre de la paz. En este memorable y muy actual Documento, el Papa ofreció la sintética y feliz fórmula por la que «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» (n. 14). Es por tanto necesario sobre todo rechazar la cultura del descarte y tener cuidado de las personas y de los pueblos que sufren las más dolorosas desigualdades, a través de una obra que sepa privilegiar con

paciencia los procesos solidarios respecto al egoísmo de los intereses contingentes. Se trata al mismo tiempo de integrar la dimensión individual y la social mediante el despliegue del principio de subsidiariedad favoreciendo la aportación de todos como individuos y como grupos. Es necesario finalmente promover lo humano en su unidad inseparable de alma y cuerpo, de contemplación y de acción. Es así por tanto como un progreso efectivo e inclusivo puede hacer factible la utopía

de un mundo privado de dañinos instrumentos de ofensa, a pesar de la crítica de aquellos que consideran idealistas los procesos de desmantelamiento de los arsenales. Permanece siempre válido el magisterio de Juan XXIII, que indicó con claridad el objetivo de un desarme integral afirmando: «La detención de los armamentos con fines bélicos, su efectiva reducción, y, con más razón, su eliminación son imposibles o casi, si al mismo tiempo no se procediera a un desarme



integral; si no se desmontan también los espíritus, trabajando sinceramente para disolver, en ellos, la psicosis bélica» (Cart. enc. *Pacem in terris*, 11 abril 1963, 61).

La Iglesia no se cansa de ofrecer al mundo esta sabiduría y las obras que ella inspira, en la conciencia de que el desarrollo integral es el camino del bien que la familia humana está llamada a recorrer. Os animo a llevar adelante esta acción con paciencia y constancia, en la confianza de que el Señor nos acompaña.

Que Él os bendiga a cada uno de vosotros y el trabajo que cumplís al servicio de la justicia y de la paz. Gracias.

[1] Cf. Mensaje a la III Conferencia sobre el impacto humanitario de las armas atómicas, 7 de diciembre de 2014.

[2] Cf. Mensaje a la Conferencia de la ONU para la negociación de un instrumento jurídicamente vinculante sobre la prohibición de las armas nucleares, 27 de marzo de 2017.



11 de noviembre de 2017.  
Discurso a los líderes del foro  
de las islas del pacífico.

Sábado.

*Excelencias,*

*Ilustres Señoras y Señores:*

Les agradezco a todos ustedes,  
líderes del Foro de las Islas del  
Pacífico, que con su presencia  
manifiestan las diferentes  
realidades de una región como  
la del Océano Pacífico, tan rica  
en bellezas culturales y  
naturales.

Esa región, lamentablemente,

también suscita fuertes preocupaciones para todos nosotros y especialmente para las personas que viven allí, muy vulnerables a los fenómenos extremos ambientales y climáticos cada vez más frecuentes e intensos. Pero también pienso en las repercusiones del grave problema del aumento del nivel del mar, así como en la disminución continua y dolorosa del arrecife coralino, un ecosistema marino de gran importancia. Al respecto, recuerdo la pregunta alarmante

formulada hace casi treinta años por los obispos de las Filipinas: «¿Quién ha convertido el maravilloso mundo marino en cementerios subacuáticos despojados de vida y de color?»[\[1\]](#). Son muchas las causas que han llevado a este deterioro del medio ambiente y por desgracia muchas de ellas se deben a una conducta humana imprudente, unida a formas de explotación de los recursos naturales y humanos cuyo impacto llega hasta el fondo de los océanos[\[2\]](#).

Y cuando hablamos de aumento del nivel del mar, que «afecta principalmente a las poblaciones costeras empobrecidas que no tienen a dónde trasladarse»[\[3\]](#), pensamos en el problema del calentamiento global, que es ampliamente discutido en muchos foros y debates internacionales. Estos días en Bonn se celebra la COP23, la vigésimo tercera sesión de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que este año

se llevará a cabo bajo la presidencia de uno de los países representados por vosotros, la Islas Fiyi. Espero que los trabajos de la COP23, así como los que la siguen, tengan siempre en cuenta esa «Tierra sin fronteras, donde la atmósfera es extremadamente delgada y frágil», como la describía uno de los astronautas actualmente en órbita en la Estación Espacial Internacional, con quien recientemente tuve una conversación muy interesante. Vienen de países que, con



respecto a Roma, se encuentran en las antípodas; pero esta visión de una «Tierra sin fronteras» anula las distancias geográficas, reclamando la necesidad de una toma de conciencia mundial, de una colaboración y de una solidaridad internacionales, de una estrategia compartida, que no permitan permanecer indiferentes ante problemas tan graves como el deterioro del medio ambiente y de la salud de los océanos, conectado con el deterioro humano y social

que la humanidad de hoy está viviendo.

Por otra parte, no sólo las distancias geográficas y territoriales, sino también las temporales se anulan con la convicción de que en el mundo todo está conectado [\[4\]](#): Han pasado casi treinta años desde el llamamiento de los obispos filipinos y la situación de los océanos y del ecosistema marino no se puede decir, ciertamente, que haya mejorado, frente a los numerosos problemas que cuestionan, por ejemplo, la

gestión de los recursos pesqueros, las actividades en la superficie o en las profundidades, la situación de las comunidades costeras y de las familias de pescadores, la contaminación causada por la acumulación de plástico y microplástico. «¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? Esta pregunta no afecta sólo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario. Cuando nos interrogamos por

el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores»[\[5\]](#).

Les doy las gracias por esta visita que me agrada mucho y los bendigo de corazón así como a vuestras naciones. Gracias.

[\[1\]](#) Véase Conferencia de Obispos Católicos de Filipinas, Carta Pastoral *What is Happening to our Beautiful Land?* 29 de enero de 1988, cit. en Cart. Enc. *Laudato si'*, 41.

[2] Cf. Cart. enc. *Laudato si'*,  
41.

[3] Cf. ibid., 48.

[4] Cf. ibid., 16.

[5] Ibid., 160.

12 de noviembre de 2017.  
ANGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En este domingo, el Evangelio (cf. *Mt 25, 1-13*) nos indica las condiciones para entrar en el Reino de los cielos y lo hace con la parábola de las diez vírgenes: se trata de las jóvenes que estaban encargadas de acoger y acompañar al novio en la ceremonia de boda y, como en

esa época era costumbre celebrar de noche, las mujeres estaban equipadas con lámparas. La parábola dice que cinco de estas vírgenes son prudentes y cinco son necias: de hecho, las prudentes llevaron con ellas el aceite para las lámparas, mientras que las necias no lo llevaron. El novio tarda en llegar y todas se adormilaron. A medianoche se anuncia la llegada del novio; entonces las vírgenes necias se dan cuenta de que no tenían aceite para las lámparas y se lo piden a las prudentes. Pero

estas responden que no pueden dárselo, porque no habría suficiente para todas. Mientras las necias van en busca de aceite, llega el novio; las vírgenes prudentes entran con él en la sala del banquete y se cierra la puerta. Las cinco necias regresan demasiado tarde, llaman a la puerta, pero la respuesta es: «En verdad os digo que no os conozco» (Mt 25, 12) y se quedan fuera. ¿Qué quiere enseñarnos Jesús con esta parábola? Nos recuerda que debemos permanecer listos para el



encuentro con Él. Muchas veces, en el Evangelio, Jesús insta a velar y lo hace también al final de este relato. Dice así: «Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (*Mt 25, 13*). Pero con esta parábola nos dice que velar no significa solamente no dormir, sino estar preparados; de hecho, todas las vírgenes se duermen antes de que llegue el novio, pero al despertarse algunas están listas y otras no. Aquí está, por lo tanto, el significado de ser sabios y prudentes: se trata de no esperar al último momento

de nuestra vida para colaborar con la gracia de Dios, sino de hacerlo ya ahora. Sería hermoso pensar un poco: un día será el último. Si fuera hoy, ¿cómo estoy preparado, preparada? Debo hacer esto y esto... prepararse como si fuera el último día: esto hace bien. La lámpara es el símbolo de la fe que ilumina nuestra vida, mientras que el aceite es el símbolo de la caridad que alimenta y hace fecunda y creíble la luz de la fe. La condición para estar listos para el encuentro con el Señor no es

solo la fe, sino una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo. Si nos dejamos guiar por aquello que nos parece más cómodo, por la búsqueda de nuestros intereses, nuestra vida se vuelve estéril, incapaz de dar vida a los otros y no acumulamos ninguna reserva de aceite para la lámpara de nuestra fe; y ésta —la fe— se apagará en el momento de la venida del Señor o incluso antes. Si en cambio estamos vigilantes y buscamos hacer el bien, con gestos de amor, de

compartir, de servicio al prójimo en dificultades, podemos estar tranquilos mientras esperamos la llegada del novio: el Señor podrá venir en cualquier momento, y tampoco el sueño de la muerte nos asusta, porque tenemos la reserva de aceite, acumulada con las obras buenas de cada día. La fe inspira a la caridad y la caridad custodia a la fe. Que la Virgen María nos ayude a hacer nuestra fe cada vez más operante por medio de la caridad; para que nuestra lámpara pueda resplandecer ya

aquí, en el camino terrenal y después para siempre, en la fiesta de bodas en el paraíso.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en Madrid, fueron proclamados beatos Vicente Queralt Lloret y 20 compañeros mártires y José María Fernández Sánchez y 38 compañeros mártires. Los nuevos beatos eran, algunos, miembros de la Congregación de la Misión: sacerdotes, hermanos coadjutores,

novicios; otros eran laicos pertenecientes a la Asociación de la Medalla Milagrosa. Todos fueron asesinados por odio a la fe durante la persecución religiosa acaecida en el curso de la guerra civil española entre el 1936 y 1937. Demos gracias a Dios por el gran don de estos testigos ejemplares de Cristo y del Evangelio. Os saludo a todos vosotros, familias, parroquias, asociaciones y fieles que habéis venido de Italia y de muchas partes del mundo. En particular saludo a los peregrinos

provenientes de Washington, Filadelfia, Brooklyn y Nueva York, a la coral parroquial Santa María Magdalena de Nuragus (Cerdeña); a los fieles de Tuscania, Ercolano y Venecia; a la Sociedad de bochas de Rosta y los confirmandos de Galzignano. Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

13 de noviembre de 2017.  
Mensaje para la celebración de  
la 51 jornada mundial de la  
paz.

1 de enero de 2018.

Migrantes y refugiados:  
hombres y mujeres que buscan  
la paz

1. Un deseo de paz

Paz a todas las personas y a  
todas las naciones de la tierra.

La paz, que los ángeles  
anunciaron a los pastores en la  
noche de Navidad<sup>[1]</sup>, es una



aspiración profunda de todas las personas y de todos los pueblos, especialmente de aquellos que más sufren por su ausencia, y a los que tengo presentes en mi recuerdo y en mi oración. De entre ellos quisiera recordar a los más de 250 millones de migrantes en el mundo, de los que 22 millones y medio son refugiados. Estos últimos, como afirmó mi querido predecesor Benedicto XVI, «son hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que buscan un lugar donde vivir en

paz» [\[2\]](#). Para encontrarlo, muchos de ellos están dispuestos a arriesgar sus vidas a través de un viaje que, en la mayoría de los casos, es largo y peligroso; están dispuestos a soportar el cansancio y el sufrimiento, a afrontar las alambradas y los muros que se alzan para alejarlos de su destino.

Con espíritu de misericordia, abrazamos a todos los que huyen de la guerra y del hambre, o que se ven obligados a abandonar su tierra a causa de la discriminación, la

persecución, la pobreza y la degradación ambiental.

Somos conscientes de que no es suficiente sentir en nuestro corazón el sufrimiento de los demás. Habrá que trabajar mucho antes de que nuestros hermanos y hermanas puedan empezar de nuevo a vivir en paz, en un hogar seguro.

Acoger al otro exige un compromiso concreto, una cadena de ayuda y de generosidad, una atención vigilante y comprensiva, la gestión responsable de nuevas y complejas situaciones que, en

ocasiones, se añaden a los numerosos problemas ya existentes, así como a unos recursos que siempre son limitados. El ejercicio de la virtud de la prudencia es necesaria para que los gobernantes sepan acoger, promover, proteger e integrar, estableciendo medidas prácticas que, «respetando el recto orden de los valores, ofrezcan al ciudadano la prosperidad material y al mismo tiempo los bienes del espíritu»[\[3\]](#). Tienen una responsabilidad concreta con respecto a sus

comunidades, a las que deben garantizar los derechos que les corresponden en justicia y un desarrollo armónico, para no ser como el constructor necio que hizo mal sus cálculos y no consiguió terminar la torre que había comenzado a construir[4].

2. ¿Por qué hay tantos refugiados y migrantes?

Ante el Gran Jubileo por los 2000 años del anuncio de paz de los ángeles en Belén, san Juan Pablo II incluyó el número creciente de desplazados entre

las consecuencias de «una interminable y horrenda serie de guerras, conflictos, genocidios, “limpiezas étnicas”» [5], que habían marcado el siglo XX. En el nuevo siglo no se ha producido aún un cambio profundo de sentido: los conflictos armados y otras formas de violencia organizada siguen provocando el desplazamiento de la población dentro y fuera de las fronteras nacionales.

Pero las personas también migran por otras razones, ante todo por «el anhelo de una vida

mejor, a lo que se une en muchas ocasiones el deseo de querer dejar atrás la “desesperación” de un futuro imposible de construir»[\[6\]](#). Se ponen en camino para reunirse con sus familias, para encontrar mejores oportunidades de trabajo o de educación: quien no puede disfrutar de estos derechos, no puede vivir en paz. Además, como he subrayado en la Encíclica *Laudato si'*, «es trágico el aumento de los migrantes huyendo de la miseria empeorada por la degradación

ambiental» [\[7\]](#).

La mayoría emigra siguiendo un procedimiento regulado, mientras que otros se ven forzados a tomar otras vías, sobre todo a causa de la desesperación, cuando su patria no les ofrece seguridad y oportunidades, y toda vía legal parece imposible, bloqueada o demasiado lenta.

En muchos países de destino se ha difundido ampliamente una retórica que enfatiza los riesgos para la seguridad nacional o el coste de la acogida de los que llegan, despreciando así la



dignidad humana que se les ha de reconocer a todos, en cuanto que son hijos e hijas de Dios. Los que fomentan el miedo hacia los migrantes, en ocasiones con fines políticos, en lugar de construir la paz siembran violencia, discriminación racial y xenofobia, que son fuente de gran preocupación para todos aquellos que se toman en serio la protección de cada ser humano[8].

Todos los datos de que dispone la comunidad internacional indican que las migraciones

globales seguirán marcando nuestro futuro. Algunos las consideran una amenaza. Os invito, al contrario, a contemplarlas con una mirada llena de confianza, como una oportunidad para construir un futuro de paz.

3. Una mirada contemplativa  
La sabiduría de la fe alimenta esta mirada, capaz de reconocer que todos, «tanto emigrantes como poblaciones locales que los acogen, forman parte de una sola familia, y todos tienen el mismo derecho

a gozar de los bienes de la tierra, cuya destinación es universal, como enseña la doctrina social de la Iglesia. Aquí encuentran fundamento la solidaridad y el compartir» [\[9\]](#). Estas palabras nos remiten a la imagen de la nueva Jerusalén. El libro del profeta Isaías (*Is* 60) y el Apocalipsis (*Ap* 21) la describen como una ciudad con las puertas siempre abiertas, para dejar entrar a personas de todas las naciones, que la admiran y la colman de riquezas. La paz es el gobernante que la guía y la

justicia el principio que rige la convivencia entre todos dentro de ella.

Necesitamos ver también la ciudad donde vivimos con esta mirada contemplativa, «esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas [promoviendo] la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia»[\[10\]](#); en otras palabras, realizando la promesa de la paz.

Observando a los migrantes y a los refugiados, esta mirada

sabe descubrir que no llegan con las manos vacías: traen consigo la riqueza de su valentía, su capacidad, sus energías y sus aspiraciones, y por supuesto los tesoros de su propia cultura, enriqueciendo así la vida de las naciones que los acogen. Esta mirada sabe también descubrir la creatividad, la tenacidad y el espíritu de sacrificio de incontables personas, familias y comunidades que, en todos los rincones del mundo, abren sus puertas y sus corazones a los migrantes y refugiados, incluso

cuando los recursos no son abundantes.

Por último, esta mirada contemplativa sabe guiar el discernimiento de los responsables del bien público, con el fin de impulsar las políticas de acogida al máximo de lo que «permita el verdadero bien de su comunidad»[\[11\]](#), es decir, teniendo en cuenta las exigencias de todos los miembros de la única familia humana y del bien de cada uno de ellos.

Quienes se dejan guiar por esta

mirada serán capaces de reconocer los renuevos de paz que están ya brotando y de favorecer su crecimiento. Transformarán en talleres de paz nuestras ciudades, a menudo divididas y polarizadas por conflictos que están relacionados precisamente con la presencia de migrantes y refugiados.

#### 4. Cuatro piedras angulares para la acción

Para ofrecer a los solicitantes de asilo, a los refugiados, a los inmigrantes y a las víctimas de

la trata de seres humanos una posibilidad de encontrar la paz que buscan, se requiere una estrategia que conjugue cuatro acciones: acoger, proteger, promover e integrar[12].

«Acoger» recuerda la exigencia de ampliar las posibilidades de entrada legal, no expulsar a los desplazados y a los inmigrantes a lugares donde les espera la persecución y la violencia, y equilibrar la preocupación por la seguridad nacional con la protección de los derechos humanos fundamentales. La Escritura nos recuerda: «No



olvidéis la hospitalidad; por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» [\[13\]](#).

«Proteger» nos recuerda el deber de reconocer y de garantizar la dignidad inviolable de los que huyen de un peligro real en busca de asilo y seguridad, evitando su explotación. En particular, pienso en las mujeres y en los niños expuestos a situaciones de riesgo y de abusos que llegan a convertirles en esclavos. Dios no hace discriminación: «El Señor guarda a los peregrinos,

sustenta al huérfano y a la viuda»[\[14\]](#).

«Promover» tiene que ver con apoyar el desarrollo humano integral de los migrantes y refugiados. Entre los muchos instrumentos que pueden ayudar a esta tarea, deseo subrayar la importancia que tiene el garantizar a los niños y a los jóvenes el acceso a todos los niveles de educación: de esta manera, no sólo podrán cultivar y sacar el máximo provecho de sus capacidades, sino que también estarán más preparados para salir al

encuentro del otro, cultivando un espíritu de diálogo en vez de clausura y enfrentamiento. La Biblia nos enseña que Dios «ama al emigrante, dándole pan y vestido»; por eso nos exhorta: «Amaréis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto» [\[15\]](#).

Por último, «integrar» significa trabajar para que los refugiados y los migrantes participen plenamente en la vida de la sociedad que les acoge, en una dinámica de enriquecimiento mutuo y de colaboración fecunda,

promoviendo el desarrollo humano integral de las comunidades locales. Como escribe san Pablo: «Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» [\[16\]](#).

## 5. Una propuesta para dos Pactos internacionales

Deseo de todo corazón que este espíritu anime el proceso que, durante todo el año 2018, llevará a la definición y aprobación por parte de las Naciones Unidas de dos pactos

mundiales: uno, para una migración segura, ordenada y regulada, y otro, sobre refugiados. En cuanto acuerdos adoptados a nivel mundial, estos pactos constituirán un marco de referencia para desarrollar propuestas políticas y poner en práctica medidas concretas. Por esta razón, es importante que estén inspirados por la compasión, la visión de futuro y la valentía, con el fin de aprovechar cualquier ocasión que permita avanzar en la construcción de la paz: sólo así el necesario

realismo de la política internacional no se verá derrotado por el cinismo y la globalización de la indiferencia. El diálogo y la coordinación constituyen, en efecto, una necesidad y un deber específicos de la comunidad internacional. Más allá de las fronteras nacionales, es posible que países menos ricos puedan acoger a un mayor número de refugiados, o acogerles mejor, si la cooperación internacional les garantiza la disponibilidad de los fondos necesarios. La Sección para los Migrantes y

Refugiados del Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral sugiere 20 puntos de acción [\[17\]](#) como pistas concretas para la aplicación de estos cuatro verbos en las políticas públicas, además de la actitud y la acción de las comunidades cristianas. Estas y otras aportaciones pretenden manifestar el interés de la Iglesia católica al proceso que llevará a la adopción de los pactos mundiales de las Naciones Unidas. Este interés confirma una solicitud pastoral más general, que nace con la

Iglesia y continúa hasta nuestros días a través de sus múltiples actividades.

6. Por nuestra casa común  
Las palabras de san Juan Pablo II nos alientan: «Si son muchos los que comparten el “sueño” de un mundo en paz, y si se valora la aportación de los migrantes y los refugiados, la humanidad puede transformarse cada vez más en familia de todos, y nuestra tierra verdaderamente en “casa común”» [\[18\]](#). A lo largo de la historia, muchos han creído en



este «sueño» y los que lo han realizado dan testimonio de que no se trata de una utopía irrealizable.

Entre ellos, hay que mencionar a santa Francisca Javier Cabrini, cuyo centenario de nacimiento para el cielo celebramos este año 2017.

Hoy, 13 de noviembre, numerosas comunidades eclesiales celebran su memoria. Esta pequeña gran mujer, que consagró su vida al servicio de los migrantes, convirtiéndose más tarde en su patrona celeste, nos enseña cómo

debemos acoger, proteger, promover e integrar a nuestros hermanos y hermanas. Que por su intercesión, el Señor nos conceda a todos experimentar que los «frutos de justicia se siembran en la paz para quienes trabajan por la paz» [\[19\]](#).

Vaticano, 13 de noviembre de 2017.

Memoria de Santa Francisca  
Javier Cabrini, Patrona de los  
migrantes.

**Francisco**

[1] Cf. Lc 2,14.

[2] Ángelus, 15 enero 2012.

[3] Juan XXIII, Carta.  
enc. *Pacem in terris*, 57.

[4] Cf. Lc 14,28-30.

[5] Juan Pablo II, Mensaje para  
la Jornada Mundial de la Paz  
2000, 3.

[6] Benedicto XVI, Mensaje  
para la Jornada Mundial del  
Migrante y del Refugiado 2013.

[7] *Laudato si'*, n. 25.

[8] Cf. Discurso a los

Participantes en el Encuentro de Responsables nacionales de la pastoral de migraciones organizado por el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), 22 septiembre 2017.

[9] Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2011.

[10] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 71.

[11] Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*, 57 [en español, n. 106].

[12] Cf. Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2018, 15 agosto 2017.

[13] Hb 13,2.

[14] Sal 146,9.

[15] Dt 10,18-19.

[16] Ef 2,19.

[17] «20 Puntos de Acción Pastoral» y «20 Puntos de Acción para los Pactos Globales» (2017). Cf. Documento ONU A/72/528.

[18] Juan Pablo II, Mensaje

para la Jornada Mundial del  
Migrante y del Refugiado 2004,  
6.

[19] St 3,18.

15 de noviembre de 2017.  
Audiencia general. La Misa es  
la oración por excelencia.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Continuamos con las catequesis  
sobre la santa misa. Para  
comprender la belleza de la  
celebración eucarística deseo  
empezar con un aspecto muy  
sencillo: la misa es oración, es  
más, es la oración por  
excelencia, la más alta, la más  
sublime, y el mismo tiempo la

más «concreta». De hecho es el encuentro de amor con Dios mediante su Palabra y el Cuerpo y Sangre de Jesús. Es un encuentro con el Señor. Pero primero debemos responder a una pregunta. ¿Qué es realmente la oración? Esta es sobre todo diálogo, relación personal con Dios. Y el hombre ha sido creado como ser en relación personal con Dios que encuentra su plena realización solamente en el encuentro con su creador. El camino de la vida es hacia el encuentro definitivo con Dios.



El libro del Génesis afirma que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, el cual es Padre e Hijo y Espíritu Santo, una relación perfecta de amor que es unidad. De esto podemos comprender que todos nosotros hemos sido creados para entrar en una relación perfecta de amor, en un continuo donarnos y recibirnos para poder encontrar así la plenitud de nuestro ser. Cuando Moisés, frente a la zarza ardiente, recibe la llamada de Dios, le pregunta cuál es su nombre. ¿Y qué

responde Dios? «Yo soy el que soy» (*Ex 3, 14*). Esta expresión, en su sentido original, expresa presencia y favor, y de hecho a continuación Dios añade: «Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» (*Ex 3, 15*). Así también Cristo, cuando llama a sus discípulos, les llama para que estén con Él. Esta por tanto es la gracia más grande: poder experimentar que la misa, la eucaristía, es el momento privilegiado de estar con Jesús, y, a través de Él, con

Dios y con los hermanos.  
Rezar, como todo verdadero diálogo, es también saber permanecer en silencio —en los diálogos hay momentos de silencio—, en silencio junto a Jesús. Y cuando nosotros vamos a misa, quizá llegamos cinco minutos antes y empezamos a hablar con este que está a nuestro lado. Pero no es el momento de hablar: es el momento del silencio para prepararnos al diálogo. Es el momento de recogerse en el corazón para prepararse al encuentro con Jesús. ¡El

silencio es muy importante!  
Recordad lo que dije la semana pasada: no vamos a un espectáculo, vamos al encuentro con el Señor y el silencio nos prepara y nos acompaña. Permaneced en silencio junto a Jesús. Y del misterioso silencio de Dios brota su Palabra que resuena en nuestro corazón. Jesús mismo nos enseña cómo es realmente posible «estar» con el Padre y nos lo demuestra con su oración. Los Evangelios nos muestran a Jesús que se retira en lugares apartados a rezar;

los discípulos, viendo esta íntima relación con el Padre, sienten el deseo de poder participar, y le preguntan: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1). Hemos escuchado en la primera lectura, al principio de la audiencia. Jesús responde que la primera cosa necesaria para rezar es saber decir «Padre». Estemos atentos: si yo no soy capaz de decir «Padre» a Dios, no soy capaz de rezar. Tenemos que aprender a decir «Padre», es decir ponerse en la presencia con confianza filial. Pero para

poder aprender, es necesario reconocer humildemente que necesitamos ser instruidos, y decir con sencillez: Señor, enséñame a rezar.

Este es el primer punto: ser humildes, reconocerse hijos, descansar en el Padre, fiarse de Él. Para entrar en el Reino de los cielos es necesario hacerse pequeños como niños. En el sentido de que los niños saben fiarse, saben que alguien se preocupará por ellos, de lo que comerán, de lo que se pondrán, etc. (cf. *Mt 6, 25-32*). Esta es la primera actitud: confianza y

confidencia, como el niño hacia los padres; saber que Dios se acuerda de ti, cuida de ti, de ti, de mí, de todos.

La segunda predisposición, también propia de los niños, es dejarse sorprender. El niño hace siempre miles de preguntas porque desea descubrir el mundo; y se maravilla incluso de cosas pequeñas porque todo es nuevo para él. Para entrar en el Reino de los cielos es necesario dejarse maravillarse. En nuestra relación con el Señor, en la oración —pregunto— ¿nos

dejamos maravillarnos o pensamos que la oración es hablar a Dios como hacen los loros? No, es fiarse y abrir el corazón para dejarse maravillarnos. ¿Nos dejamos sorprender por Dios que es siempre el Dios de las sorpresas? Porque el encuentro con el Señor es siempre un encuentro vivo, no es un encuentro de museo. Es un encuentro vivo y nosotros vamos a la misa no a un museo. Vamos a un encuentro vivo con el Señor.

En el Evangelio se habla de un cierto Nicodemo (*Jn 3, 1-21*),



un hombre anciano, una autoridad en Israel, que va donde Jesús para conocerlo; y el Señor nos habla de la necesidad de «renacer de lo alto» (cf. *Jn 3, 3*). ¿Pero qué significa? ¿Se puede «renacer»? ¿Volver a tener el gusto, la alegría, la maravilla de la vida, es posible, también delante de tantas tragedias? Esta es una pregunta fundamental de nuestra fe y este es el deseo de todo verdadero creyente: el deseo de renacer, la alegría de recomenzar. ¿Nosotros tenemos

este deseo? ¿Cada uno de nosotros quiere renacer siempre para encontrar al Señor? ¿Tenéis este deseo vosotros? De hecho se puede perder fácilmente porque, a causa de tanta actividad, de tantos proyectos que realizar, al final nos queda poco tiempo y perdemos de vista lo que es fundamental: nuestra vida del corazón, nuestra vida espiritual, nuestra vida que es encuentro con el Señor en la oración.

En verdad, el Señor nos sorprende mostrándonos que Él

nos ama también en nuestras debilidades. «Jesucristo [...] es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero (*1 Jn 2, 2*). Este don, fuente de verdadera consolación —pero el Señor nos perdona siempre— esto, consuela, es una verdadera consolación, es un don que se nos ha dado a través de la Eucaristía, ese banquete nupcial en el que el Esposo encuentra nuestra fragilidad. ¿Puedo decir que cuando hago la comunión en la

misa, el Señor encuentra mi fragilidad? ¡Sí! ¡Podemos decirlo porque esto es verdad! El Señor encuentra nuestra fragilidad para llevarnos de nuevo a nuestra primera llamada: esa de ser imagen y semejanza de Dios. Este es el ambiente de la eucaristía, esto es la oración.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a la tripulación del Buque Cantabria que presta su servicio en el Mediterráneo

en favor de los inmigrantes.  
Gracias, gracias por lo que hacen. Muchas gracias. Saludo también a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Los animo a acercarse a la Eucaristía para estar con el Señor, para sentarse a su lado y compartir con Él nuestra vida, escuchando su Palabra que hace arder nuestro corazón. Gracias.

18 de noviembre de 2017.  
Discurso a los participantes en  
la plenaria del Consejo  
Pontificio para la Cultura.

Sábado.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Os doy la bienvenida y  
agradezco al cardenal  
Gianfranco Ravasi su saludo y  
presentación. Esta Asamblea  
Plenaria ha elegido como tema  
la cuestión antropológica  
proponiéndose entender las  
líneas futuras de desarrollo de

la ciencia y la técnica. Entre los muchos argumentos posibles de discusión, vuestra atención se ha centrado en tres temas.

En primer lugar, la medicina y la genética que nos permiten mirar la estructura íntima del ser humano e incluso intervenir para modificarla. Nos hacen capaces de erradicar enfermedades dadas por incurables hasta hace poco, pero también abren la posibilidad de determinar a los seres humanos «programando», por así decirlo, algunas cualidades.

En segundo lugar, las neurociencias ofrecen cada vez más información sobre el funcionamiento del cerebro humano. A través de ella, las realidades fundamentales de la antropología cristiana, como el alma, la conciencia de sí mismo y la libertad, aparecen ahora bajo una luz inédita, e incluso pueden ser seriamente cuestionadas por algunos. Finalmente, los increíbles progresos de las máquinas autónomas y pensantes, que ya se han convertido en parte de nuestra vida cotidiana, nos



lleva a reflexionar sobre lo que es específicamente humano y nos hace diferentes de las máquinas.

Todos estos avances científicos y técnicos inducen a algunos a pensar que nos encontramos en un momento singular en la historia de la humanidad, casi en el alba de una nueva era y en el nacimiento de un nuevo ser humano, superior al que hemos conocido hasta ahora. Efectivamente, las cuestiones y los interrogantes que enfrentamos son graves y serios. En parte han sido

anticipados por la literatura y las películas de ciencia ficción, que se han hecho eco de los miedos y las expectativas de los hombres. Por esta razón, la Iglesia, que sigue de cerca las alegrías y las esperanzas, las angustias y los temores de los hombres de nuestro tiempo, quiere poner a la persona humana y los problemas que la conciernen en el centro de sus reflexiones.

La pregunta sobre el ser humano: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?» (*Sal* 8, 5) resuena en la Biblia

desde sus primeras páginas y ha acompañado todo el camino de Israel y de la Iglesia. A esta pregunta, la misma Biblia ha ofrecido una respuesta antropológica que ya se delinea en el Génesis y recorre toda la Revelación, desarrollándose en torno a los elementos fundamentales de la relación y la libertad. La relación se ramifica en una triple dimensión: hacia la materia, la tierra y los animales; hacia la trascendencia divina; hacia otros seres humanos. La libertad se expresa en la

autonomía —naturalmente relativa— y en opciones morales. Esta estructura fundamental ha gobernado durante siglos la idea de gran parte de la humanidad y en la actualidad todavía mantiene su vigencia. Pero, al mismo tiempo, hoy nos damos cuenta de que los grandes principios y los conceptos fundamentales de la antropología se ponen a menudo en tela de juicio, incluso sobre la base de una mayor conciencia de la complejidad de la condición humana y requieren una

profundización adicional. La antropología es el horizonte de la autocomprensión en el que todos nos movemos y determina nuestra concepción del mundo y las decisiones existenciales y éticas. En nuestros días se ha convertido, con frecuencia, en un horizonte cambiante y fluido en virtud de los cambios socioeconómicos, de los movimientos de las poblaciones y de las relativas confrontaciones culturales, pero también de la difusión de una cultura mundial y, sobre todo, de los increíbles

descubrimientos de la ciencia y de la técnica.

¿Cómo reaccionar ante estos desafíos? En primer lugar, debemos expresar nuestra gratitud a los hombres y mujeres de ciencia por sus esfuerzos y su compromiso en favor de la humanidad. Este aprecio por la ciencia, que no siempre hemos sabido manifestar, encuentra su fundamento último en el plan de Dios que «nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo [...] eligiéndonos de antemano para ser sus hijos

adoptivos por medio de Jesucristo» (cf. *Ef* 1, 3-5) y que nos confió el cuidado de la creación: «cultivar y cuidar» la tierra (cf. *Gen* 2, 15).

Precisamente porque el hombre es imagen y semejanza de un Dios que creó el mundo por amor, el cuidado de toda la creación debe seguir la lógica de la gratuidad y del amor, del servicio, y no la del dominio y la intimidación.

La ciencia y la tecnología nos han ayudado a profundizar los límites del conocimiento de la naturaleza y, en particular, del

ser humano. Pero una y otra no bastan, por sí solas, para dar todas las respuestas. Hoy nos damos cuenta cada vez más de que es necesario recurrir a los tesoros de la sabiduría que se conservan en las tradiciones religiosas, en la sabiduría popular, en la literatura y las artes, que llegan profundamente al misterio de la existencia humana, sin olvidar, sino al contrario, redescubriendo, las contenidas en la filosofía y en la teología. Como quise decir en la encíclica *Laudato si'* «se vuelve



actual la necesidad imperiosa del humanismo, que de por sí convoca a los distintos saberes, [...] hacia una mirada más integral e integradora»

(n. 141), a fin de superar la división trágica entre las «dos culturas», la humanista-literaria-teológica y la científica, que conduce al empobrecimiento mutuo, y de fomentar un mayor diálogo entre la Iglesia, la comunidad de creyentes y la comunidad científica.

La Iglesia, por su parte, ofrece algunos grandes principios para

sostener este diálogo. El primero es la centralidad de la persona humana que hay que considerar como un fin y no como un medio. Debe estar en relación armoniosa con la creación y, por lo tanto, no debe comportarse como un déspota con la herencia de Dios, sino como un custodio amoroso de la obra del Creador. El segundo principio a recordar es el del destino universal de los bienes, que también atañe al conocimiento y a la tecnología. El progreso científico y tecnológico sirve al

bien de toda la humanidad, y de sus beneficios no pueden disfrutar solamente unos pocos. De esta forma, se evitará que el futuro agregue nuevas desigualdades basadas en el conocimiento y aumente la brecha entre ricos y pobres. Las grandes decisiones sobre la orientación de la investigación científica y la inversión en ella deben tomarse por toda la sociedad y no estar dictadas únicamente por las reglas del mercado o el interés de unos pocos.

Finalmente, sigue siendo válido

el principio de que no todo lo que es técnicamente posible o factible es, por lo tanto, éticamente aceptable. La ciencia, como cualquier otra actividad humana, sabe que tiene límites que se deben observar por el bien de la humanidad misma, y requiere un sentido de responsabilidad ética. La verdadera medida del progreso, como recordaba el beato Pablo VI, es lo que está dirigido al bien de cada hombre y de todo el hombre.

Os doy las gracias a todos, miembros, consultores y

colaboradores del Pontificio  
consejo de la cultura, porque  
lleváis a cabo un valioso  
servicio. Invoco sobre vosotros  
la abundancia de las  
bendiciones del Señor, y os  
pido, por favor, que recéis por  
mí. Gracias.

18 de noviembre de 2017.  
Discurso a la fundación  
vaticana "Joseph Ratzinger -  
Benedicto XVI" con ocasión de  
la entrega del "premio  
Ratzinger"

Sábado.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Me alegra encontraros en esta  
cita anual para la concesión de  
los Premios a personalidades  
eminentes que me han sido  
presentadas por la Fundación  
Vaticana Joseph Ratzinger —

Benedicto XVI y por su Comité Científico. Saludo en primer lugar a los ganadores, a los miembros y amigos de la Fundación, y doy las gracias al cardenal Kurt Koch y al padre Lombardi que nos han explicado el significado y la importancia de este evento culminante de sus actividades encaminadas a la promoción de la investigación teológica y al compromiso cultural animado por la fe y el ímpetu del alma hacia Dios. Dirijo junto con vosotros un pensamiento afectuoso e intenso al Papa

emérito Benedicto. Su oración y su presencia discreta y alentadora nos acompañan en el camino común; su obra y su magisterio continúan siendo una herencia viva y valiosa para la Iglesia y para nuestro servicio. Precisamente por eso, invito a su fundación a continuar con el empeño, estudiando y profundizando esta herencia y, al mismo tiempo a mirar hacia adelante, para valorar su fecundidad tanto con la exégesis de los escritos de Joseph Ratzinger, como para continuar —según



su espíritu— el estudio y la investigación teológica y cultural, incluso entrando en nuevos campos donde la cultura actual insta a la fe al diálogo. De este diálogo, el espíritu humano siempre tiene una necesidad urgente y vital: lo necesita la fe, que se abstrae si no se encarna en el tiempo; lo necesita la razón, que se deshumaniza si no asciende a lo Trascendente. De hecho, «la fe y la razón —afirmaba san Juan Pablo II— son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia

la contemplación de la verdad». (Enc. *Fides et ratio*, Prefacio). Joseph Ratzinger continúa siendo un maestro y un interlocutor amigo para todos aquellos que ejercen el don de la razón para responder a la vocación humana de buscar la verdad.

Cuando el beato Pablo VI lo llamó a asumir la responsabilidad de arzobispo de Munich y Freising, escogió como lema *Cooperatores Veritatis* (Colaboradores de la verdad), tomándolo de la Tercera Carta de san Juan (3

*Jn,1 8*). Estas expresan bien el pleno sentido de su obra y su ministerio. Ese lema destaca en los diplomas de los Premios que he entregado, para dar a entender que los galardonados también han dedicado sus vidas a la altísima misión de servir a la verdad, a la diaconía de la verdad. Me alegro de que las ilustres personalidades galardonadas hoy con el Premio provengan de tres confesiones cristianas, entre ellas la luterana, con la que este año hemos vivido momentos particularmente importantes de

encuentro y de camino común. La verdad de Cristo no es para solistas, sino que es sinfónica: requiere una colaboración dócil, un intercambio armonioso.

Buscarla, estudiarla, contemplarla y traducirla a la práctica juntos, en la caridad, nos atrae con fuerza hacia la unidad plena entre nosotros: la verdad se convierte así en una fuente viva de vínculos de amor cada vez más estrechos. He recibido con alegría la idea de ampliar el horizonte del Premio para incluir también las artes, además de la teología y

las ciencias que naturalmente se asocian con él. Es una ampliación que se corresponde bien con la visión de Benedicto XVI, que tantas veces nos ha hablado de un modo emocionante de la belleza como un camino privilegiado para abrirnos a la trascendencia y encontrar a Dios. En particular, hemos admirado su sensibilidad musical y su ejercicio personal de este arte como camino hacia la serenidad y para la elevación del espíritu.

Mis felicitaciones, por lo tanto, a los ilustres ganadores del

premio: el profesor Theodor Dieter, el profesor Karl-Heinz Menke y el maestro Arvo Pärt; y mi aliciente a vuestra Fundación y a todos sus amigos, para que se continúen recorriendo caminos nuevos y cada vez más amplios para colaborar en la investigación, el diálogo y en el conocimiento de la verdad. Una verdad que, como el Papa Benedicto no se ha cansado de recordar, es, en Dios, logos y ágape, sabiduría y amor encarnado en la persona de Jesús.

19 de noviembre de 2017.  
Mensaje en la I jornada  
mundial de los pobres.

Domingo XXXIII del Tiempo  
Ordinario.

***No amemos de palabra sino  
con obras***

1. «Hijos míos, no amemos de  
palabra y de boca, sino de  
verdad y con obras»  
(1 Jn 3,18). Estas palabras del  
apóstol Juan expresan un  
imperativo que ningún cristiano  
puede ignorar. La seriedad con

la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las *palabras vacías* presentes a menudo en nuestros labios y los *hechos concretos* con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres. Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien, y Juan lo recuerda con



claridad. Se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. *1 Jn* 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. *1 Jn* 3,16).

Un amor así no puede quedar sin respuesta. Aunque se dio de manera unilateral, es decir, sin pedir nada a cambio, sin embargo inflama de tal manera el corazón que cualquier persona se siente impulsada a corresponder, a pesar de sus limitaciones y pecados. Y esto es posible en la medida en que acogemos en nuestro corazón la gracia de Dios, su caridad

misericordiosa, de tal manera que mueva nuestra voluntad e incluso nuestros afectos a amar a Dios mismo y al prójimo. Así, la misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

2. «Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha» (*Sal 34,7*). La Iglesia desde siempre ha comprendido la

importancia de esa invocación. Está muy atestiguada ya desde las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro pide que se elijan a siete hombres «llenos de espíritu y de sabiduría» (*Hch 6,3*) para que se encarguen de la asistencia a los pobres. Este es sin duda uno de los primeros signos con los que la comunidad cristiana se presentó en la escena del mundo: el servicio a los más pobres. Esto fue posible porque comprendió que la vida de los discípulos de Jesús se tenía que

manifestar en una fraternidad y solidaridad que correspondiese a la enseñanza principal del Maestro, que proclamó a los pobres

como *bienaventurados y herederos* del Reino de los cielos (cf. *Mt 5,3*).

«Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch 2,45*). Estas

palabras muestran claramente la profunda preocupación de los primeros cristianos. El evangelista Lucas, el autor sagrado que más espacio ha dedicado a la misericordia,

describe sin retórica la comunión de bienes en la primera comunidad. Con ello desea dirigirse a los creyentes de cualquier generación, y por lo tanto también a nosotros, para sostenernos en el testimonio y animarnos a actuar en favor de los más necesitados. El apóstol Santiago manifiesta esta misma enseñanza en su carta con igual convicción, utilizando palabras fuertes e incisivas: «Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo

para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que le aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. Y sin embargo, ¿no son los ricos los que os tratan con despotismo y los que os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: “Dios os ampare;

abrigaos y llenaos el estómago”, y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta» (St 2,5-6.14-17).

3. Ha habido ocasiones, sin embargo, en que los cristianos no han escuchado completamente este llamamiento, dejándose contaminar por la mentalidad mundana. Pero el Espíritu Santo no ha dejado de exhortarlos a fijar la mirada en lo esencial. Ha suscitado, en

efecto, hombres y mujeres que de muchas maneras han dado su vida en servicio de los pobres. Cuántas páginas de la historia, en estos dos mil años, han sido escritas por cristianos que con toda sencillez y humildad, y con el generoso ingenio de la caridad, han servido a sus hermanos más pobres.

Entre ellos destaca el ejemplo de Francisco de Asís, al que han seguido muchos santos a lo largo de los siglos. Él no se conformó con *abrazar* y dar *limosna* a los leprosos, sino



que decidió ir a Gubbio para *estar* con ellos. Él mismo vio en ese encuentro el punto de inflexión de su conversión: «Cuando vivía en el pecado me parecía algo muy amargo ver a los leprosos, y el mismo Señor me condujo entre ellos, y los traté con misericordia. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (*Test 1-3; FF 110*). Este testimonio muestra el poder transformador de la caridad y el estilo de vida de los cristianos.

No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan, deberían introducirnos a un verdadero *encuentro* con los pobres y dar lugar a un *compartir* que se convierta

en un estilo de vida. En efecto, la oración, el camino del discipulado y la conversión encuentran en la caridad, que se transforma en compartir, la prueba de su autenticidad evangélica. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la *carne de Cristo*. Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de

Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: «Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez» (*Hom. in Matthaeum, 50,3: PG 58*).

Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma.

4. No olvidemos que para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo *vocación para seguir a Jesús pobre*. Es un

caminar detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cf. *Mt* 5,3; *Lc* 6,20). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más

bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales, a pesar de nuestras limitaciones, confiando en la cercanía de Dios y sostenidos por su gracia. La pobreza, así entendida, es la medida que permite valorar el uso adecuado de los bienes materiales, y también vivir los vínculos y los afectos de modo generoso y desprendido (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 25-45). Sigamos, pues, el ejemplo de

san Francisco, testigo de la auténtica pobreza. Él, precisamente porque mantuvo los ojos fijos en Cristo, fue capaz de reconocerlo y servirlo en los pobres. Si deseamos ofrecer nuestra aportación efectiva al cambio de la historia, generando un desarrollo real, es necesario que escuchemos el grito de los pobres y nos comprometamos a sacarlos de su situación de marginación. Al mismo tiempo, a los pobres que viven en nuestras ciudades y en nuestras comunidades les



recuerdo que no pierdan el sentido de la pobreza evangélica que llevan impresa en su vida.

5. Conocemos la gran dificultad que surge en el mundo contemporáneo para identificar de forma clara la pobreza. Sin embargo, nos desafía todos los días con sus muchas caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la violencia, la tortura y el encarcelamiento, la guerra, la privación de la libertad y de la dignidad, por la ignorancia y el

analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, y por la migración forzada. La pobreza tiene el rostro de mujeres, hombres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero. Qué lista inacabable y cruel nos resulta cuando consideramos la pobreza como fruto de la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada.

Hoy en día,  
desafortunadamente, mientras  
emerge cada vez más la  
riqueza descarada que se  
acumula en las manos de unos  
pocos privilegiados, con  
frecuencia acompañada de la  
ilegalidad y la explotación  
ofensiva de la dignidad  
humana, escandaliza la  
propagación de la pobreza en  
grandes sectores de la sociedad  
entera. Ante este escenario, no  
se puede permanecer inactivos,  
ni tampoco resignados. A la  
pobreza que inhibe el espíritu  
de iniciativa de muchos

jóvenes, impidiéndoles encontrar un trabajo; a la pobreza que adormece el sentido de responsabilidad e induce a preferir la delegación y la búsqueda de favoritismos; a la pobreza que envenena las fuentes de la participación y reduce los espacios de la profesionalidad, humillando de este modo el mérito de quien trabaja y produce; a todo esto se debe responder con una nueva visión de la vida y de la sociedad.

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI—

pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» (*Discurso en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, 29 septiembre 1963*) y obligan a la opción fundamental por ellos. Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se

abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.

6. Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la *Jornada Mundial de los Pobres*, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Quisiera que, a las demás Jornadas mundiales

establecidas por mis predecesores, que son ya una tradición en la vida de nuestras comunidades, se añade esta, que aporta un elemento delicadamente evangélico y que completa a todas en su conjunto, es decir, la predilección de Jesús por los pobres.

Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son

nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial. Esta *Jornada* tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad.



Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna.

7. Es mi deseo que las comunidades cristianas, en la semana anterior a la *Jornada Mundial de los Pobres*, que este año será el 19 de noviembre, Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, se comprometan a organizar diversos momentos

de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del universo, el domingo siguiente. De hecho, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del

amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua.

En ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la enseñanza de la Escritura (cf. *Gn 18, 3-5; Hb 13,2*), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor;

podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.

8. El fundamento de las diversas iniciativas concretas que se llevarán a cabo durante esta *Jornada* será siempre la *oración*. No hay que olvidar que el *Padre nuestro* es la

oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con esta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El *Padre nuestro* es una oración

que se dice en plural: el pan que se pide es «nuestro», y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común. En esta oración todos reconocemos la necesidad de superar cualquier forma de egoísmo para entrar en la alegría de la mutua aceptación.

9. Pido a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a los diáconos —que tienen por vocación la misión de ayudar a los pobres—, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado que se

comprometan para que con esta *Jornada Mundial de los Pobres* se establezca una tradición que sea una contribución concreta a la evangelización en el mundo contemporáneo.

Que esta nueva *Jornada Mundial* se convierta para nuestra conciencia creyente en un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda. Los pobres no son un problema,

sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio.

*Vaticano, 13 de junio de 2017.  
Memoria de San Antonio de Padua.*

**Francisco**



19 de noviembre de 2017.  
Homilía en la Santa Misa  
durante la jornada mundial de  
los pobres.

XXXIII Domingo del Tiempo  
Ordinario.

Tenemos la alegría de partir el pan de la Palabra, y dentro de poco de partir y recibir el Pan Eucarístico, que son alimento para el camino de la vida. Todos lo necesitamos, ninguno está excluido, porque todos somos *mendigos de lo esencial*, del amor de Dios, que nos da el

sentido de la vida y una vida sin fin. Por eso hoy también tendemos la mano hacia Él para recibir sus dones.

La parábola del Evangelio nos habla precisamente de dones. Nos dice que somos destinatarios de los talentos de Dios, «cada cual según su capacidad» (*Mt 25,15*). En primer lugar, debemos reconocer que tenemos talentos, somos «talentosos» a los ojos de Dios. Por eso nadie puede considerarse inútil, ninguno puede creerse tan pobre que no pueda dar algo a

los demás. Hemos sido elegidos y bendecidos por Dios, que desea colmarnos de sus dones, mucho más de lo que un papá o una mamá quieren para sus hijos. Y Dios, para el que ningún hijo puede ser descartado, confía a cada uno una misión.

En efecto, como Padre amoroso y exigente que es, nos hace ser responsables. En la parábola vemos que cada siervo recibe unos talentos para que los multiplique. Pero, mientras los dos primeros realizan la misión, el tercero no hace fructificar los

talentos; restituye sólo lo que había recibido: «Tuve miedo — dice—, y fui y escondí tu talento en la tierra; mira, aquí tienes lo que es tuyo»

(Mt 25,25). Este siervo recibe como respuesta palabras duras: «Siervo malo y perezoso»

(Mt 25,26). ¿Qué es lo que no le ha gustado al Señor de él? Para decirlo con una palabra que tal vez ya no se usa mucho y, sin embargo, es muy actual, diría: la *omisión*. Lo que hizo mal fue *no haber hecho* el bien. Muchas veces nosotros estamos también convencidos de no

haber hecho nada malo y así nos contentamos, presumiendo de ser buenos y justos. Pero, de esa manera corremos el riesgo de comportarnos como el siervo malvado: tampoco él hizo nada malo, no destruyó el talento, sino que lo guardó bien bajo tierra. Pero no hacer nada malo no es suficiente, porque Dios no es un revisor que busca billetes sin timbrar, es un Padre que sale a buscar hijos para confiarles sus bienes y sus proyectos (cf. *Mt 25,14*). Y es triste cuando el Padre del amor no recibe una respuesta de

amor generosa de parte de sus hijos, que se limitan a respetar las reglas, a cumplir los mandamientos, como si fueran asalariados en la casa del Padre (cf. *Lc 15,17*).

El siervo malvado, a pesar del talento recibido del Señor, el cual ama compartir y multiplicar los dones, lo ha custodiado celosamente, se ha conformado con preservarlo. Pero quien se preocupa sólo de conservar, de mantener los tesoros del pasado, no es fiel a Dios. En cambio, la parábola dice que quien añade nuevos

talentos, ese es  
verdaderamente «fiel»  
(Mt 25,21.23), porque tiene la  
misma mentalidad de Dios y no  
permanece inmóvil: arriesga  
por amor, se juega la vida por  
los demás, no acepta el dejarlo  
todo como está. Sólo una cosa  
deja de lado: su propio  
beneficio. Esta es la única  
omisión justa.

La omisión es también el mayor  
pecado contra los pobres. Aquí  
adopta un nombre  
preciso: *indiferencia*. Es decir:  
«No es algo que me concierne,  
no es mi problema, es culpa de

la sociedad». Es mirar a otro lado cuando el hermano pasa necesidad, es cambiar de canal cuando una cuestión seria nos molesta, es también indignarse ante el mal, pero no hacer nada. Dios, sin embargo, no nos preguntará si nos hemos indignado con razón, sino si hicimos el bien.

Entonces, ¿cómo podemos complacer al Señor de forma concreta? Cuando se quiere agradar a una persona querida, haciéndole un regalo, por ejemplo, es necesario antes de nada conocer sus gustos, para



evitar que el don agrade más al que lo hace que al que lo recibe. Cuando queremos ofrecer algo al Señor, encontramos sus gustos en el Evangelio. Justo después del pasaje que hemos escuchado hoy, Él nos dice: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,40*). Estos hermanos más pequeños, sus predilectos, son el hambriento y el enfermo, el forastero y el encarcelado, el pobre y el abandonado, el que sufre sin

ayuda y el necesitado descartado. Sobre sus rostros podemos imaginar impreso su rostro; sobre sus labios, incluso si están cerrados por el dolor, sus palabras: «Esto es mi cuerpo» (*Mt 26,26*). En el pobre, Jesús llama a la puerta de nuestro corazón y, sediento, nos pide amor. Cuando vencemos la indiferencia y en el nombre de Jesús nos prodigamos por sus hermanos más pequeños, somos sus amigos buenos y fieles, con los que él ama estar. Dios lo aprecia mucho, aprecia la

actitud que hemos escuchado en la primera Lectura, la de la «mujer fuerte» que «abre sus manos al necesitado y tiende sus brazos al pobre»

(*Pr* 31,10.20). Esta es la verdadera fortaleza: no los puños cerrados y los brazos cruzados, sino las manos laboriosas y tendidas hacia los pobres, hacia la carne herida del Señor.

Aquí, en los pobres, se manifiesta la presencia de Jesús, que siendo rico se hizo pobre (cf. *2 Co* 8,9). Por eso en ellos, en su debilidad, hay una

«fuerza salvadora». Y si a los ojos del mundo tienen poco valor, son ellos los que nos abren el camino hacia el cielo, son «nuestro pasaporte para el paraíso». Es para nosotros un *deber evangélico* cuidar de ellos, que son nuestra verdadera riqueza, y hacerlo no sólo dando pan, sino también partiendo con ellos el pan de la Palabra, pues son sus destinatarios más naturales. Amar al pobre significa luchar contra todas las pobrezas, espirituales y materiales. Y nos hará bien acercarnos a

quien es más pobre que nosotros, tocará nuestra vida. Nos hará bien, nos recordará lo que verdaderamente cuenta: amar a Dios y al prójimo. Sólo esto dura para siempre, todo el resto pasa; por eso, lo que invertimos en amor es lo que permanece, el resto desaparece. Hoy podemos preguntarnos: «¿Qué cuenta para mí en la vida? ¿En qué invierto? ¿En la riqueza que pasa, de la que el mundo nunca está satisfecho, o en la riqueza de Dios, que da la vida eterna?». Esta es la elección

que tenemos delante: vivir para tener en esta tierra o dar para ganar el cielo. Porque para el cielo no vale lo que se *tiene*, sino lo que se *da*, y «el que acumula tesoro para sí» no se hace «rico para con Dios» (Lc 12,21). No busquemos lo superfluo para nosotros, sino el bien para los demás, y nada de lo que vale nos faltará. Que el Señor, que tiene compasión de nuestra pobreza y nos reviste de sus talentos, nos dé la sabiduría de buscar lo que cuenta y el valor de amar, no con palabras sino con hechos.



19 de noviembre de 2017.  
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En este penúltimo domingo del año litúrgico, el Evangelio nos presenta la parábola de los talentos (cf. *Mt 25, 14-30*). Un hombre, antes de partir de viaje, entrega a sus siervos unos talentos, que en aquel tiempo eran monedas de notable valor: a un siervo, cinco talentos; a otro, dos; a



otro, uno, según la capacidad de cada uno. El siervo que recibió cinco talentos es emprendedor y les hace fructificar ganando otros cinco. De igual modo se comporta el siervo que había recibido dos y se procura otros dos. En cambio, el siervo que recibió uno, excava un agujero en la tierra y esconde la moneda de su patrón.

Es este el mismo siervo que explica al patrón, a su regreso, el motivo de su gesto, diciendo: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no

sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo y fui y escondí en tierra tu talento». (Mt 25, 24-25).

Este siervo no tiene con su patrón una relación de confianza, sino que tiene miedo de él y esto lo bloquea. El miedo inmoviliza siempre y a menudo hace tomar decisiones equivocadas. El miedo desalienta de tomar iniciativas, induce a refugiarse en soluciones seguras y garantizadas y así termina por no hacer nada bueno. Para ir adelante y crecer en el camino

de la vida no hay que tener miedo, hay que tener confianza.

Esta parábola nos hace entender lo importante que es tener una idea verdadera de Dios. No debemos pensar que Él es un patrón malo, duro y severo que quiere castigarnos. Si dentro de nosotros está esta imagen equivocada de Dios, entonces nuestra vida no podrá ser fecunda, porque viviremos en el miedo y este no nos conducirá a nada constructivo; de hecho, el miedo nos paraliza, nos autodestruye.

Estamos llamados a reflexionar para descubrir cuál es verdaderamente nuestra idea de Dios. Ya en el Antiguo Testamento Él se reveló como «Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Éx 34, 6). Y Jesús siempre nos ha mostrado que Dios no es un patrón severo e intolerante, sino un padre lleno de amor, de ternura, un padre lleno de bondad. Por lo tanto, podemos y debemos tener una inmensa confianza en Él. Jesús nos muestra la

generosidad y la premura del Padre de tantos modos: con su palabra, con sus gestos, con su acogida hacia todos, especialmente hacia los pecadores, los pequeños y los pobres —como hoy nos recuerda la I Jornada Mundial de los Pobres—; pero también con sus advertencias, que revelan su interés para que nosotros no desperdiciemos inútilmente nuestra vida. Es un signo, de hecho, de que Dios tiene una gran estima de nosotros: esta conciencia nos ayuda a ser personas

responsables en cada una de nuestras acciones. Por lo tanto, la parábola de los talentos nos reclama a una responsabilidad personal y a una fidelidad que se convierte también en capacidad de caminar continuamente sobre caminos nuevos, sin «enterrar el talento», es decir, los dones que Dios nos ha confiado y sobre los que nos pedirá cuentas.

Que la Virgen Santa interceda por nosotros, con el fin de que permanezcamos fieles a la voluntad de Dios haciendo

fructificar los talentos de los que nos ha dotado. Así seremos útiles a los demás y, en el último día, seremos acogidos por el Señor, que nos invitará a tomar parte de su alegría.

### **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en Detroit, en Estados Unidos, fue proclamado beato Francesco Solano, sacerdote de los Frailes Menores Capuchinos. Humilde y fiel discípulo de Cristo, se distinguió por un incansable servicio a los pobres. Que su testimonio

ayude a sacerdotes, religiosos y laicos a vivir con alegría el vínculo entre anuncio del Evangelio y amor a los pobres. Es lo que hemos querido recordar con la Jornada Mundial de los Pobres de hoy, que en Roma y en las diócesis del mundo se expresa en tantas iniciativas de oración y de compartir.

Espero que los pobres estén en el centro de nuestras comunidades no solamente en momentos como este, sino siempre; porque ellos están en el corazón del Evangelio, en



ellos encontramos a Jesús que nos habla y nos interpela a través de sus sufrimientos y sus necesidades.

Quiero recordar hoy de modo particular a las poblaciones que viven una dolorosa pobreza a causa de la guerra y de los conflictos. Renuevo, por lo tanto, a la comunidad internacional un triste llamamiento para que participe en todo esfuerzo posible para favorecer la paz, en particular en Oriente Medio. Dirijo un pensamiento especial al querido pueblo libanés y rezo

por la estabilidad del país, con el fin de que pueda continuar siendo un «mensaje» de respeto y convivencia para toda la región y para el mundo entero.

Rezo también por las personas de la tripulación del submarino militar argentino del que se han perdido las pistas. Hoy es también el Día de recuerdo de las víctimas de accidentes de tráfico, instituido por la ONU. Animo a las instituciones públicas en el empeño de la prevención e insto a los conductores a la prudencia y al

respeto de las normas, como primera forma de protección para sí y para los otros.

Y os saludo a todos vosotros, familias, parroquias, asociaciones y fieles, que habéis venido desde Italia y desde tantas partes del mundo. En particular, saludo a los peregrinos de la República Dominicana; a los participantes de la carrera de solidaridad de Košice (Eslovaquia) en Roma; y a la comunidad ecuatoriana residente en Roma, que celebra la Virgen del Quinche. Saludo a la fraternidad del Orden secular

Trinitario Italiano, a los fieles de Civitanova Marche, Sanzeno, Termoli, Capua y Nola y a los jóvenes de confirmación de Mestrino (Padua).

Os deseo a todos vosotros un buen domingo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

22 de noviembre de 2017.  
Audiencia general. La misa,  
memorial de la Pascua del  
Señor.

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Continuando con las Catequesis  
sobre la misa, podemos  
preguntarnos: ¿Qué es  
esencialmente la misa? La misa  
es el memorial del Misterio  
pascual de Cristo. Nos  
convierte en partícipes de su  
victoria sobre el pecado y la

muerte y da significado pleno a nuestra vida.

Por esto, para comprender el valor de la misa debemos ante todo entender entonces el significado bíblico del «memorial». «En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que es celebrada la Pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos

acontecimientos». Catecismo de la Iglesia Católica (1363).

Jesucristo, con su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo llevó a término la Pascua. Y la misa es el memorial de su Pascua, de su «éxodo», que cumplió por nosotros, para hacernos salir de la esclavitud e introducirnos en la tierra prometida de la vida eterna. No es solamente un recuerdo, no, es más: es hacer presente aquello que ha sucedido hace veinte siglos. La eucaristía nos lleva siempre al vértice de las acciones de

salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido para nosotros, vierte sobre vosotros toda la misericordia y su amor, como hizo en la cruz, para renovar nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Dice el Concilio Vaticano II: «La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual «Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado» (Cost. Dogm. Lumen gentium, 3).



Cada celebración de la eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús resucitado. Participar en la misa, en particular el domingo, significa entrar en la victoria del Resucitado, ser iluminados por su luz, calentados por su calor. A través de la celebración eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo nuestro ser mortal. Y en su paso de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad, el Señor Jesús nos arrastra también a nosotros

con Él para hacer la Pascua. En la misa se hace Pascua.

Nosotros, en la misa, estamos con Jesús, muerto y resucitado y Él nos lleva adelante, a la vida eterna. En la misa nos unimos a Él. Es más, Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él: «Yo estoy crucificado con Cristo —dice san Pablo— y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Gal 2, 19-20*). Así pensaba Pablo.

Su sangre, de hecho, nos libera de la muerte y del miedo a la muerte. Nos libera no solo del dominio de la muerte física, sino de la muerte espiritual que es el mal, el pecado, que nos toma cada vez que caemos víctimas del pecado nuestro o de los demás. Y entonces nuestra vida se contamina, pierde belleza, pierde significado, se marchita. Cristo, en cambio, nos devuelve la vida; Cristo es la plenitud de la vida, y cuando afrontó la muerte la derrota para siempre: «Resucitando

destruyó la muerte y nos dio vida nueva». (Oración eucarística IV). La Pascua de Cristo es la victoria definitiva sobre la muerte, porque Él transformó su muerte en un supremo acto de amor. ¡Murió por amor! Y en la eucaristía, Él quiere comunicarnos su amor pascual, victorioso. Si lo recibimos con fe, también nosotros podemos amar verdaderamente a Dios y al prójimo, podemos amar como Él nos ha amado, dando la vida. Si el amor de Cristo está en mí, puedo darme plenamente al

otro, en la certeza interior de que si incluso el otro me hiriera, yo no moriría; de otro modo, debería defenderme. Los mártires dieron la vida precisamente por esta certeza de la victoria de Cristo sobre la muerte. Solo si experimentamos este poder de Cristo, el poder de su amor, somos verdaderamente libres de darnos sin miedo. Esto es la misa: entrar en esta pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús; cuando vamos a misa es si como fuéramos al calvario, lo mismo.

Pero pensad vosotros: si nosotros en el momento de la misa vamos al calvario — pensemos con imaginación— y sabemos que aquel hombre allí es Jesús. Pero, ¿nos permitiremos charlar, hacer fotografías, hacer espectáculo? ¡No! ¡Porque es Jesús! Nosotros seguramente estaremos en silencio, en el llanto y también en la alegría de ser salvados. Cuando entramos en la iglesia para celebrar la misa pensemos esto: entro en el calvario, donde Jesús da su vida por mí. Y así desaparece el espectáculo,

desaparecen las charlas, los comentarios y estas cosas que nos alejan de esto tan hermoso que es la misa, el triunfo de Jesús.

Creo que hoy está más claro cómo la Pascua se hace presente y operante cada vez que celebramos la misa, es decir, el sentido del memorial. La participación en la eucaristía nos hace entrar en el misterio pascual de Cristo, regalándonos pasar con Él de la muerte a la vida, es decir, allí en el calvario. La misa es rehacer el calvario, no es un espectáculo.

## **Saludos:**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica. El Señor Jesús nos quiere comunicar en la Eucaristía su amor pascual para que podamos amar a Dios y a nuestro prójimo como él nos ha amado, entregando su propia vida. Que la Virgen Santa interceda ante su Hijo por todos nosotros, y nos alcance la gracia de ser hombres y mujeres que encuentren en el



sacrificio eucarístico el centro  
de la propia existencia y la  
fuerza para vivir en el amor.

23 de noviembre de 2017.  
Homilía en la celebración de  
oración por la paz en Sudán del  
sur y en la República  
Democrática del Congo.

Jueves.

Esta noche, queremos esparcir  
con nuestra oración semillas de  
paz en la tierra de Sudán del  
Sur y de la República  
Democrática del Congo, así  
como en todas las partes del  
mundo que sufren por la  
guerra. Había decidido visitar  
Sudán del Sur, pero no ha sido

posible. Sin embargo sabemos que la oración es más importante, porque es más poderosa: la plegaria actúa con la fuerza de Dios, para quien nada es imposible.

Por eso agradezco de corazón a quienes han ideado esta vigilia y se han esforzado en llevarla a cabo.

«Cristo resucitado nos invita. Aleluya». Estas palabras del canto en lengua suajili han acompañado la procesión de entrada, con algunas imágenes de los dos países por los que estamos rezando

especialmente. Los cristianos creemos y sabemos que la paz es posible porque Cristo ha resucitado. Él nos da el Espíritu Santo, a quien hemos invocado.

Como san Pablo nos ha recordado hace unos instantes, Jesucristo «es nuestra paz» (*Ef 2,14*). En la Cruz, ha cargado con todo el mal del mundo, también con los pecados que generan y fomentan las guerras: la soberbia, la avaricia, la sed de poder, la mentira... Jesús ha vencido todo esto con su

resurrección. Cuando se apareció en medio de sus amigos les dijo: «Paz a vosotros» (*Jn 20,19.21.26*).

Nos lo repite también a nosotros aquí, en esta noche: «Paz a vosotros».

Sin ti, Señor, vana sería nuestra oración y engañosa nuestra esperanza de paz. Pero tú estás vivo y obras para nosotros y con nosotros; tú, nuestra paz.

Que el Señor resucitado derribe los muros de la enemistad que dividen hoy a los hermanos, especialmente en Sudán del

Sur y en la República  
Democrática del Congo.

Que socorra a las mujeres  
víctimas de la violencia en las  
zonas de guerra y en cualquier  
parte del mundo.

Que salve a los niños que  
sufren a causa de conflictos que  
no tienen que ver con ellos,  
pero que les roban su infancia  
y a veces también la propia  
vida. ¡Cuánta hipocresía  
cuando se niegan las masacres  
de mujeres y niños! Aquí la  
guerra muestra su rostro más  
horrible.

Que el Señor ayude a los

humildes y a los pobres del mundo a seguir creyendo y esperando en que el Reino de Dios está cerca, que está en medio de nosotros, y es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (*Rm 14,17*). Que sostenga a todos los que, día tras día, se esfuerzan por combatir el mal con el bien, con gestos y palabras de fraternidad, de respeto, de encuentro, de solidaridad. Que el Señor afiance en los gobernantes y en todos los que tienen responsabilidades un espíritu noble y recto, firme y

valiente en la búsqueda de la paz, mediante el diálogo y la negociación.

Que el Señor nos conceda a todos nosotros ser artesanos de paz allí donde estemos, en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las comunidades, en cualquier ambiente;

«lavándonos los pies» unos a otros, a semejanza de nuestro Maestro y Señor. A él la gloria y la alabanza, hoy y por los siglos de los siglos. Amén.



24 de noviembre de 2017.

Discurso a los miembros de la comisión mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia Católica y la Iglesia Asiria de Oriente.

Viernes.

*Queridos hermanos:*

Os doy una calurosa bienvenida, agradeciéndoos por la visita y las amables palabras que el Metropolitano Meelis Zaia me ha dirigido en vuestro nombre. A través de vosotros deseo que llegue mi saludo

fraternal en el Señor a Su Santidad Mar Gewargis III. Recuerdo con alegría el encuentro tan cordial y apreciado con él hace un año, que fue un paso más en el camino para incrementar la cercanía y la comunión entre nosotros. Encontrarnos hoy nos ofrece la oportunidad de mirar con gratitud el camino recorrido por la *Comisión Conjunta* establecida tras la histórica firma aquí en Roma en 1994 de la *Declaración Cristológica Común*. Al confesar la misma fe en el misterio de la

Encarnación, la Comisión puso en programa dos fases: una sobre la teología sacramental y otra sobre la constitución de la Iglesia. Con vosotros doy gracias al Señor por la firma actual de la Declaración Conjunta, que ratifica la feliz conclusión de la fase relativa a la vida sacramental. Hoy, por lo tanto, podemos mirar todavía con más confianza al mañana y pedirle al Señor que la continuación de vuestros trabajos contribuya a hacer que se acerque ese día bendito y tan esperado en que tendremos

la alegría de celebrar en el mismo altar la comunión plena en la Iglesia de Cristo.

Quisiera subrayar un aspecto de esta nueva Declaración Conjunta. En ella se hace referencia al signo de la cruz como «un símbolo explícito de unidad entre todas las celebraciones sacramentales».

Algunos autores de la Iglesia Asiria de Oriente han incorporado la señal de la cruz entre los misterios sagrados, convencidos de que cada celebración sacramental depende precisamente de la

Pascua de muerte y resurrección del Señor. Es una hermosa intuición, porque el Crucificado Resucitado es nuestra salvación y nuestra misma vida: de su cruz gloriosa proceden nuestra esperanza y nuestra paz, de allí brota la unidad entre los sagrados misterios que celebramos, pero también entre nosotros, que hemos sido bautizados en la misma muerte y resurrección del Señor (cf. *Rom 6, 4*). Cuando miramos la cruz o hacemos la señal de la cruz, también estamos invitados a

recordar los sacrificios sufridos en unión con el de Jesús y a estar cerca de aquellos que ahora llevan una pesada cruz sobre sus hombros. También la Iglesia Asiria de Oriente, junto con otras Iglesias y muchos hermanos y hermanas de la región, padece persecuciones y es testigo de violencias brutales perpetradas en nombre de extremismos fundamentalistas. Las situaciones de ese sufrimiento trágico se arraigan más fácilmente en contextos de gran pobreza, injusticia y exclusión social, en gran parte

debidos a la inestabilidad, fomentada también por intereses externos, y por conflictos que recientemente han causado situaciones de grave necesidad, dando origen a propios y verdaderos desiertos culturales y espirituales, en los que resulta fácil manipular e incitar al odio. A esto se ha sumado o recientemente al drama del violento terremoto en la frontera entre Irak, la tierra natal de vuestra Iglesia e Irán, donde se encuentran desde hace mucho tiempo vuestras

comunidades, así como en Siria, Líbano e India.

Así pues, sobre todo en los períodos de mayor sufrimiento y privaciones, un gran número de fieles tuvo que abandonar sus tierras, emigrando a otros países y aumentando la comunidad de la diáspora que tiene muchos retos que enfrentar. Entrando en algunas sociedades, por ejemplo, se encuentran dificultades determinadas por una integración que no siempre es fácil y por una secularización marcada, lo que puede



dificultar la custodia de la riqueza espiritual de vuestras tradiciones y el mismo testimonio de la fe.

En todo esto, repetir la señal de la cruz, nos recordará que el Señor de la misericordia nunca abandona a sus hermanos, sino que acoge las heridas de ellos en las suyas. Al hacer la señal de la cruz, recordamos las llagas de Cristo, esas llagas que la Resurrección no borró, sino que se llenaron de luz. Del mismo modo, las heridas de los cristianos, incluso las más abiertas, cuando son

atravesadas por la presencia viva de Jesús y de su amor, se vuelven luminosas, se convierten en señales de luz pascual en un mundo envuelto en tantas tinieblas.

Con estos sentimientos, al mismo tiempo preocupados y llenos de esperanza, os invito a seguir caminando, confiando en la ayuda de tantos hermanos y hermanas nuestros que dieron su vida siguiendo al Crucificado. Ellos, en el cielo ya totalmente unidos, son los predecesores y patronos de nuestra comunión visible en la

tierra. Por su intercesión, también le pido al Señor que los cristianos de vuestras tierras puedan trabajar, en la paciente tarea de la reconstrucción, después de tanta devastación, en paz y en pleno respeto con todos. En la tradición siria, Cristo en la Cruz está representado como Médico bueno y Medicina de vida. A Él le pido que cierre por completo nuestras heridas del pasado y que cure las numerosas heridas que se abren hoy en el mundo por los desastres de la violencia y de

las guerras. Queridos hermanos, continuemos juntos la peregrinación de reconciliación y paz en la que el Señor nos ha encaminado. Os expreso mi gratitud por vuestro compromiso, e invoco sobre vosotros la bendición del Señor y la protección amorosa de su Madre y la nuestra, pidiéndoos que os acordéis de mí en la oración.

25 de noviembre de 2017.  
Discurso a los participantes en  
el curso organizado por el  
Tribunal de la Rota Romana.

Sábado.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Tengo el placer de encontrarme  
con vosotros al final del curso  
de formación para el clero y los  
laicos promovido por el Tribunal  
apostólico de la Rota romana  
sobre el tema: *El nuevo  
proceso matrimonial y el  
procedimiento Super Rato*. Doy

las gracias al decano, monseñor Pinto, por las palabras que me ha dirigido. El curso, que ha tenido lugar aquí en Roma, así como los que se realizan en otras diócesis, son iniciativas encomiables y que aliento, porque contribuyen a ofrecer un conocimiento adecuado y un intercambio de experiencias en los diversos niveles eclesiales acerca de procedimientos canónicos muy importantes. Es necesario, en particular, reservar una gran atención y un análisis adecuado a los dos recientes *Motu proprio*: *Mitis*

*Iudex Dominus Iesus* y *Mitis et Misericors Iesus*, con el fin de aplicar los nuevos procedimientos en ellos establecidos. Estos dos documentos han surgido de un contexto sinodal, son la expresión de un método sinodal, son el punto de llegada de un serio camino sinodal. Frente a las cuestiones más espinosas que afectan a la misión de evangelización y a la salvación de las almas, es importante que la Iglesia recupere cada vez más la praxis sinodal de la primera

comunidad de Jerusalén, donde Pedro junto con los demás apóstoles y con toda la comunidad bajo la acción del Espíritu Santo trataba de actuar de acuerdo con el mandamiento del Señor Jesús. Es lo que se ha hecho también en las Asambleas sinodales sobre la familia, en las cuales, en espíritu de comunión y fraternidad, los representantes del episcopado de todo el mundo se reunieron en asamblea para escuchar la voz de las comunidades, para discutir, reflexionar y hacer



obra de discernimiento. El Sínodo tenía la finalidad de promover y defender la familia y el matrimonio cristiano para el mayor bien de los cónyuges fieles al pacto celebrado en Cristo. También debía estudiar la situación y el desarrollo de la familia en el mundo de hoy, la preparación para el matrimonio, las formas de ayudar a quienes sufren a causa del fracaso de su matrimonio, la educación de los hijos y otros temas.

Cuando regreséis a vuestras comunidades, esforzaos por ser

misioneros y testigos del *espíritu sinodal* que está en el origen de las mismas, así como del *consuelo pastoral*, que es el fin de esta nueva normativa matrimonial, para corroborar la fe del Pueblo santo de Dios mediante la caridad. ¡Que el espíritu sinodal y el consuelo pastoral sean vuestra forma de actuar en la Iglesia, especialmente en un campo tan delicado como el de la familia en busca de la verdad sobre el estado conyugal de la pareja! Con esta actitud, que cada uno de vosotros sea un

colaborador leal del obispo, al que las nuevas normas reconocen un papel clave, especialmente en el proceso breve, ya que es el «juez nato» de la Iglesia particular. En vuestro servicio, estáis llamados a estar cerca de la soledad y el sufrimiento de los fieles que esperan de la justicia eclesial la ayuda competente y fáctica para recuperar la paz de sus conciencias y la voluntad de Dios sobre la readmisión en la eucaristía. De ahí la necesidad y el valor del curso en el que habéis participado —y

espero que se organicen otros — para favorecer un enfoque justo de la cuestión y un estudio cada vez más amplio y serio del nuevo proceso matrimonial. Esto es expresión de la Iglesia que es capaz de acoger y cuidar a los que han sido heridos de diferentes formas por la vida, y al mismo tiempo es una llamada al compromiso por la defensa de la sacralidad del vínculo matrimonial. Con el fin de hacer que la aplicación de la nueva ley del proceso matrimonial, dos años después

de su promulgación, causa y motivo de salvación y de paz para el gran número de fieles heridos en su situación matrimonial, he decidido, en razón del oficio de Obispo de Roma y Sucesor de Pedro aclarar definitivamente algunos de los aspectos fundamentales de los dos *Motu proprio*, en particular la figura del obispo diocesano como juez personal y único en el Proceso brevior. El obispo diocesano siempre ha sido el *Iudex unum et idem cum Vicario iudiciali*; pero dado que este principio se interpreta,

de hecho, excluyendo el ejercicio personal del obispo diocesano, delegando casi todo a los tribunales, establezco a continuación lo que considero determinante y exclusivo en el ejercicio personal del obispo diocesano juez:

1. El obispo diocesano en razón de su oficio pastoral es juez personal y único en el proceso brevior.

2. Por lo tanto, la figura del obispo-diocesano-juez es el arquitrabe, el principio

constitutivo y el elemento discriminatorio de todo el proceso brevior, instituido por los dos *Motu proprio*.

3. En el proceso brevior, se requieren *ad validitatem*, dos condiciones inseparables: *el episcopado* y *el ser jefe de una comunidad diocesana de fieles* (véase 381 § 2). Si falta una de las dos condiciones, el proceso brevior no puede tener lugar. La instancia debe ser juzgada con el proceso ordinario.

4. La competencia exclusiva y personal del obispo diocesano, puesta en los criterios fundamentales del proceso *breviore*, hace referencia directa a la eclesiología del Vaticano II, que nos recuerda que sólo el obispo *ya* tiene, en la consagración, la plenitud de toda la potestad que es *ad actum expedita*, a través de la *missio canonica*.

5. El proceso *breviore* no es una opción que el obispo diocesano pueda elegir, sino



una obligación que le viene de su consagración y de la *missio* recibida. Él es competente exclusivo en las tres fases del proceso brevior: — la *instancia* se dirige siempre al obispo diocesano; — la *instrucción*, como afirmé en el discurso del 12 de marzo del año pasado al curso de la Rota romana debe ser llevada a cabo por el obispo «siempre asistido por el vicario judicial u otro instructor, incluso laico, por el asesor, y siempre debe estar presente el defensor del vínculo». Si el obispo careciera

de clérigos o laicos canonistas, la caridad, que distingue el oficio episcopal, de un obispo viciniore, podrá socorrerlo por el tiempo que sea necesario. También recuerdo que el proceso brevior debe normalmente cerrarse en una única sesión, requiriendo como condición imprescindible la evidencia absoluta de los hechos comprobantes de la supuesta nulidad matrimonial, además del consentimiento de los dos cónyuges.

— la *decisión* de pronunciar *coram Domino*, es

siempre y solo del obispo diocesano.

6. Confiar todo el proceso brevior al tribunal interdiocesano (tanto del *viciniore* como de más diócesis) llevaría a distorsionar y reducir la figura del obispo padre, cabeza y juez de sus fieles, a mero firmante de la sentencia.

7. La misericordia, uno de los criterios fundamentales que aseguran la *salus*, requiere que el obispo diocesano realice

cuanto antes el proceso  
breviore; en caso de que no se  
sintiera preparado en el  
momento presente para  
realizarlo, debe remitir la causa  
al proceso ordinario, que de  
todas formas debe ser llevado a  
cabo con la debida diligencia.

8. La proximidad y la gratuidad,  
como he destacado  
repetidamente, son las dos  
perlas que necesitan los  
pobres, que la Iglesia debe  
amar por encima de todo.

9. En cuanto a la competencia,  
al recibir la apelación contra la

sentencia afirmativa en el proceso brevior, del metropolitano o del obispo indicado en el nuevo can. 1687, se precisa que la nueva ley confiere al Decano de la Rota una *potestas decidendi* nueva y, por lo tanto, constitutiva sobre el rechazo o la admisión de la apelación. En conclusión, me gustaría reafirmar con claridad que todo esto sucede sin pedir permiso o autorización a otra institución o a la Signatura apostólica. Queridos hermanos y hermanas, os deseo todo lo

bueno para este estudio y para el servicio eclesial de cada uno de vosotros. El Señor os bendiga y la Virgen os proteja. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

26 de noviembre de 2017.  
ÁNGELUS.

Solemnidad de nuestro Señor  
Jesucristo, Rey del universo.

Domingo.

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

En este último domingo del año  
litúrgico celebramos la  
solemnidad de Cristo Rey del  
Universo. La suya es una  
majestad de guía, de servicio y  
también una majestad que al  
final de los tiempos se afirmará

como juicio. Hoy tenemos delante de nosotros al Cristo como rey, pastor y juez, que muestra los criterios de pertenencia al Reino de Dios. Aquí están los criterios. La página evangélica se abre con una visión grandiosa. Jesús, dirigiéndose a sus discípulos, dice: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria» (*Mt 25, 31*). Se trata de la introducción solemne del relato del juicio universal. Después de haber



vivido la existencia terrenal en humildad y pobreza, Jesús se presenta ahora en la gloria divina que le pertenece, rodeado por hileras angelicales. Toda la humanidad está convocada frente a Él y Él ejercita su autoridad separando a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras.

A aquellos que pone a su derecha les dice: «Venid, benditos de mi padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve

hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme» (*Mt 25, 34-36*). Los justos permanecen sorprendidos, porque no recuerdan haber encontrado nunca a Jesús y menos haberlo ayudado de aquel modo; pero Él declara: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*). Esta palabra no

termina nunca de  
conmociónarnos, porque nos  
revela hasta qué punto llega el  
amor de Dios: hasta el punto  
de identificarse con nosotros,  
pero no cuando estamos bien,  
cuando estamos sanos y felices,  
no, sino cuando estamos  
necesitados. Y de este modo  
escondido Él se deja encontrar,  
nos tiende la mano como  
mendigo. Así Jesús revela el  
criterio decisivo de su juicio, es  
decir, el amor concreto por el  
prójimo en dificultad. Y así se  
revela el poder del amor, la  
majestad de Dios: solidario con

quien sufre para suscitar por todas partes comportamientos y obras de misericordia.

La parábola del juicio continúa presentando al rey que aleja de sí a aquellos que durante su vida no están preocupados por las necesidades de los hermanos. También en este caso esos quedan sorprendidos y preguntan: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel y no te asistimos? (*Mt 25, 44*).

Implícito: «¡Si te hubiéramos visto, seguramente te

habríamos ayudado!»). Pero el rey responderá: «En verdad os digo es que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (*Mt 25, 45*). Al final de nuestra vida seremos juzgados sobre el amor, es decir, sobre nuestro empeño concreto de amar y servir a Jesús en nuestros hermanos más pequeños y necesitados. Aquel mendigo, aquel necesitado que tiende la mano es Jesús; aquel enfermo al que debo visitar es Jesús; aquel preso es Jesús; aquel

hambriento es Jesús. Pensemos en esto.

Jesús vendrá al final de los tiempos para juzgar a todas las naciones, pero viene a nosotros cada día, de tantos modos y nos pide acogerlo. Que la Virgen María nos ayude a encontrarlo y recibirlo en su Palabra y en la Eucaristía, y al mismo tiempo en los hermanos y en las hermanas que sufren el hambre, la enfermedad, la opresión, la injusticia. Puedan nuestros corazones acogerlo en el hoy de nuestra vida, para que seamos por Él acogidos en

la eternidad de su Reino de luz y de paz.

## **Después del Ángelus:**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Nos dio gran dolor, el viernes pasado, la noticia de la masacre cometida en una mezquita del norte del Sinaí, en Egipto.

Continúo rezando por las numerosas víctimas, por los heridos y por toda esa comunidad tan duramente golpeada. Que Dios nos libere de estas tragedias y sostenga los esfuerzos de todos aquellos que obran por la paz, la

concordia y la convivencia. Aquella gente en aquel momento rezaba; también nosotros, en silencio, recemos por ellos.

Ayer en Córdoba, Argentina, fue proclamada Beata la madre Catalina de María Rodríguez, fundadora de la Congregación de las Hermanas Esclavas del Corazón de Jesús, primer instituto religioso femenino de vida apostólica en Argentina. Del siglo xix, Catalina estuvo primero casada y después quedó viuda, se consagró a Dios y se dedicó a la cura



espiritual y material de las mujeres más pobres y vulnerables. Alabemos al Señor por esta «mujer apasionada del Corazón de Jesús y de la humanidad».

En particular saludo a la comunidad ucraniana que recuerda la tragedia de Holodomor, la muerte por hambre provocada por el régimen de Stalin con millones de víctimas. Rezo por Ucrania, para que la fuerza de la fe pueda contribuir a sanar las heridas del pasado y promover hoy caminos de paz.

Esta noche empezaré el viaje apostólico a Myanmar y Bangladés. Os pido que me acompañéis con la oración, para que mi presencia sea para aquellas poblaciones un símbolo de cercanía y de esperanza.

Os deseo a todos un buen domingo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

28 de noviembre de 2017.  
Saludo en el encuentro con los  
líderes religiosos de Myanmar.

Arzobispado de Rangún.

Martes.

Viaje apostólico de su santidad  
francisco a Myanmar y  
Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de  
diciembre de 2017)

En primer lugar, muchas  
gracias por haber venido.  
Quizás tendría que haber ido

yo a visitar a cada uno de ustedes, pero ustedes han sido generosos y me ahorraron el trabajo. Gracias.

En el momento en que ustedes hablaban me vino a la mente una oración, una oración que rezamos a menudo, tomada del Libro de los Salmos: «Qué hermoso es ver a los hermanos unidos». Unidos no quiere decir iguales. La unidad no es uniformidad, aun dentro de la misma confesión. Cada uno tiene sus valores, sus riquezas, y también sus deficiencias. Somos todos diferentes y cada

confesión tiene sus riquezas, sus tradiciones, sus riquezas para dar, para compartir. Y esto solamente puede ser si se vive en paz. Y la paz se construye en el coro de las diferencias. La unidad siempre se da con las diferencias.

Por tres veces uno de ustedes usó la palabra «armonía». Esa es la paz: la armonía. Nosotros, en este tiempo que nos toca vivir, experimentamos una tendencia mundial hacia la uniformidad, a hacer todo igual. Eso es matar la humanidad. Eso es una

colonización cultural. Y nosotros debemos entender la riqueza de nuestras diferencias —étnicas, religiosas, populares—, y desde esas diferencias se da el diálogo. Y desde esas diferencias uno aprende del otro, como hermanos... Como hermanos que se van ayudando a construir este País, que incluso geográficamente tiene tantas riquezas y diferencias. La naturaleza en Myanmar ha sido muy rica en las diferencias. No tengamos miedo a las diferencias. Uno es nuestro

Padre, nosotros somos hermanos. Querámonos como hermanos. Y si discutimos entre nosotros, que sea como hermanos. Que enseguida se reconcilian. Siempre vuelven a ser hermanos. Yo pienso que sólo así se construye la paz. Yo les agradezco que ustedes hayan venido a visitarme. Pero soy yo el que estoy visitando a ustedes, y quisiera al menos que espiritualmente tuvieran esa visita: la de un hermano más.

Gracias. Construyan la paz. No se dejen igualar por la

colonización de culturas. La verdadera armonía divina se hace a través de las diferencias. Las diferencias son una riqueza para la paz.

Muchas gracias. Y me permito una oración, de hermano a hermanos. Una antigua bendición que nos incluye a todos: «El Señor los bendiga y los proteja. Haga brillar su rostro sobre ustedes y les muestre su gracia. Les descubra su rostro y les conceda la paz».

*Thank you very much!*





28 de noviembre de 2017.

Discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

International Convention Centre (Naipyidó)

Martes.

Viaje apostólico de su santidad francisco a Myanmar y Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de diciembre de 2017)

*Señora Consejera de Estado,*

*excelentísimos miembros del  
Gobierno y Autoridades Civiles,  
señor Cardenal,  
venerados Hermanos en el  
Episcopado,  
distinguidos miembros del  
Cuerpo Diplomático,  
señoras y señores:*

Deseo expresar mi viva  
gratitud por la amable  
invitación para visitar Myanmar  
y agradezco a la Señora  
Consejera de Estado sus  
cordiales palabras.

Doy las gracias de corazón a  
todos aquellos que han  
trabajado incansablemente

para hacer posible esta visita. He venido especialmente para rezar con la pequeña pero ferviente comunidad católica de esta nación, para confirmarla en la fe y alentarla a seguir contribuyendo al bien del País. Estoy muy contento de que mi visita se realice tras el establecimiento de relaciones diplomáticas formales entre Myanmar y la Santa Sede. Quiero ver esta decisión como una señal del compromiso de la nación para continuar buscando el diálogo y la cooperación constructiva dentro de la

comunidad internacional, así como también para seguir esforzándose en renovar el tejido de la sociedad civil.

Quisiera además en esta visita llegar a toda la población de Myanmar y ofrecer una palabra de aliento a todos aquellos que están trabajando para construir un orden social justo, reconciliado e inclusivo.

Myanmar ha sido bendecido con el don de una belleza extraordinaria y de numerosos recursos naturales, pero su mayor tesoro es sin duda su gente, que ha sufrido y sigue

sufriendo a causa de los conflictos civiles y de las hostilidades que durante demasiado tiempo han creado profundas divisiones. Ahora que la nación está trabajando por restaurar la paz, la curación de estas heridas ha de ser una prioridad política y espiritual fundamental. Quiero expresar mi agradecimiento al Gobierno por los esfuerzos para afrontar este desafío, de modo particular a través de la Conferencia de Paz de Panglong, que reúne a representantes de los diversos

grupos con el objetivo de poner fin a la violencia, generar confianza y garantizar el respeto de los derechos de quienes consideran esta tierra como su hogar.

En efecto, el difícil proceso de construir la paz y la reconciliación nacional sólo puede avanzar a través del compromiso con la justicia y el respeto de los derechos humanos. La sabiduría de los antiguos ha definido la justicia como la voluntad de reconocer a cada uno lo que le es debido, mientras que los antiguos

profetas la consideraban como la base de una paz verdadera y duradera. Estas intuiciones, confirmadas por la trágica experiencia de dos guerras mundiales, condujeron a la creación de las Naciones Unidas y a la Declaración Universal de los Derechos Humanos como fundamento de los esfuerzos de la comunidad internacional para promover la justicia, la paz y el desarrollo humano en todo el mundo y para resolver los conflictos ya no con el uso de la fuerza, sino a través del diálogo. En este sentido, la



presencia del Cuerpo  
Diplomático entre nosotros  
testimonia no sólo el lugar que  
ocupa Myanmar entre las  
naciones, sino también el  
compromiso del país por  
mantener y aplicar estos  
principios fundamentales. El  
futuro de Myanmar debe ser la  
paz, una paz basada en el  
respeto de la dignidad y de los  
derechos de cada miembro de  
la sociedad, en el respeto por  
cada grupo étnico y su  
identidad, en el respeto por el  
estado de derecho y un orden  
democrático que permita a cada

individuo y a cada grupo —sin excluir a nadie— ofrecer su contribución legítima al bien común.

En la gran tarea de reconciliación e integración nacional, las comunidades religiosas de Myanmar tienen un papel privilegiado que desempeñar. Las diferencias religiosas no deben ser una fuente de división y desconfianza, sino más bien un impulso para la unidad, el perdón, la tolerancia y una sabia construcción de la nación. Las religiones pueden jugar un

papel importante en la cicatrización de heridas emocionales, espirituales y psicológicas de todos los que han sufrido en estos años de conflicto. Inspirándose en esos valores profundamente arraigados, pueden contribuir también a erradicar las causas del conflicto, a construir puentes de diálogo, a buscar la justicia y ser una voz profética en favor de los que sufren. Es un gran signo de esperanza el que los líderes de las diversas tradiciones religiosas de este país, con espíritu de armonía y

de respeto mutuo, se esfuercen en trabajar juntos en favor de la paz, para ayudar a los pobres y educar en los auténticos valores humanos y religiosos. Al tratar de construir una cultura del encuentro y la solidaridad, contribuyen al bien común y sientan las bases morales indispensables en vistas de un futuro de esperanza y prosperidad para las generaciones futuras. Ese futuro está todavía en manos de los jóvenes de la nación. Ellos son un regalo que hay que apreciar y alentar, una

inversión que producirá un fruto abundante si se les ofrecen oportunidades reales de empleo y una educación de calidad. Esta es una exigencia urgente de justicia intergeneracional. El futuro de Myanmar, en un mundo interconectado y en rápida evolución, dependerá de la formación de sus jóvenes, no sólo en el campo de la técnica, sino sobre todo en los valores éticos de la honestidad, la integridad y la solidaridad humana, que aseguran la consolidación de la democracia

y el aumento de la unidad y la paz en todos los niveles de la sociedad. La justicia intergeneracional también exige que las generaciones futuras reciban en herencia un entorno natural que no esté contaminado por la codicia y la rapacidad humana. Es esencial que no se les robe a nuestros jóvenes la esperanza y la posibilidad de emplear su idealismo y su talento en remodelar el futuro de su país, es más, de toda la familia humana.

Señora Consejera de Estado,

queridos amigos.

En estos días, me gustaría alentar a mis hermanos y hermanas católicos a perseverar en su fe y a seguir anunciando su mensaje de reconciliación y fraternidad a través de obras de caridad y humanitarias, que beneficien a toda la sociedad en su conjunto. Espero que, en cooperación respetuosa con los seguidores de otras religiones y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, contribuyan a abrir una nueva era de concordia y progreso para los

pueblos de esta querida nación.  
Larga vida a Myanmar. Les  
agradezco su atención y, con  
los mejores deseos por su  
servicio al bien común, invoco  
sobre ustedes los dones  
celestiales de sabiduría,  
fortaleza y paz.  
Gracias.



29 de noviembre de 2017.

Discurso en el encuentro con el consejo supremo de la Shanga de los monjes budistas.

Kaba Aye Centre (Rangún).

Miércoles.

Viaje apostólico de su santidad francisco a Myanmar y Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de diciembre de 2017)

Es una gran alegría para mí estar hoy con vosotros.

Agradezco al Ven. Bhaddanta Kumarabhivamsa, Presidente del Comité de Estado Sangha Maha Nayaka, por sus palabras de bienvenida y por el esfuerzo realizado para organizar mi visita hoy aquí. Los saludo a todos, y agradezco de modo particular la presencia de Su Excelencia Thura Aung Ko, Ministro para los Asuntos Religiosos y la Cultura.

Nuestro encuentro es una ocasión importante para renovar y reforzar los lazos de amistad y de respeto que unen a los budistas y a los católicos.

Es también una oportunidad para reafirmar nuestro compromiso por la paz, el respeto de la dignidad humana y la justicia para todos los hombres y mujeres. No sólo en Myanmar, sino también en todo el mundo, las personas necesitan que los líderes religiosos den este testimonio común. Porque, cuando nosotros hablamos con una sola voz, afirmando el valor perenne de la justicia, de la paz y de la dignidad fundamental de todo ser humano, ofrecemos una palabra de esperanza.

Ayudamos a los budistas, a los católicos y a todos a luchar por alcanzar una mayor armonía en sus comunidades.

En todas las épocas, la humanidad ha experimentado injusticias, momentos de conflicto y desigualdades entre las personas. En nuestro tiempo, estas dificultades parecen ser particularmente graves. Las heridas causadas por los conflictos, la pobreza y la opresión persisten, y crean nuevas divisiones, aunque la sociedad haya alcanzado un gran progreso tecnológico y las

personas en el mundo sean cada vez más conscientes de que comparten la misma naturaleza humana y el mismo destino. Frente a estos desafíos, jamás debemos resignarnos. Sobre las bases de nuestras respectivas tradiciones espirituales, sabemos que existe un camino que nos permite avanzar, que lleva a la curación, a la mutua comprensión y al respeto. Un camino basado en la compasión y en el amor.

Manifiesto mi estima a todos los que en Myanmar viven

según las tradiciones religiosas del Budismo. A través de las enseñanzas de Buda, y el testimonio elocuente de muchos monjes y monjas, la gente de esta tierra ha sido formada en los valores de la paciencia, de la tolerancia y del respeto por la vida, así como en una espiritualidad atenta y profundamente respetuosa de nuestro medio ambiente. Como sabemos, estos valores son esenciales para un desarrollo integral de la sociedad, a partir de la familia, que es la unidad más pequeña pero más

esencial, para luego extenderse a la red de relaciones que nos ponen en estrecha conexión — relaciones enraizadas en la cultura, en la pertenencia étnica y nacional, pero en definitiva enraizadas en la pertenencia a la misma naturaleza humana. En una auténtica cultura del encuentro, estos valores fortalecen a nuestras comunidades y las ayudan para que puedan iluminar al conjunto de la sociedad con esa luz tan necesaria.

El gran desafío de nuestros días

es el de ayudar a las personas a que se abran a la trascendencia. A que sean capaces de mirar en su interior y de conocerse a sí mismas de manera que puedan reconocer la interconexión recíproca con los demás. Darse cuenta de que no podemos permanecer aislados los unos de los otros. Si debemos estar unidos, como es nuestro propósito, es necesario superar todas las formas de incomprensión, de intolerancia, de prejuicio y de odio. ¿Cómo podemos hacerlo? Las palabras de Buda nos



ofrecen a todos una guía:  
«Conquista al hombre airado  
mediante el amor; conquista al  
hombre de mala voluntad  
mediante la bondad; conquista  
al avaro mediante la  
generosidad; conquista al  
mentiroso mediante la verdad»  
(*Dhammapada*, XVII, 223). Son  
sentimientos parecidos a los  
que se expresan en la oración  
atribuida a san Francisco de  
Asís: «Señor, hazme  
instrumento de tu paz. Que  
donde hay odio, yo ponga el  
amor. Que donde hay ofensa,  
yo ponga el perdón [...]. Que

donde hay tinieblas, yo ponga la luz. Que donde hay tristeza, yo ponga la alegría».

Que esta sabiduría siga animando todos los esfuerzos que se realizan para promover la paciencia y la comprensión, y para curar las heridas de los conflictos que a lo largo de los años han dividido a personas de distintas culturas, etnias y convicciones religiosas. Estos esfuerzos no son sólo prerrogativas de los líderes religiosos, ni competencia exclusiva del Estado. Al contrario, la sociedad en su

conjunto, todos aquellos que viven en la comunidad, son los que deben compartir la tarea de superar el conflicto y la injusticia. Sin embargo, los líderes civiles y religiosos tienen la responsabilidad propia de garantizar que cada voz sea escuchada, de forma que se puedan comprender con claridad y confrontar en un espíritu de imparcialidad y de recíproca solidaridad los desafíos y las necesidades del momento presente. Felicito al *Panglong Peace Conference* por el trabajo que

está desarrollando en este ámbito, y ruego para que los que guían este esfuerzo puedan seguir promoviendo una mayor participación de todos los que viven en Myanmar. Esto ayudará al compromiso de avanzar en la paz, la seguridad y una prosperidad que incluya a todos.

Ciertamente, para que estos esfuerzos produzcan frutos duraderos, se necesitará una mayor cooperación entre los líderes religiosos. A este respecto, deseo que sepáis que la Iglesia Católica es un

interlocutor disponible. Los momentos de encuentro y de diálogo entre los líderes religiosos demuestran que son un factor importante en la promoción de la justicia y de la paz en Myanmar. Sé que el pasado mes de abril la Conferencia de los Obispos Católicos ha organizado un encuentro de dos días sobre la paz, en el que han participado los líderes de las diferentes comunidades religiosas, junto a embajadores y representantes de agencias no gubernamentales. Estos

encuentros son esenciales para profundizar en el conocimiento recíproco y afirmar los lazos que nos unen y nuestro destino común. La justicia auténtica y la paz consolidada se alcanzan sólo cuando están garantizadas para todos.

Queridos amigos, que los budistas y los católicos caminemos juntos a lo largo de este sendero de curación, y trabajemos hombro con hombro por el bien de cada uno de los habitantes de esta tierra. En las Escrituras Cristianas, el apóstol Pablo anima a sus

oyentes a alegrarse con los que están alegres, y a llorar con los que lloran (cf. *Rm* 12,15), llevando con humildad los unos las cargas de los otros (cf. *Ga* 6,2). En nombre de mis hermanos y hermanas católicos, expreso nuestra disponibilidad para seguir caminando con vosotros y sembrar semillas de paz y de curación, de compasión y de esperanza en esta tierra. Os doy las gracias nuevamente por haberme invitado a estar hoy aquí con vosotros. Invoco sobre todos la bendición divina

de la alegría y de la paz.



29 de noviembre de 2017.  
Homilía del Santo Padre en la  
Santa Misa.

Viaje apostólico de su Santidad  
Francisco a Myanmar y  
Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de  
diciembre de 2017)

Kyaikkasan Ground (Rangún)

Miércoles.

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Desde antes de venir a este

país, he estado esperando que llegara este momento. Muchos de vosotros habéis venido de lejanas y remotas tierras montañosas, algunos incluso a pie. Vengo como peregrino para escuchar y aprender de vosotros, y para ofreceros algunas palabras de esperanza y consuelo.

La primera lectura de hoy, tomada del libro de Daniel, nos ayuda a ver lo limitada que era la sabiduría del rey Baltasar y sus videntes. Ellos sabían cómo alabar «a sus dioses de oro y plata, de bronce y de hierro, de

madera y de piedra» (*Dn 5,4*), pero no poseían la sabiduría para alabar a Dios, en cuyas manos está nuestra vida y nuestro aliento. Daniel, sin embargo, tenía la sabiduría del Señor y fue capaz de interpretar sus grandes misterios.

El intérprete definitivo de los misterios de Dios es Jesús. Él es la sabiduría de Dios en persona (cf. *1 Co 1,24*). Jesús no nos enseñó su sabiduría con largos discursos o grandes demostraciones de poder político o terreno, sino

entregando su vida en la cruz. A veces podemos caer en la trampa de confiar en nuestra propia sabiduría, pero la verdad es que podemos fácilmente desorientarnos. En esos momentos, debemos recordar que tenemos ante nosotros una *brújula segura*: el Señor crucificado. En la cruz, encontramos la sabiduría que puede guiar nuestras vidas con la luz que proviene de Dios. Desde la cruz también nos llega la *curación*. Allí, Jesús ofreció sus heridas al Padre por nosotros, las heridas que nos

han curado (cf. *1 Pe 2,4*). Que siempre tengamos la sabiduría de encontrar en las heridas de Cristo la fuente de toda curación. Sé que muchos en Myanmar llevan las heridas de la violencia, heridas visibles e invisibles. Existe la tentación de responder a estas heridas con una sabiduría mundana que, como la del rey en la primera lectura, está profundamente equivocada. Pensamos que la curación pueda venir de la ira y de la venganza. Sin embargo, el camino de la venganza no es el

camino de Jesús.

El camino de Jesús es radicalmente diferente. Cuando el odio y el rechazo lo condujeron a la pasión y a la muerte, él respondió con perdón y compasión. En el Evangelio de hoy, el Señor nos dice que, al igual que él, también nosotros podemos encontrar rechazo y obstáculos, sin embargo él nos dará una sabiduría a la que nadie puede resistir (cf. *Lc 21,15*). Está hablando del Espíritu Santo, gracias al cual el amor de Dios ha sido derramado en nuestros

corazones (*Rm 5, 5*). Con el don de su Espíritu, Jesús nos hace capaces de ser *signos* de su sabiduría, que vence a la sabiduría de este mundo, y de su misericordia, que alivia incluso las heridas más dolorosas.

En la víspera de su pasión, Jesús se entregó a sus apóstoles bajo los signos del pan y del vino. En el don de la Eucaristía, no sólo reconocemos, con los ojos de la fe, el don de su cuerpo y de su sangre, sino que también aprendemos cómo *encontrar*

*descanso en sus heridas, y a ser purificados allí de todos nuestros pecados y de nuestros caminos errados. Queridos hermanos y hermanas, que encontrando refugio en las heridas de Cristo, podáis saborear el bálsamo saludable de la misericordia del Padre y encontrar la fuerza para llevarlo a los demás, para ungir cada herida y recuerdo doloroso. De esta manera, seréis testigos fieles de la reconciliación y la paz, que Dios quiere que reine en todos los corazones de los hombres y*



en todas las comunidades. Sé que la Iglesia en Myanmar ya está haciendo mucho para llevar a otros el bálsamo saludable de la misericordia de Dios, especialmente a los más necesitados. Hay muestras claras de que, incluso con medios muy limitados, muchas comunidades anuncian el Evangelio a otras minorías tribales, sin forzar ni coaccionar, sino siempre invitando y acogiendo. En medio de tanta pobreza y dificultades, muchos de vosotros ofrecéis ayuda

práctica y solidaridad a los pobres y a los que sufren. Con el servicio diario de vuestros obispos, sacerdotes, religiosos y catequistas, y en particular a través de la encomiable labor de la *Catholic Karuna Myanmar* y de la generosa asistencia proporcionada por las Obras Misionales Pontificias, la Iglesia en este país está ayudando a un gran número de hombres, mujeres y niños, sin distinción de religión u origen étnico. Soy testigo de que la Iglesia aquí está viva, que Cristo está vivo y está aquí con

vosotros y con vuestros  
hermanos y hermanas de otras  
comunidades cristianas. Os  
animo a seguir compartiendo  
con los demás la valiosa  
sabiduría que habéis recibido,  
el amor de Dios que brota del  
corazón de Jesús.

Jesús quiere dar esta sabiduría  
en abundancia. Él  
recompensará ciertamente  
vuestra labor de sembrar  
semillas de curación y  
reconciliación en vuestras  
familias, comunidades y en  
toda la sociedad de esta nación.  
¿No nos dijo él que nadie se

puede resistir a su sabiduría (cf. *Lc 21,15*)? Su mensaje de perdón y misericordia se sirve de una lógica que no todos querrán comprender y que encontrará obstáculos. Sin embargo, su amor revelado en la cruz, en definitiva, nadie lo puede detener. Es como un *GPS espiritual* que nos guía de manera inexorable hacia la vida íntima de Dios y el corazón de nuestro prójimo. La Santísima Virgen María siguió a su Hijo hasta la oscura montaña del Calvario y nos acompaña en cada paso de

nuestro viaje terrenal. Que ella nos obtenga la gracia de ser mensajeros de la *verdadera sabiduría, profundamente misericordiosos* con los necesitados, con la *alegría* que proviene de *encontrar descanso* en las heridas de Jesús, que nos amó hasta el final.

Que Dios os bendiga a todos. Que Dios bendiga a la Iglesia en Myanmar. Que él bendiga a esta tierra con su paz. Que Dios bendiga a Myanmar.

29 de noviembre de 2017.

Discurso en el encuentro con los obispos de Myanmar.

Miércoles.

Complejo de la Catedral,  
Rangún.

Viaje apostólico de su santidad  
francisco a Myanmar y  
Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de  
diciembre de 2017)

*Eminencia,  
queridos hermanos en el*

*episcopado:*

Para todos nosotros ha sido una jornada llena, pero de gran alegría. Esta mañana hemos celebrado la Eucaristía junto a los fieles provenientes de todos los rincones del País y por la tarde hemos encontrado a los líderes de la comunidad budista mayoritaria. Me gustaría que nuestro encuentro de esta tarde fuera un momento de serena gratitud por estas bendiciones y de reflexión tranquila sobre las alegrías y los desafíos de vuestro ministerio de Pastores de la

grey de Cristo en este País.  
Agradezco a Mons. Félix [Lian Khen Thang] por las palabras de saludo que en vuestro nombre me ha dirigido. A todos os abrazo con gran afecto en el Señor.

Quisiera ordenar mis pensamientos en torno a tres palabras: *sanación, acompañam*  
La primera, *sanación*. El Evangelio que predicamos es sobre todo un mensaje de sanación, reconciliación y paz. Mediante la sangre de Cristo en la cruz, Dios ha reconciliado el mundo consigo y nos ha



invitado a ser mensajeros de esta gracia sanadora, gracia de curación. Aquí en Myanmar, este mensaje tiene un eco particular, puesto que el País está trabajando para superar divisiones profundamente enraizadas y para construir la unidad nacional. Vuestras comunidades llevan las marcas de este conflicto y han dado testigos valientes de la fe y de las antiguas tradiciones; para vosotros, por tanto, la predicación del Evangelio no debe ser sólo una fuente de consolación y de fortaleza, sino

también una llamada a favorecer la unidad, la caridad y la sanación en la vida del pueblo. La unidad que compartimos y celebramos nace de la diversidad —no olvidéis esto, nace de la diversidad—; esta valora las diferencias entre las personas como fuente de enriquecimiento mutuo y de crecimiento; los llama a vivir unidos en una cultura del encuentro y la solidaridad. Que experimentéis constantemente en vuestro ministerio episcopal la guía y la ayuda del Señor, empeñándoos

en favorecer la sanación y la comunión en cada ámbito de la vida de la Iglesia, de modo que el santo Pueblo de Dios, vuestra grey, por medio de su ejemplo de perdón y de amor reconciliador, pueda ser sal y luz para todos los corazones que aspiran a esa paz que el mundo no puede dar. La comunidad católica en Myanmar puede estar orgullosa de su testimonio profético de amor a Dios y al prójimo, que se expresa en el compromiso con los pobres, con los que están privados de derechos y

sobre todo, en este tiempo, con tantos desplazados que, por así decirlo, yacen heridos a los bordes del camino. Os pido que trasmitáis mi agradecimiento a todos los que, como el Buen Samaritano, trabajan con generosidad para llevar el bálsamo de la sanación a quienes lo necesitan, sin tener en cuenta la religión ni la etnia.

Vuestro ministerio de sanación encuentra una expresión particular en el compromiso con el diálogo ecuménico y la colaboración interreligiosa. Pido

para que vuestros esfuerzos continuos en la construcción de puentes de diálogo y en la unión con los seguidores de otras religiones, a fin de tejer una red de relaciones pacíficas, produzcan frutos abundantes para la reconciliación de la vida del País. La conferencia de paz interreligiosa que tuvo lugar en Yangon la pasada primavera es un testimonio importante, ante el mundo, de la determinación de las religiones para vivir en paz y rechazar cualquier acto de violencia y de odio perpetrado en nombre de la

religión.

En esta sanación se debe recordar que la Iglesia es un «hospital de campaña». Curar, curar las heridas, curar las almas, curar. Esta es vuestra primera misión, curar, curar a los heridos.

La segunda palabra que os propongo esta tarde es *acompañamiento*. Un buen pastor está constantemente *presente* ante su grey, conduciéndola mientras camina junto a ella. Como me gusta decir, el pastor debería oler a oveja; pero

también el olor a Dios, no os olvidéis, también el olor a Dios. En estos tiempos estamos llamados a ser una «Iglesia en salida» para llevar la luz de Cristo a cada periferia (cf. *Evangelii gaudium*, 20). En cuanto Obispos, vuestras vidas y vuestro ministerio están llamados a conformarse a este espíritu de compromiso misionero, sobre todo a través de las visitas pastorales regulares a las parroquias y las comunidades que forman vuestras Iglesias locales. Este es un medio privilegiado para

que, como padres premurosos, acompañéis a vuestros sacerdotes en el compromiso cotidiano por hacer crecer la grey en santidad, fidelidad y espíritu de servicio. He hablado de acompañar a los sacerdotes: Estad cerca de los sacerdotes, no olvidéis que el prójimo más cercano que el obispo tiene es el sacerdote. Que cada sacerdote no sólo sepa, sino que sienta que tiene un padre en el obispo.

Por gracia de Dios, la Iglesia en Myanmar ha heredado de quienes trajeron el Evangelio a



esta tierra una fe sólida y un ferviente afán misionero. Sobre estos firmes fundamentos, y en comunión con los presbíteros y los religiosos, seguid inculcando al laicado el espíritu de un auténtico discipulado misionero, buscando una sabia inculturación del mensaje evangélico en la vida cotidiana y en las tradiciones de vuestras comunidades locales. A este respecto, la cooperación de los catequistas es esencial; su enriquecimiento formativo debe continuar siendo una prioridad para vosotros. Y no olvidéis

que, en cada parroquia, los catequistas son los pilares de la evangelización.

Sobre todo, quisiera pedirnos un esfuerzo especial para acompañar a los jóvenes.

Ocupaos de su formación en los sanos principios morales, que los guíen para afrontar los desafíos de un mundo amenazado por las colonizaciones ideológicas y culturales. El próximo Sínodo de los Obispos no sólo se referirá a estos aspectos, sino que interpelará directamente a los jóvenes, escuchando sus

historias e involucrándolos en un discernimiento común sobre cómo proclamar mejor el Evangelio en los próximos años. Una de las grandes bendiciones de la Iglesia de Myanmar es su juventud y, en particular, el número de seminaristas y de jóvenes religiosos. Por esto, demos gracias a Dios. Siguiendo el espíritu del Sínodo, por favor, involucradlos y sostenedlos en su camino de fe, porque están llamados, a través de su idealismo y entusiasmo, a ser evangelizadores alegres y

convincientes de sus coetáneos.  
Mi tercera palabra para  
vosotros es *profecía*. La Iglesia  
de Myanmar testimonia  
cotidianamente el Evangelio  
gracias a sus obras educativas  
y caritativas, su defensa de los  
derechos humanos, su respaldo  
a los principios democráticos.  
Poned a la comunidad católica  
en condiciones de seguir  
teniendo un papel constructivo  
en la vida de la sociedad,  
haciendo escuchar vuestra voz  
en cuestiones de interés  
nacional, insistiendo  
particularmente en el respeto

de la dignidad y los derechos de todos, especialmente de los más pobres y vulnerables. Estoy convencido de que la estrategia pastoral quinquenal, que la Iglesia ha desarrollado dentro del más amplio contexto de la construcción del Estado, dará frutos abundantes no sólo para el futuro de las comunidades locales, sino también para todo el País. Me refiero de modo especial a la necesidad de proteger el ambiente y de asegurar un correcto uso de los ricos recursos naturales del País en

beneficio de las generaciones futuras. La protección del don divino de la creación no puede separarse de una sana ecología humana y social. En efecto, «el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás» (*Laudato si'*, 70).

Queridos hermanos en el episcopado, doy las gracias a Dios por este momento de comunión y ruego para que este estar juntos nos refuerce en el compromiso de ser

pastores fieles y servidores de la grey que Cristo nos ha confiado. Sé que vuestro ministerio es arduo y que, junto con vuestros sacerdotes, fatigáis a menudo bajo «el peso del día y el bochorno»

(Mt 20,12). Os exhorto a mantener el equilibrio en la salud física sin olvidar la espiritual, en preocuparos de modo paternal por la salud de vuestros sacerdotes.

Y hablando de salud espiritual, recuerdan la primera obligación del obispo. Cuando los primeros cristianos recibieron las quejas

de los helenistas porque no estaban bien atendidas sus viudas y sus hijos, se reunieron los apóstoles e «inventaron» los diáconos. Y Pedro anunció esta noticia y comunicó también la obligación que tiene el obispo diciendo así:

«Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra» (cf. *Hch* 6,1-6). La oración es el primer deber del Obispo. Cada uno de nosotros, obispos, tendrá que preguntarse, al final de la jornada, en el examen de conciencia: «¿Cuántas horas he



rezado hoy?".

Queridos hermanos, os exhorto a mantener el equilibrio entre la salud física y espiritual.

Sobre todo, os animo a crecer cada día en la oración y en la experiencia del amor reconciliador de Dios, porque es la base de vuestra identidad sacerdotal, la garantía de la solidez de vuestra predicación y la fuente de la caridad pastoral con la que conducís al Pueblo de Dios por senderos de santidad y de verdad. Con gran afecto invoco la gracia del Señor sobre vosotros, los

sacerdotes, los religiosos y todos los laicos de vuestras Iglesias locales. Os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí.

Y ahora os invito a rezar todos juntos, vosotros en birmano y yo en español, el Ave María a la Virgen.

[Dios te salve María]

Que os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

30 de noviembre de 2017.  
Homilía en la Santa Misa con  
los jóvenes.

Viaje apostólico de su Santidad  
Francisco a Myanmar y  
Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de  
diciembre de 2017)

Catedral de Santa María  
(Rangún)

Jueves.

A punto de concluir mi visita a  
vuestro hermoso país, me uno

a vuestra acción de gracias a Dios por tantos dones que nos ha concedido en estos días. Mirándoos a vosotros, jóvenes de Myanmar, y a todos los que desde otros lugares se unen a nosotros, quisiera compartir con vosotros una frase de la primera lectura de hoy que resuena en mi interior. Está tomada del profeta Isaías, y san Pablo la repitió en su carta a la joven comunidad cristiana de Roma. Escuchemos una vez más esas palabras: «¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del

bien!» (*Rm* 10,15; cf. *Is* 52,7). Queridos jóvenes de Myanmar, después de haber escuchado vuestras voces y haberos oído cantar hoy, os aplico a vosotros esas palabras. Sí, son hermosos vuestros pasos; vuestra presencia es hermosa y alentadora, porque nos traéis «buenas noticias», la buena nueva de vuestra juventud, de vuestra fe y de vuestro entusiasmo. Así es, vosotros *sois* una buena noticia, porque sois signos concretos de la fe de la Iglesia en Jesucristo, que nos hace

experimentar un gozo y una esperanza que nunca morirán. Algunos se preguntan cómo es posible hablar de buenas noticias cuando tantas personas a nuestro alrededor están sufriendo. ¿Dónde están las buenas noticias cuando hay tanta injusticia, pobreza y miseria que proyectan su sombra sobre nosotros y nuestro mundo? Quiero que de aquí salga un mensaje muy claro. Quiero que la gente sepa que vosotros, muchachos y muchachas de Myanmar, no tenéis miedo a creer en la

buena noticia de la misericordia de Dios, porque esta tiene *un nombre y un rostro*: Jesucristo. Como mensajeros de esta buena nueva, estáis listos para llevar una palabra de esperanza a la Iglesia, a vuestro país y al mundo en general. Estáis dispuestos a llevar la Buena Noticia a vuestros hermanos y hermanas que sufren y que necesitan vuestras oraciones y vuestra solidaridad, pero también vuestra pasión por los derechos humanos, por la justicia y porque crezcan el amor y la

paz que Jesús nos da.

Quiero también plantearos un desafío. ¿Escuchasteis con atención la primera lectura?

Allí, san Pablo repite tres veces la palabra «*sin*». Es una palabra sencilla, pero que nos hace pensar sobre nuestro papel en el proyecto de Dios. En efecto, Pablo propone tres preguntas que yo quiero dirigir a cada uno de vosotros personalmente. La primera, ¿cómo puede alguien creer en el Señor sin haber oído hablar de él? La segunda, ¿cómo puede alguien oír hablar del



Señor sin un mensajero que lo anuncie? Y la tercera, ¿cómo puede haber un mensajero sin ser enviado? (cf. *Rm* 10,14-15).

Me gustaría que todos vosotros pensarais profundamente en estas preguntas. ¡Pero no tengáis miedo! Como buen «padre» (¡aunque mejor sería decir «abuelo»!), no quiero dejaros solos ante estas preguntas. Permitidme que os ofrezca algunas ideas que puedan guiaros en el camino de fe y ayudaros a discernir qué es lo que el Señor os está

pidiendo.

La primera pregunta de san Pablo es: «¿Cómo puede alguien creer en el Señor sin haber oído hablar de él?».

Nuestro mundo está lleno de ruidos y distracciones, que pueden apagar la voz de Dios. Para que otros se sientan llamados a escucharlo y a creer en él, necesitan descubrirlo en personas que sean *auténticas*. Personas que sepan escuchar. Seguro que vosotros queréis ser genuinos. Pero sólo el Señor os puede ayudar a serlo. Por eso hablad con él en la

oración. Aprended a escuchar su voz, hablándole con calma desde lo más profundo de vuestro corazón.

Pero hablad también con los santos, nuestros amigos del cielo que nos sirven de ejemplo. Como san Andrés, cuya fiesta celebramos hoy. Andrés fue un sencillo pescador que acabó siendo un gran mártir, un testigo del amor de Jesús. Pero antes de llegar a ser mártir, cometió sus errores, tuvo que ser paciente y aprender gradualmente a ser un verdadero discípulo de

Cristo. Así que no tengáis miedo de aprender de vuestros propios errores. Dejad que los santos os guíen hacia Jesús y os enseñen a poner vuestras vidas en sus manos. Sabed que Jesús está lleno de misericordia. Por lo tanto, *compartid con él todo lo que lleváis en vuestros corazones*: vuestros miedos y preocupaciones, así como vuestros sueños y esperanzas. Cultivad la vida interior, como cuidaríais un jardín o un campo. Esto lleva tiempo; requiere paciencia. Pero al

igual que un agricultor sabe esperar que lo cultivado crezca, así también a vosotros, si sabéis esperar, el Señor os hará dar mucho fruto, un fruto que luego podréis compartir con los demás.

La segunda pregunta de Pablo es: «¿Cómo van a oír hablar de Jesús sin un mensajero que lo anuncie?». Esta es una gran tarea encomendada de manera especial a los jóvenes: ser «discípulos misioneros», mensajeros de la buena noticia de Jesús, sobre todo para vuestros compañeros y amigos.

No tengáis miedo de hacer lío, de plantear preguntas que hagan pensar a la gente. Y no os preocupéis si a veces sentís que sois pocos y dispersos. El Evangelio siempre crece a partir de pequeñas raíces. Por eso haceos oír. Os pido que gritéis, pero no con vuestras voces, no, quiero que gritéis, para ser con vuestra vida, con vuestros corazones, signos de esperanza para los que están desanimados, una mano tendida para el enfermo, una sonrisa acogedora para el extranjero, un apoyo solícito

para el que está solo.

La última pregunta de Pablo es:

«¿Cómo puede haber un mensajero sin que sea

enviado?». Al final de esta

Misa, todos seremos enviados,

para llevar con nosotros los dones que hemos recibido y

compartirlos con los demás.

Esto puede provocar un poco de

desánimo, ya que no siempre

sabemos a dónde nos puede

enviar Jesús. Pero él nunca nos

manda sin caminar al mismo

tiempo a nuestro lado, y

siempre un poquito por delante

de nosotros, para llevarnos a

nuevas y maravillosas partes de su reino.

¿Cómo envía nuestro Señor a san Andrés y a su hermano Simón Pedro en el Evangelio de hoy? «¡Seguidme!», les dice (*Mt 4,19*). Eso es lo que significa ser enviado: *seguir* a Cristo, y no lanzarnos por delante con nuestras propias fuerzas. El Señor invitará a algunos de vosotros a seguirlo como sacerdotes, y de esta forma convertirse en «pescadores de hombres». A otros los llamará a la vida religiosa, a otros a la vida



matrimonial, a ser padres y madres amorosos. Cualquiera que sea vuestra vocación, os exhorto: sed valientes, sed generosos y, sobre todo, sed alegres!

Aquí, en esta hermosa Catedral dedicada a la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, os animo a que miréis a María. Cuando ella respondió «sí» al mensaje del ángel, era joven, como vosotros. Sin embargo, tuvo el valor de confiar en la «buena noticia» que había escuchado, y de traducirla en una vida de consagración fiel a

su vocación, de entrega total de sí y completa confianza en los cuidados amorosos de Dios. Que siguiendo el ejemplo de María, llevéis a Jesús y su amor a los demás con sencillez y valentía.

Queridos jóvenes, con gran afecto os encomiendo a vosotros y a vuestras familias a su maternal intercesión. Y os pido, por favor, que os acordéis de rezar por mí.

Dios bendiga a Myanmar  
[Myanmar pyi ko Payarthakin  
Kaung gi pei pa sei]

30 de noviembre de 2017.  
Discurso en el encuentro con  
las autoridades, la sociedad  
civil y el cuerpo diplomático

Jueves.

Palacio Presidencial (Daca).

Viaje apostólico de su santidad  
francisco a Myanmar y  
Bangladés  
(26 de noviembre - 2 de  
diciembre de 2017)

*Señor Presidente,  
distinguidas autoridades del*

*Estado y autoridades civiles,  
señor Cardenal,  
hermanos Obispos,  
miembros del Cuerpo  
Diplomático,  
señoras y señores:*

Al comienzo de mi estancia en Bangladesh, quisiera darle las gracias, señor Presidente, por la amable invitación a visitar este país y por sus cordiales palabras de bienvenida. Vengo siguiendo los pasos de dos de mis predecesores, el Papa Pablo VI y el Papa Juan Pablo II, para orar con mis hermanos y hermanas católicos y ofrecerles

un mensaje de afecto y aliento. Bangladesh es un estado joven, sin embargo siempre ha ocupado un lugar especial en el corazón de los Papas, quienes desde el principio han mostrado su solidaridad con este pueblo, acompañándolo en la superación de las adversidades iniciales, y lo han apoyado en la exigente tarea de construir una nación y su desarrollo. Agradezco la oportunidad que se me concede para dirigirme a esta asamblea, que reúne a hombres y mujeres que tienen una responsabilidad concreta

en ir dando forma al futuro de la sociedad de Bangladesh. Durante el vuelo que me ha traído hasta aquí, me han recordado que Bangladesh —«*Golden Bengal*»— es un país unido por una vasta red de ríos y canales, grandes y pequeños. Esta belleza natural es, me parece, un símbolo de su identidad particular como pueblo. Bangladesh es una nación que se esfuerza por conseguir una unidad de lengua y de cultura, respetando las diferentes tradiciones y comunidades que fluyen como

arroyos de agua que enriquecen continuamente el gran cauce de la vida política y social del país.

En el mundo de hoy, ninguna comunidad, nación o estado puede sobrevivir y progresar aisladamente. Como miembros de la única familia humana, nos necesitamos unos a otros y somos dependientes unos de otros. El Presidente Sheikh Mujibur Rahman comprendió y buscó incorporar este principio en la Constitución nacional. Él imaginó una sociedad moderna, plural e inclusiva en la que

cada persona y comunidad pudiese vivir en libertad, paz y seguridad, respetando la innata dignidad y la igualdad de derechos para todos. El futuro de esta joven democracia y el tener una vida política sana están esencialmente vinculados a la fidelidad a esa visión fundante. En efecto, sólo a través del diálogo sincero y el respeto por la diversidad legítima, puede un pueblo reconciliar las divisiones, superar perspectivas unilaterales y reconocer la validez de los puntos de vista



divergentes. Porque el verdadero diálogo mira hacia el futuro, construye la unidad en el servicio del bien común y se preocupa por las necesidades de todos los ciudadanos, especialmente de los pobres, los desfavorecidos y los que no tienen voz.

En los últimos meses, el espíritu de generosidad y solidaridad, que es un signo distintivo de la sociedad de Bangladesh, se ha manifestado con más fuerza en el impulso humanitario con el que han atendido a los refugiados

llegados en masa del Estado de Rakhine, dándoles refugio temporal y lo necesario para la vida. Esto se ha realizado con no poco sacrificio. Y todo el mundo lo ha podido contemplar. Ninguno de nosotros puede ignorar la gravedad de la situación, el inmenso costo en términos de sufrimiento humano y de la precaria condición de vida de tantos de nuestros hermanos y hermanas, la mayoría de los cuales son mujeres y niños, hacinados en los campos de refugiados. Es necesario que la

comunidad internacional tome medidas decisivas para hacer frente a esta grave crisis, no sólo trabajando para resolver los problemas políticos que han provocado el desplazamiento masivo de personas, sino también ofreciendo asistencia material inmediata a Bangladesh en su esfuerzo por responder eficazmente a las urgentes necesidades humanas. Aunque mi visita esté dirigida principalmente a la comunidad católica de Bangladesh, mi encuentro de mañana en Ramna con líderes ecuménicos

e interreligiosos será un momento privilegiado. Juntos oraremos por la paz y reafirmaremos nuestro compromiso de trabajar por ella. Bangladesh es conocido por la armonía que tradicionalmente ha existido entre los seguidores de las diversas religiones. Esta atmósfera de respeto mutuo y un creciente clima de diálogo interreligioso, permite a los creyentes expresar libremente sus convicciones más profundas sobre el significado y la finalidad de la vida. De esta

manera, ellos pueden contribuir a promover los valores espirituales que son la base segura para una sociedad justa y pacífica. En un mundo en el que la religión a menudo se usa —escandalosamente— para fomentar la división, el testimonio de su poder reconciliador y unificador es muy necesario. Esto se ha manifestado de manera particularmente elocuente en la reacción unánime de indignación que siguió al brutal ataque terrorista del año pasado aquí en Dhaka, y en el

claro mensaje que las autoridades religiosas de la nación han enviado de que el santísimo nombre de Dios nunca se puede invocar para justificar el odio y la violencia contra otros seres humanos, nuestros semejantes.

Los católicos de Bangladesh, aunque son relativamente pocos, intentan desempeñar un papel constructivo en el desarrollo de la nación, especialmente a través de sus escuelas, clínicas y dispensarios. La Iglesia aprecia la libertad que goza toda la

nación de practicar su propia fe y realizar sus obras de caridad, entre ellas la de proporcionar a los jóvenes, que representan el futuro de la sociedad, una educación de calidad y una formación en sólidos valores éticos y humanos. En sus escuelas, la Iglesia busca promover una cultura del encuentro que permita a los estudiantes asumir sus responsabilidades en la vida de la sociedad. De hecho, la gran mayoría de los estudiantes en estas escuelas y muchos de los maestros no son cristianos,

sino que provienen de otras tradiciones religiosas. Estoy convencido de que, en sintonía con la letra y el espíritu de la Constitución nacional, la comunidad católica seguirá disfrutando de la libertad de llevar a cabo estas buenas obras como expresión de su compromiso por el bien común. Señor Presidente, queridos amigos:

Les agradezco su atención y les aseguro mis oraciones para que, en sus altas responsabilidades, estén siempre inspirados por los



nobles ideales de justicia y de servicio a sus conciudadanos. Sobre ustedes, y sobre todo el pueblo de Bangladesh, invoco del Todopoderoso las bendiciones de armonía y paz. Gracias.